



POLIBIO DE MEGALÓPOLIS

HISTORIA UNIVERSAL

BAJO LA REPÚBLICA ROMANA



Ediciones
Clío

Edición
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Polivio de Megalópolis

HISTORIA UNIVERSAL
BAJO LA REPÚBLICA ROMANA



Maracaibo, Venezuela
1ra edición

Diseño de la portada
Janibeth Maldonado

Edición. Dr. Jorge Fymark Vidovic
López

Depósito legal: ZU 2025000355

ISBN: 9789804510892



POLIBIO DE MEGALÓPOLIS

HISTORIA UNIVERSAL BAJO LA REPÚBLICA ROMANA

ÍNDICE

EXORDIO DEL AUTOR.....	3
LIBRO PRIMERO.....	5
LIBRO SEGUNDO.....	44
LIBRO TERCERO.....	75
LIBRO CUARTO.....	126
LIBRO QUINTO.....	162
LIBRO SEXTO.....	207
LIBRO SÉPTIMO.....	231
LIBRO OCTAVO.....	239
LIBRO NOVENO.....	255
LIBRO DÉCIMO.....	274
LIBRO UNDÉCIMO.....	296
LIBRO DUODÉCIMO.....	311
LIBRO DECIMOTERCERO.....	331
LIBRO DECIMOCUARTO.....	335
LIBRO DECIMOQUINTO.....	341
LIBRO DECIMOSEXTO.....	357
LIBRO DECIMOSÉPTIMO.....	372
LIBRO DECIMOCTAVO.....	379
LIBRO DECIMONONO.....	394
LIBRO VIGÉSIMO.....	395
LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO.....	400
LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO.....	407
LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.....	420
LIBRO VIGÉSIMO CUARTO.....	428
LIBRO VIGÉSIMO QUINTO.....	435
LIBRO VIGÉSIMO SEXTO.....	440
LIBRO VIGÉSIMO SÉPTIMO.....	445
LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO.....	452
LIBRO VIGÉSIMONONO.....	460
LIBRO TRIGÉSIMO.....	467
LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO.....	476
LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO.....	487
LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO.....	497
LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO.....	503
LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO.....	514
LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO.....	517
LIBRO TRIGÉSIMO SÉPTIMO.....	519
LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO.....	523
LIBRO TRIGÉSIMONONO.....	527
LIBRO CUADRAGÉSIMO.....	530

EXORDIO DEL AUTOR

Si aquellos que me han precedido en poner luz en hechos y acciones históricos hubieran omitido hacer el elogio de la historia, tal vez me vería en la precisión de inclinar a todos a la elección y estudio de estos comentarios, en el supuesto de que no hay profesión más apta para la instrucción del hombre que el conocimiento de las cosas pretéritas. Pero como no algunos, ni de un mismo modo, sino casi los historiadores todos se han valido de este mismo exordio, sentando que el estudio y ejercicio más seguro en materias de gobierno es el que se aprende en la escuela de la historia, y que la única y más eficaz maestra para poder soportar con igualdad de ánimo las vicisitudes de la fortuna es la memoria de las infelices ajenas no tiene duda que así como a ningún otro sentaría bien el repetir una materia de que tantos y tan bien han tratado, mucho menos a mí. Sobre todo cuando la misma novedad de los hechos que voy a referir es suficiente por cierto para atraer y excitar a todos, jóvenes y ancianos, a la lectura de esta obra. Pues, a decir verdad, ¿habrá hombre tan estúpido y negligente que no apetezca saber cómo y por qué género de gobierno los romanos llegaron en cincuenta y tres años no cumplidos a sojuzgar casi toda la tierra, acción hasta entonces sin ejemplo? ¿O habrá alguno tan entregado a los espectáculos, o a cualquiera otro género de estudio, que no prefiera instruirse en materias tan interesantes como éstas?

Pero el modo de manifestar que el tema de mi discurso es singular y magnífico, será principalmente si comparamos y cotejamos los más célebres imperios que nos han precedido, y de que los historiadores han dejado copiosos monumentos, con aquel soberbio poder de los romanos, estados a la verdad dignos de semejante parangón y cotejo. Los persas obtuvieron por algún tiempo un vasto imperio y dominio pero cuantas veces osaron exceder los límites del Asia aventuraron, no sólo su imperio, sino también sus personas. Los lacedemonios disputaron por mucho tiempo el mando sobre la Grecia; pero después de conseguido, apenas fueron de él pacíficos poseedores doce años. Los macedonios dominaron en la Europa desde los lugares vecinos al mar Adriático hasta el Danubio parte a la verdad bien corta de la susodicha región; añadieron después el imperio del Asia, arruinando el poder de los persas; pero en medio de estar reputados por señores de la región más vasta y rica, dejaron no obstante una gran parte de la tierra en ajena manos. Dígalos la Sicilia, la Cerdeña, el África, que ni aun por el pensamiento se les pasó jamás su conquista. Díganlo aquellas belicosísimas naciones situadas al occidente de la Europa, de quienes apenas tuvieron noticia. Mas los romanos, al contrario, sujetaron, no algunas partes del mundo, sino casi toda la redondez de la tierra, y elevaron su poder a tal altura que lo presentes envidiamos ahora y los venideros jamás podrán superarle. Todas estas cosas se manifestarán más claramente por la relación que se va a hacer, y al mismo tiempo se evidenciará cuántas y cuán grandes utilidades es capaz de acarrear a un amante de la instrucción una fiel y exacta historia.

Por lo que hace al tiempo, comenzaremos esta obra en la olimpiada ciento cuarenta: por lo perteneciente a los hechos, daremos principio *entre los griegos* por la guerra que Filipo¹, hijo de Demetrio y padre de Perseo, junto con los aqueos, declaró a los etolios, llamada guerra social; *entre los asiáticos*, por la que Antíoco y Ptolomeo Filopator disputaron entre sí la Cæle-Syria; *en Italia y África* por la que se suscitó entre romanos y cartagineses, llamada comúnmente guerra de Aníbal. Todos estos hechos son una consecuencia de los últimos de la historia de Arato el Siciliano. En los tiempos anteriores a éste, los acontecimientos del mundo casi no tenían entre sí conexión alguna. Se nota en cada uno de ellos una gran diferencia, procedida, ya de sus causas y fines, ya de los lugares donde se ejecutaron. Pero desde éste en adelante, parece que la historia como que se ha reunido en un solo cuerpo. Los intereses de Italia y África han venido a mezclarse con los de Asia y Grecia, y el conjunto de todos no mira sino a un solo fin y objeto, causa por que he dado principio a su descripción en esta época. Pues vencedores los romanos de los cartagineses en la guerra mencionada, y persuadidos de que tenían andada la mayor y más principal parte del camino para la conquista del universo, osaron desde entonces por primera vez extender sus manos a lo restante y

1 Filipo V de Macedonia (221-179 a. C.)

transportar sus ejércitos a la Grecia y países del Asia.

Si nos fuese familiar y notorio el gobierno de los estados que entre sí disputaron el sumo imperio, no nos veríamos acaso en la precisión de prevenir qué designios o fuerzas les estimularon a emprender tales y tan grandes obras. Pero supuesto que los más de los griegos ignoran la política de los romanos y de los cartagineses y no tienen noticia de su antiguo poder y acciones, tuvimos por indispensable que éste y el siguiente libro precediesen a lo demás de la historia, para que ninguno, cuando llegue a la narración de los hechos, dude ni tenga que preguntar de qué recursos o de qué fuerzas y auxilios se valieron los romanos para emprender unos proyectos que los hicieron señores de toda la tierra y mar que conocemos. Antes bien por estos dos libros y la preparación que en ellos se haga, vendrán en conocimiento los lectores de cuán justas medidas tomaron para concebir el designio y conseguir hacer universal su imperio y dominio. Lo peculiar de mi obra y lo que causará la admiración de los presentes es que así como la Providencia ha hecho inclinar la balanza de casi todos los acontecimientos del mundo hacia una parte y los ha forzado a tomar un mismo rumbo, así también yo en esta historia expondré a los lectores bajo un solo punto de vista el mecanismo de que ella se ha servido para la consecución de todos sus designios. Esto es principalmente lo que me ha incitado y movido a escribir esta obra, como asimismo haber notado que ninguno en mis días había emprendido una historia universal, cosa que entonces hubiera estimulado mucho menos mi deseo. Veía yo al presente historiadores que han descrito guerras particulares y han sabido recoger varios sucesos acaecidos a un mismo tiempo; pero al mismo paso echaba de ver que ninguno, a lo menos que yo sepa, se hubiese tomado la molestia de emprender una serie universal y coordinada de hechos, cuándo y en qué principios se habían originado y cómo habían llegado a su conocimiento. Por lo cual creí ser absolutamente necesario no omitir ni permitir pasase en confuso a la posteridad la mejor y más útil obra de la Providencia. Y a la verdad que estando ella creando cada día seres nuevos y ejerciendo sin cesar su poder sobre las vidas de los hombres, jamás ha obrado cosa igual ni ostentado mayor esfuerzo que el que al presente admiramos. De esto es imposible enterarse el hombre por las historias particulares, a no ser que por haber corrido una por una las más célebres ciudades o haberlas visto pintadas con distinción, se presumen al instante haber comprendido toda la figura, situación y orden del universo, cosa a la verdad bien ridícula.

A mi modo de entender, los que están persuadidos a que por la historia particular se puede uno instruir lo bastante en la universal, son en un todo semejantes a aquellos que, viendo los miembros separados de un cuerpo poco antes vivo y hermoso, se presumen estar suficientemente enterados del espíritu y gallardía que le animaba. Pero si uno, uniendo de repente los miembros y dando de nuevo su perfecto ser al cuerpo y gracia al alma, se lo mostrase segunda vez a aquellos mismos, bien sé yo que al instante confesarían que su pretendido conocimiento distaba antes infinito de la verdad y se asemejaba mucho a los sueños. Y ciertamente, que por las partes se forme idea del todo, es fácil; pero que se alcance una ciencia y conocimiento exacto, imposible. Por lo cual debemos estar persuadidos a que la historia particular conduce muy poco a la inteligencia y crédito de la universal, de la que únicamente el reflexivo conseguirá y podrá sacar utilidad y deleite, confrontando y comparando entre sí los acontecimientos, las relaciones y diferencias.

Daremos principio a este libro por la primera expedición de los romanos fuera de Italia. Ésta se une con el fin de la historia de Timeo, y coincide en la olimpiada ciento veintinueve. Por lo cual deberemos explicar el cómo cuándo y con qué motivo, después de bien establecidos en Italia, emprendieron pasar a la Sicilia, el primero de todos los países fuera de Italia que invadieron; asimismo exponer netamente el motivo de su tránsito, no sea que inquiriendo causa sobre causa hagamos insoportable el principio y fundamento de toda nuestra historia. En este supuesto, por lo que hace a la cronología, deberemos tomar una época confesada y sabida de todos, y tal que por los hechos pueda ser distinguida por sí misma, aunque nos sea preciso recorrer brevemente los tiempos anteriores para dar una noticia, aunque sucinta, de lo acaecido en este intervalo. Pues una vez ignorada o dudosa la época, tampoco lo restante merece asenso ni crédito; como al contrario, bien establecida y fijada, todo lo que se sigue encuentra aprobación en los oyentes.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Someten los romanos a todos los pueblos vecinos.- Messina y Regio son sorprendidas: La primera por los campanios, y la segunda por los romanos.- Castiga Roma la traición de sus compatriotas.- Derrota de los campanios por Hierón de Siracusa.

El año diecinueve, luego del combate naval del río Ægos, y el decimosexto antes de la batalla de Leutres (387 antes de J. C.), en el que los lacedemonios firmaron la paz de Antalcida con el rey, de los persas; Dionisio el Viejo, vencidos los griegos de Italia junto al río Eleporo, sitiaba a Regio; y los galos apoderados a viva fuerza ocupaban la misma Roma, a excepción del Capitolio; cuando los romanos, ajustada la paz con los galos con los pactos y condiciones que éstos quisieron, recobrada su patria contra toda esperanza, y tomando esta dicha por basa de su elevación, declararon después la guerra a sus vecinos. Hechos señores de todo el Lacio, ya por el valor, ya por la dicha en los encuentros, llevaron sucesivamente sus armas contra los tirrenios, los celtas y los samnitas, confinantes al oriente y septentrión con los latinos. Poco tiempo después los tarentinos, temerosos que los romanos no quisiesen satisfacer el insulto hecho a sus embajadores, llamaron a Pirro en su ayuda en el año antes que los galos invadiesen la Grecia (281 antes de J. C.), fuesen deshechos en Delfos, y pasasen al Asia. Entonces fue cuando los romanos, sojuzgados los tirrenios y samnitas, y vencedores ya en muchos encuentros de los celtas que habitaban la Italia, concibieron por primera vez el designio de invadir lo restante de este país, reputándole no como ajeno sino como propio y perteneciente en gran parte. Los combates con los samnitas y celtas los habían hecho verdaderos árbitros de las operaciones militares. Por lo cual, sosteniendo con vigor esta guerra, y arrojando al cabo a Pirro y sus tropas de la Italia, atacaron después y sometieron a los que habían seguido el partido de este Príncipe. Con esto sojuzgados contra lo regular y sujetos a su poder todos los pueblos de Italia, excepción de los celtas, emprendieron sitiar a los romanos, que a la sazón poseían a Regio.

Fue igual y casi en todo semejante la suerte que tuvieron estas dos ciudades, Messina y Regio, situadas ambas sobre el estrecho. Poco tiempo antes del en que vamos hablando, los campanios que estaban a sueldo de Agatocles, codiciosos de la hermosura y demás arreo de Messina, pensaron en faltar a la fe con esta ciudad, al instante que la ocasión se presentase. En efecto, introducidos con capa de amigos y apoderados de la ciudad, destierran a unos, degüellan otros, y no contentos retienen las mujeres e hijos de aquellos infelices, según que la suerte hacía caer cada uno entre sus manos; y por último reparten entre sí las restantes riquezas y heredades. Dueños de ciudad y de su ameno territorio por un camino tan pronto y de tan poca costa, no tardó su maldad en hallar imitadores.

Por el mismo tiempo en que Pirro disponía pasar Italia (280 años antes de J. C.) los de Regio, atemorizados por una parte con su venida, y temiendo por otra a los cartagineses, señores entonces del mar, imploraron la protección y auxilio de los romanos. Introducidos en la ciudad cuatro mil de éstos al mando de Decio Campano, la custodiaron fielmente por algún tiempo, y observaron sus pactos; pero al cabo, provocados del ejemplo de los mamertinos, y tomándolos por auxiliares, faltaron a la fe con los de Regio, llevados de la bella situación de la ciudad, y codiciosos de las fortunas de sus particulares. Consiguientemente, a imitación de los campanios, echan a unos, degüellan a otros, y se apoderan de la ciudad. Mucho sintieron los romanos esta perfidia; pero no pudieron por entonces manifestar su resentimiento, a causa de hallarse ocupados con las guerras de que arriba hicimos mención. Mas luego que se desembarazaron de éstas, pusieron sitio a Regio, como hemos dicho. La ciudad fue tomada (271 años antes de J. C.), y en el mismo acto de asaltarla pasan a cuchillo la mayor parte de estos traidores, que se defendían con intrepidez, previendo la

suerte que les esperaba. Los restantes, que ascendían a más de trescientos, hechos prisioneros, los envían a Roma, donde conducidos por los pretores a la plaza, son azotados y degollados todos, según su costumbre; castigo que, los romanos creyeron necesario para restablecer, cuanto estaba de su parte, la buena fe entre sus aliados. La ciudad y su territorio fue restituida al punto a los de Regio.

Los mamertinos (así se llamaban los campanios después que se apoderaron de Messina) mientras subsistió la alianza de los romanos que habían invadido a Regio, no sólo vivían en pacífica posesión de su ciudad y contornos, sino que inquietando infinito las tierras comarcanas de los cartagineses y siracusanos, hicieron tributaria una gran parte de la Sicilia. Pero luego que sitiados los de Regio les faltó este socorro, al instante los siracusanos, por varios motivos que voy a exponer, los estrecharon dentro de sus muros.

Poco tiempo antes, originadas varias disensiones entre los ciudadanos de Siracusa y sus tropas, haciendo éstas alto en los contornos de Mergana, eligieron por sus jefes a Artemidoro y Hierón, que después reinó en Siracusa, príncipe a la verdad de tierna edad entonces, pero de bella disposición para el gobierno y expediente de los negocios. Éste, tomado el bastón, entró en la ciudad con el auxilio de ciertos amigos (275 años antes de J. C.), y dueño de los espíritus revoltosos, supo conducirse con tal dulzura y magnanimidad, que los siracusanos, aunque descontentos con la licencia que los soldados se habían tomado en elecciones, todos unánimes consintieron recibirlo pretor. Desde sus primeras deliberaciones descubrieron espíritus reflexivos que aspiraba a mayores cargos los que daba de sí la pretura. La consideración de que los siracusanos, apenas salían las tropas y sus jefes de la ciudad, ardían en intestinas sediciones y amaban la novedad, y el ver que Leptines excedía mucho a los demás ciudadanos en autoridad y crédito, y gozaba de gran reputación entre la plebe, determinaron a Hierón a contraer con él parentesco, a fin de dejar en la ciudad un apoyo para cuando tuviese que salir a campaña con las tropas. En efecto, casóse con la hija de éste, y echando de ver que sus antiguas tropas extranjeras estaban llenas de vicios y de revoltosos, determina sacar su ejército, pretextando llevarle contra los bárbaros que ocupaban a Messina. Acampado cerca de Centoripa, ordena su armada en batalla a lo largo del río Ciamosoro, y retiene consigo en lugar separado a la caballería e infantería siracusana, aparentando invadir a los contrarios por otra parte. Presenta al enemigo sólo los extranjeros, consiente que todos sean destrozados por los bárbaros, y durante esta carnicería vuelve sin peligro con sus ciudadanos a Siracusa. Concluido con maña el fin que se había propuesto, y desembarazado de todos los malsines y sediciosos de su armada, levantó por sí un suficiente número de tropas mercenarias, y ejerció en adelante el mando sin sobresalto (269 años antes de J. C.) Para contener a los bárbaros, fieros e insolentes con su victoria, arma y disciplina prontamente sus tropas siracusanas, sácalas, y encuentra al enemigo en las llanuras de Mila sobre las márgenes del Longano, donde hace una gran carnicería en sus contrarios; coge prisioneros a sus jefes reprime la audacia de los bárbaros, y vuelto a Siracusa, es proclamado rey por todos los aliados.

CAPÍTULO II

Los mamertinos solicitan el auxilio de los romanos.- Vence la razón de Estado los inconvenientes que había en concederle.- Su primera expedición fuera de Italia.- Derrota de los siracusanos y cartagineses.

Privados antes los mamertinos, como he dicho anteriormente (265 años antes de J. C.), de la ayuda de los de Regio, y turbadas ahora por completo sus miras particulares por las razones que acabo de exponer, unos se refugiaron en los cartagineses, y pusieron en sus manos sus personas y la ciudadela; otros enviaron legados a los romanos para hacerles entrega de la ciudad, y suplicarles socorriesen a unos hombres, que provenían de un mismo origen. Este punto dio que deliberar por mucho tiempo a los romanos. Parecíales estaba a la vista de todos la sinrazón del tal socorro.

Reflexionaban que haber hecho poco antes un castigo tan ejemplar con sus propios ciudadanos, por haber violado la fe a los de Regio, y enviar ahora socorro a los mamertinos, reos de igual delito, no sólo con los messinios sino también con los de Regio, era cometer un error de difícil solución. No ignoraban la fuerza de esta inconsecuencia; pero viendo a los cartagineses, no sólo señores ya del África, sino también de muchas provincias de España, y dueños absolutos de todas las islas del mar de Cerdeña y Toscana, temían y con fundamento, que si a estas conquistas añadían ahora la Sicilia, no viniesen a ser unos vecinos demasiado poderosos y formidables, teniéndoles como bloqueados, y amenazando a la Italia por todas partes. Que de no socorrer a los mamertinos pondrían prontamente esta isla bajo su obediencia, no admitía duda alguna. Puesto que apoderados de Messina, que sus naturales le ofrecían, no tardarían en tomar también a Siracusa cuando ya casi todo lo restante de la Sicilia reconocía su dominio. Previendo esto los romanos, y juzgando que les era preciso no desamparar a Messina ni permitir a los cartagineses que hiciesen de esta isla como un puente para pasar a Italia, tardaban mucho tiempo en resolverse. El Senado tampoco se atrevía a decidir, por las razones que hemos apuntado. Juzgaba que tanto en la injusticia del socorro de los mamertinos, como en las ventajas que de él podrían provenir, militaban iguales razones. Pero el pueblo, agobiado por una parte con las guerras precedentes, y deseando de cualquier modo el restablecimiento de sus atrasos; por otra haciéndole ver los pretores, a más de lo dicho, que la guerra, tanto en común como en particular, traería grandes y conocidas ventajas a cada uno, determinó enviar el socorro. Expedido el plebiscito (264 años antes de J. C.), eligen por comandante a Appio Claudio uno de los cónsules, y le envían con orden de socorrer y pasar a Messina. Entonces los mamertinos, y con amenazas, ya con engaños, echaron al Gobernador cartaginés, por quien estaba ya la ciudadela y llamando a Apio, le entregaron la ciudad. Los cartagineses, creyendo que su Gobernador había entregado la ciudadela por falta de valor y de consejo, le dan muerte en la cruz; y situando su armada naval junto al Peloro, y su ejército de tierra hacia las Senas, insisten con esfuerzo en el cerco de Messina.

Al mismo tiempo Hierón, creyendo que se le presentaba buena ocasión para desalojar enteramente de la Sicilia a los bárbaros que ocupaban a Messina, hace alianza con los cartagineses mueve su campo de Siracusa y toma el camino de la susodicha ciudad. Acampado a la parte opuesta, junto al monte Chalcidico cierra también esta salida a los sitiados. Entretanto Appio, general de los romanos, atravesando de noche el estrecho con indecible valor, entra en Messina. Pero advirtiéndole que los enemigos estrechaban con actividad la ciudad por todas partes, y reflexionando que el asedio le era de poco honor y mucho peligro, por estar los enemigos señoreados del mar y de la tierra, envía primero legados a uno y otro campo, con el fin de eximir a los mamertinos del peso de la guerra. Pero no siendo escuchadas sus proposiciones, la necesidad al fin le hizo tomar el partido de aventurar el trance de una batalla y atacar primero a los siracusanos. En efecto, saca sus tropas y las ordena en batalla, a tiempo que Hierón venía determinado a combatirle. El combate duró largo tiempo; pero al cabo Appio venció a los contrarios, los persiguió hasta sus trincheras, y despojados los muertos, retornó otra vez a la ciudad.

Hierón, pronosticando mal de lo general de sus negocios, llegada la noche, se retiró precipitadamente a Siracusa. Al día siguiente Appio, que advirtió su huida, lleno de confianza, creyó no debía de perder tiempo, sino atacar a los cartagineses. Dada la orden a las tropas de que estuviesen prevenidas, las saca al romper el día, y cayendo sobre los contrarios, mata a muchos y obliga a los demás a refugiarse rápidamente en las ciudades circunvecinas. Bien se aprovechó después de estas ventajas; hizo levantar el sitio de la ciudad; corrió y taló libremente las campiñas de los siracusanos y de sus aliados, sin atreverse ninguno a hacerle frente a campo raso; y por último, acercó sus tropas y emprendió el poner sitio a Siracusa.

Tal fue la primera expedición de los romanos con su ejército fuera de Italia, por estas razones y en estos tiempos. La cual considerando yo ser la época más conocida de toda la historia, tomé de ella principio, recorriendo a más de esto los tiempos anteriores, para no dejar género de duda sobre la demostración de las causas. Porque para dar una idea a los venideros por donde pudiesen

justamente contemplar el alto grado del poder actual de los romanos, me pareció conveniente el que supiesen cómo y cuándo, perdida su propia patria, comenzaron a mejorar de fortuna; asimismo en qué tiempo y de qué manera, sojuzgada la Italia emprendieron extender sus conquistas por defuera. Y así no hay que admirar que teniendo que hablar en lo sucesivo de las repúblicas más célebres, recorramos primero los tiempos anteriores. En el supuesto de que esto lo haremos por tomar ciertas épocas de donde fácilmente se pueda conocer de qué principios, en qué tiempo y por qué medios haya llegado cada pueblo al estado en que al presente se halla, así como lo hemos ejecutado hasta aquí con los romanos.

CAPÍTULO III

Temario de los dos primeros libros, que sirven de preámbulo a esta historia.- Críticas de Polibio sobre los historiadores Filino y Fabio.

Ya es llegado el momento de que, abandonando estas digresiones, hablemos de nuestro asunto, y expliquemos breve y sumariamente lo que se ha de tratar en este preámbulo. La primera en orden será la guerra que se hicieron romanos y cartagineses en Sicilia. A ésta se seguirá la de África, con la que están unidas las acciones de Amílcar, Asdrúbal y los cartagineses en España. Durante este período pasaron por primera vez los romanos a la Iliria y estas partes de Europa, y en los anteriores acaecieron los combates de los romanos contra los celtas que habitaban la Italia. Por entonces fue en la Grecia la guerra llamada Cleoménica, con lo que daremos fin a todo este preámbulo y al segundo libro. El hacer una relación circunstanciada de estos hechos, ni a mí me parece preciso, ni conducente a mis lectores. Mi designio no ha sido formar historia de ellos; sólo sí me he propuesto recordar sumariamente en este apartado lo que pueda conducir a las acciones de que hemos de hablar. Por lo cual, apuntando por encima los acontecimientos de que antes hemos hecho mención, sólo procuraremos unir el fin de este preámbulo con el principio y objeto de nuestra historia. De este modo continuada la serie de la narración, me parece poco precisamente lo que otros historiadores han ya tratado, y con esta disposición preparo a los aficionados un camino expedito y pronto para la inteligencia de lo que adelante se dirá. Seremos un poco más minuciosos en la relación de la primera guerra entre romanos y cartagineses sobre la Sicilia. Pues a la verdad no es fácil hallar otra, ni de mayor duración, ni de aparatos más grandes, ni de expediciones más frecuentes, ni de combates más célebres, ni de vicisitudes más señaladas que las acaecidas a uno y otro pueblo en esta guerra. Por otro lado, estas dos repúblicas eran aun por aquellos tiempos sencillas en costumbres, medianas en riquezas e iguales en fuerzas; y así, quien quiera informarse a fondo de la particular constitución y poder de estos dos Estados, antes podrá formar juicio por esta guerra que por las que después se sucedieron. Otro estímulo no menos poderoso que el antecedente para extenderme sobre esta guerra, ha sido ver que Filino y Fabio, tenidos por los más instruidos escritores en el asunto, no nos han referido la verdad con la fidelidad que convenía. Yo no presumo se hayan puesto a mentir de propósito, si considero la vida y doctrina que profesaron. Pero me parece les ha acaecido lo mismo que a los que aman. A Filino le parece por inclinación y demasiada benevolencia que los Cartagineses obraron siempre con prudencia, rectitud y valor, y que los romanos fueron de una conducta opuesta; a Fabio todo lo contrario. En lo demás de su vida es excusable semejante conducta. Pues es natural a un hombre de bien ser amante de sus amigos y de su patria, lo mismo que aborrecer con sus amigos a los que éstos aborrecen y amar a los que aman. Pero cuando uno se reviste del carácter de historiador, debe despojarse de todas estas pasiones, y a veces alabar y elogiar con el mayor encomio a los enemigos, si sus acciones lo requieren; otras reprender y vituperar sin comedimiento a los más amigos, cuando los defectos de su profesión lo están pidiendo. Así como a los animales, si se les saca los ojos, quedan totalmente inútiles, del mismo modo a la historia, si se le quita la verdad, sólo viene a quedar una narración sin valor. Por lo cual el historiador no debe detenerse ni en reprender a los amigos, ni en alabar a los enemigos. Ni

temer el censurar a veces a unos mismos y ensalzarles otras, puesto que los que manejan negocios, ni es fácil que siempre acierten, ni verosímil que de continuo yerren. Y así, separándose de aquellos que han tratado las cosas adaptándose a las circunstancias, el historiador únicamente debe referir en su historia los dichos y hechos como acontecieron. Que es verdad lo que acabo de decir, se verá por los ejemplos que se siguen.

Filino, comenzando a un tiempo la narración de los hechos y el segundo libro dice que los cartagineses y siracusanos pusieron sitio a Messina; que pasando los romanos por mar a la ciudad, hicieron al instante una salida contra los siracusanos; que habiendo recibido un descalabro considerable, se tornaron a Messina, y que volviendo a salir una segunda vez contra los cartagineses, no sólo fueron rechazados, sino que perdieron gran número de sus tropas. Al paso que refiere esto, cuenta que Hierón, después de concluida la refriega, perdió la cabeza de tal modo, que no sólo, puesto prontamente fuego a sus trincheras y tiendas, huyó de noche a Siracusa, sino que abandonó todas las fortalezas situadas en la provincia de los messinos. Tal como los cartagineses, desamparando al punto sus atrincheramientos después del combate, se diseminaron por las ciudades próximas, sin atreverse a hacer frente a campo raso; motivo porque los jefes, advertido el miedo que se había adueñado de sus tropas, determinaron no aventurar la suerte al trance de una batalla. Pero que los romanos que los perseguían, no sólo arrasaron la provincia, sino que acercándose a la misma Siracusa, emprendieron el ponerla sitio. Todo esto, a mi ver, está tan lleno de inconsecuencias, que absolutamente no necesita de examen. A los que supone sitiadores de Messina y vencedores en los combates, a estos mismos no los representa que huyen, que abandonan la campaña, y al fin cercados y apoderados del miedo sus corazones; a los que, por el contrario, pinta vencidos y sitiados, nos los hace ver después perseguidores señores del país, y por último sitiadores de Siracusa. Concordar entre sí estas especies, es imposible. Pues ¿qué medio, sino decir precisamente o que los primeros supuestos son falsos, o los asertos que después se siguen? Estos son los verdaderos. Pues lo cierto es que los cartagineses y siracusanos abandonaron la campaña, y que los romanos en el acto pusieron sitio a Siracusa, y aun (como él mismo asegura) a Echetla, ciudad situada en los límites de los siracusanos y cartagineses. Resta por precisión que confesemos que son falsas sus primeras hipótesis, y que este escritor nos representó a los romanos vencidos, cuando fueron ellos los que desde el principio tuvieron la superioridad en los combates de Messina. Cualquiera notará este defecto en Filino por toda su obra, e igual juicio hará de Fabio, como se demostrará en su lugar. Pero yo, habiendo expuesto lo conveniente sobre esta digresión, procuraré, tornando a mi historia, guardar siempre consecuencia en lo que diga, y dar a los lectores en breves razones una justa idea de la guerra de que arriba hicimos mención.

CAPÍTULO IV

Alianza de Hierón con los romanos.- Sitio de Agrigento.- Salida de la plaza, rechazada por los romanos.

Una vez hubo llegado de Sicilia a Roma la nueva de los sucesos de Appio y de sus tropas (263 años antes de J. C.); y creados cónsules M. Octalicio y M. Valerio, se enviaron todas las legiones con sus jefes, unas y otras para pasar a Sicilia. Ascende el total de tropas entre los romanos, sin contar las de los aliados, a cuatro legiones que se escogen todos los años. Cada una de las legiones se compone de cuatro mil infantes y trescientos caballos. A la llegada de éstas, muchas ciudades de los cartagineses y siracusanos, dejando su partido, se agregaron a los romanos. La consideración del abatimiento y espanto de los sicilianos, junto con la multitud y fuerza de las legiones romanas, persuadieron a Hierón que se podía abrigar esperanzas más lisonjeras de los romanos que no de los cartagineses. Y así, estimulado de la razón a seguir este partido, despachó embajadores a los Cónsules para tratar de paz y alianza. Los romanos oyeron con gusto la propuesta, especialmente por los convoyes; pues señores entonces cartagineses del imperio del mar, temían no les cerrasen

por todas partes el transporte de los víveres principalmente cuando en el pasaje de las primeras legiones se había experimentado una gran escasez de comestibles. Por lo cual, atento a que Hierón en esta parte les serviría de mucho provecho, aceptaron con gusto su amistad. Concertados los pactos de que el Rey restituiría a los romanos los cautivos sin rescate y a más pagaría cien talentos de plata, de allí en adelante vivieron éstos como amigos y aliados de los siracusanos; y el rey Hierón, desde aquel tiempo, acogido a la sombra del poder romano, y auxiliándole siempre según las circunstancias lo exigían, reinó tranquilamente en Sicilia, sin más ambición que la de ser coronado y aplaudido entre sus vasallos. En efecto, fue príncipe el más recomendable de todos, y el que por más tiempo gozó el fruto de su prudencia en los asuntos públicos y privados. Llevado a Roma este tratado y aprobadas y ratificadas por el pueblo con Hierón sus condiciones, determinaron los romanos no enviar en adelante todas las tropas a Sicilia, sino únicamente dos legiones; persuadidos de que con la alianza de este rey se habían descargado en parte del peso de la guerra, y que su modo de entender abundarían de esta manera sus tropas más fácilmente de todo lo necesario. Los cartagineses, noticiosos de que Hierón se había declarado su enemigo, y que los romanos se empeñaban con mayor esfuerzo sobre la Sicilia, concibieron necesitaban mayores acopios con que poder contrarrestar sus enemigos y conservar lo que poseían en esta isla. Por lo que, movilizandole tropas a su sueldo en las regiones ultramarinas, muchas de ellas ligures y celtas, y muchas más aún españolas, todas las enviaron a Sicilia. Además de esto, viendo que Agrigento era por naturaleza la ciudad más acomodada y fuerte de su mando para los acopios, recogieron en ella las provisiones y tropas, resueltos a servirse de esta ciudad como plaza de armas para la guerra.

Los Cónsules romanos que habían concluido el tratado con Hierón tuvieron que volverse a Roma (262 años antes de J. C.), y L. Postumio y Q. Mamilio, nombrados en su lugar, vinieron a Sicilia con las legiones. Éstos, conocida la intención de los cartagineses, y el objeto de los preparativos que se hacían en Agrigento, determinaron insistir en la acción con mayor empeño. Por lo cual, abandonando otras expediciones, marchan con todo su ejército a atacar la misma Agrigento, y puestos sus reales a ocho estadios de ella, encierran a los cartagineses dentro de sus muros. Por estar entonces en sazón la recolección de mieses y dar a entender el sitio que duraría algún tiempo, se desmandaron los soldados a coger frutos con más confianza de la que convenía. Los cartagineses, que vieron a sus enemigos dispersos por la campiña, realizan una salida, dan sobre los forrajeadores, y desbaratándolos fácilmente, acometen unos a saquear los reales, y otros a degollar los cuerpos de guardia. Pero la exacta y particular disciplina que observan los romanos, así en esta como en otras muchas ocasiones, salvó sus negocios. Se castiga con la muerte entre ellos al que desampara el lugar o abandona absolutamente el cuerpo de guardia. Por eso entonces, aun en medio de ser superiores en número a los contrarios, sosteniendo el choque con valor, muchos de ellos mismos perecieron, pero muchos más aun de los enemigos quedaron sobre el campo. Finalmente, cercados los cartagineses cuando estaban ya para saquear el real, parte de ellos perecieron, parte hostigados y heridos fueron perseguidos hasta la ciudad.

Esto fue causa de que los cartagineses procediesen en adelante con mayor cautela en las salidas, y los romanos usasen de mayor circunspección en los forrajes. En efecto, cuando ya aquellos no se presentaban sino para ligeras escaramuzas, los Cónsules romanos dividieron el ejército en secciones, situaron el uno alrededor del templo de Esculapio que estaba al frente de la ciudad, y acamparon el otro en aquella parte que mira hacia Heraclea. El espacio que mediaba entre los dos campos, lo fortificaron por ambos lados. Por la parte de adentro tiraron una línea de contravalación, para defenderse contra las salidas de la plaza, y por la parte de afuera echaron otra de circunvalación, para estar a cubierto de las irrupciones de la campaña y evitar se metiese e introdujese lo que se acostumbra en las ciudades cercadas. Los espacios que mediaban entre los fosos y los ejércitos estaban guarnecidos con piquetes, y fortificados los lugares ventajosos de trecho en trecho. Los aliados todos les acopiaban pertrechos y demás municiones que traían a Erbeso, y ello llevando y acarreando continuamente víveres de esta ciudad poco distante del campo, se proveían muy abundantemente de todo lo necesario.

En este estado permanecieron las cosas casi cinco meses, sin poder alcanzar una parte de otra ventaja alguna decisiva, mas que las que sucedían en las escaramuzas. Pero al cabo, hostigados los cartagineses por el hambre debido a la mucha gente que encerraba la ciudad (no eran menos de cincuenta mil almas), Aníbal, que mandaba las tropas sitiadas, no sabiendo qué hacerse en tales circunstancias, despachaba sin cesar correos a Cartago, para informarles del estado actual o implorar su socorro. En Cartago se embarcaron las tropas y elefantes que se pudieron juntar y las enviaron a Sicilia a Hannón, otro de sus comandantes. Éste recogiendo los víveres y tropas en Heraclea, se apodera con astucia de la ciudad de Erbeso, y corta los víveres y demás provisiones necesarias a los ejércitos contrarios. De aquí provino que los romanos, a un tiempo sitiadores y sitiados, se hallaron en tal penuria y escasez de lo necesario, que muchas veces consultaron levantar el sitio; lo que hubieran ejecutado por último si Hierón con gran diligencia y cuidado no les hubiera provisto de aquello más preciso e indispensable.

CAPÍTULO V

Toma de Agrigento por los romanos.- Retirada de Aníbal.- Primer pensamiento de hacerse marinos los romanos.- Preparación para esta empresa.

Observando Hannón a los romanos debilitados por la peste y el hambre (262 años antes de J. C.), por ser insano el aire que respiraban; y al contrario, considerando que sus tropas se hallaban en estado de combatir, dispone cincuenta elefantes que tenía con lo restante del ejército, y lo saca con rapidez fuera de Heraclea, intimando a la caballería nómada batiese la campaña, se acercase al foso de los contrarios, incitase su caballería, procurase atraerla al combate, y hecho esto, simulase retroceder hasta incorporársele. Puesta en práctica esta orden por los nómadas, y aproximándose a uno de los campos, al punto la caballería romana se echó fuera y dio con arrojo sobre ellos. Éstos se replegaron según la orden hasta que se juntaron con los de Hannón, donde ejecutado un cuarto de conversión se dejan caer sobre los enemigos, los cercan exterminan muchos de ellos, y persiguen los restantes hasta el campo. Terminada esta acción, Hannón se acampó en un sitio que dominaba a los romanos, protegiéndose de una colina llamada Toro, distante como diez estadios de los contrarios. Dos meses duraron las cosas en este estado, sin producirse acción alguna decisiva más que los ligeros ataques diarios. Bien que Aníbal, con fanales y mensajeros que incesantemente enviaba a Hannón desde la ciudad, le daba a entender que la muchedumbre no podía sufrir el hambre, y bastantes por la escasez desertaban al campo contrario. Entonces el Comandante cartaginés resolvió aventurar la batalla. El romano no se inclinaba menos a esto, por las razones arriba citadas. Por lo cual, sacando ambos sus ejércitos al lugar que mediaba entre los dos campos, se llegó a las manos. Largo tiempo duró la batalla; pero al fin los romanos hicieron volver grupas a los mercenarios cartagineses que peleaban en la vanguardia, y cayendo éstos sobre los elefantes y las otras líneas que estaban detrás, fueron motivo de que todo el ejército cartaginés se llenase de confusión y espanto. La huida fue general, la mayoría quedaron sobre el campo, algunos se salvaron en Heraclea, y la casi totalidad de elefantes, con todo el bagaje, quedó en poder de los romanos. Llegada la noche, la lógica alegría de una acción tan memorable y el cansancio de la tropa hizo relajar la disciplina en los centinelas. Aníbal, que no hallaba remedio en sus negocios, consideró que esta negligencia le presentaba una oportuna ocasión para salvarse. Sale a media noche de la ciudad con sus tropas mercenarias, ciega los fosos con cestos llenos de paja, y saca su ejército indemne sin que lo perciban los contrarios. Los romanos, que advirtieron lo sucedido con la luz del día, atacan por el pronto, aunque ligeramente, la retaguardia de los de Aníbal; pero poco después se lanzan sobre las puertas de la ciudad, y no hallando obstáculo la saquean con furor, y se hacen dueños de multitud de esclavos y de un rico y variado botín.

Llevada la noticia al Senado romano de la toma de Agrigento, alegróse aquel infinito y concibió grandes esperanzas. Ya no se sosegaba con sus primeras ideas, ni le bastaba haber salvado a los

mamertinos y haberse enriquecido con los despojos de esta guerra. Se prometía nada menos de que sería empresa fácil arrojar enteramente a los cartagineses de la isla y que ejecutando esto adquirirían un gran ascendiente sus negocios; a esto se reducían sus conversaciones y éste era el objeto de sus pensamientos. Y a la verdad, veían que por lo concerniente a las tropas de tierra iban las cosas a medida de sus deseos. Pues les parecía que L. Valerio y T. Octacilio, cónsules nombrados en lugar de los que habían sitiado a Agrigento (261 años antes de J. C.), administraban satisfactoriamente los negocios de Sicilia. Pero poseyendo los cartagineses el imperio del mar sin disputa, estaba en la balanza el éxito de la guerra. Pues aunque en dos tiempos próximos después de tomada Agrigento, muchas ciudades mediterráneas habían aumentado el partido de los romanos por temor a sus ejércitos de tierra, muchas más aún marítimas lo habían abandonado temiendo la escuadra cartaginesa. Por lo cual persuadiéndose más y más que la balanza de la guerra era dudosa a una y otra parte por lo arriba expuesto, y sobre todo, que la Italia era talada muchas veces por la escuadra enemiga, mientras que el África al cabo no experimentaba extorsión alguna, decidieron echarse al mar al igual de los cartagineses.

No fue éste el menor motivo que me impulsó a hacer una relación más circunstanciada de la guerra de Sicilia, para que así no se ignorase su principio, de qué modo, en qué tiempo y por qué causas se hicieron marinos por primera vez los romanos. La consideración de que la guerra se iba dilatando, les suscitó por primera vez el pensamiento de construir cien galeras de cinco órdenes de remos y veinte de a tres. Pero les servía de grande embarazo el ser sus constructores absolutamente imperitos en la fabricación de estos buques de cinco órdenes, por no haberlos usado nadie hasta entonces en la Italia. Por aquí se puede colegir con particularidad el magnánimo y audaz espíritu de los romanos. Sin tener los materiales, no digo proporcionados, pero ni aun los imprescindibles, sin haber jamás formado idea del mar, les viene entonces ésta por primera vez al pensamiento, y la emprenden con tanta intrepidez, que antes de adquirir experiencia del proyecto se proponen rápidamente dar una batalla naval a los cartagineses, que de tiempo inmemorial tenían el imperio incontestable del mar. Sirva de prueba para la verdad de lo que acabo de referir y su increíble audacia, que cuando intentaron la primera vez transportar sus ejércitos a Messina no sólo no tenían embarcaciones con cubierta, sino que ni aun en absoluto navíos de transporte, ni siquiera una falúa. Antes bien, tomando en arriendo buques de cincuenta remos y galeras de tres órdenes de los tarentinos, locres eleatos y napolitanos pasaron en ellas con arrojo sus soldados. Durante este transporte de tropas los cartagineses les atacaron cerca del estrecho, y uno de sus navíos con puente, deseoso de batirse se acercó tanto, que encallado sobre la costa, quedó en poder de los romanos, de cuyo modelo se sirvieron para construir a su parecido toda la armada. De manera que de no haber acaecido este accidente, sin duda su impericia les hubiera imposibilitado llevar a cabo la empresa. Mientras que unos, a cuyo cargo estaba la construcción, se ocupaban en la fabricación de los navíos, otros, completando el número de marineros, los enseñaban a remar en tierra de esta manera: sentábanlos sobre los remos en la ribera, haciéndoles llevar el mismo orden que sobre los bancos de los navíos. En medio de ellos estaba un comandante, que los acostumbraba a elevar a un tiempo el remo inclinando hacia sí las manos, y a bajarlo impeliéndolas hacia afuera, para comenzar y terminar los movimientos a la voluntad del que mandaba. Preparadas así las cosas y acabados los navíos, los echan al mar, y, poco expertos ciertamente en la marina, costean la Italia a las órdenes del Cónsul.

CAPÍTULO VI

Sorpresa de Lipari por Cornelio, malograda.- Imprudencia de Aníbal.- Instrumento de Duilio para atacar.- Batalla naval en Mila y victoria por los romanos.- Muerte de Amílcar, y toma de algunas ciudades.

Cn. Cornelio, que dirigía las fuerzas navales de los romanos (260 años antes de J. C.),

notificada la orden pocos días antes a los capitanes de navío para que después de dispuesta la escuadra hiciesen vela hacia el estrecho, sale al mar con diecisiete navíos y toma la delantera hacia Messina, con el cuidado de tener pronto lo necesario para la armada. Durante su estancia en este puerto presentósele la ocasión de sorprender la ciudad de los liparos, y abrazando el partido sin la reflexión conveniente, marcha con los mencionados navíos y fondea en la ciudad. Aníbal, capitán de los cartagineses que a la sazón estaba en Palermo enterado de lo sucedido destaca allá con veinte navíos al senador Boodes, quien, navegando de noche, bloquea en el puerto a los del Cónsul. Llegado el día, los marineros echaron a huir a tierra, y Cneio, sorprendido y sin saber qué hacerse, se rindió por último a los contrarios. Los cartagineses con esto, adueñados de las naves y del comandante enemigo, marcharon de inmediato a donde estaba Aníbal. Pocos días después, en medio de haber sido tan ruidosa y estar aun tan reciente la desgracia de Cneio, le faltó poco al mismo Aníbal para no incurrir a las claras en el mismo error. Porque oyendo decir que estaba próxima la escuadra romana que costeaba la Italia, deseoso de informarse por sí mismo de su número y total ordenación, sale del puerto con cincuenta navíos, y doblando el promontorio de Italia, cae en manos de los enemigos que navegaban en orden y disposición de batalla, pierde la mayor parte de sus buques, y fue un verdadero milagro que él se salvase con los que le quedaban. Los romanos después, acercándose a las costas de Sicilia y enterados de la desgracia ocurrida a Cneio, dan aviso al instante a C. Duilio, que mandaba las tropas de tierra, y esperan

su llegada. Al mismo tiempo, oyendo que no estaba distante la escuadra enemiga, se aprestan para el combate. Sin duda al ver sus navíos de una construcción tosca y de lentos movimientos, les sugirió alguno el invento para la batalla, que después se llamó cuervo; cuyo sistema era de esta manera: se ponía sobre la proa del navío una viga redonda, cuatro varas de larga y tres palmos de diámetro de ancha; en el extremo superior tenía una polea, y alrededor estaba clavada una escalera de tablas atravesadas, cuatro pies de ancha y seis varas de larga. El agujero del entablado era oblongo y rodeaba la viga desde las dos primeras varas de la escalera. A lo largo de los dos costados tenía una baranda que llegaba hasta las rodillas, y en su extremo una especie de pilón de hierro que remataba en punta, de donde pendía una argolla; de suerte que toda ella se asemejaba a las máquinas con que se muele la harina. De esta argolla pendía una maroma, con la cual, levantando los cuervos por medio de la polea que estaba en la viga, los dejaban caer en los embestimientos de los navíos sobre la cubierta de la nave contraria, unas veces sobre la proa, otras haciendo un círculo sobre los costados, según los diferentes encuentros. Cuando los cuervos, clavados en las tablas de las cubiertas, cogían algún navío, si los costados se llegaban a unir uno con otro, le abordaban por todas partes; pero si lo aferraban por la proa, saltaban en él de dos en dos por la misma máquina. Los primeros de éstos se defendían con sus escudos de los golpes que venían directos, y los segundos, poniendo sus rodela sobre la baranda, prevenían los costados de los oblicuos. De este modo dispuestos, no esperaban más que la ocasión de combatir.

Al punto que supo C. Duilio el descalabro del jefe de la escuadra, entregando el mando de las tropas de tierra a los tribunos, dirigióse a la armada, e informado de que los enemigos talaban los campos de Mila, salió del puerto con toda ella. Los cartagineses, a su vista, ponen a la vela con gozo y diligencia ciento treinta navíos, y despreciando la impericia de los romanos no se dignan poner en orden de batalla, antes bien, como que iban a un despojo seguro, navegan todos vuelta las proas a sus contrarios. Mandábalos Aníbal, el mismo que había sacado de noche sus tropas de Agrigento. Mandaba una galera de siete órdenes de remos, que había sido del rey Pirro. Al principio los cartagineses se sorprendieron de ver, al tiempo que se iban acercando los cuervos levantados sobre las proas de cada navío, extrañando la estructura de semejantes máquinas. Sin embargo, llenos de un sumo desprecio por sus contrarios, acometieron con valor a los que iban en la vanguardia. Pero al ver que todos los buques que se acercaban quedaban atenazados por las máquinas, que estas mismas servían de conducto para pasar las tropas y que se llegaba a las manos sobre los puentes, parte de los cartagineses fueron muertos, parte asombrados con lo sucedido se rindieron. Fue esta acción semejante a un combate de tierra. Perdieron los treinta navíos que

primero entraron en combate, con sus tripulaciones. Entre ellos fue también tomado el que mandaba Aníbal; pero él escapó con arrojo en un bote como por milagro. El resto de la armada vigilaba con el fin de atacar al enemigo, pero advirtiéndoles la proximidad el estrago de su primera línea, se apartó y estudió los choques de las máquinas. No obstante fiados en la agilidad de sus buques, contaban poder acometer sin peligro al enemigo, rodeándole unos por los costados y otros por la popa. Mas viendo que por todas partes se les oponían y amenazaban estas máquinas y que inevitablemente habían de ser asidos los que se acercasen, atónitos con la novedad de lo ocurrido, toman al fin la huida, después de perder en la acción cincuenta naves. Los romanos, lograda una victoria tan inverosímil en el mar, concibieron doblado valor y espíritu para proseguir la guerra. Desembarcaron en la Sicilia, hicieron levantar el sitio de Egesta, que estaba en el último extremo, y partiendo de allí, tomaron a viva fuerza la ciudad de Macella. Después de la batalla naval, Amílcar, capitán de los cartagineses, que mandaba las tropas de tierra y a la sazón se encontraba en Palermo, informado de que se había originado cierta disensión en el campo enemigo entre los romanos y sus aliados sobre la primacía en los combates, y seguro de que éstos acampaban por sí solos entre Paropo y los Termas Himerenses, cae sobre ellos inesperadamente con todo el ejército cuando estaban levantando el campo, y mata cerca de cuatro mil. Realizada esta acción, marchó a Cartago con los navíos que le habían quedado salvos, y de allí a poco pasó a Cerdeña, tomando otros navíos mandados por algunos de los trierarcas de mayor fama. Poco tiempo después, sitiado por los romanos en cierto punto de Cerdeña (isla que desde que los romanos pusieron el pie en el mar se propusieron conquistarla), perdidas allí muchas de sus naves, le apresaron los cartagineses que se habían salvado, y al punto le crucificaron. En el año siguiente (259 antes de J. C.) no hicieron cosa memorable los ejércitos romanos que estaban en Sicilia. Pero llegados que fueron los sucesores cónsules A. Atilio y C. Sulpicio, marcharon contra Palermo, por estar allí las tropas cartaginesas en cuarteles de invierno. En efecto, acercándose los Cónsules a la ciudad, pusieron todo su ejército en batalla (258 años antes de J. C.); pero no presentándose los enemigos, marchan de allí contra Ippana, y al punto la toman por asalto. Tomaron también a Mitistrato, cuya natural fortaleza había hecho resistir el asedio mucho tiempo. La ciudad de los camarineos, que poco antes había abandonado su partido, fue igualmente ocupada, después de avanzadas las obras y derribados sus muros. Enna y otros muchos lugares de menor importancia de los cartagineses sufrieron la misma suerte. Terminada esta campaña, emprendieron sitiar la ciudad de los liparos.

CAPÍTULO VII

Recíproco descalabro de romanos y cartagineses.- Orden y disposición de sus armadas.- Batalla de Ecnomo.- Victoria obtenida por los romanos.

El año siguiente (257 antes de J. C.), C. Atilio, cónsul romano, habiendo arribado a Tindarida, y observando que la escuadra cartaginesa navegaba sin orden, previene a sus dotaciones que le sigan, y él parte con anticipación acompañado de diez navíos. Los cartagineses, que vieron a los enemigos, unos embarcar en sus buques, otros estar ya fuera del puerto, y entre aquellos y éstos mediar una gran distancia, se vuelven, les hacen frente, y cercándoles echan a pique todos los otros, menos el del Cónsul, que por poco no fue apresado con toda la gente; pero la buena marinería con que estaba tripulado y la agilidad de movimientos, le salvaron afortunadamente del peligro. Los restantes navíos romanos, que venían poco a poco, se reúnen, colocándose de frente, acometen a los enemigos, se apoderan de diez buques con sus tripulaciones, hunde a ocho, y el resto se retira a las islas de Lipari. Como de esta acción unos y otros juzgasen que habían salido con iguales pérdidas, todo su empeño fue aumentar las fuerzas navales y disputarse el dominio del mar. Durante este tiempo, los ejércitos de tierra no hicieron cosa alguna digna de mención, únicamente se ocuparon en expediciones leves y de corta duración. Pero las armadas navales, aprestadas como queda dicho, se hicieron a la vela en la primavera siguiente. Los romanos arribaron a Messina con trescientos treinta

navíos largos y con puente, de donde salieron, y dejando la Sicilia a la derecha, doblado el cabo Pachino, pasaron frente a Ecnomo, por estar acampado en aquellas cercanías el ejército de tierra.

Los cartagineses salieron al mar con trescientos cincuenta navíos con puente, tocaron primero en Lilibeá, y de allí anclaron en Heraclea de Minos. La finalidad de los romanos era marchar al África situando allí el teatro de la guerra, para que de este modo los cartagineses no cuidasen defender la Sicilia sino su propia patria y personas. Los cartagineses pensaban al contrario: consideraban que el África era de fácil arribo; que una vez en ella los romanos, toda la gente de los campos se les rendiría sin resistencia: y así, lejos de consentirlo, procuraban aventurar el trance de una batalla naval. Dispuestos de este modo, unos a hacer una irrupción y otros a rechazarla, bien se dejaba conocer de la obstinación de uno y otro pueblo, que amenazaba un próximo combate.

Los romanos hacían los preparativos para ambos casos, bien se hubiese de pelear por mar, bien se hubiese de hacer un desembarco por tierra. Por lo cual, escogido de sus ejércitos la flor de las tropas, dividieron toda la armada que habían de llevar en cuatro partes. Cada una de ellas tuvo dos denominaciones. La primera se llamó la primera legión y la primera escuadra, y así de las demás. La cuarta no tuvo nombre; se la llamó Triarios, como se la acostumbraba llamar en los ejércitos de tierra. El total de esta armada era de ciento cuarenta mil hombres; de suerte que cada navío llevaba trescientos remeros, y ciento veinte soldados de armas. Los cartagineses, por su parte, se preparaban con sumo estudio y cuidado para un combate naval. El total de su ejército, según el número de buques, ascendía a más de ciento cincuenta mil hombres. A la vista de esto, ¿quién, al considerar tan prodigiosa multitud de hombres y navíos, podrá, no digo mirar, pero ni aun oír sin asombro la importancia del peligro, y la grandeza y poder de las dos repúblicas? Los romanos, reflexionando que a ellos les convenía bogar en alta mar, y que los enemigos les superaban en la ligereza de sus buques, procuraron formar un orden de batalla resguardado por todas partes y difícil de desbaratar por los contrarios. Para esto, los dos navíos de seis órdenes, que mandaban los cónsules M. Atilio Régulo y L. Manlio (256 años antes de J. C.), fueron puestos paralelamente los primeros al frente. Detrás de cada uno de ellos dispusieron uno por uno los navíos en orden sucesivo. Al uno seguía la primera escuadra y al otro la segunda; pero siempre haciendo mayor el intervalo, a medida que cada buque de cada división se iba situando; de manera que sucediéndose los unos a los otros, todos miraban con las proas hacia fuera. Ordenadas de este modo la primera y segunda escuadra en forma de ángulo, pusieron detrás la tercera de frente en línea recta, con cuya situación todo el orden de batalla figuraba un triángulo perfecto. A éstas seguían las embarcaciones de carga, arrastradas a remolque por los navíos de la tercera escuadra. A espaldas de ésta colocaron la cuarta, llamada de los Triarios, de tal forma prolongada sobre una línea recta, que superase uno y otro costado de los que tenía delante. Dispuestas de este modo todas las divisiones, el total de la formación representaba un triángulo cuya parte superior estaba hueca y la base sólida; pero el todo, fuerte, propio para la acción, y difícil de romper.

Durante este tiempo, los jefes cartagineses, arengando brevemente a sus tropas, y haciéndolas ver que ganada la batalla naval únicamente tendrían que defender la Sicilia, pero que si eran derrotados aventuraban su propia patria y familias, dan la orden de embarcar. Los soldados ejecutaron rápidamente el mandato, por pronosticar del éxito según lo que acababan de oír, y con gran ánimo y resolución se hicieron a la mar. Pero advirtiéndoles sus jefes la formación de los contrarios, y adaptándose a ella, situaron las tres divisiones de su armada sobre una línea, prolongando el ala derecha hacia el mar en situación de rodear a los enemigos, vueltas contra ellos las proas de todo sus navíos. La cuarta división, de que se componía el ala izquierda de toda su formación, estaba ordenada en forma de tenaza, dirigida hacia la tierra. El ala derecha, compuesta de los navíos y quinquerremes más propios por su ligereza para desconcertar las alas de los contrarios, la mandaba Hannón, aquel que había sido derrotado en el sitio de Agrigento. La izquierda estaba a las órdenes de Amílcar, aquel que se batió en el mar junto a Tindarida, y el que en esta ocasión, haciendo que cargase el peso de la batalla en el centro de la formación, usó de esta estratagema durante el combate.

Apenas observaron los romanos que los cartagineses se desplegaban sobre una simple línea, atacaron el centro, y por aquí se dio principio a la acción. Amílcar, entonces, para romper la formación de los romanos, mandó al instante a su centro echase a huir. En efecto, retiróse éste con rapidez, y los romanos iban con valor en su persecución. La primera y segunda escuadra acosaba a los que huían; mientras que la tercera, que remolcaba las embarcaciones de carga, y la cuarta, donde estaban los triarios destinados a su defensa, quedaban desunidas. Cuando consideraron los cartagineses que la primera y segunda estaban a una gran distancia de las otras, entonces puesta una señal sobre el navío de Amílcar, rápidamente se vuelve toda la armada y ataca a los que la perseguían. Grande fue la refriega que originó de una y otra parte. Los cartagineses llevaban mucha ventaja en la veloz maniobra de sus buques y en la facilidad de acercarse y retirarse con ligereza; pero el valor de los romanos en los ataques, al aferrar los cuervos a los que una vez se acercaban, la presencia de los dos Cónsules que combatían a su frente, y a cuya vista se superaba el soldado, no les inspiraba menos confianza que a los cartagineses. Tal era la situación del combate por esta parte.

Durante este tiempo, Hannón, a cuyo mando estaba el ala derecha que desde el principio de la acción había permanecido separada, tomando altura dio sobre los navíos de los triarios y los puso en grande aprieto y apuro. Los cartagineses que se encontraban situados cerca de tierra se ordenan de frente en vez de la formación que antes tenían, y vueltas las proas, acometen a los que remolcaban los barcos de carga. Estos, abandonadas las cuerdas, vienen a las manos y se baten con sus contrarios. De suerte que el total de la acción estaba dividida en tres partes, y otros tantos eran los combates navales, mediando mucha distancia entre unos y otros; y como las divisiones de una y otra armada eran iguales, según la separación que habían hecho al principio, ocurría que lo era también el peligro; pues en cada una de ellas se realizaba justamente lo que de ordinario sucede, cuando es en un todo igual el poder de los combatientes. Pero al fin vencieron los primeros, porque obligados los de Amílcar echaron a huir, y Manlio unió a los suyos los navíos que había capturado. Régulo, luego que se percató del peligro en que se hallaban los triarios y las embarcaciones de carga, marcha prontamente en su socorro con los navíos de la segunda escuadra que le habían quedado indemnes. Con su venida y ataque que hace a los de Hannón, los triarios, que estaban ya para ceder malamente, se rehacen y vuelven a adquirir espíritu para la carga. Los cartagineses entonces hostigados, ya por los que les atacaban de frente, ya por los que les acometían por la espalda, y rodeados por el nuevo socorro cuando menos lo pensaban, cedieron y lanzáronse a huir a alta mar. Durante este tiempo, vuelto ya Manlio de su primer combate, advierte que el ala izquierda de los cartagineses tenía acorralada la tercera escuadra sobre la costa: llega también Régulo a la sazón, después de haber dejado a salvo el convoy y los triarios, y emprenden uno y otro el socorrer a los que peligraban. Estaban ya éstos prácticamente sitiados, y sin duda hubieran perecido. Pero el temor de los cartagineses a los cuervos se contentaba con tenerlos bloqueados y cercados contra la costa, y el miedo de ser aferrados no les dejaba acercar para atacarlos. Llegados que fueron los Cónsules, cercan rápidamente a los cartagineses, se apoderan de cincuenta navíos con sus equipajes, y sólo unos pocos se escapan virando hacia tierra. Ésta es la relación de la batalla, contada por partes. La ventaja de toda ella quedó por los romanos. De éstos fueron hundidos veinticuatro navíos; de los cartagineses, más de treinta; de los romanos, ningún navío con tripulación fue a poder de los contrarios; de los cartagineses, sesenta y cuatro.

CAPÍTULO VIII

Los romanos en África.- Toma de Aspis.- Atilio Régulo queda solo en África.- Batalla de Adis y victoria por los romanos.- Cartago rechaza las proposiciones de paz formuladas por Atilio.

Después de esta victoria, los romanos acumularon mayores provisiones, repararon los navíos que habían apresado, y cuidando de la marinería con el esmero competente a lo bien que se había portado, se hicieron a la vela, encaminando su rumbo al África. Su primera división abordó al

promontorio de Hermea, el cual, enclavado frente del golfo de Cartago, se introduce en el mar mirando a la Sicilia. Aquí esperaron a los navíos que venían detrás, y congregada toda la armada, costean el África hasta arribar a la ciudad llamada Aspis. Efectuado aquí el desembarco, sacaron sus buques a tierra, y rodeados de un foso y trinchera, se preparan a sitiar la ciudad por no haberla querido entregar voluntariamente sus moradores.

Regresados a su patria los cartagineses que habían salido salvos del combate naval, y persuadidos de que la victoria ganada ensoberbecería a los contrarios y los dirigiría con presteza a la misma Cartago, habían defendido con tropas de tierra y fuerzas navales los puestos avanzados de la ciudad. Pero desengañados de que los romanos en efecto habían hecho su desembarco y tenían sitiada a Aspis, desistieron de vigilar el rumbo de su venida, levantaron tropas y fortificaron la ciudad y sus alrededores. Una vez apoderados de Aspis los romanos, dejan una competente guarnición para defensa de la ciudad y su país, y enviando legados a Roma que diesen parte de lo acaecido, se informasen de lo que se debía hacer y cómo se habían de conducir en adelante, marchan después rápidamente con todo su ejército, y comienzan a talar la campaña. No hallaron resistencia alguna, por lo cual arruinaron muchas quintas magníficamente construidas, robaron infinidad de ganado cuadrúpedo, y embarcaron en sus navíos más de veinte mil esclavos. Durante este tiempo regresan de Roma los legados con la resolución del Senado de que era preciso que uno de los cónsules permaneciese, quedándose con las fuerzas correspondientes, y el otro llevase a Roma la armada. Régulo fue el que se quedó con cuarenta navíos, quince mil infantes y quinientos caballos. L. Manlio, con los marineros e infinidad de cautivos, pasando sin riesgo por la Sicilia, llegó a Roma. Apenas advirtieron los cartagineses que los enemigos se disponían para una guerra más dilatada, eligieron primeramente entre sí dos comandantes, Asdrúbal, hijo de Annón, y Bostar, y enviaron después a decir a Amílcar, a Heraclea, que se restituyese cuanto antes. Éste, con quinientos caballos y cinco mil infantes, llega a Cartago, y nombrado tercer comandante delibera con Asdrúbal sobre el estado actual de los negocios. Convinieron en que se debía defender la provincia y no permitir que el enemigo la talase impunemente. Pocos días después (256 años antes de J. C.), Régulo sale a campaña, toma por asalto los castillos que no tenían muros y pone sitio a los que los tenían. Llegado que hubo a Adis, ciudad importante, sitúa sus reales alrededor de ella y emprende con ardor las obras y el cerco. Los cartagineses se dieron prisa a socorrer la ciudad, y en la firme inteligencia que libertarian las campiñas de la tala, sacaron su ejército, ocuparon una colina que dominaba a los contrarios, aunque molesta a sus propias tropas, y acamparon en ella. Tener puestas sus principales esperanzas en la caballería y los elefantes y abandonar el país llano encerrándose en lugares ásperos e inaccesibles, era mostrar a los enemigos lo que debían hacer para atacarles. En efecto, sucedió así. Desengañados por la experiencia, los capitanes romanos de que lo desventajoso del sitio inutilizaba lo más eficaz y temible del ejército contrario, sin esperar a que bajase al llano y se pusiese en batalla se aprovechan de la ocasión y ascienden la colina por una y otra parte al rayar el día. La caballería y los elefantes de los cartagineses fueron completamente inútiles. Los soldados extranjeros se batieron con generoso valor e intrepidez, y obligaron a ceder y huir la primera legión; pero atacados de nuevo, y acorralados por los que montaban la colina por la otra parte, tuvieron que volver la espalda. Después de esto, todo el campo se dispersa. Los elefantes y la caballería ganaron el llano lo más rápido que pudieron, y se pusieron a salvo. Los romanos persiguieron la infantería por algún tiempo, robaron el real enemigo, y después, batida toda la campaña, saquearon las ciudades impunemente. Hechos señores de Túnez, se acantonaron en ella, ya por la conveniencia que tenía para las incursiones que proyectaban, ya también por estar en una situación ventajosa para invadir a Cartago y sus alrededores.

Los cartagineses, derrotados poco antes en el mar y ahora sobre la tierra, no por el poco espíritu de sus tropas, sino por la imprudencia de los capitanes, se hallaban en una situación lamentable de todos modos. A esto se añadía que, invadida su provincia por los númidas, les causaban éstos mayores daños que los romanos. De lo que resultaba que, refugiados por el miedo los de la campaña en la ciudad, estaba ésta en una suma consternación y penuria, causada en parte por la gran

muchedumbre, y en parte por la probabilidad de un asedio. Régulo, que veía frustradas las esperanzas de los cartagineses por mar y tierra, se juzgaba casi señor de Cartago. Pero el temor de que el Cónsul que había de llegar de Roma a sucederle no se llevase el honor de haber concluido la guerra, le impulsó a exhortar a los cartagineses a un ajuste. Fue éste escuchado con agrado, y se envió a los principales de la ciudad, quienes, conferenciando con el Cónsul, distaron tanto de conformarse con ninguna de las proposiciones que se les hacía, que ni aun pudieron oír con paciencia lo insoportable de las condiciones que les quería imponer. En efecto, Régulo, como absoluto vencedor, creía debían juzgar por gracia y especial favor todo cuanto les concediese. Los cartagineses, al contrario, considerando que, aun en el caso de ser sometidos, no les podía sobrevenir carga más pesada que la que entonces se les imponía, no sólo se tornaron exasperados con semejantes propuestas, sino también ofendidos de la dureza de Régulo. El Senado de Cartago, oída la propuesta del Cónsul, aunque perdidas casi las esperanzas de arreglo, conservó no obstante tal espíritu y grandeza de ánimo que prefirió antes sufrirlo todo, padecerlo todo e intentar cualquier fortuna, que tolerar ninguna cosa indecorosa e indigna a la gloria de sus pasadas acciones.

CAPÍTULO IX

Llega Jantippo a Cartago y se le entrega el mando de las tropas.- Ordenanza de cartagineses y romanos.- Batalla de Túnez y victoria cartaginesa.- Reflexiones sobre este acontecimiento.

Por este tiempo (255 años antes de J. C.), llegó a Cartago cierto conductor, de los que habían sido anteriormente enviados a la Grecia, conduciendo un gran reemplazo de tropas, entre las que venía un cierto Jantippo, lacedemonio, educado a la manera de su país y bastante conocedor del arte de la guerra. Éste, informado por una parte del descalabro ocurrido a los cartagineses, y del cómo y de qué manera había pasado por otra contemplando los preparativos que aun les restaban y el número de su caballería y elefantes, rápidamente echó la cuenta y declaró a sus amigos que los cartagineses no habían sido vencidos por los romanos sino por la ineptitud de sus comandantes. Divulgada prontamente por los circunstantes entre la plebe y los generales la conversación de Jantippo, deciden los magistrados llamar y hacer experiencia de este hombre. En efecto, viene, les hace ver las razones que le asistían, demuestra los defectos en que habían incurrido y asegura que si le dan crédito y se aprovechan de los lugares llanos, tanto en las marchas como en los campamentos y ordenanzas, podrían sin dificultad no sólo recobrar la seguridad para sus personas, sino triunfar de sus enemigos. Los jefes aplaudieron sus razones, convencidos le confiaron inmediatamente el mando de las tropas.

Cuando se divulgó entre el pueblo la voz de Jantippo circulaba ya un cierto rumor y fama que hacía abrigar de él a todos grandes esperanzas. Pero cuando sacó el ejército fuera de la ciudad, le puso en formación, y comenzó, dividido en trozos, a hacer evoluciones y a mandar según las reglas del arte, se reconoció en él tanta superioridad respecto de la impericia de los precedentes comandantes, que todos manifestaron a voces la impaciencia de batirse sin tardanza con los contrarios, en la firme seguridad de que no podía ocurrir cosa adversa bajo la conducta

de Jantippo. Con estas disposiciones, aunque los jefes reconocieron que la tropa habían recobrado su espíritu indecible, sin embargo las exhortaron según la ocasión lo aconsejaba, y pocos días después se puso en marcha el ejército. Se componía éste de doce mil infantes, cuatro mil caballos, y cerca de un centenar de elefantes.

Cuando los romanos advirtieron que los cartagineses realizaban las marchas y situaban sus campamentos en lugares llanos y descampados, aparte de que en esto les sorprendía la novedad, sin embargo, seguros del éxito, ansiaban venir a las manos. En efecto, se fueron aproximando y acamparon el primer día a diez estadios de los enemigos. En el siguiente celebraron consejo los jefes cartagineses sobre por qué y cómo se había de obrar en el caso presente. Pero las tropas, impacientes por el combate, se aglomeran en corrillos, claman por el nombre de Jantippo, y piden

que se las saque cuanto antes. En vista de este ardor y deseo del soldado, junto con el asegurar Jantippo que no había que dejar pasar la ocasión, ordenaron los capitanes que estuviese pronta la armada, y dieron atribuciones al lacedemonio para que usase del mando conforme lo creyese conveniente. Revestido de este poder, sitúa sobre una línea los elefantes al frente de todo el ejército. A continuación de las bestias coloca la falange cartaginesa a una distancia proporcionada. Las tropas extranjeras, a unas las introduce en el ala derecha, y otras, las más ágiles, las coloca con la caballería al frente de una y otra ala.

Después que vieron los romanos formarse a sus contrarios, salieron al frente en buena formación. Pero asombrados por presentir el ímpetu de los elefantes, ponen al frente los velites, sitúan a la espalda muchos manípulos espesos, y dividen la caballería sobre las dos alas. Por el hecho mismo de ser toda su formación menos extensa que antes, pero más profunda, estaban perfectamente dispuestos para resistir el choque de las fieras; pero para rechazar el de la caballería, que era mucho más superior que la suya, lo erraron de medio a medio. Después que ambas armadas se situaron a medida de su deseo, y cada línea ocupó el lugar que la correspondía, permanecieron en formación, aguardando el tiempo de llegar a las manos.

Lo mismo fue ordenar Jantippo a los conductores de los elefantes que avanzasen y rompiesen las líneas enemigas, y a la caballería que los cercase y atacase por ambas alas, que acometer también los romanos con gran ruido de armas y algazara según la costumbre. La caballería romana, por ser la de los cartagineses más numerosa, desamparó al instante el puesto en una y otra ala. La infantería situada sobre el ala izquierda, en parte por evitar el ímpetu de las fieras, y en parte por desprecio de las tropas extranjeras, atacó la derecha de los cartagineses, y haciéndola volver la espalda, la rechazó y persiguió hasta el campo. Las primeras líneas que estaban frente a los elefantes, agobiadas, rechazadas y atropelladas por la violencia de estos animales murieron a montones con las armas en las manos. El resto de la formación, por la profundidad de sus filas continuó sin desunirse durante cierto tiempo; pero cuando las últimas líneas, rodeadas por todas partes de la caballería, se vieron obligadas a hacer frente para pelear, y las primeras que habían abierto brecha por medio de los elefantes, situadas estas fieras a la espalda, encontraron con la falange cartaginesa, intacta aún y coordinada que las pasaba a cuchillo; entonces, hostigados por todas partes los romanos, la mayor parte fue presionada por el enorme peso de estos animales, el resto sin salir de formación fue asaetado por la caballería, y sólo unos pocos pudieron huir. Pero como el terreno era llano, unos murieron arrollados por los elefantes y la caballería; otros, hasta quinientos que huían con Régulo, fueron más tarde hechos prisioneros y conducidos vivos con el mismo Cónsul. Los cartagineses perdieron en esta acción ochocientos soldados extranjeros, que estaban opuestos a la izquierda de los romanos. De éstos únicamente se salvaron dos mil, que persiguiendo al enemigo, como hemos dicho, se desplazaron fuera de la batalla. Todos los demás quedaron sobre el terreno, a excepción del cónsul Régulo y los que con él escaparon. Las cohortes romanas que se salvaron se refugiaron en Aspis milagrosamente. Y los cartagineses, satisfechos con el suceso, volvieron a la ciudad, después de haber despojado los muertos, llevando consigo al Cónsul y los demás prisioneros.

Reflexione alguien detenidamente sobre este paso, y hallará infinito conducente al arreglo de vida de los mortales. La desdicha que acaba de suceder a Régulo es una demostración de que aún en las prosperidades debemos desconfiar de la fortuna. El que poco antes no daba lugar a la compasión ni cuartel al vencido, se ve hoy obligado a suplicar a este mismo por su propia vida. Parece que lo que en otro tiempo dijo tan al caso Eurípides, que un buen consejo vale más que muchas manos, lo está ahora confirmando la misma experiencia. Un solo hombre, un solo consejo, aniquila ejércitos al parecer invencibles y disciplinados; al paso que restablece una república que visiblemente se iba a desmoronar de todo punto y recobra los ánimos abatidos de sus tropas. He hecho mención de estos avisos para corrección de los que lean estos comentarios. Pues siendo los dos caminos que tienen de rectificar sus defectos los humanos, el de sus propias infelicidades o el de las ajenas, aquel que nos conduce por nuestros propios infortunios es sin duda más eficaz, pero más seguro el que nos guía

por los ajenos. Por lo cual, de ningún modo debemos escoger voluntariamente el primero, porque nos proporciona la corrección a costa de muchas penas y trabajos; pero el segundo lo debemos recorrer siempre buscando, porque sin riesgo alguno nos hace verlo mejor. A vista de esto, debemos estar convencidos que el mejor estudio para moderar las costumbres es el que se forma en la escuela de una fiel y exacta historia. Porque sola ella en todo tiempo y ocasión nos provee sin riesgo de saludables avisos para lo mejor. Pero esto baste de moralidades.

CAPÍTULO X

Regreso de Jantippo a su patria.- Victoria naval de los romanos.- Toma de Palermo.

Los cartagineses, habiéndoles resultado las cosas a medida de sus deseos, no perdonaron exceso alguno de regocijo, ya tributando a Dios repetidas gracias, ya realizando entre sí mutuos oficios de benevolencia. Pero Jantippo, que había hecho adquirir tal ascendiente y aspecto a los intereses de Cartago, se volvió a ausentar de allí a poco, después de bien pensado y reflexionado el asunto. Las acciones gloriosas y extraordinarias aportan, por regla general, ya negras envidias, ya violentas calumnias. Éstas en su patria los naturales las pueden soportar, por la multitud de parientes y amigos; pero a los extranjeros cualquiera de ellas es fácil aniquilar y exponer a un precipicio. De diverso modo se cuenta la marcha de Jantippo; pero yo procuraré manifestar mi opinión aprovechando ocasión más oportuna.

Los romanos, llegada la noticia de lo sucedido en el África cuando menos la esperaban, pensaron al momento equipar una escuadra y sacar del peligro la gente que había quedado a salvo del combate. Los cartagineses, por el contrario, con el anhelo de reducir estas tropas, habían acampado y puesto sitio a Aspis; pero no pudiendo conquistarla por el espíritu y valor de los que la defendían, tuvieron al fin que alzar el cerco. Con el aviso que recibieron de que los romanos equipaban una flota, en la que habían de venir otra vez al África, repararon parte de sus barcos y construyeron otros de nuevo. Con lo que tripulados rápidamente doscientos de ellos, se hicieron a la mar para vigilar la venida de los contrarios.

Al principio del estío (255 años antes de J. C.), los romanos, botadas al mar trescientas cincuenta naves entregan el mando de ellas a Marco Emilio y Servio Fulvio, haciéndose a la vela. Costeaba esta flota la Sicilia como quien mira al África, cuando al doblar el promontorio de Hermea se topó con la armada cartaginesa, y haciéndola volver prontamente la espalda al primer choque, apresó ciento catorce navíos con sus respectivas tripulaciones. Después toma a bordo en Aspis la gente joven que había quedado en el África, y pone proa a la Sicilia. Ya había recorrido sin peligro la mitad del camino y estaba para tocar en la provincia de los camarineos cuando la sobrevino tan terrible tempestad y tan gran contratiempo, que toda exageración resultaría corta respecto a la magnitud del fracaso. De trescientos sesenta y cuatro navíos, tan sólo ochenta se salvaron. Los demás, unos hundidos, otros estrellados por las olas contra las rocas y promontorios, mostraban la costa cubierta de cadáveres y fragmentos. No hay recuerdo en las historias de catástrofe naval mayor que ésta en una sola jornada. La causa de esta desgracia no tanto se ha de atribuir a la suerte, cuanto a los jefes. Porque asegurando repetidas veces los pilotos que no se debía navegar tan próximo a la costa exterior de la Sicilia, que está mirando a la costa de África, por ser muy profunda el mar en aquella parte y difícil de abordar; a más de esto, que las dos constelaciones infaustas a la navegación, Orión y el Perro, en cuyo centro navegaban, la una no era aún enteramente pasada, y la otra empezaba a descubrirse; sin embargo, sordos a sus representaciones los Cónsules, se adentran temerariamente en alta mar, con el deseo de que ciertas ciudades situadas sobre la costa se les rendirían atemorizadas con la noticia de la precedente victoria. Pero ellos no reconocieron su temeridad hasta que cayeron en grandes desgracias por unas débiles esperanzas.

Por lo general los romanos se valen de la violencia para todas las empresas. Creen que su fantasía debe tener efecto por una especie de necesidad, y que nada de lo que una vez se imaginaron

es para ellos imposible. Muchas veces por este furor han realizado sus intentos, pero algunas les ha acarreado visibles desgracias, principalmente en el mar. En la tierra, como únicamente tienen que pelear contra los hombres y sus obras, y medir sus fuerzas contra iguales, por lo general han triunfado, y rara vez ha desmentido la realización a la idea. Pero cuando han querido enfrentarse al mar y violentar el cielo, han incurrido en tan grandes contratiempos; lo que ya han experimentado no una sino infinitas veces, y experimentarán aún, mientras no corrijan esta audacia y desenfreno que los persuade a que en todo tiempo el mar y la tierra debe ser para ellos transitable.

Conocedores los cartagineses del naufragio de la armada romana, se creyeron que la victoria precedente por tierra, y la catástrofe actual por mar, los ponía en estado de hacer frente a sus contrarios, y emprendieron con más ardor los preparativos marítimos y terrestres. Enviaron al instante a Asdrúbal a la Sicilia, y le entregaron, a más de las fuerzas que antes tenía, las que habían venido de Heraclea con ciento cuarenta elefantes. Después de despachado éste, equiparon doscientos navíos y prepararon todo lo necesario para la expedición. Asdrúbal, habiendo llegado felizmente a Lilibeá, se ocupaba en amaestrar las fieras y adiestrar las tropas, resuelto a apropiarse la campaña.

Los romanos, informados del pormenor del naufragio por los que habían escapado, lamentaron infinito este accidente. Pero firmes en no confiar una vez más en la fortuna, determinaron volver a construir de nuevo doscientos veinte navíos. En efecto, terminada esta armada en tres meses, lo que parece inverosímil, los cónsules nombrados, Aulo Atilio y Cn. Cornelio, la preparan prontamente y se hacen a la vela (254 años antes de J. C.) Atraviesan el estrecho, toman en Messina los barcos que se habían salvado del naufragio, y fondeando con trescientos navíos en Palermo de Sicilia, ciudad la más importante de la dominación cartaginesa, deciden ponerla sitio. Avanzados los trabajos por dos partes, y hechos los demás preparativos, acercan las máquinas. Fácilmente se destruyó un torreón inmediato al mar, por cuyas ruinas entró el soldado a mano armada y se apoderó de la ciudad nueva a viva fuerza. Con este suceso vino a estar en gran peligro la otra parte de la ciudad, llamada vieja, por cuyo motivo la entregaron inmediatamente sus habitantes. Apoderados de ella los romanos, vuelven a Roma, dejando una guarnición en la ciudad.

CAPÍTULO XI

*Los romanos siguen luchando contra los elementos de la naturaleza.- Batalla de Palermo.-
Construcción de una nueva armada por éstos.*

El verano siguiente, los nuevos cónsules Cn. Servilio y C. Sempronio se hicieron a la mar con toda la armada (253 años antes de J. C.), pasaron la Sicilia y marcharon de allí al África. Borearon esta región realizando muchos desembarcos, pero volvieron a la isla de los lotofagos, llamada Meninx, a poca distancia de la pequeña Sirtes, sin haber efectuado cosa memorable. Durante la estancia en esta isla, su impericia les hizo dar en un bajío. La baja marea dejó en seco sus navíos y los puso en un gran apuro; pero vuelta poco después la marea cuando menos la esperaban lanzaron al mar toda la carga, y apenas hubieron alijado, cuando marcharon a manera de quien va huyendo. Tan pronto llegaron a la Sicilia, doblaron el cabo de Lilibeá y abordaron a Palermo. De allí su temeridad los llevó por mar a Roma, en cuyo viaje sufrieron otra vez tan horrible temporal que perdieron más de ciento cincuenta navíos. Con estas pérdidas tan importantes y repetidas, el pueblo romano, aunque en todo émulo del honor sobremanera, desistió de construir otra flota, y forzado de la actualidad de los negocios, concretó sus restantes esperanzas a los ejércitos de tierra, envió a la Sicilia a los cónsules L. Cecilio y Cn. Furio con las legiones (252 años antes de J. C.), y dotó únicamente sesenta navíos para transportar víveres a las tropas.

Con estos infortunios mejoraron de aspecto los intereses de Cartago. Poseían ya sin disputa el imperio del mar por cesión de los romanos, y en las tropas de tierra tenían muy fundadas esperanzas. Y con razón, pues la fama extendida de la batalla de África, el haber destrozado los

elefantes sus líneas, y haber muerto infinidad de soldados, habían hecho formar a los romanos una idea tan espantosa de estas fieras, que en los dos años siguientes acampados en distintas ocasiones en los territorios de Lilíbea y Selinuncia, a cinco o seis estadios de los enemigos, no se atrevieron jamás a presentarse al combate sin descender absolutamente a la llanura, por temor al ímpetu de estas bestias. Pues aunque sitiaron durante este tiempo a Terma y Lipari, esto fue situándose en lugares escabrosos e inaccesibles. El temor y desaliento que los romanos advirtieron en sus ejércitos de tierra, les hizo mudar de resolución y volver sus pensamientos a la marina. En efecto, crearon cónsules a C. Atilio y L. Manlio, construyeron cincuenta navíos e inscribieron y recogieron prontamente el personal correspondiente para la armada.

Asdrúbal, comandante de los cartagineses, testigo del espanto de los romanos en los campamentos anteriores, informado de que uno de los Cónsules había marchado a Italia con la mitad del ejército (252 años antes de J. C.), y que Cecilio quedaba en Palermo con la parte restante para defender los frutos de los aliados, cuya cosecha estaba ya en sazón; Asdrúbal, digo, parte de Lilíbea con su ejército y sienta sus reales sobre los límites del territorio de Palermo. Cecilio, que advirtió su confianza, retuvo sus tropas dentro de la ciudad, con vistas a provocar su audacia. Fiero el cartaginés de que en su concepto Cecilio no osaba hacerle frente, avanza temerario con todo el ejército, y desciende por unos desfiladeros al país de Palermo. El procónsul, no obstante la tala de frutos que el cartaginés hacía hasta la ciudad, permanecía firme en su resolución hasta ver si le incitaba a pasar el río que corre por delante. Pero cuando ya tuvo de esta parte los elefantes y el ejército, destaca al instante sus tropas ligeras para que los provoquen y se vean obligados a poner todo su campo en batalla. Al fin, cumplido su deseo, sitúa algunas tropas ligeras delante del muro y del foso, con orden de, si los elefantes se acercaban, dar sobre ellos una carga cerrada de saetas; y en caso de verse precisados, retirarse al foso, y desde allí volver a la carga contra los que se acercasen. Ordena después a los artesanos llevar dardos de la plaza y estar dispuestos en el exterior al pie del muro. Él con sus cohortes se apostó en la puerta opuesta al ala izquierda de los enemigos, para enviar continuamente socorros a sus ballesteros. Empeñada algo más la acción, los conductores de los elefantes, émulos de la gloria de Asdrúbal y deseosos de que a ellos se les atribuyese

la victoria, avanzaron todos contra los primeros que peleaban, los pusieron fácilmente en huida y los persiguieron hasta el foso. Aproximáronse después los elefantes, pero heridos por los que disparaban desde el muro, y traspasados a golpe seguro con los continuos chuzos y lanzas de los que coronaban el foso, se enfurecen al fin acibillados de flechas y heridas, se vuelven y atacan a los suyos, atropellan y matan a los soldados, confunden y desordenan sus líneas. A la vista de esto, Cecilio saca rápidamente el ejército, da en flanco con sus tropas de refresco y coordinadas sobre el ala de los enemigos desorganizados, causa un grande daño en los contrarios, mata a muchos, y hace huir a los demás precipitadamente. Toma diez elefantes con sus indios, y se apodera de todos los demás que habían desmontado a sus conductores, rodeándolos la caballería después de la batalla. Acabada la acción, en general se confesaba que Roma era deudora a Cecilio de que sus tropas de tierra hubiesen recuperado el valor y hubiesen vindicado la campaña. Llevada a Roma la noticia de este triunfo, se alegraron infinito, no tanto porque privados de los elefantes quedaban muy inferiores los enemigos, cuanto porque habiendo apresado estas fieras habían recobrado el espíritu sus soldados. Con tal motivo se confirmaron también en su anterior resolución de enviar los Cónsules a la expedición con la armada y tropas navales, y procurar poner fin a la guerra del modo posible. Aprestado todo lo necesario para la partida, salen al mar los Cónsules con doscientos navíos hacia la Sicilia. Ya era éste el decimocuarto año de la guerra (251 antes de J. C.) Echan anclas en Lilíbea, y con la incorporación de tropas de tierra que había en la isla, emprenden poner sitio a la ciudad con la esperanza de que, dueños de ella, pasarían fácilmente al África el teatro de la guerra. Cuanto a esta parte, casi pensaban del mismo modo que los romanos los comandantes cartagineses, y hacían las mismas reflexiones. Por cuya razón, desatendiendo lo demás, únicamente insistieron en socorrer esta plaza, y aventurar y sufrirlo todo por su conservación, por no quedarles ya recurso alguno, poseyendo los romanos lo demás de la Sicilia, a excepción de Drepana. Pero para que aquellos que

no conocen la geografía no confundan lo que se va a decir, intentaré dar a mis lectores una breve noticia de la oportunidad y situación de este país.

CAPÍTULO XII

Situación de la Sicilia.- Sitio de Lilibeo.- Traición de las tropas extranjeras.- Socorro que envía Cartago bajo la conducta de Aníbal.- Salida de los sitiados contra las máquinas de guerra.

Sicilia está situada respecto a Italia y sus límites de igual modo que el Peloponeso respecto al resto de la Grecia y sus extremos. En esto estriba la diferencia que entre las dos se halla: que aquella es isla, y ésta península. El istmo de ésta es transitable, y el de aquella vadeable. La figura de la Sicilia es un triángulo. Los vértices de cada ángulo son otros tantos promontorios. De los cuales, el que mira a Mediodía y se avanza al mar de Sicilia, se llama Pachino; el que yace al Septentrión y termina la parte occidental del estrecho, distante de Italia como doce estadios, Peloro, finalmente, el tercero se llama Lilibeo, mira al África está situado cómodamente para pasar a los promontorios de Cartago que mencionamos anteriormente, está distante de ellos como mil estadios, se inclina hacia el ocaso del invierno, y divide los mares de África y de Cerdeña. Sobre este último cabo se halla emplazada la ciudad del mismo nombre, y a la que entonces los romanos sitiaron. Está bien protegida por muros, circundada de un profundo foso y esteros que llena el mar, cuya travesía para entrar en el puerto necesita de mucha práctica y experiencia.

Los romanos, situados sus reales delante de esta ciudad por una y otra parte (251 años antes de J. C.) y guarnecidos los espacios que mediaban entre los dos campos de foso, trinchera y muro, empezaron el ataque por un torreón situado a la orilla del mar que mira al África. Se añadían sin cesar obras a obras; se adelantaban cada vez más los preparativos, con lo que finalmente, derribaron seis torreones contiguos al susodicho y emprendieron batir con el ariete todos lo restantes. Como el sitio se estrechaba con actividad y esfuerzo, los torreones, unos amenazaban ruina de día en día, otros se habían ya venido a tierra y las obras se iban internando más y más en la ciudad; la consternación y espanto era grande entre los sitiados, en medio de que ascendía la guarnición a diez mil mercenarios, sin contar los habitantes. Sin embargo, Imilcón, comandante de esta tropa, no omitía cosa de cuantas le podían conducir. Reparaba las brechas, hacía contraminas y molestaba no poco a los enemigos. Cada día inspeccionaba las obras por sí mismo y observaba cómo podría poner fuego a las máquinas, para lo cuales daba día y noche tantos y tan obstinados combates que a veces en estos encuentros quedaba más gente sobre el campo que la que acostumbra a morir en las batallas campales.

En el transcurso de este tiempo algunos oficiales de los de mayor graduación en las tropas extranjeras conspiraron entre sí de entregar la ciudad a los romanos. Satisfechos de la sumisión de sus tropas, pasan por la noche desde la plaza al campo enemigo y conferencian con el Cónsul acerca del asunto. Alexón, natural de la Acaya, que tiempo atrás había salvado a Agrigento de la traición tramada por las tropas extranjeras a sueldo de los siracusanos, descubrió también entonces el primero la conspiración y la denunció al comandante cartaginés. Éste reúne rápidamente los oficiales que habían quedado, les exhorta con súplicas, les promete magníficas gracias y recompensas para que se mantengan en la fe que le habían pactado y no coadyuven a la traición de los que habían salido. Acogidas con aceptación sus persuasiones, envía al instante emisarios a las tropas extranjeras: a los galos a Aníbal, hijo de Aníbal, que había muerto en Cerdeña, por la familiaridad que había contraído con ellos en aquella expedición; para los otros mercenarios elige a Alexón, por la aceptación y crédito que entre ellos tenían. Reúnen éstos la guarnición, la exhortan, la aseguran de las recompensas que a cada uno ofrecía el comandante, y la persuaden tan bien a desistir del empeño, que vueltos poco después a los muros los traidores, para congregarse y declarar a sus compañeros lo que los romanos les ofrecían, lejos de asentir a su demanda, ni aun se dignan escucharles, y los despiden con piedras y saetas que les tiran desde el muro. Por lo relatado se ve

que la falta de fe en las tropas extranjeras puso a pique de perecer a los cartagineses. Mas Alexón, a cuya fidelidad debieron anteriormente los agrigentinis, no sólo su ciudad y país, sino sus leyes e inmunidades, fue también la causa en esta ocasión de que a los cartagineses no se les frustrasen sus intentos.

Todo esto se ignoraba en Cartago; pero conjeturando las necesidades de un asedio, equiparon cincuenta navíos, al mando de Aníbal, hijo de Amílcar, trierarco y amigo íntimo de Adherbal, a quien, después de una exhortación conveniente a las presentes coyunturas, destacan en diligencia con orden de que, sin tardanza, use de su espíritu a medida de las circunstancias y socorra a los sitiados. En efecto, sale al mar Aníbal con diez mil hombres, fondea en las islas Egusas, situadas entre Lilibeia y Cartago, y aguarda tiempo oportuno para su viaje. Se aprovecha después de un próspero y suave viento, despliega todas las velas, y arrebatado de su impulso, llega a la entrada del puerto con sus soldados armados sobre las cubiertas y dispuestos para la acción. El inesperado descubrimiento de la escuadra, y temor de que la violencia del viento no les arrastrase dentro del puerto con sus enemigos, hizo desistir a romanos de impedir el arribo del socorro y estarse a la capa admirando la audacia de los contrarios. La multitud del pueblo que coronaba los muros, ya quieta con el suceso, ya alegre en extremo con el auxilio inesperado, alentaba con aplausos y algazara a los que venían. Finalmente, Aníbal entra con temerario arrojo y confianza, fondea en el puerto y desembarca sus gentes sin peligro. Los de la ciudad, no tanto estaban gozosos por la venida del socorro, aunque muy capaz de aumentar sus fuerzas y esperanzas, cuanto por no haberse atrevido los romanos a impedir la entrada a los cartagineses.

Imilcón, gobernador de la ciudad, dándose cuenta del espíritu y buen animo de los ciudadanos con la llegada del socorro, y de los recién llegados con la falta de experiencia en los trabajos ocurridos, desee de aprovecharse de las disposiciones de unos y otros antes que se resfrasen, los convoca a junta para incendiar las máquinas de los sitiadores. Aquí, por medio de un largo discurso conveniente a las circunstancias del día, en que les promete en particular y en común a los que se destaquen magníficos dones y presentes de parte de la República, excita en ellos tal valor, que todos unánimes atestiguan y claman que sin más los saquen al enemigo. Entonces el comandante, aplaudido y aceptado su buen deseo, despidió la asamblea, advirtiéndoles que se recogiesen temprano y obedeciesen a sus jefes.

Poco después llamó a los comandantes, distribuyó entre ellos los más aptos sitios que cada uno debía ocupar, les dio la señal y tiempo de apostarse, y ordenó a los oficiales estar en los puestos con las tropas de su mando antes de la madrugada. Obedecidos sus mandatos, saca el ejército al amanecer y ataca las máquinas por diferentes partes. Los romanos, que habían previsto lo que había de suceder, no estaban ociosos ni desprevenidos, antes bien acudían prontamente donde era menester y hacían una vigorosa resistencia. No tardó la acción en hacerse general y ser obstinado el combate alrededor de las murallas. Los de la ciudad no bajaban de veinte mil y los de fuera eran aún en mayor número. La lucha era tanto más viva, cuanto el soldado peleaba confusamente sin guardar orden, según le dictaba el impulso. De tal modo que como eran tantos los ataques de hombre a hombre y línea a línea, parecía que cada uno se había desafiado a un combate particular, bien que la mayor vocería y confusión era alrededor de las máquinas. Éste era el objetivo que uno y otro bando se había propuesto al situarse en sus puestos: los unos hacer volver la espalda a los que defendían las obras, los otros, no abandonarlas; y era tal la emulación y ardor de aquellos en insistir desalojarlos, y la obstinación de éstos en no ceder al ataque, que finalmente morían unos y otros en los mismos puestos que habían ocupado desde el inicio. Mezclados unos con otros, hubo quienes con la mecha, estopas y fuego en la mano, embistieron con tal furor las máquinas por todas partes, que los romanos se vieron en el último peligro, sin poder contener el ímpetu de los enemigos. Por último, el Comandante cartaginés, a la vista de la mucha gente que moría, ordenó tocar a retirada, sin haber logrado apoderarse de las máquinas, cuyo fin se había propuesto. Y los romanos, que estuvieron a punto de perder todos sus preparativos, quedaron al cabo dueños de sus obras y las conservaron todas sin daño alguno.

CAPÍTULO XIII

Audacia de un rodiano, que al fin es apresado por los romanos.- Incendio de las máquinas guerreras.

Transcurrida esta acción, Aníbal, ocultándose de los enemigos, salió del puerto por la noche con sus navíos para Drepana, donde se encontraba Adherbal, jefe de los cartagineses. Es Drepana una plaza cuya ventajosa situación y conveniencia del puerto hacía muy interesante su conservación a los cartagineses, a una distancia de Lilibeá como de ciento veinte estadios. En Cartago se ansiaba tener noticias de lo que pasaba en Lilibeá, pero no era posible, por tener los sitiados cerrada la entrada del puerto y guardarla los sitiadores con exactitud. Sin embargo, cierto hombre distinguido llamado Aníbal, rodio de nación, se ofreció a marchar a Lilibeá, y enterado por sí de lo ocurrido, regresar con la noticia de todo. Se aceptó con gusto su oferta, aunque se desconfiaba del cumplimiento, por estar fondeada la escuadra romana en la boca del puerto. É no obstante, equipada su embarcación, se hace a la vela, y arribando a una de las islas que están delante de Lilibeá, al día siguiente se aprovecha con fortuna de un viento favorable, entra a las cuatro de la mañana, a la vista de todos los enemigos, que admiran su osadía, y se dispone a salir al día siguiente. El Cónsul, deseoso de tener más bien custodiada la entrada dispone con rapidez por la noche diez de sus más ágiles navíos, y él con todo el ejército se pone desde la costa en observación de los pasos del rodiano. Estos navíos, atracados cuanto era dable en los esteros de una y otra parte de la boca, se hallaban con los remos levantados, para atacar y apresar la nave que había de salir. Pero finalmente el rodio hace su salida a la vista de todos, y satisfecho de su audacia y agilidad, insulta de tal modo a los enemigos, que no sólo saca por medio de los navíos contrarios su buque y tripulación sin daño alguno, sino que virando de una parte a otra, se detiene algún tanto con los remos levantados, en ademán provocativo; y sin atreverse ninguna a presentarse por la celeridad de su curso, marcha después de haber insultado con sola su embarcación toda la escuadra. Esta maniobra, que repitió en adelante muchas veces, reportó una grande utilidad: a los de Cartago, por tener continuamente noticia de las urgencias de la plaza; a los sitiados, por haberles aumentado su espíritu, y a los romanos, por haberles amedrentado con su arrojo.

Mucho contribuyó a la osadía del rodiano el exacto conocimiento que tenía de la entrada del puerto por su experiencia en los bajíos. Para esto, después que tomaba altura y comenzaba a ser visto, giraba de tal modo su proa hacia la torre del mar como quien viene de Italia, que ésta servía de impedimento a las demás que miran al África, para no ser visto. Por este solo medio es fácil a los que navegan con viento favorable, lograr la boca del puerto. La audacia del rodio alentó a muchos expertos en aquellas rutas a seguir su ejemplo. El gran perjuicio que esto representaba para los romanos, les estimuló a cegar la boca; pero en su mayor parte fue inútil su empeño. Era mucha la profundidad del mar. Nada de cuanto se echaba permanecía por lo general, ni subsistía en el mismo sitio. Las olas y violencia de la corriente conmovían y esparcían, al tiempo de caer, lo que se arrojaba. Solamente en un lugar en que había un banco de arena, se consiguió levantar un cúmulo de fagina a mucha costa. Una galera de cuatro órdenes, de diferente construcción que las demás, varó pasando de noche por este sitio, y cayó en poder de los enemigos. Dueños de ella los romanos, la dotaron de una tripulación de marineros escogidos, y observaban a todos los que entraban en el puerto, y sobre todo al rodio. Éste por casualidad entró una noche, y a poco volvió a salir a la vista de todos. Pero advirtiendo que la galera adaptaba sus movimientos a los suyos, se asombró al reconocerla. Al principio intentó ganarle la delantera; mas, alcanzada por la destreza de los remeros, se vio al cabo precisada a hacer frente, y batirse con sus enemigos. Eran éstos superiores en número y elección de soldados, y así fue apresada. Dueños los romanos de este buque bien construido, lo equipan de todo lo necesario, y refrenan de este modo la audacia de los que navegaban a Lilibeá.

Los sitiados reparaban con ardor las ruinas, pero no tenían esperanza de inutilizar y destruir las

baterías de los contrarios, cuando se originó una tempestad de aire, cuyo ímpetu y fuerza contra los cimientos de las máquinas era tal, que hacía bambolear los cobertizos, y llevaba tras sí con violencia las torres que precedían para su defensa. Para entonces (251 años antes de J. C.), algunos griegos que estaban a sueldo advirtieron la oportunidad que se les presentaba de destruir las obras, de cuyo intento dieron parte al comandante. Éste da su aprobación, dispone al punto lo necesario para la empresa, y juntos los jóvenes prenden fuego por tres partes a las máquinas. Como la diuturna construcción de las obras hacía tan propensos a la combustión los materiales, y la violencia del aire soplaba y conmovía los fundamentos de las torres y máquinas, venía a ser eficaz y activo el pábulo del fuego; sobre todo cuando el atajarlo y socorrerlo era absolutamente difícil e impracticable a los romanos. Este accidente les puso en tal consternación, que ni comprender ni ver podían lo que pasaba. Las tinieblas en que se hallaban envueltos, las chispas que el viento les impelía y la densidad del humo, sofocaban y mataban a muchos, sin poder acudir a donde el fuego demandaba. Cuanta mayor era la incomodidad para los romanos por lo expuesto, tanta mayor era la ventaja para los que prendían el fuego. Todo lo que les podía cegar, todo lo que les podía ofender, impelía y llevaba el viento contra los sitiadores; a la vez de que todo lo que se tiraba, todo lo que se arrojaba en su ofensa o para ruina de las baterías, todo se aprovechaba, por ver los sitiados sin obstáculo lo que tenían delante. Aun la violencia del mismo viento coadyuvaba a hacer más eficaz y vehemente el daño. Finalmente, la pérdida fue tan general, que hasta los fundamentos de las torres y las cabezas de los arietes quedaron inutilizados por el fuego. Con tales contratiempos, los romanos convirtieron el sitio en bloqueo, se conformaron con rodear y cercar la ciudad con foso y trinchera, ceñir con un muro su propio campo y el resto dejarlo al tiempo. Los de Lilibea, por el contrario, reparando las ruinas de los muros, sufrían ya el asedio con más constancia.

CAPÍTULO XIV

Infructuosa sorpresa de Drepana.

Llegada y divulgada en Roma la nueva de que la mayor parte de la armada había perecido, o en la defensa de las máquinas, o en lo demás del asedio, sin dilación se alistó gente, se reunió hasta diez mil hombres, y se enviaron a Sicilia. Pasado que hubieron éstos el estrecho, y llegado a pie hasta los reales, el cónsul Pub. Claudio congrega los tribunos, y les comunica «Ahora es la ocasión de que toda la armada marche a Drepana. Adherbal, capitán de los cartagineses y gobernador de esta plaza (250 años antes de J. C.), está desapercibido de lo que le va a suceder. Ignora la llegada de este refuerzo, y vive persuadido a que es imposible a los romanos poner en el mar una escuadra, después de haber muerto tanta gente en el asedio.» Aprobado fácilmente el pensamiento, embarca prontamente los remeros que antes tenía con los que le acababan de llegar, y elige de todo el ejército los mejores soldados que voluntariamente se ofrecieron, por ser corta la navegación y parecerles cierto el despojo. Realizado esto, se hace a la vela a medianoche, sin que los enemigos se aperciban. Primeramente navegó con toda la escuadra unida, manteniendo la tierra a la derecha. Al amanecer se dejó ver la vanguardia delante de Drepana, cuya vista sorprendió por el pronto a Adherbal por lo increíble; pero vuelto en sí rápidamente, y asegurado de que era la armada enemiga, resolvió aventurarlo y sufrirlo todo antes que cercado padecer un sitio que tenía por seguro. Para lo cual junta al punto su marinería sobre la costa, convoca los mercenarios de la ciudad a voz de pregonero, y congregados, les presenta brevemente la esperanza de la victoria, si aventuran una batalla naval; y las incomodidades de un asedio, si son indolentes a la vista del peligro. Fácilmente se inclinaron todos al combate, y clamaron que sin tardanza se les llevase al enemigo. Él entonces aplaude, y aprovechándose de este deseo manda al instante que se embarquen y sigan sin perder de vista su navío por la popa. Comunicadas sobre la marcha estas órdenes, se hace a la mar el primero, y se sitúa bajo unas rocas al lado opuesto del puerto, por donde penetraban los enemigos. Claudio, sorprendido de ver que el cartaginés, lejos de ceder como esperaba, y atemorizarle su llegada, se

disponía al combate, y que sus navíos, unos estaban ya dentro del puerto, otros a la boca misma, y los restantes iban a entrar, ordena que, hecho un cuarto de conversión, todos retrocedan. Dicha maniobra causó una gran confusión en las tripulaciones, no sólo por chocar los navíos que estaban dentro con los que iban a entrar, sino también por hacerse unos a otros pedazos los bancos con el mutuo empuje. Sin embargo, al tiempo que iban saliendo, los trierarcos los ordenaban, y hacían que junto a la costa volviesen rápidamente sus proas a los contrarios. El Cónsul primeramente navegaba detrás de toda la armada, pero después viró para tomar altura y ocupó el ala izquierda. Durante ese tiempo, Adherbal pasa de parte allá del ala izquierda de los romanos con cinco buques de guerra, gira su proa a ellos por el lado del mar y ordena por medio de sus edecanes que ejecuten lo mismo los que venían detrás, situándose siempre al tenor del inmediato. Colocados todos de frente, y dada la señal, avanza la armada al principio en orden hacia los romanos que, parados junto a tierra, esperaban los navíos que salían del puerto: situación de que les provino pelear con grandes desventajas.

Cuando estuvieron a tiro las escuadras y se puso la señal en los navíos comandantes, se inició el combate. Al principio fue igual el peligro, ya que una y otra habían tomado a bordo las mejores tropas de tierra. Pero iban superando cada vez más el partido de los cartagineses. Eran incalculables las ventajas que tuvieron durante toda la acción. Excedían mucho en la ligereza de los navíos, en la singular construcción de los buques y en la aptitud de los remeros. El sitio mismo contribuía infinito, ya que habían extendido su formación hacia el lado del mar. Si los enemigos cercaban algún buque, su agilidad les facilitaba retirarlo sin peligro por la espalda a lugar espacioso. Si alguno se lanzaba a perseguirlos, lo rodeaban, o atacaban por el flanco; y mientras que la pesadez del buque e impericia del remero imposibilitaba virar a los romanos, los cartagineses le daban continuos choques, con lo que hundían a muchos. Sucedió que un navío cartaginés estaba en peligro; rápidamente se marchaba por detrás de las popas de los demás y se le socorría sin riesgo.

Mas a los romanos les sucedía al contrario. Como peleaban junto a tierra, no tenían acción para retroceder cuando eran oprimidos. Siempre que un navío era atacado de frente, o dando en un banco se encallaba por la popa, o se estrellaba impelido contra la costa. Navegar por medio de los navíos enemigos, y atacar por la retaguardia a los que ya una vez han venido a las manos, ventaja utilísima en las acciones navales, les estaba prohibido por la pesadez de los buques y poca práctica de los remeros. Socorrer por la popa al necesitado no les era posible, por estar encerrados contra la tierra, y haber dejado poco espacio para prestar el debido auxilio. Con tales inconveniencias durante todo el combate, ¿qué de extrañar es que unos quedasen encallados en los bancos y otros se estrellasen? A la vista de esto, el Cónsul huyó por la izquierda, tomando la vuelta de la costa, y con él treinta navíos que tuvieron la dicha de estar cerca. Los demás, que alcanzaban el número de noventa y tres, cayeron con sus tripulantes en poder de los cartagineses, salvo algunos soldados que, saltando a tierra, huyeron.

CAPÍTULO XV

Derrota naval de los romanos en Lilibeá.- Evitan éstos dos batallas.- Pérdida de sus escuadras.

Dicha batalla colmó de honores a Adherbal entre los cartagineses, ya que a él solo y a su singular capacidad y espíritu se debió el acierto: y a Claudio cubrió de infamia y de ignominia entre los romanos, puesto que había manejado el lance con temeridad e imprudencia, y por su causa amenazaban a Roma grandes infortunios. Por lo cual, condenado a graves multas, sufrió infinitos trabajos. En medios de estas vicisitudes, la emulación romana por el sumo imperio en nada desistía de su propósito, más bien tomaba con más empeño la continuación de la guerra. Más tarde cuando se acercó el tiempo de las elecciones, y se nombraron cónsules sucesores (249 años antes de J. C.), se envió sobre la marcha a L. Junio, uno de ellos, para proveer de trigo, víveres y demás provisiones al ejército que sitiaba a Lilibeá, equipando para su conducción sesenta navíos. Cuando llegó el

Cónsul a Messina, se le incorporaron los buques que el ejército y el resto de la Sicilia le había enviado, y se dirigió sin dilación a Siracusa con ciento veinte navíos de guerra y cerca de ochocientos de transporte. Aquí entregó a los magistrados la mitad de éstos y algunos de aquellos, con orden de enviar cuanto antes al ejército lo necesario. Él permaneció en Siracusa para aguardar las embarcaciones que no habían podido seguirle desde Messina, y recibir los granos con que contribuían los aliados del riñón de la Sicilia.

Al mismo tiempo Adherbal remitió a Cartago los prisioneros que había hecho en la batalla naval y los navíos apresados. Después entregó a Cartalón, otro de los comandantes, treinta navíos, a más de los setenta con que había venido, y le destacó con orden de que, cayendo de improviso sobre la escuadra enemiga, fondeada en Lilibea, se apoderase de los buques que pudiese y a los demás les prendiese fuego. Cartalón se encarga de la comisión, sale al amanecer, y con la quema de unos y presa de otros pone en gran confusión el campo de los Romanos. El alboroto que éstos provocaron al acudir al socorro de sus navíos puso en expectativa a Imilcón, gobernador de Lilibea, y cerciorándose después de lo ocurrido a la luz del día, destaca allá las tropas extranjeras de la ciudad. Grande fue la consternación de los romanos al ver el peligro que les amenazaba por todas partes.

El jefe de escuadra cartaginés, apresados algunos cuantos navíos y destrozados otros, sale poco después de Lilibea hacia Heraclea, y se pone a la expectativa para impedir que la escuadra enemiga abordase al campo. Informado por los exploradores de que se avistaba y acercaba un gran número de buques de toda clase, menospreciando a los romanos por la victoria anterior se dirige sin dilación a presentarles batalla. Lo mismo los barcos que se acostumbra a destacar a la descubierta, dieron parte a los magistrados enviados por delante desde Siracusa, de la proximidad del enemigo. La reflexión de que no se hallaban en estado de aventurar una batalla, les hizo guarecerse en una pequeña ciudad de su señorío, sin puerto, mas con unas ensenadas y cómodos promontorios, que avanzándose desde la tierra, cerraban un intervalo.

Aquí desembarcaron, y situadas las catapultas y pedreros que sacaron de la ciudad, esperaron la venida de los contrarios. Apenas llegaron los cartagineses, intentaron sitiarles, creídos de que, atemorizados los romanos, se retirarían al pueblo y se apoderarían sin riesgo de sus navíos. Pero fallaron sus esperanzas. Los romanos se defendieron con espíritu; por lo cual, apresados algunos bancos cargados de víveres, la demasiada incomodidad del sitio les obligó a retirarse a cierto río, donde, fondeados, observaban la ruta de los contrarios.

El Cónsul, después que hubo evacuado la comisión que le había detenido en Siracusa, doblado el cabo Pachino, navegaba hacia Lilibea, sin noticia alguna de lo ocurrido a los que iban delante. El jefe de escuadra cartaginés, informado por sus exploradores por segunda vez de que se avistaba el enemigo, se hace a la vela prontamente, con el designio de darle la batalla mientras se hallaba tan distante de los demás navíos. Junio, que había visto a larga distancia la flota cartaginesa y el número de sus buques, sin ánimo para batirse ni facultad para huir por la inmediatez del enemigo, gira hacia unos lugares ásperos y nada seguros y fondea en ellos, prefiriendo correr cualquier riesgo antes que entregar su armada intacta al enemigo. A la vista de esto, Cartalón no quiso ni batirse ni arrimarse a semejante sitio; se apoderó sí de cierto cabo, ancló en él, y puesto a la expectativa entre las armadas, inspeccionaba los movimientos de una y otra.

Se aproximaba seguramente una tempestad, y el mar barruntaba una total revolución, cuando los pilotos cartagineses, hombres prácticos en aquellos mares y en su oficio, previendo lo futuro, se dieron cuenta del peligro y persuadieron a Cartalón que evitase la tempestad y doblase el cabo Pachino. Éste asiente con prudencia a su parecer; y los pilotos, a costa de infinitas fatigas, doblan por último el cabo, y ponen su armada a cubierto. Descargó, al fin, la tempestad y las dos escuadras romanas, carentes de todo abrigo, fueron tan cruelmente maltratadas, que no quedó siquiera un fragmento naval de que poder hacer uso, y una y otra fueron completamente destrozadas, contra lo que se esperaba.

CAPÍTULO XVI

*Sorpresa de Erice por Junio.- Descripción de dicha ciudad.- Toma de Erictes por Amílcar.-
Tentativas de un general contra otro.- El cartaginés se apodera de Ericina.*

Ante tal accidente volvieron los cartagineses a rehacerse y concebir más sólidas esperanzas. Los romanos, debilitados en cierto modo por las pérdidas anteriores, renunciaron ahora completamente a la marina y sólo se atuvieron a la campaña. Los cartagineses, por el contrario, dueños del mar, no se hallaban del todo desesperanzados de hacer otro tanto con la tierra. Con estos infortunios todos se lamentaban del feliz estado de la república, tanto los de Roma como los que sitiaban a Lilibeá; pero no por eso desistían del cerco que se habían propuesto; por el contrario, aquellos suministraban víveres por tierra, sin que para esto valiesen excusas, mientras que éstos insistían en el asedio con todas sus fuerzas. Regresado Junio al campo después de su naufragio (249 años antes de J. C.), y penetrado de dolor, maquinaba cómo emprendería algún hecho memorable con que reparar el golpe de su pasada desgracia. Efectivamente, a la más leve ocasión que se le presentó, se apoderó con dolo de Erice y se hizo dueño del templo de Venus y de la ciudad. Es Erice un monte inmediato al mar de Sicilia, en la costa que mira a Italia, entre Drepana y Palermo, pero más inaccesible por el lado que confina con Deprana. Es la más alta montaña sin comparación de todas las de Sicilia, a excepción del Etna. En su cumbre, que es llana, está situado el templo de Venus Ericina, el cual sin discusión alguna es el más famoso en riquezas y de más magnificencia de cuantos tiene la isla. Bajo esta cima se asienta la ciudad, a la que se sube de todas partes por un largo y escabroso camino. Junio, puesta guarnición en la cumbre y en el camino de Drepana, guardaba con vigilancia uno y otro puesto, persuadido a que ateniéndose sólo a la defensiva, al aguardo de otra ocasión, retendría seguramente bajo su poder la ciudad y toda la montaña.

Transcurría el año decimoctavo de la guerra (247 antes de J. C.), cuando los cartagineses, habiendo elegido por su general a Amílcar, por sobrenombre Barca, le entregaron el mando de la armada. Éste con las tropas navales partió a talar la Italia, asoló el país de los locres y de los brucios, marchó de allí con toda la armada hacia los confines de Palermo, y se adueñó de un lugar llamado Erictes, situado junto al mar, entre Erice y Palermo, y tenido sin disputa por el paraje más cómodo para situar un campo con seguridad, aunque dure mucho tiempo. Se trata de una montaña escarpada por todas partes, que se eleva de la región circunvecina a una altura suficiente. Su cumbre no tiene menos de cien estadios de circunferencia, en cuyo espacio se encuentra un terreno muy apto para pastos y semillas, defendido de los vientos del mar y libre absolutamente de todo animal dañino. Está rodeado de eminencias inaccesibles, tanto por el lado del mar como por el que se une con la tierra, entre las cuales el espacio intermedio necesita de pocos reparos para su defensa. En este llano se eleva un promontorio, que al mismo tiempo que representa un alcázar, sirve de cómoda atalaya para registrar lo que pasa en la región cercana. Tiene un profundo puerto, muy conveniente para los que viajan a Italia desde Drepana y Lilibeá. Para subir sólo hay tres caminos, y éstos muy difíciles, de los cuales dos están por el lado de tierra y uno por el del mar. Aquí fue donde acampado con arrojo Amílcar, se presentó en medio de sus enemigos, sin contar con ciudad aliada ni otra alguna esperanza de socorro. Aquí donde sostuvo con los romanos grandes choques y encuentros no despreciables. Aquí de donde haciéndose primero al mar, taló la costa de Italia hasta el país de los cumanos; después, venidos los romanos por tierra a acampar a cinco estadios de su armada frente a Palermo, les dio tantos y tan diversos combates por tierra, por espacio de casi tres años, que no es fácil hacer de ellos una relación circunstanciada. Tal como acaece con los atletas generosos y robustos cuando pelean en disputa de la corona, que haciéndose sin cesar herida sobre herida, ni los mismos contrincantes ni los espectadores pueden llevar razón y cuenta de cada golpe o llaga, y sólo sí por lo que en general resulta del espíritu y obstinación de cada uno, se forma un juicio arreglado de su pericia, fuerzas y constancia; del mismo modo sucedía con los comandantes de que al presente tratamos. Referir con detalle las causas y modos con que cada día uno a otro se preparaban

asechanzas, sorpresas, invasiones y ataques, sería inasequible para un historiador y se tacharía de interminable e infructuoso para los oyentes. Más fácil le será a cualquiera venir en conocimiento de estos dos jefes por la relación general que de ellos se haga y el éxito de sus contiendas. En resumen, nada se omitió: ni estratagemas que enseña la historia, ni artificios que sugiere la ocasión y necesidad urgente, ni obstinado y audaz arrojo cuando convenía. Pero jamás pudieron llegar a una acción decisiva, y esto por muchas razones. Las fuerzas de uno y otro eran semejantes; los campos inaccesibles por su fortaleza; el espacio que los separaba, corto en extremo; de que principalmente provenía que los encuentros particulares eran frecuentes cada día, pero general decisivo, ninguno. En estas refriegas perecían siempre los que venían a las manos; pero si una vez llegaban a retroceder, al instante se veían fuera de peligro, y dentro de sus fortificaciones volvían por segunda vez a la carga.

Mas la fortuna, recto juez de esta lucha, trasladó con arrojo a nuestros atletas del lugar sobredicho y anterior certamen, para empeñarlos en otro combate más obstinado y circo más estrecho. No obstante, la guarnición con que los romanos custodiaban la cumbre y el pie del monte Erice, como hemos dicho, Amílcar tomó la ciudad de los ericinos, situada entre estos dos campos. De aquí provino que los romanos se asentaban en la cima, cercados por el enemigo, sufriesen y se expusiesen a grandes riesgos; y los cartagineses, que no tenían oportunidad de recibir convoyes más que por el solo lado y camino del mar que conservaban, tuviesen que resistir increíblemente, cercados por todas partes por los contrarios. Pero después de haber empleado los dos jefes uno contra otro todo lo que el ardid y el valor da de sí en los asedios, de haber sufrido todo género de miserias y haber probado toda clase de ataques y combates, al fin quedaron indecisos, no como extenuados y agobiados de males, como dice Fabio, sino como hombres insensibles e invencibles a las desgracias. Antes que uno a otro se venciese, para lo que estuvieron por segunda vez peleando dos años continuos en el mismo sitio, sucedió el fin de la guerra por otro medio. En este estado quedaron las cosas que ocurrieron en Arice y las que ejecutaron los ejércitos de tierra. Estas dos repúblicas se parecían a aquellos valientes gallos en quienes es más el ánimo que las fuerzas. Los cuales, muchas veces imposibilitados de herirse con las alas, se baten sin embargo sostenidos del espíritu, hasta que vueltos a enzarzar voluntariamente, con facilidad se matan a picotazos, y ocurre el quedar uno postrado a los pies de su contrario.

Los trabajos y continuos combates habían ya debilitado y reducido al máximo a los romanos y cartagineses y las frecuentes contribuciones y gastos continuados habían agotado y reducido sus fuerzas.

CAPÍTULO XVII

Tercera armada mandada por Lutacio.- Batalla de Egusa. Al mismo tiempo los romanos mantenían su espíritu belicoso.

Pues aunque los infortunios, y la persuasión de que con solos los ejércitos de tierra terminarían la guerra, les habían obligado ya casi por cinco años a renunciar completamente a la marina; dándose cuenta ahora de que el efecto no había correspondido a sus intentos, principalmente por la audacia del comandante cartaginés, resolvieron por tercera vez depositar sus esperanzas en las fuerzas navales. Con esta determinación se prometían que, si los inicios eran felices, sería el único medio de poner a la guerra un fin dichoso. Esto fue lo que finalmente resolvieron. La primera vez abandonaron el mar cediendo a los reveses de la fortuna; la segunda derrotados por el naufragio de Drepana, y ahora la tercera tornaron a la empresa, en la que, vencido el enemigo y cortados los convoyes al ejército cartaginés que le venía por mar, concluyeron al fin la guerra. Su arrojo era el principal impulso de esta de terminación, pues el Erario no podía prestarles auxilio alguno para esta empresa. Mas el celo y generosidad de los principales ciudadanos al bien público halló mayores recursos que los que necesitaba el logro. Cada particular, según sus facultades, o dos o tres juntos,

se encargaron de equipar una galera de cinco órdenes, provista de todo, con sólo la condición de reintegrarse del gasto si a la expedición acompañaba la fortuna. Así se juntaron doscientas galeras de cinco órdenes, para cuya construcción sirvió de modelo la embarcación del rodio.

Al comenzar el estío (243 años antes de J. C.) salió esta escuadra a las órdenes de C. Lutacio, quien dejándose ver sobre las costas de Sicilia de improviso, se apoderó del puerto de Deprana y de los fondeaderos que había alrededor de Lilibeá, debido a haberse retirado a Cartago toda la armada enemiga. Más tarde sentó sus baterías contra la ciudad misma, y preparó todo lo necesario para el asedio. Mientras hacía todos los esfuerzos por cercarla, preveía que no tardaría en presentarse la flota cartaginesa; y sin descuidar su primer propósito, quo sólo un combate naval podría terminar la guerra, ensayaba diariamente y ejercitaba sin interrupción de tiempo inútil u ocioso su marinería en lo que la podía conducir a su designio, cuidando exactamente de lo demás correspondiente a su arreglo; con lo cual de rudos marineros formó en poco tiempo hábiles atletas para la lucha que le esperaba. Los cartagineses sorprendidos de que los romanos tuviesen una flota en el mar y desearan recobrar su dominio, equiparon al punto navíos y los enviaron cargados de granos y demás municiones, con el propósito de que nada de lo necesario hiciese falta a los ejércitos acampados alrededor de Erice. Concedieron a Hannón el mando de esta flota, quien después de haberse hecho a la vela y pasado a la isla de Hiera, anhelaba arribar a Erice sin que lo aperciesen los enemigos, descargar el socorro, alijar sus navíos, tomar a bordo los mejores soldados y partir con Barca a batirse con los contrarios.

Conocida la venida de Hannón, Lutacio comprendió sus ideas, tomó los mejores soldados del ejército de tierra, y se dirigió a la isla de Egusa, situada al frente de Lilibeá. Donde exhorta a sus tropas como lo pedía la ocasión, y advierte a los pilotos que al día siguiente se daría la batalla. Al amanecer del otro día advirtió que a los cartagineses les soplabá un próspero y favorable viento, y que el aire contrario y la mar entumecida y alborotada dificultaba la navegación a los suyos. Al principio dudó qué partido tomar en tales circunstancias, mas reflexionando que si probaba fortuna durante la tempestad únicamente tendría que habérselas con Hannón, con las tropas que conducía y con los navíos cargados; y que por el contrario, si esperaba la bonanza y permitía con descuido que los enemigos pasasen y se incorporasen con los ejércitos de tierra, tendría que pelear con navíos ligeros y alijados, con la flor de las tropas de tierra, y lo que es más que todo, con el intrépido Amílcar, que era lo que más había que temer, decidió aprovecharse de la ocasión presente. Observando, pues, que los enemigos navegaban a toda vela, sale del puerto rápidamente, supera la destreza del marinero con facilidad la resistencia de las olas, despliega al instante su armada sobre una línea, y espera vuelta la proa al enemigo.

Los cartagineses, tan pronto advirtieron que los romanos les habían cortado el rumbo, amainan las velas, se alientan mutuamente en los navíos, y vienen a las manos con los contrarios. Era muy diferente el aparato de las dos armadas respecto del que habían tenido en la batalla naval de Deprana; no es de extrañar que el éxito de la acción fuese también diverso. Los romanos habían aprendido el arte de construir navíos, habían desembarcado toda la carga, a excepción de la necesaria para el combate; su marinería, amaestrada de antemano, les prestaba una gran ventaja; tenían a bordo lo mejor de las tropas de tierra, gentes que no sabían volver la cara al peligro. De parte de los cartagineses todo era al contrario. La sobrecarga inhabilitaba a los navíos para el combate; la marinería era absolutamente inexperta y puesta a bordo como se había presentado; los soldados recién alistados, y la primera vez que experimentaban los trabajos y peligros de la guerra. Habían considerado con desprecio y abandono la marina, por suponerse que los romanos jamás pensarían recobrar el imperio de la mar. Por cuyo motivo, inferiores en muchos grados de la acción, fueron vencidos con facilidad al primer choque. Cincuenta de sus navíos fueron hundidos, setenta apresados con sus tripulaciones, y los demás no se hubieran salvado en la isla de Hiera desplegadas las velas y viento en popa si una feliz e inopinada mutación de aire no les hubiera ayudado en el momento crítico. Tras de esto, el Cónsul romano marchó al ejército que estaba en Lilibeá, donde tuvo una ardua labor en el arreglo de los navíos y prisioneros que había tomado; no eran muchos

menos de diez mil los que había cogido vivos en esta batalla.

CAPÍTULO XVIII

Tratado de paz entre Roma y Cartago.- Consideraciones sobre esta guerra.- Situación de las dos repúblicas después de la paz.

Conocida por los cartagineses la nueva de esta inesperada derrota, por lo que hace al valor y honrosa emulación, se hallaban aún dispuestos para continuar la guerra, pero ignoraban cómo conducirla. Socorrer las tropas que estaban en Sicilia no les era posible, estando en posesión del mar sus contrarios. Abandonarlas y en cierto modo entregarlas, era quedarse sin tropas ni jefes con que hacer la guerra. Por cuyo motivo, participándoselo seguidamente a Barca, pusieron en sus manos la seguridad del Estado. Éste se portó como sabio y prudente capitán. Mientras conservó alguna probable esperanza en sus tropas, nada omitió de cuanto se puede esperar de la intrepidez y arrojo. Intentó con la espada, cual ningún otro comandante, todos los medios de la victoria. Pero cuando mudaron de aspecto los negocios y se vio falta de recurso prudente para salvar a los de su mando, cuerdo y experimentado cedió a la necesidad, y despachó embajadores para tratar de paz y alianza. Tanto se admira la prudencia de un general en conocer el tiempo de vencer como el de renunciar a la victoria. Lutacio oyó con gusto la proposición, ya que estaba bien enterado de cuán deteriorados y debilitados se hallaban ya los intereses de Roma con esta guerra. Al fin se terminó la contienda (242 años antes de J. C.) con el tratado siguiente:

Habrá amistad entre cartagineses y romanos, si lo aprueba el pueblo romano bajo estas condiciones. Evacuarán los cartagineses toda la Sicilia; no moverán guerra a Hierón; no tomarán las armas contra los siracusanos ni contra sus aliados; restituirán sin rescate a los romanos todos sus prisioneros; pagarán a los romanos en veinte años dos mil y doscientos talentos eubeos de plata.

Enviado a Roma este tratado, el pueblo, en vez de aprobar sus condiciones, despachó diez legados que inspeccionasen el asunto más de cerca. Cuando llegaron éstos, nada mudaron de lo principal; sólo sí ampliaron algún tanto las circunstancias. Limitaron el tiempo de la contribución; añadieron a la cantidad mil talentos; y ordenaron que los cartagineses evacuasen todas las islas que están entre la Italia y la Sicilia. Con dichos pactos y de este modo se concluyó la guerra que hubo entre romanos y cartagineses sobre la Sicilia, tras de haber durado sin interrupción veinticuatro años; guerra la más larga, más continuada y de mayor nombre de cuantas tenemos noticia; guerra en la que, sin contar otras expediciones y preparativos de los que anteriormente hemos hecho mención, se combatió una vez, unidas ambas escuadras, con más de quinientas galeras de cinco órdenes, y otra con pocas menos de setecientas. Los romanos perdieron setecientas, contando las que perecieron en los naufragios; y los Cartagineses quinientas. A la vista de esto, los admiradores de las batallas navales y flotas de Antígono, Ptolomeo y Demetrio, al leer este pasaje, no les será posible mirar sin sorpresa la magnitud de estos hechos. Si a más de esto quisiese alguno tener en cuenta el exceso de las galeras de cinco órdenes respecto de los trirremes con que pelearon los persas contra los griegos, y los atenienses y lacedemonios entre sí, se encontrará con que jamás sobre el mar se batieron tan numerosas armadas. Por esto se evidencia lo que propuse al principio: que los romanos, no por fortuna o mera casualidad, como creen algunos griegos, sino con muy probables fundamentos, después de disciplinados con tales y tan grandes expediciones, no sólo emprendieron con arrojo el imperio y mando del universo, sino que llevaron al cabo su designio.

Sin embargo, ¿dudará alguno cuál es la causa que, señores del universo y árbitros ahora de un poder infinitamente más dilatado que el que antes tenían, no puedan tripular tantos navíos, ni poner sobre el mar tan numerosas escuadras? Mas esta duda será aclarada cuando vengamos a explicar la constitución de su gobierno. Esta es una cuestión de la que ni nosotros debemos hablar de paso, ni el lector mirar con indiferencia. Es asunto que merece atención y que casi ha sido desconocido, por decirlo así, hasta nuestros días, de los historiadores que de él han tratado; unos porque le han

ignorado, otros porque le han manejado de un modo oscuro y totalmente infructuoso. Pero en la antes mencionada guerra, cualquiera observará que eran semejantes los designios de una y otra república, iguales los conatos, igual la grandeza de alma, y sobre todo, igual la obstinada pasión de primacía. Es verdad que respecto de los soldados eran mucho más sobresalientes los romanos; pero también debemos apreciar como el más prudente y valeroso capitán de su tiempo a Amílcar, por sobrenombre Barca, padre natural de Aníbal, aquel que en la consecuencia hizo la guerra a los romanos. Tras de la paz, fue peculiar y parecida la suerte de ambas repúblicas. Porque a los romanos se les siguió una guerra civil con los faliscos, que terminaron rápidamente y con ventaja, apoderándose en pocos días de su ciudad; y a los cartagineses por el mismo tiempo otra no pequeña ni de corta consideración, que tuvieron que sostener contra las tropas extranjeras, los númidas y los africanos cómplices de esta rebelión: en la cual, después de haber sufrido muchos e inminentes riesgos, aventuraron al fin no sólo su provincia, sino también sus personas y el suelo de su propia patria. Esta guerra merece por muchas razones que nos detengamos en su exposición, la que ejecutaremos breve y sumariamente, según el plan que nos propusimos al principio. Cualquiera, principalmente por lo que entonces ocurrió, se enterará de la naturaleza y circunstancias de esta guerra, llamada por muchos implacable. Esta fatalidad manifestará qué medidas y precauciones deben tomar de antemano los Estados que se sirven de tropas extranjeras; como asimismo cuánta y cuán grande diferencia hay entre las costumbres de una confusa y bárbara tropa y los usos de gentes civilizadas y educadas en las leyes del país: por último y lo que es lo principal los hechos de entonces nos instruirán de las causas por que se suscitó la guerra anibálica entre romanos y cartagineses sobre cuyos motivos, por no estar todavía de acuerdo ni los historiadores ni los mismos beligerantes, prestaremos un gran servicio a los amantes de la instrucción en proponerles la sentencia más verdadera.

CAPÍTULO XIX

Trátase de los orígenes de la guerra de los extranjeros contra Cartago.- Error de esta república de concentrar estas tropas dentro de Sicca.- Elección de jefes que hacen los amotinados.

Después que se ratificaron los tratados de paz antes mencionados (242 años antes de J. C.), Amílcar pasó el ejército que tenía en Erice a Lilibea, y renunció el mando. Gescón, gobernador de la ciudad, se encargó de transportar estas tropas al África. Éste, previendo lo que había de ocurrir, embarcó prudentemente estas gentes por trozos y procuró que hubiese intervalos en su remisión a fin de dar tiempo a los cartagineses para satisfacerles lo que se les debía de sus sueldos conforme fuesen llegando; y despachados a sus casas, hacerles salir de Cartago antes de que llegasen las otras remesas. Este era el objeto de Gescón en enviarlos por partidas. Mas los cartagineses, exhaustos de dinero con los gastos anteriores, y convencidos de que si congregaban y aguardaban a todos en Cartago lograrían de ellos la remisión de alguna parte de los sueldos devengados, los mantuvieron allí con esta esperanza tal como iban llegando y los metieron dentro de la ciudad. Los frecuentes excesos día y noche, y sobre todo, el temor de los cartagineses a la multitud y a su natural incontinencia, obligó a rogar a sus jefes que mientras se les preparaban lo que se les debía y se esperaba a los que faltaban los llevasen todos a una ciudad llamada Sicca, entregando a cada uno una moneda de oro para sus urgencias. Los jefes aceptaron con gusto la salida y quisieron dejar en Cartago los equipajes, tal como habían ejecutado antes, en la inteligencia de que volverían pronto por sus sueldos. Pero los cartagineses temieron de que si estas tropas llegaban a venir con el tiempo, unos arrastrados del amor a sus hijos, y otros al de sus mujeres, parte rehusase salir absolutamente parte, aunque saliesen, los volviese a traer el afecto, de este modo se había incurrido en otros no menores desórdenes. El recelo de estos males les precisó, aunque con grande repugnancia, a hacer llevar con sigilo los equipajes a los que de ningún modo querían.

Reunidos en Sicca los mercenarios, y lograda la quietud y ocio que tanto tiempo hacía apetecían

(el mayor inconveniente para tropas extranjeras, y el origen, por decirlo así, única causa de las sediciones), vivían licenciosamente. Al mismo tiempo algunos ociosos calculaban por mayor lo que se les debía de sus sueldos, hacían mayores cálculos que los verdaderos, y manifestaban que era preciso exigirlos de los cartagineses. A esto se añadía que recorriendo en su memoria las promesas hechas por los jefes, cuando les exhortaban en los peligros concebían magníficas esperanzas, y esperaban el logro de su reintegro. No bien se habían congregado todos en Sicca, cuando marchó allá Hannón, gobernador por entonces de los cartagineses en el África; y lejos de satisfacer sus esperanzas y promesas, les dijo lo contrario: que la república, por lo gravoso de los impuestos y total escasez en que se encontraba, suplicaba le perdonasen una parte de los sueldos que por pacto les estaban debiendo.

A causa de este discurso se levantó al instante una disensión y alboroto, y se originaron frecuentes corrillos, primero de cada nación, y después generales. Al no ser de un solo país ni hablar una misma lengua, todo el campo estaba lleno de confusión, desorden y tumulto. Los cartagineses, teniendo como tenían siempre a sueldo tropas de diferentes países, para lo que es precaver con facilidad una conspiración y mantener al soldado subordinado a sus jefes, usaban de una buena política en formar sus ejércitos de diferentes naciones; pero para lo que es instruir, mitigar y corregir a los que una vez errados se han dejado llevar de la ira, el odio o la sedición, era diametralmente contrario su sistema. Tales ejércitos, si la ira o el odio los arrebató alguna vez, no sólo cometen excesos como el común de los hombres, sino que se tornan crueles a manera de fieras y conciben las mayores inhumanidades. Bien a su costa lo experimentaron entonces los cartagineses. Se encontraban entre ellos españoles, celtas algunos ligures y baleares, muchos griegos mestizos, la mayoría desertores y siervos, pero en número más crecido africanos. De forma que ni se podía juntar a todos en un lugar para exhortarlos, ni se encontraba medio de conseguirlo. Pues ¿qué remedio? Poseer el general las lenguas de cada nación, era imposible. Arengarlos por medio de intérpretes que les repitiesen una misma cosa cuatro o cinco veces parecía aún más dificultoso. Únicamente quedaba suplicarles y reconvenirles por medio de sus oficiales, y este era el expediente de que Hannón se valía de continuo. Pero ocurría también que éstos, o no comprendían lo que se les había dicho, o referían a sus tropas lo contrario de lo que habían pactado con Hannón, unos por ignorancia, y otros por malicia de que provenía estar todos llenos de incertidumbre, desconfianza y falta de trato. Además de esto, recelaban que los cartagineses con estudio, en vez de elegir aquellos jefes que hubiesen sido testigos de sus servicios en Sicilia, y autores de las promesas que se les habían hecho, habían enviado un hombre que no había presenciado ninguna de sus acciones. En fin, llenos de desprecio por Hannón, poco satisfechos de sus jefes particulares, e irritados contra los cartagineses, marchan contra Cartago y se acampan a ciento veinte estadios de distancia, en un lugar llamado Túnez, en número de más de veinte mil.

En ese momento fue cuando los cartagineses reconocieron su imprudencia, mas cuando ya no tenía remedio. Clásico fue el error de haber acantonado en un lugar tanta multitud de tropas extranjeras, mayormente cuando, si se ofrecía un lance, no tenían recurso alguno en los naturales, pero mayor lo fue aún haberles remitido sus hijos, sus mujeres y equipajes. Si hubieran retenido a éstos en rehenes, hubieran consultado ellos con más seguridad sus intereses y hubieran encontrado estas tropas más dóciles al consejo; en vez de que, atemorizados con el vecino campo, sufrieron toda bajeza con deseos de aplacar su furor. Les enviaban víveres en abundancia, y ellos los compraban fijándoles precio. El senado les disputaba continuamente senadores para prometerles que haría su voluntad a medida de su gusto, como estuviese en su mano. Mas ellos excogitaban cada día un nuevo antojo, ya porque el temor y consternación en que veían a los cartagineses había aumentado su valor, ya porque, ensoberbecidos con las expediciones realizadas en la Sicilia contra los ejércitos romanos, se hallaban en la creencia de que ni los cartagineses ni otra nación del mundo se atrevería fácilmente a presentárseles en batalla. Por lo cual, en el supuesto de que los cartagineses les concederían sus sueldos, pasaban más adelante y exigían el precio de los caballos muertos; y una vez éste recibido, manifestaban que se les debían abonar los víveres que desde tanto tiempo se les

estaba debiendo, a prorrata de la excesiva estimación que habían tenido durante la guerra. En resumen, mezclados de locos y sediciosos continuamente buscaban nuevo pretexto con que imposibilitar más el convenio. Al fin los cartagineses prometieron cuanto estaba de su parte, y se avinieron en remitir la presente contestación al arbitrio de uno de los generales que habían estado en la Sicilia. No les era posible ver a Amílcar Barca, con quien habían militado en esta isla, porque no habiéndoles venido a ver como diputado, y habiendo hecho voluntaria dimisión del mando, se hallaban en la creencia de que él era la principal causa de su desprecio. Pero amaban entrañablemente a Gescón, que había también mandado en la Sicilia y había hecho un aprecio particular de ellos en diferentes ocasiones, y principalmente en su conducción. Por tanto, le nombraron árbitro de sus disputas.

Partió por mar Gescón con el dinero, y apenas hubo arribado a Túnez, cuando convoca primero a los jefes, reúne después la tropa por naciones, les reprende de lo pasado, les instruye de lo presente; pero sobre toda los exhorta para adelante, rogándoles procedan reconocidos con aquellos de quienes habían recibido sueldo por tanto tiempo. Finalmente empieza a satisfacer las pagas que se les debían, haciendo su entrega por naciones. Se hallaba entre ellos un campanio, por nombre Spendio, siervo fugitivo de los romanos, hombre de gran fuerza y de una audacia temeraria para la guerra. Éste, temeroso de que, venido su señor, no le echase mano y le diese muerte de cruz, según las leyes romanas, no había cosa a que con dichos y hechos no se propasase, con el propósito de interrumpir el convenio. Acompañaba a éste cierto Mathos, africano, hombre libre y que había militado, pero que por haber sido el motor principal de los alborotadores pasados, por miedo de que recayese sobre él la pena en que había hecho incurrir a los demás, había entrado en las miras de Spendio. Éste, llevando aparte a los africanos, les hace ver que después que las otras naciones se hubiesen retirado a sus patrias con sus pagas, los cartagineses descargarían sobre ellos la ira que abrigaban contra aquellas, y querrían con su castigo atemorizar a todos los africanos. Los soldados, conmovidos con semejantes palabras, bajo el leve pretexto de que Gescón satisfacía, sí, los sueldos, pero difería el precio de los víveres y los caballos, se dirigen de tropel a la asamblea. Oían y escuchaban con atención a Spendio y Mathos, que acusaban y difamaban a Gescón y a los cartagineses; pero si algún otro se acercaba a darles consejo, sin esperar a saber si venía con animo de asentir o contradecir a Spendio, inmediatamente le mataban a pedradas. Muchos murieron de este modo en estas conmociones, tanto oficiales como soldados. No entendían más palabra común que esta: tírale, como que de continuo lo estaban practicando, en especial cuando borrachos se reunían después de comer. Y de este modo, lo mismo era comenzar a decir uno tírale, se llevaba a cabo con tal prontitud por todas partes, que era imposible escapar el que una vez se acercaba. Finalmente, no atreviéndose nadie por lo dicho a dar su voto, eligieron por jefes a Mathos y Spendio.

CAPÍTULO XX

Declaración de la guerra.- Crítica situación a que se ven reducidos los cartagineses.- Sitios de Utica e Hippacrita.- Incapacidad de Hannón.

No pasaba desapercibido para Gescón cuanto ocurría en la conmoción y tumulto; mas prefería a todo la utilidad de su patria. Consideraba que una vez enfurecidos estos sediciosos, arriesgaba visiblemente Cartago todo sus intereses; por cuyo motivo se presentaba a ellos insistía en reducirlos; unas veces atraía a sí los más importantes, otras los convocaba y exhortaba por naciones. Al mismo tiempo los africanos vinieron insolentemente a pedir las raciones de pan que no habían recibido y creían se les estaban debiendo; pero Gescón en castigo de su altanería, ordenó las fuesen a pedir a Mathos su jefe. Esto les irritó de tal forma que sin más (240 años antes de J. C.) empezaron primero a arrebatar el dinero que estaba presente, y después a echar mano a Gescón y a los cartagineses de su comitiva Mathos y Spendio, en la creencia de que si cometían algún atentado

contra ley y derecho se encendería de este modo cuanto antes la guerra, coadyuvaban a los desvaríos de la multitud. Saquearon el equipaje y dinero de los cartagineses, ataron ignominiosamente a Gescón y sus compañeros, los metieron en la cárcel y declararon finalmente la guerra públicamente a Cartago, violando el derecho de gentes por la conjuración más impía. Tal es la causa y origen de la guerra contra los extranjeros, llamada asimismo guerra de África. Mathos, evacuado que hubo estos negocios, envió al instante legados a las ciudades de África, proclamando libertad y rogando le socorriesen y tomasen parte en el asunto. En casi todos los pueblos halló buena disposición para rebelarse contra los cartagineses y para enviarle gustosamente víveres y socorros. Por lo que, dividido el ejército en dos partes, emprendió con la una sitiar a Utica, y con la otra a Hippacrita, por no haber querido entrar en la rebelión estas ciudades.

Los cartagineses, habituados siempre a pasar las necesidades privadas de la vida con lo que daba de sí su territorio, pero a recoger las provisiones públicas y aparatos de guerra de lo que les redituaba el África, y a formar sus ejércitos de tropas extranjeras, se hallaban entonces en grande consternación y desconfianza, al considerar que no sólo estaban privados inesperadamente de todos estos auxilios, sino que cada uno de ellos se había tornado en su perjuicio: tan inopinado era el lance que les pasaba. Aniquilados con la continuada guerra de Sicilia, esperaban que, ajustada la paz, gozarían de algún reposo y tranquilidad apetecible. Pero les sucedió al contrario. Se les originó otra guerra mayor y más formidable. Antes contendían con los romanos sobre la Sicilia, pero ahora tenían que sostener una guerra civil, donde iban a arreglar su propia salud y la de la patria. Añadíase a esto que, como habían salido mal en tantas ocasiones, su hallaban sin provisión de armas, sin fuerzas marítimas, sin pertrechos navales, sin acopios de víveres y sin la más leve esperanza de que les socorriesen desde el exterior sus amigos o aliados. Entonces comprendieron claramente cuánta diferencia haya de una guerra extraña y ultramarina a una doméstica sedición y civil alboroto. Pero ellos mismos habían sido los autores de estos y otros semejantes infortunios.

En la guerra anterior habían tratado con dureza a los pueblos de África, imaginándose que tenían justas razones para exigir de la gente de la campaña la mitad de todos sus frutos, y de los habitantes de las ciudades otro tanto más de tributos que antes pagaban, sin que hubiese remisión o condescendencia con ninguno, por pobre que fuese. De los intendentes admiraban y honraban, no a aquellos que se habían portado con humanidad y dulzura con los pueblos, sino a los que habían reunido más provisiones y pertrechos, aunque a costa del mayor rigor con el paisanaje. De esta clase era Hannón. Y por tal motivo, las gentes, no digo persuasión, una insinuación sola necesitaban para rebelarse. Las mujeres, que hasta entonces habían presenciado sin emoción llevar a la cárcel a sus maridos y parientes por el pago de los impuestos, conjuradas ahora en las ciudades, hacían alarde de no ocultar nada de sus efectos, desprendiéndose de sus adornos y llevándolos para pago de las tropas. De esta manera recogieron tanto dinero Mathos y Spendio, que no sólo satisficieron los sueldos devengados a los extranjeros y las promesas hechas para empeñarlos en la rebelión, sino que tuvieron con qué proseguir la guerra con abundancia. Tan verdad como esto es que el que quiere gobernar bien, debe no sólo mirar a lo presente, sino extender también sus miras a lo futuro.

Rodeados de tantos males, los cartagineses, habiendo concedido a Hannón el mando, por haberles sujetado antes aquella parte del África situada alrededor de Hecatontapila, reunieron extranjeros, armaron los ciudadanos que tenían edad competente, ejercitaron e instruyeron la caballería de la ciudad, y aprestaron el resto de buques de tres y cinco órdenes que había quedado, con un gran número de lanchas. Mientras tanto Mathos, habiendo acudido a sus banderas hasta setenta mil africanos, divididos en dos trozos, sitiaba sin riesgo a los uticenses y a los hippacritas, y tenía bien asegurado el campo de Túnez, con lo que cortaba a los cartagineses la comunicación con toda el África exterior. Se halla Cartago situada en un golfo que, adentrándose en el mar, forma la figura de una península, rodeada casi por todas partes, ya por el mar, ya por el lago. El istmo que la une con el África mide veinticinco estadios de anchura. La ciudad de Utica está ubicada no lejos de esta parte que mira al mar, y de la otra Túnez, junto al lago. Sobre estos dos lugares acampados los extranjeros, cortaban a los cartagineses la comunicación de la provincia, amenazaban a la ciudad, y

con continuos rebatos que día y noche daban a sus muros, ponían en gran terror y espanto a los sitiados.

Mientras tanto Hannón realizaba los esfuerzos posibles para acumular municiones. Éste era todo su talento; pero colocado al frente de un ejército, parecía otro hombre. Se aprovechaba mal de las ocasiones, y se portaba con poca pericia y actividad en todos los asuntos. Cuando se dirigió a Utica a prestar socorro a los cercados, atemorizó a los enemigos con el número de elefantes, que no bajaban de ciento; y aunque al principio tuvo toda la ventaja de su parte, hizo un uso tan malo de ella, que puso en riesgo de perderse hasta los mismos cercados. Había traído de Cartago las catapultas, máquinas y demás pertrechos para un asedio, había sentado su campo delante de Utica y emprendido atacar el real de los enemigos. Efectivamente, los elefantes se arrojaron al campo contrario, y los enemigos, no pudiendo soportar la fuerza e ímpetu, tuvieron todos que abandonar los reales. La mayoría de ellos murieron heridos por las fieras; la parte que se salvó hizo alto en una colina escarpada y sembrada de árboles, afianzando su seguridad en el mismo sitio. Entonces Hannón, habituado a pelear con nómadas y africanos, los cuales, si una vez llegan a retroceder, huyen y se distancian dos o tres jornadas en la creencia de haber dado fin de los enemigos y haberlos vencido completamente, abandona absolutamente sus soldados y la defensa del campo, penetra en la ciudad y se entrega a las delicias del cuerpo. Los extranjeros que se habían refugiado en la colina, partícipes del valor de Barca y acostumbrados con los combates que habían sostenido en la Sicilia a retroceder y volver a atacar al enemigo repetidas veces en un mismo día; cerciorados entonces de que el General se había retirado a la ciudad, y los soldados con la ventaja andaban ociosos y desbandados fuera del campo, se reúnen, atacan las trincheras, matan a muchos, obligan a los demás a huir vergonzosamente bajo los muros y puertas de Utica, y se apoderan de todo el bagaje y provisión que tenían los cercados; los cuales sacados de la ciudad con otros pertrechos, cayeron por culpa de Hannón en poder de los contrarios. No fue ésta la única ocasión en que este General incurrió en tanto descuido. Pocos días más tarde, situados al frente los enemigos junto a un lugar llamado Gorza, ofreciéndole proporciones la inmediación del campo contrario para vencerlos dos veces en batalla ordenada y otras dos por sorpresa, ambas las dejó escapar por imprudencia y sin saber cómo.

CAPÍTULO XXI

Sucesión de Amílcar en el mando.- Tránsito del Macar.- Derrota de los rebeldes junto a este río.- Abandona Naravaso el partido de éstos.- Victoria de Amílcar.- Su clemencia con los prisioneros.

Viendo los cartagineses, lo mal que manejaba Hannón sus intereses, otorgaron (240 años antes de J.) por segunda vez el mando a Amílcar, por sobrenombre Barca, y le enviaron por jefe a la presente expedición haciéndole entrega de setenta elefantes, las tropas extranjeras que pudieron levantar, los desertores de los enemigos, junto con la caballería e infantería de ciudad, en total alcanzando diez mil hombres. El esperado ímpetu de su primera salida infundió tanto miedo a los enemigos, que abatió sus espíritus, les hizo levantar el sitio de Utica y puso de manifiesto que correspondía dignamente a sus anteriores acciones a la expectativa que de él el pueblo se había formado. La serie de lo que realizó en esta campaña es como sigue.

En la cordillera de montañas que une a Cartago con el África existen unas eminencias impracticables, donde los caminos que conducen a esta región son artificiales. Mathos había defendido con presidios todos los lugares oportunos de estas colinas. Además, el Macar casi siempre invadeable por la abundancia de sus aguas, cerraba igualmente por algunas partes a los de la ciudad la salida a la provincia. El único puente que se halla en este río lo custodiaba Mathos con diligencia, habiendo construido en su inmediación una ciudad. De que provenía que los cartagineses, no sólo no podían entrar tierra adentro con ejército, pero ni aun los particulares que querían pasar les era fácil sin ser vistos de los contrarios. Amílcar, dándose cuenta después de haber

intentado todos los medios y recursos, le era aun imposible su tránsito, encontró este expediente. Había observado que cuando soplaban ciertos vientos, se cegaba con arena la boca del río al desaguar en el mar, y que el cieno formaba un paso en la misma embocadura. Dispuesto el ejército para la marcha, sin comunicar a nadie su designio, observaba que ocurriese lo que hemos dicho. Efectivamente, llegada la ocasión, parte por la noche, y sin que nadie lo perciba, pasa al amanecer sus tropas por este sitio. Todos admiraron su arrojo, los de la ciudad y los enemigos; pero él, mientras, avanzaba por el llano y dirigía su ruta hacia los que defendían el puente.

A la vista de esto, Spendio sale al encuentro al llano, y es sostenido a un mismo tiempo de cerca de diez mil hombres que salieron de la ciudad edificada junto al puente, y de más de quince mil que vinieron de Utica. Después que unos y otros estuvieron al frente, los rebeldes, suponiendo haber cogido en medio a los cartagineses, comunican con sigilo las órdenes, se exhortan a sí mismos y vienen a las manos. Mientras tanto Amílcar proseguía su camino, puestos en la vanguardia los elefantes, en el centro la caballería e infantería ligera, y en la retaguardia los pesadamente armados. Mas advirtiendo que los enemigos atacaban con precipitación, manda invertir el orden de toda la armada; a los que se hallaban en la primera línea ordena que por un cuarto de conversión retrocedan rápidamente, y a los que estaban antes en la última les hace desfilar por los costados y los sitúa al frente del enemigo. Los africanos y extranjeros, en el convencimiento de que los cartagineses huían de miedo, abandonan la formación, los atacan y vienen con vigor a las manos. Pero apenas la caballería, por una mutación, se aproximó a sostener a los que se hallaban formados y a cubrir el resto del ejército, cuando los africanos, que habían acometido temerariamente y a pelotones, asombrados con este extraordinario movimiento, huyeron. Cayeron después sobre los que tenían detrás, y desordenados, ocasionaron la perdición a sí y a sus compañeros. La mayoría fueron atropellados por la caballería y elefantes que iban en su alcance. Perecieron unos seis mil entre africanos y extranjeros, y se hicieron dos mil prisioneros. Los demás se salvaron, parte en la ciudad construida junto al puente, parte en el campo de Utica. Amílcar, lograda de este modo la victoria, marchó en persecución del enemigo. Tomó por asalto la ciudad inmediata al puente, desamparándola y huyendo a Túnez los que estaban dentro, después batió lo restante del país, sometió algunos pueblos y tomó los más por la fuerza. De este modo recobró algún tanto el espíritu y valor de los cartagineses, desterrando la desconfianza en que hasta entonces habían vivido.

Mathos entretanto insistía en el cerco de los hippacritas y aconsejaba a Autarito, comandante de los galos, y a Spendio cercase al enemigo; pero que evitasen los llanos por el número de su caballería y elefantes, costeasen las laderas y atacasen siempre que le viesen en algún embarazo. Con este propósito, envió a los númidas y africanos para que le enviasen socorro y no dejaran pasar la ocasión de recobrar su libertad. Spendio, por su parte, entresacados seis mil hombres de las diversas naciones que había en Túnez, costeaba las montañas haciendo frente a los cartagineses. Traía también consigo dos mil galos, al mando de Autarito, porque los demás que habían militado al principio bajo sus órdenes se habían pasado a los romanos durante el campo de Erice. Sucedió, pues, que los socorros de númidas y africanos vinieron a incorporarse con Spendio, al tiempo que Amílcar estaba acampado en cierta llanura, coronada por todas partes de eminencias. Situados de repente los africanos al frente, los númidas a la espalda y Spendio al costado, pusieron a los cartagineses en gran aprieto e inevitable peligro. Existía por este tiempo un tal Narvaso, númida de nación, uno de los más nobles entre los suyos y lleno de espíritu castrense. Éste había siempre profesado a los cartagineses cierta inclinación secreta, heredada de sus padres, pero entonces se manifestó más en él por el sobresaliente mérito del general Amílcar. Convencido de que se le presentaba bella ocasión de convenirse y reconciliarse con los cartagineses, llega al campo acompañado de cien númidas, se aproxima a la trinchera y se detiene con valor haciendo señas con la mano. Amílcar, sorprendido de su arrojo, le envía un caballero, a quien responde que quiere tener una conferencia con el General. En esta duda y desconfianza se hallaba aún el Comandante cartaginés, cuando Narvaso, entregando su caballo y armas a los que le acompañaban, entra desarmado dentro de los reales con gran confianza. A todos admiró y dejó absortos su osadía; sin

embargo, le recibieron y condujeron al Comandante. Naravaso empezó su discurso diciendo que apreciaba en general a los cartagineses, pero que sobre todo deseaba ser amigo de Amílcar; que el motivo de su venida era a reconciliarse con él, para tener parte sin rebozo en todas sus operaciones y designios. Este discurso, la confianza con que el mozo había venido y la sencillez con que hablaba, causaron tal complacencia en Amílcar, que no sólo aceptó con gusto recibirlo por compañero de sus operaciones, sino que le prometió con juramento darle su hija en matrimonio si guardaba fidelidad a los cartagineses. Realizada esta alianza, llegó Naravaso con dos mil númidas que tenía bajo su mando. Con este socorro Amílcar colocó su ejército en batalla. Los de Spendio, incorporados con los africanos, bajan todos al llano y vienen a las manos. El combate fue rudo, pero venció Amílcar. Los elefantes tuvieron mucha parte en la acción; pero Naravaso se distinguió sobre todos. Autarito y Spendio huyeron. De los demás, diez mil quedaron sobre el campo y cuatro mil fueron hechos prisioneros. Conseguida la victoria, el cartaginés dio licencia a los prisioneros que quisieron para militar bajo sus banderas y los armó con los despojos de los enemigos, y a los que no, reuniéndolos, les dijo que les perdonaba los yerros hasta entonces cometidos, bajo cuyo supuesto dejaba al arbitrio de cada uno el retirarse donde más le conviniese; pero les amenazaba que si sorprendía a alguno llevando las armas contra los cartagineses, sería castigado sin remisión.

CAPÍTULO XXII

*Pérdida de Cerdeña.- Crueldades cometidas por Mathos y Spendio contra el derecho de gentes.-
Consideraciones sobre este punto.*

Durante este mismo tiempo (239 años antes de J. C.) los extranjeros que se hallaban de guarnición en la isla de Cerdeña, a ejemplo de Mathos y Spendio se alzaron en rebelión contra los cartagineses que allí había; habiendo encerrado en la ciudadela a Bostar, jefe de las tropas auxiliares, le quitaron la vida junto con sus conciudadanos. Los cartagineses mandaron allá al capitán Hannón con nuevas tropas; pero éstas le abandonaron, se pasaron a los rebeldes, y apoderadas de su persona, al punto le crucificaron. Meditaron después toda clase de tormentos para terminar con los cartagineses que habían quedado en la isla. Y finalmente sojuzgadas las ciudades, gobernaron con imperio Cerdeña, hasta que sublevados contra los del país, fueron arrojados por éstos a la Italia. De este modo como los cartagineses perdieron la Cerdeña, isla considerable por su extensión, población y producciones. Repetir ahora lo que tantos y tan dilatadamente han dicho de ella, me parece excusado, cuando todos lo confiesan.

Mathos, Spendio y el galo Autarito, temerosos de la humanidad de Amílcar para con los prisioneros, recelosos de que los africanos y la mayoría de extranjeros, llevados de este atractivo, no corriesen a la inmunidad que se les ofrecía, deliberaron cómo idearía alguna nueva impiedad con que las tropas se enfureciesen hasta el extremo contra los cartagineses. Decidieron que los convocarían a todos, y hecho esto, entraría en la junta un mensajero con una carta, como enviado de la Cerdeña por los cabecillas de aquella rebelión. La carta indicaría que tuviesen especial cuidad con Gescón y todos sus compañeros, a quienes había faltado a la fe en Túnez, como más arriba apuntamos, porque había algunos en el ejército que mantenían tratos secretos con los cartagineses para libertarlo. Efectivamente, Spendio, bajo de esto falso pretexto, exhorta primero a los suyos a que no crean en la humanidad del Comandante cartaginés para con los prisioneros, pues por este medio no se había propuesto salvar la vida a los cautivos, sino apoderarse de los demás con el perdón de aquellos y castigar a todos si confiaba en sus palabras. Tras de esto les aconseja se abstenga de enviar a Gescón, si no quieren incurrir en el escarnio de los enemigos y ocasionar el mayor perjuicio a sus intereses permitiendo marchar a un hombre de su consecuencia y tan excelente capitán, que con toda seguridad vendrá a ser contra ellos su más terrible enemigo. Aun no había terminado de proferir estas palabras, cuando he aquí que se presenta otro mensajero, aparentando que venía de Túnez, con otra carta de igual contenido que la de Cerdeña.

Entonces tomó la palabra el galo Autarito, y manifestó: -El único medio de salvar los negocios es renunciar a todas las promesas de los cartagineses. Mientras se confíe en su humanidad no se podrá entablar con ellos alianza verdadera. Supuesto lo cual les suplicaba que creyesen a aquellos, oyesen a aquellos y les escuchasen a aquellos que les propusiesen las mayores ofensas y crueldades contra los cartagineses, y reputasen por traidores y enemigos a los que les inspirasen los sentimientos contrarios.- Dicho esto, les exhorta y aconseja quiten la vida con la mayor ignominia a Gescón, a todos los que habían sido cogidos con él y a los prisioneros que en adelante se hiciesen de los cartagineses. El voto de éste era el de mayor peso en las juntas, porque la tropa entendía sus discursos. El trato continuado con los soldados le había enseñado a hablar el fenicio, y la larga duración de la guerra había precisado a los más a usar de esta lengua cuando se saludaban. Por cuyo motivo todos le aplaudieron a una voz, y él se retiró colmado de elogios. Aproximáronse después muchos de cada nación y desearon, por los beneficios recibidos de Gescón, interceder por su suplicio. Al hablar muchos a un tiempo y cada uno en su propia lengua, no se entendía nada de cuanto proferían. Pero después que se supo con certeza que intercedían por su castigo, y alguno de los que estaban sentados dijo: «mátalos todos», inmediatamente mataron a pedradas a cuantos se acercaron. Mientras que los parientes sacaban fuera a estos infelices como si hubieran sido destrozados por las fieras, los soldados de Spendio se apoderan de Gescón y sus compañeros, que eran hasta setecientos, los llevan fuera del atrincheramiento, los sitúan a corta distancia del campo y les cortan primero las manos, empezando por Gescón; este hombre, a quien poco antes habían preferido entre todos los cartagineses, habían reconocido por su bienhechor y puesto por árbitro de sus diferencias. Luego de realizada esta operación, amputan a estos infelices los extremos de todos los miembros, los mutilan, rompen las piernas, y, vivos aún, los arrojan en un hoyo.

Los cartagineses, conocido este infortunio y sin medio para satisfacer su resentimiento, se lamentaron, sintieron en el alma su desgracia y cursaron orden a Amílcar y a Hannón, otro de los comandantes, encargándoles socorriesen y vengasen a estos infelices. Despacharon también reyes de armas a aquellos impíos ara recobrar los cadáveres. Mas ellos, lejos de entregarles, advirtieron a los emisarios que ni reyes de armas ni diputados enviasen otra vez, so pena de que sufrirían igual castigo que Gescón. Efectivamente, publicaron un bando de común acuerdo para que al cartaginés que se apresase en adelante se le hiciese morir en el tormento, y al que fuese aliado, se le enviase de nuevo, cortadas las manos: ley que se observó en adelante con todo rigor. A la vista de esto, cualquiera diría sin reparo que el cuerpo humano y algunas llagas o tumores que en él se engendran se enconan y se tornan completamente incurables, con mucha más razón los ánimos. Existen heridas que, si se las aplica remedio, tal vez éste las irrita y apresura su progreso: si se las omite, su maligna naturaleza corroe las partes próximas, y no se detiene hasta que causa la ruina al cuerpo que las padece. De igual modo en los ánimos se engendran muchas veces tales malignos vapores y enconos, que conducen al hombre a excesos de impiedad y fiereza sobre todos los animales. Con tales hombres, si usas de conmiseración y dulzura, éste en su opinión es un dolo y artificio que los hace más desconfiados e irreconciliables con sus bienhechores. Si, por el contrario, te vales del castigo y te opones a su furor, no hay crímenes ni atentados de que no sean capaces, calificando de virtud semejante audacia, hasta que convertidos en fieras se desprenden de todo sentimiento de humanidad. Entiéndase que el desarreglo de costumbres y la mala educación en la infancia son el origen y causa principal de este desorden; bien que hay otras muchas que participan, tales son principalmente los malos tratamientos y la avaricia de los jefes. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces aconteció en todo el cuerpo de tropas extranjeras, y sobre todo en los que las mandaban.

CAPÍTULO XXIII

Situación de los cartagineses.- Sitio de Cartago.- Socorros de Hierón y de los romanos.- Los rebeldes imploran la paz acuciados por el hambre.

Condolido Amílcar del desenfreno de los enemigos, manda a llamar a Hannón, persuadido de que juntos los dos ejércitos finalizarían más pronto los negocios. Los enemigos que cogían, a unos los mataban por derecho de represalias; a otros, si eran traídos vivos a su presencia, los arrojaba a las fieras, creyendo ser este el único medio de exterminar del todo a los rebeldes. Ya parecía a los cartagineses que tenían esperanzas más lisonjeras del estado de la guerra, cuando por un universal y repentino trastorno volvieron atrás sus intereses. Lo mismo fue unirse los dos jefes, que llegar a tal punto sus discordias, que no sólo desaprovecharon las ocasiones de batir a sus contrarios, sino que sus debates ofrecieron a éstos muchas proporciones de ejecutarlo en su perjuicio. Enterada de esto la República, ordenó que uno de los Generales saliese del campo y el otro permaneciese, dejándolo a elección de las tropas. Además de esto, aconteció que los convoyes procedentes de los lugares llamados por ellos emporios, sobre que fundaban la principal esperanza de los comestibles y demás municiones, fueron del todo inundados por el mar durante una tempestad. La isla de Cerdeña, que les prestó siempre grandes socorros en las urgencias, había pasado a ajeno dominio, como hemos mencionado. Y lo que es más que eso, las ciudades de Hippacrita y Utica, las únicas de toda el África que les habían quedado, las que no sólo habían sostenido con energía la presente guerra, sino que habían permanecido constantes en el tiempo de Agatocles y en la invasión de los romanos, y, en una palabra, las que jamás habían querido cosa en contra de los intereses de Cartago, habían dejado ahora su partido, se habían pasado sin justo motivo a los rebeldes, y su desertión había producido instantáneamente con éstos la más estrecha amistad y confianza, así como excitado contra ellos la ira y odio más implacable. Dieron muerte y arrojaron por los muros a todos los quinientos hombres que habían venido en su socorro con su jefe, entregaron la ciudad a los africanos, y no permitieron a los cartagineses dar sepultura a los muertos, por más que los suplicaron. Estos acontecimientos ensoberbecieron tanto Mathos y Spendio, que empezaron a poner sitio a la misma Cartago. Pero Amílcar, asociándose con el capitán Aníbal (éste era a quien el Senado había enviado a la armada, después que los soldados, por la autoridad que la República les había conferido para ajustar diferencias de los dos jefes, tuvieron a bien que Hannón se separase); Amílcar, digo, llevando consigo a éste y a Naravaso, batía la campaña, y cortaba los convoyes a Mathos y Spendio. Naravaso el númida le fue de suma utilidad, tanto en esta como en otras expediciones. Este era el estado de las armadas, que actuaban a campo raro.

Los cartagineses, cercados por todas partes, se vieron precisados a recurrir a las ciudades aliadas. Hierón, siempre atento a la guerra presente, tenía cuidado en enviarles cuanto le pedían. Pero especialmente manifestó sus deseos en esta ocasión, convencido de que le interesaba, para mantener su poder en la Sicilia y conservar la amistad de los romanos, mirar por la salud de los cartagineses, para no dejar a la voluntad del vencedor ejecutar sus proyectos sin obstáculo. Efectivamente, reflexionaba con toda prudencia y cordura. Pues nunca se debe perder de vista la máxima de no dejar a una potencia engrandecerse tanto, que no se la pueda contestar después, aun en aquello que nos pertenece de derecho. Los romanos asimismo les dieron, en virtud del tratado, cuanto podían después aunque al principio hubo motivos para ciertas desavenencias entre los dos pueblos, por haberse ofendido los romanos de que los cartagineses detuviesen en sus puertos a los que navegaban de Italia a África con víveres para los enemigos, y tuviesen ya en prisión casi quinientos hombres de esta clase; reintegrados después de todos a instancia de los diputados que llegaron a este efecto, procedieron tan reconocidos, que inmediatamente cedieron a los cartagineses en recompensa los prisioneros que les quedaban aun de la guerra de Sicilia. Y desde aquel instante les suministraron prontamente y con humanidad cuanto les pidieron. Facultaron sus comerciantes para extraer de continuo lo necesario para los cartagineses, y lo prohibieron para los rebeldes. No quisieron acceder a la propuesta de los extranjeros de Cerdeña, que habían abandonado por este tiempo el partido de los cartagineses y les convidaban con la isla. No admitieron a los de Utica, que voluntariamente se entregaban, ateniéndose al tenor de los aliados que hemos apuntado, se pusieron los cartagineses en estado de sufrir el asedio.

Mathos y Spendio no menos eran sitiados que sitiaban. Amílcar los había reducido a tal escasez

de lo necesario, que se vieron precisados finalmente a levantar el asedio. Poco tiempo después, estos rebeldes, reunida la flor de las tropas extranjeras y africanas, cuyo total ascendía a cincuenta mil hombres con los que mandaba Zarjas el africano, decidieron volverse a poner en campaña y observar de cerca al enemigo. Huían de los llanos, por temor a los elefantes y caballería de Naravaso; mas procuraban con anticipación ocupar los lugares montuosos y desfiladeros. En todo este tiempo se observó que en el ímpetu y ardimiento no cedían a los contrarios, aunque regularmente eran vencidos por su impericia. Entonces nos manifestó la experiencia cuanto exceso haya de un talento práctico de mandar acompañado de principios, a una impericia y ejercicio militar adquirido sin reglas. Amílcar a veces atraía a encuentros particulares un trozo de tropas, y como hábil jugador de dados las cercaba y las hacía las piezas; otras, aparentando desear una acción general, daba muerte a unos conduciéndolos a emboscadas que no preveían, y aterraba a otros noche y día dejándose a ver de improviso y cuando menos lo esperaban. A cuantos cogía vivos los arrojaba a las fieras. Finalmente, habiéndose acampado, cuando menos se pensaba, cerca de los enemigos en un lugar incómodo para ellos y ventajoso para su ejército, los colocó en tal aprieto, que sin aliento para aventurar un trance ni facultad para evitarle, a causa del foso y trinchera que por todas partes los cercaba, al cabo forzados por hambre se vieron precisados a comerse unos a otros, dando la Divinidad la recompensa merecida a la crueldad y barbarie con que habían procedido con sus semejantes. Sin ánimo para salir al combate, seguros de la ruina y castigo de los que fuesen apresados, y sin ocurrírseles hacer mención de conciertos, a la vista de los excesos cometidos, sufrían el pasar por todo en su perjuicio, fiados en los socorros de Túnez que sus jefes les habían prometido.

Pero finalmente se consumieron los prisioneros con que la crueldad los alimentaba, se terminaron los cuerpos de los esclavos, se les frustró el socorro de Túnez, y la tropa, hostigada de males, prorrumpió en amenazas contra sus jefes. Entonces Autarito, Zarjas y Spendio decidieron entregarse a los enemigos y tratar de concierto con Amílcar. Logrado el salvoconducto de su embajada por medio de un rey de armas que enviaron, llegaron al campo contrario, y Amílcar efectuó con ellos este tratado: Será lícito a los cartagineses escoger de los enemigos diez personas, las que ellos quieran; y a los demás se les remitirá con su vestido. Ratificado el tratado, Amílcar dijo al instante que escogía a los presentes según el convenio, y de esta forma los cartagineses se apoderaron de Autarito, Spendio y otros capitanes los más distinguidos. Los africanos, después que supieron la retención de sus jefes, sospechando que habían sido vendidos, por ignorar el tenor de los tratados, acudieron a las armas con este motivo; pero Amílcar los rodeó con los elefantes y demás tropas, y los pasó a cuchillo a todos, en número de más de cuarenta mil. El lugar donde acaeció esta acción se llama Sierra, por la similitud que tiene su figura con este instrumento.

CAPÍTULO XXIV

Sitio y ataque de Túnez.- Sorpresa del campamento de Aníbal por Mathos.- Muerte de éste.- Batalla decisiva.- Cesión de la Cerdeña a los romanos.

La mencionada victoria (239 años antes de J. C.) volvió a inspirar en los cartagineses mejores esperanzas para el futuro, en medio de que ya se hallaban privados de todo remedio. Más tarde Amílcar, Naravaso y Aníbal batieron la campaña y las ciudades. Sometidas las más de éstas con la rendición de los africanos, a quienes la victoria anterior hacía pasar a su partido, llegaron a Túnez y emprendieron sitiar a Mathos. Aníbal asentó su campo delante de aquel lado de la ciudad que mira a Cartago, y Amílcar el suyo al lado opuesto. Después, llevando a Spendio y demás prisioneros cerca de los muros, los crucificaron a la vista de los enemigos. Mathos, que se apercibió del descuido y exceso de confianza con que Aníbal se portaba, ataca su atrincheramiento, da muerte a muchos cartagineses, hace abandonar el campo a los soldados y se apodera de todo el bagaje. Coge vivo al mismo Aníbal, le conduce al instante a la cruz que había servido para Spendio, y luego de los más

excesivos tormentos, quita a aquel, sustituye a éste vivo en su lugar, y degüella a treinta cartagineses, los más ilustres, alrededor del cuerpo de Spendio: como si la fortuna de intento anduviese ofreciendo alternativas ocasiones a una y otra armada de ejecutar entre sí los mayores excesos de venganza.

Llegó tarde a conocimiento de Amílcar la irrupción de los enemigos, por la distancia que había entre los dos campos, y ni aun después de sabida acudió en su socorro, por las dificultades que mediaban en el camino. Por lo cual, levantando el campo de Túnez, llegó al Macar y se apostó a la embocadura de este río en el mar. La noticia de esta inopinada derrota volvió a abatir y consternar a los cartagineses. Recobrados hasta aquí algún tanto los ánimos, cayeron otra vez en el mismo desaliento. Pero no por eso desistieron de aplicar los remedios conducentes a la salud. Enviaron al campo de Amílcar treinta personas que escogieron del Senado, al capitán Hannón que ya había mandado en esta guerra, y a todos los que habían quedado en edad de llevar las armas, ya que éste era el último esfuerzo. Recomendaron encarecidamente a los senadores que ajustasen de todos modos las anteriores diferencias de los dos jefes, y les persuadiesen a obrar de concierto, presentarles el estado actual de la república. Después que por medio de muchas y diversas conferencias reunieron a Hannón y a Amílcar en un mismo lugar, consiguieron de ellos el que se aviniesen y rindiesen a sus persuasiones, y en consecuencia unánimes en los pensamientos obraron en todo a beneficio del Estado. Mathos, o bien se le armasen emboscadas o bien se le persiguiese, ya alrededor de Lepta, ya alrededor de otras ciudades, saliendo siempre con lo peor en estos particulares encuentros, resolvió al fin que una acción general decidiese el asunto, partido que acogieron con gusto los cartagineses. Con este fin, unos y otros convocaron a la batalla a todos sus aliados, y reunieron las guarniciones de las ciudades, ya que iban a aventurar toda su fortuna. Cuando todo estuvo dispuesto para la empresa, se ordenaron en batalla y vinieron a las manos de común acuerdo. La victoria se inclinó del lado de los cartagineses. Los más de los africanos perecieron en la misma acción; los demás se salvaron en cierta ciudad, y poco después se rindieron. Mathos fue apresado vivo.

Después de la batalla las demás partes del África se entregaron al instante al vencedor; sólo las ciudades de Hippacrita y Utica, privadas de todo pretexto para implorar la paz, ya que desde sus primeros arrojos no habían dejado lugar al perdón y misericordia, persistieron en la rebelión. Tan conducente como esto es aun en semejantes yerros guardar siempre moderación y no dejarse llevar de grado a excesos irremisibles. Pero lo mismo fue acampar Hannón delante de la una, y Amílcar delante de la otra, que al instante las forzaron a pasar por los pactos y condiciones que los cartagineses quisieron. Finalmente, la guerra de África, que había puesto en tantos conflictos a los cartagineses, se terminó con tales ventajas, que no sólo recobraron el dominio del África, sino que dieron a los autores de la rebelión el merecido castigo; pues celebrando por último la juventud cartaginesa el triunfo por la ciudad, hizo sufrir a Mathos y sus compañeros todo género de oprobios.

Tres años y cerca de cuatro meses duró la guerra de los extranjeros con los cartagineses, guerra que excedió muchísimo en crueldad y barbarie a todas las otras de que tenemos noticia. Mientras tanto los romanos, convidados de los extranjeros de Cerdeña que habían pasado a su partido, concibieron el designio de pasar a esta isla. Los cartagineses llevaron esto muy a mal, ya que tenían mejor derecho al dominio de la Cerdeña; y estándose aprestando a tomar venganza de los que la habían entregado, los romanos tomaron de esto motivo para declararles la guerra, bajo el pretexto de que no realizaban los preparativos contra los sardos, sino contra ellos mismos. Mas los cartagineses, que habían salido de la guerra precedente como por milagro y en la actualidad se encontraban imposibilitados del todo de suscitarse por segunda vez la enemistad de los romanos, cediendo al tiempo, no sólo evacuaron la Cerdeña sino que les añadieron mil doscientos talentos para evitar el sostener una guerra en las actuales circunstancias. Así ocurrieron estas cosas.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Resumen de lo tratado en el libro anterior.- Muerte de Amílcar en la España.- Asdrúbal le sucede.- Primer pensamiento de pasar a la Iliria los romanos.- Sitio de Midionia por los etolios y combate de éstos con los ilirios.

El libro precedente sirvió para exponer en qué tiempo los romanos, asegurada la Italia, iniciaron el emprender las conquistas exteriores, cómo pasaron más tarde a la Sicilia y por qué causas sostuvieron guerra contra los cartagineses sobre esta isla; después, cuándo empezaron a formar por primera vez armadas navales, y lo acaecido durante la guerra a uno y otro pueblo hasta su terminación; en la que los cartagineses cedieron la Sicilia y los romanos se apoderaron de toda ella, a excepción de la parte que obedecía a Hierón. A resultas de esto procuramos explicar de qué modo los extranjeros sublevados contra Cartago provocaron la guerra llamada Líbrica; hasta qué extremo llegaron las impiedades ocurridas en ella, y qué éxito tuvieron sus absurdos atentados hasta la terminación y victoria de los cartagineses. Ahora intentaremos demostrar sumariamente lo que se sigue, apuntando cada cosa según el plan que nos propusimos al principio.

Después que se concluyó la guerra de África (239 años antes de J. C.), levantaron tropas los cartagineses, y enviaron seguidamente a Amílcar a la España. Éste, una vez que se hubo hecho cargo del ejército y de su hijo Aníbal, entonces de nueve años de edad, pasó a las columnas de Hércules y restableció en España los intereses de su república. En el espacio de casi nueve años que permaneció en este país, sometió a Cartago muchos pueblos, unos por las armas, otros por la negociación, terminando sus días de una manera digna a sus anteriores acciones. Efectivamente, hallándose al frente de un enemigo, el más esforzado y poderoso, su audacia y temeridad le precipitó en lo vivo de la acción, donde vendió cara su vida. Los cartagineses otorgaron después el mando a Asdrúbal, su pariente y triararco.

Por este tiempo emprendieron los romanos el pasar por primera vez con ejército a la Iliria y estas partes de Europa; expedición que no deben mirar de paso, sino con atención, los que deseen enterarse a fondo del plan que nos hemos propuesto y del auge y fundamento de la dominación romana. Los motivos que les impulsaron a este tránsito (238 años antes de J. C.), son éstos; Agrón, rey de Iliria, hijo de Pleurato, excedía muchísimo en fuerzas terrestres y marítimas a sus predecesores. Éste, sobornado con dádivas por Demetrio, padre de Filipo, había prometido que socorrería a los midionios, sitiados por los etolios, gentes que, por no haber podido de ninguna manera conseguir que los asociasen a su república, habían resuelto reducirlos a viva fuerza. Para esto habían reclutado un ejército de todo el pueblo, habían acampado alrededor de su ciudad y empleaban continuamente toda fuerza y artificio para su asedio. Ya se encontraban los midionios en un estado deplorable, y esperaban de día en día su rendición, cuando el pretor anterior, a la vista de aproximarse el tiempo de las elecciones y ser forzoso el nombramiento de otro, dirigiendo la palabra a los etolios, les dijo: que supuesto que él había sufrido las incomodidades y peligros del cerco, era también razonable que, tomada la ciudad, se le confiase la administración del botín y la inscripción de las armas. Algunos, principalmente aquellos que aspiraban al mismo cargo, se opusieron a la petición y exhortaron a las tropas a que no diesen su voto antes de tiempo, sino que lo dejaran indeciso para quien la fortuna quisiese dispensar esta gloria. Por fin llegaron al acuerdo de que el nuevo pretor que tomase la ciudad repartiría con su predecesor la administración del botín y la inscripción de las armas.

Al día siguiente de esta resolución, día en que se debía hacer la elección y dar la posesión de la pretura, según la costumbre de los etolios, arriban durante la noche a las inmediaciones de Midionia cien bergantines con cinco mil ilirios a bordo, y fondeando en el puerto al rayar el día, hacen un

pronto desembarco sin ser vistos, se ordenan en batalla a su manera y avanzan en cohortes al campo enemigo. Los etolios, apercibidos del suceso, aunque por el pronto les sobrecogió la audacia inesperada de los ilirios, conservaron no obstante su antiguo valor, confiados en el aliento de sus tropas. Colocaron en un llano al frente del campo la pesada infantería y caballería, de que tenían abundancia. Ocuparon con anticipación los puestos elevados y ventajosos que había frente de los reales con un trozo de caballería y gente armada a la ligera. Mas los ilirios, superiores en número y fuerza, rompieron al primer choque la formación de los ballesteros, y obligaron a la caballería que peleaba cerca a retroceder hasta los pesadamente armados. Luego, atacando desde las alturas a los que estaban formados en el llano, al mismo tiempo que los midionios realizaban sobre ellos una salida de la plaza, con facilidad los hicieron huir. Muchos quedaron sobre el campo, pero fue mayor aun el número de prisioneros, apoderándose de las armas y de todo el bagaje. Los ilirios, una vez que hubieron ejecutado la orden de su rey, llevaron a bordo el botín y demás despojos, y se hicieron a la vela inmediatamente, dirigiendo el rumbo hacia su patria.

Libres del asedio los midionios de un modo tan inesperado convocaron a junta y deliberaron, entre otras cosas, sobre la inscripción de las armas. Estuvieron de acuerdo en que éstas se distribuyesen, según la decisión de los etolios, entre el que en la actualidad poseía la pretura y los que en adelante le sucediesen. En este ejemplo demuestra con estudio la fortuna cuál es su poder a los demás mortales. En un corto espacio de tiempo permite a los midionios realicen en sus contrarios aquello mismo que ya casi esperaban sufrir de ellos.

Este imprevisto infortunio de los etolios es una lección para todos, de que en ningún tiempo debemos deliberar de lo futuro como de lo ya pasado, ni contar como seguras anticipadas esperanzas sobre lo que es factible aun acaezca lo contrario, sino que, considerándonos mortales, demos cabida a la incertidumbre en todo acontecimiento, y principalmente en las operaciones militares.

CAPÍTULO II

Muerte de Agrón.- Sucesión de su mujer Teuta en el trono.- Fenice, entregada por los galos a los ilirios. Rescate de esta plaza por los epirotas a precio de dinero.

Después que regresó la armada, el rey Agrón escuchó de sus jefes la relación del combate (232 años antes de J. C.), y alegre sobre manera de haber postrado a los etolios, gente la más feroz, se dio a la embriaguez y otras parecidas comilonas, de cuyas resultas le dio un dolor de costado, que en pocos días le llevó al sepulcro. Le sucedió en el reino su mujer Teuta, que descargó en parte el manejo de los negocios en la fe de sus confidentes. Utilizaba su talento según su sexo. Solamente atenta a la pasada victoria, y sin miramiento a las potencias extranjeras, dio licencia primero a sus corsarios para apresar cualquier buque que encontrasen, más tarde equipó una armada y envió un ejército en nada inferior al primero, permitiendo a sus jefes todo género de hostilidades.

El primer golpe de estos comisionados descargó sobre la Elia y la Mesenia, países expuestos de continuo a las incursiones de los ilirios. El ser la costa dilatada y estar en lo interior del país las ciudades más importantes, hacían cortos y demasiado lentos los socorros que les prestaban contra los desembarcos de los ilirios, de lo que resultaba que éstos talaban impunemente y saqueaban de continuo las provincias. A la sazón la acumulación de víveres les había hecho internar hasta Fenice, ciudad de Epiro, donde, unidos con ochocientos galos que componían la guarnición a sueldo de los epirotas, tratan con éstos sobre la rendición de la ciudad. Efectivamente, con el asenso que éstos prestaron sacan sus tropas los ilirios y se apoderan por asalto de la ciudad y de todo lo que contenía, con la ayuda de los galos que se hallaban en su interior. Apenas conocieron esta nueva los epirotas, se dirigen todos con diligencia al socorro, llegan a Fenice, acampan, se cubren con el río que pasa por la ciudad, y para mayor seguridad quitan las tablas que le servían de puente. Pero advertidos de que se acercaba por tierra Scerdilaidas, al frente de cinco mil ilirios, por los desfiladeros inmediatos

a Antigonea, envían allí parte de su gente para resguardo de esta plaza, y ellos, mientras, con la restante abandonan la disciplina, disfrutan a salvo las ventajas del país y descuidan las centinelas y puestos avanzados. Los ilirios, que supieron la división de sus tropas y demás inobservancia, realizan una salida de noche, y colocando unas tablas sobre el puente, pasan el río sin el menor riesgo, se apoderan de un puesto ventajoso, y permanecen el resto de la noche. Llegado que fue el día, se puso en batalla uno y otro ejército, a la vista de la ciudad. Los epirotas fueron vencidos; muchos de ellos quedaron sobre el campo, pero muchos más aun fueron hechos prisioneros, y los demás huyeron hacia los Atintanes.

Los epirotas, faltos de todo doméstico recurso con estos contratiempos, acudieron a los etolios y aqueos, rogando con sumisión su socorro. Éstos, sensibles a sus desgracias, asienten a la demanda, y marchan a Helicrano con el auxilio. Los ilirios, que habían ocupado a Fenice, llegan también al mismo sitio con Scerdilaidas, y acamparon cerca de estas tropas auxiliares, con el designio al principio de darles la batalla; pero además de que se lo impedía lo fragoso del terreno, recibieron unas cartas de Teuta, en que les prevenía su pronto regreso por haberse pasado a los dardanios parte de sus vasallos. Y así talado el Epiro, finalizaron un armisticio con los epirotas, por el cual les restituyeron los hombres libres y la ciudad por dinero; y puestos a bordo los esclavos y demás despojos, unos marcharon por mar, otros tornaron a pie a las órdenes de Scerdilaidas por los desfiladeros de Antigonea. Grande fue el terror y espanto que infundió esta expedición a los griegos que habitaban las costas. Todos reflexionaban que, esclavizada de un modo tan increíble la ciudad más fuerte y poderosa que tenía el Epiro, ya no había que cuidar de las campiñas como en los tiempos anteriores, sino de sus propias personas y ciudades. Los epirotas puestos en libertad por un medio tan extraño, distaron tanto de procurar vengarse de los autores de sus agravios, o proceder reconocidos con sus bienhechores, que por el contrario, juntos con los acarnanios enviaron embajadores a Teuta para llevar a cabo una alianza con los ilirios, por la que abrazaron en adelante el partido de éste en perjuicio de los aqueos y etolios: resolución que hizo pública por entones la indiscreción respecto de sus bienhechores, y la imprudencia con que habían consultado desde el principio sus intereses.

Que siendo hombres incurramos en cierto género de males imprevistos, no es culpa nuestra, sino de la fortuna o de quien es la causa; pero que por imprudencia nos metamos en evidentes peligros, no admite duda de que somos nosotros los culpables. Por eso a los yerros de mera casualidad les sigue el perdón, la conmiseración y el auxilio, pero a las faltas de necedad las acompaña el oprobio y reprensión de las gentes sensatas. Esto fue precisamente lo que entonces experimentaron los epirotas de parte de los griegos. Porque en primer lugar, ¿qué hombres, conociendo que los galos pasaban corrientemente por sospechosos, no temen entregarles una ciudad rica, y que excitaba por mil modos su perfidia? En segundo, ¿quién no se previene contra la elección de semejante cuerpo de tropas?, gentes que a instancias de su propia nación, habían sido arrojadas de su patria por no guardar fe a sus amigos ni parientes, gentes que, recibéndolas los cartagineses por las urgencias de la guerra, suscitada una disputa entre soldados y jefes por los sueldos, tomaron de aquí pretexto para saquear a Agrigento, donde habían entrado de guarnición en número entonces de más de tres mil; gentes que, introducidas después en Erice para el mismo efecto, al tiempo que los romanos sitiaban esta plaza, intentaron entregarles la ciudad y a los que estaban dentro; gentes que, malogrado este atentado, se pasaron a los enemigos; gentes, en fin, que lograda la confianza de éstos, saquearon el templo de Venus Ericina: motivos porque los romanos, enterados a fondo de su impiedad, después que finalizó la guerra con los cartagineses, no pudieron hacer cosa mejor que despojarlos de sus armas, meterlos en los navíos y, desterrarlos de toda Italia. A la vista de esto, ¿no se dirá con sobrado fundamento que los epirotas, en el hecho mismo de confiar sus leyes y gobierno democrático a gentes de esta ralea, y poner en sus manos la ciudad más poderosa, se constituyeron autores de sus mismos infortunios? Tuvimos a bien hacer esta reflexión sobre la imprudencia de los epirotas, para advertir a los políticos que en ningún caso conviene meter en las plazas guarniciones muy fuertes, sobre todo si son de extranjeros.

CAPÍTULO III

Embajada de los romanos a Teuta, reina de Iliria.- Muerte que ésta mandó dar a uno de los embajadores.- Sorpresa de Epidamno malograda.- Batalla naval ganada por los ilirios frente a Paxos y toma de Corcira.

No era de ahora el que los ilirios insultasen de continuo a los que navegaban de Italia, pero actualmente durante su estancia en Fenice (231 años antes de J. C.), destacándose muchos de la escuadra, robaban a unos, degollaban a otros, y conducían prisioneros a no pocos comerciantes italianos. Los romanos, que hasta entonces desestimaron las quejas contra los ilirios, llegando éstas a ser ahora más frecuentes en el Senado, nombraron a Cayo y Lucio Coruncanio por embajadores a la Iliria, para que se informasen con detalle de estos hechos. Teuta, al regreso de sus buques de Epiro, admirada del número y riqueza de despojos que transportaban (era entonces Fenice la ciudad más opulenta del Epiro), cobró doblado valor para insultar a los griegos. Las conmociones intestinas la disuadieron por entonces; pero sosegados que fueron los vasallos que se habían rebelado, al punto puso sitio a Issa, la única ciudad que había rehusado obedecerla. Entonces llegaron los embajadores romanos, quienes admitidos a audiencia, expusieron los agravios que habían recibido. Durante todo el discurso, la reina los escuchó, afectando un aire altivo y demasiado altanero; pero después que concluyeron, les manifestó: «que procuraría poner remedio para que Roma no tuviese motivo de resentimiento de parte de su reino en general; pero que en particular, no se acostumbraba por parte de los reyes de Iliria el prohibir a sus vasallos el corso por utilidad propia». Ofendido de esta respuesta el mas joven de los embajadores, con libertad conveniente sí, pero importuna, la dijo: «Señora, el más apreciable carácter de los romanos es vengar en común los agravios contra sus particulares, y socorrer a sus miembros ofendidos: en este supuesto, intentaremos con la voluntad de Dios obligaros a la fuerza y prontamente a que reforméis las costumbres de los reyes de Iliria.» La reina tomo este desenfado con una ira inconsiderada y propia de su sexo, y la irritó tanto el dicho, que sin respeto a derecho de gentes, envió en seguimiento de los embajadores que habían partido, para que diesen muerte al autor de semejante falta de respeto: acción que lo mismo fue saberse en Roma, que enfurecidos con el insulto de esta mujer, hacer aparatos de guerra, matricular tropas y equipar una armada. Llegada la primavera, Teuta dispuso mayor número de buques que el anterior, y los volvió a enviar contra la Grecia. De éstos, unos pasaron a Corcira, otros abordaron al puerto de Epidamno, con ánimo en apariencia de hacer agua y tomar víveres, pero en realidad con el designio de sorprender y dar un golpe de mano a la ciudad. Los epidamnios recibieron incautamente y sin precaución estas gentes, que introducidas en la ciudad con vestidos propios para tomar agua y una espada oculta en cada vasija, degollaron la guardia de la puerta y se apoderaron rápidamente de la entrada. Entonces acudió un eficaz socorro de los navíos, según estaba dispuesto, con cuya ayuda se ampararon a poca costa de la mayor parte de los muros. Mas los vecinos aunque desprevenidos por lo inopinado del caso, se defendieron y pelearon con tanto vigor, que al cabo los ilirios, tras de una prolongada resistencia, fueron desalojados de la ciudad. En esta ocasión, el descuido de los epidamnios los puso cerca de perder su patria; pero su valor los salvó y les dio una lección para el futuro. Los jefes ilirios se hicieron a la vela con precipitación, se incorporaron con los que iban delante y fondearon en Corcira, donde hecho un pronto desembarco, emprendieron el poner sitio a la plaza. Los corcirenses, consternados con este accidente, y sin esperanza de ningún remedio, enviaron legados a los aqueos y etolios. Al mismo tiempo que éstos, llegaron también los apoloniatas y epidamnios, rogando les enviasen un pronto socorro y no contemplasen con indiferencia que los ilirios les arrojasen de su patria. Estas embajadas fueron escuchadas favorablemente por los aqueos, quienes dotaron de tripulación de mancomún a diez navíos de guerra, y equipados en breve tiempo, se dirigieron hacia Corcira, con la esperanza de librarla del asedio.

Los ilirios, habiendo recibido de los acarnanios siete navíos de guerra en virtud de la alianza, salieron al encuentro, y se batieron con la escuadra aquea junto a Paxos. Los navíos acarnanios, que se hallaban situados de frente con los aqueos, lucharon con igual fortuna, y salieron del combate sin más daño que las heridas que recibieron sus tripulaciones. Pero los ilirios, ligando sus navíos de cuatro en cuatro, vinieron a las manos. En un principio cuidaron poco de sí propios, y presentando el flanco al enemigo, cooperaron a hacer más ventajoso su ataque. Mas cuando los navíos contrarios se aproximaron, y aferrados con el mutuo choque se vieron imposibilitados de maniobrar y pendientes de los espolones de los buques ligados, entonces los ilirios saltan sobre las cubiertas de las embarcaciones aqueas y las vencen con el número de sus soldados. De esta forma capturaron cuatro navíos de cuatro órdenes, y hundieron uno de cinco con toda la tripulación, a cuyo bordo iba Marco Carinense, hombre que hasta la presente catástrofe había desempeñado todos los cargos a satisfacción de la república aquea. Los que se batían con los acarnanios, luego que advirtieron la ventaja de los ilirios, fiados de su agilidad, se retiraron sin riesgo a su patria viento en popa. Esta victoria ensoberbeció a los ilirios, y les facilitó para el futuro la continuación del sitio con más confianza. Los corcirenses, por el contrario, en medio de que sufrieron aún el asedio por algún tiempo, desesperanzados de todo auxilio con estos accidentes, capitularon con los ilirios, admitieron guarnición y con ella a Demetrio de Faros. Luego de lo cual los jefes ilirios inmediatamente se hicieron a la vela, arribaron a Epidamno y emprendieron de nuevo el sitio de la ciudad.

CAPÍTULO IV

Los romanos desembarcan en la Iliria.- Expediciones dirigidas por los cónsules Fulvio y Postumio.- Tratado de paz entre Roma y Teuta.- Construcción de Cartagena por Asdrúbal.- Tratado de éste con los romanos

Conseguían por entonces el consulado (230 años antes de J. C.) C. Fulvio y A. Postumio, cuando aquel salió de Roma con doscientos navíos, y éste marchó al frente del ejército de tierra. La primera intención de Fulvio fue dirigir la proa hacia Corcira, con la esperanza de llegar a tiempo que no estuviese finalizado todavía el sitio. Mas aunque ya llegó tarde, se encaminó, sin embargo, a la isla, con el fin de enterarse a fondo de lo que ocurría en la ciudad, y al mismo tiempo asegurarse de lo que había comunicado Demetrio. Éste se hallaba desacreditado con Teuta, y temeroso de su resentimiento, había dado aviso a los romanos de que entregaría la ciudad y franquearía cuanto estuviese a su cargo. Efectivamente, alegres los de Corcira al ver la llegada de los romanos, les entregan la guarnición iliria con parecer de Demetrio, y ellos mismos se ponen bajo su protección de común acuerdo, en la creencia de que éste era el único medio de vivir a cubierto en adelante contra los insultos de los ilirios. Recibidos en la amistad los de Corcira, hicieron vela los romanos hacia Apolonia, llevando por guía a Demetrio para la ejecución de los restantes designios. A la sazón pasó Postumio desde Brundisio con su ejército de tierra, compuesto de veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos. Lo mismo fue presentarse uno y otro campo a la vista de Apolonia, que recibirlos igualmente sus moradores y comprometerse en su arbitrio; pero con la nueva de que Epidamno se hallaba sitiada, volvieron sin detención a hacerse a la mar. No fue preciso más para que los ilirios levantasen el sitio con precipitación y huyesen, que saber que los romanos se aproximaban. Efectivamente, los cónsules recibieron en confianza a los epidamnios, y se internaron en la Iliria, sojuzgando de paso a los ardieos. Aquí se hallaron con embajadores de diferentes partes, entre otras de los partenios y atintanos que habían venido a ofrecer su obediencia. Recibidos en la amistad estos pueblos, pasaron a Issa, ciudad a quien tenían también puesto sitio los ilirios. Llegan, hacen levantar el cerco, admiten en su gracia a los vecinos, y se apoderan sobre la costa de varias ciudades de la Iliria a viva fuerza, entre otras a Nutria, donde perdieron mucha gente, algunos tribunos y el cuestor. Finalmente, apresan veinte barcos que traían un gran socorro del país. Los sitiadores de Issa, unos quedaron salvos en Faros por respetos de Demetrio, y los demás se

refugiaron por diferentes partes en Arbona. Teuta se salvó con muy pocos en Rizón, lugar muy acomodado para la defensa, distante del mar y situado sobre el río del mismo nombre. Con estas conquistas los romanos sometieron a la dominación de Demetrio la mayor parte de la Iliria, ensancharon los límites de su imperio y se retiraron a Epidamno con la escuadra y el ejército de tierra.

Cayo Fulvio retornó a Roma (229 años antes de J. C.), llevando consigo la mayor parte de uno y otro ejército. Postumio quedó sólo con cuarenta navíos, y reclutando un ejército de las ciudades circunvecinas, pasó allí el invierno, con el propósito de tener en respeto a los ardieos y demás naciones que habían ofrecido la obediencia. Al inicio de la primavera envió Teuta una embajada a Roma, y concluyó un tratado con estas condiciones: que pagaría el tributo que se tuviese a bien imponerla; que evacuaría toda la Iliria a excepción de pocas plazas (y lo siguiente que principalmente miraba a los griegos); que no navegaría de parte allá de Lissos, más que con dos bergantines, y éstos desarmados. Ratificados estos pactos, Postumio mandó después embajadores a los etolios y aqueos, quienes después de su llegada justificaron, primero los motivos de haber emprendido la guerra y haber pasado a la Iliria; luego dieron cuenta de su conducta, exhibieron el tratado que acababan de concluir con los ilirios, y satisfechos de la buena acogida que habían hallado en estas naciones, volvieron a Corcira. Esta paz libertó a los griegos de un gran temor; porque los ilirios eran por este mismo tiempo enemigos, no de algún pueblo en particular, sino en general de toda la Grecia. Tal fue el primer tránsito de los romanos con ejército a la Iliria y aquellas partes de Europa; y por tales razones la primera alianza que entablaron por la negociación con la Grecia. De aquí tomó Roma motivo para enviar al instante otros diputados a Corinto y Atenas; y en esta fecha aprobó Corinto por primera vez que los romanos interviniesen en sus juegos ístmicos.

A la sazón (229 años antes de J. C.), Asdrúbal, en este estado dejamos los asuntos de la España, ejercía el mando con cordura e inteligencia. Entre los grandes servicios hechos a su patria, había hecho construir una ciudad, llamada por unos Cartago y por otros la Ciudad Nueva, que contribuía muchísimo al auge de los intereses de la república, y sobre todo se hallaba en bella posición para el comercio entre España y África. Haremos ver en otra parte la situación de este pueblo y las ventajas que de él pueden sacar uno y otro país, valiéndonos de ocasión más oportuna.

Apenas se dieron cuenta los romanos del grande y formidable poder que ya Asdrúbal había logrado, pensaron entrar a la parte en los negocios de España. Hallaron que el sueño y la indiferencia en que habían vivido hasta entonces eran las causas del gran poder que Cartago había adquirido, pero procuraron con empeño reparar su descuido. Al presente no osaban imponer alguna dura condición, o tomar las armas contra Cartago, por el riesgo que amenazaba a sus intereses de parte de los galos, de quienes casi esperaban una irrupción de día en día. Y así resolvieron usar de dulzura y suavidad con Asdrúbal, para atacar y dar una batalla a los galos; convencidos de que jamás podrían, no dominar la Italia, pero ni aun vivir seguros en su propia patria, mientras tuviesen a semejantes gentes exploradoras de su conducta. Por cuyo motivo, lo mismo fue llevarse a cabo el tratado con Asdrúbal por la vía de la negociación, en el que, sin hacer mención de lo restante de España, se prohibía a los cartagineses pasar sus armas de parte allá del Ebro, que al instante llevaron la guerra contra los galos que habitaban la Italia.

CAPÍTULO V

Descripción general de Italia y particular del país que ocupaban los galos.- Producciones de esta comarca. Sus costumbres.

Creo oportuno hacer una relación, aunque breve, de estos galos, como conducente al preámbulo y enlace del plan que nos propusimos al principio, recorriendo los tiempos desde aquella época en que estas naciones ocuparon la Italia. Soy del parecer que la historia de estos pueblos merece no sólo conocerse y contarse, sino que es absolutamente necesaria para comprender en qué gentes y

países puso Aníbal su confianza en el tiempo en que se propuso arruinar el romano imperio. Pero ante todo hablaremos de la comarca, cuál es ella en sí, y su situación respecto a lo restante de Italia. De esta forma la peculiar descripción de sitios y terrenos facilitará la comprensión de los hechos más memorables.

El conjunto de Italia tiene la figura de un triángulo. El mar Jonio y el golfo Adriático que está inmediato, terminan el costado que mira al Oriente; y el mar Siciliano y Tirrenio, el que cae al Mediodía y Occidente. La unión de estos dos lados entre sí forma el vértice del triángulo, donde se encuentra al Mediodía el promontorio de Italia conocido con el nombre de Cocinto, que divide el mar Jonio y el Siciliano. El lado restante que mira al Septentrión y cubre el corazón de Italia, le terminan sin intermisión los Alpes, cordillera de montañas que, iniciándose en Marsella y lugares situados sobre el mar de Cerdeña, sigue sin cesar hasta el extremo del mar Adriático, salvo un corto espacio cuya anticipada interrupción impide el que se unan. Al pie de esta cadena de montes, que debemos considerar como base del triángulo, según se mira hacia Mediodía, están situadas las llanuras más septentrionales de toda Italia; llanuras de las que hablamos, y cuya fertilidad y extensión excede a la de cuantos pueblos de Europa se compone nuestra historia.

La figura completa y ámbito de esta comarca a igualmente de un triángulo. La unión del monte Apenino con los Alpes, junto al mar de Cerdeña sobre Marsella, forma el vértice de esta figura. Los Alpes finalizan el lado septentrional por espacio de dos mil doscientos estadios, y el Apenino el meridional hasta tres mil seiscientos. La costa del golfo Adriático constituye la base de todo el triángulo. Su extensión desde Sena hasta lo más interior del golfo sobrepasa los dos mil quinientos estadios. De forma que la circunferencia total de esas llanuras incluye diez mil estadios con corta diferencia.

No resulta fácil explicar con palabras la fertilidad de este país. La abundancia de granos es tal, que ha ocurrido muchas veces en la actualidad venderse el modio siciliano de trigo a cuatro óbolos, y el de cebada a dos. La metreta de vino al mismo precio que la cebada. La abundancia de panizo y mijo es excesiva en extremo. Cuál es la cosecha de bellota que se recoge en los encinares sembrados a trechos por estas llanuras, por aquí principalmente lo inferirá cualquiera; que matándose gran cantidad de cerdos en Italia, ya para las necesidades privadas, ya para las provisiones de guerra, sólo de estos campos se obtiene un superabundante surtido. El cálculo más exacto de cuán baratas y abundantes están las cosas necesarias a la vida, se observa por los que viajan por la provincia. Éstos cuando se detienen en una posada, no es preciso trate del precio de cada comestible, sino sólo preguntar en general cuánto es el gasto por persona; y comúnmente los posaderos, por proporcionar a un huésped todo lo necesario, cobran un semise, que es la cuarta parte de un óbolo, y rara vez más. De la muchedumbre de habitantes, de la magnitud y bella disposición de sus cuerpos, como de su espíritu para la guerra, sus mismos hechos serán el más cabal testimonio.

Las colinas y parajes menos montuosos de uno y otro lado de los Alpes, tanto el que está de parte del Ródano, como el que mira a los campos de que acabamos de hablar, se hallan habitados: el que mira al Ródano y Septentrión, por los galos transalpinos, y el que a las llanuras, por los tauriscos, agones y otras muchas naciones bárbaras. La diferencia de transalpinos no procede de la nación, sino del lugar. Llámense transalpinos porque habitan de parte allá de los Alpes.

Las cimas de estos montes hasta el presente están inhabitadas por la aspereza y abundancia de nieve que continuamente en ellas se encuentra. Desde el inicio del Apenino sobre Marsella y unión que éste hace con los Alpes, habitan los ligures a uno y otro costado, tanto el que mira al mar Tirrenio hasta Pissa, que es la primera ciudad de la Etruria al Occidente, como el que cae a los llanos en la tierra firme hasta la provincia de los arretinos. Siguen luego los etruscos, e inmediato a éstos los umbríos, que ocupan uno y otro lado de dicho monte. De ahí en adelante el Apenino se separa del mar Adriático como quinientos estadios, de vuelta a la derecha, abandona las llanuras, y penetrando por entre lo restante de Italia, alcanza el mar de Sicilia. La campiña que deja por esta

parte se extiende hasta el mar y ciudad de Sena.

El río Po, tan cantado por los poetas con el nombre de Eridano, tiene su origen en los Alpes, en el vértice mismo del triángulo que acabamos de proponer. Desciende a la tierra llana, dirigiendo su curso a Mediodía; mas luego que llega a ésta tuerce su carrera en dirección a Oriente, por donde transcurre hasta que desagua en el mar Adriático por dos bocas. De las dos partes en que divide la campiña, la mayor está hacia los Alpes y el golfo Adriático. Desembocan en él las aguas, que por todas y por cualquiera parte de los Alpes y del Apenino bajan al llano, y engrosan tanto su corriente, que a ninguno cede de cuantos ríos bañan la Italia. La madre es muy ancha y hermosa, aumentándose en especial a la entrada de la canícula con las copiosas nieves que se derriten en los mencionados montes. Remontan su curso embarcaciones desde el mar por la boca Olana hasta casi dos mil estadios. En su nacimiento sólo posee una madre; pero cuando llega a los Trigabolos, se divide en dos. De éstas, una embocadura se llama Padoa y la otra Olana, donde se halla un puerto el más seguro para los que a él arriban de cuantos tiene el Adriático. Los naturales llaman a este río Bodenco. No menciono, por ahora, lo demás que sobre este río cuentan los griegos, como es la historia de Faetón y su caída, las lágrimas de los álamos negros, lo enlutados que andan los que viven en las inmediaciones de este río, de quienes se dice que aún conservan hasta el presente semejantes vestidos en sentimiento de la muerte de Faetón, y toda la multitud de semejantes historias trágicas, por no adaptarse bien a una clase de preámbulo como éste la exacta narración de tales cosas. Sin embargo, espero hacer en lugar más oportuno la correspondiente memoria de estas fábulas, con la finalidad principalmente de dar a conocer la ignorancia de Timeo sobre los mencionados lugares.

Dichas llanuras fueron habitadas antaño por los etruscos, cuando, dueños de los campos circunvecinos a Capua y Nola, llamados entonces flegreos..., se dieron a conocer y ganaron fama de esforzados por la resistencia que opusieron a muchos pueblos. Por este motivo los que lean la historia de la dominación de este pueblo no deben considerar únicamente el país que al presente ocupan, sino las llanuras de que antes hemos hablado y proporciones que de ellas les provenían. La proximidad hizo que los galos comerciasen con ellos frecuentemente, y envidiosos de la bondad del terreno, bajo un leve pretexto los atacasen de repente con un numeroso ejército, los desalojasen del Po y ocupasen su campiña. Los primeros que habitaban la ribera oriental de este río eran los laos y los lebecios; después los insubrios, nación la más poderosa; seguidamente de éstos los cenomanos, sobre las márgenes del río, y lo restante hasta el mar Adriático los vénetos, nación antiquísima, muy parecida en costumbres y traje a los galos, pero distinta en lenguaje. De éstos escribieron mucho los poetas trágicos y cuentan de ello mil patrañas. En la margen opuesta del Po, alrededor del Apenino, primero están los anianos, después los boios, próximo a éstos hacia el Adriático, los agones, y finalmente, junto al mar, los senones. Tales son los más célebres pueblos que ocupaban las mencionadas comarcas. Vivían en aldeas sin muros; no conocían el uso de los muebles; su modo de vivir era sencillo; su lecho la hierba, su alimento la carne, su única profesión la guerra y la agricultura. Toda otra ciencia o arte les era desconocida. Sus riquezas consistían en ganado y oro, los únicos bienes que en todo evento se pueden llevar con facilidad y transportar a voluntad. En lo que más empeño ponían era en granjearse amigos, porque entre ellos era más respetado y poderoso aquel que más gente le obsequiaba y se acomodaba a su gusto.

CAPÍTULO VI

Historia de los galos.- Toma de Roma por éstos.- Encuentros que tuvieron con los romanos.

En un principio los galos dominaban no sólo este país, sino también muchos pueblos próximos, que el terror de su valor había sometido. Al cabo de poco tiempo (389 años antes de J. C.), lograda una victoria sobre los romanos y otros que militaban en su ayuda, siguiendo por tres días tras de los que huían, se apoderaron al fin de la misma Roma, a excepción del Capitolio. Mas la invasión de

los vénetos en sus tierras les hizo desistir del empeño, concertar la paz con los romanos, restituirles la ciudad y acudir a su patria. Viéronse después implicados en guerras civiles. La abundancia de que gozaban respecto de sus vecinos excitó el deseo de algunos pueblos que habitaban los Alpes para atacarles y coligarse varias veces en su perjuicio. Mientras los romanos recobraron sus fuerzas y volvieron a ajustar sus diferencias con los latinos.

Treinta años después de tomada Roma (358 años antes de J. C.), avanzaron los galos por segunda vez hasta Alba con un gran ejército. Los romanos no se atrevieron en esta ocasión a oponerles sus legiones por haberles impedido el intento una invasión tan repentina y no haber tenido tiempo de congregar las tropas de los aliados. Pero repetida la irrupción a cabo de doce años (345 años antes de J. C.) con numerosas fuerzas, los romanos, que habían presentido el golpe y convocado sus aliados, sálenles al encuentro con espíritu, resueltos a venir a las manos y aventurar su suerte. El buen ánimo de los romanos amedrentó a los galos y suscitó entre ellos diversidad de pareceres por lo que, llegada la noche, hicieron una retirada a su patria con honores de huida. A este espanto se siguieron trece años de quietud (332 años antes de J. C.), transcurridos los cuales concertaron con Roma un tratado de paz a la vista del auge que su poder había tomado.

Treinta años hacía que vivían en una paz permanente cuando los transalpinos alzaron contra ellos las armas. Temerosos de que se les iba a suscitar una guerra perniciosa (302 años antes de J. C.), apartaron de sí con presentes que les ofrecieron, y el parentesco que hicieron valer, el ímpetu de los que contra ellos se habían concitado, y estimularon su furor contra los romanos, acompañándoles en la empresa. Efectivamente, hecha una invasión por la Etruria, y coligados con ellos los de esta nación, se apoderan de un rico botín y salen de la dominación romana sin que nadie los inquiete. Apenas habían llegado a sus casas, cuando la codicia de lo apresado provocó entre ellos un motín que les hizo perder la mayor parte del despojo y del ejército. Aunque esto es muy común entre los galos luego que se han apropiado el bien ajeno, y especialmente cuando el vino y la comida los ha privado de la razón. Cuatro años después, unidos los samnitas y los galos, dieron una batalla a los romanos en el país de los camertinos, en la que dieron muerte a mucha gente. El desastre que acababan de recibir no sirvió sino para alentar más a los romanos. No mucho tiempo después salieron a campaña (295 años antes de J. C.), y empeñada la acción con todas las legiones en el país de los sentinatos, pasaron a cuchillo a los más y el resto tuvo que retirarse precipitadamente cada uno a su patria. Transcurridos diez años (285 años antes de J. C.), llegaron los galos a sitiar a Arrecio con un gran ejército. Los romanos acudieron al socorro, vinieron a las manos a la vista de la ciudad y fueron vencidos. En esta jornada perdió la vida el cónsul Lucio, y M. Curio ocupó su lugar. Éste envió embajadores a los galos para el canje de prisioneros; mas ellos les quitaron la vida contra el derecho de gentes. Dejándose llevar de la ira los romanos, toman las armas al momento (284 años antes de J. C.), se encuentran con los galos senonenses que les salieron al paso, los vencen en batalla, matan a los más, desalojan los restantes y se apoderan de toda la provincia. Aquí fue donde enviaron la primera colonia de la Galia, llamándola Sena, del mismo nombre de los galos que antes la habitaban. De esta ciudad poco ha que, hicimos mención, advirtiéndole que estaba situada cerca del mar Adriático, al extremo de las llanuras que baña el Po.

A la vista de la caída de los senonenses, los boios, temerosos de que por ellos y por su país no corriese la misma suerte, hicieron tomar las armas a todo el pueblo, y llamaron a los etruscos en su ayuda. Reunidos en el lago Oadmón, dieron una batalla campal a los romanos, en la que quedaron sobre el campo la mayoría de los etruscos y se salvaron muy pocos de los boios. Al año siguiente, coligados otra vez estos pueblos, arman toda la juventud y vienen a las manos con los romanos. Mas una total derrota les hizo ceder a pesar de su espíritu, solicitar la paz a los romanos (283 años antes de J. C.) y concertar con ellos un tratado. Todo esto sucedió tres años antes que Pirro pasase Italia y cinco años antes que los galos fuesen derrotados en Delfos. Por estos tiempos parece que la fortuna había infundido en todos los galos un cierto humor belicoso a manera de contagio. De estos choques resultaron a los romanos dos especialísimas ventajas, porque las derrotas que habían sufrido por parte de los galos y la costumbre de no poder ver ni esperar mayor mal que el que ya

habían experimentado, los convirtieron en perfectos atletas en las operaciones militares contra Pirro; y el haber reprimido anteriormente la audacia de estos pueblos, les puso en condición, sin necesidad de distraer sus fuerzas, de pelear primero con Pirro por defender la Italia, y disputar más adelante con los cartagineses por dominar la Sicilia.

Después de estos descalabros, los galos vivieron el reposo por cuarenta y cinco años, y conservaron la paz con los romanos. Pero luego que faltaron aquellos que fueron testigos oculares de los pasados desastres y sobrevivieron jóvenes llenos de ardor inconsiderado, sin experiencia ni conocimiento de revés o fatalidad alguna, al instante (lo que es propensión humana) empezaron a remover lo que estaba sosegado, a exasperarse con los romanos por fútiles motivos y a llamar en su ayuda a los galos de los Alpes. Al principio (238 años antes de J. C.) estos proyectos se fraguaban en secreto por sólo los cabecillas, sin comunicarlos con el pueblo. De lo que resultó que, adelantándose con ejército lo transalpinos hasta Arimino, recelosa la plebe de lo boios, se sublevó contra sus jefes y contra los que habían llegado, dio muerte a Ates y Galato, sus propios reyes, y venidos a las manos, se destruyeron entre sí en formal batalla. Los romanos, amedrentados con esta invasión, salieron a campaña; pero enterados de que se habían deshecho ellos mismos, se retiraron de nuevo a sus casas.

Cinco años después de este sobresalto, en el consulado de M. Lepido, se repartieron los romanos aquel país de la Galia llamado el Piceno, de donde había desalojado a los senonenses por medio de una victoria. Cayo Flaminio fue el que, por congraciarse con el pueblo, introdujo esta ley (233 años antes de J. C.), que en realidad debemos confesar fue el origen de la corrupción del pueblo romano y el fundamento de la guerra que se le originó después a los senonenses. La mayoría de los galos entraron en esta coalición, especialmente los boios, por estar contiguos a los romanos. Se hallaban persuadidos a que Roma ya no movía la guerra por el mando e imperio sobre ellos, sino por su aniquilación y total exterminio.

Con tal motivo, unidos los insubrios y boios, los dos pueblos más poderosos de la nación, enviaron a punto embajadores a los galos que habitaban los Alpes y el Ródano, llamados gesatos, porque militaban por cierto sueldo: ésta es propiamente la significación de esta palabra. Para persuadir y estimular a Concolitano y Anerostes, reyes de estos pueblos, a levantarse en armas contra los romanos, los legados les presentaron por lo pronto una buena suma de dinero, y les dieron una idea para adelante de la opulencia de este pueblo, y de las cuantiosas riquezas que disfrutarían si lograban la victoria. Pero acabaron de convencerlos fácilmente cuando a lo dicho añadieron firmes testimonios de su alianza, y les recordaron los hechos de sus antepasados, los cuales en otra igual expedición habían, no sólo vencido en batalla a los romanos, sino que después se habían apoderado por asalto de la misma Roma, y dueños de todo lo que encontraron, la habían dominado por siete meses, hasta que finalmente, restituida ésta de voluntad y por favor, salvos e indemnes habían regresado a sus casas con todo el despojo. Estas palabras inflamaron tanto a los jefes de la nación para la guerra, que jamás se vio salir de estos contornos de la Galia ni ejército más numeroso ni soldados más bravos y aguerridos.

Mientras tanto, Roma, ya con lo que oía, ya con lo que se pronosticaba, se hallaba en un continuo temor y sobresalto. Tanto, que unas veces alistaba tropas, acopiaba granos, juntaba municiones; otras sacaban sus ejércitos hasta las fronteras, como si ya estuviesen los galos dentro del país, cuando aún no se habían movido de sus casas. No contribuyó poco este levantamiento a los cartagineses para promover sus intereses en España sin riesgo alguno. Los romanos, convencidos como hemos dicho anteriormente a que esta guerra les era más urgente por amenazarles más de cerca, se vieron precisados a mirar con indiferencia los asuntos de España, llevando toda su atención el ponerse antes a cubierto contra los Galos. Por lo que, asegurada la paz con Cartago por medio de un tratado concluido con Asdrúbal, de que poco ha hicimos mención, todos unánimes atacaron en tales circunstancias al enemigo más próximo, persuadidos a que les era de la mayor importancia terminar de una vez con tales gentes.

CAPÍTULO VII

Los galos invaden la Etruria.- Estado de fuerzas que los romanos tenían.- Victoria de los galos sobre los romanos en las proximidades de Fesola.

Transcurridos ocho años de la división del campo Piceno (226 años antes de J. C.), los gesatos alistaron un ejército poderoso y bien provisto, pasaron al otro lado de los Alpes y vinieron a acampar al río Po, donde se les unieron otros galos. Los insubrios y boios permanecieron firmes en su primera resolución; mas los vénetos y cenomanos, con una embajada que los romanos les enviaron, prefirieron la alianza de éstos. De lo que resultó que los reyes galos se vieron en precisión de dejar una parte del ejército para cubrir la provincia contra el terror de estos pueblos, mientras que ellos, trasladando el campo con todo el resto, compuesto de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos y carros, marcharon con denuedo, encaminando sus pasos hacia Etruria. Tan pronto se supo en Roma que los galos habían pasado los Alpes, se envió a Arimino al cónsul L. Emilio con ejército para que contuviese por aquella parte el ímpetu del enemigo, y se destacó a uno de los pretores para la Etruria. El otro cónsul C. Atilio ya había marchado anteriormente a la Cerdeña con sus legiones. A pesar de esto, en Roma todos se hallaban consternados al considerar el grande y terrible peligro que les amenazaba. Aunque no es de extrañar, cuando perduraba aun en sus corazones aquel antiguo terror del nombre galo. Y así, atentos únicamente a este cuidado, se reúnen tropas, alistan legiones, previenen estén prontos los aliados, y ordenan traer de todas las provincias sujetas padrones de los que se hallasen en edad de tomar las armas, para saber con exactitud el total de sus fuerzas. Se cuidó de que la mayor y más florida parte de tropas marchase con los cónsules. De granos, armas y demás pertrechos de guerra se acumulare tantos, que nadie se acordaba de otro igual hasta entonces. De todas partes contribuían gustosamente al logro de sus intentos. Porque los habitantes de Italia, atemorizados con la invasión de los galos, no juzgaban ya que tomaban las armas por auxiliar a los romanos ni por afirmar su imperio; por el contrario, creían que los empeñaba el peligro de sus personas, de sus ciudades y de sus campiñas: motivos porque obedecían con gusto sus mandatos.

Con el fin de que los mismos hechos nos den a conocer la gran república que osó atacar más adelante Aníbal, y el formidable imperio contra quien hizo frente su arrojo, bien que llegó a tal punto su dicha que sumió a los romanos en los mayores infortunios, será conveniente exponer los pertrechos de guerra y número de fuerzas que ya entonces éstos poseían. Salieron con los cónsules cuatro legiones romanas, compuestas cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Acompañaban asimismo a uno y otro cónsul treinta mil hombres de a pie y dos mil caballos de tropas aliadas. De sabinos y etruscos, que al tiempo preciso vinieron al socorro de Roma, se reunieron cuatro mil caballos y más de cincuenta mil infantes, de los cuales, formando un cuerpo, fue enviado a las órdenes un pretor para cubrir la Etruria. De umbríos y sarsinatos, moradores del Apenino, se congregaron hasta veinte mil. De vénetos y cenomanos otros tantos, que fueron situados en el límite de la Galia para invadir la provincia de los boios y reprimir sus salidas. Éstos eran los ejércitos que defendían las fronteras del país. En Roma no estaban desprevenidos contra la probabilidad de una guerra. Tenían un ejército, que hacía veces de cuerpo de reserva, de veinte mil infantes y mil quinientos jinetes romanos, y treinta mil infantes y dos mil caballos de tropas aliadas. En los padrones enviados al Senado constaban ochenta mil hombres de a pie y cinco mil de a caballo, entre los latinos; setenta mil de a pie y siete mil de a caballo, entre los samnitas; cincuenta mil infantes y dieciséis mil caballos, entre los japiges y mesapiges unidos treinta mil infantes y tres mil caballos, entre los lucanos, y veinte mil infantes y cuatro mil caballos, entre los marsos, maruquinos, ferentanos y vestinos. Además de esto, guarnecían la Sicilia y Tarento dos legiones, compuestas cada una de cuatro mil doscientos infantes y doscientos caballos. El número de romanos y campanios inscritos ascendía a doscientos cincuenta mil infantes y veintitrés mil caballos. Con lo que el total de tropas acampadas delante de Roma sobrepasaba de ciento cuenta mil

hombres de a pie y seis mil de a caballo; y el todo de las que podían llevar las armas, tanto romanas como aliadas, ascendía a setecientos mil infantes y setenta mil caballos. Y a la vista de esto, ¿se atreverá Aníbal a invadir Italia con veinte mil hombres escasos? Pero de esto nos informará mejor la secuencia. Así que llegaron los galos a la Etruria, corrieron y talaron impunemente la provincia, sin encontrar resistencia. Marcharon, finalmente, contra la misma Roma y ya se encontraban en las proximidades de Clusio, ciudad distante de esta capital tres días de camino cuando supieron que el ejército romano que guarnecía la Etruria venía con ánimo de alcanzarles por la espalda y se hallaba ya muy cercano. Con este aviso volvieron sobre sus pasos y salieron al encuentro, deseosos de batirse. Ya iba a ponerse el sol cuando avistaron los dos ejércitos. En este estado hicieron alto, sentando los reales uno y otro a corta distancia. Llegada la noche, los galos encendieron fuegos y dejaron sola la caballería, advirtiéndola que luego con la luz del día los alcanzasen a ver los enemigos, siguiesen sus pasos: ellos, mientras, hacen una oculta retirada hacia Fesola, donde se acampan, con ánimo de esperar su caballería y dar de improviso contra el ímpetu del enemigo. Los romanos, que con la luz del día advirtieron la caballería sola, creyendo que los galos habían emprendido la huida, siguen con calor el alcance. Pero apenas se hubieran aproximado, cuando los galos hicieron frente, dieron sobre ellos, y aunque al principio fue viva la acción de una y otra parte, al fin, superiores los galos en espíritu y gente, dieron muerte a poco menos de seis mil romanos e hicieron huir a los demás. La mayoría se retiró a un lugar ventajoso, donde se hizo fuerte. En un principio los galos pensaron en sitiarlos; pero malparados con la marcha, fatigas y trabajos de la noche anterior, dejaron una guardia de su caballería alrededor de la colina y se fueron a descansar y sosegar, con ánimo al día siguiente de forzarlos si de voluntad no se entregaban.

CAPÍTULO VIII

Llegada de los cónsules Emilio y Atilio a la Etruria.- Cogen en medio a los galos.- Orden y disposición de ambos ejércitos.- Batalla de Telamón.- Victoria lograda por los romanos.

Mientras tanto (226 años antes de J. C.), Lucio Emilio, que guarnecía las costas del mar Adriático, oyendo que los galos habían invadido la Etruria y se acercaban a Roma, vino con diligencia al socorro y llegó felizmente a la ocasión más precisa. No bien había sentado sus reales próximos al enemigo, cuando los que se habían refugiado en la eminencia, advertidos de su llegada por los fuegos que veían, recobraron el espíritu y destacaron durante la noche algunos de los suyos desarmados por lo oculto de un bosque, para que informasen al cónsul de lo ocurrido. Con este aviso, Emilio, comprendiendo que la urgencia no daba lugar a consultas, ordenó a los tribunos salir al amanecer con la infantería y él al frente de la caballería se dirige hacia la colina. Los jefes galos, que se habían dado cuenta de los fuegos durante la noche, conjeturando la llegada de los enemigos, tuvieron consejo. El rey Aneroste dio su voto en estos términos: que supuesto que se encontraban dueños de tan rico botín, cuyo número de hombres, ganados y alhajas era al parecer inexplicable, no le parecía acertado arriesgar ni exponer toda la fortuna, sino tornarse a su patria impunemente; y luego que, desembarazados de esta carga, se hallasen expeditos, volver a atacar a los romanos con todas las fuerzas, si se tuviese por conveniente. Todos estuvieron de acuerdo en que se debía proceder en las presentes circunstancias según el parecer de Anerostes, por lo cual la noche misma en que tomaron este acuerdo levantaron el campo antes de amanecer y marcharon junto al mar por la Etruria. Emilio, aunque incorporó en su ejército el trozo de tropas que se había salvado en la colina, creyó sin embargo que en modo alguno le convenía aventurar una batalla campal, pero sí ir tras de ellos y observar los tiempos y puestos ventajosos por si podía incomodar al enemigo o quitarle la presa. Al mismo tiempo el cónsul C. Atilio, habiendo arribado de Cerdeña a Pissa con sus legiones, las conducía a Roma, trayendo el camino opuesto a los enemigos. Ya se encontraban los galos en las proximidades de Telamón, promontorio de la Etruria, cuando los forrajeadores de éstos cayeron en manos de los batidores de Atilio y fueron apresados. Examinados por el Cónsul, le

informan de lo acaecido hasta entonces y le comunican la vecindad de los dos ejércitos, advirtiéndole que el de los galos se hallaba muy inmediato, y a espaldas de éste el de Emilio. Atilio, asombrado en parte con la noticia y en parte alentado por parecerle que con su marcha había cogido al enemigo entre dos fuegos, ordena a los tribunos que formen en batalla las legiones y avancen a paso lento, dándolas todo el frente que permitía el terreno. Él, fijándose en una colina cómodamente situada sobre el camino por donde precisamente habían de pasar los galos, toma la caballería y se dirige con diligencia a ocupar su cumbre para dar por sí principio a la acción, en la inteligencia de que de este modo se le atribuiría la gloria principal del suceso. Al principio los galos, ignorantes de la llegada de Atilio, infiriendo de esta novedad que la caballería de Emilio los había bloqueado durante la noche y se había apoderado con anticipación de los puestos ventajosos, destacan con prontitud la suya con alguna infantería ligera para desalojarlos de la colina. Pero en cuanto supieron por uno de los prisioneros que se trajo la llegada de Atilio, ordenan sin dilación la infantería de tal suerte que haga dos frentes, una por detrás y otra por delante, en atención a que sabían que unos les seguían por la espalda, y se presumían que otros les saldrían al encuentro por el frente, conjetura que sacaron de las noticias que tenían y circunstancias que a la sazón ocurrieron.

Emilio había oído la llegada de las legiones a Pissa, pero no sospechaba de que estuviesen tan cerca, y hasta que vio el combate de la colina no acabó de asegurarse que se hallaban tan próximas las tropas de su compañero. Destacó prontamente la caballería para socorro de los que peleaban en la altura, y puesta en orden la infantería según la costumbre romana, avanzó hacia los contrarios. Los galos habían situado a los gesatos e insubrios al frente de la retaguardia, por donde esperaban a los de Emilio, y al frente de la vanguardia habían ordenado a los tauriscos y boios, habitantes del Po. Éstos tenían la formación contraria a los primeros, y estaban vueltos para contener el ímpetu de los de Atilio. Los carros con sus yuntas cubrieron una y otra ala. El botín fue colocado sobre un collado inmediato, con un destacamento para su custodia. Situado a dos caras el ejército de los galos, no sólo representaba una formación terrible, sino también eficaz. Los insubrios y boios entraron en la contienda con sus calzones y sayos ligeros rodeados al cuerpo. Pero los gesatos, ya por vanidad, ya por valor, los arrojaron, y desnudos se situaron los primeros del ejército con solas sus armas, suponiendo que de este modo estarían más desembarazados y libres de que las zarzas que había en ciertos parajes se les enredasen en los vestidos e impidiesen el manejo de las armas. La acción tuvo principio en la colina, donde con facilidad la veían todos por la prodigiosa multitud de caballos de cada ejército que combatían mezclados entre sí. Entonces el cónsul C. Atilio, que peleaba con intrepidez, fue muerto en el combate, y su cabeza fue llevada a los reyes galos. A pesar de esto, la caballería romana realizó tan bien su deber, que al fin se apoderó del puesto y venció a los contrarios. Poco después avanzó la infantería una contra otra. Éste fue un espectáculo bien particular y maravilloso, tanto para los que entonces estuvieron presentes como para los que han sabido después representar en su imaginación el hecho por la lectura. Efectivamente, de una batalla compuesta de tres ejércitos no puede menos de resultar un aspecto y género de acción extraño y vario. A más de que tanto ahora como entonces, durante el mismo combate, estuvo en disputa si la formación de los galos era la más peligrosa, por verse atacados por ambas partes, o si, por el contrario, la más ventajosa, porque peleaban al mismo tiempo con ambos ejércitos, afianzaba cada uno su seguridad en el que tenía a la espalda, y sobre todo, cerradas las puertas a la fuga, no quedaba más arbitrio que la victoria, ventaja peculiar de un ejército situado a dos frentes.

Por lo que respecta a los romanos, ya les alentaba el ver al enemigo entre dos fuegos y rodeado por todas partes, ya los horrorizaba el buen orden y gritería del ejército de los galos. Porque la multitud de clarines y trompeteros, que por sí era innumerable, unida a los cánticos de guerra de todo el ejército, producía tal y tan extraordinario estrépito, que parecía no sólo que las trompetas y soldados, sino también que los lugares circunvecinos despedían de sí voces con el eco. Infundía también terror la vista y movimiento de los que se hallaban desnudos en la vanguardia, ya que sobresalían en robustez y bella disposición. Todos los que ocupaban las primeras cohortes estaban adornados de collares de oro y manillas; a cuya vista los romanos, ya se sobrecojían, ya

estimulados con la esperanza de rico botín, concebían doblado espíritu para el combate.

Después que los flecheros romanos avanzaron al frente, según costumbre, para disparar espesas y bien dirigidas saetas, a los galos de la segunda línea les sirvieron de mucho alivio sus sayos y calzones; pero a los desnudos de la vanguardia, como sucedía el lance al revés de lo que esperaban, este hecho los colocó en grande aprieto y quebranto. Porque como el escudo galo no puede cubrir a un hombre, cuanto mayores eran los cuerpos, y éstos desnudos, tanto más se aprovechaban los tiros. Finalmente, imposibilitados de vengarse contra los que disparaban, por la distancia y número de flechas que sobre ellos caía, postrados y deshechos con el actual contratiempo, unos furiosos y desesperados se arrojaron temerariamente al enemigo y buscaron la muerte por su mano, otros se refugiaron a los suyos, hicieron público su temor y desordenaron a los que estaban a la espalda. De esta forma fue abatida la altivez de los gesatos por los flecheros romanos. Lo mismo fue retirarse los flecheros y salir al frente las cohortes, que venir a las manos los insubrios, boios y tauriscos, y hacer una vigorosa resistencia. Cubiertos como estaban de heridas, mantenía a cada uno el espíritu en su puesto. Sólo había la diferencia que eran inferiores, tanto en general como en particular, en la estructura de las armas. Efectivamente, el escudo romano tiene una gran ventaja sobre el galo para defenderse, y la espada para maniobrar... contrariamente el sable galo únicamente sirve para el tajo. Pero después que la caballería romana descendió de la colina y los atacó con vigor en flanco, entonces la infantería gala fue deshecha en el sitio mismo de la formación, y la caballería tomó la huida.

Fueron muertos cuarenta mil galos, y se hicieron no menos de diez mil prisioneros, entre los cuales se encontraba Concolitano, uno de sus reyes. El otro, llamado Aneroestes, se refugió en cierto lugar con pocos que le siguieron, donde se dio la muerte a sí y a sus parientes. El Cónsul romano, recogido que hubo los despojos, los envió a Roma, pero el botín lo restituyó a sus dueños. Más tarde tomó los dos ejércitos, atravesó la Liguria e hizo una irrupción en el país de los boios. Saciado de despojos el deseo del soldado, llegó a Roma en pocos días con el ejército. Las banderas, las manillas y collares de oro, atavíos que traen los galos al cuello y manos, adornaron el Capitolio. Los otros despojos y prisioneros sirvieron para la entrada y decoración de su triunfo. De este modo se desvaneció aquella terrible invasión de los galos, que puso en tanta consternación y espanto a la Italia toda, y principalmente a Roma. Después de esta victoria los romanos concibieron esperanzas de poder desalojar completamente a los galos de los alrededores del Po. A tal efecto, nombrados cónsules Q. Fulvio y Tit. Manlio, los enviaron a ambos con ejército y grande aparato de guerra. Este repentino ataque (225 años antes de Jesucristo) aterró a los boios, y les fue preciso someterse a la fe de los romanos. En el resto de la campaña no se hizo cosa de provecho, por las copiosas lluvias que sobrevinieron y pestilencial influencia que se introdujo en el ejército.

CAPÍTULO IX

Invasión por las fuerzas acaudilladas por Furio y Cayo Flaminio de las Galias.- Batalla entre insubrios y romanos.- Victoria por éstos.- Segunda invasión de Marco Claudio y Cornelio contra los insubrios.- Victoria y toma de Milán por Cornelio.

Los cónsules sucesores, Publio Furio y Cayo Flaminio, tornaron a invadir la Galia (224 años antes de Jesucristo) por el país de los anamaros, pueblo que se asienta cerca de Marsella. Lograda la amistad de estas gentes, pasaron a la provincia de los insubrios, por la confluencia del Adoa por el Po. Las penalidades que sufrieron en este tránsito y campamento no les dejaron obrar de momento, y concluido después un tratado, evacuaron estos países. Tras de haber discurrido muchos días por aquellos contornos, cruzaron el río Clusio y llegaron a la provincia de los cenomanos, sus aliados, con quienes volvieron a entrar por los subalpinos hasta las llanuras de los insubrios, incendiando la campiña y saqueando sus aldeas. Los jefes insubrios, viendo que era inevitable el designio de los romanos, determinaron probar fortuna y arriesgar todas sus fuerzas. Para lo cual reunieron en un

sitio todas las banderas, aun aquellas de oro, llamadas inmovibles, que sacaron del templo de Minerva, hicieron los demás preparativos convenientes y acamparon con cincuenta mil hombres al frente del enemigo, llenos de satisfacción y de amenazas.

Los romanos habían pensado valerse de las tropas galas, sus aliadas, a la vista de la infinita superioridad del enemigo. Pero al considerar la inconstancia de los galos y que el combate había de ser contra gentes de la misma nación que la que ellos habían recibido, recelaban comprometer en tales hombres asunto de tanta importancia. Finalmente resolvieron permanecer ellos de parte acá del río, hacer pasar de parte allá a los galos, sus aliados, y quitar después los puentes. De esta forma se aseguraban a un tiempo de cualquier insulto y como que tenían los galos un río invadeable a la espalda, no les dejaban otro arbitrio de salvación que la victoria. Realizado esto, se dispusieron para el combate. Es famosa la sagacidad de que usaron los romanos en esta batalla. Los tribunos instruyeron, en común y en particular, a cada soldado cómo debía actuar durante la acción. Habían observado en los combates anteriores que el furor de la nación gala en el primer ímpetu era el más temible, mientras se veía sin lesión; que la fábrica de sus espadas, como hemos dicho anteriormente, sólo tenía el primer golpe y éste cortante, pero que después su longitud y latitud se embotaba y encorvaba tanto que si no se daba tiempo al que la manejaba para apoyarla contra el suelo y enderezarla con el pie, venía a ser absolutamente ineficaz su segundo golpe. En este supuesto, los tribunos reparten a las cohortes de la vanguardia las lanzas de los triarios que se hallaban a la retaguardia, y, por el contrario, mandan a éstos que se sirvan de sus espadas. En este orden embisten de frente a los galos, cuyos sables, lo mismo fue descargar los primeros tajos sobre las lanzas, que quedar inutilizados. Entonces vienen a las manos, y mientras los galos están sin acción, privados del golpe cortante, único uso que hacen de la espada, por no tener en absoluto punta, los romanos, manejando las suyas, no de tajo, sino de punta, ya que la tienen penetrante, les hieren sobre los pechos y rostros, descargan herida sobre herida y pasan a cuchilla a la mayoría. Todo el lauro se debió a la previsión de los tribunos, porque el cónsul Flaminio había dirigido la acción con poca prudencia. Al formar su ejército sobre la margen misma del río y no dejar espacio a las cohortes para retirarse, privó a los romanos de aquella peculiar ventaja que tienen en batirse. Porque si durante la acción hubiera sucedido verse las tropas un poco estrechadas de terreno, la imprudencia del jefe las hubiera precipitado en el río sin remedio. Pero finalmente su valor, como hemos dicho, las hizo salir vencedoras, y apoderándose de un rico botín e infinitos despojos, volvieron a Roma.

Al año siguiente enviaron los galos a solicitar la paz dispuestos a pasar por cualesquier condiciones; mas los cónsules sucesores Marco Claudio y Cn. Cornelio insistieron en que no se les concediese. Este desaire determinó a los galos a hacer el último esfuerzo (223 años antes de J. C.) Recurrieron otra vez a los gesatos de los alrededores del Ródano, y tomaron a sueldo treinta mil hombres, que tuvieron sobre las armas, esperando la llegada del enemigo. Al inicio de la primavera los Cónsules tomaron las legiones y se dirigieron al país de los insubrios. Así que hubieron llegado, acamparon alrededor de Agerra, ciudad situada entre el Po y los Alpes, y la pusieron sitio. Los insubrios, imposibilitados de socorrerla, por estar tomados de antemano los puestos ventajosos, pero resueltos libertarla del asedio, atraviesan el Po con una parte del ejército, penetran en la dominación romana y pone sitio a Clastidio. Conocida por los cónsules esta noticia, toma Marco Claudio la caballería con parte de la infantería y marcha con diligencia dar auxilio a los cercados. Apenas supieron los galos la llegada de los romanos, levantan el sitio, les salen al encuentro y se ordenan en batalla. No obstante de que les atacó con ímpetu y esfuerzo la caballería romana, resistieron el primer choque; pero cercados e incomodados después por la espalda y los costados, tuvieron finalmente que emprender la huida. Muchos se arrojaron en el río fueron víctimas de la corriente, pero los más murieron a manos del enemigo. Los romanos tomaron Agerra, bien provista de víveres, por haberse retirado los galos a Milán, capital del país de los insubrios. Cornelio siguió el alcance, y se presentó de repente delante de esta plaza. Al principio los galos se estuvieron quietos; pero al retirarse el cónsul a Agerra salen, atacan con vigor su retaguardia, matan a muchos y obligan a una parte a emprender la huida, hasta que el cónsul, llamando a los de la vanguardia, los exhorta a

que hagan frente y vengan a las manos con los contrarios. Los romanos obedecieron a su jefe atacaron con viveza a los que venían persiguiéndolos. Pero los galos, aunque con la presente ventaja resistieron con vigor por algún tiempo, poco después, volviendo la espalda, huyeron a las montañas. Cornelio marchó en su seguimiento, taló el país y tomó a Milán a viva fuerza.

Este accidente abatió completamente las esperanzas de los jefes insubrios y los rindió a discreción de los romanos. Tal éxito tuvo la guerra contra los galos, guerra, que si se mira a la soberbia y furor de los que la sostuvieron, a las batallas que se dieron y al número de combatientes que murieron, a ninguna es inferior de cuantas nos cuentan las historias; pero si se atiende a sus principios y al inconsiderado manejo de cada una de sus partes, ninguna es más despreciable. La razón es porque las acciones de los galos, no digo las más, sino absolutamente todas, las gobierna más la ira que la razón. En este supuesto, considerando nosotros el corto tiempo en que habían sido desalojados de los alrededores del Po, a excepción de pocas plazas situadas al pie de los Alpes, tuvimos a bien no pasar en silencio su primera invasión, las acciones que después ejecutaron, y su total exterminio. Convencidos de que es propio de la historia traer a la memoria y encomendar a nuestros sucesores estas vicisitudes de la fortuna, para que los venideros, faltos absolutamente de instrucción en tales casos, no extrañen las repentinas y temerarias irrupciones de los bárbaros, por el contrario comprendan algún tanto la corta duración y suma facilidad con que se desvanece esta clase de enemigos si se les hace frente y se echa mano antes de cualquier recurso que condescender con alguna de sus pretensiones. A mi entender, los que hicieron mención y transmitieron a la posteridad la invasión de los persas en la Grecia y la de los galos en Delfos, contribuyeron, no algo, sino infinito, al éxito de los combates que por la común libertad sostuvieron los griegos. Porque si uno se imagina las extraordinarias acciones que entonces se realizaron, y se acuerda de la infinidad de hombres, de la altivez de pensamientos y de la inmensidad de aparatos que arrolló el ánimo y espíritu de los que supieron pelear con resolución e inteligencia, no habrá temor de gastos, armas u hombres que le retraiga de exponer el último aliento por su país y su patria. Y como el terror de los galos ha puesto en consternación muchas veces a los griegos, no sólo en lo antiguo, sino actualmente, esto me ha estimulado más a hacer una relación, aunque breve, de estos pueblos desde su origen. Mas ahora volvamos a donde interrumpimos el hilo de la narración.

CAPÍTULO X

Muerte de Asdrúbal.- Aníbal, su sucesor.- Motivo por que prevaleció en todo el Peloponeso el nombre aqueo.- Sistema de esta república.- Ejemplos de su integritud y quién fue el autor de la liga aquea.

El capitán de los cartagineses, después de haber gobernado la España por ocho años (221 antes de J. C.), fue muerto una noche en su tienda a traición por un galo, que quiso satisfacer sus particulares ofensas. Su urbanidad con los potentados del país, mayormente que sus armas, habían proporcionado un grande ascendiente a los intereses de Cartago. La república, atenta a la sagacidad y valor que Aníbal, aunque joven, mostraba en los negocios, le confió el mando de la España. Luego que tomó éste las riendas del gobierno, cuando fue fácil colegir de sus designios que llevaría las armas contra Roma, lo que al fin ejecutó sin que pasara mucho tiempo. De aquí en adelante todo fue recelos y mutuas querellas entre cartagineses y romanos. Aquellos tomaban ocultas medidas con el anhelo de satisfacer las pérdidas que habían sufrido en la Sicilia; éstos desconfiaban a la vista de sus proyectos; de donde claramente se infería la guerra que dentro de poco había de estallar entre ambos pueblos.

Por este mismo tiempo los aqueos y el rey Filipo con los demás aliados promovieron contra los etolios la guerra llamada social. Y supuesto que, referidas las cosas de Sicilia, África y sus resultas, según el enlace de nuestro preámbulo, hemos llegado al origen de la guerra social y al de la segunda guerra que se hizo entre romanos y cartagineses, llamada comúnmente anibálica, desde cuya época

hemos prometido en el exordio dar principio a nuestra historia; será procedente que, omitidos por ahora estos hechos, pasemos a los que sucedieron en la Grecia, para que de esta forma corresponda en todas sus partes nuestro preámbulo, llegue la narración hasta esta misma fecha y demos principio a la historia y enunciación de las causas que privativamente hemos emprendido.

En el supuesto de que no nos hemos propuesto referir las acciones de una nación (por ejemplo, de los griegos o persas), como han hecho otros antes que yo, sino todas las acaecidas en las diversas partes del mundo conocido, para cuyo designio han contribuido ciertas particularidades de la edad presente, que manifestaremos por menor a su tiempo; será del caso apuntar ligeramente, antes de principiar la obra, los pueblos más célebres y lugares más conocidos del universo. De los asiáticos y egipcios bastará hacer mención desde la época que acabamos de fijar. Pues a más que muchos han publicado la historia de sus pasadas acciones y no hay persona que no la conozca, no ha ocurrido en nuestros días alteración ni innovación extraordinaria de la fortuna que valga la pena de repasar sus anteriores anales. Pero de los aqueos y casa real de Macedonia, por el contrario, convendrá recorrer ligeramente los tiempos pasados, supuesto que ha sucedido en nuestro tiempo la total extinción de ésta y el extraordinario auge y estrecha unión de aquellos, como dijimos más arriba. Muchos habían intentado antes de ahora persuadir a los peloponesiacos a esta concordia; mas como no les impelía a obrar el amor de la común libertad, sino el de la elevación propia, ninguno pudo conseguirlo. Pero actualmente ha tomado tal incremento y consolidación esta liga que no sólo han formado entre sí una sociedad de aliados y amigos por lo que respecta a intereses, sino que usan las mismas leyes, los mismos pesos, las mismas medidas, las mismas monedas, los mismos magistrados, los mismos senadores, los mismos jueces; y en una palabra, lo único que impide que casi todo el Peloponeso no sea reputado por una sola ciudad, es el que no estén cercados de unos mismos muros sus habitantes; todo lo demás, ya sea en común, ya en particular en cada ciudad, es idéntico y en todo semejante. Ante todo no será infructuoso conocer cómo y de qué manera prevaleció el nombre de aqueo en todo el Peloponeso. Porque ni los que heredaron esta denominación de sus mayores exceden a los demás en tensión de país, ni en número de ciudades, ni riquezas, ni en valor de habitantes. Al contrario, Arcadia y Laconia llevan mucha ventaja a los aqueos en población y terreno, y el valor de estos pueblos es capaz de ceder la primacía a alguno otro de la Grecia. Pues ¿cómo o en qué consiste que actualmente son celebrados estos y los demás pueblos del Peloponeso por haber abrazado su gobierno y apellido? Atribuir esto a la casualidad, a más de que no es regular, sería una ridiculez manifiesta. Mejor será que inquiramos causa, pues sin ella no se obra nada bueno o malo. A mi entender, es la siguiente. No se encontrará república donde la igualdad, la libertad, y, en una palabra, donde la democracia sea más perfecta ni la constitución más sencilla que en la aquea. Este sistema de gobierno tuvo en el Peloponeso algunos partidarios voluntarios; muchos a quienes atrajo la persuasión y el convencimiento, y otros con quienes se usó de violencia, pero poco después se complacieron de haber sido forzados. No había privilegio que distinguiese a sus primeros fundadores. Todos gozaban de iguales derechos desde el acto de su recepción. Y sólo valiéndose de los dos poderosos antidotos, la igualdad y la dulzura, vio logrados prontamente sus premeditados designios. Esto se debe reputar por fundamento y causa principal de la concordia de los peloponesios, que ha constituido en tan elevada fortuna. Que esta privativa constitución y gobierno que acabamos de exponer se observase ya antes entre los aqueos, fuera de otras mil pruebas que lo pudieran hacer demostrable, bastará por ahora traer uno o dos testimonios que lo comprueben.

Cuando se quemaron los colegios de los pitagóricos en aquella parte de Italia llamada la Gran Grecia, originó después, como es regular, una conmoción general sobre el gobierno, a causa de haber perecido principales de cada ciudad con tan imprevisto accidente. De aquí provino llenarse las ciudades griegas aquella comarca de muertes, sediciones y todo género de alborotos. En tales circunstancias, aunque las más de las repúblicas griegas enviaron sus legados para restablecimiento de la paz, la Gran Grecia sólo se valió de la fe de los aqueos para el expediente de sus presentes disturbios. Y no sólo por entonces adoptó la constitución aquea, sino que poco después determinó imitar en un todo su gobierno. Para esto los crotoniatas, los sibaritas y caulionatos, congregados y

convenidos, consagraron primero un templo a Júpiter Homorio o Limítrofe, y un edificio público donde celebrar sus juntas y consejos; después admitieron las leyes y costumbres de los aqueos, y acordaron poner en práctica y seguir en todo su sistema. Aunque en adelante la tiranía de Dionisio Siracusano y la prepotencia de los bárbaros circunvecinos les obligó a abandonarlo, no por voluntad, sino por fuerza.

Después de la inopinada derrota de los lacedemonios de Leuctres, y haberse alzado los tebanos con el mando de la Grecia contra toda esperanza, se promovió una disputa por toda la Grecia, pero principalmente entre estos dos pueblos, negando aquellos haber sido vencidos, y rehusando éstos reconocerles por vencedores. Entre todos los griegos, en solos los aqueos se comprometieron los tebanos y lacedemonios para la decisión de esta diferencia, en atención, no a su poder, pues entonces era casi el menor de la Grecia, sino a su fe principalmente y probidad en todas las acciones. Este concepto general tenían todos formado de los aqueos por aquellos tiempos. Entonces todo su poder consistía únicamente en la rectitud de sus consejos; realizar algún hecho o acción memorable que mirase al engrandecimiento de sus intereses no podían, a causa de no tener una cabeza capaz de ejecutar sus proyectos. Lo mismo era descubrirse algún talento superior, que oscurecerle y sofocarle el gobierno de Lacedemonia, o más bien el de Macedonia. Pero luego que en la consecuencia tuvo esta república jefes que correspondiesen a sus intenciones, dio al instante a conocer el poder que en sí encerraba, por la liga que formó entre los peloponesios, acción la más gloriosa. Arato el escioniano fue la cabeza y autor de este proyecto; Filopemen, el megalopolitano lo suscitó y llevó a su complemento, y Licortas con sus secuaces lo corroboró e hizo durable por algún tiempo. En el transcurso de la obra procuraré notar donde convenga qué fue lo que hizo cada uno, de qué modo en qué fecha. Del gobierno de Arato, tanto ahora como después hablaré sumariamente, por haber él compuesto comentarios muy fieles y elegantes de sus propias acciones; pero por lo que hace a los demás, haré una relación más circunstanciada y crítica. Presumo que la narración será mucho más fácil y más proporcionada a la inteligencia de los lectores si doy principio en aquella época en que, distribuidos en aldeas los aqueos por los reyes de Macedonia, empezaron a confederarse entre sí sus ciudades. Desde cuya unión, aumentándose sin cesar, han llegado a la elevación que al presente admiramos y de que poco ha hicimos particular mención.

CAPÍTULO XI

Resumen de la historia de los aqueos.- Ydeas de su gobierno.- Expediciones de Arato.- Esfuerzos de éste para abolir la tiranía en el Peloponeso.- Alianza de los etolios con Antígono, gobernador de Macedonia y con Cleomenes, rey de Lacedemonia.

Transcurría la olimpiada ciento veinticuatro (282 año antes de J. C.), cuando los patrenses y dimeos empezaron a confederarse; época en que murieron Ptolomeo, hijo de Lago, Lisimaco, Seleuco y Ptolomeo Cerauno. Todos éstos dejaron de vivir en la mencionada olimpiada. Tal era el estado de los aqueos en los tiempos primitivos. Su primer rey fue Tisamenes, hijo de Orestes, quien arrojado de Esparta con el regreso de los heraclidas, se apoderó de la Acaya. Después de éste fueron gobernados sin interrupción por la misma línea hasta Ogiges, con cuyos hijos, descontentos de que no lo mandaban según las leyes sino con despotismo, transformaron el gobierno en democracia. En los tiempos sucesivos hasta el reinado de Alejandro y de Filipo aunque tal vez variaron los negocios a medida de las circunstancias, procuraron no obstante retener en general, como hemos mencionado, el gobierno popular. Esta república se componía de doce ciudades, las que subsisten hoy día menos Olenos y Helice, que fue absorbida por el mar antes de la batalla de Leuctres. Las ciudades son estas: Patras, Dima, Fares, Tritaia, Leoncio, Ægira, Pellene, Ægio, Bura, Ceraunia, Olenos y Helice. En los últimos tiempos de Alejandro y primeros de la mencionada olimpiada, se originaron entre estos pueblos tales discordias y disensiones, principalmente por los reyes de Macedonia, que separados todos de la liga, consultaron su conveniencia por opuestos caminos. Esto

fue la causa de que Demetrio, Casandro y más adelante Antígono Gonatas colocasen guarnición en algunas ciudades, y otras fuesen ocupadas por los tiranos, cuyo número se aumentó prodigiosamente entre los griegos por este Antígono. Mas hacia la olimpiada ciento veinticuatro, y en la misma que Pirro pasó a Italia, arrepentidas estas ciudades, como hemos indicado, empezaron de nuevo a coligarse. Los primeros que se confederaron fueron los dimeos, patrenses, tritaio y farenses; por eso no ha quedado monumento alguno de esta concordia. Aproximadamente cinco años después, los egeos arrojaron la guarnición y entraron en la liga. Siguieron el ejemplo los burios, luego de haber dado muerte a su tirano. Al mismo tiempo los carinenses recobraron su antiguo gobierno. Porque Iseas, tirano de Carinea, observando la expulsión de la guarnición de Ægio, la muerte del tirano de Bura por Marco y los aqueos, y que dentro de poco se le atacaría a él por todas partes, depuso el mando; y después de haber tomado de los aqueos un salvoconducto para su salvaguardia, agregó la ciudad a la liga de éstos.

Pero ¿a qué propósito recorrer tiempos tan remotos? En primer lugar, para manifestar cómo, en qué tiempo y quiénes fueron los primeros aqueos que restablecieron el presente estado; en segundo, para que, no mis palabras, sino los mismos hechos sirvan de testimonio a su gobierno, que siempre tuvo un solo sistema entre los aqueos; a saber, convidar a los pueblos con la igualdad y libertad de su república, y hacer guerra y resistir de continuo a cuantos, o por sí, o por medio de reyes, intentasen reducir a servidumbre sus ciudades. De esta forma y con esta máxima consiguieron tan grande empresa, ya por sí, ya por sus aliados. Por que también lo que éstos contribuyeron a la liga en los tiempos sucesivos se debe referir al gobierno de los aqueos. Pues en medio de haber acompañado a los romanos en las más y más famosas expediciones, jamás los prósperos sucesos les hicieron anhelar propias conveniencias, antes bien por todos los servicios que prestaron a los aliados no desearon otra recompensa que la libertad de cada uno y la concordia común del Peloponeso. Pero esto mejor se comprenderá por los efectos mismos de sus acciones.

Durante los veinticinco años primeros (256 antes d. J. C.) tuvieron una misma forma de gobierno las mencionadas ciudades, nombrando por turno un secretario común y dos pretores. Les pareció mejor después el elegir uno y a éste darle la confianza de todos los negocios. El primero que obtuvo este honor fue Marco Carineo. A los cuatro años del mandato de éste (252 antes d. J. C.), el valor y audacia de Arato el Sicioniano, entonces de veinte años de edad, libertó su patria de la tiranía y la agregó a la República Aquea; tanto le había gustado desde sus primeros años el sistema de esta nación. Elegido pretor por segunda vez al octavo año (244 antes d. J. C.), se apoderó con astucia de la ciudad de Corinto, donde mandaba Antígono; acción que libertó de un gran sobresalto al Peloponeso, puso en libertad a los corintios y los incorporó en la República Aquea. En el transcurso de la misma pretura tomó por trato la ciudad de Megara y la unió a los aqueos. Todos estos hechos sucedieron en el año antes de aquel descalabro de los cartagineses que los desalojó de toda la Sicilia y los puso en términos de pagar tributo por primer vez a los romanos. Habiendo conseguido grandes progresos en poco tiempo los intentos de Arato, en adelante ejerció el mando, dirigiendo todos sus designios y acciones al único objeto de arrojar a los macedonios del Peloponeso, abolir las monarquías y afirmar a cada uno la libertad común que había heredado de sus padres. Mientras vivió Antígono Gonatas se propuso oponerse a las intrigas de éste y a la ambición de los etolios, procediendo en cada asunto con suma delicadeza, en medio de que había llegado a tanto la injusticia y osadía de ambos, que ya habían acordado entre sí la ruina de esta nación.

Después de la muerte de Antígono, los aqueos se confederaron con los etolios, les ayudaron con generosidad en la guerra contra Demetrio, cesaron por entonces las disensiones y enemistades, y en su lugar sucedieron la unión y cordial afecto. Sólo diez años reinó Demetrio, y con su muerte, ocurrida hacia el primer tránsito de los romanos en la Iliria, se presentó una bella ocasión a los aqueos para promover sus primeros designios. Todos los tiranos del Peloponeso se consternaron con la falta de éste, que era, digámoslo así, el que los sostenía con tropas y dinero. Por otra parte, Arato, que estaba resuelto a que depusiesen sus dignidades, los instaba, los ofrecía premios y honores si

asentían, y los amenazaba con los mayores peligros si lo rehusaban. Con esto por fin tomaron el partido de renunciar voluntariamente la tiranía, poner en libertad sus patrias e incorporarse en el gobierno de los aqueos. Lisiadas el Megalopolitano, como hombre astuto y prudente, previendo lo que había de suceder, depuso gustosamente la dignidad real durante la vida de Demetrio, y entró a la parte en la sociedad nacional. Aristomaco, tirano de los argivos, Jenón, de los hermonenses, y Cleónimo, de los filiasios, despojados de sus insignias reales, abrazaron la democracia.

Estas alianzas, habiendo aumentado soberbiamente el poder de los aqueos, dieron envidia a los etolios (228 años antes de J. C.), quienes llevados de su connatural perfidia y avaricia, y sobre todo de la esperanza de disolver la liga, trataron con Antígono Gonatas sobre la división de las ciudades aqueas, así como lo habían practicado anteriormente con Alejandro sobre las de los acarnanios. Llevados entonces de semejantes deseos, tuvieron la temeridad de hacer alianza y unir sus fuerzas con Antígono, gobernador que era a la sazón de la Macedonia y tutor del joven Filipo, y con Cleomenes, rey de Lacedemonia. Veían en Antígono, pacífico poseedor de la Macedonia, un enemigo cierto y declarado de los aqueos, por la sorpresa de éstos en la ciudadela de Corinto. Presumían que si lograban hacer entrar en sus miras a los lacedemonios y despertar en ellos el antiguo odio contra esta nación, era la ocasión de invadir a los aqueos, y atacados por todas partes, arrollarlos con facilidad. Y en verdad que hubieran logrado su intento, si no hubieran omitido lo principal del proyecto. No contaban con que tenían por antagonista en sus designios a un Arato, hombre que sabía salir de todas las dificultades. Efectivamente, por más que intentaron descomponer y provocar una guerra injusta a los aqueos, no sólo no consiguieron lo que habían propuesto, sino que como Arato, pretor a la sazón, se oponía y frustraba con astucia sus intentos, aumentaron su poder y el de la nación. La consecuencia nos hará ver cómo manejaron estos asuntos.

CAPÍTULO XII

La guerra cleoménica.- Arato decide confederarse con Antígono.- Gestiones de Nicofanes y Cercidas.- Arenga que éstos hacen a Antígono.

Observaba Arato que el pudor contenía a los etolios para tomar las armas abiertamente contra los aqueos debido a los recientes beneficios recibidos de éstos la guerra contra Demetrio (225 años antes de J. C.); pero que mantenían tratos secretos con los lacedemonios. Advertía que la envidia llegaba a tal extremo, que a pesar de haberles Cleomenes quitado y tomado con dolo a Tegea, Mantinea y Orcomeno, ciudades no sólo aliadas, sino gobernadas entonces por las mismas leyes, lejos de ofenderse de este proceder, le habían asegurado su conquista. Extrañaba que hombres a cuya ambición les era suficiente antes cualquier pretexto para declarar la guerra contra los que en cierto modo les habían ofendido, consintiesen ahora voluntariamente en que les faltasen a la fe y en perder de grado las principales ciudades, sólo por ver a Cleomenes en estado de contrarrestar a los aqueos. Estas consideraciones determinaron a Arato y demás próceres de la república a no provocar a nadie con la guerra, pero sí oponerse a los intentos de los lacedemonios.

Al principio no tuvieron otra trascendencia sus deliberaciones; pero dándose cuenta en la consecuencia que Cleomenes, con la osadía de construir el Ateneo en el país de los megalopolitanos, se les declaraba abiertamente por su cruel enemigo; entonces, convocada a junta la nación, resolvieron hacer público su resentimiento contra los lacedemonios. Tal es el principio y época de la guerra llamada cleoménica. Al principio los aqueos se propusieron hacer frente a los lacedemonios con sus propias fuerzas; parte porque conceptuaban que lo más honroso era no mendigar la salud de ajena mano, sino defender por sí mismos su ciudad y provincia; parte porque querían conservar la amistad con Ptolomeo por los beneficios anteriores, y no dar a entender que en tomar las armas llevaban otro objeto. Ya se hallaba algún tanto empeñada la guerra. Cleomenes había abolido la antigua forma de la república, y había sustituido la tiranía en vez del legítimo gobierno; pero continuaba la guerra con sagacidad y esfuerzo.

Entonces Arato que preveía y temía para el futuro el artificio y audacia de los etolios, se propuso malograr con anticipación sus intentos. Advertía en Antígono un rey laborioso y prudente, al paso que escrupuloso observador de los tratados. Vivía firmemente persuadido que los reyes por naturaleza a nadie reconocen por amigo o enemigo, sino que regulan siempre la amistad o enemistad en la balanza de la conveniencia. Bajo este supuesto resolvió abocarse con Antígono, y unir con él sus fuerzas, haciéndole ver las ventajas que de ello le resultarían. Manejar este asunto a las claras, no lo juzgaban procedente por muchas razones. Por supuesto, esperaba que Cleomenes y los etolios se opondrían al proyecto; a más de que en el hecho de acudir por socorro extraño, el pueblo aqueo se desanimaría y presumiría que ya en él tenía del todo perdidas las esperanzas, cosa que de ningún modo quería diesen a entender sus operaciones. Por lo que determinó manejar en secreto el proyecto que maquinaba. De aquí se originó el verse precisado contra su voluntad a decir y hacer en el exterior cosas que, aparentando un aire contrario, ocultasen su designio. Esta es la razón por que no se encuentran en sus comentarios algunas de estas circunstancias.

Sabía Arato que los megalopolitanos sufrían la guerra con impaciencia, tanto porque, vecinos a Lacedemonia, se hallaban más expuestos que los demás, como porque no les suministraban los auxilios suficientes los aqueos, a quienes tenía igualmente abatidos el peso de esta desgracia. Conocía claramente lo propensos que estaban a la casa real de Macedonia, por los beneficios, recibidos en tiempo de Filipo, hijo de Amintas. De ello infería que si Cleomenes los estrechaba al instante acudirían a Antígono y buscarían la protección de Macedonia. Comunicado en secreto todo el proyecto con Nicofanes y Cercidas, dos megalopolitanos que tenían derecho de hospitalidad con su padre, y muy a propósito para el asunto, fácilmente consiguió por su mediación que los megalopolitanos adoptasen el pensamiento de enviar legados a los aqueos, para conseguir licencia de acudir a Antígono por socorro. Los megalopolitanos eligieron por diputados al mismo Nicofanes y Cercidas para con los aqueos, y desde allí en derecho para con Antígono, en caso que esta nación lo aprobase. Efectivamente, los aqueos permiten a los megalopolitanos su embajada. Nicofanes se presenta al Rey inmediatamente, le expone cuanto a su patria breve y sumariamente lo preciso, pero se extiende mucho sobre lo general de los negocios según los mandatos o instrucciones de Arato.

Tales fueron sus razones: demostrar a Antígono el poder y miras de la liga de los etolios con Cleomenes, y hacer ver que aunque amenazaba primero a los aqueos, consecutivamente descargaría sobre él mismo y con más fuerza; que era evidente que los aqueos no podrían sostener la guerra contra estas dos potencias, pero que era aún más fácil de comprender que lo primero al que tuviese entendimiento, que los etolios y Cleomenes, una vez sojuzgados los aqueos, no se satisfarían ni se contendrían en este estado; que la codicia de los etolios no era capaz de saciarse, no digo en los límites del Peloponeso, pero ni aun en los de la Grecia toda; que aunque parecía que la ambición de Cleomenes y todos sus designios se contentaban por el pronto con el mando del Peloponeso, una vez éste conseguido, anhelaría consecutivamente por el de la Grecia, al que no podía llegar sin la previa catástrofe del imperio macedonio. En este supuesto, le rogaba que, atento al futuro, reflexionase cuál tenía más cuenta a sus intereses, o junto con los aqueos y beocios disputar a Cleomenes en el Peloponeso el mando de la Grecia, o abandonando la nación más poderosa, arriesgar en la Tesalia el imperio de Macedonia contra los etolios, beocios, aqueos y lacedemonios. Finalmente, expusieron que si los etolios, en atención a los beneficios recibidos de los aqueos en tiempo de Demetrio, diesen a entender les acomodaba el sosiego como hasta ahora, los aqueos solos se defenderían contra Cleomenes; que siéndoles la fortuna favorable, no necesitarían de auxilio; pero que si les era adversa, y los etolios unían sus armas con los enemigos, le rogaban estuviese a la mira de los negocios para no dejar pasar la ocasión de socorrer al Peloponeso en tiempo que podía aún salvarle. Quanto a la fidelidad y reconocimiento al beneficio, creían que debía estar seguro, pues prometían que Arato, cuando llegase el caso, daría testimonio a satisfacción de ambas partes, y cuidaría de indicarle el tiempo de venir al socorro.

Escuchado este discurso Antígono calificó acertado y prudente el consejo de Arato, y puso en

consecuencia toda su atención en los negocios. Escribió a los megalopolitanos prometiéndoles socorro, siempre que fuese con la aprobación de los aqueos. Regresados a su patria Nicofanes y Cercidas, entregaron las cartas del rey y dieron cuenta de la inclinación y afecto que les había dispensado. Alentados les megalopolitanos con esta noticia se dirigieron al punto a la asamblea de los aqueos, para persuadirles a que hiciesen venir a Antígono y le encomendasen lo antes posible el manejo de la guerra. Arato, informado privadamente por Nicofanes de los sentimientos del rey para con los aqueos y para con él mismo, se hallaba sumamente gozoso de ver que no había formado en vano el proyecto, ni había encontrado en Antígono tan absoluta oposición como esperaban los etolios. Pero lo que más conducía a su propósito era la inclinación de los megalopolitanos en dar a Antígono el manejo de la guerra con consentimiento de los aqueos. Su principal deseo era, como hemos indicado anteriormente, no necesitar de auxilio; pero llegado el caso que la necesidad le obligase a implorarlo, prefería más se llamase al rey por toda la nación, que por sí solo. Temía de que después de haber venido este príncipe, y vencido a Cleomenes y los lacedemonios, si tomaba alguna providencia en perjuicio del gobierno común, no le atribuyesen todos la causa de este accidente; creyendo que en esto obraba Antígono con justicia, en satisfacción de la injuria que él había cometido antes contra la casa real de Macedonia en la toma del Acrocorinto. Y así lo mismo fue venir los megalopolitanos a la asamblea general, presentar las cartas a los aqueos, dar cuenta de la buena acogida que el rey les había hecho, pedir se le enviase a llamar lo antes posible, y que este mismo era el voto de toda la nación tomó la palabra Arato, y luego de haber aplaudido la buena voluntad del rey y aprobado la resolución del pueblo, pronunció un largo discurso, exhortándolos a que intentasen ante todas las cosas defender por sí sus ciudades y campiñas. Esto era lo más glorioso y procedente. Y caso de serles adversa la fortuna, entonces recurriesen al auxilio de los amigos, cuando ya hubiesen probado todos los arbitrios domésticos.

CAPÍTULO XIII

Opinión de Arato, aprobada.- Entrega que éste hace del Acrocorinto a Antígono.- Toma de Argos por los aqueos.- Las conquistas logradas por Antígono.- Sorpresa de Cleomenes en Megalópolis.

Luego de haber sido aprobado por todos el consejo de Arato, se decidió permanecer en el mismo estado (225 años antes de J. C.) y que los aqueos solos hiciesen la actual guerra. Pero después que Ptolomeo, renunciando a la amistad de los aqueos, por depositar en los lacedemonios más esperanza que en éstos de poder malograr los intentos de los reyes de Macedonia, empezó a prestar auxilio a Cleomenes, con el fin de enemistarle con Antígono; y después que los aqueos venidos a las manos con Cleomenes en una jornada, lucen vencidos por primera vez junto a Licæo, deshechos por la segunda en batalla ordenada en los campos de Megalópolis llamados Laodiceos, donde fue muerto Leusiadas, y derrotados por completo por la tercera en Dimas, no lejos de un sitio llamado Hecatombeo, quedando sobre el campo todo el pueblo; entonces no sufriendo ya más dilación los negocios, el peligro presente obligó a todos a acudir a Antígono. En esta ocasión le envió Arato a su hijo de embajador, y acabó de confirmar lo que tenía tratado sobre el socorro. Surgía la gran dificultad y embarazo de que ni el rey prestaría el auxilio a menos de que se le devolviese el Acrocorinto, y se le entregase la ciudad de Corinto para plaza de armas en la actual guerra, ni los aqueos se atreverían a poner en manos de los macedonios a los corintios contra su voluntad. Por eso esta resolución sufrió al principio algunas dilaciones, a fin de reflexionar mejor sobre sus seguridades. Con estos favorables acontecimientos, Cleomenes había esparcido el terror, y talaba impunemente las ciudades, atrayendo unas con halagos, y otras con amenazas.

Tras de haber tomado de este modo a Cafyas, Pellene, Feneo, Argos, Fliunte, Cleonas, Epidauro, Hermión, Troizena, y por último a Corinto, sentó su campo frente a Sicione. Este paso sacó a los aqueos de la mayor incertidumbre. Porque habiendo los corintios notificado al pretor Arato y a los aqueos que se retirasen de la ciudad, y enviado a llamar a Cleomenes, se les presentó

una justa ocasión y pretexto de que se valió Arato para ofrecer a Antígono el Acrocorinto que ellos poseían. Con la entrega de esta ciudadela hizo desaparecer aquella pasada ofensa para con la casa real de Macedonia; dio una suficiente prueba de su futura alianza, y consiguientemente proveyó al rey de una fortaleza para la guerra contra los lacedemonios. Cleomenes a quien ya sus esperanzas aseguraban la conquista toda del Peloponeso, conocido el tratado de los aqueos con Antígono, levantó el campo de Sicione, sentó sus reales cerca del istmo, y fortificó con trinchera y foso el espacio que media entre el Acrocorinto y los montes Oneios. Antígono, que ya se hallaba prevenido de antemano, y sólo aguardaba la ocasión según las instrucciones de Arato, coligiendo entonces de las noticias que le venían cuán cerca se encontraba Cleomenes y su ejército, envió a decir a Arato y a los aqueos, hallándose aún en la Tesalia que le asegurasen de lo prometido, y condujo su ejército hasta el istmo por la Eubea. Porque los etolios que tanto en otras ocasiones como al presente habían intentado prohibir a Antígono el socorro, le habían advertido no entrase en Pila con ejército, o de otro modo le impedirían el tránsito con las armas. Finalmente Antígono y Cleomenes vinieron a sentar sus campos al frente uno de otro; aquel con el anhelo de entrar en el Peloponeso, y éste con el de prohibirle la entrada.

No obstante que los aqueos se hallaban en un estado deplorable, no por eso desistían de su proyecto, ni tenían perdidas sus esperanzas; por el contrario mismo fue declararse Aristóteles Argivo contra el partido de Cleomenes, que acudir ellos al socorro y tomar por trato la ciudad de Argos bajo la conducta de Timojenes. Este suceso se debe reputar por la principal causa del restablecimiento de sus intereses. Esto fue lo que contuvo el ímpetu de Cleomenes y abatió el espíritu de sus tropas como se vio por los mismos hechos. Pues a pesar de haber tomado con anticipación los puestos más oportunos, tener una provisión más copiosa de pertrechos que Antígono y estar estimulado de mayor ardor y emulación, lo mismo fue darle parte de que los aqueos habían tomado a Argos, que abandonar precipitadamente las ventajas que hemos mencionado y hacer una retirada con honores de huida, temeroso de que los enemigos no le cortasen por todas partes. Más tarde se dejó caer sobre Argos, llevando a cabo algún esfuerzo por reconquistarla; pero rechazado por el valor de los aqueos y obstinación de los argivos que habían mudado de consejo, desistió del empeño, tomó el camino de Mantinea y tornó de es modo a Esparta. Este retiro abrió a Antígono sin riesgo las puertas del Peloponeso y le hizo dueño del Acrocorinto. De aquí, sin detenerse ni un instante, se aprovechó de la ocasión y marchó a Argos, donde tras haber aplaudido a los habitantes y arreglado los asuntos de la ciudad, volvió al punto a mover el campo, dirigiendo su ruta hacia la Arcadia. Desalojó después las guarniciones de los castillos que había construido Cleomenes en el país de los egios y belminates, y haciendo entrega de estos fuertes a los megalopolitanos, llegó a Egio a la asamblea de los aqueos. Allí dio razón de su conducta y de lo que se había de realizar en adelante; posteriormente, elegido general por todos los aliados, pasó una parte del invierno en las cercanías de Sicione y de Corinto.

Llegada la primavera (224 años antes de J. C.), tomó el ejército y salió a campaña. Al tercer día llegó a Tegea, donde acudieron también los aqueos, y sentados sus reales, empezó el asedio de esta ciudad. Los macedonios estrecharon tan vivamente el cerco con todo género de máquinas y minas, que al instante los de Tegea, sin esperanza de remedio, se rindieron. No bien Antígono había asegurado la ciudad, cuando emprendió otras operaciones y marchó sin dilación a la Laconia. Apenas se acercó a Cleomenes, que ya estaba aguardando en las fronteras de sus dominios, comenzó a probar y tentar sus fuerzas con algunas escaramuzas; pero advertido por sus batidores que la guarnición de Orcomeno venía en socorro de Cleomenes, levanta el campo al punto, marcha a allá y toma a viva fuerza esta ciudad al primer choque. Luego sienta sus reales alrededor de Mantinea y la pone sitio. No tardó en apoderarse el miedo de la plaza y rendirse a los macedonios; con lo que, mudando el campo, se dirigió a Heraia y Telfusa, ciudades que también tomó por voluntaria cesión de sus habitantes. Finalmente aproximándose ya el invierno, marchó a Egio a la asamblea de los aqueos, donde concedida licencia a los macedonios de ir a invernar a sus casas, él permaneció con los aqueos para tratar y deliberar sobre los negocios presentes.

Por entonces, observando Cleomenes que Antígono había licenciado sus tropas; que se había quedado en Egio únicamente con los extranjeros; que distaba de Megalópolis tres días de camino; que esta ciudad, a más de que su magnitud y despoblación la hacían difícil de guarnecer, a la sazón se hallaba mal custodiada por estar Antígono próximo, y principalmente, por haber perdido la vida en las batallas de Licæo y Laodicia la mayoría de los ciudadanos capaces de llevar las armas, se valió de unos fugitivos mesenios que vivían en Megalópolis, y con su ayuda entró una noche dentro de sus muros sin que nadie se apercibiese. Llegado el día, no sólo faltó poco para que el buen ánimo de los megalopolitanos le desalojase, sino que le puso a riesgo de una total derrota. El mismo lance le había ocurrido tres meses antes, por haber entrado con dolo por aquella parte de la ciudad llamada Colea; pero entonces la multitud de sus tropas y la previa ocupación de los puestos ventajosos le pusieron a tiro de conseguir su intento. Al fin, arrojados los megalopolitanos, se apoderó de la ciudad, la que saqueó con tanta crueldad y rigor, que no quedó esperanza de poder volver a ser poblada. Creo que el haber usado Cleomenes de esta inhumanidad fue en venganza de no haber podido jamás en diferentes ocasiones hallar entre los megalopolitanos ni entre los stinfalios quien apoyase su partido, coadyuvase sus deseos ni fuese traidor a su patria. Únicamente entre los clitorios, gente amante de la libertad y valerosa, hubo un tal Tearces que se cubrió de esta infamia, y éste aseguran con razón los clitorios que no nació entre ellos, sino que era linaje supuesto de uno de los soldados extranjeros que habían venido de Orcomeno.

CAPÍTULO XIV

Severo juicio contra Filarco.- Objeto de la historia.-Diferencias entre ésta y la tragedia.- Los mantineos abandonan la liga de los aqueos y son reconquistados por Arato.- Perfidia que éstos cometen con la guarnición aquea, y benigno castigo a tal delito.

Ya que, en cuanto a la historia de esta época escrita por Arato, en el concepto de algunos merece más aprobación Filarco, que en muchas cosas opina de modo diferente y asegura lo contrario, será procedente o más bien preciso, puesto que hemos optado por seguir a Arato en las acciones de Cleomenes, no permitir quede indeciso este punto, por no dejar en los escritos la impostura con igual poder que la verdad. Generalmente este historiador expone por toda su obra muchas expresiones, sin más reflexión que conforme se le presentaron. Prescindiendo de otras que no es menester tacharle ni censurarle por ahora, solamente haremos juicio de aquellas que se coinciden con los tiempos de que vamos hablando y pertenecen a la guerra Cleoménica. Esto será precisamente lo que baste para demostrar todo el espíritu que le animaba y lo que podemos esperar de su historia. Para manifestar la crueldad de Antígono, de los macedonios, de Arato y de los aqueos, dice que tras de ser sojuzgados los mantineos, sufrieron grandes desgracias, y la mayor y más antigua ciudad de la Arcadia fue afligida con tantas calamidades, que a todos los griegos excitaba a compasión y llanto. Para mover a compasión a los lectores y hacer patético el discurso, nos representa, ya abrazándose las mujeres, los cabellos desgredados, los pechos descubiertos; ya lágrimas y lamentos de hombres y mujeres que sin distinción eran arrebatadas con sus hijos y ancianos padres. Siempre que quiere describirnos el horror, incurre en el mismo defecto por toda la obra. Omito lo bajo y afeminado de su estilo, y paso a examinar lo que es peculiar y constituye la utilidad de la historia.

No es preciso que un historiador sorprenda a los lectores con lo maravilloso, ni que excogite razonamientos verosímiles, ni que exponga con nimiedad las consecuencias de los sucesos. Esto es bueno para los poetas trágicos; sino que cuente los dichos y hechos según la verdad, por insignificantes que parezcan. El objeto de la historia y de tragedia es muy diferente. La tragedia se propone la admiración y momentánea deleitación de los oyentes por medio de pensamientos los más verosímiles; la historia, la perpetua instrucción y persuasión de los estudiosos por medio de dichos y hechos reales. En la tragedia, como sólo es para embeleso de los espectadores se emplea la

probabilidad, aunque falsa; pero en la historia reina la verdad, como que es para utilidad de los estudiosos. Aparte de esto, Filarco nos cuenta la mayoría de los sucesos sin hacer suposición de causa ni modo como sucedieron, sin cuyos requisitos no es posible que nos compadezcan con justo motivo ni nos irriten a tiempo oportuno. Por ejemplo, ¿quién no sufrirá con impaciencia ver azotar a un hombre libre? Sin embargo, si el tal es autor de algún delito, se dice que le está bien merecido, y si esto se hace para corrección y escarmiento, merecen a más estimación y gracias los que lo impusieron. De igual modo, quitar la vida a un ciudadano se reputa por la maldad más execrable y digna de los mayores suplicios; con todo es claro que matar a un ladrón o adúltero es lícito, y vengarse de un traidor o tirano merece recompensa. Tan cierto como esto es que, para juzgar de una acción, no tanto se ha de mirar al hecho cuanto a la causa, intención del que la ejecutó y diferencia de casos.

En este supuesto, los mantineos, abandonada voluntariamente la liga de los aqueos, entregaron sus personas y patria a los etolios y después a Cleomenes. Ya habían abrazado este partido y formaban parte del gobierno lacedemonio, cuando cuatro años antes de la venida de Antígono, sobornados por Arato algunos de sus ciudadanos, los conquistaron a viva fuerza los aqueos. En esta ocasión, lejos de venirles mal por el mencionado delito, por el contrario, todos celebraron lo que entonces pasó: tan repentino fue el cambio de voluntades de uno y otro pueblo. Efectivamente, lo mismo fue apoderarse Arato de la ciudad, que prevenir a sus tropas no tocasen al bien ajeno. Luego, reunidos los mantineos, les persuadió tuviesen buen ánimo y permaneciesen en sus casas, pues vivirían seguros mientras estuviesen asociados a los aqueos. A la vista de un tan inesperado y extraordinario beneficio, los mantineos cambiaron súbitamente de sentimientos. Y aquellos que poco antes enemigos de los aqueos habían visto perecer a muchos de sus parientes y a no pocos ser víctimas de la violencia, recibieron ahora a estos mismos en sus casas, los convidaron a comer consigo y demás parientes, y no hubo urbanidad que entre unos y otros no se repitiese. Y en verdad que tuvieron para esto sobrado fundamento, pues no sé que jamás hombres hayan caído en manos de enemigos más benignos, ni que do infortunios al parecer más grandes hayan salido con menos pérdidas que los mantineos, por la humanidad con que Arato y los aqueos los trataron.

Más tarde, viendo las conmociones que entre ellos existía, y comprendiendo los ocultos designios de los etolios y lacedemonios, enviaron legados a los aqueos rogando les prestasen auxilio. Los aqueos se lo concedieron y sortearon trescientos de sus propios ciudadanos. Aquellos a quienes cupo la suerte, abandonando su patria y bienes, fueron a vivir a Mantinea para proteger la libertad y salud de estas gentes. Remitieron también doscientos extranjeros que juntos con los aqueos mantenían la tranquilidad de que antes gozaban. Pero transcurrido poco tiempo sublevados entre sí los mantineos, llamaron a los lacedemonios, les entregaron la ciudad y pasaron a cuchillo a los aqueos que vivían en su compañía; traición la mayor y más detestable que se puede imaginar. Pues ya que se propusieron olvidar del todo los beneficios y amistad que tenían con los aqueos, debieran por lo menos haber perdonado esta guarnición y permitido se retirase bajo una salvaguardia. Esto se acostumbra conceder por derecho de gentes aun a los enemigos. Pero ellos, por dar a Cleomenes y los lacedemonios una prueba suficiente del designio que maquinaban violaron el sagrado derecho de gentes y cometieron la mayor impiedad por su gusto. ¿De qué odio no son dignos hombres que por sí mismos se constituyen homicidas y verdugos de aquellos que, ocupada por fuerza poco antes su ciudad, los habían perdonado y a la sazón estaban custodiando su salud y libertad? ¿Qué pena será con digno castigo a su delito? Acaso me dirá alguno: ser vendidos con sus hijos y mujeres, puesto que fueron conquistados. Pero esta es ley de guerra que se usa aun con aquellos que no han cometido perfidia alguna. Luego son acreedores de suplicio mayor y más acerbo. De modo que aunque hubieran sufrido lo que Filarco nos cuenta, no debieran los griegos haberles tenido compasión, por el contrario haber aplaudido y aprobado el hecho de los que vengaron impiedad semejante. Pero no obstante no haber padecido los mantineos otro castigo en este infortunio que la de ser saqueados sus bienes y vendidos los hombres libres Filarco, por dar algo de portentoso al caso, no sólo nos forjó un simple embuste, sino un embuste inverosímil Su

excesiva ignorancia no le dejó reflexionar sobre otros hechos coincidentes. Y si no, ¿cómo los aqueos, apoderados a viva fuerza de la ciudad de Tegea, por aquel mismo tiempo, no ejecutaron con éstos igual castigo? Porque si la causa de este proceder se ha de atribuir a la crueldad de los aqueos, era normal que, conquistados al mismo tiempo los de Tegea, hubieran sufrido la misma pena. Convengamos, pues, en que si con solos los mantineos usaron de mayor rigor, prueba evidente que también éstos les dieron mayor motivo.

CAPÍTULO XV

Muerte del tirano Aristomaco.- Filarco exagera este hecho.

Refiere además de esto Filarco que Aristomaco Argivo, hombre de ilustre cuna, descendiente de tiranos y el mismo tirano de Argos, capturado por Antígono y los aqueos, fue conducido a Cencreas, donde dejó de existir víctima de los tormentos más inicuos y crueles que jamás sufrió hombre alguno. Conserva en este hecho su característico lenguaje, y finge ciertos gritos proferidos por Aristomaco durante la noche mientras le atormentaban, que llegaron a oídos de los vecinos próximos. Cuenta que unos horrorizados de semejante impiedad, otros no dándose crédito, y muchos indignados de acción, echaron a correr a aquella casa. Pero dejémonos ya de estos portentos trágicos, y baste lo dicho. Yo creo que Aristomaco, aun cuando no hubiera ofendido en modo alguno a los aqueos, sus costumbres y crímenes contra la patria le hacían reo de los mayores suplicios. Pues aunque este escritor, con vistas a ensalzar su dignidad, e inspirar en los lectores mayor indignación por sus suplicios, no sólo nos cuenta que era tirano, sino que descendía de tiranos; esta, a mi ver, es la más grave y mayor acriminación que contra él se podía proferir. El nombre mismo contiene la significación más impía y abraza todo lo más injusto y execrable que hay entre los hombres. A más de que aun cuando Aristomaco hubiera sufrido los más crueles tormentos como nos cuenta Filarco, no me parece había satisfecho el merecido castigo por aquel solo día en que Arato, acompañado de los aqueos, penetró por sorpresa en Argos, y luego de haber sostenido rudos combates y peligros por la libertad de los argivos, fue finalmente desalojado por no haberse declarado ninguno de los conjurados que estaban dentro contenidos del temor del tirano. Aristomaco entonces, bajo pretexto y presunción de que existía algunos cómplices en la irrupción de los aqueos, hizo degollar a ochenta inocentes ciudadanos de los principales a la vista de sus parientes. Omito otras atrocidades de su vida y de sus ascendientes, pues sería largo de contar. A la vista de esto, no es de extrañar le cupiese la misma suerte. Más sorprendente sería que sin castigo alguno hubiera acabado sus días. Ni se debe imputar a crueldad de Antígono y de Arato el que, apoderados en guerra de un tirano, le quitasen la vida en los suplicios; cuando si le hubieran muerto con tormentos en el seno de la paz misma, se lo hubieran aprobado y aplaudido los hombres sensatos. Y si a lo expuesto se añade la traición cometida a los aqueos, ¿de qué pena no será digno? Forzado de la necesidad con la muerte de Demetrio, tuvo que deponer poco antes la tiranía, y halló contra toda esperanza un asilo seguro en la dulzura y probidad de los aqueos, los cuales le perdonaron no sólo las maldades cometidas durante su tiranía, sino que le incorporaron en la república y le dispensaron el sumo honor de entregarle el mando de sus tropas. Pero luego que vio en Cleomenes un rayo de esperanza más lisonjera, olvidado al instante de este beneficio, separó su patria y afecto de los aqueos en las circunstancias más urgentes, y se unió a los enemigos. Semejante hombre, después capturado, merecía, no que en el silencio de la noche muriese atormentado en Cencreas, como refiere Filarco, sino que se le pasease por todo el Peloponeso para que sirviese de ejemplo su castigo y acabase la vida de este modo. Sin embargo, a pesar de ser tan malo, no sufrió otra pena que la de ser arrojado en el mar por ciertos crímenes que cometió en Cencreas.

Aparte de esto, Filarco nos cuenta con exageración y afecto las calamidades de los mantineos, persuadido a que es oficio de un historiador referir los malos hechos. Pero no hace mención en absoluto de la generosidad con que se condujeron los megalopolitanos por el mismo tiempo; como

si fuese más propio de la historia referir defectos humanos que poner de manifiesto acciones virtuosas y laudables; o si contribuyesen menos a la corrección de los lectores los hechos ilustres y plausibles que las acciones inicuas y vituperables. Para hacer valer la magnanimidad y moderación de Cleomenes para con sus enemigos, nos refiere cómo tomó a Megalópolis, y cómo la conservó intacta mientras despachó mensajeros a Messena para los megalopolitanos, rogándoles que, en atención a haberles devuelto indemne su patria, coadyuvasen sus intentos. Agrega cómo los megalopolitanos, empezada a leer la carta, no tuvieron paciencia para acabarla, y por poco no mataron a pedradas a los mensajeros. Pero lo que es inseparable y propio de la historia, a saber, aplaudir y hacer mención de las resoluciones generosas, esto lo omite, sin que haya para ello motivo que lo impida. Porque si reputamos por hombres de honor a los que sólo con palabras y demostraciones sostienen la defensa de sus amigos y aliados, y a los que por el mismo caso toleran la desolación de sus campos y asedio de sus ciudades, no sólo los aplaudimos, sino que los tributamos en recompensa las mayores gracias y mercedes, ¿qué deberemos pensar de los megalopolitanos? ¿No formaremos de ellos el concepto más magnífico y honroso? Ellos sufrieron primero que Cleomenes asolase sus campos; ellos abandonaron después del todo la patria, por mantener el partido de los aqueos; ellos, finalmente, presentada la ocasión más imprevista y extraordinaria de recobrarla, prefirieron privarse de sus campos, sus sepulcros, sus templos, su patria, sus haciendas, y, en una palabra, de todo lo más amable al hombre, por no faltar a la fe a sus aliados. ¿Se hizo jamás o se podrá hacer acción más heroica? ¿Qué pasaje más oportuno a un historiador para excitar la atención de sus lectores? ¿Qué ejemplo más eficaz para estimular a la observancia de los tratados y conservar el vínculo de una sociedad firme y verdadera? Sin embargo, Filarco no hace de esto mención alguna, ofuscándose a mi ver sobre los hechos más memorables y procedentes a un escritor.

Después de esto nos dice que del saco de Megalópolis cogieron los lacedemonios seis mil talentos, y de éstos los dos mil se los entregaron a Cleomenes, según costumbre. ¿Quién no admirará aquí principalmente la impericia e ignorancia de las nociones más corrientes sobre los recursos y poder de las ciudades griegas, cosa de que debe un historiador estar perfectamente instruido? No digo en aquellos tiempos, en que los reyes de Macedonia, y más aún las continuas guerras civiles tenían arruinado del todo el Peloponeso; pero ni aun en los actuales, en que conformes todos gozan al parecer de la mayor abundancia, es posible, sin embargo, que de los efectos del Peloponeso todo, a excepción de los hombres, se pueda reunir semejante suma. Que lo que proferimos no es al aire, sino con algún fundamento, nos lo manifestará lo siguiente. Nadie ignora que cuando los atenienses, en unión de los tebanos, armaron diez mil hombres y equiparon cien galeras para emprender la guerra contra Lacedemonia, ordenaron que se valuasen las tierras, las casas, el Ática toda y demás efectos, para sufragar con sus réditos los gastos de la guerra. No obstante, la estimación toda no ascendió sino a cinco mil setecientos cincuenta talentos. A la vista de esto, ¿no parecerá inverosímil lo que acabamos de decir del Peloponeso? Ninguno, por muy exagerado que sea, se atreverá a asegurar que se sacó por entonces de Megalópolis más de trescientos talentos puestos que todos saben que la mayoría de los hombres libres y esclavos se habían refugiado a Messena. Pero la mejor prueba de lo arriba dicho es que no cediendo los mantineos a los pueblos de la Arcadia en poder ni en riquezas, según Filarco, no obstante sitiada y tomada su ciudad, aunque no se escapó ninguno, ni les fue fácil ocultar cosa alguna, todo el botín, vendidos los hombres, ascendió sólo a trescientos talentos. Pero ¿a quién no admirará aún más lo que se sigue? Cuenta que diez días antes de la batalla vino un embajador de Ptolomeo a Cleomenes, con la noticia de que su amo rehusaba suministrarle dinero, y le exhortaba a que concertase la paz con Antígono; que escuchada la embajada, Cleomenes resolvió probar lo antes posible fortuna, antes que se divulgase la nueva en el ejército, por no tener esperanza en sus propios fondos de poder satisfacer las pagas al soldado. Pues si entonces Cleomenes se hubiera hallado con seis mil talentos, hubiera podido exceder a Ptolomeo en riquezas, y aun cuando sólo hubiera tenido trescientos, era más que suficiente para sostener sin riesgo y proseguir la guerra contra Antígono. Reconozcamos,

pues, que es una prueba de la mayor ignorancia y falta de reflexión decir que Cleomenes tenía puestas todas sus esperanzas en la liberalidad de Ptolomeo, y asegurar al mismo tiempo que era dueño por entonces de tantos bienes. Otros muchos y semejantes errores comete nuestro historiador por los tiempos de que vamos hablando y por toda su obra, pero basta lo dicho en cumplimiento de nuestro designio.

CAPÍTULO XVI

*Irrupción de Cleomenes por los campos de Argos.- Número de tropas de Antígono y Cleomenes.-
Notable disposición de los respectivos campamentos.*

Una vez hubo sido tomada Megalópolis, mientras que Antígono tenía sus cuarteles de invierno en Argos, Cleomenes reunió las tropas al iniciarse la primavera, y exhortadas según lo exigía el caso, sacó su ejército y entró por el país de los argivos. Este paso pareció temerario y arriesgado al vulgo, por lo bien defendidas que se encontraban las vías de la provincia, pero seguro y prudente a las gentes sensatas. A la vista de haber Antígono licenciado sus tropas, estaba seguro de que en primer lugar realizaría aquella invasión sin riesgo; y en segundo, cuando hubiese asolado la campiña hasta los muros, los argivos, a cuya vista se haría este estrago, se indignarían inevitablemente y se quejarían de Antígono. En este caso, si por no poder sufrir 'la insolencia de la tropa, hacía Antígono una salida y arriesgaba un trance con la gente que entonces tenía, se prometía con sobrado fundamento que le resultaría fácil la victoria; si, por el contrario, persistía en su resolución y apetecía el reposo, creía que aterrados los enemigos y alentados sus soldados podría retirarse a su patria sin peligro. Efectivamente, todo ocurrió como lo había pensado. Arrasada la campiña, empezó la tropa en corrillos a murmurar de Antígono; mas éste, como buen rey y prudente soldado, prefirió el sosiego rehusando emprender cosa de que no le constase el buen éxito. Con esto, Cleomenes, según su primer designio, taló la campiña, amedrentó a los contrarios, inspiró aliento a sus tropas contra el peligro que las amenazaba y se tornó a su patria impunemente. Luego que llegó el verano, se unieron los macedonios y aqueos de regreso de sus cuarteles de invierno, y Antígono al frente del ejército se dirigió con los aliados hacia la Laconia. Llevaba consigo diez mil macedonios de que constaba la falange, tres mil rodeleros, trescientos caballos, mil agrianos y otros tantos galos. El total de extranjeros ascendió a tres mil infantes y trescientos caballos; de los aqueos tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo, todos escogidos; de los megalopolitanos, mil al mando de Cercidas Megalopolitano, armados a la manera de Macedonia. Los aliados eran dos mil infantes boios y doscientos caballos; mil infantes epirotas y cincuenta caballos; otros tantos acarnanios y mil seiscientos ilirios al mando de Demetrio de Faros. De forma que todo el ejército se componía de veintiocho mil infantes y mil doscientos caballos.

Cleomenes, que aguardaba esta irrupción, había fortificado todas las otras vías de la provincia con presidios, fosos y cortaduras de árboles. Él había acampado junto a Selasia con un ejército de veinte mil hombres, conjeturando con fundamento de que por allí entrarían los contrarios, como sucedió efectivamente. Dos montañas forman este desfiladero, la una llamada Eva, y la otra Olimpo. Entre ellas pasa el camino que va a Esparta, junto al río OEnuntes. Cleomenes había extendido una línea con foso y trinchera por delante de estas montañas. Apostó sobre el monte Eva a los aliados, al mando de su hermano Euclidas, y él, con los lacedemonios y extranjeros, ocupaba el monte Olimpo. La caballería, con una parte de extranjeros, la tenía acampada en unas llanuras a orillas del río, sobre uno y otro lado del camino. Así que llegó Antígono advirtió que los puestos estaban bien defendidos que Cleomenes, habiendo distribuido a cada trozo del ejército el lugar conveniente, había tomado con tanta habilidad los ventajosos que toda la disposición de su campo se asemejaba a un cuerpo de bravos campeones en acción de acometer; que nada había omitido de cuanto previene el arte para el ataque y la defensa, antes bien era igualmente eficaz su formación, y seguro de un insulto su campamento. Todo esto le hizo desistir de tentar al enemigo de repente y

venir a las manos por el pronto. Sentó su campo a corta distancia y se cubrió con el río Gorgilo. Allí se detuvo algunos días, ya para reconocer la naturaleza del terreno y diversidad de las tropas enemigas, ya para aparentar al mismo tiempo ciertos movimientos que pusiesen en expectación para adelante el ánimo de los contrarios. Pero no encontrando puesto alguno indefenso ni desguarnecido, por acudir Cleomenes rápidamente a todas partes mudó de resolución. Finalmente, ambos unánimes estuvieron de acuerdo en que una batalla decidiese el asunto: tan esforzados e iguales eran estos dos capitanes que entonces la fortuna había reunido.

Antígono opuso contra los que defendían el monte Eva los macedonios, armados de escudos de bronce, y los ilirios formados por cohortes alternativamente. El mando de éstos lo confió a Alejandro, hijo de Acmetes, y a Demetrio de Faros. Detrás puso a los acarnanios y cretenses, y a sus espaldas estaban dos mil aqueos, que hacían veces de cuerpo de reserva. La caballería a las órdenes de Alejandro la formó alrededor del río OEnuntes al frente de la enemiga, mandando cubrir sus costados con mil infantes aqueos y otros tantos megalopolitanos. Él con los extranjeros y macedonios decidió atacar el monte Olimpo, donde se hallaba Cleomenes. Situó en la primera línea a los extranjeros, y en la segunda la falange macedonia, dividida en dos trozos, uno tras otro, obligándole a esta formación la estrechez del terreno. La señal dada a los ilirios para comenzar el combate (es de suponer que éstos, pasado el río Gorgilo por la noche, se habían apostado al pie del monte Eva) era un lienzo levantado en las inmediaciones del monte Olimpo, y la que se dio a los megalopolitanos y a la caballería fue una cota de color de púrpura, enarbolada junto al rey.

CAPÍTULO XVII

Batalla de Selasia y victoria por Antígono.- Huida de Cleomenes a Alejandría.- Toma de Esparta por Antígono.- Restablecimiento del gobierno republicano en esta y otras ciudades.- Muerte de varios reyes.- Sus sucesores.

Así que llegó el tiempo de la acción (223 años antes de J. C.) y se dio la señal a los ilirios por medio de los jefes de lo que debía realizar cada uno, todos prontamente se presentaron al enemigo y comenzaron a ascender la montaña. Los armados a la ligera, que desde el inicio de la acción estaban formados con la caballería de Cleomenes, viendo que las cohortes aqueas habían quedado indefensas por la espalda, acometen su retaguardia y ponen en el mayor apuro a los que se esforzaban en ganar la cumbre, ya que de parte arriba se veían atacados de frente por Euclidas, y de parte abajo invadidos y cargados con vigor por los extranjeros. Filopemen el megalopolitano se dio cuenta del peligro, y previendo lo que iba a suceder, advirtió primero a los jefes la situación en que se encontraban; mas viendo que no se le escuchaba, por no haber obtenido jamás cargo en la milicia y ser demasiado joven, anima a sus conciudadanos y ataca con valor a los contrarios. No fue preciso más para que los extranjeros que cargaban por la espalda a los que ascendían la montaña, oída la gritería y visto el choque de los caballos, dejasen al instante a los ilirios y echasen a correr a sus primeros puestos para dar socorro a su caballería. De esta forma, los ilirios, macedonios y demás gente que iba delante con ellos, libres del estorbo, acometieron con esfuerzo y confianza a los contrarios. Por aquí se reconoció en la consecuencia, que Filopemen había sido causa de la ventaja obtenida contra Euclidas.

Refieren que Antígono después de la acción, por tentar a Alejandro, comandante de la caballería, le preguntó que por qué había comenzado el choque antes de dar la señal, y que éste, habiéndole respondido que no había sido él, sino cierto joven megalopolitano quien lo había empezado contra sus órdenes, Antígono dijo: «El joven, atendidas las circunstancias, obró como excelente capitán, y, vos capitán, como un joven cualquiera.» Efectivamente, si como Euclidas dejó de aprovecharse de la ventaja del terreno, cuando vio subir las cohortes de los ilirios hubiera salido al encuentro, desde lejos y cargado sobre el enemigo, sin duda habría desordenado y desbaratado sus líneas, retirándose poco a poco y acogándose sin peligro a la eminencia. De esta forma

deshecha la formación de los enemigos e inutilizado el peculiar uso de sus armas, los hubiera fácilmente hecho huir, favorecido como estaba del terreno. Pero nada de esto ejecutó; antes, como si tuviese asegurada la victoria, hizo todo lo contrario. Permaneció inmóvil en la cumbre, según se había colocado al principio, esperando recibir en la cima a los contrarios para hacerles después huir por lugares más pendientes y escarpados. Mas sucedió al contrario, como era normal. Pues como no había dejado espacio para retroceder, y las cohortes llegaron intactas y unidas, se vio en tal apuro, que le fue preciso combatir en la cima misma de la montaña. De allí adelante, a medida que el peso de las armas y la formación fue fatigando al soldado, los ilirios adquirían consistencia, y Euclidas iba perdiendo terreno por no haber dejado espacio para retroceder y cambiar de posición a los suyos. De modo, que a poco tiempo tuvo que volver la espalda y emprender la huida por unos lugares escarpados e intransitables.

Mientras tanto vino a las manos la caballería. La de los aqueos desempeñó con denuedo su obligación, ya que la iba la libertad en la batalla. Pero sobre todo Filopemen, cuyo caballo fue herido mortalmente en la refriega, y él, peleando a pie, recibió una herida cruel que le atravesó ambos muslos. Los dos reyes iniciaron el choque en el monte Olimpo con los armados a la ligera y extranjeros en número casi de cinco mil entre ambos. Como la acción era a la vista de los reyes y de los ejércitos, bien se pelease por partidas, bien en general, todos procuraban excederse de ambas partes. Se batían hombre a hombre y línea a línea con la mayor valentía. Pero Cleomenes, viendo a su hermano puesto en huida, y a la caballería que peleaba en el llano casi vencida, temió no cargasen sobre él los enemigos por todos lados, y se vio precisado a desbaratar el atrincheramiento de su campo y sacar todo el ejército de frente por un costado. Dada la señal por las trompetas para que la infantería ligera se retirase del espacio que mediaba entre los dos campos, vuelven las lanzas con grande algazara y vienen a las manos las dos falanges. La acción fue viva. Unas veces retrocedían los macedonios, oprimidos del valor de los laconios; otras éstos eran rechazadas por la vigorosa formación de aquellos. Finalmente, las tropas de Antígono puestas en ristre las lanzas, dieron sobre los lacedemonios con aquella violencia propia de la falange doble, y los desalojaron de sus atrincheramientos. Todo el resto de la gente, o fue muerta, o emprendió una huida precipitada. Cleomenes, con algunos caballeros, se retiró a Esparta sin peligro, de donde, llegada la noche, bajó a Githio, y en unos navíos que tenía aprontados de antemano para un accidente marchó con sus amigos a Alejandría.

Antígono tomó a Esparta por asalto. En lo demás trató a los lacedemonios con generosidad y dulzura. Restableció entre ellos el antiguo gobierno, y a los pocos días partió de la ciudad con su ejército, por haber llegado a su conocimiento que los ilirios habían penetrado en la Macedonia y talaban sus campos. De esta forma acostumbra siempre la fortuna terminar los más arduos asuntos cuando menos se espera. Pues si entonces Cleomenes hubiera aplazado algunos días la batalla, o si retirado a Esparta después de la acción hubiera esperado un poco ocasión más oportuna, habría sin duda conservado el reino. Finalmente, Antígono llegó a Tegea, restituyó también a sus moradores en el primitivo estado, y dos días después llegó a Argos, a tiempo que se celebraban los juegos nemeos. Luego de haber obtenido allí de parte de los aqueos en general y de cada ciudad en particular todo lo que podía contribuir a inmortalizar su nombre y gloria, se dirigió a Macedonia a largas jornadas. Allí sorprendió a los ilirios, vino con ellos a las manos de poder a poder, y los venció en batalla. Pero los esfuerzos y gritos que dio para animar sus tropas durante la acción (222 años antes de J. C.), le causaron un vómito de sangre, de que le provino tal debilidad que en pocos días falleció. Toda la Grecia se había prometido de él grandes esperanzas, no sólo por su pericia en el arte militar, sino mucho más por su arreglo de vida y probidad de costumbres. Dejó el reino de Macedonia a Filipo, hijo de Demetrio.

Pero ¿a qué propósito narración tan prolija sobre la guerra cleoménica? Porque uniéndose estas épocas con las que en adelante hemos de hablar, nos pareció procedente o, por mejor decir, necesario, según nuestro propósito inicial, hacer manifiesto y palpable a todos el estado que entonces tenían los macedonios y griegos. Por este mismo tiempo pasó de esta vida Ptolomeo, y le

sucedió en el reino Ptolomeo Filopator. Murió asimismo Seleuco, hijo de Seleuco Callinico, llamado también Pogón. Tuvo por sucesor en el reino de Siria a Antíoco, su hermano. Sucedió a estos reyes casi lo mismo que a aquellos primeros poseedores que obtuvieron estos reinos, después de la muerte de Alejandro; es decir, que así como Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco murieron en la olimpiada ciento veinticuatro, como hemos apuntado, éstos en la ciento treinta y nueve.

Después de haber concluido las advertencias y presupuestos de toda nuestra historia, por lo que se ve cuándo, cómo y por qué causa, dueños los romanos de toda Italia, empezaron a extender sus conquistas por defuera y osaron disputar el imperio de la mar a los cartagineses; y luego de haber hecho ver en qué estado se hallaban entonces los griegos, macedonios y cartagineses, será conveniente, puesto que según nuestro primer designio hemos llegado a aquellos tiempos en que los griegos meditaban la guerra social los romanos la anibálica y los reyes de Asia la de la Cæle-Siria, concluir este libro con el fin de las guerras precedentes y muerte de los potentados que las manejaron.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Panorama de toda la obra y distribución de materias que se han de tratar en adelante.

Dijimos en el libro primero de toda la obra, y tercero respecto de éste, que iniciaríamos nuestra historia por la guerra social, la de Aníbal y la de la Cæle-Siria. Allí también expusimos las causas porque, recorriendo los tiempos anteriores, escribiríamos los dos libros precedentes. Ahora trataremos de referir con claridad estas guerras, las causas de que se originaron y los motivos porque se hicieron tan memorables. Pero antes diremos algo sobre el propósito de la obra.

El único objeto de todo lo que nos hemos propuesto escribir es hacer ver el cómo, cuándo y por qué causa todas las partes del mundo conocido fueron sometidas al poder de los romanos; y como este suceso tiene principio conocido, tiempo determinado y conclusión evidente, tuvimos a bien poner a la vista como en bosquejo aquellos principales hechos que mediaron entre su fin y principio. Nada en mi concepto es más capaz de dar al lector una justa idea de todo el propósito. Porque como muchas veces el ánimo por el todo viene en conocimiento de los particulares, y al contrario, por los particulares muchas a la cierta ciencia del todo; nosotros, que reputamos por el mejor método de enseñar y explicar el que proviene de ambos, daremos consiguientemente a lo dicho un prospecto de nuestra historia. La idea general del argumento y términos en que está prescrito ya la hemos declarado.

Los hechos particulares tienen su origen en las guerras que hemos mencionado; su conclusión y éxito en la ruina del reino de Macedonia; el tiempo que ha mediado entre su principio y fin, cincuenta y tres años; en los cuales se contienen tales y tan sobresalientes acciones, cuales ninguna edad anterior comprendió en igual intervalo. La narración de éstas, empezando desde la olimpiada ciento cuarenta, es como se sigue.

Luego que hayamos demostrado las causas por qué se suscitó la guerra llamada anibálica entre cartagineses y romanos, expondremos cómo aquellos, invadida Italia y arruinado su poder, pusieron en el mayor apuro a las personas y patria de éstos, y llegaron concebir la magnífica y extraordinaria esperanza de hacerse dueños, por asalto de la misma Roma. Trataremos después de explicar cómo por aquel mismo tiempo Filipo, rey de Macedonia, finalizada la guerra con los etolios y sosegados los disturbios de la Grecia, empezó a unir sus miras con los cartagineses; cómo Antíoco y Ptolomeo Filopator disputaron entre sí y vinieron al cabo a tomar las armas por la Cæle-Siria, cómo los rodios y prusias declararon la guerra a los bizantinos, y les obligaron a levantar el tributo que exigían de los que navegaban al Ponto. Aquí nos detendremos y examinaremos la política de los romanos, para hacer ver al mismo tiempo que contribuyó muchísimo lo peculiar de su gobierno a recobrar no sólo el mando de la Italia y de la Sicilia y añadir a su imperio la España y la Galia, sino también a sojuzgar finalmente a los cartagineses y pensar en la conquista del universo. Al mismo tiempo daremos cuenta por una breve digresión de la ruina del reino de Hierón Siracusano. Añadiremos después los alborotos de Egipto, y de qué modo, muerto el rey Ptolomeo, Antíoco y Filipo, conspiraron sobre la división del reino, dejando a su hijo, y atacaron con engaño y violencia éste el Egipto y la Caria y aquel la Cæle-Siria y la Fenicia.

A esto seguirá un resumen de las acciones de romanos y cartagineses en la España, África y Sicilia, de donde nos trasladaremos con la narración a los pueblos de la Grecia y a las alteraciones que sobrevinieron en sus intereses. Referiremos las batallas navales de Atalo y los romanos contra Filipo, como también la guerra que hubo entre este príncipe y los romanos, por qué motivos y cuál su éxito. Uniremos a esto sus resultas, y haremos mención de aquel despecho que condujo a los etolios a llamar del Asia a Antíoco, y encender la guerra entre aqueos y romanos. Manifestaremos las causas de esta guerra, y el paso de Antíoco por Europa. Expondremos primero cómo huyó de la

Grecia; después cómo fue derrotado y tuvo que abandonar el país de parte de acá del monte Tauro; y finalmente, cómo los romanos, castigada la audacia de los gálatas, se apoderaron del imperio del Asia sin disputa, y libraron a los habitantes del Asia citerior de los sobresaltos e injurias de estos bárbaros. Expondremos después los infortunios de los etolios cefallenios, y emprenderemos las guerras que Eumenes sostuvo contra Prusias y los gálatas, así como la que este príncipe y Ariarato hicieron contra Farnaces. Después de haber apuntado la concordia y gobierno del Peloponeso y el auge de la república de los rodios, haremos una recapitulación de todo el discurso y de las acciones, sin omitir la expedición de Antíoco Epifanes contra el Egipto, la guerra de Perseo y ruina del imperio de Macedonia. Todos estos hechos nos manifestarán por menor la conducta con que se manejaron los romanos para llegar a sojuzgar toda la tierra.

Si los sucesos prósperos o adversos bastasen para formar juicio de lo laudable o vituperable de los hombres y de los Estados, convendría sin duda que finalizásemos el discurso y concluyésemos nuestra historia en las últimas acciones que acabamos de apuntar. Puesto que, según nuestro primer propósito, se completa aquí el tiempo de los cincuenta y tres años llega a su apogeo el auge y extensión del Imperio Romano, y todo el mundo se vio forzado a confesar que no había más que obedecer a Roma y someterse a sus leyes. Pero como el mero éxito de las batallas no es capaz de dar una justa idea de los vencedores ni vencidos, porque a muchos las mayores prosperidades manejadas sin cordura acarrearón tamaños infortunios, y a no pocos las más horribles adversidades soportadas con constancia se les convirtieron muchas veces en ventajas, tuvimos a bien añadir a lo dicho cuál haya sido la conducta de los vencedores después de la victoria, y cómo hayan gobernado el universo, qué aceptación y crédito hayan merecido de los pueblos, y cuáles y cuán diversos juicios se hayan formado de los que manejaban los negocios; qué inclinaciones y afectos prevalecieron y reinaron en el gobierno privado de cada uno, y en general de la república. Por aquí conocerá el siglo presente si es de desechar o adoptar la dominación romana, y los siglos venideros juzgarán si era digna de elogio y emulación, o de infamia y vituperio. En esto consistía principalmente la utilidad de nuestra historia, tanto para ahora como para el futuro. Pues yo no creo que ni los comandantes de ejército ni los que juzgan de sus acciones, se propongan por último fin las victorias y las conquistas. Ningún hombre de entendimiento emprende una guerra por el solo fin de triunfar de sus contrarios, ni surca los mares sólo por pasar de una parte a otra, ni aprende las ciencias y artes únicamente por saberlas. Todos se mueven en sus operaciones, o por el placer, o por la gloria, o por la utilidad que en ellas encuentran. Por lo cual la mayor perfección de esta obra estará en dar a conocer cuál era el estado de cada pueblo después de la conquista y sujeción del universo al poder romano, hasta que se volvieron a suscitar nuevas alteraciones y alborotos. La importancia de los hechos y lo extraordinario de los sucesos me han precisado a describir estas conmociones dándolas origen muy diverso. Pero la principal razón es haber sido no sólo testigo ocular de las más de las acciones, sino haber coadyuvado a la ejecución de unas y haber sido autor principal de otras.

Durante esta conmoción fue cuando los romanos llevaron la guerra contra los celtíberos y vacceos los cartagineses contra Massanisa, rey de África, y Atalo y Prusias disputaron entre sí sobre el Asia. En este tiempo Ariarates, rey de Capadocia, destronado por Orofernes con la ayuda de Demetrio, recobró por sí mismo el reino paterno; Demetrio, hijo de Seleuco, después de haber reinado en Siria doce años, perdió la vida y el reino por conspiración de otros reyes; los griegos, acusados de haber sido autores de la guerra de Perseo, y absueltos del crimen que se les imputaba, fueron restituidos a su patria por los romanos. Poco tiempo después estos mismos atacaron a los cartagineses, al principio por desalojarlos, y después con ánimo de arruinarlos por completo, por motivos que más adelante se dirán. Finalmente, hacia este mismo tiempo, separados los macedonios de la amistad de los romanos, y los lacedemonios de la república de los aqueos, se vio empezar y acabar a un tiempo el común infortunio de la Grecia toda.

Tal es el plan que me he propuesto. Quiera la fortuna prolongarme la vida hasta llevar a cabo la empresa. Bien que, aunque me sobrevenga la muerte, estoy persuadido que no quedará abandonado

el asunto, ni faltarán hombres capaces que estimulados por su importancia, tomen a cargo llevarlo a la perfección. Pero, puesto que hemos recorrido sumariamente los hechos más señalados, con el fin de dar a los lectores una idea general y particular de toda la historia, será bien que, acordándonos de lo prometido, demos principio a nuestro argumento.

CAPÍTULO II

Algunos errores sobre las verdaderas causas de la segunda guerra púnica.- Refutación al historiador Fabio.

Ciertos escritores que narraron los hechos de Aníbal, queriéndonos exponer las causas por que se suscitó la segunda guerra púnica entre romanos y cartagineses, asignan por primera el sitio de Sagunto por los cartagineses, y por segunda, el paso del Ebro por estos mismos, contra lo que se había pactado. Yo más bien diría que estos fueron los principios de la guerra, pero de ningún modo concederé que fuesen los motivos. A no ser que se quiera decir que el paso de Alejandro por Asia fue causa de la guerra contra los persas, y que la guerra de Antíoco contra los romanos provino del arribo de éste a Demetriades, motivos que ni uno ni otro son verdaderos ni aun probables. Porque ¿quién ha de pensar que estas fueron las causas de las muchas disposiciones y preparativos que Alejandro, y anteriormente Filipo durante su vida, habían realizado para la guerra contra los persas, o de las operaciones de los etolios anteriores a la venida de Antíoco para la guerra contra los romanos? Esto es de hombres que no comprenden cuánto disten y qué diferencia haya ente principio, causa y pretexto; que estos dos últimos preceden a toda acción, y que el principio es lo último de los tres. Yo llamo principio de toda acción aquellos primeros pasos, aquellas primeras ejecuciones de lo que ya tenemos proyectado; pero causas, aquello que antecede a los juicios y deliberaciones, como son pensamientos, especies, raciocinios que se hacen sobre asunto, y por los cuales nos determinamos a juzgar emprender alguna cosa. Lo que sigue manifestará mejor mi pensamiento.

Cualquiera comprenderá con facilidad cuáles fueron los verdaderos motivos y origen que tuvo la guerra contra los persas. El primero fue la retirada de los griegos, bajo la conducta de Jenofonte, de las provincias del Asia superior en la que atravesando toda Asia con quien se hallaban en guerra, no hubo bárbaro que osase interrumpirles el paso. El segundo fue el paso por Asia de Agesilao, rey de Lacedemonia, en el que, en medio de no haber encontrado quien se opusiese a sus designios, tuvo que volverse sin haber ejecutado, cosa de provecho, por los alborotos que se originaron en la Grecia en este intermedio. De estas expediciones infirió y conjeturó Filipo la cobardía y flojedad de los persas, al paso que advirtió en él y en los suyos la pericia en el arte militar, y se le pusieron de manifiesto las grandes y sobresalientes ventajas que obtendría de esta guerra; y lo mismo fue conciliarse la benevolencia de toda la Grecia que, bajo pretexto de querer vengarla de las injurias recibidas de los persas, tomar la resolución y propósito de hacer la guerra y disponer todo lo necesario para la empresa. Quede pues, sentado que las causas de la guerra contra los persas son las dos primeras que hemos dicho: el pretexto este segundo, y el principio el paso de Alejandro por Asia.

De igual modo es indudable que se debe tener por motivo de la guerra entre Antíoco y los romanos la indignación de los etolios. Pues imaginándose éstos que los romanos los despreciaban por el feliz éxito de la guerra contra Filipo, como hemos dicho anteriormente, no sólo llamaron a Antíoco, sino que la cólera que por entonces concibieron los condujo a emprenderlo y sufrirlo todo por vengarse. El pretexto fue la libertad de la Grecia, a la que sin fundamento y con engaño exhortaban los etolios, recorriendo con Antíoco las ciudades; y el principio fue el arribo de este rey a Demetriades. Me he detenido más de lo regular sobre esta distinción, no por censurar a los historiadores, sino por librar de error a los lectores. Porque ¿de qué sirve al enfermo el médico que ignora las causas de las enfermedades del cuerpo humano? ¿O qué utilidad la de un ministro de

Estado que no sabe distinguir el modo, motivo y origen de donde toma principio cada asunto? Ciertamente que ni aquel aplicará los remedios convenientes, ni éste manejará con acierto los negocios que lleguen a sus manos, sin el previo conocimiento de lo que hemos dicho. En esta inteligencia, nada se ha de observar ni inquirir con tanto estudio como las causas de cada suceso. Pues muchas veces de una cosa de poca monta se originan los más graves asuntos, y en cualquiera materia se remedian con facilidad los primeros impulsos y pensamientos.

Refiere Fabio, escritor romano, que la avaricia y ambición de Asdrúbal, junto con la injuria hecha a los saguntinos, fueron la causa de la segunda guerra púnica; que este general, después de haber adquirido en España un dilatado dominio, emprendió a su vuelta de África abolir las leyes patrias, y erigir en monarquía la república de Cartago, pero que los principales senadores, comprendiendo su propósito, se le habían opuesto de común acuerdo; que Asdrúbal, receloso de esto, se retiró de África, y en la consecuencia gobernó la España a su antojo, sin miramiento alguno al senado de Cartago, que Aníbal, compañero y émulo desde la infancia de los intentos de Asdrúbal, observó la misma conducta en los negocios que su tío, cuando se le encomendó el gobierno de la España; que por eso hizo ahora esta guerra a los romanos por su capricho contra el dictamen de la república, pues no hubo en Cartago hombre de autoridad que aprobase lo que Aníbal había hecho con Sagunto. Por último, añade que después de la toma de esta ciudad vinieron los romanos a Cartago, resueltos, o a que los cartagineses les entregasen a Aníbal, o a declararles la guerra. Pero si se le preguntase a este historiador: ¿y qué ocasión más oportuna se pudo presentar a Cartago, o qué resolución más justa y ventajosa pudiera haber tomado, puesto que desde el principio, como asegura, se hallaba ofendida del proceder de Aníbal, que acceder entonces a la solicitud de los romanos, entregarles al autor de las injusticias, deshacerse buenamente del enemigo común de la patria por ajena mano, asegurar la tranquilidad al Estado, evitar la guerra que la amenazaba, y satisfacer su resentimiento a costa sólo de un decreto? ¿Qué tendría que responder a esto? Bien sé yo que nada. Pues los cartagineses estuvieron tan ajenos de echar mano de este expediente, que, por el contrario, hicieron la guerra diecisiete años continuos por parecer de Aníbal, y no la terminaron hasta que, exhaustos de todo recurso, se vieron por fin cerca de perder su patria y personas.

CAPÍTULO III

Los verdaderos motivos de la segunda guerra púnica: el odio de Amílcar contra los romanos, la toma de la Cerdeña por éstos, los nuevos tributos que impusieron a los cartagineses, y los éxitos de los cartagineses en la España.

El haber mencionado a Fabio y a su historia, no es porque tema que la verosimilitud de sus declaraciones halle crédito en algunos. Los absurdos de este escritor son tales, que, sin que yo los advierta, ellos por sí mismos se presentarán a la vista de los lectores. Sino para avisar a los que tomen en la mano su historia, que no reparen en el título del libro, sino en lo que contiene. Pues existen hombres que no deteniéndose en las palabras, sino en quien las dice, e impresionados de que el autor es contemporáneo y miembro del senado, reputan al instante por verdadero cuanto refiere. Mi sentir es, que así como no se debe despreciar la autoridad de este escritor, tampoco darla por sí sola un entero asenso, sino examinar a más los hechos para formar juicio.

Bajo este supuesto, se debe reputar por primera causa de la guerra entre romanos y cartagineses (aquí fue donde nos separamos del asunto) la indignación de Amílcar, llamado Barca, padre natural de Aníbal. Este general mantenía un espíritu invencible aun después de la guerra de Sicilia. Advertía que las tropas que habían estado bajo su mando en Erice se conservaban aún enteras y en los mismos sentimientos que su jefe, y que si el descalabro que sufrió en el mar su república la obligó a ceder al tiempo y a concertar la paz, su rencor siempre era el mismo, y sólo esperaba ocasión de declararle. Y en verdad, que a no haberse sublevado en Cartago los extranjeros, por su parte hubiera vuelto de nuevo a emprender la guerra. Pero prevenido de las sediciones intestinas, tuvo que

ocuparse en sosegarlas.

Aquietados que fueron estos alborotos, los romanos declararon la guerra a los cartagineses. Al principio éstos se pusieron en defensa, esperanzados de que la justificación de su causa volvería por la victoria, como hemos declarado en los libros anteriores, sin los cuales no será posible comprender cómodamente, ni lo que ahora se dice, ni lo que se dirá en la consecuencia. Pero como los romanos cuidasen poco de su justicia, los cartagineses, oprimidos y sin saber qué hacerse, tuvieron que acomodarse al tiempo, evacuar la Cerdeña, y consentir en pagar otros mil doscientos talentos sobre los primeros, por redimirse de una guerra en tales circunstancias. Esta es la segunda causa, y en mi concepto la mayor, de la guerra que más tarde se originó. Pues Amílcar, uniendo a su particular resentimiento el odio de sus ciudadanos, apenas hubo deshecho los rebeldes extranjeros y asegurado la tranquilidad a la patria, puso toda su atención en la España, con la intención de servirse de ella como de almacén para la guerra contra los romanos. Los venturosos resultados de los cartagineses en este país se deben tener por tercera causa; pues fiados en estas tropas, emprendieron con vigor la mencionada guerra. Existen muchas pruebas de que Amílcar fue el principal autor de la segunda guerra púnica, aunque su muerte había sido diez años antes que aquella comenzase. Para testimonio de lo dicho bastará lo que voy a decir.

Cuando vencido Aníbal por los romanos tuvo finalmente que retirarse de su patria y acogerse a la corte de Antíoco, los romanos, conocedores ya de lo que los etolios maquinaban, enviaron legados a este príncipe con la misión de sondear sus intenciones. Los embajadores, advirtiéndole que el rey daba oídos a los etolios y que meditaba la guerra contra ellos, dieron en hacer la corte a Aníbal, con el fin de hacerle sospechoso con Antíoco. Efectivamente, vieron cumplidos sus deseos. Andando el tiempo, y creciendo más y más en el rey los recelos contra Aníbal, se presentó finalmente la ocasión de sacar a cuento uno a otro su interior desconfianza. En este coloquio, luego de haber traído Aníbal muchas pruebas en su defensa, viendo que de nada servían sus razones, vino a parar en esto: «Cuando mi padre se disponía a partir a España con ejército, contaba yo solo nueve años: me hallaba arrimado al altar, mientras él sacrificaba a Júpiter; y después de tributadas a los dioses las libaciones y ritos acostumbrados, mandó se retirasen un poco los circunstantes; y llamándome, me preguntó con caricias si quería acompañarle a la expedición; yo le respondí con gozo que sí, y aun se lo supliqué con aquel modo propio de un muchacho; él entonces, tomándome de la derecha, me acercó al altar, y me mandó que, puesta la mano sobre las víctimas, jurase no ser jamás amigo de los romanos. En este supuesto, estad seguro que mientras penséis en suscitar ofensas contra los romanos podéis fiar de mí, como de un hombre que os servirá con fe sincera; pero si tratáis de compostura o alianza, no necesitáis dar oídos a calumnias, sino recelarse y guardarse de mí, pues siempre obraré contra Roma en todo lo posible.»

Este discurso, que pareció a Antíoco sincero y de corazón, disipó todas sus anteriores sospechas; y al mismo tiempo se debe reputar por un testimonio evidente del odio de Amílcar y de todo su proyecto, como se vio por los mismos hechos. Pues suscitó a los romanos tales enemigos en Asdrúbal, su yerno, y Aníbal, su hijo natural, que llegó al exceso de la enemistad. Es verdad que Asdrúbal murió antes de hacer público su propósito, pero para eso a Aníbal le sobró tiempo para manifestar el rencor que había heredado de su padre contra los romanos.

Por eso los que gobiernan Estados deben poner su principal estudio en comprender las intenciones que tienen las potencias en reconciliarse o en contraer alianza, cuándo reciben la ley forzada de la necesidad, y cuándo postradas de corazón, para cautelarse de aquellas, reputándolas como espiadoras de la ocasión; y fiarse de éstas como de súbditas y amigas verdaderas, participándolas cuanto ocurra sin reparo. Tales son las causas de la guerra de Aníbal. Ahora se van a exponer los principios.

CAPÍTULO IV

Expediciones de Aníbal por España.- Pretextos con que procura equivocar a la embajada de los

romanos.- Sitio y toma de Sagunto.

Aunque los cartagineses sufrían con impaciencia la pérdida de la Sicilia, aumentaba mucho más su indignación la de la Cerdeña y la suma de dinero que últimamente se les había impuesto, como hemos indicado. Por tal motivo, así que tuvieron bajo su dominio la mayor parte de la España, todas las acriminaciones contra los romanos hallaron en ellos buena acogida. Entonces llegó la noticia de la muerte de Asdrúbal, a quien se había encargado el mando de la España por falta de Amílcar. De momento esperó la República, hasta ver a quién se inclinaban las tropas; pero después que se supo que el ejército había elegido de común consentimiento a Aníbal por su jefe, al punto, junto el pueblo, ratificó a una voz la elección de los soldados. No bien Aníbal había tomado el mando, cuando se propuso sujetar a los olcades. Fue a acamparse delante de Althea, ciudad la más fuerte de esta nación, y después de un vigoroso y terrible ataque (221 años antes de J. C.) se apoderó de ella en un momento. Este accidente aterró a los demás pueblos y los sometió al poder de Cartago. Más tarde vendió el botín de estas ciudades, y dueño de infinitas riquezas se volvió a invernar a Cartagena. Allí, generoso con los que le habían servido, satisfizo las raciones al soldado, ofreció gratificaciones para el futuro, se granjeó un sumo aprecio y excitó en sus tropas magníficas esperanzas. Al iniciarse el verano dio principio a la campaña por los vacceos, atacó a Salamanca y la tomó por asalto (220 años antes de J. C.) Puso sitio asimismo y ganó por fuerza a Arbucala, ciudad que por su magnitud, gran población y fuerte resistencia de sus habitantes le costó mucho trabajo. A la vuelta, los carpetanos, nación casi la más poderosa de aquellos países, le atacaron y pusieron en el mayor apuro. Se habían unido a éstos los pueblos vecinos, conmovidos principalmente por los olcades fugitivos, y sublevados por los salmantinos que se habían salvado. Si los cartagineses se hubieran visto forzados a combatir en batalla ordenada, hubieran perecido sin remedio. Pero Aníbal tuvo en esta ocasión la sagacidad y prudencia de irse retirando lentamente, poner por barrera al río Tajo y dar la batalla en el paso del río. Efectivamente, auxiliado de las ventajas del río y de los casi cuarenta elefantes que tenía, todo le salió maravillosamente como había pensado. Los bárbaros intentaron superar y vadear el río por muchas partes; pero la mayoría perecieron en el desembarco, porque al paso que iban saliendo los elefantes que estaban a la margen, los atropellaban antes de ser socorridos. Aparte de esto, la caballería, como resistía mejor la corriente y desde encima del caballo peleaba contra la infantería con ventaja, mató mucha gente en el mismo río. Por último, Aníbal pasó al otro lado, y dando sobre los bárbaros, ahuyentó más de cien mil. Con esta derrota no hubo ya pueblo, del Ebro para acá, que osase hacer frente a los cartagineses, como no sea Sagunto. Pero Aníbal, atento a las instrucciones y consejos de su padre, procuraba en cuanto podía no mezclarse con esta ciudad, a fin de no dar a las claras pretexto alguno de guerra a los romanos, hasta haberse asegurado de lo restante de España. Entretanto los saguntinos enviaban a Roma correos de continuo, ya porque, presintiendo lo que había de ocurrir, temían por sus personas, ya porque querían informar a los romanos de los progresos de los cartagineses en la España. En Roma se habían mirado con indiferencia estas representaciones; pero entonces se despacharon embajadores que inquiriesen la verdad del hecho. Por este mismo tiempo Aníbal, después de haber sujetado los pueblos que se había propuesto, volvió por segunda vez con el ejército a invernar a Cartagena, que era como la capital y la corte de lo que los cartagineses poseían en la España. Allí encontró los embajadores romanos, y admitiéndolos a audiencia, escuchó su comisión. Estos le declararon que no tocarse a Sagunto, pues estaba bajo su amparo, ni pasase el Ebro, según el tratado concluido con Asdrúbal. Aníbal, joven entonces, lleno de ardor militar, afortunado en sus propósitos y estimulado de un inveterado odio contra los romanos, como si hubiese tomado por su cuenta la protección de Sagunto, se quejó a los embajadores: de que originada poco antes una sedición en Sagunto, los vecinos habían tomado por árbitros de la disputa a los romanos, y éstos habían quitado la vida injustamente a algunos de los principales; que esta perfidia no la podía dejar él impune, pues los cartagineses tenían por costumbre, recibida de sus mayores, no permitir se hiciesen injurias. Pero al mismo tiempo envió a Cartago para saber cómo se

portaría con los saguntinos que, validos de la alianza de los romanos, maltrataban algunos pueblos de su dominio. En una palabra, Aníbal obraba con imprudencia y cólera precipitada. Por eso, en vez de verdaderos motivos echaba mano de fútiles pretextos, costumbre ordinaria de los que, prevenidos de la pasión, desprecian lo honesto. ¿Cuánto mejor le hubiera estado manifestar que los romanos le restituyesen la Cerdeña, y juntamente el tributo que validos de la ocasión les habían exigido sin justicia, o de lo contrario declarar la guerra? Pero Aníbal, por haber silenciado en esta ocasión el verdadero motivo y haber supuesto la injuria de los saguntinos, que no había, dio a entender que empezaba la guerra, no sólo sin fundamento, pero aun contra todo derecho.

Los embajadores romanos, asegurados de que la guerra sería indefectible, se embancaron para Cartago con el propósito de hacer a los cartagineses las mismas protestas. No se persuadían a que el teatro de la guerra fuese en la Italia, sino en la España, en cuyo caso les serviría Sagunto de plaza de armas. Por eso el senado romano, que adaptaba sus deliberaciones a este intento, previendo que la guerra sería importante, dilatada y distante de la patria, tomó la providencia de asegurar los negocios de la Iliria.

Ocurrió por este tiempo (220 años antes de J. C.) que Demetrio de Faros, olvidado de los beneficios anteriormente recibidos de los romanos, y despreciándolos por el terror que antiguamente los galos y actualmente los cartagineses les habían infundido; depositada toda su confianza en la casa real de Macedonia por haber socorrido y acompañado a Antígono en la guerra cleoménica, talaba y arruinaba en la Iliria las ciudades de la dominación romana, navegaba con cincuenta bergantines del otro lado del Liso contra el tenor del tratado, y saqueaba muchas de las islas Ciclades. A la vista de esto, los romanos, considerando el floreciente estado de la casa real de Macedonia, procuraron poner a cubierto las provincias situadas al Oriente de Italia. Se hallaban persuadidos a que después de corregida la locura de los ilirios y reprendida y castigada la ingratitud e insolencia de Demetrio, tendrían aún tiempo de prevenir los intentos de Aníbal. Pero les fallaron sus propósitos. Pues Aníbal les ganó por la mano y les quitó la ciudad de Sagunto. Esto fue causa de que la guerra se hiciese, no en la España, sino a las puertas de Roma y en toda Italia. Sin embargo, los romanos, siguiendo su primer proyecto, enviaron a la Iliria con ejército a L. Emilio por la primavera del año primero de la olimpiada ciento cuarenta. Aníbal partió de Cartagena con sus tropas y se encaminó hacia Sagunto.

Esta ciudad se halla situada en la falda de una montaña que, uniendo los extremos de la Iberia y de la Celtiberia, se extiende hasta el mar. Dista de éste como siete estadios. Su territorio produce todo género de frutos, los más sazonados de la España. Aníbal, acampado frente a Sagunto, estrechaba con vigor el cerco (220 años antes de J. C.) Preveía que de la toma de esta plaza por fuerza le provendrían muchas ventajas para el futuro. Ante todo presumía que quitaría a los romanos la esperanza de hacer la guerra en España; después estaba persuadido a que el terror que esparciría este ejemplo haría más dóciles a los que ya eran sus súbditos, y más circunspectos a los que estaban aún independientes, y, sobre todo, que no dejando enemigos tras de él proseguiría su marcha sin peligro. Aparte de esto, creía que abundaría de dinero para la empresa, que el botín que cada uno conseguiría daría ánimo a sus soldados para seguirla, y que la remisión de despojos a Cartago le atraería el afecto de sus conciudadanos. Estas reflexiones le estimulaban a insistir en el sitio con brío. Unas veces, dando ejemplo al soldado, trabajaba él mismo en la construcción de las obras; otras, exhortando a la tropa, se exponía, arrojado, a los peligros, sin rehusar fatiga ni cuidado. Finalmente, a los ocho meses tomó la ciudad a viva fuerza. Dueño de muchos dineros, prisioneros y muebles, el dinero lo aplicó a sus propósitos particulares, como se había propuesto; los prisioneros los distribuyó entre los soldados, a cada uno según su mérito, y los muebles todos los remitió al instante a Cartago. En nada desmintió la acción a su idea; todo le salió como él había imaginado. La tropa vino a ser más intrépida para el peligro, los de Cartago más propensos a sus mandatos, y él, bien provisto de pertrechos, emprendió muchas acciones ventajosas.

CAPÍTULO V

*Expedición de Emilio a la Iliria y toma de muchas plazas por éste.- Victoria sobre Demetrio.-
Embajada de Roma a Cartago.- Manifiesto en que esta República justifica su derecho.*

Mientras tanto Demetrio, conocida la intención de los romanos, introdujo en Dimalo una guarnición competente con todas las municiones necesarias. En las demás ciudades hizo matar a los del bando contrario, y entregó los gobiernos a sus amigos. Él eligió entre sus vasallos seis mil hombres los más valerosos, y se metió con ellos en Faros (220 años antes de J. C.) Entretanto el cónsul romano llegó a la Iliria con las legiones, y advirtiéndole que los enemigos vivían confiados en la fortaleza y provisiones de Dimalo y en que en su concepto era inconquistable, decidió iniciar la campaña por esta plaza con el fin de aterrar a los enemigos. Para ello exhortó en particular a los tribunos, y tras haber avanzado las obras por muchas partes, emprendió el sitio con tal vigor que a los siete días tomó la ciudad. Este repentino accidente abatió tanto el espíritu de los contrarios, que al instante vinieron de todas las ciudades a rendir y ofrecer la obediencia a los romanos. El cónsul recibió a cada uno bajo los pactos competentes, y se hizo a vela hacia Faros contra Demetrio mismo. Pero enterado de que la ciudad se hallaba bien fortificada, que encerraba gran número de tropas escogidas y que estaba provista de víveres y demás pertrechos, recelaba no viniese a ser el sitio difícil y duradero. Para precaver estos inconvenientes se valió de esta estratagema a su llegada. Arribó a la isla durante la noche con todo el ejército, desembarcó la mayor parte en unos lugares montuosos y cóncavos, y llegado el día se hizo a la mar con veinte navíos, a la vista de todos, para el puerto cercano a la ciudad. Demetrio, que advirtió los navíos, despreciando su corto número, salió de la ciudad al puerto para impedir el desembarco.

Luego que vinieron a las manos, se enardeció la batalla. Acudían de la plaza continuos refuerzos, hasta que finalmente salieron todos. Los romanos que habían desembarcado durante la noche, caminando por lugares ocultos llegaron a este tiempo, y ocupando una eminencia fortificada que existe entre esta ciudad y el puerto, cortaron la retirada a los que salían de la plaza al socorro. Visto esto por Demetrio, desistió de impedir el desembarco, y después de unidas y exhortadas sus tropas, resolvió combatir en batalla ordenada contra los que ocupaban la colina. Los romanos, que advirtieron que los ilirios les atacaban con vigor y en buen orden, dieron también sobre ellos con un valor espantoso. Al mismo tiempo los que habían saltado de los navíos invadieron por la espalda a los ilirios, y acosados por todas partes, se vieron en un desorden y confusión extrema. Finalmente, molestados por el frente y por la espalda, tuvieron que emprender la huida. Algunos se refugiaron a la ciudad, pero la mayor parte se esparció en la isla por caminos extraviados. Demetrio se embarcó en unos bergantines que tenía anclados en ciertas calas desiertas para un accidente, y haciéndose a la vela durante la noche, aportó felizmente a la corte del rey Filipo, donde pasó el resto de su vida. Era un príncipe dotado de valor y espíritu, pero inconsiderado y del todo indiscreto. Su fin fue semejante al método de vida. Pues habiendo emprendido tomar la ciudad de Messenia con parecer de Filipo, su arrojo y temeridad en el acto mismo de la acción le hizo perder la vida. Pero de esto hablaremos pormenor cuando llegue el caso. Emilio al punto tomó a Faros por asalto y la destruyó; después, apoderado del resto de la Iliria y ordenadas las cosas a medida de su gusto, volvió a Roma al fin del estío, donde celebró su entrada con triunfo y toda magnificencia; premio debido, no sólo a la destreza, sino aun más al valor con que se había conducido en los negocios.

Así que llegó a Roma la nueva de la toma de Sagunto, no se puso en deliberación si se había de emprender la guerra. Algunos escritores lo dicen, y aun refieren las opiniones que hubo de una y otra parte, pero incurren en el absurdo más clásico. ¿Cómo es posible que los romanos, que en el año anterior habrían declarado la guerra a los cartagineses en caso que invadiesen las tierras de Sagunto, tomada ahora por fuerza la ciudad, se reuniesen estos mismos a consultar si se había de emprender o no la guerra? ¿Cómo no se ha de extrañar que, al insinuar la consternación de los senadores, añadan estos escritores que los padres llevaron a los hijos de doce años al senado, y que

habiéndoles dado parte de la consulta, ni aun a sus parientes revelaron el secreto? Esto es inverosímil y absolutamente falso. A no ser que se quiera decir que la fortuna, a más de otras prerrogativas, ha dispensado a los romanos el don de la prudencia desde el vientre de su madre. Semejantes escritos, como los de Chæreas y Sosilo, no merecen más refutación. Estos, en mi concepto, no tienen traza ni disposición de historia, sino de cuentos forjados en la tienda de un barbero y propalados por el vulgo.

Luego que supieron los romanos el atentado contra Sagunto, nombraron embajadores y los enviaron a Cartago sin tardanza, con orden de proponer dos partidos a los cartagineses: uno que no podían aceptar sin deshonor y perjuicio, y otro que era principio de una costosa y desastrosa guerra. Solicitaban, o que se les entregase a Aníbal y sus consejeros, o intimarles la guerra. Llegados que fueron a Cartago los embajadores y admitidos en el senado, expusieron sus instrucciones. Los cartagineses escucharon con indignación el objeto de su propuesta; sin embargo, dieron comisión al más capaz de ellos para exponer el derecho de la República.

Éste callaba el tratado ajustado con Asdrúbal, como si no se hubiese llevado a cabo; y caso de serlo, como que en nada les perjudicaba, por haberse concluido sin el parecer del senado. Para prueba de esto, traía el ejemplo de los mismos romanos cuando Luctacio firmó la paz en la guerra de Sicilia, que no obstante estar ya ésta aprobada por el cónsul, la dio después por nula el pueblo romano, por haberse hecho sin su consentimiento. Toda su defensa se redujo a insistir y apoyarse en los últimos tratados que se habían concertado en la guerra de Sicilia, en los que decía no había nada dispuesto sobre la España; sólo si se había prevenido expresamente que habría seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo; pero negaba que en aquel tiempo fuesen aliados de los romanos los saguntinos, y para prueba de esto leía a cada paso los tratados.

Los romanos rehusaban absolutamente disputar sobre el derecho. Manifestaban que esta discusión tendría lugar en el caso de que Sagunto permaneciese en su primitivo estado, y entonces sería factible que las palabras solas terminasen la controversia pero una vez arruinada esta ciudad contra la fe de los tratados, o se les había de entregar a los autores de la infracción, hecho por donde harían ver al mundo que no habían tenido parte en semejante atentado y que se había cometido sin su consentimiento, o no queriendo hacerlo, confesar que habían coadyuvado..., y entonces a qué fin tan vagos y generales discursos. Nos ha parecido preciso no silenciar este pasaje, para que aquellos a quienes toca e interesa conocer a fondo estas materias no ignoren la verdad en las deliberaciones más urgentes ni los políticos, seducidos de la ignorancia y parcialidad de los escritores, yerren en adquirir una noticia exacta de los tratados que ha habido entre romanos y cartagineses desde el principio hasta nuestros días.

CAPÍTULO VI

Tratados de paz entre romanos y cartagineses antes de la segunda guerra púnica.

Ciertamente los primeros tratados que se llevaron a cabo entre romanos y cartagineses fueron en tiempo de L. Junio Bruto y Marco Horacio, los dos primeros cónsules que se nombraron después de abolidos los reyes, y por quienes fue consagrado el templo de Júpiter Capitolino, veintiocho años antes del paso de Jerjes a la Grecia.

Expresamos aquí sus palabras, interpretándolas con la exactitud posible. Pues es tal la diversidad que se encuentra, aun entre los romanos, de la lengua de hoy a la de aquellos tiempos (509 años antes de J. C.), que apenas los más inteligentes podrán explicar con trabajo algunos lugares. El tratado está comprendido en estos términos: «Habrà alianza entre romanos y cartagineses y sus aliados respectivos con estas condiciones: no navegarán los romanos ni sus aliados de parte allá del Bello Promontorio, a no ser que los completa alguna tempestad o fuerza enemiga, y en caso de ser alguno arrojado por fuerza, no le será lícito su buque o culto de sus

dioses, y partirá dentro de cinco días. Los que vengan a comerciar no pagarán derecho alguno más que el del pregonero y el del escribano. Todo lo que sea vendido en presencia de éstos, la fe pública servirá de garante al vendedor, bien la venta sea en África o bien en Cerdeña. Si algún romano aportase a aquella parte de Sicilia en que mandan los cartagineses, guárdesele en un todo igual derecho. Los cartagineses no ofenderán a los ardeatos, antiatos, laurentinos, circeienses, tarracinenses ni otro algún pueblo de los latinos que obedezca a los romanos. Se abstendrán de hacer agravio a las ciudades aliadas, aunque no estén bajo la dominación romana. Si tomasen alguna, la restituirán íntegra a los romanos. No construirán fortaleza en el país de los latinos, y si entran en esta provincia como enemigos, no pasarán la noche en ella.»

Llábase Bello Promontorio el que está al frente de la misma Cartago hacia el Septentrión, pasado el cual prohíben absolutamente los cartagineses que los romanos naveguen con navíos largos hacia el Mediodía. La causa de esto, a mi entender, es para que no les exploren las campiñas próximas a Bizacio y a la pequeña Sirtes, que por la fertilidad del terreno llaman ellos Emporios. Conceden, sin embargo, lo necesario al que, arrojado por la tempestad o violencia enemiga, necesite alguna cosa para los sacrificios y reparo de su buque; pero previenen no tome nada por fuerza y salga al quinto día de haber fondeado. Permiten a los romanos comerciar en Cartago, en todo el país de África de parte acá del Bello Promontorio, en Cerdeña y en aquella parte de Sicilia sujeta a Cartago, y prometen bajo fe pública que les guardarán justicia. Bien se deja ver por este tratado que los cartagineses hablan de la Cerdeña y del África como propias; pero de la Sicilia, por el contrario, hacen distinción expresa, comprendiendo el tratado aquella sola parte que obedece a Cartago. Del mismo modo los romanos expresan el Lacio en la convención; pero no mencionan lo restante de Italia, por no hallarse bajo su dominio.

A éste se siguió otro tratado, en el que los cartagineses incluyeron a los tirios y Uticenses, y se añadió al Bello Promontorio Mastia y Tarseio, pasadas las cuales, se prohibió que los romanos pirateasen ni construyesen ciudad (352 años antes de J. C.) Su tenor es el siguiente: «Habrá alianza entre romanos y sus aliados, y los cartagineses, tirios, uticenses y aliados de éstos con estas condiciones: no andarán a corso, ni comerciarán ni edificarán ciudad los romanos de parte allá del Bello Promontorio, Mastia y Tarseio. Si los cartagineses tomasen alguna ciudad en el Lacio que no esté sujeta a los romanos, retendrán para sí el dinero y los prisioneros, pero restituirán la ciudad. Si los cartagineses apresasen alguno con quien estén en paz los romanos por algún tratado escrito, aunque no sea su súbdito, no le llevarán a los puertos de los romanos; y en caso de ser llevado, si le coge algún romano, quedará libre. A lo mismo estarán atentos los romanos. Si éstos tomasen agua o víveres de alguna provincia de la dominación de Cartago, con el pretexto de los víveres no ofenderán a nadie con quien tengan paz y alianza los cartagineses... A ninguno será lícito hacerse justicia por su mano y si la hiciese, será esto reputado por crimen público. Ningún romano comerciará ni construirá ciudad de Cerdeña y África, ni aportará allá sino para tomar víveres y reparar su buque. Si la tempestad le arroja, saldrá dentro de cinco días. En aquella parte de Sicilia en que mandan los cartagineses y en Cartago obrará y venderá un romano con la misma libertad que un ciudadano. El mismo derecho tendrá un cartaginés en Roma.»

Por segunda vez insisten los cartagineses en este tratado en hablar del África y de la Cerdeña como propias, y prohibir a los romanos todo arribo. Por el contrario de la Sicilia, especifican aquella sola parte dominada por ellos. De igual forma los romanos, por lo respectivo al Lacio, estipulan no se haga daño a los ardeatos, antiatos, circeios y tarracinos. Estas son las ciudades marítimas que se hallan sobre la costa del Lacio, y que quieren estén comprendidas en el tratado. Últimamente, antes que los cartagineses comenzasen la guerra de Sicilia (281 años antes de J. C.), concertaron los romanos otro tratado hacia el paso de Pirro por Italia. En él se observan los mismos pactos que en los precedentes, con la diferencia de añadirse lo siguiente: «Si los romanos o cartagineses quieren hacer alianza por escrito con Pirro, la harán unos y otros con la condición de que se podrá auxiliar mutuamente a los que sean atacados. En el caso de que cualquiera de los dos pueblos necesite de socorro, los cartagineses pondrán los navíos, tanto para el viaje como para el

combate; pero cada uno pagará el sueldo a sus tropas. Los cartagineses socorrerán a los romanos aun en el mar, si fuese necesario. Pero ninguno será forzado a echar fuera la tripulación contra su voluntad.»

Los tratados estaban confirmados con estos juramentos. En el primero los cartagineses juraron por los dioses patrios, y los romanos por una piedra, según una antigua costumbre, y a más por Marte Quirino y Grandivo. El juramento por una piedra era de este modo: el que firmaba el tratado con este juramento después de haber jurado sobre la fe pública, tomaba una piedra en la mano y decía estas palabras: «Si juro verdad, que me suceda bien, y si pensase u obrase de otro modo, que salvos todos los demás en sus patrias en sus leyes, en sus bienes, templos y sepulcros, yo solo sea exterminado, como ahora lo es esta piedra»; y diciendo esto arrojaba la piedra de la mano.

Estos tratados subsisten y se conservan en láminas de bronce hasta hoy en el templo de Júpiter Capitolino, en el archivo de los ediles. A la vista de esto cualquiera extrañará con razón en el historiador Filino no el que ignore estos monumentos; esto no es sorprendente, cuando aun en nuestros días no los sabían los romanos y cartagineses más ancianos, ni los que se preciaban haber hecho su principal estudio en el derecho público; sino el que se atreva sin autoridad ni razón a escribir lo contrario, a saber, que había un tratado entre romanos y cartagineses, por el que aquellos se obligaban a abstenerse de toda la Sicilia, y éstos de toda la Italia, y que los romanos habían violado el pacto y el juramento en el acto mismo que pasaron la primera vez a la Sicilia; cuando semejante instrumento jamás ha existido, ni se halla de él memoria alguna. Estas son sus palabras terminantes en el segundo libro, cuya relación circunstanciada emitimos para este lugar cuando hicimos de ellas mención en el conjunto de nuestra obra, para desengaño de muchos que creen en los escritos de Filino. Ciertamente, si en el paso de los romanos a la Sicilia se considera en que al cabo recibieron a los mamertinos en su gracia, y los socorrieron después a sus instancias, no obstante haber faltado a la fe a los de Messina y Regio; con razón se vituperará el hecho. Pero creer que pasaron a la Sicilia contra algún juramento o tratado, es una crasa ignorancia.

Terminada la guerra de Sicilia (242 años antes de J. C.), se concertó otro tratado cuyas principales condiciones son estas: «Abandonarán los cartagineses la Sicilia y todas las islas situadas entre ésta y la Italia; habrá seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo; no dispondrá el uno en la dominación del otro, ni reedificará públicamente, ni reclutará tropas, ni contraerá alianza con los aliados del otro pueblo; los cartagineses pagarán dos mil doscientos talentos en diez años, los mil de contado; los cartagineses restituirán a los romanos sin rescate todos sus prisioneros.» Concluida después la guerra de África (239 años antes de J. C.), los romanos hicieron un decreto para declarar la guerra a los cartagineses, y añadieron estos pactos al tratado: «Los cartagineses saldrán de la Cerdeña, y añadirán otros mil y doscientos talentos a la suma que hemos apuntado.» A más de éstos se terminó el último tratado con Asdrúbal en la España, por el que se convino que los cartagineses no pasarían con las armas el río Ebro (229 años antes de J. C.).

Estos son los convenios que hubo entre romanos y cartagineses desde el principio hasta el tiempo de Aníbal: por donde se ve que así como no se halla que los romanos violasen juramento alguno para pasar a la Sicilia, igualmente no se encontrará causa ni pretexto razonable para la segunda guerra, por la que se apropiaron la Cerdeña. Por el contrario, es incontestable que las circunstancias precisaron a los cartagineses a evacuar la Cerdeña, contra todo derecho, y a pagar la suma de dinero que hemos dicho. Porque el agravio que los romanos suponen, de que durante la guerra de África fueron maltratados sus comerciantes, quedó remitido cuando entregados de todos los prisioneros que los cartagineses habían conducido a sus puertos, restituyeron ellos en reconocimiento y sin rescate los que tenían, como hemos demostrado por menor en el libro antecedente. Siendo esto así, sólo nos resta examinar e inquirir a cuál de los dos pueblos se ha de atribuir la causa de la guerra de Aníbal.

CAPÍTULO VII

Manifiesto en que exponen los romanos su derecho.- A cuál de las dos repúblicas se debe atribuir la causa de la segunda guerra púnica.- Utilidades de la historia y ventajas en que excede la universal a la particular.

Acabamos de ver lo que los cartagineses alegan por su parte. Ahora diremos las razones que exponen los romanos, de que entonces, ciegos con la cólera de haber perdido a Sagunto, no hicieron uso, y al presente andan en boca de todos. Ante todo, que no se debía reputar por inválido el tratado terminado con Asdrúbal, como se atrevían a proferir los cartagineses. Porque en éste no se añadió, como en el de Luctacio, la cláusula de que sería valedero si lo ratificaba el pueblo romano; sino que Asdrúbal, con autoridad absoluta, firmó sus condiciones, en las que se contenía que los cartagineses no pasarían con las armas el río Ebro. A más de que en el tratado que se hizo sobre la Sicilia estaba contenido, como ellos confiesan, que habría mutua seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo; esto es, no sólo entre los que entonces había, como interpretan los cartagineses, pues entonces se hubiera añadido: o que no se recibirían otros aliados más que los que ya había, o que el tratado no comprendería a los que después se recibiesen. Pero no habiéndose especificado ninguno de estos extremos, es evidente que la seguridad debe ser comprensiva a todos los aliados de uno y otro pueblo, tanto los que a la sazón había, como los que se recibiesen en el futuro. Esto la razón misma lo está dictando, pues ciertamente no hubieran concertado un tratado que les quitaba la libertad de admitir, según las circunstancias, los amigos o aliados que les pareciesen ventajosos, y les obligaba a pasar por las ofensas que otros hiciesen a los que habían tomado bajo su amparo. La mente principal de unos y otros en este tratado fue abstenerse mutuamente de ofender a los aliados que ya entonces tenía cada uno, y de ninguna manera el uno contraer alianza con los aliados del otro; pero respecto de los que después se podrían recibir, que no se reclutasen tropas que no dispusiese el uno en la dominación y aliados del otro, y que se guardaría seguridad entre todos los aliados por ambas partes.

Siendo esto así, es también notorio que los saguntinos, muchos años antes del tiempo de Aníbal, se habían puesto bajo la protección de los romanos. La mayor prueba de esto, y que asimismo confiesan los mismos cartagineses, es que, amotinados entre sí los saguntinos, no se comprometieron en los cartagineses, aunque vecinos y dueños ya de la España, sino en los romanos, por cuya mediación lograron el restablecimiento de su gobierno. Convengamos, pues, en que si se sienta por causa de la segunda guerra púnica la ruina de Sagunto, se deberá conceder que los cartagineses emprendieron la guerra injustamente: bien se mire al tratado de Luctacio, por el que se previene que habrá seguridad en los aliados de uno y otro pueblo, bien al de Asdrúbal, por el que se prohíbe a los cartagineses adelantar sus conquistas del otro lado del Ebro. Pero si se atiende a la pérdida de la Cerdeña y al nuevo tributo que con ella se les impuso, se confesará precisamente que los cartagineses, en haberse valido de la ocasión para satisfacerse de los que les habían ofendido en situación tan urgente, iniciaron la guerra de Aníbal con justicia. Quizá me dirá alguno de los que lean sin reflexión este pasaje, que he individualizado sin necesidad esta materia más de lo que convenía. Yo confesaré sin reparo que si alguno se supone ser por sí solo bastante contra cualquier accidente, el conocimiento de las cosas pasadas le será curioso, pero no necesario. Mas como ningún mortal se atreverá a decir otro tanto, ni de sí propio, ni del estado, pues aunque por el presente viva feliz, si tiene entendimiento, no asegurará con prudencia la misma dicha para el futuro; por eso me confirmo en que le es no sólo útil, sino aun preciso, el saber las cosas que nos han precedido. Sin este conocimiento, ¿cómo se hallarán socios o aliados que nos venguen de nuestras particulares injurias, o de las de la patria? ¿Cómo, para promover o emprender de nuevo algún proyecto, se incitará a otros a que coadyuven nuestros propósitos? ¿Cómo, finalmente, contento con los sucesos contemporáneos, se ganarán amigos que corroboren nuestro dictamen y conserven el estado actual, si no se sabe recordar a cada uno lo pasado? Por regla general los hombres se acomodan a lo presente, y en dichos hechos se parecen a los monos; de suerte que es difícil a veces calar sus intenciones y descubrir a fondo la verdad. Pero las acciones de los pasados,

como las ha calificado el mismo éxito, nos muestran sin rebozo la intención y pensamiento de sus autores, y nos enseñan de quiénes debemos esperar favor, beneficio o socorro, y de quienes lo contrario. Por ellas se conoce a cada paso quién se compadecerá de nuestros infortunios, quién tomará parte en nuestra indignación, y quién nos vengará de la ofensa; cosa que acarrea infinitas ventajas, ya en común, ya en particular, para el trato civil de las gentes. Por lo cual los que escriben o leen historias, no tanto deben cuidar de la narración de los hechos mismos cuanto de los antecedentes, coincidentes y consecuencias. A la historia, si se la quita el porqué, cómo, con qué fin se hizo tal acción, y si correspondió el éxito; lo que queda no es más que un mero ejercicio de palabras que no produce instrucción. Y aunque por el pronto divierte, es de ninguna utilidad para adelante.

En este supuesto, los que se imaginen que nuestra obra será difícil de comprar y de leer por el número y magnitud de sus libros, tengan entendido que no saben cuánto más fácil es comprar y leer cuarenta libros coordinados bajo una cuerda, que nos den una justa idea de lo sucedido en Italia, Sicilia y África desde el tiempo en que Timeo termina la historia de Pirro hasta la toma de Cartago, y al mismo tiempo lo que ha ocurrido en las otras partes del mundo, desde la huida de Cleomedes, rey de Esparta, hasta la batalla dada entre aqueos y romanos junto al istmo del Peloponeso, que leer o comprar las obras que se han escrito sobre cada uno de estos hechos. Porque a más de que estos escritos superan muchísimo a mis comentarios, es imposible que los lectores saquen de ellos cosa fija. En primer lugar, porque los más no concuerdan sobre las circunstancias de un mismo asunto; después, porque omiten los hechos contemporáneos, de cuya recíproca comparación y confrontación se forma juicio muy diverso del que se concibió viéndolos separados; y últimamente, porque son del todo incapaces de tocar las cosas más importantes. El principal constitutivo de la historia, según hemos dicho, es lo que se siguió a los hechos, lo que acaeció al mismo tiempo, y más aún lo que dio motivo. Así es que vemos que la guerra de Filipo dio ocasión a la de Antíoco, la de Aníbal a la de Filipo, la de Sicilia a la de Aníbal, y que en el espacio intermedio hubo muchos y diversos sucesos, que todos concurrieron a un mismo fin. Todo esto se puede comprender y conocer por una historia universal; pero por las que tratan separadamente de cada una de estas guerras, como la de Perseo o la de Filipo, es imposible. A no ser que alguno presuma que leídas en estos autores las simples descripciones de las batallas, se halla ya enterado a fondo de la economía y disposición de toda la guerra, error a la verdad bien manifiesto. Soy, pues, de sentir que cuanta ventaja hay del saber al simple oír, otro tanto superará mi historia a las relaciones particulares.

CAPÍTULO VIII

Declaración de la guerra.- Sabias providencias que toma Aníbal para poner a cubierto el África y la España.- Marcha desde Cartagena hasta los Pirineos.- Numerosas e importantes conquistas.

Enterados los embajadores romanos (aquí nos separamos del hilo de la narración), de lo que los cartagineses exponían, no pronunciaron más palabra que decir el más anciano, descubriendo su seno a los senadores: «Aquí os traemos la guerra y la paz; escoged la que queréis que saque.» El presidente de los cartagineses respondió: «Sacad la que os parezca.» A lo que dijo el romano, que sacaba la guerra, y los más de los senadores contestaron a voces que la aceptaban. Con esto se separaron los embajadores y la asamblea.

Aníbal, que entonces se hallaba en cuarteles de invierno en Cartagena, licenció ante todo a los españoles para sus casas, con el propósito de tenerlos prontos y dispuestos para el futuro. Más tarde instruyó a su hermano Asdrúbal de la conducta que había de observar en el gobierno y mando con los españoles, y de las prevenciones que debía tomar contra los romanos, caso que él se ausentase. Por último, tomó providencias para poner a cubierto el África. Para esto se valió de una sagaz y prudente política. Hizo pasar las tropas de África a España, y las de España a África, ligando con este vínculo la fidelidad entre ambos pueblos. Los que pasaron de España a África fueron los

thersitas, los mastianos, los de las montañas y los olcades. El total de estas gentes ascendía a mil doscientos jinetes, y trece mil ochocientos cincuenta infantes. Pasaron también los baleares, llamados propiamente honderos. Se les llamó así, como también la isla, por el uso de la honda. Acuarteló la mayor parte de estas tropas en Metagonia de África, y al resto en la misma Cartago. Sacó de los pueblos de los metagonitas otros cuatro mil infantes, y los envió a Cartago para que sirviesen a un tiempo de rehenes y de tropas auxiliares. Dejó a su hermano Asdrúbal en España cincuenta navíos de cinco órdenes, dos de a cuatro, y cinco de a tres. Treinta y dos de los primeros y los cinco últimos estaban bien tripulados. Dejóle también cuatrocientos cincuenta jinetes libifénices y africanos, trescientos lorigitas, y mil ochocientos númidas, massilios, masselios, macios y mauritanos de los que habitaban la costa del océano; con una infantería de once mil ochocientos cincuenta africanos, trescientos ligures, quinientos baleares y veintiún elefantes. Nadie debe extrañar que describamos las operaciones de Aníbal en la España con la exactitud que apenas podrá otro que haya manejado privativamente esta materia; ni imputarme que me asemejo a aquellos escritores que palean sus embustes para que merezcan crédito. Pues habiéndome encontrado en Lacinio una plancha de bronce escrita por Aníbal cuando estaba en Italia, resolví darla una entera fe en el asunto, y preferí atenerme a esta memoria.

Aníbal, una vez tomadas todas las providencias para la seguridad del África y de la España, no aguardaba ni esperaba ya más que los correos que le habían de enviar los galos. Se hallaba ya exactamente informado de la fertilidad del país que yace al pie de los Alpes y a los contornos del Po, del número de habitantes de aquella comarca, del espíritu belicoso de sus moradores, y lo más importante, del odio que conservaban todavía contra los romanos por las guerras precedentes, de que ya hemos hecho mención en el libro anterior para que el lector comprendiese lo que habíamos de decir en la consecuencia. Satisfecho de esta esperanza, todo se lo prometía de la exacta correspondencia que mantenía con los príncipes galos, tanto cisalpinos, como inalpinos. Pensaba que el único modo de hacer la guerra a los romanos dentro de Italia, era si superadas primero las dificultades del camino pudiese llegar a los mencionados países, y hacer que los galos cooperasen y tomasen parte en su premeditado propósito. Finalmente, llegaron los correos, le enteraron de la voluntad y expectación de los galos, y le expusieron los grandes trabajos y dificultades que había que vencer en las cumbres de los Alpes, pero que no eran insuperables. Con esto, llegada la primavera, sacó sus tropas de los cuarteles de invierno. Ensoberbecido con las noticias que acababa de recibir de Cartago, y seguro del afecto de sus ciudadanos, empezó ya a animar las tropas a las claras contra los romanos. Les informó cómo éstos se habían atrevido a pedir que se les entregase su persona y todos los jefes del ejército. Les descubrió la fertilidad del país donde habían de ir, la benevolencia de los galos y la alianza con ellos contraída. Habiendo manifestado las tropas un pronto deseo de seguirle, alabó su buena voluntad, señaló día para la marcha, y despidió la junta.

Evacuados estos asuntos en el transcurso del invierno, y puesto el conveniente resguardo en las cosas de África y España, sacó su ejército el día señalado, compuesto de noventa mil infantes y cerca de doce mil caballos. Pasado que hubo el Ebro, sojuzgó los ilergetas, bargusios, áirennoslos y andosinos, pueblos que se extienden hasta los Pirineos. Tras de haber sujetado todas estas gentes y haber tomado por fuerza algunas de sus ciudades pronta e inesperadamente, bien que después de frecuentes y reñidos combates y con pérdida de mucha gente, dejó a Annón el gobierno de todo el país de parte acá del Ebro y el mando de los bargusios, de quienes principalmente se desconfiaba por la amistad que tenían con los romanos. Separó de su ejército diez mil infantes y mil caballos para Annón, y le dejó el equipaje de los que habían de seguirle. Despidió otros tantos a sus casas, con el propósito, ya de dejar a éstos afectos a su persona y dar a los demás esperanzas de volver a su patria, ya de que todos, tanto los que iban bajo sus banderas como los que permanecían en la España, tomasen las armas con gusto, si llegaba el caso de necesitar de su socorro. Con esto, desembarazado del bagaje el restante ejército, compuesto de cincuenta mil infantes y nueve mil caballos, tomó el camino por los montes Pirineos para pasar el Ródano; armada a la verdad no tan numerosa como fuerte y aguerrida con las continuas campañas que había hecho en la España.

CAPÍTULO IX

Digresión geográfica.- División del universo y nociones más comunes de esta materia.

A fin de que la ignorancia de los lugares no haga confusa la narración a cada paso, será necesario que digamos de dónde partió Aníbal, cuáles y cuántos países pasó y a qué parte de Italia fue su llegada. Expondremos no sencillamente las nomenclaturas de los lugares, ríos y ciudades, como hacen algunos escritores, creyendo ser esto suficiente para la individual inteligencia y discernimiento. Confieso que si se trata de lugares conocidos, contribuye muchísimo para renovar la especie de dominación de los hombres; pero en los completamente desconocidos, la simple relación de los nombres tiene igual fuerza a aquellas dicciones imperceptibles que vagamente pulsan nuestros oídos. Pues como el entendimiento carece de dónde apoyarse, ni puede referir a idea alguna conocida lo que le dicen, no le viene a quedar más que una noción vaga y confusa.

En este supuesto indicaremos un método que facilite al lector acomodar a principios ciertos y conocidos lo que se le diga sobre especies desconocidas. La primera, más importante y más común noción a todos los hombres es por la que cualquiera, aunque de cortos alcances, conoce la división y orden del universo en Oriente, Occidente, Mediodía y Septentrión. La segunda por la que acomodando los diferentes lugares de la tierra bajo cada una de las mencionadas partes, y refiriendo mentalmente lo que escucha a una de ellas, reducimos los lugares desconocidos y que no hemos visto a ideas conocidas y familiares.

Sentados estos principios del mundo en general, síguese ahora, observando la misma división, instruir al lector de la tierra que conocemos. Esta se divide en tres partes, con sus tres distintas denominaciones. La una se llama el Asia, la otra el África, y la tercera la Europa. Finalizan estas tres partes el Tanais, el Nilo y el estrecho de las columnas de Hércules. El Asia yace entre el Nilo y el Tanais; está situada respecto del universo bajo el espacio que media entre el Oriente del estío y el Mediodía. El África yace entre el Nilo y las columnas de Hércules; su situación está bajo el Mediodía del universo, y sucesivamente bajo el Ocaso del invierno hasta el Occidente equinoccial que cae a las columnas de Hércules. Estas dos regiones, consideradas en general, ocupan la costa meridional del mar Mediterráneo desde Levante hasta Occidente.

La Europa yace al frente de estas dos partes hacia el Septentrión, y se extiende sin interrupción desde Levante hasta Occidente. Su mayor y más considerable parte se halla situada bajo el Septentrión, entre el río Tanais y Narbona, que dista poco hacia el Ocaso de Marsella y de las bocas por donde el Ródano desemboca en el mar de Cerdeña. Desde Narbona y sus alrededores habitan los celtas hasta los montes Pirineos, que se extienden sin interrupción desde el mar Mediterráneo hasta el Océano. La restante parte de la Europa, desde los mencionados montes hasta el Occidente y las columnas de Hércules, parte está rodeada por el mar Mediterráneo, parte por el Océano. La parte que está sobre el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules se llama Iberia; la que baña el Océano, llamado el mar Grande, no tiene aún nombre común, por haberse descubierto recientemente. Toda ella se halla habitada por naciones bárbaras y en gran número, de las que hablaremos con detalle en la consecuencia.

Como ninguno hasta nuestros días puede asegurar con certeza si la Etiopía, en donde el Asia y el África se unen, es continente por la parte que se extiende sin interrupción hacia el Mediodía, o está rodeada del mar; del mismo modo no tenemos hasta ahora noticia del espacio que cae al Septentrión entre el Tanais y Narbona, a no ser que en el futuro a fuerza de descubrimientos sepamos alguna cosa. Lo cierto es que los que hablan o escriben de otro modo de estas tierras se deben reputar por ignorantes y forjadores de fábulas. Hemos apuntado estas noticias para que la narración no venga a ser del todo incomprensible a los que ignoran la geografía; antes bien puedan, según estas generales divisiones, aplicar y referir mentalmente cualquier noticia, haciendo sus cálculos por la situación del universo. Porque así como en el mirar acostumbramos volver siempre

el rostro hacia el lugar que nos señalan, de igual forma en el leer debemos trasplantar y llevar la imaginación a los lugares que nos apunta el discurso. Pero dejándonos de estas digresiones, volvamos a tomar la serie de nuestra historia.

CAPÍTULO X

Número de estadios que hay desde Cartagena a Italia. Roma envía a la España a Publio Cornelio, y al África a Tiber Sempronio.- Sublevación de los boios.- Arribo de Escipión a las bocas del Ródano.

Por este tiempo los cartagineses eran dueños de todas las provincias de África que se hallan sobre el Mediterráneo, desde los altares de Fileno que caen junto a la gran Sirtes hasta las columnas de Hércules, espacio de costa de más de dieciséis mil estadios de longitud. Habían sometido también, pasado el estrecho que está junto a las columnas de Hércules, toda la España hasta aquellas rocas donde confinan los Pirineos con el mar Mediterráneo y se separan los españoles de los galos. Distan estos montes del estrecho de las columnas de Hércules aproximadamente mil estadios. Porque desde las columnas hasta Cartagena, de donde emprendió Aníbal su viaje para Italia, se cuentan tres mil. Desde Cartagena, o la Nueva Cartago como otros llaman, hasta el Ebro hay dos mil seiscientos; desde el Ebro hasta Emporio mil seiscientos, y desde allí hasta el paso del Ródano otros tantos. En la actualidad los romanos tienen medido y señalado este camino con exactitud de ocho en ocho estadios. Desde el paso del Ródano, ascendiendo por el mismo río hacia su nacimiento hasta principiar el camino de los Alpes que va a Italia, se cuentan mil cuatrocientos estadios. Las restantes cumbres de los Alpes, las que era forzoso superar para llegar a las llanuras de Italia que baña el Po, se extienden cerca de mil doscientos. De forma que todo el camino que Aníbal debía atravesar para venir desde Cartagena a Italia, ascendía a cerca de nueve mil estadios. De este espacio, si se mira a la longitud, tenía ya casi andado la mitad, pero si se atiende a las dificultades le restaba aún la mayor parte.

Ya se disponía Aníbal a pasar los desfiladeros de los Pirineos, receloso de que los galos por la defensa natural de los lugares no le cerrasen el paso, cuando los romanos conocieron por los embajadores enviados a Cartago lo que se había resuelto y decretado. Llegada antes de lo que se esperaba la nueva de que Aníbal, había pasado el Ebro con ejército, tomaron la decisión de enviar a la España a Publio Cornelio, y al África a Tiberio Sempronio (219 años antes de J. C.) Mientras que estos dos cónsules disponían sus legiones y realizaban los demás preparativos, procuraron finalizar el asunto que anteriormente tenían entre manos, de enviar colonias a la Galia Cisalpina. Pusieron toda diligencia en cercar con muros las ciudades, y dieron orden para que los que habían de vivir en ellas (en número de seis mil hombres para cada una) partiesen a su destino en el término de treinta días. Una de estas colonias fue construida de parte acá del Po, y se llamó Placencia; la otra de parte allá, y se la dio el nombre de Cremona.

Luego que se establecieron estas colonias, los galos llamados boios, que de tiempos atrás maquinaban romper con los romanos y por falta de ocasión no lo habían llevado a efecto, alentados y fiados en las nuevas de que venían los cartagineses, se separaron de los romanos, abandonándolos los rehenes que habían dado al finalizar la última guerra, de que ya hicimos mención en el libro antecedente. Atraieron a su partido a los insubrios, que fácilmente conspiraron en la rebelión por el antiguo odio, y talaron los campos que los romanos habían adjudicado a cada colonia. Persiguieron a los fugitivos hasta Motina, colonia romana, y la pusieron sitio. Se encontraron cercados dentro de la plaza tres ilustres romanos que habían sido enviados para la división de las tierras, uno de ellos Cayo Lutacio, varón consular, y dos pretores. Éstos pidieron se les admitiese a una conferencia, y se la concedieron los boios; mas tuvieron la deslealtad de prenderlos a la salida, persuadidos a que por éstos canjearían sus rehenes. Con esta nueva, Lucio Manlio, pretor y comandante de las tropas de aquel país, se dirigió prontamente a su socorro. Pero los beocios que supieron la venida, le

tendieron una emboscada en un monte, y luego que hubieron entrado en lo fragoso los romanos, los atacaron por todas partes y dieron muerte a los más. Los demás emprendieron la huida al iniciarse el combate; y aunque después de ganar las alturas se hicieron fuertes por algún tiempo, apenas pudo pasar esto por una honesta retirada, Los boios siguieron tras de ellos, y los encerraron en un pueblo llamado Tanes. Luego que llegó a Roma la noticia de que los boios tenían cercada la cuarta legión y la sitiaban con brío, se destacó al instante a su socorro la legión que antes se había entregado a Publio bajo las órdenes de un pretor, y se ordenó a éste que levantase y dispusiese otras tropas entre los aliados.

Éste era el estado de los galos desde el inicio de la guerra hasta la llegada de Aníbal; el éxito que después tuvieron fue tal como hemos dicho en los libros anteriores y acabamos de exponer al presente. Al llegar la primavera, los cónsules romanos, preparado todo; lo necesario para la ejecución de sus propósitos, se hicieron a la mar para las expediciones que se habían propuesto. Escipión marchó a la España con sesenta navíos, y Sempronio al África con ciento sesenta buques de cinco órdenes. Éste pensó hacer la guerra con tanto asombro y acopió tantos pertrechos en Lilibea, donde juntó las guarniciones de todas las ciudades, como si al primer arribo hubiera de poner sitio a la misma Cartago. Escipión, costeando la Liguria, llegó al quinto día a las inmediaciones de Marsella, y fondeando en la primera boca del Ródano, llamada de Marsella, desembarcó a sus gentes. Allí supo que ya Aníbal había pasado los Pirineos, bien que le juzgaba aún muy distante por las dificultades del camino y multitud de galos que había en el intermedio. Mas Aníbal, ganados unos con el dinero y vencidos otros con la espada, llegó con su ejército al paso del Ródano cuando menos se esperaba, teniendo el mar de Cerdeña a la derecha. Escipión, sabida la llegada de los enemigos, ya porque le parecía increíble la celeridad de la marcha, ya porque quería enterarse a punto fijo, destaca trescientos hombres de a caballo, los más valerosos, dándoles por guías y auxiliares a los galos que se hallaban a sueldo de los de Marsella. Él, mientras, reparó sus tropas de la fatiga de la navegación, y deliberó con los tribunos qué puestos se habían de ocupar y dónde se había de salir al encuentro al enemigo.

CAPÍTULO XI

Llegada de Anibal al Ródano - Preparativos que hace para pasarle.- Oposición que encuentra entre los bárbaros del país.

Luego que se acercó Aníbal a las inmediaciones del río, sentó el campo a cuatro jornadas de su embocadura, y se dispuso a pasarlo por ser allí la madre de una regular anchura. Después de haber ganado de todos modos la confianza de los pueblos próximos, les compró todas las canoas de una pieza y esquifes de que tenían abundancia, por ser muy dados al comercio marítimo sus naturales. Tomóles también toda la madera para la construcción de buques de una pieza, con la que en dos días se construyó un número exorbitante de pontones, procurando cada uno fundar en sí mismo la esperanza de pasar el río sin necesidad del compañero. Mientras tanto se reunió en el lado opuesto un gran número de bárbaros para impedir el paso a los cartagineses. A la vista de esto, Aníbal, infiriendo de las actuales circunstancias que ni le era posible pasar el río por fuerza, teniendo sobre sí tal número de enemigos, ni permanecer en aquel sitio, a menos de tener que recibir el ímpetu de los contrarios por todos lados, destacó a la entrada de la tercera noche una parte de su ejército al mando de Annón, hijo del rey Bomílcar, dándole por guías a los naturales del país. Éstos, remontando el río cerca de doscientos estadios, llegaron a un paraje, donde dividiéndose la corriente de agua en dos partes, formaba una pequeña isla. Allí hicieron alto, y trabando unos y ligando otros los leños cortados en el vecino bosque, en corto tiempo construyeron el número de balsas que bastaba a la actual urgencia, en las que atravesaron el río sin riesgo ni impedimento. Se apoderaron después de un sitio ventajoso, donde pasaron todo aquel día, para recobrase de la pasada fatiga y disponerse al mismo tiempo a ejecutar la orden que se les había dado. Aníbal, por su parte, hacía lo

mismo con las tropas que le habían quedado. Pero lo que más cuidado le daba era el paso de sus elefantes, en número de treinta y siete.

Apenas llegó la quinta noche, los que ya habían pasado al otro lado, marcharon al amanecer junto al río, contra los bárbaros que estaban al frente del ejército. Entonces Aníbal, que tenía dispuestos los soldados, puso por obra su pasaje. Embarcó la caballería pesadamente armada en los bateles, y la infantería más ligera en las barcazas. Los bateles formaban una línea en la parte superior de la corriente, y por bajo estaban las barcazas de menos resistencia, a fin de que sosteniendo aquellos la violencia principal del agua, hiciesen a éstas más seguro el paso. Se decidió asimismo llevar a nado los caballos en las popas de los bateles. De esta forma, como un solo hombre conducía del ramal tres o cuatro en cada costado de la popa, en un instante a la primera remesa pasaron un buen número de caballos al otro lado. Los bárbaros, que advirtieron el intento de los enemigos, salen tumultuosamente y a pelotones del campamento persuadidos a que con facilidad impedirían el desembarco a los cartagineses. Apenas vio Aníbal los fuegos que los suyos hacían de la otra parte, señal que se les había dado cuando ya estuviesen cerca, ordenó embarcar a todos, y que los que gobernaban los bateles se opusiesen a la violencia de la corriente. Hecho esto prontamente, los que iban en los bateles se alentaban mutuamente a gritos y luchaban con la violencia del agua; los dos ejércitos cartagineses que estaban viéndolo sobre una y otra margen, esforzaban y animaban con algazara a sus compañeros; los bárbaros, formados al frente, cantaban sus himnos y pedían la batalla, de suerte que el conjunto presentaba un espectáculo pavoroso y capaz de inspirar espanto. En ese instante los cartagineses que se hallaban al otro lado, dando súbita y repentinamente sobre los bárbaros que habían desamparado sus tiendas, unos prenden fuego al campamento y los más marchan contra los que defendían el paso. Los bárbaros, sobrecogidos con un tan inesperado accidente, parte acuden al socorro de las tiendas, parte se defienden y pelean contra los que los atacaban. Entonces, Aníbal, viendo que el efecto correspondía a sus deseos, al paso que los suyos iban desembarcando, los forma en batalla, los exhorta y los lleva contra los bárbaros, que desordenados y atónitos con lo imprevisto del caso, vuelven la espalda prontamente y emprenden la huida.

CAPÍTULO XII

Aníbal atraviesa el Ródano.- Exhortación a sus tropas.- Encuentros de dos partidas de caballería romana y cartaginesa.- Tránsito de los elefantes.

Dueño del pasaje y victorioso, Aníbal dio prontamente providencia para el paso de la gente que había quedado en la otra orilla. Una vez que hubieron pasado en corto tiempo todas las tropas, sentó sus reales, aquella noche en la margen del mismo río. Al día siguiente, con la nueva que tuvo de que la escuadra romana había anclado en las bocas del Ródano, destacó quinientos caballos nómadas escogidos a reconocer el sitio, número y operaciones del contrario. Al mismo tiempo ordenó a los peritos que pasasen los elefantes. Él, mientras, convocado el ejército, mandó entrar a Magilo, potentado que había venido de los llanos alrededor del Po, y por medio de un intérprete hizo saber a sus tropas la resolución tomada por los galos este era un estímulo muy poderoso para excitar el valor de los soldados. Pues a más de que por una parte era eficaz la presencia de los que los convidaban y ofrecían ayudar en la guerra contra los romanos, y por otra no se podía dudar de la promesa que hacían de que los conducirían a Italia por lugares, en donde no les faltase nada y la marcha fuese corta y segura, se unía a esto la fertilidad y extensión del país a donde habían de ir, y la buena voluntad de los naturales con quienes habían de hacer la guerra contra los romanos. Expuestas estas razones, se retiraron los galos. Acto seguido tomó la palabra Aníbal, y renovó a sus tropas la memoria de lo que habían realizado hasta entonces. Dijo que de cuantas arrojadas acciones y peligros habían emprendido, en ninguna les había desmentido el deseo, siguiendo su parecer y consejo; que tuviesen buen ánimo en adelante, a la vista de haber superado el mayor de los

obstáculos; que ya eran dueños del paso del río, y testigos oculares de la benevolencia y afecto de los aliados; por último, que descuidasen sobre el mecanismo de la empresa, puesto que se hallaba a su cargo, y que sólo obedientes a sus órdenes se portasen como buenos y dignos de sus anteriores acciones. El ejército mostró y atestiguó un gran ardor y deseo de seguirle. Aníbal alabó su buena disposición, hizo votos a los dioses por todos, y ordenó que se cuidasen y preparasen con diligencia para trasladar el campo al día siguiente.

No bien se había disuelto la asamblea, cuando llegaron los nómadas que habían sido antes enviados a la descubierta, la mayoría de ellos muertos, y los restantes huyendo a rienda suelta. Pues a corta distancia del campo, cayendo en manos de la caballería romana que Escipión había destacado para el mismo efecto, fue tal la obstinación con que unos y otros se batieron, que de romanos y galos murieron ciento cuarenta, y de nómadas más de doscientos. Terminado el combate, los romanos se acercaron en su persecución a examinar con sus ojos el campamento de los cartagineses, y se volvieron prontamente para informar al cónsul de la llegada del enemigo, como efectivamente lo hicieron apenas llegaron a los reales. Escipión, después de haber embarcado con prontitud el bagaje, levantó el campo, y condujo su ejército a orillas del río, deseoso de venir a las manos con los enemigos. Aníbal, el día después de la junta, al amanecer situó toda la caballería de frente al mar, para que sirviese de cuerpo de reserva, y ordenó a la infantería ponerse en marcha. Él esperó a los elefantes y demás gente que había quedado con ellos. El paso de los elefantes fue de esta manera. Construidas muchas balsas, unieron fuertemente dos la una a la otra, que juntas componían como cincuenta pies de anchura, y las fijaron bien en la tierra a la entrada del río. A éstas añadieron otras dos por la parte que estaba fuera del agua, y dieron mayor extensión a esta especie de puente para el paso. Para que toda la obra estuviese inmóvil y no se la llevase el río, aseguraron desde tierra el costado expuesto a la corriente, atándole con gúmenas a los árboles que había al margen. Luego que se hubo dado a todo el puente doscientos pies de longitud, se construyeron después otras dos balsas excesivamente mayores y se unieron a las últimas. Estas dos estaban fuertemente ligadas entre sí, pero respecto de las otras, de tal modo que fuese fácil romper las ligaduras.

A éstas ataron muchas maromas, con las que los bateles que habían de ir tirando a remolque impidiesen que el río se las llevase, y sosteniéndolas contra la fuerza de la corriente, pudiesen las fieras pasar y abordar en ellas al otro lado. Después trajeron y esparcieron cantidad de tierra, hasta que pusieron con céspedes la entrada semejante, igual y del mismo color que el camino que conducía las fieras hasta el pasaje. Estos animales estaban acostumbrados a obedecer siempre a los indios hasta llegar al agua, pero meter el pie dentro jamás se habían atrevido. Para esto echaron delante por el terraplén dos hembras, y al instante siguieron los demás. Luego que estuvieron sobre las últimas balsas, cortaron las ligaduras que las asían a las otras, y tirando a remolque los bateles, separaron al instante las fieras y balsas que las sostenían, de las que estaban terraplenadas. De momento se alborotaron las bestias, volviendo y revolviendo de una parte a otra; pero viéndose rodeadas del agua por todos lados, se intimidaron y se contuvieron por precisión en su lugar. Así es como Aníbal, uniendo las balsas de dos en dos, pasó la mayor parte de las fieras. Algunas, asustadas, se arrojaron al río en medio del pasaje, cuyos conductores todos se ahogaron, pero se salvaron las bestias. Pues como tienen fuertes y largas las trompas, levantándolas sobre el agua, respiraban y despedían cuanto les venía encima, con lo que resistiendo la corriente por mucho tiempo pasaron en derechura al otro lado.

CAPÍTULO XIII

Ruta que tomó Aníbal después de pasado el Ródano para superar los Alpes.- Extravagantes testimonios de los historiadores cuando describen el tránsito de Aníbal por estas montañas.

Una vez finalizado el paso de los elefantes, Aníbal formó de ellos y de la caballería la

retaguardia, y marchó junto al río, dirigiendo su ruta desde el mar hacia el Oriente en ademán de quien va al interior de Europa. Porque el Ródano tiene su nacimiento por encima del golfo Adriático hacia el Occidente, en aquella parte de los Alpes que miran al Septentrión, corre hacia el ocaso del invierno y desemboca en el mar de Cerdeña. Su curso generalmente es por un valle cuya parte septentrional habitan los galos ardieos, y la meridional toda confina con el arranque de los Alpes que miran al Septentrión. Las llanuras inmediatas al Po, de que ya hemos hablado largamente, se hallan separadas del valle por donde corre el Ródano por las cumbres de dichos montes, que, principiando desde Marsella, se extienden hasta la extremidad del golfo Adriático. Éstos son, pues, los montes que Aníbal atravesó ahora para entrar en Italia.

Ciertos historiadores, cuando hablan de estas montañas, por querer asombrar a los lectores con prodigios, incurren imprudentemente en dos defectos muy ajenos de la historia. Se ven precisados a contar embustes y contradicciones. Pues al paso que representan a Aníbal como un capitán de inimitable valor y cordura, nos le pintan como el más insensato sin disputa. Y cuando ya no hallan cabo ni salida al enredo, introducen a los dioses y semidioses en los hechos verdaderos de la historia. Nos pintan tan escabrosas y ásperas las cordilleras de los Alpes que apenas, no digo a la caballería, ejército y elefantes, pero ni aun a la infantería ligera la sería asequible el tránsito. De igual modo nos describen tal la soledad de estos lugares, que a no habérseles aparecido algún dios o héroe que les mostrase el camino, faltos de consejo, hubieran perecido todos. Confesemos, pues, que esto es incurrir en los dos defectos que hemos apuntado.

Porque ¿se dará general más imprudente, ni capitán más insensato que Aníbal, que, conduciendo un tan numeroso ejército, en quien fundaba la esperanza del logro de sus propósitos, ignorase los caminos y lugares y no supiese a dónde ni contra quién se dirigía, y, lo que es un exceso de locura, emprendiese, no lo que dicta la razón, sino lo imposible? Meter un ejército en un terreno desconocido, es cosa que no harían otros, reducidos al último extremo y faltos de todo consejo; pues esto es cabalmente lo que atribuyen a Aníbal cuando estaba aún en tiempo de prometérselo todo de su empresa. Lo mismo digo de la soledad, escabrosidad y asperezas de estos lugares; todo ello es un manifiesto embuste. Estos escritores no saben que antes de la venida de Aníbal, los galos vencidos del Ródano, no una ni dos veces, no en tiempos remotos, sino recientemente, habían pasado los Alpes con numerosas tropas para auxiliar a los galos de los contornos del Po y llevar sus armas contra los romanos, como hemos dicho en los libros anteriores. Ignoran que sobre los mismos Alpes habitan muchísimos pueblos. Por eso, faltos de estos conocimientos, cuentan que se apareció un semidiós para servir de guía a los cartagineses. En esto se asemejan precisamente a los compositores de tragedias. Así como estos poetas, por sentar al principio supuestos falsos y repugnantes, tienen que recurrir para la catástrofe y desenredo de sus dramas a algún dios o a alguna máquina, del mismo modo aquellos escritores se ven precisados a fingir que se les ha aparecido algún héroe o dios, por haber supuesto fundamentos falsos e inverosímiles. Porque ¿cómo se puede con absurdos principios dar a la acción un éxito razonable? Aníbal se condujo en esta empresa, no como éstos escriben, sino con demasiada prudencia. Se había informado muy en detalle de la bondad del país a donde dirigía sus pasos y de la aversión de los pueblos contra los romanos. Para las dificultades que pudieran ocurrir en el intermedio, se había valido de guías y conductores de la misma tierra, hombres que, por la comunión de intereses, habían de correr el mismo riesgo. Nosotros hablamos de estas cosas tanto con mayor satisfacción, cuanto que las hemos sabido de boca de los mismos contemporáneos, hemos examinado con la vista estos lugares y hemos viajado en persona por los Alpes para ilustración y propio conocimiento.

CAPÍTULO XIV

Llega Anibal a lo que se llama la isla y pone en posesión del trono a un potentado de aquel país.- Oposición que encuentra en los allobroges al principiar los Alpes.- Victoria por los cartagineses.

Tres días después de haber levantado el campo los cartagineses, llegó el cónsul Escipión al paso del río; e informado de que habían marchado, fue, como era regular, tanto mayor su sorpresa cuanto estaba persuadido a que jamás los enemigos se atreverían a tomar aquella ruta para Italia, ya por la multitud de bárbaros que habitaban aquellas comarcas, ya por lo poco que había que fiar en sus palabras. Mas desengañado de que, efectivamente, habían tenido tal osadía, se retiró otra vez a sus navíos. Luego que llegó, embarcó las tropas, envió a la España a su hermano y él volvió a tomar el rumbo hacia la Italia, con el anhelo de prevenir a Aníbal en las cordilleras de los Alpes, atravesando la Etruria. Aníbal, a los cuatro días de camino tras haber pasado el Ródano, llegó a lo que llaman la Isla, país bien poblado y abundante en granos. Llámase así por su misma situación; pues corriendo el Ródano y el Saona cada uno por su costado, rematan en punta al confluente estos dos ríos. Es semejante en extensión y figura a lo que se llama Delta en Egipto, a excepción de que en la Delta cierra él un costado al mar, donde vienen a desaguar los dos ríos, y en la Isla unas montañas impenetrables y escarpadas, o, por mejor decir, inaccesibles. Aquí halló Aníbal dos hermanos que, armados el uno contra el otro, se disputaban el reino. El mayor supo obligar y empeñar a Aníbal en su ayuda para adjudicarse la corona. El cartaginés asintió, prometiéndose de esta acción por el pronto casi seguras ventajas. Efectivamente fue así, que unidas sus armas con las de éste y arrojado el menor, logró del vencedor infinitas recompensas. No sólo proveyó abundantemente la armada de granos y demás utensilios, sino que, sustituyendo en vez de las armas viejas y usadas otras nuevas, renovó oportunamente todas las fornituras del ejército. Vistió asimismo y calzó a la mayor parte, con lo que les procuró una gran comodidad para superar los Alpes. Pero el principal servicio fue que, entrando Aníbal con temor en las tierras de los galos llamados allobroges, puesto a la retaguardia con su ejército, le puso a cubierto de todo insulto, hasta que llegó a la subida de los Alpes. Ya había caminado Aníbal junto al río ochocientos estadios en diez días, cuando al iniciar la subida de los Alpes se vio en un inminente riesgo. Mientras estuvo en el país llano, los jefes subalternos de los allobroges se habían abstenido de inquietar su marcha, parte porque temían la caballería, parte porque respetaban los bárbaros que le acompañaban. Pero apenas éstos se retiraron a sus casas y Aníbal comenzó a entrar en tierra quebrada, entonces, reunidos los allobroges en bastante número, ocuparon con anticipación los puestos ventajosos por donde había de subir Aníbal. Si hubieran sabido ocultar su propósito, la ruina del ejército cartaginés era inevitable; pero fueron descubiertos a tiempo, y aunque hicieron mucho daño, fue menor el que ellos recibieron. Pues apenas advirtió el cartaginés que los bárbaros ocupaban los puestos ventajosos, ordenó hacer alto, acampando al pie de las colinas. Envío delante algunos galos de los que servían de guías para explorar los intentos y disposición del contrario. De vuelta de su comisión, supo que por el día observaban una exacta disciplina los allobroges y guardaban sus puestos, pero que por la noche se retiraban a la ciudad inmediata. Atento a esta noticia, formó el plan siguiente. Hizo avanzar el ejército a la vista de todos y acampó no lejos del enemigo al pie de aquellas gargantas. Llegada la noche, ordenó encender fuegos, dejó aquí la mayor parte del ejército y él con la tropa más valerosa y expedita atravesó los desfiladeros y se apoderó de los puestos que anteriormente habían abandonado los bárbaros, por haberse retirado a la ciudad según su costumbre.

Apenas los allobroges, llegado el día, echaron de ver lo sucedido, desistieron por el pronto del intento; pero advirtiéndolo después que el número de acémilas y caballería subía con dificultad y a larga distancia aquellos despeñaderos, se valieron de la ocasión para salir al paso. Efectivamente, atacaron la retaguardia por muchos lados, y hubo una gran mortandad en el ejército cartaginés, principalmente de caballos y bestias, no tanto por los golpes de los bárbaros cuanto por la desigualdad del terreno. Pues como el camino era no sólo angosto y áspero sino en declive y pendiente, a cualquier movimiento o a cualquier vaivén iban rodando por aquellos precipicios muchas bestias y acémilas con sus cargas. Pero la principal confusión la causaron los caballos heridos, pues espantados unos, chocaban con las bestias que tenían al frente, e impetuosos otros, atropellaban cuanto se les oponía por delante de los desfiladeros, de lo que provenía un gran desorden. Atento a esto Aníbal, reflexionando que, perdido el bagaje, no habría ya remedio que

esperar aun para los que se salvaran, toma a los que por la noche se habían apoderado de las eminencias, y se dirige al socorro de los que emprendían la subida. De esta forma, como los atacó desde arriba, causó un grande estrago en los enemigos, bien que no fue menor el de los suyos, porque se aumentó la confusión por ambas partes al ver la gritería y choque de los nuevos combatientes. Pero después que la mayoría de los allobroges perecieron, y el resto, vuelta la espalda, tuvo que retirarse, entonces hizo pasar, aunque con pena y trabajo, aquellos desfiladeros a las bestias y caballos que le habían quedado, y él, reuniendo las reliquias que pudo de la acción, atacó la ciudad, de donde los contrarios le habían salido al encuentro. Tomóla a poca costa, porque la esperanza del botín había echado fuera a todos sus moradores y la habían dejado casi desierta. Esta conquista le reportó muchas ventajas, tanto para el presente como para el futuro. Se rehizo por el pronto del número de caballos, bestias y hombres que le habían tomado; tuvo abundancia para adelante de granos y ganados para dos o tres días, y lo que fue una precisa consecuencia, esparcido el terror por la comarca, consiguió que los pueblos vecinos no se atreviesen con facilidad a interrumpirle la subida.

CAPÍTULO XV

Paso de los Alpes por Aníbal.- Emboscadas, desfiladeros y dificultades que tuvo que vencer.

Aníbal, sentados allí los reales, hizo alto todo un día, y volvió a emprender la marcha. En los días siguientes marchó el ejército sin riesgo particular. Pero al cuarto volvió a incurrir en un gran peligro. Los pueblos próximos al camino fraguan una conspiración, y le salen al paso con ramos de oliva y con coronas. Ésta es una señal de paz casi general entre los bárbaros, así como lo es el caduceo entre los griegos. Aníbal, que ya vivía con recelo de la fe de estos hombres, examinó con cuidado su intención y todos sus propósitos. Ellos le expusieron que les constaba la toma de la ciudad y ruina de los que le habían atacado; le manifestaron que el motivo de su venida era con el deseo de no hacer daño ni de que se les hiciese, para lo cual le prometían dar rehenes. Aníbal dudó durante mucho tiempo y desconfió de sus palabras; pero reflexionando que si admitía sus ofertas haría acaso a estos pueblos más contenidos y tratables, y que si las desechaba los tendría por enemigos declarados, consintió en su demanda y fingió contraer con ellos alianza. Como los bárbaros entregaron al instante los rehenes, proveyeron abundantemente de carnes el ejército y se entregaron del todo y sin reserva en mano de los cartagineses, Aníbal empezó a tener alguna confianza, tanto que se sirvió de sus personas para guías de los desfiladeros que faltaban. Pero a los dos días que iban de batidores, se reúnen todos, y al pasar Aníbal un valle fragoso y escarpado, le acometen por la espalda.

Ésta era la ocasión en que hubieran perecido todos sin remedio, si Aníbal, a quien duraba aún alguna desconfianza, pronosticando lo que había de ocurrir, no hubiera situado delante el bagaje y la caballería y detrás los pesadamente armados. Este auxilio hizo menor la pérdida, porque reprimió el ímpetu de los bárbaros. Bien que, aun con esta precaución, murieron gran número de hombres, bestias y caballos. Porque, como los contrarios caminaban por lo alto a medida que los cartagineses por lo bajo de las montañas, ya echando a rodar peñascos, ya tirando piedras con la mano, pusieron las tropas en tal consternación y peligro, que Aníbal se vio en la precisión de pasar una noche con la mitad del ejército sobre una áspera y rasa roca, separado de la caballería y bestias de carga para vigilar en su defensa, y aun apenas bastó toda la noche para desembarazarse de aquel mal paso. Al día siguiente, retirados los enemigos, se reunió con la caballería y acémilas, y prosiguió su marcha a lo más encumbrado de los Alpes. De allí adelante ya no le embistieron los bárbaros con el total de sus fuerzas. Solamente le atacaban por partidas, y presentándose oportunamente, ya por la retaguardia, ya por la vanguardia, le robaban algún bagaje. De mucho le sirvieron en esta ocasión los elefantes, pues por la parte que ellos iban jamás se atrevieron acercarse los contrarios, asombrados con la novedad del espectáculo. Al noveno día llegó a la cima de estos montes, donde

acampó y se detuvo dos días para dar descanso a los que se habían salvado y esperar a los que se habían rezagado. Durante este tiempo muchos de los caballos espantados y bestias de las que habían arrojado las cargas, descubriendo maravillosamente por las huellas el ejército, volvieron y llegaron al campamento.

Era entonces el final del otoño, y se hallaban ya cubiertas de nieve las cimas de estos montes, cuando advirtiéndolo Aníbal que los infortunios pasados y los que esperaban aún habían abatido el valor de sus tropas, las convoca a junta y procura animarlas, valiéndose para esto del único medio de enseñarles la Italia. Está, pues, esta región de, tal modo situada al pie de los Alpes, que de cualquier parte que se mire, parece que la sirven de baluarte estas montañas. De esta forma, poniéndoles a la vista las campiñas que riega el Po, recordándoles la buena voluntad de sus moradores, y señalándoles al mismo tiempo la situación de la misma Roma, recobró de algún modo el espíritu de sus soldados. Al día siguiente levantó el campo y emprendió el descenso. En él no se le presentaron enemigos, fuera de algunos que rateramente le molestaron. Pero la desigualdad del terreno y la nieve le hicieron perder poca menos gente que había perecido en la subida. Efectivamente, como la bajada era angosta y pendiente, y la nieve ocultaba el paso al soldado, cualquier traspie o desvío del camino era un precipicio en un despeñadero. Bien que la tropa, acostumbrada ya a este género de males, sufría con paciencia este trabajo. Pero luego que llegó a cierto paso cuya estrechez imposibilitaba el paso a los elefantes y bestias (era un despeñadero que, a más de que ya anteriormente tenía casi estadio y medio de camino, a la sazón estaba aún más escarpado con el desmoronamiento de la tierra), allí comenzó de nuevo a desalentarse y acobardarse la tropa. El primer pensamiento de Aníbal fue evitar el precipicio por un rodeo; pero como la nieve le imposibilitaba el camino, desistió del empeño.

Era cosa particular y extraña lo que allí acaecía. Sobre la nieve que antes había y permanecía del invierno anterior, había caído otra nueva en este año. En ésta fácilmente se hacía impresión, como que estaba blanda por haber caído recientemente y ser poca su altura; pero, cuando pisoteada la nueva se llegaba a la que estaba debajo congelada lejos de poderse asegurar el soldado parecía que nadaba, y faltándole los pies, caía en tierra, a la manera que acontece a los que andan por un terreno resbaladizo. A esto se añadía otro mayor trabajo. Como el soldado no podía imprimir la huella en la nieve que había debajo, si caído quería tal vez valerse de las rodillas o manos para levantarse, tanto con mayor lástima él y todo lo que le había servido de asidero iba rodando por aquellos lugares generalmente pendientes. Las acémilas, cuando caían, rompían el hielo forcejeando por levantarse: una vez éste quebrado, quedaban atascadas con la pesadez de la carga y como congeladas con la opresión de la nieve anterior. A la vista de esto, fue preciso desistir de este arbitrio y acampar en el principio del desfiladero, quitándole antes la nieve que contenía. Después, con el auxilio de la tropa, se abrió un camino en la misma peña, aunque con mucho trabajo. En un solo día se hizo el bastante para que transitasen las bestias y caballería. Luego que éstas hubieron pasado, se mudó el real a un sitio que no tenía nieve y se las soltó a pastar. Aníbal mientras, distribuidos en partidas los númidas, prosiguió la conclusión del camino, y apenas después de tres días de trabajo pudo hacer pasar los elefantes, que se hallaban ya muy extenuados del hambre. Pues las cumbres de los Alpes y sus inmediaciones, como en invierno y verano las cubre la nieve de continuo, están del todo rasas y desnudas de árboles; pero las faldas de uno y otro lado producen bosques y arboledas, y generalmente son susceptibles de cultivo.

Finalmente, incorporado todo el ejército, prosiguió Aníbal el descenso, y tres días después de haber atravesado los mencionados despeñaderos, alcanzó el llano con mucha pérdida de gente, que los enemigos, los ríos y la longitud del camino habían causado; y mucha más, no tanto de hombres cuanto de caballos y acémilas, que los precipicios y malos pasos de los Alpes se habían tragado. Había tardado cinco meses en todo el camino desde Cartagena, contando los quince días que le había costado el superar los Alpes hasta que penetró con el mismo espíritu en las llanuras del Po y pueblos de los insubrios. El cuerpo de tropas que le había quedado a salvo se reducía a doce mil infantes africanos, ocho mil españoles y seis mil caballos, como él mismo lo testifica en una

columna hallada en Lacinio, describiendo el número de su gente.

Durante este tiempo Publio Escipión, que, como arriba hemos indicado, había dejado las legiones a su hermano Cnelio, le había recomendado los negocios de España y que hiciese la guerra con vigor a Asdrúbal, desembarcó en Pisa con poca gente. Pero atravesando la Etruria, y tomando allí de los pretores las legiones que estaban a su cargo para hacer la guerra a los boios, marchó a acamparse a las llanuras del Po, donde aguardó al enemigo, deseoso de venir con él a las manos.

CAPÍTULO XVI

Digresión que hace el autor para justificarse sobre varios particulares históricos.

Ya que hemos llevado a la Italia la narración, los dos generales y la guerra, antes de dar principio a los combates deseamos justificarnos brevemente de ciertos particulares que conducen a la historia. Quizá se nos preguntará cómo habiéndonos extendido tanto sobre varios lugares del África y de la España, no hemos dicho siquiera una palabra ni del estrecho de las columnas de Hércules, ni del mar Océano y sus particularidades, ni de las islas Británicas y confección del estaño, ni de las minas de oro y plata que existen en España, sobre que los autores han escrito tanto y tan contrario. Ciertamente que si hemos omitido estos puntos no ha sido por considerarlos ajenos de la historia, sino, en primer lugar, porque no hemos querido interrumpir la narración a menudo, ni distraer al lector de la serie del asunto; y en segundo, porque nos hemos propuesto, no el tratar estas curiosidades en distintos lugares y de paso, sino exponer su certeza en cuanto nos sea posible con separación, destinando lugar y tiempo a esta materia. En este supuesto, no hay que extrañar si en la consecuencia, llegando a semejantes pasajes, omitimos sus circunstancias por estas causas. Es verdad que algunos gustan de que en todo lugar y en cualquier parte de la historia se siembren estas particularidades; pero no advierten que en esto se asemejan a los glotones cuando son convidados. Tales hombres, por probar de todo lo que les presentan, ni por el pronto toman el verdadero gusto a los manjares, ni para adelante sacan nutrimento provechoso de su digestión, sino todo lo contrario. Del igual modo los que aman en la lectura incidentes inconexos, ni consiguen por el pronto una diversión verdadera, ni para adelante una instrucción correspondiente. Existen, sin embargo, muchas pruebas de que entre todas las otras partes de la historia ésta merece una atención y corrección más exacta, como se ve principalmente por éstas. Todos los historiadores, o cuando no la mayoría, que han intentado describir las propiedades y situación de los países que se hallan a los extremos del mundo conocido, los más han cometido frecuentes yerros. De ningún modo conviene perdonar a estos autores; por el contrario, es preciso impugnarlos, no de prisa y corriendo, sino de propósito y con fundamento. Ya que se les ha de refutar su ignorancia, no con invectivas y mordacidades, sino más bien con aplausos y correcciones. Pues se ha de tener entendido que si volvieran ahora, enmendarían y mudarían mucho de lo que entonces profririeron. En los tiempos anteriores, casi no se encontrará un griego que emprendiese explorar las extremidades de la tierra, por ser intento vano. Eran muchos e innumerables los peligros que había en el mar, y muchísimo mayores en los viajes por tierra. Aparte de que si alguno por precisión o por gusto viajaba a los extremos del mundo, ni aun así conseguía el fin que se había propuesto. Era difícil examinar de visu los más de los países, ya por la barbarie que en unos reina, ya por la soledad que en otros existía. Era aún más dificultoso enterarse, y sacar alguna ilustración con el auxilio de la palabra, de aquellos que se habían visto, por la diversidad del idioma. Y dado el caso que hubiese uno instruido en los viajes, aun así era muy difícil que este tal, despreciando las fábulas y patrañas, se contuviese dentro de una relación moderada, prefiriese por su honor la verdad, y no nos contase más de lo que había visto.

Siendo, pues, no digo difícil, sino casi imposible una exacta noticia de estas cosas en los siglos anteriores, no es normal que por haber omitido algún hecho o haber incurrido en algún defecto, se reprenda a estos autores; antes bien, merecen de justicia que se les aplauda y admire, por haber

tenido algún conocimiento y haber promovido este estudio en tales tiempos. Pero en nuestros días, que por el dominio de Alejandro en Asia e imperio de los romanos en lo restante del mundo, casi todo el orbe es navegable o transitable, y que hombres sabios, libres del cuidado de los negocios militares y políticos, han logrado con este motivo las mayores proporciones de inquirir y examinar esta clase de descubrimientos; es necesario que sepamos mejor y con más certeza lo que ignoraron nuestros antepasados. Esto procuraremos cumplir, destinando en la historia lugar conveniente para esta materia. Para entonces descaremos nos presten toda su atención los amantes de este estudio, puesto que hemos sufrido fatigas y padecido infortunios, viajando por el África, España, Galia y mar exterior que circunda estas regiones, con el fin principalmente de corregir la ignorancia, la de los antiguos en esta parte, y procurar a los griegos el conocimiento de estos países del mundo. Pero ahora, tornando a tomar el hilo de la narración, expondremos los combates que se dieron de poder a poder en Italia entre romanos y cartagineses.

CAPÍTULO XVII

Situación del ejército de Aníbal después de atravesar los Alpes.- Toma de Turín.- Arenga de Aníbal antes de la batalla del Tesino.

Conocemos ya al número de tropas con que Aníbal penetró en Italia. Su primer cuidado, luego que llegó, fue acamparse al pie de los Alpes para dar descanso a los soldados. Las subidas, bajadas y desfiladeros de las cumbres de estos montes habían, no sólo deteriorado notablemente el ejército, sino que la falta de víveres y desaliño de los cuerpos lo habían desfigurado enteramente. Hubo muchos a quienes el hambre y los continuos trabajos hicieron despreciar la vida. Pues a más de que tales lugares imposibilitaban el acarreo de comestibles que bastase a tantos miles, de los una vez transportados, con la pérdida de la acémila se perdía ya la mayor parte. De aquí provino que el que había salido del tránsito del Ródano con un ejército de treinta y ocho mil infantes y más de ocho mil caballos, en la cordillera de los Alpes había perdido, como hemos mencionado, cerca de la mitad, y ésta a la vista y demás apariencias tan desmejorada por los continuos trabajos, que parecía una tropa de salvajes. Por eso, el principal cuidado de Aníbal se redujo a cuidar de estas gentes, para que recobrasen el espíritu y fuerzas tanto ellos como los caballos.

Una vez que el ejército se hubo restaurado, intentó primero atraer a su amistad y alianza a los taurinos, pueblos que, situados al pie de los Alpes, sostenían entonces una guerra con los insubrios, y recelaban de la fe de los cartagineses. Pero no teniendo efecto sus insinuaciones, puso su campo alrededor de la capital de esta nación, y la tomó a los tres días de asedio. Pasó a cuchillo a todos los que se le habían opuesto, con lo que infundió tal terror entre los bárbaros de la comarca, que todos vinieron al momento a ponerse en sus manos. El restante número de galos que habitaban aquellas campiñas hubiera sin duda apetecido unirse con Aníbal, tal como en el principio lo había proyectado; pero prevenidos e impedidos la mayor parte de ellos por las legiones romanas y precisados otros a seguir su partido, gustaban del reposo. A la vista de esto, Aníbal decidió no detenerse, sino marchar adelante y ejecutar alguna acción que asegurase la confianza de los que deseaban unirse con él su fortuna.

Este era su propósito cuando tuvo la noticia que Escipión había atravesado el Po con sus legiones y se hallaba cerca. De momento no dio crédito a estos rumores. Se acordaba de que pocos días antes había dejado a este cónsul a las márgenes del Ródano; reflexionaba que la navegación desde Marsella a la Etruria era larga y peligrosa, y estaba informado que el camino desde el mar Etrusco a los Alpes por Italia era largo y penoso para un ejército. Pero confirmándose más y más la noticia admiró y extrañó el empeño y diligencia del cónsul. Lo mismo sucedió a Escipión por su parte. Al principio no se podía persuadir que Aníbal emprendiese el paso de los Alpes con un ejército compuesto de tan diversas naciones, y dado que lo intentase, se presumía que hallaría su ruina sin remedio. Pero cuando estando aún en estos discursos supo que Aníbal había llegado salvo

a Italia y que ya tenía puesto cerco a algunas de las ciudades, se asombró de la audacia e intrepidez de semejante hombre. El mismo terror se sintió en Roma a la llegada de estas noticias. Apenas atento a las últimas nuevas que habían arribado de la toma de Sagunto, se había tomado la providencia de enviar un cónsul al África para sitiar la misma Cartago, y el otro a la España para oponerse allí a Aníbal, cuando he aquí que llega la noticia de que Aníbal se halla dentro de Italia con ejército y tiene ya puesto sitio a algunas de sus ciudades. En medio del sobresalto que causó esta inopinada nueva, se envió un correo inmediatamente a Lilibeia para informar a Tiberio de la llegada de los enemigos, y suplicarle que pospuestos todos sus proyectos viniese cuanto antes al socorro de la patria. Tiberio, reuniendo al momento su marinería, la intimó la orden de dirigir el rumbo hacia Roma, y a los tribunos que marchasen con las tropas de tierra, fijándoles el día en que habían de pernoctar en Arimino. Es ésta una ciudad situada sobre el mar Adriático, al extremo de las llanuras del Po hacia el Mediodía. Una conmoción tan universal y concurrencia de acasos tan imprevistos había puesto a todos en la mayor inquietud sobre lo que ocurría.

Para entonces, aproximándose ya Aníbal y Escipión uno al otro, empezaron a animar cada uno a sus soldados y ponerles a la vista lo que convenía a las presentes circunstancias. De un modo semejante exhortó Aníbal a los suyos. Reunió el ejército, hizo traer a los jóvenes cautivos que lo habían incomodado en el tránsito de los desfiladeros de los Alpes y habían sido hechos prisioneros. Es de suponer que para tenerlos dispuestos a su propósito los había tratado con dureza, ya teniéndolos en duras prisiones, ya hostigándolos con el hambre, ya macerando sus cuerpos con azotes. En este estado, los hizo sentar en el centro y les presentó las armaduras gálicas con que sus reyes acostumbraban adornarse para entrar en un combate particular. A más de esto les puso delante caballos e hizo traer vestidos muy costosos. Después les preguntó quiénes de ellos querían luchar uno contra otro, con la condición de que el vencedor había de tener por premio los despojos presentes, y el vencido muriendo se eximía de los males actuales. Habiendo todos clamado y pedido que querían entrar en la lid, mandó echar suertes, y a los dos en quienes cayese se les armase y se batiesen. Luego que los jóvenes escucharon esta orden, cuando levantando las manos pedía cada uno con ansia a los dioses fuese él del número de los escogidos. Apenas se hubo publicado el sorteo, los elegidos se alegraron en extremo, y los otros al contrario. Terminado el combate, los restantes cautivos felicitaban igualmente al vencido y al vencedor, como que se habían librado de infinitas y graves penas que les quedaban aún sufrir a ellos. El mismo efecto hizo este espectáculo a los cartagineses, que haciendo comparación entre el muerto y la miseria de los que veían llevar vivos, se compadecían de éstos, al paso que reputaban a aquél por venturoso.

Aníbal, habiendo con este ejemplo impresionado en el ánimo de sus tropas aquella disposición que se había propuesto, salió al centro de la asamblea y dijo: «Ved aquí por qué os he presentado estos prisioneros, para que la vista eficaz de la condición de los infortunios ajenos os haga consultar lo mejor sobre vuestro estado presente. A igual combate y situación os ha reducido la fortuna, e iguales son los premios que ahora os presenta. Es preciso, o vencer, o morir, o vivir bajo el yugo de los contrarios. El premio de la victoria es, no caballos y sayos, sino dueños de las riquezas romanas, llegar a ser los más dichosos de los hombres. Si peleando y combatiendo hasta el último aliento os sucede algún fracaso, sin saber lo que son miserias, vendéis la vida como buenos por la empresa más honrosa. Pero, si vencidos por amor a la vida, volvéis la espalda o tomáis otro cualquier medio para salvaros, no habrá males ni desdichas que no os sobrevengan. Yo no creo haya alguno tan necio ni mentecato que, al considerar el largo camino que ha recorrido desde su casa, al acordarse de tantos combates ocurridos en el intermedio y al representársele los caudalosos ríos que ha pasado, fie en los pies el volver a su patria. En este supuesto es preciso que, depuesta del todo tal esperanza, forméis de vuestra fortuna la misma idea que poco ha hicisteis de los acasos ajenos. Así como de los prisioneros aplaudisteis de igual modo al vencedor y al vencido, y tuvisteis compasión de los que quedaron con vida, el mismo concepto debéis hacer de vuestra suerte, y entrar en la batalla con el ánimo, lo primero, de vencer, y cuando esto no se pueda, de morir, pues una vez vencidos no resta recurso alguno de vida. Si os echáis estas cuentas y tenéis estos ánimos, conseguiréis sin duda el

vencer y vivir. Jamás desmintió la victoria a hombres que, o por gusto o por precisión, entraron en la lid con tal propósito. Aparte de que cuando los enemigos tienen los sentimientos contrarios, como ahora los romanos, que por caerles cerca su patria aseguran la salud en la huida, es indudable que no podrán tolerar el ímpetu de una gente desesperada.» La tropa aplaudió el ejemplo y el discurso, y se revistió del espíritu y presencia de ánimo que el orador apetecía. Entonces Aníbal, después de haberles elogiado, intimó la marcha para el día siguiente al amanecer, y despidió la junta.

CAPÍTULO XVIII

Arenga de Escipión a sus tropas.- Batalla del Tesino.- Traición de los galos que militaban bajo las banderas romanas.- Paso del Trebia por Escipión y pérdida de su retaguardia.

Mientras tanto (219 años antes de J. C.), P. Cornelio había ya vadeado el Po, y decidido a pasar adelante, había ordenado a los peritos tender un puente sobre el Tesino. Después reunió las restantes tropas y les hizo su arenga. Se extendió mucho sobre la majestad de Roma y hechos de sus mayores; pero atento al caso presente, dijo: «Que aun cuando no hubiesen ensayado jamás sus fuerzas hasta el presente contra enemigo alguno, el saber sólo que las habían de emplear contra los cartagineses debía asegurarles la esperanza de la victoria; que era una cosa indigna e intolerable que unos hombres tantas veces vencidos por los romanos, sus tributarios por tantos años y habituados ya casi a servirles por tanto tiempo, tuviesen la avilantez de levantar la vista contra sus señores. Pero cuando prescindiendo de lo dicho, tenemos la reciente prueba de que el presente enemigo ni aun mirarnos sólo se atreve a la cara, ¿qué juicio deberemos formar para adelante, si lo reflexionamos con cuidado? El choque de la caballería núpida con la nuestra junto al Ródano les salió mal, pues muertos muchos, tuvo en esto que huir vergonzosamente hasta su campo. El general y todo su ejército, al saber la llegada de nuestras legiones, hizo una retirada a manera de huida, y el miedo le obligó contra su voluntad a tomar el camino de los Alpes. Es cierto que Aníbal se halla ahora en Italia, pero con pérdida de la mayor parte del ejército, y la restante sin fuerzas e inutilizada con tantos trabajos. De igual modo la mayor parte de los caballos ha muerto, y el resto, por la longitud y malos pasos del camino, será de ningún provecho.» Con estas razones procuraba persuadirlos a que, para vencer, sólo necesitaban presentarse al enemigo, pero que su principal confianza la debían depositar en que se hallaba presente su persona. Pues nunca él, abandonada la escuadra y los negocios de España a que había sido enviado, hubiera venido acá con tanta diligencia si razones poderosas no le hubieran persuadido a que era necesaria para la salud de la patria esta jornada y que en ella estaba segura la victoria. La autoridad del que hablaba y verdad de lo que decía, infundió ánimo en la tropa para el combate. Entonces el cónsul, aceptando su buen deseo, les exhortó estuviesen prontos a recibir sus órdenes, y despidió la junta.

Al día siguiente marcharon los dos generales a lo largo del Tesino por la parte que mira a los Alpes, teniendo el romano el río a su izquierda y el cartaginés a su derecha. Al segundo día, habiendo sabido uno y otro por sus forrajeadores que el enemigo se hallaba cerca, acamparon e hicieron alto. Al otro día, Aníbal con la caballería y Escipión con la suya y los flecheros de a pie, batieron la campaña, deseosos cada uno de reconocer las fuerzas del contrario. Apenas el polvo que se levantó dio a conocer la proximidad del enemigo, cada uno por su parte se formó en batalla. Escipión hizo avanzar los flecheros con la caballería gala, y situados de frente los restantes, avanzaba a lento paso. Aníbal formó su primera línea con la caballería de freno y todo lo que había en ella demás fuerte, cubrió sus alas con la núpida para rodear al enemigo, y salió al encuentro. Ansiosos por pelear unos y otros, jefes y caballeros, el primer choque se dispuso de manera que los flecheros, apenas hubieron disparado sus primeros dardos, asombrados con el ímpetu del enemigo y temerosos de que no les atropellase la caballería que les venía encima, retrocedieron al instante y echaron a huir por los intervalos de sus propios escuadrones. Los que componían el centro vinieron mutuamente a las manos y sostuvieron por largo tiempo igual la balanza del combate. La batalla era

al mismo tiempo de caballería e infantería, porque muchos en la acción echaron pie a tierra. Pero luego que los númidas rodearon y atacaron al enemigo por la espalda, los flecheros de a pie que anteriormente habían evitado el choque de la caballería, fueron atropellados por la multitud e ímpetu de sus caballos. La vanguardia romana, que desde el principio peleaba con el centro cartaginés, viéndose invadida por detrás por los númidas, tuvo que desamparar el puesto. Una gran parte de romanos quedó sobre el campo, pero fue mayor aún la de los cartagineses. Muchos de aquellos emprendieron una huida precipitada, algunos se unieron con el cónsul. Escipión inmediatamente levantó el campo y atravesó las llanuras hasta el puente del Po, con el anhelo de hacer pasar prontamente sus legiones. Tomó el partido de poner sus tropas a cubierto, a la vista de ser el país tan llano, el enemigo superior en caballería y hallarse él gravemente herido. Aníbal creyó por algún tiempo que las legiones de a pie reanudarían el combate; pero advirtiéndole que habían salido del campamento, las siguió hasta el río. Allí, como encontrase desunidas la mayor parte de las tablas del puente y un cuerpo de seiscientos hombres que había quedado para su custodia, los hizo prisioneros, y con la noticia que le dieron de que los demás estaban ya muy lejos, retrocedió y tomó el camino opuesto a lo largo del río con el deseo de encontrar un lugar apropiado para tenderle un puente. Luego de dos días de marcha hizo uno de barcas, y encargó a Asdrúbal el paso de las tropas. Él pasó poco después y dio audiencia a los embajadores que habían venido de los pueblos próximos. Pues con la victoria que había ganado, todos los galos de la comarca anhelaban ganar su confianza según su primer propósito, proveerle de municiones y militar bajo sus banderas. Recibidos que fueron éstos con agrado, y pasadas sus tropas a esta parte, caminó río abajo haciendo una marcha opuesta a la anterior, con el deseo de alcanzar al enemigo. Escipión, después de atravesado el Po, había acampado alrededor de Placencia, colonia romana. Allí se había detenido para curar su herida y las de sus soldados, creyéndose seguro de todo insulto. Entretanto, Aníbal, al segundo día de haber pasado el río, alcanzó a los enemigos, y al tercero formó a su vista el ejército en batalla. Pero viendo que nadie se le presentaba, se atrincheró a cincuenta estadios de distancia.

Entonces los galos que militaban bajo las banderas romanas, al ver la mayor prosperidad de los cartagineses, mancomunados entre sí, acecharon la ocasión de atacar a los romanos sin salir cada uno de su tienda. Luego de haber cenado y haberse recogido dentro del campamento, dejaron pasar la mayor parte de la noche. Pero cerca de la madrugada toman las armas hasta dos mil de a pie y poco menos de doscientos de a caballo, dan sobre el campo de los romanos, que se hallaba próximo, matan muchos, hieren a no pocos, y por último, cortadas las cabezas de los muertos, marchan con ellas a los cartagineses. Aníbal recibió su llegada con agrado, los colmó de elogios por el pronto les prometió premios correspondientes a cada uno para el futuro y los envió a sus ciudades para que informasen a sus conciudadanos de lo hasta allí obrado y los exhortasen a contraer con él alianza. Era preciso que todos por necesidad abrazasen el partido de Aníbal, a la vista del insulto cometido por sus conciudadanos contra los romanos. Efectivamente, vinieron, y con ellos los boios, que le entregaron los tres personajes enviados por los romanos para la división de las tierras, de quienes se habían apoderado contra todo derecho al iniciarse la guerra, como hemos indicado anteriormente. Aníbal aplaudió su buen afecto, les dio testimonios de amistad y alianza, y les devolvió los tres romanos, advirtiéndoles los custodiasen para canjear por ellos sus rehenes, como al principio habían pensado.

Mucho afligió a Escipión la traición de los galos, y no dudando que enajenados de antemano sus ánimos contra los romanos, se pasarían con este hecho todos los de la comarca al partido de los cartagineses, decidió poner remedio para el futuro. Por lo cual, llegada la noche, levantó el campo al amanecer, y tomó el camino hacia el río Trebia y eminencias a él inmediatas, para afianzar su seguridad en la fortaleza de aquel terreno y vecindad de sus aliados. Pero apenas advirtió Aníbal su traslado, destaca prontamente en su seguimiento la caballería númida, y poco después la restante, siguiendo él detrás con todo el ejército. Los númidas encontraron desierto el campamento romano y le prendieron fuego. Esto tuvo mucha cuenta a los romanos; como que si los hubieran perseguido los númidas sin detenerse, habrían alcanzado los bagajes y hubieran dado muerte a muchos romanos

en aquellas llanuras. Pero llegaron cuando ya los más habían pasado el Trebia. Sólo faltaba la retaguardia, y de ésta una parte fue muerta y otra hecha prisionera. Escipión, pasado el Trebia, sentó sus reales en las primeras colinas, y fortificado su campo con foso y trinchera, mientras aguardaba a Sempronio y las legiones que con él venían, curaba su herida con cuidado, deseoso de tener parte en el futuro combate. Aníbal sentó su campo a cuarenta estadios de distancia del enemigo. Allí, los galos que habitaban aquellas campiñas, alentados con los progresos de los cartagineses, proveían abundantemente de víveres al ejército, y en toda acción o peligro los hallaba Aníbal por compañeros.

CAPÍTULO XIX

Pretextos romanos para justificar su derrota.- Aníbal toma por trato a Clastidio.- Refriega de la caballería y ventaja de Sempronio.- Diversidad de pareceres entre los dos cónsules sobre la guerra.- Emboscada de Aníbal.

Apenas llegó a Roma la nueva de la batalla entre la caballería, fue tanto mayor la sorpresa cuanto tenía la noticia de inesperada. Pero no faltaron pretextos a que atribuir el haber sido vencidos. Unos culpaban la temeridad del cónsul, otros el mal resultado que de propósito habían dado de sí los galos, infiriendo esto de la última deserción. Pero en fin, estando aún indemnes las legiones de a pie, se lisonjeaban de que no había que temer por la salud de la República. Por eso cuando Sempronio pasó por Roma se creyó que desde que él hubiese unido sus legiones, la presencia sola de este ejército concluiría la guerra. Luego que reunieron éstas en Arimino, como se habían convenido por juramento, cuando los tomó el cónsul, y se dirigió con diligencia a incorporarse con Escipión. Después que se hubo acercado al campamento de éste, sentó sus reales a corta distancia, e hizo descansar sus legiones que habían marchado cuarenta días continuos desde Lilibea a Arimino. Él, mientras, realizaba todos los preparativos para la batalla, y conferenciaba frecuentemente con Escipión, ya informándose de lo pasado, ya deliberando sobre lo presente.

En el transcurso de este tiempo, Aníbal tomó por trato la ciudad de Clastidio, entregándosela Brundusino, su gobernador por los romanos. Dueño de la guarnición y de los acopios de trigo, se sirvió de éste para las presentes urgencias, y se llevó consigo a los prisioneros sin hacerles daño. Deseaba por este rasgo de humanidad dar a entender a los que en adelante se aprendiesen, que no había que desesperar de su clemencia. Recompensó al traidor magníficamente, con el propósito de atraer al partido de Cartago todos los que obtenían algún cargo. Después, advirtiendo que algunos galos de los que habitaban entre el Po y el Trebia habían contraído con él alianza, y al mismo tiempo se comunicaban con los romanos, persuadidos a que por este medio hallarían seguridad en uno y otro partido; destacó dos mil infantes y mil caballos entre galos y númidas, con orden de que talasen sus tierras. Ejecutada prontamente esta orden, y dueños de un rico despojo, al instante acudieron los galos al campamento romano para implorar su socorro. Sempronio, que ya de antemano buscaba la ocasión de actuar, valiéndose ahora de este pretexto, envió allá la mayor parte de su caballería, y con ella hasta mil flecheros. Éstos, pasado prontamente el Trebia, vienen a las manos con los que traían el botín, los hacen volver la espalda y retirarse a su campamento. Las guardias avanzadas del campo cartaginés que lo advirtieron, se dirigen prontamente al socorro de los que eran perseguidos, ponen en huida a los romanos y los hacen volver hacia su campo. Entonces Sempronio, visto este accidente, destacó toda la caballería y los flecheros, con cuyo refuerzo vueltos a retroceder los galos, se acogieron dentro de dos fortificaciones. Pero Aníbal, que a la sazón se hallaba desprevenido para una acción general, y creía que era oficio de un prudente capitán no arriesgar jamás trance decisivo por leves pretextos y sin propósito se contentó con detener a los que se refugiaban al real y obligarles a volver hacer frente al enemigo; pero les prohibió por medio de sus edecanes y trompetas perseguirle ni venir a las manos. Los romanos persistieron algún tiempo; pero finalmente se retiraron, después de haber perdido alguna gente y

haber muerto un gran número de cartagineses.

Soberbio y alegre Sempronio con tan feliz suceso, ardía en vivos deseos de llegar cuanto antes a una batalla decisiva. Aunque se había propuesto manejarlo todo a su arbitrio, por estar Escipión enfermo, sin embargo conferenciaba con él sobre el asunto, con el propósito de tener asimismo el voto de su colega. Escipión era del sentir opuesto en las actuales circunstancias. Creía que ejercitado el soldado durante el invierno, se haría después más esforzado; que la inconstancia de los galos, viendo a los cartagineses en inacción y mano sobre mano, no persistiría en la fe y maquinaría alguna nueva traición contra ellos; y, por último, que restablecido él de su herida, haría algún útil servicio a la república. De estas razones se valía para persuadirle a no pasar adelante. Sempronio conocía bien la verdad y conveniencia de estos consejos; pero se dejaba arrastrar de la ambición y excesiva confianza. Ansiaba temerariamente decidir por sí el asunto antes que Escipión pudiese intervenir en la acción, o le previniesen en el mando los cónsules sucesores, de cuya elección era ya el tiempo. Y así como no se acomodaba a las circunstancias de los negocios, sino a las suyas, nadie dudaba en que le desmentirían sus deliberaciones. Aníbal, aunque del mismo sentir que Escipión sobre el estado presente, infería lo contrario. Deseaba venir a las manos lo antes posible, con el propósito, primero de aprovecharse de aquellos recientes impulsos de los galos; después de batirse con unas tropas inexpertas y recién alistadas, y últimamente de no dar tiempo a Escipión para asistir al combate. Pero el motivo más poderoso era por hacer algo y no dejar transcurrir el tiempo inútilmente. Efectivamente, el único medio de conservarse un general que llega con ejército a un país extraño y emprende una conquista extraordinaria, es renovar con continuas empresas las esperanzas de sus aliados. En este supuesto se disponía para una acción, seguro de que Sempronio no dejaría de atacarle.

Aníbal, habiendo observado de antemano que el espacio que mediaba entre los dos campos era un sitio llano y descampado, más a propósito para emboscadas, por correr un riachuelo cuyas elevadas márgenes estaban cubiertas de espesas zarzas y jarales, pensó en fraguar una celada a sus contrarios. Ésta le era tanto más fácil, cuanto que los romanos, recelándose únicamente de los terrenos montuosos, por acostumar a los galos a prepararles siempre asechanzas en tales parajes, vivían confiados en los lugares llanos y descubiertos, sin percatarse que a veces la llanura es más a propósito para tender una emboscada más a cubierto y a menos riesgo que los matorrales. En ésta los que están ocultos registran con anticipación la campiña, y nunca les faltan eminencias adecuadas para esconderse. Cualquiera mediana margen de un riachuelo, cualquier cañaveral, cualquier zarzal u otro cualquier género de jarales, basta para cubrir no sólo la infantería, sino a veces la caballería, con la corta precaución de inclinar de espaldas hacia la tierra el reverbero de las armas y poner por bajo los morriones. Aníbal, pues, habiendo participado a su hermano Magón y demás de la junta de lo que después pensaba hacer, todos aplaudieron su propósito. Luego que hubo cenado el ejército, llama a Magón su hermano, joven por cierto, pero lleno de espíritu e instruido en el arte militar, y le da el mando de cien hombres de a caballo y otros tantos de a pie. Le previene que elija los que le parezcan más valerosos de todo el ejército, y después de haber cenado vengan todos a su tienda antes de anochecer. Después que los hubo exhortado y excitado en ellos el valor que requería el caso, ordenó a cada uno escoger de su propia compañía los más esforzados, y venir a cierta parte del campamento. Ejecutada la orden, se reunió un número de mil caballos y otros tantos de a pie, y los envió por la noche al lugar de la emboscada, dándoles guías y previniendo a su hermano el tiempo de atacar. Él, mientras, reúne al amanecer a los númidas, gentes hechas a toda prueba, y luego de haberlos exhortado, y prometido premios a los que se distinguiesen, ordena que se aproximen al campo enemigo, y hecha la primera descarga, regresen prontamente a pasar el río, para movilizar al enemigo. Todo su fin era coger a Sempronio en ayunas y desprevenido para la acción. Después convoca a los demás oficiales e igualmente los anima para el combate, previniéndolos de comer a toda la gente y hagan tener prontas sus armas y caballos.

CAPÍTULO XX

La batalla del Trebia.

Luego que advirtió Sempronio que le caballería n mida se aproximaba (219 años antes de J. C.), destacó al instante la suya, con orden de actuar y venir con ella a las manos. Acto seguido envió seis mil flecheros de a pie y él se echó fuera del campamento con las tropas restantes. Se hallaba tan satisfecho de la mucha gente que mandaba y de la ventaja que había obtenido el día anterior sobre la caballería, que creía que sola la presencia bastaba para la victoria. Era entonces el rigor del invierno, nevaba aquel día y hacía un frío excesivo. Casi todos los hombres y caballos habían salido sin desayunarse. Al principio mostró la tropa mucho espíritu y gallardía; pero apenas hubo pasado el Trebia, que a la sazón iba tan crecido por la lluvia caída durante la noche en aquellos contornos, que llegaba el agua al soldado hasta los pechos; el frío y el hambre (como ya era entrado el día) la abatió completamente. Por el contrario los cartagineses habían comido y bebido en sus tiendas, les echaron pienso a sus caballos y se habían untado y armado alrededor del fuego.

No bien los romanos hubieron vadeado el río, cuando Aníbal, que aguardaba este lance, envía por delante para refuerzo de los númidas a los lanceros y honderos de las islas Baleares en número de ocho mil y sale él con todo el ejército. A distancia de ocho estadios del campo formó sobre una línea recta su infantería, compuesta casi de veinte mil hombres, españoles, galos y africanos. La caballería, que con la de los galos aliados ascendía a m s de diez mil hombres, la dividió sobre sus alas, y delante de éstas situó los elefantes divididos en dos trozos. En el transcurso de este tiempo Sempronio ordenó retirar su caballería, a la vista de no saber qué partido tomar contra un enemigo que, al paso que huía con facilidad y desorden, volvía otra vez a la carga con valor y brío. Tal es el particular modo de pelear de los númidas. Colocó después la infantería según el orden de batalla que acostumbran los romanos.

Ésta se componía de dieciséis mil romanos y veinte mil aliados, número a que asciende un ejército completo cuando se trata de una acción general y las urgencias han unido los dos cónsules. Cubrió después sus dos alas con la caballería, compuesta de cuatro mil hombres, y avanzó arrogante a los contrarios, marchando a lento paso y en orden de batalla.

Ya que estuvieron a tiro unos y otros, los armados a la ligera, que se hallaban al frente, empezaron la acción. Todo lo que tuvo de perjudicial este preludio a los romanos, tuvo de ventajoso a los cartagineses. Pues a m s de que los flecheros romanos de a pie estaban fatigados desde por la mañana y habían arrojado la mayor parte de sus dardos en la refriega contra los númidas, la continua humedad les había inutilizado los restantes. Igual penalidad sufría la caballería y el ejército todo. Mas a los cartagineses sucedía todo lo contrario. Esforzados y vigorosos, habían entrado en la lucha de refresco, y acudían con facilidad y prontitud donde era necesario. Así, lo mismo fue retirarse por los intervalos los que peleaban al frente y venir a las manos la infantería pesadamente armada, que quedar arrollada en ambas alas la caballería romana por la cartaginesa, que era muy superior en número y había reparado al salir sus fuerzas y las de sus caballos. Efectivamente abandonado el puesto por la caballería romana y desamparados los costados de la falange, los lanceros cartagineses y la tropa n mida ocupan el lugar de los que se hallaban delante, atacan la infantería romana por los flancos y la ponen en tal apuro que no la dejan pelear contra los que tenía al frente. Los pesadamente armados, que de ambas partes ocupaban la vanguardia y centro de toda la formación, pelearon sin ceder por mucho tiempo y mantuvieron igual el combate.

En este instante salieron los númidas de la emboscada y cargando prontamente por la espalda a los que luchaban en el centro, pusieron en gran turbación y congoja las legiones romanas. Por último, atacadas ambas alas de frente por los elefantes, alrededor y en flanco por los armados a la ligera, vuelven la espalda y son rechazadas y perseguidas hasta el río próximo. Llegado este momento, los númidas de la emboscada atacan, matan y destrozan las últimas líneas del centro de los romanos, mas las primeras, forzadas de la necesidad, vencen a los galos y una parte de

africanos, hacen en ellos una gran carnicería y se abren paso entre los cartagineses. Éstas, apenas advirtieron el destrozo de sus alas, perdieron la esperanza de poderlas dar socorro o regresar de nuevo al campamento. Pues el terror de la caballería, el río y la lluvia que caía, eran otros tantos obstáculos a sus intentos y retorno. Por lo cual, sin perder la formación ni desunirse, se retiraron a Placencia sin peligro, en número poco menos de diez mil. De los restantes, la mayor parte pereció a orillas del río, a manos de los elefantes y de la caballería. La infantería que logró salvarse y una gran parte de caballería siguió las huellas del cuerpo de tropas que hemos dicho y se refugiaron con ellas en Placencia. El ejército cartaginés fue en su seguimiento hasta el río, pero imposibilitado de pasar adelante por el frío, se retiró otra vez al campamento. Todos se hallaban gozosos con el feliz éxito de la acción. La mortandad de españoles y africanos fue corta, de galos más considerable; pero la lluvia y la nieve maltrató a todos tan cruelmente que, a excepción de uno, murieron todos los elefantes, y el frío acabó con muchos hombres y caballos.

CAPÍTULO XXI

Preparativos de Roma para la campaña siguiente.- Expedición de Cornelio Escipión en la España.- Artificios de que se vale Aníbal para atraer los galos a su partido y asegurar su persona de un atentado.- Resolución de pasar a la Toscana.

Aunque Sempronio no ignoraba su derrota, quiso ocultar en lo posible al Senado y pueblo romano lo ocurrido, y despachó correos que diesen cuenta de cómo la batalla se había dado, y lo riguroso de la estación le había arrebatado de las manos la victoria. Los romanos de momento dieron crédito a estas noticias; pero informados poco después de que los cartagineses ocupaban el campamento de los suyos; que los galos todos habían abrazado el partido de Aníbal; que sus legiones, abandonado el campo de batalla, se habían refugiado en las ciudades próximas y no tenían más provisiones que las que les llegaban del mar por el Po; entonces acabaron de comprender a punto fijo el éxito de la batalla. Ante un accidente tan inesperado, se puso suma diligencia en acumular provisiones, cubrir los países fronterizos, enviar tropas a Cerdeña y Sicilia, poner guarniciones en Tarento y demás puestos oportunos y equipar una escuadra de sesenta naves de cinco órdenes. Aparte de esto, Cn. Servilio y Cayo Flaminio, que a la sazón habían sido nombrados cónsules, alistaron tropas entre los aliados, levantaron legiones entre los suyos y acumularon víveres en Arimino y en la Etruria, ya que en estos lugares se había de llevar a cabo la campaña. Imploraron asimismo el socorro de Hierón, que les envió quinientos cretenses y mil rodeleros. En fin, por todos lados se tomaron las medidas más eficaces. Tales son los romanos en general y en particular; entonces más formidables cuanto más inminente es el peligro. En el transcurso de este tiempo (219 años antes de J. C.), Cn. Cornelio, a quien su hermano Publio había dejado el mando de las fuerzas navales, como hemos indicado anteriormente, haciéndose a la vela con toda la escuadra desde las bocas del Ródano, aportó a aquella parte de España llamada Emporio. Allí, desembarcando a sus tropas, puso sitio a todos los pueblos marítimos hasta el Ebro que rehusaron obedecerle, y recibió con agasajo a los que de voluntad se entregaron, procurando en lo posible no se les hiciese extorsión alguna. Después que hubo asegurado estas conquistas, penetró tierra adentro con su ejército, ya notablemente engrosado con los aliados españoles. Al paso que se iba internando, recibía unos pueblos en su amistad, otros los reducía por fuerza. Los cartagineses que mandaba Hannón en aquellos países vinieron a acampar frente a él, alrededor de una ciudad llamada Cissa; pero Escipión, formadas sus huestes, les dio la batalla, la ganó y se apoderó de un rico botín; ya que en poder de éstos había quedado el equipaje todo de los que habían pasado a Italia. Aparte de esto, contrajo alianza y amistad con todos los pueblos de esta parte del Ebro, y tomó prisioneros al general Hannón y al español Indivilis. Éste era un potentado en el interior del país, que había sido siempre sumamente afecto a los intereses de Cartago.

Luego que supo Asdrúbal lo que había sucedido, pasó el Ebro, y vino prontamente al socorro.

Informado de que las tropas navales de los romanos vivían desmandadas y llenas de confianza por la ventaja que habían logrado las legiones de tierra, toma de su ejército ocho mil infantes y mil caballos, sorprende estas tropas dispersas por aquellos campos, mata a muchos y precisa a los restantes a refugiarse a sus navíos. Tras de lo cual se retira, vuelve a pasar el Ebro y sentado su cuartel de invierno en Cartagena, entrega todo su cuidado a los preparativos y defensa del país de parte acá del Ebro. Escipión vuelto a la escuadra, castigó a los autores de este descuido según la disciplina romana, y formado después un cuerpo de las tropas terrestres y navales, marchó a invernar a Tarragona. Allí distribuyó por partes iguales el despojo entre los soldados, con lo que se granjeó su afecto y benevolencia para el futuro. Tal era el estado de los negocios de España. Llegada la primavera (218 años antes de J. C.), Flaminio tomó sus legiones, atravesó la Etruria, y fue a campar a Arrecio. Mientras tanto Servilio marchó a Arimino para contener por aquella parte el ímpetu del enemigo. Aníbal durante el cuartel de invierno en la Galia cisalpina retuvo en prisiones a los romanos que había capturado en la última batalla suministrándoles escasamente lo necesario. Mas por lo tocante a los aliados, después de haberlos tratado por el pronto con toda humanidad, los reunió y les dijo que él no había venido a pelear contra ellos sino contra los romanos por su defensa; que era interés suyo si lo consideraban atentamente, el preferir su amistad; puesto que el principal motivo de su venida era por restituir la libertad a los italianos y ayudarles a recobrar las ciudades y campos de que los romanos les habían despojado. Dicho esto, despidió a todos a sus casas sin rescate. Su propósito en esto era, a más de atraer por este medio a su partido los pueblos de Italia y enajenar sus ánimos de los romanos, conmover asimismo a aquellos cuyas ciudades o puertos se hallaban bajo el poder romano.

Durante los cuarteles de invierno se valió de esta astucia, propia de un cartaginés. Receloso de la inconstancia de los galos, y trazas que podían maquinan contra su persona, por estar aún reciente la alianza que con ellos había contraído, ordenó hacer gorras y caperuzas adaptables a toda clase de edades. De éstas utilizaba continuamente, desfigurándose ya con una, ya con otra. Según la gorra, mudaba igualmente de vestido; de forma que no sólo los que le veían de paso, sino aun los que se paraban a hablarle, tenían trabajo en conocerle. Advirtiéndole después que los galos sufrían con impaciencia que su país fuese el teatro de la guerra, y que deseaban y anhelaban la ocasión de invadir las tierras del enemigo, pretextando el odio contra los romanos, cuando en realidad era la codicia del despojo; resolvió levantar el campo cuanto antes y satisfacer los deseos de las tropas. Apenas cambió la estación del tiempo, se informó de aquellos que les parecieron más prácticos en los caminos. Encontró todas las otras entradas al país enemigo, largas y sabidas de los romanos. Sólo la que a través de unas lagunas conducía a la Etruria le pareció penosa, pero corta, y extraña en el concepto de Flaminio. Desde luego se halló más conforme a su inclinación este camino, y resolvió hacer por él el viaje. Esparcida la voz en el ejército de que el general los había de llevar por ciertas lagunas, todos comenzaron a temer al considerar los lagos y pantanos de la marcha.

CAPÍTULO XXII

Paso de los pantanos de Clusio e incomodidades que sufrió el ejército cartaginés.- Carácter de Flaminio.- Los deberes de un general.

Una vez que Aníbal fue informado en detalle de que los lugares por donde había de pasar eran cenagosos, pero de suelo firme y sólido, levantó el campo. Colocó en la vanguardia a los africanos y españoles con todo lo más fuerte del ejército, y con ellos incorporó el bagaje, a fin de que por de pronto no les faltase cosa alguna. Para adelante descuidó completamente la pro-visión del soldado; pues pensaba que una vez llegado al país enemigo, si era vencido no necesitaría de nada; y si vencedor, todo le sobraría. Después de éstos situó a los galos; y detrás de todos a la caballería. Encargó a su hermano Magón el cuidado de la retaguardia, para que dado el caso que la flojedad y aversión al trabajo en especial de los galos o de alguno otro, molestada del camino quisiese volver

atrás, lo impidiese con la caballería, y obligase por fuerza. Los españoles y africanos, como caminaban por los pantanos cuando no estaban aún hollados, y a más eran gentes sufridas y acostumbradas a semejantes fatigas, pasaron sin gran trabajo. Por el contrario los galos avanzaban a mucha costa, puesto que ya estaba conmovido y pisoteado el fondo de las lagunas. Esta fatiga se les hacía tanto más penosa e insoportable, cuanto que eran bisoños en tales trabajos. Mas no podían volver pie atrás porque la caballería se venía echando encima. Convengamos, pues, en que todos tuvieron mucho que sufrir, principalmente por la falta de sueño; ya que por espacio de cuatro días y tres noches seguidas tuvieron que caminar dentro del agua. Pero quienes en especial padecieron fatigas y miserias sobre los demás fueron los galos. La mayor parte de bestias cayeron y perecieron en el lodo. De su caída resultaba una ventaja al soldado; pues sentándose sobre ellas o sobre el cúmulo de sus cargas, permanecía sobre el agua y dormía de este modo un corto espacio de la noche. La continua marcha por lugares pantanosos fue causa de que muchos caballos perdiesen los cascos. Aníbal mismo, montado sobre el único elefante que le había quedado, se salvó con mucho trabajo; pues incomodado de una grave dolencia que le sobrevino a la vista, al cabo perdió un ojo, por no permitirle la urgencia ni tiempo ni sosiego para curarse.

Luego de haber pasado Aníbal estos pasos pantanosos contra lo que todos esperaban, y haberse informado de que Flaminio acampaba en la Etruria frente a Arrecio, sentó él sus reales al margen de las lagunas. Su propósito era dar descanso a la tropa, indagar la disposición del romano y naturaleza del terreno que tenía delante. Efectivamente, averiguó que el país que tenía a la vista abundaba mucho en riquezas; y que todo el talento de Flaminio se reducía a saberse insinuar en el espíritu del vulgo y populacho, pero que para el manejo de asuntos serios y mando militar era negado, a más de que vivía muy satisfecho de sus fuerzas. De aquí infería que si conseguía pasar de la otra parte del campamento contrario y apostarse en aquellos lugares a su vista, el cónsul, impaciente con los escarnios de la tropa, no podría mirar con indiferencia la tala del país, y herido del dolor, vendría prontamente al socorro, y le seguiría a cualquier parte, con el anhelo de apropiarse para sí solo la victoria, antes que llegase su colega. De estos movimientos se prometía muchas proporciones para atacarle.

Efectivamente no se puede negar que Aníbal discurría con sobrado juicio y experiencia. Porque si alguno presume que en el arte militar hay otra prenda más estimable que estudiar a fondo la inclinación y carácter de su antagonista, este tal yerra y tiene unas ideas muy confusas. A la manera que en un combate particular de hombre a hombre o línea a línea es necesario que el que se propone vencer considere atentamente los medios de poder conseguir el fin propuesto y explore cuál es la parte flaca e indefensa del contrario; del mismo modo se requiere que los que mandan ejércitos indaguen en su antagonista, no cuál es la parte desarmada de su cuerpo, sino cuál es lo débil de su espíritu para mejor sorprenderle. Generales ha cuya desidia y total inacción ha arruinado del todo no sólo los negocios del Estado, sino aun sus propios intereses. Otros que por el inmoderado deseo al vino ni dormir pueden, si la borrachera no ha enajenado sus sentidos. Y no faltan quienes, por amor a las mujeres y embeleso en estos placeres, sacrificaron ciudades y haciendas, y aun se acarrearón una vida vergonzosa. La cobardía y desidia granjean una ignominia particular al que las tiene; pero en un general son peste universal y la más contagiosa. En manos de éstos, un ejército no sólo se hace indolente, sino que muchas veces fiado en tal cabeza incurre en los mayores desastres. La temeridad, la confianza, la cólera inconsiderada, la vanidad y el orgullo, son otras tantas ventajas para los enemigos, y perjuicios para los suyos. Un general semejante es cebo de toda asechanza, emboscada o artificio. Y así creo que si un general pudiese conocer las flaquezas del otro, y atacar a los enemigos por aquel flanco por donde su antagonista está menos defendida en muy corto tiempo conquistaría todo el mundo. Pues a la manera que, perdido el gobernalle de un navío toda la embarcación con la tripulación viene a poder del enemigo, del mismo modo un general en la guerra, si se deja sorprender por una astucia o artificio, él y toda su gente vienen las más de las veces a ser víctima de los contrarios. Efectivamente, no desmintieron la idea de Aníbal los pronósticos y conjeturas que hizo entonces del general romano.

CAPÍTULO XXIII

Batalla del lago Trasimenes ganada por Aníbal.- Discriminación de los prisioneros.

Luego que hubo Aníbal levantado el campo (218 años antes de J. C.) de los alrededores de Fesula, y avanzando un poco más allá del campamento romano, atacó el país próximo. Al punto Flaminio, irritado y fuera de sí, juzgó este paso del cartaginés por un desprecio a su persona. Pero cuando vio después la tala de la comarca y el humo que por todas partes indicaba la asociación de la campiña, se lamentó amargamente, teniendo ésta por la más cruel afrenta. Así fue que, aconsejándole algunos que de ningún modo convenía dirigirse arrebatadamente al enemigo, ni venir con él a las manos, sino mantenerse a la defensiva, respetar el número de su caballería, y sobre todo aguardar al otro cónsul para dar la batalla con todas las legiones juntas, no sólo no hizo caso de sus avisos, pero ni sufrir pudo a los que tal le aconsejaban. «Ahora bien, les dijo: recapacitad en vuestro interior qué dirán en nuestra patria al ver talados los campos casi hasta la misma Roma y nosotros acampados de la Etruria a espaldas del enemigo.» Por último, dicho esto, levantó el campo y marchó con el ejército sin ninguna previa noticia de las circunstancias ni del terreno; sólo sí con el ardiente deseo de venir a las manos, como si tuviese segura la victoria. Era tal la confianza que había inspirado en la multitud, que eran más los que iban a causa del ejército por la codicia del botín, cargados de cadenas, grillos y otros tales aparatos, que los mismos armados. Entretanto Aníbal avanzaba siempre hacia Roma por la Etruria, teniendo la ciudad de Cortona y montes a ella próximos a la izquierda, y el lago Trasimenes a la derecha. Mientras se iba internando, incendiaba y talaba los campos, para provocar más la cólera del cónsul. Pero luego que advirtió que ya estaba cerca Flaminio, reconoció los puestos oportunos para su intento, y se dispuso para una batalla.

Existía sobre el tránsito un llano valle, cuyos dos lados a lo largo se hallaban coronados de unos cerros encumbrados y continuos. En su anchura tenía al frente una montaña escarpada y de difícil acceso, y a la espalda un lago, entre el cual y el arranque de los collados quedaba una entrada muy estrecha que conducía al valle. Aníbal, pues, habiendo penetrado en este lugar por el desfiladero contiguo al lago, tomó la montaña del frente, y apostó en ella los africanos y españoles. Colocó los baleares y lanceros de la vanguardia en torno a los cerros que caían a la derecha, dándoles la mayor extensión que pudo. Igualmente situó la caballería y los galos alrededor de los de la izquierda; pero con tal extensión que los últimos tocasen con la entrada que a mitad del lago y el pie de las montañas conducía valle. Dadas estas disposiciones durante la noche, apostadas varias emboscadas alrededor del valle, estaba quieto. Flaminio marchaba detrás, con el anhelo de alcanzar al enemigo. El día anterior, por haber llegado tarde, acampó en las márgenes del lago; pero al amanecer del siguiente condujo por el lago su vanguardia al próximo valle, con el fin de provocar al enemigo. Había aquel día una niebla muy espesa. Lo mismo fue conocer Aníbal que la mayor parte del ejército había penetrado en el valle, y tocaba ya con él la vanguardia enemiga, dio la señal de atacar, y envió orden a los que estaban emboscados para acometer a un tiempo a los romanos por todos lados. Flaminio se sorprendió de un lance tan imprevisto. Los jefes y tribunos romanos, rodeados de una densa niebla que le impedía la vista, y atacados e invadidos desde lo alto por diferentes sitios, no sólo se encontraban imposibilitados de acudir a donde era preciso, pero ni aun entender podían lo que ocurría. Efectivamente, ya les acometían por el frente, ya por la espalda, ya por los flancos, de que provenía que los más eran pasados a cuchillo en la misma forma que iban marchando, sin darles lugar a ponerse en defensa, vendidos, digámoslo así, por la impericia de su jefe. Se hallaban aún deliberando lo que habían de hacer, cuando de improviso descargaba sobre ellos el golpe de la muerte. Entonces, Flaminio, abatido y desesperanzado de todo remedio, perdió la vida a manos de ciertos galos que le atacaron. Perecieron en el valle casi quince mil romanos, sin poder obrar ni evitar el lance. Esta es una ley inviolable en su disciplina, no huir ni desamparar las líneas. Los que a la entrada del desfiladero fueron interceptados entre el lago y el pie de las montañas, tuvieron una

muerte vergonzosa, o por mejor decir, lastimosa. Impelidos dentro del lago unos, turbado el sentido se echaron a nadar, y con el peso de las armas se ahogaron; y los más se metieron hasta donde pudieron, dejando solo la cabeza fuera del agua. Mas luego que sobrevino la caballería, viendo inevitable su ruina, levantaban las manos, pedían la vida, y cometían todo género de humillaciones; pero al fin, o fueron degollados por los enemigos, o animándose mutuamente se dieron una muerte voluntaria. Sólo seis mil hombres de los que entraron en el valle vencieron a los que tenían al frente; y aunque muy capaces de contribuir en gran parte a la victoria, ni pudieron dar socorro a los suyos, ni rodear a los contrarios, por no ver lo que se hacían. Con el afán de ir adelante, marchaban creyendo encontrar siempre cartagineses, hasta que sin saber cómo se hallaron en las cumbres. Situados en lo más alto, y disipada ya la niebla, advirtieron el estrago ocurrido, e imposibilitados de hacer algún esfuerzo, por estar ya el enemigo apoderado de toda la campaña, se retiraron unidos a cierto lugar de la Etruria. Después de la acción se destacó allá al capitán Maharbal con los españoles y lanceros, sitió el lugar por todos lados, y los redujo a tal escasez que, depuestas las armas, se rindieron bajo la sola condición de que les salvaran las vidas. Así pasó en general la batalla que se dio en la Etruria entre romanos y cartagineses. Aníbal, traídos a su presencia los prisioneros, tanto los que Maharbal había hecho como los otros, los reúne todos en número de más de quince mil y ante todo les dice: que Maharbal no tenía facultades para asegurarles la vida sin haberle consultado. De aquí tomó motivo para reprender a los romanos; y hecho esto, distribuyó entre los batallones para que los custodiasen, a cuantos habían sido capturados. A los aliados los dejó ir todos a sus casas sin rescate, advirtiéndoles lo mismo que anteriormente había manifestado, que él no había venido a hacer la guerra a los italianos, sino a los romanos, por recobrar a ellos la libertad. Más tarde, dio descanso a sus tropas e hizo los funerales a treinta de los más principales de su ejército que habían muerto. La pérdida total ascendía a mil quinientos hombres, la mayor parte galos. Hecho esto, seguro ya de la victoria deliberaba con su hermano y demás confidentes por dónde y cómo adelantaría sus conquistas.

CAPÍTULO XXIV

Efectos producidos en Roma por esta derrota.- Pérdida de cuatro mil caballos que mandaba Centenio.- Tránsito de Aníbal por la Umbria y el Piceno hasta la costa del Adriático.

Recibida en Roma la nueva de esta derrota, los magistrados no pudieron suavizar ni aminorar el hecho por ser un infortunio de tanto bulto; y así, convocado a junta el pueblo, se vieron en la necesidad de declararle la verdad del caso. Luego que el pretor dijo desde la tribuna a los circunstantes: hemos sido vencidos en una gran batalla, la consternación fue tal, que los que se habían hallado en una y otra parte, creyeron haber hecho entonces más estrago estas palabras que la batalla misma. Y con razón, pues no estando acostumbrados de tiempo inmemorial a escuchar palabra o acción que confesase su vencimiento, sentían ahora la pérdida sin medida y sin consuelo. Sólo el Senado permaneció invariable en el ejercicio de sus funciones, providenciando lo qué y cómo cada uno había de actuar en adelante.

Durante el transcurso de la acción (218 años antes de J. C.), el cónsul Cn. Servilio, que guarnecía los alrededores de Arimino, esto es, la costa del golfo Adriático en donde se unen las llanuras de la Galia con lo restante de Italia, no lejos de las desembocaduras del Po en el mar; Servilio, dijo, enterado de que Aníbal había penetrado en la Etruria y se hallaba acampado frente a Flaminio, había decidido unirse al cónsul con sus legiones. Pero imposibilitado por la pesadez de ejército, destacó delante con diligencia a Cayo Centenio con cuatro mil caballos, para que en caso de necesidad socorriese a Flaminio antes de que él llegase. Apenas después de la batalla tuvo Aníbal el aviso de esta socorro, envió al encuentro a Maharbal con los lanceros y un trozo de caballería. No bien éstos habían venido a las manos, cuando al primer choque perdió Centenio casi la mitad de la gente. El resto fue perseguido hasta una colina, y el día siguiente fue hecho prisionero. Tres días

hacia que había llegado a Roma la nueva de la batalla, y como que entonces fermentaba con mayor fuerza por la ciudad la sensación de este infortunio, cuando sobrevino este otro descalabro que abatió no sólo al pueblo sino al Senado mismo. Cesó el despacho de los negocios anuales, se omitió la elección de los magistrados mayores, se deliberó sobre el estado presente y se creyó que la actualidad de los negocios y urgencia de las circunstancias exigían un magistrado con autoridad absoluta.

Aníbal, aunque seguro ya de una victoria tan completa, no juzgó a propósito aproximarse a Roma por lo pronto. Contentóse, sí, con batir la campaña y talarla impunemente, dirigiéndose hacia el Adriático. Atravesó la Umbría y el Piceno y llegó al décimo día a la costa del golfo. Hizo en este tránsito un botín tan cuantioso, que ni llevar ni conducir podía el soldado lo que había saqueado, y pasó a cuchillo una multitud de hombres prodigiosa. Había ordenado matar a todos los que se encontrasen en edad de llevar las armas, a la manera que se ejecuta en la toma de las ciudades. Tan antiguo e implacable era el odio que sentía contra los romanos.

Acampado el cartaginés junto al mar Adriático, en una provincia fértil en todo género de producciones, puso toda la atención en el recobro y convalecencia, no menos de las tropas que de los caballos. Pues como habían pasado un invierno a la inclemencia en la Galia Cisalpina, el frío, la inmundicia, el paso por las lagunas y las miserias, habían engendrado igualmente en hombres que en caballos una especie de sarna y de laceria. Por tanto, dueño de un país abundante, engordó sus caballos, restauró las fuerzas y espíritu de sus tropas, y dueño de innumerables armas con tantos despojos, armó a los africanos a la moda romana. Ahí fue donde envió por mar noticia a Cartago de lo hasta allí sucedido. Pues hasta entonces no se había acercado al mar desde que había entrado en Italia. Con estas nuevas se alegraron infinito los cartagineses, y pusieron gran empeño y diligencia en promover de todos modos los asuntos de la Italia y de la España.

CAPÍTULO XXV

Fabio nombrado dictador.- Diferencia entre la Dictadura y el Consulado.- Razones que movieron a Fabio a atenerse sólo a la defensiva.- Conducta opuesta de Minucio.- Aníbal decide pasar a la Campania.- Descripción de este país.

Entretanto en Roma se eligió por dictador a Quinto Fabio (218 años antes de J. C.), personaje distinguido por su prudencia y por su ilustre nacimiento. Aun en nuestros días se llamaba a los de esta familia Máximos, esto es, muy grandes, por las gloriosas acciones de su ascendiente. Esta es la diferencia que hay entre la dictadura y el consulado: que al cónsul acompañan doce lictores, y al dictador veinticuatro. Aquel necesita en muchos casos de la autoridad del Senado para ejecutar sus propósitos; éste es un magistrado de potestad absoluta, que una vez nombrado, cesa toda otra autoridad, a excepción de la de los tribunos. Pero de esto haremos en otro lugar una digresión más exacta. Con el dictador se nombró también a M. Minucio por general de la caballería. Este oficial está bajo las órdenes del dictador; pero cuando éste está ocupado, ejerce, digámoslo así, sus funciones.

Aníbal trasladaba de tiempo en tiempo su campamento, sin salir del país próximo al mar Adriático. Hacía lavar los caballos con vino añejo de que allí hay abundancia, con los que los limpió de la laceria y sarna que padecían. Asimismo cuidaba de que los heridos se curasen y los restantes recobrasen la robustez y brío para las empresas que meditaba. En este estado, así que hubo atravesado y talado los campos de Petrutiano y de Adria, como también los de los marrucinos y ferentanos, dirigió su marcha hacia la Apulia. Esta provincia está dividida en tres partes con sus tres denominaciones. Una la ocupan los daunios y la otra los messapios. Aníbal primero invadió la Daunia, y empezando por Luceria, colonia romana, arrasó sus contornos. Después, acampado en torno a Ibonio, corrió el país de los argiripianos y taló impunemente la Daunia toda.

Para entonces Fabio, tomada posesión de su empleo, salió a campaña con el general de la caballería y cuatro legiones que por costumbre se habían para él alistado, después de haber ofrecido sacrificios a los dioses. Apenas se incorporó sobre las fronteras de la Daunia con las tropas que habían venido al socorro desde Arimino, separó a Servilio del mando de las legiones de tierra y le envió bien escoltado a Roma con orden de acudir donde fuese preciso, si los cartagineses hiciesen algún movimiento por mar. Él, con el general de la caballería, tomó las legiones y se fue a acampar alrededor de Aigas, a cincuenta estadios de los cartagineses.

Aníbal, informado de la llegada de Fabio, para aterrar a los enemigos al primer ímpetu, sacó su ejército, lo aproximó al campo romano y le formó en batalla. Luego de un corto rato de estancia, viendo que ninguno salía, se retiró de nuevo a su campamento. Fabio, decidido a no emprender cosa sin consejo ni arriesgar el trance de una batalla, sino a atender primeramente y sobre todo a la seguridad de los suyos, vivía firme en este propósito. Al principio fue motejado y burlado de que temía y rehusaba la acción, pero el tiempo hizo confesar y conceder a todos que, en tan críticas circunstancias, ninguno era capaz de haberse conducido con más prudencia y cordura. Aun el éxito mismo de los negocios calificó prontamente de acertadas sus reflexiones. Y con razón, pues las tropas cartaginesas estaban ejercitadas desde su primera edad en continuas guerras. Tenían a su cabeza un general criado entre ellas e instruido desde la infancia en todas las evoluciones militares. Habían ganado muchas batallas en la España y vencido dos veces consecutivas a los romanos y sus aliados. Y sobre todo, privadas de todo recurso, sólo fundaban la esperanza de su salud en la victoria. Lo contrario a esto sucedía en el ejército romano. Por lo cual Fabio, en el supuesto de que no era posible venir al trance de una acción general sin ser cierta su ruina, se atuvo a aquellas ventajas que le dictaba su prudencia, se contuvo en ellas y por ellas condujo la guerra. Las ventajas que tenía Fabio y que no le podían faltar, era una abundante cantidad de provisiones y un prodigioso número de soldados. Bajo este plan se propuso en adelante seguir siempre de cerca a los contrarios y ocupar con anticipación los puestos oportunos de que tenía noticia. Como por la espalda le venían abundantes socorros, no dejaba jamás salir a forrajear al soldado, ni que se desmandase un punto fuera del real; por el contrario, los retenía juntos y reunidos, y observaba la oportunidad de los lugares y ocasiones. De esta forma interceptaba y mataba muchos cartagineses, que por desprecio se separaban a forrajear fuera del campo. Su propósito en esto era privar siempre a los contrarios de estas partidas que se desmandaban, y al mismo tiempo infundir aliento poco a poco por medio de estas particulares ventajas y recobrar el espíritu de sus legiones vencidas antes en campales batallas. Pero hacerle consentir en dar un combate general, era imposible. A Minucio de ningún modo agradaba esta conducta. Unía su sentir al de las tropas, y difamaba a Fabio en el concepto de todos, porque conducía la guerra con poca actividad e indolencia; pero que él, al contrario, anhelaba venir a las manos y arriesgar la batalla. Los cartagineses, después de haber saqueado los campos que hemos dicho, pasaron el Apenino y se dejaron caer sobre los Samnitas, país abundante y que gozaba, desde hacía mucho tiempo, de una paz profunda; donde hallaron tanta abundancia de víveres que ni el consumo ni la tala pudieron acabar con tal despojo. Saquearon también la campiña de Benevento, colonia romana, y tomaron a Venusia, ciudad bien amurallada y abundante en todo género de riquezas. Los romanos les seguían siempre detrás, a una o dos jornadas de distancia; pero rehusaban acercarse y venir a las manos. La conducta de ver a Fabio rehusar visiblemente la batalla sin dejar jamás de acampar a su lado, dio atrevimiento a Aníbal para echarse sobre las campiñas de Capua, y en particular sobre Falerno, persuadido a una de dos: o que obligaría al enemigo a combatir, o haría ver al mundo que era dueño de todo y los romanos le cedían la campaña. Con este paso se prometía que, atemorizadas las ciudades, abandonarían el partido de los romanos; pues hasta entonces, no obstante haberlos ya vencido en dos batallas, ninguna ciudad de Italia se había pasado al partido de Cartago; antes bien permanecían fieles, a pesar de haber algunas sufrido mucho. Por aquí se puede conjeturar el respeto y sumisión de los aliados para con la república romana.

Efectivamente, Aníbal reflexionaba justamente. Porque las campiñas de Capua son las más

sobresalientes de Italia, ya por su bondad y fertilidad, ya por la proximidad al mar y ferias que en ellas se celebran, a que acuden navegantes de casi todas las partes del mundo. Aquí se hallan las ciudades más célebres y hermosas de toda Italia. Sobre la costa está Sinuessa, Cumas, Puzzuolo, Nápoles y Nuceria; en el interior del país, al Septentrión, se encuentran Caleno y Teano; al Oriente y Mediodía la Daunia y Nola, y en el corazón de estas llanuras está situada Capua, ciudad que excede a todas en magnificencia. A la vista de esto es muy conforme lo que los mitológicos cuentan de estos campos, llamándolos también Flegreos, como aquellos otros tan celebrados: ni hay que admirar que la amenidad y belleza de estas campiñas fuese el principal motivo de la contienda entre los dioses. A todas estas ventajas se agrega que estas llanuras son fuertes y absolutamente inaccesibles, pues las rodea por una parte el mar y por todo el resto altas y continuadas montañas, que únicamente franquean tres entradas angostas y difíciles, viniendo del interior del país; una por el lado de los samnitas, otra por el lado del Eribano y la restante por el lado de los hirpinos. Acampados, pues, los cartagineses en estas llanuras como en un teatro, esperaban que la misma novedad aterrara a todos y publicaría que los romanos rehusaban la batalla, al paso que los presentaría a ellos como dueños de la campaña sin disputa.

CAPÍTULO XXVI

Tala de la Campania por Aníbal.- Estratagema con que engaña a Fabio para salir de esta tierra.

Llevado de estos pensamientos, Aníbal salió de Samnio, y cruzando las gargantas del monte Eribano, se apostó a las márgenes del Aturno, que casi divide en dos partes las mencionadas llanuras. Sentado el campo del lado que mira a Roma, talaba por sus forrajeadores la campiña impunemente. Fabio se admiró mucho de la resolución y arrojo del enemigo, pero esto mismo le afirmaba más en su propósito. Por el contrario, Minucio y todos los tribunos y comandantes del ejército, creyendo haber cogido en el lazo al enemigo, eran de parecer que se debía marchar cuanto antes a la Campania y no mirar con indiferencia la asolación del país más delicioso. Fabio, en cuanto a acercarse a estas llanuras, mostraba y aparentaba el mismo ardor y deseo que los demás. Mas luego que se aproximó a Falerno, dejándose ver en las faldas de las montañas, seguía de cerca al enemigo, por no dar a entender a sus aliados que le abandonaba la campaña; pero nunca bajaba al llano el ejército, temeroso de una batalla campal por las razones que hemos indicado, y porque indudablemente era muy superior en caballería el enemigo.

Aníbal, luego de haber tentado a Fabio y talado toda la Campania, hecho un inmenso botín, se disponía a levantar el campo. Su propósito era no malograr el despojo, sino ponerle en parte segura, donde pudiese pasar el invierno, para que de esta forma nada faltase al ejército por lo pronto, y disfrutase siempre la misma abundancia. Fabio descubrió la idea del cartaginés, que se disponía a salir por la misma parte por donde había entrado, y considerando que la estrechez del terreno era muy acomodada para atacarle, apostó cuatro mil hombres sobre el mismo desfiladero y los exhorta a aprovecharse de la ocasión con que la oportunidad del terreno les invitaba. Él mientras, con la mayor parte del ejército, se colocó sobre una colina que dominaba aquellas gargantas. No bien habían llegado los cartagineses y sentado su campo en el llano al pie de la misma montaña, cuando se prometió el romano quitarles sin peligro el botín, y acaso con la ventaja del sitio poner fin a la guerra. En esto ocupaba Fabio toda su atención, discurriendo qué puestos ocuparía, cómo situaría sus gentes, por quiénes y por dónde se daría principio al ataque. Pero Aníbal, infiriendo de las circunstancias que todas estas medidas se dejaban para el día siguiente, no le dio tiempo ni lugar para ejecutar sus propósitos. Envía a llamar a Asdrúbal, que mandaba a los gastadores, le da la comisión para que con toda diligencia recoja y ate los más haces que pueda de leña seca y otras materias combustibles, y que entresacados de todo el botín los dos mil bueyes más hechos al trabajo y gordos, los sitúe al frente del campamento. Hecho esto, convoca a los gastadores, y les muestra una colina sita entre su campo y los desfiladeros por donde había de realizar su paso. Les manda

que, cuando se les dé la señal, hagan subir a palos y por fuerza los bueyes hasta llegar a la cumbre, después de lo cual da orden para que todos cenén y se recojan. Al fin de la tercera vigilia de la noche saca sus gastadores y manda atar a las astas de los bueyes los manojos. Esto se ejecutó prontamente, por haber muchos ocupados en esta labor. Después da la señal de prender fuego a todos los haces y hacer subir y conducir los bueyes a las cumbres. Detrás de éstos coloca a los lanceros, con orden de que ayuden hasta cierto lugar a los que conducían los bueyes; pero cuando éstos comiencen a arremeter, acuden por los costados a ganarlas alturas con gran gritería y a ocupar las cumbres para auxiliarse y venir a las manos, caso que el enemigo hiciese en ellas resistencia. Al mismo tiempo él marcha a las gargantas y desfiladeros, llevando a la vanguardia los pesadamente armados, detrás de éstos la caballería, después el botín, y a la retaguardia los españoles y galos.

Luego que los romanos que guardaban los desfiladeros advirtieron que se acercaban a las cumbres las antorchas, persuadidos a que por allí hacía su marcha Aníbal, abandonan los puestos y acuden a las alturas. Ya se hallaban próximos a los bueyes y dudaban aún qué significarían estos fuegos, figurándose y esperando algún mayor infortunio. Apenas llegaron los lanceros, se originó entre cartagineses y romanos una leve escaramuza; pero los bueyes, que arremetían por entre medias, hicieron estar separados a unos y otros sobre las cumbres y permanecer quietos hasta que llegase el día, por no acabar de comprender lo que pasaba. Fabio, ya dudoso con este accidente, y persuadido a que sería dolo, según la expresión del poeta; ya resuelto a no arriesgar un trance ni llegar a una acción decisiva, según su primer propósito, prefirió la quietud dentro de las trincheras, y aguardó el día. Entre tanto, Aníbal, saliéndole la empresa a medida del deseo, pasó sin riesgo el ejército y el botín por los desfiladeros, apenas vio desamparados los puestos por los que guardaban el mal paso.

Advirtiéndolo después al amanecer que sus lanceros eran oprimidos por los que ocupaban las alturas, destacó allá un trozo de españoles que, viniendo a las manos, dieron muerte a mil romanos, se incorporaron a poca costa con los armados a la ligera, y descendieron todos juntos. Fuera ya del territorio de Falerno con esta estratagema, y acampado en parte segura, no pensaba ni discurría más que dónde y cómo pasaría el invierno. Este paso aterró y consternó todas las ciudades y pueblos de Italia. Generalmente se culpaba a Fabio como a hombre que por su poca actividad había dejado escapar al contrario de este lazo. Pero él no desistía de su propósito. Preciso pocos días después a ausentarse a Roma para cumplir ciertos sacrificios, entregó a Minucio las legiones y le recomendó encarecidamente al partir que no cuidase tanto de hacer daño al enemigo, cuanto de conservar sin detrimento a los suyos. Pero este general hizo tan poco caso del aviso, que estándoselo aún diciendo, todo su ánimo y pensamiento lo tenía puesto en combatir y arriesgar un trance. Este era el estado de los negocios en Italia.

CAPÍTULO XXVII

Batalla naval ganada por Escipión a Asdrúbal en España.- Roma envía a Publio Escipión para obrar de concierto con su hermano.- Pasan los romanos el Ebro por primera vez.- Abilix entrega a los Escipiones los rehenes que Aníbal había dejado en Sagunto.

En el transcurso de este tiempo (218 años antes de J. C.), Asdrúbal, general de las tropas de España, habiendo equipado en el invierno los treinta navíos que su hermano le había dejado, y dotado de tripulación a otros diez más, hizo salir de Cartagena al empezar la primavera los cuarenta buques de guerra, entregando a Amílcar el mando de esta escuadra. Él, al mismo tiempo, sacó las tropas de tierra de los cuarteles de invierno, y levantó el campo. La escuadra bogaba sin perder la tierra de vista, y el ejército marchaba a lo largo de la costa con el propósito de que el río Ebro fuese el punto de reunión de ambas armadas. Cneio, descubierto el intento de los cartagineses, decidió primero salirles al encuentro por tierra desde sus cuarteles de invierno; mas con la noticia del gran número de fuerzas y magnitud de pertrechos que traía el contrario, reprobado el primer

pensamiento, equipó treinta y cinco navíos, tomó de las legiones de tierra los más aptos para las ocupaciones navales, los embarcó, y llegó al segundo día desde Tarragona a los alrededores del Ebro. Después de haber anclado a ochenta estadios de distancia del enemigo, destacó a la descubierta dos navíos de Marsella muy veleros. Porque estas gentes eran las primeras a exponerse a los peligros, y con su intrepidez acarreaban a los romanos infinitas ventajas. Ningún pueblo estuvo más constantemente adherido a los intereses de Roma que los marsilienses, tanto en las ocasiones que ofreció la consecuencia, como principalmente ahora en la guerra contra Aníbal. Informado Cneio por los navíos exploradores de que la escuadra enemiga había fondeado a la embocadura del Ebro, marchó allá con diligencia con el fin de sorprender a los contrarios.

Asdrúbal, a quien sus vigías habían dado parte mucho antes de la llegada del enemigo, al paso que formaba sus tropas de tierra sobre la ribera, daba orden a la marinería para que subiese a sus navíos. Cuando ya estuvo a tiro la escuadra romana, dada la señal de atacar, se vino a las manos. Trabada la acción, los cartagineses disputaron por algún tiempo la victoria, pero poco después emprendieron la huida. El socorro de infantería que estaba formado a la vista sobre la ribera, lejos de infundir aliento a la marinería para el combate, la acarreó perjuicio, por tenerla prevenido un asilo para su vida. A excepción de dos navíos perdidos con sus tripulaciones, y otros cuatro cuyos remos fueron quebrados y muertos los que los ocupaban, los demás echaron a huir a tierra. Pero perseguidos con brío por los romanos, se arrimaron a la ribera, saltaron de sus navíos y se acogieron al campamento de los suyos. Los romanos se acercaron con intrepidez a tierra, y atando a sus popas los navíos que pudieron mover, se hicieron a la vela gozosos en extremo de haber vencido al primer choque a los contrarios, haberse apoderado de toda aquella costa, y haber capturado veinticinco navíos. Después de esta victoria tomaron mejor semblante los negocios de los romanos en la España.

Los cartagineses, recibida la noticia de este descalabro, enviaron al instante setenta navíos bien tripulados. Estaban persuadidos a que sin el imperio del mar no se podía intentar empresa alguna. Esta escuadra tocó primero en Cerdeña, después abordó a Pissa en Italia, donde esperaba incorporarse con Aníbal. Pero saliendo los romanos contra ella con ciento veinte buques de cinco órdenes, informados los cartagineses de su llegada, se volvieron a Cerdeña, y desde allí a Cartago. Servilio, jefe de la armada romana, los persiguió por algún tiempo creyendo alcanzarlos, pero la mucha ventaja que llevaban le hizo desistir del empeño. Primeramente abordó a Lilibea en Sicilia, y después se hizo a la vela para la isla de Cercina en África, donde habiendo exigido un tributo de los naturales porque no les talase el país, dio la vuelta. Al paso tomó la isla de Cossiro, puso guarnición en aquel pueblo y tornó a Lilibea, donde anclada la armada, se restituyó poco después al ejército de tierra.

Conocida la victoria naval que Cneio había ganado, el senado, persuadido a que era conveniente, o más bien preciso, no desatender los asuntos de la España, sino hacer frente a los cartagineses y avivar la guerra, equipó veinte navíos al mando de P. Escipión, según de antemano tenía proyectado, y le envió con diligencia a reunirse con su hermano para actuar con él de común acuerdo. Temía sobremanera que una vez apoderados los cartagineses de estos países, y acopiados aquí víveres y pertrechos en abundancia, no tomasen con mayor empeño el recobro del mar, y proveyendo a Aníbal de gentes y dinero, no le ayudasen a sojuzgar la Italia. Por eso, en el concepto de que esta guerra era de la mayor importancia, se envió una escuadra a las órdenes de P. Escipión, quien después de haber llegado a España e incorporándose con su hermano, hizo grandes servicios a la República. Hasta entonces no se habían atrevido los romanos a pasar el Ebro, sólo se habían contentado con ganar la amistad y alianza de los pueblos de esta parte; pero ahora lo cruzaron por primera vez y se animaron a adelantar sus conquistas del otro lado coadyuvando no poco la fortuna sus intentos. Después de haber aterrado a los pueblos de la comarca con su paso, fueron a acampar a cuarenta estadios de Sagunto, en torno a un templo consagrado a Venus. Ocupado aquí un puesto ventajoso, ya para estar a cubierto, ya para proveerse por mar de lo necesario, pues al paso que ellos avanzaban la escuadra les seguía por la costa, les sucedió a su favor este accidente.

Cuando Aníbal pensaba pasar a Italia, de todas las ciudades de España que tuvo desconfianza, tomó en rehenes los hijos de los hombres más ilustres, que depositó en Sagunto, ya por la fortaleza de la ciudad, ya por la fidelidad de los moradores que en ella dejaba. Había entre ellos cierto español llamado Abilix, personaje en honor y conveniencias sin par, y en afecto y fidelidad a los cartagineses muy superior a todos. Éste considerado el estado de los negocios, y juzgando más ventajoso el partido de los romanos, concibió el atentado de entregar los rehenes, pensamiento propio de un español y de un bárbaro. Persuadido a que podría valer entre los romanos si a tiempo oportuno les daba un testimonio y prueba de su afección, pensó, faltando a la fe a los cartagineses, entregar los rehenes a los romanos. Había notado que Bostar, capitán cartaginés a quien Asdrúbal había enviado para prohibir a los romanos el paso del Ebro, y por falta de valor se había retirado y acampado hacia aquel lado de Sagunto que mira al mar, era hombre sencillo, suave de condición, y demasiado crédulo. Con éste trabó la conversación sobre los rehenes, y le dijo que una vez pasado el Ebro por los romanos, ya no podían los cartagineses mantener la España en respeto; que en tales circunstancias necesitaban de agrado para con los pueblos. En cuyo supuesto, si ahora que los romanos se habían aproximado a Sagunto, la tenían puesto sitio y peligraba la ciudad, sacase los rehenes y los devolviese a sus padres y ciudades; por una parte se desvanecería el empeño de los romanos, cuyo principal anhelo en apoderarse de los rehenes era para realizar esto mismo, por otra granjearía a los cartagineses el amor de todos los españoles, como que pródigo en lo porvenir, había tomado tan sabias medidas para seguridad de estas prendas. Pero lo que haría valer muchísimo este beneficio, sería si a él se le comisionase este encargo. Pues restituyendo los jóvenes a las ciudades, no sólo conciliaría a los cartagineses la benevolencia de sus padres, sino también la de todo el pueblo, sirviéndose de este ejemplo para ponerles a la vista la buena voluntad y generosidad de los cartagineses para con sus aliados. Aparte de esto, aseguraba que el mismo Bostar se debía prometer para sí una magnífica recompensa de parte de los que recibían sus hijos; pues reintegrados contra toda esperanza de lo que más amaban, se esmerarían a competencia en remunerar al autor de tan grande beneficio. Estas y otras parecidas razones dichas a este efecto, persuadieron a Bostar a prestar su consentimiento. Señalado el día para ir con todo lo necesario a llevar los jóvenes, se retiró Abilix a su casa. Llegada la noche, se fue al campo de los romanos, donde unido con algunos españoles que militaban en su armada, se hizo presentar por ellos a los dos Escipiones. Tras de un largo discurso sobre el afecto e inclinación que tendrían los españoles a su partido, si recobraban los rehenes, prometió ponerlos en sus manos. Publio admitió con indecible gozo la promesa, le ofreció magníficas recompensas y señalado el día, hora y lugar donde debía aguardarle, se Tornó Abilix a Sagunto. Allí tomó algunos confidentes de su satisfacción y vino a casa de Bostar, donde recibidos los jóvenes, salió por la noche de la ciudad, pasó del otro lado del campo enemigo para ocultar su propósito, llegó al día y lugar convenido, y entregó todos los rehenes a los dos generales romanos. Publio honró sobremanera a Abilix y se sirvió de él para la restitución de los rehenes a sus patrias, dándole para que le acompañasen algunos de su confianza. Al paso que Abilix recorría las ciudades y devolvía los rehenes, representaba a lo vivo la clemencia y generosidad de los romanos, y la desconfianza y dureza de los cartagineses; paso que, unido al ejemplo de su propia deserción, arrastró muchos españoles al partido de los romanos. Bostar, a quien el acto de haber entregado los rehenes al enemigo acreditó de hombre para su edad de un pueril talento, incurrió después en grandes trabajos. Los romanos, al contrario, sacaron de esta restitución grandes ventajas para los propósitos que meditaban; pero como se hallaba ya la estación tan avanzada, distribuyeron unos y otros sus tropas en cuarteles de invierno. Éste era el estado de los negocios de España.

CAPÍTULO XXVIII

Aníbal acampa en Gerunio.- Ventajas de Minucio sobre Aníbal.

Informado Aníbal por sus batidores (aquí fue donde interrumpimos el hilo de la historia), de que

en los alrededores de Luceria y Gerunio existía mucha abundancia de granos y que esta última plaza era acomodada para almacenes, tomó la resolución de pasar allí el invierno, y costeando el monte Liburno, condujo su ejército a las mencionadas ciudades. Apenas llegó a Gerunio, plaza distante de Luceria doscientos estadios, procuró atraer a su amistad a los habitantes por el agrado, y aun les dio testimonios de sus promesas. Mas despreciadas sus instancias, emprendió poner sitio a la ciudad. Apoderado de ella prontamente, pasó a cuchillo los moradores, pero dejó intactas la mayor parte de las casas y los muros, con el fin de servirse de ellas para trojes durante el invierno. Hizo acampar al ejército frente a la plaza y fortificó su campo con foso y trinchera. Desde aquí enviaba los dos tercios de su ejército a la recolección de granos, con orden a cada uno de los que se hallaban encargados de esta labor de traer una cierta medida para los de su propia compañía. Él con la tercera parte guardaba el campamento y cubría desde varios puestos a los forrajeadores. Como el país era generalmente llano y descampado, el número de forrajeadores casi infinito y la estación muy oportuna para el acarreo, era innumerable la cantidad de granos que al día acumulaban. Entretanto Minucio conducía de cerro en cerro las legiones que había recibido de Fabio, persuadido siempre a que el tiempo le presentaría ocasión de venir a las manos con los cartagineses. Pero oyendo que éstos ya habían tomado a Gerunio, que forrajeaban la campiña y que se hallaban atrincherados delante de la ciudad, dejó las cumbres y descendió por la ladera al llano. Llegado a una colina que está en el país de los larinatos, llamada Calela, se acampó en sus alrededores, resuelto de todos modos a batirse con el enemigo. Apenas advirtió Aníbal la aproximación de los romanos, deja salir al forraje un tercio de su ejército, y él con los dos restantes se dirige al enemigo y se atrincheró en un collado distante dieciséis estadios de la ciudad, con el propósito a un tiempo de aterrar a los contrarios y poner a cubierto a sus forrajeadores. En el transcurso de la noche destacó dos mil lanceros para ocupar una cima ventajosa de un cerro que mediaba entre los dos campos y dominaba de cerca el de los romanos. A la vista de esto, Minucio, llegado el día, envió su infantería ligera a atacar el cerro. Después de una obstinada refriega, los romanos por fin se apoderaron del puesto y trasladaron allí todo el campo. Aníbal hasta cierto tiempo retuvo consigo la mayor parte del ejército, por estar al frente uno y otro campo. Pero viendo que pasaban muchos días, se vio en la necesidad de destacar a unos para el apacentamiento de los ganados y separar a otros para el forraje, cuidadoso según su primer proyecto de no consumir el botín y hacer los mayores acopios de granos, a fin de que durante el invierno reinase la abundancia, tanto en hombres como en bestias y caballos, pues fundaba en éstos las principales esperanzas de su ejército.

Para entonces Minucio, habiendo advertido que la mayor parte de los enemigos se hallaba esparcida por la campiña en las ocupaciones antes mencionadas, sacó su ejército a la hora del día que le pareció más oportuna, se aproximó al campamento de los cartagineses, formó en batalla a los pesadamente armados, y distribuida en piquetes la caballería e infantería ligera, la envió contra los forrajeadores, con orden de no dar cuartel a ninguno. Este accidente colocó a Aníbal en el mayor embarazo, pues ni se hallaba en estado de contrarrestar a los que tenía al frente, ni dar socorro a los dispersos por la campiña. Los romanos que salieron contra los forrajeadores, dieron muerte a muchos de los desmandados; de los que quedaron formados en batalla llegó a tal extremo la insolencia, que arrancaron la empalizada y por poco no sitiaron a los cartagineses. Aníbal, mientras, lo pasaba malamente; pero en medio de este contratiempo permanecía firme, ya rechazando a los que se acercaban, ya defendiendo su campamento aunque con trabajo, hasta que acudió al socorro Asdrúbal con cuatro mil de los que se habían refugiado al campo inmediato a Gerunio. Entonces, recobrado algún tanto, sale contra los romanos, se forma en batalla a corta distancia del campo, y evita, aunque con trabajo, el peligro que le amenazaba. Minucio, después de haber muerto un gran número de enemigos en la refriega del campamento y haber pasado a cuchillo muchos más en la campiña, se retiró lleno de bellas esperanzas para el futuro. Al día siguiente los cartagineses abandonaron las trincheras, y el general romano marchó allá y ocupó su campamento. Pues Aníbal, temeroso de que los romanos no se apoderasen por la noche del campo de Gerunio, a la sazón indefenso, y se hiciesen dueños del tren y acopios de municiones, decidió abandonar éste y volverse

otra vez a acampar en aquella parte. De aquí adelante los cartagineses fueron más cautos y reservados en los forrajes, y los romanos, por el contrario, más osados y animosos.

CAPÍTULO XXIX

Minucio, dictador como Fabio.- División del ejército entre los dos dictadores.- Ruina que sufre Roma por la temeridad de Minucio y ventajas que saca por la reserva de Fabio.

Cuando llegó la noticia, en Roma se alegraron muchísimo de un suceso que tenía más de exagerado que de verdadero. Creían que, en vez de la anterior desconfianza, por un feliz cambio, se presentaban ahora los negocios de mejor aspecto. Presumían que la inacción y cobardía de las legiones hasta entonces no había provenido de la timidez del soldado cuanto de la irresolución del jefe. Por eso todos vituperaban y difamaban a Fabio, como a hombre que por falta de valor había dejado pasar las ocasiones. Por el contrario, de Minucio exageraban tanto el valor por este hecho, que hicieron entonces con él lo que nunca se había hecho. Le nombraron dictador, en la persuasión de que pondría pronto fin a la guerra; con lo que hubo dos dictadores para una misma expedición, ejemplo nunca visto hasta entonces entre los romanos. Cuando supo Minucio el afecto que la plebe le dispensaba y el poder que el pueblo le había confiado, concibió doblado atrevimiento para contrarrestar y tentar al enemigo. Entretanto Fabio llegó al ejército, y lejos de alterarle estos accidentes, le afirmaron más en su anterior dictamen. Viendo a Minucio orgulloso, opuesto a todos sus intentos y repitiendo a cada paso que se diese la batalla, le propuso esta alternativa: o turnar en el mando por días, o dividir el ejército y usar cada uno de sus legiones como le dictase su capricho. Minucio adoptó con gusto el último partido, y así dividieron las tropas y acamparon separadamente, distantes como doce estadios.

Aníbal, parte por la relación de los prisioneros que había cogido, parte por lo que los mismos hechos le indicaban, conoció la oposición que había entre los dos jefes y la impetuosidad y vanagloria de Minucio. Satisfecho de que semejante disposición entre los contrarios más era a su favor que en contra suya, dirigió todas sus baterías contra Minucio, con el propósito de reprimir su audacia y prevenir sus esfuerzos. Existía entre el campo suyo y el de Minucio una colina capaz de incomodar a cualquiera de los dos. Tomó la resolución de ocuparla. Pero como se hallaba firmemente persuadido que Minucio, fiero con la anterior ventaja, acudiría sobre la marcha a hacerle resistencia, contra este ímpetu dispuso esta estratagema. A pesar de que los alrededores de la colina eran rasos, tenían, no obstante, muchas y diversas quebraduras y concavidades. Destacó allá por la noche quinientos caballos y cinco mil infantes a la ligera, distribuidos en cuerpos de doscientos y trescientos hombres, según la capacidad de cada eminencia. Para que por la mañana no fuesen divisados por los que salían al forraje, lo mismo fue romper el día hizo ocupar la colina por sus armados a la ligera. Minucio, que advirtió lo sucedido, creyendo se le presentaba la ocasión, destaca sobre la marcha su infantería ligera, con orden de atacar y disputar el puesto. Después envía la caballería, y acto seguido marcha él detrás con sus legionarios unidos, conduciéndose en todo como en el anterior combate.

Aclarado el día, como la refriega en torno al cerro se llevase toda la atención y vista de los romanos, no sospecharon el ardid de los que estaban emboscados. Aníbal remitía continuos socorros a los que estaban en la colina, y aun él siguió después con la caballería y el resto del ejército, con lo que prontamente vino la caballería a las manos. Con este refuerzo la caballería cartaginesa arrolló la infantería ligera de los romanos, y en el hecho mismo de refugiarse ésta a sus legionarios, desordenó su formación. Al mismo tiempo se dio la señal a los que estaban emboscados para que acometiesen y atacasen a los Romanos por todos lados, y de allí en adelante ya no sólo la infantería ligera, sino todo el ejército corrió un inminente riesgo. Entonces Fabio, advirtiendo lo que pasaba y temeroso de una entera derrota, saca sus legiones y acude con diligencia al socorro de los que peligraban. A su llegada los romanos, que ya estaban totalmente desordenados, se recobran, se

vuelven a incorporar en sus cohortes y se retiran y acogen a sus trincheras, después de haber quedado sobre el campo gran parte de la infantería ligera, un número más crecido de legionarios, y entre éstos los más valerosos. Aníbal temió la entereza y buen orden de las legiones auxiliaadoras y desistió del alcance y de la batalla. Los que se hallaron en la acción no dudaron que la temeridad de Minucio les había arruinado enteramente y la reserva de Fabio los había salvado tanto antes como en la ocasión presente, y los que se paseaban por Roma conocieron entonces palpablemente qué diferencia haya de una verdadera ciencia de mandar y un pensar firme y juicioso, a una intrepidez soldadesca y una vana altanería. Efectivamente, los romanos, instruidos por la experiencia, se atrincheraron, volvieron a reunirse todos en un campo y en adelante siguieron el parecer de Fabio y sus avisos. Los cartagineses, trazada una línea entre la colina y su propio campo, levantaron una trinchera en torno a la cumbre del cerro ocupado, pusieron buena guarnición, y ya libres de todo insulto se dispusieron para pasar el invierno.

CAPÍTULO XXX

Emilio y Terencio Varrón, cónsules.- Disposiciones del Senado para la campaña siguiente.- Toma de la ciudadela de Cannas por Aníbal.- Se aumenta el número de las legiones.

Llegado el tiempo de las elecciones, se eligió en Roma por cónsules a L. Emilio y C. Terencio Varrón, y los dos dictadores depusieron el mando. Los cónsules anteriores Cn. Servilio y Marco Régulo, sucesor en el cargo por muerte de Flaminio, nombrados procónsules por Emilio, tomaron el mando de las legiones que se hallaban en campaña y dispusieron de todo a su arbitrio. Emilio, con parecer del Senado, reemplazó prontamente el número de soldados que faltaba para la suma establecida y los envió al ejército (217 años antes de J. C.) Previno a Servilio que de ningún modo se empeñase en acción decisiva, pero que diese particulares combates, los más vivos y frecuentes que pudiese para excitar y disponer el valor de los bisoños a las batallas campales. Estaba persuadida la República que no había sido otra la causa de sus anteriores infortunios que el haberse servido de tropas recién alistadas y del todo inexpertas. Se envió a L. Postumio con una legión a la Galia, en calidad de pretor, para hacer una diversión a los galos que militaban con Aníbal. Se cuidó de que regresase a Italia la armada que había invernado en Lilibea. Se remitió, en fin, a España para los dos Escipiones todas las municiones necesarias a la guerra. De esta forma se esmeraba el Senado en atender a estos y otros aparatos para la campaña. Servilio, recibidas las órdenes de los Cónsules, se atuvo en un todo a lo que le prevenían. Por eso será excusado que nos dilatemos más sobre sus acciones, puesto que, bien sea por las órdenes, bien por las circunstancias del tiempo, no se ejecutó absolutamente cosa que merezca la pena de contarse. Solamente hubo frecuentes escaramuzas y encuentros particulares, en que los procónsules se llevaron el lauro, mostrando valor y conducta en todo lo que manejaron.

En el transcurso del invierno y toda la primavera permanecieron los dos campos atrincherados, uno frente al otro. Pero llegada la cosecha de los nuevos frutos, Aníbal levantó el campo de Gerunio, y persuadido a que le convenía de todos modos colocar al enemigo en la necesidad de una batalla, tomó la ciudadela de Cannas, en donde los romanos habían acopiado los víveres y demás municiones desde las cercanías de Canusio, y de donde sacaban los convoyes necesarios para el ejército. La ciudad había sido arrasada en el año anterior; por eso ahora la pérdida de las provisiones y la ciudadela puso en gran consternación al ejército romano. Efectivamente, la toma de esta plaza por el enemigo les incomodaba, no sólo porque les cortaba los convoyes, sino también porque se encontraba en una situación que dominaba la comarca. Los procónsules despacharon a Roma continuos correos para informarse que lo que se debía hacer; como que, si se aproximaban al enemigo, era inevitable una acción, estando el país talado y los ánimos de los aliados pendientes de lo que ocurriría. El Senado decidió que se diese la batalla. Pero advirtió a Servilio que la suspendiese, y envió allí los cónsules. Todos echaron los ojos sobre Emilio y fundaron en él las

mayores esperanzas, ya por la probidad de sus costumbres, ya porque, a juicio de todos, había conducido poco antes la guerra contra los ilirios con valor y con ventaja. Se decretó que se hiciese la guerra con ocho legiones y que cada una se compusiese de cinco mil hombres, sin los aliados, cosa hasta entonces nunca vista en Roma. Pues, como hemos dicho antes, los romanos alistaban siempre cuatro legiones, y de éstas cada una comprendía cuatro mil infantes y doscientos caballos. Pero cuando ocurre alguna necesidad muy urgente, se compone cada legión de cinco mil de a pie y trescientos caballos. Por lo que hace a los aliados, el número de infantes iguala con las legiones romanas, pero el de caballos es superior en tres veces. Se acostumbra dar a cada cónsul la mitad de las tropas auxiliares con dos legiones cuando se le envía a alguna expedición. Y así es que la mayor parte de las batallas las decide un solo cónsul con dos legiones y el número de aliados que hemos dicho. Rara vez se hace uso de todas las fuerzas a un tiempo y para una misma expedición. Muy sobrecogidos y temerosos del futuro debían estar entonces los romanos cuando resolvieron hacer la guerra a un tiempo no sólo con cuatro, sino con ocho legiones.

CAPÍTULO XXXI

Famosas arengas de Emilio a los romanos y de Aníbal a los cartagineses.

Por consiguiente el Senado, después de haber exhortado a Emilio y haberle puesto a la vista por una y otra parte las importantes consecuencias de esta batalla, le envió al campo con orden de tomarse tiempo para decidir con valor el asunto y de una manera digna al nombre romano. Luego que llegaron al campo los cónsules, convocaron las tropas, las declararon las intenciones del Senado y las animaron a hacer su deber según lo pedía el caso. Emilio estaba tocado de lo mismo que profería. La mayor parte de su arenga se redujo a excusar las pérdidas anteriores, porque la memoria de éstas tenía aterrado al soldado y precisaba de quien le animase. Por eso procuró probar que si habían sido vencidos en los anteriores combates no era una ni dos, sino muchísimas las causas a que se podía atribuir un éxito semejante. Pero al presente les dijo: «Si sois hombres, no tenéis pretexto para no vencer al enemigo. En aquellos tiempos, ni los dos cónsules pelearon con las legiones unidas, ni se sirvieron de tropas veteranas, sino de bisoñas e inexpertas, y, sobre todo, llegó a tal extremo su ignorancia en punto a la situación del enemigo, que antes casi de haberle visto se hallaron formados al frente y empeñados en batallas decisivas. Díganlo los que murieron sobre el Trebia, que, llegados el día anterior de la Sicilia, al amanecer del siguiente estaban ya formados en batalla. Dígalo la jornada del Trasimenes, donde, no digo antes, pero ni aun en la acción misma se llegó a ver al enemigo, por la niebla que ocupaba la atmósfera. Pero al presente ocurre toda lo contrario. Estamos delante los dos cónsules de este año para tener parte con vosotros en los peligros. Hemos logrado de los del anterior el que permanezcan y nos acompañen. Vosotros estáis enterados de las armas del enemigo, de su formación y de su número. Habéis pasado ya casi dos años en diarios encuentros. Luego si a la sazón nos hallamos en circunstancias diversas a las de los anteriores combates, razón será también que nos prometamos de éste un éxito diferente. A la verdad, será extraño, o, por mejor decir, imposible, que peleando tantos a tantos hayáis salido casi siempre vencedores en las refriegas particulares, y que en una batalla campal, superiores en más de la mitad, quedéis ahora vencidos. Y así, romanos, pues que están tomados todos los medios para la victoria, sólo os resta vuestra voluntad y deseo. Para esto no creo sea necesario excitaros con más razones. La exhortación se queda o para tropas mercenarias o para gentes que, en virtud de un tratado, tienen que tomar las armas por sus aliados, cuya situación en el combate mismo es la más dura, y después de él sólo les queda una leve esperanza de pasar a mejor fortuna. Pero para los que, como vosotros ahora, tienen que pelear, no por otros, sino por sí mismos, por su patria, por sus mujeres e hijos, y esperan de las resultas del presente peligro una condición totalmente diversa; está demás la arenga; basta sólo la advertencia, Y si no, ¿quién no apetecerá más vencer peleando y, si esto no es dable, morir antes con las armas en la mano, que vivir para ser testigo del ultraje y estrago del enemigo?

Ea, pues, romanos, figuraos vosotros mismos, sin respeto a mis palabras, qué diferencia haya entre el vencer y ser vencidos, cuáles sean las consecuencias de uno y otro extremo, y con estas prevenciones entrad en la acción, como que en ella arriesga la patria, no la pérdida de las legiones, sino del imperio todo. Pero ¿a qué efecto las palabras? Si sois vencidos no tiene ya Roma con qué hacer frente al enemigo. Toda su confianza, todo su poder, estriba en vosotros. Todas sus esperanzas, toda su salud, está refundido en vosotros. Haced vosotros que no quede ahora frustrada su expectativa, y recompensad a la patria lo que la debéis. Sepa el mundo entero que si habéis sufrido los anteriores reveses no ha sido porque cedáis en valor a los cartagineses, sino por la poca experiencia de los que entonces pelearon y accidentes que a la sazón sobre vinieron.» Dichas estas y otras parecidas razones para exhortarlos, Emilio despidió la junta.

Al día siguiente levantaron el campo los dos cónsules y condujeron el ejército a donde tenían aviso de que acampaba el enemigo. Dos días después llegaron y sentaron los reales a cincuenta estadios de distancia de los cartagineses. Emilio, que advirtió lo llano y descampado de la comarca, no tuvo a bien empeñarse en una batalla con un enemigo superior en caballería, sino atraerle antes y conducirlo a tal terreno en que la infantería tuviese la mayor parte. Varrón por su impericia fue del sentir opuesto; de aquí la discordia y desunión entre los dos generales, cosa la más perniciosa. Al día siguiente, día en que mandaba Varrón (hay costumbre entre los cónsules romanos de turna en el mando por días), levantó el campo y avanzó, con ánimo de acercarse al enemigo, no obstante las protestas y prohibiciones de Emilio. Aníbal le salió al encuentro con la infantería ligera y caballería, le alcanzó a tiempo que iba aún marchando, le atacó de improviso y le puso en gran desorden. Pero el cónsul, puestos al frente algunos legionarios, recibió el primer choque, envió después a la carga a los flecheros y la caballería, con lo que quedó por suya la refriega. La causa de esta ventaja fue no haber tenido los cartagineses apoyo que les auxiliase, y haber interpolado los romanos en su infantería ligera algunas cohortes de legionarios, que pelaron a un mismo tiempo. Llegada la noche, se separaron, no habiendo salido el intento a los cartagineses como habían pensado. Al día siguiente Emilio, que ni aprobaba el que se pelease, ni podía ya retirar su ejército sin peligro, acampó con los dos tercios de sus tropas sobre el Aufido, el único río que atraviesa el Apenino. Esta es una continuada cordillera de montañas, que separa todas las corrientes que riegan la Italia, unas hacia el mar de Toscana, y otras hacia el Adriático. Por medio de este monte atraviesa el Aufido, cuyo nacimiento se halla al lado del mar de Toscana, y desemboca en el Adriático. Con el tercio restante se atrincheró del otro lado del río, hacia el Oriente del sitio por donde había pasado, distante del otro campamento como diez estadios, y un poco más del de los contrarios. De esta forma se proponía cubrir los forrajeadores de sus dos campos, y estar a la mira sobre los de los cartagineses.

Entretanto Aníbal, viendo que las cosas habían llegado a términos de una batalla, temeroso de que el anterior descalabro no hubiese desanimado sus tropas, creyó que la ocasión pedía una arenga, y llamó a junta sus soldados. Una vez congregados: «Echad la vista, les dijo, por todos esos alrededores, y decidme: caso que los dioses os concediesen la elección, ¿qué mayor dicha les podríais pedir en las actuales circunstancias que, infinitamente superiores en caballería a los contrarios, venir a una acción general en tal terreno?» Todos convinieron en que la proposición no admitía duda. «Ea, pues, continuó, dad gracias primero a los dioses, de que previniéndonos la victoria, han traído al enemigo a este sitio; y después a mí, porque los he puesto en precisión de combatir. Ya no pueden evitar el trance, no obstante las ventajas en que sin disputa los excedemos. Creo que al presente son del todo excusadas más exhortaciones para alentaros y animaros a la pelea. Esto tuvo lugar cuando no os habíais batido aún con los romanos, y entonces ya lo hice con muchas razones y ejemplos. Pera cuando todos sabéis que los habéis vencido consecutivamente en tres batallas campales, ¿qué arenga más poderosa para excitaros al valor que vuestras propias expediciones? Los combates anteriores os han puesto en posesión de la campiña y todas sus riquezas. Esto fue lo que yo os prometí, y en todo os he cumplido la palabra. Pero la batalla presente va a decidir de las ciudades y efectos que éstas encierran. Si de ella salís vencedores, al instante toda la Italia será vuestra. Esta sola acción os va a liberrar de todos los trabajos y, apoderados de la

opulencia romana, a haceros dueños y señores de todo el mundo. Y así por demás están las palabras, cuando son menester las obras. Confío con la voluntad de los dioses que veréis satisfecho cuanto os he prometido.» Este discurso fue recibido con aplauso, y Aníbal, después de haber dicho estas y otras parecidas razones, alabó y aplaudió su buen deseo, y despidió la junta. Al instante acampó y atrincheró sobre aquel lado del río donde se hallaba el mayor campamento de los enemigos. Al otro día, ordenó a todos estuviesen dispuestos y prevenidos. Al siguiente formó sus tropas sobre el río, dando claras pruebas del deseo que tenía de venir a las manos. Pero Emilio, a quien no acomodaba el terreno, y por otra parte veía que la escasez de mantenimientos pondría prontamente a los cartagineses en la necesidad de trasladar el campo, permaneció quieto, puestas buenas guarniciones a sus dos campos. Aníbal se mantuvo así por algún tiempo; pero no presentándosele nadie, volvió a retirar sus tropas dentro de las trincheras, y destacó a los nómidas contra los del pequeño campo, que salían a hacer agua. La caballería nómida se acercó hasta el atrincheramiento mismo, y cortó la comunicación a los romanos con el río. Esto fue causa de que Varrón se enardeciese más y más, las tropas concibiesen un vivo deseo de combatir, y sufriesen con impaciencia las dilaciones. Pues no hay cosa más penosa a un hombre, una vez resuelto a pasar por cuanto le sobrevenga, que estar pendiente de la expectación de lo futuro.

CAPÍTULO XXXII

Sobresalto causado en Roma por la noticia de que estaban al frente los dos ejércitos.- Disposición de batalla de uno y otro campo.- Batalla de Cannas y victoria de los cartagineses.

Apenas llegó a Roma la noticia de que los dos ejércitos se hallaban al frente y que cada día se hacían escaramuzas, la ciudad se llenó de inquietud y sobresalto. Las frecuentes derrotas anteriores ponían en cuidado a todos del futuro, y la imaginación les presentaba y anticipaba las funestas consecuencias de la República, caso que fuesen vencidos. No se oía hablar sino de vaticinios. Todos los templos, todas las casas estaban llenas de presagios y prodigios, de que provenían votos, sacrificios, súplicas y ruegos a los dioses. Pues en las calamidades públicas los romanos se exceden en aplicar a los dioses y a los hombres, y en tales circunstancias nada reputan por indecente e indecoroso de cuanto conduzca a este objeto.

Lo mismo fue recibir Varrón el mando al día siguiente (217 años antes de J. C.), que mover sus tropas al rayar el día de los dos campos; y haciendo pasar el Aufido a los de su mayor campamento, al punto los formó en batalla. A éstos unió los del menor y los colocó sobre una línea recta, dándoles todo el frente hacia el Mediodía. La caballería romana cubría el ala derecha sobre el mismo río, y a continuación se prolongaba la infantería sobre la misma línea. Los batallones de la retaguardia estaban más densos que los de la vanguardia; pero las cohortes del frente tenían mucha más profundidad. La caballería auxiliar se hallaba colocada sobre el ala izquierda. Delante de todo el ejército estaban apostados los armados a la ligera. El total con los aliados ascendía a ochenta mil infantes, y poco más de seis mil caballos. Entretanto Aníbal hizo pasar el Aufido a sus baleares y lanceros, y los puso al frente del ejército. Sacó del campamento el resto de sus tropas, las hizo pasar el río por dos partes y las opuso al enemigo. En la izquierda situó la caballería española y gala, apoyada sobre el mismo río en contraposición de la romana; y a continuación la mitad de la infantería africana pesadamente armada. Seguían después los españoles y galos, con los que estaba unida la otra mitad de africanos. La caballería nómida cubría el ala derecha. Luego que hubo prolongado todo el ejército sobre una línea recta, tomó la mitad de las legiones españolas y galas y salió al frente, de suerte que las otras tropas de sus flancos se hallaban naturalmente sobre una línea recta, y él con las del centro formaba el convexo de una media luna, debilitado por sus extremos. Su propósito en esto era que los africanos sostuviesen a los españoles y galos, que habían de entrar primero en la acción.

Los africanos estaban armados a la romana. Aníbal los había adornado con los mejores despojos

que había ganado en la batalla anterior. Los escudos de los españoles y galos eran de una misma forma; pero las espadas tenían una hechura diferente. Las de los españoles no eran menos aptas para herir de punta que de tajo; pero las de los galos servían únicamente para el tajo, y esto a cierta distancia. Estas tropas se hallaban alternativamente situadas por cohortes; los galos desnudos, y los españoles cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura a la costumbre de su país, espectáculo que causó novedad y espanto a los romanos. El total de la caballería cartaginesa ascendía a diez mil, y el dela infantería a poco más de cuarenta mil hombres con los galos.

Emilio mandaba el ala derecha de los romanos, Varrón la izquierda, y los cónsules del año anterior Servilio y Atilio, ocupaban el centro. A la izquierda de los cartagineses estaba Asdrúbal, a la derecha Hannón, y en el cuerpo de batalla Aníbal, acompañado de Magón, su hermano. Como la formación de los romanos miraba hacia el Mediodía, según hemos dicho anteriormente, y la de los cartagineses al Septentrión, cuando salió el sol ni a unos ni a otros ofendían sus rayos. La acción empezó por la infantería ligera, que estaba al frente, y de una y otra parte fueron iguales las ventajas. Pero desde que la caballería española y gala de la izquierda se hubo aproximado, los romanos se batieron con furor y como bárbaros. No peleaban según las leyes de su milicia, retrocediendo y volviendo a la carga, sino que una vez venidos a las manos, saltaban del caballo, y hombre a hombre medían sus fuerzas. Pero al fin vencieron los cartagineses. La mayor parte de romanos pereció en la refriega, no obstante haberse defendido con valor y esfuerzo; el resto, perseguido a lo largo del río, fue muerto y pasado a cuchillo sin piedad alguna. Entonces la infantería pesada ocupó el lugar de la ligera, y vino a las manos. Durante algún tiempo guardaron la formación los españoles y galos, y resistieron con valor a los romanos, pero arrollados con el peso de las legiones, cedieron y volvieron pies atrás, abandonando la media luna. Las cohortes romanas, con el anhelo de seguir el alcance, se abrieron paso por las líneas de los contrarios, tanto a menos costa, cuanto la formación de los galos tenía muy poco fondo, y ellos recibían de las alas frecuentes refuerzos en el centro, donde era lo vivo del combate. Pues sólo en el cuerpo de batalla, a causa de que los galos, formados a manera de media luna, sobresalían mucho más que las alas, y representaban el convexo al enemigo. Efectivamente, los romanos siguen y persiguen a éstos hasta el centro y cuerpo de batalla, donde se introducen tan adentro, que por ambos flancos se vieron cercados de la infantería africana pesadamente armada. En ese instante los cartagineses, unos por un cuarto de conversión de derecha a izquierda, otros por el movimiento contrario, arremeten con sus escudos y picas, y atacan por los costados a los contrarios, advirtiéndoles lo que habían de hacer el mismo lance. Esto era cabalmente lo que Aníbal se había imaginado; que los romanos, persiguiendo a los galos, serían cogidos en medio por los africanos. De allí adelante los romanos ya no pelearon en forma de falange, sino de hombre a hombre y por bandas, teniendo que hacer frente a los que les atacaban por los flancos.

Emilio, aunque desde el principio había estado en el ala derecha, y había intervenido en el choque de la caballería, se hallaba aún sin lesión alguna. Pero queriendo que las obras correspondiesen a lo que había dicho en la arenga, y advirtiéndole que en la infantería legionaria estribaba la decisión de la batalla, atraviesa a caballo las líneas, se incorpora a la acción, mata a cuantos se le ponen por delante, animando y estimulando a sus gentes. Aníbal, que desde el principio mandaba esta parte del ejército, hacía lo mismo con los suyos. Los númidas del ala derecha que peleaban con la caballería romana de la izquierda, aunque por su particular modo de combatir, ni hicieron ni sufrieron daño de consecuencia; sin embargo, atacando al enemigo por todos lados, le tuvieron siempre ocupado y entretenido. Pero cuando Asdrúbal, derrotada la caballería romana de la derecha a excepción de muy pocos, llegó desde la izquierda al socorro de sus númidas; la caballería auxiliar de los romanos, presintiendo el ataque, volvió la espalda y echó a huir. Cuentan que Asdrúbal en esta ocasión hizo una acción sagaz y prudente. Viendo el gran número de los númidas, y la habilidad y vigor con que persiguen a los que una vez vuelven la espalda, los encargó el alcance de los que huían; y él, mientras marchó con el resto adonde era la acción, para dar socorro a los africanos. Efectivamente, carga por la espalda sobre las legiones

romanas y las ataca sucesivamente por compañías en diferentes partes, con lo que a un tiempo anima a los africanos, y abate y aterra el espíritu de los romanos. Entonces fue cuando L. Emilio, cubierto de mortales heridas, perdió la vida en la misma batalla; personaje que, tanto en el resto de su vida como en este último trance, cumplió tan bien como otro con lo que debía a la patria. Entretanto los romanos peleaban y resistían, haciendo frente por todos lados a los que los rodeaban; pero muertos los que se hallaban en la circunferencia, y por consiguiente encerrados en más corto espacio, fueron al fin pasados todos a cuchillo. Del número de éstos fueron los cónsules del año anterior, Atilio y Servilio, varones de probidad y que durante la acción dieron pruebas del valor romano. En el transcurso de la batalla, los númidas siguieron el alcance de la caballería que huía. De ésta los más fueron muertos, otros despeñados por los caballos, y unos cuantos se refugiaron en Venusia, entre los que estaba Varrón, cónsul romano, hombre de un corazón depravado, cuyo mando fue a su patria tan ruinoso.

CAPÍTULO XXXIII

Número de muertos y prisioneros sufridos por ambos bandos.- Consecuencia que de la batalla de Cannas se siguieron a una y otra república.

Así fue el éxito de la batalla de Cannas entre romanos y cartagineses, batalla donde se hallaron los hombres más valerosos, tanto de los vencedores como de los vencidos. Los mismos hechos son la prueba más clara de esta verdad. Porque de seis mil caballos, setenta solos se acogieron con Varrón en Venusia, y trescientos de los aliados que dispersos se salvaron en diferentes ciudades. De la infantería se hicieron diez mil prisioneros; pero éstos no asistieron a la refriega. Delo que es la batalla, únicamente escaparon alrededor de tres mil a las ciudades inmediatas; todos los demás, en número de setenta mil, quedaron con valor sobre el campo. Los cartagineses, tanto en este como en los anteriores combates, debieron la principal parte de la victoria al número de su caballería, y dieron un claro testimonio a la posteridad, de que en tiempo de guerra vale más tener una mitad menos de infantería y ser superior en caballería, que tener en todo iguales fuerzas a su contrario. Aníbal perdió hasta cuatro mil galos, mil quinientos españoles y africanos, y doscientos caballos.

La causa de haber sido hechos prisioneros los romanos que estaban fuera de la batalla, fue esta. Emilio había dejado en su campo diez mil hombres de a pie, con el fin de que si Aníbal, abandonando el campamento, sacaba fuera toda su gente, este cuerpo en el transcurso de la acción atacase y se apoderase del bagaje del enemigo; y si por el contrario, previendo el lance, dejaba una guarnición competente, hubiese estos menos contra quien combatir. El modo de cogerlos fue como se sigue. No obstante la buena defensa que Aníbal había dejado en su campo, apenas se dio principio a la acción, los romanos, según la orden, marcharon a sitiar a los que habían quedado en el real de los cartagineses. Éstos por el pronto se defendieron; pero ya iban a ceder, cuando Aníbal, concluida enteramente la batalla, viene a su socorro, pone en huida a los romanos, los cierra dentro de su propio campo mata dos mil y hace a los restantes prisioneros. Igual suerte tuvieron dos mil caballos que habían emprendido huida y se habían refugiado en las fortalezas de la comarca, pues cercados por los númidas, fueron traídos prisioneros.

Ganada la batalla del modo mencionado, los negocios tomaron un rumbo consiguiente a la expectación de unos y otros. Los cartagineses con esta victoria se apoderaron al instante de casi todo el resto de Italia, llamada Antigua y Gran Grecia. Los tarentinos se entregaron sin tardanza, los argiripanos y algunos capuanos llamaron a Aníbal; todos los demás se inclinaban ya al partido de los cartagineses, en la bien fundada esperanza de que éstos tomarían a la misma Roma por asalto. Los romanos, por el contrario, desesperaron con esta pérdida poder retener un punto el imperio de Italia. Se hallaban sumamente inquietos y cuidadosos, ya de sus personas, ya de su patrio suelo, esperando por instantes la llegada del mismo Aníbal. La fortuna misma parece que quiso coadyuvar y poner el colmo a sus desdichas; pues pocos días después, cuando el terror ocupaba aún la ciudad,

vino la nueva de que el pretor enviado a la Galia había caído inesperadamente en una emboscada, y que todo el ejército había sido pasado a cuchillo por los galos. Pero el Senado nada omitió por eso de cuanto podía convenir. Animó al pueblo, puso en seguro la ciudad, y deliberó sobre el estado presente con presencia de ánimo, como se vio por los efectos. Pues a pesar de que los romanos quedaron entonces vencidos sin disputa, y obligados a renunciar a la gloria de las armas; no obstante la particular constitución de su gobierno y las sabias providencias del Senado los recobró no sólo el imperio de Italia, vencidos los cartagineses, sino que los hizo poco después dueños de todo el mundo. Ve aquí por qué después de haber referido las guerras de España e Italia, que comprende la olimpiada ciento cuarenta, pondremos fin a este libro con estos hechos. Y cuando hayamos llegado hasta esta época, con la relación de lo que ha pasado en la Grecia durante la misma olimpiada, entonces procuraremos tratar de intento del gobierno romano; con el pensamiento de que esta materia será, no sólo sumamente útil a los estudiosos y políticos para componer historias, sino para reformar y establecer gobiernos.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Recapitulación.- Puntos de referencia establecidos por el autor para entrar en la historia de los griegos.

Quedaron expuestas en el libro precedente las causas de que se originó la segunda guerra púnica entre romanos y cartagineses (220 años antes de J.C.); manifestamos la entrada de Aníbal en Italia; y a más, recorrimos los combates que tuvieron lugar entre unos y otros, hasta aquella batalla que se dio a las márgenes del Aufido, junto a la ciudad de Cannas. Ahora haremos mención de lo que sucedió en la Grecia por el mismo tiempo, esto es, en el transcurso de la olimpiada ciento cuarenta. Pero antes recordaremos brevemente lo que en el libro segundo, como preámbulo de esta obra, se dijo de los griegos, y especialmente de la nación Aquea, por haber tomado esta república un maravilloso incremento, tanto en los tiempos pasados como en los presentes.

Dimos principio por Tisamenes, uno de los hijos de Orestes, y dijimos que los aqueos habían sido gobernados por reyes de esta línea hasta Ogiges; pero que habiendo adoptado después el más bello sistema de gobierno democrático, al instante los habían dispersado por las ciudades y aldeas los reyes de Macedonia. A consecuencia de esto expusimos cómo volvieron otra vez a confederarse, y cuándo y quiénes fueron los autores de esta decisión. Manifestamos asimismo de qué medios y auxilios se valieron para atraer a la liga las ciudades, y estimular a todos los peloponesios a tomar un mismo nombre y gobierno. Después de haber hablado en general de este proyecto, y haber tocado brevemente los hechos particulares, proseguimos la narración hasta el tiempo en que Cleomenes, rey de Lacedemonia, fue destronado. Por último, hecha una sucinta relación de lo que comprende nuestro preámbulo, hasta la muerte de Antígono, Seleuco y Ptolomeo, reyes que todos murieron hacia el mismo tiempo; resta que, atento a nuestra promesa, demos principio a la historia por las acciones que a éstas se siguieron.

Creo ser esta la más bella época de mi historia. Lo primero, porque aquí finaliza la obra de Arato, y lo que me propongo decir en adelante de los griegos no será sino una consecuencia; lo segundo, porque los tiempos siguientes y los de nuestra historia tienen entre sí tal conexión, que o los hemos visto nosotros, o los han alcanzado nuestros padres. De aquí proviene que lo que adelante se dirá, o lo hemos presenciado nosotros mismos, o lo sabemos de testigos oculares. Y a la verdad, tomar el agua de más arriba, de suerte que escribamos por oídas lo que otros saben de oídas, no me parece seguro, ni para formar idea, ni para resolver con acierto. Pero sobre todo, hemos dado principio desde esta data, porque en ella como que la fortuna hizo mudar de semblante a toda la haz de la tierra.

Efectivamente, Filipo, hijo de Demetrio, aunque niño, ocupó el trono de Macedonia; Aqueo, dueño del país de parte acá del monte Tauro, obtuvo, no sólo la majestad, sino el poder regio; Antíoco, llamado el Grande, fallecido poco antes su hermano Seleuco, sucedió en su más tierna edad en el reino de Siria; Ariarates reinó en Capadocia; Ptolomeo Filopator se apoderó del Egipto; Licurgo fue hecho rey de Lacedemonia; y los cartagineses, en fin, acababan de elegir a Aníbal por su jefe para las empresas que hemos dicho. Tal mudanza en los estados, por precisión había de producir novedades. Esto es muy natural y forzoso que ocurra, como en efecto se verificó entonces. Los romanos y cartagineses promovieron la guerra de que hemos hablado; al mismo tiempo Antíoco y Ptolomeo disputaron entre sí la Cæle-Siria; los aqueos y Filipo pelearon contra los etolios y lacedemonios por los motivos siguientes.

CAPÍTULO II

Carácter del pueblo etolio.- Sus motivos para hacer la guerra a los messenios.

Hacía ya mucho tiempo que los etolios padecían con impaciencia la paz y el mantenerse a su costa. Estaban acostumbrados a vivir a expensas de sus vecinos. Su natural arrogancia les había constituido en la precisión de muchos gastos, y esclavos de esta pasión, codiciaban siempre lo ajeno, mantenían una vida feroz, no reconocían amigo, y reputaban a todos por enemigos. En los tiempos anteriores, mientras vivió Antígono, los había contenido el respeto a los macedonios; pero después que éste falleció y dejó por sucesor al joven Filipo, llenos de desprecio por su persona, buscaron ocasiones y pretextos para mezclarse en los asuntos del Peloponeso, y arrastrados, según su inveterada costumbre, del deseo de saquear esta provincia, se creyeron con mayor derecho para hacer la guerra a los aqueos. En este pensamiento estaban, cuando contribuyendo algún tanto el acaso a sus propósitos, se valieron de este pretexto para el rompimiento.

Dorimaco Triconense, hijo de aquel Nicostrates que violó la asamblea general de los beocios, joven intrépido y codicioso, como buen etolio, fue enviado de parte de su república a Figalea, ciudad del Peloponeso, situada en los confines de los messenios, y confederada a la sazón con los etolios, con el fin, en apariencia, de defender la ciudad y el país, pero en realidad con el de espiar lo que pasaba en el Peloponeso. Durante su estancia acudieron a Figalea muchos piratas, y sin arbitrio para proporcionarles algún botín con justa causa, por durar aún entonces la paz general de la Grecia ajustada por Antígono; finalmente, faltar de recurso, les permitió robar los ganados de los messenios, que eran sus amigos y aliados. Al principio robaron sólo los rebaños que había en las fronteras, pero después, pasando adelante la insolencia, emprendieron saquear las alquerías de la campiña, asaltándolas de noche y cuando menos se pensaba. Los messenios llevaron muy a mal estos procedimientos, y enviaron legados a Dorimaco. Éste al principio no hizo caso. Tenía interés en que se enriqueciesen las tropas de su mando, y enriquecerse él mismo con la parte que tenía en los despojos. Repetidas las instancias de los diputados por la frecuencia de excesos, respondió que iría a Messena y satisfaría las quejas contra los etolios. Efectivamente fue, acudieron a él los agraviados; pero o se burló de ellos con mofas, o los insultó y amenazó con escarnios.

Una noche que se hallaba él aún en Messena, los piratas se aproximaron a la ciudad, y aplicadas las escalas, asaltaron el cortijo de Chirón, degollaron a los que se resistieron, maniataron los restantes criados y se llevaron consigo los ganados. Hasta ese momento los eforos habían padecido, aunque con dolor, estos excesos y la llegada de Dorimaco; pero entonces, creyendo que ya pasaba a desprecio, le citaron ante la asamblea de los magistrados. Era a la sazón Eforo de los messenios Scirón, personaje de probada conducta entre sus ciudadanos. Éste fue de parecer que no se dejase salir de la ciudad a Dorimaco sin que resarciese todos los daños a los messenios, y entregase los autores de tantas muertes para expiar sus delitos. Aprobado unánimemente el parecer de Scirón como tan justo, Dorimaco irritado les dijo: «Sois demasiado necios si creéis que este insulto es a mí y no a la república de los etolios; la acción, a mi ver, es muy indigna para que deje de atraeros un público castigo, que os estará bien merecido.» Había a la sazón en Messena un hombre malvado, sacrificado del todo a las miras de Dorimaco, por nombre Babirtas, quien si se ponía la gorra y vestido de Dorimaco, no era fácil distinguirlo: tanta era la uniformidad de voz, y demás partes del cuerpo que había entre los dos. No ignoraba esto Dorimaco. Éste, tratando con imperio y altanería a los messenios, Scirón montado en cólera, «¿juzgas acaso, Babirtas, le dijo, que haremos caso de ti ni de tus amenazas?» Estas palabras bastaron para que Dorimaco cediese al instante a la necesidad, y permitiese a los messenios tomar venganza de todos los excesos cometidos. Vuelto a la Etolia, le pareció tan cruel y áspero el dicho de Scirón, que sin otro justo motivo, sólo por esto suscitó la guerra a los messenios.

CAPÍTULO III

Discurso de Dorimaco para animar a los etolios hacia la guerra.- Declaración de ésta.- Primera

campaña.

Por entonces (221 años antes de J. C.) era pretor de los etolios Aristón, quien por ciertos achaques corporales que le inhabilitaban para el servicio de la guerra, y por el parentesco que le unía a Dorimaco y Scopas, cedió en cierto modo todo el mando en el primero. Dorimaco no osaba persuadir en público a los etolios para la guerra contra los messenios. No tenía pretexto alguno que mereciese la pena; por el contrario, sabían todos que la infidelidad y el desprecio recibido de Scirón le estimulaban a este rompimiento. Y así, desechado este medio, inducía en secreto a Scopas a que le acompañase a la empresa contra los messenios. Para esto le manifestaba que no había que temer de parte de los macedonios por la temprana edad de su rey Filipo, que a la sazón no pasaba de diecisiete años. Agregaba la enajenación de ánimos que había entre lacedemonios y messenios. Le traía a la memoria la benevolencia y alianza de los eleos con los etolios, de donde deducía que podrían hacer una irrupción sin peligro en la Messenia. Pero lo más capaz de hacer impresión sobre un etolio, era que le ponía a la vista el rico botín que sacarían de la Messenia, país desapercibido, y el único en el Peloponeso que no había experimentado en tiempo de Cleomenes los rigores de la guerra. Sobre todo le ponderaba el afecto que se granjearían de todo el pueblo etolio; que si los aqueos les impedían el paso, no tendrían de qué quejarse si se lo abrían por fuerza; y si se estaban quietos, no pondrían obstáculo a sus designios; finalmente, que no faltaría pretexto contra los messenios, quienes ya anteriormente habían hecho la injusticia de prometer el favor de sus armas a los aqueos y macedonios.

Dichas estas y otras parecidas razones al mismo intento, infundió tal ardor en Scopas y en sus amigos, que sin esperar la asamblea general del pueblo, sin consultar con los senadores, y sin ejecutar cosa de las que requería el caso, aconsejados sólo de su pasión y capricho, declararon la guerra a un tiempo a los messenios, epirotas, aqueos, acarnanios y macedonios. Sin dilación destacaron por mar a los piratas, quienes, encontrando junto a Cithera un navío del rey de Macedonia, le condujeron a la Etolia con toda la tripulación, y vendieron los pilotos, la marinería y la nave misma. Talaron la costa del Epiro, sirviéndose para tanta maldad de los navíos de los cefalenios; intentaron apoderarse de Thireo, ciudad de la Acarnania; enviaron espías encubiertos por el Peloponeso, y tomaron en el centro del país de los megalopolitanos el castillo de Clarió, de que se sirvieron para vender los despojos y guardar lo que robaban. Aunque en pocos días fue forzada esta fortaleza por Timojeno, pretor de los aqueos, acompañado de Taurión, a quien Antígono había dejado en el Peloponeso para velar sobre los intereses de los reyes de Macedonia. Pues a pesar de que el rey Antígono, con permiso de los aqueos, se había apoderado de Corinto en tiempo de Cleomenes; no obstante, habiendo tomado por fuerza a Orcomeno, lejos de restituirla a los aqueos, la había retenido para sí; con el propósito, a mi modo de entender, de ser dueño no sólo de la entrada del Peloponeso, sino de tener a cubierto el país mediterráneo, por medio de la guarnición y pertrechos que tenía en esta plaza.

Dorimaco y Scopas, habiendo observado la ocasión, en que faltase poco tiempo a Timojeno para concluir la pretura, y en que Arato, elegido sucesor para el año siguiente por los aqueos no hubiese entrado aún en el cargo, congregaron en Río todo el pueblo etolio; y después de haber preparado pontones, y equipado los navíos de los cefalenios, trasladaron estas tropas al Peloponeso y avanzaron hacia Messena. Durante la marcha por el país de los patrenses, fareos y tritaos, aparentaron no querer hacer agravio a los aqueos; pero no pudiendo abstenerse el soldado de la codicia del despojo, atravesaron talando y destruyendo todo hasta llegar a Figalea. Hecha esta irrupción, se arrojaron de improviso y con insolencia sobre los campos de los messenios, sin tener la menor consideración a la amistad y alianza que de tiempos antiguos mediaba con este pueblo, ni al derecho común establecido entre las gentes. Sobre todos estos respetos prevaleció la codicia; talaron impunemente el país, sin atreverse los messenios a salirles al paso.

CAPÍTULO IV

Arato toma el mando de las tropas aqueas.- Semblanza de este ilustre pretor.

Llegado que fue el tiempo legítimo de su asamblea (221 años antes de J. C.), los aqueos concurrieron a Egio. Luego de formado el consejo, los patrenses y fareos expusieron los perjuicios que había sufrido su país con el paso de los etolios. Los messenios acudieron por sus diputados, y pidieron igualmente que se les amparase contra la injusticia y perfidia de estas gentes. Escuchadas estas representaciones, los aqueos se condolieron de los patrenses y fareos, y tuvieron compasión del infortunio de los massenios. Pero sobre todo, lo que más les llegó al alma, fue el que los etolios, sin haberles concedido ninguna licencia para el paso, ni haber intentado siquiera el prohibírselo, se hubiesen atrevido a penetrar con ejército en la Acaia contra el tenor de los tratados. Irritados con todos estos motivos, decretaron socorrer a los messenios; y una vez puestos sobre las armas los aqueos por su pretor, lo que pareciese conveniente a los miembros de la asamblea, aquello se tuviese por valedero. Timojeno, a quien duraba aún el tiempo de la pretura, como que tenía poca confianza en los aqueos, gentes que en aquella era habían mirado con descuido el ejercicio de las armas, rehusaba encargarse de la expedición y del alistamiento de las tropas. Efectivamente, después de la caída de Cleomenes, rey de Esparta, los peloponesios, cansados con las guerras anteriores, y fiados en la tranquilidad presente, habían abandonado todo lo concerniente a la guerra. Pero Arato, conolido e irritado con la insolencia de los etolios, manejaba con más ardor el asunto, como que ya de antaño provenía la enemistad con estas gentes. Por lo cual procuró poner cuanto antes sobre las armas a los aqueos, resuelto a venir a las manos con los etolios. Finalmente, habiendo recibido de Timojeno el sello público cinco días antes del tiempo acostumbrado, escribió a las ciudades para que congregasen en Megalópolis con sus armas a todos los de edad competente. Pero me parece del caso anticipar una breve noticia del raro talento de este pretor.

Tenía Arato, entre otras dotes, el de ser un perfecto estadista. Poseía el talento de la palabra, el del ingenio y el del siglo. En calmar disensiones civiles, granjearse amigos y adquirirse aliados, no tenía igual. En hallar trazas, artificios y asechanzas contra un enemigo, y éstas llevarlas a debido efecto a costa de fatigas y constancia, era el más astuto. De esto se pudieran dar muchos claros testimonios, pero los más sobresalientes se ven particularmente en la toma de Sicione y Mantinea, en el desalojamiento de los etolios de la ciudad de Pelene, y sobre todo, en la astucia con que sorprendió el Acrocorinto. Pero este mismo Arato, puesto en campaña al frente de un ejército, era tardo en el consejo, apocado en la resolución e incapaz de esperar sin moción la apariencia de un peligro. Por eso, aunque llenó el Peloponeso de sus trofeos, con todo, casi siempre fue despojo de sus contrarios por este pero. Así es que entre los hombres existe no sólo cierta diversidad en los cuerpos, sino aun más en los espíritus; de forma que un mismo hombre ya es apto, ya inepto, no digo para diversas funciones, sino aun para algunas de la misma especie. Vemos muchas veces a uno mismo ser ingenioso y estúpido, igualmente que a otro intrépido y tímido. Ni son estas paradojas; son sí verdades comunes y notorias a los que quieren reflexionar. Vemos unos ser animosos en las cacerías para pelear con las fieras, y estos mismos ser cobardes en la guerra y a la vista del enemigo. Tal es expedito y astuto para el ministerio militar cuando el combate es particular y de hombre a hombre, pero en uno general y formado con otros es de ningún provecho. La caballería thesálica, por ejemplo, situada por escuadrones en batalla ordenada, es irresistible; pero fuera de aquí, para luchar de hombre a hombre, cuando el tiempo y la ocasión lo requieren, es inútil y pesada. A los etolios sucede todo lo contrario. Los cretenses, bien sea por mar, bien por tierra, si se trata de emboscadas, ladronicios, sorpresas del enemigo, ataques nocturnos, y cuanto requiera dolo en una acción particular, son intolerables; pero en batalla campal y al frente del enemigo son cobardes y apocados de espíritu. Los aqueos y macedonios al contrario. Hemos apuntado estas reflexiones para que los lectores no extrañen al escuchar si alguna vez de unas mismas personas proferimos juicios diversos sobre institutos entre sí semejantes.

CAPÍTULO V

La batalla de Cafias.

Reunidos (221 años antes de J. C.) en Megalópolis- aquí fue donde interrumpimos el hilo de la narración- todos los de edad competente para llevar las armas, según se había resuelto en la asamblea aquea; los messenios se presentaron por segunda vez, rogando no abandonasen a unas gentes a quienes tan abiertamente se les había faltado a los pactos. Deseaban entrar a la parte en la liga común, e insistían en que se les alistase con los demás; pero los jefes aqueos no aceptaron su alianza, manifestando que no podían recibir pueblo alguno sin el consentimiento de Filipo y demás aliados. Subsistía aún la alianza jurada que Antígono había hecho en tiempo de Cleomenes entre los aqueos, epirotas, focenses, macedonios, beocios, arcadios y thesalos. Sin embargo, prometieron que saldrían a campaña y les socorrerían, con tal que los presentes pusiesen en rehenes sus hijos en Lacedemonia, para resguardo de que jamás se reconciliarían con los etolios sin la voluntad de los aqueos. Armaron también sus gentes los lacedemonios según el tenor de la alianza, y acamparon en las fronteras de los megalopolitanos, más como tropas subsidiarias y espectadoras que como aliadas.

Arato, evacuado que hubo de este modo el asunto de los messenios, envió diputados para instruir a los etolios de lo resuelto, exhortarles a que saliesen del país de los messenios, y no tocasen en la Acaia; o de lo contrario, trataría como enemigos a los contraventores. Scopas y Dorimaco, apenas recibieron esta noticia, y supieron que los aqueos se habían reunido, pensaron les tenía cuenta obedecer sus órdenes. Sin dilación despacharon correos a Cilene, y a Aristón, pretor de los etolios, para que les enviasen cuanto antes a la isla de Fliades los barcos de carga que tuviesen. Ellos, dos días después, levantaron el campo llevando por delante el botín, y dirigieron su ruta hacia el país de los eleos, con quienes siempre habían tenido amistad, y de cuya conexión se habían valido para robar y saquear el Peloponeso. Arato, tras de haberse detenido dos días y haber fiado neciamente en que los etolios se retirarían a su patria, como lo habían dado a entender, licenció todos los aqueos y lacedemonios para sus casas, y reteniendo solos tres mil infantes, trescientos caballos y las tropas que mandaba Taurión, avanzó hacia Patras, contentándose con ir flanqueando a los etolios. Dorimaco, informado de que Arato le seguía de cerca y permanecía armado, llegó a temer por una parte que no le atacase mientras se estaba embarcando, pero como por otra deseaba con ansia provocar la guerra, envió el botín a los navíos bajo una escolta suficiente y apta para su transporte, con orden de conducirlo hasta Río, ya que desde allí se habían de hacer a la vela. Él al principio marchó escoltando la comitiva del botín pero a poco tiempo torció el camino y se dirigió hacia Olimpia. Con el aviso que tuvo de que Taurión y Arato acampaban con sus tropas en torno a Clitoria, seguro que era imposible pasar por el Río sin exponerse al trance de una batalla, creyó convenía a sus intereses venir cuanto antes a las manos con Arato, que a sazón tenía poca gente y no esperaba tal fracaso; con el pensamiento de que, si lograba vencerle, talaría el país y partiría de Río sin peligro, mientras que Arato cuidaba y deliberaba reunir por segunda vez a los aqueos; y si, atemorizado éste, se retiraba y rehusaba el combate, dispondría su partida sin riesgo cuando más bien le pareciese. Ocupado en estos propósitos, emprendió su marcha y acampó alrededor de Methidrio en el país de los megalopolitanos.

Los jefes aqueos que supieron la llegada de los etolios, consultaron tan mal sus intereses, que llegó hasta lo sumo la necedad. Vueltos de Clitoria, sentaron sus reales alrededor de Cafias; y cuando pasaban los etolios desde Methidrio por delante de Orcomeno, sacaron sus tropas, y las ordenaron en batalla en las llanuras de Cafias, poniendo por barrera el río que por allí pasa. Los etolios, ya por las dificultades que mediaban (había a más del río muchos fosos difíciles de vencer), ya por la buena disposición que aparentaban los aqueos para la batalla, temieron venir a las manos según su primer propósito, y marcharon en buen orden por aquellas eminencias hasta Oligirto,

dándose por muy contentos si nadie los inquietaba ni precisaba a arriesgar un trance. Ya la vanguardia de los etolios había llegado a las eminencias, y la caballería que cerraba la retaguardia, atravesando el llano, tocaba con el pie de la montaña llamada Propo, cuando Arato destaca la caballería e infantería ligera al mando de Epistrato Acarnanio, con orden de picar la retaguardia y tentar a los contrarios. Efectivamente, caso de arriesgar un trance, de ningún modo convenía venir a las manos con la retaguardia, cuando ya el enemigo había atravesado las llanuras, sino atacar la vanguardia, al punto que ésta hubiese penetrado en el llano. De esta forma, todo el combate hubiera sido en terreno llano y descampado; donde habrían sido sin duda incomodados los etolios por la clase de sus armas y orden de batalla, y los aqueos por las disposiciones contrarias hubieran tenido la prepotencia y la ventaja. Pero por el contrario, no supieron aprovecharse del terreno ni de la ocasión, y entraron en la lid cuando todo era favorable al enemigo. Consiguientemente el éxito del combate correspondió a los principios. No bien se había comenzado por los armados a la ligera, cuando la caballería etolia se acogió sin perder el orden al pie de la montaña, con el anhelo de incorporarse con su infantería. Arato, sin ver bien lo que ocurría, ni inferir justamente las resultas, luego que advirtió que se retiraba la caballería, en el entender de que volvía la espalda, destaca de sus alas la infantería pesada, con orden de socorrer e incorporarse con la ligera. Él, mientras, hizo tornar corriendo y con precipitación el ejército sobre una de las alas. Lo mismo fue atravesar el llano la caballería etolia y unirse con la infantería, que apoyada del pie de la montaña hacer alto, exhortar a la infantería a que se colocase sobre sus costados, y a sus voces acudir prontamente al socorro todos los que iban aún andando. Cuando ya creyeron que eran los bastantes, se vuelven, acometen las primeras líneas de la caballería e infantería ligera de los aqueos; y como eran más en número y atacaban desde lo alto no obstante la obstinada resistencia, al cabo hacen emprender la huida a los que entraron en la acción. En el hecho mismo de volver éstos la espalda, los pesadamente armados que venían andando a su socorro sin orden y descompuestos, unos sin saber lo que pasaba, otros chocando de frente con los que se retiraban, fueron forzados a huir y a seguir su ejemplo. De aquí provino que en la acción sólo quedaron sobre el campo quinientos hombres, cuando eran más de dos mil los que iban huyendo. Pero advertidos los etolios por el lance mismo de lo que debían hacer, siguieron el alcance con grande y descompasada algazara. Mientras los aqueos se iban retirando hacia los pesadamente armados, en la inteligencia de encontrarlos en puesto seguro según la formación que habían tomado al principio, su huida era honesta y provechosa; pero apenas advirtieron que éstos habían desamparado sus fortificaciones y que se hallaban a larga distancia y des-mandados, unos al instante se dispersaron y refugiaron sin orden en las ciudades inmediatas, otros, encontrándose de frente con la falange que venía a su socorro, su propio miedo sin necesidad de enemigos les forzó a tomar una huida precipitada y acogerse en las ciudades circunvecinas. Orcomeno y Cafias, pueblos inmediatos, sirvieron de asilo a muchos. Sin este auxilio acaso hubieran perecido todos sin remedio. Tal fue el éxito de la batalla que se dio en las cercanías de Cafias.

CAPÍTULO VI

Cargos formulados por los aqueos contra Arato, y justificación de éste.- Resolución de la Asamblea aquea.- Proyecto ridículo del pueblo etolio.

Apenas conocieron los megalopolitanos que los etolios se habían acampado en torno a Methidrio, convocado el pueblo al son de trompeta, llegaron al socorro el día después de la batalla; y cuando creían que, vivos aún sus compañeros, podrían batir a los enemigos, se vieron en la necesidad de haber de dar sepultura a los que habían muerto. Efectivamente, cavaron un hoyo en las llanuras de Cafias, y amontonados los cadáveres, hicieron las exequias con todo honor a aquellos infelices. Los etolios, alcanzada una victoria tan inesperada por medio de su caballería e infantería ligera, cruzaron después con toda seguridad por medio del Peloponeso. En esta marcha intentaron

tomar la ciudad de Pelene, arrasaron los campos de Sicione y finalmente hicieron su salida por el istmo. Tal fue la causa y motivo de la guerra social: el principio provino del decreto que todos los aliados reunidos en Corinto redactaron después siendo autor de la decisión el rey Filipo.

Pocos días después, reunido el pueblo aqueo en la asamblea acostumbrada, todos en general y en particular reprendieron amargamente a Arato de haber sido causa sin discusión de la derrota precedente. Pero lo que más irritó y exasperó al pueblo fueron los cargos que le hicieron los de la facción contraria, y las claras pruebas que de ellos daban. Sentaban por primer yerro clásico, el que antes de tener en propiedad la pretura, y en el tiempo de su predecesor, se hubiese encargado de tales empresas, que por una repetida experiencia sabía se le habían malogrado: el segundo cargo, más grave aún que el precedente, era el haber licenciado los aqueos, cuando permanecían todavía los etolios en el centro del Peloponeso, y por otra parte se podía presumir que Scopas y Dorimaco no pensaban más que en turbar el estado presente y suscitar una guerra el tercero era el haber venido a las manos, teniendo tan poca gente, y sin necesidad alguna que le forzase cuando podía haberse refugiado sin peligro en las ciudades próximas, reunir los aqueos, y atacar entonces al enemigo, si lo creía del todo conveniente; el último y mayor de todos era que ya que se propuso pelear se había portado con tan poca prudencia y cautela en el lance, que sin aprovecharse del terreno llano, ni valerse de la infantería pesada, con solo la ligera había dado la batalla a los etolios al pie de una montaña cosa que no podía serles más ventajosa ni acomodada.

Esto no obstante, lo mismo fue presentarse Arato y recordar los servicios y acciones hechas anteriormente a la República; dar satisfacción a los reparos ya que no habían provenido por su culpa; pedir perdón, si alguna omisión había tenido en aquella jornada; y en una palabra, rogar se examinase sin pasión y con humanidad el asunto; se advirtió tan repentino y generoso arrepentimiento en el pueblo, que se irritó sobre manera contra los del bando opuesto que le acusaban, y en adelante siguió en un todo el consejo de este pretor. Todo esto ocurrió en la olimpiada anterior; lo que se sigue, pertenece a la olimpiada ciento cuarenta.

La decisión de los aqueos fue que se enviasen diputados a los epirotas, beocios, focenses, acarnanios y Filipo, para que conociesen cómo los etolios, contra el tenor de los tratados, habían penetrado ya dos veces de mano armada en la Acaia, e implorasen su socorro en virtud del convenio; que tuviesen a bien admitir a los messenios en la alianza; que el pretor elegiría entre los aqueos cinco mil infantes y quinientos caballos; que socorrería a los messenios, caso que los etolios atacasen su país; y que, en fin, arreglaría con los lacedemonios y messenios el número de caballería e infantería que unos y otros habían de suministrar para las públicas urgencias. Tomadas estas providencias, los aqueos sufrieron con constancia el revés que les acababa de ocurrir, y no desampararon a los messenios, ni el proyecto que habían abrazado. Los comisionados para estas embajadas cumplieron con su encargo. Arato alistó la tropa aquea que prevenía el decreto, los lacedemonios y messenios convinieron en contribuir cada uno con dos mil quinientos infantes y doscientos cincuenta caballeros; de forma que para cualquiera urgencia que pudiese suceder, había un ejército de diez mil infantes y mil caballos.

Los etolios, llegado que fue el tiempo legítimo de la asamblea, reunidos tomaron la depravada decisión de hacer paces con los lacedemonios, messenios y demás aliados para sustraerlos y separarlos de la amistad de los aqueos, y con éstos concertar un tratado, caso que se apartasen de la alianza de los messenios, o cuando no, declararles la guerra. El proyecto era el más ridículo del mundo; pues siendo a un mismo tiempo aliados de los aqueos y messenios, si éstos vivían en amistad y concordia entre sí, declaraban la guerra a los aqueos; y si eran enemigos, hacían la paz separadamente con los messenios: proyecto a la verdad tan extraño, que jamás se le ocurrió a ningún hombre iniquidad semejante.

Los epirotas y el rey Filipo, habiendo escuchado a los diputados, admitieron en la alianza a los messenios; y aunque de momento se ofendieron de los excesos cometidos por los etolios, duró poco su sorpresa, por no ser extraordinarias, antes sí muy comunes tales perfidias entre estas gentes.

Efectivamente, su cólera no pasó adelante, y decidieron concertar la paz con este pueblo: tan cierto como esto es que más bien alcanza perdón una injuria frecuente y continuada, que una maldad rara y extraordinaria.

Los etolios, acostumbrados a este género de vida, eran unos perpetuos ladrones de la Grecia; infestaban los pueblos sin declararles la guerra, y ni aun se dignaban dar satisfacción a las quejas, por el contrario, si alguno les reconvenía de lo que habían hecho o pensaban hacer, no sacaba otra respuesta que la mofa. Los lacedemonios, no obstante de que acababan de recobrar la libertad por la munificencia de Antígono y de los aqueos, y el reconocimiento les obligaba a no dar paso en contra de los macedonios ni de Filipo, con todo, despacharon por debajo de cuerda diputados a los etolios, y contrajeron con ellos una amistad y alianza secreta. Ya se hallaba alistada la juventud aquea, y los lacedemonios y messenios se habían convenido en el socorro, cuando Scerdilaidas y Demetrio de Faros salieron de la Iliria con noventa bergantines, y pasaron de parte allá del Liso, contra el tratado concertado con los romanos. Al principio abordaron a Pila y aunque intentaron tomarla, no dio resultado. Después, Demetrio con cincuenta bergantines marchó contra las Ciclades, y bloqueando aquellas islas, de unas exigió un tributo, y a otras las destruyó. Scerdilaidas dirigió su rumbo hacia la Iliria, y aportó a Naupacta con la escuadra restante, fiado en la amistad de Aminas, rey de los atamanos, con quien tenía parentesco. Allí, efectuado que hubo un convenio con los etolios sobre el reparto del botín por mediación de Agelao prometió ayudarlos contra la Acaia. Entraron en este tratado a más de Scerdilaidas. Agelao, Dorimaco y Scopas, y ganando con maña la ciudad de Cineta, reunieron todo el pueblo etolio, e hicieron una irrupción en la Acaia con los ilirios.

CAPÍTULO VII

Estado de Cineta.- Traición de algunos de sus habitantes.- Saco y ruina de esta ciudad por los etolios.- Inacción de Arato.

Mientras tanto, Aristón, pretor de los etolios, permanecía quieto en su casa, aparentando ignorar lo que ocurría. Manifestaba (220 años antes de J. C.) que, lejos de tener guerra con los aqueos, observaba exactamente la paz, conducta a la verdad bien ridícula y pueril. Pues es claro que se acredita de necio y loco quien presume ocultar con palabras lo que publican las obras Dorimaco, emprendiendo su ruta por la Acaia, se presentó de repente frente a Cineta. Esta ciudad, originaria de la Arcadia, ardía desde hacía mucho tiempo en grandes e interminables alborotos, hasta llegar a matarse y desterrarse los unos a los otros. Uníase a esto, que existía mutua facultad de robar y hacer nuevos repartos de tierras. Pero finalmente, superiores los que estaban por los aqueos, se habían apoderado de la ciudad, pusieron guarnición en los muros, y trajeron un gobernador de la Acaia. Tal era el estado de Cineta, cuando poco antes de la llegada de los etolios, los desterrados enviaron diputados a sus conciudadanos, rogando les admitiesen a su gracia y permitiesen volver a sus hogares. Los que tenían la ciudad se hallaban inclinados a acceder a sus ruegos, pero enviaron una embajada a los aqueos para efectuar la reconciliación con su consentimiento. Los aqueos no encontraron dificultad en el permiso. Se hallaban persuadidos de que de esta forma se congraciarian con ambos bandos: con los de la ciudad, porque depositarian en ellos todas sus esperanzas; y con los desterrados, porque deberían su bien al asenso de los aqueos. Efectivamente, los cinetenses enviaron la guarnición y el comandante, para concertar la paz y admitir en la ciudad a los prófugos, en número casi de trescientos, tomándoles antes las seguridades que reputan los hombres por más poderosas. Pero éstos, sin esperar a que se presentase causa o pretexto que les diese pie para nuevas discordias, sino todo lo contrario, al instante que regresaron conspiraron contra su patria y libertadores. A mi entender, en el tiempo mismo que juraban sobre las víctimas una fidelidad mutua, ya entonces estaban maquinando la impiedad que habían de cometer contra los dioses y contra los que de ellos se fiaban. Pues lo mismo fue tener parte en el gobierno, que llamar al instante a los

etolios y venderles la ciudad, con el fin de acabar del todo con sus libertadores y con la patria que los había criado. Ve aquí la audacia y modo con que tramaron la traición. Entre los que habían vuelto del destierro había algunos que obtenían el mando militar, llamados Polemarcos. Estos magistrados cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad, guardar las llaves mientras estaban cerradas, y hacer la guardia durante el día. Los etolios se hallaban dispuestos y con las escalas preparadas, esperando la ocasión. Un día los desterrados que a la sazón eran Polemarcos, habiendo degollado a sus compañeros en la guardia y abierto la puerta, parte de los etolios penetraron por ella, parte, aplicadas las escalas, forzaron y ocuparon el muro. Los habitantes, atónitos con tal fracaso, no sabían qué hacerse ni qué partido tomar. No podían oponerse a los que penetraban por la puerta, porque les llamaban la atención los que escalaban el muro, ni acudir al muro sin cuidar de los que forzaban las puertas. Esto fue causa de que los etolios se apoderasen prontamente de la ciudad. Entre tantos excesos como cometieron, éste a lo menos no puede dejar de sea aplaudido: y fue, que ante todas las cosas degollaron y robaron los bienes de los que los habían introducido y vendido la ciudad, aunque se siguiese después la misma suerte por todos los demás. Finalmente, alojados en las casas, lo saquearon todo, y atormentaron a aquellos ciudadanos en quienes sospecharon encontrar oculto algún dinero, alhaja o mueble precioso.

Saqueada de este modo Cineta, levantaron el campo dejando guarnición para custodia de los muros, y se encaminaron a Lisso. Llegados que fueron al templo de Diana, que se halla situado entre Clitoria y Cineta y los griegos veneran como lugar de asilo, intentaron robar los ganados de la diosa, y lo demás que había en torno al templo. Mas la prudencia de los lissiatas, dándoles parte de los ornamentos sagrados, evitó que cometiesen alguna impiedad o sacrilegio inexpriable. Y así, tomando lo que les dieron, partieron al punto acamparon frente a Clitoria. Para entonces Arato, pretor de los aqueos, había enviado a pedir socorro a Filipo; alistaba la flor de sus tropas, y pedía a los lacedemonios y messenios las fuerzas que prevenía el tratado. Los etolios al principio exhortaron a los clitorios a que, abandonado el partido aqueo, contrajesen con ellos alianza; pero despreciando éstos en redondo su propuesta, les atacaron la ciudad e intentaron escalar sus muros. Los clitorienses se defendieron con tanto valor y esfuerzo, que cediendo a la suerte los etolios, tuvieron que levantar el sitio y encaminarse otra vez hacia Cineta, donde saquearon y llevaron consigo los rebaños de la diosa. Ellos bien hubieran querido entregar esta ciudad a los elios, pero rechazando éstos recibirla, tomaron la resolución de guardarla por sí mismos, nombrando por gobernador a Eurípides. Después, por temor del socorro que, según decían, venía de Macedonia, prendido fuego a la ciudad se retiraron, dirigiéndose otra vez a Río, de donde tenían dispuesto pasar a su patria.

Taurión, conocedor por una parte de la invasión de los etolios y de los excesos que habían cometido en Cineta, por otra viendo que Demetrio de Faros había aportado a Cencras desde las islas Ciclades, rogó a este príncipe socorriese a los aqueos, atravesase el istmo con sus bergantines, y se opusiese al paso de los etolios. Demetrio, que por temor a los rodios que le venían siguiendo se había retirado de las islas Ciclades con un rico botín, pero con bastante ignominia, asintió a la propuesta de Taurión, tanto con mayor gusto, cuanto que este príncipe tomaba por su cuenta los gastos del paso de la armada. Efectivamente, habiendo atravesado el istmo cuando ya hacía dos días que lo habían pasado los etolios, se contentó con talar algunos lugares de la costa, y se retiró otra vez a Corinto. Los lacedemonios descuidaron de mala fe en enviar el socorro estipulado, bien que, atendiendo sólo al qué dirán, remitieron alguna caballería e infantería. Arato, acompañado de sus aqueos, se condujo en esta ocasión más como político que como capitán. La consideración y memoria del descalabro precedente le contuvo en inacción, hasta que Scopas y Dorimaco, efectuado su propósito a medida del deseo, se volvieron a su patria; aunque el camino que llevaban fuese tan estrecho y cómodo para atacarles, que un solo trompeta hubiera bastado para la victoria. Por fin, en medio de los grandes infortunios y contratiempos que los cinetenses padecieron de los etolios, todo el mundo creyó que les estaba bien merecido.

CAPÍTULO VIII

Sobre el carácter de los cinetenses.

Ya que entre todos los griegos los arcades conservan en general cierto concepto de virtudes, no sólo por la hospitalidad, dulzura de costumbres y método de vida, sino principalmente por el respeto a los dioses, será del caso disertar brevemente sobre la ferocidad de los cinetenses, y preguntar cómo siendo también éstos arcades sin discusión, excedieron tanto en aquella época al resto de la Grecia en inhumanidad y perfidia. En mi concepto no es otra la causa que el haber sido los únicos que primero abandonaron las máximas establecidas con tanta prudencia por sus mayores y adaptadas a la inclinación de todos los pueblos de la Arcadia. Por ejemplo, la música (hablo de la verdadera música) es un ejercicio útil a todo hombre, pero a un arcade es necesario. Pues no debemos presumir que la música, como dice Eforo en el prólogo de su obra tomando esta voz en una acepción indigna, fuese inventada para engaño e ilusión de los hombres; ni que los antiguos cretenses y lacedemonios sustituyesen sin sobrado fundamento, en vez de la trompeta, la flauta y las canciones, para animar a los soldados a la guerra; ni que los primeros arcades, en lo demás tan austeros, dispensasen sin motivo tanto honor a la música en su república, que quisiesen, no sólo la mamasen con la leche los niños, sino que la ejercitasen los jóvenes hasta los treinta años. Es público y notorio que casi sólo en la Arcadia es donde se acostumbra a los niños por las leyes a cantar desde la infancia himnos y canciones, con que celebran al estilo del país sus héroes y dioses patrios; que instruidos en los tonos de Filoxenes y Timoteo, todos los años por los bacanales danzan con mucha emulación al son de flautas en los teatros, y se ejercitan los niños en juegos de niños, y los jóvenes en juegos de hombres. Igualmente durante todo el transcurso de la vida en los entretenimientos de sus convites, no hacen tanto aprecio de las recitaciones estudiadas como de la primacía del canto en que van turnando. No reputan por vergonzoso confesar que ignoran las otras ciencias, pero no pueden negar que saben cantar, porque a todos obliga la ley; ni excusarse con decir que lo saben, porque esto se tiene por indecoroso. Estos ejercicios al son de la flauta según las reglas del arte, y estas danzas dirigidas y costeadas por el público, en que se emplean los jóvenes todos los años en los teatros, dan una idea de sus talentos a sus conciudadanos.

En mi concepto, esto lo instituyeron nuestros mayores, no por afeminación y deleite, sino por consideración a la laboriosidad de los arcades; y en una palabra, a su vida penosa y dura. Consideraron la austeridad de sus costumbres, y que ésta provenía del frío y triste aire que generalmente se respira en aquel país, con el cual se han de conformar por precisión las inclinaciones del hombre. Ésta y no otra es la causa porque, a proporción de la mayor distancia que hay entre las naciones, es también más notable la diferencia de unas y otras, en costumbres, rostros, colores, y mayor parte de institutos. Convengamos, pues, que para dulcificar y morigerar este natural áspero y duro, introdujeron los ejercicios mencionados; que a este fin instituyeron asambleas y sacrificios públicos, igualmente para hombres y mujeres, y danzas para niños de uno y otro sexo; y para ahorrarme de razones, que con este intento pensaron todos los medios, para que lo desabrido de su genio se civilizase y domesticase con la cultura de las costumbres. Ve aquí por qué abandonados del todo estos consejos por los cinetenses, cuando era el pueblo que más necesitaba de este lenitivo, por respirar un aire y ocupar un terreno el más desapacible de la Arcadia, se entregaron a las disputas y mutuas contestaciones; y finalmente llegó a tanto su fiereza, que en ninguna otra ciudad de la Grecia se cometieron crueldades mayores ni más frecuentes. Prueba de la infelicidad de los cinetenses por cuanto a esto se refiere, y de la detestación que el resto de la Arcadia tenía a sus institutos es que, después de una carnicería semejante, cuando enviaron legados a Lacedemonia, en todas las ciudades de la Arcadia donde penetraron durante su marcha se les intimó al instante que se retirasen. Aun más hicieron los mantinenses: se purificaron después de su salida, y condujeron víctimas en sacrificio alrededor de su ciudad y territorio.

Hemos apuntado estas reflexiones para que ninguno otro pueblo vitupere las costumbres

públicas de los arcades; también, para que algunos habitantes de la Arcadia no estén en el entender que la profesión de la música es un acto de supererogación entre ellos, y se atrevan a despreciar este arte; finalmente, para corrección de los cinetenses, y para que, si Dios algún día se lo permite, se conviertan a aquella educación que puede humanizar su carácter, y sobre todo a la música. Éste es el único antídoto capaz de despojarles de su antigua barbarie. Mas ahora, expuestas las desgracias de los cinetenses, tornaremos a tomar el hilo de la historia.

CAPÍTULO IX

Levantamiento de Esparta.- Diversidad de opiniones en el consejo de Filipo sobre el castigo.- Sabia actitud que el rey toma en el asunto.- Declaración de guerra por todos los aliados contra los etolios.

Así que los etolios hubieron terminado esta expedición en el Peloponeso (220 años antes de J. C.), se retiraron a su patria sin peligro. Entretanto Filipo llegó a Corinto con ejército para socorrer a los aqueos; mas habiendo llegado tarde, despachó correos a todos los aliados para que sin dilación le enviase cada uno a Corinto personas con quienes consultar sobre los intereses comunes. Él, mientras, levantó el campo sin detenerse hacia Tegea, informado de las muertes y alborotos que entre sí tenían los lacedemonios. Este pueblo, acostumbrado a ser regido por reyes y a obedecer ciegamente a sus jefes, acababa entonces de recibir la libertad por favor de Antígono. Lo mismo fue verse sin cabeza, que al instante se suscitaron alborotos y creyeron todos tener igual derecho en el gobierno. Al principio dos de los eforos tenían oculto el partido que abrazaban, y los otros tres mantenían trato con los etolios, persuadidos a que la tierna edad de Filipo no bastaría a gobernar el Peloponeso. Pero lo mismo fue salir de esta provincia los Etolios, y llegar de la Macedonia Filipo más presto de lo que se esperaba; recelosos los tres de uno de los otros dos, llamado Adimantes, porque enterado de todos sus propósitos no aprobaba su conducta, temieron que, venido el rey, no le revelase todo el secreto. Para prevenir este daño, comunicaron su intento a ciertos jóvenes, y bajo el pretexto de que venían marchando los macedonios contra la ciudad, publicaron un bando para que todos los que tuviesen edad acudiesen con sus armas al templo de Minerva. Una noticia tan inesperada hizo que la gente se congregase prontamente. Adimantes, aunque con repugnancia, procuró manchar el primero, y después de reunidos les dijo: «Estas asonadas y rebatos para poner a todos sobre las armas, fueron del caso poco ha, cuando supimos que los etolios, nuestros enemigos, se aproximaban a las fronteras de nuestro país; pero no ahora, cuando sabemos que son los macedonios, nuestros bienhechores y salvadores, los que vienen con su rey Filipo.» Aun no había pronunciado estas palabras, cuando los jóvenes encargados le atravesaron con sus espadas, y mataron juntamente a Stenelao, Alcámenes, Tiestes, Bionidas y otros muchos más ciudadanos. Polifontes y algunos otros, previendo prudentemente las resultas, se pasaron a Filipo.

Después de esta carnicería, los eforos que gobernaban a Esparta despacharon sin dilación diputados a Filipo para acriminar la conducta de los muertos, rogarle difiriese su llegada hasta tanto que, sosegada la conmoción, recobrase la ciudad su antiguo estado, y entre tanto estuviese en todo la fe y amistad con los macedonios. Los diputados alcanzaron a Filipo cerca del monte Partenio, y expusieron inmediatamente su comisión. El rey, después de haberlos escuchado, ordenó que tornasen con diligencia a Lacedemonia y participasen a los eforos cómo sin detenerse iba a poner su campo sobre Tegea, y que a ellos tocaba enviarle cuanto antes personas de autoridad con quienes consultar sobre el caso presente. Los diputados ejecutaron el mandato y los eforos de Lacedemonia, escuchada la resolución del rey, despacharon diez ciudadanos que, marchando a Tegea y admitidos al consejo de Filipo, con Omias a su cabeza, acusaron a Adimantes como a autor del pasado alboroto, ofrecieron al rey que cumplirían en todo como buenos aliados, y que cuanto al efecto por su persona, manifestarían ser superiores a cuantos creía serle sus más verdaderos amigos. Dichas éstas y otras parecidas razones, los lacedemonios se retiraron.

Entre los que componían el consejo hubo diferentes pareceres. Unos, instruidos de la maldad cometida en Esparta, y persuadidos a que Adimantes y sus compañeros habían perdido la vida por amor a su partido, como también que los lacedemonios habían intentado asociarse con los etolios, aconsejaron al rey hiciese un ejemplo con este pueblo, y los tratase como Alejandro había tratado a los tebanos tan pronto como tomó las riendas del imperio. Otros, los más provecos, dijeron que esta pena era más rigurosa que la que merecía el delito; sin embargo, que se castigase a los autores, se les depusiese de los empleos, y se confiriese el gobierno y los cargos a los amigos del rey. Después de todos habló Filipo con mucha prudencia, si se ha de dar crédito a lo que entonces se dijo. Pues no es creíble que un joven de diecisiete años pudiese dar tal corte en asunto de tanta importancia. Pero a los historiadores nos toca atribuir las decisiones tomadas en los congresos a los que están a la cabeza de los negocios; conquie los lectores deban dar por supuesto que semejantes consejos y deliberaciones proceden por lo regular de los privados, y en especial de los que andan al lado de los reyes. Lo más conforme a razón es atribuir a Arato la determinación que el rey tomó entonces. Ésta fue que las injurias particulares cometidas entre los aliados, en tanto eran de su inspección, en cuanto de palabra o por escrito le tocaba poner remedio y darse por entendido; pero que los insultos contra la alianza en general, eran los únicos de quienes él debía tomar un castigo y corrección pública con parecer del consejo: que los lacedemonios no habían pecado notoriamente contra la alianza en general, antes bien, ofreciendo cumplir exactamente con sus deberes, no había motivo para mostrarse con ellos inexorable; pues no era puesto en razón que a quienes no había maltratado su padre, no obstante haberlos sujetado como a enemigos, él los tratase con rigor por motivos tan leves. Rubricada esta determinación, por la que quería se mirase con indiferencia todo lo pasado, despachó al instante el rey a Petreo su confidente con Omias y sus compañeros para que exhortasen a la plebe a permanecer en la buena correspondencia que tenían con él y con sus macedonios, y al mismo tiempo a prestar y recibir los juramentos sobre la alianza. Él, mientras, levantó el campo y volvió a Corinto, dando una brillante prueba de su afecto para con los aliados en la respuesta que dio a los lacedemonios.

Habiendo hallado en Corinto a los que habían venido de las ciudades aliadas, consultó y conferenció con ellos sobre lo que había de hacer, y cómo se había de portar con los etolios. Los beocios les acusaban de haber robado durante la paz el templo de Minerva Itonia; los focenses, de haber tomado las armas para apoderarse de las ciudades de Ambriso y Daulio; los epirotas, de haberles talado su país; los arcananios, de haber tramado una conspiración contra Thireo y haberse atrevido a atacarla de noche; finalmente, los aqueos exponían cómo habían tomado a Clario en el país de Megalópolis, habían talado al pasar los campos de los patrenses y farenses, habían saqueado a Cineta, habían profanado en Lisso el templo de Diana, habían sitiado a Clitoria, habían intentado arruinar por mar a Pila, y por tierra a Megalópolis de Iliria, que acababa de ser poblada. Expuestos estos cargos en la asamblea, todos unánimes fueron de parecer que se declarase la guerra a los etolios. Estas acusaciones sirvieron de cabeza al manifiesto, y se formó un decreto del tenor siguiente: Que todos los aliados se unirían para recobrar cualquier país o ciudad que los etolios hubiesen usurpado después de la muerte de Demetrio, padre de Filipo; igualmente que todos aquellos a quienes las circunstancias habían forzado contra su voluntad a entrar en la república de los etolios serían restablecidos en su antiguo gobierno y poseerían sus países y ciudades, sin guarnición, sin impuesto, libres en todo, gozando de las leyes y usos de sus padres; finalmente, que restituirían sus leyes a los amficiones, y les ayudarían a poner en su poder el templo con todos sus anejos, de que los etolios les habían despojado.

CAPÍTULO X

*Aprobación del decreto por los aqueos.- Conducta de los etolios en nombrar por pretor a Scopas.-
Regreso de Filipo a Macedonia.- Motivo por el que se tratan aparte estas guerras.*

Transcurría el primer año de la olimpiada ciento cuarenta (220 antes de J. C.) cuando se ratificó este decreto, época en que la guerra llamada Social comenzó justo y conforme a los excesos que los etolios habían cometido. El Consejo envió al punto diputados a los aliados para que, aprobado el decreto por cada una de las ciudades, declarasen todas desde su país la guerra a los etolios. Filipo escribió asimismo a éstos, advirtiéndoles que si tenían que hacer alguna defensa contra las acusaciones compareciesen a exponerla antes de disolverse el Congreso; pues si presumían que después de haber saqueado y talado los campos de todos sin decreto alguno público no habían de tomar satisfacción los ofendidos, o que si la tomaban habían de ser reputados por primeros promotores de la guerra, eran los más necios del mundo. Recibida esta carta, los pretores etolios en la inteligencia al principio de que Filipo no iría, señalaron día fijo en que comparecerían en Río; pero informados después de que, en efecto, había llegado, le despacharon un correo con el aviso de que sin reunir antes el pueblo nada podían arreglar por sí mismos sobre los asuntos del Estado. Los aqueos, congregados en la asamblea acostumbrada confirmaron todos el decreto y permitieron por un bando el saqueo contra los etolios. El rey fue a este Consejo que se celebraba en Egio, donde después de haber perorado largamente, todos recibieron con aceptación su discurso y le renovaron los vínculos de amistad que habían hecho anteriormente a sus antecesores.

Entretanto, los etolios, llegado el tiempo de las elecciones, nombraron por pretor a Scopas, que había sido causa de todos los excesos precedentes. Yo no sé qué decir de esta determinación. Porque no hacer la guerra con declaración alguna pública, y al mismo tiempo armado todo el pueblo robar y pillar las tierras de sus vecinos; no castigar a los culpados, antes bien elegir y honrar con el mando a los autores de estos excesos, es un proceder, en mi concepto, donde rebosa toda la malicia. Porque, ¿qué otro nombre se ha de dar a semejantes iniquidades? Pero mi sentir se manifestará mejor con lo siguiente. Los lacedemonios, cuando Febidas tomó por trato a Cadmea, castigaron al autor, pero no sacaron la guarnición de la plaza, como si estuviese bien satisfecha la injuria con el castigo del agresor, en vez de que debieran haber hecho lo contrario, y esto era lo que tenía cuenta a los tebanos. Asimismo en tiempo de la paz de Antalcida manifestaron que dejarían las ciudades en el goce de su libertad y de sus leyes, pero no sacaron de ellas a los gobernadores que se hallaban en su nombre. Después de haber arruinado a los mantinenses, sus amigos y aliados, publicaban que no les habían agraviado; únicamente de una ciudad en que vivían los habían distribuido en muchas, locura a la verdad acompañada de malicia creer que con que uno cierre los ojos todo el mundo está ciego. Este indiscreto celo de gobierno fue origen de los mayores infortunios a una y otra república; conducta que de ningún modo deben abrazar, ni en particular ni en general, los que deseen manejar bien sus intereses. Filipo, después de haber reglado los negocios de los aqueos, tornó a Macedonia con su ejército, a fin de hacer las prevenciones para la guerra. Con el decreto antecedente, no sólo los aliados, sino también la Grecia toda concibió lisonjeras esperanzas de su clemencia y magnanimidad regia.

Todas estas cosas ocurrieron hacia el mismo tiempo en que Aníbal, apoderado ya de cuanto baña el Ebro por esta parte, pensaba romper contra Sagunto. Si desde el principio hubiéramos mezclado los primeros movimientos de Aníbal con las acciones de la Grecia, nos hubiéramos visto sin duda precisados en el primer libro, por seguir el orden de los tiempos, a tratar de éstas alternativamente e interpolarlas con las de España. Pero pues que la Italia, Grecia y Asia tuvieron cada una sus motivos particulares para la guerra, aunque los éxitos fueron los mismos, resolvimos hacer mención de ellos separadamente hasta llegar a aquella época en que, mezclados los hechos unos con otros, comenzaron todos a mirar a un mismo fin y objeto. De esta forma la narración de los inicios de cada guerra será más clara, y la mezcla de unas con otras, de que ya hemos hablado al principio, más patente. Luego que hayamos declarado el cuándo, cómo y por qué causas ocurrió, únicamente nos quedará hacer una historia general de todas ellas. Esta unión de intereses sucedió hacia el fin de la guerra de que hablamos, en el año tercero de la olimpiada ciento cuarenta. Por eso las guerras siguientes las referiremos juntas, según el orden de los tiempos, pero las antecedentes se tratarán separadas como hemos dicho. Únicamente recordaremos de paso lo que dijimos en el libro primero

que había acaecido al mismo tiempo, a fin de que la narración vaya consiguiente y cause más admiración a los lectores.

CAPÍTULO XI

Filipo atrae a Scerdilaidas al partido de los aliados.- Accesión de los acarnanios a la alianza, y elogio de este pueblo.- Hipocresía de los epirotas.- Error de los messenios al no entrar en la liga.- Aviso para éstos.

Durante su permanencia en el cuartel de invierno en Macedonia, Filippo alistaba con diligencia tropas para la guerra que esperaba, y aseguraba sus Estados contra los insultos de los bárbaros. Se entrevistó después con Scerdilaidas, y tuvo la temeridad de ponerse en sus manos para proponerle su amistad y alianza. Fácilmente le hizo asentir a sus súplicas, ya por la ayuda que le prometió para arreglar los negocios de la Iliria, ya por las acusaciones que hizo contra los etolios, materia que abría ancho campo a su discurso. Los agravios cometidos de persona a persona no se diferencian de los que se hacen de Estado a Estado, sino en que éstos son en mayor número y de mayor consecuencia. Vemos que aun las sociedades particulares que se forman de malévulos y salteadores no se disuelven ordinariamente por otra causa, sino porque no se observa mutuamente justicia y, en una palabra, porque se violan los pactos. Pues esto es exactamente lo que entonces ocurrió a los etolios. Habían convenido con Scerdilaidas en que le cederían una parte del botín si les acompañaba en la irrupción contra la Acaia. Este príncipe había aceptado y cumplido el pacto por su lado; pero saqueada la ciudad de Cineta y hecho un rico botín de esclavos y ganados, no le cupo parte alguna en el despojo. Por eso irritado con ese procedimiento, a pocas declaraciones que le hizo Filippo asintió al punto, y convino entrar en la común alianza, con tal que se le concediesen veinte talentos cada año y navegar con treinta bergantines para hacer la guerra por mar a los etolios.

Al mismo tiempo que Filippo se ocupaba en estas cosas, los diputados que se enviaron a los aliados llegaron primero a la Acarnania, donde tuvieron una conferencia. Los acarnanios ratificaron el decreto con ingenuidad, y desde su país llevaron la guerra a los etolios, no obstante de que a ningún otro pueblo le estaba más bien condescender, pretextar dilaciones y temer una guerra con sus vecinos. Efectivamente, los acarnanios eran limítrofes de los etolios; además, su país fácil de conquistar, y lo principal, la enemistad que poco antes habían tenido con esta nación, les había hecho padecer los mayores infortunios. Pero, en mi concepto, los hombres de bien nunca hacen más, ni en general ni en particular, que lo que deben. Esta prenda la conservaron los acarnanios en los mayores peligros más que ningún otro pueblo de la Grecia, a pesar de que les sufragaban poco sus fuerzas. Jamás se arrepintió alguno de haberse confederado con ellos aun en las más críticas circunstancias; por el contrario, se puede contar en su fe más que en la de otro pueblo de la Grecia, porque, bien sea en particular, bien en general, son constantes y amantes de la libertad.

Los epirotas, al contrario, gentes infames y de doble trato, oída la embajada ratificaron igualmente el decreto, y decidieron hacer la guerra a los etolios cuando el rey la hiciese, pero respondieron a los legados de los etolios que les convenía vivir en paz con su República. Se envió asimismo una embajada al rey Ptolomeo rogándole no socorriese a los etolios con dinero ni pertrechos contra Filippo y sus aliados. Los messenios, por quienes se había emprendido la guerra, respondieron a los diputados que no tomarían las armas mientras no se quitase a los etolios la ciudad de Figalea, situada sobre sus fronteras y a la sazón bajo su obediencia. Oinis y Nicippo, eforos de los messenios y algunos otros que estaban por la oligarquía, hicieron prevalecer esta resolución contra la oposición del pueblo; consejo, en mi concepto, poco acertado y muy aje no de la conveniencia. Confieso que se debe temer la guerra, pero no ha de ser tanto nuestro temor que queramos sufrirlo todo para evitarla. Entonces, ¿a qué efecto defendemos con tanto tesón la igualdad, el derecho de opinar libremente y el ídolo de la libertad, si no hay cosa más amable que la paz? No elogiamos a lo tebanos por haberles hecho abrazar el temor al partido de los persas,

sustrayéndose al peligro que amenazaba a la Grecia en la guerra médica; ni alabamos a Píndaro, del mismo sentir que los tebanos, por haber dicho en sus poesías: que para conservar un ciudadano la tranquilidad pública busque la alegre luz del magnífico reposo. Este poeta creyó por el pronto haber proferido una sentencia, pero poco después se halló ser autor de una máxima la más vergonzosa y nociva. Efectivamente la paz, si la ajustan la justicia y el honor, es la prenda más dulce y provechosa; pero si la hace la ignominia e infame servidumbre, es la cosa más torpe y perjudicial.

Pero los principales de los messenios que favorecía la oligarquía, consultando en la actualidad con su particular conveniencia, se inclinaban a la paz con más empeño que era justo. Por esta causa padecían muchas veces reveses y contratiempos, aunque tal vez evitaban sobresaltos y peligros. Pero habiendo llegado a lo sumo el mal por esta conducta, colocaron a la patria frente a los mayores infortunios. En mi concepto, el motivo no es otro que el ser los messenios vecinos de los arcades y lacedemonios, los dos pueblos más poderosos del Peloponeso, o por mejor decir, de la Grecia toda. Desde su establecimiento en la Messenia, los lacedemonios los trataron siempre como a enemigos irreconciliables, y los arcades los amaron y protegieron; pero ni supieron defenderse con honor del odio de aquellos, ni cultivar la amistad de éstos. Mientras los dos pueblos se hallaban ocupados en guerras uno contra otro, o con los extraños, los messenios lo pasaban bien, vivían en paz y gozaban siempre del reposo que la situación del país les prestaba. Pero desde el instante en que los lacedemonios estaban en paz y desocupados, convertían sus armas en perjuicio de los messenios, y como éstos no se hallaban en estado de contrarrestar por sí el poder de aquellos, ni, por otra parte, se habían granjeado de antemano amigos verdaderos que los sostuviesen en todo trance, o se veían forzados a sufrir el yugo de la esclavitud y servir de bestias a los espartanos, o a abandonar la patria y andar prófugos con sus hijos y mujeres, si querían evitar la servidumbre; suerte que ya han sufrido repetidas veces y no hace mucho tiempo.

Ojalá prospere el estado en que al presente se halla el Peloponeso, para que jamás tenga necesidad del aviso que le voy a dar. Pero si por casualidad sobreviniese alguna conmoción o trastorno, sólo veo un medio para que los messenios y megalopolitanos puedan poseer su país por largo tiempo, si, ateniéndose a lo que dijo Epaminondas, prefieren en todo caso y evento vivir en una unión sincera.

En confirmación de lo que acabo de decir, regístrese la historia antigua. Entre otras muchas pruebas de reconocimiento que los messenios dieron a los megalopolitanos, consagraron en tiempo de Aristómenes una columna junto al altar de Júpiter Licio, en la que, según Calístenes, estaba escrito este epigrama: El tiempo halla siempre castigo para el rey injusto. Messena, con la ayuda de Jove, fácilmente encontrar pudo su traidor. No es posible que se oculte a la deidad el hombre que perjura, salve, Júpiter rey, la Arcadia salva. En mi concepto, los messenios ruegan a los dioses en esta inscripción por la salud de la Arcadia, porque, privados de su propia patria, consideraban a ésta por su segunda. Y con razón, pues, arrojados de su país en la guerra de Aristómenes, no sólo los recibieron a su mesa los arcades y los hicieron sus ciudadanos, sino que resolvieron dar en matrimonio sus hijas a los jóvenes messenios de edad competente. Aparte de esto, se informaron de la traición que el rey Aristócrates cometió en la batalla llamada del Tafro, le quitaron la vida y acabaron con su linaje.

Pero, sin recurrir a tiempos tan remotos, lo que acaba de ocurrir después de la reunión de Megalópolis y Messena, prueba bastante lo que hemos dicho. En tiempo de la batalla que los griegos dieron en Mantinea, donde quedó dudosa la victoria por la muerte de Epaminondas, aunque los lacedemonios se opusieron a que fuesen comprendidos en el tratado los messenios por tener aún esperanzas de apoderarse de su ciudad, los megalopolitanos y todos los aliados de los arcades insistieron tanto en lo contrario, que al fin los messenios fueron admitidos y comprendidos en los juramentos y convenciones, y solos los lacedemonios en toda la Grecia fueron excluidos. A la vista de esto, ¿dudará la posteridad, si lo considera, que tengo razón en el consejo que acabo de dar? Todo esto se ha dicho por los arcades y messenios para que, trayendo a la memoria fatalidades que han sufrido sus patrias por causa de los lacedemonios, vivan siempre en buena correspondencia y fe

sincera, y para que ni el temor de la guerra ni el deseo de la paz los separen de la unión en las circunstancias más desesperadas.

CAPÍTULO XII

Debates de los lacedemonios sobre el partido que habían de abrazar.- Superioridad por el de Filipo.- Sedición en Esparta y alianza que hace esta ciudad con los etolios.- Nuevos reyes.- Sus primeras expediciones.

En este asunto los lacedemonios obraron según costumbre, y, lo que era consiguiente a su conducta, despacharon los diputados de los aliados sin respuesta; tan ofuscados los tenía la sinrazón e iniquidad: y tan cierto como esto, es, en mi concepto, que una audacia desenfrenada acaba las más de las veces en locura, y en no ponerse nada por delante. Nombrados luego nuevos eforos, los que primero habían perturbado el estado y habían sido autores de las muertes anteriores, enviaron a pedir a los etolios un embajador. Éstos oyeron con gusto su propuesta, y les remitieron poco después a Macatas, quien al punto se presentó a los eforos; los perturbadores tuvieron por conveniente que Macatas perorase al pueblo para que se nombrasen reyes según costumbre y no se sufriese por más tiempo que el imperio de los Heráclidas estuviese abolido contra el tenor de las leyes. A los eforos disgustaban estas pretensiones, pero no pudiendo reprimir el ímpetu, y temiéndose alguna facción de parte de la juventud, respondieron que, cuanto a los reyes, se deliberaría después, y por ahora, se concedía licencia a Macatas para la asamblea. Reunido el pueblo, se presentó Macatas, y para persuadirle a abrazar el partido de los etolios, acusó en un largo razonamiento a los macedonios con temeridad e insolencia, y elogió a su nación con impostura y engaño. Apenas se retiró, hubo muchas controversias sobre el asunto. Unos estaban por los etolios, y persuadían al pueblo a confederarse con ellos; otros opinaban al contrario. Pero finalmente algunos ancianos, recordando al pueblo por una parte los beneficios recibidos de Antígono y de los macedonios, por otra los perjuicios de Caríjenes y Timeo, cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo etolio, arrasaron su país, redujeron a servidumbre los habitantes del contorno, e intentaron tomar por trato y con violencia a Esparta sirviéndose de los desterrados; consiguieron que la multitud mudase de parecer y permaneciese al fin en la alianza de Filipo y de los macedonios, con lo cual Macatas tuvo que regresar a su país sin haber efectuado nada.

Los primeros autores del alboroto, no pudiendo conformarse en modo alguno con el estado presente, corrompieron algunos jóvenes y emprendieron ejecutar la acción más impía. Había la costumbre de que, en cierto sacrificio que se hacía a Minerva, fuesen armados los jóvenes de edad competente, acompañando la víctima al templo Calcioico, y que los eforos, durante el sacrificio, estuviesen en torno al templo. En esta ocasión, algunos jóvenes de los que habían ido armados en la comitiva, dieron de improviso sobre los eforos durante el sacrificio, y los degollaron. Y el templo que hasta entonces había servido de asilo a los que en él se refugiaban aunque fuesen reos de muerte, en aquella ocasión vino a tal desprecio por la impiedad de los agresores que alrededor del mismo altar y de la misma mesa de la diosa se vio correr la sangre de los eforos. Después, para complemento de sus propósitos, quitaron la vida a Giridas y a otros ancianos, desterraron a los del partido opuesto a los etolios, crearon entre ellos otros eforos y concertaron la alianza con este pueblo. Impelióles a este despropósito el odio contra los aqueos, la ingratitud con los macedonios y, en una palabra, la consideración que gastaban para con todos. No menos fue causa de este atentado el amor que profesaban Cleomenes, de quien esperaban y aguardaban escaparía pronto y tornaría a su patria. Tan cierto como esto es que los que saben insinuar diestramente en los ánimos de los hombres con quienes tratan, no sólo estando presentes, sino muy distantes, dejan un incentivo poderosísimo de inclinación hacia sus personas. Ya hacía casi tres años de la huida de Cleomenes (220 años antes de J. C.), que los que a la sazón gobernaban la república, sin meterme con otros, ni siquiera habían pensado crear reyes en Esparta; pero lo mismo fue saberse que este príncipe había

muerto, que al punto pasó a nombrar reyes el pueblo y el consejo de los eforos. Aquellos eforos que apoyaban el partido de los amotinados (esto es, de los que habían hecho la alianza con los etolios, de que poco hicimos mención) eligieron uno con las solemnidades y ritos acostumbrados. Éste era Agesípolis, joven a la verdad de pocos años, pero hijo de Agesípolis, y nieto de Cleombroto, quien había entrado a reinar después que Leonides fue arrojado del trono, por tener un inmediato parentesco con esta familia. Diéronle por tutor a Cleomenes, hijo de Cleombroto y hermano Agesípolis. De la otra familia real, aunque Arquidamo, hijo de Eudamidas, tenía dos niños de la hija Hippomedonte; y aunque este Hippomedonte, hijo de Agesilao y nieto de Eudamidas, vivía aún, así como otros muchos descendientes de esta casa, que si no tan inmediatos como los antecedentes, por lo menos tenían parentesco; todos fueron postergados, y nombraron rey a Licurgo, honor que jamás habían logrado sus ascendientes. No le costó para hacerse descendiente de Hércules y rey de Esparta, sino dar un talento a cada eforo: tan fáciles de comprar son a veces las mayores dignidades. Y así no fueron los hijos de los hijos, sino los mismos que le nombraron rey, los que primero sufrieron el castigo de su locura.

Macatas, informado de lo que había ocurrido en Lacedemonia, volvió otra vez a Esparta, para persuadir a los eforos y a los reyes a declarar la guerra a los aqueos. Éste es el único medio, dijo, de que cese la pertinacia de los lacedemonios, que impiden de todos modos la alianza con los etolios, y la de los etolios que hacen los mismos esfuerzos. Convencidos los eforos y los reyes, Macatas se volvió a su patria, después de conseguido su intento, por la necesidad de aquellos con quien trataba. Licurgo, tomando tropas y algunos de la ciudad, atacó las fronteras de los argivos, cuando éstos se hallaban del todo desprevenidos por la tranquilidad de que gozaban. Sorprendió a Polichna, Prasias, Leucas y Cifantes, y echándose sobre Glimpes y Zarace, las sustrajo del dominio de los argivos. Después de esta expedición, los lacedemonios publicaron a voz de pregonero el saqueo contra los aqueos. Macatas indujo también a los elios, con las mismas razones que había expuesto a los lacedemonios, a declarar la guerra contra este pueblo. Finalmente, los etolios, componiéndoseles las cosas admirablemente y a medida del deseo, emprendieron la guerra con brío. Todo lo contrario sucedía a los aqueos. Filipo, en quien fundaban sus esperanzas, estaba aún ocupado en los preparativos; los epirotas se disponían para pelear; los messenios se estaban quietos, y entretanto los etolios, apoyados de la necesidad de los elios y lacedemonios, los invadían por todos lados. Por este tiempo (220 años antes de J. C.) había expirado ya la pretura de Arato, y su hijo Arato, nombrado sucesor por los aqueos, había tomado las riendas del gobierno. Scopas mandaba a los etolios, pero llevaba ya mediado el tiempo de su pretura. Porque los etolios celebran las elecciones al punto que pasa el equinoccio del otoño, y los aqueos las suyas al empezar la primavera. Ya comenzaba el estío, y Arato el joven obtenía el mando, cuando resonó la guerra por todos lados. Aníbal se disponía para sitiar a Sagunto; los romanos habían despachado a L. Emilio con ejército a la Iliria contra Demetrio de Faros, como hemos dicho en el libro anterior; Antíoco meditaba apoderarse de la Cæle-Siria con la ayuda de Theodoto, que le entregaba a Ptolemaida y a Tiro; Ptolomeo hacía preparativos contra Antíoco; Licurgo, que quería arrogarse la misma autoridad que Cleomenes, había acampado frente al Ateneo de los megalopolitanos, para ponerle sitio; los aqueos alistaban tropas extranjeras de caballería e infantería, para la guerra que les amenazaba; y finalmente, Filipo se desplazaba de Macedonia, con una falange de diez mil macedonios, cinco mil rodeleros y ochocientos caballos. Tales eran las disposiciones y preparativos que hacían estas potencias, y por este mismo tiempo fue cuando los rodios declararon la guerra a los bizantinos por los motivos siguientes.

CAPÍTULO XIII

Descripción de Bizancio, del Ponto y de la laguna Meotis.

Por la parte del mar, Bizancio logra la situación más feliz para la seguridad y conveniencia de

cuantas tiene nuestro hemisferio; pero la por parte de tierra es la más desprovista de estas dos ventajas. Por el lado del mar, domina de tal modo la boca del Ponto, que ni entrar ni salir puede nave alguna de comercio sin su licencia; y como este país abunda en infinitas cosas cómodas a la vida de los mortales, de todas ellas son dueños los bizantinos. Para las necesidades indispensables de la vida, nos suministra el Ponto pieles y un prodigioso número de esclavos, los más excelentes sin disputa; y para las comodidades, nos provee abundantemente de miel, cera y carne salada. Recibe en cambio de nuestros sobrantes el aceite y todo género de vinos; en cuanto a granos, estamos en igual balanza, unas veces proveemos y otras somos proveídos según la necesidad. Era necesario que los griegos, o careciesen absolutamente de estas cosas, o hiciesen un comercio del todo infructuoso, si los bizantinos les quisiesen mal, y se asociasen, bien con los gálatas, o más bien con los traces, o abandonasen del todo aquellos países. La estrechez del mar, y los muchos bárbaros que habitan aquellas costas, nos harían intransitable el Ponto sin discusión. Sean en hora buena los bizantinos los que disfruten principalmente las comodidades de la vida que les ofrece la situación del país, pues que les da facilidad para extraer lo superfluo e introducir lo necesario con ventaja, sin ningún trabajo ni peligro; pero también nos alcanzan, como hemos dicho, muchas utilidades a los demás hombres por su ocupación. Por lo cual, siendo como unos bienhechores comunes, con razón son acreedores, no sólo al reconocimiento, sino a que toda la Grecia los auxilie contra las irrupciones de los bárbaros.

Pero puesto que los más ignoran la excelente y bella situación de esta ciudad, por caer un poco más lejos de aquellas partes del mundo a donde solemos viajar; y supuesto que deseamos que todos se instruyan y examinen con su vista, principalmente aquellos países recomendables por alguna singularidad y rareza; y cuando esto no sea posible, tomen a lo menos las nociones e ideas más verosímiles, será del caso exponer de dónde provenga y cuál sea la causa de tanta y tan grande abundancia como goza esta ciudad.

Lo que se llama el Ponto comprende una extensión de cerca de veintidós mil estadios. Tiene dos bocas diametralmente, opuestas; la una de parte de la Propóntide, y la otra de parte de la laguna Meotis, la cual tiene por sí sola ocho mil estadios de circunferencia. Como en estos depósitos vienen a desembocar muchos grandes ríos de Asia, y muchos más caudalosos y en mayor número de Europa, sucede que una vez llena la laguna Meotis, desagua en el Ponto por una de las bocas, e igualmente el Ponto en la Propóntide. La boca de la laguna Meotis se llama el Bosporo Cimmerico, cuya latitud es poco más o menos de treinta estadios y su longitud de sesenta. Toda ella es vadeable. La boca del Ponto se llama el Bosporo Tracio. Tiene ciento veinte estadios de longitud, pero su latitud no es igual por todas partes. Comienza para los que vienen de la Propóntide en el espacio que media entre Calcedonia y Bizancio, y es de catorce estadios. Por la parte del Ponto se llama Hierón, lugar donde dicen sacrificó Jasón por primera vez a los doce dioses cuando volvía de Colcos. Este lugar está situado en Asia, dista de Europa doce estadios, y tiene frente por frente el templo de Serapis en la Tracia. Dos son las causas por que está saliendo agua de continuo fuera de la laguna Meotis y del Ponto. La primera, y notoria a todos por sí misma, es porque entrando muchos ríos en una circunferencia de límites prescritos, siempre el agua ha de ir más y más en aumento; y si ésta no tiene desagüe, es forzoso que rebose y ocupe siempre un espacio mayor y más dilatado que la madre natural; pero si tiene derrames, es preciso que todo aquel exceso y aumento que le sobreviene salga y corra de continuo por las bocas. La segunda es porque los ríos con las grandes lluvias llevan consigo todo género de broza a estas concavidades, y empujando al agua el cúmulo de cieno, la hace rebosar y salir por la misma razón por sus derrames; y como la broza que traen los ríos y la corriente de las aguas es sin cesar y continua, es forzoso asimismo que el desagüe por las bocas sea sin intermisión y perpetuo. Tales son las verdaderas causas porque salen fuera las aguas del Ponto; causas que no están fundadas en la relación de los comerciantes, sino en la contemplación de la naturaleza, que es la prueba más exacta.

Pero pues hemos llegado a este punto, no dejaremos cosa por tocar, aun de aquellas cuyo conocimiento depende la misma naturaleza, escollo en que han solido tropezar los más de los

historiadores. Antes bien nos valdremos en nuestra narración de demostraciones, para no dejar género de duda a los amantes de estas curiosidades. Esta indagación constituye el carácter del presente siglo, en el que habiéndose hecho todo el orbe navegable o transitable, sería vergonzoso que, para lo que se ignora, echásemos mano de testimonios poéticos y fabulosos, defecto en que incurrieron nuestros predecesores en las más de las cosas, trayéndonos, según Heráclito, pruebas increíbles sobre asuntos contextables. Por el contrario, procuraremos que la misma historia sirva de testimonio suficiente a los lectores.

Decimos, pues, que la laguna Meotis y el Ponto, tanto antiguamente como al presente, se tupen, y con el tiempo se vendrán a cegar del todo, si subsiste la misma disposición en aquellos lugares y las mismas causas que motivan la bascosidad de continuo. Porque siendo la sucesión del tiempo infinita, y estas madres limitadas del todo, no hay duda que, aunque sea poca la horrra que entre, al fin vendrán a llenarse. Es una ley de naturaleza que todo lo que tiene límites prescritos, si crece o mengua de continuo, aunque sea muy poco, como suponemos por ahora, durante un espacio de tiempo infinito ha de llegar a su total complemento o aniquilación sin remedio. Ahora, pues, siendo no corta sino infinita la broza que entra, bien se deja ver que prontamente tendrá efecto lo que hemos dicho. Esto lo demuestra ya la experiencia. La laguna Meotis se halla ya cegada, pues por las más de sus partes tiene sólo cinco o siete varas de profundidad, de suerte que los navíos grandes no pueden navegar sin peritos. Y aunque los antiguos contextan en que en otro tiempo este mar se comunicaba con el Ponto, al presente no es sino un lago de agua dulce, por haber la broza y el influjo de los ríos vencido y expelido las aguas del mar. Lo mismo ocurrirá con el Ponto, y al presente ya se nota. Pero esto no lo advierte el vulgo por la extensión de la madre; bien que los que reflexionan un poco no ponen en duda en el efecto. Pues desembocando desde Europa el Istro por muchas bocas en el Ponto, ha formado al frente un banco de casi mil estadios, distante de tierra un día de camino. Este cúmulo de arena crece diariamente con el cieno que arrojan las bocas de los ríos, contra el cual suelen varar de noche los navegantes, estando en alta mar y cuando menos lo piensan. A estos bancos llaman los marinos #####.

La razón porque esta broza no se amontona cerca de tierra, sino que es impulsada lejos, es porque mientras la violencia e impetuosidad de los ríos prevalece y rechaza las aguas del mar, el cieno y todo cuanto viene envuelto en sus corrientes por precisión ha de ser llevado por delante sin dejarlo tomar asiento ni detenerse. Pero cuando las corrientes han perdido su fuerza por la profundidad e inmensidad del mar, entonces, por una razón natural, la broza se va al fondo y se asienta y remansa. De aquí proviene que los ríos rápidos y caudalosos forman los bancos a lo lejos, aunque el mar sea profundo junto a la costa, y los riachuelos que corren lentamente amontonan la bascosidad cerca de las mismas embocaduras. Esto se ve palpablemente, sobre todo en las grandes lluvias. Entonces, aun los riachuelos más insignificantes, venciendo las olas del mar a la entrada, impulsan el cieno a tanta mayor distancia cuanta es a proporción la violencia de cada uno cuando desemboca. No debe causar admiración lo que hemos dicho del gran banco de arena que forma el Istro, ni de la cantidad de piedras, madera y tierra que consigo arrastran los ríos. Sería una necedad no creerlo, cuando estamos viendo que los riachuelos más insignificantes rompen a veces y se abren paso en poco tiempo por montañas las más elevadas, arrastran consigo todo género de broza, tierra y madera, y forman tales bancos, que en ocasiones desfiguran el lugar, y pasado algún tiempo no se conoce si es el mismo.

A la vista de esto no se debe extrañar que ríos tan caudalosos, corriendo de continuo, obren el efecto que hemos dicho y finalmente vengan a cegar el Ponto. Esto, si se considera atentamente, no tan sólo es verosímil, sino preciso que suceda. Prueba de que llegará a ocurrir es que en cuanto el agua de la laguna Meotis es más dulce que la del Ponto, otro tanto es el exceso que visiblemente se advierte de ésta a la de nuestro mar. De donde se infiere que cuando llegue a pasar a proporción un espacio de tiempo, como el en que se llenó la laguna Meotis, atendida la desigualdad de madre a madre; entonces el Ponto vendrá a hacerse pantanoso, dulce y estancado, lo mismo que la laguna; y esto se verificará tanto antes, cuanto los ríos que desembocan en el Ponto son más caudalosos y en

mayor número.

Hemos hecho estas reflexiones contra los que no pueden convencerse de que el Ponto se ciega al presente, y con el tiempo se tupirá de tal modo que no vendrá a ser sino un lago y un lodazal; asimismo contra los embustes y patrañas que nos cuentan los navegantes, para que la ignorancia no nos haga estar como niños con la boca abierta a todo lo que se dice; antes bien, teniendo algunas nociones de la verdad, podamos por nosotros mismos discernir lo cierto o falso de lo que se nos cuenta. Pero ahora volvamos a continuar la bella situación de Bizancio.

CAPÍTULO XIV

Prestigio marítimo de Bizancio.- Utilidad para el tráfico mercante.- Ventajas sobre Calcedonia.

Acabamos de decir que el estrecho que une el Ponto con la Propóntide tiene ciento veinte estadios de longitud, y que por el lado del Ponto termina en cabo Hierón, y por el de la Propóntide en Bizancio. En medio de estos extremos se eleva en el mar, sobre un promontorio perteneciente a la Europa, el templo de Mercurio, distante de Asia cinco estadios. Éste es el lugar más angosto de todo el estrecho, y en el que dicen que Darío tendió un puente cuando iba contra los escitas. Por el otro lado del Ponto, como las costas de una y otra parte del estrecho son iguales, es también igual el curso de las aguas; pero cuando el flujo que viene del Ponto, coartado por el promontorio, llega con violencia al templo de Mercurio, donde hemos dicho que se halla la mayor estrechez, entonces, rechazado, vuelve y se estrella contra las costas opuestas de Asia, desde donde retrocede como por una repercusión hacia aquellos promontorios de la Europa llamados Estias. Desde allí vuelve a arrojarse con ímpetu contra el promontorio llamado Buey en el Asia, donde cuentan que se detuvo lo la primera vez, después de pasado el estrecho. Finalmente, desde aquí corren con ímpetu las aguas hasta la misma Bizancio, donde separadas en dos partes, la menor forma el golfo llamado Cuerno, y la mayor vuelve a retroceder; pero aminorada ya su violencia, no puede llegar a la costa opuesta, donde está Calcedonia. Porque como es impelida y rechazada tantas veces, y halla por otra parte espacio para extenderse; debilitada la corriente en este lugar, ya no hace prontas repercusiones hacia la costa opuesta en ángulos rectos, sino en obtusos; por lo cual, dejando a Calcedonia, pasa adelante. He aquí lo que acarrea tantas ventajas a Bizancio y tantas inconveniencias a Calcedonia; y aunque a la vista parezca igualmente bella la situación de una y otra, no obstante a ésta no es fácil abordar, aun que se quiera, y a aquella te llevará la corriente por necesidad, aunque no quieras. Prueba de esto es que lo que quieren atravesar desde Calcedonia a Bizancio no pueden navegar en línea recta por las corrientes que hay de por medio, sino que tienen que virar hacia el Buey y Chrisópolis, ciudad de que apoderados los atenienses en otro tiempo por consejo de Alcibiades, fueron los primeros en exigir un tributo de los que navegaban al Ponto; y de allí adelante abandonados al declive de las aguas, la misma corriente los lleva por necesidad hasta Bizancio. Lo mismo ocurre a los que navegan de parte allá o acá de esta ciudad, porque bien sople un austro desde el Helesponto, bien corra un norte desde el Ponto al Helesponto, la navegación desde Bizancio tomando la costa de la Europa, es recta y fácil hasta el estrecho de la Propóntide, donde se hallan Abides y Sexto, y desde aquí a allá del mismo modo. Todo lo contrario ocurre a los que salen de Calcedonia, por que a más de que la costa está llena de ensenadas, el país de los Cizicenos avanza demasiado dentro del mar. Para venir desde el Telesponto a Calcedonia se tiene que tomar la costa de Europa; pero cuando ya se ha llegado a las proximidades de Bizancio, la corriente y los obstáculos dichos dificultan virar y tomar el rumbo hacia Calcedonia. Del mismo modo, saliendo de esta ciudad, es imposible dirigirse en línea recta hacia la Tracia; ya por las corrientes que hay de por medio, ya también por los vientos que impiden una y otra navegación. Pues el norte nos impele hacia el Ponto, el norte nos separa, y para uno y otro recorrido es forzoso servirnos de estos vientos. Éstas son las ventajas que disfrutaban los bizantinos por el lado del mar; ahora se van a exponer los inconvenientes que tienen por tierra.

El rodear la Tracia al país de Bizancio de mar a mar, hace que los bizantinos estén en una guerra continua y ruinoso con este pueblo. Por más que bien pertrechados venzan tal vez a los traces, nunca pueden evitar para el futuro la guerra, por la multitud de bárbaros y potentados. Si sojuzgan tal vez algún pueblo, en vez de uno se levantan tres más poderosos. En vano se convienen y arreglan impuestos y tratados, pues la condescendencia con uno les suscita otros muchos enemigos por el mismo caso; motivo por el cual se hallan siempre en una perpetua y pernicioso guerra. Y, a la verdad, ¿qué cosa más peligrosa que un mal vecino? ¿Qué mal más cruel que la guerra con un pueblo bárbaro? A más de estas calamidades con que luchan de continuo por tierra, sin hablar de otras que trae consigo la guerra, sufren un castigo semejante al que los poetas cuentan de Tántalo. Dueños del país más fértil, cuando ya le tienen cultivado y esperan la abundante cosecha de sus sazonados frutos, vienen los bárbaros, talan una parte, se llevan otra, y los bizantinos, a más de perdidos los trabajos y gastos, quedan con el dolor de ver la asolación de sus excelentes frutos y maldicen su fortuna. A pesar de la continua guerra con los traces, mantuvieron siempre su antigua amistad con los griegos, hasta que atacándoles los galos bajo la conducta de Comontorio, llegó al colmo su desgracia.

Estos galos eran de los que habían salido de su patria con Brenno, se salvaron de la derrota de Delfos, y llegados al Helesponto no habían querido pasar al Asia. Habían sentado el real en Bizancio, embelesados de la bondad del país. Sojuzgaron después la Tracia, y sentada su corte en Tila, pusieron a los bizantinos en el mayor aprieto. En las primeras invasiones que hicieron en tiempo de Comontorio, su primer rey, los bizantinos tuvieron que darles, ya tres mil, ya cinco mil, y tal vez hasta diez mil piezas de oro por redimir su país de la tala. Por último fueron forzados a conceder un tributo de ochenta talentos por año, que pagaron hasta el tiempo de Cavaró, en que se disolvió la monarquía, porque cambiándose la suerte, los traces, más poderosos que los galos, acabaron del todo con esta nación.

CAPÍTULO XV

Causas de la guerra de los bizantinos y Aqueo contra los rodios y Prusias.- Aqueo toma bajo su protección a los bizantinos.- Dilatados estados de este príncipe.- Prusias abraza el partido de los rodios.- Infaustos hechos para los bizantinos.- Final de la guerra.

Para entonces (220 años antes de J. C.), los bizantinos, agobiados de impuestos, enviaron primero legados a los griegos, rogando les socorriesen y aliviasen su infeliz estado. Despreciada casi por todos su demanda, la necesidad los forzó a imponer un tributo sobre los que navegaban al Ponto. Todo el mundo se resintió del gran perjuicio e inconveniencia que causaba el tributo que los bizantinos exigían de las mercaderías del Ponto; pero sobre todo se culpaba a los rodios, por ser ellos a la sazón los más poderosos en el mar. De este disgusto se originó la guerra que vamos a exponer. Porque los rodios, estimulados, ya de sus propios perjuicios, ya de los atrasos ajenos, asociados con los aliados, despacharon primero diputados a los bizantinos para que se sirviesen levantarles el impuesto. Pero viendo que había sido despreciada del todo su embajada, y que Ecatontodoro y Olimpodoro, gobernadores entonces de Bizancio, se hallaban persuadidos de que tenían justos motivos para obtener de ellos este resarcimiento, los embajadores rodios se retiraron sin haber efectuado nada, y vueltos a su patria declararon la guerra a los bizantinos. Al punto despacharon legados a Prusias para empeñarle en esta guerra. Conocían que este príncipe tenía varios motivos de resentimiento con los bizantinos. Éstos pusieron en práctica igual diligencia y despacharon una embajada a Atalo y a Aqueo para implorar su socorro. Atalo estaba pronto; pero encerrado a la sazón dentro de los estados de su padre, era muy débil el contrapeso que podía hacer para la victoria. Aqueo, que dominaba todo el país de parte acá del monte Tauro, y acababa de tomar el título de rey, les ofreció su amparo; y en el hecho de haber abrazado este partido, infundió mucho aliento a los bizantinos, así como, por el contrario, gran terror a los rodios y Prusias. Era Aqueo

pariente de aquel Antíoco que había sucedido en el reino de Siria, y he aquí por qué dominaba tan dilatados estados.

Después que Seleuco, padre del mencionado Antíoco, falleció, y sucedió en el reino Seleuco el mayor de sus hijos, Aqueo, asociado con éste por mediación del parentesco, pasó de parte allá del monte Tauro, como dos años antes del tiempo en que vamos. Tan pronto entró a reinar Seleuco el joven, informado de que Atalo tenía ya sojuzgado todo el país de parte acá del monte Tauro, resolvió poner remedio en sus cosas; pero, atravesado el monte con un poderoso ejército, perdió la vida en una emboscada que le tendieron Apaturio el Galo y Nicanor. Aqueo vengó al punto la muerte de su pariente matando a Nicanor y Apaturio, y manejó con tanta prudencia y magnanimidad las tropas y demás asuntos, que aunque la ocasión que se le presentaba y los deseos de las tropas contribuían a ceñirse la diadema, rehusó aceptarla, y reservando el reino para Antíoco, el más joven de los hijos de Seleuco, tomó la guerra con empeño y recobró todo lo perdido. Pero luego que por una dicha inesperada tuvo a Atalo encerrado en Pérgamo y bajo su poder los demás estados, ensoberbecido con tan prósperos sucesos, al punto dio al traste con su probidad. Se ciñó la diadema, se hizo proclamar rey, y vino a ser el más poderoso y temible de todos los reyes y potentados de esta parte del Tauro. En este príncipe pusieron los bizantinos sus principales esperanzas cuando iniciaron la guerra contra los rodios y Prusias.

Ya de tiempos atrás se hallaba este rey resentido de los bizantinos, porque habiéndole decretado ciertas estatuas, lejos de habérselas consagrado, lo habían echado en olvido y escarnio. Estaba también ofendido de que hubiesen puesto tanto empeño en aplacar el odio y la guerra entre Aqueo y Atalo, amistad que, en su concepto, era perjudicial a sus intereses por muchos motivos. Agriaba su dolor ver que los bizantinos, en los juegos consagrados a Minerva, habían enviado ciudadanos que acompañasen a Atalo en los sacrificios y que a él, cuando celebraba los votos Soterios, no le habían enviado ninguno. Como todos estos agravios tenían reconcentrada la cólera en su corazón, abrazó con gusto la propuesta de los rodios, y convino con los embajadores en que atacasen ellos a los bizantinos por mar, que él prometía hacer otro tanto por tierra. Tales son las causas y principios de la guerra de los rodios contra los bizantinos.

Estos al principio tomaron con ardor las armas, persuadidos de que Aqueo vendría a su socorro. Habían llamado de la Macedonia a Tibites para contener el miedo y sobresalto en que Prusias los había puesto. Este príncipe, llevado del impulso que hemos dicho, les había atacado y quitado a Hierón, plaza sobre la boca del estrecho, que los bizantinos por su bella situación habían comprado poco antes a mucha costa, para quitar toda sombra de temor a los comerciantes que navegaban al Ponto, a sus siervos y al tráfico que hacían por mar. Les había ganado también en Asia aquella parte de la Misia que los bizantinos poseían desde hacía mucho tiempo. Los rodios, por su parte, con seis buques que equiparon y otros cuatro que se les unieron de los aliados, compuesta una escuadra de diez navíos al mando de Jenofontes, marcharon al Helesponto. Toda esta flota quedó al ancla en torno a Sesto para interceptar la navegación del Ponto, menos un navío en que marchó el comandante a tentar a los bizantinos, por si atemorizados los hacía arrepentirse de su propósito. Pero viendo que éstos hacían poco aprecio, se retiró, e incorporado con el resto de sus buques tornó a Rodas con toda la escuadra. Entretanto, los bizantinos despacharon dos embajadas, una para implorar el socorro de Aqueo, y otra para traer de la Macedonia a Tibites. Tenían el concepto de que este príncipe tenía igual derecho al reino de Bithinia que Prusias, de quien era tío. Pero los rodios, viendo la constancia de los bizantinos, acudieron a la astucia para conseguir sus propósitos.

Habían advertido que la tolerancia de los bizantinos en esta guerra se fundaba en las esperanzas que se prometían de Aqueo, y viendo que este príncipe hacía los mayores esfuerzos por libertar a Andrómaco su padre, preso en Alejandría, enviaron a pedir a Ptolomeo se les entregase. Ya habían dado antes este paso, pero de ceremonia. Ahora insistían de veras sobre el asunto, seguros que después de un servicio semejante tendrían obligado a Aqueo para todo cuanto pidiesen. Los embajadores no hallaron a Ptolomeo en disposición de entregar a Andrómaco, ya que de su detención esperaba sacar ventajas con el tiempo. Tenía este rey a la sazón algunas diferencias

pendientes con Antíoco; y Aqueo, que acababa de subir al trono, podía influir bastante en ciertos asuntos. Porque Andrómaco, a más de ser padre de Aqueo, era hermano de Laodicea, esposa de Seleuco. Esto no obstante, Ptolomeo se rindió con plena voluntad a los rodios, y queriendo favorecerles en todo les cedió y entregó a Andrómaco para que le restituyesen a su hijo. Efectivamente, ellos lo ejecutaron al momento y dispensaron a más algunos honores a Aqueo, con lo que privaron a los bizantinos del mayor apoyo. Sucedióles por entonces otra cosa poco ventajosa. Tibites falleció viniendo de Macedonia. Este accidente, al paso que desbarató sus proyectos y abatió su espíritu, inspiró aliento a Prusias, pues mientras que él hacía la guerra por el lado de Asia y promovía con ardor sus intereses, los truces que había tomado a sueldo no permitían por el lado de la Europa que los bizantinos pusiesen el pie fuera de sus puertas; de forma que, desvanecidas sus esperanzas y trabajados por todas partes, no andaban buscando más que una honesta salida de esta guerra.

Entretanto, el rey Cavarro llegó a Bizancio, y deseoso de que se terminase la guerra, interpuso su mediación con tanto empeño, que finalmente Prusias y los bizantinos cedieron a sus instancias. Los rodios, que conocieron la diligencia de Cavarro y la anuencia de Prusias, con el anhelo de llevar a cabo su propósito, diputaron a Aridices por embajador a los bizantinos; pero al mismo tiempo enviaron a Polemocles con tres trirremes para presentarles, según dicen, la paz o la guerra. Luego que llegaron éstos, se concertó la paz, siendo gran sacerdote en Bizancio Cothón, hijo de Calligitón. Por lo tocante a los rodios, los pactos contenían simplemente: Que los bizantinos no exigirían tributo alguno de los que navegaban al Ponto; y mediante esto, los rodios y sus aliados vivirían en paz con ellos. Por lo perteneciente a Prusias, las condiciones eran éstas: Habrá paz y alianza entre Prusias y los bizantinos para siempre: por ningún pretexto tomarán las armas los bizantinos contra Prusias, ni Prusias contra los bizantinos; Prusias restituirá sin rescate a los bizantinos las tierras, castillos, pueblos y esclavos que ha hecho durante la guerra; a más de esto, los navíos apresados desde el principio de las hostilidades, las armas tomadas en las fortalezas, la madera, mármoles y tejas que ha quitado del lugar sagrado. Es de suponer que Prusias, temiendo la venida de Tibites, había demolido todos los castillos que le habían parecido tener alguna oportunidad para la guerra. En fin, que Prusias sería obligado a restituir a los labradores de la Misia, país de la dominación de los bizantinos, cuanto algunos bithinios les habían tomado. De este modo se inició y acabó la guerra que los rodios y Prusias tuvieron contra los bizantinos.

CAPÍTULO XVI

Bandos que se suscitaron en la isla de Creta entre cnosios y litios.- Suerte infeliz de la ciudad de Litis. Triste estado de toda la isla.- Guerra de Mitridates contra los sinopenses.- Socorro prestado por los rodios.

Para entonces (220 años antes de J. C.), los cnosios pidieron a los rodios les enviasen los navíos que había mandado Polemocles, y los tres desarmados que habían botado al agua. Hecho esto, tan pronto los navíos arribaron a Creta, los eleutherneos, sospechando que Polemocles había quitado la vida a su ciudadano Timarco por complacer a los cnosios, pidieron primero satisfacción a los rodios, y después les declararon la guerra. Poco tiempo antes los litios habían llegado a una suerte deplorable, y en una palabra, toda la isla de Creta se hallaba por entonces en igual estado. Los cnosios, unidos a los gortinios, habían sojuzgado toda la isla, a excepción de la ciudad de Litis, la única que había rehusado obedecerles. A la vista de esto decidieron atacarla, resueltos a no dejar en ella piedra sobre piedra, para aterrar con este ejemplo a los demás cretenses. Al principio toda la isla tomó las armas contra los litios; pero originada cierta emulación por un motivo insignificante, cosa muy corriente entre los cretenses, se dividieron en bandos. Los polirrenios, ceretas, lampaios, orios y arcades abandonaron de común acuerdo la amistad de los cnosios y se coligaron con los litios. Entre los gortinios, los más ancianos abrazaron el partido de los cnosios, y los más jóvenes el de los

litios. A la vista de una conmoción tan extraordinaria entre sus aliados, los cnosios trajeron en su ayuda mil etolios; con cuyo refuerzo los ancianos de Gortinia se apoderaron al momento de la ciudadela, metieron dentro a los cnosios y etolios, y arrojada una parte de la juventud y otra muerta, les entregaron la ciudad. Hacia este mismo tiempo, habiendo salido a cierta expedición los litios con todo el pueblo, los cnosios que lo supieron se apoderaron de Litis, que hallaron indefensa, enviaron los hijos y mujeres a Cnosa, prendieron fuego a la ciudad, la arruinaron, la profanaron de todos modos, y se volvieron a sus casas. Regresados de su expedición los litios, y advirtiéndolo ocurrido, se consternaron tanto sus espíritus, que no tuvieron valor para entrar en la ciudad. Acamparon en torno a sus muros, y luego de haber lamentado y llorado su infeliz suerte y la de la patria, se volvieron a la ciudad de los lampaíos. Éstos los recibieron con toda humanidad y agasajo, y pasando en un solo día de prófugos a ciudadanos y huéspedes, hicieron con sus aliados la guerra a los cnosios. Así desapareció de la forma más extraordinaria Litis, colonia y consanguínea de los lacedemonios, la más antigua ciudad de Creta, y la que sin discusión había dado siempre los mayores hombres de la isla. Los polirrenios, lampaíos y todos sus aliados, viendo que los cnosios se hallaban sostenidos por la alianza de los etolios, y que éstos eran enemigos del rey Filipo y los aqueos, despacharon una embajada a este príncipe y a los aqueos para implorar su socorro y amparo. Los aqueos y Filipo admitieron estos pueblos a la común alianza, y les enviaron un socorro de cuatrocientos ilirios al mando de Plator, doscientos aqueos y cien focenses. Este refuerzo hizo tomar un grande ascendiente al partido de los polirrenios y sus aliados. En muy poco tiempo los eleutherneos, cidonianos y aptereos encerrados dentro de sus muros, se vieron forzados a abandonar la liga de los cnosios, y abrazar los intereses de aquellos. Tras de lo cual, los polirrenios y sus aliados enviaron a Filipo y a los aqueos quinientos cretenses. Poco tiempo antes los cnosios habían remitido también mil hombres a los etolios; de suerte que unos y otros mantenían la guerra actual a costa de los cretenses. Los prófugos de Gortinia tomaron el puerto de Festia, como también se apoderaron con intrepidez del de su propia ciudad, desde cuyos puestos hacían la guerra a los de dentro. Este era el estado de la isla de Creta.

Hacia esta misma época (220 años antes de J. C.) Mitridates declaró la guerra a los sinopenses, guerra que fue como el fundamento y ocasión que condujo este pueblo a la última infelicidad. Enviaron una embajada a Rodas para que les prestase su amparo. Los rodios comisionaron tres ciudadanos, a quienes dieron ciento cuarenta mil dracmas para proveer con esta suma a los sinopenses de todo lo necesario. Los diputados compraron diez mil cántaras de vino, trescientas libras de pelo manufacturado, ciento de nervios adobados, mil armaduras, tres mil monedas de oro acuñado, cuatro catapultas y los hombres correspondientes para su manejo. Recibido este socorro, los embajadores se tornaron a Sinope, donde con el recelo de que Mitridates no les sitiase por mar y tierra, se dispusieron para prevenir este intento. Está situada Sinope al lado derecho del Ponto, yendo a Fasis. Se halla erigida sobre una península que se introduce en el mar y corta enteramente el paso a la lengua de tierra que la une con el Asia, a distancia poco más de dos estadios. El resto de la península, por el lado que mira al mar, es un terreno llano y de fácil acceso a la ciudad; pero los extremos que éste baña en redondo, son escarpados, donde con dificultad se puede abordar, y tienen muy pocos fondeaderos. Por lo cual los sinopenses, temerosos de que Mitridates no situase sus baterías por el lado del Asia y emprendiese sitiarlos por la parte opuesta, haciendo un desembarco en los puestos llanos y dominantes de la ciudad, fortificaron con empalizadas y fosos todas las vías de la península en redondo, y apostaron armas y soldados en los lugares ventajosos. Como era corta la extensión de la península, fue fácil ponerla en defensa. Tal era el estado de Sinope.

CAPÍTULO XVII

Malograda sorpresa de Egira.- Exposiciones de Euripidas contra varios pueblos de la Grecia.- Imploran éstos el socorro de Arato.- Acuerdos tomados a vista de la indolencia de este pretor.

Así el rey Filipo, partiendo de Macedonia (220 años antes de J. C.) con su ejército- en este estado dejamos la guerra social- rompió por la Tesalia y el Epiro, con ánimo de hacer por aquí una irrupción en la Etolia. Al mismo tiempo Alejandro y Dorimaco, tramada una conspiración contra Egira, habían reunido mil doscientos etolios en Oenantia, ciudad de la Etolia situada frente por frente de aquella; tenían ya prevenidos pontones para el traslado, y no aguardaban más que oportunidad para el propósito. Un desertor etolio, que había vivido mucho tiempo en Egira, habiendo advertido que las centinelas de la puerta por donde se viene a Egio, se emborrachaban y hacían la guardia con abandono, pasó a verse varias veces con Dorimaco, hombre acostumbrado a semejantes tramas, para provocarle a la empresa. Yace Egira en el Peloponeso sobre el golfo de Corinto, entre Egio y Sición; está enclavada sobre unos collados escarpados y de difícil acceso; mira su situación hacia el Parnaso y lugares vecinos de la región opuesta, y dista del mar como siete estadios. Apenas se presentó tiempo oportuno, Dorimaco se hizo a la vela y dio fondo durante la noche cerca del río que baña la ciudad. Después emprendió la marcha con Alejandro, Arquidamo, hijo de Pantaleón, y la tropa etolia que llevaba consigo, por el camino que conduce de Egio a Egira. Pero el desertor con veinte hombres los más valerosos, atravesando con más prontitud que los demás los precipicios, por la pericia que tenía en aquellos senderos, penetra en la ciudad por un acueducto, coge dormida la guardia de la puerta, la degüella en sus lechos, rompe con hachas los cerrojos, y abre las puertas a los etolios. Efectivamente entraron éstos, y poco considerados proclamaron victoria. Esto fue causa de la salvación de los egiratas y de la perdición de los etolios. Porque en la opinión de que para apoderarse de una ciudad enemiga bastaba sólo el estar dentro de sus puertas, manejaron el lance con la poca precaución que vamos a decir. Ya que se vieron reunidos en la plaza, codiciosos del botín, se desmandaron por la ciudad para asaltar las casas y robar sus alhajas. Llegado el día, aquellos de los egiratas en cuyas casas había entrado el enemigo, espantados y atemorizados con tan inesperado y extraordinario accidente, huyeron fuera de la ciudad, en la opinión de que ya el enemigo era dueño absoluto de ella; pero aquellos otros que oían el alboroto desde sus casas intactas, salieron al socorro, y se acogieron todos en la ciudadela. Al paso que se aumentaba el número de éstos y crecía su confianza, el cuerpo de etolios, por el contrario, se aminoraba y se iba llenando cada vez más de confusión. Apenas advirtió Dorimaco el peligro que amenazaba a los suyos, marchó a atacar la ciudadela, en la opinión de que su intrepidez y audacia atemorizaría y arrollaría a los que se habían reunido en su defensa. Mas los egiratas, animándose unos a otros, se defendieron y pelearon valerosamente con los etolios. Como la ciudadela se hallaba sin muros, y se luchaba de cerca y de hombre a hombre, al principio la acción se desarrolló de acuerdo a las disposiciones de los combatientes, ya que unos peleaban por su patria y familias, y otros por libertar sus vidas. Pero finalmente fueron rechazados los etolios que habían entrado en la pelea, y los egiratas, aprovechándose de esta retirada, siguieron el alcance con vigor y denuedo. De aquí provino que los más de los etolios con la consternación se atropellaron unos a otros, conforme iban huyendo, en las puertas de la ciudad. Alejandro pereció en la misma acción con las armas en la mano. Dorimaco murió en el tropel y opresión de las puertas. El resto de etolios, o fue atropellado, o huyendo por sendas extraviadas se precipitó de lo alto de las rocas. La parte que se salvó en los navíos, se hizo a la vela con deshonor, sin armas y sin esperanza de vengarse. De esta forma, los egiratas, que habían puesto en riesgo la patria por su descuido, la recobraron inesperadamente por su valor y ardimiento. Por este mismo tiempo, Euripidas, a quien los etolios habían enviado por pretor de los eleos, habiendo talado las tierras de los dimeos, farenses y triteos, y hecho un rico botín, se retiró a la Elida. Mico el Dimeo, que a la sazón era vicepretor de los aqueos, salió a la defensa con todas las tropas de estos pueblos, y siguió el alcance del enemigo, que se retiraba. Pero su demasiado ardimiento le hizo caer en una emboscada, donde perdieron la vida cuarenta de los suyos, y doscientos infantes hechos prisioneros. Ensoberbecido Euripidas con esta ventaja, pocos días después volvió a salir a campaña, y tomó junto a Araxo un castillo de los dimeos, llamado Tichos, situado ventajosamente y edificado en otro tiempo, según la fábula, por Hércules, cuando se hallaba en guerra con los eleos, para servirse de él como de plaza de armas contra este pueblo.

Después de este descalabro, los dimeos, farenses y triteos, no sintiéndose seguros una vez tomada esta fortaleza, enviaron por lo pronto un correo al pretor de los aqueos, para informarle de lo ocurrido e implorar su ayuda; y no contentos con esto despacharon después una embajada para el mismo efecto. Pero a la sazón Arato no podía alistar tropas extranjeras, por hallarse aún debiendo la república una parte de los sueldos a los mercenarios que había tomado en la guerra cleoménica; a más de que por lo general este pretor era tímido en las empresas, y en una palabra, pesado para todo lo perteneciente a la guerra; motivos porque Licurgo se apoderó del Ateneo de los megalopolitanos, y Euripidas tomó a Gorgos de Telfusia, a más de las plazas dichas. Los dimeos, farenses y triteos, sin esperanza de ser socorridos por Arato, decidieron no contribuir a los gastos públicos de los aqueos, sino levantar por sí solos tropas extranjeras, como en efecto alistaron trescientos infantes y cincuenta caballos, para poner a cubierto su provincia. En esta acción, si se mira a su interés particular, parece consultaron con ventaja; pero si se atiende al bien común, con perjuicio. Pues por ahí se constituyeron autores y cabezas de cualquier mal propósito o pretexto que se quisiese tomar para arruinar la nación. La principal culpa de esta decisión se debe imputar con razón a Arato, por la negligencia y dilaciones con que entretenía siempre a los que imploraban su socorro. Todo el que se ve en peligro, mientras conserva alguna esperanza en sus amigos o aliados, aprecia vivir fiado en ella; pero cuando se ve sin recurso, entonces la necesidad le obliga a echar mano de sus propias fuerzas. Y así, yo no culpo a estos pueblos de haber alistado por sí mismos tropas extranjeras, a la vista de la indolencia de Arato; lo que yo sí les vitupero es el haber rehusado contribuir con los impuestos a la liga. Pues era justo que velasen por su propia conveniencia, pero al mismo tiempo que conservasen a salvo los derechos a la república, si alcanzaban mejor fortuna y tenían facultades; principalmente cuando las leyes públicas les aseguraban de un indefectible reintegro, y sobre todo habían sido ellos los autores de la liga aquea.

CAPÍTULO XVIII

Un error de Filipo: desistimiento de sitiar a Ambraco.- Irrupción de Scopas en la Macedonia.- Conquistas de Filipo en Etolia.- El paso del Aqueloo.- Conquistas.

Al mismo tiempo que ocurría esto en el Peloponeso (220 años antes de J. C.), el rey Filipo, cruzando la Tesalia arribó a Epiro; donde juntando a sus macedonios, todos los epirotas, trescientos honderos que le habían llegado de la Acaia, y otros tantos cretenses que le enviaron los polirrenios, pasó adelante, y por el Epiro llegó al país de los ambraciotas. Si de repente y sin dilación hubiera penetrado y roto de improviso por en medio de la Etolia con tan poderoso ejército, el fin de la guerra era inevitable. Pero el haberse detenido a sitiar a Ambraco a ruegos de las epirotas, dio lugar a los etolios, no sólo para aguardarle a pie firme, sino para tomar sus medidas y pertrecharse para adelante. Los epirotas en esto prefirieron su interés particular al común de los aliados. Deseaban con ansia apoderarse de Ambraco, y a este fin suplicaron a Filipo pusiese sitio y tomase primero esta fortaleza; seguros de que el único medio para recobrar de los etolios la Ambracia, que tanto apetecían, era si, dueños de este castillo, llegaban a tener la ciudad en un continuo sobresalto. Ambraco es una fortaleza bien construida, guarnecida de muros y obras avanzadas. Está situada en un lugar pantanoso, que no ofrece más entrada desde el país que una angosta y hecha de tierra movediza. Domina ventajosamente todo el territorio y ciudad de los ambraciotas. Filipo, pues, a ruego de los epirotas, había acampado en torno a este castillo, y hacía los preparativos para su asedio.

En el transcurso de este tiempo; Scopas, con todo el pueblo etolio, atravesando la Tesalia, rompió por la Macedonia, corrió talando las llanuras de Pieria y obtenido un rico botín, torció su marcha hacia Dío. Penetró en esta ciudad, que habían abandonado los moradores, y arruinó sus muros, casas y academia. Prendió fuego a los pórticos del templo, profanó todos los demás dones que había, o para el adorno o para la necesidad de los que acudían a las festividades, y echó por

tierra los retratos de los reyes. A pesar de que en los primeros movimientos y ensayos de la guerra había llevado sus armas, no sólo contra los hombres, sino contra los dioses, cuando estuvo de regreso en la Etolia, lejos de ser tenido por impío, se le consideró como hombre benemérito de la república, se le honró, se llevó la atención de todos, y con su persuasiva llenó a los etolios de espíritu y de nuevas esperanzas. De forma que por ahí infirieron que, en el supuesto de que nadie osaría presentárseles delante, talarían impunemente no sólo el Peloponeso, como lo tenían por costumbre, sino también la Tesalia y la Macedonia.

Filipo, cuando escuchó lo que pasaba en Macedonia, aunque reconoció al punto que él pagaba la pena de la ignorancia y obstinación de los epirotas, no obstante continuó el sitio. Hizo levantar terraplenes y demás obras con tanta eficacia, que aterrados los de dentro, se apoderó del castillo al cabo de cuarenta días. Convino en que saliese libre la guarnición etolia, compuesta de quinientos hombres, y entregó el castillo a los epirotas, con lo que sació su codicia. Él emprendió la marcha con el ejército por Charadra, con el propósito de cruzar el golfo Ambracio por aquella parte próxima al templo de los acarnanios llamado Actio, que es la más estrecha. Este golfo viene del mar de Sicilia por entre el Epiro y la Acarnania. Su embocadura es tan angosta, que no llega a cinco estadios; pero avanzando tierra adentro, tiene cien estadios de ancho, y trescientos de largo desde el mar de Sicilia. Separa el Epiro y la Acarnania, teniendo aquel hacia el Septentrión, y ésta hacia el Mediodía. Filippo, pues, hizo pasar su ejército por este estrecho, cruzó la Acarnania, y vino a parara Foitia, ciudad de la Etolia, luego de haber aumentado su armada con dos mil infantes acarnanios, y doscientos caballos. Acampado sobre esta plaza, la dio tan vigorosos y terribles asaltos, que a los dos días la tomó por convenio, dejando salir a salvo la guarnición. La noche siguiente, llegaron al socorro quinientos etolios, en la opinión de que no estaba aún tomada. Pero Filippo, advertido de su llegada, les tiende una emboscada en ciertos puestos ventajosos, da muerte a los más y hace prisionero el resto, a excepción de muy pocos. Después, habiendo distribuido al ejército raciones de trigo para treinta días (era mucha la abundancia que había hallado en los silos de Foitia), prosiguió su camino, dirigiéndose hacia Stratica. Aquí sentó su campo en las márgenes del Aqueloo, a la distancia de diez estadios de la ciudad, desde donde talaba impunemente la campiña, sin que nadie se atreviese a hacerle resistencia.

La guerra tenía ya cansados los aqueos por este tiempo y conociendo que el rey se hallaba cerca, enviaron diputados a implorar su socorro. Estos alcanzaron a Filippo cuando estaba aún en Strato; y entre otras cosas que contenían sus instrucciones, le hicieron ver el rico botín que sacaría su ejército de esta guerra, si doblado el cabo de Río hiciese una invasión por la Elea. El rey, después de haberlos escuchado, retuvo consigo a los diputados bajo pretexto de que tenía que consultar sobre sus pretensiones; pero mientras, levantó el campo y marchó hacia Metrópolis y Conopa. Los etolios abandonaron a Metrópolis y se acogieron en la ciudadela. Filippo, prendido fuego a la ciudad, prosiguió sin detenerse hacia Conopa. Allí reunida la caballería etolia, intentó disputarle el paso del río veinte estadios más abajo de la ciudad, persuadida a que, o se lo prohibiría del todo, o a lo menos sería el pasaje a mucha costa. El rey, que penetró su propósito, ordenó que los armados de escudos entrasen primero en el río, y lo atravesasen unidos por manípulos y en forma de tortuga. Realizado esto, lo mismo fue estar del otro lado la primera cohorte, que atacarla la caballería etolia por un breve rato; pero viendo la firmeza de ésta, cubierta con sus escudos, y que la segunda y tercera iban pasando para apoyar con sus armas a la que se estaba defendiendo, sin efecto y con trabajo se retiraron y acogieron en la ciudad. De allí adelante desapareció aquel furor etolio, y quedó encerrado dentro de los muros.

Pasó finalmente el rey el Aqueloo, taló impunemente la campiña y... se acercó a Ithoria. Es este un castillo muy fortificado por la naturaleza y el arte, situado ventajosamente sobre el camino que llevaba el ejército. Apenas llegó Filippo, cuando amedrentada la guarnición, desamparó el puesto. Apoderado de él, el rey lo destruyó; y los forrajeadores recibieron asimismo orden de arrasar los demás fuertes del país. Pasado que hubo los desfiladeros, caminó poco a poco y a lento paso, dando tiempo a las tropas para saquear la campiña; y cuando el ejército estuvo provisto de todo lo

necesario, llegó a Oeniadas, desde donde pasó el campo a Peanio, que decidió tomar primero. Efectivamente, después de frecuentes ataques rindió por fuerza la ciudad, en espacio no muy grande, pues no llegaba a siete estadios; pero en magnificencia de casas, muros y torres, nada inferior a otras. Los muros de esta plaza fueron arrasados, las casas arruinadas; pero las maderas y tejas se metieron con cuidado en barcas para conducir las por el río a Oeniadas.

Los etolios al principio pensaron conservar la ciudadela, guarneciéndola de muros y demás pertrechos; pero aterrados con la llegada del rey, la abandonaron. Después de haberse apoderado de esta plaza, fue a acampar a un fuerte castillo de la Calidonia, llamado Eleo, guarnecido de muros y bien provisto de municiones, que Atalo había dado a los etolios. Dueños también los macedonios de esta fortaleza a viva fuerza, talaron toda la Calidonia y regresaron a Oeniadas. Entonces Filipo, atento a la bella situación que posee esta plaza, principalmente para pasar al Peloponeso, sin contar con otras ventajas, pensó cercarla de muros. Efectivamente, está situada sobre la orilla del mar, en el extremo de la Acarnania que confina con la Etolia, hacia el principio del golfo de Corinto. Sobre la costa opuesta está la ciudad de los dimeos en el Peloponeso, y no lejos de allí el promontorio Araxo, a cien estadios de distancia. Atento a estas proporciones el rey fortificó la ciudadela por sí sola; después, ciñendo con muros el puerto y los astilleros, emprendió unirlos con aquella, valiéndose para estas obras de los materiales que había hecho venir de Peanio.

CAPÍTULO XIX

Regreso de Filipo.- Dorimaco, pretor de los etolios tala el Epiro.- Vuelve Filipo a Corinto, derrota Euripidas en el monte Apeaurio y pasa a Psosis.- Fortaleza de esta plaza.

Ocupaban la atención de Filipo estos proyectos, cuando le llegó de Macedonia un correo con la noticia de que los dardanios, recelosos no maquinase alguna expedición contra el Peloponeso, levantaban tropas y hacían grandes aparatos, resueltos a invadir la Macedonia. Estas nuevas le pusieron en la precisión de acudir cuanto antes a su reino. Despachó los embajadores aqueos, dándoles por respuesta que, arreglados que fuesen los asuntos de Macedonia, su principal empeño sería socorrerlos en lo posible. Efectivamente, levantó el campo y regresó con diligencia por el mismo camino que había traído. Cuando estaba para atravesar el golfo Ambracio desde la Acarnania al Epiro, llegó en un solo barco Demetrio de Faros, a quien los romanos habían arrojado de la Iliria, como hemos indicado anteriormente. Filipo le recibió con humanidad, le ordenó marcharse a Corinto y desde allí fuese por la Tesalia a Macedonia. Él mientras, atravesando el Epiro, prosiguió adelante sin detenerse. Al primer aviso que tuvieron los dardanios por los desertores tracios, de que Filipo había llegado a Pela, ciudad de la Macedonia, aterrados con su llegada, deshicieron el ejército que ya estaba para entrar en este reino. El rey, informado de su arrepentimiento, licenció todos los macedonios para la recolección de frutos, y mientras, marchó a la Tesalia, para pasar en Larissa el resto del verano. Por este tiempo entró triunfante en Roma Paulo Emilio de regreso de la Iliria. Aníbal, tomada Sagunto a viva fuerza, distribuyó sus tropas en cuarteles de invierno. Los romanos, con la nueva de la toma de Sagunto, enviaron embajadores a Cartago para pedir a Aníbal, y al mismo tiempo se dispusieron para la guerra, nombrando cónsules a Publio Cornelio y Tiberio Sempronio. De esto hemos hecho ya especial mención en el libro precedente. Ahora sólo lo apuntamos, como prometimos al principio, para refrescar la memoria y advertir los hechos contemporáneos. Aquí termina el primer año de la olimpiada ciento cuarenta.

Llegado el tiempo de las elecciones, los etolios nombraron por pretor a Dorimaco. Apenas tomó éste el mando (219 años antes de J. C.), cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo, atacó la parte superior del Epiro, y taló sus campos con más furor que el que hasta entonces se había visto. No le impelía a esto tanto su propio interés, cuanto el hacer daño a los epirotas. Una vez hubo llegado al templo de Dodona, quemó sus pórticos, profanó sus ornamentos y aun destruyó el mismo templo; ya que entre estas gentes ni se conocen las leyes de la paz ni las de la guerra, sino que en

uno y otro tiempo ejecutan cuanto les dicta su capricho, sin respeto al derecho público y de gentes. Después de estos y otros parecidos atentados, tornó a su patria.

Duraba aún el invierno, y nadie esperaba que Filipo llegase por la estación, cuando este príncipe salió a campaña desde Larissa, con un ejército compuesto de tres mil hombres armados de escudos de bronce, dos mil rodeleros, trescientos cretenses y cuatrocientos caballos de su guardia. Pasó de la Tesalia a la Eubea, desde aquí a Cino, y cruzando por la Beocia y Megara, llegó a Corinto a finales de invierno. Su marcha fue tan rápida y secreta, que ni aun se sospechó en el Peloponeso. Ordenó cerrar las puertas de Corinto, apostó centinelas por los caminos, y al día siguiente haciendo venir de Sición al viejo Arato, escribió al pretor de los aqueos y a las ciudades, señalándolas día y lugar donde habían de tener las tropas sobre las armas. Dadas estas disposiciones, levantó el campo y fue a sentar sus reales en torno a Dioscurio en Fliasia. En este mismo tiempo Euripidas, acompañado de dos cohortes de eleos, de los piratas y mercenarios, todos en número de dos mil doscientos infantes y cien caballos, salió de Psófis, y sin noticia alguna de las operaciones de Filipo, marchaba por Fenice y Stimfalia, con el propósito de talar el país de los sicionios. La noche misma que acampó Filipo alrededor de Dioscurio, pasó él por delante del campamento, y hubiera entrado sin duda al amanecer en el país de los sicionis; pero felizmente unos cretenses del ejército de Filipo, que habían abandonado sus líneas y andaban buscando forraje, se encontraron con los de Euripidas. Éste, luego que supo con certeza la proximidad del enemigo, sin revelar a nadie la noticia, dio la vuelta con el ejército, y regresó por el mismo camino en que había venido. Quería y aun esperaba tomar la delantera a los macedonios, y cruzando la Stimfalia, ocupar los desfiladeros que dominan el camino. El rey, sin noticia alguna de los enemigos, levantó el campo al amanecer como tenía dispuesto, y emprendió la marcha, con ánimo de pasar por la misma ciudad de Stimfalia en dirección a Cafias, donde tenía prevenido a los aqueos se uniesen con sus armas.

Ya tocaba la vanguardia macedonia con la falda del monte Apeauo, situado a diez estadios de Stimfalia, cuando al mismo tiempo llegó a la cima la primera línea de los eleos. Euripidas, que por las noticias supo lo que ocurría, seguido de algunos caballeros evitó el peligro que le amenazaba, y se retiró a Psófis por caminos extraviados. Los demás eleos, vendidos por su jefe y atemorizados con tal accidente, hicieron alto sin saber qué hacerse, ni qué partido tomar. Sus oficiales creyeron al principio ser un cuerpo de aqueos que venía al socorro. Los armados con escudos de bronce eran los que principalmente motivaron este engaño. Creían ser megalopolitanos, por haber usado éstos de semejantes escudos en la batalla de Selasia contra Cleomenes, armamento que les había dado el rey Antígono para esta jornada. Y así, sin perder el orden, se retiraron a ciertos collados próximos, con la esperanza aún de salvarse. Pero apenas estuvo cerca la primera línea de los macedonios, comprendieron lo que realmente era el caso, y arrojando todos las armas, emprendieron la huida. Se hicieron mil doscientos prisioneros, y el resto, o perdió la vida a manos del enemigo, o en aquellos despenaderos. Sólo ciento se salvaron. Filipo envió los despojos y los prisioneros a Corinto y prosiguió adelante. Este suceso sorprendió tanto más a todos los peloponesios, cuanto que a un mismo tiempo llegaba a sus oídos la llegada del rey y la victoria. Cruzó después la Arcadia, a pesar de las muchas nieves y trabajos que sufrió en las cumbres del monte Ligiorgo, y fue a hacer noche a Cafias al tercer día. Allí dio dos días de descanso a la tropa, y recibió a Arato el joven con los aqueos que habían venido en su compañía; de forma que todo el ejército ascendía a diez mil hombres. Prosiguió su marcha por Clitoria a Psófis, e iba recogiendo armas y escalas por todas las ciudades que pasaba. Es Psófis, en la opinión de todos, una antigua población de los Arcades en la Azanida. Su situación, respecto del Peloponeso en general, se halla en el centro; pero respecto de la misma Arcadia, se halla en aquel extremo occidental que linda con las fronteras de la Acaia hacia el ocaso. Domina ventajosamente el país de los eleos, con quienes componía entonces una misma república. A los tres días de camino desde Cafias llegó Filipo a esta ciudad, sentó su campo en unos elevados collados que existían al frente, desde donde registraba sin peligro la plaza y sus contornos. El rey dudó qué partido tomar a la vista de la fortaleza del lugar. Por la parte occidental corre con

precipitación un impetuoso torrente, que desprendiéndose desde lo alto forma en poco tiempo una madre muy extensa, invadeable en la mayor parte del invierno, y que por todo aquel lado hace inconquistable y de difícil acceso la ciudad. Por la parte oriental corre el Erimantes, grande y caudaloso río de quien se cuentan muchas fábulas. Hacia Mediodía torrente se une con el Erimantes, con lo que rodeada por tres lados la ciudad por los ríos viene a estar bien defendida. Por el lado restante del Septentrión la domina un collado defendido con murallas, a quien el ingenio y el arte le han conferido veces de ciudadela. Toda la ciudad está ceñida de altos y bien contruidos muros, y a más poseía a la sazón una buena guarnición que habían introducido los eleos, cuyo comandante era Euripidas, que había escapado de la anterior derrota.

CAPÍTULO XX

Sitio y conquista de Psosis por Filipo.- Conquistas de varias plazas de la Elida.- Negligencia de este pueblo en recobrar sus antiguas inmunidades.- Toma del castillo de Talamas.

En cuanto a Filipo, veía y meditaba todos estos obstáculos. Unas veces la consideración le retraía de atacar y poner sitio a la ciudad, otras le empeñaba a la vista de la oportunidad del lugar. Porque cuanto más inminente era el riesgo que amenazaba a los aqueos y arcades de poseer la Elida esta segura defensa, tanto mayor sería la ventaja, una vez conquistada, que conseguirían los mismos en poseer este oportuno asilo contra los eleos. Finalmente decidió adoptar el partido de sitiarla (219 años antes de Jesucristo) Para ello ordenó a los macedonios estar desayunados y dispuestos al romper el día. Después, atravesando el Erimantes por un puente sin que hallase oposición su temerario arrojo, se aproximó hasta la misma ciudad con un espíritu terrible. La gente que mandaba Euripidas y todos los de ciudad quedaron absortos. Se hallaban persuadidos de que ni los enemigos osarían atacar y forzar una plaza tan fuerte, ni lo riguroso de la estación les permitiría entablar un asedio permanente. Al paso que se hacían estas reflexiones, desconfiaban unos de otros y recelaban que Filipo no tuviese inteligencia con algunos de los de dentro. Pero finalmente, desvanecidas sus sospechas, acudió la mayor parte a la defensa de los muros. Los eleos que se hallaban a sueldo realizaron una salida por la puerta situada en la parte superior de la ciudad para sorprender al enemigo. Pero el rey, que había ordenado aplicar las escalas al muro por tres sitios y tenía distribuidos sus macedonios en otros tantos trozos, dio la señal a cada uno por los trompetas, y al punto se asaltó la plaza por todos lados. Al principio los habitantes se defendieron con valor y arrojaron a muchos de las escalas; pero acabada la provisión de dardos y demás municiones, ya que precipitadamente se había hecho para esta urgencia, y viendo que, lejos de aterrarse los macedonios, al instante ocupaba el de atrás el lugar del que era arrojado por la escalera, finalmente retrocedieron los cercados y se refugiaron todos en la ciudadela. Los macedonios subieron el muro, y los mercenarios que habían hecho la salida por la puerta superior, rechazados por los cretenses, fueron forzados a arrojar las armas y emprender una huida precipitada. Los cretenses siguieron el alcance, y picándoles la retaguardia entraron de tropel por la puerta, de suerte que la ciudad fue tomada a un tiempo por todos lados. Los psosidienses con sus hijos y mujeres, y Euripidas con los demás que conservaron sus vidas, se acogieron en la ciudadela. Luego que entraron los macedonios, saquearon todo el ajuar de las casas, ocuparon sus habitaciones y se hicieron dueños de la ciudad. Los que se habían refugiado en la ciudadela, pronosticando mal de su suerte a la vista de hallarse sin provisiones, resolvieron entregarse. Para esto despacharon un trompeta, y lograda del rey licencia para la embajada, diputaron a los magistrados y a Euripidas. Efectivamente, se concertó un tratado por el que se concedió inmunidad a todos los que se habían refugiado, tanto extranjeros como ciudadanos. Los diputados tornaron a la ciudadela con orden de no salir hasta que el ejército hubiese evacuado la plaza, para evitar que la inobediencia del soldado cometiese algún exceso. El rey se vio precisado a permanecer allí algunos días por las nieves que cayeron. Durante su estancia congregó a los aqueos que se hallaban en el ejército, les puso a la vista primero la fortaleza y

oportunidad de la ciudad para la guerra presente, les manifestó el afecto y buena voluntad que profesaba a su nación, y por último agregó que por ahora les cedía y entregaba la plaza, porque se había propuesto hacerles bien en lo posible y no dejar pasar ocasión de mostrarles su cariño, Arato y los demás le dieron las gracias, y se disolvió la reunión. El rey hizo levantar el campo a sus tropas y marchó a Lasión. Entonces los psofidios bajaron de la ciudadela, recobraron la ciudad y cada uno sus casas. Euripidas marchó a Corinto y desde allí a la Etolia. Los jefes aqueos que se hallaban presentes dieron el gobierno de la ciudadela a Proslao el Sicionio, con la competente guarnición, y el de la ciudad a Pithias el Pelenense. De esta forma fue tomada Psosis. No bien se tuvo noticia de la venida de los macedonios cuando los eleos que guarnecían a Lasión, informados de lo que había ocurrido en Psosis, desampararon la ciudad. El rey llegó con diligencia, la tomó sin obstáculo, y por un exceso de inclinación hacia los aqueos la entregó también a su república. Strato fue restituida a los telfusios por haberla abandonado asimismo los eleos. Finalizada esta expedición, llegó al quinto día a Olimpia, donde hizo sacrificios a los dioses y dio un convite a los oficiales. Ahí dejó descansar la tropa durante tres días transcurridos los cuales levantó el campo, marchó a Elea y permitió al soldado la tala de la campiña. Él, mientras, sentó su campo en torno a Artemisio, y acumulado allí el botín, regresó a Dioscurio. Muchos fueron los prisioneros que se hicieron en la tala del país, pero fueron más aún los que se refugiaron en los pueblos próximos y lugares fortificados. El país de los eleos es sin duda el más bien poblado, abundante de siervos y alimentos de todo el Peloponeso. Se encuentran familias tan amantes de la vida del campo, que aunque con bastantes conveniencias, después de dos y tres generaciones no han pasado jamás a la capital. Esto proviene del gran cuidado y vigilancia que tienen los magistrados para que al labrador se haga justicia en cualquier parte y no le falte nada de lo necesario para la vida.

A mi modo de entender, se tomaron en lo antiguo estas providencias y establecieron estas leyes, ya por la extensión del país, ya principalmente por la vida santa que tenían en otro tiempo, cuando la Grecia toda convino en que la Elida, por celebrarse en ella los juegos olímpicos, se tuviese por provincia sagrada y exenta de toda tala, y sus moradores por libres de todos los males y calamidades de la guerra. Pero después que los arcades les quitaron el país de Lasión y de Pisatis, los eleos, obligados a defender sus campos y a cambiar de método de vida, ya no han cuidado de recobrar de la Grecia sus antiguas y patrias inmunidades, sino que han permanecido en el mismo estado, conducta a mi ver poco acertada para el futuro. Y, en verdad, si todos rogamus a los dioses nos concedan la paz, si sufrimos cualquiera vejación con el anhelo de alcanzarla, si este es el único bien que los hombres reputan por tal sin discusión, ¿no serán los eleos sin contradicción unos necios, que pudiendo obtener de la Grecia con justicia y decoro una paz estable para siempre, la desprecian y posponen a otros bienes? Acaso me dirá alguno que por esta conducta de vida se exponen a que cualquiera les insulte y les falte a los pactos. Pero esto ocurrirá rara vez, y caso que ocurra tendrán a toda la Grecia por auxiliadora. Por lo que hace a las injurias particulares, siendo ricos, como es normal lo sean, gozando de una paz constante no les faltarán guarniciones extranjeras y mercenarias que los defiendan cuando la ocasión y el tiempo lo requiera, en vez de que ahora, por temor a un caso raro y extraordinario, tienen expuesto su país y haciendas a continuas guerras y talas. Hemos hecho estas advertencias para excitar a los eleos a recobrar sus inmunidades, puesto que jamás se ha presentado ocasión más oportuna que la que ofrece el actual estado. Lo cierto es que en este país, como hemos mencionado anteriormente, se conservan aún vestigios de sus antiguas costumbres, y los pueblos aman en extremo la campiña.

He aquí por qué cuando Filipo llegó fue infinito el número de prisioneros que hizo, pero mucho mayor aún el que se refugió en las fortalezas. La mayor parte de efectos y el mayor número de siervos y ganados se retiró a un castillo llamado Talamas, ya porque las vías del país circunvecino eran estrechas y difíciles, ya porque el lugar es de poco tráfico e intransitable. El rey conoció el número de gentes que se habían refugiado en este lugar, y resuelto a no dejar cosa por intentar ni imperfecta, ocupó anticipadamente con los extranjeros los puestos ventajosos que dominan las entradas. Después, dejando el real bagaje y la mayor parte del ejército, tomó los rodeleros y

armados a la ligera, cruzó los desfiladeros, y llegó al castillo sin hallar impedimento. Los refugiados, gente del todo inexperta en el arte militar, desprovista de municiones y compuesta en parte de la hez del pueblo, temieron la invasión y se rindieron al momento. Entre ellos había doscientos extranjeros, gente allegadiza que había traído consigo Anfidamas, pretor de los eleos. Dueño Filipo de inmensas alhajas, de más de cinco mil esclavos, y de infinidad de ganado cuadrúpedo, regresó a su campamento; pero viendo que las tropas estaban excesivamente cargadas de despojos de todo género, y por consiguiente imposibilitadas de maniobrar, tuvo que retirarse, y trasladar el campo otra vez a Olimpia.

CAPÍTULO XXI

Apeles se propone quitar los fueros a los aqueos.- Elogio de Filipo.- Situación y pueblos principales de la Trifalia.- Escalada de la ciudad de Alifera.- Conquistas del rey en la Trifalia.

Se encontraba entre los tutores que Antígono había dejado al niño Filipo, un tal Apeles, que a la sazón (219 años antes de J. C.) merecía la principal confianza del rey. Éste, para reducir a los aqueos a la misma condición en que se hallaban los tesalios, se propuso realizar una acción detestable. Los tesalios, aunque parecía se gobernaban por sus fueros, y eran de muy diversa condición que los macedonios, en la realidad no se diferenciaban de éstos, y todos se hallaban igualmente sujetos a las órdenes de los oficiales reales. A este fin dirigió todos sus pasos Apeles, y para esto empezó a tentar la paciencia de los aqueos que militaban en el ejército ya permitiendo a los macedonios que los arrojasen de los alojamientos que con anticipación habían ocupado y les robasen el botín, ya permitiendo a sus ministros les castigasen por los más fútiles pretextos. Si alguno de ellos se condolía o quería defender al castigado, él mismo le llevaba a la cárcel. Se hallaba persuadido de que de esta forma los iría acostumbrando insensiblemente, a que no se detuviesen ante nada de cuanto el rey dispusiese. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que poco tiempo antes, él mismo, militando con Antígono, los había visto resueltos a pasar por todo, por no obedecer las órdenes de Cleomenes. Al cabo algunos jóvenes aqueos acudieron a Arato de mano armada, y lo dieron cuenta del propósito de Apeles. Arato se dirigió a Filipo, presumiendo que sin dilación pondría remedio al mal en los inicios. Efectivamente, informado el rey en este coloquio de lo ocurrido, exhortó a los jóvenes aqueos a vivir confiados de que no les volvería a suceder en adelante semejante cosa; y previno a Apeles que no ordenase nada a los aqueos, sin consultar con su pretor. De esta forma Filipo, afable con los que seguían sus banderas, activo y resuelto en las operaciones militares, se ganó los corazones no sólo de sus soldados sino de todo el Peloponeso. No es fácil hallar un príncipe dotado por la naturaleza de mayores disposiciones para extender sus estados. La agudeza de entendimiento, la memoria, la gracia, la presencia real, la majestad, y sobre todo la actividad y el espíritu marcial, eran otras tantas prendas que en él sobresalían. Pero como desaparecieron todas estas bellas cualidades, y de un rey benigno se transformó en un cruel tirano, esto no es fácil de explicar en breves rayones. Otra ocasión más oportuna que la presente se ofrecerá, donde inquirir e investigar esta transformación.

Filipo desde Olimpia trasladó el campo hacia Farea, llegó a Telfusa, y desde allí a Herea; donde vendido el botín, hizo reparar el puente del río Alfeo, con el fin de hacer por allí una irrupción en la Trifalia. Por entonces mismo Dorimaco, pretor de los etolios, a instancia de los eleos, cuyos campos eran talados, envió en su socorro seiscientos etolios, bajo la conducción de Filidas. Este así que llegó a Elea, tomó quinientos extranjeros que allí había, mil ciudadanos y un trozo de tarentinos, y marchó al socorro de la Trifalia, provincia que obtuvo este nombre de Trifalo, muchacho de la Arcadia. Está situado este país en el Peloponeso sobre las costas del mar, entre los eleos y messenios, mira al mar de África, y confina con la Acaia hacia el ocaso del invierno. Las ciudades que contienen son Samico, Lepreo, Hipana, Tipanea, Pírgos, Épico, Balax, Stilagio y Frixia. A todas estas ciudades, de que poco tiempo antes se habían apoderado los eleos, habían agregado ahora a

Alifera, perteneciente antes a la Arcadia y a Megalópolis, que Aliadas el megalopolitano, durante el tiempo de su tiranía, había sacrificado a cambio de ciertos intereses personales. Filidas, pues, destacados los eleos a Lepreo y los extranjeros a Alifera, él con sus etolios observaba en Tipanea los movimientos del rey.

Filipo, desembarazado del bagaje, cruzó el puente del río Alfeo, que baña la ciudad de Herea, y llegó a Alifera. Yace esta ciudad sobre una eminencia escarpada por todas partes, que tiene más de diez estadios de subida. Sobre la cumbre misma de toda esta montaña se halla situada la ciudadela, y una estatua de bronce de Minerva, de extraordinaria belleza y magnitud. La causa de esta oblación, quién sorteó su estructura, de dónde vino, o por quién fue consagrada, no se sabe de cierto, y aun los mismos naturales lo ignoran. Pero todos están de acuerdo en que es una pieza maestra del arte y una de las imágenes más magníficas y exquisitas que salió de las manos de Hecatodoro y Sostrates. El rey, así que vio un día claro y sereno, distribuyó al amanecer en muchos lugares a los que llevaban las escalas, e hizo marchar por delante a los mercenarios para sostenerlos. A espaldas de cada uno de estos cuerpos situó en trozos los macedonios, y ordenó a todos que al salir el sol subiesen la montaña. Los macedonios ejecutaron la orden con una prontitud y valor espantoso. Los sitiados acudieron de tropel a aquellos puestos a donde principalmente veían que se aproximaba el enemigo. A este tiempo ya el rey mismo, con la tropa más escogida, había subido ocultamente por unos precipicios al arrabal de la ciudadela. Dada la señal, todos fijaron las escalas, e intentaron asaltar la ciudad. El rey fue el primero que se apoderó del arrabal, que halló indefenso, y le prendió fuego. A la vista de esto, los que defendían los muros, pronosticando su suerte, y temiendo quedar sin recurso una vez tomada la ciudadela, resolvieron abandonar las murallas y refugiarse en ella. Realizado esto, los macedonios ocuparon al momento los muros y la ciudad. Poco después los de la ciudadela enviaron diputados a Filippo, y pactaron entregársela, salvando sus vidas.

Esta conquista aterró a todos los trifalios, y les hizo consultar sobre sus personas y patrias. Al mismo tiempo Filidas desamparó a Tipanea y se retiró a Lepreo, saqueando de paso algunos de sus aliados. Tal fue la recompensa que éstos tuvieron de los etolios; ser no sólo abandonados a las claras en las circunstancias más urgentes, sino, saqueados y vendidos, sufrir de sus compañeros igual trato que pudieran esperar de un enemigo victorioso. Los tipaneatas entregaron la ciudad a Filippo. Hipana siguió el mismo ejemplo; y los fialenses, al escuchar lo que había pasado en la Trifalia, disgustados con la alianza de los etolios, se apoderaron de mano armada de la casa donde se reunían los polemárcos. Los piratas etolios que vivían en Fiala, para estar a tiro de saquear la Messenia, al principio pensaron invadir y sorprender la ciudad; pero viendo a todos los habitantes unidos para defenderla, desistieron del empeño; y bajo un salvoconducto tomaron sus bagajes, y salieron de la plaza. Después los fialenses enviaron diputados a Filippo, y le entregaron su patria y personas.

CAPÍTULO XXII

Filidas general de los etolios, forzado a salir de Lepreo.- Filippo somete toda la Trifalia.- Movimientos estimulados por Chilón en Lacedemonia.- Estado lamentable de este pueblo.

En el transcurso de este tiempo los lepreatas, apoderados de una parte de su ciudad, instaban vivamente a los eleos, etolios, y demás tropas que Lacedemonia había enviado a su socorro, para que evacuasen la ciudadela y la ciudad. Al principio Filidas no hizo caso, y permaneció en la plaza para tenerla en respeto. Pero noticioso de que Taurión había sido destacado con tropa a Fiala, y que el rey mismo venía marchando a Lepreo y se aproximaba ya a la ciudad, perdió el ánimo. Por el contrario los lepreatas, se ratificaron en su decisión, y realizaron un hecho memorable; pues no obstante haber dentro mil eleos, otros tantos etolios con los piratas, quinientos mercenarios, doscientos lacedemonios, y sobre todo estar por ellos la ciudadela, no por eso perdieron la esperanza de recobrar su patria. Efectivamente Filidas, como vio tan sobre sí a los lepreatas, y que

los macedonios se aproximaban, tuvo que salir de la ciudad con los eleos y demás tropa que había llegado de Lacedemonia. Los cretenses que había enviado Esparta regresaron a su país por la Messenia, Filidas se retiró a Samico, y los lepreatas apoderados de su patria enviaron diputados a Filipo para entregársela.

Con este aviso el rey despachó a Lepreo todo el ejército, a excepción de los rodeleros y armados a la ligera, con quienes partió con diligencia a alcanzar a Filidas. Efectivamente le alcanzó y se apoderó de todo su bagaje; pero Filidas le ganó por los pies, y se metió en Samico. El rey acampó frente a esta plaza, hizo venir de Lepreo el resto del ejército, y dio a entender que quería sitiarla. Los etolios y eleos, que no tenían más prevenciones para el asedio que sus manos, temieron las consecuencias, y negociaron con Filipo que les salvase las vidas. Concedida licencia para que saliesen con sus armas, marcharon a Elea, y el rey se apoderó sin dilación de la ciudad. Otros pueblos vinieron después a ofrecerle obediencia, y recibió en su gracia a Frixia, Stilagio, Epio, Bolax, Pirgos y Epitalio. Finalizada esta expedición, regresó a Lepreo, después de haber sojuzgado toda la Trifalia en seis días. Allí, después de haber exhortado a los lepreatas según la ocasión lo pedía, y haber puesto guarnición en la ciudadela trasladó el campo hacia Herea dejando a cargo de Ladico el acarnanio toda la Trifalia. Así que llegó a esta ciudad, distribuyó el botín entre sus tropas, y tomando el bagaje, marchó de Herea a Megalópolis en el rigor del invierno. Mientras Filipo sometía la Trifalia (219 años antes de J. C.), Chilón el lacedemonio, creyendo que su nacimiento le daba derecho al reino, sufría con impaciencia el desprecio que los eforos le habían hecho en habérselo adjudicado a Licurgo. Para vengarse pensó conmover el estado. Se persuadió a que si, a ejemplo de Cleomenes, proponía una nueva división y repartimiento de tierras, al momento el pueblo seguiría su partido, decisión que finalmente llevó a cabo. Comunicó el pensamiento a sus amigos, y habiendo encontrado hasta doscientos que apoyasen su arrojo, pensó realizar su proyecto. No ignoraba que el mayor obstáculo a su intento serían Licurgo y los eforos que le habían puesto sobre el trono; por eso fueron éstos el primer ensayo de su cólera. Un día que los halló cenando los degolló a todos, tomando por su cuenta la fortuna el castigo que merecían. Porque, bien se mire a la mano que descargó el golpe, bien a la causa por que lo sufrían, se confesará que les estaba bien empleado. Chilón, después de haber acabado con los eforos, pasó a la casa de Licurgo, y aunque le encontró dentro no pudo apoderarse de su persona por haberle servido de capa ciertos amigos y vecinos para que huyese y se retirase por caminos extraviados a Pelene en Trípolis. Chilón, errado el golpe principal para su intento, se desalentó muchísimo, pero no pudo menos de proseguir lo empezado. Penetró en la plaza, prendió a sus enemigos, animó a sus parientes y parciales y dio a los demás esperanzas de lo que poco ha hemos apuntado. Pero advirtiéndole que en vez de hacer caso, por el contrario, se volvían contra él los ciudadanos, se retiró secretamente, cruzó la Laconia y se refugió solo en la Acaia.

Los lacedemonios, con el temor de que Filipo viniese, recogieron la cosecha y abandonaron el Ateneo de Megalópolis, después de haberlo destruido. Así es cómo este pueblo, que desde que Licurgo le dio sus leyes hasta la batalla de Leutres había formado la más bella república y había llegado al más elevado poder; ahora, cambiándosele la suerte, iba debilitándose cada vez más, hasta que finalmente agobiado con infinitos infortunios, agitado de sediciones intestinas y acostumbrado a continuos repartimientos de tierras y destierros, llegó a sufrir la esclavitud más cruel bajo la tiranía de Nabis el que hasta entonces ni aun la palabra servidumbre podía sufrir con paciencia. Muchos han tratado a la larga en pro y en contra de los hechos antiguos de los lacedemonios. Nosotros sólo exponremos los incontestables, cuales son los sucedidos desde que Cleomenes desechó el gobierno antiguo, destinando a cada uno su lugar conveniente. De Megalópolis el rey fue por Tejea a Argos, donde pasó lo que restaba del invierno, aplaudido más de lo que pedía su edad por las acciones y demás conducta que había observado en las mencionadas campañas.

CAPÍTULO XXIII

Medios de que se valió Apeles para oponer a los aratos con Filipo.- Tala de la Elida por este rey.- Nuevas maniobras de Apeles.- Última voluntad de Antígono en la distribución de los empleos de palacio.- Marcha de Filipo a Argos.

Apeles, de quien ya hemos hecho mención, lejos de desistir de su propósito, procuraba ir reduciendo poco a poco bajo el yugo a los aqueos (219 años antes de J. C.) Comprendía que para tal propósito le servirían de obstáculo los dos Aratos, a quienes Filipo estimaba, sobre todo al viejo, por el trato que había mantenido con Antígono, por el mucho crédito que obtenía en su nación y especialmente por su sagacidad y prudencia. Para derribar a estos dos personajes se valió de esta astucia. Averiguó quiénes eran sus rivales en el gobierno, los hizo venir de sus ciudades, los recibió en su gracia, los incitó con halagos a su amistad y los recomendó a Filipo, advirtiéndole a éste por separado, que mientras estuviese adherido a los aratos tendría que tratar a los aqueos según estaba prescrito en la alianza, pero que si le daba crédito y recibía ahora a éstos por confidentes, manejaría todo el Peloponeso a su arbitrio. Volvió después sus miras a las elecciones. Quería que recayese sobre uno de éstos la pretura, y por consiguiente se excluyese a los aratos. Para esto persuadió al rey de que, bajo el pretexto de que iba a Elea, se llegase a Egio a los comicios de los aqueos. Efectivamente, el rey fue, y Apeles se encontró también presente al tiempo oportuno, donde ya con ruegos, ya con amenazas, consiguió aunque con trabajo el que se eligiese por pretor a Eparato el Fareense y se excluyese a Timojenes, por quien estaban los aratos.

Después de esto Filipo se puso en marcha, y cruzando por Patras y Dimas llegó a una fortaleza llamada Tichos, que sirve de frontera al país de los dimeos, y poco tiempo antes había sido tomada por Euripidas, como hemos mencionado anteriormente. Deseoso el rey de recobrarla a cualquier precio para los dimeos, acampó frente a ella con todo el ejército. Los eleos que la guarnecían temieron y la entregaron. Este castillo no es grande, por cierto, pues apenas pasa de estadio y medio su circunferencia, pero se halla bien fortificado, y la altura de sus muros no baja de treinta codos. El rey lo entregó a los dimeos, corrió talando la provincia de los eleos, y después de saqueada regresó a Dimas con el ejército cargado de despojos.

Apeles, que creía haber conseguido en parte su propósito con haber puesto pretor a los aqueos por su mano, volvió a indisponer a los aratos con el rey a fin de separarle completamente de su amistad. Para ello se propuso idear una calumnia con el artificio siguiente. Anfídamo, pretor de los eleos, que había sido hecho prisionero en Talamas con otros que se habían allí refugiado, como hemos mencionado anteriormente después que fue conducido con otros prisioneros a Olimpia, solicitó por medio de ciertos amigos tener una conferencia con el rey. Obtenida la venia, le dijo que él tenía autoridad para atraer a los eleos a su amistad y alianza. Filipo le creyó y le envió sin rescate, previniéndole ofreciese de su parte a los eleos que si abrazaban su partido les restituiría todos los cautivos sin rescate, les pondría el país a cubierto de todo insulto exterior, vivirían libres, sin guarnición, sin impuesto y les conservaría sus propias leyes. Los eleos, no obstante unas ofertas tan halagüeñas y magníficas, no hicieron caso. De aquí tomó ocasión Apeles para idear la calumnia y llevarla a oídos del rey, asegurándole que no era sincera la amistad de los aratos para con los macedonios, ni tenían verdadero afecto a su persona; que en la ocasión presente ellos eran los autores de la enajenación de los eleos. Pues cuando Anfídamo marchó de Olimpia a Elea, los aratos cogiéndole a solas le había seducido y dicho que de ninguna de las maneras convenía al Peloponeso que Filipo dominase a los eleos, y por esta causa despreciaban sus ofertas, conservaba la amistad de los etolios y mantenían la guerra contra la Macedonia.

Así que el rey escuchó estos cargos, ordenó llamar a los aratos y que en su presencia Apeles los repitiese. Efectivamente vinieron. Apeles sostuvo lo dicho con una audacia espantosa; y viendo que el rey callaba agregó que, pues eran tan ingratos y desconocidos a los beneficios de Filipo, este príncipe había decidido convocar la asamblea de los aqueos, y justificada su conducta sobre estos hechos, retirarse otra vez a Macedonia. A esto tomó la palabra Arato el viejo, y en general aconsejó

a Filipo que jamás diese oídos a chismes ligeramente y sin consideración, y que cuando éstos se dirigiesen contra un amigo o aliado, hiciese un examen más exacto antes de dar crédito a la calumnia, pues esta era prenda de un ánimo real y muy conducente para todo. En este supuesto le suplicaba que, para juzgar de lo que decía Apeles, llamase a los que lo habían oído, hiciese entrar en medio de éstos al autor de los cargos, y no omitiese medio de cuantos pudiesen contribuir a averiguar la verdad, antes de descubrir el asunto a los aqueos.

El rey aprobó el consejo de Arato, y dijo que no omitiría medio de inquirir la verdad: con esto se disolvió la reunión. En los días siguientes Apeles no presentó prueba alguna de su declaración; pero en favor de los aratos sobrevino este accidente. Los eleos, cuando Filipo talaba su país, poco satisfechos de Anfídamo habían decidido prenderle y enviarle a la Etolia cargado de cadenas. Éste, presintiendo el golpe, se había retirado por el pronto a Olimpia; pero informado poco después de que Filipo se hallaba en Dimas ocupado en la distribución del botín, fue prontamente a verle. Los aratos, cuando supieron que Anfídamo había llegado fugitivo de la Elida, alegres sobremanera, como que en nada les remordía la conciencia, acudieron al rey y le rogaron le llamase; puesto que nadie mejor sabría los cargos de la acusación, ya que con él habían sido tratados, y ninguno más bien declararía la verdad, pues se veía fugitivo de su patria por su causa, y en él fundaba al presente la esperanza de su salvación. Al rey plugo este consejo, envió a llamar a Anfídamo, y se halló la acusación del todo desmentida. De allí adelante, así como fue siempre en aumento la estimación y aprecio de Arato para con el rey, fue también en disminución el concepto de Apeles; y aunque prevenido de un grande aprecio por su persona, en muchas cosas tuvo que cerrar los ojos sobre su conducta. Pero no por eso desistía Apeles de sus intrigas; por el contrario, buscaba cómo malquistar a Taurión, prefecto del Peloponeso. Para ello no hablaba mal de su persona, antes le elogiaba y proclamaba que era a propósito para acompañar al rey en campaña. Su propósito era poner por su mano otro en el gobierno del Peloponeso. Exquisito género de calumnia, sin hablar mal, dañar al prójimo con alabanzas. Esta astuta malignidad, este encono y este artificio se encuentra principalmente entre los que frecuentan las aulas de los reyes; allí es donde reina la envidia y ambición de tirarse los unos a los otros. Del mismo modo, Apeles, siempre que hallaba ocasión, mordía a Alejandro, capitán de la guardia. Su fin en esto era disponer a su antojo de la guardia de la persona real, y, en una palabra, trastornar el orden que Antígono había establecido. Este príncipe, mientras vivió, cuidó bien del reino y de la educación de su hijo; y al morir, dio sabias providencias sobre todo lo que pudiera suceder posteriormente. En su testamento dio cuenta a los macedonios de todo lo que había hecho, y dispuso para el futuro cómo y por quiénes se habían de manejar los asuntos. Su propósito era no dejar pretexto alguno de envidia ni sedición entre los palaciegos. Entre los que andaban a su lado, dejó a Apeles por tutor, a Leoncio por comandante de los rodeleros, a Megaleas por canciller, a Taurión por gobernador del Peloponeso, y a Alejandro por capitán de la guardia. Apeles dominaba ya absolutamente sobre Leoncio y Megaleas, y ahora procuraba separar de sus ministerios a Alejandro y a Taurión, para manejarlo todo por sí o por sus partidarios. Sin duda hubieran tenido efecto sus propósitos, a no haberse ganado un antagonista como Arato; pero pronto recibió el castigo de su imprudencia y ambición. Pues poquísimos días después sufrió en sí mismo lo que pensaba hacer con otros. Por ahora pasaremos en silencio cómo y de qué forma sucedieron estas cosas, para dar fin a este libro; pero en los siguientes examinaremos con detalle todas sus circunstancias. Filipo, después de arreglados estos asuntos regresó a Argos, donde, enviando el ejército a Macedonia, pasó el invierno con sus amigos.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Filipo recobra la voluntad de los aratos, y logra por su influjo que los aqueos le ayuden para ponerse en campaña.- Decide hacer la guerra por mar.- Conspiración de tres de sus oficiales.- Tala de los campos de Palea.

Se dejaban ya ver las Pleiades, cuando concluyó el año de la pretura de Arato el joven (219 años antes de J. C.), Tal es el modo de computar los tiempos entre los aqueos. Efectivamente, Arato depuso el mando, Eperato le sucedió, y Dorimaco era por entonces pretor de los etolios. Para este mismo tiempo, Aníbal declaró públicamente la guerra a los romanos, y a la entrada del verano partió de Cartagena, atravesó el Ebro, y emprendió su propósito y viaje para Italia. Los romanos enviaron a Tiberio Sempronio con ejército al África, y a Publio Cornelio para España. Antíoco y Ptolomeo, desesperanzados de que las negociaciones y conferencias diesen fin a la disputa que tenían sobre la Cæle-Siria, se disponían a que la decidiesen las armas. El rey Filipo, falto de víveres y dinero para las tropas, convocó a junta a los aqueos por medio de sus magistrados. Reunido el pueblo en Egio según costumbre, advirtió que los aratos obraban con indolencia, por el tiro que Apeles les había hecho en las elecciones precedentes; y que Eperato era negado por naturaleza, y menospreciado de todos. Por estos antecedentes acabó de conocer lo mal que le habían servido Apeles y Leoncio, y se propuso ganar otra vez el corazón de los aratos. Para ello persuadió a los magistrados que transfiriesen la asamblea a Sición, donde llevada a cabo una conferencia con los dos aratos, y echando la culpa a Apeles de todo lo pasado, les exhortó a permanecer en el afecto que antes le profesaban. Efectivamente, los aratos se rindieron con prontitud y el rey entró en la asamblea, donde con el apoyo de estos dos, logró todo lo que necesitaba para la empresa. Se ordenó que los aqueos contribuyesen por el pronto con cincuenta talentos desde el primer día que el rey se pusiese en marcha, que abonasen a la tropa la paga de tres meses con diez mil modios de trigo, y para lo sucesivo, mientras que personalmente hiciese la guerra en el Peloponeso, se le entregarían cada mes diecisiete talentos. Aprobado este decreto, los aqueos se retiraron cada uno a sus ciudades. Así que las tropas salieron de cuarteles de invierno, el rey consultó con sus confidentes, y decidió hacer la guerra por mar. Creía que sólo así podría prontamente atacar por todos lados a sus contrarios, los cuales no podrían socorrerse mutuamente, estando como estaban dispersos en diferentes países, y recelándose cada uno por sí de la incertidumbre y prontitud con que podía venir por mar el enemigo. Era la guerra contra los etolios, lacedemonios y eleos. Tomada esta decisión, el rey reunió los navíos de los aqueos y los suyos en Lequeo, donde a costa de un ejercicio continuado, adiestró y acostumbró la falange al manejo del remo, hallando en los macedonios una ciega obediencia a sus mandatos. Porque esta nación es no sólo la más experta y esforzada en las batallas campales, sino también la más a propósito para los ministerios navales, si la ocasión se presenta. Son gentes ejercitadas en cavar fosos, levantar trincheras, y en fin, endurecidos con semejantes fatigas, son tales como nos pinta Hesíodo a los eacidas, más contentos en la guerra que en los banquetes. Mientras que el rey y los macedonios se ocupaban en Corinto, éstos en el ejército de la marina, y aquel en el acopio de pertrechos; Apeles, que no podía volver a ganar el corazón de Filipo, ni sufrir el menosprecio de su abatimiento, tramó una conjuración con Leoncio y Megaleas; para que, mientras ellos, presentes a todas las resoluciones del rey, pervertían y frustraban sus propósitos, él ausente en Calcis, cuidase de cortar todas las municiones para sus empresas. Comunicado este aleve trato con sus dos amigos, marchó a Calcis, pretextando al rey algunas vanas excusas para su partida. Durante su estancia en esta ciudad, observó tan religiosamente lo pactado bajo juramento, y se aprovechó tan bien de la privanza anterior para persuadir a los pueblos, que al fin redujo al rey a empeñar la vajilla de su uso para mantenerse. No obstante, después que estuvieron reunidos los navíos, y los macedonios adiestrados en el manejo del remo, el rey,

distribuidos víveres y satisfechas las pagas al soldado, se hizo a la vela y arribó al segundo día a Patras, con un ejército de seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

Para entonces Dorimaco, pretor de los etolios, había enviado quinientos neocretas, bajo el mando de Agelao y Scopas, para socorrer a los eleos. Éstos, recelando de que Filipo no intentase sitiar a Cilene, habían alistado tropas extranjeras, habían armado las del país, y fortificado la ciudad con gran cuidado. En atención a esto Filipo formó un cuerpo de los extranjeros de Acaia, de los cretenses que tenía consigo, de alguna caballería gálata, y de dos mil infantes aqueos de tropa escogida, y lo dejó en Dimas, para que a un mismo tiempo la guarneciese, y sirviese de barrera contra las empresas de los eleos. Él mientras, habiendo escrito con anticipación a los messenios, epirotas, acarnanios y a Scerdilaidas, para que equipase cada uno sus navíos y acudiesen a Cefalonia, se hizo a la vela de Patras al día señalado, y llegó a Pronos, pueblo de la Cefalonia. La consideración de que esta pequeña fortaleza era difícil de sitiarse, y el país estrecho, le hizo pasar adelante y fondear en Palea con su armada. Aquí, advirtiéndole que el país abundaba en granos y podía sustentar el ejército, desembarcó sus tropas, y acampó frente a la ciudad. Puso después en seco su escuadra, la ciñó con foso y trinchera, y envió a los macedonios al forraje. Entretanto, por dar tiempo a que viniesen los aliados para emprender el ataque, se puso a recorrer la plaza y reconocer por qué parte se podrían aplicar las obras y las máquinas a sus murallas. Su objeto era, primero, quitar a los etolios el puesto más importante, ya que desde aquí, sirviéndose de las naves de los cefalénios, hacían sus desembarcos en el Peloponeso, y talaban las costas del Epiro y la Acarnania; y en segundo lugar, prevenir para sí y para sus aliados una acogida cómoda para hacer correrías sobre el país enemigo. Porque la Cefalonia yace sobre el golfo de Corinto, extendiéndose hacia el mar de Sicilia; domina aquella parte del Peloponeso que mira al Septentrión y ocaso, y especialmente el país de los eleos, y confina hacia el Mediodía y Occidente con el Epiro, la Etolia y la Acarnania.

CAPÍTULO II

Asedio de Palea frustrado.- Disparidad de opiniones sobre el camino que había de tomar el rey.- Decisión de pasar a la Etolia el teatro de la guerra.- Saqueo de esta provincia.- Desprevención de Termas.

Atento Filipo a que el sitio era el más oportuno para la reunión de los aliados, y su emplazamiento el más ventajoso para ofender a los enemigos y auxiliar a los suyos, deseaba con ansia reducir esta isla bajo su dominio (219 años antes de J. C.) Habiendo advertido que todos los otros lugares de la ciudad se hallaban defendidos o por el mar, o por los riscos, y que sólo por el lado de Zacinto había un corto espacio de terreno llano, pensó por esta parte arrimar las baterías e insistir en el ataque. Ocupaban estas disposiciones su atención, cuando arribaron quince bergantines de parte de Scerdilaidas, que no había podido enviar más a causa de las sediciones y alborotos que se habían originado en la Iliria entre los principales de la nación. Llegó también el socorro prometido de los epirotas, acarnanios y messenios. Porque éstos una vez tomada Fialea, ya no tenían excusa para eximirse de la guerra. Dispuesto ya todo para el asedio, y situadas en los convenientes lugares las baterías de ballestas y catapultas para contener a los cercados, el rey animó a los macedonios, avanzó las máquinas a la muralla, y por medio de ellas emprendió las minas. La actividad de los macedonios en estos trabajos fue tal, que en breve quedaron en el aire doscientos pies de muro. Entonces el rey se aproximó a la muralla, e invitó a los de dentro a concertar con él las paces. Mas no haciendo éstos caso, prendió fuego a los puntales, y a su tiempo vino a tierra todo el muro suspendido. Hecho esto, destacó por delante a los rodeleros bajo el mando de Leoncio, divididos en cohortes, con orden de forzar la brecha. Pero este comandante, atentó a lo que había pactado con Apeles, impidió que tres jóvenes que ya habían superado sucesivamente las ruinas, no acabasen de tomar la ciudad. Tenía corrompidos de antemano los principales oficiales, él obraba

con indolencia, y aparentaba peligro a cada paso; y así, aunque pudo cómodamente apoderarse de la plaza, al fin fue arrojado de la brecha con mucha pérdida. El rey, viendo tímidos los oficiales y cubiertos de heridas los macedonios, desistió del asedio y consultó con sus confidentes sobre lo que se había de hacer en lo sucesivo. Para entonces Licurgo irrumpió por la Messenia, y Dorimaco, con la mitad de los etolios, hizo una penetración en la Tesalia, persuadidos uno y otro a que retraerían a Filipo del cerco de Palea. Con este mismo objeto llegaron al rey embajadores de parte de los acarnanios y messenios. Los acarnanios le instaban a que entrase por la Etolia, corriese talando impunemente todo el país, y de este modo haría desistir a Dorimaco de la invasión de la Macedonia. Los messenios, por medio de su embajador Gorgos, imploraban su auxilio y le manifestaban que mientras reinasen los vientos Etesios era fácil pasar en un solo día desde Cefalenia a Messenia, de cuyo repentino y eficaz ataque sobre Licurgo le aseguraban un buen resultado. Leoncio, atento a su propósito, coadyuvaba con empeño la pretensión de Gorgos. Veía que Filipo vendría a estar mano sobre mano todo el estío, pues aunque la navegación a la Messenia era fácil, el regreso durante los vientos Etesios era imposible. De aquí infería por seguro que Filipo, encerrado en la Messenia con su ejército, se vería forzado a pasar el resto del verano en inacción, mientras que los etolios, corriendo la Tesalia y el Epiro, talarían y arrasarian uno y otro país sin obstáculo. Tales y tan perniciosos eran los consejos que sugerían al rey Gorgos y Leoncio. Arato, que se encontraba presente, era del sentir opuesto. Aconsejaba al rey que convenía dirigirse a la Etolia y pasar allá el teatro de la guerra, pues habiendo salido los etolios con Dorimaco a una expedición, era la ocasión más oportuna de invadir y arrasar su país. El rey, que ya se hallaba poco satisfecho de Leoncio por lo mal que se había portado en el sitio de Palea, y había llegado a conocer la perfidia con que le había consultado, se atuvo al parecer de Arato. Efectivamente, escribió a Eperato, pretor de los aqueos, para que, tomando tropas de su nación, viniese al socorro de los messenios; él mientras salió de Cefalenia, y abordó al segundo día a Leucades con la escuadra durante la noche. Dispuestas todas las cosas en el istmo de Doricto, hizo pasar los navíos y tomó el rumbo por el golfo de Ambracia, que corriendo desde el mar de Sicilia, se introduce hasta el corazón de la Etolia, como ya hemos apuntado. Al fin de su viaje, fondeó poco antes de amanecer en Limnea, donde mandó a las tropas que comiesen, se aligerasen de la mayor parte del equipaje, y estuviesen dispuestas para la marcha. Entretanto, reunió guías del país, se informó del terreno, y enteró de las ciudades próximas. A la sazón vino Aristofantes, pretor de la Acarnania, con todas las tropas de su nación. Este pueblo había tenido en el pasado mucho que sufrir de parte de los etolios, y deseaba con ansia vengarse y desquitarse de cualquier modo. Por eso entonces, abrazando con gusto la ocasión de auxiliar a los macedonios, habían tomado las armas no sólo los que estaban obligados por la ley a alistarse, sino también algunos ancianos. Igual impulso estimulaba a los epirotas por semejantes causas, bien que por la extensión del país y repentina llegada de Filipo, no habían tenido tiempo de reunir sus tropas. Dorimaco había salido a la expedición con la mitad de los etolios, como hemos mencionado, y había dejado la otra mitad, en la inteligencia de que sería lo bastante para guarnecer las ciudades y el país en un caso imprevisto. El rey, habiendo dejado el equipaje con una buena escolta, marchó por la tarde de Limnea, y al cabo de sesenta estadios de camino, hizo alto para que cenase y descansase un rato la tropa; después volvió a emprender la marcha, y sin cesar de andar en toda la noche, llegó a las márgenes del Aqueloo al rayar el día, entre Conope y Strato, con el anhelo de arrojarse de repente y de improviso sobre Termas.

Dos motivos hacían creer a Leoncio que Filipo conseguiría su propósito y los etolios no podrían evitar el golpe: uno era la pronta e inopinada venida de los macedonios; otro, el que no habiendo sospechado jamás que llegase la temeridad del rey a arrojarse sobre una plaza tan fuerte como Termas, los cogería descuidados y desprovistos del todo para la defensa. Atento a estas consideraciones, y firme en la traición que había tramado, persuadía a Filipo que acampase sobre el Aqueloo y diese descanso a la tropa, fatigada con la marcha de toda una noche. Su propósito en esto era dar a los etolios una tregua, aunque corta, de prevenirse para la defensa. Arato, por el contrario, conocía que el logro de la expedición era instantáneo, que el consejo de Leoncio era un manifiesto

retardo, y así protestaba al rey no malograrse la ocasión ni se detuviese. Efectivamente, el rey, ofendido ya de Leoncio, abrazó este partido y prosiguió su camino sin detenerse. Atravesó el Aqueloo y avanzó en derechura a Termas, quemando y talando de paso la campaña. Durante su marcha dejó sobre la izquierda a Strató, Agrinio y Testita, y sobre la derecha a Conope, Lisimaquia, Triconio y Foiteo. Una vez llegado a Metapa, ciudad situada sobre las gargantas mismas del lago Triconis, y distante poco menos de sesenta estadios de Termas, la tomó por haberla desamparado sus moradores, e introdujo dentro quinientos hombres con el fin de servirse de ella como de presidio para la entrada y salida de los desfiladeros. Todas las proximidades del lago son montuosas, ásperas y cubiertas de árboles, de suerte que sólo franquean un paso del todo estrecho y difícil. Atento a esto, emprendió el paso de los desfiladeros, situando a la vanguardia los extranjeros, detrás los ilirios, en seguida los rodeleros y la falange y cerrando la retaguardia con los cretenses. Por el lado derecho marchaban fuera del camino los traces y armados a la ligera, y por el izquierdo iban defendidos del lago que se extiende casi treinta estadios. Pasadas estas gargantas llegó el rey a un lugar llamado Panfia, donde, puesta igualmente guarnición, prosiguió hacia Termas por un camino no sólo arduo y demasiado áspero, sino cortado entre elevadas rocas, que a veces sólo permitían un sendero en extremo peligroso y estrecho, cuya subida se extendía casi a treinta estadios. La actividad de los macedonios atravesó estos desfiladeros en tan poco tiempo que llegaron a Termas con muchas horas de día. Sentado aquí su campo, permitió a la tropa que talase los pueblos circunvecinos, que corriese los campos de Termas y que saquease las casas de la ciudad, donde se encontró no sólo cantidad de trigo y demás provisiones, sino inmensidad de muebles preciosos. Porque como los etolios celebraban aquí cada año las ferias y juegos más solemnes y era este el sitio determinado para sus comicios, había traído cada uno lo más precioso que tenía para su hospedaje y aparato de las festividades. Esto lo hacían prescindiendo de su propia conveniencia, porque creían no poder hallar lugar más seguro. Jamás enemigo alguno había tenido la osadía de poner el pie en semejante sitio, tan fuerte por su naturaleza, que estaba reputado por la ciudadela de toda la Etolia. He aquí por qué después de una paz de tantos años, estaban llenas de inmensas riquezas las casas próximas al templo y los lugares circunvecinos. Cargados los macedonios de un botín inmenso, pasaron allí la noche. Al día siguiente decidieron llevar consigo lo más precioso y rico del despojo; de todo lo demás hicieron un montón a la vista de las tiendas, y lo quemaron. Igual diligencia practicaron con las armas que estaban colgadas en los pórticos; las de más valor las arrancaron y llevaron consigo, otras las cambiaron, y del resto, que ascendía a más de quince mil, hicieron una cima y la prendieron fuego.

CAPÍTULO III

*Profanación de los lugares sagrados en que incurre el ejército de Filipo en Termas.-
Consideraciones sobre estos oncesos.*

No hay hasta este momento algo que desdiga de la justicia y de las leyes de la guerra; mas lo que se sigue, no sé cómo calificarlo. Los macedonios, recordándose de los excesos que los etolios habían cometido en Dío y Dodona, prendieron fuego a los pórticos del templo, hicieron pedazos los donativos restantes, entre los cuales existían algunos de una hechura costosa, de exquisito gusto y de mucho valor. No se contentaron únicamente con quemar los techos, echaron también por tierra el edificio, derribaron pocas menos de dos mil estatuas e hicieron pedazos las más, a excepción de las que tenían alguna inscripción o imagen de los dioses, que de éstas se abstuvieron. Se escribió sobre las paredes aquel célebre verso, obra del ingenio que empezaba ya a descubrirse en Samos, hijo de Crisógono, y educado con el rey. Dice así:

Repara en Dío, y verás de dónde el rayo se fulmina.

Aun al rey mismo y a sus amigos asombraba tal estrago; bien que creían que obraban con justicia, y vengaban con castigo igual la crueldad cometida en Dio por los etolios. Mas yo opino de

diverso modo, y si mi juicio es recto o no, está a la vista. No me valdré de otros ejemplos que los de la misma casa real de Macedonia. Antígono, después de haber vencido en batalla ordenada, y haber hecho huir a Cleomenes rey de Lacedemonia, se apoderó de Esparta; y aunque en absoluto pudo disponer de esta ciudad y de sus moradores a su antojo, distó tanto de tratar con rigor a los que había sojuzgado, que al contrario, les restituyó su antiguo gobierno, les concedió la libertad, y no regresó a su corte hasta que hubo derramado las mayores gracias en general y en particular sobre los lacedemonios. De este modo, pasó no sólo entonces por bienhechor, sino después de muerto por libertador, y adquirió, tanto entre los lacedemonios como en toda la Grecia, una estimación y gloria inmortal con estas acciones.

Aquel Filipo que primero ensanchó los límites de su imperio, y que fue el fundamento del esplendor de la casa real de Macedonia, vencidos los atenienses en Queronea, no logró tanto por sus armas, cuanto por la equidad y templanza de sus costumbres. La guerra y las armas le sujetaron y le hicieron señor únicamente de sus contrarios; mas la benignidad y moderación le conquistaron todos los atenienses y la misma Atenas. No dominaba la cólera a sus acciones, perseguía sí sus enemigos y émulos, hasta que se presentaba ocasión de manifestar su mansedumbre y beneficencia. Por eso remitió los prisioneros sin rescate, ofreció los últimos honores a los atenienses muertos, encomendó a Antipatro la traslación de sus huesosa Atenas, vistió la mayor parte de los que se salvaron, y con esta política consiguió a poca costa la mayor conquista. Pues rindiendo su magnanimidad la altivez de los atenienses, de enemigos que eran, los convirtió en aliados los más sacrificados en su servicio. Y ¿qué diré de Alejandro? Irritado contra Tebas, hasta poner a sus moradores en pública subasta y arrasar la ciudad, sin embargo no se olvidó al tomarla del respeto debido a los dioses; por el contrario, puso el mayor cuidado para que no se cometiese, aun por imprudencia, la más leve falta contra los templos y demás lugares sagrados. Asimismo, cuando pasó al Asia a vengar a los griegos de la crueldad de los persas, procuró obtener de los hombres un castigo condigno a sus excesos; pero se abstuvo de todo lo consagrado a los dioses, siendo así que contra los santuarios era contra quienes más se habían encruelecido los persas en la Grecia. Estos ejemplos debiera Filipo haber grabado en su corazón eternamente, y preciarlos, no tanto de ser heredero de tales personajes en el imperio, cuanto de ser su sucesor en las costumbres y grandeza de alma. Fue nimio en el transcurso de toda su vida en ostentar que era pariente de Alejandro y de Filipo; mas hizo muy poco caso de ser su imitador en las virtudes. Por eso a proporción que su conducta fue opuesta a la de estos príncipes, fue también contraria la reputación que obtuvo entre los hombres, cuando ya grande.

Sirva de prueba, entre otras, lo que entonces hizo. No obstante de que la cólera le hacía incurrir en iguales excesos que a los etolios, y remediaba un mal con otro, jamás creyó que obraba con injusticia. Afeaba a cada paso la insolencia e impiedad de Scopas y Dorimaco, por los sacrilegios que habían cometido en Dodona y Dío; y él, autor de iguales excesos, no echaba de ver que se adquiriría el mismo concepto entre los que le oían. Quitar y arruinar los castillos de nuestros enemigos, cegar sus puertos, tomar sus ciudades, matar su gente, apresar sus navíos, talar sus frutos y otras cosas semejantes, por donde se consiga debilitar las fuerzas del contrario, aumentar las nuestras y dar nuevo vigor a nuestros propósitos, estas son leyes indispensables y permitidas por el derecho de la guerra; pero lo que no puede traer o acarrear ventaja a nuestros intereses, ni disminución a los de los contrarios cuanto a la guerra presente, esto es, por un exceso de venganza quemar templos, romper estatuas, y profanar otros adornos semejantes, esto nadie negará que es efecto de una conducta depravada y de una cólera rabiosa. Los buenos reyes no hacen la guerra para ruina y exterminio de los que los han ofendido, sino para corrección y arrepentimiento de sus faltas; ni envuelven en el castigo indistintamente a delincuentes y no delincuentes, sino que conservan y entresacan a los inocentes de los culpados. Es propio de un tirano aborrecer y ser aborrecido de sus súbditos, y a fuerza de malos tratamientos exigir por el miedo un vasallaje forzado; pero un rey, derramándose en gracias para con todos, debe hacer que a costa de su munificencia y dulzura le tribute el pueblo un respeto y obediencia voluntaria. Se echará de ver mejor el yerro que cometió entonces Filipo, al considerar qué concepto era regular hubiesen hecho los etolios si observando la

conducta opuesta no hubiera quemado los pórticos, quebrado las estatuas ni profanado los demás ornamentos. Yo no dudo que le hubieran reputado por el rey mejor y más humano. Su conciencia les hubiera representado las profanaciones hechas en Dío y Dodona, y hubieran confesado que Filipo, aunque, como dueño de obrar a su antojo, los hubiera tratado con el máximo rigor, no había hecho más de lo que debía atento a sus merecimientos; pero que por un efecto de su clemencia y magnanimidad no echó mano de semejantes medios.

De aquí se infiere que los etolios verosíblemente se hubieran condenado a sí mismos, y hubieran alabado y admirado en Filipo el ánimo regio y magnánimo con que había ostentado a un tiempo su respeto para con los dioses y su cólera para con ellos. Efectivamente, no es menos, antes es más ventajoso, vencer al enemigo con la generosidad y justicia, que con las armas en la mano. Este se rinde por necesidad, aquél por inclinación. En el uno se consigue la corrección a mucha costa, en el otro se encuentra el arrepentimiento sin dispendio. Y lo principal, que en el vencimiento de aquel tienen la mayor parte los vasallos, y en el rendimiento de éste el príncipe por sí solo se lleva todo el lauro. Acaso pretenderá alguno no echar a Filipo toda la culpa de estas impiedades, atento a su tierna edad, sino que sus consejeros y confidentes, entre otros Arato y Demetrio de Faros, tuvieron la principal parte. Mas aun en este caso no será difícil descubrir, sin haberse hallado en el lance, de cuál de los dos pudo dimanar tal consejo. Prescindiendo del método de vida de Arato, en el que no se hallará resolución alguna temeraria ni inconsiderada, y en Demetrio muchas, tenemos pruebas incontestables del carácter de uno y otro en iguales casos, de que haremos la correspondiente memoria a tiempo oportuno.

CAPÍTULO IV

Hostilizan los etolios la retaguardia de Filipo.- Ofrenda que efectúa este príncipe a los dioses en acción de gracias, y convite con que obsequia a los oficiales.- Motín en el campamento, y escarmiento de los promotores.

Habiendo cogido Filipo cuanto pudo llevar y conducir (aquí interrumpimos la narración), marchó de Termas, y regresó por el mismo camino por donde había venido. Puso en la vanguardia el botín y los pesadamente armados, y dejó en la retaguardia los acarnanios y extranjeros. Todo su anhelo era atravesar cuanto antes los desfiladeros, porque presumía que los etolios se aprovecharían de las dificultades del camino para picarle la retaguardia, como en efecto ocurrió al instante. Se reunieron hasta casi tres mil etolios al mando de Alejandro Triconiense para acudir al socorro. Mientras el rey estuvo sobre las cumbres, no se aproximaron, permanecieron sí quietos en ciertos lugares ocultos, pero lo mismo fue moverse la retaguardia, se echaron sobre Termas, y atacaron las últimas líneas. Cuanto mayor era la confusión en la retaguardia, tanto con mayor brío los etolios, favorecidos del terreno, les cargaban y mataban. Mas el rey, que tenía previsto este lance, había apostado al bajar al pie de cierta colina un trozo de ilirios y rodeleros escogidos; los cuales, acometiendo y cargando sobre el enemigo que venía en su seguimiento, mataron ciento treinta, cogieron prisioneros pocos menos, y el resto emprendió la huida sin orden por senderos extraviados. Después de esta victoria, la retaguardia prendió fuego de paso a Panfio, atravesó sin riesgo los desfiladeros, y se incorporó con los macedonios. Filipo tenía sentado el campo alrededor de Metapa, donde esperaba el último tercio del ejército. Al día siguiente que llegó, ordenó arrasarse esta ciudad, echó a andar, y acampó alrededor de Acras. Al día después prosiguió su marcha talando de paso la campiña, y sentó sus reales en Conope, donde permaneció el día inmediato. Al siguiente levantó el campo, y marchó a orillas del Aqueloo hasta Estrato; donde, atravesado el río, situó el ejército fuera de tiro, para inquietar a los de dentro. Tenía noticia de que habían entrado en esta plaza, tres mil infantes etolios, cuatrocientos caballos, y quinientos cretenses. Mas viendo que nadie osaba salir fuera, volvió a emprender su viaje, ordenando a la vanguardia marchase a Limnea, donde estaba su escuadra. Lo mismo fue separarse de la ciudad la retaguardia, que salir por el

pronto algunos caballos etolios a inquietar las últimas líneas. A éstos vinieron a reunirse los cretenses y algunos infantes etolios, los cuales, dando mayor vigor a la acción, forzaron la retaguardia macedonia a hacer frente, y venir a las manos. Al principio se peleó por ambas partes con igual fortuna; pero acudiendo los ilirios a sostener los extranjeros de Filipo, la caballería etolia y los mercenarios volvieron la espalda, y emprendieron la huida en desorden. La mayor parte fue perseguida por los del rey hasta las puertas y muros de la ciudad, en cuyo alcance mataron cien personas. Después de este choque ya no se atrevieron a moverse los de dentro, y la retaguardia se incorporó sin peligro con el ejército y los navíos. En Limnea el rey, después de haber acampado cómodamente, hizo un sacrificio a los dioses en acción de gracias por la dicha concedida a su empresa, y dio un convite a los oficiales. Se tenía por temeridad el que el rey se hubiese arrojado en un terreno tan escabroso, donde hasta entonces nadie había osado penetrar con sus armas; pero él entró y salió sin riesgo, después de haber conseguido sus propósitos. Por eso ahora, alegre en extremo, hacía este obsequio a los oficiales. Sólo Megaleas y Leoncio, que tenían tratado con Apeles embarazar todas las ideas de este príncipe, se dolían de la felicidad que había alcanzado. Pero viendo frustrados sus esfuerzos, y que las cosas habían salido al contrario, aunque tristes, concurrieron al fin con los demás convidados. A poco rato dieron que sospechar al rey y a los demás, de que no se interesaban tanto como ellos en la felicidad de las armas. Mas prontamente descubrió sus interiores la continuación de los brindis y la intemperancia en la comida y bebida, a que se vieron precisados por acompañar a los demás. No bien se había concluido el convite, cuando locos y enajenados con la borrachera, echan a buscar a Arato, le encuentran cuando se retiraba, le llenan por el pronto de improperios, y emprenden después acabar con él a pedradas. Al instante acudieron muchos a sostener uno y otro partido, y se levantó un alboroto y conmoción en el campamento. La vocería llegó a oídos del rey, quien mandó gentes para que se informasen y remediasen el desorden. Llegaron éstos, Arato les cuenta lo sucedido, pone por testigos a los circunstantes, redime la vejación, y se retira a su tienda. Por lo que hace a Leoncio, escapó entre la confusión sin saber cómo. El rey, informado del hecho, envió a llamar a Megaleas y Crinon, y los reprendió ásperamente. Pero ellos, lejos de someterse, prorrumpieron en nuevas amenazas, diciendo que no desistirían del propósito hasta haber dado a Arato su merecido. El rey, irritado con este desacato, los mandó multar al instante en veinte talentos, y llevarlos a la cárcel. Al día siguiente envió a llamar a Arato, y le exhortó a que viviese seguro de que pondría el remedio conveniente en el asunto. Leoncio, informado de lo que pasaba con Megaleas, vino a la tienda del rey acompañado de alguna tropa. Estaba persuadido a que este príncipe se atemorizaría por su poca edad y mudaría prontamente de resolución. Lo mismo fue presentarse que preguntar: «¿Quién ha tenido osadía para echar mano a Megaleas, y llevarle a la cárcel? - Yo», respondió el rey con entereza; palabra que aterró a Leoncio, le hizo dar un gran suspiro y retirarse enfurecido.

Después el rey se hizo a la vela con toda la escuadra, atravesó el golfo, y arribó en breve tiempo a Leucades. Aquí, dada orden a los que estaban encargados de la distribución del botín para que la evacuasen cuanto antes, reunió mientras sus confidentes, para examinar la causa de Megaleas. Arato entabló la acusación de éste y de sus compañeros, recorriendo la serie de sus excesos desde el principio. Hizo ver claramente que eran autores de una muerte que se había perpetrado después de la partida de Antígono, que tenían tramada una conjuración con Apeles, y que por ellos no se había tomado Pelea. A todos estos cargos, que Arato hizo palpables y demostró con testigos, no tuvo qué responder Megaleas, por lo que fue condenado a una voz por todos. Crinón permaneció en la prisión, y Leoncio salió por fiador de la multa de Megaleas. He aquí el estado de la conjuración de Apeles y Leoncio, cuyo éxito vino a ser distinto de lo que se habían prometido al principio. Creyeron que aterrarían a Arato, que dejarían al rey solo, y que obrarían después según su conveniencia; pero les salió al contrario.

CAPÍTULO V

Correrías de Licurgo, de los eleos y de Dorimaco.- Invasión y talas por Filipo en Laconia.- Pretenden los messenios unirse a Filipo, pero Licurgo se apodera de su bagaje, y los obliga a retirarse a su patria.

Al mismo tiempo (219 años antes de J. C.) regresó Licurgo de la Messenia, sin haber realizado cosa que merezca la pena de relatarse. Poco después volvió a salir a campaña, tomó a Elea, y emprendió sitiar la ciudadela, donde se habían refugiado los moradores; mas frustrados sus esfuerzos, tuvo que retirarse otra vez a Esparta.

Los eleos hicieron también correrías en el país de los dimeos. Éstos enviaron alguna caballería para su defensa, pero cayó en una emboscada y con facilidad fue puesta en huida. Muchos gálatas quedaron sobre el campo, algunos de la ciudad fueron hechos prisioneros, entre otros Polimedes, Egeo, y Agesipolis y Megacles, dimeos.

Dorimaco al principio salió a campaña con los etolios, persuadido, como hemos dicho antes, a que talaría impunemente la Tesalia y haría levantar a Filipo el cerco de Palea; pero hallando en esta provincia a Ghrisógono y Patreo dispuestos a hacerle frente, no se atrevió a bajar al llano, y se contentó con costear las laderas, hasta que, informado de la irrupción de los macedonios en Etolia, dejó la Tesalia y se dirigió con diligencia al socorro de su patria. Pero llegó cuando ya los macedonios habían salido de la Etolia: tan tardo y pesado era en todas sus cosas.

Filipo, habiéndose hecho a la vela de Leucades, taló de paso la costa de los hianteos y abordó a Corinto con toda la escuadra. Hizo pasar los navíos a puerto Lequeo, donde desembarcó los soldados, y despachó correos a las ciudades aliadas del Peloponeso, señalándolas día en que deberían todas hacer noche con sus tropas en Tegea. Dadas estas órdenes, sin detenerse un instante en Corinto ordenó marchar a los macedonios, y pasando por Argos llegó a Tegea al segundo día. Aquí tomó los aqueos que habían acudido, y condujo su ejército por las montañas con el fin de penetrar en el país de los lacedemonios sin ser apercebido. Después de cuatro días de marcha por lugares desiertos, se dejó ver sobre unas eminencias situadas frente por frente de la ciudad, y dejando a la derecha a Menelea llegó hasta la misma Amicla. Los lacedemonios, que vieron desde la ciudad pasar por delante aquel ejército, quedaron atónitos y asombrados. Se hallaban aún suspensos sus espíritus con la noticia del saqueo de Termas y demás acciones de Filipo en la Etolia. A más de esto corría cierto rumor de que Licurgo salía al socorro de los etolios; y así ni aun por el pensamiento se les había pasado el que con tanta precipitación viniese a descargar el golpe sobre ellos, mediando tanta distancia y siendo aún muy despreciable la edad del rey para semejantes empresas. Por eso un suceso tan inesperado les tenía sobrecogidos con motivo. En igual desvelo e inquietud estaban todos los enemigos de este príncipe, porque conducía sus propósitos con un ardor y viveza superior a su edad. Efectivamente, sale del corazón de la Etolia, como hemos dicho, atraviesa en una noche el golfo Amraceo y arriba a Leucades. Después de dos días de estancia en esta ciudad, se hace a la vela en la madrugada del tercero, tala en el siguiente la costa de la Etolia y fondea en Lequeo. Prosigue sin detenerse su viaje, y se deja ver al séptimo sobre las eminencias inmediatas a Menelea; de suerte que los más de los lacedemonios, sin dar crédito a lo que veían, aterrados con la novedad dudaban qué partido tomar en tales circunstancias.

El primer día acampó Filipo alrededor de Amiclas, plaza de la Laconia abundante en árboles y sazonados frutos, distante de Lacedemonia como veinte estadios. Se ve en ella un edificio consagrado a Apolo, casi el más célebre de cuantos templos tiene la provincia. La situación de la ciudad está mirando a la parte del mar. Al día siguiente hizo la tala del país y llegó al real que llaman de Pirro. Después de haber saqueado en los dos días siguientes los lugares próximos, sentó su campo delante de Carnio; de allí marchó para Asina, donde viendo cuán inútiles eran los esfuerzos que hacía contra esta plaza, levantó el sitio y corrió talando todo el país que mira al mar de Creta hasta Tenaro. Torció después la ruta y se encaminó a un astillero de los lacedemonios, llamado Gitio, que tiene un puerto seguro y dista de la ciudad treinta estadios. Dejado éste a la

derecha, fue a acampar alrededor de Elia, país que, atendidas todas sus circunstancias, es el mayor y más bello que tiene la Laconia. De aquí destacó las tropas al forraje, llevó a sangre y fuego los frutos de toda la comarca, y llegó con la tala hasta Acria, Leuca y Boea.

Los messenios, así que recibieron las cartas de Filipo que los llamaba para la guerra, no cedieron en afecto a los demás aliados. Salieron a campaña con toda diligencia, y enviaron dos mil infantes y doscientos caballos de tropas escogidas; pero lo largo del camino hizo que llegasen a Tegea más tarde que Filipo. Por el pronto dudaron qué partido tomar en tales circunstancias; mas temiendo que, por las sospechas que ya de ellos se tenía, no se atribuyese esto acaso pensado, marcharon por el país de Argos a la Laconia para incorporarse con Filipo. Llegados al castillo de Glimpia, situado sobre las fronteras de estas dos provincias, acamparon a su vista con imprudencia y descuido. Porque ni rodearon el campamento con foso y trinchera, ni eligieron lugar ventajoso, sino que satisfechos de la benevolencia de los habitantes hicieron alto sin malicia al pie de sus murallas. Licurgo, informado de la llegada de los messenios, marchó con los extranjeros y algunos lacedemonios, llegó allá al rayar el día y atacó con vigor su campamento. Los messenios, aunque en todo lo demás habían consultado mal sus intereses y sobre todo en haber pasado de Tegea sin tener el número suficiente de soldados ni querer escuchar el parecer de los peritos, con todo hicieron en el lance lo posible para defenderse. Lo mismo fue descubrirse el enemigo que abandonar al instante todo el equipaje y refugiarse prontamente al castillo. Es cierto que Licurgo se apoderó de la mayor parte de la caballería y del bagaje, pero a excepción de ocho caballeros que mató, todos los demás se salvaron. Después de este descalabro, los messenios regresaron por Argos a su patria. Licurgo, soberbio con la victoria, vino a Lacedemonia para prevenirse a la defensa, y consultó con sus amigos cómo no se dejaría salir del país a Filipo sin forzarle al trance de una batalla. Pero este príncipe, habiendo levantado el campo de Elia, continuó talando el país, y después de cuatro jornadas llegó por segunda vez a Amiclas con todo el ejército a la mitad del día.

Licurgo, dadas las órdenes a los oficiales y amigos para el combate que les aguardaba, salió de la ciudad con dos mil hombres a lo más, y se apoderó de los puestos contiguos a Menelea. Recomendó a los que quedaban dentro que estuviesen atentos para cuando se les diese la señal, y entonces se echasen fuera con prontitud por muchas partes, y ordenasen sus gentes de frente al Eurotas por la parte que este río se halla menos distante de Esparta. Tal era el estado de Licurgo y de los lacedemonios.

Pero para que la ignorancia de los lugares no confunda y oscurezca la narración, será conveniente describir la naturaleza y situación del terreno. Ésta ha sido una costumbre que hemos observado en toda la obra, para unir y conciliar los lugares desconocidos con los que ya se conocen y de que se tiene noticia. Porque como en las guerras, bien sean por mar, bien por tierra, se engañan los más por no hacer distinción de los lugares, y nuestro propósito es el que todos sepan, no tanto lo que pasó, cuanto el cómo se hizo; creemos que en ningún acontecimiento se debe omitir la descripción del sitio, y mucho menos en asuntos militares, ni dejar de expresar ciertas señales, ya de puerto, mar o isla, ya de templo, monte, denominación de país, o por último diferencia de clima, puesto que éstas son las nociones más comunes a todos los hombres, y el único medio de conducir los lectores al conocimiento de lo que ignoran, como ya hemos mencionado. La naturaleza del país de que ahora hablamos, es como sigue.

CAPÍTULO VI

Descripción de Esparta.- Desfiladero que debe atravesar Filipo, y victoria que obtiene sobre Licurgo a la vista de esta ciudad.

Considerada en general. Esparta es una ciudad de figura circular y situada en terreno llano; pero en particular se encuentran en ella lugares desiguales y sitios en declive. En la parte de Oriente la baña el Eurotas, río que por su mucho caudal es invadible la mayor parte del año. Al Oriente del

invierno, del otro lado del río, existen unas montañas, donde está situada Menelea, ásperas, escarpadas y de una elevación prodigiosa, que dominan por completo el espacio que media entre la ciudad y el río. Este intervalo, por donde transcurre el Eurotas al pie mismo de la cordillera, no se extiende más que a estadio y medio. Por este desfiladero había de pasar Filipo por precisión a su regreso, teniendo a la izquierda la ciudad y los lacedemonios prevenidos y dispuestos, y a la derecha el río y las tropas de Licurgo, que coronaban las eminencias. A más de esto, habían excogitado esta estratagema. Cegaron el río por parte arriba y dejaron que el agua cubriese el espacio que hay entre la ciudad y las montañas, con cuyo ardid, no digo la caballería, pero ni aun la infantería podía afirmar el paso. De, suerte que al rey no le quedaba otro recurso que hacer desfilas su ejército a todo lo largo del camino por la falda misma de las montañas, posición que imposibilitaba la defensa, y era entregarse en manos del enemigo. Atento a esto Filipo, después de haber consultado con los demás oficiales, determinó como lo más oportuno a la presente coyuntura desalojar ante todas las cosas a Licurgo de los puestos próximos a Menelea. Para esto tomó los extranjeros, los rodeleros y los ilirios, y cruzó el río avanzando hacia las montañas. Licurgo, que advirtió el intento de Filipo, ordena sus tropas, las anima para la acción, y da la señal a los de la ciudad. Inmediatamente los jefes de éstos sacan sus soldados, los forman en batalla delante los muros, y cubren el ala derecha con la caballería.

Así que Filipo se halló cerca de Licurgo, destacó por el pronto contra él los extranjeros, de que provino ser más ventajosos los inicios del combate a los lacedemonios, a quienes favorecían no poco las armas y el terreno. Pero apenas envió los rodeleros para sostener a los combatientes, y él con los ilirios atacó en flanco al enemigo, cuando los extranjeros, alentados con este socorro, volvieron a la carga con redoblado espíritu; y las tropas de Licurgo, temiendo la impresión de los pesadamente armados, retrocedieron y volvieron la espalda. Ciento quedaron sobre el campo, pocos más fueron los prisioneros, y el resto se refugió en la ciudad. El mismo Licurgo, seguido de pocos, escapó de noche por caminos extraviados, y penetró en Esparta. Los ilirios ocuparon las eminencias, y Filipo con la infantería ligera y los rodeleros regresó al ejército. Mientras venía Arato conduciendo la falange desde Amiclas, y ya se hallaba cerca de la ciudad cuando el rey cruzó el río para cubrirla con la infantería ligera, los rodeleros y la caballería, y dar tiempo a que los pesadamente armados desembocasen por el pie de las montañas mismas aquellos desfiladeros sin peligro. Los de la ciudad emprendieron atacar la caballería que venía al socorro; la acción fue viva, los rodeleros pelearon con arrojo, Filipo consiguió aun cuanto a esta parte una conocida ventaja, y persiguió la caballería lacedemonia hasta las puertas de la ciudad. Después el rey pasó el Eurotas sin obstáculo, y marchó a la espalda de su falange. Como era ya tarde, se vio precisado a acampar en la salida de aquellos desfiladeros.

Por casualidad las guías habían elegido este lugar para campamento, puesto que no se podía dar más a propósito para hacer una irrupción en la Laconia a la vista de la misma Esparta. Está situado a la entrada de los desfiladeros que hemos mencionado, y bien se venga de Tegea, bien de cualquiera otra parte mediterránea a Lacedemonia, se ha de pasar por él a distancia de dos estadios cuando más de la ciudad, y sobre la margen del río. El lado que mira a Esparta y a el Eurotas está defendido todo de una cordillera elevada y del todo inaccesible, sobre cuya cumbre se halla una llanura de buen terruño, abundante de aguas, y cómodamente situada para la entrada y salida de las tropas. De suerte que el que llegue a apostarse en este sitio, y a apoderarse de la colina que le domina, puede decir que está acampado a cubierto de todo insulto de parte de la ciudad, y que tiene la llave de la puerta y paso de los desfiladeros.

Filipo, después que hubo sentado aquí el real con toda seguridad, al día siguiente envió por delante el bagaje, y sacó sus tropas al llano en orden de batalla a la vista de la ciudad. Permaneció algún tiempo en esta postura; pero después doblando hacia un lado tomó la ruta de Tegea. Cuando llegó a aquel lugar donde Antígono y Cleomenes se dieron la batalla, hizo alto; y después de haber reconocido al día siguiente los puestos y haber sacrificado a los dioses sobre uno y otro monte, llamados Olimpo y Eva, fortificó la retaguardia y continuó su camino. En Tegea hizo vender el

botín, y pasando por Argos, llegó a Corinto con todo el ejército. Aquí se encontró con los embajadores de Rodas y Chío, enviados para concluir la guerra. El rey, después de haber conferenciado con ellos, disimulando su intención, les dijo que siempre había estado dispuesto, tanto ahora como antes, a un ajuste con la Etolia, y los despidió encargándoles tratasen el asunto con los etolios. Él después bajó a Lequeo y se dispuso para pasar a la Focida, donde tenía que tratar asuntos más importantes.

CAPÍTULO VII

Nuevas maquinaciones de Leoncio, Megaleas, Ptolomeo y Apeles. Escarmiento de estos traidores.

Para entonces, Leoncio, Megaleas y Ptolomeo, persuadidos aún que amedrentarían a Filipo y de este modo ocultarían sus anteriores delitos, difundieron la voz entre los rodeleros y las guardias macedonias, de que ellos se exponían a los peligros por la salud común, y con todo no se les guardaba justicia ni se les entregaba en el botín apresado la parte que tenían de costumbre. Estos discursos inflamaron la juventud, y dividida en bandos emprendió saquear las habitaciones de los cortesanos más distinguidos, forzar las puertas del palacio del rey, y quebrar las tejas. Este accidente puso en conmoción y alboroto la ciudad, y Filipo advertido vino de Lequeo con diligencia. Reúne los macedonios en el teatro, y ya con dulzura, ya con amenazas, les reprende el hecho. En medio del motín y confusión, unos eran de parecer que se echase mano y castigase a los autores, otros que se sosegase la sedición y no se tomase en cuenta lo pasado. El rey, que estaba bien enterado de las cabezas del alboroto, disimulando por entonces, afectó estar satisfecho y se retiró a Lequeo, después de haber exhortado a todos a la unión. Sosegado este tumulto, ya hubo sus dificultades en los negocios de la Focida, cuyo logro se tenía por seguro.

Leoncio, destituido de recurso por habérsele malogrado todos sus propósitos, acudió a Apeles. Le envió frecuentes cartas para hacerle venir de Chalcida, y le dio cuenta de las penas y trabajos que se le habían seguido de la desavenencia con el rey. Apeles, durante su estancia en Chalcida, había usado del poder a su antojo. Había dado a entender que el rey, joven aún, estaba sujeto en lo más a su arbitrio, que no era dueño de hacer nada, que el manejo de los negocios y la disposición de todo corría por su mano, que los magistrados e intendentes de Macedonia y Tesalia le daban a él cuentas, y que las ciudades de la Grecia, bien fuese en la formación de decretos, bien en la dispensa de honores, bien en la distribución de premios, contaban poco con la persona del rey, y sólo él era árbitro y autor de todo. Hacía tiempo que Filipo, informado de estos excesos, se lamentaba y sufría con impaciencia semejante conducta; y aunque Arato, que estaba a su lado, le instaba con maña a que pusiese remedio, él no obstante se contenía y ocultaba a todos su intención y modo de pensar. Apeles, que lejos de saber lo que contra él se maquinaba, se hallaba persuadido a que sólo con ponerse en presencia del rey lo manejaría todo a su arbitrio, partió de Chalcida a socorrer a Leoncio. A su llegada a Corinto, Leoncio, Ptolomeo y Megaleas, comandantes de los rodeleros y otros cuerpos del ejército los más distinguidos, hicieron grandes esfuerzos para empeñar la juventud a que saliese a recibirle. Efectivamente, entró en la ciudad a manera de un general, por medio de la multitud de oficiales y soldados que salieron al encuentro, y marchó sin detenerse a palacio. Quiso entrar al cuarto del rey, según tenía por costumbre; pero le contuvo un lictor que ya se hallaba prevenido, diciendo que no era hora de hablarle. Apeles extrañó la novedad, quedó suspenso por mucho tiempo, y al fin se retiró confuso. Todo aquel lucido acompañamiento desapareció al punto, de suerte que entró en su casa acompañado sólo de su familia. De este modo el hombre pasa en un instante desde la elevación al abatimiento; pero donde esto se ve con más frecuencia es en los palacios de los reyes. Ciertamente los cortesanos se asemejan a los cálculos en las mesas de los aritméticos, que reciben ya el ínfimo, ya el sumo valor, a gusto del que calcula. De igual modo los palaciegos, según la voluntad del rey, son felices o miserables en un momento. Megaleas, viendo frustrado el auxilio de Apeles contra lo que esperaba, lleno de turbación pensó ausentarse. Apeles

continuó disfrutando de la conversación del rey, consejo y del número de los que ordinariamente frecuentaban su mesa. Sin embargo, pocos días después, teniendo el rey que pasar de Lequeo a la Focida a ciertos asuntos, se le llevó consigo; pero no saliéndole las cosas como pensaba, se volvió atrás desde Elatesa.

Entonces fue cuando Megaleas se retiró a Atenas, abandonando a Leoncio que había salido por su fiador en los veinte talentos; pero mal admitido por los magistrados de esta ciudad, tuvo que volver de nuevo a Tebas. El rey se hizo a la vela de Cirra, y fondeó con sus guardias en el puerto de Sción. De aquí pasó a la ciudad, donde sus magistrados le ofrecieron alojamiento; pero él no aceptó sino el de Arato, con quien trataba de continuo, y ordenó a Apeles marchase para Corinto, Habiendo sabido después la fuga de Megaleas, despachó a Trifalia, bajo las órdenes de Taurión, a los rodeleros, en quienes mandaba antes Leoncio, aparentando que necesitaba allí de su servicio. No bien habían partido estas tropas, cuando mandó prender a Leoncio por el pago de la fianza. Los rodeleros, informados de lo que sucedía por un mensajero que éste les destacó, despacharon al rey diputados, con el ruego de que, si la prisión de Leoncio era por algún nuevo crimen, no pasase a la sentencia sin estar ellos presentes; de lo contrario, lo reputarían por un gran desprecio y notable injuria (tal era la libertad con que los macedonios hablaban siempre a sus reyes); pero que si era por la fianza que había hecho por Megaleas, ellos satisfacerían la deuda repartiéndola entre todos. Este afecto de los rodeleros no hizo sino avivar la cólera del rey y acelerar la muerte de Leoncio antes de lo que tenía pensado.

A la sazón volvieron de la Etolia los embajadores de Rodas y Chío con la noticia de haber alcanzado una tregua por treinta días y quedar dispuestos los etolios para un ajuste. Habían también señalado día fijo para el cual suplicaban al rey se encontrase en Río, asegurándole que los etolios harían cuanto estuviese de su parte por efectuar el convenio. Filipo aceptó la tregua, y escribió a los aliados previniéndoles enviasen a Patras sus diputados para tratar de la paz con los etolios. Él se hizo a la vela de Lequeo, y arribó allá al segundo día. Para entonces recibió unas cartas de la Focida, que Megaleas enviaba a los etolios, en las que les exhortaba a proseguir la guerra con tesón, pues Filipo se hallaba en el último extremo por falta de municiones; y añadía a esto varias acriminaciones y burlas, que manifestaban su rencor contra este príncipe. Leídas estas cartas, el rey conoció que Apeles era el motor de todos estos disturbios, y al punto mandó llevar preso a Corinto con buena escolta a él, a su hijo y a un joven a quien amaba. Destacó después a Alejandro para Tebas, con orden de perseguir en juicio a Megaleas por la fianza ante los magistrados. Alejandro cumplió tan exactamente su comisión, que Megaleas, sin esperar a la decisión, se dio la muerte. Por estos mismos días murió también Apeles, su hijo y el querido joven. Así terminaron estos traidores, fin proporcionado a sus delitos, y principalmente a la insolencia con que habían tratado a Arato.

CAPÍTULO VIII

Propósitos de los etolios frustrados.- Prosecución de la guerra.-- Retorno de Filipo y sus tropas a Macedonia.- Situación de Aníbal, Antíoco, Licurgo y los aqueos.

Todos los etolios se hallaban ansiosos que la paz se concertase (219 años antes de Jesucristo) Estaban cansados de una guerra que había desmentido en todo sus esperanzas. Llegaron a presumir que manejarían a Filipo como a un niño sin juicio, debido a su tierna edad y escasa experiencia; pero se hallaron con un hombre cabal, tanto en la empresa como en la ejecución de sus propósitos, y ellos se acreditaron en todas sus acciones públicas y particulares de hombres despreciables y pueriles. Luego que llegó a su noticia el alboroto de los rodeleros y la muerte de Apeles y Leoncio, dilataron y difirieron el día señalado para ir a Río, con la esperanza de que se originaría algún grave y peligroso trastorno en el palacio del rey. Filipo abrazó tanto con mayor gusto este pretexto, cuanto que fiaba del buen éxito de la guerra y había venido con ánimo de dificultar el convenio. Y así, lejos de inducir a la paz a los aliados que habían concurrido, los alentó para la guerra, y vuelto a hacerse

a la vela, se dirigió a Corinto. Aquí dio licencia a todos los macedonios para marchar por la Tesalia a invernar a sus casas. Él partió de Cencras, y costeano el Ática, vino por el Euripo a fondear en Demetriades, donde hizo cortar la cabeza en un consejo de macedonios a Ptolomeo, único cómplice que quedaba de la conjuración de Leoncio. Por entonces Aníbal, invadida la Italia, acampaba sobre el Po al frente de las legiones romanas; Antíoco, sojuzgada la mayor parte de la Cæle-Siria, había licenciado para invernar sus tropas; y Licurgo, rey de Lacedemonia, se había refugiado en la Etolia por temor de los eforos, quienes informados falsamente de que quería perturbar el Estado, se habían reunido una noche y asaltado su casa; pero él, presintiendo el golpe, había huido con su familia.

Llegado el invierno, Filipo regresó a Macedonia. Eperato, pretor de los aqueos, era aborrecido de las tropas de la república y menospreciado hasta el máximo de las extranjeras. Nadie obedecía sus órdenes, ni había disposición alguna para la defensa de las fronteras. Pirrias, a quien los etolios habían enviado por pretor de los eleos, advirtió este descuido, y tomando mil cuatrocientos etolios, los extranjeros de los eleos, y hasta mil infantes y doscientos caballos de su república, de suerte que el total ascendía a tres mil hombres, saqueó no sólo el país de los dimeos y fareos, sino también los campos de Patras. Por último, acampado sobre el monte Panachaico, que domina la ciudad de Patras, talaba todo el país que se extiende hasta Río y Egio. Las ciudades aqueas, maltratadas con la guerra y sin poder defenderse, pagaban con dificultad los impuestos. Los soldados, dilatadas y retenidas sus pagas, cumplían del mismo modo con su ministerio. De estos dos atrasos resultaron en cambio dos desórdenes: ir las cosas a peor, y desertarse las tropas extranjeras, efecto todo de la indolencia del jefe. En este estado estaban las cosas de los aqueos, cuando cumplido el año, Eperato dejó la pretura, y Arato el viejo fue puesto en su lugar al inicio de la primavera. Hasta aquí de los negocios de la Europa. Y puesto que la distinción de los tiempos y la conclusión de los asuntos nos ofrecen bella proporción de pasar al Asia a relatar los hechos ocurridos en la misma olimpiada, convirtamos la narración a aquella parte.

CAPÍTULO IX

Razones del historiador para no juntar los asuntos de la Grecia con los del Asia.- Conveniencia de sentar un buen principio a una obra.- Presunción de los escritores superficiales refutada.

En primer lugar expondremos, según nuestro primer propósito, la guerra que hubo entre Antíoco y Ptolomeo con motivo de la Cæle- Siria. No ignoramos que esta guerra duraba aún en la misma época en que se hacía la de la Grecia; pero preferimos dar a la ilación de nuestra historia este orden y esta distribución. Porque para librar de error a los lectores en la exactitud del tiempo en que cada cosa había ocurrido, creímos que les dábamos una instrucción suficiente con haberles apuntado en cada año de la dicha olimpiada, y entre las acciones de los griegos, el principio y fin de lo que sucedía en el Asia. Nada me pareció más importante para la inteligencia y claridad de la narración, que el no mezclar en esta olimpiada los hechos de la Grecia con los del Asia, sino separarlos y distinguirlos en lo posible; hasta llegar a las siguientes, en que empezaremos a tratar de cada cosa por años promiscuamente. Efectivamente, como nos hemos propuesto escribir no un hecho particular, sino todos los del universo; y en cuanto a historia, casi estoy por decir, y lo he repetido anteriormente, hemos tomado a cargo la mayor empresa que jamás se ha visto, nos ha parecido conducente poner el mayor esmero en la distribución y economía, para que en el discurso de la obra no se encuentre género de duda, ni en el todo ni en las partes. En este supuesto, recorramos ahora desde un poco más arriba los reinados de Antíoco y Ptolomeo, y procuremos sentar principios incontestables y notorios de lo que se va a decir, circunstancia la más esencial en tales casos.

Los antiguos, cuando dijeron que el principio es la mitad del todo, nos quisieron recomendar el máximo cuidado que se ha de poner en dar a cualquier obra un buen principio. Ellos creyeron haber dicho una exageración, pero en mi concepto aun se quedaron muy cortos. Cualquiera puede asegurar sin rubor que el principio no sólo es la mitad del todo, sino que tiene concernencia con el

fin. Y si no, ¿cómo comenzar bien una obra sin haber comprendido antes mentalmente el todo de la empresa, ni haber examinado de dónde la comenzará, hasta dónde la proseguirá, y con qué motivo la dará principio? ¿Cómo recapitular los hechos de un modo conveniente, sin que haya tal analogía entre el fin y el principio, que se sepa de dónde, cómo y por qué grados han llegado las cosas a tal extremo? Convengamos, pues, en que los que escriben o leen una historia universal deben poner su principal estudio en que los principios tengan no sólo conexión con los medios, sino también con los fines. Esto es lo que ahora procuraremos observar.

No ignoro que otros muchos escritores han dicho como yo, que escribían una historia universal y emprendían la mayor obra que hasta entonces se había visto. Pero a excepción de Eforo, el primero y único que se ha puesto a escribir una historia universal, de todos los demás se me dispensará el hablar o mentar sus nombres. Sólo sí diré que algunos historiadores de nuestro tiempo presumen haber hablado de todos los acaecimientos del mundo, con sólo haber referido en tres o cuatro páginas la guerra de los romanos y cartagineses. Pero ¿habrá alguno tan necio que no sepa que al mismo tiempo se realizaron muchas y sobresalientes acciones en España, África, Sicilia e Italia, y que la guerra de Aníbal, la más célebre y larga de todas, a excepción de la de Sicilia, fue de tanta consideración que puso en expectativa a todos, recelándose cada uno del éxito de sus consecuencias? Con todo, se encuentran escritores que, tocando las cosas aun con más superficialidad que la que acostumbran los pintores en ciertas repúblicas cuando simbolizan algún hecho en las paredes, presumen haber comprendido todos los acontecimientos de los griegos y de los bárbaros. La causa de esto es, que de palabra es muy fácil emprender la mayor acción, pero de obra muy difícil llevarla a cabo. Por eso lo primero, como consiste en una medianía, lo consiguen casi todos sólo con intentarlo; pero lo segundo, que raya con la perfección, es muy arduo, y aun apenas se alcanza al cabo de la vida. No he tenido otro fin en decir esto, que la jactancia con que algunos admiran sus propias producciones. Pero ahora volvamos a nuestro propósito.

CAPÍTULO X

Comportamiento lamentable de Ptolomeo Filopator, opuesto al de sus antecesores.- Ruego de Cleomenes, rey de Esparta, a Ptolomeo para su regreso a la patria, no concedido.

Apenas murió su padre, Ptolomeo Filopator quitó la vida a su hermano Magas y a sus parciales, y se apoderó del trono de Egipto (220 años antes de J. C.) Creía que su maña y el dicho fratricidio le habían liberado de los celos domésticos, y que la fortuna le ponía a cubierto de todo insulto exterior, después de haber llevado de esta vida a Antígono y Seleuco, y haber puesto en su lugar a Antíoco y Filipo, jóvenes por cierto y casi niños. Satisfecho de estas esperanzas, pasaba su reinado en continuas diversiones. No se dejaba ver ni tratar de los cortesanos y demás gobernadores de Egipto. Miraba con desprecio y descuido las potencias vecinas: asunto cabalmente sobre que sus predecesores habían velado más que sobre el gobierno interior de su propio reino. Efectivamente, dueños de la Cæle-Siria y de Chipre, tenían en respeto al rey de Siria por mar y tierra; despóticos en las ciudades, puestos y puertos más considerables que hay por toda la costa desde la Panfilia hasta el Helesponto y lugares próximos a Lisimaquia, observaban a los potentados de Asia y aun a las mismas islas; señores de Eno, Maronea y otras ciudades más remotas, estaban a la vista de lo que pasaba en Tracia y Macedonia. Así, extendiendo sus miras a más de lo que daba de sí el Egipto, y poniendo por delante de sus límites una dilatada barrera de estados, no tenían que cuidar de su propio reino. He aquí justamente por qué ponían tanta intensidad en lo que pasaba exteriormente. Pero este rey por el contrario, entregado a indecentes amores y a locas y continuas borracheras, miraba con abandono estos asuntos. ¡Qué mucho se levantasen en breve tiempo contra su vida y corona infinitos enemigos! Efectivamente, el primero de todos fue Cleomenes Espartano.

Éste, mientras vivió Ptolomeo Evergetes con quien tenía contraída alianza, estuvo quieto, persuadido a que siempre lograría de su favor el auxilio competente para recobrar el reino de sus

padres. Pero así que pasó de esta vida, y andando el tiempo, vio que los intereses de la Grecia casi le estaban llamando por su nombre; pues Antígono había muerto, los aqueos habían tomado las armas, y los lacedemonios, según su primer propósito y designio, se habían asociado con los etolios contra los aqueos y macedonios; entonces ya se vio forzado a insistir con mayor empeño en salir de Alejandría. Para esto tuvo una conferencia con el rey, a fin de que le enviase con la tropa y municiones correspondientes; pero desatendida su instancia echó mano del ruego, para que al menos le dejase ir solo con su familia, puesto que el tiempo le proporcionaba una ocasión favorable de recobrar el reino paterno. Ptolomeo, a quien los desórdenes le retraían del conocimiento de los asuntos y de extender sus vistas hacia adelante, necio e imprudente, hacía poco caso de la súplica de Cleomenes. Pero Sosibio, en quien residía la suma autoridad de los negocios, reunió un consejo, en el que después de varias contestaciones se decidió que no se dejase salir a Cleomenes con armada ni provisiones. Creían que, muerto Antígono, eran de poca importancia los negocios extranjeros, y por consiguiente sería superfluo un gasto semejante. A más de esto, temían que Cleomenes, no teniendo quien se opusiese a sus ideas después de la muerte de Antígono, sojuzgaría prontamente y sin trabajo la Grecia, y vendría a ser para el Egipto un rival poderoso y formidable, principalmente cuando conocía a fondo el estado de los negocios, estaba lleno de desprecio contra el rey, y veía muchas provincias del reino separadas y a larga distancia que le ofrecerían mil ocasiones de obrar con ventaja. Porque en efecto había en Samos bastantes navíos, y en Efeso buen número de soldados. He aquí por qué desaprobaban el pensamiento de enviar a Cleomenes con el aparato correspondiente. Por otra parte, despachar a un príncipe de su consecuencia sin haberle atendido, era adquirirse un enemigo declarado e irreconciliable, paso que no les podría traer cuenta alguna. No quedaba más arbitrio que detenerle contra su voluntad. Pero este medio fue desechado al instante de todos sin más examen, persuadidos a que no era seguro abrigar en un mismo redil al león y a las ovejas. Sobre todo, quien más temía se tomase este partido era Sosibio, por el motivo que se sigue.

CAPÍTULO XI

Razones que tuvo Sosibio, ministro de Ptolomeo, para arrestar a Cleomenes.- Ardid de que se valió para este fin.- Encarcelamiento y muerte de este príncipe.

En el tiempo en que se estaba fraguando la muerte de Magas y Berenice (220 años antes de J. C.), temerosos los autores de este atentado de que la audacia principalmente de esta princesa no malograra sus propósitos, procuraron cohechar a todos los cortesanos con ofertas que les hicieron si salían con la empresa. Entonces Sosibio, advirtiendo que Cleomenes necesitaba del auxilio del rey y que era hombre de prudencia y habilidad para asunto de importancia, lisonjeó sus esperanzas y le reveló el proyecto. Cleomenes, viendo que el principal sobresalto y recelo de Sosibio provenía de los extranjeros y mercenarios, procuró animarle, y le prometió que estas tropas, lejos de dañarle, coadyuvarían su intento. Advirtió que le había sorprendido aún más esta promesa, y le dijo: «¿No ves que entre los extranjeros hay aquí hasta tres mil peloponesiacos y mil cretenses, que a la menor señal mía ejecutarán mis órdenes? ¿Puestos éstos de tu lado, a quién temes? Sin duda a los soldados de Siria y Caria.» Este discurso agradó a Sosibio y le dio redoblado espíritu para lo que maquinaba contra Berenice; pero de allí adelante cada vez que consideraba la indolencia de Ptolomeo se acordaba de esta conversación y se le representaba a lo vivo la audacia de Cleomenes y el afecto que le profesaban los extranjeros. Por eso ahora principalmente incitaba al rey y a sus amigos a que prendiesen y encerrasen su persona. Contribuyó también a la consecución de su proyecto esta casualidad.

Había cierto Nicágoras en Messenia que por su padre tenía derecho de hospitalidad con Arquidamo, rey de Lacedemonia. En los primeros tiempos de su amistad existió poco trato entre los dos; mas cuando Arquidamo tuvo que huir de Esparta por temor de Cleomenes y acogerse a

Messenia, Nicágoras no sólo le franqueó con gusto su casa y demás necesario, sino que con el continuo trato vino a haber después entre los dos la unión y amistad más estrecha. De suerte que en la consecuencia, habiendo Cleomenes dado esperanzas a Arquidamo de que volvería y se reconciliaría con él, fue Nicágoras quien compuso estas diferencias y salió por garante de este tratado. Ratificadas sus condiciones, Arquidamo regresó a Esparta bajo la fe del convenio concertado por la mediación de Nicágoras; pero Cleomenes salióle a recibir y le quitó la vida, perdonando a Nicágoras y demás que le acompañaban. Nicágoras aparentó exteriormente que era deudor a Cleomenes de haberle perdonado, mas en su interior sintió en el alma esta perfidia, como que se le podía achacar a él la causa.

Transcurrido poco tiempo este Nicágoras llegó a Alejandría con una conducción de caballos, y al desembarcar encontró a Cleomenes Panteo e Hippitas que se andaban paseando a la orilla del muelle. Lo mismo fue verle Cleomenes que al instante le abrazó, le saludó amistosamente y le preguntó a qué venía. Y respondiendo éste que a traer caballos, «cuánto mejor hubiera sido, le dijo Cleomenes, que en vez de caballos trajeras bellos jóvenes y cantarinas, pues esto es lo que más aprecia el rey de hoy día.» Nicágoras se sonrió sin hablar una palabra. Pocos días después, habiéndoselo proporcionado con motivo de los caballos alguna más familiaridad con Sosibio, le contó el cuento que hemos dicho, y advirtiéndole que lo escuchaba con gusto, le descubrió todo su antiguo odio contra Cleomenes.

Sosibio, conociendo la enemistad que existía entre los dos, con dádivas que le hizo por el pronto y otras que le ofreció para el futuro, le indujo a que escribiese una carta contra Cleomenes y la dejase cerrada, para que a pocos días después de su mancha se la viniese a traer un criado de parte suya. Efectivamente, Nicágoras cumplió lo prometido; la carta fue entregada por el criado a Sosibio después de su salida, y éste, acompañado del portador, se la presentó al rey sin detenerse. El criado confesó que Nicágoras le había dejado aquella carta con orden de entregarla a Sosibio. Ésta contenía que Cleomenes pensaba conmover el reino si no se le enviaba con el aparato y auxilio correspondiente. De este bello pretexto se sirvió al momento Sosibio para incitar al rey y a los demás amigos a que sin dilación se custodiase y encerrase a Cleomenes. Efectivamente, se puso en ejecución y se le dio una gran casa, donde se hallaba bien custodiado, con la sola diferencia, respecto de otros prisioneros, de que vivía en una cárcel más espaciosa. En vista de esto, Cleomenes, perdida la esperanza de salvarse, decidió arriesgarlo todo, no tanto porque presumiese salir con su intento, pues se veía privado de los medios proporcionados para la empresa, cuanto porque quería morir gloriosamente y no sufrir cosa que desdijese de su valor heredado. En mi concepto, le vino también a la imaginación y le ocurrió aquel sentimiento tan frecuente en las personas magnánimas:

No moriré de manera vil y oscura,
será mi muerte decorosa y noble,
de que siempre hablará la gente futura.

Efectivamente, observó el tiempo en que el rey debía partir para Canobo, y esparció la voz entre los guardias que prontamente el rey le pondría en libertad. Con este motivo dio un convite a sus criados, y distribuyó carnes, coronas y vino entre los que le custodiaban. Éstos comieron y bebieron sin sospechar malicia alguna; y cuando ya estuvieron borrachos, Cleomenes toma a los amigos y familiares que allí tenía y salen todos a la mitad del día con sus puñales en la mano, sin que lo adviertan los guardias. Conforme iban andando encontraron en la plaza a Ptolomeo, gobernador que era entonces de la ciudad, y pasmados los que le acompañaban de tanto arrojo, le sacan a él de su carro, le encierran y exhortan al pueblo a la libertad. Pero viendo que nadie les seguía ni se ponía de su parte por lo arriesgado de la empresa, cambian de intento y se dirigen a la ciudadela. Su ánimo era forzar las puertas y valerse de los prisioneros; pero los oficiales, que habían presentido este lance, fortificaron las puertas, por lo que, malgrado también este propósito, se dieron la muerte a sí mismos con un ánimo varonil y propio de lacedemonios. De este modo acabó Cleomenes, príncipe de un trato insinuante, sagaz para manejar asuntos, y, en una palabra, nacido para mandar y dar

leyes.

CAPÍTULO XII

Pacto que hizo Teodoto, gobernador por Ptolomeo de la Cæle-Siria para entregarla a Antíoco.- Subida de este príncipe al trono.- Sublevación de Molón.- Modo de ser de Hermias, ministro de Antíoco.- Opinión de Epigenes sobre la sublevación de Molón no aprobada.- Boda de Antíoco.- Primera campaña de Molón.- Descripción de la Media.

Transcurrido poco tiempo después de este acontecimiento, Teodoto, gobernador de la Cæle-Siria, de nación etolio, decidió verse con Antíoco y hacerle entrega de las plazas de su gobierno. Dos motivos le movían a esta traición: el uno el poco aprecio que hacía del rey por su liviandad y vida afeminada; el otro, lo poco satisfecho que se hallaba de la Corte, pues no obstante de que había hecho poco antes importantes servicios a su príncipe, ya en otras materias, ya en la invasión que Antíoco acababa de realizar contra la Cæle-Siria, lejos de remunerarle con alguna gracia, por el contrario se le había llamado a Alejandría y había estado cerca de perder la vida. Efectivamente, Antíoco abrazó con gusto la propuesta, y en pocos días se arregló el convenio. Pero para proceder con la casa real de Antíoco del mismo modo que hemos hecho con la de Ptolomeo, recorreremos los tiempos desde que este príncipe entró a reinar, y proseguiremos sumariamente la narración, hasta el principio de la guerra que vamos a exponer. Antíoco, hijo menor de Seleuco Callinico, después que por muerte de su padre entró a reinar su hermano Seleuco, se retiró desde luego al Asia superior, donde vivió algún tiempo; pero muerto a traición su hermano de parte allá del monte Tauro, a donde había pasado con ejército, según hemos mencionado, volvió a ocupar el trono. Confío a Aqueo el gobierno de esta parte del monte Tauro (222 años antes de J. C.), y encomendó el mando de las provincias superiores del reino a Molón y a Alejandro, su hermano, de suerte que aquél vino a quedar por sátrapa de la Media y éste de la Pérsida. Estos dos hermanos, llenos de desprecio por la poca edad del rey, fiados de que Aqueo entraría en sus miras, y sobre todo temerosos de la crueldad y perfidia de Hermias, que se hallaba entonces a la cabeza de los negocios, emprendieron desmembrar y sustraer de la dominación de Antíoco los gobiernos del Asia superior. Hermias, cario de nación, gobernaba el Estado, por confianza que de él había hecho Seleuco, hermano de Antíoco, cuando se dirigía a la expedición del monte Tauro. Elevado a tan alta dignidad, envidiaba a todos los otros cortesanos que estaban en alguna altura. Cruel por naturaleza, interpretaba como atroces las más leves faltas y las castigaba con rigor. En los falsos crímenes que con facilidad forjaba y achacaba, se mostraba juez inexorable y severo. Pero lo que más deseaba y anhelaba era perder a Epigenes, que había vuelto a traer las tropas alistadas en favor de Seleuco. Conocía que era hombre de decir y hacer y que tenía grande autoridad entre las tropas; por eso, firme en su propósito, andaba acechando siempre cómo aprovecharse de cualquier motivo o pretexto para malquistarle. Oportunamente se reunió un consejo para tratar de la rebelión de Molón, y el rey ordenó que cada uno dijese su sentir sobre los medios que convenía tomar contra los rebeldes. Epigenes, el primero de todos, opinó de este modo: que sin dilación alguna se pusiese pronto remedio en el asunto, para lo cual debía el rey dirigirse allá ante todas cosas y presenciar por sí mismo los momentos de obrar con ventaja. De este modo los rebeldes, o no osarían, a la vista de su rey y de su ejército competente, perturbar el Estado, o dado el caso se atreviesen y persistiesen en su resolución los mismos pueblos los contendrían prontamente y reducirían a la obediencia.

Aun no había concluido de hablar Epigenes, cuando arrebatado de cólera Hermias, dijo: «Mucho tiempo ha que habéis sido oculto enemigo y traidor del reino, pero felizmente os habéis descubierto con el consejo que acabáis de dar, deseando entregar al rey, acompañado de pocos, en manos de los rebeldes.» Hermias, satisfecho por entonces con haber dado un bosquejo de la calumnia, despidió a Epigenes, aparentando que más era esto efecto de una dureza intempestiva que de un odio inveterado. Su voto se redujo a desaprobar la expedición contra Molón, ya que, poco

instruido en el arte militar, se temía algún riesgo por este lado; pero insistió en que se tomaran las armas contra Ptolomeo, persuadido a que ésta era una guerra sin peligro, a la vista de la indolencia en que el rey vivía. De este modo, atemorizado el consejo, hizo nombrar a Jenón y a Teodoto Hemiolio, por conductores de la guerra contra Molón, e incitó sin cesar a Antíoco a que debía pensar en el recobro de la Cæle-Siria. De este solo modo creía que el joven rey, rodeado por todas partes de guerras, combates y peligros, y necesitado de sus servicios, no pensaría en castigar sus delitos pasados ni en removerle de la privanza presente. Por último, fingió que le había llegado una carta de Aqueo y la presentó al rey, esta contenía que Ptolomeo instaba a Aqueo a que se apoderase del gobierno, y que él le ayudaría con navíos y dinero para la empresa si tomaba la diadema y aspiraba abiertamente a la soberanía que ya tenía en efecto, pero que, faltándole el título, parecía que rehusaba la corona que la fortuna le presentaba. El rey dio crédito a esta carta, y prontamente se dispuso para la expedición contra la Cæle-Siria.

Durante su estancia en Seleucia, cerca de Zeugma, llegó de Capadocia contigua al Euxino el almirante Diognetes, conduciendo a Laodice, hija del rey Mitrídates, doncella que venía destinada para mujer de Antíoco. Mitrídates blasonaba descender de uno de los siete persas que mataron al mago, y de haber conservado la dominación que desde el principio sus ascendientes habían recibido de Darío junto al Ponto Euxino. Antíoco salió a recibir la princesa con un lucido acompañamiento, y celebró sin dilación sus bodas con la magnificencia y aparato propio de un rey. Finalizados que fueron estos festejos, fue a Antioquía, dio a reconocer por reina a Laodice, y después sólo pensó en disponerse para la guerra.

Durante este tiempo, Molón había ya atraído a su devoción todos los pueblos de su gobierno, parte con las esperanzas que les había dado de un rico botín, parte con el terror en que había puesto a los próceres fingiéndoles cartas llenas de amenazas de parte del rey. Había también hecho entrar en sus miras a Alejandro, su hermano, y estaba asegurado de parte de los sátrapas vecinos, cuya amistad había ganado a fuerza de presentes. Con estas precauciones salió a campaña con un poderoso ejército contra los generales del rey. Jenón y Teodoto temieron su venida, y se retiraron a las ciudades. Con esto Molón, a más de que ya era antes formidable por la extensión de su gobierno, dueño ahora del país de los apoloniatas, tenía todo género de víveres en abundancia. Efectivamente, todas las crías de caballos del rey se hallan en la Media. Es infinito el número de granos y ganados que allí se encuentra. Cuanto a la fortaleza y extensión del país, toda ponderación es poca. Porque la Media está situada en el corazón del Asia, pero considerada en particular, excede a todas las otras partes en extensión y altura de montañas de que está rodeada. Señorea las naciones más fuertes y populosas. Por el lado de Oriente tiene por aledaños las llanuras de un desierto que existe entre la Pérsida y la Parrasia, domina y manda a lo que llaman las Puertas Caspias, y confina con los montes Tapiros, próximos al mar de Hircania. La parte que mira a Mediodía, toca con la Mesopotamia y los Apoloniatas, parte límites con la Pérsida, y está defendida por el monte Zagro, cuya elevación es de cien estadios. Este monte contiene en sí muchas y diversas concavidades, formadas en parte por cavernas, y en parte por valles que habitan los cosseos, corbrenas, carchos, y otras muchísimas naciones bárbaras, recomendables para el servicio de la guerra. Por la parte de Occidente linda con los Atropatios, pueblos poco alejados de los que confinan con el Ponto Euxino. Finalmente, al Septentrión la rodean los elimeos, ariaraces, caddusios y matianos, y predomina la parte del Ponto que toca con la laguna Meotis. De Oriente a Poniente la cruzan varios montes, entre los cuales yacen campos cubiertos de ciudades y aldeas.

CAPÍTULO XIII

Adelantamientos de la sublevación de Molón.- Nombramiento de Jenetes por generalísimo de las tropas.- Cruce del Tigris y exigua ventaja que logra este general.- Derrota total que sufre más tarde por Molón, y conquistas de este rebelde.

Una vez dueño Molón de este país tan acomodado para establecer su trono (222 años antes de J. C.), a más de que ya antes era formidable por la magnitud de su gobierno, ahora con la cesión que acababan de hacerle los generales del rey de todo el país abierto, y el ánimo que habían cobrado sus tropas con el buen éxito de los primeros ensayos, había esparcido el terror por todas partes y todos los pueblos del Asia desconfiaban poder hacerle resistencia. Su primer propósito fue pasar el Tigris y poner sitio a Seleucia; mas estorbado el paso del río por Zeuxis, que había quitado todos los barcos, tuvo que retirarse al campo que llaman de Ctesifón, donde acumuló víveres para pasar el invierno. Así que el rey supo los progresos de Molón y la retirada de sus generales, hizo ánimo a desistir de la guerra contra Ptolomeo, y volver sus armas contra este rebelde, por no dejar pasar la ocasión. Pero Hermias, tenaz en su primer propósito, envió por generalísimo de las tropas contra Molón a Jenetes Aqueo. «Basta, decía, que los generales hagan la guerra contra los rebeldes; pero contra los reyes es preciso que el mismo rey presencie las deliberaciones y los combates, como que en ellos va el sumo imperio.» Como gobernaba al joven rey a su arbitrio, continuó adelante, reunió las tropas en Apamea, desde donde levantó el campo, y se dirigió a Laodicea. De aquí el rey partió con todo el ejército, y cruzando el desierto penetró en un valle llamado Marsia, que situado entre los pies del Líbano y el Antilíbano, viene a quedar reducido a un desfiladero por estos montes. En lo más estrecho de este paso se hallan unos pantanos y lagunas, donde se cogen cañas odoríferas.

Este desfiladero está dominado por ambos lados de dos castillos, el uno llamado Brochos, y el otro Gerra, que no dejan más que un estrecho camino. El rey, tras de muchos días de marcha por este valle, y haber reducido a la obediencia las ciudades vecinas, llegó a Gerra, donde hallando que Teodoto el Etolio tenía tomados con anticipación los dichos castillos, había fortificado el estrecho de la laguna con fosos y trincheras, y guarnecido con piquetes los sitios ventajosos; al principio pensó atacarle, pero como la fortaleza del lugar y la entereza en que estaba aún Teodoto le ocasionaban a él más daño que el que hacía, tuvo que desistir de su empeño. Y así, en medio del grande embarazo en que se hallaba, lo mismo fue recibir la noticia de que Jenetes había sido completamente derrotado y Molón había sometido todos los gobiernos del Asia superior, al instante dejó esta empresa, y marchó al socorro de sus propios estados. Jenetes, que como hemos dicho anteriormente había sido enviado por generalísimo de las tropas, apenas se vio con mayor poder que el que esperaba, empezó a tratar con desprecio a los amigos y a proceder temerario con los enemigos. Mudó, sin embargo, el campo a Seleucia, y habiendo llamado a Diógenes y a Pitiades, el uno gobernador de la Susiana, y el otro del mar Rojo, sacó sus tropas a campaña; y atrincherado con el Tigris, se apostó al frente del enemigo. Supo por muchos desertores que pasaban a nado desde el campo de Molón al suyo, que si cruzaba el río, todo el ejército de Molón se pondría de su parte, porque las tropas aborrecían a éste y amaban entrañablemente a Antíoco. Alentado con estas esperanzas, pensó pasar el río, simulando querer tenderle un puente por cierto sitio que formaba una especie de isla; pero como no disponía nada de lo necesario para este efecto, Molón cuidaba poco del propósito que fingía. Después puso gran empeño en reunir y aparejar barcos, entresacó de todo el ejército la gente más esforzada de infantería y caballería, y dejando a Zeuxis y a Pitiades para defensa del real, marchó de noche como ochenta estadios por bajo del campamento de Molón, pasó sus tropas sin obstáculo en los bateles, y se apostó antes del día en un lugar ventajoso, bañado por todas partes del río, a excepción de una que estaba defendida por lagunas y pantanos.

Molón, que advirtió lo que pasaba, destacó su caballería para impedir a los que pasaban y acabar con los que ya habían pasado. Mas el poco conocimiento del terreno la hizo aproximar tanto a Jenetes, que no precisó de enemigos para su ruina. Ella misma se sumergió y precipitó en los pantanos, con lo que, imposibilitada de obrar, pereció en gran parte. Jenetes, persuadido a que con sólo acercarse se pondrían de su parte las tropas de Molón, echó a andar lo largo del río, y acampó contiguo al enemigo. Entonces Molón, bien fuese por estratagema, bien por sospecha de que no sucediese en efecto lo que Jenetes se prometía, deja en el real todo el bagaje, levanta el campo durante la noche, y hace una marcha forzada hacia la Media. Jenetes, que creyó que Molón huía temeroso de su llegada, y poco satisfecho de la fe de sus soldados, se apodera con prontitud del

campamento de los contrarios, y hace pasar a él su caballería y bagajes desde el otro campo que cuidaba Zeuxis. Reúne después el ejército; le exhorta a que confíe y conciba buenas esperanzas de la empresa, pues Molón había vuelto la espalda. Finalmente, les ordena que se cuiden y prevengan, porque al amanecer ha de seguir el alcance del enemigo.

La tropa, llena de confianza y abundante en todo género de provisiones, se entrega a la glotonería y borrachera, y, por consiguiente, al abandono que traen consigo estos excesos. Pero Molón, tras de haber andado un largo espacio, hace que tomen un bocado las tropas, vuelve sobre sus pasos, halla los enemigos desmandados y borrachos y ataca al amanecer su campamento. Jenetes, aunque le sobrecogió lo inopinado del caso y le fue imposible despertar a sus soldados aletargados con el vino, él, sin embargo, salió al enemigo con imprudencia y perdió la vida. A la mayoría de los que dormían sirvió de sepulcro su propia cama, el resto se arrojó al río e intentó pasar al campamento que estaba a la margen opuesta, pero los más fueron despojo de las aguas. En una palabra, todo era confusión, todo tumulto en los dos campos. Los soldados se hallaban aterrados y muertos de miedo, y como el campamento de la margen opuesta estaba a la vista y no había más distancia entre uno y otro que lo ancho del río, el amor a la vida hacía olvidar el ímpetu y peligro de la corriente. Era tal la enajenación y el deseo de salvarse, que todos se arrojaban al agua y echaban allá las bestias con sus equipajes, como si el río, por una cierta providencia, hubiese de coadyuvar sus intentos y pasarlos sin peligro al otro lado. De esto provenía que el río representaba el espectáculo más trágico y extraño, pues entre los nadadores fluctuaban los caballos, las bestias, las armas, los cadáveres y todo género de equipajes.

Dueño Molón del campo de Jenetes, cruzó después el río sin riesgo ni impedimento por haber huido Zeuxis, y se apoderó asimismo del campamento de éste. Realizado esto, marchó con el ejército para Seleucia, y tomándola por asalto por haberla abandonado Zeuxis y Diomedón, su gobernador, pasó adelante y sojuzgó las provincias del Asia superior sin hallar resistencia. Señor de Babilonia y del gobierno del mar Rojo, fue a Susa, de la que se apoderó también por asalto, pero fueron inútiles sus esfuerzos contra la ciudadela. Diógenes se había adelantado y metido en ella, por lo cual tuvo que desistir del empeño. Sin embargo, dejó gentes que la sitiase, y él con el ejército volvió a tomar el camino de Seleucia sobre el Tigris. Aquí, después de haber refrescado sus tropas con grande esmero y haberlas animado para las expediciones ulteriores, sojuzgó toda la ribera del río hasta Europa y toda la Mesopotamia hasta Duras.

CAPÍTULO XIV

Determina Antíoco marchar contra Molón por consejo de Epigenes.- Asesinato de éste por Hermias.- Opinión de Zeuxis por la cual se decide el rey a cruzar el Tigris.- Propósito de Molón de sorprender de noche el ejército del rey, pero sin resultado.

El conocimiento de esta derrota (221 años antes de J. C.), hizo renunciar a Antíoco las esperanzas que tenía sobre la Cæle-Siria y convertir sus miras contra este rebelde. En esta situación volvió a reunir el consejo y ordenó que cada uno dijese su parecer sobre el modo de disponer la guerra contra Molón. Epigenes tomó también el primero la palabra, y dijo que ya hacía tiempo que, según su sentir, se había de haber marchado contra el enemigo antes que hubiese hecho tales progresos; pero, esto no obstante, aun ahora insistía en lo mismo. Hermias, arrebatado como antes de una cólera inconsiderada y audaz, le llenó de oprobios, sin olvidarse al paso de hacer vanamente el elogio de sí mismo. Formuló mil cargos improbables y falsos a Epigenes, y suplicó al rey no hiciese caso de un consejo tan imprudente, ni desistiese del proyecto que había formado contra la Cæle-Siria. Esto chocó a todos y enfadó a Antíoco, quien, aun después de muchas instancias para conciliarlos, apenas pudo sosegar la contienda. Aprobado por todos el parecer de Epigenes, como más urgente y ventajoso, se decidió llevar las armas contra Molón y preferir este partido. No bien fue tomada la decisión, cuando de repente condescendió Hermias, y como si fuera diverso hombre

dijo que, pues estaba decidido era indispensable ejecutarlo todo sin excusa, y dedicó todos sus cuidados a las prevenciones de la guerra.

Así que se congregaron las tropas en Apamea, se originó un levantamiento por ciertas pagas que se les estaban debiendo. Hermias, observando cuán consternado y temeroso se hallaba el rey con una conmoción en tan críticas circunstancias, se ofreció a satisfacer las raciones al ejército con sola la gracia de que no fuese a la expedición Epigenes, pues no era dable obrar de concierto en esta campaña habiendo precedido tal enemistad y discordia entre los dos. El rey escuchó la propuesta con indignación, como que apreciaba infinito el que le acompañase Epigenes, a causa de su pericia en el arte militar; pero rodeado y prevenido de los tesoreros de ejército, de las guardias y demás sirvientes que la malicia de Hermias había ganado, no fue dueño de sí mismo, cedió a las circunstancias y concedió lo que le pedía.

Retirado Epigenes según la orden de Apamea, los que componían el consejo se consternaron con este golpe; pero las tropas, por el contrario, lograda su pretensión, cambiaron de ánimo e inclinaron su afecto al autor de la satisfacción de sus sueldos. Solos los cirrestas, en número de seis mil, se amotinaron, se separaron del ejército y dieron bien que hacer a Antíoco durante mucho tiempo; pero finalmente, vencidos en batalla por uno de los generales del rey, perecieron los más, y los que sobrevivieron se rindieron a discreción. Hermias, después de haber intimidado los confidentes del rey y haberse granjeado el afecto de las tropas, levantó el campo y marchó con Antíoco. No satisfecho con esto, fraguó después otra traición contra Epigenes, valiéndose de Alexis, a cuyo cargo se hallaba la ciudadela de Apamea. Fingió una carta como enviada por Molón a Epigenes, y habiendo cohechado a uno de los criados de éste con grandes promesas, le persuadió la llevase a su amo y se la mezclase entre otros papeles. Realizado esto, fue allá al instante Alexis y le preguntó si había recibido alguna carta de Molón. Epigenes negó el hecho con indignación. Entonces Alexis, sin más ni más, entra a registrar la casa, encuentra la carta, y bajo este pretexto mata al punto a Epigenes. Esta muerte se la describió al rey como justa; pero a los cortesanos, aunque les contenía el miedo, les pareció sospechosa.

Luego que llegó Antíoco al Éufrates y se incorporó con las tropas, volvió a proseguir su marcha y llegó a Antioquía, en la Migdonia, a la entrada del invierno, donde permaneció hasta pasar la fuerza y rigor de la estación. Después de cuarenta días de estancia, pasó a Liba, donde tuvo un consejo para saber por qué camino se había de ir contra Molón, que se hallaba entonces acampado en los alrededores de Babilonia, y cómo y de dónde se habían de acarrear víveres para el viaje. Hermias fue de parecer que se marchase a lo largo del Tigris, a fin de llevar el ejército apoyado por un lado de este río, y por el otro del Licos y el Capros. Zeuxis, aunque le aterraba la viva imagen de la muerte de Epigenes para dar libremente su voto, sin embargo, a la vista de ser tan clásico el error de Hermias, se aventuró, aunque con repugnancia, a aconsejar que se debía pasar el Tigris. Para esto alegaba que, de hacerse la marcha por la orilla del río, a más de otras dificultades, había la de que, tras de haber anclado un largo camino y haber cruzado un desierto durante seis días, por precisión se había de venir a parar al foso real, al cual, una vez tomado con anticipación por los enemigos, el pasar adelante sería imposible y el volver atrás por el desierto infaliblemente ruinoso, por la escasez de víveres que sufría el ejército. Pero por el contrario, de pasar del otro lado del Tigris, era indudable que los moradores del país apoloniático, arrepentidos, llamarían a su rey, pues la obediencia que ahora prestaban a Molón no era efecto de la voluntad, sino de la necesidad y temor: que la fertilidad del país proveería al ejército abundantemente de lo necesario; y lo principal que, cortada a Molón la retirada para la Media, y privado de víveres, se le forzaría a venir a un riesgo, y cuando no quisiese abrazar este medio, las tropas se pasarían al momento al partido de su rey.

Aprobado el parecer de Zeuxis, al punto se dividió el ejército en tres trozos, y por otras tantas partes del río pasó la gente y el bagaje. Después se tomó el camino de Duras, que a la sazón se hallaba sitiada por uno de los generales de Molón, y al instante se la liberó del cerco. Se levantó el campo sin dilación de esta plaza, y superado el Orico al octavo día, se llegó a Apolonia. Molón, advertido de la llegada del rey, poco satisfecho por una parte de la fe de los pueblos de Susiana y

Babilonia, que acababa de someter recientemente y de un modo extraordinario; por otra, receloso de que no le cortasen la retirada a la Media, decidió tender un puente al Tigris y pasar del otro lado sus tropas, a fin, si podía, de prevenir a Antíoco en las montañas de la Apoloniátida, por la mucha confianza que tenía en los honderos llamados cirtios. Efectivamente, puso en ejecución lo decidido, y marchó allá con diligencia y sin detenerse. Pero al tiempo mismo que él se iba aproximando a aquellos lugares, venía también marchando el rey desde Apolonia con todo el ejército, de que provino que los armados a la ligera, que uno y otro habían destacado por delante, se encontrasen a un tiempo sobre aquellas eminencias. Al principio vinieron a las manos y probaron mutuamente sus fuerzas, pero al avistarse las dos armadas desistieron, y retirados a sus respectivos campamentos hicieron alto a cuarenta estadios los unos de los otros. Llegada la noche, Molón, considerando cuán aventurado y repugnante era a unos rebeldes pelear cara a cara y a la luz del día contra su rey, pensó atacar a Antíoco por la noche. Para ello entresacó los más aptos y esforzados de todo el ejército, y reconoció varios puestos, con el fin de caer sobre el enemigo desde parte superior; pero sabiendo en el camino que diez jóvenes se habían pasado al cuartel de Antíoco, desistió del intento. Volvió prontamente sobre sus pasos, y con su llegada al amanecer al campo, todo el ejército se llenó de confusión y alboroto. Poco faltó para que los que habían quedado en el real, asombrados entre sueños con la vuelta de sus compañeros, no abandonasen el campamento. Molón hizo cuanto pudo para sosegar este sobresalto.

CAPÍTULO XV

Disposición de los dos ejércitos para la batalla.- Victoria lograda por el rey, y castigo de los rebeldes. Incursión de Antíoco contra Artabazanes y sumisión de éste.- Castigo de los crímenes de Hermias.

Hallándose ya el rey resuelto a pelear, lo mismo fue rayar el día (221 años antes de J. C.), que sacar sus tropas de los reales. Situó sobre el ala derecha, primero la caballería de lanza al mando de Ardis, personaje de acreditado valor en las funciones militares; contiguo a ésta puso los aliados de Creta, después los tectosages gálatas, sucesivamente los extranjeros y mercenarios griegos, y finalmente la falange. Sobre el ala izquierda colocó la caballería llamada los compañeros del rey. Los elefantes, en número de diez, fueron dispuestos al frente del ejército a cierta distancia. La tropa subsidiaria de infantería y caballería fue distribuida sobre ambas alas, con orden de cercar al enemigo, después de empeñada la acción. Recorrió después las líneas, animándolas brevemente a cumplir con su obligación, dio el mando del ala izquierda a Hermias y Zeuxis, y se encargó él de la derecha.

Molón, a pesar de que sacó sus tropas con disgusto y las formó tumultuariamente, a causa del desorden de la noche precedente; no obstante dividió su caballería sobre las dos alas, adaptándose a la formación del enemigo; situó en el centro los rodeleros, los gálatas, y, en una palabra, toda la infantería pesadamente armada: colocó sobre una y otra ala a los lados de la caballería los flecheros, honderos y todo género de infantería ligera; y puso al frente del ejército los carros armados de hoces a cierta distancia. Encargó el mando de la izquierda a su hermano Neolao, y él se tomó el de la derecha.

Después de esto se empezó la acción. El ala derecha de Molón conservó la fidelidad, e hizo una defensa vigorosa contra Zeuxis; pero la izquierda, lo mismo fue verse a presencia de su rey que pasarse a su partido: acción que, al paso que abatió al ejército de Molón, infundió nuevo espíritu al del rey. Molón, considerando que los suyos le habían abandonado, y que ya se veía atacado por todos lados, se le representaron los castigos que le esperaban si era hecho prisionero y vivo, y se dio la muerte a sí mismo. Igualmente todos los que habían tenido parte en la rebelión se retiraron a sus casas, y tuvieron el mismo fin. Neolao, así que escapó del combate, se fue a la Pérsida a casa de Alejandro, hermano de Molón, degolló a la madre e hijos de éste, hizo consigo lo mismo y

persuadió igual acción a Alejandro. El rey, saqueado el campo del enemigo, ordenó poner sobre una picota el cadáver de Molón en el lugar más manifiesto de la Media. Los comisionados ejecutaron al punto la orden, lo llevaron a la Calonítida, y lo clavaron a una cruz en la subida del monte Zagro. Antíoco, después de hecha una severa reprensión a las tropas, las dio su mano en señal de perdón, y las señaló gentes que las condujesen a la Media y tranquilizasen el país. Él, mientras, bajó a Seleucia, y sosegó los gobiernos del contorno, usando con todos de suavidad y prudencia. Por lo que hace a Hermias, siempre cruel según su costumbre, acumuló varios delitos a los de Seleucia, multó la ciudad en mil talentos, desterró a los magistrados llamados Diganes, mutiló, mató, atormentó y perdió a muchos de sus moradores. El rey en parte aprobó, aunque con repugnancia, lo dispuesto por Hermias; en parte tomó por su cuenta los negocios, con lo que sosegó la ciudad, y con la multa de solos ciento cincuenta talentos que les impuso en castigo de su yerro, restableció la tranquilidad. Arreglados estos asuntos, dejó a Diógenes por gobernador de la Media, y a Apolodoro de la Susiana. Tuchón, primer secretario y comandante de ejército, fue enviado a las inmediaciones del mar Rojo. Así calmó la rebelión de Molón, y se aquietaron las alteraciones que de ella se siguieron en el Asia superior. Soberbio Antíoco con tan feliz suceso, y deseoso de amedrentar y aterrar los príncipes bárbaros confinantes con sus dominios, para que en la consecuencia no tuviesen atrevimiento de tomar las armas ni auxiliar a sus rebeldes, decidió salir a campaña contra ellos. Su primer propósito fue contra Artabazanes, que parecía el más poderoso y sagaz, y dominaba a los atropatios y otras naciones próximas. Hermias, aunque recelaba de la expedición contra estos pueblos del Asia superior, por el peligro que podría resultar, y deseaba con ansia convertir las armas contra Ptolomeo según su primer propósito; sin embargo, al punto que supo que al rey había nacido un hijo, consintió en la expedición, presumiéndose que podría muy bien ocurrirle alguna fatalidad en esta guerra contra los bárbaros, o que se le podrían presentar ocasiones de quitarle la vida. Se hallaba persuadido a que, quitando de en medio a Antíoco, sería tutor de su hijo, y dueño absoluto del gobierno. Decidida la expedición, se pasó el monte agro, y se invadió el país de Artabazanes. Esta región toca con la Media, y sólo hay de por medio unas montañas. Domina al Ponto por aquel lado por donde desemboca el río Fasis. Confina con el mar de Hircania. Sus naturales son robustos, y sobre todo los caballos. Abunda en todo género de aparatos para una guerra. Este reino se había conservado desde los persas, porque no se había hecho caso de él en tiempo de Alejandro. Artabazanes, que a la sazón era muy viejo, temió la llegada del rey, cedió al tiempo, y concertó un tratado con las condiciones que quiso Antíoco.

Firmada esta paz, Apolofanes, médico a quien el rey tenía en gran estima, viendo que ya no se podía sufrir la soberbia y poder de Hermias, llegó a temer por la vida del rey, y mucho más a recelar la suya propia. Por eso, cuando halló ocasión de sacar la conversación al rey, le exhortó a que no se descuidase a que viviese con temor de la audacia de Hermias, y a que no difiriese tanto el remedio que acaso le sobreviniese igual fatalidad que a su hermano. Le aseguró que el peligro se hallaba lejos, que debía atender y acudir con prontitud a su salud y a la de sus amigos. Antíoco confesó que aborrecía y temía a Hermias, y dio gracias al médico porque, solícito de su salud, se había atrevido a hablarle sobre el asunto. Apolofanes cobró nuevo aliento al ver que no había desagradado al rey la noticia, antes bien era conforme a sus ideas. Y así, no bien le rogó Antíoco que contribuyese no sólo con las palabras, sino con las obras a la conservación de su salud y la de sus amigos, cuando le halló pronto para todo. Después de conferenciado el asunto, Fse pretextó que el rey padecía vahídos de cabeza, para separar de su lado por unos días las guardias y demás gentes que solían servirle. De este modo hubo proporción para que entrasen a visitarle aquellos amigos con quienes se quería comunicar privadamente el negocio. Ya que hubo la gente conveniente para jugar el lance (bien que todos se ofrecían con gusto por el odio que tenían a Hermias), se pasó a la ejecución. Para ello mandaron los médicos que saliese el rey a paseo al amanecer para tomar el fresco. Hermias y todos los confidentes que tenían noticia de la conjuración vinieron a la hora señalada; pero los demás vinieron tarde, por ser tan irregular la salida del rey respecto de lo que acostumbraba. Efectivamente, sacaron a Hermias del campamento, y cuando estuvieron en un sitio desamparado,

el rey se separó un poco del camino, como para hacer una diligencia, y le dieron de puñaladas. Así acabó la vida Hermias, castigo que aún no igualaba a sus excesos. Libre Antíoco de tanto sobresalto y embarazo, tomó la ruta para la corte. En todos los pueblos por donde pasaba no se oía sino elogios de sus acciones y empresas, pero sobre todo de haberse deshecho de Hermias. Al mismo tiempo, en Apamea las mujeres quitaron la vida a su esposa, y los muchachos a sus hijos.

CAPÍTULO XVI

Sublevación de Aqueo contra Antíoco y sus primeras conquistas.- Consejo de guerra sobre la incursión contra Ptolomeo.- Voto de Apolofanes sobre que se debía en primer lugar tomar a Seleucia.- Ubicación y escalada de esta ciudad.

De regreso en la corte Antíoco (220 años antes de J. C.), y puestas sus tropas en cuarteles de invierno, despachó una embajada a Aqueo para reprenderlo y afearle, en primer lugar la osadía de haber ceñido la diadema y haberse proclamado rey, y en segundo para advertirle que estaba enterado de la alianza que tenía con Ptolomeo, y de otros muchos excesos a que le había conducido su injusticia. Efectivamente, Aqueo se había llegado a persuadir que en la expedición contra Artabazanes podría muy bien ocurrir a Antíoco alguna fatalidad, o caso que no le ocurriese, se prometía, por la gran distancia que mediaba, invadir con anticipación la Siria, y con la ayuda de los cirrestas que habían abandonado el partido del rey, apoderarse rápidamente del reino. Con este propósito había salido de Lidia al frente de su ejército, llegó hasta Laodicea en Frigia, se ciñó la corona, tuvo la osadía de proclamarse rey y escribir como tal a las ciudades, estimulándole a esto principalmente un desterrado llamado Siniris. Iba continuando sin interrupción su camino, y ya se hallaba cerca de Licaonia, cuando se amotinaron las tropas, disgustadas de que se las llevase contra su rey natural. Aqueo, que advirtió la mudanza de espíritus en sus soldados, desistió de la idea proyectada; y para persuadirles que jamás había sido su ánimo invadirla Siria, torció el camino y taló la Pisidia, donde hecho un rico botín, con que ganó el afecto y confianza de su ejército, regresó a la corte.

Antíoco, bien instruido de todos estos excesos, despachaba continuos pliegos para Aqueo, llenos de amenazas, como hemos apuntado; pero le llevaban toda la atención las prevenciones de la guerra contra Ptolomeo. Con este fin, llegada la primavera, reunió sus tropas en Apamea, y consultó con sus amigos sobre él cómo se había de atacar la Cæle-Siria. Después de haberse disertado largamente sobre este particular, sobre la naturaleza de los lugares, sobre los preparativos y lo mucho que podría contribuir para esto una armada, Apolofanes, de quien anteriormente hicimos mención, natural de Seleucia, refutó todos los votos precedentes. Dijo que era una necedad anhelar tanto por la conquista de la Cæle-Siria, y entretanto mirar con indiferencia que Ptolomeo poseyese a Seleucia, silla y domicilio, digámoslo así, de los dioses Penates del imperio; que prescindiendo de la ignominia que causaba al reino verla guarnecida por los reyes de Egipto, podía acarrear grandes y conocidas proporciones para el buen éxito de los negocios; que mientras estuviese en poder de los contrarios sería un obstáculo invencible a todos los propósitos, pues a cualquier parte que el rey pensase llevar sus armas, no menos debería providenciar y cuidar de poner en buen estado las plazas de su reino, por el daño que le podía provenir de esta ciudad, que de hacer preparativos contra los enemigos. Pero una vez tomada Seleucia, su bella situación era tal, que no sólo serviría de defensa al reino, sino que contribuiría muchísimo al logro de cualquier otro designio o proyecto por mar o tierra. Aprobado unánimemente el parecer de Apolofanes, se decidió tomar ante todo a Seleucia, plaza que hasta entonces había tenido guarnición egipcia, desde que Ptolomeo Evergetes, irritado contra Seleuco por la muerte de Berenice, había marchado contra la Siria y se había apoderado de ella.

Tomada esta decisión, Antíoco ordenó al almirante Diognetes que marchase con una escuadra a Seleucia; él, mientras, partió de Apamea con el ejército y acampó junto al circo, a cinco estadios de

distancia de la ciudad. Despachó también a Teodoto el Hemiolio con las fuerzas correspondientes a la Cæle-Siria, para que si, apoderase de los desfiladeros y estuviese a la mira de sus intereses. La situación de Seleucia y naturaleza de sus alrededores es como se sigue. Yace esta ciudad sobre el mar, entre la Cicilia y la Fenicia. Tiene contiguo a ella un monte muy elevado, llamado Corifeo. En la falda occidental de esta montaña vienen a estrellarse las olas del mar, que separan a Chipre de la Fenicia; y la oriental domina el país de Antioquía y Seleucia. La ciudad está mirando hacia la parte meridional, separada de la montaña por un barranco profundo e impenetrable. Uno de sus lados toca con el mar, y por casi todas las demás partes está rodeada y ceñida de precipicios y peñascos escarpados. Por la parte que la baña el mar se encuentra una llanura, donde está la plaza del comercio y el arrabal bien guarnecido de murallas. El restante espacio de la ciudad se halla igualmente defendido de costosos muros, y por dentro adornado de magníficos templos y edificios. Por el lado del mar sólo tiene una entrada a manera de escalera, hecha a mano y cortada con frecuentes y continuas gradas y escalones. A poca distancia de la ciudad desagua el Orontes, río que tomando su origen en las inmediaciones del Líbano y Antilíbano, transcurre por el llano de Amica, viene a Antioquía por donde cruza, y recogiendo en sus aguas todas las inmundicias de esta ciudad, desemboca por último en el antes mencionado mar no lejos de Seleucia.

El primer paso de Antíoco fue enviar emisarios, que ofreciesen dinero y magníficas esperanzas a los principales, si de buenas a primeras le entregaban a Seleucia. Fueron inútiles sus persuasiones para con los magistrados principales, pero corrompió algunos de los subalternos, bajo cuya confianza dispuso su armada, como que iba a atacar la ciudad por el lado del mar con la escuadra, y por el lado de tierra con las tropas del campo. Dividió su ejército en tres trozos, y después de haberlos animado como lo pedía la ocasión, y haber publicado grandes premios y coronas, tanto a los simples soldados, como a los oficiales que se señalasen, encargó a Zeuxis y a las tropas de su mando la puerta que conduce a Antioquía, apostó a Hermógenes junto al templo de Cástor y Pólux, y comisionó el ataque del puerto y del arrabal a Ardis y Diognetes, a causa de haberse convenido entre Antíoco y los de dentro que, una vez ganado por fuerza el arrabal, ellos le entregarían después la ciudad. Dada la señal, se avanzó por todas partes con vigor y esfuerzo; pero el ataque más vivo fue el de Ardis y Diognetes, porque por las demás partes no se podía llegar a la escalada, si no se iba gateando y peleando al mismo tiempo; al revés de lo que pasaba por el lado del puerto y del arrabal, que se podía llevar, fijar y arrimar sin riesgo las escalas. Y así atacado con vigor el puerto por la escuadra, y escalado el arrabal por Ardis, al punto se rindió éste a la vista de la imposibilidad que había de ser socorrido por los de la ciudad, a quienes amenazaba por todas partes el mismo riesgo. Tomado el arrabal, sin dilación los magistrados inferiores que Antíoco había sobornado, acudieron a Leoncio, en quien residía la suprema autoridad, para que enviase a tratar de paces con el rey antes que fuese tomada la ciudad por asalto. Leoncio, ignorante del soborno de sus subalternos, y asombrado de ver su consternación, envió diputados para que trataran con el rey sobre la seguridad de todos los que se hallaban dentro de la plaza. El rey aprobó la condición, y prometió no hacer daño a las personas libres, en número de seis mil. Tomada después la ciudad, no sólo perdonó a los libres, sino que restituyó a su patria los desterrados y los restableció en el goce de su gobierno y haciendas; mas puso una buena guarnición en el puerto y en la ciudadela.

CAPÍTULO XVII

Conquistas de Antíoco en la Cæle-Siria.- Medio que emplean los ministros de Ptolomeo para contener los adelantamientos de Antíoco.- Número de tropas que éstos reclutan.

Todavía no había concluido de solucionar el rey estas cosas (219 años antes de J. C.), cuando llegó un correo de Teodoto, que le llamaba con instancias para entregarle la Cæle-Siria. Este aviso dejó perplejo y dudoso al rey sobre el partido que había de tomar y uso que había de hacer de la noticia. Ya hemos dicho que Teodoto, de nación etolio, a pesar de haber hecho señalados servicios

al rey Ptolomeo, lejos de haber merecido alguna recompensa, había estado cerca de perder la vida; y que cuando Antíoco se dirigía a la expedición contra Molón, este Teodoto, no esperando ya cosa buena de parte de su rey, y con desconfianzas de parte de los cortesanos, después de haberse apoderado por sí de Ptolemaida y haber matado a Tiro por medio de Panetolo, había llamado a Antíoco con grandes instancias. Bajo este supuesto, Antíoco desistió de los propósitos que tenía contra Aqueo, y dejando todo otro pensamiento, levantó el campo y echó a andar con el ejército por el mismo camino que anteriormente. Cruzó el valle de Marsias, y sentó su campo en los desfiladeros próximos a Gerra, junto al lago que está de por medio. Aquí, con la noticia que tuvo que Nicolao, comandante de las tropas de Ptolomeo, iba marchando a Ptolemaida a sitiar a Teodoto, dejó la infantería pesadamente armada, con orden a sus jefes de que pusiesen sitio a Brocos, castillo situado entre el lago y el camino; y él, seguido de los armados a la ligera, marchó a Ptolemaida a liberarla del asedio. Nicolao, que ya se hallaba informado anteriormente de la llegada del rey, se retiró del cerco, y destacó a Lagoras, cretense, y a Dorimenes, etolio, para que se apoderasen de los desfiladeros de Berito. Mas Antíoco marchó allá al momento, los derrotó y sentó allí su campo.

Allí le llegaron las demás tropas, y después de una exhortación conveniente a los propósitos que premeditaba, echó a andar con todo el ejército, lleno de confianza y engraido con las bellas esperanzas que se le presentaban. Teodoto, Panetolo y sus amigos le salieron al encuentro. El rey los recibió benignamente, y ellos le entregaron a Tiro y Ptolemaida con todos los pertrechos que existían en estas dos ciudades: entre otros se contaban cuarenta navíos; de éstos, veinte con puente, bien equipados, y el que menos de cuatro órdenes; los restantes eran de tres, dos y un solo orden de remos. Todos estos navíos fueron entregados al almirante Diognetes. Después, con la noticia que tuvo que Ptolomeo se había retirado a Menfis, había reunido sus tropas en Pelusio, había abierto los diques al Nilo, y cegado los manantiales de agua dulce, desistió del empeño de marchar contra esta plaza. Sin embargo, recorrió las ciudades y procuró reducirlas, unas por fuerza y otras por halagos. Los pueblos abiertos, aterrados con su llegada, se le rindieron; pero los que se creyeron bien pertrechados y defendidos, persistieron firmes; y a éstos fue preciso ponerles sitio, en lo que gastó mucho tiempo. Ptolomeo, no obstante una perfidia tan manifiesta, ni aun pensaba siquiera poner pronto remedio a sus intereses como convenía: tanta era la desidia y el desprecio con que miraba lo perteneciente a la guerra.

De aquí se siguió que Agatocles y Sosibio, que gobernaban a la sazón el reino, tuvieron que tomar el mejor arbitrio que pudieron, según las actuales circunstancias. Decidieron que mientras se hacían los preparativos para la guerra, se enviasen embajadores a Antíoco, que contuviesen su ardor, y en la apariencia le confirmasen en el concepto que tenía hecho de Ptolomeo, a saber: que jamás este príncipe se atrevería a medir con él sus armas; que antes echaría mano de las conferencias, y le rogaría por sus amigos a que se retirase de la Cæle- Siria. Tomada esta decisión, y encargados de ella Agatocles y Sosibio, se cuidó de despachar una embajada a Antíoco, y se enviaron otras a los rodios, bizantinos, cizicenos y etolios, convidándoles con la paz. Mientras que iban y venían estas embajadas, uno y otro rey tuvo oportunidad y tiempo de prevenirse para la guerra. Era Menfis el congreso donde se fraguaban estas negociaciones; era allí donde se recibía y se daba honestas respuestas a las demandas de Antíoco. Pero al mismo tiempo era Alejandría a donde se convocaba y congregaba la tropa mercenaria que el rey tenía a sueldo en las ciudades fuera de Egipto; de donde salían emisarios a reclutar tropas extranjeras; donde se almacenaban raciones para las que ya había, y para las que habían de venir; y en fin, donde se acopiaban todo género de preparativos; de suerte que se cruzaban de continuo los correos de Menfis a Alejandría, para que no faltase cosa a los designios proyectados. Para la fábrica de armas y para la elección y distribución de los hombres, comisionaron a Equecrates de Tesalia, a Fosidas de Melita, a Euriloco de Magnesia, a Sócrates de Beocia y a Cnopias de Alora. Fue la mayor dicha para el Egipto encontrar hombres que, habiendo militado bajo Demetrio y Antígono, tuviesen un mediano conocimiento de lo que era la guerra, y de lo que se requería para poner un ejército en campaña. Efectivamente, éstos, tomando a su cargo las tropas, las enseñaban en lo posible el arte militar.

Ante todo los dividieron por naciones y por edades, dieron a cada uno sus armaduras proporcionadas, y desecharon las que antes tenían. Abolieron el antiguo modo de formarse, y las matrículas que antes había para distribuir la ración al soldado, sustituyendo una ordenanza propia a la actual urgencia. Con los frecuentes ejercicios que cada cuerpo hacía, no sólo se acostumbraba a la obediencia, sino al manejo peculiar de su arma. A veces los hacían poner a todos sobre las armas, donde se advertía a cada uno su obligación. En esta reforma militar tuvieron la mayor parte Andrómaco de Aspenda y Polícrates de Argos; personajes recién llegados de Grecia, ambos llenos de aquel ardimiento y sagacidad tan naturales a los griegos, ambos ilustres por su patria y riquezas; bien que Polícrates excedía al otro en la antigüedad de su casa y en la gloria que su padre, Mnasiades, había ganado en los combates públicos. Efectivamente, estos extranjeros, a fuerza de exhortaciones que hicieron a los soldados en particular y en público, supieron inspirarles valor y ardimiento para la lid que esperaban. A cada uno de estos personajes que acabo de nombrar se dio el cargo más adecuado a su talento. Euriloco el magnesio mandaba un cuerpo de casi tres milhombres, llamado entre los reyes la Guardia Real; Sócrates el beocio tenía bajo sus órdenes dos mil rodeleros; Foxidas Aqueo, Ptolomeo hijo de Traseas y Andrómaco Aspendio adiestraban la falange y los griegos mercenarios; pero el mando de aquella, compuesta de veinticinco mil hombres, se hallaba a cargo de los dos últimos, y el mando de éstos, en número de ocho mil, residía en el primero. Los setecientos caballos de que se compone la guardia del rey, la caballería de África y la que sacó del Egipto, su total hasta tres mil caballos, estaba a las órdenes de Polícrates. La caballería griega y toda la mercenaria en número de dos mil, después de bien disciplinada por Equecrates, a cuyas órdenes se hallaba, sirvió de muchísimo en la batalla. Ninguno tuvo más esmero que Cnopias Alorita en instruir las tropas de su mando, compuestas de tres mil cretenses, entre los cuales había mil neocretas, al mando de Filón de Cnosia. Se armaron tres mil africanos a la manera de Macedonia, y estaban a cargo de Ammonio Barceo. La falange egipcia, compuesta de veinte mil, se hallaba a las órdenes de Sosibio. De traces y gálatas, tanto de los que había en el país, como de los que recientemente habían sido enganchados, aquellos en número de cuatro mil, y éstos de dos mil, se formó un cuerpo, cuyo mando se dio a Dionisio el tracio. Tal era el ejército que Ptolomeo había prevenido, y tan diversas las naciones que lo componían.

CAPÍTULO XVIII

Suspensión temporal de hostilidades entre los dos reyes, y retirada de Antíoco a Seleucia.- Respuesta sobre la pertenencia de la Cæle-Siria sin resultado.- Nicolao es convertido en general de las armas de Ptolomeo.- Penetración de Antíoco por la Cæle-Siria.

Al mismo tiempo Antíoco estrechaba el cerco que tenía puesto a Duras (219 años antes de J. C.) Mas viendo que la fortaleza del lugar y los socorros de Nicolao inutilizaban sus esfuerzos, aproximándose el invierno, convino con los embajadores de Ptolomeo en concertar una tregua por cuatro meses, y que en lo demás se avendría a todo lo razonable. Hacía esto, al paso que se hallaba muy ajeno de cumplirlo; pero cansado de estar tanto tiempo ausente de su casa, deseaba llevar su ejército a Seleucia a pasar el invierno; porque ya no dudaba de las asechanzas de Aqueo contra sus intereses, y de que auxiliaba abiertamente a Ptolomeo. Concertado este armisticio, Antíoco despachó los embajadores de Ptolomeo, con orden de que cuanto antes le trajesen la respuesta de la voluntad de su rey, y le viniesen a buscar a Seleucia. Él, así que puso guarnición en los puestos oportunos, y dejó a Teodoto la incumbencia de todo, regresó a su reino; y llegado a Seleucia, distribuyó su ejército en cuarteles de invierno. De allí adelante cuidó muy poco de disciplinar sus tropas. Se hallaba persuadido de que, siendo como era señor de algunas provincias de la Cæle-Siria y Fenicia, no necesitaría ya tomar las armas; lisonjeándose de que las restantes entrarían en la obediencia o de voluntad o por negociación, y que Ptolomeo jamás osaría aventurar una batalla campal. Los embajadores de uno y otro príncipe estaban en el mismo concepto: los de Antíoco, por

la humanidad con que Sosibio había admitido en Menfis sus representaciones; los de Ptolomeo, porque se les había despachado sin dejarlos enterar de los preparativos que se hacían en Alejandría.

A más de esto, por relación de los embajadores de Antíoco se sabía que Sosibio se hallaba dispuesto a todo; y en las conferencias que Antíoco tenía con los de Ptolomeo, ponía sumo cuidado en excederles, tanto en la justificación de su causa, como en el poder de sus armas. Efectivamente, después que llegaron a Seleucia y se procedió a tratar por menor del convenio, según las instrucciones que tenían de Sosibio, el rey, en la justificación de su causa, lejos de considerar el agravio y ofensa manifiesta que acababa de cometer en haberse apoderado de parte de la Cæle-Siria, por el contrario, ni aún reputaba ésta por injusticia, en el concepto de que sólo había recobrado lo que le pertenecía. Hacía mucho mérito de que Antígono el Tuerto había conquistado el primero esta provincia, que Seleuco la había dominado, y que éstos eran los más valederos y justificativos títulos de posesión, por donde le pertenecía a él la Cæle-Siria con preferencia a Ptolomeo. Pues aunque este príncipe había llevado sus armas contra Antígono, no había sido por apropiársela para sí, sino para Seleuco. Sobre todo apoyaba su dictamen en el convenio general de los reyes Casandro, Lisímaco, y Seleuco, cuando vencido Antígono, unánimes todos decidieron en un consejo que se adjudicase a Seleuco toda la Siria. Los embajadores de Ptolomeo insistían en lo contrario.

Exageraban la injusticia presente. Reputaban por cosa indigna el que se violase así la fe por la traición de Teodoto y la invasión de Antíoco. Alegaban la posesión en que había estado Ptolomeo hijo de Lago; pues si había unido sus armas con Seleuco, había sido para adjudicar a éste el imperio del Asia, mas con la condición de retener para sí la Cæle-Siria y Fenicia. Se disputaba largamente de una y otra parte sobre estos y otros puntos semejantes, en los congresos y conferencias. Pero no se concluía nada; a causa de que como la controversia se trataba por amigos comunes, no había entre ellos uno que pudiese moderar y reprimir el ímpetu del que parecía perjudicar al otro. Lo que servía de mayor embarazo a unos y otros era el asunto de Aqueo. Ptolomeo tenía empeño en incluirle en el tratado. Antíoco, por el contrario, ni aun sufrir podía que se tratase de esto; teniendo por cosa indigna que Ptolomeo sirviese de capa a un rebelde, y se atreviese a hacer mención de semejante hombre.

Durante esta contextación donde cada uno proponía sus defensas, y al fin nada se decidía sobre el convenio, llegó la primavera, y Antíoco reunió sus tropas, con ánimo de atacar por mar y tierra, y reducir la parte de la Cæle-Siria que le faltaba. Ptolomeo hizo generalísimo de sus armas a Nicolao, acumuló en Gaza víveres con abundancia, y destacó allá sus ejércitos de mar y tierra. Con la llegada de éstos, lleno de confianza Nicolao se dispuso para la guerra, teniendo en todo sujeto a sus órdenes al almirante Perigenes, a quien Ptolomeo había enviado por comandante de las fuerzas navales, y cuya escuadra consistía en treinta naves con puente, y más de cuatrocientas de carga. Nicolao era de nación etolio, mas en la experiencia y ardor militar no cedía ventaja a los otros generales de Ptolomeo. Efectivamente, ocupó anticipadamente con una parte de su ejército los desfiladeros de Platano, y con la restante, a cuya cabeza él se hallaba, se apoderó de los contornos de la ciudad de Porfireón; con lo cual y el auxilio que al mismo tiempo le prestaba la escuadra, cerró al rey el paso por esta parte.

Antíoco pasó a Morathó, a donde habiendo acudido los aradios a ofrecerle su alianza, no sólo les admitió a su amistad, sino que sosegó y cortó las diferencias antiguas que había entre los insulares y los habitantes de tierra firme. Después entró en la Siria por Teoprosopo, tomó de paso a Botris, prendió fuego a Trieres y Calamo, y vino a Berito. De aquí destacó por delante a Nicarco y Teodoto, con orden de ocupar con anticipación los desfiladeros inmediatos al río Lico. Él, mientras, echó a andar con el ejército y acampó en las márgenes del Damura, acompañándole al mismo tiempo por la costa la escuadra del almirante Diognetes. Ahí, habiendo vuelto a tomar la infantería ligera del mando de Teodoto y Nicarco, marchó a reconocer los desfiladeros, de que con anticipación se había apoderado Nicolao; y después de inspeccionada la naturaleza del terreno, regresó al campamento. Al día siguiente, dejando en el campo la infantería pesadamente armada bajo las órdenes de Nicarco, marchó con el resto del ejército a ejecutar lo que tenía proyectado.

CAPÍTULO XIX

Batalla por mar y tierra entre Nicolao y Antíoco.- Victoria por éste y conquista de muchas ciudades.

Además que la falda del monte Líbano en este lugar viene a reducir la costa a un estrecho y corto espacio, sucede que este mismo se halla coronado de una cordillera áspera e inaccesible que sólo franquea un pasaje angosto y difícil a orillas de la misma mar. Ahí acampado Nicolao (219 años antes de J. C.), después de ocupados varios puestos con buen número de soldados, y fortificados otros con obras que había levantado, creía que con facilidad prohibiría la entrada a Antíoco. Este príncipe, dividido el ejército en tres trozos, había dado el uno a Teodoto, con orden de atacar y forzar al enemigo sobre la falda misma del monte Líbano; el otro lo tenía Menedemo, con orden expresa de intentar el paso por medio de la colina; el tercero, a cuya cabeza se hallaba Diocles, gobernador de la Parapotamia, estaba situado a la orilla del mar; él con sus guardias ocupaba el centro para presenciarlo todo y acudir a donde fuese necesario. Al mismo tiempo Diognetes y Perigenes se habían dispuesto para un combate naval. Se acercaron a la costa cuanto era dable, y procuraron hacer que las dos armadas de mar y tierra no presentasen más que un frente. Dada la señal, se atacó a un tiempo por todas partes. En el mar, como el número y los aparatos de una y otra armada eran iguales, se peleaba con igual fortuna. Pero en tierra, aunque al principio Nicolao, valido de la fortaleza del sitio, consiguió alguna ventaja, poco después desalojados por Teodoto los que se hallaban al pie del monte, y atacados desde lo alto, toda la gente de Nicolao emprendió la huida a banderas desplegadas. Dos mil hombres fueron muertos en el alcance, otros tantos se hicieron prisioneros, los restantes se refugiaron en Sidón. Perigenes, que empezaba a esperar un feliz éxito del combate naval, lo mismo fue advertir la derrota del ejército de tierra que, abatido el espíritu, retirarse a la misma ciudad.

Antíoco tomó el ejército, y vino a acampar frente a Sidón, mas no tuvo a bien intentar el asedio de la plaza, ya por la abundancia de provisiones que había dentro, ya por el gran número de habitantes y gentes que en ella se habían refugiado. Echó a andar con el ejército hacia Filoteria, y ordenó al almirante Diognetes que navegase a Tiro con la escuadra. Filoteria está situada sobre el lago mismo donde entra el Jordán y de donde, volviendo a salir, transcurre por los llanos próximos a Escitopolis. Dueño de estas dos ciudades por convenio, concibió mejores esperanzas para los propósitos que maquinaba. Porque como todo el país estaba sujeto a estas dos plazas, podía mantener con facilidad aquí el ejército, y acopiar con abundancia lo necesario para cualquier urgencia. Efectivamente, asegurados con guarnición estos puestos, pasó las montañas y fue a Atabirio; plaza situada sobre una eminencia, que elevándose poco a poco, tiene de subida más de quince estadios. Para apoderarse de esta ciudad, se valió de una estratagema. Tendió una emboscada, empuñó a los de la plaza en una escaramuza, y cuando ya los tuvo a larga distancia, ordena que hagan frente los que huían, y que salgan los que estaban emboscados; con lo que mata a muchos, persigue a los demás, e infunde en ellos tal terror, que se apodera también de esta ciudad al primer intento. A la sazón, Kereas, uno de los gobernadores de Ptolomeo, se pasó al partido contrario. La honrosa acogida que éste consiguió de Antíoco excitó a la desertión a otros muchos oficiales del rey de Egipto. De este número fue Ipoloco de Tesalia, que llegó poco después con cuatrocientos caballos de su mando. Antíoco, puesta guarnición en Atabirio, levantó el campo y tomó de paso a Pela, Camus y Gefrún. Este feliz suceso conmovió de tal suerte los pueblos de la vecina Arabia, que estimulados unos de otros, fueron todos a rendírsele de común acuerdo. El rey con este nuevo auxilio aumentó sus esperanzas, y continuó adelante. Fue a la Galátida y se apoderó de Abila, y de todos los que habían acudido a su socorro, a cuya cabeza se hallaba Nicias, amigo y pariente de Meneas. Sólo le faltaba Gadara, plaza que pasaba por la más fuerte de aquella comarca. Acampó a su vista, hizo sus aproches, y al punto se aterraron y rindieron sus vecinos. Después,

informado de que en Rabatamana, ciudad de la Arabia, se habían congregado buen número de enemigos, que talaban y arrasaban el país de los árabes que habían abrazado su partido; propuestos todos los designios, marcha allá, y acampa en unos collados, donde está situada la ciudad. Andando recorriendo la colina, advirtió que por solas dos partes tenía subida, y por ahí hizo avanzar sus gentes y asestar sus máquinas. Dio la inspección de las obras, parte a Nicarco, parte a Teodoto; entretanto él cuidaba con igual diligencia de lo que uno y otro hacía, y observaba la emulación de ambos en su servicio.

Efectivamente, hacían estos dos capitanes los más vivos esfuerzos, e incesantemente competían a porfía sobre cuál de los dos derribaría antes con las máquinas la parte de muro que tenía delante; cuando de repente, y sin saber cómo, se vino abajo uno y otro lienzo. Después de esto, todo fue asaltos noche y día, todo ataques, sin interrupción de tiempo. Pero a pesar de los frecuentes rebatos que daban a la ciudad, nada conseguían, por la mucha gente que se había retirado dentro; hasta que mostrada por un prisionero tina mina, por donde bajaban a coger agua los sitiados, y cegada y tupida ésta con madera, piedras y otras cosas semejantes, la escasez de agua al fin obligó a los moradores a rendirse. Dueño el rey de Rabatamana por este medio, dejó a Nicarco dentro de la ciudad con una guarnición competente, y envió a Ipoloco y Kereas, dos capitanes que habían abandonado a Ptolomeo, con cinco mil hombres a los alrededores de Samaria, para cubrir y asegurar la quietud de los pueblos que se le habían sometido. Él mientras movió el campo hacia Ptolemaida, con ánimo de pasar allí el invierno.

CAPÍTULO XX

Asedio de Pedneliso por los selgenses.- Socorro que envía Aqueo a los sitiados, bajo la conducción de Garsieris.- Derrota de los selgenses por este general.- Alevosía de Logbasis, descubierta y castigada por los selgenses.- Convenio entre éstos y Aqueo.- Conquistas de Attalo.

En el transcurso del mismo verano (220 años antes de Jesucristo), los pedneliseos sitiados y estrechados por los selgenses, enviaron a Aqueo por auxilio; y oída por éste favorablemente su embajada, sufrían el asedio con constancia, fiados en la esperanza del socorro. Efectivamente, Aqueo les envió sobre la marcha seis mil infantes y quinientos caballos, bajo la conducción de Garsieris. Mas los selgenses, que supieron la llegada de este refuerzo, ocupan anticipadamente las gargantas próximas a Climax con la mayor parte de sus tropas, se apoderan de la entrada de Saporda, y cortan todos los caminos y travesías que a ella conducían. Garsieris entró por fuerza en Miliada, y sentó su campo a la vista de Cretópolis; pero advirtiendo que tomados los puestos por el enemigo, era imposible pasar adelante, usó de este ardid de guerra. Volvió sobre sus pasos, aparentando que desistía de llevar el socorro, a la vista de estar tomados los desfiladeros. Los selgenses, creyendo incautamente que Garsieris se retiraba desesperanzado, unos se fueron al campamento, otros a la ciudad, porque instaba la recolección de las mieses. Mas éste vuelve pies atrás, y después de una marcha forzada llega a aquellas cordilleras, las encuentra sin defensa, las guarnece con piquetes, y deja a Falio para su custodia. Él, mientras marcha con el ejército a Perga, y envía desde allí varias embajadas a los otros pueblos de la Pisidia y Panfilia, para representarles el insufrible poder de los selgenses, animarles a contraer alianza con Aqueo, y acudir al socorro de los pedneliseos. Entretanto los selgenses, confiados en el conocimiento que tenían del país, creyeron que, con destacar allá un capitán con un cuerpo de tropas, aterrarían a Falio, y le desalojarían de sus puestos. Pero lejos de conseguir el intento, perdieron mucha gente en los ataques; de suerte que renunciando a esta esperanza, insistieron en el asedio y construcción de las obras, con más empeño que hasta entonces. Los etennenses, pueblo de la Pisidia que habitan las montañas por cima de Sida, enviaron a Garsieris ocho mil hombres pesadamente armados, y los aspendios cuatro mil. Los siditas, bien fuese por respeto a la amistad de Antíoco, o más bien por el odio que profesaban a los aspendios, no entraron a la parte en el socorro. Garsieris, con estos refuerzos y las tropas que él

tenía, se aproximó a Pedneliso, persuadido de que con sólo presentarse haría levantar el sitio; mas viendo que no había hecho impresión su venida en los selgenses, se atrincheró a una distancia proporcionada. Entretanto, como el hambre hostigaba a los sitiados, dispuso introducir por la noche en la plaza dos mil hombres con una medida de trigo cada uno, para remediar la escasez en lo posible. Los selgenses que supieron el propósito, sálenles al encuentro, y se apoderan de todo el convoy, después de haber dado muerte a la mayor parte de los que le traían. Fieros con este suceso, intentaron no sólo continuar el cerco de Pedneliso, sino sitiar a Garsieris en su mismo campamento: tan temerarias y arriesgadas son siempre en la guerra las decisiones de los selgenses. Para ello, dejada en su campo la guarnición necesaria, distribuyen los restantes en varios puestos, y atacan con vigor el del enemigo. Garsieris, que se vio invadido de improviso por todas partes, y aun por algunas arrancada ya la empalizada, desesperanzado de todo remedio, destacó la caballería a cierto puesto que no estaba custodiado. Los selgenses creyeron que estas gentes se retiraban atemorizadas y por evitar el peligro, y sin hacer caso, los dejaron ir simplemente. Pero a poco rato esta caballería rodea al enemigo, le ataca por la espalda, y carga sobre él toscamente. Con este suceso recobra el ánimo la infantería de Garsieris, que aunque ya deshecha, vuelve a defenderse de los que la atacaban; y los selgenses rodeados tienen que emprender la huida.

Al mismo tiempo los pedneliseos dan sobre los que habían quedado en el real, y los desalojan. Finalmente, declarada la fuga por todas partes, quedaron diez mil sobre el campo. De los que se salvaron, los aliados se retiraron a sus casas, y los selgenses escaparon por las montañas a su patria. Garsieris levantó el campo, y siguió el alcance. Todo su anhelo era cruzar los desfiladeros y aproximarse a Selga antes que los fugitivos le detuviesen o deliberasen sobre su llegada. Efectivamente, llegó con sus tropas a la vista de la ciudad. Los selgenses, sin esperanzas de socorro en sus aliados por el común desastre, y abatidos con la precedente derrota, temían por sí y por su patria. Bajo esta consideración llamaron a junta, y decidieron enviar por embajador a Logbasis, uno de sus ciudadanos. Este personaje había sido muy amigo y huésped de aquel Antíoco que murió en Tracia; había tenido en depósito a Laodice, mujer que había sido después de Aqueo, la había criado como a hija, y la había amado tiernamente. Por eso ahora los selgenses le diputaron, creyendo no podían elegir mejor intercesor en tales circunstancias. Efectivamente, fue a una conferencia privada con Garsieris, y lejos de procurar la salud de su patria, como era de su obligación, por el contrario exhortó a Garsieris a que diese parte cuanto antes a Aqueo de que él se encaraba de poner la ciudad en sus manos. Garsieris abrazó con gusto la propuesta, y escribió a Aqueo dándole cuenta de lo que sucedía para que viniese. Entretanto, concertada una tregua con los selgenses, difería siempre la conclusión del tratado, moviendo dificultades y pretextos sobre cada una de sus condiciones, para esperar mientras a Aqueo, y dar tiempo a Logbasis de conferenciar y disponer su propósito.

En el transcurso de estas sesiones, la frecuente comunicación que había entra unos y otros engendró cierta libertad en las tropas de pasar del campo a la plaza para tomar víveres; libertad que, después de repetida ya tantas veces, ha sido causa a muchos de su ruina. De suerte que, en mi concepto, el hombre no obstante pasar por el animal más astuto, es el más fácil de ser engañado. ¿Cuántos campamentos cuántas guarniciones, cuántas y cuán grandes ciudades se han perdido por esta poca cautela? Y a pesar de haber sucedido ya a muchos esta calamidad tan frecuente y notoria, permanecemos, sin saber cómo, siempre bisonños e inexpertos contra estos arbitrios. La causa sin duda es el que no cuidamos tener presentes los infortunios en que incurrieron nuestros mayores. Sufrimos fatigas, hacemos gastos para acumular víveres, reunir dinero, levantar murallas y fabricar armas para un caso extraordinario; y despreciamos la historia, que es el medio más fácil y el que nos provee de más recursos en las circunstancias desesperadas; y esto cuando de ella y de su manejo podríamos enriquecernos de estos conocimientos a costa sólo de un honesto recreo y entretenimiento. Efectivamente, Aqueo llegó al tiempo señalado. Los selgenses, después de haber conversado con él, concibieron magníficas esperanzas de que conseguirían el convenio más ventajoso. Pero entre tanto, Logbasis iba reuniendo poco a poco en su casa los soldados que entraban desde el campo en la ciudad, y aconsejaba a sus ciudadanos que no dejasen pasar la

ocasión; antes respecto a la humanidad que les había mostrado Aqueo, conferenciasen y llevasen a su conclusión el tratado. Así fue; se convocó a junta todo el pueblo para tratar del negocio presente, y aun se decidió llamar a los que estaban de guardia, ya que iban a finalizar el asunto.

Entonces Logbasis, haciendo señal a los enemigos, prepara los soldados que tenía reunidos en su casa. Al mismo tiempo se dispone él, y arma a sus hijos para la acción. Aqueo, con la mitad de las tropas, se aproxima a la misma ciudad. Garsieris con la parte restante avanza hacia Cesbedio, templo de Júpiter, que domina ventajosamente la plaza y la sirve de ciudadela. Un cabrero advirtió por casualidad lo que pasaba, y dando cuenta a la junta, unos acuden rápidamente a Cesbedio, otros a los cuerpos de guardia, y el pueblo ciego de ira a la casa de Logbasis; donde descubierta la traición, parte suben al tejado, parte fuerzan las puertas del vestíbulo y degüellan a Logbasis sus hijos y todos los demás que se hallaban dentro. Después publicaron libertad para los esclavos, y repartieron sus fuerzas para ir a defender los puestos ventajosos. Garsieris, así que vio a los sitiados apoderados de Cesbedio, no continuó adelante. Aqueo intentó romper las puertas de la ciudad; mas con una salida que hicieron los cercados, la mataron setecientos hombres, e hicieron a los demás desistir del empeño; con lo cual Aqueo y Garsieris tuvieron que retirarse a su propio campo. Los selgenses, temerosos de alguna otra sedición intestina y del poder enemigo que tenían sobre sí, enviaron los ancianos de la ciudad con señales de paz para concertar un convenio. Efectivamente, acabó la guerra con estas condiciones: que pagarían de contado cuatrocientos talentos, restituirían a los pedneliseos sus prisioneros, y pasado algún tiempo, añadirían a la suma otros trescientos talentos. De este modo los selgenses liberaron con su favor la patria del peligro en que la había puesto la maldad de Logbasis, sin deslucir la nobleza y parentesco que tenían con los lacedemonios.

Aqueo, después de haber reducido a Miliada y la mayor parte de la Panfilia, levantó el campo y marchó a Sardes, donde sostuvo una guerra continua con Attalo, amenazó a Prusias, y se hizo temer y respetar de todos los pueblos de esta parte del monte Tauro. Mientras que Aqueo se hallaba ocupado en la expedición contra los selgenses, Attalo con un cuerpo de gálatas tectosages corría las ciudades de la Eólida y todos los pueblos próximos que por temor se habían puesto antes bajo la obediencia de Aqueo. La mayor parte de éstas se le rindieron voluntariamente y con gusto; pero algunas esperaron a la fuerza para entregarse. Entre las que se le rindieron de grado, fueron las primeras Cumas, Smirna y Focea. Ægea y Temnita, temiendo que viniese sobre ellas, siguieron después el mismo ejemplo. Los teios y colofonios le enviaron embajadores para ofrecerle sus personas y ciudades. Attalo los recibió a su amistad bajo los mismos pactos que anteriormente, y les exigió rehenes; pero a los diputados de Smirna los trató con particular agasajo, por haber excedido a todos en la fidelidad que le guardaron. Prosiguió después su camino, y atravesado el río Lico, penetró por los pueblos de la Misia. De aquí fue a Carsea, a cuya guarnición, así como a la de Didma, aterró tanto su llegada, que Temístocles, a quien Aqueo había dejado por gobernador de estos puestos, le entregó ambas a dos fortalezas. Por último, entró talando los campos de Apia, y superado el monte Pelecante, sentó su campo en las márgenes del Megisto.

Durante su estancia en este lugar, se produjo un eclipse de luna, y los gálatas que ya sufrían con impaciencia las molestias del camino, ya que hacían la guerra seguidos de sus mujeres e hijos conducidos en carros, se valieron de este presagio para no querer pasar adelante. Attalo no había obtenido de ellos servicio alguno importante; pero el marchar separados, el acampar aparte, su total inobediencia, y su mucha altanería, le pusieron en grande embarazo. Por un lado recelaba que, inclinándose al partido de Aqueo, no perjudicasen sus intereses; por otro temía cobrar mala fama si, cogidas como en una red, pasaba a cuchillo aquellas gentes que sólo por afecto habían pasado con él al Asia. Por eso valiéndose del pretexto que la ocasión le presentaba, les prometió por el pronto que los restituiría a donde los había sacado, que los asignaría terreno conveniente para establecerse, y para adelante que les concedería cuantas solicitudes estuviesen en su mano, si fuesen justas. De este modo restituyó estos tectosages al Helesponto, y tratados con agasajo los lampsacenos, alejandrinos e ilienses, porque le habían sido fieles, se retiró después a Pérgamo con su ejército.

CAPÍTULO XXI

Las fuerzas de Antíoco y de Ptolomeo.- La intrepidez de Teodoto contra la vida de este príncipe.- Disposición de uno y otro ejército.

Al iniciarse la primavera (218 años antes de J. C.), Antíoco y Ptolomeo tenían ya hechas todas sus prevenciones para decidir la guerra al trance de una batalla. Ptolomeo partió de Alejandría con setenta mil infantes, cinco mil caballos y setenta y tres elefantes. Antíoco, con la nueva de que el enemigo se aproximaba, reunió su ejército, en el que había cinco mil hombres armados a la ligera, daaos, carmanios y cilices, cuya inspección y mando tenía Bittaco el macedonio; veinte mil escogidos de todo el reino, armados a la manera macedonia, los más con broqueles de plata, mandados por Teodoto el etolio, aquel que había desertado de Ptolomeo; veinte mil de que se componía la falange, que conducía Nicarco y Teodoto el hemiolio; dos mil flecheros y honderos agrianos y persas; mil truces que mandaba Menedemo el alabandense; cinco mil medos, cisios, caddusios y carmanios, que obedecían a Aspasiano el modo; diez mil hombres de Arabia y otros países cercanos, a las órdenes de Zabdifilo; cinco mil griegos mercenarios bajo las órdenes de Hippoloco de Tesalia; mil quinientos cretenses bajo Euriloco; mil neocretas y quinientos flecheros de Lidia, mandados todos por Zeles de Gortinia; y mil cardaces gobernados por Lisímaco el gálata. La caballería consistía en seis mil caballos, mandados por Antípatro sobrino del rey, y los restantes por Temesión; de suerte que todas las fuerzas de Antíoco ascendían a sesenta y dos mil infantes, seis mil caballos y ciento dos elefantes.

Ptolomeo se dirigió primero a Pelusio y sentó su campo en esta ciudad. Allí aguardó a los que venían detrás, y distribuidos víveres al ejército por la escasez y falta de agua que había en aquellos países, continuó su marcha a lo largo del monte Casio y lo que llaman los Abismos. Así que llegó a Gaza esperó el resto del ejército, y prosiguió adelante a lento paso. Al quinto día llegó a donde se había propuesto, y acampó a cincuenta estadios de distancia de Rafia, la primera ciudad de la Cæle-Siria que se encuentra saliendo de Egipto, después de Rinocorura. Al mismo tiempo Antíoco, habiendo pasado de parte allá de esta ciudad, fue de noche con su ejército a acamparse a diez estadios del enemigo: esta fue la primera distancia que hubo entre los dos campamentos. Pocos días después, con el fin de mudar a otro terreno más ventajoso, y al mismo tiempo infundir aliento a sus soldados, se atrincheró a la vista de Ptolomeo, a la distancia sólo de cinco estadios. Entonces ya fueron frecuentes las refriegas de los forrajeadores y de los que salían al agua, como también comunes las escaramuzas, ya de caballería, ya de infantería, que se produjeron entre los dos campos. Por este tiempo Teodoto emprendió una hazaña propia de un etolio, y por lo mismo de mucho valor. Bien enterado de la manera y método de vida de Ptolomeo, ya que había vivido mucho tiempo en su palacio, penetró al amanecer acompañado de otros dos en el real de los enemigos. Como era de noche, no se le conoció por el rostro; y como había diversidad de trajes en el campo, tampoco se hizo reparo en el vestido y demás compostura. Se dirigió resuelto a la tienda del rey, cuyo sitio tenía observado, con motivo de haber sido allí cerca las escaramuzas de los días anteriores. Efectivamente, después de haber pasado por todas las primeras guardias sin ser conocido, entra en la tienda donde acostumbra el rey a cenar y dar audiencia, registra todos los rincones, no le halla por haber dado la casualidad de estar descansando en otra diferente, cose a puñaladas a dos que se hallaban durmiendo, mata a Andreas, su médico, y se retira a su campo sin más estorbo que el de haberse conmovido un poco la gente cuando ya iba a salir del real enemigo. Por el valor hubiera conseguido sin duda su propósito, pero le faltó la prudencia, por no haber examinado bien dónde acostumbra a descansar Ptolomeo.

Después de haber estado al frente los dos reyes cinco días, decidieron uno y otro que las armas resolviesen el asunto. Lo mismo fue empezar Ptolomeo a mover sus tropas del campamento, que al punto sacar Antíoco las suyas. Ambos formaron sus respectivas falanges y la flor de las tropas armadas a la macedónica, al frente unas de otras. En cuanto a las alas, Ptolomeo las ordenó de este

modo: Polícrates con la caballería de su mando ocupaba la izquierda; entremedias de éste y la falange se hallaban los cretenses al lado de la misma caballería; seguíanse las guardias del rey; después los rodeleros al mando de Sócrates, y junto a éstos los africanos armados a la macedónica. En la derecha estaba Equecrates de Tesalia con la caballería de su mando, a la izquierda de ésta se hallaban formados los gálatas y los traces, después los mercenarios de Grecia conducidos por Foxidas, que tocaban con la falange egipciaca. De los elefantes cuarenta estaban situados sobre el ala izquierda, donde Ptolomeo en persona había de pelear; y treinta y tres cubrían la derecha, delante de la caballería extranjera.

Antíoco puso sesenta elefantes, que mandaba Filipo, su hermano de leche, al frente del ala derecha, en donde él había de pelear con Ptolomeo. Detrás de éstos situó dos mil caballos mandados por Antípatro, y otros dos mil que formó a manera de media luna. Contiguos a la caballería colocó de frente a los cretenses, después ordenó los extranjeros de Grecia, y entre éstos y los armados a la macedónica entremetió los cinco mil que mandaba Bittaco el macedonio. El ala izquierda la cubrió con dos mil caballos al mando de Temisón; a su lado estaban los flecheros cardaces y lidios; después tres mil infantes a la ligera conducidos por Menedemo; sucesivamente los cisios, medos y carmanios; e inmediato a éstos los árabes y sus vecinos que tocaban con la falange. Los restantes elefantes los situó sobre el ala izquierda, a las órdenes de, un joven llamado Myisco, paje del rey.

CAPÍTULO XXII

Acción de Rafia.- Victoria lograda por Ptolomeo.- Suspensión temporal de hostilidades entre éste y Antíoco.

Puestos en orden de batalla de este modo los ejércitos (218 años antes de J. C.), ambos reyes acompañados de sus generales y amigos se presentaron al frente de sus líneas para exhortar a los soldados. El mayor empeño de uno y otro era alentar sus respectivas falanges, ya que en estas tropas fundaba cada uno sus mayores esperanzas. Andrómaco, Sosibio y Arsinoe, hermana del rey, como jefes, animaban también la falange de Ptolomeo; y Teodoto y Nicarco por su parte procedían del mismo modo con la de Antíoco. Las arengas de una y otra parte se redujeron a lo mismo. Pues como ninguno de estos príncipes tenía ejemplo peculiar ilustre o memorable que proponer a sus soldados porque ambos acababan de subir al trono, sólo se valieron de recordarles la gloria y hechos de sus mayores, para excitar en ellos el espíritu y ardimiento. Y así rogaron y exhortaron para que se portasen con valor y esfuerzo en la ocasión presente, y para esto ofrecieron principalmente premios en particular a todos los oficiales, y en general a todos los soldados que habían de pelear. A esto o cosa parecida se redujo lo que dijeron los reyes, ya por sí, ya por sus intérpretes.

Después que Ptolomeo con su hermana estuvo de vuelta en el ala izquierda de toda su formación, y Antíoco acompañado de sus guardias en su derecha, se dio la señal de acometer, y los elefantes dieron principio a la acción. Algunos de los de Ptolomeo hicieron resistencia a los de Antíoco; sobre cuyas torres era de ver el vivo choque de los combatientes, disparando lanzas, e hiriéndose mutuamente tan de cerca. Pero aun admiraba más ver batirse y herirse de frente los mismos elefantes; porque el reñir de estos animales es de este modo: se enredan, se tiran dentelladas haciendo hincapié con todas fuerzas para no perder el terreno, hasta que el más poderoso aparta a un lado la trompa de su antagonista. Una vez está torcida, le coge por el flanco y le hiere a mordiscos, al modo que hacen los toros con las astas. La mayor parte de los elefantes de Ptolomeo temieron el combate. Esto es muy ordinario en los elefantes de África. A mi entender, consiste en que no pueden sufrir el olfato y bramido de los de la India, y asustados de su magnitud y fuerza, emprenden la huida antes que aquellos se acerquen, como efectivamente sucedió entonces. Porque alborotadas las bestias, desordenaron las líneas que tenían al frente, y oprimiendo a la guardia real de Ptolomeo la hicieron volver la espalda. Antíoco entonces pasó de parte allá de las bestias, y atacó la caballería que mandaba Polícrates. Al mismo tiempo los extranjeros griegos que se hallaban cerca de la

falange, invadieron por entremedias de los elefantes los rodeleros de Ptolomeo, cuyas líneas habían ya confundido sus bestias. De este modo fue forzada y puesta en huida toda el ala izquierda de Ptolomeo.

Equécrates, que mandaba la derecha, al principio estuvo esperando el éxito de esta contienda. Mas así que vio que el polvo iba a parar a los suyos, y que sus elefantes no se atrevían a acercarse a los contrarios, ordena a Foxidas, comandante de los griegos mercenarios que ataque a los que tenía al frente; él, mientras, hace desfilar por la punta del ala su caballería y la que estaba detrás de los elefantes, con cuya maniobra evita la impresión de las fieras; y cargando por la espalda y en flanco sobre la caballería enemiga, la derrota en un instante. Lo mismo hizo Foxidas y los que se hallaban a su lado. Dieron sobre los árabes y medos y los forzaron a tomar una fuga precipitada; de suerte que Antíoco venció en el ala derecha y quedó vencido en la izquierda.

Ya no quedaban intactas más que las dos falanges, que desnudas de sus respectivas alas permanecían en medio del llano, fluctuando entre el temor y la esperanza. Mientras que Antíoco proseguía la victoria en el ala derecha, Ptolomeo, que se había refugiado en su falange, se presenta en medio, se deja ver de los dos ejércitos, con lo que aterra a los contrarios e infunde ardor y espíritu a los suyos. A su ejemplo Andrómaco y Sosibio ponen en ristre sus lanzas y se dirigen al enemigo. La flor de las tropas de Siria sostuvo el choque por algún tiempo, pero las que mandaba Nicarco cedieron y se retiraron. Entretanto Antíoco, como joven y poco experimentado, juzgando del resto de su ejército por la ventaja que él había conseguido en el ala derecha, seguía el alcance de los que huían; hasta que un anciano le advirtió, aunque tarde, que reparase en que el polvo de la falange enemiga iba a parar a su propio campo. Entonces conociendo el yerro, acudió rápidamente con sus guardias al campo de batalla; pero hallando a los suyos que habían emprendido la huida, se retiró él también a Rafia, con el consuelo de haber vencido por su parte, y en la inteligencia de que si le había desmentido lo demás de la acción había sido por la flojedad y timidez de los otros oficiales.

Después que la falange decidió la batalla, y la caballería del ala derecha unida a los extranjeros mató gran número de enemigos en el alcance, Ptolomeo se retiró a pasar la noche al campamento que antes tenía. Al día siguiente, después de recogidos y enterrados sus muertos, y despojados los de los enemigos, levantó el real y avanzó hacia Rafia. El primer pensamiento de Antíoco después de la derrota fue reunir todos los cuerpos de tropas que venían huyendo y acampar fuera de la ciudad; pero como la mayor parte de las gentes se había metido dentro, se vio forzado también a retirarse. Salió después al amanecer con las reliquias de su ejército y se encaminó a Gaza, donde acampó; y obtenida licencia de Ptolomeo para el recobro de sus muertos, les hizo los últimos honores. Ascendían éstos por parte de Antíoco a poco menos de diez mil infantes, más de trescientos caballos, más de cuatro mil prisioneros, tres elefantes que quedaron sobre el campo, y dos que murieron después de sus heridas. De parte de Ptolomeo se redujo la pérdida a mil quinientos infantes, setecientos caballos, dieciséis elefantes muertos, y casi todos los demás tomados. Este fue el éxito de la batalla de Rafia, que se dio entre los dos reyes con objeto de la Cæle-Siria.

Antíoco, después de sepultados los muertos, se retiró a su reino con el ejército. Ptolomeo tomó sin oposición a Rafia y otras ciudades, esmerándose a porfiar sus ayuntamientos sobre cuál volvería primero a su poder y pasaría más pronto a su dominio. Cosa muy ordinaria entre los hombres acomodarse al tiempo en semejantes revoluciones; pero sobre todo los pueblos de la Cæle-Siria son muy inclinados y dados a este género de obsequios. En esta ocasión no hay que extrañar usasen de esta política, pues les guiaba el afecto que profesaban de antemano a los reyes de Egipto; porque en todo tiempo estos pueblos han tenido cada vez más veneración por esta casa. Así fue que no omitieron especie de agasajo para captar la voluntad de Ptolomeo: coronas, sacrificios, altares y todo género de cultos se tributaron en su obsequio. Antíoco, así que llegó a la ciudad que lleva su nombre, envió sin dilación a Antípatro, su sobrino, y Teodoto Hemiolio por embajadores a Ptolomeo para tratar de paz y alianza. Temía la invasión del enemigo; desconfiaba de sus pueblos después de la derrota que acababa de sufrir, y recelaba que Aqueo no se aprovechara de la ocasión.

Con nada de esto echaba cuentas Ptolomeo. Alegre con la extraordinaria victoria que había logrado, y sobre todo con la inesperada conquista de la Cæle-Siria no tan sólo no aborrecía el reposo, sino que lo amaba más de lo que convenía, arrastrado de la vida afeminada y voluptuosa que siempre había llevado. Y así no bien hubo llegado Antípatro, cuando hechas algunas amenazas y dadas unas leves quejas de los procedimientos de Antíoco, le concedió treguas por un año, y despachó a Sosibio para ratificar el tratado. Él permaneció tres meses en la Siria y Fenicia para restablecer la quietud de las ciudades; pasados los cuales, dejó a Andrómaco el aspendio por gobernador de estos países, y levantó el campo con su hermana y confidentes para Alejandría, causando admiración a sus vasallos que, atento su modo de vivir, hubiese puesto a la guerra fin tan dichoso. Concluido el tratado con Sosibio, Antíoco volvió a su primer propósito, y se previno para la guerra contra Aqueo. Tal era el estado de los negocios de Asia.

CAPÍTULO XXIII

Regalos que los reyes y potentados concedieron a los rodios a causa de un terremoto que sufrieron.

En el transcurso de este mismo tiempo, los rodios, con motivo de haber sufrido poco antes un terremoto que había arruinado su gran Coloso y la mayor parte de sus muros y arsenales, se supieron conducir con tal arte y prudencia en el desastre, que en vez de perjuicio les sirvió de provecho el accidente. Tanta es la diferencia que hacen los hombres de la necedad y desidia a la actividad y prudencia, bien sea en los asuntos privados, bien en los públicos. Con aquellos vicios, las dichas se nos convierten en infortunios; y con estas virtudes, sacamos partido aun de las desgracias. Efectivamente, los rodios tuvieron tal proceder en la exagerada y lastimosa descripción que hicieron de su desastre; se portaron con tanta majestad y entereza, bien fuese en las conferencias públicas de sus embajadores, bien en las conversaciones privadas; y supieron interesar de tal modo a las ciudades, y sobre todo a los reyes, que no sólo recibieron magníficos presentes, sino que quedaron reconocidos los mismos que los hicieron.

Hierón y Gelón les dieron setenta y cinco talentos de plata, parte de contado, parte dentro de un breve plazo, para el gasto de aceite que se hacía en las luchas de los atletas; calderos de plata con sus pies, algunos cántaros, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para fomento de la población; de suerte que todo el donativo ascendía a cien talentos. Eximieron de impuestos a todos los que navegasen a Rodas, y les enviaron cincuenta catapultas de tres codos. Por último, después de tan magnífico presente, como si fuesen deudores del beneficio, levantaron dos estatuas en la plaza pública, que representaban al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

Ptolomeo les prometió trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera de construcción para diez navíos de cinco órdenes y otros tantos de a tres, cuarenta mil codos de vigas de pino cuadradas, mil talentos de monedas de bronce, tres mil de estopa, tres mil velas y mástiles de navío, tres mil talentos para reedificar el Coloso, cien arquitectos, trescientos cincuenta artesanos, catorce talentos anuales para su manutención, doce mil artabas de trigo para juegos y sacrificios, y veinte mil para la provisión de diez trirremes. La mayor parte de estas cosas fueron dadas de contado, y la tercera parte de todo el dinero.

Igualmente Antígono les dio diez mil vigas desde dieciséis codos hasta ocho para cuñas y estacas, cinco mil tablas de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil de pez, mil metretas de resina por cocer y cien talentos de plata. Criseis, su mujer, les hizo un presente de cien mil medidas de trigo y tres mil talentos de plomo.

Seleuco, padre de Antíoco, a más de haber eximido de tributo a todo rodio que arribase a sus puertos, y a más de haberles provisto de diez navíos de cinco órdenes y de doscientas mil medidas de granos, les regaló diez mil codos de madera y mil talentos en resina y pelo. Iguales donativos les hicieron Prusias, Mitridates y todos los potentados que a la sazón había en el Asia, como el de

Lisania, Olímpico y Limnaio. Son innumerables las ciudades que contribuyeron a su alivio, según sus facultades. De suerte que si se considera el tiempo desde que esta ciudad comenzó a ser restaurada y poblada, causará grande admiración que en tan corto espacio hayan tomado tal ascendente las fortunas de sus ciudadanos y los edificios públicos de la ciudad; pero si se atiende a su bella situación, a lo mucho que le entra de fuera y al conjunto de comodidades que consigue, lejos de admirarse, se hallará que está menos floreciente de lo que debía. Hemos apuntado estas liberalidades, en primer lugar, para hacer ver el celo de los rodios por su República, digno por cierto de emulación y aplauso; y en segundo, para mostrar la mezquindad de los reyes de hoy día y lo poco que reciben de ellos las ciudades y pueblos. De este modo, los reyes no presumirán que han hecho alguna gran cosa con derramar cuatro o cinco talentos, ni pretenderán de los griegos igual reconocimiento y honor al que tributaron a sus predecesores. Igualmente las ciudades griegas, teniendo a la vista las inmensas generosidades que en otro tiempo recibieron, no se equivocarán en dispensar los más sublimes honores por mercedes tan despreciables como las que hoy día se acostumbran; antes bien, acordándose del grande exceso que existe de un griego a los demás hombres, sabrán dar a cada gracia su justo precio. Pero ahora volvamos a continuar el hilo, desde donde nos separamos de la guerra de los aliados.

CAPÍTULO XXIV

Preparativos de Arato para la guerra.- Penetración de Licurgo y Pirrias por la Messenia, sin resultado.- Discordias de los megalopolitanos aplacadas por Arato.- Derrota de los eleos por Lico, propretor de los aqueos.

Se había iniciado ya el estío, Agetas mandaba a los etolios, y Arato obtenía la pretura de los aqueos, cuando Licurgo el espartano regresó de la Etolia a su patria (218 años antes de J. C.) Los eforos le habían enviado a llamar, desengañados de la falsa acusación que había dado motivo a su destierro. Éste, pues, había tratado con Pirrias el etolio, pretor que era a la sazón de los eleos, de hacer una irrupción en la Messenia. Arato había encontrado corrompida la tropa extranjera de los aqueos, y hallado las ciudades con pocas disposiciones de contribuir a sus gastos. La causa de esto era la malicia e indolencia con que Eperato, su predecesor, había manejado los asuntos públicos. A pesar de estos atrasos, convocó los aqueos, consiguió un decreto para remedio de estos males, y pensó con actividad sobre las disposiciones de la guerra. He aquí lo que contenía el decreto de los aqueos: que se mantendrían ocho mil infantes de tropa extranjera y quinientos caballos, y que se alistarían en la Acaia tres mil hombres de a pie y trescientos caballos, entre los cuales habría quinientos infantes megalopolitanos con escudos de bronce, cincuenta caballos y otros tantos argivos. Se ordenó también que cruzasen tres navíos hacia Acta y el golfo de Argos, y otros tres por las costas de Patras, Dima y mares próximos.

Mientras que Arato se ocupaba de hacer estos preparativos, Licurgo y Pirrias, convenidos ambos en salir a campaña a un mismo tiempo, avanzaron hacia la Messenia. El pretor aqueo, que comprendió su propósito, acudió con los mercenarios y un cuerpo de tropa escogida a Megalópolis, para socorrer a los messenios. Licurgo, apenas salió de Esparta, tomó por traición a Calamar, castillo de la Messenia, y se dirigió después con diligencia a incorporarse con los etolios. Mas Pirrias, que había partido de la Elida con muy poca gente, tuvo que volver atrás por el obstáculo que halló en los ciparisseos, a la entrada de la Messenia. De suerte que Licurgo, imposibilitado de unirse con Pirrias, y sin fuerzas para obrar por sí solo, después de hechas algunas pequeñas correrías para subvenir a las necesidades del ejército, se volvió a Esparta sin haber hecho cosa de provecho. Frustrados los propósitos de los enemigos, Arato, como prudente y pródigo en lo porvenir, persuadió a Taurión y a los messenios a que cada uno por su parte alistase cincuenta caballos y quinientos infantes. Su mira era guarnecer con esta gente a Messenia, Megalópolis, Tegea y Argos, países que, limítrofes de la Laconia, se hallaban más expuestos que el resto del Peloponeso a las

incursiones de los lacedemonios, y cubrir él con la flor de Acaia y los mercenarios las fronteras de esta provincia que miran a la Elea y a la Etolia.

Arreglados estos asuntos, Arato, atento al decreto de los aqueos, reconcilió entre sí a los megalopolitanos, que arrojados recientemente de su patria por Cleomenes, y arruinados por el pie, como se suele decir, necesitaban de muchas cosas y estaban escasos de todas. Como siempre los espíritus se hallaban en las mismas disposiciones, siempre se encontraba imposibilidad para contribuir a los gastos, ya públicos, ya privados. Todo era contestaciones, todo disputas y todo rencor de unos a otros, como de ordinario sucede, tanto en las repúblicas como entre los particulares, cuando faltan los medios para completar los propósitos. El primer motivo de disensión era sobre el restablecimiento de los muros. Decían unos que se debía estrechar la ciudad y reducir sus muros a tal extensión que fuese asequible la empresa y la posibilidad de defenderla en caso de ataque; pues si ahora se había perdido, había sido por su magnitud y despoblación. A más de esto pedían que los propietarios contribuyesen con el tercio de sus fondos para aumentar el número de moradores. Los del bando opuesto ni podían sufrir que se estrechase la ciudad, ni consentían en la contribución del tercio de sus posesiones. El segundo y principal objeto de división eran las leyes que les había dado Pritanis, personaje ilustre entre los peripatéticos, y de esta secta, a quien Antígono había enviado por su legislador. No obstante tales desavenencias, Arato hizo todos los esfuerzos posibles para sosegar la contienda, y consiguió al cabo cortar las disputas. Las condiciones de esta concordia fueron grabadas sobre una columna que se puso junto al altar de Vesta en Omario.

Después de esta reconciliación, Arato levantó el campo, fue a la asamblea de los aqueos y dio el mando de los extranjeros a Lico de Faros, por ser éste a la sazón propretor del territorio asignado a su patria. Los eleos, disgustados con Pirrias, volvieron a pedir a los etolios por pretor a Euripidas. Éste esperó a que llegase la asamblea de los aqueos, y poniéndose en campaña a la cabeza de sesenta caballos y dos mil infantes, atravesó los campos de Faros, corrió talando el país hasta Ægea, y hecho un rico botín, se retiró a Leoncio. Lico, con esta nueva, marchó al socorro con diligencia. Encuentra al enemigo, le ataca de repente, mata cuatrocientos y hace doscientos prisioneros, entre los cuales los más ilustres eran Fissias, Antanor, Clearco, Androloco, Evanoridas, Aristogitón, Nicasippo y Aspasio. Las armas y el equipaje quedó todo por el vencedor. Por el mismo tiempo el almirante aqueo, haciéndose a la vela para Molicria, trajo consigo pocos menos de cien prisioneros, y volviendo a salir, se dirigió a Calcea, donde, vencida la oposición de los moradores, apresó dos navíos largos con sus tripulaciones, y cogió un bergantín etolio junto a Río, con todo el equipaje. De suerte que la concurrencia por mar y tierra a un tiempo de despojos, y la abundancia de dinero y provisiones que éstos rindieron, dio confianza a los soldados aqueos de recobrar sus pagas, y a las ciudades esperanza de que no serían cargadas en el futuro con impuestos.

CAPÍTULO XXV

Diversos sucesos de la guerra de los aliados.- Ocupación de Bilazora por Filipo.- Escalada de Melitea frustrada.- Consideraciones sobre este punto.

Mientras tanto Scerdilaidas (218 años antes de J. C.), creyéndose ofendido de Filipo por no haberle satisfecho aún cierta suma de dinero en que estaban convenidos por un tratado, destacó quince bergantines con ánimo de hacerse cobro fraudulentamente de este débito. Efectivamente, habiendo arribado a Leucades estos buques, fueron recibidos como amigos, en virtud de la alianza que mediaba, y aunque no se propusieron a hacer daño alguno, ni pudieron, sin embargo atacaron contra la fe de los tratados a Agatino y Cassandro, corintios que habían llegado y fondeado allí como amigos con cuatro navíos de Taurion; y apresados ellos y sus buques, los remitieron a Scerdilaidas. De allí se hicieron a la vela, y tomando el rumbo hacia Malea saquearon a sus comerciantes y los forzaron a tomar tierra. Con motivo de acercarse la siega, y no cuidar Taurión de

custodiar las mencionadas ciudades, Arato se propuso cubrir con sus tropas escogidas la recolección de granos de los argivos. Euripidas, por su parte, salió a campana a la cabeza de los etolios, con ánimo de talar el país de los Tritaios. Pero Lico y Demodoco, comandantes de la caballería aquea, con la noticia que tuvieron de que los etolios habían salido de la Elida, congregaron los dimeos, pratenses, fareos, y unidos a éstos los extranjeros, hicieron una irrupción en Elea. Llegado que hubieron a Fixio, destacaron la infantería ligera y la caballería a talar la campiña, y dejaron emboscados en torno a esta fortaleza los pesadamente armados. El pueblo eleo salió al encuentro de los que saqueaban el país, y siguió el alcance de los que se retiraban. Entonces Lico sale de la emboscada, ataca a los que encuentra, y los eleos, sin poder sostener el ímpetu, vuelven la espalda al primer choque, quedan doscientos sobre el campo, ochenta hechos prisioneros, y los aqueos sacan impunemente el botín que habían cogido. Al mismo tiempo el almirante aqueo, hechos varios desembarcos en las costas de Calidonia y Naupacta, arrasó el país, venció dos veces la oposición de sus naturales, y trajo prisionero a Cleoncio de Naupacta, quien por ser huésped público de los aqueos no fue vendido al punto, sino remitido poco después sin rescate.

Hacia este mismo tiempo el pretor Agetas alistó todo el pueblo etolio, y después de haber saqueado el país de los acarnanios, y haber talado impunemente todo el Epiro, se retiró a su patria y despidió los etolios a sus ciudades. Los acarnanios, en venganza invadieron las tierras de Strato; mas poseídos de un terror pánico se retiraron vergonzosamente, aunque sin pérdida, porque los stratenses no se atrevieron a perseguirles, temiendo que el retiro no encubriese alguna emboscada.

En Fanote hubo una traición simulada, que ocurrió de este modo. Alejandro, gobernador por Filipo de la Fócida, fraguó un engaño a los etolios, por medio de un cierto Jasón, su lugarteniente en la ciudad de Fanote. Este envió un correo a Agetas, pretor de los etolios, ofreciéndole que le entregaría la ciudadela de Fanote. Concertado el convenio con los juramentos ordinarios, Agetas va al día señalado con sus etolios durante la noche, destaca cien hombres escogidos y esforzados a la ciudadela, y él se queda encubierto con el resto a cierta distancia. Jasón confiado en que Alejandro tenía puestas sobre las armas sus tropas dentro de la ciudad, recibe los cien etolios en la ciudadela, según había jurado. No bien éstos habían entrado, cuando Alejandro los atacó y cogió prisioneros. Llegado el día, Agetas conoció lo que pasaba, y se retiró a su patria, cogido en un lazo poco diferente de los que él había tendido tantas veces.

Mientras que esto sucedía en Grecia, el rey Filipo tomó a Bilazora, ciudad la más importante de la Peonia, y situada ventajosamente para contener las correrías desde la Dardania a la Macedonia. Con esta conquista ya casi no tenía que temer de parte de los dardanios; pues no les era fácil atacar la Macedonia, siendo él dueño de la entrada con la toma de esta plaza. Puesta en ella una buena guarnición, despachó a Crisógono con diligencia a alistar tropas en la alta Macedonia mientras que él, con las que había recogido de la Bottia y de la Anfajitida, iba marchando a Edesa. Incorporado aquí con la gente que había conducido Crisógono, se puso en camino con todo el ejército y se dejó ver al sexto día delante de Larissa. Prosiguió su marcha sin descansar día y noche, y al amanecer llegó a Melitea, a cuyos muros intentó aplicar las escalas. Los melitenses se sobresaltaron tanto con un ataque tan repentino y extraordinario, que pudiera haber tomado con facilidad la ciudad; pero por ser las escalas mucho más cortas que lo que pedía la urgencia, se le frustró el golpe. He aquí casos en donde no se puede menos de culpar a los generales. Efectivamente, ¿no se increpará la temeridad de ciertos comandantes, que sin haber tomado precaución alguna, sin haber medido los muros, sin haber reconocido la altura de los precipicios y otros lugares semejantes, por donde piensan hacer sus aproches, se presentan sin reflexión a tomar una plaza? ¿Y no son reos de un justo vituperio, si después de haber tomado por sí mismos las medidas, encargan luego sin más consideración al primero que se presenta la construcción de las escalas y otras parecidas máquinas, cuyo trabajo, aunque de poca meditación, es de suma importancia en el lance? Esta es una clase de empresas donde no existe parvidad en las omisiones. Descuidarse y seguirse el castigo, todo es uno, y esto de muchas maneras. Porque si se ejecuta la acción, expone al peligro sus más valientes soldados y si se retira, incurre en otro mayor, que es el desprecio del enemigo. Esto se justifica con muchísimos

ejemplos. Pues se hallará que entre aquellos a quienes se han malogrado semejantes empresas, más son los que han quedado en la estacada, o han estado cerca de perder la vida, que los que han escapado sin lesión. A más de que éstos adquieren para el futuro una general desconfianza y aborrecimiento, van anunciando a todos la precaución, y llevan en cierto modo un sobrescrito de cautela y reserva que habla con todos, tanto los que presenciaron el lance, como los que después le oyeron. Convengamos, pues en que los que están a la cabeza de los negocios no deben emprender parecidos propósitos sin una premeditación escrupulosa. El modo de medir las escalas y fabricar otros instrumentos de guerra es muy fácil y seguro si se tiene principios. Pero sobre esta materia se nos ofrecerá ocasión y tiempo más oportuno en el discurso de la obra, en que haremos ver cómo se ha de evitar todo error en las escaladas. Ahora volvamos a continuar la narración.

CAPÍTULO XXVI

Asedio y ocupación de Tebas por Filipo.- Demetrio de Faros propone al rey que se convenga con los etolios y piense trasladarse a Italia.- Buena acogida que encuentra en Filipo esta sugerencia.

Al haberse malogrado esta empresa (218 años antes de Jesucristo), Filipo sentó su campo en las márgenes del Enipeo, a donde hizo venir de Larissa y de otras ciudades los aparatos de guerra que había hecho durante el invierno para sitiar a Tebas en Phtiotida. Todo el objeto de su expedición era la toma de esta ciudad, situada no lejos del mar y a trescientos estadios de Larissa. Esta plaza domina por un lado la Magnesia y por otro la Tesalia, pero con especialidad aquella parte de la Magnesia que habitan los demetrienses, y aquella otra de la Tesalia que ocupan los farsalios y Feraios. Mientras los etolios poseyeron esta ciudad, no cesaron con continuas correrías de causar grandes perjuicio, a los demetrienses, farsalios y larisseos. Pasaron muchas veces con sus talas hasta el campo Amirico. Por eso Filipo, atento a la importancia de la plaza, ponía todo su ahínco en tomarla por la fuerza. Cuando ya tuvo reunidas ciento cincuenta catapultas y veinticinco mil pedreros, avanzó hacia Tebas, y dividido el ejército entres trozos, ocupó los puestos próximos. Situó el uno alrededor de Scopio, otro cerca de Heliotropio y el tercero acampaba sobre un monte que domina la ciudad. Los espacios que mediaban entre los tres campos los rodeó con un foso y dos empalizadas, y los fortificó de cien en cien pasos con torres de madera, donde puso la guarnición competente. A consecuencia de esto acumuló en un sitito todas sus municiones, y empezó a acercar las máquinas contra la ciudadela. En los tres primeros días, como hacía la plaza una generosa y obstinada resistencia, no se pudieron adelantar las obras. Pero después que las continuas escaramuzas y la multitud de tiros acabó con una parte de la guarnición e inutilizó la otra, relajado algún tanto el valor de los sitiados, se aplicaron los macedonios a las minas y aunque tenían por contrario el terreno, la continuación hizo que al cabo de nueve días llegasen a los muros. Se turnó en los trabajos día y noche sin cesar, de suerte que en tres días quedaron socavados y apuntalados doscientos pies de muro. Pero como estos puntales eran muy débiles para sostener tanto peso, el muro se vino abajo antes que los macedonios les prendiesen fuego. Se trabajó después con actividad en desembarazar la brecha y disponerla para el avance, pero cuando ya se iba a dar el asalto, consternados los sitiados, entregaron la ciudad. Filipo, puestas a cubierto la Magnesia y la Tesalia con esta conquista, privó a los etolios de una gran ventaja e hizo ver a sus tropas la justa razón que había tenido para quitar la vida a Leoncio por haber dado antes tan mala cuenta de su persona en el cerco de Palea. Dueño de Tebas, puso en subasta los moradores que tenía, la pobló de macedonios, y en vez de Tebas la llamó Filippopolis.

Arreglado todo lo perteneciente a esta plaza, le vinieron por segunda vez embajadores de Chío, Rozas Bizancio y del rey Ptolomeo, para tratar de paz. Filipo les respondió, como había hecho antes, que estaba pronto a concertarla si iban primero a explorar las intenciones de los etolios, pero interiormente cuidaba poco de convenirse y sólo pensaba en llevar adelante sus proyectos. Así fue que habiendo tenido noticia de que la escuadra de Scerdilaidas pirateaba alrededor de Malea, que

trataba a todos los comerciantes como enemigos y que contra la fe de los tratados había apresado algunos de sus buques anclados en Leucades, equipó doce navíos con puente, ocho sin él y treinta de dos órdenes y atravesó el Euripo. Su cuidado era sorprender a los ilirios; pero todas sus miras iban dirigidas contra los etolios, ya que no sabía nada de lo acaecido en Italia. Pues no había pasado aún a la Grecia la noticia de que los romanos habían sido derrotados en la Toscana por Aníbal al tiempo mismo que él estaba sitiando a Tebas. Filippo, no habiendo podido alcanzar los navíos de Scerdilaidas, fondeó en Cencras. De allí destacó los navíos con puente, con orden de tomar el rumbo de Malea para ir a Egio y Patras, y mandó pasar los demás por el istmo del Peloponeso, para que todos anclasen en Lequeo. Él, acompañado de sus amigos, partió con diligencia a Argos para asistir a los juegos Nemeos. Allí mientras que se hallaba viendo uno de los combates gímnicos, le llegó un correo de la Macedonia con la nueva de que los romanos habían perdido una gran batalla y de que Aníbal era dueño de todo el país abierto. El rey mostró al momento la carta a sólo Demetrio de Faros y le previno el secreto. Demetrio se valió de esta ocasión para aconsejarle a que dejase cuanto antes la guerra de la Etolia y pensase en llevar sus armas contra la Iliria, y de allí pasar a Italia. «La Grecia toda, decía, obedece ya ahora vuestras órdenes y las obedecerá en adelante; los aqueos han entrado de voluntad en vuestros intereses; los etolios entrarán de miedo con lo que han sufrido en la guerra presente; con que sólo el paso a Italia puede seros el principio para la monarquía universal. El proyecto a nadie cuadra mejor que a vos, y la ocasión es ahora, que están arruinados los romanos.»

Un discurso semejante no podía menos de inflamar el corazón de un rey joven, afortunado en sus empresas, intrépido en sumo grado y, sobre todo, descendiente de una casa que, con preferencia a otras, había ambicionado siempre el imperio del universo. Efectivamente, aunque por entonces no descubrió el contenido de la carta sino a Demetrio, reunió después sus confidentes y tuvo un consejo para concertar la paz con los etolios. Arato gustaba de que se compusiesen las cosas, en el concepto de que, superiores como eran en la guerra, concluirían una paz ventajosa. Por eso el rey, sin esperar a los embajadores con quienes había de tratar en general del convenio, despachó al punto a la Etolia a Cleónico de Naupacta, personaje que desde que había sido hecho prisionero estaba aguardando la asamblea de los aqueos. Él, mientras, tomando los navíos que tenía en Corinto y un ejército de tierra se dirigió a Egio, donde, para no parecer que deseaba demasiado la conclusión de la guerra, se aproximó a Lasió y tomó una torre situada sobre las ruinas de esta ciudad y simuló querer atacar a Elea. Después de haber ido y venido Cleónico dos o tres veces, los etolios pidieron se les admitiese a una conferencia. Filippo consintió, y suspendidas todas las hostilidades, escribió a las ciudades aliadas, exhortándolas a enviar sus diputados para que interviniesen y deliberasen en común sobre el tratado. Él pasó con el ejército a acampar alrededor de Panormo, puerto del Peloponeso, frente por frente de Naupacta donde aguardó a los plenipotenciarios de los aliados. Mientras éstos se reunían, se hizo a la vela para Zacinto, y arreglado que hubo por sí mismo los asuntos de esta isla regresó a Panormo.

CAPÍTULO XXVII

Reunión de Naupacta, donde se concierta la paz de los aliados.- Parlamento de Agelao para persuadirles a la unión.

Así que estuvieron reunidos los plenipotenciarios (218 años antes de J. C.), Filippo despachó a la Etolia a Arato y Taurión con algunos otros que los acompañasen. Éstos llegaron allá a tiempo que toda la nación celebraba una asamblea en Naupacta. A las primeras conferencias que tuvieron, advirtieron los deseos que todos tenían por la paz, y al punto volvieron a dar cuenta a Filippo de lo sucedido. Los etolios, con el anhelo de acabar la guerra, enviaron con éstos sus embajadores a Filippo, rogándole viniese a Naupacta con sus tropas, para que tratados más de cerca los asuntos, se concluyesen con más conveniencia. El rey cedió a sus instancias, y pasó a la cabeza de su ejército a

lo que llaman los valles de Naupacta, distantes veinte estadios de la ciudad. Allí acampó, levantó una trinchera alrededor de sus navíos y campamento, y esperó el tiempo del congreso. Los etolios acudieron todos sin armas, y separados dos estadios del campo de Filipo, trataban y conferenciaban sobre lo que ocurría. Lo primero que envió a decir el rey a los diputados de los aliados, fue que concertasen la paz con los etolios, bajo la condición de que unos y otros retuviesen lo que al presente poseían. Esto lo aprobaron los etolios. Sobre los demás artículos particulares hubo de una y otra parte frecuentes legaciones que omitimos por no contener cosa que merezca la pena de referirse. Sólo haremos mención del discurso que tuvo Agelao de Naupacta en la primera sesión, a presencia del rey y de los aliados que habían concurrido.

«Lo que más importa a la Grecia, dijo, es no tener guerras intestinas, y sería un gran favor de los dioses, si con unos mismos sentimientos y cogidos de las manos como los que vadean los ríos, consiguiésemos rebatir los insultos de los bárbaros y conservar nuestras ciudades y personas. Pero ya que no se pueda cimentar esta concordia para siempre, al menos en las actuales circunstancias nos conviene conspirar y velar por la salud común, si echamos la vista sobre los formidables ejércitos e importancia de la guerra que se está haciendo al presente. Pues no habrá alguno, por medianamente instruido que se halle en la ciencia del gobierno, que no advierta que los vencedores, bien sean cartagineses, bien romanos, jamás se contendrán verosímilmente dentro de la Italia y la Sicilia, sino que extenderán y alargarán sus miras y fuerzas más allá de lo justo. Bajo este supuesto, a todos nos conviene estar atentos al peligro, pero sobre todo a vos, Filipo. El medio de estar a la mira es, si en vez de arruinar la Grecia y facilitar su conquista a los invasores, la miráis como a vuestro propio cuerpo, y tomáis a cargo la defensa de todas sus partes como miembros y pertenencias de vuestro reino. Si de este modo manejáis sus intereses, los griegos os estarán afectos y os serán socios inviolables en vuestros propósitos; y los bárbaros, asustados de la fe que la Grecia os profesa, no podrán maquinan contra vuestro reino. Sin embargo, si os arrastra la ambición de mandar, volved los ojos al Occidente, y considerad la guerra que abrasa la Italia; que como espiéis con cuidado la ocasión, ello os abrirá camino para el imperio del universo, pensamiento nada extraño en las actuales circunstancias. Pero si tenéis alguna contestación o guerra que hacer a los griegos, os suplico la remitáis a otro tiempo más desocupado; y ahora anheléis sobre todo a que esté en vuestra mano la potestad de hacer la paz o la guerra con ellos a vuestro antojo. Porque si permitís que la nube que ahora se descubre al Occidente venga a descargar sobre la Grecia, temo con sobrado fundamento que de tal modo nos corte la libertad de hacer treguas, tomar las armas y terminar las disputas que ahora tenemos, que tengamos que suplicar a los dioses nos concedan la facultad de hacer la guerra a nuestro arbitrio, concertar la paz entre nosotros, y, en una palabra, ser árbitros de nuestras contestaciones.» Este razonamiento de Agelao inflamó a todos los aliados para la paz, pero especialmente a Filipo, a cuyo deseo, dispuesto de antemano por las exhortaciones de Demetrio, fue más conforme el discurso. Y así, convencidos sobre los artículos particulares se firmó el tratado y se retiró cada uno a su casa, llevando a su patria la paz en vez de la guerra. Todos estos acaecimientos, a saber, la batalla perdida por los romanos en la Toscana, la de Antíoco sobre la Cæle-Siria, y la paz de los aqueos y Filipo con los etolios sucedieron en el tercer año de la ciento cuarenta olimpiada. Ésta fue la primera época, ésta la primera asamblea en que los intereses de Italia y África se mezclaron con los de Grecia. De aquí adelante, bien se hiciese la guerra, bien se concertase la paz, ni Filipo ni los jefes de las repúblicas griegas reglaban sus asuntos con respecto solo a la Grecia, sino que todos tornaban sus miras a la Italia. Los insulares y los pueblos del Asia siguieron poco después el mismo ejemplo. Porque si tenían algún disgusto con Filipo o alguna diferencia con Attalo, ya no acudían a Antíoco y a Ptolomeo, ni miraban al Mediodía y Levante; volvían sí sus ojos al Occidente; y bien a Cartago, bien a Roma, todos dirigían allá sus embajadas. Del mismo modo los romanos, conociendo la audacia de Filipo, enviaban sus legados a la Grecia, por temor que en circunstancias tan calamitosas no se les añadiese este nuevo enemigo.

Pero puesto que hemos manifestado claramente, según ofrecimos al principio, el cuándo, cómo y con qué motivo los intereses de Grecia vinieron a mezclarse con los de Italia y África; y que

consecutivamente hemos referido las acciones de los griegos, hasta aquellos tiempos en que los romanos perdieron la batalla de Cannas, época en que acaba la narración de los hechos de Italia, será bien finalicemos igualmente este libro, una vez que lo hemos igualado con aquella data.

CAPÍTULO XXVIII

Situación de todos los pueblos de Grecia y Asia.

Así que dejaron las armas los aqueos (217 años antes de J. C.), eligieron por pretor a Timoxeno, y restablecieron sus antiguos usos y costumbres. Asimismo las demás ciudades del Peloponeso entraron en el goce de sus haciendas, cultivaron sus campos e instauraron sus sacrificios, juegos y demás ritos con que cada pueblo daba culto a sus dioses; funciones todas que por la continuación de las guerras precedentes, casi las más habían sido olvidadas. Ciertamente yo no sé cómo los peloponesios, inclinados por naturaleza más que otro pueblo a la vida quieta y sosegada, han gozado hasta ahora de este reposo menos que ninguno, antes bien, según Eurípides, han estado siempre rodeados de trabajos y con las armas en la mano. En mi concepto, es justo castigo porque amantes por naturaleza del mando y de la libertad, viven en una continua guerra, por disputarse sin cesar la primacía. Los atenienses, por el contrario, apenas se vieron libres del terror de la Macedonia, creyeron ya gozar de una libertad constante. Gobernados por Euriclidas y Mición, no se mezclaron en los asuntos de los demás griegos. Siguieron sí ciegamente la conducta e impulsos de sus dos magistrados: fueron pródigos en honrar a todos los reyes, y sobre todo a Ptolomeo; y no hubo especie de decreto o encomio por que no pasasen, ajando en cierto modo la decencia por indiscreción de sus dos jefes.

Poco después del tiempo en que vamos (217 años antes de J. C.), Ptolomeo tuvo que tomar las armas contra sus vasallos. Ciertamente que este rey, en el hecho de haber armado los egipcios contra Antíoco, tomó por el pronto un arbitrio conveniente, pero para adelante le fue pernicioso. Porque ensoberbecidos con la victoria de Rafia, ya no se dignaban obedecer sus órdenes; al contrario, creyéndose capaces de hacerle resistencia, andaban buscando sólo una cabeza o jefe para rebelarse, como en efecto hicieron transcurrido poco tiempo. Antíoco, después de hechos grandes preparativos durante el invierno (217 años antes de J. C.), superó el monte Tauro a la entrada del verano, y asociado con el rey Attalo, emprendió la guerra contra Aqueo.

Los etolios (217 años antes de J. C.) ya que no les había salido la guerra conforme a sus ideas, al principio aprobaron la paz contraída con los aqueos, y por eso eligieron por pretor a Agelao de Naupacta, atento a que había sido el autor principal del ajuste. Mas no pasó mucho tiempo sin que se disgustasen y quejasen de su pretor, porque habiendo hecho la paz, no con un pueblo particular, sino con la Grecia toda, les había quitado todas las proporciones de enriquecerse a costa de sus vecinos, y aun les había cortado las esperanzas para el futuro. Pero Agelao sufrió con constancia estas quejas indiscretas, y supo reprimir tan bien sus impulsos, que tuvieron que tolerar la paz, aunque con repugnancia.

Filipo, después de la paz, regresó por mar a Macedonia (217 años antes de J. C.) Allí encontró a Scerdilaidas, quien, bajo el mismo pretexto que tuvo para atacar contra los tratados los navíos en Leucades, había saqueado ahora la villa de Pisseo en la Pelagonia, ganado las ciudades de la Dassarétida, sobornado con promesas las de Antipatria, Crisondión y Gertún en la Foibatida, y talado muchos campos de la vecina Macedonia. El rey salió a campaña sin dilación para recobrar las plazas perdidas, y resuelto a medir sus armas con Scerdilaidas. Nada creía era de mayor importancia para otros propósitos que meditaba, y sobre todo para pasar a Italia, como el arreglar primero las cosas de la Iliria. Demetrio incitaba tan de continuo el ánimo del rey a este proyecto, que aun durmiendo soñaba y pensaba en esta expedición Filippo. Esto no lo hacía por amor que le tuviese, apenas tocaba a la amistad un tercer lugar en este asunto; sino por odio que profesaba a los romanos, y principalmente por conveniencia propia, pues sólo así esperaba volver a mandar en

Faros. Efectivamente, Filipo recobró las ciudades que hemos dicho y ocupó a Creonión y Gerún, en la Dassarétida; a Enquelanas, Cerace, Satió y Boios, junto al lago Lichnidio; a Bantia, en el país de los calicoenos, y a Orgiso, en el de los pissantinos. Finalizada la campaña, envió a invernar sus tropas. En este mismo invierno fue cuando Aníbal, arrasados los más bellos países de Italia, fue a acuartelarse en torno a Gerunio en la Apulia, y cuando los romanos crearon cónsules a Aulo Terencio y L. Emilio.

Filipo durante el cuartel de invierno reflexionó que para sus propósitos necesitaba navíos y marinería; esto no tanto porque esperase poder medir sus fuerzas por mar con los romanos, cuanto porque de este modo transportaría con más comodidad sus tropas, llegaría más pronto a donde se había propuesto y se presentaría al enemigo cuando menos lo pensase. Para este proyecto creyó no había mejor construcción de buques que la de los ilirios, y ordenó fabricar cien bergantines, siendo en esto casi sin segundo entre los reyes de Macedonia. Ya que tuvo equipados estos navíos, reunió sus tropas a la entrada del estío, ejercitó algún tanto sus macedonios en el remo y se hizo a la vela al mismo tiempo que Antíoco superaba el monte Tauro. Habiendo atravesado el Euripo y doblado hacia Malea, arribó a las costas de Cefalenia y Leucades, donde fondeó, y puesto de observación se informó acerca de la escuadra romana. Enterado de que se hallaba anclada en Lilibea, salió del puerto lleno de confianza y dirigió la proa hacia Apolonia.

Ya iba a tocar con la embocadura del Loío, río que baña a Apolonia, cuando un terror pánico, semejante a los que tienen a veces los ejércitos de tierra, se apoderó de sus tropas. Algunos barcos de los que venían a la retaguardia, habiendo fondeado en Saso, isla situada a la entrada del mar Jonio, vinieron por la noche a decirle que al mismo tiempo que ellos, habían abordado unos navíos procedentes del Estrecho, y éstos les habían contado cómo dejaban en Regio diez navíos romanos de cinco órdenes que navegaban hacia Apolonia a dar socorro a Scerdilaidas. Filipo creyendo que ya tenía sobre sí tan grande escuadra, lleno de miedo ordenó sin dilación levar anclas y tomar el camino que había traído. Después de una retirada sin orden ni concierto y una navegación de un día y una noche sin cesar, abordó al siguiente a Cefalenia, donde, alentado algún tanto, dio a entender que había vuelto arreglar ciertos negocios del Peloponeso. Efectivamente, el terror del rey... no era del todo mal fundado. Porque Scerdilaidas, con la noticia de que Filipo hacía construir durante el invierno gran número de buques, pronosticando que vendría contra él, había participado a los romanos esta noticia para rogar su socorro, y éstos le habían enviado diez navíos de la escuadra que estaba en Lilibea, los mismos que se habían avistado delante de Regio. Ciertamente si Filipo aterrado no hubiera tomado inconsideradamente la huida, sin duda hubiera conseguido sus propósitos en la Iliria; pues ocupada toda la atención y fuerzas de los romanos con Aníbal y la batalla de Cannas, verosíblemente se hubiera apoderado de los diez navíos. Pero amedrentado con el aviso, se retiró a la Macedonia sin lesión, mas no sin ignominia.

Por este mismo tiempo realizó Prusias un hecho memorable. Los gálatas que Attalo, por la reputación de su valor, había traído de Europa para hacer la guerra contra Aqueo, habiéndose separado de este rey por los temores que ya hemos apuntado, fieros e insolentes talaban las ciudades del Helesponto. Por último, ya habían emprendido el asedio de los ilienses, cuando los alejandrinos que habitan la Troada hicieron una hazaña esclarecida. Destacaron allá a Temistes, quien con cuatro mil hombres los hizo levantar el sitio, los cortó los víveres, frustró sus proyectos y los desalojó de toda la Troada. Los gálatas después se apoderaron de Arisba, en el país de los abidenos, desde donde insidiaban y mantenían guerra continua con las demás ciudades de aquellos alrededores. Prusias salió contra ellos y les dio la batalla. Los hombres quedaron todos tendidos sobre el campo de batalla, los hijos y las mujeres fueron degollados casi todos dentro de los reales, y los equipajes abandonados a los vencedores. Con esta acción libertó Prusias de un gran miedo y sobresalto las ciudades del Helesponto, y dio una buena lección a los bárbaros venideros para que no aventurasen otra vez con tanta facilidad el tránsito de Europa al Asia. Tal era el estado de los negocios de Grecia y Asia. En Italia, después de la batalla de Cannas, la mayor parte de los pueblos se pasaron al partido de Cartago, como hemos mencionado antes. Ahora, puesto que hemos expuesto todo lo que

contiene la olimpiada ciento cuarenta concerniente a los asiáticos y griegos, daremos fin a la narración en esta época. En el libro siguiente, después que hayamos recordado en pocas palabras lo que hemos anticipado, en éste convertiremos la palabra al gobierno de los romanos, según prometimos al principio.

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre la fundación de Roma.- Antiguas costumbres.- Licio, hijo de Demarates, en Roma.- Su amistad con el rey Anco Marcio. Persuadido estoy de que fue fundada Roma en el segundo año de la séptima olimpiada.

El monte Palatino tomó este nombre del de un joven llamado Palante, que allí fue muerto.

Los romanos prohibían beber vino a las mujeres. Permitíanlas, sin embargo, beberlo cocido. Hacíase este vino con uva cocida y asemejaba en el gusto al vino ligero de Agosthenes o de Creta. Cuando las mortificaba la sed, apagábanla con esta bebida; pero la que bebía vino no podía ocultarlo, primero por no tener a su cuidado y libre disposición la despensa o bodega donde era guardado, y además porque la costumbre obligaba a besar en la boca a sus allegados y a los de su esposo, hasta los hijos de sus primos, siempre que los veía, aunque fuera diariamente; de suerte que, ignorando a quien encontraría, evitaba beber vino, porque el aliento era indicio seguro de la falta

Anco Marcio fundó también a Ostia, ciudad fortificada junto al Tíber

Lucio, hijo de Demarates el Corintiano, fue a Roma con grandes esperanzas, fundadas en su propio mérito y en su riqueza, y persuadido de que encontraría ocasión de probar que no era inferior a ningún ciudadano de la república. Estaba casado con mujer que, a otras dotes, unía la de ánimo apropiado para secundarle en las empresas que exigen prudencia y astucia. Llegó a Roma; concediósele derecho de ciudadanía; hizo alarde del mayor respeto a las órdenes del rey, y al poco tiempo, debido en parte a su liberalidad, en parte a la agudeza de su ingenio, y especialmente a las artes que aprendió desde la niñez, tanta influencia adquirió en el ánimo del rey, que tuvo con él gran confianza. Andando el tiempo, convirtiéndose en estrecha amistad con el rey Anco Marcio, hasta el extremo de habitar en su palacio y despachar con él los asuntos de Estado. Velando con celo en esta administración por el interés público, ayudaba al mismo tiempo con su crédito y esfuerzos a quienes alguna merced le pedían, y a las veces usaba sus propias riquezas con magnificencia, logrando con los beneficios la adhesión de muchos ciudadanos y la benevolencia de todos por su reputación de honradez: por tales medios consiguió ser elevado al trono.

CAPÍTULO II

Diversas clases de gobierno.- Origen y cambio natural de una en otra.- El mejor sistema de gobierno es el que participa de todos. Así es la República Romana.

Si sólo se hubiera de tratar de las repúblicas griegas, del acrecentamiento de unas y de la ruina total de otras, a poca costa se daría cuenta de lo pasado y se juzgaría de lo porvenir. Repetir lo que se sabe, es fácil; y pronosticar lo futuro por conjeturas de lo pasado, no es difícil. Pero habiéndose de hablar de la República Romana, no es lo mismo. Porque ni es fácil analizar su estado presente, por la variedad de gobierno, ni adivinar el futuro, por la ignorancia de las costumbres que, en general y en particular, usó este pueblo antiguamente. Y así, si se han de investigar con precisión las ventajas que en sí encierra esta República, es empresa de un estudio y atención nada común.

Los más que escriben con método de política, asignan tres especies de gobierno: Real, Aristocrático y Democrático. Me parece se les pudiera preguntar con justo motivo si nos las proponen como solas o como las mejores. Pero sea lo que fuese, a mi entender pecan en uno y otro extremo. No son las mejores; pues que es evidente, y lo comprueba no sólo la razón, sino la experiencia, que la mejor forma de gobierno es laque se compone de las tres sobredichas, tal como la que estableció Licurgo el primero en Lacedemonia. No son tampoco las únicas: vemos ciertos

gobiernos monárquicos y tiránicos que se distinguen muchísimo del real, bien que tengan con éste alguna semejanza, bajo la cual todos los monarcas y tiranos procuran en lo posible paliar y colorear el nombre de reyes. Se encuentran también muchos Estados gobernados por un corto número, que aunque parecen tener alguna conformidad con la aristocracia, es infinita la diferencia que entre ellos se halla. Lo mismo se debe decir de la democracia. Para convencimiento de lo que digo, nótese que no toda monarquía es reino, sino sólo aquella que está formada de vasallos voluntarios y que es gobernarla más por razón que por miedo y violencia; ni toda oligarquía merece el nombre de aristocracia, sino aquella donde se eligen los más justos y prudentes para que la manden. Asimismo no es democracia aquella en que el populacho es árbitro de hacer cuanto quiera y se le antoje, sino en la que prevalecen las patrias costumbres de venerar a los dioses, respetar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer a las leyes entre semejantes sociedades sólo se debe llamar democracia donde el sentimiento que prevalece es el del mayor número.

Sentemos, pues, que hay seis especies de gobiernos tres que todo el mundo conoce y nosotros acabamos de proponer, y tres que tienen relación con las antecedentes, a saber: el gobierno de uno solo, el de pocos y el del populacho. El gobierno de uno solo o monárquico se estableció sin arte, sólo por impulso de la naturaleza: de éste se deriva y trae su origen el real, si se añade el arte y la corrección. El real, si degenera en los vicios que le son connaturales, viene a parar en tiranía, y de las ruinas de ésta y aquél nace la aristocracia. De ésta, que por naturaleza se inclina al gobierno de pocos, si el pueblo se llega a irritar y vengar las injusticias de los próceres, se origina la democracia, y si llega a ser insolente y menospreciar las leyes, se engendra la olocracia o gobierno del populacho. Que es cierto lo que digo, lo conocerá cualquiera fácilmente si reflexiona sobre los principios naturales, origen y alteraciones de cada especie de gobierno. Sólo el que conozca la constitución natural de cada Estado es el que podrá conocer a fondo sus progresos, su auge, su mutación, su ruina, cuándo y cómo sucederá y en qué forma se cambiará. Me presumo que si a alguna república es adaptable este género de examen, es en especial la romana, porque su primer establecimiento y sus progresos son conformes a la misma naturaleza.

Se me dirá acaso que este cambio natural de Estados se halla tratado con más exactitud en Platón y algunos otros filósofos. Pero como esta materia es oscura, prolija y entendida de pocos, nosotros extractaremos lo que convenga a una historia verdadera y sea adaptable a la comprensión de todos; pues caso que esta idea general no satisfaga en un todo el examen individual que se hará adelante, satisfará plenamente las dudas que ahora se formen.

CAPÍTULO III

Origen de las sociedades, y especialmente de las monarquías y de los reinos.

¿Cuál es, pues, el principio de las sociedades, y de dónde diremos que traen su origen? Cuando por un diluvio, una enfermedad epidémica, una escasez de frutos u otras calamidades análogas viene la ruina del género humano, como ya ha ocurrido y dicta la razón que ocurrirá aún muchas veces, con los hombres perecen también los inventos y las artes. Pero después que de las semillas que se han salvado se vuelve a multiplicar con el tiempo la especie humana, entonces sucede a los hombres lo que a los demás animales. Se asocian, se congregan, como es regular a los de una misma especie y lo dicta la debilidad de su misma naturaleza; y entonces por necesidad el que excede a los otros en fuerzas corporales, espíritu y atrevimiento, se pone a su cabeza y los gobierna. Esto debemos creer que es obra puramente de la naturaleza; pues que vemos en los otros animales que no se gobiernan sino por instinto, que los más fuertes sin disputa hacen oficio de conductores, como el toro, el jabalí, el gallo y otros semejantes. Es muy probable que al principio fuese así la vida de los hombres, juntarse en una grey a manera de animales, y dejarse conducir de los más fuertes y poderosos. Mientras la autoridad se mide por las fuerzas, se llama monarquía; pero después que con el transcurso del tiempo se introduce en la sociedad una educación común y un

trato mutuo, ya entonces pasa a ser reino; y este es el momento en que el hombre comienza a formar idea de lo honesto y de lo justo, así como de los vicios contrarios.

Tal es el origen y modo de formarse las sociedades. Todos nos inclinamos naturalmente al coito, y de aquí nacen los hijos. Cuando éstos llegan a la pubertad y no proceden reconocidos, ni socorren a los que los han criado, sino al contrario los tratan mal de palabra u obra, es claro que ofenden y dan en rostro a los que lo ven y son sabedores de los cuidados y desvelos que han tenido los padres en la educación y crianza de los hijos. Y como el hombre se distingue de los demás animales en que él solo piensa y discurre, no es verosímil deje de considerar una cosa que advierte aún en los otros animales; por el contrario, le hará eco tal ingratitud, le chocará por el pronto tal procedimiento, y previendo el futuro, hará su cuenta de que podrá sucederle a él igual dificultad. Lo mismo digo de un hombre que es socorrido y aliviado de otro en un peligro: si este tal, en vez de dar las gracias al libertador, intenta agraviarle, es constante será odiado y aborrecido de los que lo sepan, y al paso que se compadecerán del prójimo, se temerán no les ocurra a ellos otro tanto. De aquí nace en el hombre una idea de la obligación, contempla la fuerza que tiene, y en esto consiste el principio y fin de la justicia.

Asimismo ¿por qué al que se expone a los peligros por la salud de todos, al que sufre y resiste el ímpetu de los animales más bravos, se le aplaude, se le venera y se le mira como a patrono, y al que hace lo contrario se le desprecia y aborrece? Esto no puede provenir sino de la consideración que hace el vulgo sobre lo torpe y honesto, y sobre la diferencia que hay entre uno y otro extremo; de donde se deduce, lo honesto merece nuestro celo e imitación, por la utilidad que nos procura; lo torpe nuestra aversión y desprecio. Cuando el que manda y supera en fuerzas a los demás llega a adquirir en el pueblo el concepto de perpetuo favorecedor y recto distribuidor del premio entre sus súbditos según el mérito; de allí adelante, como ya deja de temerse la violencia y hace su oficio la razón, se someten, se unen para conservarle la autoridad; y aunque llegue a la decrepitud, unánimes le defienden y conspiran contra los que quieren atacar su poder: y de esta manera, cuando la razón llega a ejercer su imperio sobre la ferocidad y la fuerza, de monarca pasa a rey insensiblemente y sin que nadie lo perciba.

Tal es la primera noción que naturalmente adquiere el hombre de lo honesto y de lo justo, y de los vicios opuestos. Tal el principio y origen del verdadero reino. Los súbditos no sólo conservan a éstos la dignidad real, sino que la continúan a sus descendientes por largo tiempo: porque se persuaden que ramas de semejante tronco, y educadas por tales padres, tendrán también iguales costumbres. Mas desde que el pueblo se disgusta con los sucesores, pasa a elegirse magistrados y reyes; y entonces ya no recae la elección sobre el brío y la fuerza, sino sobre la prudencia y sabiduría, desengañado por la experiencia de las ventajas de los dotes de espíritu sobre los del cuerpo. Antiguamente los que una vez eran puestos sobre el trono, envejecían en la dignidad. Sus cuidados eran fortificar puestos ventajosos, rodearlos de murallas y extender sus dominios, tanto para seguridad propia, como para abundancia de lo necesario en sus vasallos. Mientras se ocupaban en esto, como no se diferenciaban ni en el vestido ni en la mesa, sino que traían igual porte y método de vida que los demás, estaban exentos de los tiros de la calumnia y de la envidia. Pero después que sus herederos y sucesores hallaron prevenido todo lo concerniente a la seguridad, y aun más de lo que necesitaban para satisfacer las necesidades de la vida, entonces lisonjeadas sus pasiones con la abundancia, creyeron que la majestad debía fundarse en traer un vestido más rico, mantener una mesa más opípara, gastar un tren más costoso que sus súbditos, y en que ninguno pudiese contradecirles en sus amores y pasiones aunque ilícitas. De estos desórdenes, unos se suscitaron la envidia y ofensa, otros el odio e ira implacable, y de reyes pasaron a tiranos; pero al mismo tiempo se echaron los cimientos de su ruina, y se conspiró contra su autoridad; propósito que nunca fue de hombres despreciables, sino de los más ilustres, más magnánimos y más esforzados; porque éstos son los que menos pueden sufrir la insolencia de los tiranos.

CAPÍTULO IV

Orígenes de la aristocracia, la oligarquía, la democracia y la olocracia.- Sucesión de unas en otras hasta tornar a la monarquía.

Así que se ve el pueblo con jefes, cuando les presta su poder contra los reyes; y abolida hasta la sombra de reino y monarquía, pasa a fundar y establecer la aristocracia. El pueblo, reconocido a los que le han liberado de los monarcas, se entrega sin reflexionar su conducta, y les fía sus personas. Estos, pagados de tal confianza, al principio reputan por principal obligación el bien de la república, y dan toda su atención y cuidado al manejo de los negocios, tanto particulares como del Estado. Pero suceden sus hijos en las mismas dignidades, gentes poco acostumbradas a trabajos, sin la más mínima noción de la igualdad y de la libertad constitutivos de una república, criados desde la infancia entre los honores y dignidades de sus padres; y abandonándose unos a la avaricia y torpe deseo de riquezas, otros a las borracheras y comilonas insaciables, otros a los adulterios y amores infames, transforman la aristocracia en oligarquía; pero al mismo tiempo excitan en el pueblo los mismos sentimientos que anteriormente había tenido, y vienen a lograr el mismo fin que lograron los tiranos. Si después alguno, vista la envidia y odio de que el pueblo está animado, tiene la audacia de decir o hacer alguna cosa contra los jefes, y halla a la multitud en disposición de coadyuvar sus intentos, las consecuencias son la muerte de unos... y el destierro de otros. En este caso a nombrar rey ya no se atreven; dura aun el temor de la injusticia de los pasados. Para confiar el gobierno a muchos no tienen ánimo; está aun muy reciente la memoria de sus anteriores yerros. Sólo les queda salvo el recurso que hallan en sí mismos, a éste se atienen, y he aquí transformado el gobierno de oligarquía en democracia, y sustituido el poder y cuidado de los negocios en sus personas. Mientras duran algunos que sufrieron la insolencia y despotismo del gobierno anterior, contentos con el presente estado, prefieren a todo la igualdad y la libertad. Pero suceden jóvenes, entra el gobierno en manos de sus nietos, y ya entonces la misma costumbre desestima la igualdad y la libertad, y sólo se anhela por dominar a los otros: escollo donde comúnmente tropiezan los que exceden en riquezas. De aquí adelante, arrastrados de esta pasión, como no pueden satisfacerla ni por sí propios ni por sus virtudes personales, emplean sus bienes en cohechar y corromper el pueblo de todas maneras. Una vez enseñado éste a dejarse sobornar y vivir a costa de la loca ambición de honores de sus jefes, desde aquel punto desaparece la democracia, y sucede en su lugar la fuerza y la violencia. Porque acostumbrada la plebe a mantenerse de lo ajeno y a fundar la esperanza de subsistencia sobre el vecino; si a la sazón se la presenta un jefe esforzado, intrépido y excluido por la pobreza de los cargos públicos, se asocia con él, se entrega a los últimos excesos, y todo son muertes, destierros, repartimientos de tierras, hasta que al fin encrudelecida vuelve a hallar señor y monarca que la domine.

Tal es la revolución de los gobiernos, tal el orden que tiene la naturaleza en mudarlos, transformarlos y tornarlos a su primitivo estado. Conocidos a fondo estos principios, bien podrá uno engañarse sobre la duración que ha de tener el presente estado; perorara vez le desmentirá el fallo que eche sobre el grado de elevación o decadencia en que se halla, ni sobre la forma de gobierno en que vendrá a cambiarse, si lo forma sin pasión ni envidia. Con esta investigación fácilmente se conocerá el establecimiento, progresos, elevación y trastorno que vendrá a tener la República Romana. Pues aunque, como acabo de decir, esta República está fundada desde el principio y acrecentada según las leyes de la naturaleza tan bien como otra, con todo sufrirá igualmente su trastorno natural. Pero esto lo aclarará mejor la consecuencia. Ahora disertaremos brevemente sobre la legislación de Licurgo; asunto que no desdice de nuestro propósito.

CAPÍTULO V

Alabanza del gobierno de Licurgo.

Ciertamente Licurgo había llegado a comprender que todos los trastornos que hemos dicho eran naturalmente inevitables. Se hallaba persuadido que toda especie de gobierno simple y constituida sobre una sola autoridad era peligrosa, por degenerar rápidamente en el vicio familiar y consiguiente a su naturaleza. A la manera que el orín en el hierro, la polilla y la carcoma en la madera son pestes connaturales que, sin necesidad de otros males exteriores corroen estos cuerpos, porque fomentan en sí mismos la causa de su destrucción; de igual modo cada especie de gobierno alimenta dentro de sí un cierto vicio que es la causa de su ruina. Por ejemplo, la monarquía se pierde por el reino, la aristocracia por la oligarquía, la democracia por el poder desenfrenado y violento; en cuyas transformaciones es imposible, como poco ha manifestábamos, dejen devenir a parar con el tiempo todas las especies de gobierno mencionadas. Atento a esto, Licurgo formó su república, no simple ni uniforme, sino compuesta de lo bueno y peculiar que encontró en los mejores gobiernos, para que ninguna potestad saliese de su esfera y degenerase en el vicio connatural. En su república estaban contrapesadas entre sí las autoridades, para que la una no hiciese ceder ni declinar demasiado a la otra, sino que todas se hallasen en equilibrio y balanza, a la manera del barco que por todas partes es impelido igualmente de los vientos. El miedo del pueblo, que tenía su buena parte en el gobierno, contenía la soberbia de los reyes. Al pueblo, para que no se atreviese contra el decoro de los reyes, refrenaba el respeto del Senado, cuerpo formado de gentes escogidas y virtuosas, que siempre se habían de poner de parte de la justicia. De suerte que la parte más flaca, pero que conservaba en vigor la disciplina, venía a ser la más fuerte y poderosa con la agregación y contrapeso del Senado. Con este género de gobierno conservaron los lacedemonios su libertad por más tiempo que otro pueblo de que tengamos noticia; y con esta política, Licurgo, previendo de dónde y cómo se originan los males, estableció la mencionada república sin peligro.

Los romanos, aunque en el establecimiento de su república se propusieron el mismo objeto, no fueron conducidos por la razón, sino por los muchos combates y peligros, a cuya costa aprendieron la forma de gobierno que más bien les convenía. De este modo llegaron al mismo fin que Licurgo y fundaron una república la más perfecta que conocemos.

El recto juez no debe calificar los escritores por lo que omiten, sino por lo que manifiestan. Si en ellos encuentra alguna cosa falsa, se debe persuadir que aquélla se les escapó por ignorancia; pero si todo es verdadero, les debe hacer el favor de que el silencio, en ciertas cosas, más proviene del juicio que de la ignorancia.

CAPÍTULO VI

Diversas potestades que forman la República Romana y derechos propios de cada una.

Como hemos dicho antes, el gobierno de la República Romana estaba refundido en tres cuerpos, y en todos tres tan equilibrados y bien distribuidos los derechos, que nadie, aunque sea romano, podrá decir con certeza si el gobierno es aristocrático, democrático o monárquico. Y con razón; pues si atendemos a la potestad de los cónsules, se dirá que es absolutamente monárquico y real; si a la autoridad del Senado, parecerá aristocrático, y si al poder del pueblo, se juzgará que es Estado popular. He aquí, con poca diferencia los derechos propios que tenía en lo antiguo y tiene ahora cada uno de estos cuerpos. Los cónsules, mientras se hallan en Roma y antes de salir a campaña, son árbitros de los negocios públicos. Todos los demás magistrados, a excepción de los tribunos, les están sujetos y obedecen. Ellos conducen los embajadores al Senado, proponen los asuntos graves que se han de tratar, y les pertenece todo derecho de formar decretos. A su cargo están todos los actos públicos que se han de expedir por el pueblo, convocar asambleas, proponer leyes y decidir sobre el mayor número de votos. Tienen una autoridad casi soberana en los aparatos de la guerra y en todo lo concerniente a una campaña, como mandar en los aliados a su antojo, crear tribunos militares, alistar ejércitos y escoger tropas. En campaña pueden castigar a su arbitrio y

gastar del dinero público cuanto gusten, para lo cual les acompaña siempre un cuestor, que ejecuta prontamente todas sus órdenes. Al considerar la República Romana por este aspecto, se dirá con razón que su gobierno es simplemente monárquico y real. Si no obstante alguno de estos derechos, o de los que diremos después, se cambiase en la actualidad o dentro de poco, no por eso dejará de ser nuestro juicio menos verdadero.

Lo primero en que manda el Senado es en el erario. Nada entra ni sale de él sin su orden. Ni aun los cuestores pueden expender alguna suma en los usos particulares sin su decreto, a excepción de lo que gasta para los cónsules. Aun para aquellas grandes y considerables sumas que tienen que gastar los censores todos los lustros en reparo y adorno de los edificios públicos, es el Senado quien les da su autorización para tomarlas. Asimismo, todos los delitos cometidos dentro de Italia, que requieren una corrección pública, como traiciones, conjuraciones, envenenamientos y asesinato, son de la jurisdicción del Senado. Es también de su inspección ajustar las diferencias que se originen entre particulares o ciudades de Italia, castigarlas, socorrerlas y defenderlas si lo precisan. Si es menester despachar alguna embajada fuera de Italia para reconciliar las potencias, exhortarlas o mandarlas que emprendan o declaren la guerra, es el Senado quien tiene esta incumbencia. De igual modo da audiencia a los embajadores que vienen a Roma, delibera sobre sus pretensiones, y da la conveniente respuesta. En nada de cuanto hemos manifestado tiene que ver el pueblo; de suerte que si uno entra en Roma a tiempo que no estén los cónsules, le parecerá su gobierno una pura aristocracia; concepto en que están también muchos griegos y reyes a la vista de que casi todos sus negocios dependen de la autoridad del Senado.

En este supuesto no será extraña la pregunta: ¿qué parte es la que queda al pueblo en el gobierno? Por un lado el Senado dispone de todo lo que hemos dicho, y lo principal, maneja a su arbitrio el cobro y gasto de las rentas públicas; por otro, los cónsules son absolutos en los aparatos de guerra, e independientes en campaña. Sin embargo, el pueblo tiene su parte, y muy principal. Él es el solo árbitro de los premios y castigos, únicos polos en que se sostienen los imperios, las repúblicas y toda la conducta de los hombres. En el Estado donde no se conoce diferencia entre estos dos resortes, o reconocido se hace de ella mal uso, no puede existir cosa arreglada. Y si no, ¿qué equidad donde el bueno está a nivel del malo? El pueblo juzga e impone multas cuando lo merece el delito, y éstas recaen principalmente sobre los que obtienen los primeros cargos. Él sólo condena a muerte, en lo cual hay una costumbre laudable y digna de recordar, por la que el reo de pena capital, mientras se le sigue la causa, tiene facultad de ausentarse públicamente y acogerse a un destierro voluntario, aunque falte alguna tribu que no le haya prestado su voto. El reo puede vivir con seguridad en Nápoles, Preneste, Tibur u otra ciudad con quien se tenga derecho de asilo. El pueblo distribuye los cargos entre los que lo merecen; la más bella recompensa que se puede conceder a la virtud en un gobierno. Es dueño de aprobar o reprobar las leyes; y lo principal, se le consulta sobre la paz y sobre la guerra; y bien se trate de hacer alianzas, bien de terminar una guerra, bien de concertar un tratado, él es el que ratifica y aprueba estos proyectos, o los anula y desprecia. A la vista de esto cualquiera dirá con razón que el pueblo tiene la mayor parte en el gobierno, y que es popular el Estado.

CAPÍTULO VII

Contrapeso y conexión que poseen entre sí las tres potestades que forman la República Romana.

Una vez expuesto cómo la República Romana esta dividida en tres especies de gobierno, veamos ahora de qué forma se pueden oponer la una a la otra, o auxiliarse mutuamente. El cónsul, después que revestida de esta dignidad sale a campaña al frente de un ejército, aunque parece absoluto cuanto al éxito de la expedición, sin embargo necesita del pueblo y del Senado, sin los cuales no puede llevar a cabo sus propósitos. Al ejército por precisión se le han de estar remitiendo, provisiones sin interrupción, pues sin orden del Senado; no se le puede enviar ni víveres, ni

vestuario, ni sueldo, de suerte que los propósitos de los cónsules quedarán sin efecto si el Senado se propone no entrar en sus miras o hacer oposición. El consumir o no los cónsules sus ideas y proyectos depende del Senado, pues en él está enviar sucesores concluido el año, o continuarle el mando. En él estriba también exagerar y pondera sus expediciones u oscurecerlas y disminuirlas. Lo que entre los romanos se llama triunfo, ceremonia que representa al pueblo una viva imagen de las victorias de sus generales, o no lo pueden celebrar con decoro los cónsules, o no lo obtienen, si el Senado no consiente y da para los gastos. Por otra parte, como el pueblo tiene autoridad para concluir la guerra, por más distantes que se hallen de Roma, precisan, no obstante, su favor. Porque, como hemos manifestado antes, el pueblo es el que puede anular o ratificar los pactos y tratados. Y lo que es más que todo, una vez depuestos del mando, toca al pueblo el juicio de sus acciones. De suerte que de ninguna forma pueden sin peligro desatender ni la autoridad del Senado, ni el favor del pueblo.

Por el contrario, el Senado, en medio de ser tanta su autoridad, necesita sin embargo atender y tener gran consideración al pueblo en el manejo de los negocios públicos. No puedo proceder en los juicios graves y arduos, ni castigar los delitos de Estado que merezcan muerte si el pueblo antes no los confirma. Lo mismo es de las cosas que respectan al Senado mismo; porque si alguno propone una ley que hiera de algún modo la autoridad de que están en posesión los senadores, o que coarte sus preeminencias y honores, o que disminuya sus haberes, de todo esto toca la aprobación o reprobación al pueblo. A más de esto, si un tribuno se opone a las resoluciones del Senado, no digo pasar adelante, por ni aun reunirse o congregarse pueden los senadores. El cargo de los tribunos es ejecutar siempre la voluntad del pueblo y atender principalmente a su gusto. A la vista de lo que hemos dicho, no es extraño que el Senado tema y respete al pueblo. De igual modo el pueblo se halla sujeto al Senado y necesita contemporizar o con todo el colegio o con alguno de sus miembros. Son innumerables las obras que hay por toda Italia, cuyo asiento está a cargo de los censores, como construcción y restauración de edificios públicos, impuestos sobre ríos, puertos, jardines, minas, tierras, y, en una palabra, cuantas gabelas comprende el Imperio romano. Todas estas cosas pasan por manos del pueblo; de suerte que casi desde el primero hasta el último está implicado o en estos ajustes o en el cuidado de estos ministerios. Unos hacen por sí el arriendo con los censores, otros se forman en compañía, aquél sale por fiador del asentista, éste asegura con sus haberes al erario, y de todo esto es árbitro el Senado. Porque él da moratorias, él remite en parte la deuda si sobreviene algún caso fortuito, y en caso de imposibilidad él rescinde enteramente el asiento. En fin, tiene mil ocasiones en que puede hacer un gran perjuicio o favor a los que manejan las rentas públicas, porque toda inspección de esto atañe al Senado. Y, sobre todo, de este cuerpo es de donde se sacan jueces para los más de los contratos, tanto públicos como particulares, que son de alguna importancia. Convengamos, pues, en que todo el pueblo tiene puesta su confianza en el Senado, y por temor de que con el tiempo necesite su amparo no se atreve a resistir ni oponerse a sus órdenes. Asimismo se guarda bien de hacer oposición a los propósitos de los cónsules, porque todos, en particular y en general, están sujetos en campaña a sus preceptos.

Tal es el poder que tiene cada una de estas potestades para perjudicarse o ayudarse mutuamente, y todas ellas están tan bien enlazadas contra cualquier evento, que con dificultad se encontrará república mejor establecida que la romana. Sobreviene del exterior un terror público que pone a todos en la precisión de conformarse y coadyuvarse los unos a los otros; es tal el vigor y actividad de este gobierno que nada se omite en cuanto es necesario. Todos los cuerpos contribuyen a porfía a un mismo propósito. No halla dilaciones lo decidido, porque todos en general y en particular cooperan a que tenga efecto lo proyectado. He aquí por qué es invencible la constitución de esta república, y siempre tienen efecto sus empresas. Por el contrario, sucede que los romanos, libres de toda guerra exterior, disfrutan la buena fortuna y abundancia que les han procurado sus victorias, y que el logro de tal dicha, la adulación y el ocio los hace, como es regular, soberbios e insolentes; entonces principalmente es el ver a esta república sacar de su misma constitución el remedio de sus males. Porque al punto que una de las partes pretende ensoberbecerse y arrogarse más poder que el

que la compete, como ninguna es bastante por sí misma, y todas, según hemos dicho, pueden contrastar y oponerse mutuamente a sus propósitos, tiene que humillar su altivez y soberbia. Y así todas se mantienen en su estado, unas por hallar oposición a sus deseos, otras por temor de ser oprimidas de las compañeras.

CAPÍTULO VIII

Reglamentos militares del pueblo romano.- Nombramiento de tribunos.- Recluta de tropas naturales y aliadas.

Después que eligen cónsules, los romanos pasan a crear tribunos militares. Se nombran catorce de los que ya han servido cinco años, y diez de los que ya han militado diez. Todo ciudadano, hasta la edad de cuarenta y seis años, tiene por obligación que llevar las armas, o diez años en la caballería o dieciséis en la infantería. Sólo se exceptúan aquellos cuyo haber no llega a cuatrocientas dracmas, que éstos los destinan a la marina. Aunque si urge la necesidad, las gentes de a pie prosiguen hasta los veinte años. A ninguno es ilícito obtener cargo de magistrado si no ha cumplido diez años en la milicia. Cuando los cónsules tienen que efectuar levadas de soldados, cosa que se practica todos los años, anuncian primero al pueblo el día en que se deberán reunir todos los que puedan llevar las armas. Venido el día, llegados a Roma los de la edad competente y congregados en el Capitolio, los más jóvenes de los tribunos, por el orden que los ha elegido el pueblo, o los cónsules les prescriben, se dividen en cuatro partes, porque entre los romanos la total y primaria división de sus tropas es de cuatro legiones. Los cuatro primeros nombrados son para la primera legión, los tres siguientes para la segunda, los cuatro consecutivos para la tercera y los tres últimos para la cuarta. Entre los más ancianos, los dos primeros los aplican a la primera legión, los tres segundos a la segunda, los dos siguientes a la tercera y los tres últimos a la cuarta. Llevada acabo la división y elección de tribunos de forma que cada legión tenga igual número de jefes, los tribunos, sentados separadamente, sortean las tribus y las llaman una por una conforme van saliendo. De la primera tribu que ha salido por suerte sacan cuatro jóvenes, iguales con poca diferencia de edad y fuerzas, los hacen venir a su presencia y los primeros tribunos escogen los soldados de la primera legión, los segundos de la segunda, los terceros de la tercera y los últimos de la cuarta. Vuelven a llamar otros cuatro, y entonces los tribunos primeros eligen los soldados de la segunda legión, los segundos y terceros cada uno de la suya y los últimos de la primera. Vienen otros cuatro, los primeros tribunos sacan los soldados para la tercera legión y los últimos para la segunda; de suerte que turnando de este modo la elección por todos, cada legión viene a estar formada de hombres de una misma talla y de unas mismas fuerzas. Una vez completo el número necesario (que a veces es de cuatro mil doscientos infantes para cada legión, y a veces de cinco mil, si amenaza mayor peligro), se pasa a la caballería. Antiguamente había la costumbre de escogerse ésta después de completo el número de gentes de a pie, y para cada cuatro mil se daban doscientos caballos; pero al presente se saca primero la caballería, según la estimación de rentas que tiene hecha el censor, y para cada legión asignan trescientos caballos. Finalizada la leva del modo manifestado, los tribunos congregan cada uno su legión, escogen uno entre todos, el más idóneo, y le toman juramento de que obedecerá y ejecutará en lo posible las órdenes de los jefes. Todos los demás van pasando uno por uno y prestan el mismo juramento. Al mismo tiempo los cónsules despechan a los magistrados de las ciudades aliadas de Italia, de donde quieren sacar socorro, para hacerles saber el número, día y lugar donde han de concurrir las tropas elegidas. Las ciudades, efectuada la leva y juramento de las tropas de igual modo que hemos dicho, nombran un jefe y un cuestor y las envían. En Roma los tribunos, después de tomado el juramento a los soldados, señalan a cada legión día y lugar donde han de presentarse sin armas y les dan su licencia. Reunidos éstos el día señalado, se escoge de los más jóvenes y más pobres para los que se llaman vélites, de los que siguen para hastatos, de los que están en el vigor de su edad para príncipes y de los más ancianos

para triarios. Así es que entre los romanos hay cuatro clases de gentes en cada legión, diferentes en nombre, edad y armas. La repartición se hace de este modo: seiscientos los más ancianos para triarios, mil doscientos para príncipes, otros tantos para hastatos y el resto, que se compone de los más niños, para vélites. Si la legión pasa de cuatro mil hombres, se reparten a proporción entre las clases, menos en la de los triarios, que ésta nunca varía.

CAPÍTULO IX

Armas utilizadas por los romanos.

Por lo que se refiere a los vélites están armados de espada, flecha y broquel, especie de escudo, fuerte por su estructura y bastante capaz para la defensa. Es de figura redonda y tiene tres pies de diámetro. Llevan en la cabeza un adorno humilde. Éste a veces es una piel de lobo o cosa parecida, que sirve a un tiempo de reparo y distintivo para dar a conocer a los oficiales subalternos los que se distinguen o no en los combates. La flecha es una especie de arma arrojadiza, cuya asta mide cuando menos dos codos de largo y un dedo de grueso. El casquillo es un gran palmo de largo, pero tan agudo y afilado, que se tuerza sin remedio al primer golpe y no puedan volverle a arrojar los contrarios: o de otro modo ya es un género común de dardo. Los de más edad, llamados hastatos, portan armadura completa. Ésta, entre los romanos, se compone primero de un escudo, cuya convexa superficie tiene dos pies y medio de ancho y cuatro de largo, o cuando más, el mayor excede un palmo. Está hecho de dos tablas encoladas, y cubiertas por fuera primero con lienzo y después con piel de becerro. Tiene toda la circunferencia guarnecida de alto abajo de un cerco de hierro, para defenderse de los tajos de las espadas y para que no se pudra fijado en tierra. Está asimismo el convexo cubierto de hierro, para liberar los golpes mortales de piedras picas y todo tiro violento. A más de esto tienen espada los hastatos que llevan al muslo derecho y llaman española, cuya hoja fuerte y estable es excelente para herir de punta y cortar de tajo por ambos lados. Llevan a más dos picas, un morrión de bronce y botas. Las picas unas son gruesas, otras delgadas; las de más grosor unas son redondas, otras cuadradas; aquellas miden cuatro dedos de diámetro y éstas el diámetro de uno de sus costados. Las delgadas se asemejan a los dardos medianos, que portan también los hastatos. La longitud del asta de unas y otras es casi de tres codos. La hoja de hierro a manera de anzuelo que tienen pegada es de la misma longitud que el asta, cuya unión y encaje está tan bien asegurado, que entra hasta la mitad de la madera y está atravesado con frecuentes clavos; de suerte que, en un apuro, antes se hará pedazos el hierro que falsee el encaje, a pesar de que al final, en aquella parte donde se une con la madera, sólo tenga dedo y medio de grueso: tanto y tan particular es el cuidado que ponen en esta trabazón. Adornan a más de esto el morrión con un penacho de tres plumas derechas, encarnadas o negras, casi un codo de altas; añadidura sobre la cabeza que, junto con las otras armas, los hace parecer el doble mayores, los herosea y hace terribles al enemigo. El común de soldados añade a lo dicho una plancha de bronce de doce dedos por todos lados, que ponen sobre el pecho, y llaman pectoral, con lo cual quedan armados completamente. Pero los que están regulados en más de diez mil dracmas, en vez de pectoral llevan una cota de malla.

De igual modo están armados los príncipes y triarios, a excepción de que en vez de picas los triarios portan lanzas. De cada una de estas clases de soldados, menos de la de los vélites, se sacan diez capitanes, con respecto al valor. Después de éstos se escogen otros diez, y todos se llaman centuriones, de los cuales el primer elegido tiene entrada en el consejo. Éstos vuelven a elegir otros tantos tenientes. Síguese después la división de cada cuerpo, a excepción de los vélites, por edades en diez partes, y a cada una la asignan dos jefes de los escogidos y dos tenientes. Los vélites, a proporción del número, están divididos por igual en todas las otras partes. Cada una de éstas se llama centuria, cohorte o manípulo, y sus jefes centuriones o capitanes. Cada uno de éstos escoge en su manípulo dos, los más esforzados y valientes, para llevar las banderas. No es sin motivo el poner

dos capitanes a cada centuria. Pues no sabiéndose lo que hará uno solo o lo que le podrá ocurrir, y por otra parte en materias militares no tengan lugar las excusas, no quieren que la centuria esté jamás sin quien la mande. Cuando los dos jefes se hallan presentes, el primer elegido manda la derecha de la cohorte y el segundo la izquierda; pero si uno de ellos está ausente, el que resta la conduce toda. En la elección de centuriones no tanto se mira a la audacia e intrepidez como al talento de mandar, constancia y presencia de ánimo. No se quiere que sin más ni más vengan a las manos y den principio al combate, sino que perseveren en la prepotencia y opresión del enemigo, y perezcan antes que abandonar el puesto.

La caballería se divide del mismo modo en diez compañías; de cada una se nombran tres capitanes y éstos eligen tres tenientes. El primer capitán manda la compañía, los otros dos hacen veces de decuriones y tienen este nombre. En ausencia del primero, entra el segundo en el mando. Las armas de la caballería actualmente son parecidas a las de los griegos; pero antiguamente no traían lorigas, sólo peleaban con túnicas: compostura que para montar y apearse de un caballo les daba mucha agilidad y desembarazo; pero para el combate eran muy peligrosas, porque peleaban desnudos. Las lanzas les eran inútiles por dos razones: la primera, porque haciéndolas delgadas y flexibles no podían acertar directamente con el objeto que estaba delante, y antes de entrar la punta por el contrario las más se hacían pedazos, blandiéndose con el movimiento mismo del caballo; la segunda, porque no las construían con punta en la parte posterior, y así si al primer golpe se quebraba la punta de delante, el resto venía a serles inútil e infructuoso. Tenían a más un broquel de cuero de buey, parecido a aquellas tortas ovaladas que sirven de oblación en los sacrificios. Esta era una especie de arma que no servía para reparar los golpes por no tener firmeza, y si se llegaba a ablandar y humedecer con las lluvias, la que antes era poco útil, ahora venía a ser de ningún provecho. He aquí por qué desechadas sus propias armas sustituyeron las de los griegos. Efectivamente, con éstas el primer bote de lanza es recto y eficaz, porque la construcción del asta es inflexible y estable, y vuelta al revés es firme y violento. De igual modo, los broqueles son duros y sólidos, ya para la defensa, ya para el ataque. A la vista de esto, los romanos al punto siguieron el ejemplo, porque es el pueblo que más bien cambia de usos y emula lo mejor.

Después que los tribunos han efectuado esta distribución y dado las órdenes convenientes sobre las armas, envían los soldados a sus casas. Llegado el día en que juraron todos reunirse en el lugar señalado por los cónsules (por lo regular cada uno señala sitio separado para sus soldados, que son la mitad de los aliados, y dos legiones romanas), todos los alistados asisten indefectiblemente, sin que se admita otra excusa a los juramentados que los auspicios y la imposibilidad. Así que están reunidas las tropas aliadas y romanas, doce oficiales, creados por los cónsules y llamados prefectos, se encargan de la economía y manejo de toda la armada. Primeramente apartan de todos los aliados que han venido la caballería e infantería más esforzada en un lance apurado, para asistir a los cónsules. Éstos se llaman extraordinarios, que equivale en griego a '#####'. El total de aliados de infantería es igual por lo común a las legiones romanas; pero el de caballería es dos veces mayor. De éstos toman para extraordinarios la tercera parte, poco más o menos, de la caballería y la quinta de la infantería; el resto lo dividen en dos partes, una llamada ala derecha, otra ala izquierda. Arreglado todo esto, los tribunos forman las tropas romanas y aliadas y las hacen acampar. Como en todo tiempo y lugar es una y sencilla la ordenanza que tienen los romanos en sus campamentos, me ha parecido oportuno dar aquí a los lectores, en cuanto alcancen mis fuerzas, una idea de la disposición de las tropas en sus marchas, campamentos y formaciones de batalla. Porque ¿quién será tan indolente sobre materias bellas y curiosas, que no quiera detener un rato la consideración en un asunto que, oído, le ha de instruir en un método laudable y digno de saberse?

CAPÍTULO X

Forma de acampar de los romanos.

He aquí cómo acampan los romanos. Una vez señalado lugar para el campo, se toma para tienda del cónsul o pretorio el terreno de donde con más facilidad pueda ver y expedir sus órdenes. Plantada una señal en donde se ha de poner la tienda, alrededor se mide un espacio cuadrado, de suerte que todos los lados se disten de la señal cien pasos y toda el área sea de cuatrocientos. A la una de las fachadas y lados de esta figura, aquel que parece más a propósito para salir al agua y al forraje, se sitúan las legiones romanas de este modo. Ya hemos manifestado que hay seis tribunos en cada Iegión, y que dos de éstas componen el ejército de un cónsul, conque por precisión han de acompañar doce tribunos a cada cónsul. Las tiendas de éstos se ponen todas sobre una línea recta, paralela a uno de los lados del cuadro que se ha elegido antes y distante de él cincuenta pies. Este espacio sirve para los caballos, bestias de carga y demás equipaje de los tribunos. Las tiendas se sitúan de manera que estén de espaldas al pretorio y mirando al campamento. Esté entendido el lector que esta línea es el frente de todo el campo, y así la llamaremos siempre en adelante. Puestas a igual distancia unas de otras las tiendas de los tribunos, ocupan de través tanto espacio como las legiones. Se vuelven a medir hacia delante otro espacio de cien pies, y tirada una línea recta que termine este terreno y venga a estar paralela con las tiendas de los tribunos, se comienza a alojar las legiones, que es de este modo. Se divide por medio la línea que hemos dicho, y desde este punto se tira otra que haga dos ángulos rectos, donde se aloja frente por frente la caballería de ambas legiones, a distancia una de otra de cincuenta pies, que forman el espacio del intervalo. La disposición de tiendas en la caballería y en la infantería es igual y parecida; porque bien sea de un manípulo, bien de un escuadrón, la figura es cuadrada, su vista hacia las calles, su longitud de cien pies a lo largo de la calle, y regularmente se procura que la profundidad sea la misma, a excepción del alojamiento de los aliados. Cuando las legiones son más numerosas, se aumenta a proporción lo largo y ancho del terreno. Efectuado el alojamiento para la caballería hacia el centro de las tiendas de los tribunos, viene a figurar como una calle transversal respecto de la línea recta que hemos manifestado y del espacio que se halla delante de las tiendas de los tribunos. Todas las calles están divididas por igual en manzanas, donde de uno a otro lado a lo largo están acampados, bien manípulos, bien escuadrones. A espaldas de la caballería están puestos los triarios de ambas legiones; detrás de cada escuadrón un manípulo en la misma forma; de suerte que unos y otros están unidos en la misma manzana, pero los manípulos miran al lado opuesto de la caballería, y ocupa cada uno la mitad de ancho respecto de lo largo; porque por lo común son la mitad menos que los otros cuerpos. Por lo cual, aunque son desiguales en número, como va-ría la anchura, igualan siempre en longitud con los otros.

A cincuenta pies de distancia de los triarios se hallan alojados, frente por frente, los príncipes. Miran a este intervalo, y forman otras dos calles, que principian desde la misma línea recta, tienen su entrada, como la de la caballería, desde el espacio de cien pies que hay delante de los tribunos, y terminan en aquel lado del campo opuesto a las tiendas de éstos, que al principio pusimos por frente de todo el campamento.

A espaldas de los príncipes están los hastatos, mirando a la fachada opuesta, pero unidos en la manzana. Como los trozos de una legión, según la dividimos al principio, se componen cada uno de diez manípulos, ocurre que las calles todas son igualmente largas, y todas finalizan en el lado opuesto al frente del campo, donde están de través los últimos manípulos.

Desde los hastatos se vuelve a dejar otro espacio de cincuenta pies, donde se halla colocada frente por frente la caballería de los aliados, que principia desde la misma línea recta y finaliza en la misma calle. Ya hemos manifestado antes que el número de aliados de infantería es igual al de las legiones romanas, pero se apartan de aquí los extraordinarios; y que el de caballería es doblado, pero se quita una tercera parte para los extraordinarios. No obstante esta desigualdad, aunque en el terreno que ocupan se les aumenta a proporción la profundidad, se procura que en la longitud igualen con las legiones romanas. Efectuadas estas cinco calles, a espaldas de la caballería aliada se sitúa la infantería de los aliados, dándoles una anchura proporcionada, pero mirando hacia el atrincheramiento, de suerte que forman por uno y otro lado los lados del campo.

A la cabeza de cada manípulo de una y otra fachada están las tiendas de los centuriones. De igual modo que en la caballería se deja por uno y otro lado un espacio de por medio de cincuenta pies desde el quinto al sexto escuadrón, igualmente se observa en los manípulos de la infantería; de suerte que viene a formarse al promedio de las legiones otra nueva calle, de través respecto a las manzanas, pero paralela con las tiendas de los tribunos. Esta calle se llama la quinta, porque corre por los quintos manípulos. Del espacio que cae a espaldas de las tiendas de los tribunos y confina por los lados con la tienda del cónsul, una parte sirve para mercado, y la otra para el cuestor y las municiones.

Desde las últimas tiendas de los tribunos, tirando por detrás de uno y otro lado una línea transversal respecto de estas tiendas, se halla el alojamiento de los escogidos entre la caballería extraordinaria, y otros voluntarios que militan por amistad con el cónsul. Toda esta caballería está alojada a los lados del campo, una parte mirando a la plaza del cuestor, otra al mercado. Por lo común sucede que esta tropa no sólo acampa próxima al cónsul, sino que en las marchas y otros ministerios ejecuta sus órdenes y las del cuestor, y está siempre a su lado.

A espaldas de esta caballería, mirando a la trinchera, se halla la infantería extraordinaria, que hace el mismo servicio. Después de estas tropas se deja una calle, de cien pies de ancho, paralela con las tiendas de los tribunos, que atraviesa de un lado a otro el campamento, por la parte de allá del mercado, la tienda del cónsul y la plaza del cuestor. De parte allá de esta calle acampa la caballería extraordinaria de los aliados, con las vistas hacia el mercado, el pretorio y el tesoro. Al promedio del alojamiento de esta caballería, y frente por frente del pretorio, parte una calle de cincuenta pies, que conduce a la parte posterior del campamento, y viene a desembocar directamente en la calle de cien pies de que acabamos de hablar. Detrás de esta caballería está situada la infantería extraordinaria de los aliados, mirando hacia la trinchera y a la fachada posterior de todo el campamento. El espacio vacío que queda de uno y otro lado está destinado para los extranjeros y aliados que casualmente vienen al campo con algún motivo. Arreglado todo del modo dicho, se ve que la figura de todo el campamento representa un cuadro igual por todos sus lados, y tanto en la división particular de manzanas como en la disposición de todo lo demás, se asemeja a una ciudad.

Desde la trinchera a las tiendas se deja un espacio por todos lados de doscientos pies. Este vacío es de grande utilidad y provecho, y se halla cómodamente situado para la entrada y salida de las legiones. Porque cada cuerpo tiene la salida a este espacio por su calle respectiva, con lo que se evita que, concurriendo todos a una, se confundan y atropellen unos con otros. A más, los ganados que se traen del campo y los que se cogen al enemigo, se ponen en este sitio y se custodian durante la noche. Pero la principal ventaja es que en las invasiones nocturnas, ni el fuego ni los tiros alcanzan adonde están ellos, a no ser una rarísima casualidad; y dado que ésta ocurra, casi no causan detrimento, por la gran distancia y defensivo de las tiendas. Sentado el número de infantes y caballos en cada legión, bien se componga ésta de cuatro mil, bien de cinco mil hombres; dada una idea de la profundidad, longitud y latitud de las cohortes, y asignado el intervalo de calles, plazas y demás sitios, es fácil comprender la magnitud del terreno y circunferencia de todo el campo. Si desde el principio de la campaña es mayor el número de aliados, o se aumenta después por alguna urgencia, a éstos recién llegados, a más del terreno dicho, se les da alojamiento en la inmediación del pretorio, y entonces el mercado y la plaza del cuestor se unen en un lugar, el que parezca más conveniente, y a los que acompañaron el ejército desde el principio, si el número es excesivo, se les hace una calle al tenor de las otras, de uno y otro lado de las legiones romanas a los lados del campo. Para el caso de que se hallen unidas todas cuatro legiones, y los dos cónsules en un mismo recinto, no hay más que figurarse dos ejércitos situados del modo dicho, vueltos el uno hacia el otro y pegados por el lado donde acampan los extraordinarios de uno y otro ejército, los cuales hemos manifestado que se hallan mirando a la espalda del campamento. Cuando esto ocurre, el campo representa un cuadro oblongo, de doble terreno que ante y vez y media mayor de circunferencia. Tal es la manera de acampar los dos cónsules cuando están juntos; pero cuando están separados, a

excepción de que el mercado, el tesoro y las tiendas de los dos cónsules se ponen entre los dos campos, todo lo demás es lo mismo.

CAPÍTULO XI

Servicios de los soldados romanos en sus campos.

Una vez concluido el campamento, se reúnen los tribunos, y toman juramento, uno por uno, a todos los hombres libres y esclavos de cada legión. El juramento consiste en que no robarán nada del campamento, y lo que se encuentren lo llevarán a los tribunos. Después distribuyen los manípulos de príncipes y hastatos de cada legión de esta forma: dos para que cuiden del espacio que hay delante del cuartel de los tribunos; porque como la mayoría de los romanos pasan todo el día en esta calle, se procura que esté siempre regada y barrida. De los dieciocho manípulos restantes (hemos sentado antes que los manípulos de hastatos y príncipes son veinte en cada legión, y seis tribunos), sortea cada tribuno tres, cuyo servicio por turno es éste. Fijar la tienda del tribuno luego de asignado lugar para el campamento; allanar el terreno de alrededor; cuidar de rodear, si es necesario, alguna pieza para seguridad de los utensilios, y dar dos cuerpos de guardia, cada uno de cuatro hombres, uno para el frente y otro para la espalda de la tienda junto a la caballería. Como cada tribuno tiene tres manípulos, y en cada uno de éstos hay más de cien hombres, sin contar con los triarios y los vélites, que éstos no hacen servicio, la fatiga es llevadera, pues no toca la guardia a cada manípulo sino de cuatro en cuatro días. Todo esto, al paso que contribuye para la comodidad de los tribunos en lo necesario, da lustre y autoridad a sus empleos.

Los triarios se hallan exentos del servicio de los tribunos, pero cada manípulo tiene que dar diariamente un cuerpo de guardia al escuadrón de caballería correspondiente que tiene a su espalda. Su obligación, entre otras, es cuidar principalmente de que los caballos no se enreden con los roncales y se manquen, o que sueltos no acocean a los otros y originen algún alboroto y conmoción en el campamento. Entre todos los manípulos uno hace diariamente la guardia por turno en la tienda del cónsul, guardia que a un tiempo le asegura de cualquier asechanza y autoriza la majestad del mando.

El levantar el foso y la trinchera por los dos lados toca a los aliados, a cuya intermediación acampan sus dos alas; los otros dos incumben a los romanos, uno a cada legión. Cada lado se divide en partes a proporción de los manípulos; el mecanismo particular de la obra lo presencian los centuriones, y la aprobación de toda ella pertenece a dos tribunos. Asimismo están encargados del restante cuidado del campo los tribunos, que distribuidos de dos en dos turnan en el mando por dos meses durante el semestre, y aquellos a quienes cupo la suerte, autorizan todo lo que pasa en el campo. El mismo mando obtienen los prefectos entre los aliados. Lo mismo es amanecer, que los caballeros y centuriones acuden a las tiendas de los tribunos, y éstos a la del cónsul. El cónsul comunica lo que urge a los tribunos, los tribunos a los caballeros y centuriones, y éstos a los soldados cuando es su tiempo. Para evitar toda falta en la forma de dar el santo por la noche, se hace de esta suerte: en cada cuerpo, bien sea de caballería, bien de infantería, el décimo manípulo acampa a lo último de la calle, de éste se saca un soldado que está exento de toda fatiga; éste va todos los días, al ponerse el sol, a la tienda del tribuno, donde recibe el santo, que es una tablilla con alguna señal o inscripción y se vuelve. Llegado a su manípulo, entrega la tablilla y la señal delante de testigos al centurión de la cohorte inmediata, éste al de la siguiente, y así sucesivamente hasta llegar a los primeros manípulos que acampan junto a los tribunos. La tablilla, antes que acabe el día, ha de estar de vuelta en poder del tribuno, el cual, si halla suscritas todas las cohortes, conoce que el santo se ha dado a todos, y que para llegar a él ha pasado por manos de todos. Pero si falta alguna, al punto por la inscripción conoce a qué cohorte no se ha dado la tablilla, averigua en qué consiste, y al que tiene la culpa le impone el castigo correspondiente. Cuanto a las centinelas de por la noche, se distribuyen de esta manera: un manípulo hace la guardia al cónsul y su tienda. Los nombrados de

cada cohorte, según tenemos ya manifestado, la hacen a las tiendas de los tribunos y a los escuadrones de caballería. Asimismo, cada cuerpo saca una guardia de sí propio. Todas las demás se distribuyen a gusto del general. Por lo regular da tres hombres al cuestor, y dos a cada uno de los legados y consejeros. El exterior del campo se halla a cargo de los vélites, que hacen sus centinelas durante el día a todo lo largo de la trinchera. Este es el servicio que hace este cuerpo, a más de otros diez hombres que pone en cada puerta del campo.

De cada cuerpo de guardia destinado a la fatiga, el primero que la ha de montar es conducido por un teniente de cada manípulo al ponerse el sol a la tienda del tribuno; quien entrega a todos estos una tablilla muy pequeña, marcada con alguna nota, y una vez recibida se marchan a sus puestos respectivos.

El cargo de rondar las centinelas es de la caballería. El primer capitán de cada legión comunica por la mañana a uno de sus subalternos la orden de que nombre cuatro jóvenes de su mismo escuadrón, para hacer la ronda antes de comer. A más de esto, debe prevenir por la tarde al jefe del segundo escuadrón, que a él toca rondar el día siguiente. Éste, advertido, da la misma orden que hemos dicho para el día inmediato, y así sucesivamente. Aquellos cuatro soldados del primer escuadrón elegidos por el oficial subalterno, después que han sorteado entre sí las guardias, se dirigen a la tienda del tribuno donde reciben por escrito la orden de cuántos y cuáles cuerpos de guardia han de visitar. Después, estos mismos cuatro caballeros montan la guardia al primer manípulo de los triarios, cuyo centurión tiene el cuidado de mandar tocar la trompeta a cada vigilia. Llegado el tiempo, ronda la primera vigilia aquel a quien cupo la suerte, acompañado de algunos amigos que lleva por testigos. Visita no sólo las guardias apostadas en la trinchera y las puertas, sino las de cada manípulo y cada escuadrón. Si halla despiertas y alerta las de la primera vigilia, recibe de ellas la tablilla; pero si encuentra alguna dormida, o que ha abandonado el puesto, pone por testigos a los que lleva consigo, y se marcha. La misma diligencia se hace en la ronda de las vigiliass restantes. El cuidado de tocar la trompeta a cada vigilia, para que tanto los que han de rondar como las centinelas estén acordes, incumbe por días a los centuriones del primer manípulo de los triarios de cada legión.

CAPÍTULO XII

Castigos de los delitos y premios al valor.

Apenas amanece, que al punto los que han estado de ronda llevan al tribuno las tablillas; quien si encuentra todas las que antes había entregado, los deja ir sin castigo, pero si falta alguna respecto el número de centinelas, inquiere por la nota de qué cuerpo de guardia es la que falta y averiguado, llama al centurión. Éste hace venir a los que estaban nombrados, para la guardia, y los carea con la ronda. Si la falta reside en las centinelas, la ronda pone por testigos a sus compañeros. Por eso es necesario que los lleve; de lo contrario, recae sobre ella toda la culpa. Se forma al instante un consejo de guerra, el tribuno sentencia, y al que sale condenado se le da una paliza.

La paliza es de esta forma: coge el tribuno una varita, con la que no hace más que tocar al reo, y al punto todos los de la legión dan sobre él a palos y pedradas, de suerte que los más pierden la vida en el suplicio. Pero si alguno escapa, no por eso queda salvo, porque ni se le permite tornar a su patria, ni se atreverá pariente alguno a acogerle en su casa. Y así el que una vez ha venido a tan triste estado, no le queda más arbitrio que la muerte. El mismo castigo existe para el oficial subalterno y el jefe del escuadrón, si aquella la ronda y éste al decurión del escuadrón siguiente no les advierte a tiempo su obligación. De este modo, un castigo tan severo e irremisible mantiene en su vigor la disciplina de las centinelas nocturnas.

Los soldados reciben las órdenes de los tribunos, y éstos de los cónsules. El tribuno puede imponer multas, exigir fianzas y aplicar castigos. Igual potestad tienen los prefectos entre los

aliados. Se castiga asimismo con paliza al que roba en el campamento, al que jura en falso, al que en la flor de la edad abusa de su cuerpo, y al que ha sido multado tres veces por una misma cosa. Tales son los delitos que se castigan con pena corporal. Hay otros que sólo tienen una nota de timidez e ignominia; como si uno, por lograr premio, cuenta al tribuno una hazaña que no ha realizado; Si apostado de centinela, desampara por miedo el sitio, o si cobarde arroja las armas en el combate. Por eso se ven soldados que, temerosos del castigo que les espera, prefieren antes perecer visiblemente en el puesto, aunque sea superior el número de los enemigos, que no abandonar la línea. Otros que, perdido durante la acción el escudo, la espada u otra cualquier arma, se lanzan temerarios en manos de los contrarios, o para recobrar lo que han perdido, o para evitar con la muerte la manifiesta vergüenza y escarnio de sus compañeros.

Si tal vez son muchos los que han incurrido en la misma falta, y manípulos enteros han sido forzados a dejar sus puestos, entonces no imponen la pena de palos o muerte a todos, pero se valen de un expediente no menos útil que terrible. Reúne la legión el tribuno, hace salir al medio los culpados, y luego de una severa reprensión, sortea unas veces de cinco en cinco, otras de ocho, otras de veinte, y en una palabra, ateniéndose al número, procura que salga siempre el décimo. A aquellos a quienes cupo la suerte, se les da la paliza sin remedio. A los demás en vez de trigo se les distribuye ración de cebada, y se les hace acampar fuera del real y de las fortificaciones del campamento. De esta forma, como el peligro y el miedo de salir por suerte amenaza por igual a todos, como que no se sabe a quién tocará, y por otra parte la ignominia de mantenerse con cebada recae sobre todos; de esta disciplina se saca un preservativo, que infunde terror para el futuro, y corrige al mismo tiempo el daño pasado.

Para inspirar valor a la juventud, tienen un excelente medio. Después de una batalla, si algunos se han señalado, el cónsul convoca el ejército, coloca a su lado los que se han distinguido, hace primero un elogio de cada uno sobre aquella hazaña particular y sobre cualquiera otra digna de recordar que haya realizado durante el resto de su vida y después los recompensa. Si ha herido al enemigo, le obsequia con una lanza; si le ha muerto o despojado, al de pie le da una copa, y al de a caballo un jaez, bien que antiguamente no se daba más que una lanza. Pero esto se debe entender, no de aquellos soldados que en una batalla campal o en la toma de una plaza hubiesen dado muerte o despojado algunos contrarios, sino de aquellos que en una escaramuza o cualquier otro encuentro particular, donde no es obligado acudir personalmente, de voluntad y por gusto se arrojan al peligro.

En la toma de una ciudad, los que primero montan el muro tienen una corona de oro. Asimismo existen premios para el que pone en libertad o salva la vida de un ciudadano o aliado. Regularmente el mismo libertado corona a su libertador; y si no quiere, le compele el tribuno por sentencia, y a más tiene que respetarle durante toda su vida como a padre, y prestarle todos los oficios como a hacedor.

Con estos estímulos se excita la contienda y emulación, no sólo de los que se hallan presentes en las batallas, sino de los que han quedado en sus casas. Porque los que han conseguido estos premios, a más de la gloria que disfrutaban en el campo y fama que alcanzan en su patria, de regreso de la campaña se presentan en las fiestas y juegos con estos distintivos del valor, que no es permitido llevar sino a los que el cónsul ha honrado. A más de esto cuelgan en el sitio más visible de sus casas los despojos que han tomado al enemigo, para que sean monumentos y testimonios de su esfuerzo. Pueblo que con tanto cuidado y esmero dispensa el premio y el castigo en la milicia, no es extraño logre un éxito feliz y brillante en sus empresas.

La infantería tiene al día dos óbolos de sueldo; los centuriones doble, y la caballería una dracma. Al soldado de a pie se le entrega una ración de trigo, que es poco más de dos partes del medimno ático; a la caballería siete medimnos de cebada por mes, y dos de trigo. La infantería aliada está igual con la romana; mas la caballería tiene un medimno y un tercio de trigo, y cinco de cebada. Todo esto se da gratuitamente a los aliados; pero respecto de los romanos, el cuestor les descuenta de sus sueldos una cierta suma de víveres, vestuario y armamento si se necesita.

CAPÍTULO XIII

Forma de abandonar el campo, marchar el ejército y asentar las tiendas.

He aquí cómo levantan el campo. Al primer toque, descuelgan las tiendas y lían el bagaje. Mas a nadie es lícito quitar o poner tienda, sin haberlo hecho antes con la del cónsul y las de los tribunos. Al segundo toque, se coloca el bagaje sobre las bestias; y al tercero empiezan a marchar los primeros, y se mueve todo el campo. Regularmente van en la vanguardia los extraordinarios, síguese después el ala derecha de los aliados, y a su inmediación los bagajes de unos y otros. Marcha luego la primera legión de los romanos y detrás todo su equipaje. A continuación va la segunda legión, seguida de su propio bagaje y del de los aliados, que cierran la marcha. Porque siempre en éstas ocupa la retaguardia el ala izquierda de los aliados. La caballería, unas veces marcha detrás de su cuerpo de infantería respectivo, otras camina a los lados de las bestias de carga, para contenerlas y eximir las de un insulto. Cuando amenaza el enemigo por la retaguardia, todo permanece en el mismo estado; sólo los extraordinarios de los aliados, desde la vanguardia pasan a la retaguardia. Entre las legiones y las alas hay alternativa; un día por su turno marchan a la cabeza, y otro a la cola, para que todos participen igualmente del agua y de los forrajes. Existe otro género de marcha, para cuando se recela algún peligro y se camina por lugares descampados. Se sitúa los hastatos, los príncipes y los triarios a igual distancia unos detrás de otros en forma de falange triple, y se coloca el bagaje de los primeros por delante, el de los segundos detrás de los primeros, y el de los terceros detrás de los segundos, de suerte que los bagajes y los diferentes cuerpos de tropas estén mezclados alternativamente. Dispuesta así la marcha, cuando surge el peligro, por una conversión bien a izquierda, bien a derecha, se hace avanzar el ejército fuera de los equipajes, hacia el lado donde se presenta el enemigo. De esta forma, en un momento y con un solo movimiento, todo el ejército viene a quedar formado en batalla, a no ser que tengan que hacer alguna evolución los hastatos, que entonces los bagajes y toda su comitiva vienen a quedar a espaldas de la formación de batalla, en una posición defendida de todo peligro. Cuando ya se aproximan al lugar destinado para campamento, se adelantan el tribuno y los centuriones nombrados para este efecto. Estos, después de reconocido todo el terreno donde se ha de acampar, escogen lo primero un sitio donde se ha de instalar la tienda del cónsul, y hacia qué fachada o lado del pretorio han de estar alojadas las legiones. Señalados estos lugares, miden el ámbito que ha de ocupar el pretorio; tiran después una línea recta, sobre la cual han de estar situadas las tiendas de los tribunos; y de aquí otra paralela, desde donde ha de comenzar a acampar el ejército. De igual modo, del otro lado del pretorio hacen sus dimensiones, de que ya hemos hablado anteriormente muy por menor. Como todos los espacios se hallan determinados y sabidos por el largo uso, todas estas medidas se toman con facilidad en poco tiempo. Después de lo cual fijan cuatro banderas; la primera donde ha de estar la tienda del cónsul, la segunda hacia la fachada que se ha elegido, la tercera en el promedio de la línea donde se han de alojar los tribunos, y la cuarta donde han de acampar las legiones. Todas estas banderas son de color encarnado, menos la del cónsul que es blanca. De parte allá del pretorio, unas veces se fijan simples estacas, otras banderas de diversos colores. Realizado esto, se pasa a tomar las dimensiones de las calles, y en cada una se clava una lanza; de suerte que lo mismo es estar a tiro el ejército de poder echar una ojeada sobre el lugar del campamento, que al punto se le representan distintamente todas sus partes, conjeturándolas e infiriéndolas por la bandera del general. Finalmente, como todos saben a ciencia cierta en qué calle y en qué parte de la misma ha de estar su tienda, porque cada una ocupa siempre un mismo sitio, viene esto a parecerse a cuando un regimiento entra en una ciudad de donde es natural. Entonces, como todos en general y en particular saben en qué parte de la ciudad se halla su morada, desde la misma puerta, sin extraviarse a un lado ni a otro, se dirigen y llegan a su propia casa sin equivocarse. Igual cosa ocurre en los campamentos de los romanos. En mi opinión, si los romanos han seguido diferente método que los griegos cuanto a esta parte, ha sido

principalmente por consultar a la facilidad. Los griegos en sus campamentos prefieren siempre atenerse a la fortaleza del terreno, ya por ahorrarse el trabajo de levantar la trinchera, ya porque piensan que no es igual la seguridad que presta el arte a la que ofrece la naturaleza. De aquí la necesidad en que se ven de dar al campamento la figura que da de sí el terreno; de aquí la variación de sus partes, ya de una, ya de otra forma, según los diferentes sitios y de aquí, finalmente, la incertidumbre que tiene el soldado de su lugar respectivo y del de su cuerpo; en vez de que los romanos, a costa del trabajo de un foso y otras fatigas ajenas, consiguen la ventaja de la facilidad y del método sabido y único de acampar siempre de un mismo modo. Esto es lo principal que hay que observar sobre las legiones romanas, y en especial sobre sus campamentos.

CAPÍTULO XIV

Gobiernos famosos en la antigüedad y comparación de unos con otros.- Gobierno de Creta, ni parecido ni digno de alabanza como el de Licurgo.

Aproximadamente todos los escritores han hablado con elogio de las repúblicas de Lacedemonia, Creta, Mantinea y Cartago. Las de Atenas y Tebas han tenido asimismo sus admiradores. Cuanto a las cuatro primeras, vaya en hora buena; pero respecto de las dos últimas, como sus progresos no han sido proporcionados, ni su elevación permanente, ni sus reformas realizadas con moderación, creo no es preciso que nos detengamos. Si tal vez estos pueblos florecieron, fue como una luz pasajera, que al tiempo mismo que los representaba el colmo de la gloria y felicidad que disfrutarían después, los redujo al extremo opuesto. Los tebanos, si han adquirido reputación entre los griegos, ha sido porque uno u otro de sus ciudadanos, informados del estado de los lacedemonios, les han atacado a tiempo que la imprudencia de éstos les había conciliado el odio de sus aliados. Prueba clara de que no es la causa de sus prósperos sucesos la constitución del gobierno, sino el mérito de los que gobernaban, es que todas sus proezas crecieron, florecieron y finalizaron durante la vida de Epaminondas y Pelópidas. Convengamos en que no al gobierno, sino a las cabezas se debe atribuir el brillante papel que entonces hizo la República de Tebas.

El mismo juicio se ha de hacer de la República de Atenas. Feliz de tiempo en tiempo, pero en el colmo de su elevación cuando la gobernaba Temístocles, en un instante decayó de aquel grado de poder por la in-constancia de sus costumbres. El pueblo de Atenas ha sido siempre como una nave sin piloto. En ésta, bien por temor de un enemigo, bien por peligro de una tempestad, si a los marineros les place conformarse, y obedecer al piloto, todos cumplen con sus ministerios exactamente; mas si recobrados del miedo pasado, empiezan a despreciar a sus jefes, a amotinarse y a no convenirse, entonces, como uno quiere que se prosiga el viaje, otro insta a que se tome puerto, aquel manda que se desplieguen las velas, éste que se recojan, semejante división y trastorno representa un espectáculo horrible a los navíos próximos, y es una constitución peligrosa a los mismos que la tripulan. Así se ve, que después de haber recorrido espaciosos mares, y haber escapado de furiosas borrascas, vienen a naufragar en el puerto y sobre la misma costa. He aquí cabalmente lo que ha ocurrido ya muchas veces por la República de Atenas. Puesta a salvo tal vez de los mayores y más terribles vaivenes por el valor del pueblo y de los que la gobernaban, la hemos visto otras estrellarse en su mayor bonanza y cuando no existe peligro, por no sé qué temeridad e imprudencia.

Esto supuesto, se me dispensará hablar más de estas dos repúblicas, donde el pueblo dispone de todo a medida de sus pasiones. En la primera, todo se hace con precipitación y encono; y en la segunda, con fuerza y violencia. Pasemos a la de Creta, y examinemos los dos puntos que nos refieren los más hábiles escritores de la antigüedad, Eforo, Jenofonte, Calístenes y Platón. Primeramente sientan que esta república es similar y una misma con la de Lacedemonia; y en segundo lugar dicen que es digna de alabanza. En mi opinión, ni uno ni otro es verdadero, y si no,

véase la prueba. Empieza por la desemejanza. Tres cosas caracterizan el gobierno de Lacedemonia: primera, la posesión de bienes raíces, de los cuales no es lícito tener un ciudadano mas que otro, sino que todos han de poseer igual porción de tierra concejil; segunda, el ningún valor del dinero, por cuyo medio se logra cortar de raíz en el gobierno la disputa del más y del menos; tercera, la perpetua sucesión en el reino de padres a hijos, y la constante autoridad de los que llaman viejos durante su vida por cuyas manos pasan todos los negocios del Estado. Todo lo contrario ocurre entre los cretenses. Las leyes les permiten tener bienes raíces cada uno según sus facultades, sin que haya límites prescritos. El dinero se halla entre ellos en tanta estima, que su adquisición no sólo se tiene por necesaria, sino por muy honrosa. En una palabra, las costumbres sórdidas y avaras tienen allí tal imperio, que de todas las naciones en solo Creta ninguna ganancia se reputa por torpe y vergonzosa. En fin, la magistratura es anual, y se ejerce como en el estado popular; de suerte que muchas veces he llegado a dudar cómo de dos repúblicas diametralmente opuestas han podido decir estos escritores que se asemejan y son entre sí conformes. Estos autores, después de no advertir tan evidentes diferencias, se ponen a tratar, en un largo suplemento, que Licurgo solo entre todos los mortales es el que ha conocido que los dos principales polos donde se sostiene todo gobierno son el valor en la guerra, y la unión entre los ciudadanos; que este legislador, con haber cortado de raíz la avaricia, había desterrado de su república toda doméstica discusión y alboroto; y que por eso la Lacedemonia, libre de esta peste, era el gobierno mejor de toda la Grecia para conservar la unión. Luego de haber dicho semejantes expresiones, y haber realizado cotejo con la República de Creta, donde la ambición natural al dinero ha producido, no digo particulares discordias, sino generales sediciones, muertes y guerras civiles; sin reparar en esto, se atreven a proferir que son semejantes estos gobiernos. Eforo, en la descripción que efectúa de estas dos repúblicas, usa de unos mismos términos, a excepción de los nombres propios; de suerte que a no prestar atención a esta diferencia, no se podrá conocer de cuál de las dos habla. Esta es la diversidad que a mi entender se encuentra en ellas, ahora se explicará cómo la de Creta ni es digna de elogio, ni de emulación.

En mi opinión, dos son los fundamentos de todo gobierno, las leyes y las costumbres, y de éstas depende la estimación o menosprecio de su fuerza y constitución. Aquellas leyes y costumbres merecen aprecio, que hacen la vida de los particulares inocente y casta, y forman los institutos públicos humanos y justos, y aquellas otras son dignas de aversión, que producen los efectos contrarios. Así como cuando advertimos en un pueblo costumbres y leyes justas, afirmamos sin reparo que su gobierno y los miembros que le componen son laudables; así también cuando vemos que la avaricia reina en los particulares y la injusticia en las acciones públicas, podremos decir con razón que sus leyes son malas, sus usos particulares perversos, y su estado despreciable. Es así que en pueblo ninguno, exceptuando a muy pocos, se hallarán hombres de más dolo y mala fe que los cretenses, ni estado de designios más inicuos que el de Creta. Luego reprobada semejante comparación, sentemos que ni es semejante al de Lacedemonia, ni merece aplauso ni emulación.

No tuve por conveniente proponer aquí la república de Platón, a pesar de que entre los filósofos tiene sus panegiristas. Porque así como en los combates públicos no se admite a los cortesanos y atletas que no están matriculados, o han dado alguna prueba de su valor, tampoco se debe traer a colación esta república en una disputa sobre precedencia, si antes no presenta de propia cosecha algún efecto real y verdadero. Hasta el presente, si se quisiese compararla con la de Esparta, Roma o Cartago, sería lo mismo que proponerse hacer un parangón entre una estatua y un hombre vivo y animado; por mucho realce que se quiera dar al arte en la estatua, los espectadores siempre hallarán excesiva desproporción y desemejanza en el cotejo. Dejemos, pues, esta república, y pasemos a la de Lacedemonia.

CAPÍTULO XV

Gobierno de Licurgo, apto por sí solo para mantener la libertad.- Superior bondad y eficacia que encierra en sí la constancia de la República Romana para extender sus fronteras.

En mi opinión, Licurgo estableció tales leyes y tomó tan sabias providencias para mantener la concordia entre los ciudadanos, poner a cubierto la Laconia, y conservar a Esparta una libertad permanente, que más la juzgo esta obra divina que humana. Aquella igualdad de bienes raíces, aquella simplicidad y frugalidad de vida común, por precisión había de formar hombres sobrios y un estado exento de toda discordia. Aquel ejercitarse en los trabajos, aquel endurecerse en las penalidades, sin remedio había de producir lacedemonios robustos y esforzados. Y desengañémonos, que concurriendo en un hombre o en un Estado estas dos virtudes, la fortaleza y la templanza, ni es fácil que nazca vicio dentro de casa, ni la conquista por el vecino es así como quiera. He aquí por qué Licurgo, fundada su república sobre estas dos bases, procuró a toda la Laconia una seguridad sólida, y dejó a sus moradores una libertad permanente. Sin embargo, me parece que este legislador, ni en el derecho privado de la república, ni en el público del Estado, dejó cosa dispuesta cuanto a la extensión de límites, mando y arrogación de autoridad sobre los países próximos. Y así le faltó, o haber impuesto a la nación esta cortapisa, o haberla inspirado este deseo, para que así como formó sobrios y parcos a los particulares, hubiese hecho asimismo moderado y contenido a todo el Estado. Y no que ahora, viviendo el particular sin codicia y con mucha moderación en sus derechos públicos y privados, el conjunto de la nación es el más ambicioso, el más amante de dominar y enriquecerse a costa de los otros griegos.

Porque, ¿quién no sabe que los lacedemonios fueron casi los primeros de toda la Grecia que, codiciosos del país vecino, declararon la guerra a los messenios, por vender los prisioneros en almoneda? ¿Quién ignora que la obstinación les empeñó entonces en el juramento de no levantar el sitio antes que Messena fuese tomada por fuerza? Fuera de que es notorio al mundo que por mandar en la Grecia tuvieron la debilidad de someterse a las órdenes de aquellos mismos a quienes con anterioridad habían vencido con las armas. Pues en la invasión de los persas en la Grecia, después de haberlos vencido y haberlos hecho volver y retirar a su patria, les entregaron bajamente por la paz de Antalcida aquellas mismas ciudades por cuya libertad habían tomado las armas, únicamente por reunir dinero para sujetar a los griegos. Entonces fue cuando supieron que su legislación era defectuosa. Porque mientras se limitó su ambición a los países próximos y a mandar dentro del Peloponeso, la misma Laconia les sufragó suficientemente tropas y provisiones, dándoles proporción para tener todas las municiones necesarias, y comodidad para regresar rápidamente a sus casas y transportar sus aprestos. Pero desde que pensaron en poner escuadras sobre el mar y mantener ejércitos en el exterior del Peloponeso, ya entonces se desengañaron que ni su moneda de hierro, ni la permuta de frutos anuales que Licurgo había establecido, eran bastantes; y que sin una moneda común, y sin auxilios extranjeros no podía el Estado sufragar a sus necesidades. De aquí la necesidad de mendigar el favor de los persas; de aquí la imposición de tributos sobre los insulares; de aquí, finalmente, se siguió la exacción de dinero de toda la Grecia; como que ya se hallaban persuadidos a que con solas las leyes de Licurgo no podían no digo imperar sobre Grecia, pero ni aun emprender cosa considerable. Pero ¿a qué efecto esta digresión? Para que los mismos hechos den a conocer que el gobierno de Licurgo es suficiente por sí para la propia defensa del Estado, y para la conservación de la libertad. Pues es preciso conceder a los que aplauden la forma y constitución del gobierno lacedemonio, que en cuanto a este punto, ni existe, ni ha existido jamás otro que se le iguale. Mas si se ambiciona empresas mayores, si se tiene por glorioso y brillante aquello de mandar a muchos súbditos, someter y señorear muchas provincias, y atraerse sobre sí las miras y atención de todos; se debe confesar que la República de Lacedemonia es defectuosa, y que la romana la lleva muchas ventajas, por poseer una constitución más poderosa. Los hechos mismos evidencian lo que digo. Los lacedemonios, por aspirar al mando sobre la Grecia, estuvieron cerca de perder la libertad; los romanos por el contrario, después de sujeta Italia, sometieron en poco tiempo todo el universo, contribuyendo no poco al logro de la empresa la abundancia y facilidad que en sí mismos hallaron de proveerse de pertrechos.

CAPÍTULO XVI

Paralelismos de la República cartaginesa y la romana.

En mi concepto, la República de Cartago en sus principios fue muy bien establecida, por lo que se refiere a los puntos principales. Porque había reyes o sufetes, existía un senado con una autoridad aristocrática, y el pueblo era dueño acerca de ciertas cosas de su inspección. En una palabra, el enlace de todas estas potestades se asemejaba al de Roma y Lacedemonia. Pero en tiempo de la guerra de Aníbal era inferior la cartaginesa, y superior la romana. Esta es una ley de naturaleza, que todo cuerpo, todo gobierno y toda acción tengan sus progresos, su apogeo y su ruina; y que de todos el segundo sea el más poderoso. En este estado es cuando se ha de ver lo que va de gobierno a gobierno. Todo cuanto tuvo de anterior el estado de perfección y vigor de la República de Cartago respecto de la de Roma, otro tanto tuvo de anticipada su decadencia; en vez de que la de Roma se hallaba entonces en su mayor auge. Ya el pueblo se había arrogado en Cartago la principal autoridad en las deliberaciones, cuando en Roma estaba aún en su vigor la del senado. Allí era el pueblo quien resolvía, cuando aquí eran los principales quienes deliberaban sobre los asuntos públicos. Y he aquí por qué a pesar de la entera derrota de Cannas, las sabias medidas del senado vencieron finalmente a los cartagineses. Sin embargo, si reflexionamos sobre ciertos puntos particulares, por ejemplo, sobre el arte militar, encontraremos que los cartagineses tenían más disposición e inteligencia de la guerra de mar que no los romanos, ya porque desde la antigüedad habían heredado esta ciencia de sus mayores, ya porque la habían ejercitado más que otro pueblo. Mas sobre la guerra de tierra eran muchísimas las ventajas que los romanos llevaban a los cartagineses; puesto que Roma ponía sobre este ramo el mayor esmero, mientras que Cartago lo tenía del todo abandonado, aunque cuidase algún tanto de su caballería. La causa de esto es porque esta República se sirve de tropas extranjeras y mercenarias, y aquella, por el contrario, saca las suyas del país y de la misma Roma. Cuanto a esta parte, es más plausible el gobierno romano que no el cartaginés. Porque el uno tiene puesta siempre su libertad en manos de tropas venales, y el otro en su propio valor y en el auxilio de sus aliados. Por eso, bien que tal vez reciba un golpe mortal el estado, los romanos en la hora recobran sus fuerzas, pero los cartagineses se levantan con trabajo... Además de que, como los romanos pelean por su patria y por sus hijos, jamás se enfría en ellos aquel primer ardor, por el contrario, permanecen resueltos hasta triunfar del contrario. He aquí por qué, no obstante ser muy inferiores en habilidad sus tropas de mar, como manifestábamos antes, con todo han salido vencedores por el valor de sus soldados. Pues aunque la ciencia náutica contribuye muchísimo para los combates navales, sin embargo, el esfuerzo de la marinería hace un gran contrapeso para la victoria. A más de que la naturaleza ha diferenciado a los italianos de los cartagineses y africanos tanto en la fuerza corporal como en el ardor y espíritu, tienen asimismo ciertos institutos que excitan infinito el valor en la juventud. Un solo ejemplo bastará para dar una idea del cuidado que tiene el ministerio en formar hombres que arrosten todo peligro por lograr aplauso en su patria.

Cuando muere en Roma algún personaje de consideración, a más de otros honores que se le tributan en el entierro, se le lleva a la tribuna de las arengas, donde se le expone al público comúnmente en pie, y rara vez echado. En medio de una innumerable concurrencia sube a la tribuna su hijo, si ha dejado alguno de edad competente y se halla en Roma, o cuando no un pariente, y hace el panegírico de las virtudes del difunto y demás acciones y exponer a la vista de la multitud los hechos del muerto; de que proviene que no sólo los partícipes en sus acciones, sino aun los extraños toman parte en el sentimiento, que más parece luto general del pueblo que particular de su familia. Después de enterrado el cadáver y hechos los sufragios, se hace un busto que representa a lo vivo el rostro con sus facciones y colores, y se coloca en el lugar más visible de la casa, dentro de una urna de madera. Regularmente en las funciones públicas se descubren estos bustos y se adornan con esmero. Cuando fallece otro personaje de la misma familia los llevan al entierro, y para que iguale en la estatura al que representa, se les pone un tronco de madera. Todos estos simulacros

están con sus vestidos. Si el muerto ha sido cónsul o pretor, con la pretexta; si ha sido censor, con una ropa de púrpura; si ha logrado el triunfo o algún otro honor parecido, con una tela de oro. Se les lleva sobre sus carros, precedidos de las fasces, hachas y demás insignias propias de la dignidad que obtuvo en la República en el transcurso de su vida. Así que se ha llegado a la tribuna, se sientan todos en sus sillas de marfil, lo cual representa el espectáculo más agradable a un joven amante de la gloria y de la virtud. Efectivamente, ¿habrá alguno que a la vista de tantas imágenes de hombres recomendables por la virtud, vivas, digámoslo así, y animadas, no se sienta inflamado del deseo de imitarlas? ¿Se puede representar espectáculo más patético? Después, que el orador ha finalizado el panegírico del que ha de ser enterrado, pasa a hacer el elogio de las gloriosas acciones de los otros, empezando por la estatua más antigua de las que tiene delante. Con esto se renueva la fama de los ciudadanos virtuosos; con esto se inmortaliza la gloria de los que se han distinguido; con esto se divulga el nombre de los beneméritos de la patria y pasa a la posteridad; y lo más importante de todo, con esto se incita a la juventud a pasar por todo, si media el bien público, por conseguir la gloria que se concede a la virtud. Sirva de prueba para todo lo que he manifestado, a ver a muchos romanos que voluntariamente han salido a un combate particular por la decisión de los asuntos del Estado; no pocos que han apetecido una muerte inevitable; unos en la guerra por la salud de sus compañeros, otros en la paz por la defensa de la República. Aun ha habido algunos que, teniendo en sus manos el poder, han sacrificado sus hijos contra toda ley y costumbre, pudiendo más en ellos el bien de la patria que los vínculos de la naturaleza y de la sangre. Muchos casos se pudieran referir de esto entre los romanos; pero por ahora bastará uno, que sirva de ejemplo y comprobación de lo que digo.

Cuentan que Horacio llamado el Tuerto, estando peleando con dos enemigos (506 años antes de J. C.) a la entrada del puente que se halla junto a Roma sobre el Tíber, luego que advirtió que venían más en su socorro, temiendo que, forzado el paso, no penetrasen en la ciudad, se volvió a los que tenía a la espalda, y a grandes voces les dijo que se retirasen y cortasen el puente. Obedecida la orden, mientras que éstos lo desbarataban, él, a pesar de las muchas heridas que había recibido, sostuvo el choque, y contuvo el ímpetu de los enemigos, que quedaron admirados no tanto de sus fuerzas, cuanto de su constancia y atrevimiento.

Arrancado el puente, y frustrado el empeño del contrario, Horacio se lanza con sus armas en el río, prefiriendo una muerte voluntaria por la salud de la patria, y la gloria que después le redundaría, a la vida presente y los años que le quedaban. Tanto es el ardor y emulación que inspiran en la juventud las costumbres de los romanos para las bellas acciones.

CAPÍTULO XVII

Continúa la comparación entre las dos repúblicas.- Influencia que posee en la de Roma la superstición.- Decadencia y perturbación que la espera.

Hasta las formas de ganar la vida son más legítimas entre los romanos que entre los cartagineses. En Cartago no existe torpeza donde hay ganancia; en Roma no hay cosa más indecorosa que dejarse corromper, y enriquecerse con malas artes. Todo lo que tiene de honroso entre ellos ganar de comer honestamente, tiene de abominable atesorar riquezas con malos tratos. Prueba de esto es que en Cartago se compran públicamente los cargos a fuerza de dádivas; en Roma es un crimen capital. A la vista de esto no hay que extrañar que, siendo tan contrarios los premios que se proponen a la virtud en uno y otro pueblo, sean también diferentes los medios de conseguirlos. Pero la principal excelencia de la República Romana sobre las otras, consiste en el concepto que se tiene de los dioses. En mi juicio la superstición que en cualquier otro pueblo es reprehensible, aquí es la que sostiene el Imperio romano. Ella tiene tal imperio y tal influencia en los asuntos, tanto particulares como de Estado, que toda ponderación es poca. Esto sin duda causará admiración a muchos; pero, a mi modo de entender, se halla introducido por causa del pueblo. Si

fuera dable que un Estado se compusiese de sabios, tal vez no sería preciso semejante instituto; mas como el pueblo es un animal inconstante, lleno de pasiones desarregladas, y en quien domina la ira, la inconsideración, la fuerza y la violencia, es necesario refrenarle con el temor de las cosas que no ve, y con otras parecidas ficciones que le horroricen. He aquí por qué, a lo que yo alcanzo, no sin motivo ni al aire introdujeron en el pueblo los antiguos estas ideas y opiniones acerca de los dioses y de las penas del infierno, y sería una locura e inconsideración que nuestro siglo las desechase. Porque sin meterme en otras consecuencias de la irreligión, en Grecia por ejemplo, si confiáis un talento a los que manejan las rentas públicas, aunque se lo entreguéis delante de diez escribanos, aunque le exijáis diez firmas, y aunque lo atestigüéis con veinte testigos, no podréis conseguir la fidelidad. Por el contrario en Roma, siendo así que en las magistraturas y embajadas se manejan cuantiosas sumas de dinero, la religión sola del juramento les hace observar una fe inviolable. Y lo que en otros pueblos sería un prodigio, hallar un hombre que se hubiese abstenido del dinero público y estuviese limpio de tal crimen, en Roma al contrario, es muy raro encontrar un reo de peculado manifiesto. Mas que todas las cosas de este mundo perecen y están sujetas a mudanza, es excusado advertirlo; bastante prueba de esto es la misma ley de naturaleza. De dos formas perece todo gobierno: la una le viene del exterior, la otra le nace dentro. El conocimiento de la exterior es vago e incierto, pero el de la interior fijo y determinado. Ya hemos manifestado antes cuál es la primera forma de gobierno, cuál la segunda, y cómo se transforman unas en otras; de suerte que en esta materia el que consiga unir los principios con el fin, podrá asimismo predecir lo que ocurrirá en lo futuro. Al menos, a mi modo de entender, es evidente. Porque cuando una República, después de haberse liberado de grandes y terribles vaivenes, llega a su mayor elevación y a conseguir un poder incontrastable, no hay duda que, como la abundancia llegue a hacer asiento en ella mucho tiempo, el lujo se introducirá en las costumbres, y la ambición desmedida de honores y otros desordenados deseos se apoderará de sus particulares. Con los progresos que cada día harán estos desarreglos, la pasión de mandar y la especie de mengua que se tendrá en obedecer empezarán el trastorno del gobierno; el fausto y el orgullo llevarán adelante lo comenzado; y el pueblo, cuando la avaricia de unos se crea ofendida, y la ambición de otros lisonjeada y satisfecha, dará la última mano. Entonces irritado, y consultando sólo con la cólera, ya no sólo rehusará obedecer y dividir por igual la autoridad con los magistrados, sino que querrá disponer de todo o de mayor parte. Después de lo cual, el gobierno toma el más bello nombre, esto es, de estado libre y popular; pero en realidad no es sino la dominación de un populacho el peor de todos los estados. Ahora, pues, hemos expuesto la constitución de la República Romana, sus progresos, su apogeo, su estado actual, y su superioridad o inferioridad respecto de las otras, daremos aquí fin al discurso. Pero antes, a semejanza que un buen artífice saca al público una pieza por muestra de su habilidad, referiremos también nosotros brevemente un hecho, tomado de aquella parte de la historia que pertenece al tiempo de donde nos hemos separado, para que, no sólo las palabras, sino las obras hagan evidencia del alto grado de poder y vigor que tenía entonces esta República.

Aníbal, tras de la derrota de los romanos en Cannas (217 años antes de J. C.), habiendo hecho prisioneros ocho mil hombres que habían quedado para guarda, del campo, los dejó ir todos libres a Roma para procurar su libertad y rescate. Ellos eligieron diez de los más principales, a los cuales Aníbal tomó juramento de que regresarían, y permitió que marchasen. Uno de los elegidos, luego que estuvo fuera del real, cuando diciendo que se le había olvidado una cosa, tornó al campamento, cogió lo que había dejado y volvió a emprender su viaje, creyendo que con este regreso había cumplido con el pacto y se había eximido de la fe del juramento. Llegados a Roma, suplicaron y exhortaron al Senado que no negase a unos prisioneros la vuelta a su patria, que les permitiese pagar tres minas por cada uno y volver a ver sus parientes, que esto era en lo que se habían convenido con Aníbal; que ellos eran tanto más acreedores a esta gracia, cuanto que no habían temido venir a las manos ni hecho cosa indigna del nombre de romano, sino que dejados para custodia del campo, después de muertos todos sus compañeros, la desgracia les había reducido a venir a poder del enemigo. Los romanos habían sufrido por entonces grandes pérdidas, se veían casi privados de

todos sus aliados, y amenazaba a la sazón a la patria un peligro cual nunca se había imaginado; sin embargo, oída la propuesta, inflexibles a la desgracia cuando se atraviesa el desdoro, ni hicieron caso de la demanda, ni omitieron providencia de las que pudieran conducir a la República. Por el contrario, conociendo que el propósito de Aníbal con esta acción era tener abundancia de dinero y apagar al mismo tiempo en sus contrarios aquel ardor y emulación en los combates, dándoles a entender que aún quedaba esperanza de salud a los vencidos, estuvieron tan distantes de otorgar lo que se les pedía, que sin compadecerse de sus parientes ni estimar los servicios que pudieran obtener de estos prisioneros; al contrario, les negaron el rescate y dejaron frustradas las intenciones y esperanzas de Aníbal. Promulgaron después una ley que obligaba a las tropas a vencer o morir, para quitar todo otro recurso de salud a los vencidos. Tomada esta decisión, despacharon los nueve diputados, que voluntariamente se retiraron por cumplir con lo pactado, y al que había pretendido eludir el juramento le remitieron atado a los cartagineses; de suerte que Aníbal no tuvo tanto gozo de haber vencido a los romanos, como consternación y espanto de haber visto la constancia y magnanimidad que brillaba en sus deliberaciones.

Necesario es a los que desean adquirir buena educación aprender y ejercitar desde la infancia las demás virtudes, especialmente el valor.

El que asegura cosas no sólo falsas, sino imposibles, comete una falta sin excusa.

Como sabio y prudente obra quien, según Hesiodo, sabe cuándo vale más la parte que el todo.

Aprender a no mentir a los dioses es base del culto de la verdad entre los hombres.

Hay un sitio llamado Rhuncus en las inmediaciones de Stratum en Etolia, según dice Polibio en el libro sexto de su historia: Olcium, ciudad de Etruria.

CAPÍTULO XVIII

Constitución y revolución de la República Romana.

Sé cuán difícil resultará a algunos explicarse por qué interrumpo el hilo de mi narración, para referir el expresado sistema político; pero creo haber manifestado varias veces que desde el principio me impuse una obligación, y forma parte integrante de mi plan general, dándola a conocer en el comienzo y en la exposición de mi historia, donde dije que la mejor y más preciosa enseñanza de las que puede ofrecer esta empresa mía a los lectores de mi obra será la de saber por qué medios y con cuál forma de gobierno lograron los romanos, después de someter en menos de cincuenta años a casi todo el mundo conocido, sujetarlo a su dominio, cosa de que no existe ejemplo en los pasados siglos. Tomada esta determinación, no he encontrado momento más oportuno que el actual para fijar la atención en el examen de la constitución romana. Efectivamente, al juzgar las virtudes y vicios de las personas, para que haya verdad y certidumbre en el juicio, necesario es tomar por dato de observación no la parte de existencia que transcurre en tranquila prosperidad, sino la agitada por alternativas de éxitos y contrariedades; que sólo da pruebas de entereza de carácter quien soporta con magnanimidad y constancia los cambios completos de fortuna. Del mismo modo debe ser juzgada una constitución. No pudiendo ocurrir cambios mayores ni más rápidos que los efectuados en nuestros días en la fortuna de los romanos, dejé para este momento detalles y pruebas de lo antedicho. Puede juzgarse la grandeza de la revolución por los hechos siguientes...

CAPÍTULO XIX

Conjugación de lo agradable con lo útil.

Característico es de un ánimo sediento de instrucción gozar observando las causas y procurar en cada circunstancia hacer la elección más acertada. Lo mismo puede decirse de los estados en los

que este estudio es el primer elemento de buen éxito y su olvido causa segura de reveses y catástrofes. Este principio es un manantial no sólo de nuestros designios y propósitos sino de su realización. En la mayoría de las cosas humanas, los que por sí adquirieren una fortuna, inclinados son a conservarla, y los que de otros la reciben hecha, propicios a disiparla.

CAPÍTULO XX

Alusión a las campañas de Jerjes en Grecia.- Apogeo de la República Romana.

Ya habían transcurrido treinta años de la expedición de Jerjes a Grecia, desde cuya época hemos separado cuidadosamente cada acontecimiento particular... El gobierno de Roma había alcanzado el apogeo de la perfección y belleza en la época de Aníbal, punto de partida para hacer esta digresión. Explicada ya su forma, diré ahora lo que era cuando los romanos, reunidos en Cannas, vieron su imperio completamente arruinado. No ignoro que lo expuesto parecerá insuficiente, por haber omitido algunos detalles, a los hombres nacidos bajo esta constitución. Poseedores en este asunto de conocimientos completos y de consumada experiencia, que deben a la ventaja de vivir desde la infancia dentro de las costumbres e instituciones de su patria, tendrán menos estimación a lo que he dicho que afición a buscar lo omitido: no supondrán que el escritor ha desdeñado de intento debates de escaso interés, sino le acusarán de callar por ignorancia las causas y ligazón de los hechos: sin aprobar las consideraciones que haya expuesto, por juzgarlas mediocres y superfluas, aplicáranse a notar sus omisiones, calificándolas de esenciales, inspirándoles tal crítica el deseo de aparecer más sabios que el autor. Mas un juez imparcial debe juzgar al escritor por lo que dice y no por lo que omite. Si el censor advierte algún error en los hechos referidos, sabrá que las omisiones proceden de ignorancia; pero si lo que dice es cierto, conceda al menos que lo callado es por discernimiento, no porque lo ignore. Con esto basta para aquellos que critican a los historiadores con más animosidad que justicia.

LIBRO SÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Noticia de los habitantes de Capua, en la Campania.- Alusión a los habitantes de Crotone y Sibaris.

Las gentes de Capua en la Campania acopiaron, por la feracidad del suelo, tanta riqueza, que entregados a la molicie y al lujo más suntuoso, superaron cuanto se refería de los crotonatas y sibaritas, célebres por sus vicios. No pudiendo, dice, soportar el peso de su opulencia, llamaron a Aníbal y por ello les causaron los romanos los más duros y atroces sufrimientos. Los petelenios, por el contrario, fieles observadores de la jurada fe a los romanos, con tan grande valor y constancia resistieron a Aníbal cuando fue a sitiarles, que después de comerse todos los cueros encerrados en la ciudadela, y las cortezas y raíces tiernas de los árboles que crecían en el interior del recinto amurallado, tras de once meses de sitio sin recibir socorro alguno, reducidos se vieron a rendirse a los cartagineses, con el consentimiento de los romanos, que hicieron los mayores elogios de su fidelidad.

CAPÍTULO II

Hierónimo de Siracusa, por propia falta de prudencia en parte, y en parte por malos consejos, rompe el convenio que su abuelo Hierón había llevado a cabo con los romanos y se une a los cartagineses.

Transcurrida la conjuración contra la vida de Hierónimo, rey de Siracusa, y muerto Thrason, Zoippo y Andranodoro convencieron a este príncipe para que despachara al instante embajadores a Aníbal. Escogidos para esta embajada Policretes de Cirene y Filodemo de Argos, recibieron orden de partir para Italia y concertar alianza con los cartagineses. Al mismo tiempo envió el rey a sus hermanos a Alejandría. Recibió Aníbal amablemente a los embajadores, ponderándoles las ventajas que al joven monarca produciría la proyectada alianza, y les envió acompañados de embajadores suyos, que eran Aníbal de Cartago, comandante entonces de las galeras, Hippocrates y Epicides, su hermano menor, ambos siracusanos. Estos hermanos militaban hacía tiempo a las órdenes de Aníbal, y aún se habían establecido en Cartago porque su abuelo, acusado de atentar contra la vida de Agatharco, hijo menor de Agathocles, vióse obligado a expatriarse. Llegaron los embajadores a Siracusa, y Aníbal de Cartago refirió al rey las órdenes que le diera el general de los cartagineses. Predispuesto Hierónimo a aliarse con éstos, dijo a Aníbal que convenía partiera inmediatamente para Cartago, prometiéndole que le acompañarían embajadores suyos para tratar con el gobierno de este pueblo.

Llegó a Lilibeá la nueva de esta alianza, y el pretor, partidario de los romanos, envió al instante al rey de Siracusa un comisionado para inducirle a que renovara los tratados efectuados por sus antepasados en Roma. La embajada no agradó al príncipe. «Lamento mucho la suerte de los romanos, respondió, y es de sentir que los cartagineses les destruyan en Italia.» Admiró a los embajadores la insensata respuesta, y preguntaron al rey quién le había asegurado tal cosa. «Los cartagineses, contestó; y si lo que os dije no es cierto, ellos son los culpados de la mentira.» Replicaron los embajadores que no acostumbraban los romanos a dar fe a informes de sus contrarios, y que por lo demás le aconsejaban no faltar a los antiguos tratados, porque la justicia y su propio interés le obligaban a cumplirlos fielmente. «Deliberaré sobre este asunto, replicó el rey, y os diré mi decisión definitiva. Pero decidme vosotros por qué antes de la muerte de mi abuelo volvisteis a Siracusa, de donde habíais partido con cincuenta barcos y hasta llegasteis al

promontorio de Pachynum.» Era, efectivamente, positivo y cierto que poco antes de esta embajada, habiendo oído decir los romanos que el rey Hierón había fallecido, volvieron a Siracusa, temiendo que el poco respeto que inspirase un rey niño fuera motivo de revolución; pero informados de que Hierón vivía, volvieron a Lilibea. Los embajadores confesaron el hecho, diciendo que fueron a Siracusa con el único propósito de auxiliarle en su juventud y de conservarle su reino. «Pues bien, replicó el rey; sufrid ahora, romanos, que por la conservación de mi reino cambie de ruta y que me ponga de parte de los cartagineses.» Comprendieron los embajadores al oír esta frase que la determinación del rey era definitiva, y sin contestar a ella se despidieron, regresando a Lilibea, para dar cuenta al pretor de cuanto habían oído. Desde entonces los romanos vigilaron la conducta de este príncipe teniéndole por enemigo declarado.

Escogió Hierónimo para embajadores suyos en Cartago a Agatharco, Onegiseno e Hipposthenes, a quienes ordenó que partiesen con Aníbal de Cartago, y concertaran con la citada República un tratado, conforme al cual «los cartagineses le darían tropas de mar y tierra para arrojar a los romanos de Sicilia, y logrado este resultado, partiría con ellos la dominación de la isla, de modo que el Himero, que casi por mitad la atraviesa, sirviese de límite a las provincias cartaginesas y a las suyas.» Propusieron tales condiciones los embajadores, aceptáronlas gustosos los cartagineses y el tratado quedó hecho.

Hippocrates, asiduo cortesano del joven príncipe, le engañaba con adulaciones y falsedades, refiriéndole cómo Aníbal había pasado a Italia, y los combates y batallas que allí dio a los romanos. Convencióle de que era la única persona con derecho a reinar en toda Sicilia; primero por ser hijo de Nereis, hija de Pyrrho, y que los sicilianos voluntariamente y por afecto eligieron rey, y además porque su abuelo Hierón había reinado en toda la isla. Consiguió por tales medios alucinar al monarca, hasta el extremo de que a nadie sino a él escuchaba. El carácter ligero e inconstante del príncipe contribuía mucho a que incurriese en error, pero fue causa principal aquel adulator, alentando su vanidad con las esperanzas más ambiciosas. Antes de que Agatharco concluyera las negociaciones en Cartago, despachó Hierónimo nuevos embajadores para decir a los cartagineses que pretendía reinar en toda Sicilia, pareciéndole justo que éstos le ayudaran en la reconquista de sus derechos a toda la isla, prometiéndoles en cambio la suya para la realización de sus proyectos en Italia. Comprendieron perfectamente los de Cartago la ninguna seriedad de este príncipe, mas importaba por muchas razones a la República tener Sicilia de su parte, y concedióle cuanto deseó, aprovechando los buques equipados y las tropas reclutadas para trasladar rápidamente un ejército a la citada isla.

Al tener noticia de ella los romanos, enviaron nuevos embajadores al rey de Siracusa para advertirle que no debía romper los tratados que sus padres habían concertado con la República romana. Reunió el rey el consejo. Los habitantes de aquella comarca, temerosos á de las iras del príncipe, guardaron silencio. Aristomaco de Corinto, Danippes de Lacedemonia y Autono el Tesaliano opinaron en pro de la alianza con los romanos. Sólo Andranodoro creyó que la ocasión era demasiado propicia para desaprovecharla, y el momento por demás oportuno para extender la dominación del príncipe a toda Sicilia. Consultado en seguida Hippocrates, respondió únicamente que opinaba lo mismo que Andranodoro. Así finalizó la deliberación, decidieron declarar la guerra a los romanos. No quiso, sin embargo, el rey romper los tratados sin alegar pretextos que aparentemente explicaran su cambio de actitud, pero fueron tales, que en vez de satisfacer ofendieron a los romanos. Manifestó que cumpliría los tratados si los romanos le devolvían el oro que recibieron de su abuelo Hierón; además el trigo y los regalos que Hierón les había hecho desde el principio de la alianza, y que se reconociera que todas las ciudades y tierras de esta parte del Himero pertenecen a los siracusanos. Dicho esto, los embajadores romanos fueron despedidos y se disolvió la asamblea. Hierónimo hizo en seguida preparativos de guerra, alistó tropas y reunió las provisiones necesarias.

CAPÍTULO III

Ubicación de la ciudad de Leoncio en Sicilia.

Considerada su posición en general, Leoncio se halla mirando al Septentrión. La atraviesa por medio un llano valle, donde están las casas de Ayuntamiento, los Tribunales, y por último el mercado. De uno y otro lado del valle se extienden sin interrupción unos collados escarpados, cuyas planas cimas se encuentran cubiertas de casas y templos. La ciudad tiene dos puertas, de las cuales la una está al extremo meridional del dicho valle y conduce a Siracusa; la otra al extremo septentrional y guía a los campos llamados Leontinos y tierras de labor. Por bajo de una de estas cordilleras escarpadas, la que está hacia el Ocaso, corre el Lisso, sobre cuyas márgenes y al pie mismo de la montaña se extiende una hilera continuada de casas, entre las cuales y el río media el camino que hemos dicho.

CAPÍTULO IV

Opiniones acerca de Hierónimo, su abuelo Hierón y su padre Gelón.

Ciertos historiadores que han referido la muerte de Hierónimo, se valieron, para admirar a las gentes, de profusas descripciones, bien sobre los prodigios que precedieron y anunciaron su tiranía, bien sobre las desdichas de los siracusanos, apelando a veces a exagerados detalles, propios de poetas trágicos, para representar la crueldad de su carácter o de sus actos impíos, o los extraordinarios y atroces sucesos que a su muerte acaecieron, hasta el punto de que se crea que ni los Falaris ni los Apollodoro ni ninguno de los tiranos conocidos le sobrepusieron en crueldad. No obstante, este príncipe ocupó el trono siendo niño, y murió a los trece meses de reinado, en cuyo breve plazo habrá ocurrido ciertamente algún caso de aplicación del tormento, y aun de la pena de muerte a algunos de sus propios amigos o de los demás siracusanos, mas la inaudita crueldad y la ponderada impiedad que a Hierónimo atribuyen es increíble. Es indudable su carácter ligero e injusto, pero tampoco se le puede comparar con cualquiera de los tiranos antes citados. Los autores de historias particulares, por lo limitado del asunto y la escasez de acontecimientos, vense, a mi juicio, obligados a exagerar cosas de poca importancia y a narrar extensamente sucesos indignos de mención. Por falta de juicio incurren asimismo otros historiadores en igual defecto. Con mayor exactitud y elocuencia hubieran podido aplicarse a la historia de Hierón y Gelón, sin recordar a Hierónimo, las reflexiones añadidas para llenar libro, como complemento a la narración histórica; más agradable y útil fuera esto a los hombres ávidos de leer e instruirse.

Por propio mérito llegó, efectivamente, Hierón a reinar sobre los siracusanos y sus aliados, porque la fortuna no le dio ni nombre ni riqueza, ni otra clase de bienes; y su mejor título a nuestra admiración es el de llegar a rey de los siracusanos por el solo esfuerzo de su genio, sin matar ni desterrar ni hacer daño a nadie.

Cosa no menos admirable es que, adquiriendo así el trono, lo conservara de igual modo. En los cincuenta y cuatro años que duró su reinado procuró a su patria continua paz y vida exenta de todo temor de conspiraciones, librándose hasta de la envidia que de ordinario ataca a cuanto es grande y noble. Muchas veces quiso abdicar el poder, pero en todas ellas la muchedumbre de todos los ciudadanos se lo impidió. Mostrándose liberalísimo con los griegos y ávido de adquirir gloria entre ellos, logró para él la celebridad, y para los siracusanos la benevolencia de todos. Viviendo rodeado de las delicias que procuran la abundancia de todos los bienes y las inmensas riquezas, prolongó su existencia hasta los noventa años, conservando todos los sentidos y miembros sanos y útiles, lo que, en mi opinión, es la mejor prueba de la moderación y templanza de sus costumbres.

Respecto a Gelón, puede decirse que en toda su vida, de más de cincuenta años, se propuso, como el fin más noble que podía alcanzar, imitar a su padre, posponiendo las riquezas, la majestad

real y cualquier otro bien al cariño y confianza debidos al autor de sus días.

CAPÍTULO V

Fórmula del juramento con que Aníbal, general de los cartagineses, concertó la paz con Jenofanes, embajador de Filipo.

«Juramento con que hace la paz (216 años antes de J. C.) el general Aníbal, Magón, Mircan, Barmocar, todos los senadores que se hallan con él, y todos los cartagineses que militan en su ejército, con Jenofanes, ateniense, hijo de Cleomaco, embajador que nos ha enviado el rey Filipo, hijo de Demetrio, en su nombre, y en el de los macedonios y aliados.

»En presencia de Júpiter, Juno y Apolo; en presencia de la diosa de los cartagineses, de Hércules y Iolao; en presencia de Marte, Tritón y Neptuno; ante los dioses protectores de la expedición, del Sol, la Luna, y la Tierra; ante los ríos, prados y aguas; ante cuantos dioses tiene por tutelares Cartago; ante cuantos venera Macedonia, y el resto de la Grecia; finalmente, ante todos los dioses que presiden la guerra y están presentes en este tratado; el general Aníbal, todos los senadores que le acompañan, y todos los cartagineses que militan bajo sus banderas, dicen:

»Para que en adelante seamos amigos, parientes y hermanos, hágase con vuestra voluntad y la nuestra este tratado de alianza y amistad sincera; con condición que el rey Filipo, los macedonios y todos los demás griegos sus aliados, defiendan a los señores cartagineses, al general Aníbal, a las tropas que le acompañan, a los gobernadores de las provincias cartaginesas que usan de unas mismas leyes, a los uticenses y a todas las ciudades y pueblos sujetos a Cartago, a los soldados, socios y todas las ciudades y naciones con quienes mantenemos amistad en Italia, Celtia y Liguria, y a cualquiera otra que contraiga alianza con nosotros en este país. Y asimismo los ejércitos cartagineses, Utica, todas las ciudades y pueblos de la dominación cartaginesa con sus aliados y soldados, todas las naciones y ciudades que al presente tenemos por aliadas en Italia, Celtia y Liguria, y demás que podamos tener en el futuro en la Italia, protejan y amparen al rey Filipo, a los macedonios y demás griegos sus aliados. No maquinaremos, ni pondremos asechanzas unos contra otros; por el contrario, con toda eficacia y sinceridad, sin dolo ni fraude, nos los macedonios seremos enemigos de los enemigos de Cartago, a excepción de los reyes, ciudades y puertos con quienes tenemos pacto y alianza: y nos los cartagineses seremos enemigos de los enemigos del rey Filipo, menos de los reyes, ciudades y pueblos, con quienes tenemos confederación y alianza. Entraréis vos, macedonios, en la guerra que sostenemos contra los romanos, hasta que quieran los dioses darnos un feliz éxito. Nos suministraréis lo que sea necesario, y obraréis según el tenor del pacto. Si los dioses nos negasen su protección en la guerra contra los romanos y sus aliados, y llegásemos a tratar de paz con ellos, la concertaremos de tal suerte, que seáis vosotros igualmente comprendidos en el tratado, y con la condición que jamás les será lícito declararos la guerra, ni ser dueños de los corcireos, ni de los apoloniatas, ni de los epidamnios, ni de Faros, ni de Dimala, ni de los parthinos, ni de Atintania; y que restituirán a Demetrio de Faros cuantos parientes tiene detenidos en los Estados romanos. Caso que los romanos declaren la guerra, o a vosotros o a nosotros, nos ayudaremos mutuamente según la necesidad de cada uno. Lo mismo se hará si cualquiera otro nos atacase, excepto los reyes, ciudades y pueblos de quienes somos confederados y amigos. Siuviésemos a bien quitar o añadir alguna cosa a este tratado, se hará con consentimiento de unos y otros.»

CAPÍTULO VI

Filipo en Messena.

Al triunfar la democracia entre los messenios y ser desterrados los hombres más ilustres,

poniéndose al frente de los negocios de la ciudad los que por sorteo se distribuyeron sus bienes, los antiguos ciudadanos que habían permanecido en Messena vieron con pena a estos hombres gozar de los mismos derechos que ellos.

CAPÍTULO VII

Aptitudes políticas del atleta Gorgo.

Gorgo el messenio no era inferior a ninguno de sus conciudadanos por sus riquezas e ilustre progenie, y como atleta fue en su juventud el más célebre de cuantos lucharon por la corona de los juegos gimnásticos. Ciertamente, ni por la nobleza de sus formas, ni por su constante conducta, ni por el número de coronas que había conseguido, a ninguno de su edad cedía. Muy al contrario, cuando retirado de los combates de la gimnasia dedicóse al gobierno de la República y a la administración de los asuntos de su patria, no logró menor gloria en estas tareas que en las de su vida anterior. Lejos de mostrar la ignorancia y rusticidad que casi siempre caracteriza a los atletas, alcanzó en la República reputación de hombre muy hábil y prudente en el manejo de los negocios públicos.

CAPÍTULO VIII

Demetrio de Faros induce a Filipo, rey de Macedonia, a que introduzca guarnición en Ithome, ciudadela de Messena.- Arato sugiere lo contrario.

El rey de Macedonia, Filipo, que quería apoderarse de la ciudadela de los messenios, manifestó a las personas principales de la ciudad su deseo de visitarla y hacer allí un sacrificio a Júpiter. Subió a ella con su acompañamiento.

Presentadas a Filipo según costumbre las entrañas de las víctimas sacrificadas (216 años antes de J. C.), las recibió en sus manos, y volviéndose un poco, las mostró a Arato, y le preguntó, qué juicio hacía de los sacrificios, si indicaban levantar el sitio de la ciudadela o tomarla. Entonces Demetrio, aprovechándose de la ocasión, dijo: «Si pensáis como adivino, levantad el sitio cuanto antes; pero si como rey que entiende sus intereses, mantenedle; no sea que malograda la ocasión presente, no encontréis otra tan oportuna. Sólo teniendo asidos fuertemente ambos cuernos, tendréis sujeto al buey.»

Entendía con este enigma por cuernos a Ithome y el Acrocorinto, y por buey al Peloponeso. Entonces Filipo, volviéndose hacia Arato, le preguntó: «Y tú, ¿me aconsejas lo mismo?» Pero viendo que callaba, pidió le manifestase su parecer. Arato, después de haber meditado un rato, dijo: «Si lo puedes hacer sin violar la fe a los messenios, toma a Ithome; mas si de ocuparla con guarnición ha de resultar la pérdida de todas las ciudadelas y del socorro que has recibido de Antígono para defender los aliados (en esto le insinuaba la importancia de guardar su palabra), mira no tenga ahora más cuenta hacer desfilar las tropas, y dejar aquí una prueba de buena fe con que conservar los messenios y demás aliados.» Filipo, a dejarse llevar de su pasión, hubiera quebrantado sin reparo los tratados, como quedó de manifiesto por lo que hizo después. Pero reprendido poco antes agriamente por el joven Arato de haber sido causa de la pérdida de alguna gente, y viendo la libertad y entereza con que el viejo le advertía y rogaba ahora no despreciase su aviso, desistió del empeño; y cogiéndole de la mano le dijo: «Está bien; volvamos por donde vinimos.»

CAPÍTULO IX

Filipo, rey de Macedonia.

Hagamos una interrupción momentánea en el hilo de nuestra narración para hablar algo de Filipo, por ser ésta la época del cambio fatal que hizo en su conducta y manera de gobernar. No puede presentarse ejemplo más ilustre a quienes, estando al frente de los negocios públicos, procuran instruirse con la lectura de la historia. Dueño al nacer de un poderoso reino y con las mejores inclinaciones, le conocen los griegos por sus buenas cualidades y sus defectos, por los afortunados que aquéllas le proporcionaron y las desdichas que éstos le produjeron. Joven ascendió al trono, y a ningún rey amaron tanto en Tesalia, Macedonia; las demás comarcas sometidas a su dominación. ¿Se quiere de ello innegable prueba? Mientras guerreó con etolios y lacedemonios, casi siempre se hallaba fuera de Macedonia; a pesar de ello, ni los citados pueblos, ni los bárbaros vecinos de su reino se atrevieron a poner en éste los pies. ¿Qué diré del afecto y solicitud que mostraron en servirle Alejandro, Crisógenes y todos sus otros amigos? Pródigo en beneficios, consiguió en breve tiempo la adhesión por reconocimiento vivo y sincero de los pueblos del Peloponeso, la Beocia, el Epiro y la Acarnania, y me atreveré a decir que era por su carácter servicial y benéfico el amor y delicia de toda la Grecia. Admirable prueba del crédito que da a los príncipes la reputación de probidad y rectitud, es la de que los habitantes de Creta le escogieran unánimemente como jefe y señor de su isla, y cosa nunca vista, que esto se hiciera sin armas ni combates. Mas después] de su conducta con los messenios, todo cambió de aspecto, y el odio que desde entonces le tuvieron igualó al cariño que antes inspiraba; y así debió esperarlo. Con determinaciones contrarias a las primitivas y actos conformes a las determinaciones, natural era que perdiese la reputación conseguida, y que sus negocios tuvieran distinto éxito al anterior a este cambio. Así ocurrió, efectivamente, y se verá en el curso de esta historia.

CAPÍTULO X

Arato.

En el momento en que Filipo se declaró francamente hostil a los romanos y cambió por completo de conducta respecto a sus aliados, le expuso Arato mil motivos, razones mil para disuadirle de tal empresa. Lo alcanzó, no sin trabajo. Ruego aquí a mis lectores, para que de nada les quede duda, recuerden una promesa que les hicimos en el libro V de esta historia. Al referir la guerra de Etolia, manifestamos que si Filipo había destruido pórticos y otros adornos de la ciudad de Therme, no debía imputarse estos excesos a él, cuya juventud era incapaz de cometerlos, sino a los amigos que le acompañaban; y siendo estos excesos incompatibles con el carácter dulce y moderado de Arato, correspondía sólo la censura a Demetrio de Pharos. Lo dicho entonces prometimos probarlo después. Ahora bien; visto está en lo relatado de los messenios que Arato se encontraba a una jornada de distancia, y Demetrio junto al rey, cuando este príncipe empezó a gustar, por decirlo así, la sangre humana, a faltar a la fe con sus aliados y a degenerar en tirano. Mas lo que mejor caracteriza la diferencia entre ambos es el consejo que cada uno dio al rey respecto a la ciudadela de Messena. Siguiendo el de Arato, no se apoderó de ella Filipo, y así consoló en cierto modo a los messenios de la carnicería que en la ciudad había llevado a cabo; y por escuchar el de Demetrio contra los etolios entregóse a una violencia impropia en él, y se hizo detestar de los dioses y de los hombres; de los dioses, profanando sus templos; de los hombres, excediendo las leyes de la guerra. La isla de Creta proporciona nueva prueba de la sabiduría de Arato. Mientras Filipo le consultó los negocios de ella, no haciendo a nadie daño o perjuicio, vio a los cretenses recibir sumisos sus órdenes, y por la benignidad de su gobierno a todos los griegos ponerse de su parte; pero al seguir los consejos de Demetrio, les llevó los horrores de la guerra, convirtiéndose en enemigo de todos sus aliados, y destruyó la confianza que en él tenían los demás pueblos de Grecia. ¡Tan importante es para un rey joven elegir sus consejeros, pues de ello depende la felicidad o ruina de sus Estados, y, no obstante, la mayoría de los príncipes ni siquiera se dignan pensar en cosa de tan graves consecuencias!

CAPITULO XI

Antíoco se apodera de Sardes mediante un ardid de Lagoras Cretense.

Producíanse en torno a Sardes continuas escaramuzas y refriegas sin cesar noche y día (215 años antes de J. C.) No existía género de asechanzas, emboscadas y ataques que los soldados no excogitasen unos contra otros. Efectuar una relación circunstanciada de todo esto, sería no solo infructuoso, sino demasiado prolijo. Ya era el segundo año que duraba el asedio, cuando Lagoras Cretense, hombre de bastante experiencia en el arte de la guerra, puso fin a la contienda. Había observado que las más fuertes ciudades vienen por lo regular con más facilidad a poder del enemigo; porque la negligencia de los habitantes, satisfecha de la fortaleza natural y artificial de la plaza, descuida y abandona del todo su custodia. Había notado también que las plazas tal vez se toman por la parte más fuerte y menos esperada en el concepto de los enemigos. En este supuesto, viendo que la antigua opinión en que se hallaba Sardes de su fortaleza había hecho desconfiar a todos de poderla tomar por asalto, y que sólo el hambre era el arbitrio de rendirla, se aplicó tanto con mayor intensidad a examinar e inquirir si por algún medio le fuera dable tomarla. Advirtió que aquella parte del muro que une la ciudad con el alcázar, llamada Sierra, no estaba custodiada: no fue menester más para entregarse a este pensamiento y esperanza. El descuido de las centinelas lo infirió de un indicio semejante. Aquel sitio era un lugar sumamente escarpado, al pie del cual existía un abismo, donde se acostumbraba arrojar de la ciudad los cadáveres, y viera tres de caballos y bestias muertas. Allí se reunían diariamente un gran número de buitres y otros géneros de pájaros. Lagoras había reparado en que después de saciados estos animales, se iban de continuo a descansar sobre la roca y la muralla. De aquí infirió que aquella parte de muro indefectiblemente estaba abandonada y desierta la mayor parte del tiempo. Esto bastó para que todas las noches fuese a aquel sitio, y examinase con cuidado por dónde se podría entrar y poner las escalas. Cuando ya hubo encontrado un paraje accesible en una de aquellas rocas, dio cuenta al rey de su propósito. Antíoco aceptó el pensamiento, y exhortó a Lagoras a llevar al cabo su proyecto, prometiéndole que haría cuanto estuviese de su parte. Lagoras rogó al rey le diese por socios y compañeros en la acción a Teodoto el etolio, y a Dionisio capitán de guardias, por parecerle que uno y otro tenían el valor y audacia que se requería para la empresa proyectada. Conseguida la venia del rey, conferenciaron los tres, y después de sopesadas entre sí todas las circunstancias, aguardaron a una noche en que al amanecer no hubiese luna. Llegada ésta, el día antes del que habían de poner por obra su propósito, al ponerse el sol, eligieron los quince hombres más robustos en fuerzas y espíritu de toda la armada para llevar a un tiempo las escalas, subir por ellas, y acompañarles en la empresa. A más de éstos, entresacaron otros treinta, que dejaron emboscados a cierta distancia, para que después que los primeros, superado el muro, hubiesen llegado a la puerta contigua, los segundos procurasen por la parte exterior forzar y romper los quicios y umbrales, mientras que aquellos por la parte interior hacían lo mismo con los cerrojos y pestillos. En pos de éstos había de ir caos mil, los cuales tenían orden de atacar y ocupar la cima del Teatro, sitio que domina ventajosamente la ciudad y la ciudadela. Para que por este destacamento no se sospechase de modo alguno la verdad de la acción, se esparció la voz que los etolios pensaban arrojar en la ciudad por cierto barranco, y para precaver con eficacia lo que se presumía, se habían escogido estas gentes.

Preparado todo lo necesario, lo mismo fue ocultarse la luna, Lagoras y sus gentes se aproximaron silenciosamente a las rocas con las escalas, y se refugiaron bajo una prominencia. Llegado el día y retiradas las centinelas de este lugar, el rey destacó según costumbre parte de las tropas a sus puestos, sacó el resto al Hipódromo y lo formó en batalla. Al principio nadie sospechó lo que era; pero igual fue aplicarse las dos escalas por donde subían delante Dionisio y Lagoras, que alborotarse y conmovearse todo el campo. Porque aunque ni desde la ciudad ni desde la ciudadela se veía a los que montaban el muro, a causa de la punta que sobresalía en la roca; desde el campo se

percibía muy bien el denuesto de los que subían, y se exponían al peligro. Por eso unos, asombrados de lo extraordinario del hecho, otros pronosticando y temiendo sus consecuencias, fluctuaban entre el temor y la alegría. Entonces el rey, viendo la sensación que esto había causado en todo el campo, a fin de disuadir tanto a sus tropas como a los sitiados de lo que tenía proyectado, hizo avanzar el ejército, y lo llevó a una puerta que se hallaba al lado opuesto, llamada Persida. Aqueo, que advirtió desde la ciudadela un movimiento tan poco acostumbrado en los enemigos, quedó dudoso y perplejo por mucho tiempo, sin poder adivinar lo que sería. Sin embargo, destacó a la puerta tropas que contuviesen al contrario, pero como la bajada era estrecha y escarpada, el socorro llegó tarde. Aribazo, que gobernaba la ciudad acudió inocentemente a la puerta a donde vio que se dirigía Antíoco, y haciendo montar a unos sobre el muro, y sacando a otros por la puerta, ordenó hacer frente al enemigo que se aproximaba, y venir con él a las manos.

Entretanto Lagoras, Teodoto y Dionisio, superados aquellos precipicios, llegan a la puerta contigua; y mientras que unos pelean con los que habían salido al encuentro, otros hacen pedazos los cerrojos. Al mismo tiempo llegan los que estaban en el exterior designados para esta empresa; empiezan a hacer lo mismo, y abierta rápidamente la puerta, entran los dos mil, y se apoderan de la cima del Teatro. No bien había pasado esto, cuando todos los cercados acudieron con diligencia desde los muros y desde la puerta Persida, a cuyo socorro había marchado anteriormente Aribazo, para contener a los que habían penetrado. Con este retroceso quedó abierta la puerta, y entraron algunas tropas de Antíoco en seguimiento de los que se retiraban. Una vez apoderados de ésta, al punto unos entran en la ciudad, otros fuerzan las inmediatas. Aribazo y los sitiados hacen alguna resistencia, pero prontamente se retiran a la ciudadela. Con esto Teodoto y Lagoras se hacen fuertes en lo alto del Teatro, observando con prudencia y sagacidad todo lo que ocurría; y el resto del ejército se esparce por todas partes y se apodera de la ciudad. De allí adelante, unos matando a los que encontraban, otros prendiendo fuego a las casas, otros entregándose al robo y al pillaje, toda la ciudad fue saqueada y destruida. De este modo se apoderó de Sardes Antíoco.

CAPÍTULO XII

Los pueblos habitantes del Oricón.

Los pueblos que habitan Oricón se hallan situados en el mar Adriático a la derecha del navegante que entra en él...

LIBRO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

Advertencia de Polibio acerca de la confianza, y reprensión de los que de modo temerario e indiscretamente se fian de otros.

Resultaría muy arriesgado decidir en general qué personas merecen vituperio, y cuáles perdón en tales casos. Vemos a muchos que, luego de tomadas todas las precauciones que dicta la razón, vienen con todo a ser despojo de los que sin reparo violan los derechos establecidos entre las gentes. Esto no obstante, sin eludir la dificultad, daremos rápidamente nuestro juicio, y con respecto a las ocasiones y circunstancias, vituperaremos a unos jefes y perdonaremos a otros. Los ejemplos siguientes evidenciarán lo que digo.

Arquidamo, rey de Lacedemonia, temeroso de la ambición de Cleomenes, huyó de Esparta; pero poco después, dejándose otra vez persuadir, se entregó en manos de su enemigo; con lo cual, privado del reino y de la vida, ni aun disculpa dejó de su credulidad a los siglos venideros. Porque subsistiendo las mismas disposiciones, y yendo en aumento la ambición al mando de Cleomenes, pregunto: ¿será de extrañar le ocurriese lo que hemos manifestado, poniéndose en manos del que poco antes había escapado y por un milagro había salvado la vida?

Pelópidas el Tebano, conociendo la malignidad del tirano Alejandro, y firmemente persuadido de que todo tirano reputa por sus mayores enemigos a los promovedores de la libertad, empenó a Epaminondas a que tomase a su cargo la defensa, no sólo de la república de Tebas, sino la de toda la Grecia; y hallándose ya dentro de la Tesalia para destruir la monarquía de Alejandro, tuvo la debilidad de ir dos veces en calidad de embajador a verse con el tirano. Así fue que, venido a poder de su enemigo, perjudicó infinito a los intereses de los tebanos, y fiándose necia e indiscretamente de quien menos convenía, oscureció la gloria de sus anteriores acciones. Igual desgracia sufrió Cneo Cornelio, cónsul romano en la guerra de Sicilia, por haberse fiado imprudentemente de sus contrarios. Esta flaqueza la han tenido otros muchísimos.

Convengamos, pues, en que se debe vituperar a los que sin consideración se fian de sus enemigos, pero no se ha de culpar a los que toman las medidas posibles. Porque no fiarse absolutamente de ninguno, es no terminar jamás los negocios; y así, no se debe culpar al que, tomadas las precauciones convenientes, obra lo que la razón dicta. Las seguridades necesarias contra la mala fe son los juramentos los hijos, las mujeres, y sobre todo, la conducta pasada. Si a pesar de estas prevenciones se falta a la fe y se cae en el lazo, esto ya no es culpa del engañado, sino del que engaña. Por eso es preciso tomar tales resguardos por los cuales aquel en quien se fía no pueda faltar a la palabra. Pero como es difícil hallarlos de esta naturaleza, por eso se podrá usar otro arbitrio, y es tomar todas las precauciones razonables, para que, caso que seamos engañados, al menos merezcamos perdón con los extraños. De esta sabia conducta ha habido infinitos ejemplos en la antigüedad, pero el más ilustre y más próximo a los tiempos de que vamos hablando es el que sucedió a Aqueo; el cual, después de no haber omitido precaución ni seguridad de cuantas puede prever la prudencia humana, sin embargo vino a ser cebo de sus contrarios. Pero este accidente, al paso que le atrajo la compasión y perdón de los extraños, excitó el odio y aborrecimiento contra los autores.

CAPÍTULO II

Grandes batallas de romanos y cartagineses.- Constancia de una y otra república en sus empresas.- Sabidas ventajas de una historia universal.

Debo decir que no me parece ajeno del intento y objeto general que me propuse al principio, excitar la atención de los lectores sobre las grandes acciones de Roma y Cartago, y sobre la obstinada perseverancia de uno y otro gobierno en sus empresas. Porque a la verdad, ¿no se admirará que teniendo una y otra república encendida una guerra principal dentro de Italia, otra de no menor importancia dentro de España, ambas con inciertas esperanzas aún de sus resultados, y ambas amenazadas de iguales peligros, con todo, no contentas con estos vastos proyectos, se hayan lanzado a disputar la Cerdeña y la Sicilia, y hayan acudido a todo, no sólo con los deseos, sino con las provisiones y pertrechos necesarios? Pero aun causará más admiración si se considera el por menor de las cosas. Los romanos tenían a la sazón dos ejércitos completos con sus cónsules en la Italia, otros dos en la España, uno de tierra a cuyo frente estaba Cn. Cornelio Scipión, y otro de mar que mandaba P. Scipión. Los cartagineses mantenían igual número de ejércitos. Había asimismo al ancla en las costas de la Grecia, para observar los propósitos de Filipo, una escuadra que primero mandó M. Valerio, y después Publio Sulpicio. A más de estos aparatos, Appio y M. Claudio cubrían la Sicilia, aquel con cien quinquerremes, y éste con un ejército de tierra. Amílcar hacía lo mismo por parte de los cartagineses.

A la vista de esto, me parece que se ve ahora comprobado por los mismos hechos lo que tantas veces hemos repetido en el prólogo de nuestra obra; a saber, que no es posible por las historias particulares comprender la disposición y economía de todo lo que ha sucedido. Y a la verdad, ¿cómo es posible que con la mera lectura de las cosas de Sicilia y de España, cada una de por sí, se conozca y entienda la grandeza de los hechos pasados, y lo principal, de qué modo y de qué género de gobierno se ha servido la fortuna para obrar en nuestros días el mayor prodigio, esto es, haber reducido a un solo imperio y poder todas las partes conocidas del universo, cosa que carece de ejemplo en la historia? Cómo tomaron los romanos a Siracusa, y cómo se apoderaron de la España, se puede saber tal cual por las historias particulares; pero cómo llegaron a dominar el orbe, qué circunstancias particulares acaecieron en pro y en contra para su universal designio, y en qué tiempo; esto sin una historia universal es muy dificultoso comprenderlo, así como lo es también concebir la grandeza de las acciones y la actividad de un gobierno. Porque que los romanos fuesen a conquistar la España o la Sicilia, y que hiciesen la guerra con ejércitos de mar y tierra, estas noticias, consideradas cada una de por sí, no tienen nada de extraordinario; pero si se considera que junto con estas expediciones se realizaban otras muchas por el mismo poder y por el mismo gobierno, y se considera que al mismo tiempo los que manejaban todas estas empresas se veían agobiados de sediciones y guerras dentro de su propio país, ya entonces penetraremos el espíritu de las acciones y nos parecerán admirables. Ésta es la única forma de dar a las cosas el aprecio que se merecen. Se ha dicho esto contra los que presumen que por la historia particular se puede adquirir conocimiento de la común y universal.

CAPÍTULO III

Ataque de Marco Marcelo por mar contra la Achradina de Siracusa.- Descripción de la máquina llamada Sambuca.- Invenciones de Arquímedes contra las máquinas de Marcelo y Appio.

Al mando de la expedición de tierra, Appio tenía acampadas sus tropas en torno al pórtico Scithico, lugar por donde la muralla tocaba con la lengua misma del agua. Como era grande el número de operarios, en cinco días quedaron dispuestos los cestones, armas arrojadizas y demás prevenciones para un asedio, esperando por esta prontitud coger desprevenido al enemigo. No contaban con la habilidad de Arquímedes, ni preveían que en ocasiones un buen ingenio puede más que muchas manos; mas entonces los desengañó la misma experiencia. Pues a más de que la ciudad era fuerte por estar contruidos sus muros en redondo sobre un terreno elevado y tener su barbacana, a la cual, aun sin oposición de los de adentro, era difícil aproximarse como no fuese por ciertos y determinados sitios, Arquímedes había hecho tales prevenciones dentro de la plaza contra

los ataques de mar y tierra, que nada se echaba de menos de lo que pedía urgencia, y se podía acudir rápidamente a cuanto intentasen los contrarios. A pesar de estos obstáculos, Appio previno sus cestones y escalas, y emprendió aplicarlas al muro contiguo a las Hexapilas por la parte de Levante.

Marcelo atacó por mar la Achradina con sesenta quinquerremes, todas bien tripuladas de soldados armados de arcos, hondas y flechas para reprimir a los que peleasen desde las almenas. A más de éstas había ocho quinquerremes, a las cuales se les había quitado de un lado los bancos de remos, a las unas del derecho y a las otras del izquierdo; y unidas de dos en dos por el costado que estaba sin ellos acercaban a la muralla las sambucas, a impulsos de los remeros del costado exterior. La construcción de esta máquina es como sigue: se construye una escalera cuatro pies de ancha, la cual, derecha, iguale con la altura del muro. Se la coloca unas barandas por ambos lados, y se la cubre por cima con cotas bien altas. Después se la tiende a lo largo sobre los costados de las dos embarcaciones emparejadas, de suerte que sobresalga mucho fuera de los espolones, y en lo alto de los mástiles se clavan unas poleas con sus cuerdas. Cuando es necesario ponerla en uso, se atan las cuerdas a la punta de la escalera; y mientras que unos desde la popa tiran de ellas por medio de las poleas, otros en la proa, empujando igualmente con palancas, ayudan a levantar la máquina. Una vez levantada, los remeros de uno y otro costado exterior acercan a tierra las quinquerremes y procuran fijarla al muro. En lo alto de la escalera hay un tablado guarnecido de zarzos de mimbres por tres lados, en el cual van cuatro hombres para pelear y desalojar de las almenas la gente que sirva de impedimento a que se arrime la sambuca. Ya que, fijada ésta, se ven los cuatro sobre la muralla, quitan los balaustres de uno y otro para atacar las almenas o merlones. Los demás van siguiendo por la máquina arriba, sin peligro de que falle, por estar bien afirmada con maromas la escalera sobre las dos embarcaciones. Con razón se denomina así esta máquina; porque después de levantada, el conjunto de la embarcación y de la escalera representa una figura parecida a la sambuca.

Prevenido todo del modo referido, los romanos pensaban atacar las torres. Pero Arquímedes, que tenía prevenidas máquinas para arrojar dardos a todas distancias, mientras los enemigos se hallaban lejos, hiriéndoles con ballestas más elásticas y catapultas de mayor alcance, los reducía al último apuro. Si veía que los tiros pasaban de la otra parte, usando de otros de menor calibre a proporción de la distancia, los ponía en tal confusión, que desbarataba del todo sus empresas y ataques; de suerte que Marco Marcelo, rodeado de dificultades, se vio en la precisión de hacer acercar silenciosamente sus galeras durante la noche. Atracadas éstas junto a tierra debajo de tiro, Arquímedes tenía flecha otra prevención contra los que atacasen desde las embarcaciones. Había llenado el muro de troneras del tamaño de la estatura de un hombre, pero por la parte exterior solo un palmo de anchas. Había colocado allí, por la parte de adentro, gentes con flechas y escorpiones que arrojándolos por las troneras frustrasen los esfuerzos de los romanos. De suerte que bien los contrarios estuviesen lejos, bien cerca, no sólo utilizaba sus intentos, sino que les mataba mucha gente. Para el caso en que intentasen los romanos levantar las sambucas, tenía prevenidas por todo el muro máquinas que, ocultas todo el tiempo restante, sólo en la ocasión se dejaban ver sobre la muralla con los extremos bien sacados a la parte exterior de las almenas. Unas de éstas sostenían peñascos que pesaban diez talentos, otras pedazos de plomo de igual tamaño. Cuando se aproximaban las sambucas, se conducían estas máquinas a donde era necesario por medio de maromas que tenían atadas a sus extremos, y dejando caer la piedra sobre la sambuca, no sólo desbarataba esta máquina, sino que ponía en un sumo peligro a la galera y a la gente que estaba dentro.

Existían también otras máquinas contra los que atacaban, las cuales, bien que los enemigos se hallasen cubiertos con sus escudos y seguros de ser ofendidos de los tiros que se disparaban desde la muralla, sin embargo, arrojaban peñascos tan desmesurados, que hacían huir de la proa a los combatientes. Al mismo tiempo dejaban caer una mano de hierro atada a una cadena, con la cual aquel que gobernaba la máquina, así que con la parte anterior de ésta había agarrado la proa del navío, bajaba la posterior por dentro de la muralla. Una vez levantada la proa, y puesto el buque

perpendicular sobre la popa, quedaba inmóvil la parte anterior de la máquina; pero mediante cierta polea se aflojaba la mano de hierro y la cadena, con lo cual unos navíos caían de costado, otros de espaldas, y la mayor parte, dejaba caer la proa desde lo alto, eran sumergidos y echados a pique. Marcelo no sabía qué hacerse con los inventos de Arquímedes; veía que los sitiados eludían todos sus intentos con menoscabo y oprobio propio; y aunque sufría con impaciencia lo que ocurría, no obstante, mofándose de las invenciones de Arquímedes, decía: «Este hombre se sirve de nuestros navíos como de pucheros para sacar agua; y castigando a nuestras sambucas, las desecha con ignominia como indignas de su compañía.» Tal fue el éxito del asedio por mar.

Appio, embarazado con semejantes dificultades, había tenido que desistir del empeño. Porque sus tropas, mientras estuvieron a larga distancia, habían sido incomodadas por los tiros de los pedreros y catapultas; tan admirable era la estructura, el número y la eficacia de los dardos, como que Hierón había hecho los gas-tos, y Arquímedes había sido el arquitecto y artífice de semejantes inventos. Y cuando ya estuvieron próximos a la ciudad unos, rechazados con los dardos que de continuo se arrojaban por las troneras del muro, como hemos dicho, no habían podido acercarse; otros, que habían pasado adelante cubiertos con sus escudos, habían sido acogotados con peñascos y vigas que dejaban caer sobre sus cabezas. «No habían causado menores daños las manos de hierro que pendían de las máquinas, y de que ya hemos hablado anteriormente; porque con ellas levantaban en alto los soldados con sus armas, y los estrellaban contra la tierra. Finalmente Appio tuvo que retirarse a su campamento, y después de haber deliberado con los tribunos, unánimes convinieron en que, no siendo sitio formal, todo lo demás se debía aventurar por tomar a Siracusa, como al cabo pusieron por obra. En ocho meses que tuvieron bloqueada la ciudad, no hubo estratagema o acción de valor que se perdonase; pero jamás osaron intentar un asedio a viva fuerza. Tanto y tan admirable es el poder que tiene en ciertos lances un solo hombre y un solo arte empleado a propósito. Sáquese un solo viejo de Siracusa; con tantas fuerzas de mar y tierra, sin dilación se hubieran apoderado de la ciudad los romanos; pero estando dentro, ni aun intentar osaban el ataque, al menos del modo que Arquímedes pudiese prohibirlo. Así fue que, persuadidos a que sólo la hambre podía reducirles la ciudad por la mucha gente que en sí encerraba, a esta sola esperanza se atuvieron, cortándoles los víveres que les podían venir por mar con la escuadra, y los de tierra con el ejército. Para no pasar infructuosamente el tiempo que habían de permanecer delante de Siracusa, sino al mismo tiempo adelantar exteriormente algún tanto sus conquistas, los dos cónsules dividieron el ejército. Appio con dos partes quedó delante de Siracusa, y Marcelo con la tercera taló las tierras de los siracusanos que tenían el partido de los cartagineses.

CAPÍTULO IV

El historiador sigue tratando de Filipo.- Los biógrafos de este famoso príncipe: los entusiastas y los detractores.- El autor pondera la objetividad que debe presidir el cultivo de la Historia.- El caso representado por Teopompe, como biógrafo contradictorio de Filipo.

Una vez hubo llegado Filipo a Messena, saqueó toda la comarca, produciendo en ella terribles destrozos. El arrebato de la ira le privó de reflexión en esta violencia. ¿Esperaba acaso que las infelices poblaciones continuamente atropelladas sufrirían los daños sin quejarse ni odiarle? Me induce a referir francamente en este libro y en el anterior lo que conozco de las malas acciones de Filipo, además de los motivos antedichos, el silencio de ciertos historiadores acerca de los asuntos de los messenios, y la flaqueza de otros que por inclinación al príncipe o por temor a desagradarle, en vez de censurar sus actos reprensibles, los convierten en mérito. Como en los historiadores del rey de Macedonia, notase este defecto en los de otros príncipes, siendo más bien que historiadores, panegiristas.

Jamás se debe en la historia de un monarca censurar ni elogiar contra la verdad, cuidando no desmentir en una parte lo afirmado en otra, y describir al natural sus inclinaciones. Ciertamente es

tan fácil dar este consejo, como difícil realizarlo; que en determinadas circunstancias no se puede decir o escribir lo que se piensa. Perdono, pues, a algunos escritores no observar las prescritas reglas de buen sentido, mas no se debe perdonar a Teopompe que las viole tan groseramente.

Da a entender que emprendió la historia de Filipo, hijo de Amintas, por no haber nacido en Europa hombre alguno que pudiera compararse a este príncipe, y no obstante, desde las primeras páginas y en el curso de su obra, nos le presenta excesivamente aficionado a las mujeres, y expuesto por ello a perder su propia casa. Descríbele injusto y pérfido con sus amigos y aliados, sometiendo a servidumbre las ciudades por engaño o violencia, y aficionado al vino hasta el punto de mostrarse ebrio en mitad del día. Vea el que leyere cómo empiezan los libros nueve y cuarenta, y admirará el arrebatado de este escritor, vea lo que entre otras cosas tiene la osadía de decir:

«Si existe entre griegos y bárbaros insignes disolutos, absolutamente desprovistos de pudor, tales hombres en Macedonia se agrupaban a Filipo y eran sus favoritos. El honor, la prudencia, la probidad, no penetraban en su corazón. Para ser bien recibido en su casa, atendido y elevado a los más importantes cargos, precisaba ser pródigo, borracho o jugador, y alentaba estas criminales inclinaciones en sus amigos, prefiriendo al de más desordenadas costumbres. ¿Qué vergüenza o infamia no manchaba en efecto sus almas? ¿Qué sentimiento de honor o de virtud podía penetrar en sus corazones? Afeminados unos en el vestir, entregados otros a los más asquerosos vicios antifísicos, les acompañaban a todas partes dos o tres niños, tristes víctimas de su detestable lubricidad. Al ver aquella corte sumida en la molición y en los placeres más vergonzosos, podía decirse que Filipo tenía en vez de favoritos, amantes en vez de soldados, prostitutas, siendo los cortesanos que le rodeaban crueles y sanguinarios por naturaleza, y afeminados y disolutos en sus costumbres hasta donde cabe imaginar. En resumen, porque la necesidad de hablar de muchas cosas me impiden detenerme largo tiempo en cada asunto, los llamados amigos y favoritos de Filipo eran peores que centauros y fieras.»

¿Es posible sufrir tales exageraciones, tanta hiel, tan envenenado lenguaje?

Varias son en este caso las culpas de Teopompe: no está de acuerdo consigo, es calumnioso lo que de Filipo y sus amigos dice, y además calumnia en términos indignos de un escritor que se estima. Ni para pintar a Sardanápalo y su corte, a ese Sardanápalo tan vituperado por su molición y lujuria, a ese rey en cuya tumba se lee el epitafio «Llevo conmigo todos los placeres que los excesos del amor y de la mesa han podido darme», se hubiera atrevido acaso a emplear tales colores. Filipo y sus amigos no merecen censura alguna de cobardía o deshonor, y el escritor que quiera elogiarles, nada dirá de su valor, firmeza y demás virtudes que supere a sus merecimientos. Con su intrepidez y esfuerzo ensancharon los límites de Macedonia, y sin mencionar lo que hicieron en tiempo de Filipo, después de su muerte, ¡cuántas veces no han sobresalido por su valor en las batallas a las órdenes de Alejandro! Ciertamente es que a este príncipe cabe la principal parte en las victorias; pero asimismo es innegable que sus amigos le ayudaron eficazmente, derrotando repetidas veces al contrario, sufriendo las mayores fatigas y exponiéndose a toda clase de peligros. Poseedores de grandes Estados en época posterior, y con sobrados medios para satisfacer todas sus pasiones, jamás se dejaron dominar por ellas hasta el punto de alterar su salud o de hacer algo contrario a justicia o a la pública conveniencia. Siempre mostraron en tiempo de Filipo o en el de Alejandro igual nobleza de sentimientos, la misma grandeza de alma, la misma prudencia, el mismo valor. No les nombro, porque hartos conocidos son sus nombres.

Muerto Alejandro, disputáronse entre sí las mayores partes del universo, y ellos mismos con gran número de monumentos históricos nos transmitieron la gloria alcanzada durante estas guerras. Traspasa Timeo contra Agatocles, tirano de Sicilia, los límites de una justa moderación; mas no sin motivo, porque referíase a un enemigo, a un mal hombre, a un tirano. Para Teopompe no hay justificación posible. Propónese escribir la historia de un príncipe que parece formado por la naturaleza para la virtud y no hay acusación vergonzosa o infame que no le dirija. El elogio que de Filipo hace al principio de su historia es mentira y baja adulación, y en el curso de su obra pierde el

ingenio hasta el punto de creer que, censurando, a veces sin razón ni justicia, a su héroe, acredita de imparcialidad las alabanzas que le prodiga en otros capítulos.

No se puede, en mi concepto, aprobar el plan general de este historiador. Empieza a escribir la historia de Grecia a partir de donde la dejó Tucídides, y cuando se esperaba verle describir la batalla de Leuctras y las acciones más brillantes de los griegos, abandona a Grecia y se aplica a narrar las empresas de Filipo. Más atinado hubiera sido, en mi opinión, incluir la historia de Filipo en la de Grecia, que envolver la de Grecia en la de Filipo. Por mucho que ofusque la dignidad y acaso el poder real, nadie censurará a un historiador que al hablar del rey mencione los asuntos de Grecia; pero ningún historiador sensato, después de empezar y escribir en parte la historia de Grecia, la interrumpirá para narrar la de un rey. ¿Por qué no ha reparado Teopompe en hacer esto? Porque la gloria estaba de un lado y su interés de otro. En último caso, si se le preguntara por qué cambió de plan, quizá tuviera razones en su defensa, pero ninguna tiene, en mi sentir, para difamar tan cruelmente a la corte de Filipo, faltando a la verdad y a su deber de historiador.

CAPÍTULO V

Filipo da muerte a Arato con un veneno.- Moderación de éste y honores heroicos que se le tributan.

En verdad jamás pudo Filipo tomar un castigo conveniente de los messenios, sus enemigos declarados, por más esfuerzos que hizo para asolar su país (539 años antes de J. C.); mas fue pública a todos la demasiada insolencia con que trató a sus más íntimos amigos. Hizo envenenar al viejo Arato, por no haber aprobado lo que él había llevado a cabo en Messena, valiéndose para esta bajeza de los servicios de Taurión, que en su nombre gobernaba el Peloponeso. Por el pronto estuvo oculta la acción entre los extraños, pues la actividad del veneno no era de las que matan al momento, sino de las que hacen su efecto transcurrido algún tiempo. Pero no se le ocultó a Arato esta perfidia. La causa de haberse publicado fue que aunque quiso ocultarla a todos no pudo menos de descubrirla a Cefalón, uno de sus domésticos con quien tenía confianza. Este tal le había asistido cuidadosamente durante toda su enfermedad, y habiendo reparado en un esputo que había en la pared mezclado en sangre, Arato le dijo: «Cefalón estas son las recompensas de la amistad que he tenido con Filipo»: tan grande y admirable es el efecto de la moderación, causar mayor vergüenza al injuriado que al autor de la ofensa. Tal fue el pago que recibió Arato de la amistad de Filipo, después de haberle acompañado en tantas y tan gloriosas empresas con gran ventaja de sus intereses. Pero bien que muriese este Arato, que tantas veces había obtenido la pretura entre los aqueos, y que había hecho tantos y tan señalados servicios a su nación; sin embargo, la patria y la República aquea le tributaron los aplausos debidos, le decretaron sacrificios, le señalaron honores heroicos, y, en una palabra, cuanto podía contribuir a hacer inmortal su memoria. De suerte que si queda alguna sensación a los muertos, no puede menos que Arato, al ver el reconocimiento de los aqueos, haya dejado de complacerse con las penalidades y peligros que sufrió por ellos durante la vida.

CAPÍTULO VI

Ocupación inesperada de Liso y de su ciudadela por Filipo.

Hacía ya largo tiempo que Filipo maquinaba y revolvía en su idea cómo apoderarse de Liso y de su ciudadela, cuando al fin se dirigió allá con ejército (540 años antes de J. C.) Tras dos días de camino y haber cruzado los desfiladeros, sentó su campo en las riberas del Ardajano, no lejos de la ciudad. Al ver el ámbito de ésta y lo bien fortificada que la naturaleza y el arte la habían hecho, tanto por el lado del mar como por el lado de tierra; y al considerar que la ciudadela que tenía contigua, por su encumbrada altura y demás fortaleza daba de sí una idea que quitaba aun la

esperanza de poder ser tomada por fuerza, renunció del todo al empeño cuanto a esta parte, pero no desesperó enteramente de tomar la ciudad. Había observado que entre ésta y el pie de la montaña donde se hallaba la ciudadela mediaba un espacio muy a propósito para un ataque. Allí se propuso trabar una escaramuza, para lo cual se valió de un ardid oportuno. Después de haber dado un día de descanso a los macedonios y haberles exhortado según pedía la ocasión, emboscó antes de amanecer la mayor y más fuerte parte de su infantería ligera en ciertos barrancos montuosos, hacia el interior del país y por cima del espacio de que ya hemos hablado. Al día siguiente condujo por la orilla del mar su infantería pesadamente armada, y el resto de la ligera del otro lado de la ciudad. Ya que hubo dado la vuelta, y apostándose en el sitio que hemos dicho, nadie dudó que por allí intentaría el ataque.

Como había sido pública la llegada de Filipo, se había reunido en Liso un gran número de ilirios de todos los contornos. Satisfechos de la fortaleza de la ciudadela, no habían puesto en ella sino una guarnición muy corta. Y así, lo mismo fue acercarse los macedonios, que fiados en el número y ventajas del terreno, lanzarse fuera de la ciudad. El rey situó su infantería pesada en el llano y ordenó avanzar la ligera hacia las eminencias y batirse con vigor con el enemigo. Obedecida la orden, la acción estuvo dudosa por algún tiempo; pero al fin los de Filipo, cediendo a la desigualdad del terreno y al número de enemigos, tuvieron que volver la espalda. Refugiados éstos en los rodaderos, los sitiados, llenos de desprecio, pasan adelante, descienden al llano y cierran con la infantería pesada. La guarnición de la ciudadela, al ver que Filipo iba retirando lentamente una por una sus cohortes, creyendo que esto era ceder el campo, abandonó imprudentemente su puesto, persuadida a que la naturaleza del lugar bastaría a su defensa. Efectivamente, estas tropas desamparan unas tras otras la ciudadela y bajan por caminos extraviados a un sitio llano y descampado, con la esperanza de algún botín después de ahuyentados los enemigos. Pero a este tiempo los que estaban emboscados en el interior del país, saliendo de repente, hacen un vigoroso ataque y al mismo tiempo la infantería pesada vuelve a la carga. Este accidente desconcertó al enemigo; la guarnición de Liso se retiró en desorden, y se salvó en la ciudad; pero la que había abandonado la ciudadela fue cortada por los que salieron de la emboscada. De aquí provino lo que menos se esperaba: que la ciudadela se tomó al momento sin riesgo alguno y la ciudad al día siguiente, después de vivos y terribles ataques. Dueño Filipo de Liso y de su ciudadela de un modo tan extraordinario, por el mismo hecho lo vino a ser de todos los alrededores, ya que los más de los ilirios le vinieron a ofrecer de grado sus ciudades. Una vez tomadas por fuerza estas fortalezas, se vio claramente que ya no había asilo contra el poder de este príncipe ni defensa que le pudiese resistir.

CAPÍTULO VII

Aqueo cercado en la ciudadela de Sardes es puesto en poder de sus enemigos por alevosía de Bolis el Cretense y sentenciado a muerte vergonzosa por Antíoco.

En realidad, Bolis era un personaje de nacionalidad cretense, pero que había vivido mucho tiempo en la corte con los primeros cargos del gobierno (214 años antes de J. C.) Pasaba por hombre inteligente, de espíritu fogoso, y experimentado en la ciencia militar como ninguno. Sosibio supo ganarle a fuerza de un largo trato, y luego de haberle tenido afecto y propenso a sus ideas, le declaró que en nada podía dar más gusto al rey en las actuales circunstancias como en excogitar un medio de salvar a Aqueo. A esta propuesta Bolis respondió que pensaría en ello, y se retiró. Después de haberlo bien reflexionado, fue a los dos o tres días a casa de Sosibio y le dijo que tomaba por su cuenta el asunto, que había vivido mucho tiempo en Sardes, que tenía noticia del terreno, y que Cambilo, gobernador de las tropas cretenses a sueldo de Antíoco, era no sólo su paisano, sino también su pariente y amigo. Daba la casualidad que a Cambilo y a los cretenses de su mando estaba encomendada la guarda de uno de los fuertes situados a espaldas de la ciudadela, los cuales,

por no admitir fortificación alguna, tenían que estar custodiados de continuo por la tropa de Cambilo. Sosibio se alegró infinito con esta circunstancia, y se llegó a persuadir, o que era imposible sacar a Aqueo del peligro en que se hallaba, o una vez dable, ninguno lo podía ejecutar mejor que Bolis. Como en éste se advertía tal anhelo, al punto se promovió con empeño la empresa. Sosibio, al paso que le ofrecía dinero para que no faltase requisito al propósito, y le prometía mucho más si llegaba a tener buen éxito, le exageraba por añadidura las recompensas que recibiría del mismo rey y de Aqueo, con lo cual hinchó el corazón de Bolis de magníficas esperanzas. Efectivamente, pronto a la ejecución, después de haber tomado el salvoconducto y las credenciales necesarias, se hizo a la vela sin dilación; primero para Rodas, a verse con Nicomaco, que en afecto y confianza hacía con Aqueo veces de padre; y después para Éfeso, a tratar con Melancoma. Éstos eran los dos confidentes de quienes Aqueo se había servido en los tiempos anteriores, tanto para los asuntos pertenecientes a Ptolomeo, como para los demás negocios externos.

Llegado Bolis a Rodas y después a Éfeso, comunicó el asunto con estos dos personajes, y habiéndolos hallado dispuestos para su empresa, despachó uno de los suyos llamado Ariano a Cambilo, con orden de decirle que había venido de Alejandría a reclutar tropas extranjeras, pero que deseaba comunicarle ciertos asuntos importantes; y así, le suplicaba se sirviese señalarle tiempo y sitio en que pudiesen verse sin testigos. No bien hubo llegado Ariano y mostrado las cartas a Cambilo, cuando éste accedió a lo que le pedía, y señalado día y lugar en que los dos pudiesen verse durante la noche, volvió a enviar al mensajero. Bolis, cretense en efecto, y por consiguiente doble por naturaleza, había rumiado bien el asunto, y tenía atados todos los cabos. Por fin llegó a verse con Cambilo según le había prevenido Ariano, y le entregó una carta, sobre la que tuvieron un consejo propio de dos cretenses. Lo que menos cuidaron ellos fue de sacar a Aqueo del inminente riesgo, y guardar la fe a los que les habían confiado tal empresa; sólo consultaron su seguridad y su propia conveniencia. Y así a pocas razones, como buenos cretenses, convinieron en un mismo parecer; a saber, que repartirían por igual los diez talentos, que ya habían recibido de Sosibio; que descubrirían a Antíoco todo el asunto, y siempre que éste les diese por el pronto dinero, y para el futuro esperanzas proporcionadas a tan gran servicio, le prometerían poner en sus manos a Aqueo, prestándoles su ayuda. Dispuesto así el negocio Cambilo tomó por su cuenta manejar el asunto con Antíoco; y Bolis ofreció por la suya, que en pocos días enviaría a Ariano con una cifra y unas cartas para Aqueo de parte de Nicomaco y Melancoma, pero que él tuviese cuidado de introducir y sacar a Ariano de la ciudadela con seguridad. Y caso que Aqueo, aprobado el pensamiento, respondiese a Nicomaco y Melancoma Bolis por sí solo se encargaría de la ejecución y vendría a reunirse con Cambilo. Hecha esta repartición, se separaron, y cada uno pensó en ejecutar lo que le tocaba. A la primera ocasión que se presentó, sacó Cambilo la conversación al rey. Éste, con una oferta tan lisonjera e inesperada, por una parte, alegre en extremo, todo lo prometía; por otra, desconfiado, examinaba con individualidad el proyecto y medios de conseguirlo. Pero al fin asintió, y persuadiéndose que los dioses favorecían la empresa, rogaba e instaba encarecidamente a Cambilo llevase la acción a efecto. Bolis practicaba iguales oficios con Nicomaco y Melancoma, los cuales, creyendo que esto iba de buena fe, despacharon sin recelo a Ariano con unas cartas para Aqueo, escritas con ciertas cifras en que estaban convenidos según su costumbre. Las tales cartas le exhortaban a que se fiase en un todo de Bolis y Cambilo, y estaban escritas con tal arte, que aunque fuesen interceptadas era imposible descifrar su contenido. Ariano, introducido en la ciudadela por medio de Cambilo, entregó las cartas a Aqueo; y como desde el principio había presenciado toda la conjuración, daba razón exactamente de todo. Preguntado sobre varias y diferentes cosas de Sosibio y de Bolis, de Nicomaco y Melancoma, y sobre todo de Cambilo, respondía con sinceridad y sobre sí a todo lo que se le preguntaba, porque se hallaba ignorante de lo principal que Cambilo y Bolis tenían entre sí concertado. Aqueo, a la vista de las respuestas de Ariano, y sobre todo convencido con las cifras de Nicomaco y Melancoma, respondió a las cartas y despachó al instante a Ariano. Esta correspondencia se repitió muchas veces de una y otra parte, y finalmente Aqueo, como no le quedaba otra esperanza de salud, se entregó a Nicomaco, y le ordenó que enviase a Bolis con

Ariano una noche sin luna, para ponerse en sus manos. El propósito de Aqueo era, primero, evitar el peligro que le amenazaba, y después, penetrar sin dilación en la Siria. Tenía bien fundadas esperanzas que si mientras Antíoco se hallaba delante de Sardes se dejaba ver a los sirios de repente y cuando menos lo pensaban, su presencia causaría una gran conmoción, y daría mucho gusto a las gentes de Antioquía, de la Cæle-Siria y de la Fenicia. Lleno de estas expectativas y pensamientos, aguardaba con impaciencia la llegada de Bolis. Melancoma recibió a Ariano, y leídas las cartas, le despacha a Bolis, a quien exhorta encarecidamente, y ofrece magníficas esperanzas si consigue su propósito. Éste, con el aviso anticipado que por medio de Ariano había dado a Cambilo de su llegada, fue por la noche al lugar señalado. Pasaron allí todo el día en deliberar el expediente de cada una de las circunstancias, al cabo del cual se retiraron por la noche al campamento. La cosa se hallaba dispuesta de este modo: que si Aqueo salía de la ciudadela solo o acompañado de otro con Bolis y Ariano, era fácil a los emboscados burlarse y apoderarse de su persona; pero si salía con mucha gente, ya era negocio arduo, cuando sólo aspiraban a cogerle vivo, por consistir en eso principalmente la gracia que se prometían de Antíoco; que por esta razón era preciso que Ariano, una vez fuera de la ciudadela Aqueo, fuese guiando, ya que conocía aquella senda por donde tantas veces había ido y venido; y que Bolis siguiese detrás, para que cuando se llegase al lugar donde habían de estar los emboscados dispuestos por Cambilo, éste agarrase y echase mano a Aqueo, no fuese que en la confusión y con la oscuridad se les escapase por sitios montuosos, o desesperado se arrojase por algún despeñadero, y se frustrase el propósito de cogerle vivo. Dispuesto así el lance, fue Bolis a verse con Cambilo, quien aquella misma noche le condujo a Antíoco, y le dejó con él a solas. El rey le recibió con mucho agasajo, le confirmó sus promesas, y después de haber exhortado encarecidamente a uno y otro a que no retardasen el proyecto, se retiraron a su campo. Bolis, al amanecer, marchó con Ariano y entró en la ciudadela antes del día. Aqueo recibió con mucho obsequio y urbanidad a Bolis, le examinó muy por menor sobre cada una de las circunstancias, y advirtiéndole en su rostro y conversación que era hombre de la firmeza requerida para el caso, a veces se alegraba con la esperanza de la salud, y a veces quedaba atónito y lleno de inquietudes a la vista de las grandes consecuencias. Sin embargo, como a una penetración singular unía una experiencia en los negocios nada común, decidió no abandonarse enteramente a la fe de Bolis. Por esta razón le manifestó que por el momento no le era posible acompañarle, pero que enviaría con él tres o cuatro amigos suyos, y después de haber conferenciado éstos con Melancoma se hallaría él dispuesto a la salida.

Efectivamente, Aqueo tomaba todas las precauciones posibles, mas no sabía que trataba con un cretense, porque Bolis se había prevenido para todo lo que se le pudiera ofrecer sobre el caso. Llegada la noche en que había dicho que le acompañarían cuatro de sus amigos, envió por delante a Ariano y a Bolis a la salida de la ciudadela, y les mandó esperar allí hasta tanto que llegasen los que habían de partir con ellos. Mientras que éstos obedecían la orden él descubrió su pecho a Laodice, su mujer, la cual quedó fuera de sí con una nueva tan extraordinaria. Después de haberla consolado y mitigado su dolor con las ventajas que se prometía, en lo que se detuvo algún tiempo, acompañado de sus cuatro amigos, a quienes dio vestidos medianos, tomó para sí uno vil y despreciable, y reducido a condición humilde echó a andar, previniendo a uno de ellos que él solo respondiese a todas las preguntas de Ariano, que siempre se informase de él para lo que sucediese y dijese que los otros eran bárbaros. Después que llegaron a donde estaba Ariano, éste echó adelante por la noción que tenía del camino, pero Bolis se quedó atrás, según estaba dispuesto, dudoso e inquieto sobre el éxito de la acción. Porque aunque era cretense y, por consiguiente, propenso a sospechar todo mal de su prójimo, con todo, la oscuridad no le dejaba distinguir, no digo quién era Aqueo, pero ni aún si venía en la compañía. Aunque como la mayor parte del camino era una bajada pendiente y escabrosa y a trechos tenía precipicios muy resbaladizos y peligrosos, le fue fácil distinguir cuál de ellos era Aqueo; porque siempre que se llegaba a uno de estos parajes, unos le agarraban, otros le sostenían, no pudiendo aún aquí dejar de prestarle aquel respeto que tenían de costumbre. Ya que hubieron llegar al lugar señalado por Cambilo, Bolis hizo señal con un silbato, y

al punto salieron los emboscados y se apoderaron de los otros cuatro. Bolis mismo agarró a Aqueo, que tenía las manos envueltas con el ropaje, receloso de que, conocido el engaño, no intentase darse muerte con una espada que traía encubierta. En un momento se vio Aqueo rodeado por todos lados en poder de sus enemigos y llevado sin dilación con sus amigos a presencia de Antíoco. Ya hacía tiempo que este príncipe se hallaba suspenso y pendiente del éxito de la acción. Despedidos los comensales, se había quedado solo y despierto en su tienda con dos o tres guardias de su persona. Cuando hubo entrado a su presencia Cambilo y dejado Aqueo atado sobre la tierra, la admiración le embargó el habla de tal modo que por mucho tiempo estuvo callando, y por fin, enternecido, se le cayeron las lágrimas. A mi modo de entender, procedió esta compasión de contemplar cuán inevitables e inopinados son los acasos de la fortuna. Aqueo, que era hijo de Andrómaco y hermano de Laodice, mujer de Seleuco; que había contraído matrimonio con Laodice, hija del rey Mitrídates; que había sido dueño de todo el país de parte acá del monte Tauro, y que a la sazón, en opinión de sus tropas y las de sus contrarios, se hallaba en la plaza más fuerte del universo; este mismo Aqueo yacía ahora atado en tierra, hecho despojo de sus contrarios, sin tener alguno otro noticia de la traición más que los que la habían cometido.

Lo mismo fue amanecer, acudieron los cortesanos a la tienda del rey, como tenían por costumbre, y al contemplar un espectáculo semejante les ocurrió lo mismo que había pasado por Antíoco. La admiración fue tal, que dudaban de lo que veían. Reunido el consejo, hubo muchos altercados sobre el castigo que se le había de imponer. Finalmente se decidió que se mutilase a este desgraciado príncipe, y después de cortada la cabeza y cosida en una piel de asno, se pusiese en una cruz el resto de su cuerpo. No bien conocieron las tropas la ejecución de la sentencia, cuando se esparció tal furor y enajenación por todo el ejército, que Laodice, que sabía sola la salida de su marido, conjeturó desde la ciudadela lo que sucedía por el alboroto y conmoción de la armada. Al poco rato fue un trompeta a darle cuenta de la suerte de su marido y ordenarle que sobreseyese en los negocios y evacuase la ciudadela. Por el pronto la guarnición no dio otra respuesta más que gemidos y sollozos inexplicables, no tanto por el amor que profesaba a Aqueo, cuanto porque nada menos esperaba que un fracaso tan extraordinario e inesperado; pero después se vieron en una extrema dificultad y embarazo los sitiados. Antíoco, después de haberse deshecho de Aqueo, estrechaba de continuo la ciudadela, persuadido a que los mismos de adentro, y principalmente los soldados, le darían ocasión de tomarla, como sucedió al cabo. Porque sublevada la guarnición, se dividió en bandos, unos en favor de Ariobazo y otros de Laodice. Este accidente causó una mutua desconfianza, y al punto unos y otros rindieron al rey sus personas y la ciudadela. Así acabó la vida Aqueo, príncipe que, a pesar de haber tomado cuantas precauciones dicta la prudencia, vencido al fin por la perfidia de aquellos de quienes se había fiado, vino a servir de ejemplo provechoso a la posteridad de dos formas: una, que nos enseña a no fiarnos fácilmente de cualquiera, y otra, a no ensoberbecernos en la prosperidad, sino a temerlo todo como mortales.

CAPÍTULO VIII

Cavarus, gobernador de los galos.- Sus virtudes

En verdad, Cavarus, gobernador de los galos que habitaban la Tracia, pensaba con nobleza y poseía sentimientos dignos de un rey. Procuró que las mercancías pudieran navegar sin riesgo por el Ponto Euxino, y prestó gran auxilio a los bizantinos en el transcurso de sus guerras contra tracios y bitinios.

CAPÍTULO IX

Corrupción de Cavarus

El galo Cavarus, hombre virtuoso, fue pervertido por Sócrates de Calcedonia.

CAPÍTULO X

Antíoco se dispone a sitiar a Armosata.- Magnanimidad de Antíoco.

Habiendo acampado Antíoco junto a Armosata (ciudad situada entre el Éufrates y el Tigris, en el territorio llamado Bella Llanura), disponíase a sitiarla. El gobernador de esta plaza, Jerjes, comprendió los preparativos del rey, y al principio quiso huir. Temiendo después que, tomada la capital, le arrebataran todos sus Estados, solicitó una conferencia a Antíoco. Opinaron los cortesanos del rey que debía apoderarse de este joven príncipe al presentársele voluntariamente y entregar el reino a su sobrino Mitridates; pero en vez de aceptar estos consejos de violencia, el rey de Siria recibió al príncipe, concertó paces con él y le perdonó la mayor porción de los tributos que su padre le debía, contentándose con trescientos talentos, mil caballos y mil mulas con sus arneses. Puso además en orden los asuntos de este reino, y dio su propia hija en matrimonio a Jerjes. Mucha honra ganó por tan noble y generosa conducta y la estimación y afecto de todas las poblaciones de aquella comarca.

CAPÍTULO XI

Aníbal se apodera por traición de la ciudad de Tarento.

En los primeros días (213 años antes de J.C.) los tarentinos no salían de la ciudad sino para hacer alguna correría. Una noche que se aproximaron al campamento de los cartagineses se quedaron todos ocultos en cierto bosque que se hallaba a orillas del camino, menos Filemenes y Nicón, que pasaron al campo. Las guardias, como no decían de dónde venían ni quiénes eran, sólo sí significaban que querían hablar al general, les cogieron y los condujeron a Aníbal. Apenas le fueron presentados, manifestaron que deseaban hablarle a solas, y admitidos sin dilación a una conferencia, hicieron una apología de su conducta y de la de su patria, acriminando al mismo tiempo a los romanos en muchos y diferentes puntos, para darle a entender que no sin motivo habían tomado la decisión de abandonarlos. Aníbal, después de haberles aplaudido la decisión y haberlos recibido en su amistad, los despidió, previniéndoles que volviesen cuanto antes a tratar con él sobre el asunto. Por lo pronto, les ordenó que después que estuviesen a una buena distancia del campo, se llevasen por delante los primeros ganados que encontrasen, con los hombres que los guardaban, y regresaran sin temor a los suyos, que él cuidaría de su seguridad. Su propósito en esto era tomarse tiempo para rumiar lo que los jóvenes le habían propuesto y hacer creer a los tarentinos que éstos únicamente habían salido por el pillaje. Efectivamente, Nicón cumplió exactamente lo que se le había encargado, y Aníbal estaba sumamente gozoso de que al cabo se le hubiese presentado oportunidad para lo que proyectaba, Filemenes, por su parte, promovía aún con más calor el negocio, ya por la seguridad que tenía de tratar con Aníbal y la buena acogida que en él había hallado, ya también porque el mucho ganado que robaba le había afianzado suficientemente el crédito para con sus ciudadanos. En efecto, con los sacrificios y convites que hacía del ganado robado no sólo tenía sentada su fe con los tarentinos, sino que había excitado la emulación de otros muchos.

Realizada después una segunda salida, y practicadas puntualmente las mismas diligencias, dieron sus seguridades a Aníbal, y éste las recibió de ellos con estos pactos: que Aníbal pondría en libertad a los tarentinos; que por ningún acontecimiento exigiría Cartago tributos de Tarento, ni impondría otros nuevos, mas que sería lícito a los cartagineses, después de apoderarse de la ciudad, saquear las casas y habitaciones de los romanos. Conviniere asimismo en la señal que habían de dar para que las guardias los recibiesen sin detención en el campo cuando volviesen. Por este medio

consiguieron la libertad de venir a verse frecuentemente con Aníbal, ya con el pretexto de hacer correrías, ya con el de salir a caza. Tomadas estas medidas para el futuro, mientras los demás conjurados aguardaban la ocasión, se ordenó a Filemenes que saliese de caza. Porque como ésta era su pasión dominante, todos creían que lo hacía por un efecto de predilección a este ejercicio. Con este motivo se le encargó que con las fieras que capturase ganase primero la amistad de Cayo Livio, gobernador de la ciudad, y después la de los centinelas de la puerta llamada Temenida. Filemenes, después de haberse adquirido esta confianza, introducía de continuo caza en la ciudad, ya la que él cogía, ya la que Aníbal le tenía preparada. Daba una parte al gobernador y otra a las guardias de la puerta para que estuviesen dispuestas a abrirle el postigo, porque por lo regular entraba y salía de noche, pretextando en la apariencia el temor a los contrarios, y en realidad disponiéndose para lo que tenía proyectado. Cuando ya tuvo acostumbradas las centinelas a no poner reparo en abrirle el postigo al punto que se acercase al muro y diese un silbido, entonces los conjurados, que ya tenían observado que en cierto día había de ir el gobernador con grande acompañamiento a lo que se llama el Museo, cerca de la plaza, señalaron con Aníbal aquel día para la ejecución de su propósito. Aníbal tenía ya buscado de antemano un pretexto de indisposición, a fin de que los romanos no extrañasen la noticia de que se detenía más tiempo en un mismo lugar; pero entonces fingió más grave enfermedad, y separó su campo de Tarento tres días de camino. Llegado el día señalado, eligió entre su caballería o infantería los diez mil hombres más ágiles y bravos y les ordenó tomar ración para cuatro días. Con esto levantó el campo al amanecer y echó a andar con diligencia, previniendo a ochenta caballeros nómadas escogidos que marchasen delante del ejército, a distancia de treinta estadios, y talasen los parajes de uno y otro lado del camino para que nadie percibiese el grueso del ejército; y de los que hallasen, unos fuesen cogidos, otros, caso que escapasen, sólo contasen en la ciudad que era una cabalgada de los nómadas. Ya que estuvo esta caballería a ciento veinte estadios de distancia, Aníbal hizo cenar a sus gentes a la orilla de un río, de donde con dificultad podía ser visto, por correr por un barranco. Allí reunió sus capitanes, y sin descubrirles del todo el pensamiento, únicamente les exhortó: primero, a que obrasen como buenos, pues jamás se habían presentado a su valor mayores recompensas; segundo, a que cada uno contuviese en buen orden a sus soldados durante la marcha, y castigase severamente a los que se desmandasen de sus líneas; y últimamente, a que estuviesen atentos a las órdenes y no obrasen cosa por sí sin mandato de sus jefes. Dicho esto, despidió los capitanes, y luego que anocheció, hizo avanzar la vanguardia, a fin de estar junto al muro a medianoche. Llevaba por guía a Filemenes, a quien tenía prevenido un jabalí para que le abriesen la puerta. Livio había pasado todo aquel día con sus amigos en el Museo, según los conjurados se lo habían imaginado; y ya al ponerse el sol, cuando el vino hacía su mayor efecto, le trajeron la noticia de que los nómadas corrían la campiña. Únicamente atento a lo que le referían, y por consiguiente, más satisfecho con esta nueva de todo lo que podría ser, llamó a algunos capitanes y dispuso que con la mitad de la caballería saliesen al amanecer a contener la tala del enemigo. Apenas anocheció, Nicón, Tragisco y demás conjurados, reunidos en la ciudad, se pusieron a observar la vuelta de Livio a su casa. No tardó éste en levantarse de la mesa, porque el convite había sido por el día.

Entonces, mientras unos se quedan a cierta distancia, salen otros a divertir a Livio con obscenidades y chocarrerías que se dicen unos a otros, como para imitar a los que salían del convite. Así que estuvieron cerca de Livio, a quien el vino tenía más enajenado, todo fue risa y algazara de una y otra parte; y vueltos hacia atrás, le restituyeron a su casa, donde, sin pensamiento que le inquietase o entristeciese, rebosando alegría y deleite, quedó durmiendo la borrachera, como suelen los que se exceden en el vino por el día. Después, Nicón y Tragisco vuelven a incorporarse con los compañeros de quienes se habían separado, y divididos en tres trozos, procuran ocupar las avenidas más cómodas de la plaza para que no se les ocultase cosa de cuanto pasase fuera o dentro de la ciudad. Apostaron unos cuantos junto a la casa del gobernador, firmemente persuadidos que, si se suscitaba alguna sospecha de lo que iba a ocurrir, primero habían de ir a parar las nuevas a Livio y de él habían de salir las providencias. Ya que todos se habían retirado del convite, la algazara toda

había cesado y el pueblo se hallaba durmiendo, como a eso de medianoche, viendo que todo estaba como se habían prometido, se reunieron y marcharon a ejecutar su propósito.

Estaban convenidos con los cartagineses en que Aníbal se aproximaría a la ciudad por aquel lado del Oriente que desde el interior del país viene a parar a la puerta Temenida; que encendería una antorcha sobre el túmulo llamado por unos de, Hyacinto y por otros de Apolo Hyacinto; que Tragisco, al punto que la viese, le correspondería con otra dentro de la ciudad, y que a consecuencia de esto Aníbal apagaría su fuego y se encaminaría a lento paso hacia la puerta. Tomadas estas medidas, los conjurados cruzan la parte habitada de la ciudad y vienen a parar a los cementerios. Es de suponer que los tarentinos tienen aquella parte de la ciudad que mira al Oriente llena de sepulcros, por enterrar aún hasta el día de hoy a todos sus muertos dentro de los muros, en cumplimiento de un antiguo oráculo que les había predicho que cuantos más habitantes fuesen, serían más dichosos y felices; y ellos, entendiendo que la manera de llegar a ser su ciudad la más dichosa era si retenían consigo a los que morían, sepultan aún hasta el día de hoy sus cadáveres dentro de las puertas. Apenas llegaron al túmulo de Pithionico, aguardaron la señal. Efectivamente, se acerca Aníbal y enciende su antorcha, la cual apenas fue vista por Nicón y Tragisco, cuando llenos de confianza le corresponden con la suya, y después de apagada la de Aníbal echan a correr con diligencia a la puerta para degollar la guardia antes que llegasen los cartagineses que, según lo convenido, habían de venir a lento paso y sin meter ruido. La cosa sale felizmente, sorprenden las centinelas, las degüellan, rompen los cerrojos, abren las puertas sin tardanza y viene Aníbal al momento crítico, habiendo dispuesto su marcha con tanto pulso, que no se tenía en la ciudad la más mínima sospecha de su llegada.

Efectuada la entrada con seguridad y sin alboroto, como se había propuesto, Aníbal creyó que lo principal del propósito estaba conseguido y echó a andar lleno de confianza por una ancha calle, llamada la Batea, que conduce a la plaza. Había dejado fuera de la muralla su caballería, que ascendía a dos mil hombres, para que sirviese de retén contra las incursiones exteriores o cualquier otro lance imprevisto de los que suceden en semejantes empresas. Ya que estuvo en la plaza, ordenó hacer alto a las tropas para esperar atener noticia de Filemenes. Se hallaba inquieto por saber cómo habría salido esta otra parte de su proyecto. Porque mientras que él encendía el fuego y echaba a andar a la puerta Temenida, había destacado a Filemenes con su jabalí en unas angarillas y mil africanos a la puerta contigua, a fin de que, según su primer designio, no dependiese el proyecto únicamente de un solo arbitrio, sino de muchos.

Filemenes, cuando ya estuvo próximo a la muralla, dio un silbido según costumbre, y al momento bajó el guarda a abrirle el postigo. Para obligarle a que lo abriese pronto, le dijo desde fuera que venía cargado y traía un jabalí. El guarda, prometiéndose que le tocaría alguna parte de la presa, porque siempre participaba de lo que Filemenes introducía, alegre con estas palabras, se dio prisa a abrirle. Efectivamente, entran cogidos de los brazos delanteros de las angarillas Filemenes y otro vestido de pastor que figuraba un hombre del campo, y después de ellos otros dos que llevaban la fiera asidos de los brazos posteriores. Así que estos cuatro se hallaron dentro del postigo, matan a puñaladas al que les había abierto, que inocentemente se entretenía en mirar y palpar el jabalí, e inmediatamente hacen entrar en silencio a otros treinta africanos que venían en pos de éstos y delante del resto del escuadrón. Efectuado esto, sin dilación unos rompen los cerrojos, otros matan las centinelas, otros hacen señal a los africanos que estaban fuera para que vengan, y ya que también estuvieron éstos dentro, echan a andar sin peligro hacia la plaza, como estaba dispuesto.

Lo mismo fue incorporarse estas tropas con las demás, Aníbal, alegre en extremo de que la acción le salía a medida del deseo, procedió a lo que faltaba. Dividió en tres trozos los dos mil celtas que tenía, y puso al frente de cada uno dos de los conjurados. Destacó en compañía de éstos algunos de sus capitanes con orden de ocupar las avenidas más ventajosas de la plaza. Ya que estuvo esto prevenido, mandó a los conjurados que libertasen y salvaran las vidas de los ciudadanos que encontrasen, avisándoles desde lejos que se estuviesen quietos, que no había que temer; pero dio orden a los oficiales cartagineses y celtas para que matasen a cuantos romanos se pusiesen

delante. Efectivamente, esparcidos por diversas partes, se puso en ejecución la orden.

Cuando ya fue cierto que los enemigos habían penetrado en la ciudad, todo fue clamores y alboroto. Livio, advertido del suceso, conociendo que el vino no le tenía en estado de obrar, salió al momento de casa con sus criados y se encaminó a la puerta que conduce al puerto. El guarda se la franqueó, salió por ella, y metiéndose en un esquife de los que se hallaban anclados, pasó con sus gentes a la ciudadela. Poco después, Filemenes, que tenía prevenidas unas trompetas romanas y algunas gentes enseñadas a tocarlas, hizo una llamada desde el teatro, con lo cual, acudiendo a la ciudadela los romanos a tomar las armas, como lo tenían por costumbre, todo salió como los cartagineses tenían pensado. Porque conforme iban llegando de tropel y sin orden a las plazuelas, unos se encontraban con los cartagineses, otros con los celtas, que de este modo hicieron una gran carnicería. Llegado el día, los tarentinos permanecían quietos en sus casas, sin poder adivinar a punto fijo lo que ocurría. Porque al considerar la trompeta y el ningún desorden ni pillaje que existía en la ciudad, presumían que el alboroto provenía de los mismos romanos; pero cuando vieron muertos en las plazas a muchos de éstos y a algunos galos que los despojaban, entonces ya sospecharon que habían entrado los cartagineses.

Cuando ya fue de día claro, Aníbal, formadas en batalla sus tropas en la plaza y retirados los romanos a la ciudadela donde tenían guarnición, ordenó por un pregón que todos los tarentinos se reuniesen en la plaza sin armas. Al instante los conjurados discurrieron por toda la ciudad proclamando libertad e infundiendo buen ánimo, pues que los cartagineses habían venido para su remedio. Aquellos de los tarentinos que tenían alguna conexión con los romanos, lo mismo fue oír el pregón, que retirarse a la ciudadela; pero los demás se congregaron sin armas, como prevenía el edicto. El cartaginés les habló con dulzura, y ellos, unánimes, aplaudieron sus razones por una salud tan inesperada. Entonces despidió la reunión, previniendo a cada uno que tan pronto llegase a su casa pusiese sobre la puerta esta palabra, Tarentino, e imponiendo pena de muerte al que escribiese lo mismo sobre la habitación de algún romano. Después distribuyó las tropas que le parecieron más a propósito para el caso, las envió a saquear las casas de los romanos, que reconocerían no viendo rótulo alguno escrito sobre las puertas, y retuvo consigo los demás en batalla para auxiliar a estas gentes.

Efectuado de este saqueo un rico botín de alhajas de todas clases, y tal que llenaba las esperanzas que los cartagineses habían concebido, pasaron aquella noche sobre las armas; pero al día siguiente Aníbal, tenido consejo con los tarentinos, decidió levantar un muro entremedias de la ciudad y de la ciudadela, a fin de que los ciudadanos no tuviesen que temer en adelante de los romanos que ocupaban ésta. Al principio se propuso levantar un vallado paralelo al muro de la ciudadela, y al foso que éste tenía por delante; pero no dudando que los contrarios, lejos de permitirlo, harían todos los esfuerzos por estorbarlo, escogió sus mejores tropas, en la opinión de que no había cosa más conducente para el futuro que aterrar a los romanos, e inspirar confianza a los tarentinos. Efectivamente, lo mismo fue empezarse a hacer la trinchera, que atacar los romanos con intrepidez y valentía. Aníbal al principio trabó sólo una leve escaramuza, para provocar el ardor de los romanos; pero cuando ya estuvieron los más fuera del foso, da la señal a los suyos y rompe con el enemigo. El combate fue rudo, ya que se luchaba en un corto recinto, y ese murado; pero al fin forzados los romanos volvieron la espalda. Muchos quedaron sobre el campo de batalla, pero la mayor parte pereció rechazada y precipitada en el foso.

De allí adelante Aníbal, viendo cumplidos sus deseos, continuó su vallado, libre de que le inquietasen. Con esto, encerrados los romanos, los forzó a vivir dentro de los muros, por temor no sólo de aventurar sus personas, sino de perder la ciudadela; y a los tarentinos infundió tal espíritu, que con ellos solos sin el auxilio de los cartagineses se creía capaz de hacer frente a los romanos. Después cavó un foso un poco más acá del vallado hacia la ciudad, paralelo a la trinchera y muro de la ciudadela, y al borde de éste que estaba de parte de la ciudad, levantó con tierra... un parapeto, sobre el cual formó una trinchera poco menos fuerte que una muralla. Contiguo a ésta y dentro del corto espacio que mediaba hasta la ciudad, emprendió construir un muro, que principiaba desde el

sitio llamado Soteira, hasta la calle Batea; de suerte que sólo estas fortificaciones, sin necesidad de gentes que las defendiesen, bastaban por sí a poner a cubierto los tarentinos de todo insulto. Efectuado esto, dejó una buena guarnición de a pie y de a caballo para custodia de la ciudad y defensa de sus muros, y fue a acampar a cuarenta estadios de distancia, sobre las márgenes de un río que algunos llaman Galeso, y los más Eurotas, denominado así de otro que pasa por Lacedemonia del mismo nombre. Existen en Tarento y sus alrededores otras muchas cosas semejantes a las de aquella ciudad, tanto porque es colonia de lacedemonios, como porque tiene un parentesco indudable con aquella república. Terminada la muralla, que no fue tarde, a causa de la actividad y diligencia de los tarentinos y la ayuda que los cartagineses prestaron, Aníbal pensó después en tomar la ciudadela.

Ya que tenía dispuestos todos los pertrechos para el asedio, llegó de Metaponte un socorro por mar a la ciudadela; con el cual alentados algún tanto los espíritus de los romanos, hacen una salida de noche alas obras, arruinan todos los trabajos, y destruyen las máquinas. Este accidente hizo desistir a Aníbal del asedio pero como ya tenía completamente concluida la muralla, congregó a los tarentinos y les manifestó que lo que más les importaba en tales circunstancias era hacerse señores del mar. Porque dominando como dominaba la ciudadela la entrada del puerto, según dijimos, ellos no podían absolutamente hacer uso de sus embarcaciones ni salir al mar, en vez de que a los romanos les venía por mar cuanto necesitaban sin peligro; y mientras esto subsistiese, era imposible asegurar la libertad de Tarento. En vista de esto Aníbal les mostró que si quitaban este recurso a los sitiados, al punto tendrían que rendirse, abandonar la ciudadela, y entregarla. Los tarentinos bien hubieran asentido a su discurso; mas no podían comprender cómo pudiera esto hacerse, a no presentarse una escuadra cartaginesa, lo cual por entonces era imposible. Y así no acababan de concebir a dónde iba a parar Aníbal con estas palabras. Pero cuando les hubo dicho que ellos solos, sin necesidad de los cartagineses, eran capaces de adueñarse del mar, entonces creció más la sorpresa, sin poder adivinar su pensamiento. Aníbal había observado que de esta parte del muro que había fabricado había un llano, que extendiéndose a lo largo de la muralla desde el puerto hasta el mar exterior, era muy a propósito para transportar los navíos desde el puerto al lado meridional de la ciudad. Así fue que al instante que descubrió el pensamiento a los tarentinos, no sólo aprobaron lo que decía, sino que llenos de admiración por este grande hombre, reconocieron que no había cosa tan ardua que no cediese a su penetración y audacia. Efectivamente, construidas prontamente máquinas con ruedas, concebirse la idea y llevarla a cabo, todo fue uno: tanta era la actividad, y tanto el número de manos que cooperaron al proyecto. Los tarentinos, habiendo transportado de este modo sus navíos al mar exterior, y privado a los romanos de todo socorro extranjero, estrecharon el sitio de la ciudadela sin peligro. Aníbal, dejada guarnición en la ciudad, se puso en marcha con sus tropas, y llegó al tercer día a su primer campo, donde pasó tranquilamente el resto del invierno.

CAPÍTULO XII

Prosíguese la historia del asedio de Siracusa.

Mas supo por un tráfuga que los siracusanos celebraban una fiesta pública, y que economizando los víveres, a causa de la escasez a que se hallaban reducidos, derrochaban sin embargo el vino, y decidió atacar la ciudad.

CAPÍTULO XIII

Efecto de la conquista de Epipolis en los romanos.

Tomada Epipolis, recuperaron los romanos el valor y la audacia.

CAPÍTULO XIV

Importancia del silencio.

Así la mayoría de los hombres no se deciden a cosa tan fácil como lo es guardar silencio.

CAPÍTULO XV

Los tarentinos y Pirro, rey de Epiro.

Cansados los tarentinos por lo excesivo de su dicha, llamaron a Pirro, rey de Epiro. Natural es, efectivamente, a todos los hombres que gozan libertad, unida a largo ejercicio de ilimitado poder, cobrar despego a su situación presente y buscar amo; mas, si le encuentran, pronto le odian, por advertir que el cambio empeora su estado. Así ocurrió a los tarentinos. Lo porvenir parece siempre mejor que lo presente...

CAPÍTULO XVI

Ancara y sus habitantes.

Ancara, ciudad de Italia. Los habitantes llamábanse ancarios.

CAPÍTULO XVII

Los Dessaritas.

Los Dessaritas- o mejor, Dessaretas-, pueblo de Iliria...

CAPÍTULO XVIII

Hiscana.

Hiscana, ciudad de Iliria...

LIBRO NOVENO

CAPÍTULO PRIMERO

Digresión en que Polibio defiende el modo que ha tenido en escribir su historia.- De las numerosas partes que forman la historia. La esencial, según Polibio, es la que relaciona los hechos, porque entre otras razones ocasiona una notable utilidad a los lectores.

He aquí los hechos más ilustres que incluyen en la mencionada olimpiada, o en el espacio de cuatro años, a que hemos manifestado que equivale cada una; hechos que servirán de materia a los dos libros siguientes. Bien sé que mi modo de escribir tiene algún tanto de desagradable, y que por la uniformidad de su estilo sólo acomodará y gustará a una clase de personas. Todos los demás historiadores, o al menos la mayoría, como hacen uso de todas las partes de la historia, atraen a la lectura de sus obras un gran número de personas. Efectivamente, el que sólo lee por afición, gusta de genealogías de familias y de naciones; el investigador y curioso apetece establecimientos de colonias, fundaciones de ciudades y conexiones de unas con otras, como se ve en Eforo; y el político ama las acciones de pueblos, de ciudades y de reyes: y como nosotros solamente nos hemos atendido a estas últimas, y de ellas hemos hecho el objeto principal de nuestra obra, de aquí es que nuestra historia únicamente cuadrará a una clase de sujetos y para el mayor número será una lectura desagradable. Ahora, qué motivos nos hayan impelido a desechar las otras partes de la historia, y ceñirnos solamente a relatar los hechos, esto ya lo hemos manifestado a lo largo en otra parte; sin embargo, no hallo inconveniente en apuntarlo aquí por mayor a los lectores, para refrescar la memoria.

En el supuesto de que son muchos los que nos han contado de diversas maneras lo perteneciente a genealogías, fábulas, colonias, parentescos de unos pueblos con otros y fundaciones de ciudades, un historiador que emprenda ahora tratar de esto, una de dos, o ha de vender lo ajeno como propio, la mayor vergüenza para un escritor, o cuando no, tomarse un trabajo ciertamente vano en escribir y romperse la cabeza sobre cosas sabidas, que sus predecesores expusieron con bastante claridad y transmitieron a los venideros. He aquí el motivo, entre otros muchos, por qué hemos omitido estas materias. Por el contrario, hemos preferido la relación de los hechos; primero, porque como él estos son siempre nuevos, requieren asimismo narración nueva, pues no es menester tocar lo de antes para contar lo que ha sucedido después; segundo, porque de este modo de escribir ha sido siempre y es el más provechoso, principalmente cuando en nuestra era han hecho tales progresos las ciencias y las artes, que para cualquier caso que sobrevenga, puede hallar reglas de conducta el que las busque. Por lo cual, no tanto atentos al placer, como a la utilidad de los lectores, sin contar con las demás partes, nos hemos ceñido a ésta; y sobre esto cualquiera que lea atentamente nuestra historia apoyará lo que decimos con su voto.

CAPÍTULO II

Asedio de Capua por los romanos tras la derrota de Cannas.- Inútiles esfuerzos de Aníbal por librarla del cerco. Retirada de este general y marcha contra Roma. Parangón de Epaminondas con Aníbal, y de los lacedemonios con los romanos.

De este modo, Aníbal tirada una línea todo alrededor del campo de Appio (213 años antes de J. C.), trababa escaramuzas y tentaba a los romanos a fin de provocarlos a un combate; mas viendo que Appio no hacía caso, entabló al cabo un asedio como si fuera a una ciudad. La caballería atacaba por escuadrones, y disparaba tiros con algazara contra el campo. La infantería en batallones

se lanzaba y hacía esfuerzos por arrancar el atrincheramiento. Pero nada de esto era capaz de mover a Appio de su propósito. Por el contrario, rechazaba con la infantería ligera a los que se aproximaban al real, y defendiéndose con los pesadamente armados del ímpetu de los tiros, les hacía permanecer formados bajo sus banderas. El cartaginés, desesperanzado de salir con su designio, porque ni podía entrar en la plaza ni desalojar a los romanos, consultó con los suyos qué había de hacer en tales circunstancias. En mi opinión, lo que entonces sucedió es capaz de embarazar no sólo a Aníbal, sino a cualquier otro hombre que lo entienda. Porque ¿quién no extrañará que los romanos tantas veces vencidos por los cartagineses, y sin osar ponérseles por delante, no quieran ceder ni abandonar la campiña, y que aquellos los que poco antes andaban sólo costearo las laderas, bajen ahora al llano y pongan sitio a la ciudad más célebre y poderosa de Italia, viéndose rodeados por todas partes de unos enemigos a quienes ni aun por el pensamiento se atrevían a mirarlos a la cara? Mas los cartagineses, aunque constantemente victoriosos en los combates, a veces no se veían menos afligidos que los vencidos. A mi modo de entender, esto provino de la conducta de unos y otros. Unos y otros se hallaban enterados que la caballería de Aníbal era causa de las victorias de los cartagineses y de las pérdidas de los romanos. Por eso, así que vieron éstos vencidas sus legiones, se propusieron marchar por las laderas al lado de Aníbal; porque en tales lugares no había nada que temer de la caballería enemiga.

Efectivamente, no pudo menos de ocurrir a unos y otros lo que entonces sucedió en Capua. Los romanos no se atrevían a salir a una batalla por temor a la caballería cartaginesa; pero dentro de su campo vivían muy confiados, porque sabían fijamente que la que los había vencido en batallas campales, aquí no era capaz de acarrearles el menor daño. Por otra parte, los cartagineses tenían fuertes motivos para no poder permanecer acampados mucho tiempo en un mismo sitio con su caballería; ya porque con esta prevención tenían los romanos talados todos los forrajes de la comarca, y no era fácil traer a lomo de tan larga distancia el heno o cebada que bastase a tanto número de caballos y acémilas; ya porque sin el auxilio de ésta no se atrevían a sitiar dentro de sus fosos y trincheras a los romanos, contra quienes, siempre que habían entrado en acción con sola la infantería, había quedado dudoso el éxito de la jornada. A más de esto aquejaba al cartaginés el temor de que no viniesen sobre él nuevas tropas, acampasen al frente, y cortado el transporte de los víveres, le pusiesen en grande aprieto. Consideradas estas razones, Aníbal, teniendo por imposible hacer levantar el sitio a viva fuerza, cambió de pensamiento. Discurrió que si realizaba una marcha oculta y se dejaba ver de repente delante de Roma, acaso aterrados sus moradores con la novedad conseguiría alguna ventaja sobre esta capital; y cuando no, forzaría a Appio, o a levantar el cerco para venir rápidamente al socorro de su patria, o a dividir su armada; y en este caso, le sería fácil vencer a los que viniesen al socorro y a los que quedasen en Capua. Con este propósito despachó un correo a Capua; y para su mayor seguridad, le persuadió de que se pasase a los romanos, y desde allí a la plaza. Se temía en gran manera que los capuanos, desesperanzados al ver su retirada, no le abandonasen y se entregasen a los romanos. Por eso les descubrió su pensamiento en una carta, que envió por un africano el día después de su marcha, para que sabido el designio y el motivo de su retiro, sufriesen el asedio con constancia.

Así que se conoció en Roma lo que sucedía en Capua, y que Aníbal acampado al frente tenía sitiadas sus legiones, todo fue temor y sobresalto, como si ya hubiese llegado el día que iba a decidir de su suerte. La remisión de víveres y el acopio de municiones ocupó las atenciones de todos y de cada uno. Los capuanos, recibida la carta por el africano, supieron el modo de pensar de Aníbal, y decididos a probar aún este arbitrio, persistieron en su resolución. Aníbal, al quinto día de haber llegado, da de cenar a sus gentes, y dejando los fuegos encendidos, levanta el campo con tal silencio, que nadie supo su ausencia (212 años antes de J. C.) Después que en continuas y forzadas marchas hubo cruzado la Samnia, y hubo reconocido y tomado con la vanguardia todos los lugares que se hallaban sobre el camino; y mientras que duraba aún en Roma la inquietud de Capua y de lo que allí pasaba, vadea el Anio, se aproxima a Roma, y sienta su campo a cuarenta estadios cuando más de esta capital. Conocida en Roma esta noticia, fue tanto mayor la turbación y sobresalto,

cuanto tenía el caso de imprevisto e inesperado, porque jamás se había acercado tanto Aníbal a sus muros. Al mismo tiempo se les representaba la idea, que no era posible se hubiesen atrevido los contrarios a pasar tan adelante, a no haber vencido antes las legiones que sitiaban a Capua. Al punto los hombres montan sobre los muros, y ocupan los puestos ventajosos de la ciudad. Las mujeres corren a los templos, hacen votos a los dioses, y barren con sus cabellos los pavimentos de los templos, como tienen por costumbre cuando la patria se ve amenazada de un gran peligro.

Ya tenía Aníbal fortificado su campo, y estaba pensando cómo dar un asalto a la ciudad al día siguiente, cuando inopinadamente y sin saber cómo sobrevino un acaso que fue la salud de Roma. Ya hacía tiempo que los cónsules Cneo Fulvio y Pub. Sulpicio tenían alistada una legión, que en aquel mismo día estaba obligada con juramento a ir a Roma con sus armas, y a la sazón estaban haciendo el encabezamiento de otra y probando a los soldados. De suerte que casualmente se halló en Roma al tiempo preciso un gran número de tropas, que sacadas por los cónsules con buen ánimo y acampadas frente a la ciudad, contuvieron el ardor de Aníbal. El cartaginés al principio había emprendido esta expedición no del todo desesperanzado de tomar a Roma por asalto; pero visto que los enemigos formaban sus haces, e informado poco después por un desertor de lo que sucedía, depuso su intento contra la ciudad y se lanzó a talar la campiña e incendiar los edificios. En los principios recogió y reunió en su campo un prodigioso botín, ya que había ido a robar un país a donde jamás se creyó pudiese llegar enemigo alguno. Pero después, como los cónsules hubiesen tenido el osado arrojo de apostarse a diez estadios del real enemigo, Aníbal, que por una parte había acumulado un inmenso botín, y por otra se veía sin esperanzas de tomar a Roma, levantó el campo al amanecer. El principal motivo para esto fue la cuenta que tenía echada de los días en que, según su opinión, esperaba que Appio, informado del peligro de su patria, o levantaría del todo el sitio para acudir a Roma, o dejadas en Capua algunas tropas vendría al socorro en diligencia con la mayor parte; y en cualquiera de los dos casos, se prometía tener de su parte la fortuna. Mas Publio, destruidos los puentes del Annio, le forzó a vadear el río, dio sobre sus tropas cuando pasaban, y le puso en una gran dificultad. Es cierto que no hizo daño considerable a causa del gran número de caballos que Aníbal poseía, y la facilidad de maniobrar de los nómadas en cualquier terreno, pero por lo menos le quitó una buena parte del botín y le tomó prisioneros trescientos hombres, con lo cual se retiró a su campamento. Poco después, en la opinión de que un regreso tan precipitado en los cartagineses procedía de miedo, echó a andar en su alcance de cerro en cerro. El cartaginés al principio caminaba a largas marchas, con el anhelo de realizar lo que se había propuesto; mas al quinto día, con el aviso que tuvo de que Appio persistía sobre el cerco, ordena hacer alto para esperar a los que venían detrás, ataca durante la noche el campo romano, mata a muchos y desaloja a los restantes del campamento. Llegado el día, advirtió que los romanos se habían acogido a una eminencia fortificada, y no teniendo por conveniente detenerse en su asedio, rompió por la Daunia y el país de los brucios, y sin ser sentido se dejó ver delante de Regio tan de repente, que por poco no se apodera de la ciudad. Sin embargo, mató a todos los que habían salido a la campiña, e hizo prisioneros a muchos ciudadanos de Regio en esta jornada.

Creo que con justa razón se aplaudirá el valor y emulación con que los cartagineses y romanos se hacían la guerra por este tiempo; del mismo modo que se celebra a Epaminondas el Tebano. Este general, habiendo llegado a Tegea con sus aliados, y visto a los lacedemonios y a sus aliados congregados en Mantinea en acción de hacerle frente, ordenó cenar temprano a los suyos, y los sacó a la prima noche simulando que iba a apoderarse de ciertos puestos ventajosos para formarlos en batalla. Todo el ejército se hallaba eficazmente persuadido de esto; cuando tomando el camino en derechura a Lacedemonia, llega allá a la tercera hora de la noche, coge a Esparta desprevenida de defensores con tan inopinada llegada, entra a la fuerza hasta la plaza, y se apodera de todo aquel lado de la ciudad que mira al río. Por desgracia llegó a Mantinea aquella misma noche cierto desertor, y dando cuenta al rey Agesilao de lo que ocurría, se acudió rápidamente al socorro, al tiempo mismo que se estaba tomando la ciudad. Epaminondas, malograda esta esperanza, hace tomar un bocado a los suyos en las márgenes del Eurotas, y recobrado algún tanto el ejército de la

fatiga pasada, vuelve a tomar el camino mismo que había traído, conjeturando lo que sucedería, que los lacedemonios, por haber marchado al socorro de Esparta, habrían dejado desierta a Mantinea, como sucedió en efecto. Con esta mira exhorta a los tebanos y al cabo de una marcha forzada de toda la noche, llega a Mantinea a la mitad del día y la halla completamente falta de defensores. Mas dio la casualidad que los atenienses, con el deseo de tener parte en la guerra contra los tebanos, llegaron a esta sazón para auxiliar a los lacedemonios. Ya la vanguardia tebana tocaba con el templo de Neptuno, distante siete estadios de la ciudad, cuando se dejaron ver los atenienses sobre un collado que domina a Mantinea, como si expresamente los hubieran llamado. Lo mismo fue divisarlos los que habían quedado en la ciudad que al punto se animaron, aunque con trabajo, a subir a los muros, para contener el ímpetu de los tebanos. Por eso los historiadores se quejan con justa razón de la desgracia de estas expediciones, y sientan que Epaminondas ejecutó por su parte cuanto pudiera un perfecto capitán... pero aunque vencedor de sus enemigos, fue vencido por la fortuna.

Lo mismo se puede decir de Aníbal. Porque al ver a este general que ataca a los romanos por ver si con pequeños combates puede hacerles levantar el cerco; que frustrado este intento marcha contra la misma Roma; que no dejándole salir tampoco la desgracia con su propósito, vuelve sobre sus pasos y destaca la mayor parte de su ejército a Capua, mientras que él permanece como en centinela de los movimientos de los sitiadores; que, por último, no desiste del empeño, antes de destruir a los romanos, y por poco no desalojar de su ciudad a los de Regio, pregunto: ¿quién no admirará y aplaudirá al cartaginés en estas acciones? Pero cualquiera conocerá que los romanos en este lance se condujeron mejor que los lacedemonios. Porque aunque éstos al primer aviso echaron a correr de tropel, por salvar a Esparta; pero en cuanto estuvo de su parte, dejaron abandonada a Mantinea: en vez de que aquellos guardaron su patria sin levantar por eso el asedio, permanecieron inmóviles y firmes en su decisión, y de allí adelante estrecharon a los capuanos con más confianza. Se ha dicho esto, no tanto por hacer el encomio de los romanos y cartagineses, cosa que ya hemos hecho repetidas veces, cuanto por elogiara las cabezas de uno y otro pueblo, y a los que en adelante hayan de manejar los negocios públicos en cualquiera otro, a fin de que, acordándose de estos grandes generales y tomándolos por modelos, emulen... sus esclarecidas acciones las cuales, aunque en sí parezcan tener alguna cosa de arrojadas y peligrosas, sin embargo no tienen riesgo en emprenderse, se miran con admiración, y bien se consigan, bien no, adquieren gloria inmortal y buena fama, si las acompaña la prudencia.

CAPÍTULO III

Siracusa y sus virtudes.

Siracusa debe su belleza a la virtud de sus habitantes, no a los objetos de arte que de fuera llevaron.

CAPÍTULO IV

Si los romanos procedieron bien y en favor de sus intereses en trasladar a su patria los tesoros de las ciudades conquistadas.

Ese es el motivo que indujo a los romanos a llevar a su patria los mencionados adornos y a no dejar alhaja en las ciudades vencidas. Lo cual, si fue bien hecho y conducente, o al contrario, es materia que admite muchas disputas, bien que hay más razones para probar que ni entonces entendieron ni ahora entienden su propia conveniencia. Porque si llevados de este atractivo hubieran engrandecido su patria, no tiene duda que hubieran tenido justa razón para transportar a Roma lo que pudiera enriquecerla; pero si con el más simple modo de vida, si infinitamente distantes de la

profusión y lujo, dominaron sin embargo aquellos pueblos, entre quienes se encontraba el mayor y más precioso número de estas alhajas, ¿cómo no se ha de calificar éste por un yerro de su política? Desnudarse de las costumbres del pueblo vencedor por vestirse de las del vencido, y atraerse sobre sí la envidia que por lo común acompaña a este exterior extranjero, la cosa de que más se deben precaver los que gobiernan; esta sin disputa es una conducta errada de quien tal hace. El que contempla en estos adornos forasteros, jamás bendice la fortuna de los que poseen lo ajeno, sin que la envidia al mismo tiempo deje de suscitarle alguna conmiseración de los infelices a quienes antes se quitaron. Cuando la dicha va en aumento y una nación ha llegado a atesorar las riquezas de las otras, si por algún accidente concurren éstas a ver este espectáculo, nacen de aquí dos males. Porque los espectadores ya no se conmueven de los males ajenos, sino de los propios, renovando la memoria de sus propias infelicidades. De aquí nace no sólo la envidia, sino que se fomenta una cierta rabia contra los dichosos; pues la memoria de las propias calamidades induce, digámoslo así, al aborrecimiento de los autores. Para que los romanos hubiesen atesorado en Roma el oro y la plata, ya había algún motivo; pues no era posible llegar al imperio universal sin disminuir primero el poder de los otros pueblos, privándolos de estos recursos y apropiándolos para sí. Pero para todo lo que no es el poder real que hemos dicho, más glorioso les hubiera sido el dejarlo donde estaba, con la envidia que a esto se sigue, y adornar su patria, no con pinturas y efigies, sino con la gravedad de costumbres y nobleza de sentimientos. Esto se ha dicho para los conquistadores que vengan en el futuro, a fin de que no despojen las ciudades que sometan, ni se persuadan a que sirven de adorno a sus patrias las calamidades ajenas.

CAPÍTULO V

Rivalidad entre los jefes cartagineses.

Después de triunfar de sus contrarios, no pudieron los jefes cartagineses triunfar de sí mismos. Mientras se les creía en guerra con los romanos, peleaban unos contra otros. Las sediciones causadas por la ambición y avaricia innatas en los cartagineses desolaban a Cartago. Asdrúbal, hijo de Giscón, abusó del poder hasta el extremo de exigir crecida suma de plata a Indibilis, el más fiel aliado de los cartagineses, a Indibilis, que permitió ser arrojado de su reino antes de faltar a la adhesión que les tenía, y a quien por reconocimiento restablecieron en el trono. Creyendo dicho príncipe que la República tomaría en cuenta su constante amistad, no se apresuró a cumplir las órdenes de Asdrúbal; mas éste, para vengarse, inventó contra él atroz calumnia, obligándole a dar sus hijas en rehenes.

CAPÍTULO VI

Digresión acerca de los primordiales elementos del arte militar.- En asuntos de guerra, una cosa son acciones y otra azares o casualidades.- Condiciones que ha de poseer un general, práctica, historia y ciencia adquirida por principios.- Precisión para este último de las matemáticas, y particularmente de la astrología y geometría.- Precisión de la astrología para concertar la estación a las empresas militares.- Ejemplos de generales que han frustrado sus propósitos por este defecto.- Utilización de la geometría.- Forma de medir las escalas.- Diversos modos de situar un campamento y forma de conjeturar su magnitud por el ámbito.- Refutación de los que creen que los pueblos de suelo desigual y quebrado poseen más casas que los de terreno llano, y demostración lineal de lo contrario.

En verdad mucha reflexión requieren los accidentes de las empresas militares; pero se puede salir bien de todos si se realiza con prudencia lo proyectado. Es fácil conocer por lo pasado que en la guerra son menos las acciones que se ejecutan a las claras y por fuerza que las que se hacen con

astucia y ocasión, y que de las que ofrece la ocasión más son las que se han malogrado que las que se han conseguido. Para convencerse de esta verdad, no es menester más que mirar al éxito. Se convendrá también en que las más de las faltas se cometen por ignorancia e indolencia de los jefes. Ahora vamos a ver cuál sea el modo de remediarlas.

Todo lo que se lleva a cabo en la guerra sin propósito no merece el nombre de acción, sino más bien el de azar o de accidente. Estos, como no tienen regla fija ni estable, se nos permitirá pasarlos en silencio y solamente atenernos a los que se ejecutan con objeto determinado, que serán la materia del presente discurso. Toda acción pide tiempo determinado, espacio cierto, en que se ha de hacer lugar, secreto, señales fijas, y a más por quiénes, con quiénes y de qué modo se ha de realizar. Seguramente, al que combine bien cada una de estas circunstancias, no le desmentirá su designio; mas con una que omita, le fallará todo el proyecto. Tal es la disposición de la naturaleza para malograrse una empresa, basta una friolera o la más mínima circunstancia; cuando para su consecución apenas bastan todas. Por eso los generales no deben omitir ninguna en semejantes ocasiones. La principal circunstancia de las que hemos apuntado, es el secreto; de suerte que ni la alegría de un acontecimiento inesperado, ni el temor, ni la familiaridad, ni el afecto a los suyos, sea capaz de descubrirlo al extraño, sino únicamente comunicarlo a aquellos sin los cuales no es posible llevar a cabo lo proyectado, y aun a éstos de ningún modo antes que lo exija la necesidad de cada cosa. El secreto consiste no sólo en la lengua, sino mucho más en el ánimo. Porque hay muchas gentes que, aun con la boca cerrada, ya con el semblante, ya con las acciones, descubren el interior. La segunda es conocer los caminos diurnos y nocturnos, y el modo de andarlos, tanto por tierra como por mar. La tercera y principal es tener noticia de las estaciones por las observaciones del cielo, para poderlas acomodar a sus propósitos. Asimismo es de considerar el mecanismo de la acción, pues muchas veces consiste en esto parecernos los imposibles facilidades y las facilidades imposibles. Últimamente, se debe cuidar de las señas y contraseñas, así como de la elección de quiénes y con quiénes se ha de ejecutar lo proyectado. Todos estos requisitos se adquieren, unos por la práctica, otros por la historia y otros por el arte y los preceptos. Lo mejor sería que el mismo general conociese los caminos, el sitio a donde se había de ir, la naturaleza del terreno, y a más por quiénes y con quiénes se había de hacer la cosa; pero cuando no, al menos es preciso se informe de todos los detalles no dé crédito así como quiera, y tome seguridades de las guías que preceden al ejército en semejantes lances. Todos estos conocimientos y otros semejantes los pueden aprender los jefes, o por propia experiencia adquirida en el mismo ejercicio militar, o por la historia; pero otros necesitan estudio y observación, principalmente en la astrología y geometría. Estas ciencias, aunque en sí no muy importantes para esta profesión, con todo, son de un grande uso y conducen muchísimo para conocer las revoluciones que antes hemos dicho. Su principal necesidad consiste en enseñarnos la duración de los días y de las noches. Porque si esta duración fuera siempre igual, no se necesitaría trabajo en adquirir un conocimiento que sabrían todos. Pero como no sólo se encuentra diferencia entre el día y la noche, sino también entre un día y otro día, una noche y otra noche, es indispensable conocer las crecientes y menguantes de los días y de las noches. Sin echar cuenta con estas alteraciones, ¿cómo se ajustará el camino y la marcha de un día o una noche? Es imposible sin este conocimiento llegar jamás al tiempo preciso, sino que necesariamente se ha de llegar o antes o después, y en estas solas ocasiones es más falta llegar temprano que tarde. Porque el que llega tarde es cierto se le malogra la esperanza, pero conocido a tiempo su yerro se retira sin peligro; en vez de que el que llega temprano, como es descubierto, a más de frustrársele la empresa, se pone en peligro de una entera derrota.

Todas las acciones humanas dependen de la ocasión, pero mayormente las de la guerra. Por eso el general debe tener suma facilidad en conocer los solsticios del verano y del invierno, los equinoccios y las crecientes y menguantes de los días y de las noches que entre éstos medían. Esta es la única forma de medir justamente el paso de una parte a otra, bien sea por mar, bien por tierra. Es también preciso conocer las diversas partes del día y de la noche, para saber a qué hora se debe levantar y a cuál ha de ponerse en marcha. Porque sin buen principio no es posible conseguir el fin.

Las horas del día es posible conocerlas por la sombra, por el curso del sol y por los espacios del camino que se encuentran marcados sobre la tierra; pero las de la noche no es tan fácil, a no ser que, mirando al cielo, se comprenda toda la disposición, y economía de los doce signos del Zodíaco; aunque esto no tiene nada de dificultoso para los que han llevado a cabo algún estudio en la esfera. Porque aunque las noches sean desiguales, como en toda noche aparecen sobre el horizonte seis de los doce signos, se sigue por precisión que a las mismas partes de cualquiera noche se han de descubrir partes iguales de los doce signos. Una vez conocido qué espacio del Zodíaco ocupa el sol durante el día, no hay más que, después de puesto, tirar una línea diametral por el círculo, y todo cuanto se descubra haber ascendido el Zodíaco por encima de esta línea, otro tanto se habrá pasado siempre de la noche. Después de sabido el número y magnitud de los signos, se conoce con facilidad las diferentes partes de la noche. Si la noche está nublada, se ha de atender a la luna, porque como es tan grande, por lo regular siempre se percibe su luz en cualquier parte del cielo que se halle. Unas veces se han de computar las horas por el tiempo y lugar inmediato a su oriente, otras por el inmediato a su ocaso; pero antes es menester haber adquirido un tan gran conocimiento sobre esto, que se comprendan bien todas las diferencias que suceden al salir la luna. En fin, las observaciones sobre este astro son fáciles. Todo su estudio se halla reducido, como si dijéramos, a un solo mes; y para la inteligencia todos los demás son semejantes.

Por eso se aplaudirá siempre en Homero el habernos representado a Ulises, aquel sobresaliente capitán, conjeturando por los astros no sólo lo perteneciente a la navegación, sino lo tocante a las acciones de tierra. Se pueden prever exactamente los acontecimientos más extraordinarios y capaces muchas veces de arrojarlos en la mayor dificultad, como son las lluvias, las inundaciones, las excesivas escarchas, las nevadas, los aires condensados y nebulosos y otros semejantes meteoros. Y si de lo que se puede prever no hacemos caso, ¿no seremos con razón culpables del mal éxito de la mayor parte de nuestros propósitos? Convengamos en que nada se debe despreciar de cuanto se ha dicho, para liberarnos de las faltas en que tantos otros han caído, como los que ahora vamos a poner por ejemplo.

Arato, pretor de los aqueos, habiendo intentado tomar por trato la ciudad de Cineta, dispuso con aquellos de la ciudad que apoyaban su intento, el día en que estaría por la noche junto al río que baña la ciudad, y esperaría allí algún tanto con sus tropas; que los conjurados, así que hallasen ocasión, destacarían sin estrépito por la puerta a la mitad del día uno de los suyos con capa, para advertir a Arato que se aproximase a la ciudad y se apostase sobre un sepulcro en que estaban convenidos; que los otros echarían mano durante la siesta a los polemarcos, que acostumbraban a estar de guardia; y que efectuado esto, Arato había de salir prontamente de la emboscada para apoderarse de la puerta. Tomadas estas medidas, ya que fue el tiempo preciso, viene Arato, se oculta en las márgenes del río y espera la señal. Para entonces cierto ciudadano que tenía un rebaño de ovejas pastando alrededor de la ciudad, queriendo saber de su pastor cierta cosa, salió por la puerta con su capa, y se puso sobre el mismo sepulcro, por si mirando en derredor, podía encontrarle. Arato, que se persuadió a que esta era la señal, acudió prontamente a la puerta; pero cerrada ésta por las centinelas, porque todavía no tenían nada dispuesto los de adentro, no sólo malogró la acción, sino que fue causa de que los cómplices de la ciudad sufriesen los mayores castigos, porque convictos de traición, fueron inmediatamente sacados al suplicio. Y ¿cuál diremos fue la causa de esta desgracia? El haberse fiado de una simple señal el general, joven aún y poco experto en la exactitud de las señas y contraseñas dobles: tan poco necesitan a veces las acciones militares para su malogro o su consecución.

Cleomenes, rey de Esparta, formó también el propósito de tomar por inteligencia a Megalópolis. Para ello concertó con los guardas del muro que iría una noche con gente a un lugar llamado la Cueva, a eso de la tercera vigilia, tiempo en que habían de montarla guardia los conjurados. Mas no previó que al nacimiento de las pléyades son sumamente cortas las noches, y levantó el campo de Lacedemonia al ponerse el sol. ¿Y qué ocurrió? Que no pudiendo llegar con tanta presteza que no fuese ya de día claro, en medio de los temerarios y vanos esfuerzos que hizo,

fue repelido vergonzosamente con pérdida de muchos, y a riesgo de haberlo perdido todo; aquel que, si hubiera ajustado bien con el tiempo su designio, una vez apoderados los cómplices de la entrada, hubiera introducido su ejército y no le hubiera fallado su proyecto.

Ya hemos dicho anteriormente cómo también el rey Filipo, tramada inteligencia con algunos de la ciudad de Melita, cometió dos yerros: el uno en haber traído escalas más cortas que las que pedía la urgencia; el otro en haber ido antes de tiempo. Porque habiendo quedado en que iría a media noche, cuando todos estuviesen durmiendo, salió de Larissa antes de la hora precisa, llegó al país de los melitenses, y como no podía ni detenerse, por temor de que la noticia llegase a la ciudad, ni volver atrás para ocultarse, forzado a proseguir siempre adelante, llegó a Melita cuando todos se hallaban despiertos. De aquí provino que ni pudo forzar el muro con las escalas por la desproporción, ni entrar por la puerta, a causa de no haber tenido tiempo los de adentro para ayudarlo. Por último, irritados los de la ciudad, mataron muchos de los suyos, y él tuvo que retirarse con la vergüenza de haber errado el golpe y haber advertido a los melitenses y a los demás pueblos la desconfianza y precaución que habían de tener con su persona.

Nicias, general de los atenienses, pudo muy bien salvar el ejército que tenía frente a Siracusa, y tomar durante la noche el tiempo oportuno para engañar al enemigo y ponerse a salvo. Pero habiéndose eclipsado entonces la luna, la superstición le hizo temer no fuese presagio de alguna desgracia, y suspendió la marcha. De que se siguió que levantando el campo la noche siguiente, los soldarlos y los jefes tuvieron que rendirse a los siracusanos, que ya estaban advertidos. Aunque si sobre esto hubiera consultado únicamente a los peritos, hubiera podido, no digo no dejar pasar la ocasión oportuna por tales accidentes, pero aun servirse de la ignorancia de los enemigos en su provecho. Porque la impericia del contrario es para el hábil general tener andado lo más para la consecución de sus propósitos. He aquí hasta dónde se ha de extender el conocimiento de la astrología. La medida de las escalas se ha de tomar de este modo. Si por alguno de los que están de inteligencia se sabe la altura del muro es fácil ajustar la medida de la escala. Porque si el muro tiene, por ejemplo, diez pies de altura, es preciso dar a la escala doce bien cumplidos. La distancia a que ha de estar el pie de la escala respecto de la altura del muro, ha de ser la mitad de su longitud; para que ni más separada se rompa con el número de los que suben, ni más recta esté demasiado perpendicular y resbaladiza a los que montan. Si no se puede medir el muro ni aproximarse a él, tómese desde lejos la medida de cualquier altura que se eleve perpendicularmente sobre un terreno llano. El modo de tomarla es fácil, en queriéndose aplicar un poco a las matemáticas.

Por aquí se ve claramente que para el buen éxito de las empresas y acciones militares se necesita el estudio de la geometría, no quiero decir perfecto, pero al menos el que baste a tener conocimiento de las proporciones y relaciones. Y no sólo se limita a esto este estudio, sino que es necesario para acomodar al terreno la figura de un campamento. De esta forma se podrá unas veces mudar el campo en cualquier figura, guardando siempre proporción con lo que contiene dentro; otras reteniendo la misma figura, aumentar o disminuir el área, con respecto a los que entran o salen. Pero esta materia ya la hemos expuesto más ampliamente en nuestro tratado de las Formaciones de batalla. No creo se me pueda hacer cargo con razón de que pido tantos requisitos en un general, exigiendo de los candidatos la astrología y la geometría. Ciertamente así como no puedo ver que a la profesión que cada uno tiene se añadan conocimientos inútiles únicamente por vanidad y charlatanería, igualmente soy acérrimo defensor y promovedor para que aquellos que son propios de nuestro instituto se lleven al más alto grado. Sería un absurdo que cuando los que aprenden a bailar o tocar un instrumento toleran instruirse primero en la cadencia y la música, y aun en los movimientos de la lucha, por creer que esto ejercicio contribuye a la perfección de los dos anteriores; los que aspiran a mandar ejércitos llevasen a mal el tomar una tintura en otras ciencias; de suerte que los artistas viniesen a ser más diligentes y aplicados que los que se proponen brillar en la más ilustre y honrosa carrera. Esto no habrá hombre de entendimiento que lo conceda. Pero sobre esta materia baste lo manifestado.

La mayor parte de los hombres infiere la magnitud de una ciudad o de un campo por la

circunferencia. Por eso cuando oyen que Lacedemonia, que tiene cuarenta y ocho estadios de circuito, es doble mayor que Megalópolis, teniendo ésta cincuenta, les parece haber oído un absurdo. Y si alguno, por aumentar la dificultad, añade que es dable que una ciudad o un campo de cuarenta estadios de circuito sea doble mayor que otro de ciento, esto para ellos es una paradoja. Ello proviene de que no se acuerdan de los principios de geometría que aprendieron cuando muchachos. Me ha movido a tratar de esta materia el ver que no sólo el vulgo, sino también los magistrados y algunos de los que gobiernan ejércitos, se sorprenden y admiran al considerar unas veces cómo pueda ser que Esparta sea mayor, y aun mucho mayor que Megalópolis con una circunferencia más corta, cómo por el ámbito solo de un campamento se pueda calcular el número de hombres. Aun hay otro error semejante cuando se trata de ciudades. Los más están en el concepto de que las desuelo quebrado y desigual contienen más casas que las de terreno llano, y no es así. Porque los edificios no se construyen con relación al declive del suelo, sino con respeto a la superficie plana donde están fabricados perpendicularmente, y sobre la cual yacen los cerros. Cualquier muchacho se convencerá de lo que digo sólo con verlo. Y si no, figúrese cualquiera una manzana de casas fundadas de tal suerte sobre un declive, que todas tengan igual altura; es claro que todos los tejados harán una superficie igual y paralela al área plana, sobre la cual yace el cerro y el cimiento de las casas. Esto se ha dicho por aquellos que, a pesar de ignorar y extrañar estas materias, pretenden con todo mandar ejércitos y gobernar pueblos.

CAPÍTULO VII

Aníbal su gran personalidad militar y política.- Sus rasgos físicos.- La influencia de las circunstancias en su vida.

Ciertamente Aníbal era autor y alma de cuanto sucedía entonces en Roma y Cartago. Todo lo hacía en Italia por sí, y en España por medio de su hermano mayor Asdrúbal y por el segundo Magón. Estos dos capitanes fueron quienes derrotaron en Iberia a los generales romanos. Por sus órdenes obraron en Sicilia, primero Hipocrates, y después el africano Mytton. Él fue quien sublevó Iliria y Grecia, y quien concertó alianza con Filipo para asustar a los romanos y obligarles a separar sus fuerzas. ¡Tan fácil es al genio de un grande hombre abarcar con energía cuanto emprende y ejecutar con talento la decisión tomada!

Conducido por los asuntos que refiero a hablar de Aníbal, no creo ocioso describir los rasgos característicos de este hombre, objeto de tan contrarias opiniones.

Júzganle unos extremadamente cruel, acúsanle otros de avaro; y es lo cierto que apenas se puede averiguar la verdad respecto de él, y de cuantos dirigen los negocios públicos. Apreciando el carácter de los hombres por el distinto éxito de los acontecimientos en que toman parte, unos se fijan en el momento de su mayor poder, y otros atienden sólo al del infortunio. Este procedimiento lo juzgo inexacto, pareciéndome más atinado tener en cuenta que los consejos de los amigos y la multitud de variadas circunstancias en que el hombre se encuentra, obliganle a decir y hacer muchas cosas contra su natural inclinación. En prueba de ello, recordemos acontecimientos pasados. El tirano de Sicilia Agatocles adquirió fama del más cruel de los hombres mientras asentaba su dominación; mas cuando la consideró firme y segura, gobernó a sus súbditos tan benéfica y blandamente que nadie alcanzó, por cosa idéntica, mejor reputación. El excelente rey Cleomenes, de Esparta llegó a ser un tirano inhumano. Cuando perdió el mando fue en la vida privada el hombre más atento y bondadoso, y como no es fácil que se cambie de genio e instintos espontáneamente, preciso es buscar en el cambio de los negocios la causa de las contradicciones que con frecuencia se advierten en los grandes caracteres. De esto deduzco que las situaciones varias en que el hombre se halla, no sirven para conocerle, sino mejor para impedir que se le juzgue con imparcialidad.

Y no son sólo los jefes los poderosos, los reyes quienes por consejo de sus amigos obran contra

sus naturales inclinaciones; los mismos Estados experimentan tales cambios. En la época de Aristides y de Pericles, casi nada se ordenó en Atenas que no fuera prudente y moderado; en la de Cleón y Charés, ¡qué diferencia! Mientras la república de Lacedemonia ocupó el primer rango en Grecia, cuanto hacía el rey Cleombrotos, hacía lo por consejo de sus aliados y en tiempo de Agesilao sucedía todo lo contrario. ¡Así varía con sus jefes la conducta de los Estados! Nadie más injusto que Filipo cuando sigue los consejos de Taurión y de Demetrio; nadie más suave y pacífico cuando acepta los de Arato y Crisógones.

Algo parecido ocurre respecto a Aníbal. Encontróse en infinidad de circunstancias distintas, muchas de ellas extraordinarias. Los amigos que le acompañaban tenían caracteres diversos y aun opuestos, y de aquí que aprovechen poco las empresas del general cartaginés en Italia para dárnosle a conocer. Vióse en trances espinosos, que conocerá quien lea esta historia; y en cuanto a los consejos que sus amigos le daban, júzguese por este hecho la índole de los consejeros. Cuando decidió Aníbal pasar de España a Italia con un ejército, hubo una dificultad que al pronto pareció invencible. En tan largo camino, por entre tantos bárbaros, groseros y feroces, ¿dónde encontrar las municiones y víveres necesarios? De esta dificultad trató ser diferentes veces en consejo. En uno de ellos, Aníbal apodado Monomaco, dijo que sólo veía un medio de resolver la dificultad. Ordenóle el general que se explicase, y añadió Monomaco, que era el de acostumbrar a las tropas a alimentarse con carne humana. Se convino en que este recurso obviaba todos los obstáculos; pero ni Aníbal ni sus oficiales atreviéronse a ensayarlo. Dícese que este Monomaco fue autor de las crueldades hechas en Italia y atribuidas a Aníbal.

Las circunstancias no influyen menos que los consejos. Paréceme cierto que Aníbal fue muy avaro, y entre sus íntimos amigos había un tal Magón, prefecto de los Brutianos, muy avaro también. Lo sé por los mismos cartagineses; y los indígenas de un país, no sólo conocen, como dice el proverbio, los vicios que en él reinan, sino también las costumbres de los ciudadanos. Con mayor exactitud lo supe por Massinisa, que me citaba muchos ejemplos de avaricia de los cartagineses en general y especialmente de Aníbal y Magón. Decíame que estos dos hombres desde que pudieron sostener las armas, habían mandado juntos, y que en España y en Italia tomaron muchas ciudades, unas por asalto, y por capitulación otras, pero que jamás se encontraron unidos en la misma acción de guerra, y que no cuidaban tanto los contrarios de separarles, como ellos mismos lo procuraron para no tomar juntos cualquier plaza, por temor de desacuerdo en el reparto del botín, pues su avidez igualaba a su rango.

Visto está en lo que hemos dicho, y aún se verá en lo que diremos, que los consejos de los amigos y las circunstancias influyeron en las determinaciones de Aníbal. Dueños los romanos de Capua, las demás ciudades amenazadas buscaban ocasión y pretexto para rendirse a aquellos. Se comprenderá bien la alarma de Aníbal en tal momento. No le era posible en tierra enemiga concentrar sus fuerzas ocupando posición segura y a la vez guardar ciudades muy alejadas unas de otras, mientras él se veía rodeado de legiones romanas. Distribuyendo sus fuerzas, ni podría hacer nada con las que conservara bajo su mando, ni auxiliar, caso necesario, a las alejadas, corriendo el riesgo de caer en poder de los enemigos. Véase, pues, obligado a abandonar completamente algunas ciudades, a evacuar otras por miedo de que al cambiar de señor los habitantes, les imitaran las tropas. En tal situación, tuvo que violar los tratados por necesidad, trasladar los ciudadanos de unas poblaciones a otras, y permitir el saqueo de sus bienes. Esta conducta perjudicó mucho sus intereses, acusándole unos de impiedad, de cruel otros, porque los soldados al trasladarse de población ejercían violencias apoderándose de cuanto en sus manos caía, sin compadecerse de habitantes próximos, en su concepto, a ser auxiliares de la dominación romana. Teniendo, pues, en cuenta lo que le aconsejaron los amigos y lo que llevó a cabo por la necesidad de los tiempos y de las circunstancias, difícil es desentrañar de tantas influencias exteriores el verdadero carácter de Aníbal. Puede decirse únicamente que entre los cartagineses tenía opinión de avaro, y entre los romanos de cruel.

CAPÍTULO VIII

Superioridad de Agrigento con respecto a casi todas las ciudades de Sicilia en fortaleza, belleza y edificios.

Verdaderamente Agrigento no sólo aventaja a las más de las ciudades en lo que hemos dicho, sino en fortaleza, hermosura y construcción de edificios. Está fundada a dieciocho estadios del mar, y por consiguiente, provista de cuantas ventajas éste presta. La naturaleza y el arte han concurrido a porfía a defender su circuito. Porque las murallas se hallan edificadas sobre una pelada, roca que a trechos la naturaleza y a trechos la industria han hecho escarpada. La rodean dos ríos: por el Mediodía el que lleva el mismo nombre que la ciudad, y por el Occidente, mirando al África, el que se llama Hipsas. La ciudadela está al Oriente del estío, por el exterior ceñida toda de un barranco inaccesible, y por dentro con una sola entrada para los de la Ciudad. Sobre la cima de la roca se ven dos templos, el de Minerva y el de Júpiter Atabirio como en Rodas. Pues era razón que, siendo Agrigento colonia de los rodios, tuviese este dios el mismo nombre que entre aquellos isleños. La adornan a más otros soberbios edificios, como templos y pórticos. El templo de Júpiter Olímpico, aunque no compite en magnificencia, a lo menos en arranque y magnitud no cede a ninguno de los de la Grecia.

CAPÍTULO IX

Agatirna.

Agatirna, ciudad de Sicilia...

CAPÍTULO X

Una promesa de Mario Valerio Livino.

Mario Valerio Livino les garantizó el éxito, persuadiéndoles de que fueran a Italia, a condición de ponerse a sueldo de los de Regio, talando la comarca en las tierras del enemigo.

CAPÍTULO XI

Discurso de Chleneas el Etolio, embajador por su nación en Lacedemonia, contra Filipo y toda la casa real de Macedonia.

Así creo, lacedemonios, que nadie se atreverá a contradecir que el poder de Macedonia ha sido el origen de la esclavitud de la Grecia. Esto es fácil hacérselo ver. Hubo en otro tiempo entre los griegos que habitaban la Tracia una especie de cuerpo político compuesto de colonias que enviaron los atenienses y calcidenses, entre los cuales Olintia era la ciudad de más esplendor y fuerza. Reducida ésta a servidumbre por Filipo, el temor de un ejemplo parecido sojuzgó no sólo las ciudades de Tracia, sino que sometió asimismo a las de Tesalia. Poco después, vencidos en batalla los atenienses, aunque usó con moderación de su ventura, no fue por hacerles bien, de lo cual estuvo muy distante, sino por excitar con este beneficio a los otros pueblos a que voluntariamente le rindiesen obediencia. Conservaba aun vuestra república un tal poder, que presumía con el tiempo llegar a ser el amparo de la Grecia. Pero Filipo, en quien todo pretexto se reputaba por bastante, llegó con ejército, asoló vuestros campos, arruinó los edificios, arrasó vuestras ciudades y campiñas, adjudicó unas a los argivos, otras a los tegeatas y megalopolitanos y las demás a los messenios, queriendo contra toda justicia ser liberal con todos, siempre que fuese a costa vuestra.

Sucedióle en el reino Alejandro, quien en la opinión de que, mientras Tebas subsistiese, durarían en la Grecia, aunque leves, algunas chispas de sublevación, la destruyó, todos conocéis con qué crueldad.

Pero, ¿a qué fin referir con detalle la conducta que los sucesores de éste han observado con la Grecia? Ninguno de los presentes hay tan poco instruido que no haya oído cuán indignamente trató Ontipatro a los infelices atenienses y demás pueblos después de la victoria de Lamia sobre los griegos; que llegó la insolencia y crueldad al extremo de nombrar pesquisidores que fuesen por las ciudades contra los que habían sido del bando opuesto o habían pecado en algo contra la casa real de Macedonia. Unos fueron sacados de los templos por fuerza, otros arrancados de los altares, y todos perdieron la vida en el suplicio. Los que se salvaron fueron desterrados de toda la Grecia, sin tener más asilo que la Etolia. ¿Quién ignora las acciones de Cassandro, Demetrio y Antígono Gonatas? Como hace tan poco tiempo que pasaron, dura aún una exacta noticia de sus hechos. Unos con meter guarnición en las ciudades, otros con fomentar la tiranía, ninguna ciudad hubo que se eximiese del odioso nombre de la esclavitud. Mas dejémonos de esto, y volvamos a las últimas acciones de Antígono, no sea que algunos de vosotros, al considerar inocentemente lo que entonces hizo, estéis en el entender de que sois deudores de algún favor a los macedonios. Antígono, si tomó las armas contra vosotros, no fue con el fin de salvar a los aqueos, ni porque disgustado de la tiranía de Cleomenes, deseara ponerlos en libertad. Ésta es una forma muy superficial de hacer concepto de las cosas. Los verdaderos motivos fueron el considerar que jamás estaría seguro su poder si vosotros establecíais el vuestro en el Peloponeso, y el ver las bellas cualidades de Cleomenes, y cuán favorablemente os soplaba la fortuna. Estos estímulos de miedo y envidia le hicieron venir, no para auxiliar a los peloponesios, sino para ahogar vuestras esperanzas y humillar vuestra elevación. En este supuesto, no tenéis tanto motivo para amar a los macedonios, porque dueños de vuestra ciudad no la saquearon, como le tenéis para reputarlos por enemigos y aborrecerlos, porque pudiendo vosotros dominar la Grecia os lo han estorbado ya tantas veces.

Pues los crímenes de Filipo, ¿qué necesidad hay de referirlos? Los sacrilegios que cometió en los templos de Termas dan una suficiente idea de su impiedad contra los dioses, y la doblez y perfidia que usó con los messenios, manifiestan su crueldad contra los hombres. De todos los griegos, solos los etolios se atrevieron a oponerse a Antipatro por la defensa de los que injustamente se veían oprimidos; ellos solos resistieron la irrupción de Brenno y demás bárbaros que le acompañaban; y de cuantos socorros implorasteis, ellos solos prestaron sus armas para recobraros el imperio de la Grecia que habían poseído vuestros mayores. Pero esto baste sobre este asunto. Cuanto a la deliberación presente, en tanto es preciso hablar y opinar, en cuanto se va a consultar sobre una guerra, bien que en la realidad no se haya de estimar por tal. Porque los aqueos, lejos de hallarse en estado de infestar vuestro país después de tantas pérdidas, creo que darán mil gracias a Dios si pueden defender el propio, cuando se vean atacados a un tiempo por los eleos y messenios, nuestros aliados, y por nosotros los etolios. Igualmente vivo en la inteligencia que se apagará el ardor de Filipo cuando se vea invadido en tierra por los etolios y en la mar por los romanos y el rey Attalo. Por lo pasado se puede inferir lo venidero. Porque si no teniendo que contender más que con los etolios no ha podido sujetarlos, ¿cómo será capaz de sostener una guerra contra tantos pueblos juntos?

Mi principal objeto en apuntaros estas razones ha sido el que sepáis todos que aun en el caso de que se os propusiese de nuevo la consulta de este asunto, sin estar ligados de antemano por algún tratado, os tendría más cuenta confederaros con los etolios que no con los macedonios. Pero si, preocupados, tenéis ya tomada resolución sobre esto, ¿para qué más palabras? Porque si la alianza que ahora tenéis con nosotros hubiera estado concertada antes de los beneficios que Antígono os ha hecho, vendría bien la duda si convendría ceder a los empeños presentes y despreciar los antiguos. Pero cuando después de esta libertad tan decantada que habéis recibido de Antígono, y esta salud que os está echando en rostro a cada paso, formado consejo, habéis consultado tantas veces con cuál de los dos pueblos os tendría más cuenta unir vuestros intereses, si con los etolios o con los

macedonios, y habéis preferido a los primeros, los habéis prestado vuestros seguros, los habéis recibido de nuestra parte y habéis unido vuestras armas en la guerra que acabamos de tener contra los macedonios, ¿qué duda razonable os puede quedar sobre esto? Todos los vínculos de amistad que teníais con Antígono y Filipo quedaron prescritos. Sólo resta que probéis o que los etolios después acá os han agraviado, o que los macedonios os han obligado con algún nuevo beneficio. Pero si nada de esto ha habido, ¿cómo pensáis en violar los pactos, los juramentos y los empeños más sagrados que existe entre los hombres, por admitir la amistad de un pueblo que poco antes justamente despreciasteis cuando erais libres en aceptarla? Así habló Chleneas, y pareciéndole que no tenían respuesta sus razones, finalizó el discurso. A poco rato se presentó Licisco, embajador de los acarnanios, el cual por el pronto estuvo callado a causa del gran murmullo que la precedente arenga había causado; pero ya que hubo calmado, empezó a hablar de esta manera.

CAPÍTULO XII

Alocución de Licisco el Acarnanio, embajador por su nación en Lacedemonia, cuyos dos esenciales puntos se limitan a defender a Filipo y toda la casa real de Macedonia de las denuncias de Chleneas y a promover la unión y acuerdo contra los romanos.

Yo, varones lacedemonios, he venido a vosotros enviado de la república de Acarnania; mas como casi siempre nosotros y los macedonios hemos tenido unión de intereses, creo que esta embajada nos es común a unos y otros. Así como en la guerra su prepotencia y excesivo poder hace que nuestra seguridad esté fundada en su valor, del mismo modo en las disputas de los congresos las conveniencias de los acarnanios están embebidas en los derechos de los macedonios. En este supuesto, no hay que extrañar emplee la mayor parte de mi discurso en defender a Filipo y los macedonios. Clineas, al concluir su arenga, hizo una compendiosa recapitulación de los derechos que teníais con los etolios. «Si después, dijo, de concertada la alianza con los etolios, éstos os han hecho algún daño o agravio, o los macedonios algún beneficio, con justa razón pondréis ahora de nuevo el negocio en consulta; pero si nada de esto ha ocurrido, si solamente alegáis contra Antígono lo que ya tenéis aprobado de antemano, somos sin duda los más necios del mundo en lisonjearnos poder dar por el pie los juramentos y tratados.» Efectivamente, si no ha sucedido novedad, según Chleneas, y los negocios de la Grecia permanecen en el mismo estado que tenían antes, cuando contrajisteis alianza con los etolios, confieso que soy el más insensato de los hombres y que es inútil cuanto voy a decir; mas si éstos han tomado una constitución diversa, como os manifestaré en el transcurso de esta oración, me prometo hacer ver que entiendo a fondo vuestros intereses y que Chleneas los ignora. Éste puntualmente es el objeto de nuestra embajada, haber creído era nuestra obligación haceros patente en una arenga que, atentas las circunstancias en que se halla la Grecia, os conviene y tiene cuenta, si ser puede, abrazar un honesto y saludable partido, uniendo con nosotros vuestra fortuna, o cuando no, vivir neutrales en la estación presente.

Pero puesto que desde el principio se ha osado acriminar la casa real de Macedonia, me parece indispensable decir antes dos palabras para desimpresionar del error a los que han dado crédito a estas columnas. Ha sentado Chleneas que con la toma de Olintia, Filipo, hijo de Amintas, sometió la Tesalia; y yo estoy en el entender que por Filipo se salvaron entonces no sólo los tesalios, sino los demás griegos. ¿Quién ignora que cuando Onemarco y Filomelo, apoderados de Delfos, se hicieron dueños, con impiedad e injusticia, de las riquezas de este templo, se elevó a tal grado su poder que ningún griego se atrevía a hacerles frente?, ¿que no contentos con este sacrilegio amenazaban apoderarse de toda la Grecia? Pues en esta ocasión Filipo se expuso voluntariamente al peligro, destruyó los tiranos, aseguró el templo y fue el autor de la libertad de los griegos, como los mismos hechos lo testificaron a la posteridad. No fue por opresor de la Tesalia, como se ha osado decir, el que todos le eligiesen por general de mar y tierra, honor jamás concedido antes a ninguno, sino por bienhechor de la Grecia. Ciertamente si vino con ejército a la Laconia no fue por propia voluntad,

como os consta; fue sí llamado e instado repetidas veces por sus amigos y parciales del Peloponeso, lo que al fin le hizo decidir. Y ya que estuvo aquí, ¿cómo se condujo? Escucha, Chleneas. Habiéndose podido valer de los deseos de los pueblos próximos para talar el país lacedemonio y humillar el poder de Esparta, y en esto haberles hecho el mayor servicio, jamás se prestó a semejante consejo. Por el contrario, los atrajo a un ajuste común por el terror de sus armas y los obligó a concluir amigablemente sus diferencias, no constituyéndose él juez de sus contestaciones, sino erigiendo un tribunal público de todos los griegos. En verdad que esta acción no merece oprobio ni vituperio.

Se acrimina amargamente a Alejandro de haber castigado a los tebanos, de quienes se creía ofendido, y no se hace mención de que vengó a la Grecia de los insultos de los persas, ni de que os liberó a todos de las mayores miserias con haber esclavizado los bárbaros y haberles privado de aquellas riquezas con que, constituidos jueces de las controversias de los griegos, corrompían unas veces a los atenienses y sus mayores, otras a los tebanos; ni de que al fin hizo que el Asia prestase homenaje a la Grecia. Pues a sus sucesores, ¿cómo os atrevéis a mentarlos? Porque si, según las revueltas de los tiempos, fueron causa de los adelantamientos de unos y de los atrasos de otros, esta queja estaría bien en boca ajena, no en la vuestra, que jamás habéis sido autores de algún bien y sí de la ruina de muchos. Y si no, ¿quiénes fueron los que incitaron a Antígono, hijo de Demetrio, a destruir la república de los aqueos? ¿Quiénes pactaron, bajo juramento con Alejandro el epirota el poner en subasta y dividir la Acarnania? ¿No fuisteis vosotros? ¿Quién, sino vosotros, ha enviado a campaña tales jefes, que se propasen a poner la mano en los templos inviolables? Dígalo Timeo, cuando en Tenaro saqueó el templo de Neptuno, y en Lisso el de Diana. Díganlo Farico y Policrito, el uno profanador del santuario de Juno en Argos y el otro del de Neptuno en Mantinea. ¿Y qué diré de Lattabo y Nicostrato? ¿No violaron éstos en plena paz la asamblea general de los beocios, como si fueran scitas o gálatas? Los sucesores de Alejandro jamás hicieron otro tanto.

Después de tantos crímenes que no podéis excusar, os gloriáis de haber sufrido la impresión de los bárbaros en Delfos, y pedís que la Grecia os sea deudora de este beneficio. Mas si debe estaros obligada por este servicio, ¿cuánto más lo deberá estar a los macedonios, que gastan sin cesar la mayor parte de la vida en batirse con los bárbaros por la seguridad de la Grecia? ¿Quién no ve el inminente riesgo en que se hubiera visto ésta en otro tiempo, si no hubiéramos tenido por barrera a los macedonios, y aquella noble emulación de sus reyes? Prueba la más convincente de esta verdad es que lo mismo fue comenzar los galos a menospreciar los macedonios, después de la derrota de Ptolomeo, por sobrenombre Cerauno, cuando al punto, sin hacer caso de los otros griegos, entraron con ejército, Brenno al frente, a través de la Grecia, irrupción que se hubiera repetido muchas veces a no estar los macedonios sobre nuestras fronteras. Otras muchas cosas pudiera apuntar sobre lo pasado, pero creo haber dicho lo suficiente. Para calificar a Filipo de impío le acumulan los etolios la destrucción de un templo, sin añadir las infamias e injusticias que ellos cometieron en los templos y santuarios de Dío y Dodona. La razón pedía que se dijera esto antes. Vosotros referís lo que habéis sufrido, exagerándolo más allá de la verdad; pero lo que habéis hecho antes y repetido en diferentes partes, esto lo calláis, porque sabéis ciertamente que las injurias y los agravios se atribuyen a los que primero dieron motivo.

Por lo que hace a Antígono, en tanto haré mención en cuanto no parezca que desprecio sus acciones ni que reputo por de poco momento un tan señalado servicio como el que os ha hecho. Vivo persuadido a que no se encuentra beneficio mayor en la historia. En mi opinión, la acción no admite exceso, y si no, véase la prueba. Antígono os hace la guerra, Antígono os vence a fuerza de armas en batalla ordenada, Antígono se apodera de vuestro país y ciudad, Antígono puede valerse de los derechos de conquistador; pero tan lejos está de hacerlo, que, prescindiendo de otros beneficios, destrona al tirano y os restablece en las leyes y gobierno antiguo. En reconocimiento de esto le aclamasteis por vuestro bienhechor y libertador en una asamblea general, donde toda la Grecia fue testigo. ¿Y qué debierais haber hecho? Diré mi sentir, y vosotros, lacedemonios, tendréis paciencia, pues no lo hago con ánimo de injuriaros intempestivamente, sino porque las

circunstancias de los negocios me fuerzan a mirar por el bien público. Pero ¿qué es lo que voy a proferir? ¡Qué! que en la guerra pasada debierais haberos confederado no con los etolios, sino con los macedonios, y que al presente, que sois solicitados, debéis uniros antes a Filipo que a los etolios. Así es, se me dirá; pero eso es faltar a la fe de los tratados. Y pregunto: ¿cuál es mayor crimen, romper un tratado particular concertado entre vos y los etolios, o uno hecho en presencia de toda la Grecia, grabado en una columna y consagrado a la inmortalidad? ¿En qué consiste que teméis violar la fe a un pueblo de quien no habéis recibido favor alguno, y no hacéis caso de Filipo y de los macedonios a quienes debéis la facultad de estar ahora deliberando sobre este asunto? ¿Juzgáis acaso que es indispensable guardar fidelidad a los amigos... y que no hay la misma obligación respecto de los que os han salvado? Pues ciertamente no es acción tan santa observar las convenciones escritas, como impía la de tomar las armas contra sus libertadores. Esto es cabalmente lo que los etolios han venido a suplicaros.

Permítaseme el haber dicho estas cosas, y quede a juicio del rígido censor si he hablado fuera de propósito. Ahora volvamos al punto principal, como éstos dicen; y es, si los negocios están ahora en el mismo estado que cuando hicisteis alianza con los etolios, debéis permanecer firmes en vuestra decisión; pero si la faz de la Grecia se halla totalmente demudada, es justo que empecéis ahora a deliberar de nuevo sobre nuestras pretensiones. Decidme ahora, Cleonices y Chleneas, ¿qué aliados teníais cuando persuadisteis a los lacedemonios a entrar en vuestra compañía? ¿Por ventura no eran todos los griegos? ¿Y ahora con quién estáis confederados, o a qué alianza convidáis a los lacedemonios? ¿No es a la de los bárbaros? ¿Es esto estar las cosas en el mismo estado, o totalmente diverso? Antes disputasteis la primacía y gloria de mandar con los aqueos y macedonios, gentes de una misma nación, y con Filipo, conductor de estos últimos; pero en la guerra actual se trata de libertar la Grecia de la esclavitud que la amenaza de parte de una nación extranjera, que vos creéis haber llamado contra Filipo, pero que en realidad no habéis previsto que vendrá contra vosotros mismos y contra toda la Grecia. En las urgencias de la guerra se suele meter en las plazas para su seguridad guarniciones aliadas más fuertes que las del país, de que resultan a un tiempo dos efectos: librarse del temor del enemigo, y someterse al poder de los amigos. Pues esto es cabalmente lo que han hecho los etolios. Por querer vencer a Filipo y humillar a los macedonios, no han advertido que han traído del Occidente una nube, que aunque por ahora cubrirá primero a la Macedonia, en la consecuencia se extenderá y será causa de grandes males para toda la Grecia.

A todos los griegos incumbe precaver la tempestad que amenaza, pero especialmente a vos, lacedemonios. Y si no, ¿qué motivos os parece tuvieron vuestros padres para arrojar en un pozo y cubrir de tierra al embajador que les envió Jerjes a pedir el agua y la tierra y mandarle dijese a su señor que ya había conseguido de los lacedemonios lo que les había demandado? ¿Qué impulso pensáis fue el de Leonides y el de sus compañeros en arrojarse espontáneamente a una muerte manifiesta? No fue porque creyesen que se exponían únicamente por su libertad, sino por la de todos los griegos. ¿Y será digno que ramas de tales troncos se asocien con unos bárbaros, militen bajo sus banderas, y hagan la guerra a los epirotas, aqueos, arcanianos, beocios, tesalios y a casi todos los griegos, a excepción de los etolios? Bien está que en las costumbres de éstos no exista acción torpe si se atraviesa la ganancia; pero vos no tenéis ese carácter. ¿Qué se puede esperar que harán, después de unidos con los romanos, unos hombres que con el débil socorro de los ilirios se atrevieron contra todo derecho a forzar por mar a Pilo, sitiar por tierra a Clitoria y reducir a servidumbre a los cinetas? ¿Unos hombres que, concertado antes un tratado con Antígono para perder a los aqueos y arcanianos, como hemos dicho, lo hacen ahora con los romanos contra toda la Grecia? ¿Se podrá esto oír sin presumirse ya encima la irrupción de los romanos y sin dejar de aborrecer la imprudencia de los etolios, que se atrevieron a acabar semejantes tratados? Ya han quitado a los arcanianos a Oeniadas y Najo, y poco antes retuvieron para sí la desgraciada ciudad de Anticira, habiéndola reducido a servidumbre junto con los romanos. Éstos se llevaron los hijos y las mujeres, para hacerlos sufrir lo que regularmente se padece bajo una dominación extranjera, y el suelo de estos infelices se repartió entre los etolios. ¿Y sería honroso entrar de grado en una tal

alianza, sobre todo vosotros, lacedemonios, vosotros que en otro tiempo, porque solos los tebanos entre todos los griegos, forzados de la necesidad, decidieron vivir neutrales en la irrupción de los persas, decretasteis inmolarnos de diez en diez a los dioses, si salíais con la victoria? Lo que sí os tiene cuenta y conviene, es que, acordándoos de vuestros mayores, evitéis la irrupción de los romanos, os receléis de la depravada intención de los etolios, y sobre todo, acordándoos de los beneficios recibidos de Antígono, los aborrezcáis ahora y siempre, detestéis la amistad de tales gentes y unáis vuestros intereses con los aqueos y macedonios. Si no obstante hubiese alguno, de los que tienen más autoridad entre vosotros, que se oponga a esta decisión, por lo menos abrazad el partido de la neutralidad, y no toméis parte en la injusticia de los etolios... La propensión de los amigos, demostrada a tiempo, nos sirve de provecho; pero forzada y fuera de sazón, es del todo infructuoso el alivio que nos procura. Si estuvieran en ánimo de observar la alianza no de palabra, sino de obra...

CAPÍTULO XIII

Desesperada decisión de los acarnanios contra los etolios.- Su ejemplo.

Al conocer los acarnanios la expedición de los etolios contra ellos, impulsados en parte por la desesperación, y en parte por el furor y odio que les inspiraba el enemigo, tomaron la desesperada decisión de que si eran vencidos, nadie recibiría en la ciudad a los que sobrevivieran a la derrota, privándoles del uso del fuego. Añadiendo imprecaciones a este decreto, indujeron a los demás pueblos, y sobre todo a los epirotas, a que rechazaran de su territorio los fugitivos de la batalla.

CAPÍTULO XIV

Asedio de Egina, ciudad de la Filiotida, por Filipo. Forma de estar construidas y utilización de las Tortugas para terraplenar.

Decidido Filipo a hacer los aproches contra dos torres de Egina, situó al frente de éstas sus Tortugas de terraplenar y sus arietes (213 años antes de J. C.). En el espacio que había de torre a torre y entremedias de los arietes, levantó una galería paralela al muro. Concluido su propósito, el aspecto de todo lo trabajado se asemejaba a una muralla. Porque las obras hechas con las Tortugas representaban la especie y figura de una torre, con la disposición en que estaban entretejidos los zarzos; la galería que mediaba entre las dos torres se parecía a una muralla; y la división y enlace de la parte superior de los zarzos figuraba las almenas. En la parte inferior de las torres se hallaban los que terraplenaban las desigualdades del terreno con las espuestas de tierra que conducían, y al mismo tiempo empotraban los arietes. En el segundo alto, a más de las catapultas, se habían colocado cubetos de agua y demás prevenciones contra un incendio. Y el tercero, que igualaba con las torres de la ciudad, estaba coronado de buen número de gentes, para contener cualquier insulto de los sitiados contra los arietes. Desde la galería que estaba entre las dos torres hasta el muro de la ciudad, se tiraron dos caminos de comunicación, donde se situaron tres baterías de ballestas, de las cuales la una arrojaba piedras de un talento de peso, y las otras dos de peso de treinta minas. Desde el real a las Tortugas se hicieron caminos cubiertos, para que ni los que viniesen del campo a los trabajos, ni los que tornasen de los trabajos al campo, fuesen incomodados por los tiros de la plaza. En muy poco tiempo se llevaron las obras a su perfección, porque el país proveía abundantemente de todos los materiales necesarios. Egina yace en el golfo Maliaco, hacia el Mediodía, y frente por frente de la provincia de los tronios. El país produce todo género de frutos, causa porque Filipo no echó de menos cosa para su propósito, por lo cual, concluidas que fueron las obras, asestó sus máquinas e instrumentos de minar.

CAPÍTULO XV

*Estrategia del romano Publio Sulpicio Galba y del etolio Dorimaco contra Filipo en Egina.-
Operaciones ofensivas y defensivas de Filipo.*

Por aquel entonces era general de los romanos Publio Sulpicio Galba, y Dorimaco jefe de los etolios. Llegaron a Egina mientras Filipo la sitiaba, y después que éste se puso en seguridad contra las tentativas de los sitiados y los ataques exteriores, protegiendo su campamento por la parte de la llanura con un muro y un foso. Publio con una flota y Dorimaco con tropas de infantería y caballería, atacaron el campamento de Filipo, que les rechazó. Después de la victoria impulsó el cerco con mayor vigor, y los eginetas, desesperanzados, se rindieron. Dorimaco, efectivamente, no podía vencer por hambre a Filipo, que recibía por mar toda especie de provisiones.

CAPÍTULO XVI

Origen del Éufrates, regiones por donde discurre y naturaleza de este río.

Teniendo su origen en la Armenia, el Éufrates atraviesa la Siria y todos los países que se siguen hasta Babilonia. Se cree que desemboca en el mar Rojo; pero no es así. Porque antes de desaguar en el mar le agotan varios fosos y canales repartidos por los campos. De aquí proviene suceder a este río lo contrario que a los otros. Los otros aumentan a medida que discurren por más países, crecen en invierno y disminuyen en la fuerza del verano. Éste, por el contrario, su mayor altura es al principio de la canícula, su mayor extensión en la Siria, y cuanto más avanza más se aminora. La causa de este fenómeno es porque su aumento no proviene de la reunión de lluvias del invierno, sino de la rarefacción de nieves del verano... y su decrecimiento lo causan los varios desagües por los campos y repartimientos para los riegos. Por eso en esta estación es muy lenta la conducción de ejércitos por el río abajo; porque como los navíos van muy cargados y el río muy bajo, el impulso de la corriente ayuda muy poco a la navegación.

CAPÍTULO XVII

El hambre en Roma.- El río Ciato.

Desprovistos de trigo los romanos porque los ejércitos se habían apoderado de cuanto existía en Italia, hasta las puertas de Roma, acudieron a Ptolomeo, enviándole embajadores para que les diera el que necesitaban, por no poder esperarlo ni aun de las provincias de fuera de Italia. Todo el universo, a excepción de Egipto, se hallaba entonces en armas y cubierto de soldados. Tan grande era el hambre en Roma que el medimno de Sicilia costaba quince dracmas. A pesar de tan premiosa extremidad, los romanos prosiguieron la guerra con vigor.

CAPÍTULO XVIII

Más sobre el río Ciato.

El río Ciato, que corre, en Etolia, cerca de la ciudad de Arsinoe...

CAPÍTULO XIX

Arsinoe.

Arsinoe, ciudad de Libia. Llámense sus habitantes arsinoetas...

CAPÍTULO XX

Atella.

Atella, ciudad del país de los opies en Italia, entre Capua y Nápoles; sus habitantes llámense atellanos.

CAPÍTULO XXI

Forunna.

Forunna, ciudad de Tracia. Sus habitantes llámense forunnenses...

CAPÍTULO XXII

Cautiverio de los eginas y dureza de Publio Sulpicio Galba.

En el momento en que los romanos se apoderaron de Egina, todos los eginetas, que vendidos en subasta se hallaban hacinados en los barcos, solicitaron permiso al general para enviar emisarios a las ciudades donde tenían parientes, a fin de obtener su rescate. Empezó Publio contestándoles con dureza que cuando aún eran libres debieron enviar los emisarios para tratar de su salvación con los vencedores, y no ahora que estaban ya en servidumbre, sobre todo los que poco antes ni siquiera se habían dignado responder a sus embajadores. Añadió que teniéndoles ya en su poder parecíale demasiado cándida la pretensión de enviar comisionados a sus parientes; y dicho esto despidió a los peticionarios. Pero al día siguiente reunió a todos los prisioneros y díjoles que los eginetas no merecían piedad, pero que en consideración a los demás griegos, concedíales la facilidad de enviar comisionados para procurar su rescate, por ser costumbre admitida.

CAPÍTULO XXIII

Situación de los romanos y los cartagineses.

Ésta era la situación de romanos y cartagineses, y cuando el flujo y reflujo de los acontecimientos impulsados por la fortuna les hacía ser alternativamente vencedores o vencidos, claro es que, según la frase del poeta, La alegría y el dolor llenaban a la vez el alma de ambos partidos.

CAPÍTULO XXIV

Visión fragmentada de los acontecimientos.

Es indudable, según he manifestado, que cuando se acude a autores que presentan los acontecimientos aisladamente, y por lo que atañen a un partido, es imposible abarcar y contemplar con el ánimo el bello espectáculo de los acaecimientos en su conjunto y general sentido.

CAPÍTULO XXV

La olimpiada como medida de tiempo.

Decimos que llámase olimpiada a un periodo de tiempo que abarca cuatro años.

CAPÍTULO XXVI

Condiciones morales para el mutuo auxilio humano.

Cuando los hombres no se conducen con benevolencia y abnegación, difícil es que sean en la acción auxiliares sinceros y seguros.

LIBRO DÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO

A pesar de que la costa de Italia, desde el estrecho hasta Tarento carece de puertos, esta ciudad posee uno excelente y cómodamente ubicado para su opulencia.

No obstante que la costa de Italia, que está opuesta al mar de Sicilia y mira a la Grecia se extiende desde el estrecho y ciudad de Regio hasta Tarento por espacio de más de dos mil estadios, con todo no tiene puerto alguno, a excepción del de Tarento. Está poblada de muchísimas naciones bárbaras, y los griegos tienen en ella las ciudades más célebres. Los brucios, los lucanos, una parte de los samnitas, los calabros y otros muchos habitan esta región: Regio, Caulón, Locres, Crotona, Metaponte y Turio, ciudades griegas, pueblan su costa. De suerte que cualquiera que venga de Grecia a uno de los pueblos mencionados, por precisión ha de fondear en el puerto de Tarento y celebrar aquí los cambios y negociaciones que tenga con todas las demás ciudades de esta costa. Se puede inferir la bella situación de esta ciudad por la fortuna que hicieron en otro tiempo los crotonianos; los cuales, no teniendo más que unos fondeaderos de verano, adonde abordaban poquísimas embarcaciones, consiguieron sin embargo inmensas riquezas, no por otra causa, en el concepto común, sino por la oportunidad del lugar, la cual de ningún modo merece entrar en parangón con la de Tarento. Aun el día de hoy es excelente la disposición en que se halla respecto de los puertos del mar Adriático, pero estuvo mucho más en tiempos pasados. Porque como entonces no estaba aún fundada Brudusio, ninguno venía de los países de la región opuesta que hay desde el promontorio Iapige hasta Siponte, que no pasase por Tarento para entrar en Italia, y no se sirviese de esta plaza como de mercado para sus permutas y cambios. Por eso Fabio, que conocía la importancia de este pasaje, pospuesto todo otro propósito, se aplicó únicamente a conservarlo.

CAPÍTULO II

Proceder de Escipión el Africano para adquirir tanto renombre.- La religión de que Licurgo y Escipión hubieron de valerse para sus propósitos.- Primera acción memorable de aquel.- Solicitud que hace a la dignidad de Edil y obtención de ésta.- La plebe atribuye a designio divino lo que sólo era resultado de su prudencia y sagacidad.

Me parece oportuno, antes de referir las empresas de Publio Escipión en España, y en general cuanto en su vida realizó, describir el carácter y genio de este gran ciudadano. Siendo superior a casi todos los hombres célebres de la antigüedad, es general el deseo de conocer este héroe, su carácter, sus costumbres, y de qué suerte llegó a efectuar tan grandes cosas. Los escritores que hasta ahora hablaron de él se apartan de la verdad, librando al lector de la ignorancia para inducirle a error. El curso de mi narración lo probará así a cuantos desean conocer y saben estimar las grandes y nobles acciones.

Algunos desean saber de este general qué conducta siguió para hacerse tan famoso (219 años antes de J. C.), y qué cualidades naturales o adquiridas para emprender tal carrera. Todos los demás escritores nos lo pintan como un hombre afortunado, en quien la temeridad y el azar tuvieron la mayor parte para el logro de sus ideas. En opinión de éstos, semejantes héroes como que tienen más de divino y portentoso que los que gobiernan sus acciones por la razón. Ignoran que en el paralelo antecedente una cosa es lo laudable y otra lo feliz; que esto es común a cualquiera de la plebe, pero aquello sólo peculiar de los hombres prudentes y juiciosos, a quienes debemos mirar propiamente como divinos y favorecidos de los dioses. A mi entender, Escipión tuvo una índole y conducta semejante a la de Licurgo, legislador de Lacedemonia. Porque ni se debe presumir que éste,

nimiamente supersticioso, se atuviese en un todo a la Pitia para establecer el gobierno de Esparta, ni que aquél se dejase llevar de los sueños y presagios para adquirir tan gran poder en su patria. Por el contrario, conociendo uno y otro que el común de las gentes ni admite con docilidad lo extraordinario, ni osa arrostrar los peligros sin la esperanza de la asistencia de algún dios, Licurgo autorizaba siempre sus pensamientos con el oráculo de la Pitia para hacer más aceptables y fidedignas sus decisiones; y Escipión del mismo modo fomentaba siempre en el pueblo la creencia de que obraba asistido de algún dios, con lo cual inspiraba más confianza y aliento en sus tropas para los mayores empeños. Pero la consecuencia manifestará que este cónsul se condujo siempre por la razón y prudencia, y que todas sus acciones tuvieron un éxito proporcionado a los medios.

Se conviene desde luego en que era liberal y magnánimo; pero en cuanto a la penetración, sobriedad e intensidad en los negocios, ninguno acaso le concederá estas virtudes, sino los que vivieron con él y contemplaron de cerca su índole. Cayo Lelio fue uno de éstos, y asimismo el que me hizo concebir esta idea, tanto más justa, cuanto que, habiendo sido testigo desde muchacho de todas sus obras y palabras hasta la muerte, me pareció que la relación correspondía exactamente con sus acciones. Refería que el primer hecho señalado que Escipión hizo fue cuando su padre sostuvo aquel combate de caballería con Aníbal en las márgenes del Pó. Contaba entonces, según parece, diecisiete años; era ésta la primera campaña a que salía; el padre le había dado una escuadra de caballos escogidos para su custodia; pero viendo a su padre en peligro, rodeado con otros dos o tres caballeros por los contrarios y gravemente herido, por el pronto exhortó a los suyos a acudir al socorro; mas notando el temor que tenían por el gran número de los enemigos, él mismo embiste al contrario con temeridad y arrojo, los suyos se ven en la precisión de hacer lo mismo; el enemigo, arredrado, se retira, y salvando el padre contra toda esperanza, confiesa éste en alta voz, en presencia de todos, que debe la vida al hijo. Adquirida una reputación general de valor por esta acción, de allí adelante no hubo peligro a que personalmente no se expusiese, siempre que la patria le confiò el remedio de su salud. En verdad que esto no es propio de un general afortunado, sino de quien tiene capacidad.

Poco después excogitó otra acción semejante (213 años antes de J. C.) Tenía un hermano mayor llamado Lucio Escipión, que pretendía la edilidad, cargo el más honroso entre la juventud romana. Había la costumbre de nombrar dos patricios para esta dignidad, y a la sazón eran muchos los pretendientes. Al principio Publio no se atrevió a declararse competidor de la misma magistratura con su hermano. Pero llegado el día de los comicios, conjeturando por las disposiciones del pueblo que no era fácil a Lucio obtener el cargo, según el grande afecto que a él le profesaba, discurrió que el único medio de conseguir la edilidad para el hermano era si convenidos ambos a dos la pretendían a un tiempo. Para esto, habiendo advertido que su madre (sólo había que ganar a ésta, porque el padre había sido a la sazón enviado a España con el mando de los negocios) andaba de templo en templo sacrificando a los dioses por Lucio, y que le tenía en grande inquietud este acontecimiento, le dijo: que le parecía haber visto dos veces en sueños a él y a su hermano creados ediles, volver de la plaza a casa, y que ella salía a recibirlos a la puerta para abrazarlos y besarlos. A estas palabras la madre, llevada del afecto de mujer, exclamó: «¡Ah! ¿Y llegaré yo a ver ese día?». ¿Queréis, la respondió Escipión, que hagamos la experiencia?» La madre accedió, creyendo que jamás se atrevería a esto y tomándolo por juguete propio de la temprana edad que entonces tenía. Pero él al momento ordenó le dispongan una toga blanca, hábito propio de los que pretendían los cargos; y una mañana que su madre se hallaba en la cama, sin acordarse siquiera de lo que había pasado, toma su vestidura y se presenta en la plaza. El pueblo, que ya de antemano le quería bien, recibió con admiración una acción tan extraordinaria. Pero él después echa a andar al sitio señalado de los candidatos, se pone al lado de su hermano, el pueblo le confiere el cargo, no sólo a él, sino a su hermano en atención suya, vuelven los dos a casa creados ediles, y la madre, fuera de sí con la repentina noticia del suceso, sale a la puerta a abrazar con ternura a sus dos hijos. De suerte que aquellos que ya habían oído hablar de los sueños de Escipión, con este suceso creyeron ahora que no sólo en sueños sino realmente y de día conversaba con los dioses. Mas lo cierto es que Escipión

no había tenido sueño alguno; sólo sí, benéfico, liberal y afable con todo el mundo, había sabido conciliarse el afecto de la plebe. De esta forma, aprovechándose con maña de las disposiciones del pueblo y de la ocasión que su madre le presentaba, logró no sólo su deseo, sino que hizo creer que obraba inspirado de algún dios. Efectivamente, cuando no se saben discernir a fondo las ocasiones, las causas y diversidad de circunstancias de cada cosa, bien sea por vicio de la naturaleza, bien por falta de experiencia o por desidia, regularmente se atribuyen a los dioses y a la fortuna las acciones que sólo son debidas a la sagacidad, hija del entendimiento y de la prudencia. He advertido esto a mis lectores, no fuese que, prevenidos de la falsa y común opinión que de Escipión se tiene, desatendiesen lo más brillante y estimable que en él hubo, esto es, la sagacidad e intensidad en los negocios. Pero sus mismos hechos harán esto más palpable.

CAPÍTULO III

Razones que tuvo Escipión para acometer los negocios de la España y especialmente el asedio de Cartagena. Ubicación de Cartagena e increíble ocupación de esta ciudad en un solo día.- Disciplina de los romanos en el saqueo de las ciudades conquistadas.- Ejemplos de prudencia, templanza y moderación que dio Escipión en la ocupación de Cartagena.

Una vez que Escipión tuvo reunidas sus tropas (212 años antes de J. C.), les dijo: que no había que acobardarse por la derrota precedente, pues no era el valor de los cartagineses el que había vencido a los romanos, sino la perfidia de los celtíberos y la ligereza con que los jefes se habían separado unos de otros por fiarse de la alianza de éstos; que al presente se hallaban los contrarios en una y otra circunstancia, pues acampaban a mucha distancia unos de otros, y con el mal trato habían enajenado los ánimos de todos los aliados y les habían convertido en otros tantos enemigos; que a este fin habían ya tratado con él algunos de ellos, y los demás, al primer viso de esperanza, o así que vieses a los romanos del otro lado del Ebro, se vendrían con gusto, no tanto por amor que les profesasen, cuanto por vengarse de la insolencia de los cartagineses; y sobre todo, que estando discordes entre sí los jefes de los enemigos, no querrían venir juntos a atacarle, y si lo hacían separados, con facilidad serían vencidos. Por lo cual les exhortaba que en vista de estas razones pasasen el Ebro con confianza, y lo demás lo dejaran a su cargo y al de los otros jefes. Dicho esto, dejó a Marco Silano, que mandaba con él, en el paso del Ebro con tres mil infantes y quinientos caballos para cubrir a los aliados de esta parte del río. Él pasó del otro lado con el resto del ejército, sin descubrir a nadie su propósito. Tenía decidido no hacer nada de cuanto había dicho a los soldados; por el contrario, estaba en ánimo de sitiar de improviso a Cartagena, rasgo primero y principal de la descripción que hicimos poco ha de este grande hombre. Contaba entonces Escipión veintisiete años, cuando se encargó de unos negocios que por la magnitud de las pérdidas precedentes pasaban por desesperados en opinión de todos; y ya que se hubo encargado, abandona los caminos trillados y sabidos, y excogita y se propone uno desconocido de sus contrarios y... predecesores. En verdad que esto no lo podía hacer sin una reflexión muy madura.

Desde que tomó el mando, y antes de salir de Roma, inquirió y se informó con cuidado de la traición de los celtíberos y de la división de las legiones romanas; y sacando por consecuencia que de aquí había provenido la derrota de su padre, desde entonces ya no temió a los cartagineses ni se abatió su espíritu, como lo estaba el común de las gentes. Después habiendo sabido que los aliados de esta parte del Ebro permanecían fieles a Roma, que los jefes cartagineses no estaban de acuerdo entre sí, y que trataban duramente a sus súbditos, se dispuso con buen ánimo para la partida, fiado no en la fortuna, sino en sus reflexiones. No bien llegó a España, cuando todo lo puso en movimiento, e informado con detalle del estado de los enemigos, halló que tenían divididas sus fuerzas. Supo que la una, a cargo de Magón, se hallaba de esta parte de las columnas de Hércules, en unos pueblos llamados Conios; que la otra, al mando de Asdrúbal, hijo de Giscón, acampaba en la embocadura del Tajo, en la Lusitania; que el otro Asdrúbal, con la tercera, sitiaba cierta ciudad en

la Carpetania, y que ninguna de ellas distaba menos de diez días de camino de Cartagena. Desde luego reflexionó que, si se proponía venir fa una batalla con los contrarios todos juntos, era aventurarlo todo, tanto por las derrotas precedentes, como porque los enemigos tenían mucha más gente; y si pensaba en atacarlos separados, temía que, ahuyentando el uno y venidos los demás a su socorro, no le encerrasen y cayese en las mismas desgracias que Cneio su tío y Publio su padre.

En vista de esto, desechado este partido, se informó de las grandes ventajas que acarrearía Cartagena a los contrarios, del mucho perjuicio que le podría causaren la guerra presente, y se instruyó muy minuciosamente durante el cuartel de invierno por los prisioneros de todo lo concerniente a esta ciudad. Supo que era la única plaza casi de España que tenía un puerto capaz para una escuadra y una armada naval; que se hallaba cómodamente situada, tanto para venir de África, como para pasar del otro lado; que éste era el almacén del dinero y equipajes de todos los ejércitos, y que allí se guardaban los rehenes de toda España; y lo que era más importante, que sólo defendían la ciudadela mil hombres de armas, por no haber ni la más leve sospecha de que, dueños los cartagineses casi de toda España, se le pasase siquiera a alguno por la imaginación poner sitio a esta ciudad; que el demás vecindario, aunque en sí muy numeroso, todo se componía de artesanos, menestrales, gentes de mar, todos inexpertos en materia de guerra, y que servirían de daño a la ciudad si se presentaba de improviso. No ignoraba la situación de la plaza, el estado de sus municiones, ni el estero que la circunda. Se había informado de ciertos pescadores que se ganaban la vida en aquellos parajes, que el estero en general era pantanoso, en muchas partes vadeable, y por lo regular todos los días, a la caída de la tarde, se retiraba la marea. De aquí infería que si salía con su intento, no sólo perjudicaría a sus enemigos, sino que haría tomar un grande ascendiente a sus negocios; y si se le frustraba la empresa, podría, dueño del mar, sacar salvas sus gentes, únicamente con tener bien fortificado el campo; cosa bien fácil, atenta la gran distancia a que estaban los ejércitos contrarios. Por lo cual, abandonados otros negocios, solamente se entregó a los preparativos de éste durante el invierno.

Ocupado Escipión en este propósito, a pesar de no tener más edad que la que hemos dicho, a nadie descubrió el secreto sino a C. Lelio, hasta que le pareció hacerlo público. Todos los historiadores están de acuerdo que éstas fueron las medidas que tomó; y, no obstante, cuando llegan a referir el hecho, sin saber por qué atribuyen el buen éxito de la empresa, no a la prudencia del que la condujo, sino a los dioses y a la fortuna; y esto sin alegar razón alguna probable, ni haber testigos contemporáneos que lo digan, antes por el contrario, habiendo una carta del mismo Escipión a Filipo, en que expresamente le dice que todo el plan de operaciones en España, y en particular el sitio de Cartagena, lo había formado sobre las reflexiones que hemos apuntado. Una vez que hubo ordenado en secreto a C. Lelio, comandante de la escuadra y el único que sabía su propósito, que dirigiese el rumbo hacia Cartagena (211 años antes de J. C.), él, a la cabeza de sus tropas de tierra, compuestas de veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, se puso en marcha a largas jornadas. A los siete días de camino llegó a la ciudad y acampó al lado del Septentrión. Por detrás del campamento hizo tirar dos fosos y dos trincheras de mar a mar, y por delante, mirando a la ciudad, lo dejó sin defensa, porque la misma naturaleza del terreno le ponía bastante a cubierto de todo insulto. Pero pues vamos a referir el sitio y toma de esta plaza, será conveniente demos alguna noticia a los lectores de su situación y contornos. Yace Cartagena a la mitad de la costa de España, opuesta al viento de África, en un golfo que, introduciéndose tierra adentro por espacio de veinte estadios, sólo tiene diez de anchura a la entrada; causa porque todo él forma la figura de un puerto. En la embocadura misma se halla una isla, que por uno y otro lado franquea sólo un pasaje estrecho para la entrada. En esta isla vienen a estrellarse las olas del mar, de que proviene que todo el golfo está siempre tranquilo, a menos que soplen por una y otra boca los vientos de África y alteren las olas. Con todos los de-más vientos el puerto está siempre en calma, por estar rodeado del continente. Desde el fondo del golfo se va elevando una montaña a manera de península, sobre la cual está fundada la ciudad, rodeada al Oriente y Mediodía por el mar, y al Occidente por un estero que aun toca algún tanto con el Septentrión; de suerte que el restante espacio que existe desde el

estero al mar, y une la ciudad con el continente, no tiene más que dos estadios. El centro de la ciudad está en hondo. Por el lado de Mediodía tiene una entrada llana viniendo del mar; pero por las partes restantes está rodeada de colinas, dos altas y escabrosas, y otras tres mucho más bajas, bien que están llenas de cavernas y malos pasos. De éstas, la mayor está al Oriente, se extiende hasta el mar, y sobre ella se ve el templo de Esculapio. Hacia el Occidente la corresponde otra de igual situación, sobre la cual está erigido un magnífico palacio, obra, según dicen, de Asdrúbal cuando afectaba la monarquía. Las otras colinas menos altas circundan la ciudad por el Septentrión. De las tres, la que mira al Oriente se llama la colina de Vulcano; la contigua a ésta se llama la de Aletes, quien por haber hallado las minas de plata, según dicen, alcanzó los honores divinos; y la tercera tiene el nombre de Saturno. El estero inmediato al mar se comunica con éste por medio de una obra que se ha hecho para comodidad de las gentes de playa; y sobre la lengua de tierra que separa al uno del otro, se ha construido un puente para transportar por él en bestias y carros lo necesario desde la campiña.

A la vista de una disposición de terreno semejante, aun sin defensa alguna, estaba bien asegurado el campo romano de parte de la ciudad, sólo con tener a un lado el estero y al otro la mar. El espacio intermedio que unía la ciudad con el continente, y venía a parar al centro de su campo, lo dejó sin trinchera alguna, bien fuese por aterrar a los sitiados, bien porque conviniese a su intento no tener estorbos para las salidas y retiradas al campamento. El circuito de la ciudad no tenía antiguamente más que veinte estadios. No ignoro que muchos la dan hasta cuarenta, pero se engañan. Pues nosotros no hablamos de oídas, sino que la hemos examinado atentamente con nuestros propios ojos. Al presente aún es más reducida.

Una vez que llegó la escuadra al tiempo oportuno, Escipión reunió sus tropas y empezó a animarlas, valiéndose para esto no de otras razones que las que a él mismo le habían persuadido, y que ya hemos referido en detalle. Después de haberlas hecho ver que la empresa era posible, y haberlas mostrado en pocas palabras los perjuicios que se seguirían de su buen éxito a los cartagineses y ventajas a los romanos, prometió coronas de oro a los que primero montasen el muro, ofreció los premios acostumbrados a los que se distinguiesen, y, por último, dijo que Neptuno se le había aparecido en sueños desde el principio, le había inspirado este pensamiento y le había ofrecido que le asistiría tan visiblemente en lo crítico del lance, que todo el ejército conocería los efectos de su presencia. Las razones que expuso en la arenga, las sólidas reflexiones con que las mezcló, las promesas de las coronas de oro, y sobre todo la providencia del dios, inspiraron en los soldados un extraordinario ardor y alegría.

Al día siguiente, después de provista la escuadra de todo género de tiros, dio orden a Lelio, que la mandaba, para que bloquease la ciudad por el lado del mar. Él por tierra, elegidos dos mil hombres, los más esforzados, para que apoyasen a los que llevaban las escalas, emprendió el asedio a la tercera hora del día. Magón, gobernador que era de la ciudad, dividió los mil hombres que tenía, dejó la mitad en la ciudadela, y apostó el resto en la colina que está al Oriente. Dos mil ciudadanos, los más robustos, a quienes proveyó de las armas que había en la plaza, fueron situados en la puerta que conducía por el istmo al campo enemigo. Los restantes tuvieron orden de acudir como pudiesen a cualquier parte del muro que fuese necesario. Lo mismo fue dar Escipión la señal con las trompetas para el ataque, que sacar Magón los dos mil hombres que guardaban la puerta, persuadido a que aterraría al contrario y frustraría del todo su propósito. Estas tropas dieron con valor sobre los romanos, que estaban formados en batalla sobre el istmo. Se trabó un atroz combate y una terca emulación por ambas partes, animando tanto los del campo como los de la ciudad cada uno a los suyos. Pero los refuerzos que acudían no obraban igual efecto. Los de los cartagineses no podían salir sino por una puerta, y tenían que andar casi dos estadios hasta el campo de batalla; por el contrario, los de los romanos estaban a la mano y podían venir por muchas partes, lo que hacía desigual el combate. Escipión de propósito había formado los suyos al pie del mismo campo, a fin de atraer al enemigo a la mayor distancia. Estaba bien seguro que una vez deshechos éstos que eran como la flor de los ciudadanos, se llenaría de confusión toda la ciudad y ninguno de los sitiados se

atrevería a salir por la puerta. Sin embargo, como por una y otra parte peleaban tropas escogidas, estuvo por un rato neutral la batalla; pero finalmente, rechazados los cartagineses con los poderosos refuerzos que acudían desde el campo, tuvieron que volver la espalda. Muchos murieron en el campo de batalla y en la retirada, pero los más se atropellaron unos a otros a la entrada de la puerta. Este accidente consternó tanto a todo el vecindario, que aun los que guarnecían la muralla desampararon sus puestos, y poco faltó para que los romanos no entrasen en tropel con los que huían, aunque aseguraron al muro las escalas sin peligro. Escipión estuvo presente en el combate, pero con el resguardo posible de su persona. Llevaba consigo tres soldados armados, los cuales cubriéndole y defendiéndole con sus broqueles de los tiros que venían del muro, procuraban su seguridad. Así unas veces dejándose ver en los costados, otra sobre los lugares eminentes, contribuía infinito al buen éxito del combate. Porque al paso que veía lo que sucedía, y era visto de todos, inspiraba ardor en los combatientes. De aquí provenía que nada era omitido de cuanto podía conducir para el caso; por el contrario, lo mismo era presentarla la ocasión algún proyecto, que al momento era efectuado como convenía. Los primeros que intentaron con osadía subir por las escalas, no tuvieron que sufrir tanto de la multitud de defensores al aproximarse, como de la altura de los muros. Los que coronaban las murallas conocieron bien la incomodidad que ésta causaba a los romanos, y eso mismo les infundió más aliento. Efectivamente, como las escalas eran altas y subían muchos a un tiempo, algunas se hacían pedazos. En otras sucedía que después de estar arriba los primeros, la misma elevación les hacía perder la vista, y si a esto se añadía el más leve impulso de los defensores, venían rodando por la escalera abajo. Si se arrojaba por las almenas alguna viga o cosa semejante, entonces todos a un tiempo eran derribados y estrellados contra el suelo. A pesar de estos obstáculos, nada era bastante a contener el ímpetu y vigor de los romanos; al contrario, derribados los primeros, subían a ocupar su lugar los inmediatos; hasta que ya entrado el día, y fatigada la tropa con el trabajo, el general mandó tocar a retirada.

Con esto los sitiados se alegraron muchísimo, creyendo que ya habían alejado el peligro. Pero Escipión, que ya estaba aguardando el tiempo del reflujo, tenía dispuestos quinientos hombres con escalas por el lado del estero. En la puerta de tierra y frente del istmo había puesto tropas de refresco, y después de exhortadas las había dado más escalas que antes, para que a un tiempo se montase el muro por todas partes. Lo mismo fue darse la señal de acometer, y aplicarse al muro las escalas para subir con intrepidez por todas partes, que todo fue confusión y alboroto dentro de la ciudad. Ya se creían libres del infortunio, cuando he aquí nuevo peligro y nuevo ataque, que junto con la falta de tiros y el desaliento que les causaba tanto número de muertos, les puso en un gran conflicto, bien que se defendieron lo mejor que pudieron. En lo recio del combate de la escalada llegó el reflujo. Las aguas fueron dejando en seco poco a poco las orillas del estero, pero congregadas en la boca salían con ímpetu al mar contiguo, de suerte que los que ignoraban la causa, tenían por increíble este fenómeno. Escipión entonces, que ya tenía dispuestas las guías, ordena entrar por la laguna sin recelo a los que ya estaban prevenidos para esta acción. Entre otras dotes, no parece sino que la naturaleza la había criado especialmente para inspirar ardor e impresionar de los mismos afectos a los que exhortaba. La tropa obedece, se pone en marcha con emulación por el pantano, y se persuade que esto es efecto de alguna providencia divina. Efectivamente, acordándose de lo que Escipión les había dicho en la arenga de Neptuno y de su asistencia, se inflamó tanto su espíritu, que hecha la tortuga, arremeten contra la puerta, e intentan por defuera hacerla pedazos con hachas y azuelas. Los que iban andando por el pantano, como hallaron desiertas las almenas, no sólo aplicaron las escalas sin peligro, sino que subieron y se apoderaron del muro sin sacar la espada. Estaban tan ocupados los sitiados en la conservación de otros puestos, particularmente del istmo y de la puerta contigua; era tan inesperado el caso de que el enemigo se acercase a la muralla por el lado del estero; y sobre todo, era tan excesiva la gritería y confuso tropel del populacho, que ni entender ni ver podían lo que pedía la urgencia.

Apoderados del muro los romanos, sin dilación discurrieron por todas partes a fin de llamar la atención del contrario, para lo cual les sirvió muchísimo su modo de armarse. Una vez que

estuvieron en la puerta, bajaron unos a romper los cerrojos, y penetraron en la ciudad los que se hallaban fuera. Los que por el lado del istmo intentaban subir por las escalas, vencidos los defensores, atacaron las almenas. De esta forma fue ocupada por último toda la muralla. Los que entraron por la puerta tomaron la colina de parte del Oriente, después de desalojados los que la guarnecían Escipión, cuando ya le pareció que habían entrado los suficientes, destacó la mayor parte contra los vecinos según costumbre, con orden de matar a cuantos encontrasen, sin dar cartel a ninguno ni distraerse con el saqueo, antes que se diese la señal. En mi opinión, obran así por infundir terror. Por eso se ha visto muchas veces que los romanos en la toma de las ciudades, no sólo quitan la vida a los hombres, sino que abren en canal los perros, y hacen trozos los demás animales; costumbre que en especialidad observaron entonces, por el gran número que habían capturado. Después Escipión se dirigió con mil hombres a la ciudadela. A su llegada, Magón intentó por el pronto ponerse en defensa; pero considerando después que la ciudad estaba ya enteramente tomada, pidió seguridad para su persona, y entregó la ciudadela. Tomada ésta, se dio la señal para que cesase la carnicería y se entregaron al saqueo. Llegada la noche permanecieron en el campamento los que tenían esta orden. El general con los mil pasó la noche en la ciudadela. A los demás se dio orden, por medio de los tribunos, para que saliesen de las casas, y reunido en la plaza todo el botín que se había conseguido, hiciesen allí la guardia por cohortes. Se trajo del campamento a los flecheros y se les apostó en la colina que estaba al Oriente. De este modo se apoderaron los romanos de Cartagena en España.

Al día siguiente, reunido en la plaza el equipaje de la guarnición cartaginesa y todas las alhajas de los ciudadanos y menestrales, pasaron los tribunos a hacer la distribución entre sus legiones según costumbre. Tal es la economía que observan los romanos en la toma de las ciudades. Cada día se saca para este efecto, bien de las legiones en general, bien de las cohortes en particular, un número de hombres según la extensión de la ciudad, pero nunca se destina más de la mitad. Los demás quedan de guardia en sus puestos, unas veces fuera de la ciudad, otras dentro, según lo exige la necesidad. Como regularmente está dividido su ejército en dos legiones romanas y dos aliadas, bien que tal vez aunque rara se junten las cuatro, todos los que se destinan para el saqueo traen lo que cogen cada uno a su legión. Después de vendido el botín, los tribunos lo distribuyen por partes iguales entre todos, no sólo los que han quedado de centinela, sino también los que han custodiado las tiendas, los enfermos y los que han sido destacados a algún ministerio. Para que no se defraude cosa del despojo, se hace jurar a todos, el primer día que se reúnen en los reales para salir a campaña, que se observará fidelidad; pero de este ramo de policía ya hemos hablado con más detenimiento cuando tratamos de su gobierno. Sucede, pues, que como la mitad del ejército se emplea en el saqueo, y la otra mitad queda guardando sus puestos para cubrir a éstos, jamás la codicia ha puesto en peligro las empresas de los romanos. Porque el no temer ser defraudado del botín, antes bien reinar una esperanza cierta de que tanto los que quedan de centinela como los que van al pillaje han de tener su parte, hace que ninguno desampare los puestos: cosa que a otras naciones ha acarreado muchas veces graves perjuicios. Efectivamente, por lo común el hombre sufre el trabajo y se expone al peligro por la esperanza del lucro; y es evidente que cuando se presenta una ocasión semejante, el que queda apostado o de guardia en el campo lleva muy a mal abstenerse de una ganancia que las más de las naciones conceden al primero que la coge. Porque por más diligencia que ponga un rey o un general en que de todos los despojos se haga una cantidad común, sin embargo, lo que se puede ocultar se reputa por propio. Por eso cuando todos se dejan llevar de la codicia, si ésta no se puede reprimir, se arriesga la salud de todo el ejército. Se han visto muchos capitanes que después de conseguida su empresa, ya entrando en un campo enemigo, ya tomando una ciudad, no sólo han sido desalojados, sino completamente derrotados, y por ninguna otra causa más que por la que hemos manifestado. Por tanto, de nada deben cuidar y atender tanto los generales, como de que en lo posible reine en todos la esperanza de que el botín, en llegando la ocasión, se dividirá por partes iguales.

Mientras los tribunos se ocupaban en repartir los despojos, el cónsul romano, congregados los

prisioneros en número poco menos de diez mil, ordenó separar a un lado los ciudadanos, sus mujeres y niños, y a otro puso los artesanos. Efectuado esto, exhortó a los primeros a que fuesen afectos al pueblo romano, y tuviesen presente el beneficio que les hacía, con lo cual los despidió todos a sus casas. Ellos, a la vista de una salud tan inesperada, con lágrimas en los ojos de pura alegría, le hicieron una humilde reverencia y se retiraron. Por lo que hace a los artesanos, les dijo que por ahora quedaban siervos públicos del pueblo romano; pero si mostraban amor e inclinación a Roma, cada uno en su oficio, les prometía la libertad, después de concluida felizmente la guerra con los cartagineses. Para esto ordenó que todos ellos, en número de dos mil, llevasen sus nombres al cuestor, y divididos de treinta en treinta, los puso un romano por curador. Del resto de prisioneros escogió los más robustos, más bien hechos y de edad más floreciente, y los aplicó a su marina, con lo cual, aumentada ésta una mitad más, tripuló también los navíos apresados; de suerte que cada buque vino a tener poco menos del doble de remeros que antes tenía. Porque los navíos apresados eran dieciocho, y los que él tenía, treinta y cinco. Asimismo prometió también a éstos la libertad después de vencidos los cartagineses, si servían a Roma con fidelidad y afecto. Este modo de portarse con los prisioneros concilió para sí y para su república la benevolencia y fidelidad de los ciudadanos, e inspiró en los artesanos grande ardor de servirle por la esperanza de la libertad, sin contar con la mitad más de fuerzas navales que aumentó con la sabia conducta de que usó en este lance.

Separó después a un lado a Magón y a los cartagineses que con él se hallaban. Había entre ellos dos del Consejo de los Ancianos, y quince senadores. Los entregó a C. Lelio, previniéndole el correspondiente cuidado de estos personajes. Después ordenó venir a los rehenes, que ascendían a más de trescientos, y fue llamando y acariciando uno por uno a los niños, prometiéndoles para su consuelo que dentro de poco verían a sus padres. Mandó a los demás tener buen ánimo, y que cada uno escribiese a su patria que estaban salvos, que lo pasaban bien, y que los romanos estaban prontos a remitirlos todos con seguridad a sus casas, con tal que sus parientes abrazasen la alianza del pueblo romano. Cuando dijo esto ya tenía preparadas de antemano aquellas alhajas de botín que más podían conducir a su propósito, y las comenzó a regalar a cada uno según su sexo y edad; a las niñas retratos y pulseras, y a los niños puñales y espadas.

Durante este tiempo vino a echarse a sus pies la mujer de Mandonio, hermana de Indibilis, rey de los llergetes, para suplicarle con lágrimas que cuidase de que se guardase más decoro con las prisioneras que el que habían tenido los cartagineses. Escipión, compadecido de ver a sus pies una dama de avanzada edad, y que aparecía en su rostro un cierto aire venerable y majestuoso, le preguntó qué le faltaba delo necesario. Pero viendo que callaba, envió a llamar a los que habían sido encargados del cuidado de las mujeres, los cuales le dijeron que los cartagineses las habían provisto con abundancia de todo lo preciso. A pesar de esto, como la dama volviese a abrazarle de las rodillas y a repetirle la misma arenga, Escipión entró más en confusión, y sospechando si habría habido algún descuido, y los comisionados de aquel encargo no le contaban por ahora la verdad, le dijo: «Sosegaos, señora, yo os prometo nombrar otras personas que cuiden de que no os falte lo necesario.- Vos no habéis penetrado el fondo de mis palabras, replicó la señora después de un breve silencio, si creéis que nuestra súplica se reduce ahora a la comida.» Entonces, comprendiendo Escipión lo que quería decir la dama, y reparando en la hermosura de las hijas de Indibilis y de otros muchos potentados, no pudo contener las lágrimas al ver que en una sola palabra le había dado una idea de su triste situación. Y así, dándole a entender que había penetrado su pensamiento, la cogió de la mano, procuró consolarla, y lo mismo a las demás, prometiendo que en adelante él mismo las cuidaría como si fueran sus hermanas o hijas, y las pondría hombres de probidad para su custodia.

Después de esto entregó a los cuestores todo el dinero que había hallado en el erario de los cartagineses, cuya suma ascendía a más de seiscientos talentos, que junto a los cuatrocientos que él había traído de Roma, componían en total la cantidad de más de mil talentos para los gastos de la guerra.

A esta sazón, ciertos jóvenes romanos, bien instruidos de la inclinación de su general al otro

sexo, trajeron a su presencia una doncella en la flor de su edad, y de peregrina hermosura, suplicándole admitiese este obsequio. Escipión, absorto con tan raro prodigio de belleza: «Si fuera simple soldado, dijo, no me pudierais hacer presente más dulce; pero siendo general, ninguno más despreciable»; dando a entender, en mi opinión, con este dicho, que en ciertos momentos de descanso y ocio hallan los jóvenes con el sexo un dulce pasatiempo y alivio de los cuidados; pero en tiempo de negocios, semejantes recreos perturban la tranquilidad del cuerpo y del espíritu. Sin embargo, dio gracias a los jóvenes, y enviando a llamar al padre de la doncella, se la entregó al momento y le ordenó la diese estado con el ciudadano que más gustase. Este rasgo de continencia y moderación le dio mucho honor entre sus soldados.

Arregladas estas cosas y entregado el resto de prisioneros a los tribunos, despachó a Roma a C. Lelio en una galera de cinco órdenes, con otros cartagineses de los más ilustres que se habían capturado, para que llevase a su patria la noticia. Sabía ciertamente que como por lo común en Roma se tenían por perdidas; las cosas de España, con esta nueva se recobrarían los ánimos y se entregarían con más intensidad a estos negocios.

CAPÍTULO IV

Forma que tuvo Escipión de ejercitar la infantería durante su estancia en Cartagena.- Evoluciones que fue necesario enseñar a la caballería.- Costumbre en adiestrar sus tropas.

En el corto período de tiempo que Escipión permaneció en Cartagena se ocupó en hacer maniobrar de continuo su armada, y enseñar a los tribunos de qué modo habían de ejercitar las tropas de tierra. El primer día ordenó a las legiones hacer una marcha de treinta estadios con sus armas; el segundo bruñir, limpiar y pasar revista de todo el armamento delante de las tiendas; el tercero descansar y holgar; el cuarto combatir a unos con espadas de madera cubiertas de cuero y botón en la punta, y a otros lanzar chuzos también con botón; el quinto repetir la misma carrera que el primer día. Para que en ningún acontecimiento le faltasen armas, ya para los ejercicios, ya para las batallas verdaderas, hacía un grande aprecio de esta clase de artesanos. Por eso, no obstante que tenía señaladas gentes que privativamente cuidasen de este ramo, iba él, sin embargo, a visitarlos todos los días, y por su mano proveía a cada uno lo necesario. Al ver las tropas de tierra ejercitarse y disciplinarse delante de los muros de la ciudad, las de mar maniobrar y ensayarse en el remo, los de la ciudad aguzar unos, trabajar otros en hierro o madera, y, en una palabra, ocuparse todos en fabricar armas, no podía menos de aplicarse a Cartagena la expresión de Jenofonte, que era un taller de guerra. Una vez que le pareció que todo estaba en buen estado, y las tropas suficientemente disciplinadas para cualquier función, levantó el campo con los dos ejércitos de mar y tierra, después de asegurada la ciudad con buena guarnición y reparados sus muros, y se dirigió hacia Tarragona, llevándose consigo los rehenes.

Las evoluciones que, en su opinión, eran más oportunas para toda ocasión, y en que debía estar instruida la caballería eran tornar el caballo a izquierda o a derecha y retroceder. En cuanto a los escuadrones enteros, los enseñaba a dar un cuarto de conversión, a recobrar su puesto, a dar media vuelta en dos tiempos, a darla entera en tres, a partir prontamente de las alas o del centro divididos en una o dos escuadras, y a volverse a reunir sin perder el orden en sus escuadrones, bandas o compañías. A más de esto, los hacía formar sobre una y otra ala, a veces por el frente, y a veces dando un giro por detrás del ejército. No cuidaba mucho de las conversiones de una parte a otra por trozos separados, porque creía que en cierto modo se asemejaban a cuando un ejército va de marcha. A este tenor en todas las evoluciones, bien fuese para avanzar al enemigo, bien para retirarse, los había disciplinado de manera que jamás, aun en la mayor aceleración, se perdiese la latitud y longitud, y al mismo tiempo se guardase siempre de escuadrón a escuadrón el mismo intervalo. Porque no hay cosa más inútil y peligrosa que poner en acción por escuadrones una caballería que ya tiene rotas sus líneas. Después de haber instruido así a los soldados y a los

oficiales, recorrió las ciudades para examinar primeramente si el pueblo entraba bien en lo que había ordenado, y en segundo lugar si los gobernadores de las ciudades eran capaces de dar un sentido claro y conveniente a sus mandatos. Porque entendía que para el buen éxito de una empresa nada había más importante que la capacidad de los subalternos.

Preparadas de este modo todas las cosas, sacó de las ciudades la caballería y la congregó en un sitio donde él mismo realizaba las evoluciones y hacía a su vista todo el manejo del arma. Para esto no se ponía a la cabeza, como hacen los capitanes de hoy día, en cuya opinión el primer lugar es el más propio del que manda. Arguye ignorancia, y está muy expuesto un comandante que es visto de todos sus soldados y él no ve a ninguno. En semejantes ejercicios no se trata tanto de hacer ostentación de la autoridad como de la pericia y capacidad para mandar las tropas, poniéndose ya en la vanguardia, ya en la retaguardia, ya en el centro. Esto era lo que hacía Escipión; discurría de escuadra en escuadra, lo veía todo por sí mismo, explicaba las dudas y corregía sobre la marcha cualquier defecto, bien que éstos eran muy leves y raros, por el esmero que había puesto antes en disciplinar en particular a sus soldados. Demetrio Falereo explicó esto mismo en un discurso: así como, decía, en un edificio del cuidado que se pone en situar bien cada ladrillo y trabar una orden con otra, resulta que la fábrica no tenga hendiduras; del mismo modo en un ejército, del esmero que se tiene con cada soldado y con cada compañía, proviene el vigor de toda una armada.

CAPÍTULO V

Resentimiento de los etolios contra los romanos, explicado en un parangón por un personaje nada afecto a los etolios.

Decía que lo que ahora sucede se asemeja mucho a la disposición y mecanismo de un ejército formado en batalla. Así como en éste, por lo regular, se sitúa al frente para que perezca primero la infantería ligera y las tropas más expeditas, mientras que a la falange y a los pesadamente armados se atribuye todo el honor de la victoria; del mismo modo al presente los etolios, y los pueblos del Peloponeso que sostienen su partido, están expuestos los primeros al peligro, y los romanos, a manera de falange, hacen veces de tropas de reserva. Si los etolios son vencidos, los romanos alzarán la mano y escaparán sin lesión alguna; y si aquellos salen vencedores, lo que no permitan los dioses, entonces éstos reducirán a su dominio a ellos y a los demás pueblos de la Grecia.

Las sociedades democráticas necesitan aliados, porque la multitud puede verse con frecuencia impulsada a realizar actos insensatos que pondrían en peligro un Estado sin defensa.

CAPÍTULO VI

Filopemen.

Ciertamente, Eurileón, pretor de los aqueos, era hombre sin valor y sin conocimiento de la guerra. Llegamos al instante en que Filopemen aparece en escena, y justo es que por él hagamos lo mismo que por los otros grandes ciudadanos, dando a conocer su carácter y la escuela en que había sido instruido. Son para mí, en verdad, insufribles los historiadores que refieren larga y minuciosamente el origen de las ciudades, cómo, dónde y por quién fueron fundadas y construidas, y cuáles las variaciones que han tenido, y descuidan decir quiénes fueron los grandes hombres que administraron la república y por cuáles estudios y trabajos llegaron a puesto tan eminente. ¡Cuánto más útil es esto que aquello! La descripción de un edificio en nada contribuye a nuestra emulación o instrucción moral; pero al estudiar las inclinaciones de un grande hombre, nos sentimos impulsados a imitarle, tomándole por ejemplo. Por tal motivo, si no hubiese tratado ya en un volumen especial de Filopemen, relatando lo que llegó a ser, quiénes fueron sus maestros, cuáles los estudios que le formaron en la juventud, creeríame obligado a entrar aquí en estos detalles; pero referidas en los

tres libros que consagré a su memoria su educación y sus acciones más famosas, justo es que omita en esta historia general lo relativo a sus primeros años, y explique con nuevos detalles cuanto hizo en la madura edad, cosa tratada de paso en mi obra precedente. De este modo ambos trabajos obedecerán a las reglas del arte. En el primero sólo podía exigírseme un cuadro entusiasta de sus acciones, porque me propuse hacer un elogio, no una historia; pero al presente escribo la historia, donde el elogio y la censura tienen justo lugar y donde los hechos deben ser verdaderos, apoyados con pruebas y acompañados de reflexiones. Entremos, pues, en materia. Hijo de padres ilustres, procedía Filopemen de las familias más distinguidas. Fue su primer maestro Cleandro, noble de Mantinea, que tenía derecho a la hospitalidad en casa de su padre y que se hallaba entonces desterrado de su patria. En la adolescencia recibió lecciones de Ecdemo y Demófanes, que, naturales de Megalópolis y desterrados ambos de su patria por odio a la tiranía, vivían en casa del filósofo Arcesilao. Habiendo tramado durante su fuga una conspiración contra Aristodemo, devolvieron la libertad a su patria y prestaron eficaz auxilio a Arato para librar a los sicionianos de su tirano Nicocles. Llamados después por los cirenenses gobernaron este pueblo con gran sabiduría, manteniendo en él la libertad.

Instruido por estos dos megalopolitanos, sobresalió Filopemen desde la juventud, tanto en la caza como en la guerra, por su valor e infatigable ardimiento, siendo sobrio en la comida y en el vestir modesto. De sus maestros aprendió que el hombre descuidado en lo que personalmente le atañe es incapaz de gobernar bien los asuntos de un Estado, y que quien gaste para vivir más de lo que sus rentas le producen, pronto vivirá a costa del público. Nombrado por los aqueos jefe de la caballería, encontró esta fuerza completamente desmoralizada, sin disciplina y sin valor, y de tal modo supo excitar en ella la emulación que la hizo no sólo mejor que antes, sino superior a la de los contrarios. La mayoría de los que ocupan este mando, sin conocer los movimientos de la caballería no se atreven a dar órdenes. Hay quienes ambicionan la pretura complaciendo a todo el mundo y procurándose de antemano los sufragios, para lo cual ni reprimen ni castigan con la justa severidad, cuya ausencia pone a un Estado en peligro de ruina. No sólo dispensan las faltas, sino que por hacer un pequeño favor causan infinito daño a quienes les confían el mando. Hay, finalmente, otros bravos, hábiles, desinteresados y sin ambición, pero que por inoportuno y extremado rigor hacen más daño a la tropa que los que no tienen ninguno.

CAPÍTULO VII

Filipo, rey de Macedonia.

Una vez celebrados los juegos neemenios, regresó este príncipe a Argos, donde, quitándose púrpura y diadema, quiso tratarse de igual a igual con todo el mundo, y alardeó de maneras sencillas y populares. Pero cuanto más se identificó con el pueblo por las vestiduras, mayor y más soberano era el poder que ejercía. Apenas hubo viuda o casada a quien no intentara corromper. La que le agradaba recibía orden de ir a verle, y si alguna no le obedecía, inmediatamente penetraba en su casa con un grupo de hombres ebrios, y la violaba. Con fútiles pretextos hacía conducir a su morada los hijos de unas, los maridos de otras, intimándoles con amenazas. No hubo, pues, desorden ni injusticia que no cometiera. Tales excesos irritaron mucho a los aqueos sobre todo a los más sensatos; pero amenazados de guerras por todos lados, preciso les fue sufrir con paciencia el desenfreno de este príncipe.

CAPÍTULO VIII

Más sobre Filippo.

En verdad no existió rey de mayor talento para reinar que Filippo, ni tampoco quien deshonrase

el trono con mayores vicios. Creo que el talento lo recibió de la naturaleza y los defectos los adquirió con los años, como ocurre a los caballos cuando envejecen. Ni de sus méritos ni de sus vicios hablamos al empezar su historia, como hacen otros historiadores, por reservar las reflexiones para unir las a los hechos en el momento de exponerlos. Este método que empleamos, lo mismo respecto a los reyes que a todos los personajes notables, es, en nuestra opinión, el que más conviene a la historia y el más útil para quienes la leen.

CAPÍTULO IX

Superioridad de la Media sobre los demás Estados del Asia.- Increíbles riquezas del palacio real de Ecbatana en la Media.- Incursión de Antíoco contra Arsaces, uno de los primeros fundadores del imperio de los Partos.

Constituye la Media el más poderoso reino del Asia, tanto por la extensión del país como por el número y valor ya de hombres, ya de caballos. Provee esta provincia a casi toda el Asia de esta especie de animales, y por sus buenos pastos mantienen aquí los demás reyes sus crías de caballos al cuidado de los modos. Se halla rodeada toda de ciudades griegas, precaución que tomó Alejandro para ponerla a cubierto de los bárbaros, sus vecinos, menos Ecbatana. Esta ciudad está fundada al septentrión de la Media, y domina los países de Asia inmediatos a la laguna Meotis y al Ponto Euxino. Fue en otro tiempo corte de los reyes modos, y, según parece, excedió con mucho a las demás ciudades en riquezas y magnificencia de edificios. Situada en la falda del monte Oro, no tiene muros, pero posee una ciudadela que el ingenio ha hecho de una fortaleza prodigiosa, a cuyo pie se halla el palacio real. Tanto el hablar con detalle de las rarezas de esta ciudad como el pasarlas del todo en silencio tiene sus dificultades. Porque así como a los que aman publicar maravillas y acostumbran hablar con exageración y hacer digresiones abre el más ameno campo Ecbatana, así también a los que en todas sus producciones son reservados y circunspectos todo lo que excede los límites de lo corriente sirve de dificultad y embarazo. Sin embargo, diré que el palacio real tiene casi siete estadios de circunferencia, y que la magnificencia de la fábrica en cada una de sus partes da una grande idea de la riqueza de sus primeros fundadores. Pues a pesar de que todo él era de madera de cedro y de ciprés, no obstante no tenía parte alguna descubierta. Las vigas, los artesonados y las columnas que sostenían los pórticos y atrios unas estaban vestidas de planchas de plata y otras de oro. Las tejas todas eran de plata. La mayor parte de estos adornos fueron descortezados en la irrupción de Alejandro y los macedonios, y el resto en el gobierno de Antígono y de Seleuco Nicanor. Aunque cuando vino Antíoco el templo de Ena tenía aún las columnas cubiertas todo alrededor de oro, se encontraban en él muchas tejas de plata y duraban aún algunos ladrillos, bien que pocos, de oro y muchos de plata. De todas estas riquezas se acuñó moneda con el busto de Antíoco, cuya suma ascendió casi a cuatro mil talentos.

Arsaces bien creía que Antíoco llegaría hasta estos países, pero no el que se atreviese a cruzar con tan numeroso ejército el desierto inmediato a ellos, especialmente siendo tan escaso de agua. Efectivamente, lo que es en la superficie no se ve allí siquiera una gota, pero por bajo de tierra existen muchos conductos y pozos, desconocidos a los que ignoran el país. Sobre esto hay una tradición verdadera entre los naturales, y es, que cuando los persas se apoderaron del Asia dieron a los que hiciesen venir agua perenne a ciertos lugares que antes no la tenían el usufructo de aquellos campos por cinco generaciones; y como del monte Tauro se desprenden tantos y tan copiosos raudales, los habitantes no perdonaron gastos ni fatigas para construir acueductos desde tan lejos; de suerte que hoy día ni aun los que beben el agua saben el origen de estos conductos subterráneos, ni de dónde provengan. Cuando Arsaces vio que Antíoco comenzaba a atravesar el desierto, al punto ordenó cegar y corromper los pozos. Mas el rey, informado de esto, destacó allá a Nicomedes con mil caballos, los cuales, llegando a tiempo que ya Arsaces estaba de vuelta con su ejército, solamente encontraron alguna caballería que tapaba las bocas de los acueductos, y forzada ésta a

volver la espalda al primer encuentro, se retiraron también ellos a su campo. Antíoco atravesó el desierto y llegó a Hecatompila, ciudad situada en medio de la Partia y a quien se dio este nombre por la concurrencia de caminos que parten desde aquí a todas las regiones del contorno.

Aquí, después de haber dado descanso al soldado, reflexionó que si Arsaces estuviera en estado de aventurar con él una batalla no hubiera abandonado y dejado su país, ni andaría buscando lugar más acomodado a sus tropas para el combate que las cercanías de Hecatompila. Y puesto que con su retiro había manifestado al buen entendedor que se hablaba de diverso parecer, decidió pasar a la Hircania. Llegado a Tagas, supo de los naturales la escabrosidad del camino que tenía que atravesar para llegar a las cumbres del monte Labuta que miran a la Hircania y la multitud de bárbaros que ocupaban aquellos desfiladeros. Con este aviso se propuso dividir en varios cuerpos su infantería ligera, y señalar a sus jefes la ruta que cada uno había de tomar. Lo mismo hizo con los gastadores que debían acompañar a los armados a la ligera y hacer transitable el lugar que éstos ocupasen para que pasase la falange y las bestias de carga. Tomada esta decisión, puso a Diógenes en la vanguardia, compuesta de flecheros, honderos y aquellos montañeses más peritos en disparar dardos y piedras, porque esta clase de gentes, no guardando nunca formación, sino batiéndose de hombre a hombre, según la ocasión y el sitio lo requiere, son de sumo provecho en los desfiladeros. Detrás de éstos situó dos mil rodeleros cretenses, bajo la conducción de Polixenidas el rodio, y en la retaguardia iban los armados de loriga y escudo, al mando de Nicomedes, de la isla de Cos, y de Nicolao el etolio.

No bien habían avanzado algún terreno, cuando se descubrió que la escabrosidad y estrechura de éste era más difícil que la que el rey se había imaginado. La subida toda se extendía a casi trescientos estadios. En la mayor parte de ésta era preciso caminar por un profundo barranco que un torrente había socavado, en el cual había muchos peñascos desprendidos naturalmente de lo alto de las rocas, y árboles que imposibilitaban el paso. A esta dificultad se añadían otras muchas por los bárbaros. Habían cortado infinidad de árboles, amontonado multitud de grandes peñascos, y a más tenían ocupadas a todo lo largo de esta concavidad las alturas más oportunas y capaces de contribuir a su defensa; de suerte que, a no haber ellos tomado mal sus medidas, desanimado del todo Antíoco, hubiera tenido que desistir del empeño. Porque los bárbaros, en la inteligencia de que todo el ejército enemigo había de subir por precisión por el barranco mismo, se habían preparado, y ocupado los puestos con este objeto. Pero no advirtieron que aunque la falange y el bagaje no podían pasar por otra parte que la que ellos tenían pensada, porque las montañas próximas les eran inaccesibles, la infantería ligera y expedita era capaz de gatear por los más pelados peñascos. Y así lo mismo fue Diógenes, que había emprendido la subida por parte afuera del barranco, dar sobre el primer cuerpo de guardia de los enemigos, que tomar otro aspecto las cosas. Porque advirtiéndole el lance mismo al primer choque lo que tenía que hacer, pasa adelante, supera aquellas eminencias por caminos extraviados, y puesto de parte arriba de los contrarios, los acribilla con una nube de flechas y piedras arrojadas a mano. Lo que más incomodó a los bárbaros fueron las piedras que despedían las hondas desde lejos. Una vez que estuvieron desalojados los primeros y ocupado su puesto, se dio el encargo a los gastadores de desembarazar y aplanar con seguridad el camino que tenían por delante, operación que se realizó brevemente por las muchas manos que había. De este modo los honderos, ballesteros y flecheros marchan a pelotones por aquellas eminencias, se incorporan y ocupan los puestos ventajosos, mientras que, formados los pesadamente armados, van subiendo poco a poco por el barranco mismo en buen orden. Los bárbaros, lejos de esperar, desampararon todos sus puestos y se acogieron en la cumbre. Antíoco, finalmente atraviesa el desfiladero sin pérdida, bien que con lentitud y mucho trabajo, pues casi empleó ocho días en llegar a la cima de la montaña. Allí, reunidos los bárbaros con la esperanza de que impedirían la subida al enemigo, se dio un recio combate, donde fueron rechazados; porque aunque, formados a manera de cuña, pelearon con valor contra la falange, lo mismo fue ver que los armados a la ligera, dado un largo rodeo durante la noche, se habían apoderado de los puestos superiores que caían a su espalda, que al punto desmayaron y emprendieron la huida. El rey, que quería que el ejército bajase reunido y en

buen orden a la Hircania, prohibió que se siguiese el alcance y ordenó tocar a retirada. Reglada la marcha como deseaba, llegó a Tambrace, ciudad sin muros, pero de grande extensión y con un palacio real, donde hizo alto. Mas como la mayor parte de bárbaros que habían escapado de la batalla y de aquellos con-tornos se hubiesen retirado a Siringe, ciudad poco distante de Tambrace y que por su fortaleza y demás comodidad era como la corte de la Hircania, resolvió reducirla por la fuerza. Efectivamente, se dirigió allá con el ejército, y acampado en sus alrededores, comenzó el asedio. La principal fuerza para la consecución de su propósito consistía en tortugas de terraplenar. Porque la ciudad se hallaba rodeada de tres fosos poco menos de treinta codos de anchos y quince de profundos, sobre cuyos bordes había un doble vallado y por remate un fuerte muro. Se daban continuos combates en torno a las obras, donde ni los unos ni los otros bastaban a transportar sus muertos y heridos, porque no sólo se peleaba sobre tierra, sino también por bajo en las minas. Sin embargo, la mucha gente y la actividad del rey hizo que rápidamente se cegasen los fosos y viniese abajo la muralla socavada con las minas. Este accidente desconcertó del todo a los bárbaros, y degollando a los griegos que había en la ciudad, robaron lo más precioso de sus muebles y huyeron durante la noche. Antíoco, informado de esto, destacó en su alcance a Hiperbasis con las tropas mercenarias. Efectivamente, éste los alcanza, ellos arrojaron los equipajes y se acogen otra vez en la ciudad; con lo cual, forzada después con vigor la brecha por los pesadamente armados, privados de toda esperanza, se rindieron.

CAPÍTULO X

Las ciudades de Achriana y Calliope.

Achriana, ciudad de Hircania...

Calliope, ciudad del país de los partos...

CAPÍTULO XI

Sucumben los cónsules Claudio Marcelo y Crispino por impericia en el arte militar.- Un general no debe entrar en acción que no sea decisiva.- Alabanza de Aníbal.

Deseosos, los cónsules Claudio Marcelo y T. Quint. Crispino, de inspeccionar con sus ojos el declive de una montaña que caía hacia el campo enemigo, ordenaron a los demás que permaneciesen dentro del real, y ellos con dos bandas de caballería, los vélites y hasta treinta líctores, marcharon a reconocer el terreno. Por casualidad, algunos númidas, acostumbrados a tender asechanzas a los que salen a escaramuzar, y, en una palabra, a todo el que su aparta del campamento, se habían emboscado al pie de la montaña. Lo mismo fue hacerles la señal el vigía de que por encima de ellos venía aproximándose a la cima de la montaña alguna tropa, que salen y, dando un gran rodeo, cortan a los cónsules y les cierran el paso para su campo. Al primer encuentro perdió la vida Marcelo y algunos otros que le acompañaban; los demás, cubiertos de heridas, se vieron precisados a huir por aquellos derrumbaderos, unos por una parte y otros por otra; y el hijo de este cónsul, también gravemente herido, salió de la refriega como por milagro. Los romanos estaban viendo desde el campo lo que ocurría, pero no pudieron acudir al socorro. Mientras unos daban voces, otros extrañaban el fracaso, unos enfrentaban los caballos y otros tomaban sus armas, la acción se concluyó. Marcelo en esta ocasión pareció más simple e incauto que prudente y hábil capitán, por cuyo motivo le vino esta desgracia. No puedo menos de apuntar a cada paso por toda mi obra a los lectores esta clase de defectos, para que adviertan que entre otros muchos en que pueden incurrir los generales éste es el más corriente, y en donde se ve más palpable la ignorancia. Porque ¿qué se puede esperar de un jefe o de un general que no sabe que el que manda ha de hallarse muy distante de toda refriega particular que no decida completamente el asunto? ¿Y qué

nos debemos prometer de un jefe que ignora que aun cuando las circunstancias le estrechen a mezclarse en una acción particular vale más que perezcan antes muchos soldados que no que alcance el daño al que gobierna? Si se ha de arriesgar algo, dice el adagio, sea antes la mano que la cabeza. Porque decir, yo no lo pensaba, o quién había de presumirse esto, es, en mi opinión, la señal más evidente de la ignorancia y falta de talento de un comandante. He aquí por qué reputo a Aníbal por gran capitán en muchas maneras. Pero especialmente se deja ver en esta: que no obstante haber pasado tantos años con las armas en la mano y haber visto tantos y tan diversos aspectos de la fortuna, su astucia engañó repetidas veces a sus contrarios en encuentros particulares; pero jamás fue él engañado, a pesar de tantos y tan considerables combates como sostuvo: tanta era la precaución que ponía en el resguardo de su persona. Y en verdad que con sobrado fundamento. Porque libre y salvo un comandante, aunque todo el ejército perezca, la fortuna le ofrecerá mil ocasiones de resarcir sus pérdidas; pero muerto éste, sucede lo mismo que a una nave sin piloto: por más que el ejército gane la victoria contra sus contrarios, nada se adelanta, porque todas las esperanzas de los particulares dependen de las de los jefes. Hemos apuntado esto para aquellos generales que, o por vanagloria, o por ligereza juvenil, o por impericia, o por menosprecio del enemigo, incurren en tales infortunios; porque las muertes de los generales siempre provienen de uno de estos defectos.

CAPÍTULO XII

Medios de que se vale Escipión durante el cuartel de invierno para conseguir la amistad de los españoles.- Edecón, Indibilis y Mandonio, poderosos caudillos de la España.- Más habilidad y prudencia se precisa para usar bien de la victoria que para vencer.- Consideración de Polibio sobre este punto.- Asdrúbal, hermano de Aníbal, derrotado por Escipión, sale de España.- Magnanimidad admirable de Escipión al rehusar el reino que le ofrecían los españoles.

Así, en España, el cónsul Escipión, sentado su cuartel de invierno en Tarragona (209 años antes de J. C.), como hemos dicho anteriormente, empezó por ganar al pueblo romano la amistad y confianza de los españoles, devolviéndoles a cada uno sus rehenes. La casualidad hizo que para esto le sirviese de mucho Edecón, poderoso régulo del país. Este príncipe, tan pronto como supo la toma de Cartagena, y que Escipión se había apoderado de su mujer y sus hijos, presumiéndose la desertión que harían los españoles al partido de los romanos, se propuso ser él el autor de esta mudanza, persuadido principalmente, a que de este modo recobraría su mujer y sus hijos, y daría a entender al cónsul que abrazaba voluntariamente el partido de los romanos sin que la necesidad le forzase. Efectivamente, sucedió así. Porque cuando ya se hallaban las tropas en cuarteles de invierno, llegó él a Tarragona con sus parientes y amigos. Acudió a una conferencia con Escipión y le dijo: que daba las mayores gracias a los dioses de que fuese él el primero de los señores del país que hubiese venido a su presencia; que los otros potentados, aunque daban la mano a los romanos, mantenían aún correspondencia con los cartagineses, y miraban con inclinación sus asuntos; pero que él había venido a entregar no sólo su persona, sino sus amigos y parientes a la fe de los romanos; en cuyo supuesto, si merecía ser admitido por su amigo y aliado, le prestaría grandes servicios, tanto en la actualidad como en el futuro: en la actualidad, porque al ver los españoles que él había sido admitido y había alcanzado lo que pedía, todos seguirían su ejemplo, llevados del deseo de recobrar sus parientes y entrar en la alianza de los romanos; y en el futuro, porque inducidos de semejante honor y humanidad, le serían unos indefectibles apoyos de las expediciones que le restaban. «Por lo cual os ruego me devolváis mi mujer y mis hijos, y contado en el número de vuestros amigos, me dejéis volver a mi casa, hasta que se presente ocasión oportuna en que yo y mis amigos mostremos cuanto esté de nuestra parte, el reconocimiento a vuestra persona y a los intereses de Roma.» Así terminó Edecón su discurso. Escipión, que ya de tiempos atrás se hallaba inclinado a esta entrega, y mucho antes había reflexionado lo mismo que Edecón le decía, entregó a

este príncipe su mujer y sus hijos, concertó con él alianza, y cuando ya tuvo ganado, por varios modos que la conversación misma le ofreció, el afecto del español y hecho concebir a sus amigos magníficas esperanzas para el porvenir, los despachó para sus casas. Divulgado prontamente este convenio, todos los pueblos del Ebro para acá que antes no favorecían a los romanos, de común acuerdo abrazaron su partido. Cumplido en esta parte el deseo de Escipión, después de haber resuelto estos asuntos, despidió las tropas navales, visto que no había quien le contrarrestase por parte del mar; pero escogió de ellos los más aptos y los distribuyó en las compañías, con lo cual aumentó el ejército de tierra.

Ya hacía tiempo que Indibilis y Mandonio, los dos más poderosos potentados de la España por aquella era, y tenidos por los más finos amigos de los cartagineses, andaban maquinando ocultamente y aguardando la ocasión de abandonarlos desde aquel lance en que Asdrúbal, bajo pretexto de asegurarse de su fidelidad, les había exigido en rehenes una gran suma de dinero, sus mujeres e hijas, como hemos dicho antes. Entonces, pareciéndoles tiempo oportuno, sacaron una noche sus tropas del campo de los cartagineses, y se retiraron a unos lugares fuertes y capaces de ponerles a cubierto. Esta deserción fue seguida de otros muchos más españoles, que disgustados ya de la altanería de los cartagineses, no aguardaban más que la primera ocasión de hacer públicas sus intenciones, desgracia que ha sucedido a otros muchos.

Hemos manifestado repetidas veces lo importante que es conducir con acierto una guerra, y superar a los contrarios en sus propósitos; pero se requiere mucha más habilidad y prudencia para usar bien de la victoria. Se encuentran muchos más ejemplos de victoriosos, que no de que hayan sabido aprovecharse de esta ventaja. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces sucedió a los cartagineses. Después de haber vencido los ejércitos romanos, después de haber muerto a ambos cónsules Publio y Cneio Escipión, en la opinión de que ya era suya la España sin disputa, trataron con dureza a sus naturales. Y ¿qué ocurrió? que en vez de aliados y amigos se crearon tantos enemigos como súbditos. Era indispensable que así ocurriese a hombres que creían que de un modo se debía conseguir el mando y de otro conservarle. No sabían que el mejor modo de conservar los imperios es mantener constantemente la misma constitución con que se estableció al principio. Es evidente, y comprobado con muchos ejemplos, que se adquiere el mando con beneficios y larguezas a sus semejantes; pero si después de conseguido se obra mal y se gobierna con despotismo, no hay que extrañar que con la mudanza de máximas en los que mandan, se cambien también las voluntades en los que obedecen. Esto es exactamente lo que entonces sucedió a los cartagineses. En tan horribles circunstancias, Asdrúbal se veía agitado de mil pensamientos sobre el éxito de los negocios que tenía a su cargo. Le acongojaba la deserción de Indibilis, le afligía la oposición y contrariedad de pareceres que reinaba entre los demás oficiales, temía la venida de Escipión, ya le parecía que le tenía delante con su ejército, veía que le habían abandonado los españoles, y que todos unánimes se habían pasado a los romanos. En vista de esto recapacitó, y decidió reunir todas las fuerzas posibles y dar una batalla al enemigo. Si la fortuna le hacía salir victorioso, decía, consultaría después tranquilamente sobre lo que había de hacer; y si quedaba vencido, se retiraría a la Galia con los restos de la acción, y tomando de allí el mayor número de bárbaros que pudiese, pasaría al socorro de Italia y correría una misma suerte con su hermano Aníbal. En estas consideraciones estaba ocupado Asdrúbal, cuando Escipión, instruido de las intenciones del Senado con la llegada de C. Lelio, saca sus tropas de los cuarteles de invierno, se pone en marcha, y encuentra sobre el camino a los españoles, que venían alegres y dispuestos a ofrecerle sus servicios. Indibilis, que con anticipación le habían avisado, cuando le vio acercarse salió del campo con sus amigos, y en la conversación que con él tuvo le refirió la amistad que había tenido con los cartagineses, le manifestó los servicios y fidelidad que siempre les había prestado, y le expuso las injurias y afrentas que había sufrido. En cuya atención le rogaba se constituyese juez de sus razones; y si hallase ser injusta la acusación que hacía contra los cartagineses, fallase seguramente que tampoco sabría guardar fe a los romanos; pero si a la vista de tantos ultrajes como había contado, la necesidad le había forzado a apartarse de su amistad, se lisonjeara de que el que ahora

abrazaba el partido de los romanos les guardaría un afecto inviolable. Dichas otras muchas más razones al mismo intento, terminó Indibilis, y tomando la palabra Escipión, le respondió que no dudaba de sus palabras, que conocía el genio altanero de los cartagineses, tanto por el desprecio que habían hecho de los otros españoles, como por la insolencia de que habían usado para con sus mujeres e hijas; por el contrario que él, habiéndolas tomado, no en calidad de rehenes, sino de prisioneras y esclavas, las había guardado tal decoro, que ni ellos con ser padres hubieran hecho acaso otro tanto. Indibilis confesó que así estaba persuadido, le hizo una profunda reverencia, y le saludó por rey. Todos los presentes aplaudieron el dicho; pero Escipión, rehusando semejante nombre, les dijo que tuviesen buen ánimo, que ellos hallarían todo buen tratamiento de parte de los romanos, y sin dilación les devolvió sus mujeres e hijas. Al día siguiente concertó con ellos un tratado, cuyas principales condiciones eran que seguirían a los cónsules romanos y obedecerían sus órdenes. Con esto se retiraron a sus respectivos campos, tomaron sus tropas, volvieron a Escipión, y acampados juntos con los romanos, marcharon contra Asdrúbal. Este general acampaba entonces en los alrededores de Castulón, cerca de la ciudad de Betula y no lejos de las minas de plata. Informado de la llegada de los romanos, cambió de campamento, donde resguardadas las espaldas con un río, tenía por delante del real un espacioso llano, que coronado todo en redondo de una colina, tenía la bastante profundidad para ponerle a cubierto y la suficiente extensión para formar el ejército en batalla. Allí permanecía quieto, contento sólo con tener apostados ciertos cuerpos de guardia sobre la colina. El primer deseo de Escipión, cuando estuvo cerca, fue batirse; pero se veía perplejo a la vista de la seguridad que la ventajosa situación prestaba al enemigo. Sin embargo, al cabo de dos días de deliberación, temiendo no viniese Magnón y Asdrúbal hijo de Giscón, y le cerrasen por todas partes, decidió probar fortuna y tentar al contrario.

Dada la orden de que estuviese pronto el ejército, él se quedó dentro de las trincheras con las demás tropas, y únicamente destacó los vélites y extraordinarios de infantería para atacar la colina y provocar a los cuerpos de guardia que había en ella. Ejecutada esta orden con vigor, el general cartaginés esperaba al principio el éxito de la refriega; pero viendo oprimidos y malparados a los suyos por el valor de los romanos, fiado en la naturaleza del terreno, saca su ejército y le forma en batalla sobre la colina. En este momento Escipión destaca allá toda la infantería ligera para apoyar a los que primero habían trabado el combate y divididas en dos mitades las tropas restantes, él con la una, dando un rodeo a la colina, acomete al enemigo por la izquierda, y entrega a Lelio la otra para que igualmente haga un ataque por la derecha. Ya se estaba efectuando, cuando Asdrúbal iba aun sacando sus tropas del campamento, porque hasta entonces había permanecido quieto fiado en el terreno, y persuadido a que jamás osarían los romanos atacarle. Por eso, invadido cuando menos lo pensaba, ya no llegó a tiempo de formar sus haces. Por el contrario, los romanos, dando sobre los flancos de los cartagineses antes que éstos hubiesen ocupado sus puestos en las alas, no sólo ascienden la colina sin peligro, sino que trabada la acción mientras que el enemigo se hallaba aun en movimiento para ordenarse, matan a los que venían a formarse acometiéndolos por el costado, y obligan a volver la espalda a los que estaban formados. Asdrúbal, según su primer propósito, cuando vio arrolladas y puestas en fuga sus tropas, no quiso empeñarse hasta el último aliento. Cogió sus tesoros y elefantes, y reuniendo de los fugitivos los más que pudo, se retiró a las inmediaciones del Tajo para atravesar los Pirineos y llegar a los galos que habitan aquella comarca: Escipión no tuvo por conveniente seguir el alcance, por temor de que los otros generales no le atacasen, pero dio licencia al soldado para que saquease el campo contrario.

Al día siguiente, congregados todos los prisioneros, en número de diez mil infantes y más de dos mil caballos, trató de su arreglo. Todos los españoles que habían tomado las armas por los cartagineses en aquella jornada, vinieron a rendir sus personas a la fe de los romanos, y en las conversaciones que tuvieron dieron a Escipión el nombre de rey. El primero que hizo esto, y le reverenció como a tal, fue Edecón, y después Indibilis siguió su ejemplo. Hasta entonces había corrido la voz sin advertirlo Escipión, pero viendo que después de la batalla todos le apellidaban rey, reparó en el asunto. Y así, habiendo hecho reunir a los españoles, les manifestó que quería que

todos le tuviesen por un hombre de ánimo real, y serio en efecto, pero que no quería ser rey ni que nadie se lo llamase, y en adelante les ordenaba lo diesen el tratamiento de general. Con justa razón admirará cualquiera la grandeza de alma de un hombre que, en la flor de su edad, y favorecido de la fortuna hasta el extremo de prorrumpir voluntariamente todos los que estaban bajo sus órdenes en la manía de proclamarle rey, con todo mete la mano en su pecho y desprecia el acaloramiento y oropel con que le quiere honrar el vulgo. Pero más se admirará aún el exceso de magnanimidad de este cónsul, si se vuelve los ojos a los últimos tiempos de su vida. Después de las expediciones hechas en España; después de haber vencido a los cartagineses y reducido bajo el poder de su patria las mayores y más bellas provincias del África, desde los altares de Fileno hasta las columnas de Hércules; después de haber conquistado el Asia, destronado los reyes de Asiria, y sometido a Roma la más hermosa y considerable parte del universo, ¿en cuántas ocasiones no se pudiera haber proclamado rey? Sin duda que en cuantos países del mundo hubiera pensado o querido. Porque ciertamente una fortuna semejante es capaz de tentar y llenar de orgullo, no digo el corazón humano, pero aun el divino, si me es lícito hablar de este modo. Con todo, Escipión fue tan superior a los demás hombres en grandeza de ánimo, que la mayor dicha que se puede conseguir de los dioses, esto es, la dignidad real, sólo le sirvió para desprecio, no obstante de habérsela ofrecido repetidas veces la fortuna; y pudo más en él la patria y la fe que la había prestado, que no la brillante y feliz soberanía.

Escipión, pues, habiendo separado del número de prisioneros a los españoles, los despachó todos a sus casas sin rescate. Ordenó a Indibilis que eligiese trescientos caballos, y el resto lo dio a los que estaban desmontados. Después, trasladado su campo al de los cartagineses por lo ventajoso del lugar; él se detuvo allí aguardando a los otros generales cartagineses, y destacó alguna tropa a las cumbres de los Pirineos para observar los pasos de Asdrúbal. Pero estando ya a fines del estío, se retiró con el ejército a Tarragona con ánimo de pasar allí el invierno.

CAPÍTULO XIII

Embajadas que llegan a Filipo de casi toda la Grecia, a causa de haberse afiliado los romanos con los etolios.- Filipo se supera a sí mismo en las desgracias.- Digresión de Polibio acerca de las ahumadas, que comprende las diferentes formas de hacer fuego, y expone la utilidad de esta invención.- Sencillez de los fuegos de los antiguos, generalmente de poco provecho.- Progresos que efectuó sobre los antiguos fuegos Eneas en sus libros De Officio Imperatoris, y lo mucho que le faltó para perfeccionarlos, no obstante mejorarlos en algún modo.- Otros progresos acerca de esta materia ideados por otros autores, pero perfeccionados por el mismo Polibio.- El ejercicio hace fáciles cosas al parecer imposibles.- Debida admiración que produce la lectura a los que no saben leer.

Llenos de soberbia los etolios con la llegada que acababan de hacer a su país los romanos y el rey Attalo (209 años antes de J. C.), tenían atemorizada toda la Grecia, e insultaban a todos por tierra, mientras que Attalo y P. Sulpicio hacían lo mismo por mar. Esto fue causa de que los aqueos fuesen a implorar el socorro de Filipo, no sólo porque temían a los etolios, sino también a Macanidas, que amenazaba las fronteras de Argos con un ejército. Los beocios, por temor a la escuadra enemiga, le pidieron tropas y quien las mandase. Los que con más instancia le rogaron tomase alguna providencia contra el enemigo, fueron los habitantes de la Eubea; el mismo ruego hicieron los acarnanios. Le llegó al mismo tiempo una embajada de parte de los epirotas. Corría la voz de que Scerdilaidas y Pleurato sacaban sus tropas a campaña, y que los truces limítrofes de la Macedonia, y especialmente los medos, tenían propósito de invadir este reino así que Filipo se alejase algún tanto. Finalmente, los etolios se habían apoderado de los desfiladeros de las Termópilas, y los habían fortificado con foso, trinchera y buenas guarniciones, persuadidos a que de esta forma cerrarían el paso a Filipo y le impedirían absolutamente llevar socorro a los aliados que

tenía de esta parte de las Pílas. Me parece que circunstancias tan críticas y tan propias para experimentar y hacer un juicio nada equívoco de las fuerzas... así intelectuales como corporales de los grandes capitanes, pararán con justa razón la atención y consideración de los lectores. Así como en las cacerías, entonces se manifiesta el ardor y valentía de las fieras, cuando las amenaza el peligro por todas partes; lo mismo sucede a los generales. Buen ejemplo nos ofrece Filipo en el comportamiento que observó por aquel tiempo. Despidió las embajadas ofreciéndoles a todas que haría cuanto pudiese, y dedicó todos sus cuidados a la guerra para observar por dónde y contra quién había de romper primero. Durante este tiempo, informado de que Attalo había pasado a Europa, y que anclado en la isla de Pepareto ocupaba la campiña, envió contra él gentes que custodiasen la ciudad. Destacó a Polifantes con un cuerpo de tropas suficiente para cubrir el país de los focenses y beocios. Despachó a Menippo con mil hombres armados de escudo, y quinientos agrianos, para defender a Calcis y el resto de la Eubea. Él se dirigió hacia Scotusa, a donde había ordenado acudir asimismo a los macedonios. Allí con la noticia que tuvo de que Attalo había fondeado en Nicea, y que los jefes etolios se habían reunido en Heraclea para conferenciar sobre el estado presente, tomó su ejército y partió de Scotusa con la mayor diligencia que pudo, para sorprender y disolver el congreso. Pero ya era tarde cuando llegó; sin embargo, taló una parte y robó otra de las mieses de los habitantes del golfo Eniense, con lo cual se volvió a Scotusa. Allí, dejado el ejército, se encaminó a Demetriades con sólo la infantería ligera y una banda de guardias de su persona, donde se detuvo para observar los propósitos de los enemigos. Y para que no se le ocultase cosa de cuantas hiciesen, envió orden a los peparetios, focidenses y eubeos, para que le avisasen de cuanto ocurriese por medio de fuegos encendidos sobre el Tiseo, monte de la Tesalia cómodamente situado para dar desde allí estos avisos. Pero puesto que el modo de hacer señales con fuegos, tan provechoso en la guerra, ha sido tratado hasta aquí con poco detalle, juzgo del caso tratarle con detenimiento, para dar de él un conocimiento correspondiente. Todos saben que la ocasión tiene una buena parte en las empresas, pero sobre todo en las que conciernen a la guerra, y para su consecución ningún invento más eficaz que el de los fuegos. Tanto lo que acaba de suceder, como lo que está sucediendo lo puede saber el curioso, aunque esté a tres o cuatro jornadas de distancia, y a veces más; de suerte que se admirará de recibir siempre el socorro con oportunidad por medio de las señales que hacen los fuegos. En otro tiempo este modo de avisar era muy sencillo, y por lo regular de ninguna utilidad a los que lo usaban. Porque para ocasionar alguna, era preciso estar convenido en ciertas señales; y como son innumerables los negocios que ocurren, los más no se podían significar por los fuegos. Por ejemplo, en el asunto mismo de que estamos tratando, era fácil advertir, estando convenidos en las señales, que había arribado una escuadra a Oreo, a Pepareto o a Calcis; pero otros acontecimientos que están sucediendo cada día sin poderse prever, y por lo mismo que son inopinados piden una rápida determinación y remedio, como una desertión, una traición, una muerte, u otra cosa semejante, estas cosas, digo, no se podían anunciar por ahumadas. Porque lo que no era posible prever, menos se podría expresar con señales. *Æneas*, de quien tenemos una obra sobre el arte de conducir los ejércitos, se propuso remediar este inconveniente. No tiene duda que hizo algún adelantamiento, pero le faltó mucho para perfeccionar la idea; y si no, véase lo que sigue.

Aquellos, dice, que se han de informar mutuamente por fuegos de lo que ocurra, deberán construir unos vasos de barro, exactamente iguales en su anchura y profundidad. Bastará que la altura sea de tres codos, y la latitud de uno. Se tomarán después unos corchos, poco menos anchos que las bocas de los vasos, y en su centro se fijará un bastón, el cual estará señalado por espacios iguales de tres en tres dedos... con alguna inscripción todo en redondo que se pueda distinguir bien en cada una de sus partes. En cada uno de estos intervalos estarán escritas aquellas cosas más notables y generales que acontecen en una guerra. Por ejemplo: en el primero, la caballería ha entrado en el país; en el segundo, la infantería pesadamente armada; en el tercero, la infantería ligera; en el cuarto, la infantería y la caballería; en el quinto, los navíos; después, los víveres, y así sucesivamente, hasta que se haya escrito en todos los espacios aquello que probablemente se

presume que sucederá, y que atento a la guerra actual puede acaecer. Hecho esto, previene el autor se pongan en ambos vasos unos cañoncitos tan sumamente iguales, que despidan igual porción de agua el uno que el otro; que se llenen los vasos de agua, y se pongan encima los corchos con sus bastones; y que después se dejen correr los cañoncitos a un tiempo. Esto así dispuesto, no hay duda que siendo iguales y semejantes las vasijas, a proporción que vaya saliendo el agua, han de ir por precisión descendiendo los corchos y ocultándose los bastones en los vasos. Cuando ya esté hecho el ensayo de todo lo que hemos dicho con igual prontitud y de concierto, entonces se llevarán los vasos a aquellos sitios en donde han de observar unos y otros las señales por los fuegos, y se pondrán en ambos los corchos con sus bastones. Después, conforme vaya sucediendo alguna cosa de las que están escritas en los bastones, se levantará un fanal y subsistirá levantado hasta que correspondan con otro de la otra parte; e informados ya unos y otros por los fanales, se quitarán, y al momento se destaparán los cañoncitos. Cuando con el descenso del corcho y del bastón haya venido a estar la inscripción de que se quiere informar a nivel con la boca del vaso, se levantará un fanal, y los de la otra parte taparán al instante los cañoncitos, y verán la inscripción que tiene el bastón enfrente del borde del vaso. Si en ambas partes se ha ejecutado con igual prontitud, unos y otros leerán lo mismo.

Este método, aunque algo diferente del anterior que se hacía por ahumadas, no obstante es imperfecto. Porque ciertamente no se puede prever todo lo que ha de ocurrir, y aunque se pudiese, era imposible escribirlo en un bastón. Y así no hay duda que, si acaeciese alguna cosa inesperada, no bastará para advertirla esta invención. Fuera de que ni aun lo mismo que se halla escrito en el bastón, está bastante especificado. Porque no se puede saber cuánta es la caballería que ha venido, cuánta la infantería, en qué parte del país se encuentra, cuántos navíos, ni cuántos víveres. Antes que sucedan estas particularidades, no se pueden prever, como ni tampoco estar de acuerdo en las señales, y entre tanto esto es lo principal del asunto. Porque ¿cómo se ha de consultar de enviar el socorro si no se sabe el número de enemigos que ha llegado, ni a qué parte? ¿Cómo confiar o desconfiar en sus fuerzas, y, en una palabra, cómo tomar sus medidas sin saber el número de navíos, ni la cantidad de víveres que ha venido de parte de los aliados? El último método tiene por autor a Cleóxenes, o como quieren otros a Demóclito, pero nosotros le hemos perfeccionado. Es cierto y determinado, de suerte que con él se puede dar parte con exactitud de todo lo que urja; pero para su manejo se requiere mayor exactitud y vigilancia. Es, pues, de este modo. Se toma todo el alfabeto por su orden, y se divide en cinco partes, cada una de cinco letras. En la última parte faltará una letra, pero esto no importa para el asunto. Después los que quieran informarse mutuamente por los fuegos, prevendrán cinco tablillas, y en cada una de ellas escribirán la parte de letras que toque por su orden. Se convendrán también entre sí en que el primero que haya de dar la señal, levantará dos fanales a un tiempo y los mantendrá levantados hasta que el otro le corresponda con otros dos. Esto servirá sólo para estar de acuerdo entre sí desde cuándo ha de empezar la atención. Quitados estos fuegos, el que ha de dar la señal levantará primero fanales a su izquierda, para significar qué tabla se ha de mirar, si se ha de mirar la primera uno, si la segunda dos, y así de las demás. Del mismo modo levantará después fanales a su derecha, para dar a entender al que reciba la señal a qué letra ha de acudir de las escritas en la tabla.

Después de convenidos en estas señales, y retirados ambos a sus respectivas atalayas, será preciso que el que da la señal tenga una dioptra con dos fistulas o cañoncitos, que con la una pueda distinguir la derecha, y con la otra la izquierda del que ha de corresponderle. Alrededor de la dioptra se pondrán rectas las tablillas, y se hará un cerco a derecha e izquierda de diez pies de ancho y la estatura de un hombre de alto, a fin de que elevados sobre él los fanales, hagan una luz nada equívoca, y bajados se puedan ocultar. Dispuesto todo de una y otra parte, cuando se quiera advertir, por ejemplo, que cerca de cien soldados auxiliares se han pasado a los enemigos, se elegirán primero aquellas voces que con menor número de letras signifiquen lo mismo; como en vez de lo dicho, kretenses ciento nos han dejado, que con la mitad menos de letras explica lo mismo. Escrito esto en una tablilla, se harán las señales de esta forma. La primera letra es una k, que está en la

segunda parte y en la segunda tablilla. Se levantarán a la izquierda dos fanales, para que el que reciba la señal entienda que ha de mirar la segunda tablilla; y cinco a la derecha, para que conozca que es una k, esto es, la quinta letra de la segunda parte, que apuntará en una tablilla. Después levantará cuatro a la izquierda, porque la letra r está en la cuarta tablilla; y dos a la derecha, porque la r ocupa el segundo lugar de la cuarta parte, que al instante debe apuntar, y así de las demás letras. Con este invento se puede anunciar cuanto suceda a punto fijo. Es cierto que es mucho el número de fanales, porque cada letra necesita ser indicada dos veces, pero para eso si se aplican los requisitos convenientes, se conseguirá lo que se desea. En uno y otro método necesitan estar ensayados de antemano los que lo han de manejar, para que, cuando llegue el caso, se puedan dar mutuamente las señales sin error. Fácilmente se convencerá cualquiera de la gran diferencia que se encuentra en una misma cosa, cuando se presenta la primera vez, o cuando ya se tiene de ella algún uso. Lo que al principio parece no sólo difícil sino aun imposible, con el tiempo y el ejercicio viene a ser lo más fácil. Entre innumerables ejemplos que se pudieran traer para prueba de esto, el más convincente es el de la lectura. Supongamos que delante de un hombre que no conoce las letras ni la gramática, pero por otra parte de buen entendimiento, se presenta un muchacho instruido en este arte, y que se le da un libro para que lea: ciertamente este hombre no se podrá persuadir a que para leer se necesita parar la atención, primero en la figura de cada letra, segundo en su valor, tercero en el nexo de una con otra, operaciones todas que cada una pide su tiempo. Y así, cuando vea que el muchacho sin detenerse y sin tomar aliento despacha cinco o siete líneas, no será fácil hacerle creer que no tenía de antemano repasada la lección. Y si a esto se añade la gesticulación, los diversos sentidos, y la diferencia de espíritus ásperos y suaves, acabará de confirmarse en que es imposible. Por tanto, no debemos desistir de lo que es útil, por dificultades que se presenten a primera vista; por el contrario, debemos poner nuestro esfuerzo, principalmente en aquello de donde depende muchas veces nuestra conservación. Con la perseverancia no hay cosa bella ni honesta que no sea asequible al hombre. Hemos dicho esto de conformidad con lo que ya hemos anunciado antes, que todas las ciencias han tomado en nuestra era tal incremento, que las más se pueden aprender por principios ciertos y sistemáticos; ventaja que compone la parte más útil de una historia bien ordenada.

CAPÍTULO XIV

De qué modo los aspacios húmedos cruzan el río Oxo, y se trasladan a pie enjuto a la Hircania con sus caballos.

El pueblo de aspacios húmedos habita entre el río Oxo y el Tanais, de los cuales el primero desemboca en el mar de Hircania, y el segundo penetra en la laguna Meotis, ambos tan caudalosos, que se pueden navegar. Parece cosa maravillosa cómo cruzan los húmedos el Oxo y entran a pie en la Hircania con sus caballos. Esto se cuenta de dos formas, la una verosímil, y la otra portentosa, aunque no imposible. Y es, que naciendo el Oxo en el monte Cáucaso, y engrosando mucho en la Bactriana con las aguas que recoge, corre por una llana campiña con ancha y cenagosa madre; y cuando llega a unos peñascos escarpados que hay en cierto desierto, despide con tanta fuerza el agua por ser tanta y caer desde tan alto, que salva más de un estadio las peñas que están por debajo. Por este sitio arrimados a la misma peña y por bajo de la violencia del río, dicen que los aspacios pasan a pie a la Hircania con sus caballos. El otro modo tiene fundamento más verosímil que el anterior. Cuentan que el lugar donde viene a despeñarse el río tiene unas grandes concavidades que la violencia del agua ha socavado; y habiéndose abierto un paso muy profundo, corre por bajo de tierra un corto espacio, y vuelve después a descubrirse. Por este lugar que deja en seco, los bárbaros que conocen el país atraviesan a caballo a la Hircania.

CAPÍTULO XV

Victoria del rey Antíoco lograda contra el rebelde Eutidemo.-Valor que demostró el rey en el combate.

Llegada la noticia de que Eutidemo acampaba con su ejército en torno a Taguria (209 años antes de J. C.), y que en las márgenes del Ario había diez mil caballos para defender el paso, Antíoco, desesperanzado del asedio, tomó la decisión de atravesar el río y dirigirse directamente al enemigo. Distaba de allí el río tres días de camino. Los dos primeros los anduvo a un paso moderado, pero el tercero después de cenar ordenó a la falange que al amanecer levantase el campo, y él con la caballería, la infantería ligera y diez mil rodeleros se puso en marcha durante la noche con diligencia. Tenía noticia de que la caballería enemiga cubría las márgenes del río durante el día, pero por la noche se retiraba a cierta ciudad, distante poco menos de veinte estadios. Andado el camino que le restaba en el silencio de la noche, como que iba por terreno llano y cómodo para la caballería, cuando amaneció tenía ya del otro lado del Ario la mayor parte del ejército que le acompañaba. La caballería bactriana, informada de lo sucedido por sus vigías, acudió al socorro, y se encontró con el enemigo sobre el camino. El rey, viéndose en la precisión de tener que recibir el primer choque de los contrarios, anima a los dos mil caballeros que solían pelear alrededor de su persona; ordena a los demás que se formen por banderas y escuadrones y que ocupe cada uno su puesto acostumbrado; y él, saliendo al encuentro con los dos mil caballos, viene a las manos con los primeros que se presentan. Dicen que Antíoco sobresalió en esta jornada más que ninguno. Muchos perdieron la vida de una y otra parte, pero la primera banda de caballería bactriana fue vencida. Entrada en la acción la segunda y la tercera, arrollaron y pusieron en mal estado a los del rey; pero entonces Panetolo, ordenando avanzar a su caballería cuya mayor parte tenía ya formada en batalla, sacó al rey y a los suyos del peligro en que se hallaban, y obligó a volver la espalda a los bactrianos que acometían de tropel y sin orden. Los enemigos, viendo que Panetolo venía en su alcance, y que había muerto la mayor parte de los suyos, no pararon hasta que se reunieron con Eutidemo. Los del rey, después de haber hecho una gran carnicería, y haber capturado muchos prisioneros, se retiraron, y pasaron aquella noche en las márgenes del río. En esta batalla mataron un caballo a Antíoco, y él recibió un golpe en la boca que le quitó algunos dientes. En una palabra, en esta jornada fue donde adquirió más renombre su valor. Después de la batalla, Eutidemo acobardado se acogió con el ejército en Zariaspa, ciudad de la Bactriana.

LIBRO UNDÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Penetración de Asdrúbal, hermano de Aníbal, con su ejército en Italia.- Victoria que sobre él obtienen los romanos.- Completa derrota de este general.- Magnanimidad con que se porta en el combate, conforme en todo a sus anteriores acciones.- Consideración de Polibio acerca de este suceso.- Diversidad de efectos en Roma con la noticia de la victoria.

No hallando Asdrúbal en nada de esto cosa que le satisficiera (208 años antes de J. C.), y viendo por otra parte que no admitían dilación los negocios, porque los enemigos formados en batalla venían avanzando, se vio forzado a ordenar sus españoles y los galos que le acompañaban. Situó al frente los diez elefantes que tenía, aumentó el fondo de sus líneas para que todo el ejército ocupase un corto espacio, y puesto él en el centro de la formación detrás de las fieras, atacó la izquierda del enemigo, decidido a vencer o morir en esta jornada. Livio se adelantó fiero al enemigo, y trabada la acción con toda su gente, peleó con denuedo. Claudio, que mandaba el ala derecha, ni podía pasar adelante ni rodear al enemigo por la espalda, sirviendo de obstáculo la desigualdad del terreno, en la cual fiado Asdrúbal había empezado el ataque por la izquierda. Le tenía inquieto esta inacción, cuando el lance mismo le advirtió lo que tenía que hacer. Toma sus gentes del ala derecha, da un rodeo por detrás del campo de batalla, y puesto de parte allá de la izquierda del ejército romano, ataca en flanco a los cartagineses que peleaban sobre sus fieras. Hasta entonces estuvo dudosa la victoria. Se peleaba en competencia por ambas partes, porque ni a unos ni a otros quedaba esperanza de vida, si eran vencidos. Los elefantes prestaban igual servicio a unos que a otros, porque cogidos entre los dos ejércitos y acibillados de saetas, confundían ya las líneas de los romanos, ya las de los españoles. Pero lo mismo fue carear Claudio por la espalda, que perder la acción el equilibrio. Atacados los españoles por detrás y por delante, los más quedaron sobre el campo mismo de batalla. De los elefantes, seis fueron muertos con sus conductores, y los cuatro restantes, que habían roto las líneas, fueron capturados después solos y desamparados de los indios que los gobernaban. Asdrúbal, tanto antes como ahora en el último trance de su vida, se portó como bueno, y perdió la vida en el combate. Pero no es razón que dejemos de hacer el elogio de un tan grande hombre.

Ya hemos dicho antes que fue hermano natural de Aníbal, y que éste, al partir para Italia, le encargó el gobierno de España. Hemos visto también cuántas batallas haya dado a los romanos, con cuántas y cuán diversas dificultades haya tenido que luchar por causa de los jefes que de cuando en cuando enviaba Cartago a España, cómo en todas estas revueltas se portó siempre como digno hijo de Barca, y cómo sobrellevó con firmeza y generosidad todos los reveses y menoscabos. Ahora sólo hablaremos de sus últimos combates, en los cuales a mi entender merece principalmente que se pare la consideración y se procure imitarle. Se ve que los más de los generales y reyes cuando entran en una batalla general, únicamente se proponen la gloria y utilidad que lograrán ganada la victoria, y sólo paran la atención y echan cuenta cómo se portarán con cada uno, caso que las cosas salgan según sus deseos; pero jamás se les ponen por delante las derrotas, ni extienden la consideración a cómo se conducirán y qué harán en un revés de la fortuna; y esto, porque lo uno se presenta por sí mismo, y lo otro pide mucha previsión. Por eso los más por esta falta de reflexión y este no contar con las desgracias, han sufrido ignominiosos descalabros a pesar del valor de sus soldados, han echado un borrón a sus anteriores acciones, y han sacado un oprobio para el resto de sus días. Es fácil convencerse de que muchos generales han sido víctimas de este descuido, y que en esta previsión consiste principalmente la diferencia que va de hombre a hombre. La edad pasada nos presenta innumerables ejemplos de iguales casos.

Asdrúbal, por el contrario, mientras tuvo probables esperanzas de poder hacer alguna cosa

digna de sus primeras expediciones, de nada cuidó más en los combates que de su propia conservación; pero cuando ya, falto de todo recurso para el futuro, le tuvo la fortuna encerrado en el último apuro, sin omitir cosa, sea en los aprestos, sea en la misma batalla, que pudiese contribuir a la victoria, no dejó por eso de premeditar, caso que fuese vencido, cómo se avendría con la adversa fortuna, sin sufrir cosa que deshonrase la vida pasada. Se ha dicho esto en gracia de los que gobiernan ejércitos, para que ni desmientan las esperanzas de los que están fiados a su cargo, por exponerse temerariamente, ni a la derrota añadan la infamia e ignominia por demasiado amor a la vida.

Los romanos, después de obtenida la victoria, saquearon al momento el real enemigo, degollaron como a víctimas a incontables galos, que la borrachera tenía tendidos en sus cañizos, y recogieron el restante despojo de los prisioneros, de cuya venta entraron en el erario más de trescientos talentos. Murieron de los cartagineses no menos de diez mil, contando los galos, y de los romanos alrededor de dos mil. Se hicieron prisioneros algunos principales cartagineses; los demás fueron pasados a cuchillo.

Llegada a Roma la noticia, al principio no se dio crédito, por lo mismo que se deseaba tanto. Pero después que con la venida de muchos se supo no sólo la victoria, sino sus circunstancias, toda la ciudad se dejó llevar de un gozo inmoderado, todo lugar sagrado fue adornado, todo templo lleno de tortas y víctimas, y, en una palabra, se concibió tan buen ánimo y confianza, que se creyó que Aníbal, a quien hasta entonces se había temido tanto, ya no estaba dentro de Italia.

CAPÍTULO II

Avance de Filipo hacia los pantanos de Triconida.- Sus sacrílegos saqueos.

Filipo, en su avance hacia los pantanos de Triconida, llegó a Therme, en cuya ciudad se elevaba un templo dedicado a Apolo, y saqueó todas las sagradas ofrendas que había respetado en la primera invasión, dominándole, como en otras ocasiones, la violencia de su carácter. Dejarse arrebatar por el odio a los hombres hasta ser sacrílego con los dioses, es la prueba más segura de colmo de demencia.

CAPÍTULO III

Ellopium y Phytoeum.

Ellopium, ciudad de Etolia...

Phytoeum, ciudad de Etolia...

CAPÍTULO IV

Embajadores del rey Ptolomeo, de Rodas, de Bizancio y de otras ciudades a los etolios.- Discurso que uno de éstos les hace, en nombre de toda la Grecia, para que desistan de la guerra contra Filipo, acuerden la paz, y se prevengan de los consejos de los romanos.- Ratificación de los embajadores de Filipo sobre los finales que sobrevendrían en el futuro a la Grecia.

«Los hechos mismos, varones etolios, están manifestando, en mi opinión, que ni el rey Ptolomeo, ni Rodas, ni Bizancio, ni Chío, ni Mitilene miran con indiferencia vuestra amistad. No es esta la vez primera ni la segunda que os hemos hablado sobre la paz. Por el contrario, desde que emprendisteis la guerra siempre os hemos estado instando, sin dejar perder ocasión de recordaros esto mismo, atentos por ahora a la ruina próxima de vos y de los macedonios, y deseosos para el

futuro de remediar con tiempo los males que amenazan a vuestra patria y al resto de la Grecia. Así como ocurre en el fuego, que si una vez llega a prender en materia combustible, ya no es posible evitar su efecto, sino que a medida que sopla el viento y se enciende la materia que sirve de pábulo, va tomando cuerpo, y frecuentemente el mismo autor viene a ser sin saber cómo el primero que prueba su violencia; lo mismo sucede en la guerra: una vez encendida, las primeras víctimas son los mismos que la han suscitado, de allí pasa a asolar sin motivo cuanto encuentra, y como si cobrara siempre nuevas fuerzas, va creciendo con la necesidad de los pueblos contiguos, a manera de si le soplara el viento. En esto supuesto figuraos, varones etolios, que presentes todos los griegos, tanto insulares como habitantes del Asia, os ruegan que abracéis la paz y depongáis la guerra, pues también a ellos ha cundido el daño, y que os piden que toméis mejor acuerdo y creáis sus consejos. Porque si sólo hicierais una guerra perjudicial (en el supuesto de que rara es la que no lo sea), pero por otra parte os fuera gloriosa, tanto en el motivo que dio a ella principio como en el honor que os resultaría después de su terminación, ya entonces se os pudiera perdonar una emulación tan laudable; pero si es la más vergonzosa de todas, si os cubre de infamia y atrae la execración de todos, ¿pide acaso madura reflexión el asunto? Diré francamente lo que siento; y vosotros, si sois cuerdos, recibiréis con paciencia mis palabras. Pues más importante es un oprobio en tiempo que os salve del peligro, que una lisonja que después os pierda, y envuelva a toda la Grecia en vuestra ruina.

»Ved ahora el error en que estáis. Decís que mantenéis la guerra contra Filipo, para que los griegos no le presten vasallaje; pero con esta guerra esclavizáis y arruináis la Grecia. Esto es exactamente lo que contienen los tratados que habéis concertado con los romanos, tratados que existentes antes únicamente en los archivos, ahora vemos puestos en ejecución; tratados que si escritos sólo os cubrían de ignominia, practicados ahora la hacen pública a todo el mundo. Por otra parte, Filipo aquí no es más que una ilusión y vano pretexto de la guerra, pues que a él no se le sigue perjuicio, mientras que recae todo el daño sobre sus aliados, los pueblos de la mayor parte del Peloponeso, los beocios, eubeos, focenses, locros, tesalos y epirotas. He aquí una de sus condiciones: Que los hombres y muebles pertenecerán a los romanos, y que las ciudades y tierras serán para los etolios. Vosotros, después de tomada una plaza, no sufriréis que se ultraje a hombres libres, ni prenderéis fuego a las ciudades, porque creeréis que esto es una crueldad y acción propia de bárbaros; pues con todo habéis terminado un tal tratado, que abandona a los bárbaros el resto de la Grecia, y la entrega a las afrentas y ultrajes más vergonzosos. Hasta aquí nadie sabía estos vuestros propósitos, pero ahora con lo que acaba de ocurrir a los oritas y a los infelices eginetas, los ha visto todo el mundo; tomando adrede la fortuna por su cuenta representar en público teatro vuestra imprudencia. Tales han sido los principios y sucesos que hasta aquí han pasado de la guerra; ahora, si todo corresponde a vuestros deseos, ¿qué debemos esperar de su conclusión, sino que será el origen de los mayores males para toda la Grecia?

Efectivamente, al punto que los romanos se desembaracen de la guerra que tienen en Italia (lo que se verificará bien pronto, estando como está Aníbal encerrado en un rincón del Abruzo), no hay duda que atacarán después la Grecia con todas sus fuerzas, en la apariencia para auxiliaros contra Filipo, pero en la realidad para someterla toda a su dominación. Una vez dueños de ella, si nos tratan con benignidad, para ellos será todo el lauro y reconocimiento; y si nos tratan con rigor, todos los despojos de los muertos y el haber de los vivos vendrá a su poder. Entonces vosotros llamaréis a los dioses por testigos, cuando ni los dioses querrán, ni los hombres podrán daros socorro. Debierais haber previsto desde el principio todos estos males, esto os hubiera tenido mucha cuenta, pero pues que muchas cosas futuras se escapan a la comprensión humana, ahora os estaría bien que, infiriendo lo que ocurrirá por lo que pasa, tomaseis mejor acuerdo en lo porvenir. Nosotros no hemos dejado de decir o hacer cuanto correspondía a verdaderos amigos sobre el estado presente, y os hemos dicho con libertad nuestro sentir sobre el futuro. Sólo resta suplicaros y exhortaros que no perjudiquéis la libertad y salud de vosotros mismos ni la del resto de la Grecia.»

Visto que este discurso había hecho alguna impresión sobre el espíritu de muchos, se ordenó

entrar a los embajadores de Filipo, quienes en pocas palabras manifestaron que tenían dos órdenes de su soberano: la una para admitir con gusto la paz si los etolios la deseaban; y cuando no, otra para retirarse, poniendo por testigos a los dioses y a los embajadores que allí se hallaban, de que no se debía atribuir a Filipo, sino a los etolios, la causa de lo que después sucediese a la Grecia.

CAPÍTULO V

La dignidad castrense y los aqueos.

Existen ciertamente tres medios para ser dignos del cargo de general los que por su razón y juicio lo obtienen. Es el primero la lectura de la historia y la sabiduría que con ello se adquiere; el segundo, los preceptos de los hombres hábiles en el arte del mando; el tercero, la costumbre y experiencia propias. Los jefes de los aqueos ignoraban en absoluto todos estos conocimientos.

Así emulados por el fausto e intemperancia de otros, la mayor parte de los soldados afectaban cuidadoso esmero en elegir su vestido y amistades, y con frecuencia empleaban en su persona y traje un lujo superior a su fortuna; pero a las armas ninguna atención prestaban.

CAPÍTULO VI

Actitud equivocada de muchos hombres.

En verdad la mayoría de los hombres no procura imitar los actos serios de los personajes, sino sus niñerías, y de esta suerte exponen a los ojos del mundo su ligereza.

CAPÍTULO VII

El adorno y resplandor de las armas sirve de espanto al enemigo.- Los aqueos, persuadidos por Filopemen, sustituyen el esplendor de las armas en vez del esmero que antes ponían en los vestidos.- Batalla campal de Machanidas contra Filopemen.- Ventaja que el tirano obtiene al principio.- Derrota y muerte que sufre más tarde por el inmoderado deseo de vencer.

Decía Filopemen, mucho contribuye el brillo de las armas para aterrar al enemigo, y mucho importa para el servicio el que estén bien construidas. Por eso sería sumamente conveniente que el cuidado que ahora se pone en los trajes, se pusiese en las armas; y por el contrario, el descuido que ha habido hasta aquí en las armas, se trasladase a los vestidos. De esta forma ahorrarían los particulares muchos gastos a su casa, y podrían subvenir mejor a los públicos del Estado. En este supuesto conviene que el que ha de salir a una expedición o a una campaña, cuando se vaya a poner las botas repare si le están bien ajustadas y más brillantes que los zapatos y calzas; y que cuando tome el escudo, el peto o el morrión, examine si estos arneses están más limpios y aseados que su capote y su túnica. Porque una nación que aprecia más el bien parecer que las cosas útiles, bien da a conocer por sí misma lo que hará en una batalla. En una palabra, les pedía se persuadiesen a que la nimiedad en el vestido es propia de mujeres, y de mujeres no muy recatadas; pero el coste y brillantez en las armas conviene a hombres buenos, que se proponen defender su propia gloria y la de la patria. Todos los que se hallaban presentes aprobaron lo que decía Filopemen, y aplaudieron la prudencia del que les exhortaba; de suerte que lo mismo fue salir del consejo, se tildaba con el dedo a los nimiamente adornados, y se llegó a echar a algunos de la plaza. Pero donde mejor se observó esta reforma fue en las expediciones y campañas.

Tanto puede una palabra dicha a tiempo por un hombre de autoridad, que a voces no sólo nos retrae del vicio, sino que nos impele a la virtud; sobre todo si la vida particular del que aconseja

corresponde a las palabras, porque entonces no pueden menos de tener el mayor imperio sus persuasiones. Éste era precisamente el carácter de Filopemen, sencillo en el vestir, parco en la comida, moderado en el culto de su persona, comedido y nada mordaz en las conversaciones. Su principal preocupación durante toda la vida fue decir siempre verdad. Por eso, la menor palabra que profiriera, aunque fuese por incidencia, se le daba el mayor crédito. Como en todas partes presentaba por modelo su conducta, necesitaba pocas razones para persuadir a los oyentes. Y así, pocas palabras, junto a la autoridad y peso de sus consejos, bastaban muchas veces para destruir los más largos y al parecer más bien fundados razonamientos de sus antagonistas en el gobierno.

Finalizada la asamblea, todos se retiraron a sus ciudades, sumamente gozosos con lo que habían oído al pretor, y persuadidos a que mientras él estuviese al frente de los negocios, no ocurriría cosa adversa a la República. Filopemen partió sin demora para las ciudades, para visitarlas con mucha prolijidad y cuidado. En cada una reunía al pueblo y le ordenaba... lo que había de hacer. Por último, después de haber empleado ocho meses no completos en aprestar y disciplinar sus tropas, reunió un ejército en Mantinea para defender contra Machanidas la libertad de todo el Peloponeso.

Machanidas, que confiaba mucho en sus fuerzas, creyó que aquella expedición de los aqueos le venía muy a cuento. Y así, lo mismo fue saber que los contrarios se habían congregado en Mantinea, que exhortados sus lacedemonios en Tejea, conforme lo pedían las circunstancias, dirigirse allá al día siguiente al rayar el día. Conducía él mismo el ala derecha de la falange, a uno y otro costado iban en la misma línea de la vanguardia los soldados mercenarios, y detrás se seguían los carros cargados de multitud de catapultas y dardos. Al mismo tiempo Filopemen sacó su ejército de Mantinea, dividido en tres trozos. Los ilirios, los coraceros, todos los extranjeros y la infantería ligera salieron por la puerta que conduce al templo de Neptuno: la falange por la que seguía después hacia el Occidente, y la caballería urbana por la contigua a ésta. Lo primero que hizo fue ocupar con la infantería ligera una colina bastante elevada frente a la ciudad, que dominaba el camino llamado Jenis y el templo de Neptuno, situar en su proximidad los coraceros mirando al Mediodía, y junto a éstos colocar los ilirios. Detrás de estas tropas estaba formada la falange sobre una línea recta, y dividida de trecho en trecho por cohortes a todo lo largo del foso que por medio de los campos de Mantinea se dirige al templo de Neptuno y llega hasta los montes que limitan con el país de los elisfios. No lejos de la falange, sobre el ala derecha, formaba la caballería aquea al mando de Aristeneto el Dimeo, y él ocupaba la izquierda con todos los extranjeros, cuyas líneas estaban sin intervalos. Una vez que llegó la hora del combate y los enemigos estuvieron a tiro, Filopemen recorrió los intervalos de la falange alentándola con palabras, pocas por cierto, pero eficaces para el caso. La mayor parte de lo que dijo no se le entendió, porque el afecto y confianza que en él tenía el soldado, hizo concebir tal ardor y excitó tal alegría en las tropas, que como impelidas de una especie de entusiasmo, animaban por el contrario ellas a su general, y le pedían las llevase al enemigo. En resumen, todo lo que se esforzaba hacerlas entender, siempre que podía, era que había llegado el caso que iba a decidir, o de una abominable y vergonzosa servidumbre, o de una libertad gloriosa y memorable para siempre. Machanidas, al principio simulaba querer atacar el ala derecha del contrario, puesta a lo largo su falange; pero cuando estuvo próximo y a una distancia proporcionada, hizo doblar hacia la derecha sus tropas, y prolongando su derecha hasta darle un frente igual a la izquierda de los aqueos, situó las catapultas de trecho en trecho delante de todo el ejército. Filopemen conoció bien que su intención era disparar piedras con las catapultas sobre las cohortes de la falange, e incomodada ésta, provocar la confusión en todo el ejército. Por eso, sin darle tiempo ni lugar, ordenó empezar la acción con vigor por los tarentinos hacia el templo de Neptuno, sitio llano y cómodo para maniobrar la caballería. A la vista de esto, Machanidas tuvo que hacer lo mismo y destacar allá sus tarentinos.

Así fue que al principio se trabó el combate con vigor por sólo estas gentes; pero acudiendo poco a poco la infantería ligera a sostener los que peligraban, en breve tiempo se vio empeñada toda la tropa extranjera de una y otra parte. Como se peleaba de cerca y de hombre a hombre, la batalla estuvo por largo tiempo tan dudosa, que ni el resto de las tropas que estaba esperando el evento

podía distinguir hacia qué lado iba a parar el polvo, porque los combatientes se habían separado mucho... de los puestos que habían ocupado al principio. Pero al fin prevalecieron los extranjeros del tirano, que eran más en número y tenían más aptitud en el manejo de las armas. Con razón ocurrió esto entonces, y es muy regular que siempre así ocurra. Porque cuanto exceden en las batallas campales los soldados de una República a los que obedecen a un tirano, otro tanto sobrepujan y son superiores las tropas que ganan sueldo de los tiranos respecto de las que se ponen al servicio de las repúblicas. La razón de esto es, porque así como las tropas naturales de una República pelean por la libertad, y las de un tirano por afirmar más su servidumbre, así también las extranjeras de una República se animan únicamente por el sueldo pactado, en vez de que las de un tirano se obstinan por el daño manifiesto que se les sigue. Porque una República, después de deshechos los que maquinaban contra su libertad, ya no se sirve de extranjeros para conservarla; pero un tirano, cuanto más ambicioso, tantas más tropas extranjeras necesita; porque cuantas más injusticias hace, tantos más insidiadores tiene contra su vida. La seguridad de los tiranos estriba por lo común en el afecto y poder de la tropa extranjera.

Así sucedió entonces, que la tropa extranjera de Machanidas luchó con tanta obstinación y valentía, que ni los ilirios ni los coraceros que entraron a sostener los extranjeros pudieron sufrir su ímpetu, sino que arrollados todos, emprendieron la huída de tropel hacia Mantinea, que distaba de allí siete estadios. En esta ocasión todo el mundo vio probada con evidencia aquella máxima tan controvertida por algunos, que los más de los sucesos de la guerra... provienen de la pericia o impericia de los generales. No hay duda que es grande habilidad, después de bien iniciada una acción, hacer que corresponda el éxito; pero mayor lo es aún después de haber tenido lo peor en el primer encuentro, estar sobre sí, advertir con serenidad las imprudencias del victorioso y aguardar la ocasión de sacar partido de sus defectos. Se ven frecuentemente generales que, victoriosos ya en su opinión, poco después han sido derrotados completamente; y otros que, habiendo empezado al parecer con desgracia, han sabido por su astucia hacer cambiar de aspecto las cosas y conseguir una victoria inesperada. Esto es exactamente lo que entonces sucedió a nuestros dos generales. Después de puesta en fuga la tropa extranjera de los aqueos y derrotada su ala izquierda, Machanidas, en vez de persistir en su propósito, rodear con una parte de los suyos el costado enemigo y atacar con otra de frente para intentar el éxito de la acción, todo lo contrario: sin poderse contener, y llevado del ardor juvenil, se mezcla con sus extranjeros y sigue el alcance de los que huían, como si el miedo mismo en los que una vez vuelven la espalda, no fuera bastante a hacerlos correr hasta las puertas de la ciudad.

Filopemen, por el contrario, hizo cuanto pudo para contener a sus extranjeros, y animó a los oficiales llamándolos por su nombre; pero después que los vio enteramente desalojados, no por eso se turbó ni emprendió la huida, no por eso se desalentó ni desistió de la empresa: nada menos que eso; se metió en una de las alas de la falange, y luego que el enemigo hubo dejado vacío el campo donde había sido la refriega, por seguir el alcance, ordena volver a la izquierda de las primeras cohortes de la falange, y avanza allá corriendo sin perder el orden. Ocupado rápidamente el sitio que Machanidas había abandonado, a un mismo tiempo cortó la retirada a los que perseguían los extranjeros y quedó dominando el ala de los enemigos. En este estado exhortó su falange a tener buen ánimo y permanecer allí hasta que se diese la señal de acometer unida. A Polibio ordenó que recogiese los ilirios, coraceros y extranjeros que habían quedado y emprendido la huida, que se apostase al costado de la falange y observase con vigilancia la vuelta de los que habían marchado al alcance. Los lacedemonios, engreídos con la ventaja de su infantería ligera, avanzan sin esperar orden contra los aqueos, puestas en ristre sus lanzas. Cuando ya estuvieron junto al borde del foso, sea que estando ya tocando con los contrarios no era tiempo de cambiar de resolución, sea que para ellos fuese objeto de desprecio un foso de fácil bajada, sin gota de agua y sin ninguna maleza, lo cierto es que ellos se arrojaron por él sin reflexión ni reparo.

Filopemen, lo mismo fue presentársele la ocasión de obrar con ventaja que ya de mucho antes tenía prevista, ordena a la falange enristrar las lanzas y cerrar contra el enemigo. Efectuado el

ataque a un tiempo y con gritos espantables, muchos lacedemonios que al bajar al foso habían perdido la formación, emprendieron la huída por temor al enemigo que los oprimía desde arriba. Una gran parte quedó muerta en el mismo foso, unos a manos de los aqueos y otros por los suyos propios. Este suceso no se debe atribuir al azar u ocasión, sino a la penetración del general. Porque Filopemen desde el principio se había cubierto con el foso, no por evitar el combate, como algunos se imaginaban, sino porque como buen capitán había reflexionado atentamente que si llegado Machanidas hacía pasar el foso a sus tropas sin haberle antes reconocido, sucedería precisamente a su falange lo que hemos dicho y entonces acreditó la experiencia; y si, conocida la dificultad de salvarlo, se arrepentía, y por miedo rompía el orden de batalla, se acreditaría de poco experimentado, por haber dado la victoria al enemigo sin combate general, y haber sacado para sí solo la ignominia. En este error ya han caído otros muchos generales, los cuales después de formados en batalla, no creyéndose con fuerzas bastantes para contrarrestar al enemigo, unos por el ventajoso terreno que ocupaba, otros por el número de tropas que tenía, y otros por otras causas, poco peritos en el arte militar, han deshecho el orden de batalla, en la opinión de que vencerían fiados en su retaguardia, o que se alejarían del enemigo sin peligro; falta la más vergonzosa... que puede cometer un general.

Pero a Filopemen todo le salió como tenía previsto, porque los lacedemonios huyeron a banderas desplegadas. Viendo entonces a su falange victoriosa, y que todo le salía a medida del deseo, acudió a lo que le faltaba por coronar la acción, esto es, a no dejar escapar al tirano. Informado de que se hallaba con sus extranjeros en aquel paraje del foso que está enfrente de la ciudad, neciamente empeñado en seguir el alcance, y cerrado el camino de volver a los suyos, se puso a esperarle. Machanidas, a la vuelta de la persecución, advirtió que su ejército huía, y conociendo entonces el error que había hecho y que todo lo había perdido, ordenó en forma de cuña a los extranjeros que con él estaban, e intentó así estrechado atravesar por medio de los enemigos, que desmandados andaban siguiendo el alcance. Al principio se le unieron algunos, en la opinión de que así salvarían la vida. Pero cuando ya cerca advirtieron que los aqueos guardaban el puente del foso, entonces desanimados le abandonaron, y cada uno cuidó de salvarse como pudo. A este momento el tirano, desesperanzado de atravesar el puente, echó a correr a lo largo del foso, para buscar con diligencia algún paraje.

Filopemen conoció a Machanidas en la púrpura y en el jaez del caballo, y dejando a Anaxidamo con orden de custodiar el puente con cuidado y no dar cuartel a ningún extranjero, pues por ellos se aumentaba cada día más la tiranía en Esparta, él con Polieno el Cipariense y Simias, entonces sus confidentes, atraviesa al otro lado del foso y va costeanado de frente al tirano y otros dos que le acompañaban, Anaxidamo y un extranjero, para impedirles el paso. Lo mismo fue hallar Machanidas un paraje cómodo para pasar, que metiendo espuelas al caballo, hacerle dar un brinco y saltar del otro lado. Pero a este tiempo, encarándose a él Filopemen, le da un bote de lanza, y volviéndole a segundar de rebote otro golpe con la asta, mata al tirano. Lo mismo hicieron con Anaxidamo los que acompañaban a Filopemen; el tercero, desesperanzado de poder pasar, emprendió la huida, mientras mataban a los otros dos. Después de lo cual, Simias despojó los dos muertos, y quitando las armas y la cabeza al tirano, se dirigió corriendo a enseñársela a las tropas que perseguían al enemigo, para que, cercioradas de su muerte, siguiesen sin recelo y con más confianza el alcance de los contrarios hasta Tejea. Esto contribuyó tanto a inspirar ardor en los soldados, que se apoderaron de rebato de esta ciudad, y dueños ya de la campaña sin disputa, acamparon al día siguiente en las márgenes del Eurotas. Así los aqueos, que después de mucho tiempo no habían podido arrojar al enemigo de su país, talaban entonces impunemente toda la Laconia. De éstos murió poca gente en la batalla; pero de los lacedemonios quedaron sobre el campo lo que menos cuatro mil, sin contar muchos más que fueron hechos prisioneros, y sin el bagaje todo y las armas, de que también se apoderaron.

CAPÍTULO VIII

Alabanza de Aníbal y consideración de Polibio acerca de la disciplina de sus tropas en los campamentos.

Ciertamente no se puede por menos de admirar el talento, el valor y la pericia de Aníbal en acamparse, al considerar el número de años que mantuvo la guerra, las batallas generales y particulares que dio, los sitios de plaza que puso, las ruinas de ciudades que ocasionó, las difíciles coyunturas en que se vio, y, en fin, el cúmulo de propósitos y operaciones que excogitó en el espacio de dieciséis años continuos que llevó las armas contra los romanos dentro de Italia, sin dejar de tener jamás sus tropas a campo raso. Ni se puede dejar de aplaudir el que, como sabio gobernador, supiese mantener obedientes y observar tan exacta disciplina a sus tropas, que jamás se excitase alboroto ni entre sí mis-mas ni contra su persona. No obstante que su ejército se componía, no digo de una nación, sino de un conjunto de pueblos, africanos, españoles, celtas, fenicios, italianos y griegos, entre quienes no mediaba ley, costumbre, lenguaje u otro vínculo de naturaleza; con todo, su astucia hizo que tantas y tan diversas naciones se redujeran al mandato de un solo jefe y obedeciesen a una sola voluntad; y eso que no le fue siempre una misma la fortuna, pues aunque muchas veces le sopló favorable, algunas la tuvo adversa. A la vista de esto, con justa razón aplaudirá cualquiera la habilidad de Aníbal en el arte de la guerra, y podrá proferir sin reparo, que si después de haber empezado sus expediciones en las otras partes del mundo, por remate hubiera ido a Roma, no le hubiera desmentido ninguno de sus proyectos; pero como comenzó por donde debiera haber terminado, allí tuvieron cuna y sepulcro sus empresas.

CAPÍTULO IX

Batalla perdida por Asdrúbal, hijo de Giscón, frente a Publio Escipión.- Dos ardides que emplea este general para la victoria.- Uno con que coge desapercibido al enemigo, y otro que le inutiliza lo más escogido del ejército.

Habiendo recogido Asdrúbal sus tropas de las ciudades donde se hallaban invernando (207 años antes de J. C.), se puso en marcha, y acampó al pie de una montaña, no lejos de cierta ciudad llamada Elinga, donde bien atrincherado, tenía frente a sí una llanura cómoda para un encuentro o una batalla. Se componía su ejército de setenta mil infantes, cuatro mil caballos y treinta y dos elefantes. Escipión despachó a M. Junio Silano a Colichas para tomar las tropas que éste le tendría prevenidas, las cuales consistían en tres mil hombres de a pie y quinientos de a caballo. Todos los demás aliados se le incorporaron en el camino, conforme iba marchando a su destino. Una vez que estaba inmediato a Castulón y en las cercanías de Becula, encontró aquí a Silano con la gente que Colichas le enviaba. En este estado empezó a darle mucha inquietud la actualidad de los negocios. Por una parte las legiones romanas, sin las aliadas, no eran suficientes para dar una batalla; por otra, arriesgar un trance decisivo fiado en sus aliados, le parecía peligroso y demasiado expuesto. En esta incertidumbre estaba, cuando forzado de la necesidad decidió valerse de los españoles, de tal modo, que sólo sirviesen para aparentar al enemigo y dar la batalla con sus propias legiones. Tomada esta resolución, hizo levantar el campo a todo el ejército, que se componía de cuarenta y cinco mil infantes y cerca de tres mil caballos; y una vez que estuvo próximo y en presencia del enemigo, sentó el campo sobre unas colinas que se hallaban a su vista.

Magón, juzgando que era buena ocasión de dar sobre los romanos mientras sentaban los reales, toma la mayor parte de su caballería y a Massanisa con los númidas, y se dirige contra el campamento romano, persuadido a que hallaría a Escipión desprevenido. Pero éste, que ya de antemano tenía previsto lo que había de ocurrir, había emboscado al pie de cierta eminencia un número de caballos igual al de los cartagineses; los cuales, cargando de improviso y cuando menos

se pensaba, aunque de momento hicieron volver la espalda a muchos que después fueron despeñados por sus caballos en la huida, con todo, el resto se hizo fuerte y peleó con valor. Pero al fin no pudiendo sostener la agilidad de los romanos en apearse de sus caballos, muertos muchos de ellos, tuvieron que retroceder después de alguna resistencia. Al principio se retiraron en buen orden; pero perseguidos por los romanos, abandonaron sus filas y huyeron de tropel al campamento. Este suceso aumentó el ardor de los romanos para la batalla, y desanimó a los cartagineses. Sin embargo, por espacio de algunos días después estuvieron sacando ambos generales sus tropas al medio del llano, hubo varias escaramuzas entre la caballería e infantería ligera de una y otra parte, y ensayados ya unos y otros, decidieron llegar a un combate decisivo.

Entonces Escipión se valió de dos estratagemas. Como acostumbraba a retirarse de su campamento más tarde que Asdrúbal, había observado que éste ponía los africanos en el centro y los elefantes sobre ambas alas. Él, llegado el día en que se había propuesto pelear, en vez de situar sus romanos al frente de los africanos y colocar los españoles sobre las alas, hizo todo lo contrario; formación que contribuyó infinito a los suyos para la victoria, e incomodó no poco a los enemigos. Al rayar el día dio orden por sus edecanes para que todos los tribunos y soldados comiesen, y tomadas las armas saliesen fuera del campo. Obedecida la orden rápidamente por presumirse todos lo que sería, destacó por delante la caballería e infantería ligera, para que, aproximándose al campamento contrario, escaramucease con vigor. Él, con la infantería, avanzó al salir el sol, y puesto en medio de la llanura, ordenó sus haces al contrario que antes, situando a los españoles en el centro y a los romanos sobre las alas. Como la caballería se aproximó de improviso al real enemigo, y el demás ejército se presentó formado a su vista, los cartagineses apenas tuvieron tiempo para tomar las armas. De suerte que Asdrúbal, desprevenido, se vio forzado a enviar de prisa y en ayunas su caballería y los armados a la ligera contra la caballería romana, y entretanto ordenar su infantería cerca del pie de la montaña, en aquel mismo sitio que tenía por costumbre. Hasta cierto tiempo estuvieron quietas las legiones romanas; pero una vez que fue entrado el día, como la refriega de los armados a la ligera estuviese dudosa e indecisa, porque a medida que eran oprimidos se retiraban a sus respectivas falanges y reemplazaban otros su puesto, Escipión recogió adentro por los intervalos de las cohortes a los que escaramuceaban, y distribuidos sobre ambas alas, primero los vélites y después la caballería a espaldas de los que ya estaban formados, avanzó contra el enemigo, presentándole al principio todo el frente. Cuando ya estuvo a distancia de un estadio, ordenó a los españoles que sin perder la formación fuesen avanzando del mismo modo, y a las cohortes y manípulos del ala derecha que tornasen a la derecha, y los de la izquierda a la izquierda.

En este momento Escipión en el ala derecha, y Luc. Marcio y Mar. Junio en la izquierda, tomaron las tres primeras escuadras de caballería, los vélites, que iban siempre por delante según costumbre, y los tres primeros manípulos, lo cual todo compone una cohorte romana; y tornando aquel sobre su izquierda y éstos sobre su derecha, avanzaron en columna y se dirigieron a paso redoblado al enemigo, yéndose uniendo a los primeros con la misma conversión los que venían detrás. Ya se hallaban éstos no lejos de los contrarios, cuando los españoles, que ocupaban el frente, distaban aún un buen espacio, porque marchaban lentamente. Entonces Escipión atacó a un tiempo ambas alas cartaginesas con sus legiones romanas puestas en columna, según se había propuesto al principio. Las demás evoluciones, por las cuales los que se seguían se iban incorporando sobre una misma línea recta con los que estaban delante, y viniendo a las manos con el enemigo, parecían opuestas las unas a las otras, bien se las considerase en general de ala a ala, bien en particular de la infantería a la caballería. Porque en el ala derecha, la caballería y los armados a la ligera, conforme se iban uniendo por la derecha con los que estaban delante, procuraban extenderse para rodear al enemigo, y la infantería, por el contrario, iba entrando en formación por la izquierda: en vez de que en el ala izquierda, la infantería iba ocupando sus puestos por la derecha, y la caballería con los armados a la ligera por la izquierda. De suerte que por esta maniobra la caballería y los armados a la ligera de una y otra ala pasaron, los de la derecha a la izquierda, y los de la izquierda a la derecha. Pero no era esto lo que atraía la atención de Escipión; más cuidado le daba ver cómo podría rodear

al enemigo. Y a la verdad pensaba con acierto; porque no basta saber las evoluciones si no se sabe adaptarlas al caso presente.

En esta batalla sufrieron mucho los elefantes, que asaetados por los vélites y la caballería, y acosados por todas partes, no hacían menos daño a los amigos que a los enemigos. Porque corriendo de una parte a otra sin guía, atropellaban a los que se ponían por delante de uno y otro ejército. Por lo que hace a la tropa, ya estaban rotas las alas de los cartagineses, cuando el centro donde estaban los africanos, la flor del ejército estaba aún mano sobre mano. Porque ni podían, abandonando su puesto, acudir al socorro de las alas por temor de que no se echasen encima los españoles, ni les era dable, permaneciendo en él, contribuir en algo a la victoria, por no estar a tiro los contrarios del frente para venir a las manos. Esto no obstante, las alas, de quienes dependía por una y otra parte el éxito de la acción, se batieron con valor por algún tiempo; pero cuando el calor estuvo en su fuerza, los cartagineses, como que habían salido contra su gusto y sin tener tiempo para tomar un bocado, empezaron a desfallecer; en vez de que los romanos, superiores en fuerzas y buen ánimo, tenían por la prudencia de su jefe la especial ventaja de haber puesto en contraste la flor de los suyos... con lo más débil de los enemigos. Al principio Asdrúbal, estrechado, se fue batiendo en retirada; después, arrollado todo el ejército, se acogió al pie de la montaña; y finalmente, perseguido con viveza, huyó de tropel al campamento, de donde sin duda hubiera sido al instante desalojado si algún dios no hubiera venido en su socorro. Pero levantándose una furiosa tempestad, cayó una lluvia tan copiosa y abundante, que apenas pudieron los romanos volver a sus trincheras.

CAPÍTULO X

Ilurgia.

Ilurgia, ciudad de España...

CAPÍTULO XI

Avaricia de los romanos.

Así las llamas consumieron a muchos romanos que andaban en busca de plata y oro derretidos.

CAPÍTULO XII

*Grande inconveniente y embarazo en que pone a Escipión la sedición de una parte de su ejército.-
Ardid de este general para hacer venir los amotinados a Cartagena y aprehender a los cabecillas.-
Discurso de Escipión a los amotinados.- Perdón de la muchedumbre y castigo severo de los autores.*

Aunque ya con bastante experiencia en los negocios, Escipión, sin embargo, jamás se vio más confuso y afligido que cuando supo la sedición de las tropas romanas (207 años antes de J.C.) Y con razón: porque así como entre las incomodidades del cuerpo, las exteriores, como el frío, el calor, el cansancio y las heridas, se pueden precaver antes que sucedan, y remediarse con facilidad después de ocurridas, las interiores, como los tumores y enfermedades que dentro del cuerpo se engendran, con dificultad se pueden prever, y con dificultad curar después de originadas; lo mismo se ha de juzgar de un Estado o de un ejército. Es fácil, tomándose el trabajo, prevenir y remediar los malos propósitos y guerras exteriores; pero los bandos, sediciones y alborotos que se originan dentro de un Estado es muy difícil curarlos. Esto pide una grande habilidad y maña extraordinaria. No obstante, existe un antídoto, en mi opinión adaptable a todo ejército, república o cuerpo político, y es no dejar jamás descansar los miembros por mucho tiempo ni estar mano sobre mano, sobre todo si hay

prosperidad y abundancia de lo necesario. Pero Escipión, que a una singular vigilancia unía la astucia y la actividad, para remediar el daño se valió de este expediente. Reunió los tribunos, les dijo que ofreciesen a los soldados la paga de sus sueldos; y para que no se dudase de su promesa, que los impuestos con que antes contribuían las ciudades para la manutención del ejército, éstos ahora se cobrasen públicamente y con maña, a fin de que todos se persuadiesen que esta recolección se hacía para satisfacerles las pagas. Para ello quiso que los tribunos fuesen otra vez a los amotinados y los exhortasen a corregir su error y venir al general cada uno de por sí, si así lo querían, o todos juntos para cobrar sus raciones. Después de efectuado esto, dijo, el tiempo mismo dictará lo que se ha de hacer en adelante.

Tomado este arbitrio, sólo se pensó en recoger el dinero. Cuando ya supo Escipión que los tribunos habían notificado la orden que se les había dado, reunió el consejo para deliberar lo que se había de hacer. Todos estuvieron de acuerdo en que se fijase día dentro del cual compareciesen todos en Cartagena; que se perdonase a la multitud, pero que se castigase con rigor a los autores en número de treinta y cinco. Llegado el día y venidos los rebeldes para efectuar la pacificación y recibir sus sueldos. Escipión previno en secreto a los siete tribunos que antes habían mediado en el concierto que saliesen a recibirles, y repartidos los autores de la rebelión, cada uno se llevase consigo cinco, los saludasen amistosamente, les ofreciesen su casa para dormir, y aun cuando no aceptasen, al menos los convidasen para merendar o cenar con ellos. Tres días antes había ordenado a las tropas que con él estaban que hiciesen provisión para muchos días, pues tenían que ir con Silano contra Indibilis, que había dejado el partido de Roma. Esta nueva hizo más insolentes a los rebeldes, ya que así se persuadían a que una vez marchadas las tropas dispondrían de todo a su arbitrio con el general.

Una vez que estuvieron próximos a la ciudad, intimó la orden a las tropas que se hallaban dentro a partir al día siguiente al amanecer; y a los tribunos y prefectos les previno que después que hubiesen salido enviasen por delante los primeros bagajes, pero ordenasen hacer alto a la tropa sobre las armas, la distribuyesen después por cada una de las puertas y cuidasen de que ninguno de los sediciosos saliese de la ciudad. Los tribunos que tenían el encargo de salir a recibirles, después que los encontraron trataron con mucho agasajo a los autores, y se los trajeron consigo, como estaba dispuesto. Se les había ordenado que a todos los cogiesen a un mismo tiempo, y después de cenar los atasen y custodiasen, sin dejar salir a ninguno de los que estaban dentro más que a aquel que había de llevar al general toda la noticia de lo sucedido con cada uno. Ejecutada así la orden por los tribunos, Escipión al día siguiente al amanecer, viendo a los sediciosos reunidos en la plaza, llamó a junta. Lo mismo fue hacerse la señal, que todos concurrieron según costumbre, suspensos los ánimos hasta ver al general y saber lo que ocurría. Entonces Escipión, que ya había enviado orden a los tribunos que custodiaban las puertas para traer sus tropas sobre las armas y rodear la asamblea, se presentó, y de momento todos se sorprendieron. Pues como le creían enfermo, al verle ahora de repente bueno y sano, les aterrorizó su semblante.

En este tenor comenzó a hablarles: «No acabo de comprender qué disgustos os he dado, o qué ventajas os han ensoberbecido para intentar esta deserción. Tres son las causas por donde el hombre se lanza a rebelarse contra la patria y contra los jefes: o por tener alguna queja y sentimiento de los que le mandan, o por no estar contento con la situación actual, o por aspirar a fortuna mayor y más placentera. Pregúntoos ahora: cuál de éstas os ha movido? ¿Estabais disgustados conmigo porque no os daba vuestras raciones? Pero yo en esto no tengo la culpa; porque cuando ha estado en mi mano, nunca os ha faltado el sueldo; si alguna existe, es en Roma, que no satisface ahora lo que os está debiendo después de tanto tiempo. ¿Y será éste bastante motivo para rebelaros y tomar las armas contra la patria, que os ha criado y alimentado? ¿No valdría más que hubierais acudido a mí, o que hubierais implorado el socorro e intercesión de vuestros amigos? A mi parecer, éste era camino más acertado. Que aquellos que están a sueldo de una república extraña la abandonen, vaya enhorabuena; pero que lo hagan hombres que sostienen la guerra por sus personas, sus mujeres e hijos, éste es un crimen irremisible. Esto es como si un hijo, por creerse agraviado de su padre en

punto a intereses, marchase con las armas a quitar la vida a aquel de quien él la ha recibido. Por otra parte, ¿os he mandado mayores trabajos, ni expuesto a mayores peligros que a los demás? ¿He repartido mayor parte del botín entre los otros? No me parece que os atreveréis a decir semejante cosa, y aun cuando os atrevieseis no podríais justificarlo. Pues ahora bien: ¿qué sentimiento tenéis contra mí para haberme abandonado? Esto quisiera saber, porque me parece que nada tenéis que decir ni aun pensar contra mi conducta.

»Por otra parte, el estado presente de los negocios tampoco os puede haber molestado. Porque ¿cuándo mayor prosperidad? ¿Cuándo se vio Roma con mayores ventajas? ¿Ni cuándo sus tropas con más lisonjeras esperanzas que ahora? Acaso me dirá alguno de estos desconfiados que se presentan mayores ganancias y más sólidas esperanzas entre los enemigos. ¿Y qué enemigos son éstos? ¿Son acaso Indibilis y Mandonio? Pero ¿quién no sabe que éstos se pasaron a nosotros cuando ya habían vendido a los cartagineses; y ahora, faltando a la fe del juramento, se han tornado nuestros enemigos? ¡Grande hazaña por cierto! sobre la fe de semejantes hombres haberos constituido traidores de la propia patria. Vosotros de ningún modo esperaríais llegar a apoderaros de España; porque ni unidos con Indibilis, ni obrando por sí propios, seríais capaces de hacernos frente. ¿Pues qué miras eran las vuestras? Porque deseo saberlas. ¿Era la habilidad y valor de los capitanes que ahora habéis elegido lo que fundaba vuestra confianza? ¿O los fasces y hachas que les preceden? Pero es indecoroso hablar más sobre la materia. Nada de esto es, romanos; no tenéis cosa grande ni pequeña que oponer a vuestro general ni a vuestra patria. Yo no hallo otra disculpa de que echar mano para justificaros con Roma y conmigo mismo que aquella común a todos los hombres; a saber: que toda multitud es fácil de ser seducida, que con facilidad se deja llevar a cualquier exceso, y que el pueblo y la mar son susceptibles de unas mismas impresiones. Así como ésta inocente y quieta por su naturaleza, si una vez se ve impelida por la violencia de los vientos, se porta ella con los navegantes a medida de la agitación que recibe de aquellos, del mismo modo el pueblo obra siempre con sus jefes según los cabezas y consejeros que le influyen. En este supuesto, todos los oficiales del ejército y yo os concedemos ahora el perdón y os damos nuestra palabra de no volvernos a acordar de lo pasado; pero inexorables con los autores de la rebelión, estamos resueltos a imponerles una pena condigna a la ofensa que han hecho a su patria y a nosotros mismos.»

Apenas había terminado Escipión, cuando se hizo la señal para que la tropa que rodeaba la asamblea, puesta sobre las armas, hiciese ruido con las espadas en los escudos. Inmediatamente fueron conducidos atados y desnudos los autores de la rebelión. La multitud cobró tanto miedo con la tropa que estaba alrededor y con el espectáculo que tenía a la vista, que mientras unos eran azotados con varas, y otros acogotados con hachas, ni mudó el semblante, ni profirió la más mínima palabra; por el contrario, todos quedaron inmóviles y sin chistar, aterrados con lo que sucedía. Mientras que los cabezas de la sedición, atormentados y muertos, eran arrastrados por medio de la asamblea, el general y demás oficiales iban tomando la palabra a los demás soldados de que jamás recordarían a los sediciosos lo pasado; y éstos iban jurando uno por uno, en manos de los tribunos, que obedecerían las órdenes de sus jefes y no maquinarian jamás cosa contra Roma. Así reprimió Escipión con su prudencia una rebelión que pudo ser origen de grandes males, y restableció sus tropas a su antiguo estado.

CAPÍTULO XIII

Incurción de Escipión contra Indibilis y otros españoles que le habían abandonado.- Victoria sobre los rebeldes, con la que, terminadas las expediciones de España, regresa a Roma para recibir el triunfo.

Convocadas a junta sus tropas en la misma Cartagena (207 años antes de J. C.), Escipión hizo un discurso sobre la audacia y perfidia de Indibilis; y con las muchas razones que aportó sobre el asunto, avivó el ardor de la multitud contra este príncipe. Les hizo relación de los combates que

antes habían sostenido contra los españoles y cartagineses juntos, siendo éstos quienes mandaban las armas; y que si entonces habían salido siempre vencedores, ahora que sólo tenían que pelear contra los españoles conducidos por Indibilis, no había que dudar de la victoria. Atento a esto, dijo, no he querido valerme para esta empresa del auxilio siquiera de un español, sino echar mano de los romanos solos, para que sepa el mundo que no hemos deshecho y arrojado de España a los cartagineses con ayuda de los españoles, como algunos piensan, sino que es nuestro valor y ardimiento el que ha vencido a los cartagineses y celtíberos. Después de lo cual los exhortó a vivir concordes y marchar a esta expedición con más confianza que a otra alguna, pues a su cargo quedaba la victoria con el auxilio de los dioses. Con esto los soldados cobraron tal ardor y espíritu, que al mirarlos a la cara se creería que se hallaban ya en presencia del enemigo y a punto menos de venir a las manos. Dicho esto, despidió la asamblea.

Al día siguiente levantó el real y se puso en marcha. Transcurridos diez días llegó al Ebro, y a los cuatro de haberlo cruzado acampó a la vista del enemigo, mediando sólo un valle entre los dos campamentos. Al día siguiente, después de haber ordenado a C. Lelio tener pronta la caballería y a los tribunos tener dispuestos los vélites, echó al valle algún ganado del que venía en pos del ejército. No bien los españoles se hubieron lanzado sobre la presa, cuando destacó allá algunos vélites, que, venidos a las manos y sostenidos de una y otra parte con más gente, armaron en el valle una atroz escaramuza de infantería. Lelio, que según la orden tenía prevenida la caballería, pareciéndole esta buena ocasión de echarse encima, ataca a los que escaramuceaban, les corta la comunicación con el pie de la montaña y derrota la mayor parte de los que andaban desmandados por el valle. Este accidente irritó a los bárbaros, quienes, por no parecer vencidos y que rehusaban un trance general, sacaron al amanecer toda su gente y la ordenaron en batalla. Escipión, aunque ya estaba dispuesto para el combate, sin embargo, como vio que los españoles bajaban imprudentemente al valle y que ordenaban en el llano no sólo la caballería, sino también la infantería, se detuvo un rato a fin de que los enemigos formasen la mayor parte. Porque, aunque contaba con su caballería, fiaba aún más en su infantería, la cual en las batallas ordenadas y a pie firme era muy superior, ya en armas, ya en valor, a la de los españoles.

Así que le pareció que ya era tiempo, él se situó al frente de los contrarios, que estaban ordenados al pie de la montaña, y sacando de su campo cuatro cohortes bien unidas, las envió contra la infantería enemiga que había bajado al valle. En este momento, C. Lelio con la caballería avanza por las colinas que desde el campo de batalla se extendían hasta el valle, da por la espalda sobre la caballería contraria y la obliga a pelear con él. Con esto la infantería enemiga, privada del apoyo de su caballería en cuya confianza había bajado al valle, era estrechada y oprimida, bien que también a la caballería alcanzaba la misma suerte. Porque encerrada en un paso angosto y apurada por todas partes, mataba más de sus mismas gentes que la que mataban los romanos, ya que su propia infantería la incomodaba por los costados, la de los contrarios de frente y la caballería por la espalda. En esta especie de combate perdieron la vida casi todos los que bajaron al valle; pero la infantería ligera que estaba formada al pie de la montaña y imponía la tercera parte de todo el ejército emprendía la huida, y con ella Indibilis, que se salvó en un lugar fortificado. Escipión, después de haber puesto fin a los asuntos de España, alegre sobremanera fue a Tarragona para llevar desde allí a su patria el más glorioso triunfo y la más memorable victoria. Con el anhelo de no llegar tarde a las elecciones de los cónsules, después de haber arreglado todo lo tocante a España y entregado el mando del ejército a Silano y Marcio, se hizo a la vela para Roma con Lelio y otros amigos.

CAPÍTULO XIV

Antíoco, contrariado por la lentitud de la guerra que sostenía contra los sublevados, admite en su gracia a Eutidemo por mediación de Teleas.

Entretanto, Eutidemo sostenía con el embajador de Antíoco que su amo no tenía razón para empeñarse tanto en arrojarle del reino; que él jamás le había faltado a la fe, antes bien, había quitado la vida a los descendientes de otros que contra él se habían rebelado, y de esta forma se había apoderado de la Bactriana. Después de expuestas muchas más razones sobre este asunto, rogó a Teleas que mediase con Antíoco para un ajuste y le exhortase amistosamente a no quitarle el nombre y dignidad de rey, pues de no condescender a sus ruegos, ni uno ni otro estarían seguros; que un gran número de nómadas estaban próximos a entrar en el país, cuya irrupción amenazaba a entrambos; y si una vez llegaban a estar dentro, convertirían en bárbaros a todos los naturales. Dicho esto, despachó a Teleas con la embajada para Antíoco. El rey, que ya hacía días que andaba buscando modo de concluir la guerra, se alegró con el mensaje de Teleas y dio oídos con gusto a las proposiciones de paz. Después de muchas idas y venidas de este embajador a uno y otro soberano, Eutidemo envió a su hijo Demetrio para ratificar el tratado. Antíoco le recibió bien, y pareciéndole que el joven merecía el reino por su presencia, su trato y aire majestuoso, le prometió una de sus hijas en matrimonio y concedió a su padre el título de rey.

Una vez que estuvieron puestas por escrito las demás condiciones del tratado y firmada la alianza con juramentos, se puso en marcha, habiendo antes provisto de víveres el ejército con abundancia y tomado para sí los elefantes que tenía Eutidemo. Superado el monte Cáucaso, penetró en la India y renovó la amistad con el rey Sophagaseno. Aquí aumentó el número de sus elefantes, de suerte que llegó a tener ciento cincuenta; volvió a proveer el ejército de víveres y levantó el campo, dejando a Androstenes el Ciziceno para conducir el dinero que este rey le había prometido. Cruzada la Arachosia pasó el río Erimantes, y entró por la Drangiana en la Carmania, donde por aproximarse ya el invierno, puso en cuarteles sus tropas. Tal fue el éxito que tuvo la expedición de Antíoco en las provincias superiores; expedición por la que no sólo sometió a su obediencia los sátrapas de las provincias superiores, sino también las ciudades marítimas y potentados de esta parte del Tauro; expedición por la cual su valor y actividad aseguró el reino y puso en respeto a todos sus vasallos; de suerte que por ella se hizo digno de reinar, no sólo en los países del Asia, sino en los de la Europa.

CAPÍTULO XV

Advertencia del autor.

Quizá llamará la atención que no ponga sumario en este libro como en los anteriores, y que emplee la exposición que agrupa los acontecimientos por olimpiadas. No lo he hecho por juzgar inútil el método de los sumarios, que atraen la atención de los lectores y facilitan encontrar lo que se busca; pero observo que esta costumbre va cayendo en desuso, y acudo al procedimiento ahora empleado. Con la exposición se consigue lo mismo que con el sumario, y bajo algunos puntos de vista es ventajosa. Unida además al cuerpo de la historia, ocupa un sitio más a propósito. Por ello he preferido aplicarla en mi obra, a excepción de los cinco primeros libros, donde puse sumarios por ser allí más convenientes.

CAPÍTULO XVI

Carácter de ciertos discursos.

Los discursos pronunciados eran especiosos, y la verdad nunca tiene, dicho está, este carácter...

CAPÍTULO XVII

Utilidad de ciertos relatos.

Pero ¿qué utilidad saca el lector de las narraciones de guerras, combates, asedio y toma de ciudades reduciendo los habitantes a servidumbre, si al mismo tiempo no se le dicen las causas que en cada circunstancia determinan los triunfos de unos y las derrotas de otros? La sencilla narración de los hechos tiene frívolo interés, mientras el juicioso examen del ideal que preside a las empresas es fructífero para quien desea instruirse, y más aún la exposición detallada de la forma en que cada asunto es conducido para que sirva de guía al atento lector.

CAPÍTULO XVIII

Declaraciones de Publio Escipión.

Una vez expulsados los cartagineses de España, todo el mundo celebraba la fortuna de Publio Escipión, aconsejándole el descanso y la tranquilidad, puesto que había concluido la guerra. «Felicito- dijo- a quienes tales esperanzas abrigan; por mi parte, ahora es cuando más me ocupo del giro que va a tomar la guerra contra Cartago. Hasta aquí eran los cartagineses quienes la hacían a los romanos; pero hoy proporciona a éstos la fortuna ocasión favorable para declararla a Cartago.»

CAPÍTULO XIX

Un juicio sobre el decir de Publio Escipión.

Así Publio Escipión, insinuante en las conversaciones, tan ameno y hábil fue en una con Siphax, que pocos días después dijo Asdrúbal a éste: «Paréceme Publio más temible hablando que peleando.»

LIBRO DUODÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad de Hippón.- Otras ciudades y pueblos.

Hippón, ciudad de Lybia...

Tabraca, ciudad de Lybia... Sus habitantes llamábanse tabracianos.

Singa, cuyos habitantes llamábanse singeanos...

Asimismo Polyhistor, en el lib. III de su Tratado sobre África, cita, como Demóstenes, una ciudad africana llamada Chalcea, pero comete un error, pues Chalcea no es ciudad, sino una fábrica donde se trabaja el bronce.

Existe en las inmediaciones de Syrtes una comarca llamada Byssatida, la cual tiene dos mil estadios de circunferencia y figura circular.

CAPÍTULO II

Particularidades sobre los lotos africanos.

Los lotos son árboles de poca elevación, retorcidos y espinosos; sus hojas verdes se asemejan a las del espino, pero son un poco más largas y oscuras; el fruto, cuando empieza a formarse, se parece en el color y en lo grueso a las bayas blancas del mirto cuando están maduras. Al entrar en sazón toma color escarlata y adquiere un grosor casi igual al de las aceitunas redondas; el hueso es muy pequeño. Cógese el fruto cuando está maduro, y triturado, se le hace cuajar en unas vasijas para servir de comida a los esclavos, o quitándoles el hueso, se les conserva para alimento de los hombres libres. Tiene sabor parecido a los higos silvestres y a los dátiles, y el olor es desagradable. Triturándolo y mezclado con agua se hace un vino de suave y agradable gusto. Bébenle también puro y sin agua; pero esta bebida no se puede conservar más de diez días, por lo cual los habitantes del país la preparan a medida que la consumen. Con este fruto se hace también vinagre.

CAPÍTULO III

Desconocimiento y excesiva credulidad de Timeo cuando trata de los animales de África.- Extraordinaria ficción de este autor acerca de la ferocidad de los animales de Córcega, y diferencia entre el conejo y la liebre.- Razón por que parecen feroces los animales de esta isla.- En Córcega numerosos animales, y en Italia los cerdos, son conducidos al son de trompeta.

Del mismo modo que el África es un país de una fertilidad admirable, así también se puede decir que Timeo, cuando nos la describe toda arenisca, seca e infructuosa, se acredita no sólo de ignorante en la historia de esta región, sino de superficial, imprudente y del todo entregado a antiguas hablillas que no merecen ningún crédito. Lo mismo que digo de la fertilidad de la tierra, digo de los animales. Pues es tanta la multitud de caballos, bueyes, ovejas y cabras que se cría en este país, que no sé si se podrá hallar igual en lo restante del mundo. La causa de esto es que como muchos pueblos del África ignoran el cultivo de la tierra, se mantienen de los ganados, y con ellos pasan la vida. Pero ¿quién no conoce que se dan aquí elefantes, leones, fuertes leopardos, hermosos búfalos y grandes avestruces, animales todos de que carece la Europa, y el África está llena? Con todo, Timeo, sin hablar siquiera una palabra de esto, parece que adrede se propuso contarnos lo contrario a la verdad.

La misma inconsideración con que habla del África demuestra asimismo por lo tocante a la isla de Córcega. De ésta, hablando en el libro II de su Historia, dice: «Se encuentran en ella muchos animales salvajes, como cabras, ovejas, bueyes, ciervos, liebres, lobos y algunos otros; los habitantes se ejercitan en la caza de estas bestias, y no tienen otra ocupación durante toda su vida.» Pero lo cierto es que en esta isla no se halla animal alguno salvaje, a excepción de la zorra, el conejo y la oveja silvestre. El conejo, visto de lejos, parece una pequeña liebre, pero después de capturado se encuentra en él una notable diferencia en la figura y el gusto. Nace comúnmente debajo de tierra. El que todos los animales de Córcega parezcan fieros consiste en que, como la isla está cubierta de árboles y llena de precipicios y montañas, los pastores no pueden seguir sus rebaños cuando están pastando. Aunque si hallan un lugar de buenos pastos y quieren llamar allí su ganado, tocan una trompeta, y al momento acuden al son de la de su propio pastor, sin equivocarse. Cuando alguna arriba a la isla y ve a las cabras y bueyes estar pastando solos, si intenta atraparlos, como no están acostumbrados a dejar aproximar a la gente, emprenden la huida. Entonces el pastor, si ha visto el desembarco, toca la trompeta y todos acuden corriendo en tropel a su sonido. He aquí por qué parecen salvajes, y por qué Timeo habló sin fundamento por falta de examen. Que los animales obedezcan al son de una trompeta no es de admirar. Porque en Italia los que crían puercos no los tienen en pastos separados, ni los porquerizos van detrás de sus manadas como en la Grecia, sino que van delante tocando de tiempo en tiempo una corneta, al son de la cual sigue y va acudiendo el ganado; y cada manada está tan acostumbrada a distinguir la de su pastor, que admira y parece increíble la primera vez que se oye. Como en la Italia se consume y gasta mucha carne de puerco, se cría en ella mucho de este ganado, pero sobre todo en la antigua Italia, en la Etruria y la Galia, donde se veía a una cerda haber criado mil lechones y a veces más. Fuera de las pocilgas están separados por sexos y por edades. De que proviene que, para el caso en que muchas manadas concurren a un mismo sitio, y por no poder estar separadas lleguen a mezclarse unas con otras, sea a la salida, sea en los pastos, o sea a la vuelta, los porquerizos, para distinguirlas sin pena ni trabajo, han excogitado la corneta, al son de la cual, con sólo ponerse uno de un lado y otro de otro, ellos por sí se separan los hatos y se van en pos de sus propias cornetas con tanta rapidez que ninguna fuerza ni obstáculo es capaz de contener su carrera. En Grecia, cuando las manadas pastando por los bosques se llegan a mezclar unas con otras, aquel que más puercos tiene, cuando halla la ocasión mete e incorpora en su hato los del vecino. Otras veces se los hurta el ladrón que está emboscado, sin poder conocer el porquerizo cómo faltan, a causa de la distancia que suele haber entre él y el ganado, a quien ha alejado el ansia de hallar el fruto cuando comienza a caer del árbol. Pero de esto baste.

CAPÍTULO IV

Rebatimiento de lo que manifiesta Timeo acerca de la colonia de los locros en Italia.- Ascendencia que traen éstos de los locros de Grecia, mas sin mediar entre ellos alianza.- Cien familias nobles que existieron entre unos y otros.- La doncella Fialefera perteneció a los locros epizefirios.- Engaño de los antiguos locros para convenirse con los sicilianos.

En verdad he estado muchas veces en la ciudad de Locros, y he hecho a sus moradores servicios considerables. Por mí se libraron de ir a la expedición de España. Por mí se eximieron de enviar a los romanos para la guerra de Dalmacia las tropas de mar que debieran según el tratado. También ellos, libres por mí de vejaciones, peligros y gastos no pequeños, me han tributado todo honor y agasajo en reconocimiento. De suerte que más motivos tengo para hablar bien de los locrenses, que para lo contrario. Con todo, esto no me debe impedir de que diga y siente que la historia que trae Aristóteles de su colonia es más verdadera que la que cuenta Timeo. Porque me consta, por confesión de los mismos naturales, que la relación que hace Aristóteles es conforme a la tradición que han recibido de sus mayores, y no la de Timeo. Para esto alegan las pruebas siguientes.

Primeramente, que toda la honra y nobleza que se conserva entre ellos de sus mayores, proviene de las mujeres y no de los hombres. Por ejemplo, se reputa entre ellos por nobles a aquellos que descienden de las que llaman las cien familias. Estas cien familias son aquellas a quienes los locrenses habían ya concedido este honor antes de salir a poblar a Italia, y de las cuales se elegían por suerte, en cumplimiento de un oráculo, las cien doncellas que se habían de enviar a Troya todos los años. De estas mujeres algunas vinieron con la colonia, cuyos descendientes hasta el día de hoy están tenidos por nobles, y son llamados oriundos de las cien familias.

Vamos ahora a lo que entre ellos se llama Fialefera, cuya historia es de esta forma. Cuando desalojaron a los sicilianos de este puesto de Italia que ahora ocupan ellos, había la costumbre entre estos pueblos de presidir en los sacrificios el más noble e ilustre ciudadano. Los locrenses, que no habían recibido de sus padres rito alguno, tomaron de los sicilianos, entre otras, esta costumbre, y la observaron después sólo con la modificación de que en vez de un joven fuese una doncella la Fialefera, por provenir la nobleza entre ellos de las mujeres. Dicen que no tienen alianza alguna con los locrenses de Grecia, ni han oído jamás que la tuviesen; pero saben por tradición que la tenían con los sicilianos. Acerca de esta confederación cuentan que cuando llegaron por primera vez a Sicilia habían hallado a los sicilianos apoderados de este país que ellos habitan ahora, y que amedrentados los naturales, se habían visto forzados a recibirlos y a concertar con ellos estos pactos: que vivirían en buena armonía, y el país sería común a unos y otros mientras que ellos pisasen esta tierra y trajesen cabezas sobre los hombros. Formalizados estos convenios, dicen que los locrenses, antes de hacer el juramento, habían metido un poco de tierra entre la suela de sus zapatos, y habían puesto ocultas sobre sus hombros cabezas de ajos; y que después, arrojando la tierra de los zapatos y las cabezas de ajos de los hombros, habían desalojado a los sicilianos del país a la primera ocasión que habían tenido. Esto dicen los locrenses de su establecimiento.

CAPÍTULO V

Un testimonio de Timeo.

Manifiesta Timeo el Tauromenitano en el noveno libro de su Historias «No era antiguamente costumbre hereditaria en los griegos tener a su servicio esclavos comprados»; y escribe además: «Objeto fue Aristóteles de públicas censuras por el error que cometió en su tratado sobre las costumbres de los locrenses. Efectivamente, las leyes de este pueblo prohibían tener esclavos».

CAPÍTULO VI

Declaración de Timeo: «La rectitud es de esencia de la regla, y la verdad de la Historia.»- Opinión de Polibio acerca de esta expresión.- La falsedad, o proviene de la falta de conocimientos o de la voluntad.

De igual manera que la regla, dice Timeo, que sea más corta, que sea menos ancha, con tal que sea recta, siempre es regla y merece este nombre, y por el contrario, si la falta esta cualidad esencial, todo lo puede ser menos regla; así también la Historia, sea el que fuere su estilo y disposición, o tenga cualquier otro defecto en sus partes integrales, como guarde verdad, merece el nombre de Historia; pero si ésta le falta, es indigna de semejante nombre. Convengo en que en esta clase de escritos ha de reinar siempre la verdad, y aun yo mismo he manifestado en cierta parte de esta obra, que así como un animal sin ojos queda del todo inservible, del mismo modo una Historia sin verdad no viene a ser más que una narración infructuosa. Pero con todo, digo que existen dos formas de faltar a la verdad: una hija de la ignorancia, otra hija de la voluntad; y que aquellos que se separan de la verdad porque no la conocen, merecen excusa, pero aquellos otros que mienten de propósito, son las gentes más abominables.

CAPÍTULO VII

Errores del historiador Timeo.- Teorías sobre la Historia.- Referencias de Aristóteles.

La historia de Timeo está llena de idénticos errores, y no incurre, al parecer, en tal defecto por ignorancia de los hechos, sino por espíritu de partido; pues siempre que alaba o censura a alguno, olvida lo que a sí mismo se debe, e infringe todas las leyes del decoro. Aristóteles no necesita justificación, y ya se ha visto por qué y con cual fundamento habló de los locrenses, como hemos referido.

Ocasión es esta de que juzguemos a Timeo y toda su historia, hablando al mismo tiempo del deber de un historiador. Creo haber demostrado que ni Timeo ni Aristóteles se dejaron guiar por conjeturas, y que la opinión de éste es más verosímil que la de aquel. Basta la verosimilitud para aceptarla, cuando no es posible saber la verdad. Pero concedamos a Timeo, que se aproximó más a ella. ¿Le da esto derecho a denigrar, zaherir y condenar a muerte, por decirlo así, a los menos afortunados que él? No por cierto. Cabe ser riguroso, implacable con los historiadores que de meditado intento dicen falsedades, pero se debe dispensar a los que incurren en error por equivocados informes, corrigiendo benévolamente sus faltas y perdonándolas. Esto sentado, preciso es probar que lo que dijo Aristóteles de los locrenses fue por agradar a alguno, o por gratificación o por enemistad con ellos. No siendo nadie osado a atribuirle tales móviles, convéngase en que los intencionados ataques de Timeo sólo prueban lo poco atento que era a sus deberes. Veamos, si no, el retrato que traza.

Aristóteles, de dar crédito a Timeo, era hombre osado, aturdido, temerario que cometiendo imprudente calumnia llama a los locrenses colonia de fugitivos esclavos y gente corrompida, y de tal suerte asegura esta falsedad, que parece, al oírle, un general al frente de un ejército que en campal batalla acaba de vencer a los persas a las puertas de la Cilicia. «Todos saben, continúa Timeo, que es un ignorante y odioso sofista que en la vejez, de acreditado boticario, se ha dado maña para elevarse a historiador; cata salsas en todas las mesas, goloso, entendido en culinaria, dispuesto a todo por una buena tajada.» ¿Qué tribunal sufriría a un hombre de la hez del pueblo vomitar tales injurias? ¿Pueden sufrirse estos excesos? El historiador que conoce sus deberes ni mancha sus manuscritos con tales groserías, ni siquiera se atreve a pensarlas.

Examinemos las razones de Timeo comparándolas con las de Aristóteles, y veamos quién de ambos merece censura. Asegura que, desdeñando referencias, fue a Grecia para preguntar a los locrenses el origen de su colonia, quienes primero le enseñaron las actas auténticas que aún subsisten, y empiezan así: «Conviniendo a los padres, respecto de sus hijos, etc.»; después vio las leyes vigentes entre los locrenses y sabedores éstos de lo que Aristóteles había dicho de su colonia, les admiró la temeridad del escritor; que de Grecia pasó a la colonia locrense de Italia, donde encontró leyes y costumbres dignas de hombres libres y no de pueblos serviles, sufriendo castigo los fugitivos y los de vida airada, lo que no sucedería si todos tuvieran tan censurable origen. Tales son las razones de Timeo. Pero preguntemos a este historiador a cuáles locrenses ha interrogado, quiénes le han informado de estas particularidades. Si tanto en Grecia como en Italia hubiera sólo una nación de locrenses, acaso no dudáramos de la buena fe de Timeo, y por lo menos podríamos enterarnos de ella; pero hay dos naciones locrenses. ¿Cuál de ellas ha visitado? ¿Qué ciudades de la otra nación consultó? ¿Dónde encontró esas actas que tanto avalora? Porque nada de esto nos dice. Sabido es, no obstante, que la gloria disputada por él a los demás historiadores es la de la exactitud en el orden de los acontecimientos y en la indicación de los documentos de que se ha servido. ¿Por qué no nombra ni la ciudad donde ha descubierto esas actas, ni el sitio donde fueron escritas, ni los magistrados que se las mostraron, ni los que de ellas le hablaron? De tomar tales precauciones, todas las dudas desaparecerían, y de quedar algunas, fácilmente se sabría la verdad. Debemos creer, pues, que no las tomó por temor de ser desmentido, que en otro caso ya hubiese puesto de

manifiesto todas las pruebas, según vamos a demostrar. Cita nominalmente a Echecrates como la persona con quien habló de los locrenses de Italia, y para probar que este Echecrates no era un cualquiera, cuida de decirnos que su padre fue embajador del tirano Dionisio. ¿Olvidaría un historiador que atiende a estos detalles un acta pública, un monumento auténtico? Un historiador que compara los eforos de los primeros tiempos con los reyes de Lacedemonia; que cita por orden de tiempo los arcontes de Atenas, las sacerdotisas de Juno en Argos y los vencedores en los juegos olímpicos; que rectifica hasta un error de tres meses en los monumentos de estas ciudades; que desentierra los comprobantes más ocultos; que es el primero en encontrar en los lugares más recónditos de los templos los monumentos de la hospitalidad pública; un historiador, repito, que esto hace, no tiene excusa si ignora los detalles que le pedimos, o si, sabiéndolos, dice falsedades. Duro e inexorable con los demás, merece ser tratado con igual rigor.

Después de mentir en cuanto a los locrenses de Grecia, al pasar a los de Italia acusa a Aristóteles y a Teofrasto de presentar erróneamente las leyes y costumbres de ambas naciones, y preveo verme obligado, aunque del asunto principal me aparte, a probar lo que sé de ambas colonias. Me he detenido bastante tiempo en este punto para evitar frecuentes digresiones.

CAPÍTULO VIII

Demasiada mordacidad de Timeo.- Falsas acusaciones que levanta contra Demochares.- Maledicencia torpe y calumniosa que emplea contra Agatocles.- Un escritor, exacto investigador de la verdad, no debe omitir lo digno de alabanza aun de los impíos.

Refiere Timeo que Demochares se había prostituido hasta el extremo de no permitírsele encender con su soplo el fuego sagrado, hallándose en sus escritos más obscenidades que en los de Botris, Filenis y otros autores lascivos. Admira que un hombre bien educado emplee frases que causarían rubor en un lupanar. Comprendiendo el horror de esta calumnia, y temeroso de que se le atribuya la invención, toma Timeo por testigo un poeta cómico sin nombrarle. Persuadido estoy de que Demochares no es culpado de estas suciedades. Le justifica pertenecer a ilustre familia, siendo sobrino de Demóstenes, y haber recibido excelente educación, como asimismo que los atenienses le confiaran el mando de sus tropas, concediéndole otras dignidades: inverosímil es que honraran tanto al autor de tales infamias. Timeo no advierte que al maltratar con tanta crueldad a Demochares, a quien más daña es a los atenienses, que estimaron a este historiador hasta el punto de confiarle la defensa de la república y de la propia vida. No es, pues, Demochares merecedor de la censura de Timeo.

Cierto que el poeta cómico Anchedicos propagó contra él necedades, que Timeo ha cuidado recoger y aprovechar, y que no fue el único en tal hazaña, pues también se desencadenaron contra Demochares los amigos de Antipater por haber dicho en público muchas cosas que podían molestar a este príncipe y a sus herederos y deudos, entre éstos a Demetrio de Faleres, de quien dice en su libro Demochares que estando al frente de los negocios públicos se vanagloriaba de su gobierno como pudiera hacerlo de su oficio un banquero o un artesano, alabándose de gobernar de tal forma, que cuanto podía contribuir a la comodidad de la vida encontrábase en abundancia y a bajo precio; que en los días de ceremonia iba delante de él una tortuga artificial escupiendo saliva; que los jóvenes cantaban en el teatro; que cediendo a los griegos las demás ventajas, reservábase Atenas la gloria de estar sometida a Cassander, y que este escritor tenía la imprudencia de oír sin ruborizarse aquellas pretendidas alabanzas. A pesar de esta sátira, ni Demetrio ni ningún otro ha dicho de Demochares lo que se atrevió a decir Timeo, y el testimonio de la patria merece más crédito que el de este fogoso historiador. ¿Son necesarias más pruebas para asegurar que Demochares es inocente de las obscenidades que se le atribuyen? Y aunque fuera verdad que incurrió en tales faltas, ¿qué ocasión o negocio obligaba a Timeo a revelarlas en su historia?

A la manera que un hombre prudente, cuando piensa tomar venganza de su enemigo no se

propone principalmente la pena de que es acreedor su contrario, sino más bien lo que le conviene a él hacer; del mismo modo un murmurador no ha de atender principalmente a lo que merece oír su enemigo, sino a lo que le está bien a él decirle. Esta debe ser su más precisa consideración. Porque los que no tienen otra regla en sus acciones que los impulsos del odio y de la envidia, por precisión han de incurrir en mil despropósitos, y han de exceder los límites de la modestia en cuanto digan. He aquí por qué con justa razón me parece desapruero lo que Timeo profiere contra Demochares. En esta ocasión no merece excusa ni crédito, porque su genial malignidad le ha hecho prorrumpir visiblemente en desvergüenzas, que exceden los términos de la decencia. Lo mismo digo de las calumnias que profiere contra Agatocles; tampoco las apruebo, no obstante que fue el hombre más impío. Hablo de aquellas obscenidades que trae al final de su historia, donde dice que Agatocles desde su primera edad fue un burdel público, un hombre abandonado a toda incontinencia, un grajo, un milano de todo el que quiso conocerle; y que cuando murió, su mujer anegada en sollozos y lamentos le decía: «¿Qué no he hecho yo contigo, y tú conmigo?» En este pasaje no tanto se ve la desvergüenza de que hablábamos poco ha, cuanto se admira la maledicencia que en él rebosa. Pues con la misma relación que hace, se infiere con evidencia que Agatocles no pudo menos de haber estado dotado por naturaleza de prendas muy relevantes. Porque dejar la rueda, el humo y la greda, venirse a Siracusa a la edad de dieciocho años, llegar con tales principios después de algún tiempo a dominar toda la Sicilia, haber suscitado a los cartagineses los mayores peligros y al fin, envejecido en la tiranía, haber acabado sus días con el nombre de rey; por precisión se ha de confesar que Agatocles fue hombre grande y admirable, y que tuvo de la naturaleza grandes dotes y prendas para el manejo de los negocios. Un historiador no sólo debe dejar a la posteridad lo que puede difamar y desacreditar a un personaje sino lo que puede darle honor. Esto es propio de la Historia. Mas Timeo, ofuscado por su humor mordaz y maldiciente, nos refiere con malicia y exageración los defectos y no nos habla siquiera una palabra de las acciones gloriosas; ignorando que no miente menos un historiador por dejar de contar lo que ha pasado.

CAPÍTULO IX

Ley de Zaleuco acerca de la posesión de la cosa contextada hasta definitiva.- Duda acerca de esta ley.- Otra del mismo Zaleuco, acerca de los que pretenden interpretar las leyes.

Seguíase pleito en Locros entre dos jóvenes sobre un esclavo; el uno que lo había poseído por mucho tiempo, y el otro que sólo dos días antes de la contestación había salido al campo y se lo había traído por fuerza a casa estando ausente su dueño. El amo, informado del caso, se dirigió a la casa, cogió su siervo, le presentó en el tribunal, y manifestó que él debía ser el dueño dando fianzas; pues la ley de Zaleuco prevenía que se mantuviese en la posesión de la cosa controvertida durante el pleito a aquel en cuyo poder estaba cuando se contextó. El otro, fundado en la misma ley, sostenía que el siervo debía volver a su casa, pues de ella había sido extraído para traerle a juicio. Los jueces ante quienes dependía aquel pleito, no sabiendo qué decidir sobre el asunto, llevaron al esclavo al Cosmopolita, y le refirieron el hecho. Este supremo magistrado interpretó la ley diciendo que aquellas palabras en cuyo poder estaba cuando se contextó, se debían entender de aquel que últimamente hubiese estado en pacífica posesión por algún tiempo de la cosa contextada. Pero en el caso de que uno llevase a su casa una cosa quitándosela a otro por fuerza, y después el dueño se la extrajese para presentarla en juicio, la posesión de aquel no era legítima. El joven que había salido condenado negó que fuese este el sentido del legislador. Entonces el Cosmopolita propuso si había alguno que quisiese discutir sobre el sentido de la ley, según la fórmula prescrita por Zaleuco. Esta se reducía a que los dos sustentantes explicasen con una soga al cuello el espíritu del legislador en una junta de mil personas; y aquel que peor interpretase el sentido de la ley, fuese ahorcado delante de los mil con su misma soga. A esta propuesta del Cosmopolita replicó el joven, y dijo que no era igual el trato; pues que el Cosmopolita, teniendo ya poco menos de noventa años, apenas le

quedarían de vida dos o tres, en vez de que a él le restaba aún probablemente la mayor parte. Con este gracejo el joven redujo a pasatiempo un acto tan serio, y los jueces decidieron según el parecer del Cosmopolita.

CAPÍTULO X

Rebatimiento de lo que Calistenes escribe de Alejandro. Falta de conocimientos de este historiador en la táctica, que le hace cometer innumerables desatinos e imposibles en la descripción de las batallas.

Relataremos una sola batalla que se dio de poder a poder en la Cilicia entre Alejandro y Darío, batalla la más famosa, la menos lejana del tiempo en que nos encontramos, y lo principal, en la que se halló el mismo Calistenes. Ya Alejandro, manifiesta este historiador, había cruzado los desfiladeros llamados en Cilicia las Pilas, y Darío emprendida la marcha por las Pilas Amanidas, había llegado con su ejército a la Cilicia, cuando informado este príncipe por los naturales, de que Alejandro iba marchando delante hacia Siria, se propuso seguirle: que llegando a unos desfiladeros, acampó sobre el río Pinaro; que había en aquel lugar un espacio que no tenía desde el mar hasta el pie de la montaña más que catorce estadios, y que el río, naciendo en la montaña entre dos precipicios, corría serpenteando por el llano hasta el mar, metido entre dos colinas escarpadas e inaccesibles. Expuestas estas circunstancias, dice que como Alejandro, vuelto sobre sus pasos, se fuera ya acercando al enemigo, Darío y sus generales decidieron ordenar toda la falange en el mismo campamento; que antes tenían, cubrirse con el río que pasaba por delante, colocar la caballería a la orilla del mar, contiguos a ésta los extranjeros sobre la margen del río, y los coraceros junto al pie de las montañas.

En verdad que es difícil comprender cómo Darío situó estas tropas delante de la falange, pasando el río por el pie del mismo campo, y siendo tan excesivo el número de sus gentes. Según el mismo Calistenes, tenía treinta mil caballos, y otros tantos extranjeros. Ahora, pues, qué espacio ocupe este número de tropas es fácil saberlo. Regularmente en las batallas verdaderas se forma la caballería sobre ocho de fondo. Entre escuadrón y escuadrón es preciso haya un intervalo proporcionado al frente de cada uno, para mejor efectuar las evoluciones hacia el costado o hacia la espalda. De que resulta que ochocientos caballos ocupan un estadio; ocho mil, diez; tres mil doscientos, cuatro; de suerte que once mil doscientos caballos vienen a llenar el espacio de los catorce estadios. Conque para formar en batalla los treinta mil era preciso con corta diferencia que estuviesen en tres cuerpos en pos los unos de los otros. Y pregunto ahora: ¿dónde estaban situados los extranjeros? Se me dirá acaso que a espaldas de la caballería. Pero esto no puede ser, porque según Calistenes estas tropas tuvieron que luchar en el combate con los macedonios; de donde es preciso inferir que la mitad del terreno de parte del mar estaba ocupado por la caballería, y la otra mitad de parte de las montañas por los extranjeros. Por aquí se puede sacar la cuenta de cuánta fuese la profundidad de la caballería, y a qué distancia estuviese el río del campamento.

Dice después, que cuando ya estaban a tiro los contrarios, Darío, que ocupaba el centro de su formación, hizo venir los extranjeros que se hallaban en una de las alas. De esta proposición se origina otra duda. Porque los extranjeros y la caballería por precisión habían de estar inmediatos en medio de este terreno. Luego si Darío estaba entre los mismos extranjeros, ¿cómo, para qué, o a qué efecto era llamarlos? Por último, añade que la caballería del ala derecha se adelantó para cargar sobre Alejandro; que éste sostuvo el ímpetu con valor y la atacó asimismo por su parte, de que se originó una atroz refriega. Pero no se acuerda de que había un río de por medio, y un río tal como el que él acaba de describir.

Iguals contradicciones comete en lo que dice de Alejandro. Según él, pasó al Asia con cuarenta mil infantes y cuatro mil quinientos caballos, y cuando ya estaba para entrar en la Cilicia, le vinieron de Macedonia otros cinco mil hombres de a pie y ochocientos de a caballo. Quitémosle tres

mil infantes y trescientos caballos, que es lo más que se puede destacar de un ejército para diferentes ministerios; y aun así vendrán a quedar cuarenta y dos mil hombres de infantería. Sentado este principio, añade que Alejandro tuvo noticia de la llegada de Darío a la Cilicia cuando ya sólo distaba de él cien estadios y había cruzado los desfiladeros; que con este motivo tuvo que volver sobre sus pasos y tornar a pasar aquellas gargantas, puesta a la vanguardia la falange, a espalda de ésta la caballería, y detrás de todo, el bagaje; que lo mismo fue verse en campo llano, ordenó formar en batalla la falange, y puso sus líneas al principio sobre treinta y dos hombres de fondo, un poco más adelante sobre dieciséis y al fin cuando ya estaba próximo al enemigo, sobre ocho. Estos aún son más clásicos absurdos que los anteriores. Pues mil seiscientos hombres, puestos sobre dieciocho de altura, con los espacios correspondientes a una marcha, y dejando sólo seis pies de línea a línea, ocupan un estadio; por consiguiente dieciséis mil cogerán diez, y un número doblado veinte. De donde se ve palpablemente que cuando Alejandro ordenó su ejército sobre dieciséis de fondo, era preciso que llenase un espacio de veinte estadios; y aun todavía sobraba toda la caballería y diez mil infantes.

Poco después dice que cuando Alejandro se vio a cuarenta estadios del enemigo, condujo su ejército de frente; delirio el mayor que se puede excogitar. Porque, ¿dónde es capaz hallar, mayormente en la Cilicia, un llano de veinte estadios de ancho y cuarenta de largo que necesita una falange armada de lanza para marchar de frente? Son tantos los inconvenientes a que está sujeta una formación semejante, que no es fácil enumerarlos. Como prueba de ello bastarán únicamente los que el mismo Calistenes confiesa. Los torrentes, dice, que se despeñaban de aquellas montañas, habían formado tantas cavernas en el llano, que los más de los persas perecieron en sus concavidades cuando huían. Conque, según eso, Alejandro quiso tener dispuesto su ejército para cualquier lado que el enemigo ya se presentase. ¿Y se puede dar cosa menos dispuesta para esto que una falange cuyo frente está desunido y roto? ¿Cuánto más fácil le hubiera sido ordenarse en batalla, adaptándose a la formación que llevaba en el camino, que no conducir sobre una línea recta sus tropas interrumpidas y divididas en el frente, y emprender la acción en un terreno quebrado y montuoso? Era sin duda mucho más ventajoso haber manchado con su ejército dividido en dos o cuatro falanges, pues no era imposible hallar sitio proporcionado para esto sobre el camino; y le hubiera sido fácil formarse rápidamente en batalla, puesto que podía saber con mucha anticipación por sus corredores la llegada del enemigo. Pero aquí Calistenes, fuera de otros despropósitos, ni siquiera sitúa a la vanguardia la caballería, siendo así que conduce el ejército por tierra llana; sino que la hace marchar al igual de la infantería.

Pero el mayor absurdo de todos es decir que cuando ya estuvo próximo al enemigo, situó sus tropas Alejandro sobre ocho de fondo. De aquí se sigue, que la falange había de tener por precisión cuarenta estadios de longitud. Demos que se hallase tan del todo apiñada, que estuviesen tocándose los unos con los otros; aun así era forzoso que ocupasen veinte estadios. Es así que Calistenes dice que no llegaban a los catorce; que de éstos una parte hacia el mar... estaba vacía y otra a la derecha; y que entre el campo de batalla y los montes se había dejado un espacio conveniente, para no estar dominados del cuerpo de tropas apostadas al pie de las montañas. Pues aunque es cierto que contra este cuerpo opone otro de parte de Alejandro en forma de tenaza, para eso le dejamos diez mil infantes, número mayor que el que él puede apetecer. Conque venimos a sacar, según su propia confesión, que sólo venían a quedar para la falange a lo más once estadios de longitud, dentro de los cuales habían de estar encerrados por precisión treinta y dos mil hombres sobre treinta de fondo. Esto no obstante, dice que en el momento del combate estaba formada la falange sobre ocho de fondo. He aquí una clase de yerros inexcusable. La imposibilidad de los hechos está por sí misma saltando a los ojos. Porque designar los espacios de hombre a hombre, determinar la magnitud del terreno, contar el número de tropas, y después mentir, no admite excusa. Sería largo de contar añadir a éstos todos los despropósitos que ha cometido; bastará referir unos cuantos. Manifiesta que todo el empeño de Alejandro al formarse en batalla fue situarse de modo que tuviese que pelear con el mismo Darío, y que la misma intención tuvo Darío al principio contra Alejandro, mas después

cambió de parecer; pero no nos dice siquiera una palabra ni de cómo se penetraron mutuamente las intenciones, ni qué puestos ocuparon en sus respectivos ejércitos, ni adónde se transfirió Darío después que mudó de decisión. A más de esto, ¿qué motivo pudo haber para que la falange formada subiese sobre la margen del río, generalmente escarpada y cubierta de jarales? Imputar a Alejandro un absurdo semejante, cuando es notorio que desde niño aprendió y ejercitó el arte de la guerra, sería injusticia; más regular será atribuirlo al historiador, cuya ignorancia no le permitía discernir lo posible de lo imposible en tales casos. Pero esto baste de Eforo y de Calistenes.

CAPÍTULO XI

Polibio sale en defensa de Eforo y Calistenes ante las censuras de Timeo.

Frecuentemente declama Timeo contra Eforo, sin advertir que él mismo incurre en dos faltas y reprende airado defectos que no supo evitar, empleando frases e inspirando a sus lectores ideas tales, que hacen sospechar extravío en su entendimiento. Si con justificado motivo hizo morir Alejandro a Calistenes en el suplicio, ¿cuál no merece Timeo? Porque, de seguro, más irritada debe hallarse la divinidad contra él que contra Calistenes. Negóse éste siempre a poner a Alejandro en el rango de los dioses, a pesar del general convencimiento de que nunca produjo la naturaleza humana ser que pudiera igualársele, y Timeo, en cambio, pone sobre los dioses mayores a un tal Timoleón, cuyo único viaje militar fue de Corinto a Siracusa. ¡Buen trecho en comparación del universo! Antojárase a Timeo que si por distinguirse en un rinconcillo del mundo, como lo es Sicilia, merece Timoleón figurar en su historia al nivel de los héroes más famosos, por haber escrito él lo que sucedió en Italia y Sicilia se le compararía a los que han escrito la historia del mundo entero. Paréceme que quedan vengados Aristóteles, Teofrasto, Calistenes, Eforo y Demochares de los insultos que Timeo les prodigó. Lo que he dicho de este historiador basta para desengañar a quienes le creen escritor de ánimo recto y desapasionado.

CAPÍTULO XII

La irreflexión de Timeo se demuestra con sus propios escritos.

En verdad cuesta trabajo averiguar el carácter de este historiador. De darle crédito, conoceríase el de los poetas y otros escritores en determinadas frases que con frecuencia repiten. La de «distribuir la carne», que Homero emplea muchas veces, prueba, a juicio de Timeo, que este poeta era aficionado a comer. Aristóteles habla frecuentemente de condimentos, y esto basta para persuadirle de que era goloso y aficionado a lo exquisito, defecto que asimismo atribuye a Dionisio, por gustar a este tirano la limpieza de los lechos y buscar con empeño los más variados y ricos tapices. Dada esta manera de juzgar, hay que deducir que Timeo tenía genio adusto y difícil de contentar, porque, grave y severo para la crítica, sus ideas propias son ilusiones, prodigios, cuentos de vieja y supersticiones impropias hasta de una mujer. Por lo demás, lo ocurrido a Timeo prueba que la ignorancia y falta de juicio ciegan a veces a algunos escritores hasta el punto de apartarlos lejos del asunto que han de tratar y de impedirles ver lo que precisan.

CAPÍTULO XIII

Con respecto al toro de Falaris.

Fue creencia general antes de Timeo la de que Falaris había hecho construir en Agrigento un toro de bronce, en el interior del cual introducía a los condenados a muerte, y encendiendo por debajo del toro una hoguera, calentábase el bronce hasta quemar y consumir a los encerrados en

aquel horno. Asegurábase también que el toro estaba construido de forma que los gritos de los desgraciados por la violencia del suplicio parecían mugidos del animal. Decíase igualmente que durante la dominación de los cartagineses en Sicilia fue transportado el toro de Agrigento a Cartago, y que se veía aún la abertura por donde el tirano hacía meter a sus súbditos sospechosos. No hay motivo alguno, para suponer que este toro había sido construido en Cartago. A pesar de la tradición por todos admitida, Timeo niega el hecho, y afirma que los poetas e historiadores al referirlo se engañaron; que nunca fue llevado el toro de Agrigento a Cartago, y que ni estuvo siquiera en Agrigento. No encuentro calificativos para tal osadía, que merece todas las invectivas empleadas por Timeo en sus ataques. Bien se ve, por lo que antes hemos manifestado, cuán característicos eran en este historiador el embrollo y la falta de pudor y de veracidad, y se verá que además era completamente ignorante. Prueba de ello es, entre otras, lo que al fin de su libro XXI hace decir a Timoleón: «Toda la tierra está dividida en tres partes: una se llama Asia, otra África, y la tercera Europa.» Admiraría oír tal cosa al imbécil Margites, que entre los historiadores es el más ignorante.

Ciertamente tan fácil es censurar los errores como difícil no incurrir en ellos.

CAPÍTULO XIV

Nuestras críticas contra Timeo.

Tales faltas de Timeo son inexcusables, sobre todo en él, que procura curar a costa de los demás los padrastrós que le salen en sus dedos. Censura, por ejemplo, a Teopompe haber dicho que Dionisio volvió de Sicilia a Corinto en un buque redondo, siendo así que hizo la travesía en un buque alargado; califica a Eforo de mentiroso porque dijo que Dionisio el antiguo ocupó el poder a los veintitrés años, reinó cuarenta y dos y murió a los sesenta y tres. Error de esta índole debe atribuirse al copista y no al historiador, que para cometerlo necesitaba ser más inepto que Cocebos y Margites, por no calcular que cuarenta y dos y veintitrés suman sesenta y cinco. Si de Eforo no puede suponerse tal cosa, claro es que el error lo cometió el copista. ¿Cabe, pues, aprobar en Timeo la ambiciosa pretensión de censurar a todo el mundo?

CAPÍTULO XV

Continuación del anterior.

Manifiesta Timeo en su historia de Pirro, que para conmemorar en determinado día la toma de Troya, los romanos mataban a flechazos un caballo de guerra en un sitio llamado el Campo, porque un caballo que se llamaba Durius había sido causa de la toma de esta ciudad. No puede darse explicación más pueril, conforme a la cual todos los bárbaros descenderían de los troyanos, porque todos o casi todos, al empezar una guerra o cuando van a librar batalla decisiva, acostumbran a inmolar un caballo, considerando presagio la manera como cae a tierra.

CAPÍTULO XVI

Más sobre Timeo.

Paréceme que, en esta parte de su justificación, Timeo no sólo da pruebas de impericia, sino de la torpeza hija de instrucción inoportuna y propia de quien, porque los romanos inmolan caballos, imagina que lo tenían por costumbre, y que un caballo ocasionó la toma de Troya. Claro está que su historia de Libia, de Cerdeña y especialmente de Italia ha de ser defectuosa, por desatender el examen crítico de los hechos, que tan grande importancia tiene. Ocurren sucesos al mismo tiempo en muchos lugares, y no pudiendo un hombre estar a la vez en todos ellos y ser testigo ocular de todos los acontecimientos, no queda otro medio al historiador que reunir el mayor número

de informes, elegir los testimonios más fidedignos y ser juez imparcial e ilustrado de los actos que relata. En este punto, aunque se rodee Timeo de las más imponentes apariencias, paréceme que se ha apartado mucho de la verdad, no sólo cuando se refiere a testimonios ajenos sin investigar lo que haya en ellos de verosímil, sino cuando habla de hechos que presencié o lugares que ha visitado. Prueba evidente de ello es lo que dice respecto a Sicilia; y su ignorancia y sus errores acerca de los sitios más célebres donde nació y vivió, excusa demostrar cuánto se equivoca respecto a otras cosas. Pues bien, dice que la fuente Aretusa que se encuentra en Siracusa, tiene nacimiento en el Peloponeso, en las aguas del río Alfeo, que después de recorrer la Arcadia y el territorio de Olimpia penetra bajo tierra en un espacio de cuatro mil estadios, corre por debajo del mar de Sicilia y reaparece en Siracusa, probándolo así el hecho de que, habiendo llovido una vez copiosamente mientras se celebraban los juegos Olímpicos, desbordóse el río, inundando el sagrado recinto, y la fuente Aretusa arrojó gran cantidad de excremento de los toros inmolados en la solemnidad, como además un frasquito de oro, que reconocieron y recogieron por haber pertenecido a la fiesta.

CAPÍTULO XVII

Preferencias por Aristóteles.

Por tanto quien juzgue estos hechos opinará como Aristóteles y no como Timeo. Es de todo punto absurda e inocente la opinión que sigue a la referida, y que intenta demostrar Timeo, de ser contrario a la razón que los esclavos de los lacedemonios, compañeros de armas de sus señores, cobrasen a los amigos de éstos el mismo cariño que a sus amos tenían, porque los que han sido esclavos y sin esperarlo les favorece la fortuna, procuran mantener y estrechar las relaciones de benevolencia con sus amos, y aun crear otras de hospitalidad y parentesco con ellos, por importárseles menos sus antiguos lazos de familia que los medios de borrar el recuerdo de su primera abyección y oscuridad. Prefieren, pues, pasar por descendientes que por emancipados de sus señores.

Es muy probable que sucediera esto a los locrenses. Efectivamente, muchas gentes que se expatrian, pasado algún tiempo y sin temor a testigos de su primera condición, son bastante cuerdas para no practicar costumbres que hagan sospechar su primitiva bajeza, procurando, por el contrario, borrar todo rastro de ella. Por esto los locrenses dieron a su ciudad nombre femenino, se formaron una genealogía por las hembras y renovaban amistades y alianzas que por esta línea ascendía a sus abuelos. El hecho de que los atenienses arrasaran un territorio no debe haber influido en la opinión de Aristóteles, porque siendo probable, según hemos manifestado, que los locrenses que partiendo de la Lócrida llegaron a Italia se atribuyeran, aunque hubiesen sido diez veces esclavos, relaciones de amistad con los lacedemonios, también lo es que los atenienses, en su rencor contra estos últimos, atendieran más a la atribuida amistad que a la intención con que se manifestaba. Pero, ¿por qué los lacedemonios ordenaron regresar a la patria a los jóvenes para reparar las pérdidas de la población, y no permitieron a los locrenses hacer lo mismo? En ambas cuestiones existe gran diferencia entre lo verosímil y lo verdadero. No debían los lacedemonios impedir a los locrenses hacer lo que ellos mismos hacían, porque era absurdo, y aun induciéndoles a que les imitasen, no hubieran consentido en ello los locrenses, por causa de que las costumbres e instituciones de Lacedemonia permitían a tres o cuatro hombres, y aun a más cuando eran hermanos, tener una sola mujer, cuyos hijos les pertenecían en común, de igual modo que es frecuente y bien mirado en este pueblo que un hombre cuando tiene número suficiente de hijos ceda su mujer a alguno de sus amigos. He aquí por qué los locrenses, que no se habían comprometido como los lacedemonios con imprecaciones y juramentos a no volver a sus casas sin tomar antes a Messena a viva fuerza, no esperaron a regresar en masa, sino por pequeños y raros destacamentos, dando tiempo a los hombres para tener comercio carnal con esclavas y mujeres casadas, cosa que hicieron especialmente las solteras, y que fue causa de la emigración.

CAPÍTULO XVIII

Mentiras e infidelidades.

Declara Timeo que la mayor falta que puede cometer un historiador es la mentira, y que los historiadores convencidos de impostura pueden elegir para sus obras cualquier otro título, menos el de historias.

Estamos de acuerdo; pero advierto que existe gran diferencia entre la infidelidad cometida por ignorancia y la voluntaria: digna aquella de perdón, debe ser corregida con indulgencia; ésta, por el contrario, es acreedora a justa e inexorable censura, y por ello la merece Timeo. Sirva esto para comprender su carácter.

CAPÍTULO XIX

Explicación de un proverbio.

A los que faltan a sus compromisos, se les aplica el proverbio: «Locrenses en los convenios». Investigando el origen de este dicho, se sabe que los historiadores y los que no lo son afirman de acuerdo lo siguiente: Cuando la invasión de los heráclidas, acordaron los locrenses con los del Peloponeso en levantar farolas en señal de guerra si los heráclidas pasaban, no por el istmo, sino doblando el cabo Rhion. Advertidos los del Peloponeso de antemano por medio de estas señales, podían prepararse contra el ataque. Pero no sólo dejaron de ponerlas los locrenses, sino que al presentarse los heráclidas pusieron farolas en señal de amistad, y así los heráclidas pasaron sin dificultad alguna; y los del Peloponeso, a causa de la traición de los locrenses, no se informaron a tiempo ni pudieron impedir que el enemigo llegara a sus moradas.

CAPÍTULO XX

Sobre ciertas fantasías.

...Acusar y buscar en las memorias visiones de soñadores y apariciones de genios... Quienes se permiten no pocas de estas sandeces, en vez de censurar a los demás, como hace Timeo, deberían contentarse con no ser censurados. Manifiesta, efectivamente, que al escribir tales cosas Calistenes, había sido un adulador, y que, apartándose mucho de la filosofía, prestó atención a los cuervos y a las mujeres delirantes y que recibió de Alejandro justo castigo por haber perjudicado cuanto pudo su gloria y fortuna. Pero Timeo elogia a Demóstenes y a los oradores que en su tiempo florecieron, y dice que se mostraron dignos de Grecia negándose a conceder a Alejandro honores divinos, mientras el filósofo Calistenes, que otorgó a un mortal la égida y el rayo, recibió de la divinidad justo castigo a su cobardía.

CAPÍTULO XXI

Continuación de las censuras contra Timeo.

Hasta el final de un suceso, como se apura la última gota de un licor, así debe formarse opinión en el asunto de que tratamos. Si, efectivamente, se descubren en una historia dos o tres falsedades de propósito escritas, es evidente que nada de lo dicho por el autor puede inspirar seguridad y confianza. Procuremos desengañar a los partidarios de Timeo, refiriéndonos especialmente a las arengas, a las alocuciones, y sobre todo, a los discursos de los embajadores; en una palabra, a todas

las composiciones de esta clase que son como puntos capitales de los hechos y abarcan toda la historia. Ahora bien: ¿qué lector no comprende que Timeo publica deliberadamente discursos inventados? Porque ni relata lo que se dijo ni cómo se dijo: proponiéndose por el contrario, demostrar cómo se debía hablar, da todos los discursos y enumera todas las circunstancias de los hechos, como pudiera hacerlo en un certamen oratorio sobre asunto dado, para ostentar su talento, no como narración que reproduce el lenguaje del orador sin ofender la verdad.

Deber especial del historiador es conocer primero los discursos tal y como realmente se han pronunciado, e investigar en seguida la causa que ha producido el buen o el mal éxito del acto o del discurso, porque si este género de elocuencia por su misma sencillez interesa, en cambio por sí solo no produce utilidad real, pero añadiéndole la exposición de las causas hace fructífera la lectura de la Historia. Efectivamente, en circunstancias análogas, aplicadas a nuestra situación propia y particular, nos proporcionan medios y datos para prever el porvenir, y unas veces evitando y otras imitando ejemplos de lo pasado, acometemos con mayor seguridad nuestras empresas. Pero omitiendo Timeo los discursos pronunciados sin dar cuenta de las causas y reemplazándoles con rebuscados argumentos y palabreras digresiones, quita a la Historia su verdadero carácter. He aquí la principal ocupación de este escritor, y ninguno de nosotros ignora que menudean en sus obras los retazos de este género.

Pero acaso se pregunte, por qué siendo Timeo tal y como le presentamos, tiene entra determinadas personas tanto prestigio y autoridad. La causa consiste en que se le juzga, no por lo que él refiere y afirma, sino por las críticas que hace de las obras de otros, para lo cual tiene, en mi opinión, aptitud y energía singulares. Lo mismo sucede al físico Estratón. Cuando analiza o refuta los conceptos de otro está admirable; pero al exponer sus ideas propias, dicen los inteligentes que es más mediano e incapaz que los autores objeto de sus censuras. Así imagino que ocurre a nuestro historiador como a todos nosotros en el curso de la vida, siéndonos fácil censurar a otros y difícil mostrarnos irreprochables. En general, se advierte, preciso es confesarlo, que los más arrojados para la censura son quienes cometen mayores faltas en su conducta personal.

Además de la referida, ofrece también Timeo otra singularidad. Por haber vivido cerca de cincuenta años en Atenas, se empapó en el estudio de las memorias relativas a los antiguos tiempos, imaginando en seguida que tenía las mejores dotes para escribir la historia. Opino que se engañó, porque teniendo la historia y la medicina la semejanza como ciencias de que ambas se dividen en tres partes completamente distintas, los que al estudio de las dos se dedican lo hacen con idéntico método. La medicina, por ejemplo, se divide en tres partes: es la primera la medicina racional; la segunda la medicina dietética, y la tercera la medicina quirúrgica o farmacéutica. La fanfarronería y la impostura caracterizan por regla general este arte, y sobresale en explotarlas el racionalismo nacido principalmente en Alejandría entre los que allí se llaman herofilianos y calimaquianos, produciendo con sus fastuosas apariencias y la brillantez de sus promesas tal ilusión, que a su lado parecen ignorantes los demás médicos; pero al llegar a la aplicación, cuando están junto al enfermo, se les ve tan desprovistos de conocimientos prácticos como los que jamás han saludado una obra de medicina. Seducidos por su lenguaje, algunos enfermos de dolencias leves confiáronse a ellos y han visto en peligro su vida, porque estos médicos se parecen a los pilotos que dirigen el barco con un libro. No obstante, cuando recorrían con gran ostentación las ciudades y agrupábase la multitud al pie de los tabladillos desde donde pronunciaban los discursos, ponían en grande apuro a los aficionados a juzgarles por sus obras entregándoles al desprecio del auditorio, ventaja que el lenguaje persuasivo consigue fácilmente de la práctica y la experiencia. La tercera parte del arte de curar, que reúne el carácter de los dos anteriores métodos, no sólo se cultiva poco, sino que, gracias a la falta de juicio del vulgo, la eclipsan con frecuencia el charlatanismo y la audacia.

Ocurre lo mismo con la Historia práctica, que se divide en tres partes: una tiene por objeto investigar las memorias de pasados tiempos y reunir materiales; otra observar ciudades, comarcas, ríos y puertos, en general las particularidades y distancias de tierra y mar, y la tercera narrar los acontecimientos políticos. Como sucede en la medicina, alentados por la opinión preexistente se

dedican muchos a esta última parte de la Historia, sin otros títulos que su destreza, audacia y trapacería, y cual mercaderes de antidotos o específicos, su único objeto es adquirir una reputación que les proporcione, con el favor del público, medios de subsistencia. Hombres de esta especie no merecen que me ocupe más de ellos.

Otros, por el contrario, que al parecer consagran su inteligencia y estudios a escribir una historia cual hábiles médicos, tan pronto como sacan de los libros todos los materiales créense en estado de comenzar su obra.

Útil es referir las vicisitudes del destino de estos hombres y los acontecimientos de los pasados tiempos, porque el conocimiento de lo sucedido nos hace más atentos a las cosas de lo porvenir, siempre que pueda contarse con la veracidad de la historia; pero cometería insigne error quien creyera, como Timeo, que tenía bastante con esta única competencia para escribir hábilmente la historia: tanto valdría creerse pintor, y pintor hábil, por haber visto cuadros antiguos.

Quedará demostrado esto con lo que he de decir en adelante, y particularmente con lo ocurrido a Eforo en algunos puntos de su historia. Paréceme que este historiador conocía algo las batallas navales, pero no las terrestres. De aquí que cuantas veces habla de los combates por mar próximos a Chipre y a Gnido y de las empresas de los generales del rey de Persia contra Evagoras en Salamina, o contra los lacedemonios, se admira con razón la elocuencia y habilidad del historiador, y su relato sirve de útil enseñanza para casos parecidos; pero cuando refiere la batalla de tebanos y lacedemonios en Leuctras, o la de Mantinea, en la que Epaminondas perdió la vida, si se atiende a las diversas partes de la narración y se siguen las varias evoluciones y movimientos militares que en el calor del combate describe, adviértese ser aquello tan ridículo e inhábil como si jamás hubiese visto cosa parecida. Y prueba la ignorancia del historiador, no tanto la batalla de Leuctras (batalla sencilla en la cual se practicó un solo género de operaciones militares), como la de Mantinea, que fue tan variada, manifestándose verdadero talento de mando; todo lo cual desaparece en esta historia por ignorancia del historiador. Lo dicho será evidente para los que, pudiendo darse cuenta del aspecto de los terrenos, quieran representar en ellos la ejecución de los movimientos que Eforo describe.

Lo mismo sucede a Teopompo y a Timeo, y algo diré de este último. Fácil es comprender por qué han obrado todos así, y lo que cada cual ha querido hacer. Por lo demás, todos se portan como Eforo.

CAPÍTULO XXII

Necesidad de conocer el arte militar para tratar de hechos militares.

Ciertamente tan imposible es escribir bien de asuntos militares sin conocimiento del arte de la guerra, como discutir los negocios públicos sin estudiarlos ni practicarlos; por consiguiente, quien se contenta con la lectura de los libros, no puede producir en el género de la historia nada hábil y perfectamente cierto, y de sus escritos no sacará fruto alguno el lector, porque quitando a la historia la utilidad que puede ofrecernos, queda sólo una composición miserable e indigna de persona inteligente. Debo añadir que si se quiere escribir en particular sobre ciudades y países, se cometerán errores de igual índole de no estar perfectamente versado en geografía, por omitir muchas cosas dignas de ser referidas y contar otras que no debían mencionarse. Así sucedió a Timeo por no viajar.

CAPÍTULO XXIII

Sigue la crítica contra Timeo.

Timeo, en el libro XXXIV de su historia dice: «Durante cincuenta años he sido huésped de

Atenas, estudiando atentamente todos los usos de la guerra.» No habiendo visitado nunca ninguno de los países que describe, cuantas veces tiene que dar en su obra alguna noción de geografía incurre en falsedad por ignorancia, y si alguna vez atina con la verdad lo ocurre como al pintor, que para representar animales salvajes copia los domésticos; encontrándose en ellos las formas exteriores, pero no el vigor independiente que caracteriza al animal salvaje, ni la vida real, que es el principal objeto de la pintura. Esto ha sucedido a Timeo, como a cuantos se fían demasiado de los conocimientos que de los libros sacan. A todas sus narraciones les falta la savia, la vida, que sólo se encuentra en los historiadores que han manejado por sí mismos los negocios, y que son los únicos capaces de inspirar al lector sensaciones útiles y duraderas. Por ello nuestros antepasados buscaban esta cualidad evidente de acción personal en todos los comentarios, queriendo que los que escribiesen de política fueran hombres políticos y hubiesen demostrado habilidad al serlo; los que de guerra, hubiesen batallado arrojando los peligros, y los escritores sobre la vida doméstica supieran por sí lo que es el matrimonio y la educación de los hijos. De esta suerte, cada composición literaria se acomoda a un género de vida, y es lo cierto que sólo se encuentra utilidad en los que escriben sobre lo que han hecho y se aplican a esta historia práctica. Se me dirá sin duda que es por demás difícil tener conocimientos prácticos de todas las artes y ciencias; pero conviene apropiarse los principales y de más común uso. Y que esto no es imposible bien lo prueba Homero, en quien brilla extenso y variado conocimiento de todas las cosas. Dedúcese de ello que el estudio de los libros es la tercera de las cualidades del historiador, aunque no tenga tal rango en nuestro autor. Prueban fácilmente esta verdad los discursos, las exhortaciones y las arengas de los embajadores que Timeo escribe. A corto número de lectores agradan sus extensos discursos: la mayoría los prefiere cortos, y algunos que no los hubiera escrito. Nuestro siglo desea una cosa; el pasado deseaba otra. Unas gustaban a los etolios, otras a los del Peloponeso y otras a los atenienses; y los mismos atenienses, según los tiempos, preferían esto a aquello. Multiplicar tales discursos aprovechando cualquier motivo, como lo hace Timeo, siempre palabrero en lo que escribe, es ocupación miserable y digna de escuela. Este sistema ha hecho con frecuencia mucho daño a los historiadores, provocando el disgusto del lector; pero es un mérito real escoger oportunamente el momento para los discursos y darles el tono y medida que les convienen.

Siendo el empleo de las peroraciones cosa vaga e incierta, no puede determinarse con precisión ni el número ni la forma. Para que sirvan al historiador en vez de causar daño a su libro, necesita tener conocimientos, habilidad y experiencia literaria. Difícil es enseñar la manera de aplicarlas bien, y no se conseguirá hacer esto sin conocer perfectamente los usos y costumbres. Por lo que al momento presente hace, explicaré mi opinión. Si cuantas veces la ocasión se ofrezca nos transmiten los historiadores deliberaciones y consejos verdaderos, si reproducen los discursos que efectivamente se pronunciaron, si explican en seguida las causas por las cuales tal o cual orador ha obtenido este o aquel resultado, podrá sacarse conocimiento útil de los negocios, examinando qué discursos son aplicables a otros asuntos o difieren de ellos; pero es muy difícil llegar a las causas de los acontecimientos, y facilísimo hacer ostentación de elocuencia, siendo pocos los hombres capaces de decir lo que conviene en breves palabras y de estudiar con fruto las reglas, y nada tan fácil como decir a tontas y a locas multitud de necesidades.

CAPÍTULO XXIV

Final de las críticas contra Timeo

Para finalizar la prueba de mi juicio sobre Timeo y de lo dicho acerca de su ignorancia y propensión a faltar a sabiendas a la verdad, citaré algunos de sus escritos que pasan por más fidedignos. Sabido es que de todos los que dominaron en Sicilia, los más hábiles fueron Hermócrates, Timoleón y Pirro de Epiro, siendo inconveniente atribuir a tales hombres discursos dignos de estudiantes. Pues bien, Timeo refiere en su libro XXI, que cuando Eurimedón se trasladó

a Sicilia y excitaba a las ciudades a declarar la guerra a los siracusanos, agobiados por el infortunio los ciudadanos; de Gela, enviaron diputados a los camarinienses para obtener una tregua, y éstos se apresuraron a atender su demanda. Ambos pueblos de común acuerdo despacharon embajadores a sus aliados, pidiéndoles que enviasen a Gela ciudadanos escogidos y fieles para concertar las condiciones de la paz con recíprocas ventajas. Cuando los embajadores se presentaron en el Senado y comenzó la deliberación del asunto, Timeo hace hablar de esta manera a Hermócrates:

«Empieza Hermócrates elogiando a los ciudadanos de Gela y a los camarinienses, primero por haber ajustado tregua entre sí, además por proporcionarle ocasión de hablar, y por último por haber tomado sus precauciones para que... porque sabían muy bien la diferencia que existe entre la guerra y la paz. En seguida pone en su boca dos o tres vulgaridades políticas. «Os falta, dice, conocer bien cuánto difieren la guerra de la paz», cuando ya les había manifestado que sabía muy bien la diferencia entre la paz y la guerra... Da gracias a los ciudadanos de Gela por no usar de la palabra ante el Senado, que está perfectamente informado de todo... Sostengo, pues, que no sólo carece Timeo de conocimientos políticos, sino de los literarios que se aprenden en todas las escuelas. Nadie ignora que al lector se le deben decir las cosas desconocidas o mal sabidas, porque sobre las que todo el mundo conoce, es inútil escribir prolijas arengas; y Timeo por el contrario, incurre en este defecto, escribiendo largo discurso sin perdonar una frase, y con tales argumentos que de seguro nadie atribuirá a Hermócrates, por ser imposible que hablase como un niño quien tan poderoso auxilio dio a los lacedemonios en la batalla naval de Egeos- Pórtamos y quien hizo prisioneras en Sicilia a las tropas atenienses con sus generales».

CAPÍTULO XXV

Argumentos que puede emplear un embajador como de principios generales para promover la paz o suscitar la guerra.

Procure ante todas las cosas traer a la memoria de los que componen el Congreso, que en tiempo de guerra nos hace levantar de la cama al amanecer el sonido de las trompetas, y en tiempo de paz el canto de los gallos. Expliqué la intención y modo de pensar de Hércules en la institución de los Juegos Olímpicos y solemnidad de esta fiesta; y que si hizo mal a todos los pueblos contra quienes llevó sus armas, fue por necesidad y precepto; pero que voluntariamente jamás hizo daño a mortal alguno. A consecuencia de esto diga, cómo Homero representa a Júpiter airado contra el dios Marte, y diciéndole:

Entre los dioses que el Olimpo habitan,
a ti solo aborrezco, porque solo
te agradan riñas, choques y batallas.

Traiga aquel otro dicho del héroe más prudente:

Quien la guerra sangrienta y cruel ama,
ni ley, ni hogar, ni tribu reconoce.

Añada que del mismo sentir que Homero es Eurípides, cuando dice:

¡Oh dulce paz, emporio de riquezas,
la más grata a los dioses inmortales!
Yo por ti anhelo; ¡cómo te detienes!
Temo de la vejez ser oprimido,
antes que llegue a ver el dulce día
en que todo resuena con canciones
y convites ceñidos de guirnaldas.

Finalmente, diga que la guerra se parece a la enfermedad, y la paz a la salud; que en ésta recobran su salud los enfermos, y en aquella pierden la vida los sanos; que durante la paz los viejos

son enterrados por los mozos, pero durante la guerra los mozos por los viejos; y lo principal, que en tiempo de guerra ni aun existe seguridad dentro de los muros, en vez de que en tiempo de paz llega la tranquilidad hasta las fronteras. Y otras cosas semejantes.

Difícil me es decir cuántas más puerilidades pueden añadirse en una ampliación escolástica o en una lección en que se quiera argumentar a propósito de las personas presentes. Los discursos que Timeo atribuye a Hermócrates parece que han servido para distinto objeto que el atribuido.

En el mismo libro XXI, Timoleón induce a los suyos a dar batalla a los cartagineses, y cuando están a punto de venir a las manos, les aconseja que no atiendan al número de sus adversarios sino a su debilidad, «porque si es verdad que África está por todas partes muy poblada de hombres, dicese proverbialmente de un lugar desierto, una soledad africana, y no nace esta alocución de la soledad de los parajes, sino del corto número de habitantes, dotados de carácter viril». «En una palabra, añade, ¿quién teme a hombres que, olvidando que la naturaleza les ha dado las manos como ventaja sobre los animales, llévanlas ociosas bajo la túnica, y que además, se ponen debajo de éstas lazos para no parecer amedrentados ante el enemigo?»

CAPÍTULO XXVI

Promesas de Gelón para obtener la jefatura de las fuerzas de socorro.- Discretas decisiones sobre el particular.- Abusos.

A propósito de haber prometido Gelón socorrer a los griegos con veinte mil soldados de infantería y doscientos barcos si se le concedía el mando en jefe de las fuerzas de mar y tierra, refiérese que el Senado de los griegos, que por entonces residía en Corinto, inspirándose en sabia política, contestó a sus emisarios prescribiendo a Gelón acudir como auxiliar con sus tropas, dejando a los acontecimientos que dieran el mando en jefe a aquel cuya ayuda fuera más eficaz. Con esto quisieron demostrar que no cifraban todas sus esperanzas en el auxilio de Siracusa sino en sí mismos, y que exhortaban a todos sus amigos para acudir a la lucha del valor y a merecer la corona de la virtud. Pero de tal suerte multiplica y alarga Timeo y sus arengas sobre cualquier asunto; con tanto entusiasmo procura ensalzar a Sicilia sobre toda Grecia en esplendor y poder, mencionando cuanto allí se ha hecho como más bello y grande que lo sucedido en el resto del mundo; tanto pondera la sabiduría de los sicilianos como superior a toda otra sabiduría; habla, en fin, de los siracusanos como de personas tan eminentes y tan maravillosamente propias para los grandes negocios, que no podrían añadir hipérbole alguna los escolares aficionados a ejercitarse en el estilo admirativo con ampliificaciones declamatorias llenas de vulgaridades sobre asuntos baladíes, como, por ejemplo, los elogios de Tersites, la crítica de Penélope o cualquiera otra necedad semejante.

El abuso de este hinchado estilo para presentar hombres y cosas en la narración, expone al ridículo a los que el historiador desea presentar como modelos. Les ocurre lo que a esos académicos deseosos de lucir elocuencia, que afectan cambiar a cada instante de terreno, replegándose en todos sentidos, y queriendo aturdir al adversario en un dedalo de cosas, evidentes unas y oscuras otras, tanto prodigan las fábulas admirables, tanto multiplican los argumentos, que llegan a haceros dudar de si los que viven en Atenas percibirán el olor de los huevos que se cuecen en Efeso, y si en realidad estáis en la Academia conversando de todo esto o sentados tranquilamente en vuestra casa hablando de cualquier otra cosa. Por este camino no sólo se apartan los académicos de su objeto, sino que además infunden en el temperamento de la juventud una verdadera enfermedad: la de perder el tiempo en la ostentación ridícula de vana palabrería, en vez de aplicarse al estudio de la moral, de la política y de la elocuencia, que es lo único digno de hombre razonable.

Así ha sucedido a Timeo y a los demás historiadores que le imitan. Refiriendo cosas maravillosas, y sosteniendo obstinadamente sus afirmaciones, excita a veces vana admiración y

concíliase a los lectores con apariencias de verdad; a veces también desafia las dudas, queriendo persuadir con la fuerza de sus argumentos, siendo esta su costumbre cuando describe colonias y ciudades aliadas. En estas descripciones muéstrase a veces tan minucioso en los detalles de lo que él ha investigado y tan resuelto a criticar a los demás, que pudiera creerse a los otros escritores, en vez de atentos, dormidos como apáticos habitantes del universo, y a Timeo el único escrutador infatigable, juez hábil e historiador inteligente, y sin embargo, no negando que existen algunas buenas cosas en lo que dice, debo declarar que las falsedades abundan en su historia.

Resulta con frecuencia de la presunción de Timeo, que aquellos de sus lectores más aplicados al estudio de los primeros comentarios en que se describen las cosas de que acabo de hablar, después de haber preparado el espíritu a abarcar la grandeza universal de estas promesas estimándolas fidedignas, sufren con disgusto la contradicción, cuando se les demuestra que Timeo ha errado precisamente en lo que con más acritud censura a los otros historiadores, como lo he demostrado en lo que afirma respecto a los locrenses, no quieren perder la confianza en el historiador y prefieren enemistarse con quien prueba sus errores. Finalmente, y para decirlo de una vez, los que se aplican a estudiar con atención los comentarios de Timeo sacan por fruto de sus arengas y discursos convertirse en argumentadores pueriles y escolásticos.

CAPÍTULO XXVII

Sólo dos son los órganos del saber, el oído y la vista; pero éste más seguro.- Timeo, para investigar la verdad, sólo se valió del oído.- Dos formas de saber por el oído, la una la lectura, y la otra el propio examen.- Negligencia de Timeo con respecto a este último.- Es difícil indagar la verdad por sí misma, pero contribuye en gran manera para escribir bien historias e informarse de los hechos.- Cualidades de un historiador.- Vida de Timeo.

De Timeo poseemos, además de los comentarios, una parte de su historia general, llena del mismo fárrago de errores, y ya he juzgado algunos de sus párrafos. Diré ahora a qué atribuyo la falta de Timeo, y aunque a algunos parezca inverosímil, es sin duda la verdadera fuente de sus errores. Haciendo ostentación de asiduidad en las investigaciones, de larga práctica y de genio, y fingiendo los esfuerzos más concienzudos en la redacción de su historia, resulta en ciertas partes de ésta el más inhábil y negligente de los hombres que merezcan nombre de historiadores. Voy a confirmarlo con los hechos siguientes. De dos órganos con que parece habernos dotado la naturaleza para informarnos e instruirnos a fondo de las cosas, el oído y la vista, éste es incomparablemente más cierto, según Heráclito, porque los ojos son testigos más exactos que las orejas. De estos dos caminos de inquirir la verdad, Timeo ha elegido el más suave, pero el menos seguro. Por ahorrarse el trabajo de ir a verlo, se ha contentado con oírlo, y de dos formas que podemos percibir las cosas por el oído, a saber, la lectura de los libros y la investigación propia, ha andado muy indolente con esta última, como hemos manifestado anteriormente. La causa que le pudo impeler a esta preferencia es fácil de conocer, si se atiende a que los conocimientos que adquirimos por la lectura nos provienen sin peligro ni fatiga, únicamente con la mera prevención de avecindarnos en un pueblo donde exista copia de libros, o tener a la mano una biblioteca. Con este solo auxilio ya puede cualquiera, tendido a la larga y sin la más mínima incomodidad, investigar lo que pretende, cotejar los escritores pasados y advertir sus defectos. Pero aquellos otros conocimientos que nos provienen por investigación propia, cuestan muchas penalidades y gastos, bien que contribuyen infinito y constituyen la parte más apreciable de una historia. Esto lo comprueba el testimonio de aquellos mismos que han compuesto este género de obras. Eforo dice que si fuera dable que los historiadores mismos presenciasen todos los hechos, éste sería el mejor modo de conocerlos. Y Teopompo afirma, que aquel es más sobresaliente en el arte de la guerra, que se ha hallado en más combates. Aquel es más elocuente orador, que ha pleiteado mayor número de causas. Lo mismo ocurre en la medicina y el pilotaje. Pero esto mismo quien nos lo expresa con

más energía es Homero, cuando queriéndonos mostrar cuál debe ser el hombre político, nos propone el ejemplo en la persona de Ulises, diciendo:

Aquel sagaz varón me acuerda, oh Musa,
que errante discurrió muchos lugares.

Más abajo:

Varias ciudades vio, y de muchos hombres
conoció las costumbres y las leyes.
En el mar de las ondas agitado
trabajos padeció muy insufribles.

Después:

Se halló en muchas batallas con los hombres.
Y surcó con fatiga muchos mares.

Un personaje como éste pedía, a mi entender, la dignidad de la historia. Platón decía que entonces serían felices los hombres, cuando los filósofos fuesen reyes o los reyes filósofos; y yo pudiera decir ahora, que entonces la historia se vería en su esplendor, cuando los hombres de Estado se propusiesen escribirla, no por pasatiempo, como ahora se hace, sino persuadidos a que entre todas las obligaciones, ésta, como la más necesaria y más honorífica, les debe ocupar toda la vida, sin dejarla de la mano; o cuando los que se ponen a escribirla, reputasen el uso y el manejo de los negocios por prevención indispensable para un historiador. Hasta entonces no se dejarán de encontrar defectos en las historias. Timeo no se tomó siquiera el más mínimo desvelo para adquirir estas cualidades. Se avecindó y vivió sin salir de un pueblo, casi como un hombre que de propósito hubiese renunciado a la vida activa. Sin conocimiento de las acciones militares, sin manejo de las civiles y sin aquella experiencia propia, hija de los ojos y de los viajes, con todo, y no sé cómo llegó a la reputación y consiguió la preeminencia de historiador. Y que todos estos requisitos los exija la historia, es buena prueba su misma confesión en el prólogo del sexto libro. Algunos, dice, están en la opinión de que el género demostrativo pide más talento, más laboriosidad y más aparato que no la historia. Eforo, prosigue, fue el primero a quien chocó esta proposición; pero, no pudiéndola rebatir sólidamente, procuró a menos comparar y cotejar la historia con el género demostrativo. Esta afirmación es absurda y calumniosa para el historiador, porque Eforo en su Historia universal es verdaderamente admirable por su elocuencia, por la elección de los hechos y por la distribución de los asuntos; ingenioso siempre en las digresiones y en las máximas, hasta el punto de que cuantas veces, apartándose del asunto principal, adorna pomposamente algún discurso, no sé cómo ocurre que siempre se encuentra placer en comparar los talentos de historiador y de autor. Timeo, sin embargo, para que no parezca que calumnia a Eforo ni a ningún otro historiador, censura en términos generales cuanto hacen bueno los demás. Imagina que hablando mal en conjunto no habrá lector viviente que comprenda su malicia.

Ávido en ponderar la gloria que al historiador corresponde, empieza por decir que hay tanta distancia entre los estilos histórico y oratorio como entre verdaderos edificios y los fragmentos de lugares y casas que forman decoraciones teatrales; y en este camino llega a afirmar que es cosa mucho más difícil sólo el reunir los materiales necesarios para escribir una historia, que llevar a término las composiciones oratorias. Agrega que por su parte ha hecho gastos tan grandes y tantos esfuerzos para reunir los comentarios de algunos autores y obtener informes de los ligurios, galos y, añadiré por mi parte, hasta de los íberos, que duda haya persona capaz de prestar fe a lo que pueda decir. Cualquier historiador podría preguntarle si cree que cuesta más trabajo y gastos permanecer tranquilamente en una ciudad comprando libros y buscando informes sobre ligurios y galos, que visitar personalmente gran número de estas poblaciones y verlo todo con los propios ojos. ¿Acaso no es mucho más importante oír el relato de los combates de mar y tierra y de los asedios a los que en ellos tomaron parte y adquirir por sí mismo la experiencia de estos terribles acontecimientos y de todos los trabajos militares? No creo que haya tanta diferencia entre los edificios reales y figurados,

entre la historia y el género oratorio, como hay en toda composición entre quien la cuenta sin conocimiento personal y probada experiencia y quien la escribe por tradiciones e informes.

Imaginan los inhábiles que nada es tan fácil a los historiadores como reunir los comentarios y aprender de quienes bien los saben el conjunto general de los sucesos, y toman sobre sí esta carga; pero también en este punto se equivocan, porque sin tener competencia, ¿cómo han de interrogar convenientemente sobre batallas de mar y tierra y sobre asedios de plazas, ni comprender el detalle de lo que les digan? La manera de interrogar es poderoso auxilio para el narrador, y una insinuación sirve de guía para comprender los hechos a quien los ha presenciado; pero el inhábil no sabe preguntar acerca de hechos que no presenciaron personas de su generación, ni comprende los acontecimientos ocurridos en su época, porque, presente de cuerpo, está ausente de inteligencia.

LIBRO DECIMOTERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Cuestiones económicas y morales.

Las guerras ininterrumpidas y el desordenado lujo ocasionaron a los etolios tan enormes dispendios, que sin saberse y sin que ellos mismos lo advirtieran encontráronse al fin agobiados de deudas. En tal estado acudieron, como único recurso, a un cambio de gobierno, situando al frente de él a Dorimaco y Scopas, dos facciosos que tenían empeñados la totalidad de sus bienes a los acreedores. Constituidos en tan alta dignidad estos dos hombres, dictaron leyes a su patria.

CAPÍTULO II

Opinión de Alejandro el Etolio.

Era contrario Alejandro el Etolio a los legisladores Dorimaco y Scopas, demostrándoles con numerosos argumentos que donde existía germen de este género de leyes no podía ahogarse sin grandes males para los habitantes. Pedía, pues, no sólo que aliviasen de deudas a la patria, sino precaverla además para lo porvenir, por ser absurdo, manifestaba, dar la vida por la defensa de los hijos en tiempo de guerra, y no cuidar en la paz del porvenir.

CAPÍTULO III

Sobre la destitución de Scopas.

Destituido Scopas, legislador de los etolios, de la dignidad en cuya virtud había escrito estas leyes, dirigióse a Alejandría, esperando conseguir allí bienes que aliviarían su miseria y satisficiesen su avidez. Ignoraba sin duda que del mismo modo que el deseo de beber en los hidrópicos jamás se mitiga ni sacia por más agua que se les aplique por fuera, si no se cura el afecto interior que le motiva; igualmente jamás se satisface la codicia de tener más si la razón no corrige el vicio interior del espíritu. El hombre a que me refiero es notable ejemplo de esta verdad: llega a Alejandría, se le nombra general de las tropas, confíansele los principales negocios, el rey le entrega diariamente diez minas para su comida, mientras los oficiales subalternos sólo perciben una, y todo esto le parecía poco. Tanto extremó la avidez, que se hizo odioso a los mismos que le habían enriquecido, y perdió las riquezas y la vida.

CAPÍTULO IV

La mayoría de las acciones de los políticos y hombres de Estado van acompañadas de la malicia.-

Alabanza de la nación aquea, por haber detestado el dolo, tan frecuente en otros pueblos.-

Conducta semejante que existió entre aqueos y romanos sobre materia de guerra.

A pesar de que el dolo es cosa tan impropia de los reyes, con todo no ha faltado quien se ha valido de él en el manejo de los negocios públicos; y aun ha habido algunos que, a fuerza de verle tan introducido en el día, han querido defender que era necesario. Los aqueos estuvieron muy lejos de este modo de pensar. Aborrecieron tanto el fraude con los amigos para acrecentar su poder por semejante medio, que ni aun con los enemigos desearon tuviese parte el engaño en la victoria. En su opinión, la victoria no tenía nada de glorioso, nada de sólido, sino se peleaba a cuerpo descubierto y

no se debía al valor el vencimiento. Por ese se observaba entre ellos no traer armas ocultas, ni disparar desde gran distancia dardos unos contra otros; persuadidos a que la única forma legítima de decidir sus contiendas era peleando de cerca y a pie firme. Y así una vez decididos a tomar las armas, no sólo se avisaban mutuamente de la guerra y del combate, sino aun del lugar donde se había de dar. En la actualidad se tiene por necio un general que hace públicos sus propósitos. Aún duran entre los romanos algunos vestigios de este antiguo proceder en la guerra. Porque la anuncian a sus enemigos, usan rara vez de emboscadas, y pelean de cerca y a pie firme. He dicho esto por lo familiarizada que hoy día se ve entre los que gobiernan la excesiva emulación de engañarse unos a otros, tanto en materias civiles como militares.

CAPÍTULO V

Filipo recurre a todo para perjudicar a los rodios.- Suma maldad de Heráclidas Tarentino, famoso capitán de Filippo.

Filipo, por dar motivo a Heráclidas de usar de su genio, le ordenó que excogitase forma como infestar y causar daño a la escuadra de los rodios; y al mismo tiempo despachó a Creta embajadores, para provocar e irritar los cretenses a la guerra contra este pueblo. Heráclidas, hombre naturalmente inclinado al mal, reputó este mandato por un gran hallazgo, y después de haber estado algún tiempo maquinando medios, se hizo a la vela, y arribó a Rodas. Este hombre era originario de Tarento, nacido de padres humildes, y que había ejercitado artes mecánicas, pero tenía las mejores disposiciones para cualquiera maldad y picardía. En su primera edad había abusado de su cuerpo públicamente. Mucha astucia, gran memoria, terrible y osado con los más bajos, vil y bajo adulador con los más altos. En sus principios había salido desterrado de Tarento, por haberla querido entregar a los romanos; no porque tuviese alguna autoridad en su patria, sino porque siendo arquitecto, con pretexto de hacer ciertas reparaciones en la muralla, se había apoderado de las llaves de la puerta que conducía tierra adentro. Refugiado en los romanos, desde allí mantenía inteligencia por cartas con los tarentinos y con Aníbal, pero descubierta la trama, y pronosticado el golpe huyó a la corte de Filippo, con quien logró tal confianza y poderío, que casi fue la única causa de la ruina de tan poderoso reino.

CAPÍTULO VI

Suspicias de los pritacianos.

Mas los pritacianos, que desconfiaban de Filippo por su doblez con los cretenses, supusieron asimismo que les había enviado a Heráclidas para cometer alguna perfidia.

Al llegar éste, recordó todos los motivos que determinaron la huida de Filippo.

CAPÍTULO VII

Poder de la verdad, e imperio que ejerce siempre sobre la mentira.

En mi opinión, la verdad es la mayor diosa que la naturaleza crió entre los mortales, y a la que otorgó más poder. Por más que todos se conjuren contra ella, por más que tal vez todas las probabilidades favorezcan la mentira, al fin yo no sé cómo se insinúa por sí misma en el corazón del hombre, y unas veces ostentando de repente su poder, otras permaneciendo oculta por largo tiempo, al cabo recobra sus fuerzas, y triunfa de la mentira.

CAPÍTULO VIII

Damocles y Pyteon.

Ciertamente Damocles era ministro hábil y muy versado en los negocios. Se le envió con Pyteon para observar los consejos de los romanos.

CAPÍTULO IX

Perversión cruel y horrenda de Nabis, tirano de Lacedemonia.- Máquina llamada Apega, que ideó para atormentar a los espartanos.

Tres años hacía ya que Nabis tiranizaba a Esparta (204 años antes de J. C.), y no se había atrevido a emprender acción alguna ruidosa, por estar aun muy reciente la derrota de Machanidas por los aqueos. Se ocupaba sí en sentar y echar los cimientos de una larga y dura tiranía. Para ello iba abolviendo las reliquias del hombre espartano. Desterraba a los que más sobresalían en riquezas o en origen, distribuía sus bienes y mujeres entre aquellos otros principales de su bando que tenía a sueldo, todos homicidas, salteadores, rateros y forajidos. Sólo esta especie de gentes, cuyas atrocidades y delitos tenía privadas de su patria, era la que cuidadosamente iba recogiendo de todo el mundo. A éstos amparaba y gobernaba, a éstos recurría para satélites y guardas de su persona, y con éstos pensaba hacer duradera la fama de su impiedad y poder. No satisfecho con desterrar los ciudadanos, hacía por donde no hubiese para ellos lugar seguro, ni asilo resguardado. A unos les daban muerte los emisarios que tenía en los caminos, a otros los traía de sus destierros para quitarles la vida. Finalmente, en las ciudades donde había algunos, hacía alquilar por gentes no sospechosas las casas contiguas a las que ellos habitaban, y enviaba allá cretenses que, u horadando las paredes, o violentando las ventanas, mataban a flechazos, a unos en pie y a otros echados; de modo que no había acogida ni tiempo seguro para los miserables lacedemonios. De esta forma acabó con la mayor parte.

Aparte de esto, construyó una máquina, si merece tal nombre, que representaba una mujer adornada de ricos vestidos, y muy parecida en el rostro a su mujer propia. Cuando quería exigir dinero de algún ciudadano, le llamaba, le hacía un largo y afable razonamiento, exponiéndole el peligro que amenazaba a Esparta y al país de parte de los aqueos, haciéndole ver el número de extranjeros que mantenía para seguridad del Estado, y los gastos que tenía que efectuar en el culto de los dioses y en el bien público. Si se convencía por estas razones, esto le bastaba para su intento. Mas si rehusaba obedecer el mandato, le hablaba en estos términos: «Ya que yo no valgo a persuadirlos, pienso que os persuadirá Apega» (así se llamaba su mujer). Lo mismo era decir esto, que al punto aparecía la figura que hemos mencionado. Nabis, cogiéndola de la mano por obsequio, la levantaba del asiento y hacía que asimismo el infeliz la abrazase y se fuese poco a poco acercando al pecho del ídolo, cuyos brazos, manos y pechos se hallaban erizados de puntas de hierro cubiertas bajo el vestido. Cuando el tal tenía echadas las manos por la espalda del simulacro, entonces el tirano, tirando por ciertas máquinas, le iba arrimando y estrechando despacio contra los pechos de la mujer, y así le obligaba a decir cuanto quería. De este modo murieron muchos que rehusaron condescender con lo que pedía.

Sus demás acciones fueron por el estilo de las referidas, y conformes a su carácter. Participaba en las piraterías de los cretenses. Distribuía en todo el Peloponeso malvados que robaban los templos, salteadores de caminos y asesinos, y después de partir el botín con ellos, dábales en Esparta asilo seguro. Por entonces llegaron a Lacedemonia algunos beocios, e hicieron tan amigos de uno de los escuderos de este tirano, que le indujeron a viajar con ellos. Tomó al efecto un hermoso caballo blanco, el más hermoso que había en las caballerizas de su amo. Apenas llegados a Megalópolis, se lanzaron sobre ellos los satélites que envió el tirano, llevándose caballo y escudero

e insultando a los que le acompañaban. Comenzaron los beocios por pedir que se les condujese al Tribunal, y en vista de la negativa, uno de ellos gritó: «¡Socorro! ¡Socorro!» Acudieron los habitantes, decidiendo llevar los viajeros al Tribunal, cosa que asustó a los satélites de Nabis hasta el punto de hacerles huir, soltando la presa. El tirano, que buscaba pretexto para atropellar los pueblos próximos, aprovechó este; salió a campaña y persiguió los ganados de Protágoras y de algunos otros, siendo este el inicio de la guerra.

CAPÍTULO X

Acción de Antíoco en Arabia.

Era Cattenia la tercera división del país de los guerreanos... A pesar de que el suelo de Cattenia era estéril, se hallaba cubierto de pueblos y torres a causa de la opulencia de los guerreanos que lo habitaban. Esta comarca está a orillas del mar Eritreno. Laba es, como Saba, una ciudad de Cattenia, porque Cattenia es una provincia de los guerreanos.

Suplicaron al rey los guerreanos que no les privase de las ventajas otorgadas por los dioses, y que eran, según decían, el goce de perpetua paz y libertad. Traducida la carta por los intérpretes, respondióles que accedía a la demanda. Asimismo ordenó que se respetase la comarca de los cattenios.

Ratificada por Antíoco la libertad de los guerreanos, entregáronle éstos cien talentos de plata, mil de incienso y doscientos del aroma llamado stacta, porque en las orillas del mar Eritreno encuéntrase toda clase de aromas. El rey se embarcó en seguida para la isla de Tule, desde donde regresó por mar a Seleucia.

CAPÍTULO XI

Algunos datos geográficos.

Badiza es una ciudad de los Brutianos.

Meletussa es una ciudad de Iliria.

Illattia, ciudad de Creta.

Sibyrtus, ciudad de Creta.

Adram, ciudad de Tracia.

Campo de Marte es un campo inculto de Tracia donde apenas crecen algunos árboles débiles y achaparrados.

Los digerianos son un pueblo de Tracia.

Cibyla es una ciudad de Tracia próxima al país de los Astas.

LIBRO DECIMOCUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que manifiesta Polibio hablando de sí y de la exposición de su obra como la presenta en el sumario de sus libros.

Quizá excitara más la curiosidad por el número e importancia de los acontecimientos exponer lo sucedido en todas las olimpiadas, y visto en conjunto lo ocurrido en toda la tierra, ocuparíanse menos los lectores de lo efectuado en el intervalo de una sola olimpiada. Las guerras en Italia y África se realizan en nuestra época. ¿Quién al leerlas no está impaciente por llegar a la catástrofe, al fin? Es inclinación natural en los lectores conocer el resultado de todos los sucesos; pero el tiempo revela y explica los consejos de los reyes, y cuanto se preparaba antes es hoy claro a los más indiferentes. Deseando relatar cada cosa según su importancia, comprendió en un solo libro, y como había prometido, los hechos transcurridos durante veintidós años.

CAPÍTULO II

Batallas de Escipión en África contra Asdrúbal y Sifax, rey de los númidas.- Material de que estaban formadas las tiendas de los cartagineses y númidas.- Motivo que de aquí toma Escipión para acometer una acción gloriosa y esforzada.- Escipión simula desear la paz, con lo que hace incauto al enemigo.- Incendio de los campamentos de Asdrúbal y de Sifax.- Espíritu invencible de los cartagineses, y doblado ánimo que recuperan en treinta días.- Victoria de Escipión sobre sus contrarios, y animosidad de éstos aun después de derrotados.

En tanto los cónsules se ocupaban en esto (204 años antes de J. C.), Escipión en el África, informado en el transcurso de los cuarteles de invierno de que los cartagineses equipaban una escuadra, pensó él también en hacer lo mismo sin dejar por eso de la mano el asedio de Utica. No tenía perdidas del todo las esperanzas de reducir a Sifax, antes bien con el motivo de la proximidad de los dos campos, le enviaba continuos emisarios, persuadido a que le haría separar de la alianza de los cartagineses. Porque según la natural veleidad de los númidas y la facilidad con que faltan a la fe de los dioses y de los hombres, se prometía que rápidamente llegaría a haziarse este príncipe de la joven doncella que había sido causa de que abrazase los intereses y amistad de Cartago. Estos pensamientos ocupaban su espíritu, y tan buenas esperanzas tenía para el futuro, cuando temeroso de venir a una batalla en campo raso por ser muchos más los contrarios, se valió de este expediente. Algunos de los que había diputado a Sifax le habían traído la noticia de que las tiendas que tenían los cartagineses en sus cuarteles estaban construidas sin lodo, sólo con ramas y hojas de toda especie; que las de los númidas que habían venido desde el principio, eran de juncos; y las de los que habían acudido nuevamente de las ciudades únicamente se componían de fagina, unas situadas dentro del real, y las más fuera del foso y de la trinchera. Escipión, creyendo que no podía intentar cosa más inesperada para los enemigos, ni más ventajosa para él, que prender fuego a las tiendas, se entregó todo a este pensamiento. Todas las diputaciones de Sifax a Escipión habían girado sobre un mismo punto, y era que los cartagineses evacuasen la Italia, y los romanos el África, reteniendo uno y otro pueblo lo que poseía entre los dos estados antes de la guerra. Hasta aquí Escipión ni siquiera había prestado oídos a estas condiciones; pero entonces dio a entender al númida una cierta esperanza de que no era imposible lo que proponía. De aquí provino que Sifax, procediendo irreflexivamente, permitiese con más confianza la comunicación entre los dos campos; que fuesen más y más frecuentes los emisarios que iban y venían; y aun a veces que se quedasen los unos por algunos días en el campo de los otros sin precaución ni reserva. Durante este tiempo Escipión enviaba siempre con sus diputados algunas personas inteligentes, u oficiales disfrazados con hábitos

sucios y humildes, a manera de siervos, para que se informasen y registrasen sin peligro las entradas y salidas de ambos campamentos. Porque había dos, uno donde se hallaba Asdrúbal con treinta mil infantes y tres mil caballos, y a diez estadios de distancia otro, donde estaban los númidas con diez mil caballos y cincuenta mil hombres de infantería. El acceso a éste era más fácil, y sus tiendas mucho más propensas a la combustión, porque los númidas, como hemos dicho antes, únicamente las habían construido de cañas y juncos, sin tierra ni madera.

Al iniciarse la primavera Escipión, después de averiguarlo todo lo que podía conducir a lo que maquinaba contra el enemigo, sacó sus navíos y los armó de máquinas para cercar por mar a Utica. Ocupó con dos mil hombres de infantería un ribazo que dominaba la ciudad, y le fortificó con un foso hecho a toda costa. En esto daba a entender al enemigo que pensaba en el asedio, pero su verdadero propósito era poner a cubierto los suyos para el tiempo de la acción, no fuese que después de separado él con sus legiones la guarnición de Utica se atreviese a hacer una salida, atacase el campo que se hallaba inmediato, y sitiase la gente que quedaba en su custodia. Mientras realizaba estos preparativos, despachó a Sifax legados para informarse si accedería a sus propuestas, si entrarían en ellas los cartagineses, o si después pedirían nuevas deliberaciones sobre el pacto; previniéndoles no regresasen sin traer la respuesta sobre estos artículos. Llegados y oídos los diputados, Sifax se persuadió a que Escipión deseaba concertar la paz, ya por la prohibición que traían los embajadores de no volver sin llevar la respuesta, ya por la inquietud en que estaba el romano de si accederían los cartagineses. Por lo cual despachado rápidamente un correo a Asdrúbal, para informarle de lo que ocurría y exhortarle a abrazar el convenio, él descuidó en un todo y permitió alojar fuera del campo los númidas que iban viniendo. Escipión en el exterior aparentaba el mismo abandono, pero interiormente no dejaba de la mano su proyecto. Ya que supo Sifax que los cartagineses dejaban a su arbitrio el ajuste de la paz, gozoso en extremo se lo participó a los diputados, quienes al punto marcharon a dar cuenta a Escipión de esta nueva. El general romano, después de haberlos oído, los volvió a enviar sin detención a Sifax, para que le advirtiesen que por su parte aprobaba y deseaba la paz, pero que el consejo era de contrario parecer y deseaban persistir en lo empezado. Efectivamente, los legados cumplieron con su comisión. Este paso lo daba Escipión por no parecer que faltaba a la buena fe si mientras se estaba negociando la paz cometía alguna hostilidad; en vez de que con esta declaración creía poder obrar libremente, sin ser reprendido.

Esta noticia fue de tanto más pesar a Sifax, cuanto tenía mayores esperanzas de la terminación de la guerra. Sin embargo, se abocó con Asdrúbal, y le explicó lo que acababa de saber de los romanos. Después de muchas consultas, deliberaron sobre lo que se había de hacer en adelante, pero todos sus discursos e ideas estuvieron muy lejanas de lo que iba a ocurrir. Ni aun por imaginación siquiera se les pasó precaverse o persuadirse que pudiera haber algún peligro. Todas sus miras y conatos se limitaron a ofender al enemigo, y ver cómo se le podría atraer a campo llano y descampado. Hasta aquí Escipión había hecho creer a todos, según las disposiciones que hacía y las órdenes que daba, que pensaba sorprender a Utica; pero ahora congregando a la mitad del día los tribunos más aptos y de mayor confianza, les descubrió su propósito y les ordenó que después de haber cenado a la hora regular sacasen las legiones fuera del campo, cuando todas las trompetas hiciesen la señal según costumbre. Se usa entre los romanos que todos los trompeteros y clarineros toquen a la hora de cenar frente a la tienda del general, porque este es el tiempo de apostar en sus puestos respectivos las centinelas de la noche. Después llamó a los espías que había enviado a reconocer los dos campos de los enemigos, cotejó y examinó lo que le decían de los caminos y entradas de los campamentos, consultando en todo el juicio y parecer de Massinisa, por la inteligencia que tenía de aquellos lugares.

Una vez que todo estuvo dispuesto para la ejecución, dejó en el campamento un número suficiente de tropas escogidas, y con el resto del ejército se puso en marcha al fin de la primera vigilia hacia los contrarios, que se hallaban a sesenta estadios de distancia. Llegado que hubo al fin de la tercera vigilia, dio a Lelio y a Massinisa la mitad de las tropas y todos los númidas, con orden

de atacar el campo de Sifax; exhortándoles a que se portasen como buenos y no obrasen con imprudencia, pues sabían muy bien que en las empresas nocturnas era preciso supliese la cordura y el valor los impedimentos y obstáculos que la oscuridad causaba a los ojos. Él con la otra mitad se encaminó hacia el campo de Asdrúbal. Pero como tenía decidido no atacar a éste hasta que Lelio primero no hubiese prendido fuego al de los númidas, atento a este propósito, caminaba a lento paso. Lelio dividió en dos trozos sus soldados, para invadir a un tiempo al enemigo. Así que los primeros aplicaron el fuego, y prendió éste en las primeras tiendas, como parecían estar hechas de propósito para un incendio según hemos manifestado, al punto vino a ser el mal irremediable, ya porque estaban contiguas las unas a las otras, ya por el abundante material que el fuego encontraba. Mientras que Lelio puesto de reserva observaba el lance, Massinisa, que sabía los caminos por donde habían de escapar los que se libertasen, apostó en ellos sus soldados. Ninguno de los númidas, ni aun el mismo Sifax, sospechó de donde pudiera venir el fuego; sólo se creyó que algún azar hubiese dado motivo. Y así sin recelarse otra cosa, unos medio dormidos saltaban de sus lechos; otros, que se hallaban aún bebiendo y emborrachándose, se echaban fuera de sus tiendas; muchos fueron atropellados a las salidas del campo; muchos consumió el fuego y devoraron las llamas, y los que escaparon del incendio perdieron la vida a manos del enemigo, antes de saber lo que les sucedía o lo que hacían.

Por entonces los cartagineses, que advirtieron el gran fuego y la mucha elevación de las llamas, presumiéndose que por alguna casualidad se hubiese incendiado el real de los númidas, algunos acudieron rápidamente al socorro; pero todos los demás, echándose fuera del campo sin armas, se pararon delante de sus trincheras, atónitos con el acontecimiento. Entonces Escipión, viendo que todo le salía a medida del deseo, da sobre los que habían salido, mata a unos, persigue a otros, y prende al mismo tiempo fuego a sus tiendas. Con esto vino a haber el mismo incendio y el mismo desastre en el campo de los cartagineses que hemos dicho había en el de los númidas. Asdrúbal, conociendo por el efecto que el daño en el campo de los númidas no provenía de la casualidad, como se creía, sino de la astucia y ardor del enemigo, desistió al punto de acudir al fuego, y miró sólo por su salud, bien que aun para esto era muy débil la esperanza que ya le quedaba. Porque el incendio había preso y cundido por todas partes, los caminos estaban cubiertos de caballos, bestias de carga, y hombres, unos medio muertos y acabados por el fuego, otros atónitos y consternados; de modo que aunque se hubiera intentado hacer algún esfuerzo contra estos obstáculos, el desorden y la confusión no dejaban arbitrio, igual suerte pasaba por los otros jefes, bien que Sifax y Asdrúbal se salvaron con algunos de a caballo. Los restantes millares de hombres, caballos y bestias fueron infeliz y miserablemente reducidas a cenizas, y algunos que escaparon del furor de las llamas en hábitos menos decentes y torpes, fueron degollados por los contrarios, no sólo sin armas, pero aun sin vestidos. En resumen, todo era quejidos, clamores descompasados, pavor, estrépito extraordinario, y a esto se añadía un fuego activo y una llama devoradora; accidentes que cualquiera de ellos era capaz de consternar el corazón humano, cuanto más viniendo todos juntos y cuando menos se pensaba. Efectivamente, ninguno se puede figurar aun por exageración cosa que se le parezca: tanto excedió en horror la presente catástrofe a las demás que hasta aquí se han referido. Y aunque la vida de Escipión esté llena de acciones gloriosas, ésta en mi opinión se llevó el lauro en lo esclarecida y esforzada.

Apenas llegó el día, Escipión, aunque vio los enemigos unos muertos y otros puestos en fuga, con todo alentó los tribunos para que siguiesen el alcance. Al principio Asdrúbal, fiado en la fortaleza de la ciudad donde se había retirado, aguardó a pie firme, aunque supo que venían; pero después, viendo a los habitantes sublevados, temió el ímpetu del romano, y huyó con los que se habían salvado del incendio, en número de quinientos caballos y dos mil infantes. Sosegado el alboroto, la ciudad se rindió a los romanos, Escipión la perdonó; pero a otras dos que estaban próximas, las entregó al saqueo, después de lo cual se volvió a su primer campo.

Los cartagineses, viendo que todo había salido al revés de lo quo tenían proyectado, sintieron en el alma este desastre. Efectivamente, haberse prometido poner sitio a los romanos, haber hecho

todos los aprestos para bloquearlos por mar y tierra en aquella colina cercana a Utica donde se hallaban acampados, y verse ahora obligados por un lance imprevisto y desusado no sólo a dejarles libre el campo, sino a esperar la ruina de sus personas y patria, era motivo para tener los ánimos llenos de consternación y sobresalto. Sin embargo, como los negocios exigían que se tomase providencia y remedio en el futuro, el Senado se vio perplejo, y los pareceres fueron varios y confusos. Unos eran de sentir que se avisase a Aníbal, y se le trajese de Italia, como que ya no quedaba otro recurso más que en este capitán y en su ejército; otros que se pidiese a Escipión una tregua, y se tratase con él de paces y convenios, y no faltaron quienes dijeron que se debía confiar, reclutar nuevas tropas, y despachar legados a Sifax, que retirado a Abba, ciudad contigua a Cartago, iba recogiendo las reliquias que habían escapado del incendio. Al fin este fue el parecer que prevaleció. Se despachó a Asdrúbal para alistar tropas, y se envió diputados a Sifax para rogarle que les prestase su socorro y persistiese en lo empezado según su primer propósito, pues dentro de poco iría a unírsele Asdrúbal con nuevo ejército.

Escipión había pensado siempre en el asedio de Utica, pero cuando supo que Sifax permanecía en el partido de los cartagineses, y que éstos reclutaban otro ejército, lo tomó con más ahínco, sacó sus legiones, y fue a acampar frente a esta ciudad. Al mismo tiempo, repartido el botín entre las tropas, hizo venir al ejército mercaderes que lo comprasen, providencia que le tuvo mucha cuenta. Porque el soldado, que con la precedente ventaja se prometía nada menos que ser dueño de todo, vendía sin reparo y a menos precio a los mercaderes el despojo que acababa de ganar.

Sifax y sus amigos se propusieron al principio retirarse a sus casas sin detenerse; pero habiendo encontrado alrededor de Abba un cuerpo de más de cuatro mil celtíberos que los cartagineses habían alistado, este socorro les recuperó algún tanto el valor, y les contuvo. Añadióse a esto la súplica de Sofonisba, hija de Asdrúbal y esposa de Sifax, que rogando con instancia a su marido que se quedase y no desamparase a los cartagineses en tales circunstancias, al fin consiguió y obtuvo lo que pedía. Los cartagineses por otra parte concibieron esperanzas no pequeñas con la llegada de los celtíberos. Se decía que en vez de cuatro mil eran diez mil, todos de tal espíritu y con tales armas, que eran irresistibles en los combates. Con esta nueva y esta voz que se había esparcido por todo el pueblo, alentados los cartagineses cobraron doblado ánimo para volver a ponerse en campaña. Transcurridos treinta días levantaron una trinchera en lo que llaman los Grandes Campos, y sentaron allí el real con los númidas y celtíberos, en número todos poco menos de treinta mil.

Así que Escipión tuvo esta noticia, pensó en marchar contra el enemigo. Dadas las órdenes de lo que se había de hacer a los que cercaban a Utica por mar y tierra, se puso en marcha con todo el ejército a la ligera. Al cabo de cinco etapas llegó a los Grandes Campos, de donde no distaba mucho el enemigo. El primer día acampó sobre una colina, distante treinta estadios de los cartagineses; en el segundo bajó al llano, se formó en batalla, y puso por delante la caballería a siete estadios; en los dos siguientes permaneció en el puesto, y se ensayaron unos y otros en leves escaramuzas; al cuarto ambos generales sacaron sus tropas, y formaron sus haces. Escipión formó sencillamente, como tenían por costumbre los romanos. En la primera línea los hastatos, en la segunda los príncipes, y en la última los triarios; en el ala derecha la caballería italiana, y en la izquierda Massinisa con la númida. Asdrúbal y Sifax ordenaron los celtíberos en el centro, opuestos a las cohortes romanas, los númidas a la mano izquierda, y los cartagineses a la derecha. Al primer choque la caballería italiana arrolló a los númidas, y Massinisa a los cartagineses, como a tropas desalentadas ya con tantas derrotas. Los celtíberos venidos a las manos con las legiones romanas, pelearon con valor; ya que ni la ignorancia del terreno les dejaba recurso a la huida, ni la perfidia que habían cometido en tomar las armas por los cartagineses en contra de los romanos, de quienes no habían recibido ofensa alguna en el transcurso de la guerra de Escipión en España, les dejaba esperanza de perdón, si eran hechos prisioneros. Pero finalmente, así que cedieron los de las alas, fueron ellos cercados por los príncipes y triarios, y pasados todos a cuchillo a excepción de muy pocos. De esta manera perecieron los celtíberos, después de haber hecho un gran servicio a los cartagineses, no sólo porque lucharon con valor, sino porque favorecieron su retiro. Pues a no haber hallado esto obstáculo los

romanos, y a haber seguido rápidamente el alcance, sin duda hubieran quedado muy pocos con vida. Pero el haberse detenido con éstos, hizo que Sifax se retirase sin riesgo a su casa con la caballería, y Asdrúbal a Cartago con los que se habían salvado.

El general romano, después de haber dado orden sobre los despojos y los prisioneros, llamó a junta, y deliberó sobre lo que se había de hacer en la consecuencia. Se decidió que Escipión con una parte del ejército sometiese las ciudades de los alrededores, Lelio y Massinisa con los númidas y la otra parte de las legiones persiguiesen a Sifax, para no darle lugar a volver en sí ni reponerse. Adoptada esta determinación, se separaron unos contra Sifax con las tropas mencionadas, y el general contra las ciudades. De éstas, unas por temor se le rindieron voluntariamente, otras esperaron al asedio y fueron tomadas por asalto. Todo el país se hallaba dispuesto a cambiar de dominio, ya que se encontraba agobiado de continuos trabajos y sobrecargado de impuestos por haber sostenido una guerra tan larga en España. En Cartago, aunque ya era grande la inquietud que antes había, ahora vino a ser mayor el alboroto, como que ya era este un golpe repetido que abatía del todo sus esperanzas. Sin embargo, aquellos senadores más esforzados fueron de parecer que se marchase con una escuadra contra los que sitiaban a Utica, que se intentase liberarla del asedio, y dar un combate naval al enemigo que se hallaba desprevenido en esta parte. Determinaron asimismo que se enviase por Aníbal, y sin dilación alguna se probase este recurso, pues probablemente uno y otro pensamiento ofrecerían grandes proporciones de obrar con ventaja. Otros sostenían que ni uno ni otro medio eran practicables en tan urgentes circunstancias; que más valía fortalecer la ciudad y disponerla para un asedio pues la fortuna les presentaría mil ocasiones de salir del apuro, si obraban de acuerdo. Al mismo tiempo aconsejaban que se tratase de paces y convenios, y se viese con qué condiciones y de qué forma se podrían evitar los males de que estaban amenazados. Después de una larga discusión, ambos pareceres fueron aprobados. Tomada esta resolución, los que habían de partir para Italia se pusieron en marcha desde el mismo Senado a la playa, el jefe de la escuadra a sus navíos, los demás tomaron providencia sobre el resguardo de la ciudad, y cada uno cuidó de atender sin interrupción a su ministerio. Una vez que la armada romana se vio embarazada con tanto botín, por no haber hallado resistencia y haber cedido todo a su poder, Escipión decidió remitir la mejor parte del despojo a su primer campamento, marchar con el ejército desembarazado a ocupar una fortaleza que estaba sobre Túnez y acampar a la vista de los cartagineses, bien seguro que de este modo provocaría entre ellos el espanto y la confusión. Ya los cartagineses, equipados en pocos días sus navíos de víveres y marinería, se iban a hacer a la vela para sus destinos, cuando Escipión llegó a Túnez y se apoderó del puesto que la guarnición, por temor a su esfuerzo, había abandonado. Dista Túnez de Cartago como ciento veinte estadios, está a la vista casi de toda esta ciudad y muy bien defendida por el arte y la naturaleza, como antes hemos mencionado. Apenas habían sentado sus reales los romanos, cuando levaron anclas los cartagineses, dirigiéndose hacia Utica. Escipión cuando vio esta partida se sobresaltó, y temió no sobreviniese algún descalabro a su armada, que se hallaba del todo desprevenida y sin el menor recelo de lo que la iba a ocurrir. Y así, volvió a levantar el campo y acudió con diligencia al socorro de sus intereses. Encontró varios navíos con puente, convenientes sí para desviar o aproximar las máquinas, y, en una palabra, muy bien acondicionados para un asedio, pero de ninguna forma proporcionados para una batalla naval, en vez de que los enemigos habían estado todo el invierno equipando una escuadra con este objeto. Por lo cual, renunciando al pensamiento de salir a alta mar y batirse con el enemigo, tomó el partido de atracar sobre la costa sus navíos con puente, y colocarles alrededor tres o cuatro órdenes de embarcaciones de carga. Después...

CAPÍTULO III

Ptolomeo Filopator.

Filón contrajo amistad con Agatocles, hijo de Osmandia y compañero del rey Filopator, quien

ordenó sin reparo de gasto, se erigieran muchas estatuas en Alejandría a su amiga de festín Cleino, representándola vestida con sencilla túnica y con una copa en la mano. No sorprende esto conociendo que sus más bellos palacios llevaban los nombres de Myrtis, Mneses y Poteina, tocadoras de flauta las dos primeras, y la última, cortesana sacada de casas públicas, y que Ptolomeo Filopator vivió sometido a la voluntad de la cortesana Agatoclea, quien desordenó toda la nación.

Llamará la atención que en un solo lugar reúna, respecto de Egipto, acontecimientos muy lejanos entre sí. No es este el método que de ordinario sigo, prefiriendo por el contrario referir anualmente los sucesos ocurridos; pero me aparto ahora de este plan, porque concluida la guerra que por la Celosiria emprendió Ptolomeo Filopator, cambió el prudente y morigerado proceder, objeto hasta entonces de admiración, por la desarreglada y voluptuosa vida que acabamos de relatar... Finalmente, el mal estado de sus asuntos le comprometió en la guerra referida, en la cual, exceptuando las crueldades recíprocas, nada digno de recuerdo acaeció por mar y tierra. Esto me ha hecho preferir por propia comodidad y por interés de los lectores la reunión en un solo cuerpo de cuanto podía dar a conocer el carácter y las costumbres de Ptolomeo, a narrar circunstanciadamente hechos insignificantes que ninguna atención merecen.

LIBRO DECIMOQUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Deslealtad de los cartagineses.- Embajadores que Escipión les envía por esta razón.- Libertad con que éstos recriminan ante el Senado su infidelidad.- Leve esperanza que los cartagineses fundan en Aníbal para intentar dar muerte a los embajadores romanos y volver a encender la guerra.- Nueva guerra más cruel y porfiada.- Preparativos de Escipión y Aníbal para el combate.- Ardid que usó Escipión con unos espías capturados en su campo.- Deseo de Aníbal de reunirse con Escipión.- Conferencia de estos dos notables generales.- Observación de Polibio acerca de la batalla que se va a dar.- Formación de batalla por ambos generales.- Arengas a sus tropas.- Obstinación de unos y otros durante la lucha y victoria por los romanos.

A pesar de que Escipión sufría con impaciencia que los cartagineses le hubiesen arrebatado el convoy y que ya estuviesen abundantemente provistos de todo lo necesario, con todo le llegaba más al alma que, contra la religión de los juramentos y tratados, volviesen a encender nuevamente la guerra. Por esta razón nombró a L. Servilio, L. Bebio y L. Fabio, y los diputó a Cartago para que hiciesen presente su queja y manifestasen que acababa de saber de Roma cómo el pueblo había rectificado el tratado. No bien llegaron éstos a Cartago, fueron llevados primero al Senado y después a la asamblea del pueblo, donde hablaron con libertad sobre el estado presente. Ante todas las cosas, les trajeron a la memoria lo que habían hecho sus embajadores cuando fueron a Túnez; que admitidos al consejo de los romanos, no sólo habían hecho libaciones a los dioses y adorado la tierra, como acostumbran otras naciones, sino que se habían prosternado vilmente contra el suelo y habían besado los pies a toda la asamblea; que incorporados después, se habían echado a sí mismos la culpa de haber violado los pactos concertados anteriormente entre romanos y cartagineses; que no negaban que merecían con razón cualquier castigo que les quisiesen imponer, pero que, por la común fortuna de los hombres, les suplicaban no se mostrasen crueles con ellos, pues así su imprudencia vendría a ser un blasón de la clemencia romana. «Atento a esto, prosiguieron los embajadores, no acaba de comprender nuestro general y demás que se hallaron entonces en el consejo, qué fundamento tengáis para olvidaros de lo que entonces ofrecisteis y atreveros a violar la fe del juramento y de las treguas. Casi se puede asegurar que el regreso de Aníbal y de sus tropas os ha inspirado este ardimiento, pero lo erráis de medio a medio. A todos os consta que, desalojado de toda Italia, hace ya más de un año que se halla encerrado y poco menos que cercado en las proximidades de Lacinio, de modo que con dificultad podrá escapar para volver al África. Pero demos que vuelve victorioso y que tiene después que pelear con nosotros, aun así, a la vista de las dos batallas consecutivas que habéis perdido, debierais poner duda en el éxito y no aseguraros tanto de la victoria, que acaso no podáis volver a ser vencidos. Y en este caso, ¿qué dioses invocaréis? ¿De qué palabras os valdréis para interesar la clemencia del vencedor en vuestro infortunio? Seguramente, según vuestra inconstancia e imprudencia, ya no tendréis más que esperar ni de los dioses ni de los hombres.» Manifestado esto, se retiraron los embajadores.

Pocos cartagineses fueron de parecer que se estuviese al tenor del tratado. Los más, tanto de los que tenían en sus manos el gobierno como de los que formaban el consejo, ofendidos de las condiciones impuestas en el pacto, sufrieron con impaciencia la libertad de los embajadores. Añadíase a esto la imposibilidad que existía de restituir las embarcaciones que se habían apresado y las municiones de que estaban cargadas. Pero el principal motivo era lo mucho que confiaban en la victoria con la presencia de Aníbal. El pueblo quiso que se despachase a los embajadores sin respuesta; pero los gobernadores de la ciudad, cuyo ánimo era renovar la guerra de cualquier forma, formaron consejo y maquinaron esta perfidia. Dijeron que se debía tomar providencia, a fin de que los embajadores regresasen con seguridad a su campo. Para lo cual equiparon dos trirremes que los convoyasen; pero al mismo tiempo avisaron a Asdrúbal, jefe de la escuadra cartaginesa, que a la

sazón se encontraba a la ancla en las inmediaciones de Utica, para que tuviese prevenidos navíos no lejos del campo romano, y así que las trirremes que iban de escolta dejasen a los embajadores, atacasen la embarcación que los conducía y la echasen a pique. Comunicada esta orden a Asdrúbal, los enviaron, mandando a las trirremes que así que hubiesen pasado la embocadura del Macra, desde donde ya se podía ver el campamento enemigo, los dejasen y tornasen a Cartago. Los que iban de escolta, luego que estuvieron del otro lado del río según la orden, les desearon un buen viaje y se volvieron. Los embajadores se ofendieron algún tanto de esta despedida, no tanto porque sospechasen algún otro mal, cuanto porque creyeron que el dejarlos tan pronto provenía de desprecio. Lo mismo fue comenzar a navegar solos, cuando he aquí que salen de la emboscada tres trirremes contra ellos para atacar la quinquerre romana. Y aunque no la pudieron batir con el espolón porque escapaba ella por bajo, ni venir al abordaje por la vigorosa defensa que hacía, con todo, dando vueltas alrededor de los costados, hirieron a los que la ocupaban y mataron muchos de ellos, hasta que advirtiendo los romanos que un cuerpo de los suyos que había salido del campo a forrajear hacia la costa acudía a la brilla a su socorro, lanzaron la embarcación contra tierra. La mayor parte de la tripulación pereció, pero los embajadores se salvaron como por milagro. Con esto se volvió a renovar la guerra con más calor y odio que antes. Los romanos, por su parte, creyendo se les había faltado a la fe, hacían todos los esfuerzos por vencer a los cartagineses; y éstos por la suya, conociendo la perfidia que habían cometido, se disponían a sufrirlo todo por no caer en manos del enemigo. Con tales disposiciones de una y otra parte, bien se dejaba conocer que sólo una batalla habría de decidir la disputa. De aquí provenía que no sólo la Italia y el África, sino aun la España, la Sicilia y la Cerdeña estaban en suspensión y expectativa pendientes del resultado. Durante este tiempo, Aníbal, por estar escaso de caballería, despachó legados a Tiqueo, nómida, amigo que era de Sifax y a la sazón con la mejor caballería de toda el África, para empeñarle a venir en su socorro y aprovecharse de la ocasión, seguro de que, si los cartagineses salían victoriosos, podría conservar sus estados, y si al contrario, arriesgaría su vida, según la ambición de Massinisa. Efectivamente, Tiqueo asintió a la propuesta, y trajo a Aníbal dos mil caballos.

Escipión, habiendo provisto a la seguridad de su escuadra, y dejado a Bebio por su lugarteniente, corrió las ciudades recibiendo, no ya como antes a su amistad las que voluntariamente se le entregaban, sino reduciéndolas por fuerza, y haciendo público el resentimiento de que estaba animado contra la perfidia de los cartagineses. Despachó sin demora un correo a Massinisa para manifestarle de qué modo habían roto las treguas los cartagineses, y animarle a que, reclutando las mayores fuerzas que pudiese, viniese a unírsele con diligencia. Porque este príncipe, como hemos dicho antes, lo mismo había sido acordarse la tregua, había partido con sus propias tropas, diez compañías de infantería y caballería romana que se le habían agregado, y los embajadores que le dio Escipión, para recobrar no sólo el reino de sus mayores, sino para añadir también al suyo el de Sifax con el auxilio de los romanos, como ocurrió en efecto.

En este mismo momento llegaron al campo de la armada los embajadores que venían de Roma. Bebio despachó al instante los de Roma a Escipión, y retuvo consigo los de Cartago, que afligidos ya con otros motivos, se creyeron ahora en el último apuro; puesto que informados del insulto hecho a los embajadores romanos, no dudaban recayese sobre ellos la venganza. Escipión, luego que supo por sus embajadores que el Senado y pueblo romano aprobaba con agrado el tratado concertado por él con los cartagineses, y que estaba pronto a ejecutar cuanto había pedido, alegre sobre manera ordenó a Bebio que con toda humanidad y agasajo despachase los embajadores cartagineses a Cartago. Éste, en mi opinión, fue un sabio y prudente proceder; porque conociendo el alto aprecio que hacía su patria de la fe prestada a los embajadores, atendió, después de haberlo bien reflexionado, no tanto a lo que merecían los cartagineses, como a lo que debían hacer los romanos. Por lo cual, reprimiendo su cólera y el negro deseo que tenía de vengar el insulto, procuró seguir, según el proverbio, los bellos ejemplos de sus mayores. Efectivamente, quedaron confundidos los cartagineses, y aun el mismo Aníbal, al ver que la probidad de Escipión había vencido su locura.

Los cartagineses, viendo saqueadas sus ciudades, avisaron a Aníbal y le suplicaron que sin

dilación se aproximase al enemigo, y decidiese el asunto por una batalla. Este general, después de haber escuchado a los diputados, les contestó que atendiese Cartago a otras cosas, que cuanto a ésta él cuidaría de obrar o estarse quieto, según la ocasión lo exigiese. Pocos días después levantó el campo de las cercanías de Adrumetes, y fue a acampar alrededor de Zama, ciudad distante cinco días de camino de Cartago, hacia el Occidente. Desde aquí despachó tres espías con el fin de saber dónde acampaba el enemigo y de qué forma tenía situado el campamento. Estos espías fueron capturados y llevados a presencia de Escipión, quien distó tanto de castigarlos como se acostumbra en otras naciones, que, por el contrario, les dio un tribuno con orden de enseñarles sin esbozo todo el campo. Efectuado lo cual, les preguntó si el tribuno les había mostrado todo con individualidad, y respondiendo que sí, les dio provisión y escolta para el camino, previniéndoles diesen a Aníbal una exacta noticia de cuanto les había ocurrido. A la llegada de éstos, Aníbal admiró la magnanimidad y confianza de Escipión, y le entró, sin saber cómo, el deseo de venir con él a una conferencia. Tomada esta decisión, le envió un rey de armas para que le dijese que le agradecería conferenciar con él sobre el estado presente. A esta embajada contestó Escipión que se avenía a ello, pero que ya le enviaría a decir el tiempo y lugar donde se habían de reunir, con cuya contestación regresó el rey de armas a su campo. Al día siguiente llegó Massinisa con seis mil hombres de infantería y casi otros tantos de caballería. Escipión le recibió amistosamente y se alegró de que hubiese sometido todos los pueblos que antes obedecían a Sifax; después de lo cual se puso en marcha, y habiendo llegado a la ciudad de Margaro, sentó su campo en un puesto que entre otras ventajas tenía la de estar el agua a tiro de dardo.

Desde aquí envió a decir al general cartaginés que estaba dispuesto a ponerse al habla. Con esta noticia, Aníbal levantó el campo, y cuando ya estuvo a treinta estadios del enemigo, sentó el real sobre una colina que le pareció muy ventajosa para el objeto presente, pero que por lo demás tenía muy lejos el agua, de que se seguía grande incomodidad a los soldados. Al día siguiente salieron de sus respectivos campamentos uno y otro general, acompañados de unos cuantos caballeros, y retirados después éstos, quedaron solos en medio, cada uno con su intérprete. Aníbal saludó primero y comenzó a hablar de esta manera: «Cuán de desear sería que ni los romanos hubiesen ambicionado conquistas fuera de Italia, ni los cartagineses fuera del África; puesto que uno y otro pueblo poseían estos dos bellos imperios, a quienes la naturaleza parece haber puesto sus límites. Pero pues que hemos tomado las armas para disputarnos primero la Sicilia, después la España, y finalmente, alucinados por la fortuna, hemos llegado a términos de poner en riesgo antes vuestro patrio suelo, y ahora el nuestro, no nos queda otro arbitrio sino ver cómo se pudiera aplacar la cólera de los dioses y poner fin a esta contienda. Cuando a mí toca, instruido por la experiencia de cuán voluble es la fortuna, de cuán poco es menester para merecer o desmerecer sus favores, y cómo juega con los hombres como si fueran niños, estoy dispuesto a un convenio. Pero temo mucho que tú, Escipión, o porque te ves en la flor de la edad, o porque todo te ha salido en España y África a medida del deseo, y no has hallado hasta ahora obstáculo en el curso de tus victorias, no quieras asentir a mis razones, aunque en sí poderosas. Sin embargo, considera por esto solo la condición de las cosas humanas. No recurriré a ejemplos antiguos, mira únicamente a lo que por mí mismo ha pasado. Yo soy aquel Aníbal que después de la batalla de Cannas, dueño de casi toda Italia, me presenté a poco tiempo delante de la misma Roma, y acampado a cuarenta estadios de distancia, deliberaba ya lo que había de hacer de vosotros y de vuestra patria, y contéplame aquí ahora en el África delante de un romano, tratando de mi salud y de la de los cartagineses. Este ejemplo te puede servir para no llenarte de orgullo y deliberar sobre el estado presente sin olvidarte de que eres hombre; esto es, escogiendo siempre el mayor de los bienes, y el menor de los males. ¿Qué hombre sensato deseará exponerse a un peligro tal como el que ahora te está amenazando? Si sales victorioso, no añades lustre alguno considerable a tu fama ni a la de tu patria; y si eres vencido, toda la gloria y honor hasta aquí adquirido queda del todo sepultado. Pero ¿qué es lo que me he propuesto por objeto en este discurso? Que todo lo que hasta aquí ha servido de teatro a nuestras contiendas, como la Sicilia, la Cerdeña y la España, quede por los romanos; que en ningún tiempo

los cartagineses les muevan guerra por estos reinos, y que todas las demás islas que existen entre Italia y África pertenezcan también a los romanos. Creo que estas condiciones ponen en seguridad a los cartagineses para el futuro, y son las más gloriosas para ti y para todos los romanos.» Así habló Aníbal.

Escipión tomó la palabra, y dijo: «Es constante que los romanos no han sido causa ni de la guerra de Sicilia, ni de la de España, sino los cartagineses. Esto tú mismo lo sabes muy bien, Aníbal; y los dioses han sido testigos de ello, puesto que han concedido la victoria no a los que primero han movido una guerra tan injusta, sino a los que no han hecho más que defenderse. Conozco tan bien como otro la inestabilidad de la fortuna, y en cuanto puedo cuento siempre con la incertidumbre de las cosas humanas. Mas si antes de pasar los romanos al África hubieras tú salido de Italia y hubieras propuesto estas condiciones, bien creo no te hubiera desmentido la idea; pero ahora que a tu pesar has salido de Italia, y que yo me veo en África dueño de la campaña, bien conoces que se hallan en muy diverso estado las cosas. Además de esto, vencidos tus ciudadanos, me suplicaron la paz, y ya en cierto modo estábamos de acuerdo. Pusimos el tratado por escrito, en el cual, a más de lo que tú ahora propones, se contenía: que los cartagineses restituirían los prisioneros sin rescate; que entregarían los navíos con puente, que pagarían cinco mil talentos, y que para firmeza de todo esto darían rehenes. Estas eran las condiciones en que nos habíamos convenido. Sobre ellas habíamos enviado unos y otros legados al Senado y pueblo romano; yo pidiendo que las aprobase, y ellos suplicando se les concediese esta gracia. Y después que el Senado había prestado su consentimiento y el pueblo su aprobación, tus ciudadanos, conseguida su demanda, no quieren pasar por ello y nos faltan a lo prometido. ¿Qué queda que hacer después de esto? Ponte tú en mi lugar, y dime: ¿Será bueno exonerarles de lo más duro que contiene el tratado? Efectivamente, esto sería premiar su delito y enseñarles a ser infieles con sus bienhechores para el futuro. Me dirás acaso que, conseguida esta gracia, procederán reconocidos. Pero todo lo contrario: ahora mismo acaban de obtener con humillaciones lo que pretendían, y lo mismo ha sido tener la débil esperanza de que tú regresabas, que tratarnos al punto como a enemigos. En este supuesto, si a las condiciones ya impuestas se añade alguna otra más dura, en tal caso se podrá llevar otra vez el tratado al pueblo romano; pero si se ha de quitar algo de lo pactado, es excusado gastar el tiempo. Pero ¿a qué fin este mi discurso? A que o vuestra patria y personas se rindan a discreción, o veáis cómo habéis de vencer por las armas.»

Concluidos estos discursos se retiraron ambos generales, sin haber terminado nada en la conferencia. Al día siguiente, al amanecer, uno y otro sacaron sus huestes y las dispusieron para la batalla; los cartagineses por su propia salud y la de toda el África, y los romanos por el imperio y mando del universo. Al considerar este paso, no se podrá menos de tomar parte en la narración. Jamás ejércitos más aguerridos, jamás generales más venturosos ni más ejercitados en el arte de la guerra, ni jamás la fortuna había propuesto mayor premio a los combatientes. No se trataba aquí sólo del África o de la Europa, iba a dar al victorioso el imperio de todas las demás partes del mundo que ahora componen las historias, como efectivamente sucedió poco después. He aquí cómo ordenó Escipión sus tropas en batalla. En la primera línea colocó los hastatos con intervalos de cohorte a cohorte; en la segunda los príncipes, situando las cohortes de éstos no de frente a los intervalos de la primera línea, como acostumbran los romanos, sino paralelas unas tras de otras con algún espacio de por medio, a causa del gran número de elefantes que tenía el enemigo, y en la última se hallaban los triarios. Sobre el ala izquierda formaba C. Lelio con la caballería italiana, y sobre la derecha Massinisa con toda la númida. Los espacios de las primeras cohortes los rellenó con otras de vélites, con orden de empezar los primeros el combate; y en no pudiendo resistir el ímpetu de las fieras, retirarse, los más ligeros por los intervalos directos hasta lo último de toda la formación, y los que se viesan más hostigados, por los transversales que a derecha e izquierda había entre las cohortes. Esto así dispuesto, recorrió las líneas, exhortándolas con pocas palabras, pero convenientes a la ocasión presente. «Las dijo que se acordasen de sus pasadas expediciones, y que sostuviesen como buenos la propia reputación y la de la patria; que tuviesen presente que si salían

con la victoria, no sólo serían dueños absolutos del África, sino que asegurarían para sí y para la patria un imperio y dominio incontestable sobre el resto del universo; y que si eran vencidos, los que quedasen generosamente sobre el campo de batalla tendrían la más honrosa sepultura por haber muerto por la patria, y los que volviesen la espalda, la mayor ignominia y miseria para el resto de sus días. Para el que huya, no se da retiro seguro en el África; para el que caiga en manos del enemigo, bien se deja conocer, si se reflexiona, la suerte que le espera. Los dioses no permitan que tal ocurra. Por una y otra parte nos presenta la fortuna los mayores premios; ¿pues no seríamos los más cobardes y necios del mundo, si por amor a la vida dejásemos los mayores bienes y tomásemos los mayores males? Estas dos cosas os debéis proponer para marchar contra el enemigo: o vencer, o morir. Si con tales disposiciones entráis en la acción, depuesta la esperanza de vivir, la victoria será vuestra sin remedio.» Así exhortó Escipión a sus soldados.

Aníbal puso delante de todo el ejército los elefantes, que eran más de ochenta, y después los extranjeros en número de doce mil, ligures, celtas, baleares y mauritanos; a espaldas de éstos los naturales del país, africanos y cartagineses, y detrás de todos, a más de un estadio de distancia, los que habían venido con él de Italia. Guarneció sus alas con la caballería, la izquierda con la núpida aliada, y la derecha con la cartaginesa. Ordenó a los oficiales que cada uno exhortase a sus soldados a que confiasen en la victoria, pues tenían presente a Aníbal y las tropas que con él habían venido; y previno a los jefes de los cartagineses que les contasen y pusiesen a la vista las calamidades que esperaban a sus hijos y mujeres si perdían la batalla. Mientras los oficiales ejecutaban este mandato, Aníbal, recorriendo las tropas que habían venido con él de Italia, las animaba y alentaba con muchas razones. «Acordaos, camaradas, les decía, de diecisiete años que ha que vivimos juntos; acordaos del gran número de batallas que habéis dado a los romanos, en las cuales, siempre invencibles, ni aun la más leve esperanza les habéis dejado de vencedores. Pero sobre todo, poned ante la vista la batalla del Trebia contra el padre del que ahora manda el ejército romano, la de Etruria contra Flaminio, y la de Cannas contra Paulo Emilio, sin contar las refriegas particulares y ventajas innumerables que habéis ganado. La batalla presente no merece entrar en comparación con éstas, bien se mire al número, bien al valor de las tropas. Y si no, volved los ojos y reparad en el ejército enemigo. Qué digo menor, ni aun una pequeña parte compone del que entonces tuvisteis por contrario. Pues el valor no merece cotejo. Aquellos, como nunca vencidos hasta entonces, pelearon contra vosotros con todas sus fuerzas; pero éstos, o son una raza de aquellos, o unas reliquias de los que vencisteis en Italia e hicisteis volver la espalda tantas veces. Ea, pues, cuidado con perder la gloria y reputación que vos y yo hemos adquirido; pelead con esfuerzo para asegurar la fama que ya tenéis de hombres invencibles. » Tales, poco más o menos, fueron las arengas de los dos generales. Una vez que todo estuvo prevenido para la lucha de una y otra parte, y que la caballería núpida hubo escaramuceado entre sí por largo tiempo, Aníbal ordenó a los conductores de los elefantes que arremetiesen contra el enemigo. Lo mismo fue resonar por todas partes las trompetas y bocinas, que al punto, alborotada una parte de estos animales, volver hacia atrás y pegar contra los núpidas entre auxiliaban a los cartagineses; desorden de que se aprovechó Massinisa para arrollar la caballería del ala izquierda. El resto de elefantes arremetió contra los vélites romanos en aquel espacio que mediaba entre los dos ejércitos. Sufrieron mucho e hicieron sufrir igualmente a los contrarios, hasta que finalmente espantados, unos se metieron sin hacer daño por los intervalos que Escipión con toda prudencia tenía prevenidos, otros huyendo hacia el ala derecha, acosados a tiros por la caballería, se lanzaron totalmente fuera del campo de batalla. En el transcurso de esta confusión, Lelio ataca la caballería cartaginesa y la obliga a volver la espalda a rienda suelta. Mientras éste seguía con calor el alcance de los que huían, Massinisa hacía lo mismo por su parte. Para entonces las dos falanges se iban aproximando una a otra a paso lento y con arrogancia, menos la tropa que había venido de Italia con Aníbal, que ésta se quedó separada en el puesto que había ocupado al principio. Cuando ya estuvieron cerca, los romanos, según costumbre, dando grandes voces y haciendo ruido en los escudos con las espadas, acometieron al enemigo. Los que se hallaban a sueldo de los cartagineses, como no eran de una misma lengua ni de una misma voz, sino, según el

poeta,

De habla diversa y tierras diferentes,
 hacían un ruido confuso y desentonado.

Al principio, como el combate era de cerca y de hombre a hombre, no se pudo hacer uso de las lanzas y espadas; de que provino que los mercenarios cartagineses, que excedían en agilidad y ardimiento, maltrataron infinito a los romanos; bien que éstos, confiados en la justa formación de batalla y naturaleza de sus armas, iban siempre ganando terreno. Por otra parte, al paso que los romanos eran seguidos y alentados por su segunda línea, los mercenarios, a quienes nadie se agregaba ni socorría, iban perdiendo el ánimo. Finalmente cedieron los bárbaros, y creyéndose abandonados a las claras por los suyos, caen al retirarse sobre los que tenían a la espalda, y dan muerte a muchos. Este accidente hizo perder la vida a un buen número de cartagineses con valor; porque atacados por los mercenarios, tuvieron a un tiempo que defenderse sin querer contra los suyos y contra los romanos; y como peleaban atónitos y fuera de sí, mataban a muchos de los suyos y de los contrarios; desorden que introdujeron también en las cohortes de los hastatos. Pero los centuriones de los príncipes que advirtieron lo que ocurría, les opusieron sus manípulos, con cuyo refuerzo pereció la mayor parte de los mercenarios y de los cartagineses, unos a manos de los suyos mismos, otros a manos de los hastatos. A los que se salvaron y escaparon del peligro, lejos de permitirles Aníbal que se incorporasen con sus tropas, ordenó a la primera fila presentarles las picas para no dejarlos arrimar; de que provino verse obligados a retirarse por los costados a campo raso.

El espacio que mediaba entre los ejércitos quedó cubierto de sangre, muertos y heridos, de que resultó a Escipión un grande embarazo; porque el cúmulo de los muertos, el montón de los que caídos estaban revolcándose en su misma sangre, y la confusa mezcla de armas y cadáveres esparcidos por todas partes, venían a hacer intransitable el paso a los que se hallaban formados. A pesar de estos inconvenientes, hace conducir los heridos detrás de la formación, da la señal a los hastatos que seguían el alcance para que se retiren, los apostó de parte allá del campo de batalla al frente del centro enemigo, y bien condensados los príncipes y triarios sobre una y otra ala, les ordena avanzar por encima de los muertos. Una vez estuvieron éstos del otro lado formados al igual con los hastatos, vienen a la carga las dos falanges con el mayor ardor y valentía. Como de una y otra parte el número, la arrogancia, el valor y las armas eran iguales, la acción estuvo indecisa por largo tiempo, obligando a cada uno la obstinación a morir sobre su puesto; hasta que finalmente volviendo del alcance Massinisa y Lelio con su caballería, llegan oportunamente al tiempo preciso, atacan por la espalda a Aníbal, y pasan a cuchillo la mayor parte de los suyos en sus mismas filas. De los que intentaron salvarse por los pies, lo consiguieron muy pocos, ya que tenían sobre sí la caballería, y el terreno era llano y descampado. Los romanos perdieron más de mil quinientos hombres, los cartagineses más de veinte mil, y poco menos de otros tantos que se hicieron prisioneros. Tal fue el éxito de aquella batalla que se dio entre estos dos generales, y que adjudicó a los romanos el imperio del universo.

Después de la acción, Escipión siguió el alcance, saqueó el real enemigo, y regresó a su campamento. Aníbal se retiró a toda prisa con algunos caballeros, y se salvó en Adrumetes, después de haber hecho en el combate cuanto pudo y cuanto se podía esperar de un hábil y experimentado capitán. Porque ante todas las cosas intentó concluir la guerra por medio de una conferencia. Esto no era ajar su gloria pasada, era sí desconfiar de la fortuna, y prever las terribles consecuencias de una batalla. Después de metido en la acción, se condujo de tal suerte, que teniendo que pelear con iguales armas contra los romanos, no se podía dar cosa más bien dispuesta. La formación romana es difícil de romper, porque cada cuerpo de por sí y en general pelea haciendo frente a todas partes; y como el orden de batalla es uno, las cohortes más próximas al peligro siempre se vuelven hacia donde es necesario. Por otra parte, su armadura les presta mucha defensa y atrevimiento, tanto por la magnitud de sus escudos, como por la resistencia de sus espadas; causas todas que los hacen incontrastables e invencibles. Sin embargo, Aníbal, en lo humano, tomó de tal forma las posibles medidas contra cada uno de estos obstáculos, que no dejó que desear. Desde el principio había

reunido gran número de elefantes, y los había colocado al frente para desbaratar y romper la ordenanza de los romanos; había situado en la primera línea los mercenarios para cansar las fuerzas del enemigo y embotar los filos de sus espadas con tanto matar; había puesto a los cartagineses a espaldas de éstos y situándolos entre dos líneas para reducirlos a la necesidad de hacer frente y combatir, según el verso del poeta:

Hasta el forzado tomará las armas.

Había apostado a cierta distancia lo más aguerrido y esforzado de su ejército para ver desde lejos el evento, y hallándose con todas sus fuerzas enteras, aprovecharse de ellas cuando llegase el tiempo. Si puestos todos los medios posibles para vencer, con todo fue vencido este héroe hasta entonces invencible, merece condescendencia. Unas veces la fortuna se opone a los propósitos de los grandes hombres, otras sucede aquello del proverbio:

Encontró el esforzado otro más fuerte.

Y cabalmente esto fue lo que entonces pasó a Aníbal.

CAPÍTULO II

Todo lo que para mover a compasión sobrepasa la esfera común, si no nace del interior sino de la simulación, en vez de la compasión y el perdón excita la ira y el odio.- Condiciones de Escipión a los cartagineses para otorgarles la paz.- Aníbal arroja de la tribuna a Gisgón porque iba a contradecirlas, y persuade a los cartagineses que aceptan la paz con estos convenios.

Ciertamente en los grandes infortunios todo lo que excede la regla común si se advierte que procede de sincero afecto, excita la compasión en los que lo ven y oyen, y apenas hay alguno a quien la novedad no le conmueva; pero si se nota que nace de la impostura y del fingimiento, en vez de la misericordia granjea la cólera y aborrecimiento. Esto es lo que aconteció entonces a los embajadores de Cartago. Escipión les dijo en pocas palabras: «No merecéis que los romanos usen con vosotros de alguna indulgencia, si so atiende a que vos mismos confesáis que desde el principio les habéis declarado la guerra tomándoles a Sagunto contra el tenor de los tratados; y que acabáis de faltarles a la fe pactada, quebrantando los artículos de la paz firmados con juramento; sin embargo, ellos, atendiendo a su honor, a la fortuna y a la condición de las cosas humanas, han decidido usar con vosotros de la conmiseración y generosidad acostumbrada. Esto mismo confesaréis vosotros, si consideráis atentamente el estado actual. Porque si ahora se os impusiese cualquiera pena que sufrir, cualquiera cosa que hacer, o cualquiera impuesto que pagar, no deberíais reputarlo como tratamiento riguroso, por el contrario, deberíais tener por una especie de milagro el que después de haberos cerrado la puerta la fortuna a toda conmiseración y condescendencia, y haberos puesto vuestra perfidia a discreción del enemigo, se os tratase con alguna benignidad.» Manifestado esto, Escipión les entregó primero los artículos que contenían sus liberalidades, y después las condiciones que habían de sufrir. Se reducían en sustancia: A que retendrían en el África todas las ciudades, campos, ganados, esclavos y demás bienes que poseían antes de declarar la última guerra a los romanos; que desde aquel día no se les haría hostilidad alguna, vivirían según sus leyes y costumbres, y quedarían exentos de toda guarnición. Tales eran las condiciones benignas; las duras contenían: Que los cartagineses resarcirían a los romanos todos los menoscabos que habían sufrido durante las treguas; que les devolverían todos los prisioneros y siervos fugitivos sin prescripción de tiempo; que les entregarían todos los navíos largos, a excepción de diez trirremes; que lo mismo se observaría con los elefantes; que de ningún modo harían guerra fuera ni dentro del África sin licencia del pueblo romano; que todas las casas, tierras, ciudades y cualquiera otra cosa del rey Massinisa o de sus descendientes, serían restituidas a este príncipe, dentro de los términos que se les señalasen; que proveerían de víveres el ejército por tres meses, y le pagarían el sueldo hasta que volviese de Roma la noticia de la ratificación del tratado; que darían diez mil talentos de plata en

cincuenta años, pagando doscientos talentos eubeos en cada uno; que para resguardo de su fidelidad entregarían cien personas en rehenes, que escogería Escipión entre su juventud, ni menores de catorce años, ni mayores de treinta.

Estos fueron los artículos que Escipión propuso a los embajadores cartagineses, los cuales, así que los oyeron, partieron sin dilación y los participaron al Senado. Refieren que en esta ocasión, queriendo oponerse cierto senador a las condiciones propuestas, y habiendo empezado a hablar, Aníbal se fue a él y le arrojó de la tribuna; y que irritados los demás de una acción tan contraria a la costumbre de una ciudad libre, Aníbal se había levantado y manifestado, que merecía perdón si por ignorancia había cometido alguna falta contra los usos, cuando les constaba que desde la edad de nueve años que había salido de su patria no había regresado a ella hasta pasados los cuarenta y cinco; que no debían atender a si había pecado contra la costumbre, sino a si había sabido sentir los males de la patria, puesto que por su causa había incurrido ahora en este desacato; que se admiraba y extrañaba en extremo que existiese un cartaginés que, sabiendo lo que la patria en general y cada miembro en particular había maquinado contra los romanos, no bendijese la fortuna de que, puesto a discreción de Roma, se le tratase con tal humanidad; que si pocos días antes de la batalla se hubiera preguntado a los cartagineses qué males pensáis sufrirá la patria caso que los romanos salgan vencedores, no los hubieran podido explicar con palabras: tan grandes y excesivos eran los que la imaginación les representaba. Por lo cual les rogaba no volviesen a deliberar ya más sobre el asunto, sino que recibiesen con conformidad los artículos propuestos, hiciesen sacrificios a los dioses, y todos les pidiesen que el pueblo romano tuviese a bien ratificarlos. El consejo de Aníbal pareció acertado y conveniente a las actuales circunstancias, en cuya atención decidió el Senado concertar la paz con las dichas condiciones, y despachó al instante sus embajadores para pasar por ellas.

CAPÍTULO III

Simulada amistad que Filipo y Antíoco mantienen con Ptolomeo Filopator en el transcurso de su vida, y decisión que toman de dar muerte a su hijo y dividir entre sí el reino después de su muerte.-

Observación acerca del castigo de estos dos reyes, y cómo la Divinidad se valió de los romanos para conservar el reino a este huérfano.

¡A quién no admirará que Filipo y Antíoco, mientras vivió Ptolomeo y no necesitó de su socorro, estuviesen dispuestos a ayudarle, y después de muerto, dejando un tierno niño a quien por derecho natural se hallaban obligados a conservar el reino, se confederasen estos dos reyes para dividirlo entre sí y quitar la vida al infante! ¡Si por pudor al menos hubieran dorado la acción con algún frívolo pretexto, como hacen los tiranos! Pero se condujeron tan a las claras, con tanta desvergüenza y tan brutalmente, que se apropiaron el proverbio de los peces, entre quienes, aun con ser de la misma especie, el menor sirve de pasto al más grande. Efectivamente, ¿quién, al considerar el tratado concertado entre estos reyes, no le parecerá estar viendo como en un espejo la impiedad contra los dioses, la inhumanidad contra los hombres y su excesiva codicia? Si no obstante alguno tomase de aquí motivo para quejarse de la fortuna porque así juega con los hombres, de la también en cambio las gracias porque dio el merecido castigo a estos malvados y dejó a la posteridad el más bello ejemplo de corrección con el escarmiento de estos dos reyes. Estaban aún pensando cómo engañarse el uno al otro y cómo repartir entre sí el reino del joven príncipe, cuando he aquí la fortuna suscita los romanos y dispone con justa razón y motivo recaiga sobre ellos lo que inicuamente estaban maquinando contra el vecino. Vencidos al instante uno y otro por las armas, no sólo dejaron de codiciar el bien ajeno, sino que se vieron obligados a pagar tributo y sufrir el yugo de los romanos. Por último, en muy corto tiempo la fortuna recobró el reino de Ptolomeo, destruyó los de Filipo y Antíoco, y a sus sucesores a unos perdió el todo y a otros afligió casi con los mismos infortunios.

CAPÍTULO IV

Molpagoras.

Existió entre los daneses un hombre tan a propósito para la oratoria como para la acción. Naturalmente ambicioso, a fin de captarse el afecto de la multitud, denunció a las personas más ricas, haciendo morir unas, desterrar a otras, confiscándoles los bienes y distribuyéndolos al pueblo. Por tales medios consiguió poder y autoridad del rey.

CAPÍTULO V

Infortunios que ocasiona a los cianos, pueblo de la Bitinia, su imprudencia y mal gobierno.- El hombre es a veces más necio que los mismos animales.- Errores que comete Filipo en prestar socorro injustamente a su yerno Prusias contra los cianos.- Odio cruel de los rodios contra Filipo por esta injusticia, y aborrecimiento de los etolios por la misma causa.

De que los cianos hayan incurrido en tan grandes desgracias, no tanto deben culpar a la fortuna y a la injusticia de los vecinos, cuanto a su imprudencia y mal gobierno. Porque honrar a los malos con las dignidades, y castigar a los buenos que se oponen a que aquellos repartan entre sí las fortunas de los demás, esto es, digámoslo así, traerse a casa voluntariamente las desdichas, en las cuales, a pesar estarse viendo incurrir a otros a cada paso, con todo, sin saber cómo, el hombre no puede abstenerse de semejante imprudencia; ¿qué digo abstenerse? ni aun es fácil hacerle entrar en la menor desconfianza, cosa que hacen algunos irracionales. Porque entre éstos, no sólo el haberse hallado ellos en un inminente riesgo, como defenderse de un cebo o desenredarse de un lazo, sino el haber visto a otro en peligro, basta para no acercarse ya con facilidad a semejante sitio, para tener aquel lugar por sospechoso y para desconfiar de cuanto se les presenta a la vista. Pero el hombre, por el contrario, aunque oiga, aunque vea que las repúblicas se pierden por la mala elección de jefes; con todo, no bien se le presenta la linsonjera esperanza de engrandecerse con perjuicio de otro, cuando sin más reparo ni precaución se lanza al cebo; no obstante que sabe ciertamente que de cuantos han tragado semejantes añagazas ninguno ha escapado, y que semejante política ha ocasionado sin excepción la ruina de cuantos la han seguido.

Filipo, apoderado de la ciudad de los cianos, se hallaba sumamente gozoso. A su parecer, había realizado una acción ilustre y memorable con haber socorrido rápidamente a su yerno, haber aterrado a los que habían abandonado su partido y haberse hecho dueño legítimamente de innumerables esclavos y de dinero. No veía las consecuencias contrarias, aunque estaban saltando a la vista: en primer lugar, que había socorrido a un yerno que, lejos de estar injuriado, había faltado a la fe a sus vecinos; en segundo, que con haber hecho sufrir sin razón a una ciudad griega los mayores males, se confirmaría la fama que ya de él se había difundido de hombre cruel con sus aliados, errores ambos que justamente le adquirirían el concepto de impío entre todos los griegos; y en tercero, que había hecho un insulto a los embajadores de estas ciudades, los cuales, habiendo venido a su ruego para libertar a los cianos de las calamidades que les amenazaban, entretenidos con buenas palabras, únicamente habían servido de testigos de lo que menos hubieran querido. A esto se añadía que los rodios se habían exasperado contra él de tal forma, que ni aun tomarle en boca querían. La casualidad contribuyó también visiblemente a inspirar este odio contra Filipo. Se hallaba su embajador elogiándole en el teatro ante los rodios, y exageraba la generosidad de su amo, que dueño ya en cierto modo de su ciudad, les había dejado vivir libres. El objeto era refutar las calumnias que sus enemigos habían esparcido, y manifestar al pueblo el afecto que Filipo les tenía; cuando he aquí que llega al Pritaneo uno de la escuadra, cuenta la esclavitud de los cianos, y la crueldad con que Filipo los había tratado. De suerte, que como el embajador estaba aún refiriendo

estos encomios, y al mismo tiempo entró el magistrado superior a dar cuenta de la noticia, los rodios no se pudieron persuadir de Filipo una tan extraña perfidia. Entretanto, este príncipe, a pesar de haberse perjudicado más a sí propio que a los cianos, llegó a tal frenesí y a exceder de tal modo los límites de la moderación, que en vez de correrse de vergüenza por lo que había hecho, se jactaba y vanagloriaba como de una acción laudable. Pero los rodios desde aquel día le miraron como a su enemigo, y con este fin hicieron sus preparativos. Asimismo esta acción le atrajo el odio de los etolios. Acababa de reconciliarse con ellos y dispensarles sus gracias, hacía muy poco tiempo que vivía en amistad y alianza con éstos, los lisimacos, calcedonenses y cianos, cuando sin más ni más se apropió la ciudad de Lisimaquia, desmembrándola de la alianza que tenía con los etolios, redujo después a su poder la de Calcedonia, y por último esclavizó la de los cianos, a pesar de que se hallaba dentro un gobernador de parte de los etolios en quien residía el sumo imperio. Prusias, aunque se hallaba muy alegre de haber llevado a efecto su propósito, con todo, no podía sufrir con paciencia que otro se hubiese llevado el fruto de la empresa y a él sólo le hubiese tocado el suelo de una ciudad despoblada; pero ya no había remedio.

CAPÍTULO VI

Doblez de Filipo con los tasienos.

Tras de faltar mil veces a la fe de los tratados durante el camino, penetró en tierra de los tasienos y redujo a servidumbre su capital, a pesar de la alianza que con él habían concertado. ...Manifestaban los tasienos a Metrodoro, general de Filipo, que entregarían sus ciudades a condición de no tener en ellas guarniciones, ni huéspedes forzosos, ni pagar tributos, ni derogar sus leyes propias... Les respondió Metrodoro que el rey les concedía inmunidad de guarniciones, de tributos, de hospitalidad obligatoria, y autorización para vivir sujetos a sus propias leyes. Acogidas estas promesas con grandes aplausos, abrieron a Filipo las puertas de su ciudad.

CAPÍTULO VII

Ardides de los reyes para mejor asentarse en el gobierno de los pueblos.

La mayoría de los reyes cuando quieren apoderarse del imperio cuidan mucho hacer grande ostentación de la palabra libertad a los oídos de los hombres, y prodigan cariñosos títulos de amigos y aliados a los que comparten y favorecen sus esperanzas; pero dueños del gobierno comienzan a tratar no como amigos sino como vasallos, a quienes confían en su fe. Pronto abjuran de todo sentimiento honrado, y con frecuencia no obtienen el esperado fruto de su hipocresía, porque quien aparenta autoridad soberana y con sus ambiciosas esperanzas abarca el mundo entero y llega a la mayor prosperidad en la gestión de los negocios, pronto se vuelve loco, y hasta furioso, al verse obligado a confesar con justicia ante todos sus súbditos, grandes y pequeños, la inconstancia y fragilidad de su fortuna.

CAPÍTULO VIII

Aclaraciones del autor.

Relatado cuanto sucedió en el mundo año por año, concluiré contando lo que, conforme a mi plan, debía estar al principio del libro, porque el curso de la narración exige a veces que el preámbulo sea como la peroración.

CAPÍTULO IX

Agatocles y la muerte de Dinón

Agatocles dio muerte a Dinón, hijo de Dinón; y de la más injusta de las cosas, quiso, como dice el proverbio, hacer la más justificada, porque al recibir las cartas que le anunciaban el asesinato de Arsinoe, en su mano tenía difundirlo y conservar el reino; pero aliándose en seguida con Filimón, llegó a ser causa de todo el mal que se hizo. No mudando sus disposiciones tras del asesinato, y deplorando lo hecho ante muchas personas como arrepentido de haber desaprovechado la ocasión, denunciáronle a Agatocles, y poco después perdió la vida en justo suplicio.

CAPÍTULO X

Sosibio.

Este pretendido tutor de Ptolomeo era, por lo que parece, un hombre astuto, avezado a las intrigas y arterias de las cortes, y perverso. El primero a quien hizo morir fue Lisímaco, hijo de Ptolomeo y Arsinoe, hija ésta de otro Lisímaco; el segundo fue Maya, hijo de Ptolomeo y Berenice, hija de Maya. Por igual procedimiento acabó con Berenice, madre de Ptolomeo Filopator, con el lacedemonio Cleomenes y con Arsinoe, hija de Berenice.

CAPÍTULO XI

Agatocles.

Este ministro de Ptolomeo, tras de alejar de la corte a los más ilustres personajes y desvanecer el descontento de las tropas pagándoles los atrasos, tornó a sus antiguas mañas. Los cargos vacantes por alejamiento de quienes los desempeñan, diolos a gentes sin probidad ni honor, ocupadas antes en oficios viles. Día y noche entregado a la embriaguez y al desordenado proceder que este vicio ocasiona, deshonoraba sin pudor vírgenes y esposas, cometiendo todos estos crímenes con un aire de autoridad que le hacía insoportable. Todo el Egipto sufría la tiranía de este monstruo, sin recurso ni socorro para librarse de un yugo cada vez más pesado. La insolencia, el orgullo, la molición del ministro eran limitados, y el pueblo le tenía horror, recordando las desgracias que otros como él produjeron al reino; pero no habiendo quien capitaneara a los que deseaban vengarse de Agatocles y de Agatoclea, preciso fue permanecer quietos y esperar en Ptolomeo, única esperanza que tranquilizaba.

CAPÍTULO XII

Rebelión intestina en Alejandría entre los tutores del hijo de Ptolomeo.- Agatocles y Agatoclea, su hermana, presentan el rey a los macedonios en una reunión para irritarlos por medio de Critolao contra Tlepolemo, pero en vano.- Danae, suegra de Tlepolemo, arrastrada por la ciudad y encarcelada.- Moeragenes, dispuesto ya a sufrir el suplicio por orden de Agatocles, libre después inesperadamente, excita contra él los macedonios. Alejandría da a conocer públicamente su resentimiento contra Agatocles.- Oenante provoca cólera de las mujeres contra sí y contra toda la parentela de Agatocles.- Alboroto y gritería confusa del pueblo contra Agatocles, que se había ocultado con el rey en un rincón de palacio.- Precisión en que le ponen los macedonios de entregar el rey.- Persuasión de Sosibio al rey para que haga entrega al pueblo de Agatocles y de todos los que habían ofendido a su madre.- Cruels castigos con que mueren Agatocles y otros muchos.- Rebate Polibio la exageración con que algunos han referido el trágico fin de Agatocles.

Agatocles reunió primero a los macedonios (203 años antes de J. C.) y se presentó ante ellos con el rey y su hermana Agatoclea. Al principio simuló no poderles explicar su pensamiento, a causa de las muchas lágrimas que le caían; pero una vez que a fuerza de haberse enjugado con la túnica hubo contenido aquel torrente, tomando al infante en sus manos, dijo: «Recibid, macedonios, este huérfano que Ptolomeo, su padre, al morir dejó entre los brazos de mi hermana y encomendó a vuestra fidelidad. La ternura de ésta es muy débil escudo para su vida: en vosotros y vuestras diestras se funda al presente toda su ventura. Tiempo ha que los que consideran a fondo las cosas habrán podido conocer que Tlepolemo aspira a más altura que la que conviene a un hombre de su clase; pero ahora ya tiene señalado día y hora para ceñirse la diadema. Sobre esto no me creáis a mí, creed a los que saben la verdad y acaban de hallarse presentes en todo el aparato.» Al mismo tiempo hizo entrar a Critolao, el cual manifestó que había visto los altares dispuestos y las víctimas prevenidas por el pueblo para la solemnidad de la coronación. Los macedonios escucharon este discurso, no sólo sin moverse a compasión, pero aun sin atender a lo que decía. Estuvieron hablando y cuchicheando unos con otros, hasta llegar la mofa a tales términos, que ni Agatocles supo por dónde salir de aquella reunión. Dio este mismo paso con los demás cuerpos del Estado, pero en todos halló la misma acogida. En este intermedio iba acudiendo mucha tropa de las provincias superiores. Unos animaban a sus parientes otros a sus amigos a venir al socorro en tan triste situación y no permitir fuesen ultrajados impunemente por unas gentes tan indignas. Pero lo que más encendió al pueblo a tomar venganza de los que entonces gobernaban, fue el saber que existía peligro en la demora, porque Tlepolemo se apoderaba de los comestibles que iban llegando a Alejandría.

Contribuyó también a irritar la cólera del pueblo y de Tlepolemo una acción que entonces hizo Agatocles. A fin de hacer pública la discordia que existía entre él y Tlepolemo, extrajo del templo de Ceres a Danae, suegra de éste, la llevó arrastrando por la ciudad con la cara descubierta, y la metió en la cárcel. Indignado el populacho con esta acción, ya no se contentaba con murmurar privadamente y en secreto, sino que unos fijaban por la noche pasquines en los puestos públicos, otros se congregaban en corrillos durante el día, y proferían en público el odio que tenían contra los jefes. Agatocles, que veía los procedimientos del vulgo y las débiles esperanzas de salud que le quedaban, unas veces pensaba en ausentarse, pero como, necio e imprudente, no tenía nada dispuesto para este caso, desistía del proyecto; otras convocaba a los conjurados y cómplices de su arrojó, con ánimo de pasar a cuchillo sobre la marcha una parte de sus contrarios, apoderarse de otra y usurpar después la tiranía. Estos pensamientos combatían su espíritu, cuando cierto Moeragenes, uno de sus satélites, fue delatado de que avisaba de todo a Tlepolemo y cooperaba a sus intentos a causa de la amistad que tenía con Adeo, gobernador que era a la sazón de Bubasto. Agatocles al punto ordenó a Nicostrato, su secretario, que prendiese a Moeragenes, y con los más exquisitos tormentos le sacase la verdad de todo. En efecto, rápidamente fue cogido el infeliz, y conducido por Nicostrato a cierta pieza apartada de palacio, donde primero fue preguntado sin rodeos sobre lo que de él se decía; pero viendo que todo lo negaba, fue después desnudado. Ya estaban unos disponiendo las máquinas para atormentare y otros quitándole la ropa con el azote en la mano, cuando en este momento llega corriendo a Nicostrato un criado, le dice al oído no sé qué cosa y se vuelve con la misma apresuración. Nicostrato echa a andar detrás de él sin hablar una palabra, pero dándose golpes sin cesar sobre el muslo.

Ocurrió entonces a Moeragenes una cosa bien particular y rara. Porque, aunque ya estaban unos casi con el azote levantado y otros preparando a su vista las máquinas para el tormento, con la ausencia de Nicostrato todos quedaron pasmados, mirándose unos a otros y esperando a que volviese. Viendo que tardaba, poco a poco se fueron marchando todos, hasta que al fin dejaron solo a Moeragenes, que desnudo como estaba atravesó por dicha el palacio, y se metió en una tienda de macedonios que estaba cerca. Por casualidad los halló reunidos, en disposición de ir a comer. Les cuenta todo lo que le había sucedido y el milagroso modo con que se había salvado. Ellos, en parte

desconfían, y en parte no pueden menos de dar crédito viéndole desnudo. Pero Moeragenes, libre ya de este peligro, les suplica con lágrimas en los ojos que miren no tanto por su vida cuanto por la del rey, y en especial por la de ellos mismos; que el peligro era para todos inminente si no se aprovechaban del momento en que estaba en su fuerza el odio de la plebe y toda la gente dispuesta a vengarse de Agatocles; que la ocasión presente era la más oportuna y sólo se necesitaba de una cabeza. Este discurso inflamó el ánimo de los macedonios, y persuadidos al fin por Moeragenes, pasan sin dilación a las tiendas de los demás camaradas, que estaban contiguas, y todas mirando a un lado de la ciudad. Como ya de tiempos atrás se hallaban dispuestos los ánimos de la multitud y sólo faltaba uno que los avivase y metiese en calor, prender y reventar el fuego todo fue uno. Apenas habían transcurrido cuatro horas, cuando ya todas las clases del Estado, militares y políticas, estaban convenidas en la sublevación. En aquel entonces tuvo también el azar su buena parte para la consecución. Recibió Agatocles una carta, y fueron traídos a su presencia ciertos espías. La carta era de Tlepolemo a sus tropas, en las que las comunicaba que en breve se vería en su presencia, y los espías declaraban que ya estaba cerca. Esta noticia le sacó fuera de sí de tal modo, que dejando de tomar remedio y providencia sobre lo que le explicaban, se fue a la hora señalada al convite, donde acostumbraba divertirse con sus amigos.

Por otra parte, Oenante, penetraba de dolor, se fue al Tesmoforio, o templo de Ceres y Proserpina, que casualmente se hallaba abierto con motivo de cierto sacrificio que se hacía todos los años. Aquí, primero puesta de rodillas, imploró y pidió con grandes instancias el amparo de las diosas, y luego, sentada junto al altar, se estaba quieta. Las demás mujeres, que veían con agrado su aflicción y desconsuelo, se estaban callando; pero las parientas de Policrates y algunas otras mujeres ilustres, ignorando del todo el motivo de su dolor, se aproximaron para consolarla. Entonces Oenante, lanzando un gran grito: «No os acerquéis a mí, dijo, bestias feroces; os conozco bien, sé que sois mis enemigas y pedís a las diosas nos envíen los más duros males; pero yo confío en la voluntad de las diosas, que vendréis a comer vuestros propios hijos.» Dicho esto, ordenó a las mujeres que tenía consigo que arrojasen fuera a las demás y diesen de palos alas que no obedeciesen. Con este motivo, las mujeres se fueron todas, alzando las manos al cielo y pidiendo a las diosas recayese sobre Oenante aquella misma desdicha con que ella amenazaba a las demás.

Ya estaba decidido por los hombres cambiar de gobierno; pero ahora, con la nueva cólera de las mujeres que se añadió en cada casa, se duplicó el odio. Apenas llegó la noche, todo fue en la ciudad alboroto, hachones y gentes corriendo de una parte a otra. Unos formaban corrillos en el estadio con grande algazara, otros se animaban mutuamente, y no faltaba quien, por evitar el peligro, buscaba casa o lugar desconocido para ocultarse. Ya todas las plazuelas en torno al palacio, el estadio y la plaza se hallaban llenas de toda clase de gentes, en especial de aquellas que frecuentan los teatros de Baco; cuando Agatocles, que no había hecho más que salir del convite, informado de lo que ocurría, se levanta medio borracho, coge a toda su familia menos a Filón, va al rey, y después de haberse lamentado brevemente de su mala suerte, le toma de la mano y sube a una galería que se halla entre el Meandro y la Palestra, y sirve de paso para la entrada del teatro. Allí, después de haber asegurado bien las dos primeras puertas, se oculta detrás de la tercera con dos o tres guardias, el rey y su familia. Las puertas eran de rejas, entraba la luz por ellas, y estaban cerradas con dos cerrojos. Para entonces se había reunido ya de toda la ciudad tanto pueblo, que no sólo el suelo y pavimentos, sino aun las escaleras y techados se hallaban cubiertos de gente. No se oía más que un bullicio y gritería confusa de mujeres, niños y hombres, todos mezclados. Porque tanto en Cartago como en Alejandría, en semejantes tumultos no alborotan menos los niños que los hombres.

Ya era de día claro y continuaba la misma confusión de voces, pero se dejaba entender sobre todas que pedían al rey. Lo primero que hicieron los macedonios cuando salieron de sus tiendas fue apoderarse de aquel salón de palacio donde daba el rey audiencia; pero informados poco después de la pieza donde estaba, fueron allá, rompieron las primeras puertas de la primera galería, y cuando llegaron a las segundas pidieron el rey a grandes voces. Agatocles, que ya entonces conoció el peligro que le amenazaba, pidió a las guardias fuesen a los macedonios y les dijese de su parte que

estaba dispuesto a renunciar la tutela y toda la demás autoridad, honores y rentas que tenía; que únicamente suplicaba le concediesen la vida con el preciso alimento para sustentarla, y de esta forma, reducido a su primer estado, no podría dar que hacer a nadie aunque quisiese. Ninguno de los guardias quiso tomar parte en esta comisión; sólo se encargó de ella un tal Aristomenes, que después vino a tener el gobierno del reino. Era este tal de nación acarnanio, y hombre que, habiendo llegado cuando viejo a tener el manejo de los negocios, supo comportarse tan sabio y honrado con el rey y el reino, como fino adulador había sido con Agatocles en tiempo de su prosperidad. Él fue el primero que habiendo convidado a comer a Agatocles a su casa, le distinguió entre todos los circunstantes con una corona de oro, honra que sólo se acostumbra conceder a los reyes. Él fue también el que primero se atrevió a llevar su retrato en el anillo y poner por nombre Agatoclea a una hija que le había nacido. Pero baste lo manifestado sobre este particular. Aristomenes, pues, habiendo recibido la orden, salió por un postigo y se aproximó a los macedonios. Apenas les había dicho algunas palabras y declarado la intención de Agatocles, cuando intentaron pasarle a saetas; pero defendido con las manos de algunos que pedían la muerte de todos, regresó con la comisión o de traerles el rey, o que no pensase salir él de allí tampoco. Despachado Aristomenes con esta contestación, los macedonios se acercaron a la segunda puerta y la desquiciaron. Agatocles, que conoció por los efectos y por la respuesta que se le había dado el furor en que estaban, intentó, ver si sacando las manos por las rejas de la puerta, y Agatoclea descubriendo los pechos con que decía haber alimentado al rey, aplacaba a los macedonios, y haciéndoles todo género de súplicas, lograba la vida por lo menos.

Después de haberse lamentado inútilmente de su suerte por largo tiempo, al fin les remitió el rey con los guardias. Los macedonios le reciben, le ponen al punto sobre un caballo y le conducen al estadio. Lo mismo fue presentarse, que resonar por todas partes la algazara y el aplauso. Detienen el caballo, bajan de él al rey y le llevan a la silla de donde acostumbraban dejarse ver los soberanos. La multitud fluctuaba entre el gozo y el dolor. Se hallaba muy contenta de haber recobrado a su rey, pero sentía en el alma no haber capturado a los culpables y haberles dado el merecido castigo. Por eso clamaba sin cesar que se trajese a los autores de tantos males y se hiciese con ellos un escarmiento. Ya era entrado el día, y el pueblo no había encontrado aún contra quién emplear su furor, cuando a Sosibio, hijo de Sosibio y uno de los guardias, se le previno el expediente más útil para el rey y para el Estado. Viendo que no calmaba la rabia del populacho, y que el rey estaba incomodado por no conocer a los que le rodeaban y por el alboroto de la gente, le preguntó: «¿No sería bueno entregar a la multitud a los que han ofendido a vos y a vuestra madre?» El rey dijo que sí, y Sosibio entonces, ordenando a ciertos satélites que hiciesen pública su voluntad, cogió al joven príncipe y se le llevó a su casa, que estaba contigua, para cuidar de su persona. Declarada la intención del rey, toda la circunferencia resonó con aplausos y clamores. Durante este tiempo, Agatocles y su hermana Agatoclea se habían retirado cada uno a sus casas; pero al punto los soldados, unos de voluntad, otros a instancias de la multitud, se pusieron a buscarlos.

He aquí cómo por una casualidad comenzó la mortandad y el derramamiento de sangre. Entró medio borracho en el estadio uno de los criados y aduladores de Agatocles, llamado Filón, y viendo la rabia de la plebe contra su amo, dijo a los circunstantes: «Si él viniese ahora, os arrepentiríais como antes.» A estas palabras, unos le llenan de oprobios, otros le dan de pechugones; pero intentando ponerse en defensa, se le rasga la capa, se le atraviesa a lanzadas, y palpitando aún, se le lleva arrastrando con ignominia al medio de la plazuela. Lo mismo fue gustar la turba de la mortandad, que ya no se esperaba más que el que los otros fuesen traídos. A poco rato pareció Agatocles cargado de cadenas. Lo mismo fue entrar, se arrojan sobre él y le pasan a puñaladas, obrando en esta parte más como amigos que como enemigos, pues así no sufrió el castigo que merecía. Después se trajo a Nicón, detrás de éste a Agatoclea, desnuda, con sus hermanas, y en su consecuencia a toda la parentela. Finalmente, se sacó del Tesmoforio a Oenante y se la condujo al estadio, puesta desnuda sobre un caballo. Entregados al pueblo todos estos personajes, unos los mordían, otros los daban de puñaladas, otros los sacaban los ojos, y según iban cayendo, se les

despedazaba los miembros hasta que quedaron todos descuartizados. Tal es la excesiva crueldad del pueblo egipcio cuando se ve enfurecido. A este mismo tiempo ciertas doncellas que se habían educado con Arsinoe, informadas de que Filammón, que tenía el encargo de matar a la reina, había llegado de Cirena tres días antes, se dirigen a su casa, la entran por fuerza, matan a palos y pedradas al mismo Filammón, degüellan a un hijo muy joven que tenía, arrastran a su mujer, desnuda, hasta la plaza, y le dan muerte. De este modo acabaron Agatocles, su hermana Agatoclea y toda su familia.

No ignoro los portentos y vanos aparatos que traen algunos historiadores sobre este suceso para llenar de asombro a los lectores, haciendo narraciones más extensas que las que merece la naturaleza y calidad del asunto. Unos atribuyen todo el lance a la fortuna para ponernos a la vista lo inconstante e inevitable de ésta; otros pretenden hallar razones probables para sujetar a la razón lo extraordinario del caso. A mí no me ha parecido deber seguir sus huellas, porque ni hallo en Agatocles aquel espíritu guerrero y valor sobresaliente, ni encuentro aquel feliz y envidiable talento de conducir negocios, ni últimamente noto aquella finura y doblez palaciega en que tanto sobresalieron durante su vida Sosibio y otros muchísimos que supieron manejar a su arbitrio reyes de reyes. En Agatocles veo todo lo contrario. Su extraordinaria elevación la debió a la ineptitud para reinar de Tolomeo Filopator. Puesto en esta dignidad, aunque alcanzó después de la muerte de este príncipe tiempos muy convenientes para conservarse en ella, su flojedad e indolencia le granjeó en breve tiempo el odio de todos y le hizo perder el manejo de los negocios junto con la vida.

En este supuesto no merecen tales personajes un lugar tan sobresaliente en la historia, como si se hablase de un Agatocles y de Dionisio, tiranos de Sicilia, o de otros varios que se han hecho célebres por sus hechos. Porque aunque Dionisio provenga de un origen humilde y plebeyo, y Agatocles (como por burla dice Timeo), de oficio alfarero, haya dejado desde niño la rueda, la greda y el humo, para venir a Siracusa; a pesar de estos principios, uno y otro en sus respectivos tiempos se hicieron tiranos de esta ciudad, a la sazón sin igual en esplendor y riquezas. No contentos después con haber llegado a ser reyes de toda la Sicilia, dominaron asimismo una parte de la Italia. Agatocles aún fue más adelante; no sólo intentó la conquista del África, sino que se fue al sepulcro con todos estos honores. He aquí por qué Escipión, aquel que primero sujetó a los cartagineses, preguntado qué hombres en su concepto se habían distinguido más en el manejo de los negocios y en la audacia prudente y juiciosa, respondió que los dos sicilianos, Agatocles y Dionisio. Sobre tales personajes conviene llamar la atención del lector, recordare algún tanto la fortuna y vicisitud de las cosas humanas, y sobre todo proponerle ejemplos que le sirvan de instrucción; pero sobre otros, como del que hemos hablado anteriormente, de ningún modo.

Por esta razón hemos reprobado hablar con exageración de la muerte de Agatocles. No menos nos ha impelido a esto ver que los sucesos horrorosos en tanto merecen nuestra atención, en cuanto nos importa su noticia. Todo lo demás, como es hacer de ellos una descripción más extensa o una pintura más exacta, no tan sólo nos es provechoso, sino que causa cierta molestia en los espectadores. Dos son los fines a que debe dirigir todos sus pasos el que desea instruirse por la vista o por el oído, la utilidad y el deleite, y los mismos que deben intervenir especialmente en la historia; pero ni a uno ni a otro le cuadra bien el pleonismo o amplicación sobre casos horrorosos. Porque ni se apetece imitar lo que sucede contra la razón, ni se encuentra deleite en ver u oír despacio lo que repugna a la naturaleza y a las nociones comunes. Por el contrario, por una u otra vez se anhela ver u oír un espectáculo estupendo, para desengañarnos de que es posible lo que en nuestra opinión no lo era; pero una vez cerciorados, nadie gusta detenerse en una cosa que horroriza. A todos disgusta repetir muchas veces una misma cosa. Sentemos, pues, que toda narración ha de servir o para utilidad o para deleite, y que los pleonismos que no se refieren a estos dos objetos, son más propios de la tragedia que de la historia. Sin embargo, es preciso tener condescendencia con aquellos historiadores que no han estudiado la naturaleza, ni saben palabra de lo que ha ocurrido por el mundo. En opinión de éstos, aquello que ellos han presenciado o han aprendido por oídas de otros, es lo más extraordinario y admirable de cuanto ha sucedido. De que proviene la imprudencia de ser

más prolijos que lo regular en cosas que ni tienen novedad porque otros antes las han dicho, ni pueden ocasionar utilidad o deleite.

CAPÍTULO XIII

Antíoco.

Durante los primeros años de su reinado juzgábase a este príncipe capaz de idear y llevar a cabo grandes proyectos, mas al avanzar en edad no justificó las esperanzas concebidas.

LIBRO DECIMOSEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

Filipo en Pérgamo.

Así que hubo llegado este príncipe a Pérgamo, pensando que no podía escapársele Attalo, cometió todo género de crueldades, dando rienda suelta a su cólera, más contra los dioses que contra los hombres. Irritado porque los defensores de Pérgamo, aprovechando la buena situación de sus posiciones, triunfaban siempre en las batallas parciales, y porque a causa del buen orden establecido por Attalo nada podía saquear en los campos, descargó la ira contra las estatuas y templos de los dioses, con lo que en mi opinión causó más daño a su honor que al rey de Pérgamo, pues no sólo incendió el templo y derribó los altares, sino hasta ordenó romper las piedras por temor de que sirvieran para reedificarlos. Destruído el Niceforium, taló el bosque sagrado, arrancó el recinto, arruinó hasta los cimientos de muchos otros templos de gran belleza, y fue primero a Tiatira, después a la llanura llamada Tebas, donde creía apoderarse de inmenso botín, y sin poder llevar nada se trasladó a Hiera-Coma. Desde allí pidió a Zeuxis que le enviase víveres y socorros convenidos en la alianza que habían pactado. Este sátrapa simuló cumplir los artículos del tratado, pero en realidad lo que menos deseaba era aumentar la fuerza y poder del rey de Macedonia.

CAPÍTULO II

Combate naval junto a Chío entre Filipo, rey de Macedonia, por un lado, y Attalo y los rodios, sus aliados, por otro.- Razones que tiene Filipo para atribuirse la victoria después de vencido.

Filipo, advirtiéndole que el asedio no correspondía a su deseo y que los contrarios tenían al ancla muchos más navíos cubiertos, dudaba y no sabía qué partido tomar para el futuro; sin embargo, como el estado presente no diese lugar a la elección, tomó la decisión de irse cuando menos se pensaba. Creía Attalo que persistiría aún más tiempo en la construcción de las minas, cuando de repente se hace a la vela, persuadido a que de esta forma ganaría la delantera al enemigo y regresaría sin peligro a Samos por la costa. Pero se engañó de medio a medio. Porque apenas Attalo y Teofilisco tuvieron indicios de su retirada, se pusieron a darle caza. Como entendían que Filipo persistiría aún más tiempo en el asedio, tuvieron que seguir el alcance sin orden y desunidos. Sin embargo, a fuerza de remo le alcanzaron y atacaron, Attalo el ala derecha que precedía al resto de la armada, y Teofilisco la izquierda. Filipo, apremiado por la necesidad, dio la señal a su derecha para que volviese las proas a su enemigo y se batiese con valor, y él se retiró con las fustas a ciertas isletas que existen en medio del camino, para esperar allí el evento del combate. El número de buques que por su parte entró en la acción se redujo sólo a cincuenta y tres navíos con cubierta, algunos sin ella, y ciento cincuenta embarcaciones menores con las fustas; porque no había podido equipar todos los que tenía en Samos. El de los contrarios se componía de sesenta y cinco navíos cubiertos, contando los que habían enviado los bizantinos, nueve galeotas y tres trirremes.

La batalla empezó por el navío que mandaba Attalo, y todos los que estaban inmediatos acometieron sin otra señal. Attalo atacó una octirreme, y la dio a flor de agua tan mortal choque por la proa, que por más resistencia que hicieron los que se hallaban sobre la cubierta para defenderla, al fin se fue a pique. La decenreme de Filipo, que era la almirante, cayó en poder del enemigo por un accidente bien extraordinario. Se le metió por debajo una galeota, y atravesándola con un violento golpe en medio del casco por bajo del banco de los remeros Thranitas, quedó asida, sin que el piloto pudiese contener el ímpetu de la embarcación. Colgada, digámoslo así, la galeota de la decenreme, incomodaba e imposibilitaba a ésta toda maniobra. En este momento dan sobre ella dos

quinquerremes, la traspasan por ambos costados y la hunden con la tripulación que la ocupaba, en la cual estaba Demócrates, jefe de la armada de Filipo. En el transcurso de este tiempo Dionisodoro y Dinócrates, hermanos y jefes de la escuadra de Attalo, vienen a las manos, el uno con una septirreme y el otro con una octirreme, y corren gran riesgo en la contienda. Dinócrates se empeñó con la octirreme, y como tenía levantada la proa de su buque, recibió el golpe de parte afuera del agua; pero habiendo él atravesado con el espolón a la nave contraria por bajo del agua, al principio no podía desasirse, por más diligencias que hacía por la popa para recular; de suerte que con la vigorosa defensa que hacían los macedonios, venía a estar en el último apuro. Mas habiendo llegado Attalo a su socorro y chocado contra la nave macedonia, rompió la trabazón que entre sí tenían los dos buques, con lo que Dinócrates se salvó del peligro como por milagro. Toda la tripulación de la nave enemiga, a pesar de los esfuerzos de valor que hizo, fue pasada a cuchillo, y el buque, falto de defensores, cayó en poder del enemigo. Por lo que hace a Dionisodoro, en el momento que iba a dar sobre una nave contraria para atravesarla con el espolón, erró el golpe, y precipitándose entre los enemigos, perdió los bancos de remeros del costado derecho y las vigas sobre que estaban construidas las torres. Con este accidente se vio rodeado por todas partes de contrarios, los cuales con grande alboroto y algazara echaron a pique la nave con toda la tripulación, menos él y otros dos que se salvaron a nado en una galeota que venía en su socorro.

En el resto de buques se luchaba con igual fortuna por ambas partes. Porque si Filipo excedía en embarcaciones menores, Attalo era superior en navíos cubiertos. En el ala derecha de Filipo el combate se hallaba en tal estado, que aunque la victoria estaba aún indecisa, las disposiciones todas se inclinaban más a favor de Attalo. Los rodios, aunque a su primera salida del puerto se vieron muy separados de los enemigos, con todo, como les aventajaban en la velocidad de navegar, en breve alcanzaron su retaguardia. Al principio se contentaron con atacar por la popa los navíos que se retiraban, y destrozarles los remos. Pero desde que los de Filipo hubieron acudido al socorro de los que estaban en peligro, y la parte de escuadra rodía que últimamente había salido del puerto se hubo incorporado con Teofilisco, ordenadas de frente las proas de los navíos, se vino a las manos con vigor de una y otra parte, animándose mutuamente al son de las trompetas y de la algazara. Si los macedonios no hubieran puesto sus fustas entremedias de los navíos cubiertos, rápida y fácilmente hubiese terminado la contienda. Pero estas embarcaciones frustraban los esfuerzos de los rodios de muchos modos. Porque desde que las dos armadas perdieron el orden que habían tomado al principio, todos quedaron mezclados unos con otros; de suerte que ni se podía con facilidad correr por medio de las líneas, ni virar a un lado ni a otro, ni hacer absolutamente uso de las propias ventajas; porque estas fustas, dejándose caer unas veces sobre los remos, imposibilitaban maniobrar a los remeros; otras acometiendo por la proa y tal vez por la popa, no dejaban al piloto ni a la chusma ejercer sus ministerios. Si chocaban con la proa de frente, no era casual e impremeditadamente. Porque situado de esta forma el buque, ellos recibían el golpe por fuera del agua, al paso que atravesaban por bajo con el espolón al del enemigo, de cuyo golpe quedaba inservible. Bien que los rodios entraban rara vez en este género de pelea, y rehusaban del todo estos encuentros, porque los macedonios, una vez venidos a las manos a pie firme sobre las cubiertas, se defendían con esfuerzo. Lo normal era inutilizar y hacer pedazos los remos de las naves contrarias, corriendo por entre las líneas, y dar vueltas de una parte a otra, para atacar a éste por la popa y a aquel por el costado mientras se revolvía, con lo que atravesaban a unos y rompían a otros alguna pieza de las necesarias. Con este género de combate inutilizaron un gran número de navíos macedonios.

Las que más se distinguieron en esta acción fueron tres quinquerrems de los rodios. Teofilisco mandaba la primera, que era la capitana; Filostrato estaba al frente de la segunda, y Autolico gobernaba la tercera, en la que iba Nicostrato. Ésta atacó una nave enemiga, y le dejó clavado el espolón en el casco, de cuyo golpe se hundió con toda la tripulación. Autolico entonces, viendo que su nave hacía agua por la proa, y que la rodeaban los contrarios, al principio se defendió con valor, pero gravemente herido, cayó al fin en el mar con sus armas, y toda su gente pereció después de una

generosa resistencia. En este momento viene a su socorro Teofilisco con tres quinquerremes, y aunque no le fue posible salvar el buque por estar ya lleno de agua, con todo, traspasa dos navíos enemigos y lanza afuera a los que los defendían. Rodeado poco después de muchas fustas y algunas naves cubiertas, perdió la mayor parte de su gente después de una bizarra resistencia; pero él, a pesar de haberle precipitado su arrojo en lo más vivo de la acción, donde recibió tres heridas, finalmente salvó, aunque con trabajo, su quinquerreme, con la ayuda de Filostrato, que generosamente vino a ponerse de su parte. Reunido después con su armada, volvió a la carga contra el enemigo con nuevo empeño, es cierto que decaído de fuerzas con las heridas, pero con más generosidad de espíritu, más gloria y más presencia de ánimo que antes. En fin, hubo en esta jornada dos acciones navales, bien distantes la una de la otra. Porque el ala derecha de Filipo, como se propuso desde el principio seguir siempre la costa, no se alejó mucho del Asia; y la izquierda, como tuvo que volver al socorro de su retaguardia, vino a las manos con los rodios no lejos de Chío.

Ya Attalo, seguro de la victoria en el ala derecha, se iba aproximando a aquellas isletas donde Filipo esperaba al ancla el resultado de la batalla; cuando advirtiéndolo en una de sus quinquerremes, que desbaratada fuera del combate procuraban echar a pique los contrarios, fue en su socorro con dos cuadrirremes. El ver que el buque enemigo emprendía la huida y se iba retirando hacia la costa, dio más ánimo al rey para seguir el alcance y apoderarse de la quinquerreme. Mas Filipo, cuando ya le vio bien separado de los suyos, toma cuatro quinquerremes, tres galeotas y las fustas que tenía muy cercanas, se dirige allá, corta al rey la comunicación con su armada y le obliga a lanzar sus buques sobre la costa por salvar la vida. Attalo se retiró a Erythras con la marinería; los navíos y todo el equipaje real cayó en poder de Filipo. No fue casual e impremeditadamente el haber desplegado los de Attalo en esta ocasión lo más precioso de la recámara del rey sobre la cubierta del navío; porque de este modo los primeros macedonios que se aproximaron, viendo un gran número de vasos, un vestido de púrpura y otros muebles proporcionados a éstos, desistieron del alcance, se detuvieron en el pillaje, y con esto dieron tiempo para que Attalo se retirase sin peligro a Erythras. Filipo, aunque vencido enteramente en la batalla, con todo, envanecido con esta ventaja sobre Attalo, volvió a alta mar, hizo todos los esfuerzos por reunir sus naves y exhortó las tropas a tener buen ánimo, pues habían salido vencedoras. La mayoría, como vieron a Filipo traer atada a la suya la nave real, creyeron con algún fundamento que Attalo había muerto. Dionisodoro, conjeturando lo que había ocurrido a su rey, levantó la señal para que se reuniesen sus navíos, y después de juntos se retiró sin riesgo a los puertos de Asia. En este momento los macedonios, que luchaban con los rodios, y que ya se veían malparados, se lanzaron fuera del combate unos tras otros, bajo el pretexto de acudir con diligencia al socorro de los suyos. Con esto los rodios, ligadas a las suyas algunas de las naves enemigas, y destrozados los espolones de otras, se retiraron a Chío.

Filipo perdió en el combate contra Attalo una galera de diez órdenes de remos, una de nueve, una de siete, una de seis, diez navíos cubiertos, tres galeotas y veinticinco fustas con toda la gente que tripulaba estos buques. A más de esto, los rodios le hundieron diez navíos con puente, cuarenta fustas, y le capturaron dos cuadrirremes y siete bergantines con sus dotaciones. De parte de Attalo la pérdida se redujo a una galeota, dos quinquerremes y el navío en que iba el rey; de parte de los rodios, a dos quinquerremes y dos trirremes, pero no se les apresó ninguna. De los rodios perecieron sesenta hombres, y de los de Attalo, setenta; pero de los de Filipo tres mil macedonios y seis mil soldados navales. Se hicieron prisioneros, entre aliados y macedonios, hasta dos mil hombres, y setecientos egipcios. Tal fue el éxito de la batalla naval dada junto a Chío.

Filipo se atribuyó la victoria por dos motivos: el uno, porque habiendo hecho arrojar a Attalo sobre la costa, se había apoderado de su nave; el otro, porque habiendo fondeado en el promontorio Argenno, en cierta forma había quedado por suyo el campo donde estaban los restos navales. A consecuencia de esto, recogió al día siguiente las ruinas del naufragio, y dio sepultura a cuantos se pudieron reconocer de los suyos. Todo esto lo hacía para confirmar al pueblo en la opinión de que había vencido; pues él estaba persuadido de lo contrario, como poco después se lo hicieron ver los rodios y Dionisodoro. Porque al día siguiente, mientras él se hallaba aún ocupado en esto, con el

aviso que uno a otro se dieron, vinieron contra él, le presentaron sus escuadras, y visto que nadie se les ponía delante, regresaron a Chío. Filippo estaba penetrado de dolor en ver que jamás... ni por tierra ni por mar había perdido tanta gente en un solo día, de modo que este contratiempo había disminuido grandemente sus primeros fuegos; bien que en el exterior procuraba disimular de todas formas su pesar, aunque los resultados mismos le desmentían. Pues sin hacer mención de otros, el estado de la armada después de la batalla daba horror a cualquiera que la veía. La mortandad había sido tanta, que en el transcurso de la acción se había cubierto todo aquel mar de cadáveres, sangre, armas y fragmentos de navíos; y en los días siguientes no se veía sobre aquellas costas sino un horrible y mezclado cúmulo de todas estas cosas: espectáculo que no sólo a Filippo, sino a todos los macedonios, tenía en una confusión extrema.

Teofilisco, en el solo día que sobrevivió a la batalla, escribió a su patria el acontecimiento y sustituyó en su lugar a Cleoneo por jefe de las tropas, con lo cual murió de sus heridas. Este personaje, a más de haberse portado como bueno durante el combate, merece nuestro recuerdo por haber sido autor del proyecto. Pues a no haberse atrevido él a llevar las armas contra Filippo, sin duda todos hubieran dejado pasar la ocasión, según el miedo que tenían a su osadía. Pero él fue el primero que empezó la guerra, el que obligó a su patria a aprovecharse de la coyuntura, y el que forzó a Attalo a que, dejándose de dilaciones y preparativos, tomase las armas con vigor y se expusiese al peligro. Por esto con justa razón los rodios, después de su muerte, le otorgaron tales honores que pudiesen servir de estímulo no sólo a los presentes, sino a los venideros, para ser útiles a la patria en sus urgencias.

CAPÍTULO III

Motivo por qué muchos desisten de sus empresas.

¿Qué es lo que hace abandonar nuestros propósitos? Ninguna otra causa más que la naturaleza misma de las cosas. Mientras las miramos de lejos, las magníficas esperanzas que se nos ofrecen nos hacen anhelar aún lo imposible, y este deseo vence a la razón. Pero cuando llegamos a las obras, conocemos las dificultades y obstáculos que habían ofuscado y extraviado al entendimiento, y al punto desistimos de unos intentos tan temerarios.

CAPÍTULO IV

Infructuosos intentos de Filippo contra la ciudad de Prinasso en el transcurso de su asedio.- Ardid y estratagema de que se vale para tomarla.

Tras de varios ataques que hizo inútiles la fortaleza del pueblo, Filippo levantó el cerco (202 años antes de J. C.), destruyendo de paso los castillos y aldeas de la comarca. Desde allí fue a acampar frente a Prinasso, donde dispuestos rápidamente los cestones y demás preparativos para un asedio, empezó a hacer minas. Advirtiéndole que lo pedregoso del terreno frustraba sus esfuerzos, recurrió a esta estratagema. Hacía un gran ruido por bajo de tierra durante el día dando a entender que se trabajaba en las minas; y durante la noche acarreaaba tierra y la ponía en las bocas para que se amedrentasen los de la ciudad, infiriendo por el cúmulo su adelantamiento. Efectivamente, aunque al principio mantuvieron con valor el asedio los sitiados, así que Filippo les hubo comunicado que ya tenían socavados doscientos pies de muro, y les hubo preguntado qué preferían más, evacuar la plaza salvas y las vidas, o, quemados los puntales, perecer todos entre sus ruinas, entonces dieron crédito a sus palabras y entregaron la ciudad.

CAPÍTULO V

Ubicación y antigüedades de la ciudad de Iassis.- Estatuas sobre las cuales no cae nieve, y cuerpos que no proyectan sombra.- Sobre aquellos que con pretexto de religión inventan milagros y falsedades.

Se extiende la ciudad de Iassis en un golfo del Asia situado entre el templo de Neptuno de la jurisdicción de los milesios y la ciudad de los mindios. Este golfo se llama corrientemente Bargilietico, tomando el nombre de unas ciudades que se hallan en lo interior del seno. Los naturales se jactan de descender primero de los argivos, y después de los milesios, cuando sus mayores, tras la derrota que sufrieron en la guerra de Caria, admitieron en la ciudad al hijo de Neleo, fundador de Mileto. La magnitud de la ciudad es de diez estadios. Se cuenta, y aún se cree entre los bargilietas, que sobre la estatua de Diana Cindiade jamás cae ni nieve ni agua, no obstante estar al descubierto. El mismo prodigio se refiere entre los iassenses de la imagen de Vesta. No faltan historiadores que han puesto esto por escrito. Pero yo me he empeñado sin saber cómo, por toda mi historia, en contradecir y mirar con desprecio esta clase de maravillas. En mi opinión es una debilidad pueril... dar crédito a cosas que consideradas exceden no sólo los límites de lo probable, sino aún la raya de lo posible. Es preciso tener el juicio enfermo para decir que ciertos cuerpos puestos al sol no proyectan sombra. Con todo, Teopompo afirma que no la hacen todos aquellos que entran en el templo de Júpiter, que se halla en la Arcadia. Ésta es otra paradoja igual a la anterior. Mientras los prodigios y milagros pueden contribuir a conservar en el pueblo el respeto a la divinidad, merecen alguna indulgencia los escritores; pero pasando de aquí, se hacen imperdonables. Confieso que es difícil encontrar el medio de las cosas, pero no es imposible. Y así, si se ha de estar por lo que diga, hasta cierto punto es excusable la ignorancia o la credulidad; mas llegando al exceso, es intolerable.

CAPÍTULO VI

Nabis.

Anteriormente hemos visto de qué modo gobernaba este tirano de Lacedemonia, cómo luego de expulsar a los ciudadanos y de emancipar a los esclavos, hizo que éstos contrajesen matrimonio con las esposas e hijas de sus señores; hemos visto que todos los que por sus crímenes habían sido desterrados de otras naciones, encontraban asilo sagrado en Esparta, que se convirtió en guarida de malvados. Veamos ahora cómo por entonces, aunque aliado de los messenios, de los elenos y de los etolios, y comprometido por juramentos y tratados a socorrerlos si eran atacados, despreciando obligación tan solemne, osó cometer contra Messena la más negra perfidia.

CAPÍTULO VII

Sobre los historiadores rodios Zenón y Antístenes.

Referido por algunos historiadores de acaecimientos particulares antes que por mí lo sucedido en esta época a los messenios y sus aliados, fácilmente puedo manifestar ahora mi opinión. No hablaré de todos estos historiadores, sino de los más importantes y célebres. Entre ellos existen dos rodios, Zenón y Antístenes, y por más de una razón merecen nuestra atención, pues son autores contemporáneos, han gobernado la República, y al escribir no lo hicieron por miras interesadas, sino por honor y otros motivos dignos de su rango. Debo hablar de ellos porque trataron los mismos asuntos que yo, y si no previniese al lector alucinado por la celebridad de la República rodiana y su fama especial en todo lo marítimo, cuando mi narración no esté de acuerdo con la de aquellos historiadores, podrían considerar ésta más fidedigna que la mía. Veamos si deben hacerlo así.

Ambos afirman que el combate naval dado junto a la isla de Lade fue más empeñado y sangriento que el que se libró a la altura de Chío, y agregan que los detalles de la acción, el éxito y, en una palabra, el honor de la victoria corresponde a los rodios. Comprendo que debe tolerarse en los historiadores la inclinación a honrar su patria; pero no conviene abusar de esta tolerancia hasta el punto de manifestar lo contrario de lo que realmente sucedió, no siendo pocas las faltas que por la imperfección humana se cometen. Si por amor a nuestra patria o cariño a nuestros amigos, o por reconocimiento referimos de intento acontecimientos falsos o imaginarios, ¿en qué nos diferenciaremos de los historiadores asalariados que ponen su pluma a merced de quien la paga? El conocido interés que éstos tienen en mentir hacen sus obras despreciables. ¿Serán las nuestras más estimadas al saberse que las dicta el cariño o el odio? Defecto es éste contra el cual el lector ha de estar en guardia, y que los historiadores deben evitar con cuidado. Zenón y Antístenes han incurrido en él. He aquí la prueba. Ambos están de acuerdo, al referir los detalles de la batalla, que el enemigo capturó dos galeras de rodios, con sus tripulaciones; que otra abierta y en peligro de naufragar, para salvarse desplegó la vela y salió a alta mar; que lo mismo hicieron muchas más, y que al verse el almirante casi abandonado imitó dicho ejemplo; que arrojados todos estos barcos a la Mindia abordaron al día siguiente en la isla de Cos, a través del enemigo; que éste ató las galeras de los rodios a sus barcos, y que desembarcando en Lade alojáronse en el campamento rodio; finalmente, que asustados los milesianos por tal acaecimiento, no sólo coronaron a Filipo, sino también a Heráclidas. Descritos estos datos de completa derrota, ¿cómo afirman que los rodios lograron la victoria? Hácenlo, no obstante, a pesar de una carta escrita al Consejo y a los pritanios por el mismo almirante después del combate, carta que aún se conserva en el Pritaneo, que está totalmente de acuerdo con nuestra narración de la jornada de Lade, y que desmiente cuanto Zenón y Antístenes han referido.

Ambos historiadores cuentan en seguida el insulto hecho a los messenios con infracción de los tratados. Manifiesta Zenón que Nabis, al salir de Lacedemonia, cruzó el Eurotas, y siguiendo el arroyo llamado Hoplites, fue por el Sendero Estrecho a Polasión, y desde allí a Sclasia, desde donde por el camino de Farés y Talamos llegó a Pamisa. ¿Qué diremos de esta marcha? Es igual a la de un hombre que para ir de Corinto a Argos atravesara el istmo, fuese a las rocas Scironienses y desde allí, siguiendo el Contoporo y pasando por las tierras de Micenas, penetrara en Argos; porque todos estos sitios no sólo están alejados entre sí, sino en situación completamente opuesta, siendo imposible ir de Corinto a Argos por este camino, tan imposible como el que Zenón hace recorrer a Nabis, porque el Eurotas y Selasia están al Oriente de Lacedemonia, y Talamos, Farés y Pamisa a Poniente, de modo que para ir de Talamos a Messena ni se pasa por Selasia, ni se cruza el Eurotas.

Asimismo dice Zenón que Nabis salió de Messena por la puerta de Tegea, lo cual es un error burdo; porque para ir de Messena a Togeio se pasa por Megalópolis y no puede haber en Messena una puerta que se llame de Tegea. El error de Zenón consiste en que en Messena existe una puerta que se llama Tegeática, por la cual salió Nabis de la ciudad para regresar a Laconia: el nombre de Tegeática hace creer a este historiador que Tegea se hallaba próxima a Messena, siendo así que para ir de esta ciudad a la Tegeática hay que atravesar toda la Laconia y el territorio de Megalópolis.

Otro error de Zenón consiste en decir que el Alfeo, ocultándose bajo tierra a poco de su nacimiento, corre largo trecho, no reapareciendo en la superficie hasta cerca de Licoa, en Arcadia. Ciertamente es que este río desaparece a corta distancia de su origen, pero sale de nuevo a los diez estadios, y atraviesa toda la campiña de Megalópolis: riachuelo al principio, aumenta al paso el caudal de aguas, regando majestuosamente doscientos estadios de esta campiña. Creciendo después con la afluencia del Lisius, es en Licoa muy profundo y rápido.

(texto perdido)

Estos errores son excusables y los perdono a los citados historiadores. Incurren en los últimos por desconocer la comarca a que se refieren, y alteran la derrota de Lade por amor a la gloria de su patria. Mas comete Zenón otra falta que apenas se puede dispensar, cual es la de apreciar menos el

estudio y arreglo de los sucesos que la elegancia y belleza del estilo, vanagloriándose con frecuencia, cual lo han hecho otros célebres historiadores, de distinguirse en esta cualidad. Creo que se deben aplicar a la historia las bellezas que le convienen, y que así será más útil e interesante; pero ningún escritor sensato estimará en primer término la elegancia del estilo, habiendo otras condiciones en la historia merecedoras de mayor atención y de más gloria para quien con feliz éxito las realiza. Así opinará todo escritor de buen juicio, y explicaré mi pensamiento con un ejemplo.

Refiriendo Zenón el sitio de Gaza y la batalla dada por Antíoco a Scopas en la Celosiria, cerca de Pavión, tanto cuidó de adornar su relato, que un retórico deseoso de lucir sobre el mismo asunto su elocuencia no llegaría al historiador; pero al mismo tiempo descuidó este hecho hasta el extremo de aparecer superficial e ignorante. Véase cómo describe el orden de batalla de Scopas. La falange, dice, se hallaba con alguna caballería en el ala derecha al pie de la montaña, y el ala izquierda con toda la caballería que la apoyaba, en la llanura. Al rayar el día mandó Antíoco a su hijo mayor con un destacamento para ocupar las alturas que dominaban al enemigo, y él con el resto del ejército, ya de día, cruzó el río, ordenó sus tropas en la llanura y puso la falange en una sola línea, oponiéndola al cuerpo de batalla del contrario. Distribuyó la caballería, parte en el ala izquierda, parte a la derecha de la falange. En este lugar estaban los jinetes acorazados al mando del hijo menor de Antíoco. Los elefantes, puestos al frente y a alguna distancia de la falange, estaban al mando de Antípates de Tarento. Por intervalos entra los elefantes había muchos arqueros y honderos. El rey con su caballería favorita y con sus guardias situóse detrás de los elefantes. Así ordenado el ejército, agrega Zenón, Antíoco el joven, que como hemos mencionado se hallaba en la llanura frente al ala izquierda de los enemigos con los coraceros, cargó sobre la caballería que mandaba Ptolomeo, hijo de Aeropos, y que los etolios habían colocado en la llanura en el ala izquierda, la batió y persiguió a los fugitivos. Zenón dice acto seguido que ambas falanges vinieron a las manos, y que la lucha fue ruda y tenaz. ¿Cómo no advierte que era imposible la pelea entre ambas falanges sin que los elefantes, arqueros, honderos y los caballos que entre ellas había hubiesen evacuado el terreno? Añadiré que cuando la falange macedónica, rota por los etolios, quedó fuera de combate, los elefantes, amparando a los fugitivos y cargando a los contrarios, causaron en éstos gran desorden; pero mezcladas las falanges, ¿cómo podían distinguir los elefantes entre los que aplastaban quiénes eran del ejército de Antíoco y quiénes del de Scopas? Manifiesta, además, que la caballería etolia, poco acostumbrada a ver elefantes, se espantó en el transcurso de la contienda; cosa imposible, porque el mismo Zenón agrega que la caballería del ala derecha nada sufrió, y que la de la izquierda había sido puesta en fuga por el hijo menor de Antíoco: ¿qué caballería fue, pues, la que espantaron los elefantes? ¿Y qué fue del rey, a quien en ninguna parte se ve? ¿Qué hizo en la batalla? ¿Qué servicio prestó el hermoso cuerpo de caballería e infantería reunido junto a su persona? ¿Qué hizo el mayor de los hijos de Antíoco después de ocupar las alturas con un destacamento? Ni vuelve al campo después del combate, ni se cuida de tal cosa. Zenón dice que ambos hijos siguieron al rey, y sólo fue uno quien le acompañó. ¿Cómo se explica que Scopas sea el primero y el último en abandonar la lucha? De dar crédito al citado historiador, apenas vio este general a la caballería de Antíoco el joven, de regreso de perseguir a los fugitivos, cargar por retaguardia su falange, desesperando vencer, inició la retirada; pero en otro lugar nos dice que al ver Scopas la falange rodeada por los elefantes y la caballería, juzgó perdida la batalla y se retiró. ¡Qué daño hacen a los historiadores faltas tan palpables y contradicciones tan manifiestas! Ambición digna de hombre honrado es la de esforzarse por distinguirse en todas las condiciones propias de una historia; pero de no ser esto posible, debe preferirse lo más importante y necesario. Doy este consejo porque advierto que en las demás artes y ciencias se atiende, como en la historia, especialmente a lo que más brilla y halaga la imaginación, desdeñando lo verdadero y útil. Objeto son de alabanza y admiración tales escritos, y no obstante, son los que menos trabajo cuestan y los que menos honran. Con los pintores atestiguo.

Por lo demás, he escrito a Zenón advirtiéndole los mencionados errores de su geografía, por no ser propio de persona bien nacida aprovecharse de las faltas de otros para adquirir reputación a

costa ajena, a pesar de que el procedimiento sea frecuente. La pública conveniencia exige, en mi concepto, no sólo escribir con el mayor cuidado posible nuestras obras, sino ayudar a los demás a rectificar las suyas. Desgraciadamente mi carta llegó a manos del citado historiador demasiado tarde; su obra era ya de público dominio y nada podía corregirse en ella. Deplorando las faltas cometidas, agradeció mucho mis advertencias. Ruego a los que mi obra leyese que observen igual conducta conmigo. Condénenme sin misericordia si advierten en alguna parte que mentí de intención o desfiguré la verdad conociéndola; pero sean indulgentes si cometí algún error en algunas cosas por carecer de buenos informes. No es fácil la exactitud completa en la multitud de detalles que abarca obra de tanta extensión cual la presente.

CAPÍTULO VIII

Tlepolemo.

Joven aún, fue honrado con el ministerio en Egipto Tlepolemo, que hasta entonces sirvió en el ejército adquiriendo justa fama. Naturalmente altivo y ávido de gloria, poseía para los negocios muchas buenas y malas cualidades. Esforzado y vigoroso, sabía mandar un ejército, conducir una expedición, enardecer el ánimo de los soldados y llevarles donde deseara; pero resultaba lo menos a propósito posible para los asuntos que exigen estudio y atención, y en especial para los financieros. Su fortuna, por tanto, duró poco, y el reino sufrió en seguida las consecuencias de su prodigalidad. Luego que se vio dueño de los tesoros reales, pasaba casi todos los días jugando a la pelota y disputando con los jóvenes sobre quién brillaría más en los ejercicios militares. Ofrecía grandes festines, y éstas eran sus tareas y compañías corrientes. En las audiencias sobre los asuntos del Estado repartía a manos llenas y prodigaba tesoros de su señor, dándolos profusamente a los diputados de Grecia, a los artífices de Baco y, sobre todo, a los oficiales del ejército y a los soldados. No sabía negarse a estas dádivas, y pagaba caros los elogios, sin cuidarse de la procedencia. Tal afición aumentó considerablemente sus gastos, pues se le elogió por los beneficios recibidos sin esperarlos, y por los que se esperaban después. Las alabanzas a Tlepolemo se multiplicaban y oían por todas partes; en todos los festines se brindaba a su salud; la ciudad se hallaba cubierta de inscripciones en su honor; en las calles resonaban canciones elevando hasta el cielo su mérito. El desbordamiento de los elogios le ensoberbeció, excitando su pasión a las alabanzas, y para satisfacerla, su liberalidad a los extranjeros y soldados. Las prodigalidades le crearon enemigos en la corte, siendo públicamente censurada su insoportable vanidad, y Sosibo mucho más estimado que él. Este Sosibo portábase efectivamente en sus relaciones con el príncipe con una prudencia impropia de su edad, y con los extranjeros usaba siempre modales dignos de los dos empleos que le habían sido confiados, el de guardián del regio anillo y jefe de la guardia real.

Por entonces regresó de Macedonia a Alejandría Ptolomeo, hijo de Sosibo. Vano por carácter y por las riquezas que su padre había adquirido, aumentó su vanidad en la corte de Filipo, donde imitaba las maneras y trajes de los jóvenes amigos suyos. Creyó ingenuamente que la virtud de los macedonios consistía en vestir y calzar de cierto modo, y se juzgó todo un hombre por lo que había aprendido en Macedonia. A la vuelta miró a los alejandrinos con el mayor desprecio, calificándoles de viles y estúpidos esclavos. No se libró de su desdén Tlepolemo, a quien públicamente desacreditaba. Los cortesanos, indignados al ver los asuntos públicos por tan mal camino, se unieron a él, decididos a no sufrir más que Tlepolemo dispusiera de la Hacienda, no como ministro, sino como heredero. Día por día iba disminuyendo el número de sus amigos, observándose e interpretándose mal todos sus actos y circulando en contra suya duras y amargas frases. Advertido de lo que ocurría, no hizo caso al principio; pero al saber que en ausencia suya se atrevieron a quejarse de su gobierno en público Consejo, convocó irritado una asamblea, dijo en ella que se le calumniaba en secreto, y que él en cambio formulaba contra los calumniadores una acusación ante todo el mundo.

Concluida su arenga, Tlepolemo pidió a Sosibo el regio anillo, y desde entonces dispuso a su gusto de todos los negocios del Estado.

CAPÍTULO IX

Retorno de Publio Escipión a Roma, y su triunfo. – Fallecimiento del rey Sifax.

Poco después del tiempo de que hemos hablado anteriormente, regresó Escipión desde África a Roma (102 años antes de J. C.). La expectación del pueblo fue proporcionada a sus grandes expediciones. La idea que se concibió de este hombre fue magnífica; y la multitud se excedió en demostraciones de afecto hacia su persona. Esto era muy justo, conveniente y puesto en razón. Porque no haber tenido jamás esperanza de arrojar a Aníbal de la Italia ni de alejar aquella tempestad que tenían sobre sí y sobre sus familias, y verse ahora no sólo completamente libres de todo temor y desgracia, sino vencedores de sus enemigos, ciertamente era motivo para hacer excesos de alegría. Pero el día que entró triunfante en la ciudad fue cuando, acordándose de los peligros pasados por la viva imagen de lo que tenían delante, hicieron más demostraciones de gracias para con los dioses y de reconocimiento para con el autor de semejante cambio. Sifax, rey de los masesilios, acompañaba el triunfo con todos los prisioneros, y poco después terminó la vida en la prisión. Finalizado este acto, todo fue en Roma juegos y célebres espectáculos durante muchos días continuos, contribuyendo Escipión a sus gastos con magnificencia.

CAPÍTULO X

Filipo fija en Asia sus cuarteles de invierno.

Al iniciarse el invierno en el que Publio Sulpicio fue elegido cónsul en Roma, Filippo, que se hallaba entre los bargilianos, alarmóse mucho al ver que Attalo y los rodios en vez de licenciar sus fuerzas navales, llenaban los barcos de tropas y tomaban contra él mayores y más vigilantes precauciones que en ningún otro caso. El futuro le alarmaba previendo el peligro que por mar correría al salir de entre los bargilianos. Temía por otra parte, si pasaba el invierno en Asia, no poder defender la Macedonia que amenazaban los etolios y romanos, pues supo las diputaciones enviadas a Roma en contra suya, una vez terminados los asuntos de África. En este conflicto decidió permanecer entre los bargilianos, donde vivió cual hambriento lobo, robando a unos, violentando a otros y adulando a algunos contra su carácter para alimentar el ejército, al cual daba unas veces carne, otras higos, y pocas y en pequeña cantidad pan, provisiones que conseguía o de Zeuxis o de los milesianos, o de los alabandianos o de los magnesianos. Adulador hasta la bajeza con quienes le socorrían, quejábase en alta voz de los que le negaban auxilio, y procuraba vengarse. Por medio de Filocles intrigó con los milesianos, mas su imprudencia hizo fracasar la intriga. Pretextando la necesidad de alimentar su ejército, arrasó la campiña de Alabanda, y no pudiendo sacar trigo a los magnesianos, les quitó los higos, dándoles en recompensa un pequeño territorio.

CAPÍTULO XI

Attalo se dirige a Atenas, después del combate naval que sostuvo contra Filippo, y persuade a los atenienses a aliarse con él contra este príncipe.- Honores que en Atenas se le tributan.

Despacharon los atenienses embajadores al rey Attalo no sólo para agradecerle lo que en su favor había hecho, sino para rogarle que fuese a Atenas y deliberase con ellos sobre el partido que convenía tomar en aquellas circunstancias. Supo pocos días después este príncipe que acababan de llegar al Pireo embajadores romanos, consideró necesario avistarse con ellos y dirigióse

inmediatamente a Atenas. Al saber su próxima llegada, acordaron los atenienses la pompa y aparato con que había de recibírsele. Entró en el Pireo y pasó el primer día con los embajadores romanos, quedando muy satisfecho de lo que a éstos oyó sobre la antigua alianza que con él habían hecho y de lo dispuestos que se hallaban a declarar la guerra a Filipo. Al día siguiente subió a la ciudad en compañía de los embajadores romanos, de los magistrados, y seguido de numerosa comitiva, porque no sólo salieron a recibirle magistrados y sacerdotes, sino los ciudadanos con sus mujeres e hijos. Imposible es decir las muestras de benevolencia y de amistad que la multitud prodigó a los romanos y singularmente a Attalo. Entró en el Dipilo con los sacerdotes a la derecha y las sacerdotisas a la izquierda. Todos los templos fueron para él abiertos, rogándole que sacrificara las víctimas dispuestas en todos los altares. Los honores superaron a cuanto los atenienses habían hecho hasta entonces a otras personas en reconocimiento de servicios recibidos, pues dieron el nombre de Attalo a una de sus tribus, igualándole a sus primitivos antepasados, de quienes las tribus tomaban la denominación. Convocóse en seguida una asamblea, citándole para que asistiera; pero negóse, alegando no creer delicado ir a ella a explicar detalladamente sus servicios. Rogósele que diera por escrito lo que juzgaba a propósito en aquellas circunstancias, y escribió una carta que los magistrados mostraron al pueblo y que versaba sobre tres puntos: el primero era detallada explicación de los beneficios que los atenienses habían recibido del rey; el segundo refería lo que él había hecho contra Filipo, y en el último exhortaba a los atenienses a declarar la guerra a este príncipe, jurando participar del odio que animaba a rodios y romanos contra aquel enemigo. Terminaba advirtiéndoles que si desaprovechaban la ocasión y se adherían a cualquier tratado de paz hecho por otros, perjudicaban los verdaderos intereses de su patria. Leída la carta, la muchedumbre por convencimiento de la fuerza de las razones, y más aun por su cariño a Attalo, mostrábase dispuesta a decretar la guerra, cuando los rodios entraron en la asamblea y hablaron largo tiempo de este asunto, decidiendo los atenienses, después de oírles, tomar las armas contra Filipo. Concediéronse también grandes honores a los rodios, entre ellos la corona con que se recompensa la virtud. En prueba del agradecimiento de los atenienses a los rodios por haberles devuelto sus barcos capturados y sus soldados prisioneros, les concedieron iguales derechos a los que gozaban los ciudadanos de Atenas. Efectuado esto, los embajadores rodios se embarcaron, dirigiéndose a Chío y desde allí a las demás islas.

CAPÍTULO XII

Órdenes que en favor de los griegos y de Attalo enviaron los romanos a Filipo.

Mientras se hallaban en Atenas los embajadores romanos, uno de los generales de Filipo, llamado Nicanor, arrasaba el Ática y penetraba hasta la Academia. Despacháronle emisarios los embajadores, y después fueron personalmente a verle, manifestándole advirtiese al rey su amo que los romanos le exhortaban a no causar daño a los griegos y a dar cuenta ante equitativos jueces de su injusto comportamiento con Attalo; que haciéndolo así, serían amigos suyos los romanos, y enemigos si no seguía este consejo. Recibidas las órdenes, retiróse Nicanor. Los embajadores dijeron lo mismo respecto a Filipo a los epirotas en la costa de Fenicia, a Aminandro en la Acarnania, a los etolios en Naupacta y a los aqueos en Egium, y fueron después a arreglar las cuestiones pendientes por entonces entre los reyes Ptolomeo y Antíoco.

CAPÍTULO XIII

Filipo, vencido por mar, vuelve con calor a la guerra y logra ventajas contra Attalo y los rodios.- Un historiador, amante de la verdad, está obligado a aplaudir unas veces y vituperar otras a unos mismos personajes.

En mi opinión, es dado a muchos empezar con felicidad una empresa y promoverla con ardor hasta cierto grado; pero se concede a muy pocos llevarla al fin, y suplir con la prudencia lo que falta a la voluntad, cuando se atraviesa algún tanto la fortuna. He aquí por qué se vituperará ahora con justa razón la indolencia de Attalo y los rodios, al paso que se admirará en Filipo el ánimo real, la magnanimidad y la constancia en sus decisiones. No pretendo en esto aplaudir toda su conducta; sólo sí que es de alabar su ardor en la ocasión presente. Hago esta diferencia para que no crea alguno que me contradigo si, elogiando poco ha a Attalo y los rodios y difamando a Filipo, ahora hago todo lo contrario. Por eso advertí con todo cuidado al principio de esta obra que es preciso a veces aplaudir y a veces censurar unas mismas personas, porque frecuentemente las vicisitudes de los negocios y las circunstancias hacen cambiar la voluntad al hombre, ya a lo peor y ya a lo mejor; y tal vez independiente de las circunstancias, sólo por un impulso natural, se inclina ya a lo que le conviene, ya a lo que le perjudica. Una transformación semejante se notó entonces en Filipo. Apesadumbrado con las pérdidas pasadas, sólo seguía los movimientos de la cólera y del despecho; cuando de repente se aplica al remedio de los males presentes con una presencia de ánimo que excede lo natural, vuelve así animado a emprender la guerra contra Attalo y los rodios y sale felizmente con la empresa. Esta consideración no ha tenido en mí otro motivo que ver a algunos que, semejantes a los malos atletas en el estadio, se detienen en la carrera y abandonan sus propósitos cuando ya se hallaban para tocar en la meta, y otros que en este mismo punto es cuando principalmente han sacado la ventaja a sus antagonistas.

CAPÍTULO XIV

Filipo y los propósitos posibles de los romanos.

Deseaba quitar Filipo a los romanos la ocasión de obrar y los puertos donde pudieran desembarcar... de decidirse a ir de nuevo a Asia, hubiera podido hacerlo desembarcando en el puerto de Abides.

CAPÍTULO XV

Ubicación y oportunidad de Abides y Sesto.- Comparación del estrecho que existe entre estas dos ciudades con el de las columnas de Hércules.- Asedio de Abides por Filipo, y valerosa resistencia de los naturales contra sus esfuerzos.- Embajada infructuosa de los cercados a Filipo.-

Desesperación extraña y horrenda de éstos.- Coloquio de M. Emilio con Filipo en favor de los abidenos, pero sin resultado.- Toma de la ciudad y diversos géneros de muerte con que los sitiados se matan a sí mismos, sus mujeres e hijos.

La ubicación y oportunidad de Abides y Sesto son tan notorias, aun entre las gentes de menos valer, que tengo por inútil hacer una larga descripción de lo peculiar de estas dos ciudades. Mas esto no basta para que yo deje por ahora de refrescar sumariamente la memoria da mis lectores. De esta forma, por la comparación y cotejo de lo que voy a decir, se vendrá en conocimiento de la comodidad de estos dos pueblos, no de otra suerte que si se estuviesen sobre ellos mismos. Así como desde lo que unos llaman mar Océano y otros Atlántico, no se puede penetrar en nuestro mar si no se atraviesa el estrecho de las columnas de Hércules, del mismo modo desde nuestro mar no se puede ir a la Propóntide ni al Ponto, si no se pasa por entre Abides y Sesto, Ni fue casual e impremeditadamente el que la fortuna al construir uno y otro canal, hiciese mucho más extenso el de las columnas de Hércules que el del Helesponto, dando a aquel sesenta estadios de anchura y a éste no más que dos. La causa de esto fue sin duda, según se puede conjeturar, el ser el mar exterior mucho mayor que el nuestro. Pero para eso éste tiene más ventajas que el otro. Porque el de Abides está habitado de una y otra parte, es como una especie de puerta para el comercio mutuo de los

pueblos; si se quiere, sirve de puente para pasar a pie del uno al otro continente, y si no se quiere, es navegable de continuo. En vez de que del de las columnas de Hércules se hace muy poco uso, ya porque son muy pocos los que trafican con aquellos pueblos que habitan las extremidades del África y de la Europa, ya porque el mar exterior nos es desconocido. Abides está rodeada por uno y otro lado de dos promontorios de la Europa, tiene un puerto capaz de tener al abrigo de todo viento a los que allí fondean; pero fuera de él es imposible echar anclas frente a la ciudad: tanta es la rapidez y violencia de la corriente en el estrecho.

Esto no obstante, Filipo, habiendo cerrado el puerto con una empalizada y levantado todo alrededor una trinchera por la parte opuesta, tenía cercada a Abides por mar y tierra. Este asedio, aunque grande por la magnitud de aparatos y variedad de inventos en la construcción de las obras con que, tanto los sitiadores como los sitiados cuidaron de ofenderse mutuamente y eludir sus propósitos, no es por aquí por donde merece nuestra admiración. La generosidad de los cercados y la incomparable constancia de su valor es lo que le hace tan digno como otro de que su recuerdo se transmita a la posteridad. Al principio los abidenos, confiados en sus fuerzas, sostuvieron con valor los esfuerzos de Filipo. Por el lado del mar no había máquina que se aproximase que no fuese desmontada por los tiros de sus ballestas, o consumida por el fuego, hasta llegar a escapar con trabajo del peligro los navíos mismos que las llevaban. Por parte de tierra hasta cierto tiempo se defendieron con esfuerzo, no sin esperanzas de salir vencedores de sus enemigos. Pero cuando vieron venirse abajo el muro exterior con las socavaciones y que las minas llegaban ya hasta el otro que por parte adentro se había levantado al frente del caído, entonces enviaron a Ifiades y Pantacnoto para tratar con Filipo de la entrega de la ciudad con estas condiciones: que dejase marchar, bajo su salvaguardia, las tropas que los rodios y Attalo les habían enviado, y que permitiese salir las personas libres a donde cada uno deseara, con el vestido que tuviesen puesto. Filipo contestó que no había más arbitrio que o rendirse a discreción o defenderse con valor; y con esto los embajadores se retiraron.

Con esta noticia los abidenos, reducidos a la desesperación, se reunieron para deliberar sobre el estado presente. Se decidió primeramente que se daría libertad a los siervos para tenerlos dispuestos en su ayuda; en segundo lugar, que se meterían todas las mujeres en el templo de Diana y todos los niños con sus nodrizas en el Gimnasio y finalmente, que se amontonaría en la plaza toda el oro y plata y se llevaría toda la ropa preciosa a la cuadrirreme de los rodeos y a la trirreme de los cizicenos. Propuesto esto y ejecutado por todos según el decreto, volvieron a llamar a junta, donde se eligieron cincuenta ancianos de los de mayor confianza y vigor para poder licuar a efecto lo que se decidiese. A éstos se les hizo prestar juramento, en presencia de todos los ciudadanos, de que cuando viesan el muro interior tomado por los contrarios degollarían los hijos y mujeres, prenderían fuego a las dichas dos galeras y arrojarían al mar el oro y plata, como habían prometido. En consecuencia de esto juraron todos, en presencia de sus sacerdotes, que o vencerían o pelearían hasta morir por la patria. Por último, inmoladas las víctimas, precisaron a los sacerdotes y sacerdotisas a pronunciar mil execraciones sobre los holocaustos contra los que faltasen al juramento. Ratificado todo esto, desistieron de hacer contraminas, pero convinieron en que así que el muro interior se desplomase, todos irían a la brecha a contener el ímpetu del enemigo y morirían entre sus ruinas.

Por lo dicho se ve que la audacia de los abidenos excedió a la decantada desesperación de los focenses y a la animosidad de los acarnanios. Es cierto que los focenses decretaron esto mismo sobre sus familias, pero no tenían tan del todo perdidas las esperanzas de la victoria, puesto que iban a medir sus fuerzas con los tesalos en batalla ordenada y a campo raso. Igual decisión tomaron los acarnanios sobre su salud previendo la irrupción de los etolios, como hemos expuesto anteriormente con todo detalle. Pero los abidenos se hallaban encerrados por todos lados y casi sin esperanza de remedio cuando unánimes escogieron antes una muerte segura, con sus mujeres e hijos, que una vida con la presunción de que éstos caerían en manos del contrario. Por eso en el desastre de los abidenos se puede culpar justamente a la fortuna de que, compadecida de las

desgracias de aquellos dos pueblos, los restableciese inmediatamente y les concediese la victoria y la salud cuando menos lo pensaban, y a éste le tratase con tanto rigor. Porque los hombres murieron, la ciudad fue tomada y los hijos, con sus madres, cayeron en manos del enemigo.

Después que se desplomó el muro interior, los sitiados, puestos sobre la brecha según habían jurado, luchaban con tanto esfuerzo, que Filipo, a pesar de los continuos refuerzos que estuvo enviando hasta que llegó la noche, al fin se retiró con muy pocas esperanzas de lograr la empresa. Los abidenos que primero entraron en la acción no sólo se batían con furor arrojándose por cima de los cuerpos muertos, ni obstinados combatían únicamente con las espadas y lanzas, sino que cuando se les inutilizaban estas armas o la violencia se las arrancaba de las manos, se lanzaban a cuerpo descubierto a los macedonios, tiraban por tierra a unos, rompían las lanzas de otros, y con los pedazos y casquillos de estas mismas los herían la cara y demás partes del cuerpo descubiertas, hasta reducirlos a la última desesperación. Llegada la noche cesó la batalla. Los más habían perecido sobre la brecha, y el resto se hallaba desalentado con el cansancio y las heridas. En esta situación Glaucides y Tegoneto, después de haber reunido unos cuantos de los ancianos, se separaron por intereses particulares de la gloriosa y admirable decisión que habían tomado sus conciudadanos. Resolvieron por salvar la vida a sus hijos y mujeres, enviar a Filipo al punto que amaneciese los sacerdotes y sacerdotisas con coronas para implorar su clemencia y entregarle la ciudad. Por entonces el rey Attalo, con la noticia que tuvo del sitio de Abides, fue por el mar Egeo a Tenedos. Asimismo los embajadores que Roma enviaba a los reyes Ptolomeo y Antíoco, informados en Rodas del asedio, despacharon a la misma Abides a M. Emilio, el más joven de ellos, para que diese cuenta a Filipo de las intenciones del Senado. Efectivamente, llega éste a Abides, hace saber a Filipo lo decidido por el Senado y lo intima que no haga la guerra a ningún pueblo de la Grecia, que no se mezcle en asunto alguno que concierna a Ptolomeo y que se sujete a juicio sobre los agravios hechos a Attalo y los rodios. «Si obráis así, añadió, tendréis paz; de lo contrario, contad sobre vos las armas de los romanos.» Filipo quiso hacerle ver que los rodios le habían atacado primero. Pero Emilio, interrumpiéndole, le dijo: «Y bien: ¿qué os han hecho los atenienses? ¿Qué los danos? ¿Qué ahora los abidenos? ¿Cuál de estos pueblos os ha provocado primero?» El rey, cortado y sin saber qué contestar, «por tres razones, dijo, os perdono el orgullo y con que me habéis hablado: la primera, porque sois joven y sin experiencia; la segunda, porque sois el más bien parecido entre los de vuestra edad, y en esto no mentía... Desea en el alma por vuestra República observase fielmente los tratados y que no llevase las armas contra los macedonios; pero si tal hiciese, me defenderé con valor, invocando la protección de los Dioses». Terminado este discurso se separaron. Filipo, dueño de la ciudad, halló todas las riquezas puestas en un montón por los abidenos y se apoderó de ellas sin impedimento. Pero no pudo menos de pasmarse al ver el furor con que tanto número de hombres, unos se degollaban, otros se mataban, otros se ahorcaban, otros se arrojaban en los pozos, otros despeñaban de los tejados sus hijos y mujeres, y penetrado de dolor con tal espectáculo, ordenó dar tres días de demora a todo el que se quisiese ahorcar o degollar. Mas los abidenos, firmes en la decisión tomada y en la opinión de que era desdecir de los que habían luchado por la patria hasta el último aliento, miraron con desprecio la vida, y a excepción de los que o por las cadenas o por iguales obstáculos no pudieron, todos los demás por familias se arrojaron a la muerte sin reparo.

CAPÍTULO XVI

Mensaje de los aqueos y de los romanos a los rodios.

Ocupada Abides, los aqueos despacharon embajadores a los rodios para exhortar al pueblo a la paz con Filipo, pero al mismo tiempo llegaron otros de Roma aconsejándoles lo contrario. El pueblo escuchó a éstos, juzgando conveniente la amistad y alianza con los romanos.

CAPÍTULO XVII

Incursión de Filopemen, pretor de los aqueos, contra Nabis, tirano de Lavedemonia.- Expediente de que se bale Filopemen para reunir a un tiempo en Tejea todas las tropas de la República, sin que supiesen a qué ni a dónde se caminaba.

Filopemen determinó primero con exactitud las distancias que existían entre todas las ciudades aqueas y cuáles podrían servir de paso para ir a Tejen. Efectuado esto, despachó cartas a todas ellas y cuidó se llevasen primero a las más remotas, distribuyéndolas de manera que cada una recibiese no sólo la que a ella iba dirigida, sino también las de las otras ciudades que caían sobre la misma ruta. Las primeras, dirigidas a los gobernadores estaban concebidas en estos términos: «Al recibo de ésta haréis reunir al momento en la plaza toda la gente de edad competente, le daréis armas, víveres y dinero para cinco días, y una vez congregada la tomaréis y conduciréis a la ciudad inmediata. A vuestra llegada a ésta entregaréis al gobernador la carta que para él va dirigida y daréis cumplimiento a su contenido.» Esta segunda carta contenía lo mismo que la primera, a excepción del nombre de la ciudad a donde se había de manchar. Ejecutada esta misma diligencia con todas las ciudades de paso, consiguió lo primero que nadie penetrase para qué empresa o con qué propósito se hacía este aparato, y lo segundo que nadie supiese en punto a la marcha más que hasta la ciudad inmediata. Se reunían los unos con los otros, sin saberse dar la razón, y entretanto se iba marchando para adelante. Pero como no distaban igualmente de Tejea todas las ciudades, no en todas fueron entregadas las cartas a un tiempo, sino a proporción en cada una. De aquí provino que, sin saber los de Tejea ni los mismos que venían marchando lo que se maquinaba, todos los aqueos entraron armados por todos lados dentro de Tejea. Filopemen había excogitado esta astucia por los muchos espías y exploradores que el tirano tenía apostados por todas partes. El día mismo en que se habían de congregarse en Tejea todos los aqueos destacó un cuerpo de tropas escogidas, con orden de ir a hacer noche en las proximidades de Selasia, penetrar al amanecer del día siguiente por la Laconia, y caso que acudiese al peligro la tropa mercenaria y los incomodase, retirarse a Scotita, y en todo lo demás obedecer a Didascalondas el Cretense, a quien había confiado y comunicado todo el proyecto. Efectivamente, marcha esta tropa, llena de confianza, a ejecutar lo dispuesto. Entretanto, Filopemen manda cenar con tiempo a los aqueos, los saca de Tejea, y tras de una marcha forzada durante la noche, llega al amanecer y pone emboscada su gente en los alrededores de Scotita, pueblo entremedias de Tejea y Lacedemonia. Al día siguiente la guarnición extranjera que había en Pelene, apenas supo por sus exploradores la irrupción del enemigo, acude sobre la marcha, como tenía por costumbre, y carga sobre los contrarios. Los aqueos se baten en retirada según la orden. La guarnición los persigue vivamente y sigue el alcance con esfuerzo; pero cuando ya hubo llegado al lugar de la emboscada, lánzanse fuera los aqueos, pasan a cuchillo una parte y hacen prisionera a otra.

CAPÍTULO XVIII

Negocios de Siria y Palestina.

Advirtiéndole Filipo que los aqueos recelaban empeñarse en guerra con los romanos, procuró buscar todos los pretextos posibles para aumentar al menos la enemistad entre ambos pueblos. Scopas, general de las tropas de Ptolomeo, trasladó todas las fuerzas a la parte alta de aquella tierra, y en el transcurso del invierno sometió a los judíos.

Debido a que el asedio se prolongaba, maltrataban a Scopas en todas las conversaciones y le censuraban todos los jóvenes. Vencido Scopas por Antíoco, recibió éste la sumisión de Batanea, Samaria, Abila y Gadara, y al cabo de poco tiempo la de los judíos que habitan alrededor del templo llamado por ellos Jerusalén. Siendo necesario hablar con detenimiento de este acontecimiento,

principalmente a causa de la celebridad del dicho templo, nos ocuparemos de él más adelante.

CAPÍTULO XIX

Los gacenses.

Relatada ocupación de Gaza por Antíoco, añade Polibio: Debo hacer a los gacenses la justicia que merecen. Esforzados y animosos en la guerra como cualquier otro pueblo de la Celosiria, eran superiores a los demás por la constancia y fidelidad a los aliados y por su inquebrantable firmeza. En la cuarta invasión de los medas, era tan grande el terror que su temible poder inspiraba, que en todas partes se les entregaban sin resistencia. Sólo los gacenses se atrevieron a hacerles frente y mantuvieron un asedio. Al presentarse Alejandro en este reino, todas las ciudades le abrieron las puertas, y hasta Tiro fue reducida a servidumbre, no contando en parte alguna con otra salvación que la de someterse al conquistador, cuya impetuosidad y violencia nadie se atrevía a resistir. Gaza únicamente intentó, antes de rendirse, todos los medios de defensa. Así se la ve en los tiempos de que hablamos sin omitir nada de cuanto podía hacer para conservar a Ptolomeo la fidelidad jurada. Alabando en nuestra obra a las personas que, se han distinguido por su virtud o sus acciones, justo es elogiar asimismo a las ciudades que, animadas por el ejemplo de sus antepasados o por propio impulso, sobresalen en alguna memorable empresa.

CAPÍTULO XX

Algunas noticias geográficas

Los Insubres, nación etólica.

Mantua, ciudad de los romanos.

Babrantium, comarca cercana a Chío

Sitta, ciudad de Palestina.

Hella, comarca de Asia que servía de mercado al rey Attalo.

Cansada, punto fortificado de Caria.

Carthea, una de las cuatro ciudades de la isla de Chío: los habitantes llamábanse cartheanos.

CAPÍTULO XXI

Imaginaciones de Filipo luego de la batalla naval de Lade.

Tras de la batalla naval de Lade, retiráronse los rodios, y no prosiguiendo Attalo la guerra aliado a ellos, Filipo podía evidentemente navegar hasta Alejandría. ¿Estaba demente Filipo para hacer lo que hizo? ¿Quién le podía impedir esta dirección? Sólo la marcha habitual de las cosas. Muchos hombres, efectivamente, desean ardientemente lo imposible; exaltados por la inmensidad de sus esperanzas, tan pronto como ven realizados sus deseos...

LIBRO DECIMOSÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Conferencia inútil en las proximidades de Nicea, en el golfo Melieo, entre Filipo, el cónsul Tito Flaminio Aminandro, rey de los athamanos, y los diputados de las ciudades aliadas.- Envían a Roma sus embajadores estos potentados, oye el Senado sus pretensiones, y decreta la guerra contra Filipo.

Llegado el día señalado para la conferencia, Filipo partió de Demetriades para el golfo Melieo con cinco fustas y un bergantín en que él venía. Llevaba consigo de la Macedonia a Apolodoro y Domóstenes, sus secretarios; de la Reacia a Braquiles, y de la Acaia a Cicliadas quien, por razones que ya hemos apuntado, andaba desterrado del Peloponeso. Con Flaminio iban el rey Aminandro, Dionisodoro embajador de Attalo, y los diputados de varios pueblos y ciudades; por los aqueos, Aristeneto y Jenofonte; por los rodios, el almirante Acesimbrotos; por los etolios, el pretor Feneas y otros muchos magistrados. Cuando ya estuvieron a la vista de Nicea, Flaminio y los que le acompañaban se pusieron sobre la ribera misma del mar; pero Filipo, aunque se aproximó a la costa, se estuvo al ancla. Habiéndole el cónsul ordenado que desembarcase, desde lo alto de la proa contestó que no haría tal. Vuelto a preguntar de qué recelaba, replicó: «Temer, a nadie más que a los dioses; pero desconfío de todos los presentes, y sobre todo de los etolios.» Admirado Flaminio, le dijo que el peligro era igual, y la situación común a todos. «No decís bien, replicó Filipo; muerto Feneas, no faltarán a la Etolia otros pretores que manden sus armas; pero muerto Filipo, no tiene la Macedonia por ahora otro rey que la gobierne.» A todos pareció que esta arrogancia ya no era buen principio para un congreso. Sin embargo, Flaminio le dijo que explicase a qué venía; pero el rey contestó: «Eso no me toca a mí, sino a vos, y así, os suplico manifestéis qué hay que hacer para vivir en paz.- Lo que vos tenéis que hacer, replicó el cónsul en pocas y terminantes palabras, es ordenar retirar vuestras armas de toda la Grecia; devolver a cada uno los prisioneros y trófagos que retenéis en vuestro poder, entregar a los romanos las plazas de la Iliria de que os habéis apoderado después de la paz concertada en Epiro, y restituir asimismo a Ptolomeo todas las ciudades que le habéis arrebatado después de la muerte de Ptolomeo Filopator.» Dicho esto, Flaminio se volvió a los demás embajadores y les mandó exponer las órdenes que tenían de sus soberanos. El primero que tomó la palabra fue Dionisodoro, embajador de Attalo, y pidió que Filipo entregase a su amo los navíos y prisioneros que había tomado en la batalla naval de Chío, y reedificase completamente el templo de Venus y el Niceforio que había destruido. Después de éste, Acesimbrotos, almirante de los rodios, ordenó que evacuase la provincia Perea que había quitado a los rodios; que sacase las guarniciones que había puesto en Iasso, Bargilio y Euromes; que restableciese a los perintios en la forma de gobierno que tenían común con los bizantinos, y, finalmente, que se retirase de Sesto, Abides y demás plazas de comercio y puertos del Asia. Al almirante rodio siguieron los aqueos, y pidieron a Corinto y a Argos restablecida. Tras de éstos, los etolios ordenaron que saliese de toda la Grecia, como habían solicitado los romanos, y que les devolviese libres de todo daño las ciudades que antes eran de su jurisdicción y gobierno.

Así había hablado Feneas, pretor de los etolios, cuando Alejandro, llamado el Isio, personaje que pasaba por elocuente y experimentado en los negocios, tomó la palabra y dijo: «Filipo ni hace la paz con sinceridad, ni la guerra con honor, cuando es necesario. En los congresos y negociaciones espía, acecha y hace todos los oficios de un enemigo; en la guerra se porta con injusticia y demasiada bajeza. Jamás se presenta cara a cara al enemigo, sino hace que huye, quema y saquea al paso las ciudades, y por este inicuo proceder, aunque vencido, priva al vencedor del premio de sus victorias. Bien lejos de tener este proceder los primeros reyes de Macedonia, todo lo contrario; combatían siempre a campo raso de poder a poder, y rara vez robaban o asolaban las ciudades. Esto se vio palpablemente en la guerra que Alejandro hizo a Darío en el Asia, y en la contienda que hubo

entre sus sucesores, cuando todos llevaron las armas contra Antígono por el imperio del Asia. Esta forma de conducta la observaron constantemente todos sus sucesores hasta Pirro: luchar francamente y a campo raso, hacer todos los esfuerzos para superar por las armas a sus contrarios; pero perdonar las ciudades para reinar sobre los vencidos y tener más súbditos de quien ser honrados. Y a la verdad, ¿no es una locura, y locura desenfrenada, destruir aquello que motiva la guerra, y finalmente dejar en pie la misma guerra? Con todo, tal es la conducta presente de Filipo. Más ciudades destruyó él a los tesalios, siendo su amigo y aliado, cuando se retiraba por las gargantas del Epiro, que jamás asoló otro que tuviese guerra con este país.» Después de haber manifestado otras muchas cosas al mismo intento, concluyó el discurso con preguntar a Filipo: por qué había arrojado de Lisimaquia, ciudad aliada de los etolios, al gobernador que éstos habían enviado y puesto guarnición en ella. Cómo, siendo amigo de los etolios, había reducido a servidumbre a los cíanos, sus confederados. Qué razón tenía para retener ahora a Equino, Tebas, Phthias, Farsalo y Larissa. Así terminó de hablar Alejandro. Filipo se aproximó un poco más a la costa, y puesto en pie sobre su navío, dijo hablando con Alejandro: «Efectivamente, no se podía esperar de un etolio sino una declamación teatral. Todos saben que nadie desea hacer daño voluntariamente a sus aliados, pero que hay coyunturas que obligan muchas veces a los jefes a obrar contra sus inclinaciones.» Aun no había acabado de decir esto, cuando Feneas, que era bastante corto de vista, le interrumpió ásperamente diciendo: «Eso es delirar; no existe más arbitrio que o vencer peleando, o recibir la ley del vencedor.» Filipo, a pesar de que el lance no era para burlas, con todo, sin poder contener su genio chistoso y naturalmente inclinado a las chanzas, se volvió a Feneas y le dijo: «Hasta los ciegos ven esta verdad.» Y vuelto otra vez hacia Alejandro, continuó: «¿Me preguntas por qué he tomado a Lisimaquia? Porque por vuestra desidia no fuese arracada por los trances, como ocurre ahora, después que las urgencias de esta guerra me han obligado a sacar de ella las tropas, no que la guarnecíen, como tú dices, sino que la servían de defensa. Tampoco he arruinado a los danos; lo que he hecho, sí, es dar ayuda para destruirlos a Prusias, que se hallaba en guerra con ellos. Y de esto habéis vosotros sido la causa. Porque habiéndoos solicitado repetidas veces los otros pueblos de la Grecia, y yo por mis embajadores, que derogaseis la ley que os da facultad para tomar despojos de despojos, no habéis dado otra contestación sino que antes quitaríais la Etolia de la Etolia que revocar semejante ley.»

Flaminio extrañó qué quería decir esto; pero el rey procuró instruirle diciendo: «Entre los etolios existe la costumbre no sólo de robar el país de aquellos con quienes están en guerra, sino que, si cualesquiera otros pueblos tienen guerra entre sí, aunque sean sus amigos y aliados, les es permitido, sin autoridad alguna pública, militar en las banderas de unos y otros, y saquear el país de ambos. De modo que en cualquiera disputa que se origine entre sus aliados, siempre se les tiene por enemigos: tan confundidos están entre los etolios los derechos de la amistad y del odio. A la vista de esto, ¿cómo se atreven a reprobarme el que, siendo amigo de ellos y aliado de Prusias, haya obrado en perjuicio de los cíanos, socorriendo a uno de mis aliados? Pero lo más insufrible es quererse igualar con los romanos, y ordenar, como ellos, que los macedonios evacuen la Grecia. Este tono imperioso en boca de un romano ya se puede aguantar, mas en la de un etolio es intolerable. ¿De qué Grecia, decidme, queréis que salga? ¿Dentro de qué términos la circunscribís vosotros? Porque la mayor parte de los etolios no son griegos; ni los agraos, apodotes y anfilocos pertenecen a la Grecia: ¿me concedéis acaso estos pueblos?» A estas palabras Flaminio no pudo contener la risa. «Pero esto baste, prosiguió Filipo, por lo que haga a los etolios. Respecto a Attalo y los rodios, si la cosa se viese ante un juez equitativo, antes saldrían ellos condenados a restituirme los navíos y hombres que me han capturado, que no yo a ellos. Yo no he sido quien primero provocó a Attalo y los rodios, sino al contrario, y esto es notorio. Sin embargo, pues así lo deseas Dionisodoro, yo estoy de acuerdo en restituir a los rodios la Perca, y a Attalo los navíos y prisioneros que se encontrasen. Pero en cuanto a los daños del Niceforio y del templo de Venus, puesto que no me hallo en estado de indemnizarlos de otra forma, enviaré plantas y jardineros que cuiden de cultivar el terreno y plantar más árboles que los que se cortaron.» Esta bufonada volvió a excitar la risa en

Flaminio. Filipo pasó después a los aqueos. Les relató los beneficios que habían recibido primero de Antígono, después de él, y a consecuencia de esto trajo a colación los grandes honores que habían alcanzado de los aqueos los reyes de Macedonia. Por último, les leyó el decreto que habían hecho para separarse de los macedonios y pasarse al partido de los romanos; y con este motivo se extendió mucho sobre su perfidia e ingratitud. No obstante, dijo que les restituiría a Argos, pero que en cuanto a Corinto, lo deliberaría con Flaminio.

Después de haber contestado así a los demás, dirigiendo la palabra al cónsul, le preguntó, ¿de qué lugares o ciudades de la Grecia deseaba que se retirase? ¿de aquellos que él había conquistado, o también de los que había heredado de sus mayores? Viendo que Flaminio no respondía, iban ya a hacerlo Aristeneto por los aqueos, y Feneas por los etolios; pero ya iba a anochecer, y la estrechez del tiempo estorbó su razonamiento. Filipo solicitó se le diesen por escrito todos los artículos sobre que se había de fundar la paz; manifestando que se hallaba solo, y no tenía allí con quien consultar, pero que él volvería con la respuesta, después de haber examinado lo que se le ordenase. Flaminio había escuchado con placer el gracejo de este príncipe; pero para que no creyesen los demás que no tenía qué contestar, le devolvió en cambio este chiste: «Bien decís que os halláis solo, pues habéis muerto a todos los amigos que os pudieran dar un buen consejo.» A estas palabras el rey no hizo más que callar y sonreírse con una risa simulada. Con esto se separaron, después de haberle dado por escrito todas las condiciones con que querían se concertase la paz, semejantes a las que hemos dicho antes, y haber resuelto que al día siguiente se volverían a reunir en Nicea.

Efectivamente, Flaminio fue al lugar señalado, donde ya todos estaban, menos Filipo, que no aparecía. Ya era muy entrado el día, y casi no se esperaba que viniese, cuando al ponerse el sol se presentó acompañado de los del día anterior. Según él pretextó, había empleado todo el día en deliberar sobre unas condiciones tan difíciles y embarazosas; pero en la opinión de los demás, esto lo hizo con el fin de no dar tiempo a la acusación que los aqueos y etolios tenían intención de hacer contra él. Porque el día antes al partir había advertido que unos y otros sea hallaban en disposición de disputar con el y manifestarle sus quejas. Confirmáronse en el pensamiento cuando vieron que así que se aproximó, pidió al cónsul le permitiese una conferencia privada con él, a fin de que no se redujese el asunto por ambas partes aun simple debate verbal, y se diese algún corte a la contienda. Como porfiaba en esto, y lo solicitaba con instancia. Flaminio preguntó a sus compañeros que se había de hacer; y habiendo ludas consentido en que se pusiese al habla con él, y escuchase lo que proponía, torno consigo a Appio Claudio, tribuna entonces, dio orden a los otros que se apartasen un poco de la mar y esperasen allí, y ordenó a Filipo que saltase a tierra. Efectivamente, el rey salió acompañado de Apolodoro y Demóstenes, se aproximó a Flaminio y estuvo hablando con él un gran rato. Lo que pasó entre los dos es difícil de referir; pero lo que Flaminio dijo a sus compañeros después de haberse separado el rey, fue: que Filipo devolvería a los etolios a Farsalo y Larissa, pero no a Tebas; que cedería a los rodios la provincia perea, pero retendría a Iasso y Bargilio; que entregaría a los aqueos a Corinto y a Argos; que daría a los romanos toda la Iliria y todos los prisioneros; y que a Attalo restituiría sus navíos y cuanta gente se encontrase haber sido hecha prisionera en los combates navales.

Todos desecharon una paz con estas condiciones, y manifestaron que hiciese primero el rey lo que toda la asamblea le había ordenado, esto es, que evacuase toda la Grecia, o de lo contrario, todo lo que conviniese con los particulares sería inútil y de ningún resultado. Filipo, viendo la contienda que entre ellos existía; temió las acusaciones contra él intentadas, y pidió al cónsul, por ser ya demasiado tarde, que suspendiese la reunión hasta el día siguiente, en que él o haría acceder a la asamblea a sus propuestas o se dejaría convencer. Flaminio se lo concedió, y señalado lugar sobre la costa junto a Thronio para llegar a un acuerdo, se despidieron. Al día siguiente todos acudieron a buena hora al lugar determinado. Filipo, después de un corto razonamiento, rogó a todos, y sobre todo a Flaminio, que no interrumpiesen la negociación, puesto que los más estaban inclinados a un convenio; y que si a lo que dijese tuviese algo que oponer, lo hiciesen todos acordes, pues de lo contrario enviaría sus embajadores al Senado, y o persuadiría a los padres a que accediesen a sus

solicitudes, o pasaría por lo que le ordenasen. A esta proposición todos los demás dijeron que se debía renovar la guerra y no hacer caso de lo que el rey pedía. Poro el cónsul, «no ignoro, dijo, que Filipo está muy lejos de acceder a ninguna de las proposiciones; mas puesto que con la gracia que pide no perjudica a los negocios, será preciso otorgársela. Además, que no es posible resolver nada de cuanto ahora se diga sin la autoridad del Senado; y para saber la voluntad de los padres, este es el momento más oportuno, puesto que los ejércitos nada pueden hacer durante el invierno, y lejos de perjudicar será muy ventajoso a todos dejar este tiempo para informar al Senado del estado actual de las cosas.

Al ver que Flaminio se inclinaba a que el asunto se llevase al Senado, todos asintieron al instante, y se decidió conceder a Filipo que despachase sus embajadores a Roma, y que asimismo cada uno de los interesados enviase los suyos, para informar al Senado y exponer sus quejas contra Filipo. El cónsul, habiéndole salido el asunto de la conferencia a medida del deseo e idea que desde el principio se había formado, procuró después llevar adelante lo empezado. Cuidó de asegurar su persona y no conceder ventaja alguna a Filipo. Pues aunque le dio dos meses de treguas para que dentro de ese espacio evacuase en Roma su embajada, le ordenó al mismo tiempo que sacase sin dilación las guarniciones de la Fócida y de la Locrida. Su providencia se extendió también a los aliados. Cuidó exactamente de que durante el tiempo de la tregua no recibiese daño alguno de parte de los macedonios. Intimadas por escrito estas condiciones a Filipo, realizó por sí mismo lo que faltaba al proyecto. Para esto envió sin demora a Roma a Aminandro, conociendo por una parte que este príncipe era de un genio dócil, y que con facilidad condescendería con cuanto sus amigos de Roma desearan, y por otra, que el nombre de rey podría dar una idea y concepto ventajoso a la embajada. Diputó después por su parte a Q. Fabio su sobrino, a Q. Fulvio, y con éstos a Appio Claudio, por sobrenombre Nerón. Por parte de los etolios fueron a Roma Alejandro el Isio, Demócrito el Calidonio, Dicarearco el Triconio, Polemarco de Arsinoe, Lamio el Ambraciota, y Nicomaco el Acarnanio. Los que habían huido de Thurio, y se habían domiciliado en Ambracia, enviaron a Teodoto de Ferea, que había sido desterrado de Tesalia y vivía en Strato. Por los aqueos fue Jenofonte el Egeo; por Attalo, solo Alejandro; y por el pueblo de Atenas, Cefisodoro y los que con él se hallaban. Todos estos embajadores llegaron a Roma antes que el Senado hiciese la distribución de magistrados de aquel año. Se dudaba aún si se remitirían ambos cónsules a la Galia, o si se enviaría el uno contra Filipo. Pero después que supieron de cierto los amigos de Flaminio que los dos cónsules permanecían en la Italia a causa del temor que se tenía de los galos, todos los embajadores entraron en el Senado y empezaron a declamar amargamente contra Filipo. La mayor parte de lo que dijeron, se redujo a lo mismo que ya anteriormente habían manifestado al mismo rey; pero en lo que más empeño pusieron fue en impresionar al Senado de que, mientras Calcis, Corinto y Demetriades estuviesen en poder de los macedonios, no podría tener la Grecia ni aun sombra de libertad. Esta es expresión, agregaron, del mismo Filipo, la que ojalá no fuera tan cierta y evidente, que estas tres plazas son las trabas de la Grecia. Pues ni podrá respirar el Peloponeso mientras él tenga guarnición en Corinto; ni los locros, beocios y focenses se atreverán a moverse, ocupando él a Calcis y el resto de la Eubea; ni los tesalos y magnates podrán gustar jamás de la libertad, con sólo tener el rey por suya a Demetriades. En este supuesto, cualquier cesión que Filipo haga de otros lugares, no es más que con la mira de evadir el peligro que le amenaza; pues el día que se le antoje volverá a sojuzgar con facilidad la Grecia, siempre que ocupe los puestos que hemos mencionado. Por lo cual pedían al Senado, que u obligase a Filipo a salir de estas plazas, o dejase las cosas en el mismo estado, y tomase as armas con energía contra este príncipe; pues con las dos derrotas que habían sufrido ya por mar los macedonios, y la escasez de municiones que sentían por tierra, estaba ya andado lo más penoso de la guerra. Después de lo cual, rogaran a los padres no desmintiesen la esperanza que la Grecia había concebido de su libertad, ni se privasen voluntariamente del honroso título de libertadores. A esto poco más o menos se redujo el discurso de los embajadores griegos. Los de Filipo se disponían a hacer un largo razonamiento, pero desde luego fueron interrumpidos. Porque preguntados si cederían a Calcis, Corinto y Demetriades,

contestaron que no tenían orden alguna sobre estos particulares, con cuyo motivo reprendidos por los padres, dejaron de hablar.

El Senado envió los dos cónsules a la Galia (198 años antes de J. C.), como hemos dicho antes, y decretó continuar la guerra contra Filipo, dando a Flaminio el cargo de los negocios de la Grecia. Sabidas en Grecia rápidamente estas nuevas, todo salió a Flaminio a medida del deseo. No dejó de favorecerle algún tanto la fortuna; pero lo principal lo debió a la prudencia con que se condujo en todos los asuntos, ya su singular penetración, en la que podía competir con cualquier otro romano. Efectivamente, no obstante ser a la sazón demasiado joven, ya que no pasaba de los treinta años, y ser el primero que se había trasladado a la Grecia con ejército, se portó tanto en las empresas públicas como en las negociaciones particulares con tanto acierto e inteligencia, que no dejó que desear.

CAPÍTULO II

El hombre es más infeliz que los animales.

No obstante de que el hombre parece el más astuto de los irracionales, muchas razones nos persuaden a que es el más miserable. Porque los demás animales solamente están sujetos a las pasiones del cuerpo, y éstas son las únicas que los hacen errar; pero el hombre, a más de las pasiones del cuerpo, esclavo asimismo de sus opiniones, peca no menos contra la naturaleza que contra la razón.

CAPÍTULO III

Reflexiones acerca de los traidores.

Entre las humanas opiniones que siempre me admiraron, figura en primer lugar la relativa a los traidores. Ocasión es ésta de tratar la materia, a pesar de que me sea difícil explicar claramente y decir quién merece con justicia el calificativo de traidor.

No lo son ciertamente los que, habiendo tranquilidad en un Estado, para asegurarla aconsejan aliarse a algunos reyes u otras naciones. Tampoco conviene esta acusación al que, en casos especiales, procura que su patria cambie unas alianzas por otras, pues a quienes esto hacen se debe con frecuencia grandes ventajas y los más preciados bienes. No hay para qué acudir a los antiguos tiempos en busca de ejemplos; los actuales nos los presentan convincentes. Perdida y sin recurso se hallaba la nación aquea si Aristeneto no la hubiese apartado de la alianza con Filipo, obligándola a aliarse con la República romana. Con ello aseguró la independencia de su nación y aun le procuró considerable extensión, estimándosele no como traidor, sino como bienhechor y libertador de su patria. Así deben ser considerados quienes en idénticas circunstancias de igual manera se comportan; y por gran respeto que Demóstenes merezca, incurre en grave error al declamar irritado contra los más ilustres griegos, calificándoles de traidores por haber unido sus intereses a los de Filipo. Este calificativo injurioso da, no obstante, en Arcadia a Cercidas, a Hierónimo y a Eucampidas; a los messenios Neón y Thrasíloco, hijo de Filiales; a los argivos Mirtis, Teledamo y Mnasias; a los tesalios Daoco y Cineas; a los beodos Theogitón y Timolao, y a muchos otros que eligió en cada ciudad y a quienes designa por sus nombres, aunque todos estos acusados, y especialmente los arcadios y messenios, tengan poderosas razones para justificar su proceder; porque atrayendo a Filipo al Peloponeso y aminorando con ello el poder de los lacedemonios, hicieron dos grandes bienes: uno, librar de la opresión todos los pueblos de esta comarca, que así disfrutaron de alguna libertad; y otro, aumentar mucho la fuerza y poderío de su patria, recobrando

las tierras y ciudades que los lacedemonios, orgullosos de su prosperidad, habían arrebatado a messenios, megalopolitanos, tegeatos y argivos. Después de recibir tan señalado servicio de Filipo, ¿conveníales empuñar las armas contra él y contra los macedonios? En el caso de pedir a Filipo guarniciones, o de maltratar ilegalmente la libertad común, o de buscar sólo poder y crédito, merecerían con justicia el injurioso nombre de traidores; pero no debió juzgarles así Demóstenes porque, sin cometer ilegalidad alguna, opinaron contra otros que los intereses de Atenas no eran los de Arcadia y Messenia. Burdo error comete este orador al juzgarlo todo por la conveniencia de su patria, y al pretender que todos los griegos debían imitar el comportamiento de los atenienses. Lo que por entonces sucedió a los griegos convence de que Eucampidas y Hierónimo Cercidas y los hijos de Filiales veían más claro el futuro que Demóstenes, cuyos consejos pusieron en armas a los atenienses contra Filipo y les ocasionó la derrota de Queronea, derrota que les hubiera llevado a extrema desdicha sin la generosidad del vencedor, mientras la prudente política de los griegos que hemos citado libró a la Arcadia y a Messenia de los insultos de los lacedemonios y procuró a las ciudades de estos griegos considerables ventajas.

Véase, pues, que no es cosa fácil determinar quién merece el nombre de traidor. Creo que puede llamarse así, sin temor a equivocarse, a quienes en los conflictos, por librarse de ellos, por utilidad propia o por despecho contra los que gobiernan de distinta forma que ellos, entregan el Estado a los enemigos, y a aquellos que, por tener guarniciones y ejecutar con auxilio extranjero empresas de su particular conveniencia, someten la patria a un poder más fuerte. A todos los que estas cosas hacen se les puede llamar traidores, mancha funesta que nada bueno y sólido les produce y que, por el contrario, tiene para ellos muy perjudiciales consecuencias.

No concibo con qué objeto ni propósito se puede tomar tan desdichado partido, porque ninguno que fue traidor a un ejército o a una guarnición ha quedado oculto, y quienes lo consiguieron durante la traición, andando el tiempo fueron descubiertos. Aun quedando desconocidos, no por ello serían menos infelices, porque corrientemente los mismos, que aprovechan la perfidia les castigan. Válense de traidores porque les son útiles, lo mismo los generales de ejército que las naciones; pero aprovechados sus servicios les miran, como dice Demóstenes, cual merecen ser mirados los traidores, pues con razón sospechan que quien vende a su patria y sus amigos no ha de ser fiel a sus nuevas promesas. Suponiendo que se libra de aquellos en cuyo favor cometió el crimen, ¿podrá librarse asimismo de los que fueron víctimas de la traición? Y aun aconteciendo así, la nota de traidor le acompañará toda la vida, inspirándole diariamente mil motivos de temor frívolos o justificados y dando a los que mal le quieran mil medios de vengarse. Siempre a su vista el crimen, hasta en el sueño, le representa la imaginación el suplicio que merece. No se les oculta un instante el odio y repugnancia que a todo el mundo inspira; su situación no puede ser más deplorable, y, no obstante, cuando se necesitan traidores nunca faltan.

CAPÍTULO IV

Attalo.

Cuando Attalo compró con su propio peculio a los sicionianos un campo consagrado a Apolo, en prueba de estimación a este príncipe, levantaron junto a Apolo, en la plaza, un coloso de diez codos. Este reconocimiento aumentó al recibir de él, como nuevo beneficio, diez talentos y diez mil medimnos de trigo, y el Consejo decretó erigirle una estatua de oro y celebrar todos los años una fiesta en su honor. Llevado a cabo el decreto, partió Attalo para Cencrea.

CAPÍTULO V

Nabis.

La única persona de confianza para este tirano era Timócrates de Pelenes, de quien se había servido ya en importantes asuntos. Dejóle en Argos y se dirigió a Lacedemonia. Algunos días después envió su mujer a Argos para que reuniera dinero, y ésta cometió mayores violencias y crueldades que su marido. Primero llamó una por una a varias mujeres, y luego por grupos de una misma familia, insultándolas y atormentándolas, hasta que le entregaron no sólo el dinero, sino sus más ricos trajes.

LIBRO DECIMOCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

Costumbre en la milicia romana de portar estacas para las urgencias.- Descripción del vallado romano y su gran superioridad sobre el griego.- Campamentos de Flaminio y de Filipo próximos a Feras en la Tesalia, y repugnancia de llegar a una acción decisiva.- Encuentro de los dos ejércitos, macedonio y romano, cerca de Tetidio, y fuerte escaramuza entre su infantería ligera.- Particular forma de pelear de los etolios.- Lucha general en que se ve empeñado Filipo por imprudencia junto a los collados Cinoscéfalos.- Ordenanza de ambos ejércitos.- Cruenta batalla y victoria por los romanos.

Flaminio, no pudiendo conocer a punto fijo dónde acampaba el enemigo, sólo sí que había penetrado en la Tesalia (198 años antes de J. C.), ordenó a las tropas que cortasen estacas y las llevasen consigo para cuando las pidiese la urgencia. Esta costumbre, que en la milicia romana es fácil de practicar, en la griega pasa por impracticable. Mientras que los griegos durante las marchas apenas pueden sostener sus cuerpos, y esto con trabajo, los romanos, a más de los escudos que llevan colgados de los hombros con correas de cuero, y los chuzos que tienen en las manos, conducen también estacas, y eso que de éstas a las griegas existe una notable diferencia. Porque entre las griegas, las mejores son las que tienen más y más largas ramas alrededor del tronco; en vez de que entre los romanos, las que únicamente tienen dos, tres o cuando más cuatro, y éstas que nazcan de un solo lado, no indistintamente de ambas. De esta forma la conducción de ellas es fácil, ya que un hombre lleva tres y cuatro liadas en un manojo, y el servicio firme en extremo. Las que fijan los griegos para defensa del campamento son fáciles de arrancar. Porque como sólo cubren y aprietan el tronco bajo de tierra, y las ramas que de él nacen son muchas y largas, con dos o tres hombres que tiren de ellas, arrancan la estaca con facilidad, y he aquí una puerta abierta al enemigo y removidas las estacas contiguas, par ser muy poco el enlace y conexión que entre sí tienen las ramas.

Al contrario ocurre entre los romanos. Desde el principio las ponen con tal trabazón, que ni se distingue fácilmente de qué troncos procedan las ramas por estar empotrados en la tierra, ni las ramas de qué troncos. Además de esto, es imposible meter la mano por entre las ramas para coger el tronco; tanta es la espesura y enlace de unas con otras, y tan sumo el cuidado que ponen en aguzar sus extremos. Y aun cuando se coja, no es tan fácil arrancarle; lo primero porque cada pie recibe por sí solo de la tierra su consistencia; y lo segundo porque existe tal trabazón en las ramas, que no se puede quitar una sin que ésta traiga consigo muchas. De modo que no son capaces dos o tres hombres de arrancar una estaca; y en el caso de que a fuerza de empujones arranquen una u otra, aún así es imperceptible el hueco que deja. A la vista de tan sobresalientes ventajas, como la de hallarse en cualquier parte, la de ser fácil de conducir y la de servir de un resguardo firme y estable para un campo, bien se deja conocer que, si entre las máximas de la milicia romana hay alguna que merezca nuestra imitación y celo, en especial ésta, según mi opinión.

Flaminio, después de haberse provisto de estos pertrechos para lo que pudiera suceder, se puso en marcha con todo el ejército a paso lento, y cuando ya estuvo a cincuenta estadios de Feras, sentó su campo. Al amanecer del día siguiente, destacó gentes que batiesen y registrasen la campiña, por si pudiera saber por algún motivo dónde paraba y qué hacía el enemigo. Filipo, informado al mismo tiempo de que los romanos acampaban en las proximidades de Tebas, parte de Larissa con todo el ejército y avanza directamente hacia Feras. A treinta estadios de esta ciudad hizo alto y ordenó a sus tropas comiesen temprano. Al amanecer puso en pie el ejército, destacó a los que se acostumbra enviar por delante, con orden de ocupar las eminencias contiguas a Feras, y entrado el día sacó fuera de las trincheras sus soldados. Poco faltó para que unos y otros batidores no se encontrasen

sobre aquellos collados. Pero divisándose mutuamente al través de la oscuridad cuando ya se hallaban a corta distancia, se pararon y despacharon rápidamente quienes informasen a sus respectivos comandantes de lo que ocurría. Los dos generales tuvieron por conveniente... permanecer en sus reales y volver a llamar sus corredores. Al día siguiente uno y otro enviaron a la descubierta un cuerpo de trescientos caballos y otros tantos vélites. Flaminio tuvo la precaución de enviar entre éstos dos escuadras de etolios, por la noticia que tenían del terreno. Los dos destacamentos se encontraron en el camino que va de Feras a Larissa, donde se trabó una viva pelea. Pero Eupolemo el Etolio, después de haber hecho por sí prodigios de valor, empeñó en la acción a los italianos, y fueron arrollados los macedonios. Con esto, después de una larga escaramuza, unos y otros se retiraron a sus campos. Al día siguiente, los dos generales, disgustados con el terreno de las inmediaciones de Feras, por estar lleno de árboles, setos y huertos, levantaron el campo. Filipo tomó la vuelta de Scotusa para proveerse allí de alimentos, y después de equipado, ocupar un lugar ventajoso a sus tropas. Flaminio, sospechando esto, movió su ejército al mismo tiempo, y se dirigió con diligencia a talar ante todo las mieses de la campiña de Scotusa. Una cordillera de elevadas montañas que se extendía por entre los dos ejércitos, fue causa de que durante el camino ni los romanos viesan a los macedonios ni los macedonios a los romanos. Tras de un día de marcha, Flaminio acampó en un sitio llamado Eretria de Feras, y Filipo en las márgenes del río Onchesto, sin conocer el uno del campo del otro. Al día siguiente continuaron su marcha. El rey sentó sus reales en un pueblo del territorio de Scotusa, llamado Melambio, y el cónsul en las proximidades de Tetidio en la Farsalia, durando aún entre las dos la misma ignorancia. Habiendo llovido aquella noche con mucha furia y espantosos truenos, al día siguiente amaneció toda la atmósfera tan condensada y llena de nubes, que la oscuridad no dejaba ver a dos pasos de distancia. A pesar de este inconveniente, Filipo, con el anhelo de lograr su propósito, se puso en marcha con todo el ejército; pero incomodado en el camino por la oscuridad, después de haber andado un corto trecho, se atrincheró y envió un destacamento a ocupar la cumbre de los collados que le separaban del romano. Flaminio, acampado en Tetidio y sin saber dónde paraba el enemigo, destacó por delante diez escuadras de caballería y mil hombres de infantería ligera, con orden de explorar y recorrer con cuidado la campiña. Esta gente se dirigió hacia las montañas, y con la oscuridad del día cayó imprudentemente en la emboscada de los macedonios. Al principio, unos y otros se turbaron algún tanto, pero a poco rato se empezó a hacer ensayo de las fuerzas, y se despachó por ambas partes a sus jefes aviso de lo que ocurría. En este encuentro, los romanos, oprimidos y malparados por los macedonios que se hallaban emboscados, enviaron a su campo a pedir socorro. Flaminio animó a marchar allá a Arquedamo y a Eupolemo, ambos etolios, y les dio dos tribunos con quinientos caballos y dos mil infantes. A la llegada de este refuerzo con los que ya estaban combatiendo, súbitamente cambió la acción de aspecto. Los romanos, recobrados con este nuevo socorro, volvieron a la carga con redoblado espíritu; y los macedonios, aunque se defendían con esfuerzo, finalmente, fatigados y agobiados con el peso de las armas, tuvieron que huir a las eminencias y enviar desde allí a pedir al rey socorro.

Filipo, como que jamás había pensado venir a una lucha general en semejante día por las causas que hemos apuntado, había dejado salir al forraje la mayor parte de los suyos. Pero entonces, informado de lo que sucedía por los que venían, y empezando ya a aclarar la niebla, llamó a Heráclidas de Girtonia, comandante de la caballería tesalia, a León, prefecto de la Macedonia, y a Atenágoras, que tenía bajo sus órdenes todos los soldados mercenarios, menos los traces, y los desatacó al socorro. Con este refuerzo, aumentadas en gran manera las fuerzas de los macedonios, dan sobre el enemigo y le vuelven a desalojar otra vez de las eminencias. El principal obstáculo que tuvieron para no arrollarle completamente fue la obstinación de la caballería etolia, que peleaba con un ardor y espíritu denodado. Porque todo lo que la infantería etolia tiene de inferior en los combates generales cuanto a la forma de armarse y ordenarse, otro tanto su caballería lleva de ventaja a la de los demás griegos en los encuentros y refriegas particulares. Efectivamente, ella fue la que en esta ocasión contuvo el ímpetu del contrario para que los romanos no fuesen rechazados

hasta el valle y tornasen a hacerse firmes a corta distancia. Flaminio, viendo que no sólo la caballería y armados a la ligera habían vuelto la espalda, sino que por éstos se había comunicado el terror al resto del ejército, saca todas sus tropas y las forma en batalla cerca de los collados. En este mismo instante los macedonios que se hallaban emboscados, marchan unos en pos de otros a Filipo, gritando: «Rey, el enemigo huye, no pierdas la ocasión; los bárbaros no pueden resistirnos; tuyo es el día, tuya la oportunidad.» De modo que Filipo, a pesar de que no le agradaba el terreno, tuvo que salir al combate. Los collados de que se habla se llaman Cinoscéfalos o cabezas de perro. Son ásperos, quebrados y bastante altos. Por este motivo Filipo, atento a la desigualdad del país, había rehusado desde el principio venir a una batalla; pero entonces, estimulado con las buenas esperanzas que le traían, mandó salir el ejército fuera de las trincheras. Flaminio, después de ordenadas en batalla sus tropas, al paso que situaba en sus puestos a los que habían luchado primero, iba recorriendo y exhortando sus líneas; porque les describió el lance tan a lo vivo como si le estuvieran viendo. «Compañeros, les dijo, ¿no son éstos aquellos macedonios que, bajo la conducción de Sulpicio, forzasteis a cuerpo descubierto en las gargantas de Eordea que tenían tomadas, desalojasteis de aquellos elevados puestos y de los cuales matasteis un gran número? ¿No son éstos aquellos mismos que, apostados en los desfiladeros del Epiro, lugar impenetrable en la opinión de todos, arrojó vuestro valor, hizo emprender la huida y tirar las armas, sin parar hasta meterse en la Macedonia? ¿Temeréis ahora a estos mismos, cuando vais a pelear con fuerzas iguales? ¡Qué! ¿Os hará más pusilánimes... la memoria de lo pasado o por el contrario os inspirará más confianza? Ea, pues, compañeros, animaos los unos a los otros, y entrad en la acción con denuedo. Vivo en la confianza que el éxito de esta jornada corresponderá al de las anteriores, con la voluntad de los dioses. » Dicho esto, ordenó al ala derecha que no se moviese del puesto, ni los elefantes que se hallaban delante; y él con la izquierda se dirigió arrogante al enemigo. En esta ala estaban los vélites que habían escaramuceado antes, las cuales, viéndose ahora apoyados de las legiones, volvieron a atacar con fuerza al contrario.

Una vez que Filipo vio formada frente a los reales la mayor parte de su ejército, se puso en marcha por un atajo con los rodeleros y el ala derecha de la falange pura subir a las montañas; y ordenó a Nicanor, por sobrenombre el Elefante, que cuidase de que el resto del ejército fuese siguiendo sus pasos. Apenas llegó a la cumbre la vanguardia, la hizo girar hacia la izquierda, y la situó en batalla sobre aquellas eminencias que halló desamparadas, por haber los escaramuceadores macedonios rechazado por largo trecho a los romanos hasta el lado opuesto de los collados. Estaba aún el rey ordenando el ala derecha de su ejército, cuando llegaron sus mercenarios vencidos por los enemigos. Porque, como hemos dicho recientemente, desde que los vélites romanos se vieran sostenidos y apoyados en la acción por los legionarios, recobraron tal ardor con este refuerzo, que cargando con gran furor sobre el contrario, hicieron en él un gran destrozo. El rey, desde los principios de su llegada, había advertido la refriega, que se había encendido entre los armados a la ligera, no lejos del campo enemigo: espectáculo que le había causado mucha complacencia. Pero cuando vio a los suyos volver la espalda y necesitar de socorro, se vio en la precisión de sostenerlos y arriesgarlo todo, a pesar de que la mayor parte de su falange venía aún en marcha subiendo aquellas alturas. Esto no obstante, recoge a estos combatientes, los reúne todos, infantes y caballos, en el ala derecha, y da orden a sus rodeleros y falangistas para que doblen el fondo y se estrechen sobre la derecha. Efectuado esto, como ya estaban encima los romanos, da la señal a la falange para que ataque bajas las picas, y a la infantería ligera para que ciña las alas del contrario. En este mismo instante Flaminio retira sus vélites por los intervalos de las cohortes y viene a las manos.

El choque fue violento por una y otra parte y la algarazara excesiva, ya que mientras unos y otros voceaban, los que se hallaban fuera de la contienda animaban con gritos a los combatientes; de suerte que el espectáculo era horrible y espantoso. La derecha del rey peleaba conocidamente con ventaja; como que atacaba desde lugar superior, vencía en la fuerza de su ordenanza, y llevaba mucha superioridad para el lance presente en la calidad de sus armas. Pero al demás ejército, una parte detrás de los combatientes se hallaba fuera del tiro del enemigo, y el ala izquierda, que

acababa de subir las alturas, empezaba a descubrirse por las cumbres. Llaminió, viendo que su ala izquierda no podía resistir el ímpetu de la falange, y que arrollada, parte había sido ya pasada a cuchillo, parte puesta en fuga, pasa rápidamente a la derecha, único recurso de salud que le quedaba. Allí, advirtiéndole que de los enemigos, unos se iban uniendo a los combatientes, otros venían bajando aún de las alturas, y los demás estaban paradas sobre las cimas; al punto sitúa al frente sus elefantes y lleva sus cohortes al enemigo. Pero los macedonios, que ni tenían quien los mandase, ni se podían reunir y tomar la forma propia de la falange, tanto a causa de la desigualdad del terreno, como porque siguiendo a los combatientes, más venían en orden de marcha que de batalla; sin esperar a venir a las manos con los romanos, emprendieron la huida espantados y desordenados por sólo los elefantes.

La mayoría de los romanos se pusieron a seguir el alcance sin perdonar a ninguno. Pero un tribuno, que no tenía consigo más que veinte compañías, reflexionando mejor sobre lo que había que hacer en tal coyuntura, contribuyó en gran manera a la consecución de la victoria. Viendo que Filipo a larga distancia del ejército estrechaba vivamente el ala izquierda de los romanos, deja el ala derecha donde ya era conocida la victoria, se revuelve contra los que estaban luchando, llega por detrás y ataca por la espalda a los macedonios. Como en la formación de la falange no se puede hacer frente por detrás ni combatir de hombre a hombre, el tribuno carga sobre los primeros que encuentra, y los macedonios, sin facultad para defenderse, se ven precisados a arrojar las armas y emprender la huida. A esto contribuyó asimismo el haberse vuelto contra ellos por el frente aquellos romanos que antes iban huyendo. El rey, juzgando al principio por su ala del resto del ejército, vivía muy satisfecho de la victoria; pero cuando vio a sus macedonios arrojar las armas de repente y a los contrarios cargarles por la espalda, retirándose un poco de la contienda con algunos caballeros y gentes de a pie, acabó de comprender en qué estado se hallaban sus cosas. Efectivamente, advirtió que los romanos que perseguían su ala izquierda llegaban ya a las cumbres; y reuniendo los más que pudo de truces y macedonios... emprendía la huida. Flaminio marchó en su alcance, pero encontrando en aquellos collados ciertas tropas macedonias del ala izquierda que acababan de llegar a las cimas... se detuvo cuando las vio con las picas levantadas. Ésta es costumbre entre los macedonios cuando se quieren rendir o pasar al partido de los enemigos. Informado después de la razón de este suceso, contuvo a los suyos, creyendo deber perdonar a los que le temían. Esto estaba deliberando el cónsul, cuando algunos de los que iban delante, dando desde arriba sobre ellos vinieron a las manos, dieran muerte a los más y sólo unos cuantos escaparon arrojando las armas.

Declarada por todas partes la victoria en favor de los romanos, Filipo se retiró hacia Tempe. El primer día hizo noche en un sitio llamado la Torre de Alejandro, y el siguiente llegó a Gonnos, que está a la entrada de Tempe, donde hizo alto para esperar a los que se habían salvado por los pies. Los romanos siguieron el alcance durante cierto tiempo, pero después unos se entregaron a despojar los muertos, otros a recoger los prisioneros, los más a saquear el real enemigo. Aquí encontraron a los etolios que habían llegado primero, y creyéndose privados los romanos de un botín que les pertenecía, empezaron a quejarse de los etolios, y a decir en alta voz al general: «Vos nos dais a nosotros los peligros, y otorgáis a otros los despojos.» Con esto se volvieron a su campo, donde pasaron la noche. Al día siguiente, después de reunidos los prisioneros y todo lo que había quedado de despojos, se tomó el camino de Larissa. En esta jornada perdieron los romanos alrededor de setecientos hombres, pero los macedonios ocho mil, y no menos de cinco mil que se hicieron prisioneros. Tal fue el éxito de la batalla de Cinoscéfalos en la Tesalia entre los romanos y Filipo.

CAPÍTULO II

Digresión de Polibio, en que hace confrontación de la armadura romana con la macedónica, y describe el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo.- Empleo que Aníbal y Pirro hicieron, aquel del armamento de los romanos y éste de las armas y de los soldados. Fuerza invencible de la falange macedónica mientras conserva su posición.- Medida que ocupa cada soldado en la

falange.- La lanza en la falange o no pasa de la quinta línea o es ineficaz.- Ni la armadura ni la ordenanza romana pueden resistir de frente a la falange.- La razón de vencerla los romanos consiste en la facilidad con que pierde la formación, y dificultad que tiene en recobrarla.- Abuso que Filipo hizo del poder en la prosperidad, y resignación que mostró en las desgracias.

Se recordará ya que en el sexto libro de esta HISTORIA dejé prometido que, a la primera ocasión que se presentase, haría cotejo de la armadura de los romanos y de la de los macedonios, manifestaría el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo, y expondría en qué el uno es inferior o superior al otro; pues bien, ahora el asunto mismo me ofrece la oportunidad de cumplir la palabra. En otro tiempo la ordenanza de los macedonios aventajaba a la de los asiáticos y griegos, del mismo modo que la de los romanos a la de los africanos y a la de todos los pueblos occidentales de la Europa. Éste es un hecho comprobado por la misma experiencia. Pero en nuestros días, que no una sino repetidas veces hemos visto puestas en contraste estas dos ordenanzas y estos dos pueblos, será bueno y procedente investigar en qué se diferencian y en qué consiste haber vencido y haber siempre llevado la palma los romanos en las batallas. De esta forma no se creará que aplaudimos sin motivo a los vencedores, atribuyéndolo todo a mero favor de la fortuna, como hacen los ignorantes; sino que, informados de las verdaderas razones, admiramos y hacemos el elogio de los jefes con algún fundamento. En los combates de Aníbal con los romanos, y en las pérdidas que éstos sufrieron, no hay por qué detenernos. Porque ni fue la calidad de las armas, ni fue el orden de batalla, sino la maña y astucia de Aníbal la que acarreó a los romanos estos infortunios. Esto lo hemos hecho ver en la relación que hemos dado de estos combates, y sobre todo comprueba nuestra opinión el éxito mismo de la guerra. Pues no fue menester más que los romanos tuviesen una cabeza de igual capacidad que Aníbal para que al instante se pusiese de su parte la victoria, ¿Qué más? El mismo Aníbal, así que ganó la primera batalla, desechó la armadura que antes utilizaba, armó sus tropas a la moda romana, y siempre se sirvió de ella en adelante. Pirro hizo aún más; no se contentó con usar sólo de las armas, sino que se sirvió también de las tropas de Italia, mezclando alternativamente una de sus compañías con una cohorte en forma de falange en las batallas que sostuvo contra los romanos. Aunque ni aun así pudo vencer; todas sus expediciones tuvieron un éxito equívoco. Hemos juzgado necesario adelantar estas noticias a fin de que no se encuentre sombra de dificultad en lo que digamos. Volvamos ahora al parangón propuesto.

Es fácil justificar con innumerables razones que mientras la falange conserva su estado y constitución propia, nada es capaz de hacerla frente ni de contener su violencia. En el espesor que tiene esta formación en las batallas, el soldado no ocupa sino tres pies con todas sus armas. La pica antiguamente tuvo dieciséis codos de largo; pero después, par acomodarla más a un combate verdadero, se redujo a catorce. De éstos se han de quitar los cuatro que hay desde donde se coge con las manos hasta el extremo posterior y sirven de contrapeso al delantero. Por donde se ve que la pica de cada soldado sobresale delante de su cuerpo precisamente diez codos cuando la tiene con ambas manos tendida hacia el enemigo. De aquí es que cuando la falange mantiene su propiedad y espesor, tanto respecto del soldado que está detrás como del que está al lado, las picas de la segunda, tercera y cuarta línea van saliendo por delante de la primera, cada vez más, hasta la quinta, que sólo sobresale dos codos. Esta densidad de la falange la describe Homero en estos versos:

Estriban uno en otro los escudos.
Estriban uno en otro yelmos y hombres;
ondean de caballos belicosos
crines, penachos y vistosas plumas:
tan espesos están unos con otros.

Por esta pintura, tan elegante como cierta, se ve que delante de cada soldado de la primera línea ha de haber por precisión cinco picas, de dos en dos codos unas de otras, a medida de la distancia que existe desde la primera a la quinta línea. En este supuesto, como la falange está formada sobre

dieciséis de fondo, es fácil figurarse cuánta sea su violencia y vigor cuando está en acción de acometer. Es verdad que con las picas todos los que se hallan por detrás de la quinta fila en nada pueden contribuir para la lucha, y por esta razón no las tienen tendidas hacia el enemigo, sino levantadas y apoyadas sobre las espaldas de los que están delante, para defender de esta forma la parte superior de la formación e impedir con su espesor que los tiros que pasan por encima de las primeras líneas vengán a caer sobre las últimas; pero lo que es con las fuerzas del cuerpo, traen su utilidad en el ataque, porque empujan a los que tienen delante, hacen más vigorosa la impresión y no dejan arbitrio a los primeros para volverse atrás. Expuesta ya en general y en particular la disposición de la falange, veamos ahora las propiedades y diferencias de la armadura y ordenanza romana para hacer cotejo.

El soldado romano no ocupa tampoco más que tres pies de terreno con sus armas. Pero como cada uno en el combate tiene que hacer ciertos movimientos, ya para cubrir el cuerpo con el escudo y adaptarle hacia donde viene el golpe, ya para herir con la espada, de punta o de tajo, es preciso dejar entre unos y otros, por lo menos, un hueco o espacio de tres pies por detrás y por el costado si han de ejercer sus funciones con alguna conveniencia. De aquí se sigue que cada soldado romano, cuando viene a las manos con la falange, tiene que pelear con dos falangistas y hacer contrarresto a diez picas, de las cuales ni siquiera una podrá quebrar o violentar con facilidad, por más diligencias que haga, porque los que tiene detrás no pueden contribuir ni a darle mayor fuerza ni a hacer más eficaz el golpe de su espada.

Por aquí es fácil de conocer, como he dicho anteriormente, que ninguna otra ordenanza es capaz de resistir de frente a la falange, mientras ésta conserva su estado y posición natural. ¿Pues en qué consiste haber salido los romanos victoriosos y la falange vencida? En que la guerra tiene en la práctica mil tiempos y lugares inciertos e indefinidos, y la falange sólo tiene un tiempo, un sitio y una forma de hacer su efecto. Sólo en el caso de un combate decisivo, en que el enemigo se vea obligado a batirse con la falange cuando ésta se halla en tiempo y terreno a propósito, sólo entonces, digo, es muy natural que la falange lleve siempre la ventaja. Pero pudiendo como se puede evitar con facilidad este lance, ¿qué hay que temer ya en esta formación? Es constante que la falange precisa de un terreno llano, descampado y sin tropiezo alguno, esto es, sin fosos, quebraduras, desfiladeros, ribazos ni barrancos. Cualquiera de estos obstáculos es bastante a impedir su efecto y descomponer su orden. ¿Y adónde hemos de ir por un terreno de veinte estadios, y a veces más, que no tenga alguno de estos estorbos? Todos confesarán que es casi imposible, o por lo menos muy raro. Concedamos, sin embargo, que se encuentre este terreno. Aun así, si el contrario, en vez de venir en él a las manos, se echa a saquear las ciudades y talar el país de los aliados, ¿de qué servirá semejante ordenanza? Permaneciendo en el puesto que le es ventajoso, no sólo no podrá aprovechar a sus amigos, pero ni aun conservarse a sí misma; porque el enemigo, dueño de la campaña sin obstáculo, le cortará fácilmente los convoyes de lo necesario; y si abandonando el terreno conveniente quiere emprender alguna acción, vendrá a ser fácil despojo del enemigo. Demos el caso que el contrario venga a batirse con la falange en un terreno llano, pero que no presenta contra ella todas sus tropas a un mismo tiempo, sino que se retira algún tanto en el acto mismo de la batalla; lo que sucederá es fácil de conocer por lo que ahora están haciendo los romanos.

Todo lo que acabamos de decir no está fundado simplemente sobre raciocinios, sino sobre hechos que ya han ocurrido. Porque los romanos no ordenan todas sus legiones a un tiempo para batirse con un frente igual contra la falange, sino que dejan una parte de reserva y oponen la otra al contrario. Y así, bien los falangistas rechacen a sus antagonistas, bien sean rechazados por éstas, la falange siempre pierde su situación propia. Porque que siga el alcance de los que ceden o que huya de los que la persiguen, siempre pierde la mayor parte de su fuerza natural. En cuyo caso se da el espacio y lugar conveniente para que el cuerpo de reserva la ataque, no de frente, sino en flanco o por las espaldas. Siendo, pues, fácil evitar los lances y ventajas que la falange tiene en su favor e inevitables los que tiene en contra, ¿qué hay que admirar haya tan notable diferencia en una verdadera acción entre la ordenanza romana y la macedonia? A más de esto, la falange se ve en la

precisión de marchar por toda clase de terrenos, de acamparse, de apoderarse de puestos ventajosos, de sitiarse, de ser sitiada y de caer de improviso en manos de un enemigo. Todos estos lances son partes de una guerra, de los cuales pende la victoria, a veces total y a veces en gran parte. Pues en todas estas ocasiones la ordenanza macedonia se ve embarazada, y a veces imposibilitada de maniobrar, para no serle posible al soldado pelear ni por cohortes ni de hombre a hombre, en vez de que la ordenanza romana se encuentra expedita en todo lugar. El soldado romano, una vez armado para entrar en acción, lo mismo se acomoda a cualquier terreno y a cualquier tiempo, que a cualquier lado por donde se presenta el contrario; la misma actitud y disposición tiene para luchar con todo el ejército junto, que para pelear con una parte, con un manipulo de hombre a hombre. Un orden de batalla como el de los romanos, donde todas las partes obran con tanta expedición, no es mucho que consiga sus propósitos mejores que otro alguno. He tenido por preciso tratar a lo largo de esta materia, porque en el mismo tiempo en que los macedonios fueron vencidos, muchos griegos tuvieron esto por increíble, y ahora otros muchos desearán saber en qué o cómo es inferior la falange a la ordenanza romana.

Filipo, derrotado completamente a pesar de todos sus esfuerzos, recogió cuantos pudieron escapar de la batalla y se dirigió por Tempe a la Macedonia. En la primera noche envió a Larissa uno de sus escuderos, con orden de rasgar y quemar todos sus papeles, acción verdaderamente digna de un rey no olvidarse de la obligación, aun en los mayores reveses. Sabía ciertamente que si los romanos llegaban a apoderarse de su correspondencia hallarían mil motivos de quejas contra él y contra sus aliados. Bien podrá haber ocurrido a otros el olvidarse en la prosperidad de que son hombres, y conducirse en la adversidad con precaución y prudencia, pero especialmente se dejó ver este proceder en Filippo, como se manifestará en lo que se dirá adelante. Así, como hemos declarado la inclinación a lo bueno que tuvo en los principios de su reinado, y hemos referido con individualidad la conducta opuesta que después pasó, la época, la razón, el cómo sucedió este trastorno y lo que en él hizo, de la misma forma será bien que manifestemos su arrepentimiento y la habilidad con que, acomodándose a los reveses de la fortuna, supo portarse diestramente en tiempos tan contrarios. Flaminio, después de la batalla, dio la conveniente disposición sobre los prisioneros y el botín, y marchó a Larissa.

CAPÍTULO III

Comienzan los disgustos entre romanos y etolios tras la batalla de Cinoscéfalos.- Conferencia Flaminio con todos los aliados para deliberar si se concertaría la paz con Filippo.- Nueva conferencia de los aliados con Filippo, en que la paz queda ajustada.- Indignación que esto produce a los etolios.

Le resultaba insufrible a Flaminio la avidez con que los etolios se arrojaban al botín, y no deseaba que destronado Filippo mandasen en los griegos. Impacientábale además verles elogiarse sin cesar, arrogándose todo el honor de la victoria y ponderando por toda Grecia la brillantez de sus hazañas. Por tales razones, en sus conferencias con ellos tratábales con altivez, sin darles cuenta de los asuntos públicos, que decidía por sí y por medio de sus amigos. Tal era la situación de ánimo entre romanos y etolios, cuando algunos días después llegaron de parte de Filippo tres embajadores. Demóstenes, Cicliadas y Leinneo. Después de larga conversación que con ellos mantuvo el cónsul en presencia de los tribunos, pactaron una tregua de quince días, durante los cuales proyectó ver a Filippo y hablar con él de los negocios en litigio. La atención y amabilidad con que Flaminio trató en esta ocasión al rey de Macedonia, aumentaron considerablemente las sospechas que ya se tenían del general romano. El contagio de presentes y regalos había invadido toda la Grecia, siendo máxima indudable que nadie hacía nada por nada; y como esta máxima tenía mayor crédito entre los etolios, no podían convencerse de que Flaminio se convirtiera en amigo de Filippo, sino porque Filippo comprase su amistad. Desconociendo en este punto las costumbres de los romanos, juzgaban por las

suyas, afirmando que para librarse del apuro en que estaba el rey de Macedonia ofreció al cónsul gran cantidad de plata, y que éste se había dejado seducir. Mi opinión acerca de los romanos de los pasados tiempos consiste en considerarlos a todos incapaces de cometer tales acciones; al menos así eran mientras permanecieron fieles a los usos y costumbres de sus antepasados; es decir, antes de sus guerras de ultramar. No me atrevería en los tiempos actuales a hacer igual elogio de todos los ciudadanos romanos; pero a muchos puedo aplicarlo, afirmando que se debe tener la mayor confianza en su integridad, y citaré en prueba de ello dos ejemplos de todos conocidos. Lucio Emilio, vencedor de Perseo, se apoderó del reino de Macedonia. Además de inmensa cantidad de magníficos muebles y de otras riquezas, encontró en el Tesoro más de seis mil talentos de oro y plata. Nada deseó de estos tesoros, que ni siquiera quiso ver, encargando a otros la administración. Lucio Emilio no era, sin embargo, opulento, sino pobre, hasta el punto de que, falleciendo poco después de esta guerra, desearon sus hijos Publio Escipión y Quinto Máximo devolver a su esposa los veinticinco talentos de la dote, y para ello les fue preciso vender muebles, esclavos y algunas de sus posesiones, cosa que si parece increíble, no por ello es menos cierta. Aunque las enemistades e intereses de partido obligan a los romanos a tener en muchos asuntos diversas opiniones, lo que he manifestado todos lo afirmarán, y se le puede preguntar al primer romano que se encuentre, sea cualquiera la familia o partido a que pertenezca. En la de los Escipiones existe otro ejemplo de igual desinterés. Cuando Publio Escipión, hijo de Emilio y nieto adoptivo de Publio Escipión, llamado el Antiguo, se apoderó de Cartago, ciudad consideraba como la más opulenta del universo, se impuso el deber de no adquirir ni apropiarse, bajo ningún pretexto, nada de lo que allí había. Publio, sin embargo, no era rico; mas cual verdadero romano estaba habituado a contentarse con poco, y no sólo se abstuvo completamente de tocar al botín de Cartago, sino que impidió añadiesen a sus propiedades ninguna de las riquezas de África. Así lo afirmará de esta gloria sin tacha ni sospecha cualquier romano a quien se pregunte. Pero hablaremos de esto en momento más oportuno.

Flaminio, que había convenido con Filipo reunirse en determinado día a la entrada del Tempé, escribió inmediatamente a sus aliados, diciéndoles el lugar y hora de la conferencia, y pocos días después acudió a ella.

Reunidos los aliados en consejo, ordenó que cada cual dijera las condiciones convenientes para concertar la paz con Filipo. Aminandro, rey de los atamanienses, dijo su parecer en breves frases, limitándose a advertir que se tuviese en cuenta su situación, pues debíase temer que al salir los romanos de Grecia pagara él la cólera de Filipo, siendo a los macedonios tanto más fácil invadir su reino, cuanto que era débil y vecino a Macedonia.

Hizo uso en seguida de la palabra Alejandro el Etolio, diciendo que merecía elogios Flaminio por convocar a los aliados y pedirles su opinión acerca de la paz, pero que, en su sentir, se engañaba grandemente al creer que concertándola con Filipo procuraba paz a los romanos y duradera libertad a los griegos, pues ninguna de ambas cosas conseguiría. El único medio de acabar la guerra con los macedonios, no dejando sin completa realización los proyectos de su patria y sin cumplir las promesas que él mismo había hecho a los griegos, era expulsar a Filipo de su reino, cosa por demás fácil, si aprovechaba la ocasión presente. Apoyó esta opinión con otras muchas razones, y se sentó.

Habló después Flaminio y apostrofó a Alejandro diciéndole: «No conoces ni las miras de los romanos, ni mis propósitos, ni los intereses de los griegos. No es costumbre de los romanos al hacer la guerra a una nación destruirla por completo. Aníbal y los cartagineses son prueba convincente de esta afirmación. Aunque los romanos, reducidos por este pueblo al último extremo, pusiéronse enseguida en situación de vengarle como quisieran, no ejercieron contra ellos inhumanidad alguna. Nunca fue mi intención hacer a Filipo guerra irreconciliable; muy al contrario, siempre he estado dispuesto a concederle la paz si se sometía a las condiciones que le fueran impuestas. ¿Por qué causa, etolios, al encontraros en un consejo reunidos para poner fin a la guerra, os mostráis tan opuestos a la paz? ¿Porque somos victoriosos? Pues tal motivo no es razonable: durante la batalla debe el valeroso acometer al enemigo con todo vigor y fuerza, y si es vencido, mostrar en la derrota constancia y grandeza de alma; pero la moderación, la templanza y la humanidad son los deberes

del vencedor. Y respecto a los intereses de los griegos, si les importa mucho que el reino de Macedonia sea menos poderoso que antes, les interesa no menos evitar su destrucción, pues les sirve de barrera contra los tracios y los gálatas, que sin ella estos pueblos, cual ha sucedido con frecuencia, invadirían la Grecia.» Concluyó Flaminio diciendo que su opinión y la del consejo era conceder la paz a Filipo, previa consulta al Senado, si prometía cumplir con fidelidad lo que los aliados le ordenaron anteriormente, y que los etolios podían por su parte tomar la resolución que mejor les pareciese. Atrevióse en seguida el etolio Feneas a decir que era inútil en tal caso cuanto se había movido contra el rey de Macedonia, que libre del actual peligro no tardaría en formar otros proyectos y promover nueva guerra; pero Flaminio, desde su silla y con acento de ira, interrumpióle diciendo: «Cesa, Feneas, de fatigaros los oídos con tus impertinencias. Yo cimentaré la paz de tal suerte, que aunque Filipo quiera nada podrá emprender contra los griegos.» Dicho esto, terminó la conferencia. Al siguiente día llegó Filipo, y reunido el consejo tres días después, asistió a él, expresándose con tanto tino y prudencia que apaciguó todos los ánimos. Prometió aceptar y llevar a cabo cuanto los romanos y los aliados le ordenasen, poniéndose por completo a discreción del Senado. El Consejo escuchó con profundo silencio estas frases, y solamente el etolio Feneas preguntó al rey por qué no les daba las ciudades de Larissa, Farsalia, Tebas y Egina. «Tomadlas, contesto Filipo; consiento en ello.- No todas, replicó el cónsul; sólo Tebas, porque al ir allí al frente de mis tropas, exhorté a los habitantes a rendirse a los romanos, y negándose ellos, el derecho de la guerra me hace ser su dueño, pudiendo disponer de los tebanos a mi albedrío.» Indignado Feneas al oír esta respuesta, dijo que las ciudades dependientes de los etolios antes de la guerra y sujetas a sus leyes debían recobrarlas, por dos motivos: uno, por haber tomado las armas con los romanos; y otro, porque en el tratado de alianza hecho al principio entre romanos y etolios se acordó que el botín de guerra se distribuyera, siendo los muebles para los primeros y las ciudades para los segundos. Respondióle el cónsul que se equivocaba en ambas cosas; que el tratado de alianza dejó de ser obligatorio desde el momento que los etolios, abandonando a los romanos, habían concertado paz con Filipo, y que aun subsistiendo el tratado, no se determinaba en él que fueran para los etolios las ciudades puestas por su propia voluntad y libre albedrío bajo la protección de los romanos, como lo habían hecho todas las de Tesalia, sino sólo las tomadas a viva fuerza. La réplica agradó a toda la asamblea, y únicamente los etolios quedaron descontentos, origen en el futuro de grandes males. Esta disputa fue la chispa que poco tiempo después encendió la guerra de los romanos contra los etolios y Antíoco.

Por lo demás, lo que inducía a Flaminio a apresurar la paz era la noticia de que Antíoco al frente de un ejército salía de Siria para invadir Europa, y temió que Filipo aprovecharse la ocasión para defender las ciudades que había invadido, prolongando la guerra; además tuvo en cuenta que si le sucedía en su cargo otro cónsul, atribuiríase el honor de esta campaña, y por ello concedió al rey lo que solicitaba: cuatro meses de tregua, recibir de él cuatrocientos talentos, tomar en rehenes a su hijo Demetrio y a algunos amigos suyos y permitirle enviar comisionados a Roma para que el Senado dispusiera lo que creyese oportuno. Separáronse en seguida con la solemne promesa de que si no se concertaba la paz, Flaminio devolvería a Filipo los talentos y rehenes, y todos los interesados despacharon embajadores a Roma, unos para solicitar la paz y otros para ponerle obstáculos.

CAPÍTULO IV

La credulidad es origen de grandes desaciertos, aun a los más avisados.

A pesar de que diariamente somos engañados por unos mismos artificios y por unas mismas personas, no por eso desistimos de nuestra imprudencia. Ya hemos visto frecuentemente ejercer a muchos esta especie de doblez, pero sin llegar nosotros a ser más cautos. Que otros caigan en el lazo no es asombroso; lo que hay que admirar es que caigan aquellos mismos que son, digámoslo

así, la fuente de la malicia misma. Esto proviene de que no tienen presente aquella excelente máxima de Epicarmo: «En ser cauto y desconfiado consisten las reglas de la prudencia.»

Medion es una ciudad próxima a Etolia.

CAPÍTULO V

Muerte y elogio de Attalo.

Relatada la muerte del rey Attalo, justo es manifestar, como lo hicimos de otros personajes, las cualidades que le dieron reputación. Sin otro auxilio exterior que sus riquezas, ascendió al trono de Pérgamo. Es éste, en verdad, poderoso medio para lograr cuanto se desea, si se sabe emplear prudentemente y con magnificencia; pero ¡a cuántos ha sido funesto por carecer de ambas virtudes! La envidia pone sin cesar al rico lazos que con frecuencia le pierden en cuerpo y alma, siendo pocos los que se libran de este género de infortunios. Digno es, pues, de admiración Attalo, porque sólo se sirvió de la riqueza para adquirir la soberanía, la mayor y más bella dignidad que pueda desearse. Para ser digno de ella, comenzó adquiriendo con beneficios gran número de amigos y distinguiéndose en la guerra. Eran por entonces los gálatas la nación más formidable y belicosa; los derrotó en campal batalla, y como consecuencia del triunfo se hizo proclamar rey. De los setenta y dos años de su vida reinó cuarenta, siempre modesto y grave, en compañía de la reina su esposa y de los príncipes sus hijos, y siempre fiel a todos sus aliados. Ocurrió su muerte durante una de sus más bellas empresas por la libertad de los griegos. Dejó cuatro hijos ya adolescentes, quienes encontraron el reino tan bien ordenado, que hasta los hijos de éstos gozaron tranquilo y pacífico reinado.

CAPÍTULO VI

Ratificación en Roma de la paz con Filipo.- Designación de diez comisarios para arreglar los asuntos de Grecia.- Los aqueos solicitan en vano aliarse con los romanos.

Elegido cónsul Claudio Marcelo, llegaron a Roma los embajadores de Filipo, de Flaminio y de los aliados para tratar de la paz proyectada con el rey de Macedonia. Largos discursos se pronunciaron en el Senado sobre este particular; pero aprobáronse las condiciones a que se sometía Filipo. Llevado el asunto a la sanción del pueblo, Marcelo, que deseaba ardientemente mandar los ejércitos en Grecia, realizó los mayores esfuerzos para que se rompiera el tratado; pero no pudo impedir que el pueblo aprobase el proyecto de Flaminio y ratificase las condiciones. Designó en seguida el Senado diez de los más ilustres ciudadanos para ir a Grecia a arreglar con Flaminio los negocios y asegurar la libertad de los griegos. Presentóse al mismo tiempo al Senado Damógenes de Egea, embajador de los aqueos, rogando que fueran éstos admitidos entre los aliados del pueblo romano; pero se tropezó con dificultades para concederle esta gracia, a causa de que tenían cuestiones con ellos los helenos por la Trifilia, los messenios, aliados ya de Roma, por Asina y Pilos, y los etolios por Erea. Dejóse este asunto a la decisión de los diez comisarios, y por entonces no sucedió otra cosa en el Senado.

CAPÍTULO VII

Comienzan los beocios a separarse de los romanos.- Los partidarios de Roma dan muerte a Branquiles, general de los beocios.

Tras la batalla de Cinoscéfalos en Grecia, y mientras Flaminio ocupaba cuarteles de invierno en Elatea, despacharon los beocios una diputación al cónsul solicitándole el regreso de los soldados de

su nación que habían servido en el ejército de Filipo. Flaminio, que tomaba entonces precauciones contra Antíoco, hizo este favor a los beodos para ganarse su amistad, devolviéndoles sus soldados, entre quienes se hallaba un tal Braquiles. Apenas recibidos, nombraron a este Braquiles general haciendo alarde de especialísimas atenciones a los demás amigos de la casa de Macedonia y concediéndoles las mismas dignidades que antes tenían. Llevaron, en fin, la ingratitud hasta el extremo de enviar embajadores a Filipo para darle gracias por haberles devuelto sus soldados. Este proceder llamó la atención de Zeuxippo, Pisistrato y otros amigos del pueblo romano, quienes, previendo el futuro, llegaron a temer por sus familias y por sí mismos. Efectivamente, ¿qué seguridad les ofrecía Beocia al salir de Grecia los romanos, mientras Filipo pudiera sostener y apoyar a sus enemigos? Despacharon, pues, una diputación a Flaminio, que refirió extensamente al cónsul el odio que contra ellos animaba al populacho y la ingratitud de su nación. Llegaron hasta decirle que si no se daba muerte a Braquiles para asustar a los demás no podrían vivir seguros en Beocia los amigos del pueblo romano cuando el ejército saliese de Grecia. Respondió Flaminio que ni tomaba parte en tal proyecto ni prohibía llevarlo a cabo, encargándoles que dieran cuenta de él a Alexámeno, general de los etolios. Obedeció Zeuxippo y habló a este general, que aprobó la idea y ordenó a tres etolios y tres italianos matar a Braquiles...

Ningún testimonio es más temible ni grave que el que reside en nuestro interior, la conciencia.

CAPÍTULO VIII

Senatus-consulta para la paz concertada con Filipo.- Solamente los etolios quedan descontentos y lo rasgan. Durante los juegos ístmicos publica un heraldo el senatus-consulta decretado para la libertad de los griegos.- Contestación de Flaminio y de los diez comisarios a los embajadores de Antíoco, de Filipo y de los etolios.

Por aquel tiempo llegaron de Roma los diez comisarios que debían arreglar los asuntos de Grecia, llevando consigo el senatusconsulta relativo a la paz con Filipo, cuyos artículos decían así: «Todos los griegos, los de Asia y los de Europa, serán libres y se gobernarán conforme a sus leyes, Filipo entregará a los romanos, antes de la fiesta de los juegos ístmicos, todos los griegos que se hallan en su poder y todas las ciudades donde tiene guarnición; retirará las guarniciones de Euroma, Pedasa, Bargila, Jessé, Abidos, Thasos, Mirina y Perintha, permitiendo a estas ciudades que gocen de libertad. Tito escribirá al rey Prusias cuáles son las intenciones del Senado respecto a la libertad de los cianienses. Filipo entregará a los romanos, al mismo tiempo que los prisioneros, los transfugas, y además los barcos de un puente, a excepción de cinco jabeques y de la galera de dieciséis bancos de remeros. Dará además, como tributo, mil talentos, la mitad inmediatamente y la otra mitad durante diez años, a razón de cincuenta cada año.» No puede explicarse cuán grande fue la confianza y la alegría de los griegos al saber este senatus-consulta. Únicamente los etolios, descontentos por no lograr lo que habían esperado, procuraban desacreditarle, diciendo que no contenía más que palabras, y para prevenir los ánimos contra el decreto deducían maliciosamente algunas probabilidades de la forma de su redacción, diciendo que, respecto a las ciudades guarnecidas por Filipo, el senatus-consulta ordenaba dos cosas: una que retirase las guarniciones y entregara las ciudades a los romanos, y otra que, al sacar aquellas, dejara las ciudades en libertad; citando nominalmente las que habían de quedar así, que eran las de Asia; de modo que las de Europa, a saber, Orea, Eretria, Calcis, Demetriada y Corinto, deberían ser entregadas a los romanos. Fácil era comprender que en tal caso los romanos sustituían a Filipo, y Grecia no se veía libre de sus cadenas, cambiando sólo de dueño. Esto era lo que los etolios decían y repetían sin cesar.

Flaminio y los diez comisarios fueron de Elatea a Anticira, y desde allí a Corinto, donde tuvieron frecuentes consejos sobre el estado de los negocios públicos. Para impedir el mal efecto de las noticias que los etolios hacían circular por toda Grecia, y que alarmaban a algunos, creyóse obligado el cónsul a someter a deliberación este asunto, y adujo toda suerte de razones para convencer a los comisarios de que si deseaban inmortalizar el nombre romano entre los griegos,

persuadiéndoles de que habían ido a aquella tierra no por propio interés, sino por la libertad de Grecia, preciso era abandonar todos los puntos ocupados, y dejar en libertad las ciudades donde Filipo tenía guarnición. Presentaba esto algunas dificultades, pues en lo tocante a las otras ciudades habían tratado el asunto en Roma los diez comisarios, recibiendo en este punto órdenes expresas del Senado, pero respecto a Calcis, Corinto y Demetriada, por la necesidad de tomar precauciones contra Antíoco, dejáseles facultad de disponer de ellas según lo estimaran conveniente, con arreglo a las circunstancias, no dudándose de que Antíoco se preparaba de largo tiempo atrás a invadir Europa. Flaminio logró al fin del Consejo que Corinto quedara libre y en poder de los aqueos; pero no abandonaron los romanos Acrocorinto, Demetriada y Calcis.

Era entonces la época en que debían celebrarse los juegos ístmicos, y la curiosidad por lo que iba a suceder llevó a aquel punto, de casi todas las partes del universo, muchas personas de gran importancia. Objeto era de todas las conversaciones el futuro tratado de paz, y hablábase de él de diferente forma. Manifestaban unos que no existía dato alguno para creer se retirasen los romanos de todas las tierras y plazas que habían conquistado; otros, que abandonarían las ciudades más célebres y guardarían en su poder las de menos fama que les procurasen las mismas ventajas, creyendo saber cuáles eran, y nombrándolas en las conversaciones. Todo el mundo participaba de esta incertidumbre cuando, reunida en el estadio la multitud para presenciar la proclamación de la paz, se adelantó un heraldo, impuso silencio con un toque de trompeta y publicó en alta voz lo siguiente: «El Senado romano y Tito Quinto, cónsul, tras de vencer a Filipo y los macedonios, dejan en libertad, sin guarnición ni tributos, y para que vivan con arreglo a sus leyes, a los corintos, focéos, locrenses, eubeanos, aqueos, ftiotas, magnetas, tesalios y perrhebianos.»

Apenas pronunció el heraldo estas primeras palabras, fue tan grande el clamor del auditorio, que algunos no oyeron las demás, y otros desearon oírlas por segunda vez. La mayoría no daba crédito a sus propios oídos, pareciéndole aquello tan extraordinario, que se le figuraba un sueño. Alguno, más impaciente que los otros, pidió a gritos que volviera el heraldo, que la trompeta impusiera de nuevo silencio, y que se repitiese el senatus-consulto, y en mi opinión, no era tanto por oírlo otra vez como por ver a quién anunciaba noticia de tan difícil crédito. Presentóse de nuevo el heraldo, sonó la trompeta y fue repetida la lectura del senatus-consulto; reprodujéronse los aplausos, tan ruidosos que es hoy difícil dar justa idea de aquel suceso. Cuando cesó el ruido, entraron en liza los atletas; pero nadie les hizo caso, porque unos hablaban con los vecinos de lo que acababa de ocurrir, y otros se hallaban tan preocupados, que parecían fuera de sí. Concluidos los juegos, acudió el público al cónsul para darle gracias, y tanto le estrecharon, que creyó morir ahogado. Todos querían verle la cara, saludar al libertador, apretar su mano: arrojáronle coronas y guirnaldas, y faltó poco para que le estrujasen. Pero por brillantes que fueran estas pruebas de reconocimiento, no hay temor en calificarlas de muy inferiores al beneficio. Hermoso fue ver a los romanos ir a su costa, y a través de mil peligros, a Grecia, para librarla de servidumbre; y nobilísimo llevar allí las fuerzas necesarias para ejecutar tan grande empresa. Para mayor ventura, lejos de poner obstáculo alguno, la fortuna fue favorable hasta el instante en que, a la voz de un solo heraldo, todos los griegos, los de Asia y los de Europa, se vieron libres, sin guarniciones, sin tributos y sometidos a sus propias leyes.

Pasada la fiesta, dieron audiencia los diputados a los embajadores de Antíoco, y les ordenaron que nada intentase este príncipe contra las ciudades de Asia que eran libres, retirándose de todas las que había invadido en la época de Ptolomeo y de Filipo. Prohibiéronle además pasar a Europa con un ejército, puesto que los griegos estaban en paz con todos y disfrutaban libertad. Prometieron finalmente que alguno de ellos iría a conferenciar con Antíoco. Recibidas estas órdenes, retiráronse Hegesianas y Lisias. Fueron llamados en seguida los embajadores de las naciones y ciudades, manifestándoles las resoluciones del Consejo. Dióse libertad a los macedonios llamados orestes, porque durante la guerra se habían unido a los romanos, e igual gracia concedióse a los perrhebianos, dolopos y magnetas. Además de la libertad, obtuvieron los tesalios que se unieran a su territorio los aqueos ftiotas, exceptuando Tebas, Farsalia y Leucades, que reclamaron los etolios

en virtud del primitivo tratado, pero que el Consejo no quiso entregarles, dejando el asunto a la definitiva resolución del Senado, y permitiendo solamente a los focenses y locrenses formar, como antes de la guerra, un solo Estado con los etolios. Devolvióse a los aqueos Corinto, Trifilia y Herea. Los diputados deseaban dar a Eumenes Orea y Eretria, pero Flaminio no opinó así, y por tal razón el Senado concedió también la libertad a estas ciudades, y la de Carista obtuvo igual privilegio. Dieron a Pleurates Lychnis y Parthina, dos ciudades que pertenecían a la Iliria, pero que se hallaban bajo la dominación de Filipo. Finalmente, quedaron en poder del rey Aminandro todos los fuertes que había conquistado en el transcurso de la guerra contra el rey de Macedonia.

Así arregladas las cosas, partieron cada uno de los diputados para las ciudades a que debían conceder libertad. Publio Léntulo fue a Bargilia; Lucio Stertinio a Hefestia, a Tasos y a las ciudades de Tracia; Publio Villio y Lucio Terencio a conferenciar con Antíoco, y Cneo Cornelio a ver a Filipo, que encontró en Tempé, manifestándole las órdenes que para él había recibido, y aconsejándole que despachase embajadores a Roma para que no se sospechase que difería hacerlo por esperar la llegada de Antíoco. Prometió el rey que irían inmediatamente, y Cornelio regresó a la asamblea que los griegos celebraban en las Termópilas.

Pronunció en ella largo discurso exhortando a los etolios a persistir en el partido que habían tomado, y a no romper su alianza con Roma. Escuchó también sus quejas. Dolíanse unos, con atenta y moderada frase, de no haberse dado a Etolia participación alguna en el feliz éxito de la guerra, y de que los romanos faltaban a lo acordado con ellos; otros aseguraron descaradamente que sin los etolios no hubieran pisado los romanos la Tracia, ni, por consiguiente, vencido a Filipo. No creyó oportuno Cornelio contestar a todas estas quejas, aconsejando a los descontentos que acudieran al Senado, y prometiéndoles que se les haría justicia. El consejo fue aceptado. Así terminó la guerra contra Filipo.

CAPÍTULO IX

Apetencias de Antíoco.

Deseaba con vehemencia el rey Antíoco apoderarse de Éfeso por la posición favorable de esta ciudad, situada como ciudadela para atacar por mar y tierra la Jonia y las ciudades del Helesponto, y frente a Europa como baluarte natural para proteger contra ella los Estados de Asia...

Todo contribuía a favorecer los deseos de Antíoco, y ya había penetrado en la Tracia cuando Cornelio desembarcó en el puerto de Selimbria con la misión del Senado de negociar la paz entre Antíoco y Ptolomeo.

CAPÍTULO X

Conferencia mantenida en Lisimaquia entre el rey Antíoco y los embajadores romanos.

Por entonces (197 años antes de J. C.) llegó al Helesponto Publio Léntulo acompañado de otros diez desde Bargilio, y Lucio Terencio con P. Villio desde Tasso; y habiendo hecho saber rápidamente a Antíoco su llegada, en pocos días se reunieron todos en Lisimaquia, adonde acudieran también Hegesianax y Lisias, que habían sido enviados a Flaminio por este tiempo. En las conferencias privadas que tuvo el rey con los romanos, todo se redujo a urbanidades, nacidas al parecer de la sinceridad; pero cuando ya en pública asamblea se vino a tratar del asunto, las cosas tomaron muy diverso aspecto. Lucio Cornelio solicitaba que Antíoco cediese a Ptolomeo todas las plazas que acababa de arrebatar en el Asia; y hacía los más vivos esfuerzos para que evacuase asimismo las que habían pertenecido a Filipo, llamando para esto a los dioses por testigos. Cosa de risa, manifestaba, sería que Antíoco acabase llevándose el fruto de una guerra que los romanos han

hecho contra Filipo. Le aconsejaba también que no tocara a las ciudades libres. En una palabra, dijo que extrañaba con qué motivo hubiese pasado a la Europa con dos ejércitos tan poderosos de mar y tierra; que la intención no podía haber sido otra, si se había de pensar con justicia, que la de atacar a los romanos. Dicho esto, calló Cornelio.

Antíoco, ante todo, respondió que no conseguía comprender con qué derecho le disputaban los romanos el dominio de las ciudades del Asia; pues esto más bien le estaba a cualquiera otro, que no a ellos. Después de haberles pedido que con ningún pretexto se mezclasen en los asuntos del Asia, así como él tampoco se mezclaba en los de Italia, dijo: «Si he pasado a la Europa con ejército, ha sido para recobrar las plazas del Quersoneso y de la Tracia, sobre las que nadie puede pretender el mando con mejor derecho. Estos pueblos fueron en sus principios de la dominación de Lisímaco; pero vencido éste en batalla por Seleuco, pasaron con todo su reino al vencedor por derecho de conquista. En los tiempos siguientes, mis mayores, distraídos con otros cuidados, dejaron a Ptolomeo y Filipo que sucesivamente sustrajesen y se apropiasen estos países; por eso yo ahora no los tomo abusando de la situación en que se halla Filipo, sino los recobro aprovechándome de la ocasión que se me presenta. En establecer y repoblar la ciudad de los lisimaquios, arrojados de su patria injustamente por los truces, no hago injuria a los romanos. Mi ánimo en esto no es provocar a Roma, sino prevenir una corte para mi hijo Seleuco. Las ciudades libres del Asia, si han de gozar de libertad, no ha de ser por mandato de los romanos, sino por liberalidad mía. Por lo que respecta a las diferencias de Ptolomeo, yo las ajustaré a satisfacción suya. Tengo decidido no sólo contraer con él alianza, sino añadir a ésta los vínculos del parentesco.» A estas palabras L. Cornelio fue de parecer que se llamase a los lampsacenos y smirneos y se les diese libertad para hablar. Efectivamente, así se hizo. Se presentaron en nombre de los primeros Parmenión y Pitodoro; y por los segundos Coerano. Viendo la libertad con que éstos hablaban, el rey, indignado de tener que dar razón ante los romanos de los cargos que le hacían, interrumpió a Parmenión diciendo: «Basta; no me acomoda que los romanos sean jueces de estas diferencias, sino los rodios.» Y con esto se disolvió la conferencia, sin haber quedado en nada.

Resueltos se hallaban en último extremo a acudir a los romanos, poniendo a disposición de esta República su ciudad y sus personas.

CAPÍTULO XI

Muerte de Scopas el Etolio en Alejandría, igualmente trágica que la de Cleomenes el Lacedemonio, mas no tan gloriosa.- Ciertamente, quien mal anda, mal acaba.- Proclamación del rey Ptolomeo durante su infancia.

Muchos anhelan al valor y a las acciones gloriosas, pero pocos se atreven a emprenderlas. Scopas tuvo sin duda mejores proporciones que Cleomenes para probar fortuna e intentar una acción esforzada. Éste, sorprendido por sus enemigos, se vio reducido únicamente a las esperanzas de sus domésticos y amigos; mas con todo no desesperó, probó todos los medios que lo fueron dables, y prefirió una muerte gloriosa a una vida deshonrada. Pero Scopas por el contrario, a pesar de haber tenido en su apoyo una poderosa tropa de soldados, no obstante de haber alcanzado una ocasión tan oportuna como la minoridad de un rey, se dejó, sin embargo, prevenir por andarse en dilaciones y consultas. Efectivamente, así que supo Aristomenes que reunía en su casa a los amigos para consultar sobre lo que se había de hacer, envió allá algunos escuderos, y le llamó de parte del rey al Consejo. Este solo aviso desconcertó de tal forma las ideas de Scopas, que ni se atrevió a dar un paso más en lo empezado, ni obedeció al llamamiento del rey, que fue hasta donde pudo rayar la imprudencia. Aristomenes, que conoció la falta de consejo que allí existía, manda rodear su casa con soldados y elefantes, y envía a Ptolomeo hijo de Eumenes con una tropa de jóvenes para que le traigan suelto si obedece la orden, y si no, por fuerza. Ptolomeo se dirige allá y le notifica el mandato del rey. Scopas al principio, sin atender a lo que le decían, se queda mirando atentamente a

Ptolomeo por largo rato, en ademán de quien amenaza y extraña la osadía. Ptolomeo se aproxima decidido y le coge de la capa. Scopas pide ayuda a los presentes. Pero como uno de los muchos jóvenes que habían entrado dijese que la casa se hallaba rodeada por fuera, cedió a la necesidad, y se encaminó con sus amigos al Consejo. Así que entró en el Senado entabló el rey la acusación en breves, palabras; prosiguióla Polícrates que acaba de llegar de Chipre, y la concluyó Aristomenes. Todos los cargos se redujeron a los mismos que ya hemos indicado; únicamente se agregó la reunión de amigos en su casa y la desobediencia al llamamiento del rey. Por estos capítulos le condenaron no sólo todos los que componían el Consejo, sino también los embajadores de las naciones extranjeras que se encontraban presentes. Porque Aristomenes, que era el que le había de acusar, había traído consigo, a más de otros muchos ilustres griegos, a los embajadores etolios que habían venido a negociar la paz, entre quienes estaba Dorimaco, hijo de Nicostrato. Tras haber hablado los acusadores, Scopas tomó la palabra e intentó alegar algunas excusas; pero eran tan repugnantes a la razón que se desatendió cuanto dijo. Entonces fue metido en la cárcel con sus amigos. Llegada la noche, Aristomenes hizo morir con un veneno a Scopas, sus parientes y todos sus secuaces. Dicearco perdió la vida en los tormentos y azotes, castigo conveniente a los crímenes que había cometido en conjunto contra toda la Grecia. Éste era aquel Dicearco a quien Filipo, cuando se propuso atacar contra la fe de los tratados las islas Cíclades y las ciudades del Helesponto, encomendó el mando de toda la armada y dio la dirección de toda la empresa. Éste, aquel que enviado a una expedición tan evidentemente impía, no tan sólo no hizo escrúpulo de una comisión tan torpe, sino que por un exceso de insolencia pensó aterrar los dioses y los hombres. Éste, en fin, aquel que arribado al puerto levantó dos altares, el uno en honor de la Impiedad, y el otro de la Injusticia; sacrificó sobre ellos y adoró estos simulacros como si fueran deidades. Con razón, pues, los dioses y los hombres le dieron el merecido castigo. Justo es que el que se propone violar las leyes de la naturaleza, no muera de su muerte natural. El rey dio licencia para que los demás etolios que quisiesen, se retirasen a sus patrias con todos sus efectos.

La avaricia fue lo que más sobresalió en Scopas durante su vida. Efectivamente, por lo que hace a la codicia, no hubo persona a quien no llevase mucha ventaja. Pero ésta se hizo más pública cuando después de su muerte se vio la gran cantidad de oro y alhajas que se hallaron en su casa. Fomentada su pasión con la ignorancia y la embriaguez, no dejó absolutamente arca por abrir en todo el reino.

Después de sosegado el motín de los etolios, los cortesanos dispusieron al momento hacer la proclamación del rey (197 años antes de J. C.). Es cierto que no tenía la edad competente; pero presumían que después que fuese público que el rey despachaba por autoridad propia, el reino recobraría su tranquilidad y el gobierno iría siempre a mejor. Hechos por todas partes grandes preparativos, se celebró aquel acto con la magnificencia propia del reino. Se creyó comúnmente que Polícrates había contribuido grandemente a este propósito. Este personaje, desde el tiempo del padre del rey, a pesar de que era joven entonces, había logrado la primera aceptación de palacio por su probidad y bellas acciones. La misma reputación obtenía bajo el rey actual. Este crédito lo había adquirido porque habiéndosele encomendado en tiempos muy peligrosos y revueltos el mando de la isla de Chipre, y el cobro de todas sus rentas, no sólo la había conservado, sino que había reunido sumas considerables de dinero que trajo al rey al regreso, después de haber entregado el gobierno de la isla a Ptolomeo el Megalopolitano. Por este motivo fue recibido en la corte con gran aplauso, y llegó a poseer en la consecuencia grandes riquezas; pero avanzado en edad, se entregó a todo género de deshonestidades y desórdenes, vicios en que asimismo incurrió en la vejez Ptolomeo, hijo de Agesandro. Pero cuando llegue la ocasión no tendremos reparo en referir las torpezas que estos personajes cometieron en el tiempo de su prosperidad.

LIBRO DECIMONONO

CAPÍTULO ÚNICO

Las ciudades de más allá del río Betis.

«Manifiesta Polibio que los muros de todas las ciudades situadas más allá del río Betis fueron derribadas en un mismo día por orden de Catón. Estas ciudades eran numerosas y las poblaban hombres habituados a la guerra».

LIBRO VIGÉSIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Antíoco celebra Consejo con los etolios.

Eligieron los etolios treinta personas entre los apocletas para celebrar Consejo con el rey... El rey convocó a los apocletas y conferenció con ellos sobre los asuntos presentes.

CAPÍTULO II

Contestación de los beocios a los embajadores de Antíoco.

Antíoco despachó embajadores a los beocios, quienes les dijeron: «Cuando el rey en persona venga a visitarnos, veremos qué contestación nos conviene darle.»

CAPÍTULO III

Embajadas que los epirotas y los helenos despachan a Antíoco.

Hallándose Antíoco en Calcis, llegaron allí Carops, embajador de los epirotas, y Calistrato, de los helenos. Rogóle Carops que no comprometiese a los epirotas en la guerra con los romanos, pues el Epiro era la primera comarca que éstos invadirían al ir de Italia a Grecia; advirtiéndole que si Antíoco estaba en situación de defenderles todos los puertos y ciudades, le darían paso franco, pero de no poder hacerlo, debía perdonar su negativa a recibirle, atribuyéndola a temor de ser atropellados por los romanos. Calistrato suplicó al rey que enviase a los helenos socorros contra los aqueos, decididos a declararles la guerra y de quienes recelaban una invasión. El rey respondió a Carops que nombraría una comisión para deliberar con los epirotas acerca de lo que convenía hacer, y envió a los helenos mil hombres de infantería al mando del cretense Eufanes.

CAPÍTULO IV

La Beocia y sus habitantes.

Hacía ya largo tiempo que los asuntos de esta nación iban por mal camino, desvanecida casi por completo la antigua gloria de su gobierno. Grandes eran su reputación y poder cuando la batalla de Leuctras, pero decayeron posteriormente bajo la pretura de Amaecrito, y tomando otro derrotero, perdieron la antigua gloria. Véase cómo esto sucedió. Les indujeron los aqueos, aliándose a ellos, a tomar las armas contra los etolios. Éstos invadieron la Beocia. Los beocios reunieron un ejército, y sin esperar a los aqueos, que venían en su auxilio, dieron batalla a sus enemigos, y la perdieron, quedando tan abatidos, que desde entonces nada se atrevieron a emprender para recobrar el antiguo esplendor, ni se unieron por decreto a los demás griegos para ninguna expedición que les propusieran. Sólo pensaban en comer y beber, hasta el exceso de perder ánimo y fuerza. Conviene decir aquí de qué forma se fue verificando gradualmente este cambio.

Una vez derrotados, abandonaron a los aqueos y se unieron al Estado de los etolios, separándose de él al ver marchar a éstos contra Demetrio, padre de Filipo. Luego que entró dicho príncipe en Beocia, sin hacer nada para rechazarle, se entregaron a los macedonios. Quedábales algún tenue sentimiento de la antigua virtud, y no todos sufrieron el yugo con paciencia, siendo objeto de acres censuras Ascondas y Neón, abuelo y padre de Braquiles, y los partidarios más

entusiastas de los macedonios. Pero veamos cómo predominó la facción de Ascondas. Designado Antígono, a la muerte de Demetrio, tutor de Filipo, fue por mar, a causa de no sé qué asuntos, a la extremidad de Beocia. A la altura de Larimna sorprendió horrible tempestad, arrojando los barcos a la costa, donde quedaron en seco. Corrió entonces la noticia de que Antígono iba a invadir la Beocia, y al saberlo Neón, reunió toda la caballería, de que era general en jefe, y la condujo a la costa para impedir la invasión. Llega donde se hallaba Antígono muy alarmado y comprometido, pero aunque fuera cosa fácil molestar allí a los macedonios, y éstos así lo esperaban. Neón no les atacó. Agradecieronle este proceder los beocios, pero no los tebanos, y cuando puestos a flote pudieron proseguir la ruta los barcos de Antígono, dio éste gracias a Neón por no haberle atacado en la situación en que se encontraba, y se trasladó en seguida al Asia. Recordando dicho favor, cuando más adelante venció a Cleomenes y se hizo dueño de Lacedemonia, nombró a Braquiles gobernador de esta ciudad, y no fue la única merced que recibió la citada familia, porque tanto Antígono como Filipo les proporcionaban dinero y les dispensaban su protección. Con tales recursos pronto dominó a los demás tebanos que le eran contrarios, y a todos, excepción de corto número, les hizo ser partidarios de Macedonia. Tal fue el origen del crédito que la familia Neón gozaba entre los macedonios y de las liberalidades que recibía.

Mas volvamos a Beocia, donde el desorden era tan grande, que durante unos veinticinco años estuvieron cerrados los tribunales, en suspenso los contratos y sin fallar los pleitos. Entretenidos los magistrados, unas veces en ordenar guarniciones, otras en dirigir alguna expedición, no encontraban momento para escuchar las quejas de los particulares. Las arcas del Tesoro eran saqueadas por algunos que tomaban de ellas fondos para repartirlos entre ciudadanos pobres, procurándose por tal medio los sufragios para obtener las primeras dignidades, y tanto más se inclinaba el pueblo en su favor, cuanto que de tales magistrados esperaba la impunidad de los delitos, la seguridad de que no le molestasen los acreedores, y sacar alguna cantidad del Tesoro público. Quien más contribuía a esta corrupción era un tal Ofeltas, que diariamente ideaba algún proyecto, útil al parecer por el momento, pero de funestas consecuencias para el Estado. Comenzó y se extendió además la costumbre perniciosa de que los muertos sin hijos no dejaran, como antes, los bienes a su familia, sino a sus compañeros de festines, para que los gastaran en común y aun los que tenían hijos dejaban gran parte de su herencia a esta especie de comunidades. Para muchos beocios tenía el mes más convites que días. Cansáronse por fin los megarianos de tan desdichado gobierno, y volvieron a unirse a los aqueos, de quienes se habían separado, pues en tiempo de Antígono Gonatas formaban con los aqueos un solo Estado. La separación había sido por mutuo consentimiento, a causa de ocupar Cleomenes el istmo e impedir la comunicación entre ambos pueblos. Muy ofendidos los beocios por esta deserción, y creyéndose despreciados, acudieron a las armas. Con el mayor desdén a los megarianos, aproximáronse a la capital sin pensar que los aqueos acudirían a socorrerles, y empezaban ya los preparativos del asalto, cuando aterrados por la noticia que circuló de que se acercaba Filopemen con sus tropas, dejaron las escalas junto a los muros, y desordenadamente regresaron a sus tierras. A pesar de su mal gobierno, no sufrieron mucho los beocios por las guerras de Filipo y de Antíoco, pero sí en tiempos posteriores. Como si la fortuna quisiera desquitarse, les trató cruelmente, según veremos más adelante.....

CAPÍTULO V

Más noticias acerca de los beocios.

Excusaron los beocios la mudanza de sus amistosos sentimientos hacia los romanos con el asesinato de Braquiles y la marcha de Flaminio con su ejército contra Coronea, para castigar los frecuentes asesinatos de ciudadanos romanos en los caminos; pero la verdadera razón fue, según hemos visto, la corrupción en que cayeron. Efectivamente, cuando se aproximó Antíoco a Tebas los magistrados beocios salieron a recibirle, mantuvieron con él amistosa conversación y le hicieron

entrar en la ciudad.

CAPÍTULO VI

Antíoco contrae matrimonio en Calcis.

«Cuenta Polibio en el lib. XX que Antíoco, llamado el Grande, salió de Eubea para Calcis y contrajo allí matrimonio a la edad de cincuenta años y en el momento de preocuparle dos graves negocios: el de emancipar a los griegos, según decía, y la guerra con los romanos. Enamorado durante esta guerra de una joven de Calcis, sólo pensó en los preparativos de la boda, dedicando el tiempo a los placeres y a la embriaguez de los festines. Esta joven, de sin par belleza, era hija de Cleoptolemo, uno de los más ilustres ciudadanos de Calcis. Pasó Antíoco todo el invierno en dicha ciudad, ocupado únicamente de la celebración de su matrimonio y sin cuidarse de todos los demás grandes negocios. Dio a su esposa el nombre de Eubea, y, vencido en la guerra, refugióse con ella en Éfeso».

CAPÍTULO VII

Ocupada Heraclea por los romanos, despachan los etolios repetidas veces embajadores a Roma, viéndose obligados a someterse a la fe de los romanos.- Engañados sobre la significación de esta fórmula, asústanse al saberla, y rompen el tratado.- Regreso de Nicandro, enviado por los etolios a Antíoco, y su conferencia con Filipo.

Percatándose Feneas, pretor de los etolios, del peligro que, tomada Heraclea, amenazaba a Etolia, e imaginando los daños que sufrirían otras ciudades, apresuróse a despachar comisionados a Manio para solicitarle una tregua y la paz. Fueron sus embajadores Arquedamos, Pantaleón y Caleses, que llegaron al cónsul con intención de pronunciarle largo discurso, pero lo impidió Manio, interrumpiéndoles y pretextando lo ocupadísimo que le tenía la distribución del botín de Heraclea. Concedióles una tregua de diez días, y les prometió enviarles a Lucio para que se enterase de sus deseos. Llegó con ellos Lucio a Hipata, donde las conferencias se celebraron. Para justificar su descontento recordaron los servicios que a los romanos habían hecho; pero Lucio les interrumpió, diciéndoles que tal apología era inoportuna, que habían roto la amistad con Roma, procurándose así el odio de los romanos; que sus anteriores servicios de nada podían servirles en la actualidad, y que el único medio de aplacar a los romanos era acudir a los ruegos y suplicar al cónsul perdón y olvido de sus faltas. Después de larga deliberación decidieron los etolios dejarlo todo a la discreción de Manio, entregándose a la fe de los romanos, sin saber a lo que se comprometían y pretendiendo con ello la benevolencia de Lucio. Engañáronse por completo, pues entre romanos, entregarse a la fe, es someterse en absoluto a la voluntad del vencedor.

Ratificado el decreto, enviaron a Feneas con Lucio para dar a conocer al cónsul lo decidido. Feneas se presentó a Manio, y después de algunas frases en defensa de los etolios, concluyó diciendo que habían convenido someterse a la fe de los romanos. «¿Es así?», preguntó el cónsul, y al confirmarlo Feneas y Lucio, añadió: «Pues bien: es preciso que ningún etolio vaya a Asia, ni como particular ni como hombre público; además me entregaréis a Dicearco y Menestrato, epirota (de quien se decía que había penetrado con tropas en Neupacta), y con ellos a Aminandro y los atamanienses que le han seguido en la rebelión contra los romanos.» No quiso Feneas oír más, interrumpió al cónsul, diciéndole: «Lo que me pides ni es justo ni lo permiten las costumbres de los griegos.» Entonces Manio levantó la voz, no por ira, sino para imponerse y asustar a los diputados etolios. «No está mal, grieguecillos, contestó, que aleguéis vuestras costumbres, advirtiéndome lo que debo hacer, después de haberos entregado a mi fe. ¿Sabéis que de mi voluntad depende encadenaros?» Y en prueba de ello hizo llevar cadenas y un collar de hierro, que ordenó poner a uno

de ellos. De miedo se le doblaban las rodillas a Feneas y los demás diputados. Lucio y algunos otros tribunos que presenciaban el acto rogaron a Manio que respetase el carácter de embajadores de aquellos griegos, no tratándoles con rigor. Aplacóse el cónsul y dejó hablar a Feneas, quien y manifestó que los magistrados de Etolia harían cuanto se les mandaba; pero que las órdenes, para ser ejecutadas, necesitaban la aprobación del pueblo, por lo que le pedía nueva tregua de diez días. Le fue concedida, y terminó la conferencia.

De regreso en Hipata, los embajadores relataron a los magistrados cuanto oyeran y les sucedió, comprendiendo entonces los etolios a lo que se habían expuesto por ignorar lo que significaba entregarse a la fe de los romanos. Enviaron inmediatamente órdenes a las ciudades convocando a la nación para deliberar, pero antes que las órdenes llegó la noticia de lo maltratados que habían sido los embajadores, y tan grande fue la indignación que nadie quiso asistir a la asamblea, siendo imposible deliberar. Otra causa difirió asimismo las negociaciones. Nicandro llegó por entonces de Asia a Faleres en el golfo de Malea, y bastó que manifestase al pueblo la buena voluntad de Antíoco y las promesas que le había hecho, para que nadie pensara en la paz, dejando transcurrir tranquilamente los diez días de la tregua sin hacer nada para poner fin a la guerra.

Ocurrió a Nicandro en su viaje singular aventura, que no debo omitir. A los doce días de navegar con rumbo a Éfeso, arribó al puerto de Falara. Supo durante el camino que los romanos se hallaban en Heraclea, y los macedonios, aunque fuera de Lamia, acampando en las proximidades de esta ciudad, y tuvo la suerte de poder entregar en Lamia cuanto dinero llevaba. Llegada la noche, intentó pasar por entre los dos campamentos para ir a Hipata; pero una guardia de los macedonios le capturó y condujo a Filipo. Imposible parecía evitar una de estas dos contrariedades: o arrostrar la cólera del rey de Macedonia, o ser entregado a los romanos. Anunciaron a Filipo, que estaba comiendo, la prisión de Nicandro, y ordenó se le custodiara, sin causarle privaciones. Concluida la comida, se unió a Nicandro, y después de lamentarse de la insensatez de los etolios al dar entrada en Grecia primero a los romanos y después a Antíoco, le encargó para los magistrados que, al menos en las presentes circunstancias, olvidasen lo pasado, aceptasen su amistad y obraran de forma que etolios y macedonios no trabajasen para destruirse recíprocamente. Y en cuanto a Nicandro le recomendó que recordase siempre su benevolencia al dejarle en libertad y acompañado de buena escolta, con orden de que no le abandonasen hasta penetrar en Hipata. Así se ejecutó puntualmente. Regresó, pues, Nicandro sano y salvo a su patria, pero muy sorprendido de la fortuna que en esta ocasión tuvo, y desde entonces se inclinó siempre a favor de la casa de Macedonia. Este agradecimiento le costó caro en tiempo de Perseo, pues no siendo espontánea su oposición a las empresas del citado príncipe, sospecharon y le acusaron de estar en inteligencia con él. Llamáronle a Roma para dar cuenta de su conducta y allí murió.

CAPÍTULO VIII

Córax y Aprautia.

Córax es una montaña situada entre Callípoli y Naupacta. Aprautia es una ciudad de Tesalia.

CAPÍTULO IX

Mensaje de los lacedemonios al Senado romano.

Regresaron entonces sin haber logrado nada de lo que se prometían los embajadores enviados a Roma por los lacedemonios. Su misión se refería a los rehenes y a sus pueblos. Sobre lo último respondió el Senado que daría las órdenes necesarias a los diputados que debían ir a Laconia, y en cuanto a los rehenes, que deseaba examinar de nuevo el asunto. Tratóse también de los desterrados, y el Senado contestó que le sorprendía nos les hubieran devuelto a su patria los aqueos, puesto que

Esparta había recobrado la libertad.

CAPÍTULO X

El Senado romano reconoce los servicios que Filipo había prestado a la República en el transcurso de la guerra con Antíoco.

Penetraron en el Senado los embajadores de Filipo, y tanto hicieron valer el celo y la prontitud con que su señor había defendido contra Antíoco los intereses de la República, que antes de concluir la arenga, el Senado, agradecido, permitió a Demetrio, que se hallaba en rehenes en Roma, regresar al lado del rey su padre, y prometió además perdonar a Filipo el tributo convenido si en la actual guerra continuaba fiel a los romanos. Asimismo se dio libertad a los rehenes de los lacedemonios, a excepción de Armenas, hijo de Nabis, que, poco tiempo después, falleció a causa de una enfermedad.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Fiestas de los romanos tras de una victoria.- Contestación del Senado a los embajadores etolios.

Al conocerse en Roma la victoria naval, ordenóse al pueblo una fiesta de nueve días, es decir, no trabajar y ofrecer a los dioses sacrificios en agradecimiento del triunfo concedido a las armas romanas. Fueron escuchados después los embajadores etolios y los de Manio, y el Senado propuso a los primeros esta alternativa o que pusieran sin restricción alguna cuanto les concernía en manos de Roma, o pagar inmediatamente mil talentos y tener los mismos amigos y los mismos enemigos que Roma. Rogaron los etolios que les explicasen qué era lo que debían poner a disposición de los romanos, pero el Senado no quiso dar esta explicación y prosiguió en guerra contra ellos.

CAPÍTULO II

Mensaje de los atenienses a los romanos en favor de los etolios.- Apurada situación en que colocan a éstos las proposiciones de los romanos.

Informados los atenienses, mientras el cónsul Manio cercaba a Amfisa, de la extremidad en que esta plaza se encontraba y de la llegada de Publio Escipión, enviaron a Equeuedemo al campo de los sitiadores, con orden de saludar de su parte a los dos Escipiones, Lucio y Publio, y de inducirles, si era posible, a que no hicieran guerra a los etolios. Previendo Publio que este embajador le sería muy útil en el futuro, recibióle con bondadosas atenciones. Tenía el propósito de arreglar las cuestiones con los etolios, y si éstos se negaban, no detenerse allí y trasladarse al Asia, comprendiendo que el único medio de poner fin glorioso a aquella guerra no consistía tanto en subyugar a los etolios como en vencer a Antíoco y dominar el Asia. Oyó con agrado lo que el embajador le dijo acerca de la paz, y le ordenó sondear a los etolios sobre este asunto. Llegó Equeuedemo a Hipata y conferenció con los magistrados de Etolia, que con placer le escucharon hablar de paz, y designaron embajadores para que le acompañasen a ver a Publio, acampado a ocho estadios de Amfisa. Relataron éstos detalladamente los servicios que los romanos habían recibido de los etolios. Refirió a su vez Publio, en tono amistoso, lo que había llevado a cabo en España y África, de qué forma se portó con quienes le hicieron dueño de su suerte, y declaró por fin que debían someterse también, entregándose a los romanos. Esperaban los embajadores poder concertar la paz; pero al saber las condiciones, que eran o entregarse a discreción a los romanos o pagar inmediatamente mil talentos y tener por amigos y enemigos los mismos que Roma, indignáronles unas proposiciones tan poco en armonía con el amistoso lenguaje que acababan de oír. Manifestaron, no obstante, que comunicarían estas órdenes a los etolios, y se despidieron.

Habló nuevamente Equeuedemo a los magistrados etolios y se deliberó sobre el asunto. Siendo impracticable la primera condición, inmensa la suma pedida e imposible de entregar, y asustándoles la segunda, porque, al aceptarla anteriormente, creyeron verse encadenados; inquietos e indecisos sobre el partido que debían tomar, despacharon de nuevo a los embajadores para rogar disminución en la suma, a fin de poderla pagar, o que los magistrados y las mujeres no quedaran a merced de los romanos. Volvieron a ver a Publio con estas instrucciones; pero Lucio les dijo que no podía tratar de la paz sino en los referidos términos. Regresaron a Hipata en compañía de Equeuedemo; hubo nueva deliberación, y éste les aconsejó que, siendo por entonces imposible la paz, pidieran tregua para tomar algún respiro y enviaran embajadores al Senado, porque acaso tuviera éste más indulgencia, y si no la tenía, aguardasen la ocasión que el porvenir les presentara para librarse del apuro presente; que su situación no podía empeorar, y existían muchas razones para creer que mejorase. Se estimó

juiciosa esta opinión, y enviaron a Lucio nuevos representantes para obtener seis meses de tregua, durante los cuales mandarían una embajada al Senado. Publio, que deseaba ardientemente desde hacía tiempo ir a Asia, persuadió a su hermano para que concediera la tregua, y redactado el pacto, Manio levantó el sitio, entregó todas las tropas a Lucio y emprendió con los tribunos el camino de Roma.

CAPÍTULO III

Cansancio y división de los focenses frente a la presencia de los romanos.

Cansados los focenses de tener tanto tiempo por huéspedes a los romanos con sus barcos, e impacientes por los tributos que les imponían, dividiéronse en varios partidos.

CAPÍTULO IV

Mensaje de los focenses a Antíoco.

Se hallaba acampado Seleuco en las fronteras de Focea cuando los magistrados de esta comarca, recelando que la penuria en que vivían subleva la muchedumbre y que los partidarios de Antíoco la inclinaran en favor de éste, enviaron embajadores al citado príncipe para rogarle que no se aproximase a Focea, pues estaban decididos a esperar tranquilos el éxito de la guerra y a someterse después a lo que se les ordenase. De estos embajadores, Aristarco, Cassandro y Rhodón eran partidarios de Seleuco, y Hegias y Gelias, de Antíoco. Recibió el rey a los tres primeros amablemente, haciéndoles mucho agasajo y cuidándose apenas de los otros. Informado de las intenciones del pueblo y del hambre que sufría, sin escuchar a los embajadores ni darles contestación alguna, púsose en marcha hacia la ciudad.

CAPÍTULO V

Pausistrato, general de la flota de los rodios.

Al mando Pausistrato de la flota de los rodios, valiéndose de una máquina apropiada para arrojar fuego. A ambos lados de la proa, y en la parte interior y superior del navío, colocáronse dos anclas, sujetas de forma que sus extremidades avanzaran bastante sobre el mar; de estas extremidades, y sujeta con una cadena, pendía una vasija con gran cantidad de fuego, de modo que al aproximarse de frente o costado un buque enemigo arrojaban el fuego sobre él, sin peligro para la nave que lo llevaba, a causa de la inclinación de la máquina.

CAPÍTULO VI

Panfilidas.

Ciertamente Panfilidas, comandante de la flota de los rodios, sabía aprovechar mejor que su colega Pausistrato todas las circunstancias favorables para la acción. Su talento vasto y profundo le hacía ser si no tan osado, más constante en sus empresas. Pero como la mayor parte de los hombres no juzgan de las cosas por principios y razón, sino por los resultados, siendo mayor la actividad y atrevimiento de Pausistrato, le prefirieron los rodios, hasta que el accidente que les sucedió hizoles cambiar de preferencia.

CAPÍTULO VII

Misivas del cónsul Lucio.

Seleuco y Eumenes recibieron en Samos misivas del cónsul Lucio y de Publio Escipión en las que les manifestaban que se había concedido a los etolios la tregua solicitada, y que el ejército romano marchaba hacia el Helesponto. Los etolios enviaron las mismas noticias a Antíoco y a Seleuco.

CAPÍTULO VIII

Tratado de alianza entre Eumenes y los aqueos.

Despachó Eumenes una diputación a los aqueos para inducirles a que se aliaran con él, y hubo una asamblea en Acaia, donde se concertó y ratificó esta alianza. Entregaron los aqueos al rey mil hombres de a pie y cien caballos, y designaron por jefe a Diofanes, de Megalópolis.

CAPÍTULO IX

Diofanes.

El megalopolitano Diofanes había militado a las órdenes de Filopemen en el transcurso de la larga guerra hecha por Nabis, tirano de Lacedemonia, en las proximidades de Megalópolis, llegando a ser habilísimo en el arte militar. Robusto de cuerpo y de aspecto altivo, poseía lo que principalmente se estima en un guerrero: la bravura y perfecto manejo de las armas.

CAPÍTULO X

Cercado Eumeno en Pérgamo, disuade a los romanos de aceptar la paz que ofrecía Antíoco.

En ocasión de recorrer la campiña de Pérgamo, supo Antíoco que llegaba Eumeno, y recelando que todas las tropas de mar y tierra cayeran sobre él, decidió, para evitar el peligro, ofrecer la paz a los romanos, a Eumeno y a los rodios. Levantó, pues, el campo, y se fue a Elea. Delante de la ciudad existía una altura donde situó la infantería; la caballería, que contaba más de seis mil caballos, la hizo acampar en la llanura junto a los muros de la plaza. Entre ambas fuerzas estableció su cuartel general, y envió comisionados a Lucio, que se hallaba en la ciudad, para tratar de la paz. Inmediatamente el general romano reunió a Eumeno y los rodios para pedirles consejo. No se oponían a la paz Eudemo y Pamfilidas, pero Eumeno sostuvo que no era digno ni posible hacerla en aquellas circunstancias, «porque, dijo, no hay dignidad en concertar convenios estando encerrado en los muros de una plaza, y no es posible porque el cónsul no se halla aquí, y sin su autoridad carecería de fuerza y validez el tratado. Además, aunque parezca Antíoco dispuesto a la paz, no podríamos, sin que el pueblo y el Senado romanos ratificaran lo pactado, retirarnos con las tropas de mar y tierra. Lo único factible mientras la aprobación llegaba, era pasar aquí el invierno, concertando una suspensión de hostilidades, consumiendo los víveres y municiones de nuestros aliados, y si el Senado no opinaba en favor de la paz, reanudar la guerra, cuando ahora, con ayuda de los dioses, estamos en situación de poderla terminar. Así habló Eumeno, y convencido Lucio contestó a los embajadores de Antíoco que hasta la llegada del procónsul no se podía tratar de paz. Al conocer la respuesta Antíoco, devastó la campiña de Elea, y dejando en ella a Seleuco, avanzó hasta la llanura de Tebas, fértil y abundante en toda clase de recursos, donde sus tropas se hartaron de botín.

CAPÍTULO XI

Antíoco y los romanos procuran la alianza de Prusias.

Efectuada la referida expedición, llegó Antíoco a Sardes, despachando inmediatamente un comisionado a Prusias para inducirle a que se aliara con él. Temeroso hasta entonces Prusias de que los romanos se trasladaran a Asia y sometieran todas las naciones a su dominación, manifestábase inclinado a la alianza con Antíoco; pero puso término a su incertidumbre una misiva de los dos Escipiones, Lucio y Publio, abriéndole los ojos sobre las consecuencias de la empresa de Antíoco contra los romanos. Empleó Publio las razones más convincentes para disuadirle del error, en que se hallaba, demostrándole que ni él ni la República pretendían quitarle lo que le pertenecía, y haciéndole ver que los romanos, en vez de privar de los tronos a los que legítimamente los ocupaban, habían hecho algunos reyes y aumentado considerablemente el poder de otros; prueba de ello Indibilis y Colcas en Iberia, Massinisa en África, y Pleurates en Iliria, que de jefes de escasa importancia, con la ayuda de Roma habían llegado a reyes, y por tales eran reconocidos que se fijara en Filipo y Nabis; vencido el primero por los romanos y obligado a darles rehenes y a pagar tributo tan pronto como de él recibieron una ligera prueba de amistad, devolviéronle a su hijo y a los demás nobles jóvenes que con él estaban en Roma como rehenes, perdonáronle el tributo y agregaron a su reino muchas ciudades tomadas durante la guerra; y en cuanto a Nabis, aunque era un tirano y tenían derecho a perderle, le perdonaron, obligándole únicamente a dar las seguridades ordinarias: que no temiera, pues, por su reino, se aliara confiado a los romanos, y jamás tendría que arrepentirse de esta decisión. Tanto impresionó la carta a Prusias, que tras de hablar con los embajadores enviados por C. Livio, renunció a todas las esperanzas que para atraerle a su causa le había hecho concebir el rey de Siria. Sin recurso alguno por este lado, dirigióse Antíoco a Éfeso, juzgó que el único medio para detener a los romanos e impedir la guerra en Asia, era ser fuerte y temible por mar, y resolvió decidir la campaña con un combate naval.

CAPÍTULO XII

*Asustado Antíoco al ver a los romanos en Asia, despacha embajadores para solicitar la paz.-
Instrucciones que les da para el Consejo y para Publio Escipión personalmente.*

Derrotado Antíoco en la batalla naval, detúvose en las proximidades de Sardes, y deliberaba detenidamente acerca del partido que debía tomar, cuando supo la noticia de que los romanos habían penetrado en Asia. Consternado entonces y sin esperanzas, envió a Heraclides de Bizancio para solicitar la paz a los Escipiones, ofreciendo retirarse de Lamsaca, Esmirna y Alejandría, las tres ciudades que habían sido causa de la guerra; salir asimismo de las de Eolia y Jonia, que en la cuestión pendiente se habían unido a los romanos, y además indemnizar a éstos de la mitad de los gastos de la guerra. Tales eran las instrucciones de Heraclides para el Consejo; pero además llevaba para Publio otras que ahora diremos. Llegó el embajador al Helesponto, y encontró al enemigo en el mismo lugar donde había acampado antes de pasar el estrecho. Alegróse al pronto creyendo que era indicio favorable a la paz la circunstancia de que nada hubiera intentado en Asia todavía el ejército enemigo; pero le desanimó la noticia de que Publio se hallaba aun al otro lado del mar, pues creía encontrar en éste poderosa ayuda para la negociación. Publio quedó en el primer campamento porque era salieno, es decir, según explicamos en nuestro tratado de gobierno, miembro de uno de los tres colegios que cuidan en Roma de los principales sacrificios ofrecidos a los dioses, y que donde se hallan, al llegar la época de la fiesta, tienen que quedarse treinta días. Como el ejército debía realizar la travesía entonces, Publio no le siguió, permaneciendo en Europa, y aquel se detuvo próximo al Helesponto esperando a Publio. Llegó pocos días después, y fue llamado Heraclides al

Consejo, donde después de manifestar las condiciones a que se sometía Antíoco para concertar la paz, exhortó a los romanos a que no olvidaran que eran hombres, a desconfiar de la fortuna y a no ambicionar ilimitado poder, contentándose con el que en Europa tenían. Agregó que aun limitada su dominación a esta parte del mundo, no dejaría de parecer increíble, porque nadie la tuvo igual, y que si no les satisfacía el número de ciudades ofrecidas por Antíoco y deseaban algo de lo que éste poseía en Asia, lo dijeran, que el rey estaba decidido, por obtener la paz, a aceptar, de ser posible, lo que se le prescribiera.

La opinión del Consejo fue que el general romano contestase al embajador, que Antíoco indemnizase, no la mitad, sino todos los gastos de la guerra, puesto que él fue el primero, y no los romanos, en acudir a las armas, y que al dejar en libertad las ciudades de Eolia y de Jonia, se retiraría además de toda la comarca del lado de acá del monte Tauro. No hizo caso Heraclides de unas proposiciones que tanto excedían a las órdenes recibidas, ni volvió al Consejo, pero convirtiéndose en asiduo cortesano de Publio; y un día que pudo hablarle confidencialmente, le dijo que si por medio de él conseguía la paz, su hijo, prisionero al principio de la guerra, le sería devuelto sin rescate; además le daría Antíoco la cantidad en plata que pidiera; y finalmente, partiría con él las rentas de su reino. De todos estos ofrecimientos sólo aceptó Publio el relativo a su hijo, y respondió que agradecería a Antíoco cumplierse su palabra en este punto; pero los demás, tanto los hechos en el Consejo, como los que particularmente le ofrecía, no se acomodaban a los intereses del rey; que acaso hubieran sido atendidas las proposiciones de Antíoco enviándolas cuando se hallaba en Lisimaquia y dueño de la entrada del Quersoneso, y aun después de abandonar ambos puntos, si se hubiera presentado al frente de un ejército en el Helesponto para impedir a los romanos la entrada en Asia. «Pero ahora, dijo, que nuestras tropas acampan aquí y sin oposición de nadie; ahora que hemos puesto freno a su ambición y somos sus señores, no le es permitido tratarnos de igual a igual, y justo es rechazar sus ofrecimientos.» Agregó que debía tomar prudentísimas medidas y reflexionar seriamente en su apurada situación, y que para atestiguarle su reconocimiento por la oferta que le había hecho de devolverle su hijo, le aconsejaba acceder a lo que los romanos le exigieran y no atacarles en manera alguna. Regresó Heraclides junto a Antíoco; supo éste la contestación de los romanos y no pensó más en la paz, porque aun cogido con las armas en la mano no debía esperar suerte más triste que la que se le ordenaba. Dedicóse, pues, a preparar nueva batalla.

CAPÍTULO XIII

Condiciones de la paz entre Antíoco y los romanos.

Obtenida la victoria por los romanos en la batalla contra Antíoco, y ocupado Sardes con algunas ciudadelas, presentóse a aquellos Museo en calidad de heraldo de parte de este príncipe. Le recibió Publio con afabilidad, y dijo Museo que el rey, su señor, quería enviarles embajadores para tratar con ellos, viniendo' él por un salvoconducto, que se le concedió. Al cabo de pocos días llegaron estos embajadores, que eran Zeuxis, sátrapa que fue de la Lidia, y su sobrino Antipater. El primero con quien procuraron entenderse fue Eumeno, temiendo que por sus antiguas cuestiones con Antíoco tratara de prevenir el Consejo en contra de éste; pero se equivocaron, encontrándole moderado y complaciente. Llamados al Consejo, después de hablar con detenimiento de varias cosas, exhortaron a los romanos a usar con moderación y prudencia de sus ventajas; manifestaron que Antíoco carecía de estas virtudes, pero que debían ser preciosas en los romanos, a quienes la fortuna había hecho dueños del universo. Preguntaron en seguida qué debía hacer aquel príncipe para conseguir la paz y la amistad de los romanos, y después de alguna deliberación, contestó Publio por orden del Consejo: que los romanos victoriosos no imponían condiciones más duras que antes de la victoria, y serían las ya ofrecidas a orillas del Helesponto, a saber: que Antíoco se retiraría de Europa, y en Asia de toda la parte de acá del monte Tauro; que daría a los romanos quince mil talentos eubolcos por gastos de la guerra, quinientos inmediatamente, dos mil quinientos

cuando el pueblo romano ratificara el tratado, y el resto a razón de dos mil talentos anuales; que pagaría a Eumeno los cuatrocientos talentos que le debía y lo que le quedase de víveres conforme al tratado efectuado con su padre; que entregaría a los romanos, Aníbal de Cartago, el etolio Theas, el acarnanio Mnasilico, Filón y Eubulides de Calcis, y que, para seguridad del pacto, daría en seguida veinte rehenes, cuyos nombres recibiría por escrito. Tal fue la respuesta de Publio Escipión en nombre del Consejo. Zeuxis y Antipater aceptaron las condiciones. Decidióse luego por unanimidad despachar comisionados a Roma para recomendar al pueblo y al Senado que aprobaran el tratado, y se separaron. Fueron distribuidas las tropas en cuarteles de invierno, y pocos días después llegaban los rehenes a Éfeso. Eumeno, los dos Escipiones, los rodios, los esmirnianos y casi todos los pueblos de este lado del Tauro, dispusieron a enviar inmediatamente embajadores a Roma.

CAPÍTULO XIV

Los embajadores de los lacedemonios a Filopemen.

Deliberaron los lacedemonios sobre cuál de sus conciudadanos enviarían a Filopemen para llegar a un acuerdo con él sobre los negocios públicos, y a pesar de que la mayoría de las veces se apetecen estos cargos gratuitos, y hasta se pagan, por dar ocasión al contraer amistades y alianzas, nadie quería entonces ser portador de esta gracia de los lacedemonios. La penuria de hombres les obligó a escoger a Timolaüs, ligado por antiguas obligaciones con Filopemen, Soter y su familia. Dos veces fue Timolaüs a Megalópolis con este fin sin atreverse a manifestar a Filopemen el objeto de sus viajes, hasta que finalmente, casi violentándose, volvió por tercera vez y confidencialmente le dijo el donativo. Escuchóle Filopemen con más bondad de la que Timolaüs esperaba, y esto le puso tan contento que imaginó haber logrado su deseo; pero le contestó que pensaba ir dentro de pocos días a Lacedemonia y dar personalmente las gracias a los principales ciudadanos por el favor que le dispensaban. Partió, efectivamente, presentóse al Senado, y manifestó que, aun sabiendo de largo tiempo atrás la benevolencia de los lacedemonios para con él, la reconocía ahora plenamente al ver la corona ofrecida y los insignes honores que querían dispensarle; mas que el pudor le impedía recibir de sus manos tal presente, y que no era a los amigos, sino a los enemigos, a quienes debían ser ofrecidos estos honores y coronas porque si las aceptaban aquellos, nunca se librarían de los ataques de la envidia. Libre el espíritu de los amigos de estos lazos de agradecimiento, podían tener crédito con los aqueos cuantas veces les pidieron que ayudasen a Esparta; mientras los enemigos agradecidos quedaban obligados a marchar de acuerdo con los lacedemonios, o al menos a guardar silencio y no perjudicarles.

CAPÍTULO XV

Algunas reflexiones morales en torno a Filopemen.

No es indiferente, sino interesantísimo, saber si las cosas se conocen de oídas o por haberlas presenciado. Útil es a todos tener conocimiento seguro de los acontecimientos a que han concurrido. Rara vez marchan de acuerdo lo honrado y lo útil, y son pocos los hombres que pueden conciliar ambas ventajas. Es indudable de que la honradez es con frecuencia contraria a la utilidad presente, y viceversa. No obstante, Filopemen, que en estas circunstancias quería reunirlos, consiguió su deseo. Era, efectivamente, honroso hacer que volvieran a Esparta los prisioneros desterrados, y útil a los lacedemonios que esta ciudad humildemente... prudente y ordenada de todas las virtudes militares... para tratar del asunto de Ariarato... de regreso de Tracia... lograr del rey... que estaba dotado de grande alma... en vez de ser los primeros en dar ejemplo de perjurio, conveniales más que los otros violasen los tratados.

CAPÍTULO XVI

Clemencia de Filipo y crueldad de Ptolomeo.

En verdad había recibido Filipo muchas ofensas de los atenienses, y sin embargo no quiso abusar de la victoria de Queronea para perjudicar a sus enemigos; por el contrario, ordenó que fuesen enterrados los atenienses muertos en el campo de batalla y devueltos a sus hogares los cautivos, no sólo sin rescate, sino dándoles los vestidos que precisaban. Lejos de imitar éstos la benignidad del rey, parecían en competencia para mostrar rencor e imponer suplicios a los que hacían la guerra por la misma causa. Mas ordenó Ptolomeo que ataran estos hombres desnudos a los carros, se les arrastrase así, y les mataran después de este tormento.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Demandas de Eumeno y de los embajadores al Senado. Contestación que reciben.

Al finalizar la primavera, llegaron a Roma Eumeno, los embajadores de Antíoco, los de los rodios y de todos los demás pueblos, porque después de la batalla casi todas las naciones de Asia comprendiendo que su suerte dependía del Senado, designaron representantes. Todos fueron recibidos con grandes atenciones, y con especial distinción Eumeno, adelantándose hacia él y haciéndole magníficos regalos. Después de Eumeno, fueron los rodios los más obsequiados. El día de la audiencia penetró primero Eumeno en el Senado y le dijeron que declarase con absoluta libertad lo que deseaba. Contestó el rey que si tuviera que solicitar gracia de un amigo se aconsejaría de los romanos, por temor de desear algo contrario a justicia o pedir más de lo que conviniese; pero teniendo que pedir a los romanos, lo mejor, en su opinión, era dejara discreción de este pueblo sus intereses y los de sus hermanos. Al oír estas frases, púsose en pie un senador y le dijo que nada temiese, y manifestara con franqueza lo que quería, porque la intención del Senado era otorgarle cuanto pidiera; pero a pesar de las instancias que se le hicieron, negóse Eumeno a hablar más, y se retiró. Deliberó el Senado sobre lo que convenía hacer, y prevaleció la opinión de llamar de nuevo a Eumeno y apremiarle a que se explicara con libertad, que había venido y conocía mejor que ningún otro los asuntos de Asia y lo que convenía hacer. Penetró el rey de nuevo en el Senado, habiéndole dicho alguno que le acompañaba lo que se había decidido, y vióse obligado a decir su parecer sobre el estado presente de sus negocios.

«En lo que particularmente me concierne, dijo, persisto, padres conscriptos, en la decisión tomada de dejaros en plena libertad de decidir lo que os agrade. No puedo disimular, sin embargo, la alarma que me produce una pretensión de los rodios. Vienen ante vosotros con tanto celo y ardimiento por los intereses de su patria como yo por los de mi reino; pero el discurso que van a pronunciar ante vosotros describe las cosas de un modo distinto a la realidad y fácilmente os convenceréis de ello. Comenzarán diciéndoos que no han venido a Roma para pedir ni para perjudicaros en lo más mínimo, sino para lograr de vosotros la libertad de los griegos establecidos en Asia; agregarán que por mucho que les complazca este beneficio, será aun más digno de vosotros y de la generosidad que con los demás griegos habéis tenido. Esto es la apariencia es bellissimo, mas en el fondo opuesto a la verdad, porque si se da libertad a las ciudades, cual solicitan, su poder aumentará infinitamente, quedando el mío en cierta forma destruido. Desde que fuese pública en nuestra tierra esta determinación, el prestigio de la palabra libertad y la ventaja de gobernarse por leyes propias sustraerían de mi dominación, no sólo los pueblos a quienes se otorgase este beneficio, sino los que antes me estaban sometidos, porque tal rumbo tomará el asunto: se creará que se les debe la libertad, los pueblos libres les prometerán alianza, y por reconocimiento a tan gran beneficio, se juzgarán obligados a obedecer cuantas órdenes de ellos reciban. Os ruego, pues, padres conscriptos, que os fijéis atentamente en este punto, no sea que por descuido acrecentéis demasiado el poder de unos, restringiendo imprudentemente el de vuestros amigos, y hagáis bien a los que contra vosotros han empuñado las armas, desdeñando o menospreciando al parecer a los que os han sido siempre adictos. En cualquier otra cosa que no sea en la amistad y cariño que he de profesaron mientras pueda, cederé de buen grado a quien pretenda mejor derecho, y lo mismo os diría mi padre si viviese. Fue el primero de asiáticos y griegos que buscó vuestra amistad y alianza, y fiel a ambas prosiguió hasta su último suspiro. Su alianza no se limitaba a puro sentimiento amistoso, pues no hicisteis guerra alguna en Grecia en que él no tomara parte: ninguno de vuestros aliados os ayudó con más tropas de mar y tierra y mayor cantidad de víveres y municiones, y ninguno arrostró mayores peligros. Hasta la vida perdió por vosotros, pues falleció mientras procuraba atraer a los beocios a su partido. Heredero de su reino, lo soy también de su afecto a los

romanos. Ni puedo ni es posible amaros más que él; pero he hecho por vosotros más que él hizo, porque los acontecimientos sometieron mi constancia a duras pruebas. Inútil fue que Antíoco mostrase empeño en darme a su hija por esposa y participación en cuanto poseía, entregarme inmediatamente todas las ciudades que de mi reino habían sido desmembradas, y contar conmigo en todas sus futuras empresas si me aliaba a él contra Roma: ninguno de sus ofrecimientos acepté, y lejos de ello, le he hecho la guerra con vosotros, auxiliándoos por mar y tierra con más tropas que ningún otro de vuestros aliados y, en los momentos de mayor apuro, más municiones que los otros. Sin vacilar arrostré con vuestros generales los mayores peligros, y en fin, por amistad al pueblo romano, me he visto encerrado y asediado en mi capital, a riesgo de perder corona y vida. Muchos de vosotros, padres conscriptos, conocéis de vista estos hechos, y nadie aquí los ignora. Justo es, pues, que atendáis a mis intereses con igual eficacia que yo defendí los vuestros. ¿No sería, por cierto, extraño que a vuestro enemigo Massinisa, por acudir a vuestro campo con algunos jinetes y seros fiel en la guerra contra los cartagineses, le hayáis dado por reino la mayor parte de África; que Pleurates, sin hacer jamás nada por vosotros, sea hoy por igual razón el príncipe más poderoso de Iliria, y que nada hagáis por mí después de las grandes y memorables empresas que mi padre y yo realizamos por auxiliares? ¿Cuál es, finalmente, el objeto de este discurso y qué es lo que de vosotros deseo? Lo diré con franqueza, pues así lo deseáis. Si vuestro propósito es conservar algunas plazas de Asia a este lado del monte Tauro y que antes obedecían a Antíoco, os veré en ellas con singular placer. Teniéndooos vecinos, y sobre todo, participando de vuestro poder, reinaré tranquilo y convencido de que mi reino está resguardado de todo insulto. Pero si no queréis conservar nada allí, pareceme que a nadie mejor que a mí podéis ceder las comarcas conquistadas durante la guerra. ¿No es más digno, me diréis, dar libertad a las ciudades que estaban en servidumbre? Sin duda alguna, si no hubieran tenido la audacia de unirse a Antíoco en contra vuestra; y pudiéndoles echar en cara esta falta, y más glorioso es devolver a vuestros amigos beneficio por beneficio que favorecer a vuestros enemigos.» Así habló Eumeno, y se retiró. Su discurso conmovió al Senado, dejándole muy dispuesto a hacer todo lo posible por satisfacer al rey de Pérgamo.

Quiso oír después el Senado a los rodios, pero estaba ausente uno de los embajadores, y se llamó a los de Esmirna, que probaron, con la referencia de gran número de hechos, su adhesión a los romanos durante la última guerra, y lo pronto que acudieron en su auxilio. Siendo notorio que de todos los griegos que viven en Asia con leyes propias, ningún pueblo mostró más ardimiento y fidelidad a Roma, inútil es referir aquí detalladamente cuanto en el Senado dijeron. Penetraron después los rodios; comenzando por narrar los servicios hechos a los romanos, y sin extenderse en este punto, llegaron pronto a lo que a su patria interesaba. «Sensible es para nosotros, manifestaron, que la naturaleza de los negocios no nos permita opinar como un príncipe al que estamos estrechamente unidos. Creemos que nada pueden hacer los romanos más honroso para nuestra patria, más glorioso para ellos, que librar de servidumbre a todos los griegos de Asia, haciéndoles gozar la libertad, bien que los mortales anhelan como el mayor de todos; pero precisamente no quieren convenir en esto Eumeno y sus hermanos, porque la monarquía no consiente la igualdad entre los hombres, y pretende que todos, o al menos la mayoría, le sean sumisos y obedientes. A pesar de ello, no dudamos de que nos concederéis esta gracia, no, por hacernos la ilusión de que tenemos con vosotros más crédito que Eumeno, sino por ser evidente que lo que pedimos es más justo y conforme a los intereses de los aliados. Razón habría para vacilar, si no pudierais demostrar vuestro agradecimiento a Eumeno de otra suerte que entregándole las ciudades con derecho a regirse por leyes propias, porque entonces tropezaríais en la dura alternativa de desatender a un príncipe verdaderamente amigo, o faltar a lo que la justicia y el deber exigen de vosotros, oscureciendo o borrando por completo la gloria que con vuestras empresas habéis adquirido. Pero siéndooos fácil satisfacer a todos, ¿por qué dudar? Estamos aquí como junto a mesa abundantemente servida, de donde cada cual puede tomar más de lo preciso para hartarse. Podéis disponer en favor de quien queráis de la Licaonia de la Frigia; cerca del Helesponto, de Pisidia, del Quersoneso y de

todas las comarcas vecinas de Europa, regiones que unida cualquiera de ellas al reino de Eumeno, le hará diez veces mayor que es actualmente; y si le concedéis todas o al menos la mayoría, no habrá reino más grande y poderoso que el suyo. Podéis, pues, romanos, recompensar con magnificencia a vuestros amigos, sin perjuicio de vuestra gloria y sin faltar a lo que da más esplendor a vuestras empresas, porque el objeto que os proponéis no es el que persiguen otros conquistadores que salen a campaña para subyugar ciudades y apoderarse de navíos y municiones. Vosotros habéis sometido el universo entero a vuestra dominación y desdeñáis tales cosas. ¿Qué necesitáis ahora? ¿Qué debéis buscar con mayor interés y cuidado? Las alabanzas y la gloria, difíciles de adquirir y más difíciles de conservar. ¿Queréis convencerlos? Habéis hecho la guerra a Filipo exponiéndolos a todo género de peligros sólo por dar libertad a los griegos, único fruto que os proponíais de esta expedición, y no obstante, os ha satisfecho más que los terribles castigos con que os vengasteis de los cartagineses. Y no nos sorprende, porque el dinero que habéis exigido es un bien común a todos los hombres; pero los honores, los elogios y la gloria sólo corresponden a los dioses y a los hombres que se asemejan a la divinidad. La más hermosa de vuestras empresas es la de haber dado libertad a los griegos, y si concedéis igual favor a los griegos de Asia, llegará vuestra gloria a su apogeo; pero si no queréis coronar vuestra primera generosa acción con esta última, perderéis mucha parte de la fama que aquella os produjo. En cuanto a nosotros, romanos, unidos a vosotros y por hacer triunfar vuestras miras, hemos arrostrado los mayores peligros, y conservaremos siempre los mismos amistosos sentimientos; por ello no tememos manifestar lo que nos parece más y conveniente y ventajoso. Ni nos mueve interés propio, ni deseamos otra cosa que lo que os convenga hacer.» Así hablaron los embajadores rodios, y la solidez de sus argumentos unida a la modestia de su discurso conquistaron los aplausos de todo el Consejo. Los embajadores de Antíoco, Antipater y Zeuxis, penetraron en seguida, y se limitaron a pedir, a suplicar que fuese confirmada la paz hecha en Asia por los dos Escipiones, cosa que el Senado hizo en el acto. Pocos días después el pueblo ratificó la paz y se hicieron a Antipater los juramentos de costumbre en tales ocasiones. Llamados después otros embajadores procedentes de Asia, concedióseles corta audiencia, dando a todos igual respuesta, cual fue, que se designarían diez diputados, para sobre el terreno enterarse de las cuestiones que las ciudades tenían entre sí. Se les designó, efectivamente, con facultades para arreglar a su arbitrio estos particulares asuntos. Respecto a los generales el Senado ordenó que todos los pueblos hasta el monte Tauro, sometidos antes de la guerra a Antíoco, en adelante reconocieran por rey a Eumeno, a excepción de la Licia y de la Caria, hasta el Meandro, que se daban a los rodios; que las ciudades griegas tributarias antes de Attalo lo serían ahora de Eumeno, quedando exceptuadas las que no pagaban tributo a Antíoco. Tales fueron las órdenes dadas a los diez comisarios enviados a Asia junto al cónsul Cneo.

Así arreglados los negocios, volvieron los rodios al Senado para tratar de la ciudad de Soles, que se halla en Cilicia, asegurando que debían velar por sus intereses a causa de ser sus habitantes, como ellos, una colonia de argivos, y considerarles hermanos, manteniendo con ellos unión verdaderamente fraternal. Solicitaron, pues, como favor a los rodios que aquellos obtuviesen la libertad. Al oír la petición, el Senado ordenó llamar a los embajadores de Antíoco, y deseó que este príncipe abandonara la Cilicia, pero Antipater y Zeuxis se negaron a aceptar esta condición, que era contraria a lo estipulado. Les propuso entonces el Senado dejar en libertad la ciudad de Soles, y resistiendo los embajadores acceder a ello, les despidió, haciendo entrar a los rodios y enterándoles de que los representantes de Antíoco se oponían a su petición. Agregó que si resueltamente querían la libertad de Soles, arrostrando por todo, satisfarían su deseo. Tanto complació a los rodios la decisión del Senado por servirles, que manifestaron estar conformes con lo que se les había otorgado, y Soles continuó como estaba. Próximos a partir los diez comisarios y los embajadores, llegaron a Brindis, en Italia, Publio y Lucio Escipión, ambos vencedores de Antíoco, y entraron pocos días después en Roma, consiguiendo los honores del triunfo.

CAPÍTULO II

Restablecido en el trono Aminandro, despacha a Éfeso embajadores a los Escipiones.- Los etolios se apoderan de Anfiloquia, la Aparantia y la Dolopia.- Vencido Antíoco, procuran apaciguar el rencor de los romanos.

Creyéndose Aminandro en tranquila posesión de su reino, despachó embajadores a Roma y los dos Escipiones, que aún permanecían en Éfeso. Las órdenes dadas a estos embajadores eran excusar, en lo tocante a los etolios, el haber recobrado sus Estados, quejarse de Filipo y rogar que se le contase en el número de los aliados.

Juzgaron los etolios la ocasión propicia para penetrar en Anfiloquia y Aparantia, y su general Nicandro reunió numeroso ejército, invadiendo Anfiloquia, desde donde, por no encontrar resistencia alguna, se traslado a la Aparantia, cuyas poblaciones, como las de la anterior provincia, se rindieron de buen grado. Entró en seguida en Dolopia, donde al principio quisieron defenderse permaneciendo fieles a Filipo, pero al saber lo sucedido a los atamanienses y la fuga de Filipo, cambiaron de parecer y se unieron a los etolios. Concluida esta feliz expedición, regresó Nicandro a Etolia muy satisfecho de haber librado a su patria con tales conquistas de todo peligro exterior; por lo menos así lo creían. Pero mientras se regocijaban los etolios con sus conquistas, llegó la noticia de haberse librado una batalla en Asia siendo completamente derrotado Antíoco. Cundió la alarma por todas partes, y al mismo tiempo llegó de Roma Damotelo anunciando que continuaban en guerra con esta república y que el cónsul Marco Fulvio iba contra ellos al frente de un ejército. Esto aumentó la alarma ignorando cómo se librarían de la tempestad que les amenazaba. Tomaron al fin el partido de enviar comisionados a los rodios y a los atenienses, rogándoles mandaran a Roma embajadores que, apaciguando la cólera de los romanos, aliviasen algo los males que agobiaban la Etolia. También por su parte despacharon una embajada, eligiendo para formarla a Alejandro llamado el Isiano, Feneas, Carops, Alipo de Ambracia y Licopes.

CAPÍTULO III

Cercan los romanos a Ambracia.- Extremada avaricia de uno de los tres embajadores etolios.

Habló el cónsul con los embajadores que habían ido a verle de parte de los epirotas acerca de la expedición de que estaba encargado contra los etolios, y les pidió consejo. Obedeciendo entonces los ambracianos las leyes de los etolios, aconsejaronle los embajadores poner sitio a Ambracia, porque si los etolios deseaban aceptar una batalla, el campo era allí muy a propósito para darla, y si por temor la rehusaban, fácil cercar la ciudad, encontrando en aquella comarca abundancia de todo lo necesario para la alimentación de las tropas y los trabajos del asedio, pues el Aractus que corría junto a sus muros le facilitaba conducir al campamento todo lo necesario y resguardaría las obras de sitio. Conoció Marco Fulvio que el consejo era bueno; levantó el campamento, y por el Epiro condujo el ejército delante de Ambracia. Al llegar no se atrevieron los etolios a hacerle frente. Reconoció las fortificaciones, cercó la ciudad, y empezó rudamente el ataque.

Antes de que partiese el cónsul, los embajadores enviados por los etolios a Roma fueron descubiertos por Sibirto, hijo de Petreo, en la Cefalenia y conducidos a Casandra. En el primer momento opinaron los epirotas trasladarlos a Buquetus, guardándoles allí con cuidado; pero algunos días después, y por estar en guerra con los etolios, les propusieron rescatar su libertad. Uno de estos embajadores, Alejandro, era el hombre más opulento de Grecia; también eran ricos los otros dos, pero no tanto como aquel. Pidiéronles a cada uno cinco talentos, y los dos últimos aceptaron con gusto la condición, considerando que la libertad era el bien máspreciado que tuvieran en el mundo; pero Alejandro dijo que no quería comprarla tan cara, y que cinco talentos eran suma exorbitante. Mientras él pasaba las noches gimiendo y llorando por la pérdida que le amenazaba, temieron los epirotas que al saber los romanos la detención de los embajadores, les escribieran rogándoles o

quizás ordenándoles que les pusieran en libertad. Este temor les hizo menos exigentes, contentándose con pedir tres talentos por rescate de cada uno de ellos. Los dos menos ricos consintieron pagarlos, y dando fianza regresaron a su tierra; pero Alejandro respondió que sólo pagaría un talento, y que aun esto era mucho, por lo cual continuó detenido. Paréceme que este viejo, poseedor de doscientos talentos, prefería perder la vida a dar tres; que a tal extremo conduce la avaricia de acumular dinero; y, no obstante tan buen resultado tuvo en esta ocasión su insensata negativa, que la aplaudieron y elogiaron, porque a los pocos días llegaron a Casandra las cartas de los romanos que temían los epirotas, y Alejandro fue el único embajador que recobró la libertad sin rescate. Cuando los etolios supieron la aventura designaron a Damotelo para que fuese de embajador a Roma; fiero al saber éste en Leucades que Marco Fulvio se dirigía por el Epiro a Ambracia, desesperó del éxito de su embajada y regresó a Etolia.

CAPÍTULO IV

Resistencia de los etolios frente al cónsul romano Marco Fulvio.- Evocación de otros famosos agedios.

Cercados los etolios por el cónsul romano Marco Fulvio, resistieron valerosamente los ataques de las máquinas y arietes quo había hecho avanzar. Fortificado su campamento, hizo construir el cónsul contra Pyrrhea, en la llanura, tres obras avanzadas, separadas por intervalos y dirigidas al mismo punto; construyó otra por la parte de Esculapium, y la quinta contra la ciudadela. Impulsados con gran vigor todos estos trabajos que estrechaban la ciudad, los encerrados dentro veían con espanto los terribles peligros que les amenazaban. Los arietes batían potentes los muros, y los sitiados aprovechaban todos los medios para resistir, lanzando con sus máquinas contra los arietes masas de plomo, fragmentos de roca y troncos de encina. Valiéndose de anillos de hierro, atraían a la parte inferior de los muros las guadañas del enemigo para romper el aparato que las movía y apoderarse de ellas, y diferían las operaciones del asedio con frecuentes salidas, atacando por la noche a los centinelas que protegían los trabajos o acometiendo con arrojo durante el día a los diversos puestos.

Nicandro envió un día quinientos jinetes que penetraron en ella atravesando audazmente los atrincheramientos del contrario. Les ordeno que, en determinado día y hora atacaran a los sitiadores, prometiéndoles que él lo haría también por opuesto lado participando del peligro. Salieron, efectivamente, los sitiados y combatieron con valor; pero temiendo el peligro, o por alguna ocupación precisa que le impidiera realizar el proyecto, no atacó Nicandro, y el esfuerzo fue inútil. ...Muchas ciudades, aun después de destruidos sus muros, resistieron al enemigo como lo hizo Ambracia. A fuerza de golpear sin interrupción con los arietes, los romanos derribaban cada día una parte de la muralla; pero no podían entrar por la brecha, porque los cercados construían por dentro un nuevo muro y los etolios que quedaban combatían con arrojo entre las ruinas. Desesperando los romanos de poder ocupar la ciudad a viva fuerza, comenzaron a hacer minas; pero tampoco conseguían nada, porque los sitiados, que según probaremos, eran muy hábiles en todos los trabajos militares, comprendieron la intención y neutralizaron los efectos. Fortificaron los romanos de lastres obras avanzadas la de en medio, poniéndola a cubierto de todo ataque, y construyeron paralelamente al muro un pórtico de doscientos pies de largo. Al abrigo de esta muralla continuaron sin interrupción los trabajos de las minas, esparciendo la tierra que sacaban. Así engañaron a los cercados durante muchos días, hasta que por elevarlo el montón de tierra comprendieron éstos lo que sucedía e hicieron una contramina paralela al muro y al pórtico construido frente a las torres. Cuando tuvo la profundidad conveniente, colocaron en ella una serie de instrumentos y campanas de bronce de delicada construcción para escuchar el ruido de los mineros romanos y saber la dirección de sus trabajos. Así dirigidos, atravesaron su mina con otra por debajo de la muralla en la presumida dirección de la que hacía el contrario. Pronto concluyeron

esta nueva mina, porque la excavación de los romanos pasaba ya del muro, habiendo tenido que sostener con postes ambos lados de la reina. Encontráronse, pues y trabaron combate con sus picas, pero sin resultado, por lo fácil que era protegerse con el escudo. Uno de los sitiados sugirió a sus conciudadanos la idea de colocar en aquel punto un tonel tan grande como la excavación, lleno de menuda pluma y atravesado por una barra de hierro con agujeros. Abierto el tonel por la parte que daba al enemigo, prendieron fuego en la abertura, que avivado con la barra y comunicado a las plumas, produjo por la humedad de éstas un humo acre y violento en toda la parte de mina que los romanos ocupaban, y no pudiendo ni detener el humo ni sufrirlo, abandonaron la mina.

CAPÍTULO V

Tras larga resistencia ríndese Ambracia al cónsul.- Paz entre etolios y romanos.- EL tratado.

Llegaron al campamento de los romanos embajadores de los atenienses y de los rodios para inclinar a Fulvio a concertar la paz con los etolios, y Aminandro, rey de los atamanienses, solicitó también salvoconducto para presentarse al cónsul. En la época de su fuga había vivido largo tiempo en Ambracia, a cuyos habitantes amaba, mostrando grande empeño por librarles de aquella extremidad. Pocos días después acudieron asimismo embajadores de Acarnania, acompañados de Damotelo, pues al saber el cónsul el accidente ocurrido a los embajadores etolios escribió a los de Tiro para que se los llevaran. Todas estas embajadas reunidas, trabajaban con ardor por la paz. Sin cesar exhortaba Aminandro a los ambracianos diciéndoles que la conseguirían siguiendo mejores consejos. Con frecuencia llegaba al pie de las murallas y hablaba con los sitiados, y creyendo éstos oportuno que entrase en la ciudad, solicitó permiso al cónsul, que se lo concedió. Entró, pues, y deliberó con los ambracianos sobre la situación presente. Por otro lado, los embajadores de Atenas y de Rodas en sus frecuentes conversaciones con el cónsul procuraban calmarle e inducirle en favor de los ambracianos. Alguno sugirió a Damotelo y a Feneas que vieran e hiciesen amistad con C. Valerio, hijo de Marco Loevino, que fue el primero en llevar a cabo un tratado de alianza con los etolios, y hermano de madre de Marco Fulvio. Era Valerio joven oficial de gran talento y de mucho valimiento con el cónsul. Recomendóle Damotelo este negocio, que Valerio consideró como asunto propio, hasta el punto de juzgar deber suyo proteger a los etolios y procurando con el mayor celo restablecer su amistad con los romanos. Tanto se movió para conseguirlo, que al fin logró su deseo. Cediendo los ambracianos a las exhortaciones de Aminandro, rindiéronse a discreción, abriendo al cónsul las puertas de la ciudad, a condición, no obstante, para no faltar a la fe con sus aliados, de que salieran libremente los etolios para retirarse a su patria. Efectuado el tratado de paz con consentimiento del cónsul, decía en substancia que los etolios pagarían inmediatamente doscientos talentos eubeicos y trescientos en diez años, a razón de cincuenta cada uno; que en el plazo de seis meses devolverían sin rescate todos los prisioneros y tránsfugas que tenían de los romanos; que no sujetarían ninguna ciudad a sus leyes y gobierno, ni someterían ninguna de las tomadas por los romanos desde que Tito Quintio fue a Grecia o que habían hecho alianza con Roma, y que los cefalenios no quedaban incluidos en el tratado. Este sólo era un proyecto sin fuerza hasta que los etolios convinieran en él y se diese cuenta al Senado. Los embajadores de Atenas y Rodas permanecieron en Ambracia esperando la vuelta de Damotelo, que fue a anunciar a los etolios lo pactado. Éstos, que no esperaban ser tan bien tratados, lo aceptaron con regocijo, aunque en el primer momento sintieran la separación de las ciudades que vivían sujetas a sus leyes.

Rendida Ambracia, puso en libertad el cónsul a los etolios, según se había estipulado; pero ordenó transportar las estatuas, cuadros y objetos de arte, que eran muchos, porque Ambracia había sido capital y lugar de residencia de Pirro. Se le obsequió a Fulvio con una corona de ciento cincuenta talentos. Entró éste en seguida en las tierras de Etolia, sorprendiéndole no encontrar resistencia, y al llegar a Argos de Anfiloquía, distante ciento sesenta estadios de Ambracia, acampó, y supo por Damotelo que los etolios habían confirmado el convenio. Regresaron los embajadores

etolios a sus casas y Fulvio a Ambracia, donde no se detuvo, saliendo para Cefalenia.

Eligieron en Etolia por embajadores para ir a Roma a Feneas y Nicandro, con objeto de que gestionaran la ratificación del tratado de paz por el pueblo, sin lo cual era ineficaz. Llevando consigo a los embajadores de Atenas y de Rodas, se pusieron en camino. Por su parte, el cónsul envió también a Caio Valerio y a algunos otros amigos suyos, que al llegar a Roma hallaron al pueblo excitado por Filipo contra los etolios. Creía este príncipe que habían sido injustos con él al apoderarse de la Atamania y de la Dolopia, y suplicó a los amigos que tenía en Roma que, tomando parte en su resentimiento, impidieran la ratificación del tratado de paz: y de tal forma prepararon los ánimos, que apenas quiso escuchar el Senado la que decían los embajadores etolios, hasta que, a ruegos de los rodios y de los atenienses, se les oyó con atención. Uno de los embajadores de Atenas, Damis, fue aplaudido por toda la asamblea en varios párrafos de su discurso, y especialmente en una comparación muy apropiada al asunto. Manifestó que era justa la irritación del Senado contra los etolios, quienes colmados de beneficios por Roma, nunca atestiguaron agradecimiento: que, provocando la guerra con Antíoco, pusieron al pueblo romano en inminente peligro; pero que hacía mal el Senado al imputar a la nación tales faltas, porque en los Estados la muchedumbre era en cierto modo parecida al mar, de ordinario apacible y tranquilo, hasta el punto de aproximarse a él y viajar sobre sus aguas sin temor ni peligro, pero que agitado por impetuoso huracán, es lo más terrible y formidable; que esto había ocurrido en Etolia, pues mientras sus habitantes, se dejaron guiar por sus propios instintos, fueron, de todos los griegos, los más amigos y mejores auxiliares de los romanos; pero al volver allí Thoas y Dicearco procedentes de Asia, y Menestas y Damócrito de Europa, sublevaron la muchedumbre, mudando sus disposiciones naturales hasta el extremo de comprometerla a decirlo y hacerlo todo. Cegada por malos consejos, y deseando perjudicar a los romanos, se precipitó en un abismo de desdichas; que la cólera del Senado debía dirigirse contra aquellos botafuegos y no contra la República etolia, digna de su compasión, y que librada por la paz del peligro en que se hallaba, volvería a ser, de seguro, como antes, por agradecimiento a este nuevo beneficio, la amiga más fiel de Roma entre todas las naciones de Grecia. Este discurso reconcilió a los etolios con el Senado, que aprobó e hizo ratificar por el pueblo el tratado. Decía así:

«Los etolios tendrán respeto sincero y sin reserva al imperio y dominación romana, No dejarán paso por sus tierras y ciudades a ninguna tropa que manche contra los romanos, sus aliados o sus amigos, y en ningún caso lo socorrerán por disposición de las autoridades. Tendrán por amigos y enemigos los mismos que el pueblo romano, y harán la guerra a los que los romanos la hagan. Devolverán todos los tráfugas y prisioneros hechos a los romanos y a sus aliados, a excepción de los que capturados en el transcurso de la guerra y devueltos a su patria fueran prisioneros por segunda vez y de los que eran enemigos de Roma cuando los etolios estaban aliados a ella. Estos prisioneros y tráfugas serán entregados a los magistrados de Corcira en el término de cien días, a contar desde la ratificación del tratado, si en dicho término no se encontrara a algunos, los entregarán cuando aparezcan, sin cometer fraude ni permitir que regresen a Etolia. Pagarán inmediatamente los etolios en plata tan buena como la del Ática, al procónsul que está en Grecia, doscientos talentos euboicos, y podrán, si lo desean, abonar en oro la tercera parte de esta suma a razón de diez minas de plata por una de oro. Enviarán además a Roma cincuenta talentos anuales durante seis años. Entregarán al cónsul cuarenta rehenes elegidos por los romanos, que no tendrán menos de nueve ni más de cuarenta años. No habrá pretor, ni general de caballería, ni escriba público que no haya estado antes en rehenes en Roma. Los etolios cuidarán del viaje de los rehenes, y si alguno falleciese será reemplazado por otro. No será comprendida en este tratado la Cefalenia. No conservarán los etolios dominio alguno sobre las tierras, ciudades y hombres que se hallaban en su poder en tiempo de los cónsules Tito, Quintio, Cneo Domicio, y posteriormente, o que han sido aliados de Roma. La ciudad y territorio de los eniados se unirá a la Acarnania.»

Jurada fidelidad a estos artículos, firmóse la paz. Así se arreglaron los asuntos de los etolios, y en general los de todos los griegos.

CAPÍTULO VI

En qué época sostuvo el cónsul Manlio la guerra contra los gálatas.

Esta guerra concluyó en Asia, mientras en Roma se trataba la paz con Antíoco y en Grecia luchaban los romanos con los etolios. Todos los embajadores que fueran de Asia a Roma trabajaron para terminarla.

CAPÍTULO VII

Esfuerzo que cuesta a Moages, tirano de Cibira, preferir su salvación a su dinero.

Moages, tirano de Cibira, era falso y cruel. Merece que hable de él, no de paso, sino con el cuidado y diligencia que a mi historia conviene. Al aproximarse el cónsul, que para sondearle envió por delante a C. Helvio, el tirano de Cibira despachó un comisionado a éste rogándole que impidiese el saqueo de sus tierras, pues él era amigo del pueblo romano y se hallaba dispuesto a hacer cuanto le ordenaran. Al mismo tiempo ordenó le ofrecieran una corona que valía quince talentos. Prometió Helvio que no tocarían a sus tierras, y a la vez le recomendó enviase una embajada al cónsul que se aproximaba y llegaría pronto. Mandó, efectivamente, Moages embajadores en compañía de su hermano, y encontraron éstos en el camino al cónsul, que les manifestó en tono enérgico y amenazador era Moages el príncipe asiático que más había contribuido a combatir el poder de Roma, no mereciendo su amistad, sino su cólera e indignación. Asustados los embajadores, hicieron caso omiso de las órdenes recibidas, suplicando al cónsul que conferenciase con Moages, y obtenida esta gracia regresaron a Cibira. Salió el tirano de la ciudad al día siguiente, acompañado de sus amigos, vestido con humildad, sin escolta y en un estado que daba compasión verle. Empezó doliéndose de su pobreza y de la miseria de las ciudades de su pequeño Estado, que sólo eran tres, Cibira, Silea y Alinda, y rogó al cónsul que se contentara con quince talentos. Admirado Cneo Manlio de la falta de pudor de este tirano, le dijo que si no daba quinientos talentos talaría sus tierras, pondría sitio a Cibira y la entregaría al saqueo. Amedrentado Moages, suplicó que no llevase a cabo las amenazas, y lo hizo con tal habilidad, que agregando algo a los primeros ofrecimientos, se hizo amigo del pueblo romano, sin costarle más de cien talentos y diez mil medidas de trigo.

CAPÍTULO VIII

Acciones de Manlio en la Pamfilia y la Caria en el transcurso de la guerra de los galo-griegos.

Luego de atravesar Cneo Manlio el Colabates, recibió embajadores de la ciudad llamada Isionda para suplicar que la socorriera contra los telmesianos, que en unión de los filomenianos, después de talar los campos y saquear la ciudad, tenían puesto sitio a la ciudadela, donde se habían refugiado todos los habitantes con sus mujeres e hijos. Prometiéndoles bondadosamente Manlio que iría en su auxilio, y previniendo las ventajas de este negocio, se dirigió a la Pamfilia y contrajo alianza con los telmesianos y los aspendianos mediante cincuenta talentos que exigió. Presentáronse allí embajadores de otras ciudades, a quienes inspiró los mismos sentimientos amistosos, y después de hacer levantar el sitio de Isionda, regresó a la Pamfilia.

CAPÍTULO IX

Secuencias de la incursión contra los galo-griegos.

Ocupada la ciudad de Cirmasa con un botín considerable, cuando costeaba Manlio un pantano encontró los embajadores que le enviaban los habitantes de Lisinoe para rendirse a discreción. Desde allí penetró por las tierras de los salagusianos, apoderándose en ellas de un gran botín, y esperó hasta ver lo que la ciudad resolvía. Enviáronle un comisionado para saber las condiciones con que concedería la paz, y exigió una corona de un valor de cincuenta talentos, dos mil medimnos de cebada, y dos mil de trigo. Entregósele lo que pedía, y quedó concertada la paz.

CAPÍTULO X

Eposoñat, rey de los galo-griegos, exhorta sin resultado a los otros reyes de la misma región a someterse a los romanos.

Despachó Manlio embajadores a Eposoñat para que gestionara con los otros reyes de la Galo-Grecia, y recibiólos de aquel poco tiempo después, suplicándole, que no se apresurase a levantar el campo ni a atacar a las galo-tolistoboges, porque él mismo iría a ver a sus reyes y les inclinaría a la paz, persuadiéndoles para que aceptaran las condiciones que les ofrecieran, siendo razonables.

Avanzó Cneo Manlio hasta el Sangaris, y no pudiendo vadearlo por la profundidad, hizo construir un puente. Cuando acampaba a orillas del río se le presentaron algunos galos enviados de Pessinunta por Altis y Battacus, sacerdotes de la madre de los dioses. Llevaban éstos suspendidos al cuello emblemas y figuras, y le manifestaron que la gran diosa presagiaba a los romanos la victoria y el poder. Acogióles Manlio con benevolencia, pero al llegar éste junto a la aldea de Gorda mandóle a decir Eposoñat que había visto a los reyes de los galos, que no aceptaban ningún convenio, y que habiendo reunido en el monte Olimpo sus mujeres, sus hijos y efectos, se disponían a la defensa.

CAPÍTULO XI

Ortiagón, rey de Galacia.

Ortiagón, rey de Galacia, decidió extender su dominación a todos los gálatas de Asia. La naturaleza y la costumbre le ayudaban para el feliz éxito de esta empresa. Distinguíanle su liberalidad y grandeza de alma, y en los consejos y conversaciones mostrábase tan atento como hábil. Era además de extraordinaria bizarría e intrepidez en las batallas, condición de suma importancia en los pueblos de aquella raza.

CAPÍTULO XII

Chiomara

Cuando los romanos, al mando de Manlio, derrotaron a los gálatas, cayó en su poder, entre otras mujeres, Chiomara, esposa de Ortiagón. El centurión a quien correspondió en el reparto, hombre avaro y libertino, abusó de ella indignamente, pero vencible después la avaricia y aceptó gran cantidad de dinero por dejarla en libertad llevándola él mismo a orillas de un río que separaba el campamento romano del de los contrarios. Los gálatas que traían el precio del rescate cruzaron el río y contaron el dinero al centurión, quien les entregó a Chiomara; pero en el instante en que se despedía de ella abrazándola, hizo Chiomara señas a uno de aquellos para que le diese muerte. Comprendió el gálata la indicación, y cortó la cabeza al romano. Cogióla Chiomara, la envolvió en su vestido, y al llegar junto a su marido la arrojó a sus pies ensangrentada. Admirado éste, la dijo: «Bello es, esposa mía, conservar la fe.- Sí, replicó ella; pero es más bello no dejar con vida más que uno de los hombres que me han gozado.» Manifiesta Polibio que diferentes veces conversó con esta

mujer en Sardes, admirando su grandeza de alma y su prudencia.

CAPÍTULO XIII

Emboscada que los galos tectosages tienden contra Manlio, bajo pretexto de una conferencia.

Vencidos los galos y cuando Manlio, acampado junto a Ancira, se disponía a marchar adelante, llegaron embajadores de los tectosages, para suplicarle que, sin mover las tropas de donde se hallaban, avanzase él al día siguiente entre los dos campamentos, donde encontraría a los reyes para tratar de la paz. Accedió el cónsul y fue al lugar indicado con quinientos caballos; pero los reyes faltaron a la cita y regresó al campamento. Vinieron nuevamente los embajadores tectosages, excusaron con diferentes pretextos a sus príncipes, y rogaron otra vez al cónsul que fuera al sitio convenido, donde le esperarían los magnates de aquella tierra para conferenciar sobre la forma de acabar la guerra. Prometió Manlio lo que le solicitaban, pero no salió del campamento, enviando a Attalo con algunos tribunos y trescientos caballos. Acudieron, efectivamente, varios tectosages de los más distinguidos; hablóse del asunto, pero manifestaron que carecían de poderes para un pacto, y que sus reyes vendrían en seguida para acordar los artículos de la paz, si Manlio quería encontrarse con ellos en el mismo lugar. Prometió Attalo que iría el cónsul, y se separaron. Todos estos detalles eran fingidos, y el verdadero propósito ganar tiempo para transportar al lado opuesto del Halis sus familias y efectos, y, sobre todo, coger prisionero al cónsul, si podían, o al menos degollarle. Con tal fin, volvieron al día siguiente al sitio convenido al frente de unos mil caballos y esperaron la llegada de los romanos. Persuadido el cónsul, por lo que le dijo Attalo, de que vendrían los reyes, salió como la primera vez del campamento con quinientos caballos. Debe advertirse que algunos días antes los forrajeadores del ejército romano estuvieron en un lugar desde donde podían ayudar al destacamento de caballería que acompañaba al cónsul, y el mismo día de la conferencia ordenaron los tribunos que salieran en gran número, fuesen a dicho lugar y se les uniera otro destacamento igual. Lo que parecía sin objeto fue muy útil a las pocas horas.

CAPÍTULO XIV

Asuntos de Grecia y el Peloponeso.

Aprovechando los recursos de la traición, apoderóse Fulvio durante la noche de una parte de la ciudadela, e introdujo en ella a los romanos

Para castigar un crimen de los lacedemonios, el pretor de los aqueos, Filopemen, trajo a los desterrados a la ciudad, y ordenó matar, según refiere Polibio, a cuarenta espartanos

CAPÍTULO XV

Embajadas que despachan a Manlio todas las naciones de Asia.- Tratado de paz entre Antíoco y los romanos.

Durante el tiempo en que Cneo Manlio se hallaba en cuarteles de invierno en Éfeso en el último año de esta olimpiada, las ciudades griegas de Asia y muchas otras despacharon embajadores para felicitarle por la victoria que había logrado sobre los galos y llevarle coronas. La alegría de los pueblos de este lado del monte Tauro no se fundaba tanto en que, derrotado Antíoco, veíanse libres unos de los impuestos que les agobiaban, otros de guarniciones que les oprimían, y todos de la necesidad de obedecer las órdenes de este príncipe, sino porque ya nada temían de los bárbaros y no sufrirían de ellos los insultos e injusticias a que estaban acostumbrados. Antíoco, los galos y Ariarates, rey de Capadocia, enviaron representantes al cónsul para saber con cuáles condiciones se

les concedería la paz. Ariarates se había unido a Antíoco y hallóse en la batalla que los romanos acababan de ganar. Temió el castigo, y la alarma en que vivía le hizo despachar un comisionado tras otro a fin de saber qué deseaban diese o hiciera para obtener el perdón de su falta. El cónsul recibió bondadosamente todas las embajadas de las ciudades, y después de elogiarlas mucho, las despidió. Contestó en seguida a las otras, diciendo a los galos que esperaba la llegada de Eumenes para hacer la paz con ellos; a los de Ariarates que pagaran seiscientos talentos; y a Museo, embajador de Antíoco, que antes de hablar su señor de paz viniera con su ejército a las fronteras de Pamfilia trayendo dos mil quinientos talentos y el trigo que se debía distribuir a los soldados, conforme al acto llevado a cabo antes con Lucio Escipión. Al llegar la primavera, y hechos los sacrificios expiatorios, partió con Attalo, llegando a los ocho días de marcha a Apamea, donde permaneció tres días. Al tercero levantó el campamento y se dirigió a largas jornadas durante otros tres al lugar donde dijo a los embajadores de Antíoco que fueran a esperarle. Allí estaba Museo, y rogó a Manlio que aguardara hasta que los carros y acémilas que traían el trigo y el dinero llegasen. Tres días después entraron en el campamento; se distribuyó el trigo a las tropas, y un tribuno por orden del procónsul llevó los talentos a Apamea. Notificaron a Manlio que el jefe de la guarnición de Perga no había evacuado esta plaza, y se acercó a ella con el ejército. Ya se hallaba muy próximo cuando se le presentó dicho jefe suplicándole que le dispensara permanecer en Perga, por ser éste su deber; que Antíoco le había dado el mando, y su obligación era conservarlo mientras no le dijera lo que debía hacer; que hasta entonces nadie le había manifestado las intenciones de dicho príncipe, y que le concediera un plazo de treinta y nueve días para informarse de lo que deseaba el rey que hiciese. Manlio consintió en ello sin esfuerzo, porque en todo encontraba a Antíoco fidelísimo a su palabra. Pocos días después Perga estaba libre. Al iniciarse el verano desembarcaron en Éfeso los diez comisarios con Eumenes, y tras de descansar dos días se encaminaron a Apamea. Advertido Manlio, envió a su hermano Lucio con cuatro mil hombres contra los oroandianos para inducirles u obligarles a pagar los tributos que se les habían impuesto. Apresuróse en seguida a reunirse al rey Eumeno, y al llegar a Apamea celebró Consejo con este príncipe y los diez comisarios sobre la paz que se iba a concertar y que quedó ajustada en estos términos:

«Entre Antíoco y los romanos habrá perpetua paz con las siguientes condiciones:

»El rey Antíoco no permitirá el paso por sus tierras ni por las de sus vasallos a ningún ejército enemigo del pueblo romano, ni le proporcionará socorro alguno. En reciprocidad, ni Roma ni sus aliados permitirán que pase por sus tierras ejército alguno para hacer la guerra a Antíoco o sus vasallos.

»Antíoco no llevará la guerra a las islas, y renunciará a sus pretensiones en Europa.

»Retirá sus tropas de todas las ciudades, pueblos y castillos de esta parte del monte Tauro hasta el río Halis, y del llano hasta las alturas del lado de Licaonia.

»Al evacuar las plazas, las tropas sirias no se llevarán el armamento, y si se lo han llevado lo restituirán.

»Antíoco no recibirá en sus Estados soldados del rey Eumeno ni de ningún otro.

»Si algunos habitantes de las ciudades que los romanos separan del reino de Antíoco se unen a su ejército, los enviará a Apamea. »Se permitirá a los del reino de Antíoco que estén con los romanos o sus aliados continuar con ellos o retirarse.

»Antíoco y sus vasallos devolverán a los romanos y a los aliados de éstos los esclavos, los prisioneros y los fugitivos que hayan capturado.

»El rey de Siria pondrá en manos del procónsul, si pudiera hacerlo, al cartaginés Aníbal, hijo de Amílcar; al acarnanio Mnesiloco, al etolio Thoas, a los calcidianos Eubulis y Filón, y a cualquier otro que haya ejercido alguna magistratura en Etolia.

»Entregará todos los elefantes que tiene en Apamea y no se le permitirá tener ninguno.

»Pondrá a los romanos en posesión de todas las galeras armadas en guerra con sus

tripulaciones, y únicamente podrá tener en el mar diez barcos con treinta remeros cada uno.

»Limitará su navegación al promontorio Calicadno, salvo si tiene que enviar dinero, embajadores o rehenes.

»No se le permitirá reunir tropas mercenarias en tierra romana, ni siquiera recibir voluntarios.

»Las casas que en Siria pertenecen a los rodios y a sus aliados continuarán en su poder como antes de la guerra.

»Si se les debe dinero, podrán exigirlo y se les restituirá lo que probasen que se les ha quitado.

»Los bienes de los rodios quedarán exentos de todo gravamen e impuesto, como se hallaban antes de la guerra.

»Si Antíoco ha dado a otros las ciudades que debe entregar a los romanos, sacará de ellas las guarniciones y no aceptará las que, concertada la paz, deseen volver a su obediencia.

»Durante doce años satisfará a los romanos mil talentos anuales en plata de la más pura, como la de Atenas, de ochenta libras romanas cada talento, y quinientas cuarenta mil medidas de trigo.

« Entregará al rey Eumeno en el período de cinco años trescientos cincuenta y nueve talentos en iguales anualidades; ciento veintisiete talentos por el trigo que se le debe y que se ha dejado a estimación de Antíoco, y mil doscientas ocho dracmas que él concede a Eumeno, y con las cuales se da este rey por satisfecho.

»Entregará a los romanos veinte rehenes de dieciocho a cuarenta y cinco años, y los cambiará cada cuatro años.

»Si faltara algo a la cantidad que debe abonar cada año, lo que falte lo entregará al siguiente.

»Si algunas ciudades o naciones a las cuales por el presente tratado no puede declarar guerra Antíoco, la hicieran a él, tendrá derecho a defenderse, pero no a apoderarse de ninguna de estas ciudades o a contarlas entre sus aliados.

»Las cuestiones que ocurran se resolverán con arreglo a justicia.

»Si cualquiera de ambas partes juzgara oportuno agregar o quitar algunos de los anteriores artículos, podrá hacerse por mutuo consentimiento. »

Prestados los juramentos de costumbre, envió el procónsul a Siria a Lucio Minucio Thermo y a su hermano Lucio, que habían traído el dinero de los oroandianos, ordenándoles que para seguridad del tratado tomaran juramento a Antíoco. Asimismo despachó correos a Quinto Fabio para que regresara al puerto de Patara y quemar en él todos los barcos del rey de Siria.

CAPÍTULO XVI

Los diez comisarios arreglan los asuntos de Asia.

Escuchadas por el general romano y los diez comisarios en Apamea las cuestiones que tenían entre sí los particulares, unos por las tierras, otros por dinero o por cualquier otra causa, les enviaron a ciudades aceptadas por ellos para que allí concluyesen sus litigios y se dedicaran al arreglo de los asuntos generales. Todas las ciudades libres que, tributarias antes de Antíoco, habían permanecido fieles a los romanos en la última guerra, quedaran exentas de tributo; las que la pagaban a Attalo se les obligó a satisfacerlo a Eumeno, y a las que se separaron de los romanos para unirse a Antíoco se les ordenó entregar a Eumeno lo que daban al rey de Siria. Concedióse completa franquicia a tus colofonianos establecidos en Notium, a los cimeanos y a los milesianos. La ciudad de Clazomenes logró además de la inmunidad la soberanía en la isla Drimusa. Se restableció a los milesianos el campo sagrado que no habían podido conservar durante la guerra. Chío, Esmirna y Eritrea, que se habían distinguido por su adhesión al partido romano, recibieron las tierras que cada una deseaba y creía convenirle. Los focéos entraron en posesión de su primer gobierno y de sus antiguos

dominios.

Tocó su turno a los rodios, que recibieron la Licia y la Caria hasta el Meandro, a excepción de Telmesa. En cuanto a Eumeno y sus hermanos, no satisfechos los comisarios con lo acordado en su favor en el tratado de paz, les dieron además la Lisimaquia con el Quersoneso en Europa y las tierras y castillos que con éste confinan y que obedecían a Antíoco, y en Asia las dos Frigias, la pequeña, próxima al Helesponto, y la grande, la Misia, que ya habían conquistado ellos, la Licaonia y la Lidia, y las ciudades de Milias, Tratis, Éfeso y Telmesa. El rey de Pérgamo disputó con los embajadores de Antíoco, pretendiendo que la Pamfilia estaba del lado de acá del monte Tauro. El proceso fue remitido al Senado. Todos los asuntos, o al menos la mayoría y los más necesarios, quedaron así arreglados, dirigiéndose el procónsul al Helesponto y confirmando durante el camino cuanto había hecho con los galos.

CAPÍTULO XVII

Causas de la ruina de la monarquía macedónica.

En esta época comenzaron las causas que produjeron la ruina de la casa real de Macedonia. Bien sé que algunos de los que han escrito acerca de la guerra de los romanos con Perseo le dieron otro origen, cual es la expulsión del rey Alezupor de su reino por haber deseado, tras la muerte de Filipo, apoderarse de las minas de oro y plata del monte Pangeo, tentativa que decidió a Perseo a declararle la guerra y a despojarle en seguida de todos sus Estados. La segunda causa sería, según ellos, la invasión de la Dolopia a consecuencia de esta guerra y la llegada de Perseo a Delfos; y la tercera, las asechanzas dirigidas en Delfos contra el rey Eumeno y el asesinato de los comisionados beocios. Estos diversos acontecimientos fueron, a juicio de los indicados historiadores, motivos de la guerra entre Perseo y los romanos. Creo de gran interés, no sólo para los historiadores, sino también para los que lean con reflexión, conocer las verdaderas causas de sucesos que han producido tantas desdichas. Muchos escritores, no obstante, confunden, acaso por ignorancia, lo que podría llamar prólogo de los acontecimientos con la causa de ellos y de los sucesos antes referidos: los primeros son el prólogo, mientras el verdadero principio de la guerra contra Perseo y de la destrucción del reino de Macedonia únicamente dimanar de los últimos hechos, es decir, de las asechanzas dirigidas contra el rey Eumeno, del asesinato de los comisionados y de los demás crímenes cometidos en esta época.

La causa de todos estos acontecimientos no fue en realidad ninguna, según probaré más adelante pues como manifesté que Filipo, hijo de Amintas, había dispuesto la guerra contra Perseo, y que Alejandro se limitó a llevar a cabo los proyectos de su padre, manifiesto ahora que Filipo, hijo de Demetrio, concibió el proyecto de esta última guerra contra los romanos, preparando todos los medios de ataque, y a su muerte Perseo acometió la empresa. Siendo esto verdad, como demostraré, los preparativos no pueden ser anteriores a la muerte del que proyectó la guerra; suposición absurda en que incurren otros escritores, dando como causa de ésta acontecimientos anteriores a la muerte de Filipo.

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Se enemistan los aqueos con los romanos.- Embajadas mutuas de Ptolomeo a los aqueos y de éstos a Ptolomeo.

Irritados los lacedemonios por la matanza de muchos de sus conciudadanos en Compasium, y creyendo que con este acto desafiaba Filopemen el poder e insultaba la majestad de la República romana, despacharon a Roma embajadores para quejarse de este pretor y de su gobierno. Marco Lépidio, que era entonces cónsul y fue después gran sacerdote, escribió a los aqueos, en vista de lo que los embajadores le manifestaron, quejándose de la conducta observada con los lacedemonios. Filopemen envió al mismo tiempo a Roma como embajador a Nicomedes de Elea.

Por entonces vino a Acaia el ateniense Demetrio, de parte de Ptolomeo, para renovar la alianza que anteriormente tuvieron los aqueos con este príncipe, y que con gran satisfacción de aquellos quedó restablecida, enviando al rey como embajadores a mi padre Licortas y a los sicionianos Teodoridas y Rotiseles, a fin de prestar juramento y recibir el del rey. Momento es este de relatar una anécdota que, aun cuando parezca impropia del asunto que trato, merece ser conocida. Renovada la alianza, recibió Filopemen al embajador de Ptolomeo, invitándole a comer. Recayó la conversación en las cualidades de este príncipe, y elogió mucho el embajador su habilidad y osadía en la caza, la maestría y el vigor con que manejaba el caballo y las armas; y en demostración de ello, manifestó que cazando a caballo, había muerto un toro de un solo rejonazo.

CAPÍTULO II

Los beocios indisponen gradualmente contra ellos a los romanos y a los aqueos.

Concertada la paz con Antíoco, los agitadores desesperaron de poder renovar y embrollar los asuntos, y el gobierno beocio cambió de aspecto. Veintiséis años hacía que se hallaban sin fallar los litigios entre los ciudadanos, y corrió en las ciudades la noticia de que se iban a sentenciar. Siendo, como siempre, más los pobres que los ricos, disputábase mucho sobre la oportunidad de esta determinación, cuando por casualidad se produjo un suceso que favoreció mucho a los que defendían lo más equitativo.

Hacía largo tiempo que Tito Flaminio, agradecido a los servicios que Zeuxippo le prestó en las guerras contra Antíoco y Filipo, deseaba pudiese regresar a Beocia, su patria, y logró escribiera el Senado a los beocios para que le llamaran, como asimismo a los demás desterrados; pero los beocios no atendieron la petición, recelosos de que al volver los proscritos enfriaran su amistad con los macedonios, y para confirmar la sentencia contra Zeuxippo y consortes reunieron una asamblea, reprodujeron ante ella las razones de la imputación, se les acusó primero de sacrilegio por suponer que habían arrancado planchas del altar de Júpiter, que era de plata, y después, del crimen de asesinar a Braquiles; y hecho esto, enviaron a Roma a Calícrito para decir que no podían anular lo fallado con arreglo a las leyes. Llegó al mismo tiempo a Roma para defender su derecho Zeuxippo, y el Senado escribió a los etolios y a los aqueos manifestando la resistencia de los beocios a sus órdenes y mandándoles que llevaran a Zeuxippo a su patria. No juzgando a propósito los aqueos emplear tropas para este asunto, despacharon a los beocios comisionados que les aconsejaron obedecer las órdenes del Senado y prorrogar el fallo de los litigios que tenían entre sí, como prorrogaban el de los pleitos que por faltar a los contratos habían promovido hacía tiempo aqueos contra beocios. Prometiéndose a los comisionados seguir sus consejos, pero pronto olvidaron las promesas. Hippias era entonces pretor en Beocia, y al sucederle Alcetas concedió permiso

Filopemen a cuantos se lo pidieron para recobrar de los beocios lo que les habían arrebatado, y no fue éste leve motivo de guerra entre ambos pueblos. Inmediatamente quitaron a Mirricio y a Simón parte de sus ganados, y hubo un combate entre los que pretendían la presa, siendo principio, no de pleito entre ciudadanos, sino de odio entre ambos pueblos, que hubiera degenerado en cruel guerra de insistir el Senado en que Zeuxippo regresara a su patria; pero por fortuna no lo hizo, y los megarianos arreglaron las cuestiones, rogando a Filopemen revocara el permiso dado a los de su nación que habían contratado con los beocios.

CAPÍTULO III

Disputa entre licios y rodios.

He aquí la razón. Mientras los diez comisarios ordenaban los asuntos de Asia, fueron Teetetes y Filofrón a solicitar de parte de los rodios que en recompensas de su adhesión a los romanos y de la solicitud con que les habían ayudado en la guerra contra Antíoco, se les diera soberanía sobre Licia y Caria. Al mismo tiempo suplicaban Hiparco y Satiro, en nombre de los ilianos, que en consideración a sus lazos con los licios se perdonaran a éstos las faltas cometidas. Los comisarios escucharon ambas partes, y para contentar en lo posible a los dos pueblos, no determinaron nada riguroso contra los ilianos, y concedieron la Licia a los rodios. Origen fue esto de sensible guerra entre licios y rodios. De una parte los ilianos recorrían las ciudades de Licia proclamando que ellos eran los que habían aplacado en su favor a los romanos, y que a ellos les debían la libertad. De otra Teetetes y Filofrón manifestaban a los rodios que los romanos les habían concedido Licia y Caria hasta el Meandro. Creyéndose libres los licios, despacharon representantes a los rodios, proponiendo una alianza entre ambos pueblos, y los rodios creyéndose señores comisionaron a algunos ciudadanos para arreglar los asuntos de las dos provincias que les habían dado. Esta diferencia de opiniones demostraba que no todos sabían el verdadero estado del asunto; pero cuando los licios hicieron a los rodios su proposición en Consejo, y Potión, uno de los pritanos o senadores de los rodios, les hizo ver lo absurdo de su ofrecimiento, estalló el antagonismo, porque los licios protestaron de que a pesar de lo que pudiera suceder, jamás se someterían ni obedecerían a los rodios.

CAPÍTULO IV

Diversas embajadas relativas en parte a los asuntos entre Filipo, Eumeno de Tracia y los tesalios, y en parte a las cuestiones de lacedemonios y aqueos.- Resumen de los capítulos que Polibio dedicaba a estos asuntos.

En la CXLVIII olimpiada llegan a Roma embajadores de Filipo y de los pueblos limítrofes de Macedonia.- Decretos del Senado relativos a estas embajadas.

Suscitadas cuestiones entre Filipo de una parte y los tesalios y perrebianos de otra, acerca de las ciudades de Tesalia y Perrebia, que el primero retenía en su poder, se entabló un debate entre ambas partes en Tempe, en presencia de Quinto Cecilio.- Decisión de Cecilio. Discusión sobre las ciudades de Tracia con los embajadores de Eumeno y los desterrados de Maronea. La conferencia acerca de este asunto se verifica en Tesalónica. Sentencia de Cecilio y de los demás embajadores romanos.

Llegan al Peloponeso los embajadores despachados por el rey Ptolomeo, por Eumenes y por Seleuco.- Decreto de los aqueos acerca de la alianza con Ptolomeo, y regalos que les ofrecen los reyes antes mencionados. Llegada de Quinto Cecilio al Peloponeso.- Censura lo que se ha llevado a cabo en Lacedemonia. Area y Alcibiades, que eran de los expulsados de Lacedemonia, se encargan de ir en embajada a Roma para acusar allí a Filopemen y a los aqueos.- Matanza que el rey Filipo

realiza en Maronea.- Llegada de los embajadores romanos. Sus instrucciones. Causas de la guerra de los romanos contra Perseo. En el transcurso de la CXLVIII olimpiada llegan los embajadores romanos a Clitora, en Arcadia, donde convocan a los aqueos. Discursos de los oradores de los diversos partidos acerca de los asuntos de Lacedemonia.- Decretos de los aqueos. Lo que en ellos se disponía.

CAPÍTULO V

Embajadas a Roma de diferentes naciones contra Filipo.- Embajada de los romanos a este príncipe.

En este tiempo despachó el rey Eumeno embajadores a Roma para dar a conocer las violentas exacciones de Filipo en las ciudades de Tracia. Asimismo fueron de los maronitas desterrados, acusando a este príncipe de haber sido causa de su destierro. Los atamanienses, los perrebianos y los tesalianos enviaron representantes para pedir la devolución de las ciudades que Filipo les había arrebatado durante la guerra con Antíoco. Finalmente, el mismo rey designó también embajadores para que le defendieran de las acusaciones de que fuera objeto. Después de largos debates que tuvieron entre sí todos estos representantes, ordenó el Senado despachar embajadores a Macedonia para examinar todo lo concerniente a Filipo y servir de salvaguardia a cuantos desearan quejarse de este príncipe. Fueron escogidos para esta embajada Quinto Cecilio, Marco Bebio y Tiberio Sempronio.

CAPÍTULO VI

Consejo celebrado entre los aqueos para tratar diversos asuntos y contestar a los embajadores enviados de muchas regiones.- Dos bandos entre los aqueos, uno cuyos jefes eran Aristenes y Diófanes, y del otro Filopemen y Licortas.

Tratemos ahora de los asuntos del Peloponeso. Ya hemos mencionado que durante el gobierno de Filopemen despacharon los aqueos embajadores a Roma para arreglar los de Lacedemonia, y al rey Ptolomeo para renovar la alianza que antes tuvieron con él. Elegido pretor Aristene, que sucedió a Filopemen, fueron recibidos en Megalópolis, donde se efectuaba entonces el Consejo de los aqueos embajadores de Eumeno, que ofrecieron a la República ciento veinte talentos, cuyos intereses se destinarían a sueldos u honorarios de los que formaban el Consejo público. También llegaron otros representantes de Seleuco, que, en nombre de su señor, prometieron diez barcos armados en guerra, solicitando que se renovase la antigua alianza con Antíoco. Reunido el Consejo, el primero que entró fue Nicomedes de Elea, relatando lo que manifestó ante el Senado romano acerca del asunto de Lacedemonia y lo que le contestaron. Se dedujo de la respuesta que el Senado no se hallaba satisfecho ni de la destrucción del gobierno de Esparta, ni de que hubieran sido demolidas las murallas de esta ciudad, ni de la matanza de Compasium, pero que no desautorizaba nada de lo realizado; y como nadie hablase en pro o en contra de las contestaciones del Senado, se pasó a otro asunto. Dióse en seguida audiencia a los embajadores de Eumeno, que, después de renovar la alianza existente antes con Attalo, padre de Eumeno, y de ofrecer el donativo de los ciento veinte talentos que hacía Eumeno, alabaron mucho la benevolencia y amistad de su señor a los aqueos. Cuando concluyeron su discurso se puso en pie el sicioniano Apolonio, y dijo que el regalo ofrecido por el rey de Pérgamo era, considerado en sí mismo, digno de los aqueos; pero atendiendo al fin que Eumeno se proponía y al provecho que esperaba sacar de su liberalidad, no podía aceptarlo la República sin cubrirse de infamia y sin cometer el crimen más enorme; que de este último inconveniente no cabía duda, pues la ley prohibía a todo particular, fuese del pueblo o magistrado, recibir algo de un rey bajo cualquier pretexto, y la trasgresión sería mucho más criminal

si la República, por medio de su Gobierno, aceptase los ofrecimientos de Eumeno; que la infamia resultaba evidente, pues nada tan vergonzoso para el Consejo como recibir de un rey el sueldo u honorario anual, y no reunirse para deliberar sobre los negocios públicos sino después de haberse embriagado, por decirlo así, en la mesa del príncipe; que esto perjudicaría grandemente los asuntos de la patria; que después de Eumeno, no dejaría Prusias de ofrecer idénticos regalos, y después de Prusias, Seleuco; que el interés de los reyes era muy distinto al de las repúblicas, refiriéndose casi siempre las deliberaciones más importantes en éstas a conflictos con los reyes, para lo cual ocurriría una de dos cosas: o que los aqueos favorecerían a estos príncipes con perjuicio de la nación, o cometerían negra ingratitud con sus bienhechores. Terminó, pues, exhortando a los aqueos, no sólo a rehusar el ofrecimiento, sino a detestar a Eumeno por la invención de este medio para corromperles. Después de Apolonio habló el egineta Cassandro, y convenció a los aqueos de que sus conciudadanos cayeron en el infortunio en que se hallaban por vivir sujetos a sus leyes. Hemos visto, efectivamente, que Publio Sulpicio fue a Egina y vendió todos habitantes, y que los etolios, en virtud de un tratado efectuado con los romanos, dueños de esta ciudad, la entregaron a Attalo por la suma de treinta talentos. De esto dedujo Cassandro que en vez de comprar Eumeno por cantidad en metálico la amistad de los aqueos, tenía en su mano, devolviendo a Egina, el medio de captarse la benevolencia de toda la nación. Aconsejó en seguida a los aqueos no dejarse seducir por los ofrecimientos de Eumeno, porque si tenían la debilidad de aceptarlos perderían los eginetas para siempre la esperanza de recobrar la libertad. Tan grande fue la impresión de estos dos discursos en la multitud, que nadie osó defender al rey de Pérgamo, rechazando todos a gritos la proposición a pesar de lo deslumbradora que era la suma ofrecida.

Llamóse en seguida a Licortas y a los demás embajadores enviados a Ptolomeo, que leyeron el decreto de este príncipe renovando la alianza. Después de decir Licortas que había prestado juramento al rey en nombre de los aqueos y recibido el suyo, agregó que traía a la República, de parto de Ptolomeo, seis mil escudos de bronce para armar a los deltastos y doscientos talentos en bronce acuñado, concluyendo el discurso con un breve elogio de la benevolencia y amistad de este príncipe a la nación aquea. Entonces se levantó el pretor Arístenes y preguntó al embajador de Ptolomeo y a los que enviaron los aqueos a este príncipe qué alianza habían renovado. Nadie supo responder a la pregunta, buscando informes unos de otros y quedando todos perplejos. La dificultad nacía de que entre los aqueos y Ptolomeo se habían llevado a cabo muchos tratados de alianza muy distintos unos de otros, según las circunstancias en que se concertaron, y que el embajador de Ptolomeo, al reanudar la alianza, habló en general de renovación sin determinar ninguna de las hechas anteriormente. Por ello, el pretor reseñó todos los tratados, hizo ver las importantes diferencias que existían entre ellos, y los oyentes desearon saber cuál era el renovado; pero no pudiendo dar razón de su comportamiento ni Filopemen, durante cuya pretura se hizo la renovación, ni Licortas, enviado con este objeto a Alejandría, quedaron convencidos por falta de tino y prudencia en este asunto, torpeza que hizo resaltar el mérito de Arístenes, a quien se consideró como el único hombre capaz de hablar con conocimiento de causa. Impidió que se ratificara el decreto, y dejó para más adelante la resolución de este asunto. Después dieron audiencia a los embajadores de Seleuco, renovóse la alianza hecha con él, pero no se juzgó conveniente aceptar las naves ofrecidas. Disuelta en seguida la Asamblea, regresó cada cual a la ciudad de donde había venido. En otro día que se celebraba una gran fiesta, llegó a Acaia Quinto Cecilio, de regreso de Macedonia, donde había ido como embajador, y reunió en seguida Arístenes en Argos a los principales magnates de la República. Penetró en el Consejo Quinto Cecilio y dijo que los aqueos debían ser tanto menos rigurosos con los lacedemonios, cuanto que la conducta observada traspasaba los límites de una justa moderación y que convendría reformar todo lo imprudentemente realizado contra ellos en esta ocasión, cosa que con el mayor interés les aconsejaba. Demostróse entonces que lo efectuado contra los lacedemonios no parecía bien a Arístenes y que estaba de acuerdo con Cecilio, pues nada contestó, vendible este silencio. Púsose en pie en seguida Diófanes de Megalópolis, más guerrero que político, y no habló para defender o excusar los procedimientos

de los aqueos, sino para vengarse de Filopemen, a quien quería mal, intentando otra acusación contra los aqueos. Manifestó que se había obrado injustamente no sólo con Lacedemonia, sino también con Messena, y fundó esta censura en que los messenios no se hallaban acordes entre sí ni con el decreto de Tito Quintio para el regreso de los desterrados, ni con la manera como lo había llevado a cabo Filopemen. Viendo Cecilio que entre los mismos aqueos tenía partidarios, parecióle peor que todo el Consejo no se sometiera a su opinión.

Entonces Filopemen, Licortas y Archón defendieron enérgicamente a la República, probando que lo efectuado en Esparta bien hecho estaba y hasta en provecho de los lacedemonios, y que no cabía reforma sin violar todos los derechos humanos y el respeto que se debía a los dioses. Sus discursos impresionaron al Consejo, que ordenó no cambiar nada de lo establecido y dar esta contestación al embajador romano. Cuando se la llevaron a Cecilio pidió que fueran convocados los comicios; pero los magistrados le respondieron que no podían hacerlo sin que presentase Cecilio una carta del Senado de Roma rogando a los aqueos esta convocatoria. No tenía la carta Cecilio, y la reunión de los comicios fue terminantemente negada, lo que incomodó tanto al romano que se fue de Acaia sin escucharlo que los magistrados tenían que decirle. Creyóse que ni Cecilio ni antes que él Marco Fulvio se hubieran expresado con tanta libertad a no estar seguros del apoyo de Arístenes y Diófanos, y se acusó a éstos de haber atraído a la República aquellos dos romanos por odio a Filopemen, siendo desde entonces sospechosos a la opinión pública. Tal era el estado de los asuntos en el Peloponeso.

CAPÍTULO VII

Diversas embajadas que llegaron a Roma.- Embajadas de los romanos a Filipo y los griegos.

Al regresar a Roma, Cecilio dio cuenta al Senado de cuanto le había ocurrido en Grecia. Se ordenó entraran en seguida los embajadores de Macedonia y del Peloponeso, siendo los primeros en presentarse ante el Senado los de Filipo y de Eumeno, y luego los desterrados de Enum y de Maronea, que repitieron lo manifestado antes por Celio en Tesalónica. Oyóles el Senado, y juzgó que convenía despachar nuevos embajadores a Filipo para ver sobre el terreno si se había retirado, según prometió a Cecilio, de las ciudades de la Perrebia, y para ordenarle que evacuasen a Enum y Maronea y cuantos castillos, tierras y pueblos ocupaba en la costa marítima de Tracia. Fue escuchado después Apolonidas, embajador que enviaron los aqueos para justificar por qué no hicieron lo que Cecilio pedía e informar al Senado de todo lo relativo a Lacedemonia, cuya República envió también por representantes a Area y Alcibiades, dos antiguos desterrados devueltos a su patria por Filopemen y los aqueos. Ingratos ambos al gran beneficio recibido, encargáronse de la odiosa misión de acusar a quienes les salvaron y devolvieron a sus hogares, y esta ingratitud fue lo que más irritó a los aqueos. Probó Apolonidas que no era posible arreglar mejor que lo habían efectuado Filopemen y los aqueos los asuntos de Lacedemonia. Area y Alcibiades procuraron por su parte demostrar que, expulsados los habitantes de Lacedemonia, todas las fuerzas de la ciudad se hallaban agotadas; que reducidos a corto número sus pobladores y derruidas las murallas, no se podía vivir allí seguro; que había perdido su antigua libertad, y no sólo estaba sometida a los decretos públicos de los aqueos, sino obligada a obedecer a sus pretores. Comparó y pesó el Senado las razones de unos y otros, y designó embajador a Apio Claudio, dándole instrucciones para arreglar este negocio y los demás de Grecia. Defendió después Apolonidas a los aqueos del crimen que se les imputaba por no haber convocado los comicios cuando lo pidió Cecilio, diciendo que no eran responsables, porque la ley les prohibía reunirse, salvo el caso de alianza o guerra, o presentación de cartas del Senado; que los magistrados hicieron bien en deliberar si debía reunirse el Consejo de la nación, y no se equivocaron al negarlo, puesto que Cecilio no llevaba cartas del Senado romano y tampoco quiso ordenarlo por escrito. No dejó Cecilio esta defensa sin réplica, censurando a Filopemen, a Licortas y a los aqueos en general por el rigor con que habían tratado a

los lacedemonios. El Senado respondió a los embajadores aqueos que enviaría representantes para que sobre el terreno examinaran las cosas de cerca, y les recomendó tuvieran con estos comisionados los miramientos que él dispensaba a los embajadores de los aqueos.

CAPÍTULO VIII

Crueldad de Filipo con los maronitas.- Envía a Roma a su hijo Demetrio.

Al conocer Filipo por sus embajadores que regresaron de Roma la orden de que resueltamente abandonara las ciudades de Tracia, le enfureció la idea de que por todas partes estrecharan su dominación, y descargó la rabia en los habitantes de Maronea. Con el gobernador de Tracia, Onomasto, que por su orden fue a verle, concertó la proyectada venganza. Había vivido Cassandro largo tiempo en esta ciudad, donde era muy conocido, pues acostumbraba Filipo a enviar sus cortesanos a las ciudades para que se habituaran a verles en ellas. De este Cassandro se valió Onomasto para llevar a cabo la bárbara orden del rey, por virtud de la cual penetró de noche en la ciudad un cuerpo de soldados tracios, atacando a los habitantes y asesinando a gran número de ellos. Vengado así Filipo de los que no eran partidarios suyos, y persuadido de que nadie se atrevería a acusarle, aguardó tranquilamente la llegada de los representantes romanos. Poco tiempo después llegó, efectivamente, Apio; informóse de lo hecho con los maronitas, y censuró duramente al rey de Macedonia, quien negó haber tenido parte en la matanza, atribuyéndola a un motín popular. «Unos, manifestó, eran partidarios de Eumeno, otros míos, y enardecidos los ánimos, se han asesinado unos a otros.» Llevó su confianza hasta el extremo de ordenar que condujeran ante él a quien deseara acusarle; pero ¿quién se hubiera atrevido, estando el castigo tan próximo y tan lejos el socorro que podía esperar de Roma? «Inútiles son, dijo Apio, tus excusas; sé lo ocurrido y quién es el autor.» Esta frase alarmó mucho a Filipo; mas no pasaron de aquí las cosas en la primera entrevista. Al día siguiente le ordenó Apio que enviara inmediatamente a Roma a Onomasto y Cassandro para que el Senado les interrogara sobre el suceso. Al oír esta orden, palideció Filipo, vaciló y titubeó largo rato antes de contestar. Por fin, manifestó que enviaría a Cassandro, autor de la matanza, según creían los comisarios de Roma; pero se empeñó obstinadamente en tener a su lado a Onomasto, asegurando que ni estaba en Maronea ni siquiera en las proximidades cuando ocurrió la sangrienta tragedia. La causa de este empeño era el recelo de que un hombre de su completa confianza como Onomasto, a quien nada había ocultado, denunciara ante el Senado todos sus secretos. Respecto a Cassandro, cuando salieron los comisarios de Macedonia, le hizo embarcar; pero envió tras él gentes que le envenenaron en el Epiro. Se fueron los comisarios muy convencidos de que Filipo había ordenado la matanza de Maronea y de que preparaba una ruptura con los romanos. El rey, que no disimulaba su odio a Roma y el deseo de vengarse, reflexionó a solas y con sus amigos Apeles y Filocles sobre si acudiría inmediatamente a las armas, declarando la guerra a los romanos; pero no estando hechos los preparativos precisos, imaginó, como recurso para ganar tiempo, enviar a su hijo Demetrio a Roma, donde había estado largo tiempo en rehenes y era muy querido, considerándole el más a propósito para defenderle ante el Senado de las acusaciones que le dirigieran o excusar las faltas cometidas. Dispuso, pues, lo necesario para esta embajada, y avisó a los amigos que deseaba acompañasen al príncipe. Al mismo tiempo prometió auxilio a los bizantinos, no porque le interesara defenderlos, sino porque al ir en su socorro aterrorizaría a los reyezuelos de Tracia, que reinaban en las inmediaciones de Propóntida, y les impediría ser obstáculo a su propósito belicoso contra Roma.

CAPÍTULO IX

Llegan a Creta los comisarios romanos y ponen en orden los negocios de esta nación.

Ocurría en la isla de Creta que, mientras Cidatos, hijo de Anticalco, desempeñaba el cargo de primer magistrado en Gortina, los gortinianos, procurando por todos los medios disminuir el poder de los cnossios y limitar su dominación, entregaron a los rancianos, Licastión, y a los lictianos Diatonión. Por entonces llegaron a Creta con Apio los comisionados enviados de Roma para arreglar las cuestiones en esta isla, y tras largos debates estuvieron de acuerdo los cretenses en tomarles por árbitros. Dieron los comisarios a los cnossios la posesión de su antiguo territorio, y ordenaron a los cidoniatas recobrar los rehenes que habían dejado en Carmión y salir de Falasarnes sin llevarse nada de lo que pertenecía a los habitantes. Dejaronles asimismo en libertad de formar o no parte del Consejo público, según lo estimaran conveniente, siempre que en el futuro no traspasaran los límites de su dominio. Igual permiso concedieron a los falasarnianos desterrados de la ciudad por haber muerto a Menoctinos, uno de sus más ilustres conciudadanos.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, rey de Egipto.

Cuando este príncipe puso sitio a Licópolis, los magnates de Egipto se amedrentaron y rindieron a discreción. El rey se portó mal con ellos, procurándose así muchas desgracias. Acaeció algo semejante a lo ocurrido cuando Polícrates derrotó a los rebeldes, porque Atinis, Pausiras, Qesufó e Irobasto, únicos que quedaron de todos los señores, cediendo a las circunstancias, fueron a Saín para rendirse a Ptolomeo; pero faltando este príncipe a las seguridades que había prometido, les arrastró desnudos y atados a los carros y les condenó después a muerte. Desde allí fue a Neucrates, donde recibió un cuerpo de mercenarios que había reclutado Aristónico en Grecia, y se embarcó de regreso a Alejandría sin acometer ninguna empresa belicosa, aunque entonces tenía veinticinco años. Ésta fue la consecuencia de los malos consejos de Polícrates.

CAPÍTULO XI

Aristónico.

Era un eunuco de Ptolomeo, rey de Egipto, educado junto a él desde su niñez y de poca mayor edad. Puso de manifiesto sentimientos más nobles y elevados de los propios en gente de esta clase. Naturalmente aficionado a la guerra, se aplicaba mucho a estudiarla, amable en sociedad, conducíase con raro talento, sabiendo simpatizar con todos los caracteres, y a estas buenas cualidades añadía la de gustarle agradar a los demás.

CAPÍTULO XII

Apolonia, esposa de Attalo, rey de Pérgamo, y madre de Eumeno.

Por varias razones merece esta reina que la demos a conocer a la posteridad. Era natural de Cizico; la escogió Attalo entre el pueblo y compartió con ella el trono. Hasta su muerte ocupó esta suprema dignidad, conservando el cariño de su esposo no por caricias y frívolas zalamerías, sino por su carácter prudente, grave, modesto y probo. Madre de cuatro príncipes, tuvo para ellos, hasta la hora postrera, inalterable ternura, y sobrevivió bastante a Attalo. Lo que más honró a dos de sus hijos fue el respeto con que la recibieron en Cizico, colocándola entre ambos, cogiéndola cada uno de una mano y conduciéndola civilmente a los templos y a otros lugares de la ciudad. Todo el pueblo miraba con admiración a los jóvenes príncipes, recordando, al verles, a Clovis y Bitón, y estimando superior al de éstos el acto de los hijos de Attalo, que unían a igual cariño el brillo de su ilustre nacimiento. Este encantador acontecimiento se verificó en Cizico, después de la paz con

Prusias.

CAPÍTULO XIII

A propósito de Filopemen.

Se hallaba Filopemen en desacuerdo con Arcón, pretor de los aqueos, acerca de un determinado asunto; pero se le vio acceder poco a poco a las ideas de éste y aprovechar con habilidad todas las ocasiones para tributarle grandes alabanzas. Presenciaba yo esto, sin agradarme el propósito de hacer daño con el exceso de elogios. Llegado a edad más madura, menos apruebo este proceder. La disposición de ánimo que nos inclina a la prudencia es muy distinta de la que nos induce a obrar mal, diferenciándose tanto como un hombre hábil de un hombre malo. En una palabra, lo primero es lo mejor, y lo segundo lo peor del mundo. Mas la locura de nuestro siglo crece tan rápidamente, que en verdad dudo encuentre mi opinión muchos partidarios, siendo poco probable que exista quien la apruebe y menos quien la imite.

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Quejas de los embajadores de Grecia contra Filipo.- Contestaciones del Senado romano a ellos y a Demetrio, hijo del rey de Macedonia.

Quizá no hubo nunca tantos embajadores de Grecia en Roma como en el transcurso de la ciento cuarenta y nueve olimpiada, porque al circular la noticia de que Filipo se veía obligado a someter a jueces las cuestiones con sus vecinos y que los romanos escucharían las quejas contra este príncipe, protegiendo los pueblos que tenían derechos o intereses que defender de sus agresiones, de todos puntos próximos a Macedonia acudieron a Roma acusadores contra Filipo, unos por causa propia, otros en nombre de sus ciudades y otros de naciones a cuyo servicio estaban. Asimismo envió embajada Eumeno y al frente de ella a su hermano Ateneo, para quejarse de que Filipo no había evacuado las ciudades de Tracia y de que mandó socorros a Prusias. Cada una de las facciones de Lacedemonia tenía igualmente sus representantes. El único defensor de Filipo en el Senado era su hijo Demetrio, acompañado de Filocles y de Apeles, dos amigos de completa confianza para el rey. El primero que llamó el Senado fue Ateneo de quien recibió una corona de un valor de quince mil monedas de oro, por lo cual hizo aquel grandes elogios de Eumeno y de sus hermanos, aconsejándoles persistir en su amistad a Roma. Los cónsules hicieron entrar en seguida a Demetrio, y sucesivamente a todos los acusadores de Filipo, tantos eran, que se emplearon tres días en escucharles, no sabiendo el Senado cómo satisfacer a todos; porque de Tesalia, por ejemplo, no sólo había representantes del reino, sino de cada una de las ciudades. También enviaron los perrebianos, los atenienses, los epirotas y los ilirios. Acusaban unos a Filipo de usurpación de tierras; otros de apoderarse de personas y animales en dominio ajeno; otros de impedir que se administrara la justicia con arreglo a sus leyes; otros, en fin, de haber corrompido a los jueces. Tantas eran las quejas, que la memoria no podía retenerlas ni clasificarlas. El mismo Senado se vio en la imposibilidad de esclarecer y apreciar el sinnúmero de hechos de distinta naturaleza, y dispensó a Demetrio justificar al rey su padre de todo lo que se le acusaba, por cariño a aquel príncipe, muy joven entonces, e incapaz de contestar a las sutilidades y argucias que empleaban los acusadores. Además, Demetrio empleaba sólo palabras para defender a su padre, y el Senado quería conocer a fondo las intenciones de Filipo, por lo cual preguntó al príncipe y a sus dos amigos si les había dado el rey alguna memoria. Respondió Demetrio que tenía una, y presentó un librito, ordenándole el Senado que leyera las contestaciones que, en general, daba Filipo a las quejas. Decía el rey en este libro que había llevado a cabo las órdenes de los romanos y que si cometió alguna falta fue por culpa de sus acusadores. En casi todos los párrafos repetía: «Aunque en esto, ni Cecilio ni los demás comisarios nos han hecho la justicia que debían»; y además: «Aunque al darnos estas órdenes no se atendiera a la justicia.» Así acababan todas las respuestas de Filipo, y por ello el Senado, después de oír las reclamaciones, proveyó en general a ellas, diciendo por medio del cónsul, que se hallaba persuadido, en vista de lo que había dicho o leído Demetrio, de que Filipo ni se había apartado ni se apartaría en el futuro de lo que la justicia exigía de él; pero que se le hacía esta gracia en atención al príncipe su hijo, y para que no lo dudase despacharía Roma a Macedonia embajadores, no sólo para saber si se conformaba en todo a la voluntad del Senado, sino también para manifestarle que debía a Demetrio la indulgencia con que se le trataba; respuesta tanto más halagüeña para este príncipe, cuanto que iba acompañada de afectuosas y sinceras demostraciones de estimación y amistad, pidiéndole en cambio únicamente que fuera amigo del pueblo romano.

Concluido este asunto, se dio audiencia a los embajadores de Eumeno, quienes se quejaron de que Filipo enviara socorros a Prusias y de que no hubiera evacuado las ciudades de Tracia. Filocles, embajador que fue de Filipo en la corte de Prusias, y que, por orden del rey de Macedonia, había ido a Roma para tratar de estos dos asuntos, quiso decir algo en excusa de su señor; pero después de

oírle un rato el Senado, contestó que si al llegar los embajadores a Macedonia no encontraban ejecutadas sus órdenes y entregadas todas las ciudades de Tracia al rey de Pérgamo, castigaría esta desobediencia, no consintiendo por más tiempo frívolas promesas. Si no estalló entonces la indignación de los romanos contra Filipo fue por la presencia del príncipe su hijo, que si de una parte fue favorable a los intereses del rey, de otra no contribuyó poco a la total ruina de la casa de Macedonia. La gracia que el joven Demetrio había obtenido del Senado le envaneció, y su padre y su hermano Perseo concibieron furiosos celos por la preferencia de que era objeto. Acrecentaron considerablemente sus sospechas una conversación secreta que tuvo Demetrio con un desconocido, quien le dio a entender que los romanos le pondrían pronto en el trono de Macedonia, y al mismo tiempo escribió a Filipo que le importaba enviar por segunda vez a Roma a su hijo y sus amigos. Ambos incidentes sirvieron a Perseo para lograr que Filipo consintiera en la muerte de Demetrio. Ya veremos más adelante cómo se llevó a cabo esta determinación. Después de los de Eumeno entraron los embajadores de los lacedemonios. Solicitaron unos la libertad para los desterrados y devolución de los bienes que les confiscaron al desterrarles; pero Area y Alcibiades manifestaron que era suficiente darles el valor de un talento y que debía repartirse el resto entre los ciudadanos más útiles al Estado. Otro comisionado, Serippo, pidió que se restaurara la forma de gobierno que tenía la República cuando se hallaba incorporada a Acaia. Chasón defendió a los condenados a muerte o desterrados por los aqueos, demandando el regreso de éstos y el restablecimiento de la República en su primitivo estado. Cada cual tenía sus miras particulares respecto a los aqueos, y según estas miras así hablaba. No pudo el Senado aclarar estos asuntos, y eligió para hacerlo a tres ciudadanos que con tal objeto habían estado ya en el Peloponeso, Tito, Quintio y Cecilio. Ante ellos defendieron los lacedemonios, durante largo tiempo, sus respectivas pretensiones, acordándose al fin en que los desterrados regresarían a su patria, en que los condenados a muerte lo fueron injustamente, y que Lacedemonia continuaría incorporada a la Acaia. Faltaba decidir si se devolverían sus bienes a los desterrados o si se limitaría la devolución a la suma de un talento; pero nada se determinó en este punto. Para evitar nuevas disputas, escribióse lo convenido, y ordenaron los comisionados que las partes firmaran el acta. No la habían firmado los aqueos, y a fin de obligarles llamó Tito a Jenarco, que les representaba para renovar la alianza con los romanos y para defenderles contra los embajadores de Lacedemonia. Sin advertirle previamente, le preguntó con brusco acento si aprobaba lo pactado. Jenarco no sabía qué responder, porque el regreso de los desterrados y la rehabilitación de los muertos, terminantemente contrarias a un decreto de su nación grabado en una columna, le desagradaban, y en cambio le satisfacía mucho la incorporación de Esparta a Acaia. En tal incertidumbre, tanto por no saber qué hacer como por miedo, firmó el acta. Efectuado esto el Senado envió a Quinto Marcio a Macedonia y el Peloponeso para que sus órdenes fueran ejecutadas.

CAPÍTULO II

Dinócrates.

Era este messenio cortesano y soldado, y ejercitándolos se perfeccionó en ambos oficios. Quien, juzgándole por las apariencias, le creyese capacitado para los negocios de Estado, se hubiese engañado, porque de la difícil ciencia del gobierno sólo tuvo despreciable y superficial barniz. Distinguíase en la guerra por la actividad y osadía, y triunfaba en singular combate. Era en la conversación vivo e interesante, y en sociedad complaciente, atento y sensible a la amistad; mas en los asuntos de Estado, que exigen reflexión, prever el futuro, tomar precauciones, persuadir a la multitud, completamente inepto. Fue causa de grandes males para su patria, y no procuró librarla de ellos. Sin cuidarse de las consecuencias, tuvo siempre la misma disipada vida, dedicando los días al amor, al vino y a la música. Una frase de Tito le distrajo algo de los placeres para fijar la atención en el mísero estado de su patria. Vióle cierto día el romano en un festín, bailando con traje de cola y

nada le dijo; pero al siguiente fue Dinócrates a pedirle algo en favor de su patria, y le respondió: «Haré lo que pueda; pero me admira que después de suscitar a los griegos tan desagradables conflictos, bailes en los festines.» Esta frase le hizo meditar que no convenía a su modo de vivir ni a su carácter la gobernación del Estado, aunque había ido con Tito a Grecia persuadido de que se arreglarían a su gusto y sin tardanza los asuntos de los messenios.

CAPÍTULO III

Invalida Filopemen las medidas que Tito y sus enemigos habían tomado contra él.

Cuando llegó a Roma Dinócrates de Messenia, satisfizo en extremo que el Senado designara a Tito para embajador cerca de Prusias y Seleuco, pensando que este romano, con quien tuvo trato durante la guerra de Lacedemonia y quería tanto como odiaba a Filopemen, arreglaría, al pasar por Grecia, los asuntos de Messenia conforme a su particular conveniencia. Como fundaba en Tito todas sus esperanzas, se convirtió en asiduo cortesano suyo. Llegó con él a Grecia, convencido de que, en lo referente a los asuntos de su patria, no seguiría Tito otra inspiración que la suya. Les esperó tranquilo Filopemen, porque sabía con certeza que Tito no recibió orden alguna relativa a los asuntos de Grecia. Al llegar a Neupacta escribió Tito al pretor y a los demás miembros del Consejo de los aqueos ordenándoles que se reunieran, y contestáronle que para efectuar la convocatoria esperaban manifestase lo que debía comunicar al Consejo, sin cuyo requisito no permitían las leyes reunirlos. Con esto destruyó a Filopemen todas las esperanzas de Dinócrates y de los antiguos desterrados, haciendo para ellos inútil la llegada de Tito, que no se atrevió a simular órdenes no recibidas.

CAPÍTULO IV

Marcha Filipo de las ciudades griegas de Tracia.- Incursión de este príncipe contra los bárbaros.

A la llegada de Quinto Marcio a Macedonia, abandonó Filipo todas las ciudades de Tracia donde los griegos se habían establecido, retirando las guarniciones; pero no sin disgusto y pesar vióse obligado a despojarse a sí mismo. En todo lo demás mostró igual sumisión a las órdenes de los romanos, importándole disimular el odio que les profesaba y ganar tiempo para la guerra que proyectaba declararles. Por ello marchó contra los bárbaros, cruzó la Tracia y penetró en las tierras de los odrisianos, bessienos y denteletos, apoderándose al paso de Filopópolis, cuyos habitantes, al acercarse el enemigo, huyeron a las montañas. Hizo después correrías por el llano, saqueando a unos y obligando a otros a capitulaciones y arreglos. Dejó guarnición en la ciudad y regresó a su reino. Los odrisianos, faltando a la fe prometida a Filipo, arrojaron poco tiempo después esta guarnición.

CAPÍTULO V

Comienzan las desdichas de Demetrio, hijo de Filipo.

De regreso en Macedonia, manifestó Demetrio la respuesta del Senado romano, y cuando los macedonios vieron que por consideración a este príncipe habían sido bien tratados, que a él debían la gracia recibida, y que en el futuro los romanos harían todo lo posible por favorecerle, le miraron como libertador de la patria, porque la conducta de Filipo con los romanos les hacía temer que estos invadieran pronto con un ejército la Macedonia. Llamaron la atención de Filipo y Perseo los honores que Demetrio recibía, no pudiendo sufrir el deseo de los romanos de que sus favores se debieran a este joven príncipe. Tuvo, no obstante, el padre suficiente dominio sobre sí para

disimular el disgusto, pero Perneo no ocultó el rencor. Era este príncipe no sólo menos apreciado en Roma que su hermano, sino infinitamente inferior a él en carácter y talento, por lo cual temía que, aun siendo de mayor edad, se le excluyera de la sucesión a la corona, y para impedirlo empezó por corromper y ganar a los amigos de Demetrio.

CAPÍTULO VI

Filipo.

Sucedió por entonces un acontecimiento que fue para este príncipe y para el reino todo de Macedonia principio de horrible calamidad, y que merece ser notado. Como en venganza de los crímenes e impiedades con que Filippo había manchado su vida, la fortuna desencadenó contra él furias que noche y día le atormentaron hasta su última hora. Prueba evidente de que el hombre no puede sustraerse a la justicia, y de que es impío despreciarla. La primera idea que estas vengadoras furias le inspiraron, para preparar la guerra a los romanos fue expulsar a los que con sus mujeres e hijos habitaban en las grandes ciudades, especialmente en las marítimas, enviándoles a la provincia llamada antes Peonia, y hoy Ematia, poblando las ciudades con tracios y bárbaros, que durante su expedición contra los romanos le serían más fieles y adictos. Esta trasmigración causó gran duelo y prodigioso alboroto en toda Macedonia, hasta el punto que una irrupción de enemigos no produjera más perturbación y desorden. El odio al rey estalló entonces en imprecaciones contra él.

Apenas llevada a cabo orden tan inhumana, se le ocurrió no dejar nada que le fuera sospechoso o temible, y ordenó a los gobernadores de las ciudades que buscaran y prendieran a los hijos de ambos sexos de los macedonios a quienes había mandado matar. Aunque el mandato se refería especialmente a Admeto, Pírrico, Somos y los otros que con ellos murieron, extendiase, no obstante, a los demás a quienes Filippo había hecho perder la vida. Dícese que para justificar la crueldad citaba el siguiente verso:

Necio quien mata al padre y perdona a los hijos. La suerte de estos niños hijos la mayoría de padres ilustres y poderosos, produjo gran impresión en el reino y conmovió a todos profundamente. Pero la fortuna ocasionó otro suceso en que los propios

hijos de Filippo vengaron a los otros de la inhumanidad de que eran víctimas. Tratábanse mal Perseo y Demetrio, buscando ambos el medio recíproco de perderse. Supo el padre este odio entre sus hijos, y le produjo mortal inquietud la duda de cuál sería el más osado para matar al otro, y de cuál sería él mismo víctima en su vejez. Esta duda le atormentaba noche y día, mortificando de continuo su espíritu, y haciendo creer que algunos dioses irritados castigaban así los anteriores crímenes del anciano monarca. Así lo veremos más adelante con mayor evidencia.

CAPÍTULO VII

Filopemen y Licortas, pretores de los aqueos.

En verdad no fue el primero inferior en virtud a ningún héroe de la antigüedad, aunque menos favorecido por la fortuna. Su sucesor Licortas le igualaba en estimables prendas. Nada emprendió Filopemen en el transcurso de cuarenta años en una nación democrática y susceptible de infinitas vicisitudes de que no saliera con honor; nada concedió al favor, y sin consideración alguna atendía siempre al bien de la república. A pesar de ello, fue hábil para evitar los ataques de la envidia, y creo no existe en esto quien le iguale.

CAPÍTULO VIII

Aníbal.

Es extraordinaria cosa ciertamente el que este capitán cartaginés haya estado diecisiete años en guerra al frente de un ejército compuesto de hombres de naciones, tierras y lenguas diferentes, conduciéndole a expediciones asombrosas de muy dudoso éxito, sin que ninguno de sus soldados intentara hacerle traición.

CAPÍTULO IX

Publio Escipión.

Tras desempeñar con gloria los primeros cargos de la República, vióse Escipión citado a comparecer ante el pueblo, según costumbre de los romanos para responder a una acusación contra él intentada por no sé qué plebeyo. Compareció, efectivamente, y el acusador le dijo muchas cosas que debían molestar su amor propio; mas de tal suerte había conquistado la amistad del pueblo y la confianza del Senado, que al manifestar sencillamente no convenía a los romanos escuchar a un acusador de Publio Cornelio Escipión, a quien los mismos denunciadores debían la libertad de hablar, la asamblea se disolvió dejando solo al acusador.

CAPÍTULO X

Diversas contestaciones del Senado a distintos embajadores.

Durante el segundo año de la presente olimpiada fueron a Roma embajadores de parte de Eumenes, de Farnaces, de los aqueos, de los lacedemonios desterrados y de los que en la ciudad vivían. También enviaron los rodios para quejarse del asesinato cometido en Sinope. Respondió el Senado a los representantes de Sinope, de Eumeno y de Farnaces que a fin de enterarse con exactitud del estado de los asuntos en Sinope y de las cuestiones entre ambos reyes despacharía comisarios. Respecto a los demás, como Quinto Marcio acababa de llegar de Grecia, Macedonia y el Peloponeso dando de estas regiones cuantos informes se podían desear, no juzgó el Senado necesario escuchar a los embajadores. Llamóse, no obstante, a los del Peloponeso y Macedonia y se les dejó hablar; pero en la contestación dada y en el juicio formado, menos se tuvieron en cuenta sus quejas que la información de Marcio, donde se manifestaba que Filipo había obedecido ciertamente las órdenes del Senado, pero sometiéndose a ellas de muy mal grado, y que aprovecharía la primera ocasión favorable para declarar la guerra a Roma. En vista del informe, elogió el Senado lo llevado a cabo por Filipo pero advirtiéndole a la vez que se guardara bien de emprender nada contra la República romana.

En cuanto al Peloponeso, decía Quinto Marcio que los aqueos no querían enviar ningún asunto al Senado, que era una liga altiva y orgullosa, con la pretensión de decidirlo todo por sí, y que si los padres conscriptos no les escuchaban sino de cierta forma, demostrándoles, aunque fuera indirectamente, no hallarse satisfechos de sus procedimientos, los lacedemonios ajustarían paces con los messenios, y los aqueos vendrían a implorar el auxilio de los romanos. En vista de esto el Senado respondió a Serippo, embajador de Lacedemonia, que había hecho cuanto le era posible por sus compatriotas, pero que no era de su incumbencia la cuestión entre ellos y los messenios. El Senado contestó así para dejar a los lacedemonios dudosos, y cuando en seguida solicitaron los aqueos que en virtud del tratado de alianza se les auxiliara, de poder ser, contra los messenios, y de no serlo se impidiera al menos salir de Italia armas y víveres para Messenia, ninguna de ambas cosas fue concedida. Lejos de ello, el Senado respondió que cuando los lacedemonios, o los corintios o los argivos se separaran de la liga aquea, no debería sorprender a los aqueos la indiferencia de los padres conscriptos ante tal separación, lo que era tanto como publicar a son de clarines que permitía la anulación de la Liga. Se retuvo en Roma a los embajadores hasta conocer el

éxito de la expedición de los aqueos contra los messenios. Esto era lo que por entonces se hacía en Italia.

CAPÍTULO XI

Diputación que despachan a Roma los lacedemonios desterrados.

Los desterrados de Lacedemonia enviaron a Roma una diputación, de la que formaban parte Arcesilao y Agesípolis, que en su niñez fue rey de Esparta. Capturados y muertos por los piratas, se les substituyó con otros que llegaron sanos y salvos a Roma.

CAPÍTULO XII

Tras someter a los messenios, venga Licortas la muerte de Filopemen.

Cuando Licortas, pretor de los aqueos, aterró a los messenios, éstos, en vez de quejarse como en otras ocasiones del rigor del gobierno, apenas se atrevían, aun socorridos por los enemigos, a abrir la boca y manifestar que era necesario tratar de la paz. El mismo Dinócrates, cercado por todos lados, cedió a las circunstancias y se retiró a su casa. Entonces los messenios, dóciles a los consejos de sus ancianos, y sobre todo a los de los embajadores de Beocia, Epinetes y Apolodoro, que afortunadamente se hallaban en Messenia para negociar la paz; los messenios, repito, enviaron representantes para acabar la guerra y pedir perdón de sus pasadas faltas. Reunió Licortas a los demás magistrados, y escuchados los comisionados, les dijo que el único medio de conseguir la paz era entregar a los autores de la rebelión y muerte de Filopemen, poner todos sus intereses en manos de los aqueos, y recibir guarnición en su ciudadela. Divulgada la contestación del pretor, los que querían mal a los promovedores de la guerra mostráronse muy dispuestos a prenderles y entregarles, y los que nada temían de los aqueos consentían de buen grado en dejar a su discreción los asuntos. Todos además aceptaban las condiciones, por no haber otro recurso. Entregaron, pues, la ciudadela al pretor; penetró éste en la ciudad al frente de tropas escogidas, convocó al pueblo, le arengó en el sentido que las circunstancias exigían, y prometiéndole que jamás faltaría a la fe jurada. Todos los asuntos generales los dejó para el consejo de los aqueos, que oportunamente iba a reunirse en Megalópolis. Hizo justicia a los convictos de algún crimen y condenó a muerte a los que tomaron parte en la de Filopemen.

CAPÍTULO XIII

Filipo.

Ningún rey ha sido más infiel e ingrato que este príncipe cuando creció su poderío y dominó la Grecia; ninguno más modesto y razonable cuando la fortuna dejó de favorecerle. Al desquiciarse por completo sus asuntos, tranquilo acerca de lo que pudiera sucederle, procuró por toda clase de medios restablecer el primitivo estado de su reino.

CAPÍTULO XIV

Referente a Filippo.

He aquí la venganza que de Filippo, hasta la hora de su muerte, tomaron sus propios amigos, ejemplo que a todos demuestra el ojo vigilante de la justicia, del que ningún mortal debe burlarse. Tras condenar a muerte Filippo gran número de macedonios, hizo asimismo morir a los hijos de

éstos, fundándose, en el siguiente verso que recitaba: Necio quien mata al padre y perdona los hijos. Ciega y furiosa odiaba su alma a los hijos, como había odiado a los padres.

CAPÍTULO XV

De las opuestas opiniones entre los hermanos Demetrio y Perseo.

Daba la impresión que la fortuna presentaba entonces en público teatro y a presencia de todos a los dos hermanos, no como actores trágicos de fábulas o historias, sino para que claramente se vea cómo se pierden todos los hermanos entre quienes arden y se envenenan las querellas y los odios, y cómo se pierden no sólo ellos, sino también sus hijos, causando la destrucción y ruina de sus Estados, mientras aquellos que entre sí mantienen indulgente afecto, salvaron los Estados a que me he referido, y vivieron con gloria, citados y elogiados por todo el universo.

Muchas veces, al hablaros de los reyes de Lacedemonia, os he manifestado que conservaron a su patria la dominación de Grecia mientras quisieron gobernar unidos bajo la vigilante y paternal tutela de los eforos, pero al aspirar cada uno a la monarquía, perturbaron el Estado, ocasionando a Esparta los mayores infortunios. Mejor y más reciente ejemplo es el de Attalo y Eumeno, que de débil Estado han sabido hacer un imperio tan floreciente como el que más. Consiguieron esto por la concordia, armonía y buena inteligencia que reinó en todos sus actos. Lo sabéis, y en vez de ajustaros a esta verdad hacéis todo lo contrario en vuestras mutuas relaciones.

CAPÍTULO XVI

De cómo Filopemen, general de los aqueos, capturado por los messenios, fue envenenado.

Fue Filopemen persona a quien nadie anteriormente superó en mérito. Vencible la fortuna, a pesar de que parecía asociada sumisa a él en el curso de su vida. Mas ateniéndose al proverbio: «Feliz el poderoso y doblemente feliz cuando no es poderoso», conviene envidiar la suerte, no de los que siempre fueron dichosos, sino de los que en su carrera contaron con los favores de la caprichosa fortuna y únicamente sufrieron desdichas soportables.

CAPÍTULO XVII

Sobre las cuentas de Popilio.

Solicitó Popilio en el Senado una suma destinada a perentorias necesidades, y alegó el cuestor una ley que prohibía abrir el tesoro aquel día. «Dadme las llaves dijo Popilio, y yo abriré bajo mi responsabilidad. » Transcurrido algún tiempo le exigieron cuenta, también en el Senado, del dinero que había recibido de Antíoco antes de la tregua para pagar el ejército. «Tengo esa cuenta, dijo, pero no quiero entregarla a nadie»; y como el peticionario apremiaba y exigía una solución, juzgó Popilio oportuno enviar a su hermano por ella. Traído el registro, lo abrió y presentó a todo el mundo e hizo buscar al peticionario la cuenta pedida. Dirigiéndose en seguida a los demás, les dijo: «¿Por qué se pregunta el empleo de estos tres mil talentos, y no se piden informes de dónde van a parar los quince mil que habéis recibido de Antíoco? ¿Por qué no preguntáis asimismo de qué modo habéis llegado a ser dueños de Asia, de Libia y de España?» Todos quedaron estupefactos e impusieron silencio al investigador de las cuentas. Relatamos esto para recordar las virtudes antiguas y que sirvan de emulación en el futuro.

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Restaura Licortas a los messenios en su primitivo estado.- Disimulo de los romanos respecto a los aqueos. Se incorpora Esparta a la Liga Aquea.- Los ciudadanos y desterrados de Lacedemonia despachan una embajada a Roma.

Los messenios, que por su imprudencia llegaron a mísera situación, por generosidad de Licortas y de los aqueos uniéronse de nuevo a la Liga de que se habían separado. También ganó entonces la Liga a Turia, Abia y Fares, que en el transcurso de la guerra se separaron de los messenios, erigiendo cada una su columna particular. Al conocerse en Roma que los aqueos habían acabado felizmente la guerra con los messenios, mudaron de lenguaje con los embajadores de aquellos, manifestándoles el Senado que había impedido llevar de Italia a Messenia armas y víveres, lo que hizo claramente comprender que ni desdeñaba ni descuidaba los asuntos exteriores, y que por el contrario consideraba mal hecho no consultarle sobre todas las cosas y no seguir su opinión.

Llegaron por fin de Roma los embajadores de los lacedemonios y dieron cuenta de la contestación del Senado. Conocida ésta, reunió Licortas el pueblo en Siciona, y puso a discusión si se admitiría a Esparta en la Liga Aquea. Para inclinarle a que la admitiese, dijo que los romanos, a cuya disposición quedó esta ciudad, no querían encargarse de ella, declarando a los embajadores que no les importaba dicho asunto; que los que se hallaban en Esparta al frente del gobierno deseaban entrar en la Liga y que el admitirlos producía dos importantes ventajas: la primera asociarse a un pueblo que les había prometido inviolable fidelidad, y la segunda que los aqueos no tendrán entre ellos ni en su Consejo a los antiguos desterrados, cuya ingratitud e impiedad conocían, pues les arrojarían de la ciudad para recibir en ella otros ciudadanos amigos del gobierno y agradecidos a este beneficio. Tales fueron las razones de que se valió Licortas para aconsejar que fuera admitida Esparta en la Liga Aquea. Diófanes y otros defendieron a los desterrados. «¿No es suficiente decían, que se les arroje de la patria? ¿Queréis agravar su infortunio en favor de corto número de personas y ayudar con vuestro poder a los que contra todo derecho y razón les han alejado de sus hogares?» A pesar de esta oposición resolvió el Consejo que Esparta fuese admitida en la Liga, y efectivamente la recibieron en ella y se grabó el decreto en la columna. De los antiguos proscritos fueron indultados los irresponsables de empresas contra la nación aquea.

Concluido este asunto, enviaron los aqueos a Roma a Bippo de Argos para informar al Senado de lo que habían llevado a cabo. Los lacedemonios comisionaron por su parte a Charón, y los desterrados a Cletis para que defendiera su causa contra los embajadores de los aqueos. También enviaron representantes Eumeno, Ariarates y Farnaces. Los embajadores de estos tres príncipes fueron los primeros recibidos en audiencia, y no precisó el Senado escucharles largo tiempo, que ya sabía por Quinto Marcio y los demás comisionados para entender de la guerra entre ambos príncipes la moderación de Eumeno y la avaricia y orgullo de Farnaces. Contestóles que despacharía nuevos comisionados para examinar con mayor detenimiento las cuestiones entre ambos reyes. Llamóse en seguida a los embajadores de Lacedemonia y de los desterrados, y escuchadas sus pretensiones, nada se dijo a los primeros que indicara disgusto por lo sucedido. A los desterrados se les prometió escribir a los aqueos para que les permitieran regresar a su patria. Algunos días después se presentó al Senado Bippo, embajador de los aqueos; relató cómo a los messenios se les había restablecido en su primitivo estado, y no sólo se aprobó cuanto manifestó, sino que además se le tributaron muchos honores y pruebas de amistad.

CAPÍTULO II

Prohíbese a los desterrados lacedemonios regresar a su patria.

Apenas llegaron al Peloponeso los embajadores de los desterrados de Lacedemonia, entregaron a los aqueos las cartas del Senado ordenando que se abriese a los proscritos las puertas de la patria. Contestóseles que esperaban para deliberar sobre las cartas a que regresaran de Roma los embajadores aqueos. Grabóse después en la columna el tratado llevado a cabo con los messenios, y se les concedió la inmunidad por tres años, de suerte que los daños causados por la guerra no les fueron más perjudiciales que a los aqueos. Poco después llegó de Roma Bippon, y manifestó que las cartas del Senado en favor de los desterrados no significaban empeño en que volvieran a su patria, sino deseo de librarse de sus impertinencias. En vista de ello los aqueos acordaron no cambiar nada de lo establecido.

CAPÍTULO III

Procuran inútilmente los romanos convencer a Farnaces para que viva en paz con Eumenes y Ariarates.

Sin preocuparse Farnaces de lo que los romanos resolvieran, envió a Leocrito al frente de diez mil hombres para saquear la Galacia, y al iniciarse la primavera reunió sus tropas con la intención, al parecer, de invadir la Capadocia. Indignado Eumeno al ver tan escandalosamente violados los tratados más solemnes, reunió también sus tropas. Dispuestas ya a partir, llegó Attalo de Roma, conferenció con Eumeno acerca de la cuestión presente, y juntos marcharon contra Leocrito. No le encontraron en Galacia y avanzaron en dirección a Farnacia. En el camino se le presentaron comisionados de Carsinat y Gesotoro, partidarios de Farnaces, solicitando que no se les causara daño y prometiendo hacer cuanto se les ordenase; pero irritados ambos reyes por la infidelidad de estos príncipes, no quisieron escucharles. En cinco días de marcha llegaron de Calpito al río Halis, y seis días después a Amisa, donde se unió a ellos con su ejército el rey de Capadocia, y los tres arrasaron la llanura. Acampados se hallaban cuando llegaron los embajadores de Roma para restablecer la paz. Supo la noticia Eumeno, y envió a Attalo a recibirles y convencerles de que tenía recursos propios para resistir y aun hacer entrar en razón a Farnaces. A tal fin aumentó el número de sus tropas, proveyéndolas de todo lo necesario. Los embajadores aconsejaron a Eumeno y Ariarates no proseguir la guerra, y ambos príncipes accedieron, pero rogando a aquellos reunir un Consejo en que Farnaces se encontrara con ellos, a fin de convencerle cara a cara de su perfidia y crueldad, y si no era posible traerle, que examinaran por lo menos, como jueces imparciales, sus quejas contra este príncipe. No pudieron los embajadores negarse a peticiones tan justas y razonables, pero advirtieron a los reyes la conveniencia de retirar sus tropas de aquella región, porque habiéndoseles enviado para acabar la guerra, los actos de hostilidad se avenían mal con las conferencias para la paz. Consintió Eumeno, y al día siguiente levantó el campamento, retirándose a Galacia. Fueron seguidamente los embajadores a ver a Farnaces, y procuraron persuadirle de que el mejor medio para arreglar los asuntos era tener una conferencia con Eumeno. Farnaces la rechazó de una forma terminante, e hizo sospechar con su negativa que se reconocía culpado y que carecía de razones eficaces para justificarse; mas resueltos los embajadores a terminar de cualquier modo la guerra, no le dejaron hasta que accedió a enviar representantes a orillas del mar para arreglar la paz con las condiciones prescritas. Los de Roma, con los plenipotenciarios de Farnaces, se unieron entonces a Eumeno. Los romanos y el rey de Pérgamo se acomodaban a todo pero todo lo resistían y disputaban los embajadores de Farnaces; de suerte que apenas llegaba a un acuerdo con ellos en alguna cosa, pedían otra o mudaban de opinión. Viendo los comisarios de Roma que trabajaban en vano y que Farnaces no aceptaría ninguna condición, salieron de Pérgamo sin realizar nada. Los representantes de Farnaces regresaron también a su tierra; prosiguió la guerra, y Eumeno se preparó de nuevo a ella. Pidiósele entonces los rodios que fuese a Rodas, y acudió a marchas forzadas para dirigir la campaña contra los licios.

CAPÍTULO IV

Eumeno envía a sus hermanos a Roma.- Promesas que el Senado les hace.

Llevado a cabo el tratado entre Farnaces, Attalo y los demás, cada cual condujo sus tropas a sus Estados. Eumeno se hallaba entonces en Pérgamo, convaleciente de grave enfermedad, y supo con satisfacción por Attalo la noticia del pacto, determinando enviar todos sus hermanos a Roma, por dos razones: una, poner fin a la guerra con Farnaces; y otra, que conocieran a sus hermanos los amigos que tenía en Roma y en el Senado. Realizaron el viaje a esta ciudad, donde ya eran conocidos de innumerables personas por haber militado con ellos en Asia. El recibimiento fue magnífico, no economizando nada el Senado para alojarles y tratarles con esplendidez. Hiciéronseles grandes regalos y se les concedió la audiencia más favorable. Ante el Senado recordaron, en largo discurso, los resultados de la estrecha alianza que su casa tenía de largo tiempo atrás con Roma; quejáronse de Farnaces y pidieron que se le castigara cual merecía. La contestación del Senado fue favorable. Se les prometió despachar nuevos embajadores que, sobre el terreno, procuraran por todos los medios posibles acabar la guerra.

CAPÍTULO V

Por qué escogieron los aqueos para embajadores cerca de Ptolomeo a Licortas, su hijo Polibio y el joven Arato.

Deseando Ptolomeo Epifanes aliarse a los aqueos, les envió un embajador con promesa de darles seis galeras de cincuenta remos armadas en guerra. El regalo se estimó digno de agradecimiento y fue aceptada la oferta del príncipe. Efectivamente valía ésta unos diez talentos. Para dar gracias a Ptolomeo por las armas y dinero que antes había remitido y para recibir las galeras eligieron los aqueos, en su Consejo, a Licortas, Polibio y el joven Arato. Licortas, porque era pretor cuando se renovó la alianza con Ptolomeo y defendió con empeño los intereses de este príncipe; Polibio, su hijo, que aun no había cumplido la edad prescrita por las leyes, porque el padre fue comisionado para reanudar la alianza con el rey de Egipto y traer a Acaia las armas y el dinero que éste dio a la Liga Aquea; y, finalmente, Arato, por lo mucho que quiso Ptolomeo a sus antecesores. Esta embajada no llegó a salir de Acaia, porque cuando iba a ponerse en camino murió Ptolomeo.

CAPÍTULO VI

Cherón.

Este lacedemonio fue el año anterior comisionado en Roma. Aunque joven, de humilde cuna y mal educado, tenía disposición para los negocios. Adquirió en poco tiempo reputación por las excitaciones que en el pueblo produjo y por una empresa que ningún otro hubiese intentado. Comenzó por distribuir en partes desiguales entre los más viles ciudadanos las tierras que los tiranos habían concedido a las hermanas, esposas, madres e hijos de los proscritos, y después, sin cuidarse de las leyes, sin decreto público, sin autoridad de magistrado, gastaba los fondos del Estado como si fueran suyos, derrochando en locuras las rentas de la República. Algunos ciudadanos a quienes esta conducta indignaba solicitaron con reiteradas instancias que, conforme a las leyes, se designaran cuestores para guardar el tesoro público, y así se hizo; pero Cherón, a quien la conciencia acusaba, tomó las medidas necesarias para librarse de las pesquisas de estos nuevos funcionarios. El más capaz para descubrir sus malversaciones era uno de ellos, llamado Apolonides,

y Cherón apostó algunos asesinos que le dieron muerte al volver del baño. La noticia de esta muerte sublevó el ánimo de los aqueos contra el asesino. El pretor salió inmediatamente para Lacedemonia, puso preso a Cherón, ordenóle responder del crimen de que se le acusaba y, condenado, ordenó encerrarle en un calabozo. En seguida aconsejó a los cuestores investigar cuidadosamente los fondos públicos y procurar que fuesen puntualmente devueltas las tierras arrebatadas a los parientes de los proscritos.

CAPÍTULO VII

Filopemen y Arístenes.

Gran diferencia existía entre estos dos pretores de los aqueos, no sólo por su carácter, sino por su forma de gobernar. Había nacido el primero belicoso, y de ánimo y cuerpo era a propósito para la guerra. El otro, más inclinado a deliberar y arengar en los Consejos. Advirtiéndose principalmente esta diferencia cuando la República romana extendió su poder y su autoridad a Grecia, es decir, en tiempo de las guerras de Filipo y Antíoco. La política de Arístenes consistía entonces en llevar a cabo sin pérdida de tiempo cuanto juzgaba favorable a los intereses de los romanos, y a veces, antes de recibir órdenes de éstos. Procuraba, no obstante, disfrazar su adhesión a Roma con aparente recelo por las leyes, y cuando le pedían algo abiertamente contrario a ellas, negábase a concederlo. Filopemen obraba de otro modo. Si lo que los romanos exigían de Acaia era conforme a las leyes y a los tratados de alianza efectuados con ellos, ejecutaba las órdenes inmediatamente y sin argucias para eludir el cumplimiento; pero cuando sus pretensiones traspasaban los límites legales, no se sometía a ellas de buen grado, exigiendo que primero se le dijera el motivo, después se suplicara el cumplimiento de los tratados, y si permanecían inflexibles tomar a los dioses por testigos de la infracción, y obedecer.

CAPÍTULO VIII

No es bueno arruinar las cosechas del enemigo.

Paréceme gran error dejarse llevar por la cólera hasta el extremo de destruir cosechas, árboles y casas, arrasando las comarcas; porque creyendo amedrentar al enemigo al saquear sus tierras y arrebatarle sus riquezas presentes y futuras, riquezas precisas para su existencia, se le hace feroz, perpetuando en su ánimo, una vez ofendido, el sentimiento de la ira.

Esto fue en Creta fuente de grandes sucesos, si puede decirse así, porque gracias a la asiduidad de las discordias y a los excesos de recíprocas crueldades lo que es fuente de un acontecimiento es asimismo su fin, y lo que parece aquí extraordinario e increíble, es allí natural y consecuente.

He aquí los argumentos que empleó Arístenes ante los aqueos en su disenso con Filopemen: «No pretendáis conservar la amistad de los romanos mediante lanza y heraldo. Si somos suficientemente fuertes para marchar contra ellos... Filopemen se ha atrevido a decirlo... ¿Por qué, pues, deseando lo imposible perderá lo probable? Dos objetivos persigue toda política: lo bello y lo útil. Cuando la posesión de lo bello puede realizarse, los hábiles administradores deben procurarla y, si no, preciso es atenerse a lo útil; pero abandonar ambas cosas, es el colmo de la impericia. Así proceden los aqueos cuando, acatando las órdenes que se les dan las cumplen con tibieza y de mala gana. Entiendo, pues, que es necesario, o mostrar que podemos no obedecer, o no expresarse en tal sentido, obedeciendo de buena voluntad.» Contestó Filopemen que no era tan ignorante que desconociese la diferencia entre el gobierno de Roma y el de los aqueos, no menos que la superioridad de aquel; «pero cuando un poder más fuerte, dijo, pesa demasiado a los débiles, ¿qué debe hacerse? ¿Unirnos con todas nuestras fuerzas a los amos, sin manifestar oposición alguna, para sufrir las órdenes más duras, o resistir cuanto podamos y retardar nuestra esclavitud?... Cuando

ordenen injusticias, nuestro derecho nos dará aliento para rechazar lo más amargo de su dominación, sin dejar por ello de atender mucho a los romanos, como dice Arístenes, observando escrupulosamente los tratados y los juramentos de fidelidad a los aliados.

Pero si teniéndolo todo por justo, nos apresuramos cual prisioneros de guerra a cumplir sus deseos, ¿en qué se diferenciará la nación aquea de sicilianos y tirrenos, siempre esclavos? Preciso es convenir, agregó, en que la justicia de los romanos nada significa, o, de no atrevernos a decirlo, usar de nuestra justicia, pero no entregarse cuando se defiende en la lucha la más bella y grande de las causas. Llegará un día para los griegos, bien lo sé, en que precise obedecer las órdenes de Roma; pero, ¿debemos acelerar o retardar ese día? Creo que retardarlo, y en esto difieren mis ideas de las de Arístenes, porque él quiere realizar en seguida acontecimientos cuya necesidad preveo y para ello emplea todas sus fuerzas, mientras yo ejercito las mías en oponerme y alejar este suceso.» Tales discursos acreditan que la política del uno era bella y la del otro prudente; ambas seguras, porque las grandes cosas se preparaban entonces en Grecia y Roma sin hablar de Filipo y de Antíoco. A pesar de que Arístenes y Filopemen defendían la integridad de Acaia contra los romanos, corrió el rumor de que el primero era más favorable a éstos que el segundo.

LIBRO VIGÉSIMO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

Magnánimos y nobles sentimientos de Licortas en la asamblea de los aqueos.- Embajada al Senado en representación de esta nación.- Uno de los embajadores, Calístrato, traiciona a su república y a todos los griegos.

El pretor de los aqueos, Hiperbato, puso a discusión en el Consejo si se atendería a las cartas del Senado de Roma solicitando levantar al destierro a los proscritos de Lacedemonia, y Licortas opinó que no se debía modificar lo llevado a cabo. «Al escuchar los romanos, dijo, las quejas de los desgraciados que únicamente les piden lo justo y razonable, hacen lo que les conviene; pero si entre las gracias solicitadas traspasan unas sus facultades y otras deshonran y perjudican considerablemente a sus aliados, no muestran tenaz empeño en ser obedecidos.

Este es el caso en que nos hallamos. Manifestemos a los romanos la imposibilidad de ejecutar sus órdenes sin violar nuestros juramentos, sin quebrantar las leyes fundamentales de nuestra Liga, y reconocerán la justicia de las razones que nos impiden obedecerles.» De contraria opinión fueron Hiperbato y Calístrato. Según ellos, no existían leyes, ni juramentos, ni tratados que no debieran sacrificarse a la voluntad de los romanos. Ante la diversidad de pareceres se convino despachar una diputación al Senado para informarle de la opinión de Licortas en el Consejo, y los embajadores fueron el leontesiano Calístrato, Lisíades de Megalópolis, y Arato de Sicione, dándoseles instrucciones de acuerdo con la deliberación.

Al llegar a Roma estos embajadores, hizo Calístrato ante el Senado todo lo contrario de lo que se lo ordenó, censurando audazmente a quienes no opinaban como él, y tomándose la libertad de advertir al Senado lo que debía hacer. «Si no os obedecen los griegos, padres conscriptos, manifestó, si desatienden las cartas y órdenes que les enviáis, culpa vuestra es. En todas las repúblicas existen actualmente dos partidos: uno que defiende la sumisión a vuestras órdenes, considerando vuestra voluntad superior a leyes y tratados; pretende el otro que las leyes, juramentos y tratados valen más que vuestros deseos, y en este sentido aconsejan sin cesar al pueblo. De ambos partidos, el último es el más popular y agradable a los aqueos, y ¿qué sucede? Que el pueblo odia a vuestros amigos, y honra y aplaude a los que resisten vuestra voluntad. A poco que los romanos favoreciesen a los primeros, todos los jefes de las repúblicas serían partidarios suyos, y amedrentado el pueblo seguiría pronto su ejemplo; pero si estimáis esto cosa de poca importancia, ya veréis a todos en contra vuestra, porque como os he dicho, el partido de la resistencia es más popular y mucho más considerado que el otro. Vemos, efectivamente, cómo llegan a los cargos más eminentes de la república personas cuyo único mérito es la oposición invencible a vuestras órdenes y el pretendido celo por la defensa y conservación de las leyes de su patria. Seguid, padres conscriptos, este proceder, si no os importa la sumisión de los griegos; pero si queréis que vuestras órdenes sean ejecutadas y vuestras cartas recibidas con respeto, considerad seriamente lo que os digo, porque de no atenderlo, siempre les encontraréis rebeldes. Podéis juzgar por lo que acaba de suceder de su resistencia futura. En el transcurso de la guerra de Messena tomó Quinto Marcio todas las medidas precisas para que nada se ordenase contra los messenios sin la voluntad de Roma, y a pesar de ellas han resuelto el conflicto por su propia autoridad, talando la comarca, desterrando a algunos de los más ilustres ciudadanos, y haciendo morir en vergonzosos suplicios a otros que se habían rendido a discreción y cuyo único crimen era pedir que los romanos fueran jueces en sus cuestiones con los aqueos. ¿Cuánto tiempo hace que les escribisteis para que levantaran el destierro a los lacedemonios? Pues en vez de abrirles las puertas de la patria, han hecho grabar en una columna la decisión contraria, comprometiéndose por juramento a no perdonar a los proscritos. Este ejemplo os demuestra qué precauciones debéis tomar en el porvenir.» Concluido el discurso,

retiróse Calístrato y penetraron los proscritos, explicando su negocio en breves y sentidas frases para excitar la compasión del auditorio.

Un discurso tan favorable a los intereses de la República como el de Calístrato debía agradar al Senado, y hubo desde luego senadores que defendieron la necesidad de acrecentar el poder y crédito de los partidarios de la autoridad romana, rebajando el de los que no querían someterse a ella. Tomóse entonces por primera vez en Roma la determinación funesta de humillar y desacreditar a los que, cada cual en su patria, opinaban lo mejor, y de colmar de bienes y honores a quienes, con razón o sin ella, eran partidarios de la dominación romana, partido que al poco tiempo multiplicó los aduladores y disminuyó mucho el número de los verdaderos amigos de la República. No se contentó el Senado para el regreso de los proscritos con escribir a los aqueos, pues escribió asimismo a los etolios, a los epirotas, a los atenienses, a los beocios y a los acarnanios, como si quisiera sublevar todos los pueblos contra los aqueos, y en su contestación a los embajadores únicamente habló de Calístrato, de quien dijo desearía se le pareciesen los magistrados de las demás ciudades. Con tal respuesta volvió triunfante Calístrato a Grecia, sin pensar que era causa de grandes desgracias para el pueblo griego en general y en particular para Acaia, porque hasta entonces había por lo menos cierta igualdad entre aqueos y romanos, y toleraban éstos que los aqueos fueran al par con ellos, porque les habían demostrado su fidelidad en tiempos difficilísimos, es decir, durante las guerras contra Filipo y Antíoco. En la época a que nos referimos comenzaba a distinguirse la pequeña Liga, y había hecho ya grandes progresos cuando la traición de Calístrato perturbó todas las esperanzas que inspiraba; y la llamo traición, atendiendo al carácter de los romanos: de nobles sentimientos y naturalmente inclinados a las bellas acciones, se duelen de las quejas de los desgraciados, y les agrada favorecer a quienes recurren a su protección; pero si alguien, de cuya fidelidad estén seguros, les manifiesta los inconvenientes de conceder ciertas gracias, retroceden y reforman lo hecho como mejor pueden. Calístrato fue a Roma con orden de defender los derechos de los aqueos, y puesto que los romanos no se quejaban de lo ocurrido con los messenios, nada debió decir de este asunto. Regresó en seguida a Acaia, difundiendo por todas partes el terror a Roma, refiriendo los pormenores de su embajada para amedrentar al pueblo, que ignorando lo que dijo en el Senado y los regalos con que se había dejado corromper, le eligió en seguida pretor. Apenas tuvo esta dignidad, levantó el destierro a los proscritos de Lacedemonia y Messenia.

CAPÍTULO II

Jactancias de Tiberio Graco y burlas de Pasidonos.

«En el libro XXVI manifiesta Polibio que Tiberio Graco había destruido trescientas ciudades en la Celtiberia. Pasidonos se mofa de este hecho, diciendo que Tiberio calificó de ciudades a fortificaciones insignificantes para exagerar su triunfo; y acaso tuviera razón, porque los generales son tan aficionados como sus historiadores al género de fraudes que consiste en tomar las bellas frases por bellas acciones.»

CAPÍTULO III

Perseo.

Renovada su alianza con los romanos aplicóse Perseo a conquistar la amistad de los griegos. Para conseguirlo ordenó fijar edictos en Delos, en Delfos y en el templo de Minerva, llamando a Macedonia a todos los que habían huido de la persecución de sus acreedores, o por librarse de sentencias judiciales o por delitos políticos. En estos edictos prohibía además que se les molestara en el camino, y se les permitía no sólo recobrar los bienes de que habían sido despojados, sino

asimismo las rentas producidas durante el destierro. Perdonó a los macedonios las deudas al Tesoro, y puso en libertad a los reos políticos. Esta templanza y magnanimidad inspiraron a los griegos gran estimación a dicho príncipe, que además mantenía su rango con notable dignidad. Era de buena presencia, vigoroso para toda clase de trabajos; su aspecto y facciones demostraban juventud, y no se advertía en él vestigio alguno de la desenfrenada pasión a las mujeres que dominó a su padre Filipo. Tal fue Perseo al principio de su reinado.

CAPÍTULO IV

Eumeno y Ariarates conciertan paz con Farnaces.- Artículos del tratado.

Una ocasión tan brusca y terrible hizo a Farnaces más asequible a las condiciones que quisieran imponerle. Envío embajadores a Eumeno y Ariarates, y los recibió también de ellos, y tras muchas negociaciones, se concertó el tratado en estos términos: «Paz perpetua entre Eumeno, Prusias, Ariarates, Farnaces y Mitridates. Farnaces no invadirá jamás la Galacia, y serán nulos cuantos tratados ha llevado a cabo con los galos. Saldrá de la Paflagonia, donde regresarán los habitantes expulsados, entregando las armas y demás efectos que de allí sacó. Devolverá a Ariarates las tierras que le ha tomado, cuantos efectos en ellas había, y los rehenes recibidos. Devolverá asimismo Tegé, ciudad del Ponto.» Poco tiempo después dio Eumeno esta ciudad a Prusias, que agradeció mucho el regalo. Proseguía diciendo el tratado: «Entregará todos los prisioneros y tráfugas sin rescate. Además del dinero y riquezas que arrebató a Morzias y a Ariarates, dará novecientos talentos a estos dos príncipes, trescientos a Eumeno para indemnizarle de los gastos de la guerra, y trescientos a Mitridates, gobernador de la Acarnania, por haber tomado las armas contra Ariarates a pesar del tratado con Eumeno.» En este tratado fueron comprendidos, de los príncipes de Asia, Artaxias, que reinaba en la mayor parte de Armenia, y Acusíloco; entre los de Europa, Gatales, príncipe sármata, y de los Estados libres, los heracleotos, los quersonesitas y los cisenienses. También se determinó en el tratado el número y condición de los rehenes que Farnaces daría, y cuando éstos llegaron, retiráronse los ejércitos. Así acabó la guerra que Eumeno y Ariarates mantenían con Farnaces.

CAPÍTULO V

Embajada que despachan los licios a Roma contra los rodios.- Los rodios llevan a Perseo su mujer Laodice.

Cuando los cónsules Tiberio y Claudio emprendieron la expedición contra istrianos y agrienos, el Senado, al final del verano, dio audiencia a los embajadores de los licios, llegados después de la victoria sobre esta nación, aunque de su patria habían salido hacía largo tiempo, porque antes de que se declarara la guerra, los xantianos enviaron a Nicostrato a la Acaia y a Roma. Hizo a esta ciudad una descripción tan conmovedora de los males y de la crueldad que los rodios hacían sufrir a los licios, que compadecido el Senado, despachó embajadores a Rodas para declarar que conforme a las Memorias de los diez comisarios que arreglaron los asuntos de Antíoco, no fueron dados los licios a los rodios como un regalo, sino como amigos y aliados. Esta determinación desagradó a los rodios, creyendo que los romanos, al saber los enormes gastos hechos para construir la flota en la que llevaron a Perseo su esposa Laodice, deseaban, comprometiéndoles con los licios, agotar los recursos de su tesoro. Efectivamente, poco tiempo antes habían equipado los rodios cuantos buques poseían, para que la reina fuese en la flota más brillante y magnífica. Perseo dio los materiales, y a todos, hasta a los soldados y marineros que condujeron a Laodice, una cinta de oro.

CAPÍTULO VI

Enojo de los rodios contra el decreto del Senado de Roma en pro de los licios.

Cuando llegaron a Rodas los embajadores romanos, publicaron el decreto del Senado. Este decreto sobreexcitó la opinión, indignada porque los romanos dijeran que los licios habían sido dados a la república de Rodas no como regalo sino como amigos y aliados. Creyendo haber ordenado suficientemente bien los negocios de Licia, era para ellos triste verse amenazados de nuevas dificultades, porque al saber los licios la llegada de los embajadores y el decreto que traían, empezaron a amotinarse, dispuestos a reivindicar su libertad a toda costa. Por su parte se persuadieron los rodios de que los licios habían engañado a los romanos, y enviaron a Licofrón a Roma para informar al Senado de lo que ignoraba. Tal era en Rodas el estado de los negocios, siendo de temer que los licios se sublevaran.

CAPÍTULO VII

Los dardanios despachan diputados a Roma para solicitar ayuda contra los bastarnos y Perseo.

Llega Licofrón a Roma, defiende la causa de los rodios, y el Senado difiere contestarle. Al mismo tiempo que él llegaron embajadores de los dardanios, para informar al Senado de que su provincia se hallaba inundada de multitud de bastarnos, pueblo de gigantesca talla y de extraordinario valor, con el cual, así como con los galos, había llevado a cabo Perseo un tratado de alianza; que temían aún más a este príncipe que a los bastarnos, y que habían sido enviados para implorar auxilio de la República contra tantos enemigos. Los representantes de Tesalia atestiguaban también las quejas de los dardanios, solicitando asimismo ayuda para sí. En vista de la relación de los embajadores, envió el Senado a aquellos parajes a Aulo Póstumo, acompañado de algunos jóvenes, para examinar si los informes eran ciertos.

CAPÍTULO VIII

Asuntos de Siria.- Principios del reinado de Antíoco Epifanes.

En el lib. XXVI de su Historia llama Polibio a este príncipe Epimanes en vez de Epifanes, a causa de lo que hacía. Cuenta de él los siguientes hechos: De vez en cuando, y sin saberlo sus ministros, veíasele pasear por las calles de la ciudad acompañado de una o dos personas. Le agradaba especialmente visitar las tiendas de escultores y fundidores de oro y plata, conversando familiarmente con los obreros acerca de su arte. Aficionado a hablar con hombres del pueblo, discutía con el primero que encontraba y bebía con extranjeros de ínfima clase. Al saber que en algún lugar ofrecían los jóvenes un festín, sin prevenir a nadie de su llegada presentábase en él acompañado de flautistas y sinfonistas, entregándose a los excesos de la comida de tal forma, que muchas veces los comensales, amedrentados por su inesperada presencia, se levantaban y huían. Frecuentemente, despojándose del regio manto, se paseaba por el Foro vestido con toga como un candidato ante los comicios, dando la mano a unos, abrazando a otros y solicitando los sufragios para ser elegido edil o tribuno del pueblo, y cuando conseguía la solicitada magistratura, sentado en silla curul de marfil, a usanza romana, entendía de los actos judiciales, de las causas comerciales y de los negocios en litigio, pronunciando sentencias con la atención más escrupulosa. En vista de tal proceder, no sabían las personas prudentes qué opinión formar de él, juzgándole unos, hombre sencillo y fácil, y otros insensato. Con igual rareza distribuía las mercedes: a unos regalaba dados, a otros oro, ocurriendo a veces que los que por acaso hallaba, y a quienes jamás había visto, recibían inesperados obsequios. En las ofrendas a los dioses de las diferentes ciudades sobrepujó a todos sus antepasados: testigos el templo de Júpiter Olímpico en Atenas, y las estatuas colocadas en torno al altar de Delos. Habitualmente iba a los baños públicos cuando mayor era la concurrencia en ellos, y

hacía llevar ante él vasos llenos de los perfumes más preciosos. Díjole uno cierto día en este momento: «Vosotros los reyes, que podéis emplear perfumes tan agradables al olfato, sois felices.» No le contestó, pero al día siguiente llegó al lugar donde aquel hombre se bañaba y ordenó que le derramaran sobre la cabeza una gran vasija llena del perfume más precioso, que se llama stacta o mirra líquida. Al ver esto acudieron en tumulto todos los bañistas para lavarse con los restos de aquel precioso perfume. Siguióles el rey, pero resbaló en los viscosos rastros de la mirra, y cayó al suelo con gran divertimento de todo el mundo.

LIBRO VIGÉSIMO SÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Los beocios incurren en la imprudencia de separarse unos de otros.

En Calcis se hallaban los comisarios romanos cuando se les presentaron Lassis y Calias de parte de los tespienos para entregar su patria a los romanos. También llegó Ismenias, comisionado por Neón, pretor de los beocios, y manifestó que, por orden del Consejo común de la nación, entregaba a discreción de los comisarios todas las ciudades de Beocia. Esto se oponía a las miras de Quinto Marcio, deseoso de que cada ciudad hiciera particularmente la entrega; por lo cual, en vez de acoger bondadosamente a Ismenias como lo había hecho con Lassis, con los diputados de Queronea, de Livadia y con otros, mostróle desprecio, y las órdenes que le dio más parecían insultos. La mofa fue tan grande, que de no refugiarse Ismenias bajo la protección del tribunal de los comisarios, le hubiesen muerto a pedradas algunos de los proscritos que habían conspirado contra su vida.

Por entonces hubo en Tebas una rebelión. Mientras los ciudadanos querían entregar la ciudad a los romanos, los de Corona y Haliarta, allí reunidos, pretendieron dominar el Consejo y sostuvieron la necesidad de mantener la alianza con el rey de Macedonia. Hasta entonces los dos partidos eran casi iguales; mas uno de los magnates de Corona, Olímpico, se pasó al de los romanos, arrastrando consigo otros, y hubo un cambio general en el espíritu público. Obligaron primero a Dicetas a excusarse con los comisarios por la alianza que con Perseo concertó. Acudieron en seguida a las casas de Neón y de Hippias, arrojándoles de ellas y ordenándoles que diesen cuenta de su gobierno, por ser los que habían negociado la alianza; reunióse el Consejo, designó éste los diputados para enviarles a los comisarios, ordenóse a los magistrados que pactaran alianza con Roma, y, finalmente, entregaron la ciudad a los romanos, llamando a los desterrados.

Al mismo tiempo iba a Calcis, enviado por los proscritos, Pampidas para denunciar a Ismenias, Neón y Dicetas. Como su falta era manifiesta y los romanos favorecían a los expatriados, encontráronse en mala situación Hippias y los de su partido. Tan irritada estaba contra ellos la multitud, que corrieron riesgo de perder la vida, y hubieran muerto a no impedirlo los romanos conteniendo la violencia e impetuosidad del populacho. Al llegar los diputados de Tebas y mostrar lo que habían arreglado en ventaja de los romanos, cambiaron los negocios de aspecto y en pocos días hicieron el viaje de Tebas a Calcis, porque las dos ciudades se hallan próximas.

Con mucho agrado recibieron los romanos a los de Tebas, haciendo grande elogio de su ciudad y recomendándoles que llamaran a los proscritos. Ordenaron después a todos los diputados que despachasen a Roma embajadores para ofrecer cada ciudad en particular a la discreción de los romanos. Llevado a cabo su propósito de dividir a los beocios y producida en el pueblo la aversión a la casa real de Macedonia, hicieron venir a Servio de Argos, y dejándole en Calcis se trasladaron al Peloponeso. Algunos días después se retiró Neón a Macedonia. Ismenias y Dicetas fueron encerrados en un calabozo, donde al poco tiempo se suicidaron.

De este modo los beocios, después de formar por largo tiempo una república que en diferentes ocasiones venció con felicidad grandes peligros, por afiliarse sin motivo y cometiendo imperdonable ligereza al partido de Perseo viéronse dispersos y gobernados por tantos Consejos como ciudades había en la provincia.

Volviendo a los comisarios, al llegar a Argos Aulo y Marcio trataron con los magistrados de los aqueos rogando a su pretor Archón que enviase a Calcis mil soldados para guardar la ciudad, y concedido este socorro, uniéronse a Publio y se embarcaron de regreso a Roma.

CAPÍTULO II

Inteligente política de Hegesiloco, pritano de los rodios, para mantener a su nación la amistad del pueblo romano.

Cuando Tiberio y Postumio recorrían las islas y las ciudades de Asia, permanecieron largo tiempo en Rodas, aunque su presencia no era allí necesaria, porque Hegesiloco, persona dignísima, que entonces era pritano y fue después embajador en Roma, al saber que los romanos iban a declarar la guerra a Perseo, exhortó a sus conciudadanos, no sólo a unirse a ellos, sino a preparar cuarenta buques para que, si los romanos los precisaban, estuviesen listos sin pérdida de tiempo. Así los enseñó a los dos comisarios romanos, que salieron muy satisfechos de la ciudad, y al regresar a Roma elogiaron grandemente el celo de Hegesiloco y su adhesión a la República Romana.

CAPÍTULO III

Perseo despacha embajadores a los rodios para conocer sus intenciones.

Tras sus conferencias con los comisarios romanos, resumió Perseo en una carta todas las razones en que apoyaba su derecho y cuantas se habían expuesto por ambas partes. Apeló a este recurso, no sólo por presumir que sus razones valían más que las de los comisarios, sino también para sondear el espíritu de cada pueblo respecto a su causa. Por medio de correos envió la carta a diferentes puntos, pero con los rodios hizo la especial distinción de comisionar a Antenor y Filipo, que entregaron la carta del rey a los magistrados. Algunos días después se presentaron al Consejo y aconsejaron a los rodios permanecer tranquilos y espectadores imparciales del partido que tomaban los romanos. «Si deciden, manifestaron, atacar a Perseo y los macedonios a pesar de los tratados llevados a cabo, vosotros seréis, rodios, los mediadores entre ambos pueblos. A todos interesa verles vivir en paz; pero a ninguno corresponde, como a vosotros, trabajar para amistarlos. Defensores de vuestra libertad y de la de toda Grecia, cuanto más celo y ardimiento tenéis para conservar este gran bien, más debéis poneros en guardia contra quien debe inspirar opuestos sentimientos.» Agregaron otras razones semejantes, que se oyeron con agrado, pero hablaban a personas prevenidas ya en favor de los romanos y resueltas a ayudarles. Tributáronse a los embajadores grandes demostraciones de afecto, pero la contestación fue que rogaran a Perseo no pedirles nada contrario a los intereses de los romanos. No tomó Antenor este ruego por respuesta; pero satisfecho de las pruebas de amistad de los rodios, se dirigió a Macedonia.

CAPÍTULO IV

Embajadas recíprocas de Perseo a los beocios y de los beocios a Perseo.

Informado Perseo de que algunas ciudades de Beocia le eran adictas, despachó a Antígones, hijo de Alejandro en calidad de embajador. Llegó éste a Beocia y pasó frente a muchas ciudades sin penetrar en ellas por falta de pretexto para aconsejarles alianza con su señor. Entró en Corona, en Tebas y en Haliarte, exhortando a los ciudadanos a afiliarse al partido de los macedonios, y accedieron a sus ruegos, decidiendo enviar embajadores a Macedonia. Regresó Antígones y dijo a Perseo el feliz éxito de sus negociaciones. Poco tiempo después llegaron los embajadores de Beocia, suplicando al rey ayudara a las ciudades que se habían puesto de su parte; pues irritados los tebanos porque no defendieran como ellos la causa de Roma, las amenazaban, comenzando a molestarlas. Contestóles el rey que la tregua hecha con los romanos le impedía por el momento auxiliarles, aconsejándoles defenderse como pudieran de los tebanos y vivir en paz con Roma.

CAPÍTULO V

Bando en Rodas contra los romanos.

Cayo Lucrecio escribió desde Cefalonia, donde se hallaba anclada su flota, una carta a los rodios pidiéndoles barcas, y fue portador de esta carta un tal Sócrates, que ganaba su vida frotando con aceite a los luchadores. Era entonces Stratocles pritano del último semestre; reunió el Consejo y puso a debate lo que debía hacerse en vista de la carta. Agatagetes, Rodofón, Astimedes y muchos otros opinaron que se enviaran en seguida las naves y unirse a los romanos desde el principio de la guerra; pero Dinón y Polícrates, disgustados por lo llevado a cabo ya en favor de Roma, se valieron de las sospechas que excitaba Eumeno para oponerse a lo que Lucrecio solicitaba. El disgusto con Eumeno tuvo origen en que, en el transcurso de la guerra con Farnaces, se apostó en el Helesponto para detener los barcos que pasaban al Ponto Euxino, oponiéndose a ello los rodios. Algún tiempo después se agrió esta cuestión, por causa de algunos castillos y de la Perea, región situada en la extremidad del continente opuesto a la isla de Rodas y donde las tropas de Eumeno andaban de continuo en correrías. Este disgusto motivaba oír con agrado cuanto contra Eumeno se dijera, y los facciosos aprovecharon el pretexto para desdeñar la carta de Lucrecio, manifestando que no procedía de un romano, sino de Eumeno, que deseaba comprometerles en una guerra y ocasionarles gastos y fatigas inútiles. Hasta el portador de la carta les servía de argumento, porque los romanos jamás se servían para enviar sus órdenes de personas de tan baja condición, eligiendo, por el contrario, las más distinguidas. No ponían en duda que la carta fuera de Lucrecio, pero deseaban enfriar el ardimiento de la muchedumbre para diferir el socorro a los romanos y que la dilación ocasionara rompimiento con ellos. Su propósito consistía en privar a los romanos de la opinión pública y conquistarla para Perseo, de quien eran cómplices; uno de ellos, Polícrates, porque habiendo efectuado grandes gastos para mantener su lujo y ostentación todo lo tenía en poder de acreedores, y el otro, Dinón, porque, avaro y sin pudor, procuraba siempre acrecentar sus bienes con las mercedes de reyes y magnates. Stratocles combatió rudamente a los dos facciosos, diciendo muchas cosas contra Perseo, alabando con entusiasmo a los romanos y obteniendo al fin del pueblo el decreto para remitirles los barcos. Inmediatamente equipó seis galeras, enviando cinco a Calcis, al mando de Timágoras, y la sexta a Tenedos. Otro Timágoras que mandaba ésta, halló en Tenedos a Diófanos, que iba de parte de Perseo a ver a Antíoco. No consiguió apoderarse de él, pero sí de su buque. Lucrecio recibió atentamente a todos los aliados que le llegaban por mar y les despidió agradeciéndoles sus servicios, porque, según manifestó, los asuntos no exigían auxilios marítimos.

CAPÍTULO VI

El Senado ordena que los embajadores de Perseo abandonen Roma e Italia.

Al regresar de Asia los comisarios romanos, informaron al Senado acerca de lo que habían visto en Rodas y en otras ciudades. Inmediatamente después se mandó entrar a los embajadores de Perseo, que eran Solón e Hippas, e hicieron los mayores esfuerzos para justificar a su señor y desvanecer la cólera del Senado. Defendieronle principalmente de la acusación de atentado contra la persona de Eumeno, y cuando finalizaron, el Senado, que tenía ya decidida la guerra, les ordenó, como a todos los macedonios que se hallaban en Roma, salir inmediatamente de la ciudad y de Italia en treinta días. Llamados en seguida los cónsules, se les recomendó dedicarse a esta guerra sin pérdida de tiempo.

CAPÍTULO VII

Aunque victorioso, solicita Perseo la paz y no puede lograrla.

Tras la victoria conseguida por los macedonios, reunió Perseo el Consejo y manifestaron en él

algunos amigos suyos que haría bien en despachar una diputación al cónsul para solicitarle la paz, ofreciéndole, aunque victorioso, los mismos tributos y las mismas plazas que Perseo había prometido dar. «Porque, dijeron, si concede la paz, es honroso para vos acabar la guerra con una victoria, y además, después de experimentar los romanos el valor de vuestras tropas, no osarán dar leyes duras o injustas a los macedonios; y si picados por la derrota se empeñan en vengarla, deberán temer la justa cólera de los dioses, y esperar nosotros que los dioses y los hombres favorezcan vuestra moderación.» La mayoría del Consejo y el rey aprobaron la idea designando embajadores a Pantaco y Medón de Borea. Recibió a éstos Licinio, se celebró Consejo, manifestaron los embajadores las órdenes que habían recibido, se les mandó retirar y se deliberó. Fue opinión unánime, que se les respondiera de la manera más orgullosa posible, por ser costumbre que los romanos recibieran de sus antepasados mostrarse altivos y fieros en la adversa fortuna y en la próspera suaves y modestos; política indudablemente honrosa, pero que dudo pueda erguirse en algunas ocasiones. Sea de ello lo que quiera, la contestación dada a los embajadores fue que «no habrá paz para Perseo si no entrega su persona y su reino a disposición del Senado para hacerle éste lo que estime oportuno.» Admiró a los macedonios tan insoportable orgullo, y disgustó al Consejo hasta el punto de aconsejar al rey no enviar en ningún caso representantes a los romanos. Perseo no siguió el consejo, y envió varios, llegando a ofrecer mayor tributo que el impuesto a Filipo. Todas estas instancias sirvieron únicamente para que le acusaran sus amigos de rebajarse siendo victorioso como si fuera vencido. Sin esperanza de paz, regresó Perseo a su campamento de Sicurium.

CAPÍTULO VIII

Cotis, rey de Tracia.

A su simpática apariencia y vigor infatigable para la guerra, unía este rey un carácter y unas costumbres diferentes de las de los tracios, ya que era sobrio, amable y de extraordinaria prudencia.

CAPÍTULO IX

Pacto de los rodios con Perseo para el rescate de prisioneros.

Concluida la guerra de Perseo contra los rodios, fue Antenor de parte del rey a Rodas para tratar del rescate de los prisioneros que se hallaban en el mar con Diófanos. Dividióse la opinión en el senado rodio: Filofrón y Teetetes no querían trato ni convenio alguno con el rey de Macedonia; Dinón y Polícrates opinaban lo contrario, pero finalmente se convino con Perseo en el rescate de estos prisioneros.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, gobernador de Chipre.

Era este egipcio muy superior a sus compatriotas por su juicio y su inteligencia en los negocios, y confiáronle el gobierno de la isla de Chipre durante la juventud del rey. Cuidó de recaudar el dinero, y a nadie entregaba nada por grandes que fueran las instancias de los administradores regios. Su firmeza fue en este punto tan grande, que se le acusaba públicamente de apropiarse las rentas de la isla; mas cuando llegó Ptolomeo a la edad de gobernar por sí, y este gobernador le envió el dinero que había reunido, y que ascendía a cuantiosa suma, el rey y toda la corte hicieron grandes elogios de su fidelidad y economía.

CAPÍTULO XI

Cefalo.

Asimismo llegó de Epiro Cefalo. Afecto de tiempo atrás a la familia del rey de Macedonia, vióse casi obligado a ser del partido de Perseo. He aquí por qué. El epirota Caropos, hombre probo y honrado amigo de los romanos, y que cuando Filipo dominaba los estrechos de Epiro fue causa de que le arrojaran de este reino y de que Tito lo ocupara, como también la Macedonia; Caropes, digo, tenía un hijo llamado Machatas, que a su vez tuvo otro, también Caropos de nombre. Falleció Machatas dejando a su hijo muy joven, y cuidó de la educación de éste su abuelo, enviándole a Roma para que estudiase la lengua latina y la amena literatura. El joven Caropos contrajo muchas amistades en esta ciudad, y pasado algún tiempo regresó a su patria cuando ya había muerto su abuelo. Naturalmente altivo, orgulloso y de malas inclinaciones, comenzó a combatir y denigrar a las personas de mayor rango. No se le hizo caso al principio, y Antínoo, de mayor edad y consideración que él, seguía gobernando tranquilamente. Declarada la guerra contra Perseo, indispuso Caropos a los romanos con Antínoo exagerando la antigua amistad de este etolio con la casa real de Macedonia. Acechando a veces sus gestiones, desfigurando otras sus palabras y actos, suprimiendo o añadiendo frases a sus discursos, logró que se creyera cuanto inventaba contra aquellos que quería perder. No consiguió, sin embargo disminuir el crédito de Cefalo, hombre de gran sabiduría y prudencia, que persistió en el mejor partido, rogando a los dioses no permitieran decidir el conflicto por la fuerza de las armas, y que al estallar la guerra opinó se concediera a los romanos todo aquello a que por el tratado de alianza se hallaban obligados, no deshonorándose hasta el punto de someterse cobardemente a lo que les pluguiera ordenar. Esta firmeza desagradó a Caropos, que se desencadenó contra Cefalo, y cuanto se hacía, si no era favorable a Roma, lo interpretaba en mal sentido. No existiendo razón alguna al principio del conflicto para censurar a Antínoo y Cefalo de haber propuesto algo contrario a la República romana, despreciaron las calumnias de que eran objeto; mas cuando después del combate de caballería vieron que sin motivo eran conducidos a Roma los etolios Hippoloco, Nicandro y Locuago, y que se daba fe a las calumnias esparcidas por Licisco, imitador de la conducta de Caropos en Etolia, previendo el futuro adoptaron medidas para defenderse de este calumniador, y decidieron intentarlo todo para evitar que les llevaran aherrojados a Roma sin ser escuchados. Viéronse, pues, obligados, contra sus propósitos, a afiliarse al partido de Perseo.

CAPÍTULO XII

Teodoto y Filostrato.

En verdad no admite excusa la acción abominable de estos dos traidores. Al conocerse que el cónsul romano Aulo Hostilio debía llegar muy pronto a su campamento en Tesalia, creyeron que entregándole a Perseo se ganarían su amistad y confianza con este servicio y estorbarían grandemente por lo pronto la empresa de los romanos. Escribieron, pues, a Perseo que se pusiera en marcha inmediatamente. Así lo hizo este príncipe; mas le detuvieron en el camino los molosos, apoderadas del puente que existe sobre el Loüs y a quienes fue preciso combatir. Llegado el cónsul a Fanotes se alojó en casa de Néstor Cropio. Fácil era a sus enemigos apoderarse de él allí, e inevitable su pérdida si la fortuna no le hubiese favorecido. Como por inspiración presintió Cropio la desgracia que amenazaba a Hostilio, y le aconsejó salir de la ciudad durante la noche y trasladarse a una aldea cercana. Así lo hizo éste, y abandonando el camino de Epiro, se embarcó con rumbo a Anticira, llegando desde allí a Tesalia.

CAPÍTULO XIII

Farnaces y Attalo.

El primero de estos dos reyes fue el más injusto que se había conocido hasta entonces. Se hallaba el otro en cuarteles de invierno en Elatea, cuando supo el mortal insulto que los del Peloponeso acababan de hacer a su hermano Eumeno, privándole por decreto público de los honores que antes se les habían concedido y decidió, sin comunicárselo a nadie, despachar una diputación a los aqueos para pedirles que restauraran las estatuas erigidas a Eumeno y las inscripciones puestas en su honor. Dos razones le obligaron a tomar esta decisión: una, el convencimiento de causar gran placer a Eumeno, y otra, lo que le honraba en Grecia esta prueba manifiesta de su grandeza de alma y del cariño a su hermano.

CAPÍTULO XIV

Los cretenses.

He aquí una deslealtad de estos insulares. Aunque el crimen sea en ellos cosa habitual en la ocasión presente sobrepujaron sus instintos. Eran amigos de los apoloniatas y vivían sujetos a sus mismas leyes, formando juntos un Estado que gozaba en común de todo lo que se llama derechos entre los hombres, y el tratado que los contenía veíase grabado en bronce junto a la estatua de Júpiter Ideo. No fueron todas estas barreras suficientemente fuertes para poner a los apoloniatas a cubierto de sus violencias. Apoderáronse de Apolonia, asesinaron a sus habitantes, saquearon sus bienes y repartieron entre sí las mujeres, los niños y toda la región.

CAPÍTULO XV

Antíoco despacha una embajada a Roma.

Convencido Antíoco de que el rey de Egipto se disponía a llevar la guerra a Celesiria, envió a Meleagro a Roma, ordenándole decir al Senado, y probar con los tratados llevados a cabo con Ptolomeo, que este rey le atacaba sin razón ni derecho.

En toda la expedición mostróse Antíoco muy animoso y verdaderamente digno del nombre de rey, si se exceptúan las asechanzas de que se valió contra Pelo.

CAPÍTULO XVI

Reflexiones sobre los cambios de opinión.

Cuando corrió por Grecia la nueva del combate de caballería y de la victoria de los macedonios, como fuego largo tiempo oculto, estalló un sentimiento general a favor de Perseo. Paréceme que en este caso aconteció lo que ocurre en los juegos públicos cuando ante un atleta ilustre y reputado invencible se presenta un antagonista humilde e inferior a él. La multitud entonces anima al débil con sus gritos, y pudiera decirse que le ayuda en sus esfuerzos. Pero si toca al otro en el rostro o le hace alguna herida, instantáneamente se dividen las opiniones; el atleta herido es objeto de burla, no por aversión o desprecio, sino por súbita e inesperada simpatía, por efecto de la natural benevolencia que el más débil inspira. Si entonces alguien censura la conducta del público, pronto muda éste de opinión y se arrepiente de su ignorancia. Esto hizo, según cuentan, Clitómaco, atleta sin rival, cuya gloria resonaba en todo el universo. Deseó el rey Ptolomeo Epifanes empañar esta reputación, e hizo que se preparara con singular cuidado el atleta Aristónico, cuyo vigor le pareció suficiente para el objeto. Llegó éste a los juegos olímpicos y presentó el combate a Clitómaco.

Pusiéronse muchos de parte de Aristónico, estimando bella acción el atreverse a luchar con Clitómaco. Empeñóse el combate, ganó tiempo Aristónico e hirió a su adversario. Resonó en el acto una tempestad de aplausos, manifestando todos su aprobación al egipcio. Dícese que entonces Clitómaco se apartó un poco, y recobrando aliento, volvióse hacia el público y preguntó: «¿Qué queréis hacer alentando a Aristónico y declarándoos resueltamente partidarios suyos? ¿No soy atleta que sabe cumplir los deberes de su profesión? ¿O acaso ignoráis que en este momento combate Clitómaco por la gloria de los griegos y Aristónico por la del rey Ptolomeo? ¿Preferías que un egipcio gane a los griegos la corona olímpica, a que un tebano o un beocio sea vencedor en lucha con los egipcios?» Estas frases produjeron en los ánimos tan grande metamorfosis, que Aristónico fue vencido más por el cambio de opinión en el público que por los brazos de Clitómaco. Lo mismo ocurrió a los pueblos griegos respecto a Perseo. De preguntarles formalmente si querían dar a un solo hombre el gran poder de dirigir una monarquía independiente, de seguro cambian de opinión, deseando lo contrario. Si en breves frases se les hubiera recordado las desgracias que la casa de Macedonia causó a Grecia y las ventajas debidas a los romanos, creo que rápidamente hubiesen retrocedido; pero al primer movimiento, al primer impulso, la opinión general mostróse singularmente favorable al imprevisto adversario con quien tropezaban los romanos. Nadie habrá seguramente que por ignorancia de la naturaleza intente calificar de ingratitud esta predisposición de los griegos.

Preciso es en todo caso que los hombres ajusten sus actos a la oportunidad, porque la ocasión importa mucho, sobre todo en la guerra, y es grave falta desdeñarla.

Muchos hombres aspiran a lo que es bello, pero pocos se atreven a emprender la empresa de conseguirlo, y de éstos son los menos quienes la llevan a cabo con todos sus detalles.

LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

Antíoco y Ptolomeo despachan embajadores al Senado romano.

Al iniciarse la guerra por la Celesiria, ambos reyes despacharon embajadores a Roma. Los de Antíoco fueron Meleagro, Sosifanes y Heráclidas; los de Ptolomeo, Timoteo y Damón. Conviene advertir que Antíoco era dueño de la Celesiria y de Fenicia desde que su padre venció en las proximidades de Panium, a los generales de Ptolomeo, y, como países conquistados, los creía suyos con justo derecho. Ptolomeo, por su parte los reivindicaba, pretendiendo que el primer Antíoco los invadió injustamente durante la minoría de su padre. Tenían, pues, orden los embajadores de Antíoco de demostrar al Senado que Ptolomeo cometía notoria injusticia al entrar en guerra en la Celesiria, y los de Ptolomeo de renovar con los romanos los antiguos tratados de alianza, procurar la paz con Perseo, y, sobre todo, observar lo que dijeran en Roma los de Antíoco. Nada hablaron de la paz, porque Marcelo Emilio les aconsejó no mezclarse en este asunto, pero renovaron los tratados de alianza, y recibidas las contestaciones que deseaban, regresaron a Alejandría. A los embajadores de Antíoco se les respondió que el Senado permitiría a Quinto Marcio escribir a Ptolomeo según su probidad y los intereses del pueblo romano la aconsejaran.

CAPÍTULO II

Embajada de los rodios a Roma para renovar la alianza y conseguir permiso de transportar trigo.

Finalizando el verano Hegesiloco, Nicágoras y Nicandro fueron a Roma en representación de los rodios para renovar la alianza y solicitar permiso de transportar trigo. Tenían además orden de justificar a los rodios de las murmuraciones de que eran objeto, por no ignorar nadie que existían en Rodas intestinas cuestiones; que Agatagetes, Filofrón y Rodofón eran del partido afecto a los romanos, y Dinón y Poliarates del de Perseo y los macedonios. De aquí las disputas y contrarias opiniones en los debates, que servían de pretexto a los mal intencionados para acriminar a los rodios. Todo lo conocía el Senado, pero fingió ignorarlo y permitió a los rodios llevar a su tierra cien mil medimnos de trigo de Sicilia, portándose de igual forma con los demás griegos que habían ido a Roma y que eran afectos a los romanos.

CAPÍTULO III

Solicitado por Cayo Popilio reúnen los aqueos el Consejo.- Se le concede igual prerrogativa en Termes, Etolia.- División en este último Consejo.- Deliberación de los aqueos acerca de la embajada de los romanos.- Archón es elegido pretor y Polibio general de la caballería.- Pide Attalo a los aqueos que se restauren las estatuas erigidas a su hermano Eumeno.

Aulo Hostilio, que había establecido cuarteles de invierno en Tesalia, despachó como embajadores a todas las ciudades de Grecia a Cayo Popilio y a Cneo Octavio, quienes penetraron primero en Tebas, alabando mucho a los ciudadanos y aconsejándoles que continuaran fieles a la amistad con el pueblo romano. Recorrieron en seguida las ciudades del Peloponeso, ponderando en todas ellas la bondad y moderación del Senado, y citando en prueba de ello el último senatusconsulto en favor de los griegos. Advertíase por sus discursos que conocían perfectamente en cada ciudad a los que no eran partidarios de los romanos y a quienes les eran sinceramente adictos, y se notaba además que para ellos la tibieza en defender sus intereses equivalía a la

enemistad; de forma que no se sabía a qué medidas acudir para evitar conflictos. Corrió el rumor de que en el Consejo celebrado en Egium, a petición de estos embajadores, acusarían y convencerían a Licortas, Archón y Polibio de combatir los proyectos de los romanos, y que si no se malquistaban inmediatamente con los citados aqueos no sería por mansedumbre de carácter, sino por aguardar algún incidente que les diera ocasión a ello. No hubo pretexto razonable y nada hicieron, limitándose a aconsejar atentamente a los aqueos que permanecieran fieles a la República, y trasladándose en seguida a Etolia.

Nueva asamblea fue convocada en Termes, donde pronunciaron largo discurso, que resultó pacífica y suave exhortación. Su objeto en ella era solicitar rehenes a los etolios, y a su llegada al Consejo levantóse Proandro, detalló algunos servicios que había hecho a los romanos y acriminó a los que no le ayudaron en este asunto. Sabía Popilio que aquel hombre era enemigo de Roma, pero no dejó por ello de elogiar y aplaudir cuanto había dicho. Licisco usó en seguida de la palabra, y sin nombrar a nadie en la acusación que intentó, hizo sospechar de muchos. Manifestó que los romanos habían obrado con prudencia al llevarse a Roma los principales etolios (aludía a Eupolemo y Nicandro), pero que aun quedaban en Etolia gentes contrarias a sus proyectos, que obraban de concierto, con aquellos y contra quienes era preciso tomar iguales precauciones, a menos que dieran sus hijos en rehenes. La acusación caía directamente sobre Arquidamas y Pantaleón; éste censuró en breves frases la baja y vergonzosa adulación de Licisco, y dirigiéndose a Toas, de quien sospechaba ser autor de tales calumnias, con tanto más motivo cuanto que, aparentemente se trataban bien, le recordó lo sucedido en el transcurso de la guerra con Antíoco, en que, entregado a los romanos, recobró la libertad por intervención suya y de Nicandro, a quienes debió tan gran bien cuando menos lo esperaba; y tanto horror supo inspirar al pueblo hacia la ingratitud de Toas, que fue a éste imposible pronunciar dos palabras sin que le interrumpieran, y sufrió una lluvia de piedras. Quejóse Popilio de esta violencia, pero no habló de rehenes y se embarcó con su colega para penetrar en Acarnania, dejando a Etolia perturbada por recíprocas sospechas, que fueron causa de rebeliones.

El paso de los embajadores por Acarnania hizo pensar a los griegos que el asunto merecía seria atención, reuniéndose en asamblea los que estaban de acuerdo sobre el gobierno, que eran Arcesilao, Aristón de Megalópolis, Stracio de Trittea, Jenón de Patara, y Apolonidas de Sciona. En esta asamblea defendió Licortas su primitiva opinión de que era necesario guardar entre Perseo y los romanos perfecta neutralidad, no conviniendo a los griegos apoyar a ninguno de los contendientes, porque el vencedor llegaría a tener formidable poder y era peligroso obrar contra cualquiera de ellos, ya que en asuntos de Estado se habían atrevido a oponerse a muchos romanos de alto rango. Apolonidas y Stratón convinieron en que la ocasión no era oportuna para declararse contra Roma; pero, en su sentir, debían oponerse abiertamente a cualquiera que, so pretexto de interés público y contra las leyes, quisiera ayudar a los romanos. Archón opinó que debían obrar según las circunstancias, no dando ocasión a la calumnia que irritase contra la República a cualquiera de los beligerantes y evitando las desgracias ocurridas a Nicandro por desconocer el poder de Roma. Del mismo parecer fueron Polieno, Arcesilao, Aristón y Jenón, y por ello se convino en dar la pretura a Archón y designar a Polibio como general de la caballería.

Entre tanto Attalo, que deseaba conseguir algo de la Liga aquea hizo sondear el ánimo del nuevo pretor, quien, decidido a favorecer a los romanos y sus aliados, prometió a aquel príncipe apoyar con todo su valimiento lo que demandaba. En el primer Consejo celebrado entraron los embajadores de Attalo y solicitaron que, en consideración al príncipe su señor, devolvieran a su hermano Eumeno los honores que anteriormente le había concedido la República. Incierta la multitud, no sabía qué resolver, oponiéndose muchos, y por varias razones, a esta restitución. Los que los habían suprimido querían que no se modificara lo llevado a cabo, impulsados otros por personal disgusto, aprovechaban la ocasión para vengarse de Eumeno; algunos, por celos contra los partidarios de Attalo, trabajaban para que éste no lograra su deseo; y como el asunto era de los que no se podían decidir sin intervención del pretor, levantóse Archón y tomó partido por los embajadores, pero no se atrevió a hablar mucho en su favor, porque, habiéndole ocasionado grandes

gastos el cargo que desempeñaba, temió que sospechasen favorecía a Eumeno por esperanza de gratificación. Incierto el Consejo, tomó la palabra Polibio, y para agradar a la multitud hizo extensa demostración de que el decreto de los aqueos privando a Eumeno de los honores que se le habían concedido no decía que se le quitaran todos, sino sólo los excesivos o contrarios a las leyes, y que, por cuestiones diferentes, los rodios Sosígenes y Diofites, que presidían entones los juicios, despojaron al rey absolutamente de todos los honores concedidos, lo que no fue sólo extralimitación de sus facultades, sino ofensa a la conveniencia y a la justicia. Agregó que no por quererle mal habían disminuido los aqueos los honores a Eumeno, sino por demandarlos mayores que sus servicios permitían, y que no atendiendo los jueces a lo que a los aqueos convenía, sino a sus resentimientos particulares, éstos debían atender a su deber de reparar el abuso de los magistrados y la injuria hecha a Eumeno, sobre todo sabiendo que Attalo agradecería este favor tanto como su hermano. La asamblea aplaudió este discurso, y se ordenó por decreto restituir a Eumeno todos sus honores, salvo los que fuera deshonoroso para la República o contrario a las leyes. De este modo y por mediación de Attalo recobró Eumeno en el Peloponeso los honores que había perdido.

CAPÍTULO IV

Desunión en el Consejo de los acarnanios.

En este Consejo, que se efectuaba en Turium, tres amigos de los romanos, Aeserión, Glauco y Cremes, solicitaron de Popilio que enviara guarniciones a todas las ciudades de Acarnania, por haber en ellas gentes favorables al partido de Perseo y de los macedonios. Combatió Diógenes enérgicamente esta petición, diciendo que los romanos sólo establecían guarniciones en los pueblos enemigos o vencidos, y que no siendo culpados los acarnanios de falta alguna era injusto poner guarniciones en sus ciudades. Cremes y Glauco, para asegurar su poder, procuraron destruir entonces en el ánimo del romano el crédito de sus adversarios, porque su objeto al pedir las guarniciones era satisfacer impunemente su avaricia y vejar a los pueblos para enriquecerse; pero Popilio, viendo la grande oposición del pueblo a las guarniciones, que además hacía inútiles el general sentimiento de obedecer las órdenes del Senado, mostróse convencido por los argumentos de Diógenes, alabó mucho a los acarnanios por su buena voluntad y partió para Larissa, donde debía unirse al procónsul.

CAPÍTULO V

Perseo despacha una embajada a Gencio.

Los embajadores que despachó Perseo al rey Gencio fueron Pleurates, proscrito a quien había acogido, y Adeo de Beroa. Dióles orden de dar a conocer al rey de Iliria lo que el de Macedonia había llevado a cabo desde que se hallaba en guerra con los romanos, los dardanios, los epirotas y los ilirios, e inducirle a que se aliara con él y los macedonios. Estos embajadores cruzaron el desierto de Iliria, cantón que los macedonios habían talado para cerrar la entrada en Iliria a los dardanios; atravesaron el monte de Seorda, y por camino tan difícil como fatigoso llegaron a la ciudad de este nombre. Allí supieron que Gencio estaba en Lissa, y le avisaron que iban a verle. El príncipe envió personas a recibirles, uniéronse a él y le dijeron las órdenes recibidas. No mostró Gencio gran oposición a la alianza que se le proponía; pero a fin de no conceder de pronto lo solicitado, pretextó que ni tenía dinero ni había hecho preparativos de guerra, no pudiendo por tal causa declararla a los romanos. Llevaron esta contestación los embajadores a Perseo, que se hallaba entonces en Stubera, donde había vendido el botín y descansaban las tropas, y escuchado lo que Gencio respondió, mandóle por segunda vez a Adeo, a Glacias, uno de sus guardias, y a un ilirio, dándoles iguales instrucciones, como si no hubiera comprendido bien qué era lo que faltaba a

Gencio, y por qué no se aliaba a los macedonios. Levantó en seguida el campo y se dirigió a Ancira.

CAPÍTULO VI

Nueva embajada de Perseo a Gencio, tan infructuosa como las dos primeras.

Los nuevos embajadores regresaron a Macedonia sin lograr más que los primeros y sin otra contestación, porque Gencio se atuvo a la que había dado. Quería aliarse a Perseo, pero manifestó que sin dinero no podía llevarlo a cabo, y precisamente esta condición era la que no comprendía o no quería comprender el rey de Macedonia; de forma que al comisionar a Hippias para tratar de las condiciones de la alianza, nada le dijo del dinero que Gencio solicitaba y que hubiera sido el único medio de tenerlo favorable. No sé si llamar falta de talento o fatalidad lo que hace cometer errores que ocasionan la ruina, e inclinado estoy a creerlo fatalidad, porque se ve a hombres poseídos de noble ardimiento para las grandes empresas, y decididos a acometerlas aun a riesgo de su vida, que descuidan o se niegan a emplear el recurso de que principalmente depende el buen éxito, siéndoles conocido y pudiéndolo realizar. De querer Perseo entregar, no digo sumas cuantiosas como le era fácil, sino mediana cantidad de dinero a las ciudades, a los reyes y a los jefes de las repúblicas para atender a los gastos de la guerra, todos los griegos y todos los reyes, por lo menos la mayor parte, se hubieran puesto de su lado; y esta es verdad innegable para cuantos juzguen las cosas con sentido común. No la dio por fortuna, porque de darla y salir vencedor, su poder fuga formidable, y vencido, hubiera arrastrado en su ruina gran número de pueblos. Tomando el camino contrario, pocos fueron los griegos que padecieron por su mala suerte.

CAPÍTULO VII

Decreto de los aqueos para socorrer a los romanos contra Perseo.- Polibio es designado embajador para ver al cónsul.- Embajada que despacharon a Attalo.- Otra embajada de los aqueos a Ptolomeo.- Conferencia de Polibio con el cónsul.- Expediente de Polibio para evitar a su patria grandes gastos.

Al conocerse que Perseo penetraría pronto en Tesalia y que se iba a decidir la guerra con los romanos, deseó Archón justificar con hechos a su patria de las sospechas y rumores que contra ella habían corrido, y aconsejó a los aqueos que ordenaran por decreto enviar un ejército a Tesalia, para compartir con los romanos los peligros de la guerra. Ratificado el decreto, ordenóse a Archón prevenir las tropas y llevar a cabo todos los preparativos necesarios, y se decidió además despachar embajadores al cónsul para informarle de la resolución que la República había tomado y saber para cuándo quería que el ejército aqueo se uniera al suyo. Fue designado para esta embajada Polibio, acompañado de algunos otros, pero recomendaron especialmente a aquel que en caso de aceptar el cónsul el socorro de la República, y a fin de que éste llegara a tiempo, enviase aviso inmediatamente con los otros embajadores. También se le ordenó que cuidase detener en las ciudades por donde debía pasar el ejército los víveres y forrajes precisos para que de nada careciese. Con tales órdenes se pusieron en marcha los embajadores. Asimismo encargaron a Telócrito que llevara a Attalo el decreto devolviendo a su hermano Eumeno todos los honores de que se le había desposeído. Corrió por entonces en Acaia la noticia de que se habían celebrado en honor de Ptolomeo las acostumbradas fiestas cuando un rey menor de edad cumple los años necesarios para reinar, y juzgando los magistrados que la República debía tomar parte en este regocijo, enviaron como representantes a Alcito y Pasidas para renovar con el rey la antigua amistad entre los aqueos y los reyes de Egipto. Encontró Polibio a los romanos fuera de Tesalia, acampados en la Perrebia, entre Azora y Doliché, y juzgó demasiado grande el riesgo de unirse a ellos; pero participó de todos los peligros que corrieron para entrar en Macedonia. Cuando el ejército romano llegó a los

alrededores de Heraclea, vencido felizmente por el cónsul lo más difícil de la empresa aprovechó el momento para presentar a Marcio el decreto de los aqueos, y para asegurarle que se hallaban decididos a compartir con ayuda de todas sus fuerzas los trabajos y peligros de esta guerra. Agregó que los aqueos habían recibido con perfecta sumisión las órdenes verbales y escritas de los romanos desde el inicio de la guerra. Mostróse Marcio muy agradecido a los aqueos por su buena voluntad, y les manifestó que podían evitarse los trabajos y gastos en que les comprometería esta guerra; que de ambos les dispensaba, y que en el estado de los negocios no necesitaba la ayuda de los aliados. Escuchada esta contestación, los colegas de Polibio regresaron a Acaia, y quedó éste solo en el ejército romano, hasta que el cónsul supo que Apio, apodado Centón, había pedido a los aqueos enviasen cinco mil hombres a Epiro, y le mandó a su patria con encargo de impedir entregara la República estas tropas y se comprometiera en gastos inútiles, porque Apio las pedía sin razón ni motivo. Difícil es saber si el móvil de Marcio al expresarse de esta forma era favorecer a los aqueos o imposibilitar cualquier empresa que intentara Apio. Sea lo que fuere, cuando Polibio penetró en el Peloponeso ya habían llegado las cartas de Apio, y vióse en grave aprieto al reunirse poco tiempo después el Consejo en Sciona para deliberar sobre el asunto. Falta inexcusable era no ejecutar las órdenes de Marcio, y de otra parte peligroso negar tropas que no necesitaban los aqueos. Para resolver tan delicado conflicto, apeló a un decreto del Senado romano que prohibía atender las peticiones de los generales si no iban acompañadas de un senatus-consulta, que Apio no había unido a la suya. Manifestó, pues, que antes de enviar a éste el socorro pedido, deber era informar al cónsul y esperar su decisión. De este modo ahorró a los aqueos un gasto que hubiera ascendido a ciento veinte talentos, y burló a los que querían desacreditarle en el ánimo de Apio.

CAPÍTULO VIII

Ocupación de Heraclea.

La ciudad de Heraclea fue ocupada de un modo inusitado. Tenía muy bajo el muro por uno de los lados, y los romanos eligieron tres compañías para atacarla por aquella parte. Los soldados de la primera compañía colocaron los escudos sobre la cabeza, formando una especie de tortuga que parecía un tejado, y en seguida los de las otras dos

La tortuga militar, ordenada en pendiente, se asemeja al techo de una casa. Es una táctica habitual en los romanos, como lo son los juegos del Circo.

CAPÍTULO IX

Embajada que los cidoniatas residentes en Tebas despacharon a Eumeno.

Recelaban en la isla de Creta los cidoniatas que los gortinianos se apoderasen de su ciudad, con tanto más motivo, cuanto que Notocrato había intentado esta empresa, faltando poco para que se adueñase de la plaza. Este temor les obligó a despachar embajadores a Eumeno para pedirle ayuda en virtud del tratado de alianza que con él tenían. El rey envió inmediatamente trescientos hombres a las órdenes de León, a quien, cuando llegó, entregaron los cidoniatas las llaves de la ciudad, dejándola a su discreción.

CAPÍTULO X

Los rodios despachan dos embajadas, una a Roma y otra al cónsul en Macedonia.- Marcio engaña a los rodios.- Imprudencia e irreflexión de estos insulares.

Los bandos entre los rodios se hallaban cada día más enconados. Cuando se conoció lo

dispuesto por el Senado, de que no se atendieran las órdenes de sus generales si no iban acompañadas de un senatusconsulto, aplaudieron muchos tan extremada prudencia, y entre otros Filafrón y Teetetes aprovecharon el motivo para insistir en su proyecto de despachar embajadores al Senado, al cónsul Quinto Marcelo y a Cayo Marcio Fígulo, almirante de la escuadra romana, por saber todo el mundo que muy pronto llegarían a Grecia algunos de los primeros magistrados de Roma. Aunque no sin contradictores, prevaleció al fin el parecer de estos consejeros, y a principios del estío enviaron a Roma a Hegesiloco y Nicágoras, y para ver al cónsul y al almirante, a Agesipolis, Aristón y Pancratos. Ordenóse a estos embajadores renovar la alianza con los romanos y defender a Rodas de las falsedades y calumnias con que manchaban su fama algunos malos ciudadanos. Hegesiloco tuvo el encargo especial de solicitar permiso para que los rodios pudieran transportar trigo. Ya dije al hablar de los asuntos de Italia los discursos que en el Senado pronunciaron, las contestaciones que recibieron y lo satisfechos que quedaron de la acogida que se les hizo. A este propósito repito la advertencia de verme a veces obligado a referir los discursos de los embajadores y las respuestas que reciben antes de hablar de su designación y viaje, anticipación a que obliga mi plan de relatar anualmente lo acaecido en cada una de las distintas naciones. Volviendo a nuestros embajadores, Agesipolis encontró a Quinto Marcio acampado junto a Heraclea en Macedonia, y le informó de las órdenes que de su gobierno había recibido. Escuchóle el cónsul y le contestó que no hacía caso de las malas noticias circuladas por los enemigos de los rodios, aconsejando a éstos que no tolerasen propósito alguno contra Roma. El cónsul les dio cuantas pruebas de amistad podían desear y aun hizo más, que fue escribir a Roma la conferencia que había mantenido con los embajadores de Rodas. Advirtió Marcio que tan favorable acogida encantaba a Agesipolis, y llevándole aparte le manifestó que era extraño no gestionaran los rodios un ajuste entre los dos reyes que guerreaban por la Celesiria, porque una negociación de esta naturaleza les convenía y honraba. Difícil es adivinar la intención con que el cónsul daba este consejo. ¿Temía que, declarada la guerra por la Celesiria, se apoderase Antíoco de Alejandría y molestase a los romanos ocupados contra Perseo, cuya derrota no se esperaba tan pronto? ¿Juzgaba acaso conveniente que, acabando en seguida esta guerra en favor de los romanos, después que las legiones habían penetrado en Macedonia, se comprometiesen los rodios en esta mediación para exponerles a cometer alguna falta y aprovecharse de ella como pretexto plausible para que los romanos dispusieran a su gusto de la suerte de esta República? Paréceme lo último más verosímil, y convence de ello lo sucedido poco después a los rodios.

Desde el campamento del cónsul fue Agesipolis a ver a Cayo Marcio Fígulo, que le recibió aun con mayor amabilidad que Quinto Marcio. Regresó a Rodas, y al dar cuenta de la emulación de los dos generales 'romanos en demostrarle amabilidad y cariñosa deferencia a la República de Rodas, concibieron los rodios la mejor idea del estado de los negocios y halagüeñas esperanzas, aunque con diferentes miras, porque los más sensatos y entendidos en los intereses de su patria conocieron con gran regocijo que era amada de los romanos, pero las gentes levantiscas y mal intencionadas interpretaron de otra suerte estas grandes pruebas de amistad, estimándolas señal cierta de temor en los romanos, por no tomar los negocios el giro que deseaban. Esta opinión cobró fuerza cuando Agesipolis dijo en particular a algunos de sus amigos que se le había ordenado proponer al Consejo una mediación entre Antíoco y Ptolomeo. No dudó entonces Dinón de que los romanos se hallaban apuradísimos y desesperados del éxito de la guerra, y despachó inmediatamente embajadores a Alejandría para procurar la paz entre ambos reyes.

CAPÍTULO XI

Cómo se condujo Antíoco tras la conquista de Egipto. Diversas embajadas que allí encontró.

Dueño Antíoco de Egipto, Comán y Cineas, de acuerdo con el rey juzgaron oportuno formar un Consejo con los oficiales más distinguidos para arreglar los asuntos de la nación recién conquistada.

Fue lo primero que decidió el Consejo que todos los embajadores llegados de Grecia a Egipto viesan a Antíoco para tratar de la paz. De los aqueos había dos embajadas, una que formaban Alcito, Jenofonte y Pasiadas, para renovar la alianza, y otra cuyo objeto era los combates de los atletas. Los atenienses habían enviado a Demarates para ofrecer un regalo a Ptolomeo, a Calias con motivo de las fiestas de Minerva, y a Cloodato por los misterios. De Mileto habían ido Eudemo e Icezio; de Clazomenes, Apolonidas y Apolonio, y hasta el mismo Antíoco envió a Tlepolemo y a un retórico llamado Ptolomeo, que, subiendo por el río, fueron a recibir al vencedor.

CAPÍTULO XII

Conferencias de los embajadores de Grecia con Antíoco tras la conquista de Egipto.- Razones con que los reyes de Siria apoyaban su pretensión a la Celesiria.

Recibió Antíoco bondadosamente a los embajadores encargados de negociar la paz, comenzando por darles una gran comida, y después audiencia para que explicaran los asuntos que se les habían encargado. Hablaron primero los aqueos; después Demarates, que representaba a los atenienses, y, por último, el milesiano Eudemo. Elegidos embajadores en iguales circunstancias y para idéntico objeto, todos manifestaron casi lo mismo, echando la culpa de lo sucedido a Eulea, a los parientes y a la juventud de Ptolomeo, y procurando por tal medio aplacar el enojo de Antíoco. No sólo estuvo de acuerdo este príncipe en cuanto decían, sino que les ayudó a hacer su apología, y pasando después a los argumentos justificativos de que la Celesiria perteneció siempre a los reyes de Siria, hizo ver que Antígono, fundador de dicho reino, fue dueño de esta región; mostró las actas auténticas en que los reyes de Macedonia, muerto Antígono, la cedieron a Seleuco; insistió mucho en la última conquista llevada a cabo por su padre Antíoco, y sostuvo que era absolutamente falso lo asegurado por los alejandrinos de que por el tratado entre su padre Antíoco y el último Ptolomeo, al casarse éste con Cleopatra, madre del Ptolomeo reinante, debió recibir la Celesiria. Persuadido él mismo y persuadiendo a los que le escuchaban de la justicia de su derecho, se embarcó para ir a Naucrates, donde agasajó mucho a los habitantes, dando una moneda de oro a cada griego que allí vivía. Dirigióse en seguida a Alejandría, y manifestó a los embajadores que esperaba para contestarles la llegada de Aristides y Teris, enviados a Ptolomeo, pues tenía verdadero placer en que los representantes griegos fuesen testigos de cuanto hiciera.

CAPÍTULO XIII

Antíoco despacha embajadores y envía dinero a Roma.

Tras levantar el sitio de Alejandría despachó Antíoco a Roma a Meleagro, Sosifanes y Heráclidas, prometiendo entregar ciento cincuenta talentos, de los cuales se emplearían cincuenta en comprar una corona a los romanos, y los demás se distribuirían entre algunas ciudades griegas.

CAPÍTULO XIV

Conferencia celebrada entre los embajadores rodios y Antíoco en Egipto.

Aproximadamente al mismo tiempo llegó a Alejandría de parte de los rodios una embajada, cuyo jefe era Pratión, con objeto de aconsejar la paz a ambos reyes, y visitaron a Antíoco en su campamento. Llevaba dispuesto Pratión largo discurso acerca del afecto de su patria a los dos reinos, los lazos que unían a ambos reyes y debían obligarles a vivir en buena inteligencia, y finalmente, sobre las ventajas que obtendrían de la paz. Pero Antíoco le interrumpió, diciéndole que no eran necesarias tantas razones; que reconocía el derecho al trono del mayor de los Ptolomeos, y

que de largo tiempo atrás vivía en paz y amistad con el otro. «Cosa tan cierta, agregó, que si los habitantes desean levantarle el destierro, no me opondré»; y efectivamente, no se opuso.

CAPÍTULO XV

Hechos y comentarios diversos.

Perdidas todas sus esperanzas al penetrar los romanos en Macedonia, culpó Perseo a Hippias; pero creo más fácil advertir faltas ajenas y censurarlas, que dirigir por sí los propios asuntos, y esto ocurrió a Perseo.

Polibio fue enviado como embajador de los aqueos a Appio, y regresó al Peloponeso tras entregar las cartas y reunirse la asamblea de los aqueos en Siciona. Hallóse entonces en una situación verdaderamente crítica a causa del decreto relativo a los soldados auxiliares que solicitaba Appio Centón.

El eunuco Euleo aconsejó a Ptolomeo abandonar la corona a sus enemigos, y llevándose sus tesoros, huir a Samotracia. Tal consejo demuestra que no existe plaga tan terrible como la de los desleales amigos. Lejos ya del peligro y separado de sus contrarios por tales límites, el no intentar esfuerzo alguno, a pesar de la favorable disposición y de los grandes recursos, sino por el contrario, abandonar espontáneamente y sin resistencia el más rico y poderoso imperio, prueba es de alma femenil, debilitada y corrompida. Si por naturaleza la tenía Ptolomeo, a la naturaleza debe culparse y no a hombre alguno, mas como en muchas circunstancias demostró carácter firme, apareciendo tranquilo y generoso en medio del peligro, justo es acusar al vil eunuco y a su comercio corruptor de esta deshonrosa debilidad y de la huida a Samotracia.

Existen personas que lo mismo en reuniones que en paseos únicamente se ocupan de seguir, viviendo tranquilas en Roma, los accidentes de la guerra en Macedonia, censurando unas veces los hechos de los generales, enumerando otras sus negligencias; críticas que, sin provecho alguno para los asuntos públicos, casi siempre les causan daño. Suele ocurrir que los generales se vean comprometidos y atacados a causa de estas inoportunas charlatanerías, porque teniendo toda calumnia algún dardo acerado y penetrante, cuando llegan a dominio público los reiterados clamores, hasta el enemigo desprecia a los víctimas de la crítica pertinaz.

LIBRO VIGÉSIMONONO

CAPÍTULO PRIMERO

Embajada de los romanos en Egipto.

Al conocer el Senado romano que Antíoco era dueño de Egipto y que se hallaría pronto en Alejandría, no juzgó indiferente permitir a este príncipe que extendiese su dominación, y envió a Egipto a C. Popilio, tanto para recomendar la paz a los beligerantes, como para saber de una forma positiva el verdadero estado de las cosas.

CAPÍTULO II

Medidas adoptadas por Perseo contra los romanos.- Diversas embajadas de este príncipe a Gencio, Eumeno, Antíoco y los rodios.

Antes del invierno llegó Hippias de Iliria, donde fue a procurar la alianza del rey Gencio con el de Macedonia, y comunicó a Perseo que éste se declararía contra Roma si le daba trescientos talentos y las seguridades oportunas. Perseo, que estimaba necesaria dicha alianza, envió a Iliria a Pantauco, uno de sus más íntimos amigos, con orden de prometer el dinero pedido, dar y recibir los juramentos acostumbrados y ofrecer los rehenes que agradaran a Gencio, recibiendo de él los que en el tratado se designaran, y convenir la época y forma de entregarle los trescientos talentos. Partió inmediatamente Pantauco, uniéndose a Gencio en Meteón, región de los labeatos, y en breve tiempo convenció al joven rey para aliarse a Perseo. Escrito el tratado y hechos los juramentos, envió Gencio los rehenes solicitados por Pantauco y con ellos a Olímpion para recibir de Perseo los juramentos y los rehenes. A otros diputados se les encargó llevar la suma prometida.

Pantauco hizo más que esto, pues persuadió a Gencio para que uniera a sus representantes otros embajadores que, con los de Perseo, fueran a Rodas a solicitar la alianza de esta república, y le demostró que si los rodios accedían no podrían luchar los romanos contra las tres naciones aliadas. Aprobó Gencio lo que le proponía, y escogió para esta embajada a Parmenión y Marco, ordenándoles dirigirse a Rodas tan pronto como recibieran los juramentos y rehenes y se conviniera el transporte de los trescientos talentos. Dejó Pantauco a esta embajada tomar el camino de Macedonia, y permaneció junto al rey de Iliria para apremiarle a hacer sin pérdida de tiempo los preparativos belicosos y estar dispuesto a ocupar ciudades y posiciones y a ganarse aliados antes que el enemigo. Rogóle especialmente que se preparara a una guerra marítima, pues los romanos por aquella parte no poseían defensa alguna, y en las constas de Epiro y de Iliria por sí o por medio de sus generales haría cuanto quisiera. Tan dócil Gencio a este consejo como a los anteriores, se preparó efectivamente para la guerra de mar y tierra. Al conocerse que los embajadores y rehenes del rey de Iliria llegaban a Macedonia, salió Perseo de su campamento, que se hallaba en Enipeo, con toda la caballería, y llegó hasta Dium para recibirles, prestando juramento ante las tropas que le seguían para que los macedonios no ignorasen la alianza de Gencio y esto aumentara su arrojo y decisión. Recibió en seguida los rehenes y dio los suyos a Olímpion, siendo los principales Limneo, hijo de Polemocrates, y Balauco, hijo de Pantauco. A los comisionados, para recibir los trescientos talentos les hizo ir a Pella, donde les entregarían la suma, y a los que debían ir a Rodas, a casa de Metrodoro en Tesalónica, recomendándoles que estuviesen dispuestos a embarcarse. Fueron, en efecto, y persuadieron a los rodios a ponerse de su lado en la guerra contra los romanos. No se limitó Perseo a gestionar en estas dos potencias, sino que envió de nuevo a Crifón para solicitar la ayuda de Eumeno, y a Telemnasto de Creta para solicitarla a Antíoco. El último tenía orden de aconsejar al rey de Siria no dejase escapar la ocasión imaginando que las miras de los romanos se limitaban a Macedonia, porque de no auxiliar a Perseo, bien procurando la paz, que sería lo mejor,

bien socorriéndole en la guerra, de no ser la paz posible, pronto tendría que sufrir las leyes de los duros e imperiosos señores de Roma.

CAPÍTULO III

Dos embajadas de los rodios: una a Roma, para terminar la guerra contra Perseo, y otra a Creta, para aliarse con los candiotas.

El Consejo reunido en Rodas deliberó acerca del partido que debía tomarse en aquellas circunstancias, y prevaleció la opinión de despachar embajadores para negociar la paz entre Roma y Perseo; pero notóse claramente en el debate que los rodios no obraban de común acuerdo. Ya dijimos, al hablar de la costumbre de arengar al pueblo, de dónde procede la diferencia de opiniones en las repúblicas, y en esta ocasión el número de los partidarios de Perseo fue mucho mayor que el de los amantes de la patria y de las leyes. Los pritanos eligieron primero embajadores para procurar la paz, enviando dos a Roma, Agesípolis y Cleombrotos; y cuatro para que hablaran al cónsul y a Perseo, que fueron Damón, Nicostrato, Agesiloco y Telefo. Otra falta a continuación de la precedente colmó la medida e hizo a los rodios inexcusables. Fue la de enviar inmediatamente a Creta una embajada para renovar la alianza con los pueblos de esta isla, y para aconsejarles fijar seriamente la atención en el peligro que amenazaba a Grecia, unirse a los rodios y tener por suyos los amigos y enemigos de Rodas. Estos embajadores llevaban orden de decir lo mismo a las ciudades independientes.

CAPÍTULO IV

Lo que sucedió en Rodas tras llegar allí los embajadores de Gencio.

Apenas llegaron a Rodas Parmenión y Marco, embajadores del rey de Iliria, y Metrodoro, representante del de Macedonia, se reunió el Consejo, reinando en él extremada confusión y desconcierto, pues mientras Dinón defendía con empeño los intereses de Perseo, Teetes se hallaba asustadísimo por lo que acababa de ocurrir: el regreso de los barcos, el gran número de soldados de caballería muertos, la unión de Gencio con Perseo le atemorizaban. El éxito de la asamblea fue el que debía esperarse de tan tumultuosa deliberación, decidiéndose contestar cortésmente a los embajadores que se había hecho el decreto para acabar la guerra entre ambas potencias enemigas, y que se les aconsejaría aceptar de buen grado las condiciones propuestas. Después hicieron magníficos regalos a los embajadores de Iliria.

CAPÍTULO V

Gencio, rey de Iliria.- Su crueldad.

«Gencio, manifiesta Polibio en el libro XXXIX, fue un rey de Iliria que por la violencia de su carácter cometió muchos crímenes. Pasaba día y noche ebrio, y tras matar a su hermano Pleurates, prometido esposo de la hija de Menunio, contrajo matrimonio con esta joven. Se mostró siempre cruel con sus súbditos

«Los romanos luchaban valerosamente protegidos con sus tablachinas (escudo pequeño) y con sus escudos ligurios».

CAPÍTULO VI

De Paulo Emilio.

Entre los que formaban el Consejo, el primero en ofrecerse a conducir el ejército que envolviera al enemigo fue Escipión Nasica, yerno de Escipión el Africano, que después tuvo tanta autoridad en el Senado. Fabio Máximo, el mayor de los hijos de Paulo Emilio, que era aún muy joven, se presentó el segundo, animado de igual ardimiento, y encantado Paulo Emilio por este buen deseo, le dio el mando de un cuerpo de ejército, menos numeroso que cree Polibio; pero tanto como asegura Escipión al relatar por escrito a un rey esta campaña

Sin sospechar el peligro que le amenazaba, veía Perseo a Paulo Emilio tranquilo en su campamento, cuando un tráfuga cretense, alejándose del camino y de las tropas, le comunicó el rodeo que daban los romanos para envolverle. Asustóle la noticia, pero no levantó el campo, sino que envió al mando de Milón diez mil mercenarios y dos mil macedonios con orden de apoderarse lo antes posible de las alturas. Dice Polibio que los romanos atacaron esta tropa mientras dormía, pero Nasica cuenta que en lo alto de la montaña libró rudo y peligroso combate, siendo él mismo atacado por un mercenario tracio, a quien dio muerte de un lanzazo en el pecho; que los enemigos fueron vencidos; que Milón huyó vergonzosamente y sin armas, y que los persiguió sin peligro ni obstáculo, bajando con su ejército a la llanura

Al presenciar el pueblo un eclipse de luna, creyó que presagiaba la muerte de Perseo, y esta preocupación acrecentó el valor de los romanos y disminuyó el de los macedonios. Tan cierto es el proverbio de que en la guerra las cosas más importantes dependen a veces de las más frívolas.

CAPÍTULO VII

De Perseo.

Con anterioridad a ver maniobrar la falange macedónica a las órdenes de Perseo, escribió Lucio Emilio a Roma que no conocía nada tan terrible y formidable, aunque había visto y librado muchas batallas, como dicha falange

Había decidido Perseo vencer o morir; mas al llegar el momento crítico no pudo conservar la serenidad de ánimo y sucumbió al temor, como los inteligentes en caballos

Al acercarse el peligro, perdió el valor Perseo, igual que los atletas débiles y cobardes, y en el instante preciso de mayor arrojo, porque el combate era decisivo, le venció el miedo

Por lo que toca al rey de Macedonia, apenas vio empeñada la batalla, no pudiendo dominar el miedo, según manifiesta Polibio, dirigióse a escape a la isla de Pidno, pretextando hacer un sacrificio a Hércules. Mas este dios no recibe sacrificios de los cobardes, ni atiende sus culpables votos.

CAPÍTULO VIII

De cómo reciben en Roma a los embajadores rodios.

Tras la derrota y fuga de Perseo, llamó el Senado a los embajadores que habían ido a Roma para negociar la paz entre aquel rey y los romanos, como si la fortuna hubiese dispuesto representar en un gran teatro la necesidad de los rodios, caso de atribuir a éstos lo que corresponde a algunos individuos, de gran crédito entonces en aquella República. Penetró Agesípolis y manifestó que los rodios le habían enviado para aconsejar la conclusión de la guerra, cuyos gastos creían tan perjudiciales a los griegos como a los romanos; pero que habiendo terminado, como deseaban los rodios, limitábase a felicitar al Senado y a tomar parte en la satisfacción por tan feliz acontecimiento. Nada más dijo, y se retiró. Satisfecho el Senado de encontrar esta ocasión para aplicar a los rodios ejemplar castigo, hizo circular en el público su contestación, la que en sustancia

decía: que ni por los griegos, ni por ellos mismos, sino únicamente en favor de Perseo, habían despachado los rodios esta embajada, pues de querer servir a los griegos, mejor hubiera sido enviarla cuando Perseo, acampado en Tesalia durante más de dos años, arrasaba los campos y ciudades griegas, y no, después de penetrar las legiones romanas en Macedonia, envolver a Perseo y reducirle a no poder escapar; que evidentemente el objeto de la embajada no era procurar la paz, sino librar, en cuanto fuera posible, a Perseo del peligro en que se hallaba, y restablecerle en su primitivo estado, por lo cual los embajadores no debían esperar regalos ni favorable respuesta. De esta forma acogió el Senado la embajada de los rodios.

CAPÍTULO IX

*Los reyes de Egipto solicitan a los aqueos tropas auxiliares, y en particular a Licortas y Polibio.-
Deliberación de los aqueos acerca de este asunto.*

No había finalizado el invierno cuando llegó al Peloponeso una solemne embajada de parte de los dos Ptolomeos, en demanda de ayuda a los aqueos, y hubo sobre este punto un debate en que cada cual mantuvo con empeño su opinión Calícrato, Diófanes e Hiperbatano se oponían a conceder el auxilio solicitado; Archón, Licortas y Polibio defendían la opinión contraria, apoyándose en la alianza llevada a cabo con ambos reyes, porque el más joven de los Ptolomeos acababa de ascender al trono, y el mayor, llegado de Menfis, reinaba con su hermano. Los dos precisaban tropas y enviaron a Eumeno y Dionisidoro para pedir a los aqueos mil infantes al mando de Licortas y doscientos caballos al de Polibio. Escribieron además al sicioniano Teodoridas para que previniese mil mercenarios. Conocían los reyes personalmente a los tres citados aqueos, y antes dijimos lo que les había procurado tal honor.

Llegaron los embajadores a Corinto, donde se efectuaba la asamblea de los aqueos, y después de recordar la estrecha amistad entre Egipto y la Liga y de manifestar el apuro en que ambos reyes se hallaban, solicitaron el socorro. Dispuesta estaba la asamblea no sólo a enviarles una parte de sus fuerzas, sino cuantas tenía, si necesario fuese, pero se opuso Calícrato, diciendo que, si en general interesaba a los aqueos no mezclarse en asuntos ajenos, en las actuales circunstancias menos les convenía dividir sus fuerzas para poder ayudar a los romanos, próximos a dar batalla decisiva a Perseo, puesto que Marcio acampaba en Macedonia.

Este argumento hizo titubear a la asamblea, temerosa de perder la ocasión de servir a Roma; pero Licortas y Polibio dijeron que el último había visto el año anterior a Marcio para ofrecerle auxilio en nombre de la Liga Aquea, y el cónsul, agradeciéndole el ofrecimiento, le contestó que dentro ya de Macedonia no necesitaba fuerzas auxiliares: no valía, pues, este pretexto para abandonar a los reyes de Egipto, y, por el contrario, debíase aprovechar la ocasión de su apuro para serles útil. Agregaron que sería ingratitud olvidar los beneficios de ellos recibidos, y que no socorriéndoles se violaban los tratados y juramentos, base de la alianza. Inclínabase la opinión a conceder el auxilio, cuando Calícrato despidió a los magistrados, pretextando que las leyes no permitían deliberar sobre tal asunto en aquella asamblea.

Reunido poco tiempo después el Senado en Siciona, no sólo acudieron a él todos los miembros del Consejo, sino todos los mayores de treinta años. Polibio fue uno de los que hablaron nuevamente del asunto, repitiendo que los romanos ninguna necesidad tenían de socorro, cosa tan cierta, como que la sabía por el mismo cónsul, a quien vio el año anterior en Macedonia; añadió que, aun siendo preciso ayudar a los romanos, no debía esto impedir que la República auxiliase a los Ptolomeos, quienes sólo pedían mil infantes y doscientos caballos, cuando aquella podía poner fácilmente sobre las armas treinta o cuarenta mil hombres. Este discurso convenció a la concurrencia, opinando todos que se socorriera a los reyes de Egipto. Al día siguiente debía decidir el Consejo, y Licortas propuso la resolución en este sentido; pero Calícrato sostuvo que se enviaran embajadores a Antíoco para recomendarle la paz con Ptolomeo. Nueva deliberación y nueva

disputa, en la que Licortas tuvo gran ventaja, comparando ambos reinos, y demostrando que si Antíoco había dado a Grecia pruebas de generosidad y grandeza de alma, en los pasados siglos no se encontraba vestigio alguno de alianza entre Siria y los griegos, mientras eran tantos los beneficios recibidos de Egipto, que nadie había sido más favorecido. Demostró Licortas con tanta energía y dignidad esta diferencia que todo el mundo formó el mejor concepto de los reyes de Egipto; y, efectivamente, tan difícil era contar el número de los favores hechos por los reyes de Alejandría como imposible señalar cualquier servicio del reino de Siria a los aqueos.

CAPÍTULO X

Engaño de que se vale Calícrato para impedir a los aqueos enviar socorro a Ptolomeo.

Advirtiéndolo Andrónidas y Calícrato lo infructuoso de sus instancias para una intervención en favor de la paz entre los reyes de Siria y Egipto, apelaron a una estratagema, simulando la llegada de un correo con una carta de Quinto Marcio, en la que aconsejaba a los aqueos gestionar para que concluyese la guerra entre los Ptolomeos y Antíoco, de acuerdo con los propósitos de Roma, que con tal objeto envió a Nemesio. Esto era solamente un pretexto, porque Tito procuró pacificar a dichos príncipes; pero sin conseguirlo había regresado a Roma. No atreviéndose Polibio a contradecir la carta que creía de Marcio, renunció al gobierno de los asuntos públicos, y los Ptolomeos no recibieron ayuda. Se decretó despachar una embajada, compuesta de Archón de Egira, y los megalopolitanos Arcesilao y Aristón, para intervenir en favor de la paz. Viendo frustradas sus pretensiones, los embajadores de Ptolomeo dieron a los magistrados una carta de estos reyes solicitando a Licortas y Polibio para emplearles en la guerra.

CAPÍTULO XI

Popilio se dirige a Egipto para conferenciar como embajador con Antíoco.- De allí se traslada a Chipre.- Lo que llevó a cabo en esta isla.

Marchaba Antíoco contra Ptolomeo para apoderarse de Pelusa, cuando halló a Popilio, general romano, y saludándole de lejos, le alargó la mano. Tenía Popilio en las suyas las tablillas en que estaba el decreto del Senado; las mostró al rey y le ordenó que las leyese, no deseando, según creo, darle prueba alguna de amistad antes de conocer si trataba con amigo o enemigo. Leyó el decreto el rey, y manifestó que daría cuenta a sus amigos para deliberar acerca de las medidas convenientes. Al escuchar esto, hizo Popilio una cosa que pareció extraordinariamente dura e imperiosa. Con una varilla que llevaba trazó un círculo alrededor de Antíoco, y le prohibió salir de él sin dar contestación. Admiró el rey tanto orgullo, y después de titubear un momento, respondió que ejecutaría las órdenes de los romanos; entonces Popilio le cogió la mano y contestó al saludo. El decreto le ordenaba acabar inmediatamente la guerra que hacía a Ptolomeo, y para obedecerlo condujo a Agria su ejército en los pocos días que se le habían señalado, no sin dolor y sentimiento por esta violencia, pero conformándose a lo que los tiempos exigían. Por lo que toca a Popilio, tras arreglar los asuntos de Alejandría, de aconsejar a los reyes vivir en buena inteligencia y de ordenarles que enviaran a Polícrato a Roma, embarcóse para Chipre, mandando retirar las tropas que allí había. Encontró en Chipre a los generales de Ptolomeo que habían sido vencidos, y los asuntos de la isla en el mayor desorden. Acampó en las proximidades de la ciudad y permaneció allí hasta que todas las tropas salieron para Siria. De este modo salvaron los romanos el reino de los Ptolomeos, cuando tocaba a su ruina. Tales son los caprichos de la fortuna. La derrota y decadencia de Perseo y de los macedonios sirvió para salvar a Alejandría y todo el Egipto, porque de no ser batido el rey de Macedonia, dudo mucho que Antíoco se sometiera, como lo hizo, a la voluntad de Roma.

CAPÍTULO XII

Problemas historiográficos.- Miscelánea de hechos históricos mal conocidos.

De las cosas que dudo, ¿qué he de decir? Es peligroso y expuesto a incurrir en error relatar lo que entre sí hacen misteriosamente los reyes, mas también sería prueba de timidez y pereza no decir nada de lo que creo debió hacerse en esta guerra, causa de los posteriores infortunios. Decídome, pues, a narrar sumariamente lo problemático y dudoso, diciendo las probabilidades en que me apoyo, y analizando no sólo el carácter de la época, sino los hechos en sí mismos. Se dijo que el cretense Cidas, del ejército de Eumeno y favorito de este rey, habló una vez con Chimaro a solas cerca de la ciudad de Amfípolis, y otra en Demetriada con Menecrato y Antimaco. Se dijo también que Herofón fue dos veces a ver a Eumeno como embajador de Perseo. Lo cierto es que en Roma sospecharon de Eumeno, y mientras favorecían a Attalo, permitiéndole ir de Brindis a Roma en busca de dinero y despidiéndole cariñosamente a pesar de no ayudar a los romanos ni antes ni en el transcurso de la guerra contra Perseo, a Eumeno, que había prestado tan eficaz ayuda contra Antíoco y Perseo, no sólo le prohibieron ir a Roma, sino que le obligaron a salir en día fijo de Italia. Las entrevistas relatadas prueban que hubo alguna inteligencia entre Perseo y Eumeno. Falta saber su índole y alcance. Fácil es comprender que Eumeno no deseaba ver a Perseo vencedor y dueño de todo. Además de sus cuestiones y quejas especiales, la homogeneidad de poder debía mantener vivos entre ellos la desconfianza, los celos y la más completa oposición. Intentaban, pues, engañarse mutuamente, y así lo hicieron. Viendo Eumeno apuradísimo a Perseo, atacado por todos lados, decidido a aceptar todo lo que pudiera librarle de la guerra, que se prolongaba un año tras otro; viendo también muy comprometidos a los romanos por el escaso éxito de sus operaciones contra Perseo hasta el consulado de Paulo Emilio, y por la inestabilidad de los negocios de Etolia, creyó posible que los romanos consintieran en acabar la guerra o en pactar una tregua, y juzgóse mediador o conciliador muy a propósito para este asunto.

Tal idea le indujo a que Cidas sondeara las intenciones de Perseo el primer año, para averiguar acaso lo que podía valerle dicha esperanza, y opino que este fue el origen de la negociación. Entre dos hombres tan astuto uno y otro tan avaro, el combate debía ser risible. Eumeno presentaba toda clase de promesas y esperanzas como cebo para seducir a Perseo. Éste asía el cebo, pero las promesas le parecían poco para dar por ellas algo de su pertenencia.

Véase la naturaleza de estos tratos. Pedía Eumeno, por no ayudar a los romanos ni en mar ni en tierra durante cuatro años, quinientos talentos, y por facilitar la terminación de la guerra, mil quinientos, prometiendo fianzas y garantías. Perseo exigía que enviara las fianzas, determinando él cuándo y cómo las guardarían los Cnosios, y en cuanto al dinero, es decir, a los quinientos talentos, decía «que era más vergonzoso para quien los daba que para el que los recibía, conseguir la paz, al parecer, a precio de oro.» Los mil quinientos talentos prometía enviarlos con persona de su confianza a Polemocrates de Samos, en cuya casa quedarían en depósito. Es de advertir que Samos pertenecía a Perseo. Eumeno, que, como los médicos charlatanes, prefería tener la prenda a esperar el pago, desesperó de vencer con su astucia los subterfugios de Perseo, y desistió de su proyecto. De tal modo, tras esta empeñada lucha de avaricia, acabaron como dos bravos atletas que no pueden vencerse uno a otro. Una parte de aquel dinero la disipaban por entonces los amigos de Perseo, lo cual prueba que la avaricia es artífice de toda clase de males.

Agrego por mi parte a este pensamiento que la avaricia ciega asimismo a los hombres. ¿Quién no comprende, efectivamente, la locura de ambos reyes? Eumeno espera que, a pesar del odio de Perseo le escuche y le crea, y apropiarse así de considerables tesoros sin dar ninguna garantía sólida para el caso de no cumplir sus compromisos. ¿Era posible engañar la vigilancia de los romanos recibiendo tanto oro? ¿No le podía costar dicho proceder una guerra con Roma, en la que, declarado enemigo de la República, perdiera el dinero adquirido, el reino y quizá la vida? Si el proyecto solo

de este negocio le hizo correr tan grave peligro, ¿qué le hubiera ocurrido de llevarlo a cabo? Y por lo que toca a Perseo, no se comprende que estimara más prudente y ventajoso cualquier otro partido que el de entregar sus riquezas a Eumeno, porque si cumplía éste su palabra y acababa la guerra, el empleo del dinero era excelente, y de no ocurrir así, vencedor o vencido, podía revelar la intriga procurando a su enemigo el odio de los romanos. Creyendo a Eumeno causa de todos sus infortunios, la mejor venganza era hacerle enemigo de Roma. Origen de tanto disparate fue la avaricia. Eumeno promete lo que no podía realizar por adquirir lo que no tenía, y Perseo, por evitar su ruina, no se atreve a hacer un ligero sacrificio.

Por lo demás, Perseo, en el asunto de los gálatas y en el de Gencio...

LIBRO TRIGÉSIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Attalo, hermano de Eumeno, corre el riesgo de perder el reino de Pérgamo.- Su médico Stracio le libra de él.- Los embajadores rodios apaciguan a los romanos en favor de su isla.- Astidemo es criticado por justificar a los rodios a costa de los demás griegos.- Diversos sucesos que por entonces acaecen a los rodios.

Las incursiones efectuadas por los galos en el reino de Pérgamo obligaron a Attalo, hermano de Eumeno, a ir a Roma, y sin este motivo aún tenía justificado pretexto para el viaje, cual era felicitar al Senado por la última victoria y obtener los aplausos que por su participación en la guerra contra Perseo, y en los peligros que los romanos corrieron, merecía. Recibiéronle, efectivamente, en Roma con las manifestaciones de honor y amistad debidas a un príncipe que se había distinguido en la guerra de Macedonia y que pasaba por amigo de la República. Hízose más de lo que éste esperaba, pues salieron a recibirle y penetró en la ciudad con numeroso acompañamiento. Tantos honores, cuyo objeto no comprendía, le enorgullecieron hasta el punto de faltar poco para que olvidase sus verdaderos intereses, causando irreparable daño a todo el reino de Pérgamo. La mayor parte de los romanos no profesaba estimación ni afecto a Eumeno, persuadida por las negociaciones de éste con Perseo de que no era amigo fiel y de que acechaba el momento de declararse contra Roma. Esta preocupación influyó en algunos romanos distinguidos para aconsejar a Attalo en conversaciones privadas no mencionar el asunto para que le envié su hermano ni hablar de lo que a éste en especial le interesaba, dándole a entender que el Senado, a quien Eumeno era odioso, deseaba formarle un reino y darle la corona. Estos malos consejos excitaron la ambición del joven príncipe, halagado con tales ofrecimientos, y la intriga llegó hasta el punto de prometer a algunos personajes de Roma que solicitaría en el Senado una parte del reino de su hermano.

Cuando iba a cometer esta falta llegó el médico Stracio, que Eumeno, no sin sospecha de lo que pudiera suceder, envió a Roma, con orden de emplear todos los medios posibles para impedir escuchara Attalo los consejos de quienes le inducían a repartir el reino. Este médico, hombre prudente, hábil y persuasivo, y en quien Eumeno tenía gran confianza, dijo privadamente a Attalo cuanto podía apartarle del pernicioso propósito, y lo consiguió no sin esfuerzo. Advirtiéndole que era tan rey como su hermano, porque ambos tenían igual poder y autoridad, sin otra diferencia que la de carecer Attalo de la diadema y título de rey; pero que su derecho a la sucesión en la corona era incuestionable y de próxima realización, porque la débil salud de Eumeno no le permitía larga vida, y careciendo de hijos varones (no se conocía aún el hijo natural que le sucedió en el trono), aunque quisiera, no podría dejar el reino a otros que a sus hermanos inmediatos. Agregó Stracio que lo más doloroso era el peligro a que exponía Attalo el reino de Pérgamo. «Mucho tendréis que agradecer, manifestaba, vos y vuestro hermano a los dioses inmortales si obrando de acuerdo y concierto podéis arrojar de vuestra nación a los galos, que amenazan invadirla. ¿Qué ocurrirá si la discordia os separa? Claro es que esta división trastornará el reino todo, que os hará perder la dominación de que gozáis actualmente y destruirá todas las esperanza si para el futuro despojando a vuestros hermanos del derecho a heredar y del poder que ahora ejercen.»

Estas razones y otras semejantes impresionaron a Attalo, que renunció a sus ambiciosos proyectos. Entró en el Senado, y sin hablar de Eumeno ni solicitar repartición del reino de Pérgamo, limitóse a felicitarle por la victoria alcanzada en Macedonia y a expresar modestamente el celo y afecto con que ayudó en la guerra contra Perseo; solicitó, asimismo, que Roma despachara embajadores para reprimir la insolencia de los gálatas, reduciéndoles a su primitivo estado, y término, rogando que se la entregaran las ciudades de Aenum y Maronea. Creyendo el Senado que volvería Attalo para hablar particularmente de los otros asuntos, prometió enviar la embajada, e hizo

al príncipe los regalos acostumbrados, ofreciéndole además la posesión de las dos ciudades antedichas; pero al saber que había partido de Roma sin hacer nada de lo que de él esperaban, no pudiendo vengarse de otra forma, revocó la promesa hecha, y antes de que el príncipe partiese de Italia declaró a Aenum y Maronea ciudades libres e independientes. Fue en seguida una embajada a los gálatas, y al frente de ella Publio Licinio no siendo fácil decir las órdenes que llevaba ni difícil conjeturarlo por los acontecimientos que ocurrieron.

Llegaron por entonces a Roma dos diputaciones de la República de Rodas, yendo al frente de la primera Filócrates, y de la segunda Filofrón y Astidemo. La contestación que el Senado dio a Agesipolis después de la derrota de Perseo ocasionó ambas embajadas, cuyo objeto era calmar a los romanos, muy irritados contra los rodios a juzgar por aquella respuesta. En todas las audiencias públicas y privadas sólo vieron Astidemo y Filofrón motivos de espanto, consternándoles la disposición en que veían a los romanos respecto a los rodios. Pero aumentó su miedo ver a un pretor desde lo alto de la tribuna de las arengas excitar al pueblo para que declarase la guerra a los rodios. El peligro que amenazaba a su patria les sobrecogió de terror, y vistiendo de luto, imploraron con lágrimas en los ojos la protección de sus amigos y que nada demasiado riguroso se decretara contra su República. Esta gran alarma fue breve, porque a los pocos días el tribuno Antonio, que había hecho bajar al pretor de la tribuna cuando arengaba contra los rodios, les condujo a la asamblea del pueblo, y uno tras otro justificaron a sus compatriotas. Sus discursos, entremezclados de sollozos, movieron a compasión, y lograron por lo menos que no se declarara la guerra a Rodas; pero el Senado les censuró con grande acritud por los hechos que se les imputaba, dándoles a entender claramente que, sin la consideración que les merecían algunos amigos de la República, y especialmente ellos, les hubiera tratado de muy distinta forma. En aquella ocasión escribió Astidemo una apología de su patria, quedando muy satisfecho de este escrito y muy disgustados los griegos residentes en Roma o que se hallaban allí de paso. Lo hizo circular entre el público, y pareció a éste sin sentido común ni equidad, por fundarse la apología menos en razones deducidas del proceder de su patria que en las faltas de los demás griegos. Comparaba al efecto lo que todos los griegos habían realizado por sí o en ayuda de los romanos, exagerando por todo extremo los servicios de los rodios y atenuando cuanto le fue posible los de los demás pueblos de Grecia.

Respecto a las faltas, hizo lo contrario, pues culpando de ellas a los demás griegos, casi no mencionaba nada que mereciera censurarse a los habitantes de Rodas. Comparaba las de éstos y aquellos para que las de los rodios pareciesen pequeñas, insignificantes, dignas de perdón, y las de los otros griegos enormes, imperdonables; y deducía que si los romanos habían perdonado a éstos no podían menos de perdonar asimismo a la República de Rodas. Tal apología era impropia de un hombre de gobierno. Si se desprecia a los cobardes que unidos a otros con secretos lazos déjanse intimidar por las amenazas o los tormentos hasta el punto de vender a sus cómplices, y se alaba y ensalza a los que, inquebrantables en medio de los mayores suplicios, niéganse a arrastrar en su desgracia a los unidos con ellos, ¿qué debe pensarse de un hombre que por temor a incierto peligro revela a una poderosa nación las faltas de otra, y renueva el recuerdo de cosas que el tiempo había hecho olvidar? Conocida la contestación del Senado, salió inmediatamente de Roma Filócrates para llevarla a Rodas, y Astidemes quedó allí a fin de observar cuanto se pudiera decir o hacer contra su patria.

La respuesta del Senado desvaneció el miedo de los rodios de que los romanos les declarasen la guerra y les hizo desdeñar las demás contrariedades que sufrían por grandes que fuesen. Ocorre, efectivamente, con frecuencia que el temor de enormes daños amortigua el sentimiento de los pequeños. Inmediatamente se concedió a los romanos una corona de un valor de diez mil piezas de oro, designando para llevarla al almirante Teodetes, que partió en los primeros días del verano. Agregósele una embajada, cuyo jefe era Rodofón, para procurar a toda costa la alianza con los romanos. Los rodios no mencionaron esta alianza en el decreto por temor a que rechazándola los romanos, tuvieran que arrepentirse de haberla ordenado. Dejaron, pues, al cuidado del almirante hacer la tentativa, porque las leyes le facultaban para concertar esta clase de tratados.

Bueno es advertir de paso que la policía de los rodios había sido hasta entonces no aliarse a los romanos, aunque hacía ciento cuarenta años que tomaban parte en las brillantes expediciones de esta República, y la razón de ello era que, satisfechos de que todas las naciones pudieran solicitar su alianza, no querían repartir sus fuerzas ni encadenar su voluntad con juramentos y tratados. Libres y dueños de sí, podían aprovechar cuanto fuera ventajoso; pero en las circunstancias presentes juzgaron oportuno cambiar de conducta e hicieron los mayores esfuerzos para alcanzar el glorioso título de aliados de Roma, no por afición a alianzas ni por temor a otra nación que la romana, sino para desvanecer con esta mudanza las prevenciones y sospechas que su República inspiraba.

Apenas se hizo a la vela esta embajada, los caunienses se separaron de Rodas y los milesianos se apoderaron de las ciudades de los euromianos. Casi al mismo tiempo llegó de Roma un senatus-consulta que declaraba libres e independientes a los carienos y a los licios, pueblos que el Senado dio a los rodios al acabar la guerra con Antíoco. Sin gran esfuerzo sometieron éstos a los caunienses y euromianos, siendo suficiente a enviar a Licus con tropas, que en poco tiempo, y a pesar de auxiliarles Cibarates les obligó a rendirse. Fueron en seguida a la región de los euromianos, y en campal batalla vencieron a los milesianos y a los alabadianos llegados de Ortosia. Pero el decreto romano en favor de los carienos y de los lucios causóles viva alarma, sospechando que la corona enviada a Roma no les produjera fruto alguno y esperando en vano el honor que ambicionaban de ser aliados de Roma.

CAPÍTULO II

Ardid de Antíoco.

El vil ardid de guerra de este príncipe en Pelusa ocasiona gran daño a su fama; mas hay que confesar que era vigilante, activo y merecedor del título augusto de rey.

CAPÍTULO III

Dinón y Poliarates.

Comencemos por manifestar al lector la política de estos dos griegos, porque en aquellas tristes circunstancias se produjeron grandes cambios, no sólo entre los rodios, sino en todos los demás Estados, y bueno es examinar y conocer los intentos de quienes les gobernaban y si siguieron o se apartaron del camino más razonable. Esto nos enseñará lo que se debe hacer o evitar, en iguales circunstancias, para no faltar al deber en la ancianidad, perdiendo así la fama conquistada en larga vida.

En el transcurso de la guerra con Perseo sospechaban los romanos que no les eran favorables tres clases de individuos: unos que, pesarosos por la probabilidad de que el universo entero sufriera la ley de una sola potencia, ni ayudaban ni combatían a Roma, dejando los acontecimientos a la fortuna y esperando tranquilos el resultado final; otros los que, satisfechos porque macedonios y romanos estuvieran en guerra, deseaban la victoria de Perseo, pero sin poder inspirar sus sentimientos e inclinaciones a los pueblos que regían, y otros que comprometían las naciones que gobernaban en el partido de Perseo. Veamos el proceder de todos estos políticos.

Antínoo, Teodoro, Cefalo y los demás adversarios de Roma consiguieron que los molosos socorrieran a Perseo, y sin amedrentarles el peligro, esperando tranquilos su último momento y firmes en sus opiniones, murieron con honor. Debe elogiarse la entereza de carácter con que mantuvieron hasta el postrer instante la reputación adquirida en el resto de su vida.

La tranquilidad en Acaia, Tesalia y Perrebia inspiró desconfianza, siendo muchos los sospechosos en estas regiones de inclinarse a favor del rey de Macedonia y de aguardar ocasión

oportuna de manifestarlo; pero ni se les escapó frase alguna en público, ni se les interceptó carta ni emisario que justificara la sospecha, y siempre mostráronse dispuestos a dar cuenta de su conducta y a probar su inocencia. Antes de perecer acudieron a todos los medios de salvación, porque tan cobarde es morir sin culpa, por miedo a un bando o a una potencia más fuerte, como vivir deshonrado.

En la isla de Rodas, en la de Cos y en varias ciudades, algunos partidarios de Perseo defendían abiertamente a los macedonios, y procuraron, aunque sin buen éxito la adhesión de sus compatriotas. Los más notables de estos amigos de Perseo eran en la isla de Cos Hipócrito y su hermano Diomedón, y en la de Rodas Dinón y Poliarates. ¿Era posible no censurar la conducta de estos magistrados? Toda la nación conocía lo que habían hecho y dicho; había visto las cartas escritas a Perseo y las recibidas de este príncipe que fueron interceptadas; sabía de los mensajeros de ambas partes que fueron presos, y a pesar de tan abrumadoras pruebas, los convictos no tuvieron valor para arrostrar la adversidad y perder la vida, empeñándose en defender su inculpabilidad. ¿Cuál fue el fruto de tanta obstinación en conservar la vida? Toda la gloria adquirida por el valor y constancia que se les atribuía se desvaneció, siendo objeto de un desprecio que ni a la compasión dejaba lugar. Convencidos cara a cara por los mismos de quienes se valieron para sus intrigas no se les tuvo únicamente por desdichados, sino por falaces. Uno de ellos, Thoas, que había sido enviado a Macedonia, mortificado por la conciencia, después de la derrota de Perseo se retiró a Cnida. Preso por los cnidanos, lo reclamaron los rodios y lo llevaron a Rodas, donde, sometido a juicio, confesó cuanto decían las cartas cruzadas entre los magistrados y Perseo; y sorprende que Dinón amara la vida hasta sufrir esta infamia. Mayor fue la insolencia y cobardía de Poliarates. Popilio ordenó a Ptolomeo que le enviara a Roma; pero en consideración a su patria y por deferencia a Poliarates que solicitaba ir a Rodas, prefirió el rey de Egipto mandarle a su patria. Entregósele un barco, y partió custodiado por un personaje de la corte llamado Demetrio. Al mismo tiempo el rey escribió a los rodios avisándoles la salida del acusado. Al arribar a Faselis no sé qué idea ocurrió a Poliarates, que cubriéndose la cabeza con verbena corrió a refugiarse en el templo de la ciudad. Seguro estoy que de preguntarle lo que intentaba no supiera decirlo, porque si quería volver a su patria, ¿a qué ocultarse? ¿No estaba encargado su guardián de conducirlo? Y si a éste hubieran ordenado que le llevase a Roma de buen o mal grado, allí fuera Poliarates. ¿Qué buscaba, pues? Avisaron de Faselis a Rodas para que fueran por él, y los rodios enviaron un barco descubierto, con la prudencia de prohibir al piloto recibirle a bordo, porque los alejandrinos tenían orden de entregarle en la isla. Llegó el buque rodio a Faselis, y su capitán Epicares se negó a hacerse cargo de Poliarates. Apremió a éste Demetrio para que entrara en el suyo, y le apremiaron más los faselitas que temían algún acto severo de los romanos por la permanencia allí del acusado. En tal apuro, entró asustado en el barco de Demetrio, pero durante la travesía encontró ocasión de escaparse, y huyó a Cauna, implorando ayuda de los habitantes. Desgraciadamente eran aliados de los rodios y le expulsaron de la ciudad. Suplicó en seguida a los cibiratas que le dieran asilo y le enviaran un guía para ir a sus tierras, esperando este favor porque los hijos de Pancratos, tirano de aquella ciudad, se habían criado en su casa. Lo consiguió efectivamente; pero al llegar allí, su apuro fue mayor que en Faselis, pues los cibiratas no se atrevieron a alojarle por temor a los romanos, ni podían llevarle a Roma, porque siendo nación de tierra adentro no sabían navegar. Viéronse, pues, obligados a despachar una diputación a Rodas y al cónsul de Macedonia para que les libran de este infortunado fugitivo. Paulo Emilio contestó a los cibiratas que le llevasen a Rodas, y a los rodios que le condujeran vivo a Roma por mar. Unos y otros cumplieron las órdenes recibidas, y Poliarates llegó a Roma, teatro donde con toda claridad vióse su cobardía y falta de pudor, y al que le llevaron Ptolomeo, los faselitas, los cibiratas y los rodios. Su falta de ánimo bien merecía este castigo. Me he detenido en lo relativo a Dinón y Poliarates, no por insultar su desgracia, que resultaría insensato, sino para aconsejar a los que se hallen en idénticas circunstancias medidas más prudentes.

CAPÍTULO IV

Diputación de los griegos a los diez comisarios despachados a Macedonia tras la derrota de Perseo.- Proceder de estos comisarios con los griegos.

Derrotado Perseo y concluido este gran asunto, llegaron a Macedonia embajadores de todas partes para felicitar a los generales romanos por el afortunado éxito de la expedición, y fácil es comprender que en cada Estado designaron para este y otros cargos los que en el transcurso de la guerra defendían con más calor la causa de Roma, y por tanto eran más de su agrado. Fueron, pues, por Acaia Calícrato, Aristodamo, Agesias y Filipo; por Beocia, Mnasipo; por Acarnania, Crenies; por el Epiro, Carops y Nicias, y por Etolia, Licisco y Tisipo. Llevando todos igual objeto, arreglaron según su deseo los asuntos, tanto más fácilmente, cuanto que sus adversarios, cediendo a las circunstancias, renunciaron al gobierno de las Repúblicas. Los diez comisarios hicieron saber por medio de los generales a las ciudades y consejos de los pueblos los nombres de las personas que debían ser elegidas para ir a Roma, y las escogieron de su partido, a excepción de muy pocas cuyo mérito era incontrovertible. Dispensaron especial honor a los aqueos, enviándoles dos comisarios, Cayo Claudio y Cneo Domicio. Dos razones obligaron a tomar esta resolución: una, el temor de que los aqueos no obedecieran las cartas y dejaran impune a Calícrato a pesar del daño que había causado a todos los griegos; otra, porque en las cartas de los aqueos a Perseo, que habían sido interceptadas, nada se descubrió que demostrase culpabilidad contra alguno de esta nación. No obstante, poco tiempo después, y a causa de lo que le manifestaron Calícrato y Licisco, escribió el cónsul y despachó diputados a los aqueos, aunque no aprobase, como se demostró después, las denuncias de aquellos dos traidores.

CAPÍTULO V

Los reyes de Egipto despachan una embajada a Roma. A instancias de Popilio se pone en libertad a Menalcidas.

Apenas libres de la guerra con Antíoco, los dos Ptolomeos enviaron a Roma a Numenio, uno de sus amigos, para agradecer a los romanos el gran beneficio que les hicieron en aquella ocasión. Asimismo dieron libertad, a instancias de Popilio, al lacedemonio Menalcidas, que por enriquecerse había abusado del apuro en que ambos reyes se hallaron.

CAPÍTULO VI

Por qué puso el Senado en libertad al hijo del rey Cotis.

El rey de los odrisianos había despachado embajadores a Roma para solicitar que le devolvieran su hijo y explicar las razones de su alianza con Perseo. El Senado les escuchó con benevolencia, porque tras la victoria contra el rey de Macedonia y concluido cuanto se propusiera llevar a cabo, no tenía importancia considerar a Cotis como enemigo. Su hijo, dado en rehenes a Perseo, fue cogido con los de este infortunado príncipe, y se lo devolvieron en prueba de clemencia y generosidad, y en testimonio de consideración al rey, que les pedía esta gracia.

CAPÍTULO VII

De Lucio Anicio.

Lucio Anicio, el mismo que derrotó a los ilirios y llevó a Roma para celebrar su triunfo al rey Gencio y sus hijos, hizo reír mucho al pueblo, según refiere Polibio en el libro XXX, en los juegos

celebrados con motivo de este triunfo. Trajo de Grecia hábiles trabajadores que construyeron en el circo un gran teatro donde se presentaron primero los más célebres flautistas griegos, Teodoro el Beocio, Teopompo Herenippo y Lisímaco, y les ordenó salir al prosenio con el coro y tocar todos a la vez. Éstos comenzaron un motivo de rápido movimiento y muy melodioso; mas Anicio les mandó decir que aquella melodía no le gustaba y que luchasen. Los flautistas indecisos no comprendieron la orden, hasta que un líctor les dijo que Anicio deseaba figurasen la lucha revolviéndose unos contra otros. Esto les permitió entregarse a ademanes licenciosos, produciendo gran confusión, tocando las flautas de la forma más disorde y desatinada y cayendo o contra el coro que les separaba, o unos contra otros. Los coristas, por su parte, hicieron lo mismo, corriendo en todas direcciones y precipitándose unos sobre otros. No sé cuál de ellos, recogiendo la túnica, enseñó los puños a un flautista, provocándole al pugilato, y le excitaron a ello los ruidosos aplausos y gritos de los espectadores. En el momento en que todos andaban revueltos y peleando, dos saltarines se adelantan a la orquesta con la sinfonía, y cuatro pugilistas se presentan con sus propios flautistas o trompeteros, mezclándose todos y produciendo el más singular espectáculo. Nada digo de las tragedias, agrega Polibio, porque creían que hablaba en broma.

CAPÍTULO VIII

Los etolios y los epirotas.

Habituados los etolios a vivir del robo y merodeo, mientras les fue posible saquear a los griegos prosperaron a sus expensas, teniendo toda la tierra por enemiga; mas al dominar en Grecia los romanos y no poder llevar a cabo la rapiña fuera de su región, volviéronse unos contra otros en guerra civil, cometiendo toda clase de violencias y crueldades. Después de degollarse mutuamente en las proximidades de Arsinoe, no hubo forma humana que les contuviera, y en toda la Etolia sólo había confusión, injusticias y asesinatos. Nada se efectuaba allí conforme a la razón y al buen sentido, y el mar azotado por violenta tempestad no presenta mayor perturbación de la que reinaba entonces en la República de Etolia.

No se hallaba el Epiro más tranquilo. En el pueblo advertíase alguna moderación, pero en cambio el jefe era un monstruo de impiedad e injusticia. No creo que haya nacido ni pueda nacer jamás hombre más cruel que Carops.

CAPÍTULO IX

Andanzas de Paulo Emilio.

Tras admirar las fortificaciones de Siciona y las riquezas de la ciudad de los argivos, encaminóse Paulo Emilio a Epidaura. Deseando ver a Olimpia, partió para esta región. Al penetrar en el templo de Olimpia y ver la estatua de Júpiter, dijo Paulo Emilio, lleno de admiración, que era Fidias el único que había realizado el Júpiter de Homero, y que esperaba ver cosas bellas en Olimpia, pero aquello era superior a cuanto había visto en sus viajes. «Escribe Polibio que después de derrotar a Perseo y los macedonios, arrasó Paulo Emilio setenta pueblos de Epiro, la mayoría en la región de los molosos, y se llevó ciento cincuenta mil hombres reducidos a servidumbre».

CAPÍTULO X

Ruindad de alma de Prusias, rey de Bitinia.- Recurso de que se vale el Senado para humillar a Eumeno.

Trasladóse a Roma Prusias para cumplimentar al Senado y a las tropas por el triunfo alcanzado

contra Perseo, y deshonró la majestad real con bajas adulaciones. Júzguese por los hechos siguientes. Presentóse a los diputados que el Senado envió para recibirle con el pelo cortado y gorro, traje y sandalias de liberto, diciendo al saludarles: «Ved en mí uno de vuestros libertos dispuesto a hacer lo que os agrade y a conformarme completamente con todas vuestras prácticas.» No sé si existe manera de expresarse de forma más humilde y rastrera. Al penetrar en el Senado se detuvo en la puerta frente a los senadores sentados, prosternóse con las manos caídas y besó el umbral. Dirigiéndose en seguida a la asamblea, exclamó: «Dioses salvadores, yo os saludo.» ¿Es posible mayor cobardía y adulación? ¿Es hombre quien habla así? Apenas lo creará la posteridad. La conferencia correspondió al preámbulo, y rubor me daría referirla. Tan profunda bajeza no podía menos de obtener una respuesta amable del Senado.

Apenas concluida la recepción de Prusias, supóse que Eumeno iba a llegar a Roma, noticia que dio bastante en qué pensar a los senadores. Prevenidos contra él y decididos a no mudar de actitud, sentían dar a conocer sus intenciones, porque tras poner a Eumeno en el rango de los más fieles amigos del pueblo romano, admitirle a justificarse y responderle conforme a sus resentimientos, era confesar en alta voz su poca prudencia al estimar tanto a un hombre de este carácter; y si por salvar su reputación le acogían bien, faltaban a sus sentimientos y a los intereses de la patria; de forma que en cualquiera de ambos casos los inconvenientes eran inevitables. Para salir del aprieto lo menos mal posible, y pretextando lo mucho que costaba a la República la recepción de los reyes que iban a Roma, hicieron un senatus-consulto prohibiendo en general la entrada de los reyes en esta ciudad. Llegó poco después la noticia de que Eumeno había desembarcado en Brindis, y enviaron a un cuestor para transmitirle la orden de que se detuviera allí, manifestara lo que deseaba del Senado, y si nada tenía que tratar, saliera inmediatamente de Italia. Escuchó el rey de Pérgamo al cuestor, comprendió el sentimiento que a los romanos inspiraba, y dijo que ninguna necesidad tenía de ir a Roma. Tal fue el ardid del Senado para no recibir a Eumeno.

Esta afrenta produjo al rey de Pérgamo otra grave contrariedad que aprovecharon los romanos, decididos a humillarle de todos modos. Amenazado de una irrupción de los galo-griegos, era indudable que, después de tal injuria, los aliados no se atreverían a ayudarle, y los galo-griegos serían más atrevidos para atacarle. Esto sucedía al iniciarse el invierno. El Senado escuchó en seguida a los demás embajadores (porque no hubo ciudad, príncipe o rey que no mandara diputación a Roma para participar del regocijo por la derrota de Perseo), y todos recibieron contestaciones corteses y afectuosas, menos los rodios, que no debieron quedar satisfechos, pues se les despidió sin decirles nada positivo acerca de lo que debían temer o esperar del futuro. En cuanto a los atenienses, el Senado estaba irritadísimo contra ellos.

CAPÍTULO XI

Injusticia de los atenienses con los haliartos.

Llegaron de Roma embajadores a Atenas para rogar que los haliartos fuesen restaurados en su primitivo Estado, y no siendo atendida esta pretensión, solicitaron que se les pusiera en posesión de Delos, de Lemnos y del país de los haliartos, porque se les había ordenado pedir, o la independencia de este pueblo, o que lo diera el Senado a los atenienses. Dueños ya de las dos islas, no es censurable que solicitaran la posesión, pero sí pedir que les dieran los haliartos. Malo es no ayudar a este antiguo pueblo de Beocia a salir del triste estado en que se hallaba y peor borrarle de la memoria de los hombres, quitándole toda esperanza de renacimiento. No era justificado en ningún pueblo de Grecia tan injusto modo de proceder, y menos que en ninguno en los atenienses, porque ni ley ni costumbre les permitía convertir su patria en patria de todos los griegos e invadir las ciudades que no les pertenecían. El Senado, sin embargo, les concedió Delos y Lemnos.

CAPÍTULO XII

Los rodios evacuan Cauna y Stratonicea.

Una vez introducido Teetetes en el Senado, rogó que se aceptara la alianza de los rodios con la República romana. Esperando la contestación, que se dejaba de un día para otro, este anciano de más de ochenta años deja de existir. Entretanto, llegaron a Roma los desterrados de Cauna y Stratonicea, quejándose ante el Senado y obteniendo una sentencia que ordenaba a los rodios retirar sus guarniciones de ambas ciudades. Filofrón y Astidemes salieron inmediatamente para su patria, temiendo que los rodios se negaran a cumplir esta orden, procurándose con ello alguna nueva desdicha.

CAPÍTULO XIII

Odio de los peloponesianos contra Calícrato.

Cuando los embajadores, a su regreso de Roma, manifestaron lo que el Senado había contestado, no hubo rebelión ni alboroto; pero no se ocultó la cólera y el odio que Calícrato inspiraba. El hecho siguiente prueba el rencor contra Calícrato, Andronido y otros personajes de este bando. Cuando se celebraba en Sicione una fiesta célebre, llamada los Antigonios, las mujeres, hasta las de peor reputación, acostumbraban a ir a los baños públicos frecuentados por los hombres más notables; pero si Andronido o Calícrato iban, ninguno de los que después llegaban quería bañarse si antes no se arrojaba toda el agua que les había servido, lavando y fumigando cuidadosamente el baño, como si temieran mancharse al entrar en la misma agua que aquellos. Los que les alababan en público eran objeto de mofa y silbidos, y hasta los niños, al volver de las escuelas, no temían llamarles traidores si les hallaban al paso: tan general era el odio que inspiraban, y tanto el dolor de los corazones por los grandes sufrimientos.

CAPÍTULO XIV

Otro testimonio de la guerra de Siria.- Reflexiones del autor.

Hablan otros de la guerra de Siria porque al tratar asunto mezquino y monótono desean darse aires de historiadores no relatando acontecimientos, sino escribiendo volúmenes; para ello tienen que agrandar las pequeñeces, desleír lo que pudiera decirse en dos palabras, pararse en futilidades convirtiéndolas en sucesos, y dar cuenta pomposamente de las escaramuzas en que perecieron unos cuantos soldados. Y respecto a los asedios, a las descripciones topográficas y a los demás acaecimientos de esta índole, es difícil decir cuanto detallan, a causa de la escasez de hechos. Nuestra forma de escribir es completamente contraria, y nadie nos acusará de divagar al ver que pasamos en silencio cosas juzgadas dignas de larga explicación, o las decimos sin detalles; pero téngase en cuenta que a cada asunto le damos su verdadera importancia. Cuando los escritores a quienes aludimos refieren, por ejemplo, la toma de Faloria, de Coronea o de Haliarta, cuentan todas las estratagemas, sorpresas y medidas, como convendría hacerlo al hablar de las de Tarento, Corinto, Sardes, Gaza, Siracusa y, sobre todo, Cartago. Añádase a esto que no a todos complace la narración pura y sencilla de dos hechos, y sirva de profesión de fe aplicable a los asuntos militares y políticos y a cuanto esta historia contiene. Merecemos indulgencia en los errores de nombres de montañas, ríos o regiones citadas al referir acontecimientos, por la importancia de la obra, salvo el caso de sacrificar la verdad al ingenio, porque entonces la censura sería justa.

La mayoría de los proyectos parecen de palabra fáciles de realizar; pero, como moneda falsa arrojada al crisol, no ofrecen el resultado previsto.

CAPÍTULO XV

Discurso de Paulo Emilio.

Volviendo a hablar en lengua latina, dirigióse Paulo Emilio a la Asamblea, y con el ejemplo de Perseo le demostró que no conviene enorgullecerse demasiado en la prosperidad, ni tratar a los hombres con arrogancia y tiranía, ni fiarse jamás de la fortuna presente, sino al contrario. Y agregaba Paulo Emilio: «Cuanto mejor sea el éxito en vuestros asuntos particulares o en la vida pública, más os aconsejo que penséis en la adversidad, pues cuesta trabajo conservar el espíritu tranquilo en la embriaguez de la buena fortuna, y el hombre sensato se diferencia de quien no lo es en que éste aprende por las propias contrariedades y aquel por las ajenas.» Añadió que con frecuencia recordaran estas palabras de Demetrio de Faleres, que al hablar de la fortuna y deseando probar a los hombres lo instable que es, refirióse a la época en que Alejandro destruyó la monarquía de los persas, y dijo: «No es preciso abarcar infinito espacio ni numerosas generaciones; limitémonos a los cincuenta años que nos han precedido, y encontraremos toda la historia de los rigores de la fortuna. Si hace cincuenta años hubiera predicho un dios a los persas y a sus reyes, a los macedonios y los suyos lo que iba a ocurrir, ¿quién hubiese creído que en tan breve tiempo los persas que gobernaban la tierra desaparecerían de la historia, y los macedonios, que nadie conocía ni de nombre, serían dueños del mundo? Véase, pues, cómo esta pérfida fortuna que preside nuestra existencia, esta fortuna que se complace en contrariar todos nuestros planes y que demuestra su poder en las cosas más extraordinarias, construyó el imperio de los macedonios sobre las ruinas del de los persas y le prodigó todos los bienes que éstos gozaban, hasta que se canse de favorecerlo. Lo sucedido a Perseo demuestra esta verdad.» Al recordar la época en que sucumbió el Imperio macedónico, paréceme tan importante y oportuno este pronóstico casi inspirado y divino, que, testigo ocular de los hechos, no creería decir verdad si no trajese a la memoria las palabras de Demetrio, en las que veo algo sobrehumano, pues sin engañarse, anunció el futuro con unos ciento cincuenta años de anticipación.

CAPÍTULO XVI

Lo que le aconteció a Eumeno.

Concluida la guerra entre los romanos y Perseo, hallóse el rey en difícil situación, porque las cosas humanas parece que dan vueltas en el mismo círculo, y la fortuna que enaltece a los hombres por capricho, los humilla por reflexión. Tras ayudarles eficazmente, cambia y pisotea cuanto había construido. Esto ocurrió a Eumeno. Cuando creyó su poder más firme y seguro, cuando juzgó que nada debía temer a causa de la total ruina del reino de Perseo en Macedonia, encontróse en el mayor aprieto por la inesperada invasión de los gálatas en Asia.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Guerra de los cnosianos y gortinianos contra los rhancianos.- Embajada de los rodios a Roma para solicitar una alianza que se les niega.

Aliáronse los cnosianos y gortinianos para declarar la guerra a los rhancianos, jurando no dejar las armas hasta que se apoderasen de su capital. Entretanto, los rodios, tras ejecutar las órdenes del Senado romano, viendo que la cólera de éste no se apaciguaba, despacharon a Roma una embajada a las órdenes de Aristóteles, encargándole intentar todo lo posible para conseguir una alianza. Llegaron estos embajadores en el rigor del estío, y ante el Senado pronunciaron largo discurso. Después de manifestar que los rodios habían evacuado a Cauna y Stratonicea cumpliendo las órdenes que recibieron, procuraron con muchos argumentos obtener del Senado la alianza de Roma y Rodas; pero en la contestación, sin hablar de amistad, se les dijo que por entonces no convenía la alianza con ellos.

CAPÍTULO II

Diputación de los galo-griegos a Roma.

El Senado les permitió vivir según sus leyes y costumbres, a condición de no salir armados de la región que ocupaban.

CAPÍTULO III

Espléndidas fiestas ofrecidas por Antíoco.

Conoció Antíoco las hazañas de Paulo Emilio en Macedonia, y deseó sobrepujarle con un exceso de liberalidad. Despachó emisarios a varias ciudades anunciando los combates gimnásticos que iba a dar en Dafne, e innumerables griegos acudieron presurosos a dicho lugar. Inauguró el rey la fiesta con un soberbio desfile, rompiendo la marcha cinco mil jóvenes escogidos, armados a la romana y cubiertos con cotas de malla; seguíanles cinco mil misianos y tres mil cilicianos, armados a la ligera y con cinta de oro en la cabeza. Tres mil tracios y cinco mil gálatas marchaban detrás, precediendo a veinte mil macedonios y a cinco mil infantes armados con escudos de bronce, sin contar un cuerpo de argiaspidos, seguidos de doscientas cuarenta parejas de gladiadores. Tras de éstos avanzaban mil jinetes montados en caballos de Nisa y tres mil en caballos del país. Los arneses, en su mayor parte, estaban cubiertos de oro, y los jinetes ceñían coronas del mismo metal, en los demás arneses brillaba la plata. El cuerpo de caballería llamado los compañeros, que era de mil hombres y los caballos enjaezados con oro, precedía al cuerpo de los amigos, de igual número y riqueza en las monturas. Seguían la marcha mil hombres escogidos procediendo a la cohorte, compuesta de otros mil, que era el cuerpo más sólido y fuerte de toda la caballería. Finalmente, quinientos jinetes catafractos, armados de todas armas y vestidos como las otras tropas, cerraban la marcha. Todos estos soldados llevaban mantos de púrpura y muchos con figuras de animales bordadas con oro. Desfilaron asimismo cien carros de a seis caballos, cuarenta de a cuatro, uno arrastrado por cuatro elefantes, y otro por dos, y treinta y seis elefantes sueltos. Difícil es explicar otros detalles de esta procesión especialísima, y nos limitaremos a referirlos sucesivamente. Unos ochocientos jóvenes, coronados de oro, acompañaban el desfile, llevando mil bueyes gordos, y para las ceremonias había más de trescientas mesas y ochocientos colmillos de elefantes.

No es posible decir con exactitud el número de estatuas, porque sacaron en triunfo las de todos los dioses y genios reconocidos por tales entre los hombres, sin exceptuar las de los héroes. Unas eran doradas y otras revestidas con trajes bordados de oro, y acompañaban a cada una todos sus atributos especiales, según vulgar tradición conservada en la historia.

Seguían después estatuas de la Noche, del Día, de la Tierra, del Cielo, de la Aurora y del Mediodía. La cantidad de vasos de oro y de plata puede calcularse por los datos siguientes. Dionisio, uno de los amigos de Antíoco y su secretario para la correspondencia, trajo a la comitiva mil niños, cada uno con un vaso de plata de mil dracmas de peso. Otros seiscientos niños que el rey había reunido seguían a los anteriores, portando vasos de oro. Doscientas mujeres, con botes de perfumes, los esparcían durante el desfile. Otras ochenta iban en pompa, sentadas en sillas de mano con pies de oro, y otras quinientas, en iguales sillas con pies de plata ricamente ataviadas. He aquí lo más brillante de la fastuosa comitiva.

Hubo combates gimnásticos y de gladiadores, y partidas de caza en el transcurso de los treinta días que las fiestas duraron. Todos los que combatían en el Gimnasio se untaron el cuerpo, durante los primeros cinco días, con perfumes de azafrán, que sacaban de cubetas de oro; en los cinco siguientes, de cinamomo, y de nardo en los cinco últimos de la quincena. Lo mismo se hizo en la segunda, untándose los primeros cinco días con perfume de alholba, los siguientes de mejorana, y de lirio los últimos. Cada uno de estos perfumes exhalaba distinto olor.

Colocábanse unas veces mil triclinios y otras quinientos para las comidas de la fiesta. El rey lo arreglaba y ordenaba todo por sí. Montado en un brioso caballo corría por todo el desfile, haciendo avanzar a unos y detenerse a otros. En las comidas poníase a la puerta, obligando a entrar a unos, colocando a otros; iba delante de los sirvientes que traían los platos; se trasladaba de un lado a otro, sentándose junto a cualquiera de los convidados o extendiéndose sobre cualquier lecho. A veces, dejando el bocado o el vaso, levantábase de pronto y recorría todas las mesas, recibiendo de pie los brindis que le dirigían, bromeando con todos, hasta con los bailarines.

Al acabar los festines y cuando muchas personas se habían retirado, veíasele jugar con sus bufones, que sin respeto a la majestad real le arrojaban al suelo como si fuera uno de ellos, y ordenaba entrar músicos, bailando y saltando cual bufón, hasta avergonzar a los circunstantes que se iban de allí. Todo esto se pagó con el dinero tomado en Egipto, de donde sacaron cuanto pudieron, engañando contra todas las leyes del honor al rey Ptolomeo Filometor durante su minoría. Los amigos de Antíoco contribuyeron a estos gastos, pero la mayor parte de los recursos procedían del saqueo de los templos.

CAPÍTULO IV

Recibimiento de Tiberio en la corte de Antíoco.

Concluida la guerra, fue Tiberio como embajador a la corte de Antíoco para conocer sus intentos, y le acogió el rey con tanto agasajo y amistad que nada sospechó el romano, ni advirtió que guardase rencor por lo sucedido en Alejandría, censurando a quienes daban malos informes de este príncipe. Efectivamente, entre los muchos obsequios que Antíoco hizo a Tiberio, fue uno dejarle su palacio para alojamiento, y a poco le cede asimismo, al parecer, la corona, aunque nada estuviera más lejos de su deseo y fuera inquebrantable su decisión de vengarse de los romanos.

CAPÍTULO V

Los embajadores de Prusias acusan a Eumeno en Roma.- Va por segunda vez Astimedes a Roma y logra al fin la alianza.

Entre los embajadores que llegaron a Roma de diversas tierras, los más importantes eran Astimedes, de la república de Rodas; Eureas, Anaxidamo y Satiro, de los aqueos, y Pithón, representante de Prusias. En la audiencia que les concedió el Senado quejose Pithón de Eumeno por haberse apoderado de muchas plazas, realizar incursiones por la Galacia y no obedecer las órdenes del Senado, favoreciendo a los de su bando y procurando mortificar de todas formas a los que amigos de los romanos deseaban que gobernara el Estado conforme a la voluntad del Senado. Otros embajadores de las ciudades de Asia le acusaban de haber concertado alianza con Antíoco. Oyó el Senado estas acusaciones sin rechazarlas y sin dar a conocer su opinión, disimulando la desconfianza que los dos reyes le inspiraban, lo cual no impidió que ayudase a los galo-griegos a recobrar su libertad.

Penetraron inmediatamente después los embajadores de Rodas, y Astimedes tuvo en esta ocasión más prudencia y habilidad que en la anterior embajada. Sin acusar a los demás, limitóse, como los castigados, a solicitar que se aminorara la pena, y manifestó que la impuesta a su patria era superior a lo que la falta merecía, detallando los perjuicios sufridos, entre ellos el despojo de la Licia y de la Caria, dos provincias contra las cuales vióse obligada a sostener tres guerras que le costaron sumas enormes, perdiendo ahora las rentas que producían. «No obstante, agregó, sufrimos la pérdida sin quejarnos. Vosotros nos disteis esas provincias, y dueños erais de quitárnoslas cuando os fuimos sospechosos; pero Cauna y Stratonicea no las debíamos a vuestra liberalidad, porque compramos la primera en doscientos talentos a los generales de Ptolomeo, y la segunda nos la dieron Antíoco y Seleuco. Ambas ciudades nos producían ciento veinte talentos anuales. Ordenasteis que nuestras tropas las evacuaran y os hemos obedecido, siendo tratados por una ligera imprudencia con mayor rigor que los macedonios, vuestros eternos enemigos. ¿Y qué diré de la excepción de peajes que habéis concedido a la isla de Delos y del perjuicio que nos causáis al privarnos de este impuesto y de las demás rentas públicas? Los peajes nos producían antes un millón de dracmas, y apenas sacamos hoy ciento cincuenta mil. Vuestra ira, romanos, ha secado, cual fuego devorador, las fuentes que producían a nuestra isla su mayor riqueza, y acaso tuvierais razón si todos los rodios fueran culpados de enemistad a vosotros, pero sabéis que eran pocos los que nos disuadieron de tomar las armas, y que éstos pocos han sido severamente castigados. ¿Por qué ese odio implacable contra inocentes, en vosotros que, comparados con los demás pueblos, pasáis por ser los hombres más moderados y generosos? Perdidas sus rentas y su libertad, por cuya conservación ha sufrido tantos trabajos y penas, Rodas os suplica, romanos, que le devolváis vuestro afecto. La venganza iguala por lo menos a la falta; acabe, pues, vuestro enojo. Sepa toda la tierra que, desvanecida vuestra cólera, devolvéis a los rodios la antigua amistad. Esto únicamente pide Rodas, no armas ni tropas, porque vuestra protección suple los otros recursos. Así habló el embajador rodio, y pareció su discurso adecuado a la situación presente de su República. Tiberio, recién llegado de Asia, le ayudó mucho a lograr la alianza que solicitaba, declarando que los rodios habían obedecido puntualmente las órdenes del Senado y condenado a muerte a los partidarios de Perseo. Nadie contradijo el testimonio, y se concedió a los rodios la alianza con la República romana.

CAPÍTULO VI

Contestación de los romanos en relación a los griegos que en su patria habían favorecido el partido de Perseo.

Al conocer la contestación del Senado que los embajadores de Acaia llevaron al Peloponeso, la cual expresaba la sorpresa de los senadores porque los aqueos les rogaran examinar los procesos de los denunciados como agentes de Perseo tras juzgarles ellos mismos, fue de nuevo Eureas a Roma para protestar ante el Senado de que los procesados no fueron escuchados en su patria, ni su delito juzgado. Penetró Eureas en el Senado con los demás representantes que le acompañaban, manifestó

las órdenes recibidas, y rogó que se enterase de la acusación, no dejando morir a los acusados sin antes sentenciarles: agregó que convenía examinara por sí el Senado este asunto y diera a conocer los delincuentes; mas de impedirlo sus graves ocupaciones, podía encargarlo a los aqueos, quienes demostrarían, haciendo justicia, su aversión a los malvados. Oído este discurso, titubeó mucho el Senado para responder, por prestarse a censura cualquier contestación que diese. No creía convenirle juzgar a los culpados y levantar el destierro a los proscritos sin juzgarles: era perder sin remisión a los amigos que en Acaia tenía. Tanto por precisión como por quitar a los griegos toda esperanza de recobrar a los proscritos y hacerlos así más obedientes a sus órdenes, escribió a Calícrato en Acaia y a los partidarios de Roma en los demás lugares, manifestándoles que no convenía a sus intereses ni al de los demás países que los desterrados regresaran a su patria. Esta respuesta consternó no sólo a los proscritos sino también a todos los pueblos de Grecia. Fue un duelo general por el convencimiento de que nada debían esperar los aqueos acusados, y que su destierro no tenía remedio. Por entonces volvió Tiberio de Asia, sin poder descubrir ni comunicar al Senado acerca de la conducta de Antíoco y Eumeno más de lo que se sabía antes de ir allá; tan grandes pruebas de amistad le habían dado ambos reyes para atraerle a sus intereses. Al conocer la contestación del Senado en Acaia, tanto como se aterrorizó la multitud, se alegraron Carops, Calícrato y sus partidarios.

CAPÍTULO VII

Attalo y Ateneo justifican a su hermano Eumeno ante el Senado.

Valiéndose a veces de la fuerza, a veces de la astucia, redujo por fin Tiberio a los cammanienses al poder de los romanos. Llegaron a Roma varios embajadores, y el Senado concedió audiencia a Attalo y Ateneo, enviados por Eumeno para defenderle contra Prusias, que no sólo desprestigiaba a él y a Attalo sino que excitó a los galos, los selgianos y otros pueblos de Asia para que le calumniaran. La apología que ambos hermanos hicieron, fue refutación, al parecer terminante, de las quejas contra el rey de Pérgamo, y tan satisfactoria, que se les despidió colmándoles de honores y regalos. No consiguieron, sin embargo, desvanecer por completo las sospechas que Eumeno y Antíoco inspiraban, y el Senado envió a C. Sulpicio y Manio Sergio con orden de examinar el comportamiento de los griegos, arreglar una cuestión entre lacedemonios y megalopolitanos por no sé qué tierra, y sobre todo observar con cuidado si Antíoco y Eumeno tramaban alguna intriga contra Roma.

CAPÍTULO VIII

Falta de prudencia de Sulpicio Galo.

Entre otras imprudencias que he mencionado de este Sulpicio Galo, cometió la siguiente. A su llegada a Asia, hizo fijar edictos en las ciudades más célebres, ordenando que quien deseara acusar al rey Eumeno se trasladara en determinado día junto a Sardes. Fue él allí, mandó colocar un sillón en el Gimnasio, y por espacio de dos días escuchó a los acusadores, apresurándose a acoger todas las acusaciones e injurias contra el rey, y difiriendo el despacho de los negocios. Era un hombre muy vano, que creía alcanzar gran gloria por su disensión con Eumeno.

CAPÍTULO IX

Antíoco.

Ansioso Antíoco de aumentar sus tesoros, proyectó saquear el templo de Diana en Elimaida, y

fue allí efectivamente; pero los bárbaros que habitaban la región se opusieron con tanta fuerza y celo al sacrilegio, que le obligaron a renunciar, retirándose a Tabas, en Persia, donde falleció de un ataque de frenesí. Dicen algunos historiadores que fue castigo divino, porque la divinidad mostró algunas señales exteriores de su indignación contra este príncipe.

CAPÍTULO X

Demetrio, en rehenes en Roma, solicita en vano ser enviado a Siria.- Por qué el Senado prefiere para reinar allí al hijo de Antíoco.- Diputación de Roma en Oriente.

Demetrio, hijo de Seleuco, que fue en rehenes a Roma, se hallaba allí injustamente detenido. Le envió Seleuco para garantizar su fidelidad, mas desde que Antíoco ocupó el trono de Siria no era justo que Demetrio estuviese en lugar de los hijos de este príncipe. Hasta entonces sufrió sin impaciencia esta especie de esclavitud, porque era niño y parecía convenirle tal situación; pero al morir Antíoco, viéndose en la flor de la edad, rogó al Senado que le devolviese el reino de Siria, el cual le pertenecía con mejor derecho que a los hijos de Antíoco. Apoyó este derecho con varias razones, y repitió con frecuencia, para poner de su lado a la asamblea: «Padres conscriptos, Roma es mi patria; he tenido la dicha de criarme a vuestra vista; los hijos de los senadores han llegado a ser mis hermanos, y a los senadores les considero como padres. Vine niño a Roma y hoy cuento veintitrés años.» El discurso del joven príncipe conmovió a la asamblea, pero por mayoría de votos quedó decidido que Demetrio permaneciera en Roma, y mantener en el trono de Siria a Antíoco Eupator. Seguramente temieron que un rey de veintitrés años llegara a ser peligroso a la república, y se creyó más útil para ella conservar el cetro en manos del príncipe niño a quien Antíoco Epifanes lo dejó. Los acontecimientos demostraron que tales eran las miras del Senado, porque inmediatamente designó a Cn. Octavio, Sp. Lucrecio y Luc. Aurelio para que ordenaran los asuntos de Siria, y gobernar el reino a su gusto; esperando no tropezar con obstáculos por ser el rey menor de edad y porque a los magnates del reino satisfizo mucho que no pusieran en el trono a Demetrio, como temían. Al partir los comisarios recibieron orden de quemar todos los barcos de guerra, desjarretar los elefantes, y, en una palabra, debilitar por todos los medios las fuerzas del reino. Se les recomendó asimismo visitar Macedonia, sofocar algunos disturbios que excitó en ella el gobierno democrático, al que no se hallaban habituados los macedonios, y finalmente, vigilar la Galacia y el reino de Ariarates. Poco tiempo después recibieron una carta del Senado ordenándoles que arreglaran, si era posible, las cuestiones entre los dos reyes de Egipto.

CAPÍTULO XI

Marco Junio, embajador en Capadocia.

Despachó Roma a Capadocia varios embajadores, y el primero fue Marco Junio, con orden de examinar las cuestiones entre los galogriegos y el rey, porque uno de aquellos pueblos, los trocmianos, despechados por no poder invadir la Capadocia, donde se había fortificado la ciudad que atacaban, enviaron una diputación a Roma para predisponer los ánimos contra Ariarates. Recibió este príncipe a Junio con tanto agasajo, y se justificó tan bien que salió el embajador del reino estimando al rey digno de la mayor consideración. Octavio y Lucrecio llegaron poco después y hablaron a Ariarates de cuestiones que tenía con los galo-griegos. El rey les explicó en pocas palabras la causa de estas cuestiones, y agregó que de buen grado dejaba la solución a sus luces. Hablaron después detenidamente de la situación de Siria, y al conocer Ariarates que Octavio iba a este reino le demostró lo vacilante e incierto que se hallaba todo allí, y le nombró los amigos que en Siria tenía; ofrecióle además acompañarle con un ejército y estar junto a él, mientras allí permaneciera, para librarle de cualquier insulto. Este amistoso ofrecimiento agradó mucho a

Octavio, quedando muy reconocido; pero manifestó que por entonces no necesitaba ser acompañado, y si en el futuro juzgaba necesaria alguna ayuda, no vacilaría en pedírsela, persuadido de que era digno de que se le contase entre los verdaderos amigos del pueblo romano.

CAPÍTULO XII

El rey de Capadocia renueva la antigua alianza con Roma.

Apenas Ariarates sucedió en el trono a su padre, despachó representantes a Roma para renovar la alianza de la Capadocia con la República y para rogar al Senado que le contara entre sus amigos, alegando que merecía esta gracia por su adhesión al pueblo romano en general y a cada romano en particular. Fácilmente se dejó el Senado persuadir, y la amistad y alianza fueron renovadas, aplaudiéndose mucho las inclinaciones de este rey y quedando muy satisfechos los embajadores de la acogida que se les hizo. El regreso de Tiberio contribuyó mucho a que el Senado fuese favorable a Ariarates porque enviado para observar el comportamiento de los príncipes de Asia, su informe respecto a Ariarates padre y al reino de Capadocia no podía ser más halagüeño. Nadie dudó que fuera ajustado a la verdad, y de aquí las pruebas de amistad a los embajadores y lo mucho que se alabó el afecto del rey a los romanos.

CAPÍTULO XIII

Ofrece Ariarates sacrificios a los dioses por haber logrado la amistad de los romanos.- Ruega a Lisias le envíe de Antioquia los huesos de su madre y hermana.

Al regreso de los embajadores y en virtud de sus informes, juzgando el rey que la amistad de los romanos le aseguraba en el trono, hizo sacrificios en agradecimiento por tan feliz acontecimiento y ofreció un gran festín a los magnates de su corte. Mandó enseguida comisionados a Lisias para rogarle le enviaran de Antioquia los huesos de su madre y hermana, y por mucho que deseara vengarse de la impiedad de este personaje, no juzgó propicia la ocasión para censurarle, por temor de que, irritado, le negara la gracia solicitada. Concedióla, y fueron transportados los huesos, recibiendo Ariarates con gran pompa y mandando colocarlos junto a la tumba de su padre.

CAPÍTULO XIV

Embajada de los rodios a Roma.

Sin temor ya al peligro que les había amenazado, enviaron los rodios a Roma a Cleágoras y Ligdamis para rogar al Senado que les entregase la ciudad de Calindas y permitir a los que poseían tierras en Licia y Caria recobrar los derechos que antes gozaban. Decretaron además que se hiciera en honor del pueblo romano un coloso de treinta codos de altura y que fuera colocado en el templo de Minerva.

CAPÍTULO XV

Los calindianos hacen entrega de su ciudad a los rodios.

Se había separado Calindas de los caunienos y éstos la cercaban. Llamó en su ayuda a los cnidienos que acudieron, deteniendo por algún tiempo a los sitiadores; pero temerosos del futuro, los habitantes de Calindas despacharon una diputación a Rodas con promesa de entregarse ellos y la ciudad si se les quería socorrer. Acudieron los rodios por mar y tierra, haciendo levantar el sitio y

tomando posesión de la ciudad. El Senado romano les permitió gozar tranquilamente de su nueva conquista.

CAPÍTULO XVI

Va Ptolomeo a Roma para solicitar que le restablezcan en el reino de Chipre.- Consideración del historiador acerca de la política de los romanos.

Cuando los Ptolomeos repartieron entre sí el reino, el más joven de ambos, descontento de la parte que le correspondió, quejóse al Senado, solicitando que se anulara el tratado de repartición y que se le entregara la isla de Chipre. Alegaba para ello haberse visto obligado, por la necesidad de los tiempos, a consentir en las proposiciones de su hermano, y que, aun concediéndole Chipre, su parte no igualaría, ni con mucho, a la de éste. Canuleio y Quinto, enviados por Roma para arreglar las cuestiones entre ambos hermanos, combatieron esta pretensión, declarando ser cierto lo que afirmaba Menintilo, representante del mayor de los Ptolomeos, de que el menor debía a la generosidad de aquel no sólo la Cirenaica, cuyo trono le había dado, sino la vida, porque, aborrecido del pueblo, sojuzgó sobradamente dichoso al reinar sobre aquella región; que el tratado se ratificó ante los altares, jurando ambos cumplirlo. Ptolomeo negó estos hechos, y viendo el Senado que, efectivamente, el reparto no había sido igual, aprovechó hábilmente la querella entre los hermanos para disminuir las fuerzas del reino de Egipto dividiéndolas, y concedió al más joven de los Ptolomeos lo que solicitaba; porque tal es la política acostumbrada de los romanos, que aprovechan las faltas de otro para extender y afirmar su dominación, y se portan con quienes las cometen de forma que, aun cuando sólo obren por su interés, les quedan éstos agradecidos. Como el gran poder de Egipto les hacía recelar que en manos de un soberano capaz de aprovecharlo llegara a ser formidable, ordenaron salir dos diputados, Tito Torcuato y Cneo Mérula, para poner a este príncipe en posesión de la isla y procurar una paz estable entre ambos hermanos.

CAPÍTULO XVII

Demetrio Soter huye de Roma y regresa a Siria para reinar allí.

Apenas se conoció en Roma el asesinato de Octavio, llegaron a la ciudad embajadores enviados por Lisias de parte de Antíoco para demostrar que los amigos del príncipe no tenían participación alguna en la muerte del comisario romano.

El Senado despidió a estos embajadores sin contestarles ni manifestar lo que pensaba del crimen. Sorprendido Demetrio por la noticia, hizo llamar inmediatamente a Polibio, e incierto sobre lo que debía hacer en aquella ocasión, le preguntó si convendría acudir de nuevo al Senado para que le permitiera regresar a Siria. «Guardaos bien, le respondió Polibio, de chocar con una piedra donde ya habéis tropezado, y no esperéis nada sino de vos mismo. ¿Qué no se hace por reinar? En estas circunstancias tenéis todas las facilidades posibles para conseguir la corona que os pertenece.» Comprendió el príncipe lo que esto quería decir y no replicó. Poco tiempo después refirió este consejo a uno de sus oficiales llamado Apolonio, joven inexperto que, por el contrario, le aconsejó una nueva tentativa en el Senado. «Convencido estoy, le dijo, que tras haberos despojado tan injustamente del reino de Siria, no cometerá la nueva injusticia de reteneros por más tiempo en rehenes. Es demasiado absurdo que permanezcáis en Italia como garantía del joven Antíoco.» Demetrio se atuvo a este consejo, penetró en el Senado y solicitó que habiéndose dado a Antíoco el trono de Siria, por lo menos no se obligara a él a permanecer en Italia como garantía de este príncipe; mas fue en vano que multiplicara las razones y los argumentos; el Senado insistió en su primer acuerdo, y no cabe por ello censura. Cuando aseguró el reino al joven Antíoco no fue porque Demetrio dejara de probar perfectamente que le correspondía de derecho, sino por convenirle que lo

poseyera Antíoco; y al presentarse por segunda vez Demetrio, subsistían los mismos motivos. Era, pues, razonable que el Senado no cambiara de opinión.

Este paso tan inútil hizo comprender a Demetrio cuan sensato era el consejo de Polibio, y se arrepintió de la falta cometida. Su natural altivez y su valor le obligaron a repararla. Vióse con Diodoro, que acababa de llegar de Siria, y le consultó lo que debía hacer. Este Diodoro, hombre hábil en el manejo de los negocios, había sido su director y venía de observar cuidadosamente el estado del reino. Manifestóle que desde el asesinato de Octavio todo andaba revuelto; que el pueblo desconfiaba de Lisias y Lisias del pueblo; que el Senado romano imputaba a los favoritos del rey la muerte de su comisario; que la ocasión no podía ser más favorable, y que le bastaba presentarse en Siria aunque le acompañara un solo paje, para que todos los pueblos le pusieran el cetro en las manos; que tras el atentado de que se culpaba a Lisias, era improbable que el Senado se atreviera a protegerle, y que todo dependía del secreto, saliendo de forma que nadie conociera su propósito. Agradó el consejo a Demetrio, llamó a Polibio, le comunicó el proyecto y rogóle que le ayudara a buscar los medios de evadirse. Tenía entonces Polibio en Roma un íntimo amigo llamado Menilo, natural de Alabandas, nombrado por el mayor de los Ptolomeos su agente cerca del Senado contra el más joven. Habló de él al príncipe como la persona más indicada de cuantas conocía para sacarle del aprieto. Efectivamente, Menilo se encargó de preparar todo para la fuga. Anclado estaba en Ostia un buque cartaginés que iba a salir pronto para Tiro con las primicias de los frutos de Cartago. Para este comercio escogíanse siempre los mejores barcos. El embajador de Ptolomeo solicitó en él pasaje como si quisiera regresar a Egipto, y públicamente, en presencia de todo el mundo, concertó el precio, haciendo transportar cuantas provisiones quiso, y sin inspirar sospechas trató con los marineros. Dispuesto todo para el embarque, sólo faltaba que se previniera Demetrio. Hizo partir este príncipe a su gobernador Diodoro para que le precediera en Siria y observara los sentimientos de los pueblos respecto a él. Descubrió en seguida su propósito a Meleagro y Menesteo, hermanos de Apolonio, educado con él en Roma y a quien ya había manifestado lo que proyectaba. Estos tres sirios eran hijos de un Apolonio que gozó mucho crédito en tiempo de Seleuco, y que al pasar el trono a manos de Antíoco se retiró a Mileto. A pesar de que Demetrio tenía gran número de servidores, fueron los únicos a quienes descubrió su secreto.

Aproximábase el día de la fuga, y el príncipe, que acostumbraba a convidar a sus amigos todas las noches, les invitó a una gran comida en casa prestada por no poder recibirles en la suya. Los que estaban en el secreto convinieron en salir para Ostia inmediatamente después de la comida, cada cual con un solo criado, porque los demás los habían enviado a Anagnia con orden de que allí les esperasen al día siguiente. Enfermo entonces Polibio y obligado a guardar cama, se enteró por Menilo, y temeroso de que el joven príncipe, naturalmente aficionado a los placeres de la mesa, cometiera alguna imprudencia, escribió una carta, la cerró, ordenó al portador que preguntara por el cocinero de Demetrio y se la entregara sin decirle quién era ni de parte de quién iba, rogándole que la leyera inmediatamente el príncipe. Abrió éste el billete y leyó: «Mientras esperamos viene la muerte y nos sorprende. Vale más atreverse a algo. Atreveos, pues, intentad, obrad sin preocuparos del éxito. Arriesgadlo todo antes de faltaros a vos mismo. Sed sobrio, de nadie os fiéis; estos son los nervios de la prudencia.» Leída la carta, comprendió Demetrio de quién era y con qué intención estaba escrita. Inmediatamente simuló un ataque al corazón y regresó a su casa, donde le siguieron sus amigos. Ordenó a los de su servidumbre que no debían acompañarle en el viaje salir con redes y jauría para Anagnia, y que fueran a unírsele en Circea, donde acostumbraba a cazar y había tenido ocasión de conocer y tratar a Polibio. Comunicó después el proyecto a Nicanor y a los de su comitiva, aconsejándoles tomar parte en la empresa, a lo que accedieron complacidos, y cumpliendo sus órdenes regresaron a sus casas mandando a sus criados tomar al amanecer el camino de Anagnia y acudir al punto de cita para la caza en Greca, donde al día siguiente, llegarían ellos con Demetrio. Así prevenidas las cosas, partieron aquella misma noche para Ostia. Mientras tanto, Menilo, que salió anticipadamente, manifestó al capitán del barco cartaginés que había recibido del rey su señor nuevas órdenes impidiéndole el viaje y obligándole a enviar a Ptolomeo varios jóvenes de probada

fidelidad para informarle de lo que su hermano hacía en Roma, los cuales llegarían a medianoche para embarcarse. Nada importó el cambio al capitán, por serle indiferentes los viajeros, con tal de percibir la misma suma. Efectivamente, el príncipe y sus acompañantes, en total dieciséis personas contando pajes y criados, llegaron a Ostia a las tres de la mañana. Menilo habló algún tiempo con ellos, mostró las provisiones acumuladas, les recomendó eficazmente al capitán y se embancaron. Al amanecer levó anclas el piloto, y todo se hizo como de costumbre en el buque, sin sospechar nadie que iban a bordo otras personas que algunos oficiales enviados por Menilo a Ptolomeo. Nadie tampoco se cuidó al día siguiente en Roma de saber dónde se hallaba Demetrio ni los que con él iban, creyéndoles en Circea, donde llegaron los que habían sido enviados y esperaban encontrarles allí. Súpose la fuga del príncipe por un paje que, azotado en Anagnia, corrió a Circea para quejarse a su señor, y no encontrándole allí ni en el camino de Circea a Roma, lo dijo en esta ciudad a los amigos de Demetrio y a los que quedaron en su casa. Hasta cuatro días después no se comenzó a sospechar la evasión, y al quinto se reunieron los senadores para deliberar sobre el asunto; pero el barco en que iba el príncipe llevaba seis días de camino y había pasado el estrecho de Sicilia. Lejos ya bogaba demasiado felizmente para que hubiera posibilidad de alcanzarle, y aunque se le quisiera perseguir, no había derecho a prender a Demetrio. Por ello se tomó el partido, algunos días después, de nombrar a Tiberio Graco, Lucio Léntulo y Servilio Glaucas con encargo de examinar de cerca el estado de Grecia, y desde allí dirigirse a Siria para observar a Demetrio, estudiar las disposiciones de los otros príncipes y arreglar sus diferencias con los galo-griegos. A Tiberio se le ordenó cuidar personalmente de todos estos asuntos.

CAPÍTULO XVIII

Catón se queja de las malas costumbres extranjeras que se introducen en Roma.

Quejábase indignado Catón, de que algunas personas importaran del extranjero a Roma un género de corrupción por el cual un bello adolescente vendíase más caro que un campo fértil.

CAPÍTULO XIX

El menor de los Ptolomeos pretende someter la isla de Chipre y la Cirenaica.

Al llegar este príncipe a Grecia con los diputarlos romanos, reclutó gran número de soldados mercenarios, y con ellos un macedonio llamado Damasippo, que por hacer degollar a todos los miembros del Consejo público de Facón, vióse obligado a salir de Macedonia con su mujer y sus hijos. Desde allí se dirigió Ptolomeo a la Perea, cantón en la costa de Rodas frente a esta isla, y desde la Perea, donde fue bien recibido, se propuso trasladarse a Chipre; pero Torcuato y sus colegas, observando que reunía muchas tropas mercenarias, le recordaron la orden del Senado de que se le condujera sin guerra a su reino, y le persuadieron de que licenciara las tropas tan pronto como llegase a Sida, renunciando al proyecto de entrar en Chipre. Agregaron los comisarios romanos que ellos irían a Alejandría para procurar el consentimiento de Ptolomeo el mayor en lo que de él se deseaba y se reunirían con el menor en la frontera de Cirenaica, llevando con ellos al rey de Egipto. Confiando en estas promesas, renunció Ptolomeo el proyecto de conquistar la isla de Chipre, licenció los mercenarios y se dirigió a Creta con Damasippo y Cn. Mérula, uno de los comisarios. De Creta con algunos millares de hombres que reclutó pasó a Libina, y desde allí al puerto de Apis.

Torcuato y Tito realizaron en Alejandría grandes esfuerzos para que el mayor de los Ptolomeos concertase la paz con su hermano y le cediera la isla de Chipre; pero mientras este príncipe, prometiendo unas cosas y no deseando escuchar otras, procuraba ganar tiempo, el más joven, acampado en Libina con sus chipriotas, se impacientaba por no recibir noticias, y envió a Mérula a

Alejandro, creyendo que los tres comisarios influirían más que dos en el ánimo de su hermano; pero en vano esperó su regreso, pasando cuarenta días alarmado por no saber nada nuevo. Efectivamente, a fuerza de halagos, el mayor de los Ptolomeos había conquistado a los comisarios en favor de sus intereses y los retenía a su lado a pesar de la repugnancia que éstos mostraban. Entretanto supo Ptolomeo el menor que los cirenaicos se sublevaban contra él y que otras ciudades tomaban parte en la conspiración, como también el egipcio Ptolomeo que dejó de gobernador del reino durante su viaje a Roma. Temeroso de perder la Cirenaica por subyugar la isla de Chipre, dirigióse a aquella ciudad. Al llegar al lugar llamado la Gran Bajada, encontró a los libinianos unidos a los cirenaicos, ocupando los desfiladeros. Esto le alarmó, y dividiendo su pequeño ejército en dos cuerpos, embarcó uno de ellos para atacar a los enemigos por la espalda. Al frente del otro procuró ganar las alturas de la montaña. Asustados los libinianos por el doble ataque, abandonaron sus posiciones, y Ptolomeo ocupó las alturas y un castillo fortificado con cuatro torres que en ellas había, con agua abundante. Desde allí cruzó el desierto, llegando a los siete días de marcha a Cirene seguido de los mcurinianos que se unieron a sus tropas. Los cirenaicos esperaban a pie firme, acampados y formando un ejército de ocho mil infantes y quinientos caballos. Sabedores de lo sucedido en Alejandro, no desconocían las intenciones de Ptolomeo y sospechaban que quisiera gobernarles no como rey, sino como tirano; por lo cual, en vez de someterse de buen grado a su dominación, decidieron sacrificarlo todo a la defensa de su libertad. Atreviéronse, efectivamente, a resistirle, se dio la batalla y Ptolomeo fue derrotado.

CAPÍTULO XX

Asuntos de Alejandro y Cirenaica.

Regresó Mérula de Alejandro y comunicó a Ptolomeo que su hermano había rechazado todas las proposiciones, ateniéndose a los artículos del tratado recíprocamente aceptados. En vista de ello envió el rey a Roma a Comán y su hermano Ptolomeo con Mérula, ordenándoles que se quejara al Senado de la injusticia del rey de Egipto y de su falta de respeto al pueblo romano. Estos diputados se reunieron en el camino con Tito, que nada había podido lograr. Tal era la situación de los negocios en Alejandro y en la Cirenaica.

CAPÍTULO XXI

Antíoco declara la guerra a Ptolomeo.- Algunas reflexiones morales.

Desdeñando los tratados hechos y las palabras dadas, Antíoco declaró la guerra a Ptolomeo, con lo que demostró la verdad de esta frase de Simónides: «Es difícil ser hombre de bien.» Tener inclinación al bien y prescindir hasta cierto punto de ella, es cosa fácil; pero aplicar todas las fuerzas de la voluntad para perseverar en la honradez sin apartarse de la justicia y del honor, es más difícil.

En una conspiración no juzgamos hombre de bien al que por temor o cobardía denuncia a sus cómplices, sino a quien denunciado sufre el castigo. ¡Cómo amará a los historiadores el que, dominado por secreto miedo, dice al señor las faltas de otros revelando hechos que el tiempo había envuelto en el misterio.

Las desgracias que superan nuestro temor nos hacen olvidar los males menores.

Demuéstrase la incertidumbre y la inconstancia de la fortuna cuando un hombre cree construir para sí y construye para sus enemigos, como ocurrió a Perseo, que erigió columnas y, sin tiempo para acabarlas, las terminó Lucio Emilio, colocando en ellas sus estatuas.

Es propio del mismo genio ordenar sabiamente un combate y un festín, ser vencedor en el banquete y mostrarse hábil táctico ante el enemigo.

Más fácil era, según el proverbio coger al lobo por las orejas que a Delos y Lemnos. Las cuestiones con Delos atormentaron mucho a los atenientes, y Haliarta les produjo más disgustos que ventajas

Los habitantes de Pera son como esclavos que de repente adquieren libertad, y confiados por lo presente, creen demostrar que son libres realizando algo extraordinario y opuesto a lo que los demás hacen...

Cuanto más perseguían los romanos a Eumeno, más le halagaban los griegos, por el sentimiento natural en los hombres que les induce a favorecer al oprimido.

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

El Senado se decide a favor del más joven de los Ptolomeos y contra el mayor.

Junto con los embajadores del más joven de los Ptolomeos llegaron a Roma los del mayor, cuyo jefe era Menilo de Alabanda. Largos discursos pronunciaron en el Senado, dirigiéndose las más odiosas acusaciones. Después de escucharles, se atuvo el Senado al testimonio de Tito y de Mérula, que favorecían con empeño al rey de Cirenaica, y dio un decreto declarando que Menilo y sus adjuntos salieran de Roma en el término de cinco días, que el pueblo romano renunciaba a toda alianza con el rey de Egipto, y que se despachase una diputación a su hermano para manifestarle lo acordado en su favor. Publio Apustio y C. Lentulo fueron los designados para esta embajada, e inmediatamente partieron para la Cirenaica. Al conocer Ptolomeo que el Senado estaba de su parte, orgulloso por tan eficaz protección, comenzó a reclutar tropas para someter la isla de Chipre, cuya conquista le preocupaba por completo.

CAPÍTULO II

Disputas de Massinisa con los cartagineses.- Los romanos deciden siempre en favor de aquel príncipe, aunque no tuviera razón.

Respecto a África, algún tiempo antes de la época a que nos referimos, tentó mucho a Massinisa el deseo de apoderarse del territorio contiguo a la pequeña Sirte, y que se llama Emporia. La región era hermosa y muy poblada, produciendo considerable renta. Resolvió, pues, invadir esta rica posesión de los cartagineses. Dueño de la llanura, pudo fácilmente conquistar la campiña. Nunca fueron los cartagineses muy hábiles en guerra por tierra, y la prolongada paz que gozaron hasta entonces debilitó su valor. No fue tan fácil a Massinisa ocupar las poblaciones, porque los de Cartago las defendieron bien y no pudo penetrar en ellas. Durante las hostilidades despacharon los cartagineses representantes a Roma para quejarse del rey de Numidia, y éste asimismo comisionó a quien le justificara contra los cartagineses. Pero aunque éstos tuvieran perfecto derecho, los jueces eran parciales en favor de Massinisa, porque interesaba al Senado decidir en su favor. El pretexto de la guerra fue que el rey de Numidia, solicitó a los cartagineses paso por el territorio contiguo a la pequeña Sirte, para perseguir a un rebelde llamado Asterates, y los cartagineses se lo negaron, alegando que ningún derecho tenía en aquella comarca; negativa que les costó cara, porque no sólo perdieron la campiña y los pueblos, sino quinientos talentos que se les obligó a pagar por las rentas percibidas desde el principio de la disputa.

CAPÍTULO III

Prusias, Eumeno y Ariarates despechan representantes a Roma. El primero de estos reyes despachó embajadores a Roma con los de los galo-griegos para quejarse de Eumeno. Éste ordenó realizar el mismo viaje a su hermano Attalo para que le defendiera de las acusaciones de Prusias.

Ariarates envió también una embajada con encargo de ofrecer una corona de diez mil piezas de oro, manifestar al Senado de qué forma había recibido a Tiberio y de rogarle que declarase lo que él deseaba, por estar decidido a cumplir sus órdenes.

CAPÍTULO IV

Recibimiento que dispensa Demetrio a los embajadores romanos.- Despacha una embajada a Roma y envía asimismo a los asesinos de Octavio.

Desde que Menoparto llegó a Antioquia y refirió a Demetrio la conversación que mantuvo con Tiberio y los demás comisarios en la Capadocia, juzgó este príncipe que lo más importante era lograr en lo posible su amistad. Meditando exclusivamente en ello, les despachó embajadores, primero a Panfilia, y en seguida a Rodas, donde les hicieron de parte del príncipe tantas promesas que al fin consiguió le declararan rey. Mucho contribuyó Tiberio a que ocupara el trono de Siria, porque le quería bien, y desplegó en esta ocasión todo el celo que podía esperarse de un amigo. Al recibir el príncipe tan señalado beneficio, envió inmediatamente embajadores a Roma, que además de una corona entregaron al Senado al que mató a Octavio y al gramático Isócrates.

CAPÍTULO V

A los embajadores de Ariarates y Attalo se les recibe bien en Roma.

Al presentarse ante el Senado los embajadores de Ariarates, le ofrecieron una corona cuyo valor era de diez mil piezas de oro, e hicieron valer, como debían, la extraordinaria adhesión a la República del rey su señor, tomando por testigo a Tiberio, quien confirmó cuanto manifestaron. En virtud de este testimonio, recibió el Senado la corona de oro con gran reconocimiento, y regaló al rey lo que más estiman los romanos: el bastón y la silla de marfil, despidiendo a los embajadores antes del invierno. Tras ellos llegó Attalo, cuando ya los nuevos cónsules habían tomado posesión de su dignidad. Los galo-griegos que envió Prusias y muchos otros diputados de Asia manifestaron las quejas que de Attalo traían, y después de escuchados, no sólo justificó el Senado a este príncipe de las acusaciones, sino que además le colmó de honores y dignidades, por inspirarle tanto cariño como adhesión Eumeno y tener empeño en hacerlo público.

CAPÍTULO VI

Arriban a Roma los embajadores de Demetrio.- Extraordinario atrevimiento de Leptino, el asesino de Octavio.- Terror de Isócrates.

Llegaron a Roma Menocaros y los demás embajadores de Demetrio, portando una corona de diez mil piezas de oro, y seguidos del asesino de Octavio. Deliberó largo tiempo el Senado acerca de las medidas que convendría tomar en esta ocasión, siendo al fin recibidos los embajadores y aceptada de buen grado la corona; pero se prohibió la entrada en el Senado a Leptino, el asesino de Cayo Octavio, y a Isócrates. Era éste uno de esos gramáticos que públicamente declaman sus obras, charlatán, vano hasta la fatuidad y odioso a los mismos griegos, pues siempre que se encontró en concurso con Alceo dirigíale el poeta alguna ingeniosa frase que le pusiera en ridículo. Fue a Siria y comenzó por malquitarse con los sirios por el desprecio con que les trataba. Creyéndose después poco holgado dentro de los límites de su profesión, dedicóse a hablar de política y a referir por todas partes que Octavio fue justamente muerto, que igual suerte merecían los demás comisarios de Roma, y que no debió quedar ni uno para llevar la noticia a los romanos, porque tal acontecimiento hubiera abatido el orgullo de éstos, obligándoles a moderar la insolente autoridad que usurpaban. Esta charla produjo su desgracia. Adviértese en ambos criminales algo que merece ser transmitido a la posteridad. A pesar del asesinato cometido continuó Leptino paseándose, alta la frente, en Laodicea, manifestando en público que había hecho bien al clavar su puñal en Octavio y asegurando sin temor que lo hizo por inspiración de los dioses. Más aun; cuando Demetrio tomó posesión del reino fue a verle, y le dijo que no se alarmara por el asesinato, ni tomase ninguna resolución rigurosa contra los laodiceos, pues él mismo iría a Roma y probaría al Senado que dio muerte a

Octavio por orden de los dioses; y tan decidido se mostró a ir, que le condujeron sin guarda ni ligaduras. Por el contrario Isócrates, cuando le denunciaron se turbó su espíritu, y al verse con una cadena al cuello apenas comía ni cuidaba de su cuerpo. Cuando penetró en Roma horrorizaba, porque el hombre, tanto en lo relativo al cuerpo como al alma, es el más horrible de todos los animales si se entrega a la desesperación. Miedo daba ver su cara, y la suciedad de su cuerpo; sus uñas y cabellos sin limpiar ni cortar hacía un año, le daban el aspecto de una fiera, confirmando esta idea sus miradas e inspirando más aversión que cualquier otro animal. Leptino desempeñó mucho mejor su papel, insistiendo en sus primeras declaraciones, dispuesto siempre a defender su causa ante el Senado, enorgulleciéndose de lo realizado delante de todos, y afirmando que jamás le castigaban los romanos. Y predijo la verdad, porque el Senado creyó en mi concepto que la opinión pública consideraba castigado el crimen al tener al criminal en sus manos y poder castigarle cuando lo creyese oportuno. Por esto probablemente no quiso recibir a los dos sirios y conocer por entonces de este asunto, limitándose a responder a los embajadores de Demetrio, que el rey su señor sería amigo de los romanos mientras les estuviera tan sometido como cuando vivía en Roma.

CAPÍTULO VII

Embajada de los aqueos a Roma, relativa a Polibio y Stracio.

Fueron también a Roma embajadores de los aqueos para solicitar el regreso de sus compatriotas que habían sido acusados, y sobre todo de Polibio y Stracio, pues la mayoría de ellos y casi todos los principales habían muerto en el destierro. Eran los embajadores Jenón y Telecles, y tenían encargado de hacer esta solicitud como gracia, por temor de que la defensa de los desterrados pareciese oposición a la voluntad del Senado. Se les dio audiencia, y su discurso fue muy mesurado; pero inflexibles los padres conscriptos, declararon continuara lo prescrito.

CAPÍTULO VIII

La familia de los Escipiones.

La virtud de Paulo Emilio, vencedor de Perseo, conocióse cuan grande era después de su muerte. Tan desinteresado como se le creía en vida apareció al morir, y especialmente en ello se reconoce la virtud. Este romano, que llevó de España a las cajas de la República más dinero que ningún otro de su época, que se apoderó y pudo disponer a su antojo de inmensos tesoros en Macedonia; este romano, repito, cuidó tan poco de enriquecerse, que al morir no se encontraron en su casa recursos para devolver a su viuda la dote que trajo al matrimonio, siendo preciso vender fincas a fin de completarla. Se alaba y admira en algunos de nuestros griegos el desdén por la riqueza; mas el de Paulo Emilio supera a todos, porque si el no recibir dinero o dejárselo al que lo ofrece, como Aristides y Epaminondas hacían, es cosa digna de admiración, más admirable es disponer de todo un reino y no desear nada de lo que en él se encuentra. Y si lo que relato parece increíble, ruego al lector advierta que cuanto diga de los romanos, aficionados éstos a los célebres acaecimientos de su historia, lo leerán; que conocen muy bien los hechos narrados, y que no me perdonarían faltar a la verdad. Ahora bien, nadie se expone de buen grado al peligro de que no le crean y le desprecien.

Y puesto que la ocasión se presenta de hablar de esta ilustre familia, cumpliré la promesa hecha en el libro I de explicar cuándo, cómo y por qué adquirió Escipión en Roma una reputación superior a su edad, y de qué suerte se estrechó nuestra amistad hasta el punto de ser conocida no sólo en Italia y Grecia, sino en las naciones más apartadas. Ya he manifestado que nuestras relaciones comenzaron conversando acerca de los libros que me prestaba. Tenían ya alguna intimidad cuando se ordenó que los griegos residentes en Roma fueran distribuidos en las ciudades de Italia, y los dos

hijos de Paulo Emilio, Fabio y Publio Escipión pidieron con empeño al pretor que me dejara junto a ellos. Una singular aventura sirvió para estrechar los lazos de nuestra amistad. Cierta día en que Fabio iba al Foro y Escipión y yo nos paseábamos por otro sitio, de forma suave y cariñosa, y ruborizándose un poco, quejésemme éste de que, cuando comía con ellos, siempre hablaba a Fabio y no a él. «Bien sé, agregó, que esta indiferencia proviene de la idea que tenéis y tienen mis conciudadanos de que soy un desaplicado, sin afición a lo que florece en Roma, porque ven que no me dedico a los ejercicios del Foro ni a la oratoria; pero ¿qué he de hacer? Dícenme constantemente que no es un orador, sino un general de ejército lo que se espera de la casa de los Escipiones. Confieso que vuestra indiferencia me aflige.» Sorprendiéronme estas frases, que no esperaba de un joven de dieciocho años. «En nombre de los dioses, le contesté, no digáis ni penséis, Escipión, que por desestimaros dirijo comúnmente la palabra a vuestro hermano, pues lo hago únicamente por ser el mayor y porque sé que pensáis lo mismo. Celebro mucho reconozcáis que sienta mal la indolencia a un Escipión, pues demuestra que vuestros sentimientos no son vulgares. Por mi parte, me ofrezco de todo corazón a vuestro servicio, y si me juzgáis a propósito para guiaros en una vida digna de vuestro gran nombre, disponed de mí. Para las ciencias, que tanto os agradan, encontraréis sobrados maestros en el gran número de sabios que diariamente vienen de Grecia a Roma; pero el arte militar, que sentís no conocer, me atrevo a decir que nadie os lo enseñará mejor que yo.» Al oír esto, cogíome Escipión ambas manos y las apretó: «¡Oh, dijo, cuándo veré ese dichoso día en que, libre de todo compromiso y viviendo conmigo, queráis aplicaros a ilustrar mi entendimiento y guiaré mi corazón! ¡Entonces me creeré digno de mis antepasados!» Encantado y enternecido al ver tan nobles sentimientos en un joven, sólo temí que el elevado rango de su familia y las grandes riquezas que poseía extraviaran tan bellos instintos. Desde entonces no se apartaba de mí; su mayor placer era estar conmigo, y los diferentes acontecimientos en que juntos nos encontramos estrecharon nuestra amistad, respetándome él como a su padre y queriéndole yo como a hijo.

Lo que con mayor empeño deseaba al principio Escipión fue sobrepasar a los romanos de su edad en la reputación de hombre prudente y de morigeradas costumbres; y esta ambición era tan noble como difícil de llevar a cabo por entonces en Roma, a causa de la general relajación. El amor a ambos sexos producía vergonzosos excesos en la juventud, dedicada a festines y espectáculos, al lujo y a todos los desórdenes que ávidamente aprendió de los griegos en el transcurso de la guerra contra Perseo. El libertinaje se extremó tanto, que muchos jóvenes daban hasta un talento por un adolescente. No debe, pues, sorprender que la corrupción llegara entonces a su apogeo, porque subyugada Macedonia, se creyó poder vivir en perfecta libertad y gozar tranquilamente del imperio del universo. Agréguese a este reposo la extraordinaria abundancia en que los particulares y la República se encontraron al llegar a Roma el botín de Macedonia, y no admirará la desmoralización de las costumbres.

Escipión supo preservarse de este contagio. Siempre en guardia contra sus pasiones, no desmintió una vez la serenidad de su carácter, y al cabo de cinco años mirábanle todos como modelo de formalidad y prudencia, y a estas cualidades unió las de ser generoso, doblemente desinteresado, y emplear bien sus riquezas: virtudes debidas a la educación que le dio su padre Paulo Emilio y a sus naturales instintos, ayudándole también la fortuna por las ocasiones que le proporcionó para practicarlas.

Fue la primera la muerte de Emilia, su madre adoptiva, hermana de su padre Paulo Emilio y esposa de su abuelo adoptivo, es decir, de Escipión el Grande. Esta dama, que compartió la fortuna con marido tan opulento, dejó al morir a Publio los trenes con que acostumbraba a presentarse en público, las ricas alhajas propias de su rango, gran cantidad de vasos de oro y plata destinados a los sacrificios, carrozas, caballos, considerable número de esclavos de ambos sexos, proporcionado todo a su opulenta familia. Escipión entregó esta cuantiosa herencia a su madre Papiria, que, repudiada hacía tiempo por Paulo Emilio, no tenía con qué sostener el esplendor de su nacimiento y no se presentaba en asambleas y ceremonias públicas. Cuando en un solemne sacrificio que se verificó por entonces la vieron reaparecer con el mismo lujo que Emilia, la liberalidad de Escipión

le honró mucho en el concepto de las damas romanas, que, alzando las manos al cielo, le desearon toda suerte de felicidades. Tal generosidad merece admiración en todas partes, pero más en Roma, donde nadie entrega de buen grado lo que es suyo. Por ello, Escipión comenzó a adquirir reputación de hombre generoso y liberal, y júzguese si esta reputación sería grande, cuando las mujeres, que naturalmente no saben callarse ni contenerse en lo que les agrada, convirtiéronse en sus panegiristas.

No menos le admiraron en otra ocasión. La herencia que recibió por muerte de su abuelo le obligaba a pagar a las dos hijas de su abuelo adoptivo, Escipión, la mitad de su dote fijada por éste, y que ascendía a cincuenta talentos. Emilia había pagado en vida la otra mitad a los maridos de ambas hijas. Con arreglo a las leyes romanas, podía Escipión satisfacer esta deuda en tres anualidades, entregando los muebles durante los diez primeros meses; pero en dicho tiempo puso a disposición del banquero toda la suma. Pasados los diez meses, Tiberio Graco y Escipión Nasica, maridos de las dos hijas, se dirigen a casa del banquero y le preguntan si ha recibido orden de Escipión para entregarles dinero. Contestó que sí, y contó para cada uno veinticinco talentos. Dijéronle que se engañaba, porque esta suma no se debía pagar de una vez, sino en tres plazos. El banquero respondió que cumplía las órdenes recibidas. No pudiendo creerle, fueron en busca de Escipión para disuadirle del error en que le suponían, suposición atinada por cierto, pues en Roma nadie anticipa tres años, ni siquiera un día, el pago de cincuenta talentos: tal es la afición a conservar el dinero y la avidez por lo que produce. Preguntaron, pues, a Escipión qué orden había dado al banquero. «La de entregaros la suma que os debo», contestó. «No es preciso, replicaron, que la des de una vez. Las leyes te autorizan a conservar largo tiempo su dinero, empleándole en lo que te convenga.» «Sé, respondió Escipión, lo que las leyes disponen, y si cabe acogerse a ellas respecto a los extraños, con parientes y amigos debe uno portarse más noblemente. Permitidme que os pague toda la suma.» Salieron, pues, muy admirados de la generosidad de Escipión y reprobándose la baja de sus sentimientos en cuestión de intereses, siendo como eran de los primeros y más estimados en la ciudad.

Dos años después tuvo otro acto generoso, que merece relatarse. Muerto Paulo Emilio, pasó su herencia a Fabio y a Publio, porque aun cuando aquel ilustre romano tuvo más hijos, unos habían sido adoptados por otras familias y otros murieron antes. No siendo Fabio tan rico como Publio, cedióle éste la parte de herencia de su padre, que importaba más de sesenta talentos, para enmendar de este modo la desigualdad de bienes entre ambos hermanos.

A esta liberalidad, que hizo en Roma mucho ruido, unió otra aún más ruidosa. Tenía Fabio el proyecto de dar un espectáculo de gladiadores para honrar la memoria de su padre, y no pudiendo atender a este gasto, que importa lo menos treinta talentos cuando se quiere que sea magnífico, le dio Escipión quince para pagar la mitad. Cuando Papiria falleció, se supo en Roma lo siguiente. Libre era entonces Escipión de recobrar la herencia de Emilia; pero en vez de hacerlo, regaló a sus hermanos no sólo lo que su madre recibió de él, sino todos los bienes que dejó, a pesar de que las leyes no les concedían derecho alguno. Cuando en las fiestas públicas vieron a sus hermanos con el tren y las joyas de Emilia, renováronse los aplausos, elevando hasta las nubes esta nueva prueba que daba Escipión de grandeza de alma y de tierna amistad a su familia. Tales fueron las liberalidades que valieron a Escipión en su juventud reputación de generoso y desinteresado, y aunque le costaran lo menos sesenta talentos de su propio peculio, puede decirse que tenían mayor mérito por la edad en que las hacía, por las costumbres en aquella época, y por la forma agradable y cariñosa con que las llevó a cabo.

Por muchos sacrificios que le costara la fama de moderación y templanza, más provecho le reportó, porque al renunciar al libertinaje adquirió una salud fuerte para toda la vida, y los placeres honestos y sólidos le compensaron ampliamente de los que se abstuvo. Faltábale distinguirse por su fuerza y valor, cualidades que se estiman sobre las demás en casi todos los pueblos, y especialmente en Roma. Precisaba para ello ejercitarse mucho, y la fortuna le deparó ocasión propicia. Eran los reyes de Macedonia por demás apasionados a la caza, y poseían grandes parques llenos de reses.

Durante la guerra, preocupado Perseo con cosas de mayor interés, no se cuidó de cazar, y en estos cuatro años multiplicóse extraordinariamente la caza. Acabada la guerra, y persuadido Paulo Emilio de que aquella era la más útil y noble diversión para sus hijos, dio a Escipión los empleados que tenía el rey para dicho ejercicio, y libertad para cazar cuanto quisiera. Considerándose casi como un rey, no se ocupó el joven de otra cosa todo el tiempo que las legiones permanecieron en Macedonia después de la batalla, y aprovechó tanto más la libertad concedida, cuanto que encontrándose con el vigor de la juventud, era naturalmente aficionado a este ejercicio, y como noble lebel, infatigable al ejecutarlo. De regreso en Roma, encontró en mí la misma pasión por la caza, y esto hizo acrecentar la suya, de forma que mientras otros jóvenes romanos empleaban el tiempo en defender pleitos, halagar a los jueces o visitar el Foro, procurando adquirir fama con tales ocupaciones, Escipión, dedicado a cazar, adquiría mayor reputación que ellos con cualquier arriesgada empresa de esta índole; que la del Foro siempre perjudica a algún ciudadano, el que pierde el pleito, y la ambicionada por Escipión no daña a nadie, aspirando a ser de los primeros no por los discursos, sino por los actos. Verdad es que en poco tiempo superó en reputación a todos los romanos de su edad, no habiendo sido nadie más estimado, aunque para serlo tomó distinto camino del que ordinariamente seguían en Roma.

Me he detenido en relatar los primeros años de Escipión porque creo este detalle agradable a los ancianos y útil a los jóvenes, y porque debiendo referir de él cosas que parecerán increíbles, bueno es que predisponga a mis lectores para creerlas. Quizá sin esta precaución, ignorando las razones de algunos de sus hechos, atribuiríamos a la fortuna o a la casualidad, y, no obstante, son muy pocos los que se encuentran en este caso. Pero terminemos la digresión y reanudemos el hilo de la historia.

CAPÍTULO IX

Diputación de los atenienses y de los aqueos a Roma, en relación a los habitantes de Delos transportados a Acaia.

Los atenienses y los aqueos enviaron a Roma a Tearidas y Stéfano para el asunto de los pueblos de la isla de Delos, que consistía en lo siguiente. Cuando Delos fue entregado a los atenienses, ordenaron los romanos a los habitantes salir de su isla y transportar todos sus bienes a Acaia. Obedecieron, y se les contó entre los que formaban parte del Consejo público y quedaban obligados a sus leyes; pero al tener alguna disputa con los atenienses, pretendían no ser juzgados sino por las leyes de la confederación establecida entre atenienses y aqueos. Los atenienses defendían por su parte no corresponder a los delianos tal privilegio, y éstos rogaron a los aqueos que les librasen de la servidumbre a que les obligaban los atenienses. Despacháronse representantes a Roma para resolver esta cuestión, y contestó el Senado que se debía observar lo que legítimamente habían establecido los aqueos respecto a los delianos.

CAPÍTULO X

Los essienos y los daorsienos, despachan una embajada a Roma contra los dálmatas.

Varias veces habían ido a Roma, como embajadores de los essienos, Epetión y Tragurión, para quejarse de las incursiones de los dálmatas por campos y pueblos de su distrito. Por igual causa se quejaban los daorsienos de los dálmatas, y el Senado envió a C. Fannio a Iliria para observar lo que allí ocurría, y, sobre todo, cómo se gobernaban los dálmatas. Mientras vivió Pleurates, este pueblo se mantuvo muy sumiso, pero apenas ascendió al trono su sucesor Gencio, se sublevó, hizo la guerra a sus vecinos y trató de conquistarles. Algunos hasta les pagaron tributo, que consistía en animales y trigo. Tal fue el objeto de la embajada de Fannio.

CAPÍTULO XI

Fannio es mal acogido por los dálmatas.- Causa y pretexto de la guerra de los romanos a este pueblo.

A su regreso de Iliria, declaró C. Fannio que los dálmatas no se hallaban dispuestos en modo alguno a reparar los perjuicios de que se les acusaba, y lejos de dar satisfacción a los que se quejaban de sus procedimientos, ni siquiera quisieron escucharle, ni decirle otra cosa sino que nada tenían que tratar con los romanos; que llevaron su audacia hasta el extremo de negarle el alojamiento y víveres precisos, arrebatándole los caballos que en otra ciudad le dieron, y que hasta hubiera corrido riesgo de perder la vida en manos de aquellos bárbaros, de no salir del país, como lo hizo obligado por las circunstancias, sin llamar la atención. Indignó al Senado el orgullo y la ferocidad de los dálmatas, y consideró el momento propicio para declararles la guerra por varias razones. Desde que los romanos arrojaron de Iliria a Demetrio de Faros, se descuidó por completo la parte de este reino que mira al Adriático. Además, habían transcurrido doce años de profunda paz desde la terminación de la guerra da Macedonia, y se temía que tan largo reposo debilitara el valor de los italianos. Se quiso, pues, renovar el antiguo ardor bélico, tomando las armas contra Iliria, amedrentando a aquellos pueblos para hacerles dóciles a las órdenes que después les enviaran. Tales fueron las verdaderas causas de la guerra contra los dálmatas. Díjose, no obstante, fuera de Italia, que la hacían para vengar el insulto a Fannio, pero esto fue en pretexto.

CAPÍTULO XII

Va Ariarates a Roma y pierde allí su causa contra los embajadores de Demetrio y de Holofernes.

Llegó a Roma Ariarates antes de finalizar el verano y cuando Sexto Julio y su colega acababan de tomar posesión del consulado. En las conferencias que con ellos mantuvo dio la más triste idea que pudo de su desdicha; mas halló allí a Milciades, representante de Demetrio, dispuesto a refutar las acusaciones y a acusar al rey. Holofernes envió asimismo a Timoteo y Diógenes, con encargo de ofrecer una corona de su parte al Senado, renovar su alianza con los romanos, defenderle de las quejas de Ariarates y acusar a este príncipe. En las conferencias particulares, Diógenes y Milciades brillaban más y causaban mayor impresión que el rey de Capadocia. No debe esto sorprender, porque eran varios contra uno, y el esplendor con que vivían deslumbraba la vista, que se volvía con pena hacia el triste y desdichado rey. Al defender, pues, cada cual su causa ante el Senado, tuvieron los embajadores gran ventaja sobre Ariarates, y sin respeto alguno a la verdad se les permitió manifestar cuanto quisieron, quedando sin réplica sus alegaciones, porque nadie había que tomara la defensa del acusado. La mentira triunfó, pues, de la verdad, y consiguieron cuanto deseaban.

CAPÍTULO XIII

Carops.

Muerto Licisco, el fuego de la guerra civil se extinguió en Etolia, gozando esta región completa tranquilidad. También empezó a respirar la Beocia, tras la guerra de Mnasippo de Coronea, y la de Crematas fue asimismo muy ventajosa a la Acarnania. Grecia quedó como purificada con la muerte de estos hombres funestos, y la fortuna quiso que el epirota Carops muriese también aquel año en Brindis, si bien las crueldades e injusticias de este traidor, después de la derrota de Perseo, fueron causa de que su muerte no pusiera fin a las perturbaciones que excitó en Epiro, terminada la guerra de romanos y macedonios. Después que Lucio Anicio condenó a ser conducidos a Roma a los más ilustres griegos por sospechas hasta ligeras de haber sido partidarios de Perseo, Carops, con

facultades para hacer cuanto quisiera, cometió los mayores excesos, tanto por sí como por medio de sus amigos. Joven aún y rodeado de malvados que se unieron a él para enriquecerse con los bienes de otros, suponíase, no obstante, que su comportamiento tenía algún racional fundamento y que lo autorizaban los romanos, creyéndose así, por los muchos amigos que anteriormente se había proporcionado en Roma y por su intimidad con Mirtón, su hijo Nicanor y muchos otros hombres graves amigos de los romanos, hasta entonces irreprochables, que se prestaron, no sé por qué, a sus injusticias. Apoyado en estos sufragios, después de dar muerte a muchas personas, unas en pleno mercado, en sus casas otras, algunas en el campo o en los caminos, y de apoderarse de sus bienes, acudió a otra estratagema. Proscribió a cuantos se hallaban allí desterrados y eran ricos, hombres o mujeres, y amedrentándoles así sacó de los primeros, y por medio de su madre Filotides de las segundas, cuanto dinero pudo; porque esta Filotides desconocía la dulzura y compasión propias de su sexo. Y no libraron aquellos infelices con la pérdida de su dinero, sino que se les denunció al pueblo, se les procesó y se buscaron jueces que, por su debilidad o sorpresa, les condenaran, no a destierro, sino a muerte, como culpados de desafectos a Roma. Todos habían ya huido para salvar la vida, cuando Carops, bien provisto de dinero y acompañado de Mirtón, se dirigió a Roma para que el Senado ratificase sus injustos procedimientos; pero éste dio entonces elocuente prueba de su equidad, y agradable espectáculo a cuantos griegos vivían en Roma; porque Marco Emilio Lépido, gran sacerdote y príncipe del Senado, y Paulo Emilio, el vencedor de Perseo, persona importantísima y de gran crédito, enterados de lo que Carops había realizado en Egipto, le prohibieron poner los pies en sus casas, y esta prohibición la estimaron sobremanera dichos griegos, celebrando el odio de los romanos a los malvados. Poco tiempo después se presentó Carops al Senado; no se le dio asiento entre las personas distinguidas, ni se le contestó, manifestando sólo que llevarían las órdenes convenientes los comisarios que se enviaran. A pesar de tan desairada recepción, al salir del Senado escribió Carops a su patria que los romanos aprobaban cuanto había hecho.

CAPÍTULO XIV

Eumeno.

Tenía este príncipe el cuerpo débil y delicado, el alma grande y llena de los más nobles sentimientos. En nada inferior a los reyes de su época, superaba a todos en bellas inclinaciones. El reino de Pérgamo, cuando lo recibió de su padre, limitábase a corto número de ciudades, que apenas merecían tal nombre, y lo hizo tan poderoso como el que más. Nada debió a la casualidad o la fortuna, sino a su prudencia, asiduo trabajo y actividad. Ávido de fama, hizo más bien a Grecia y enriqueció a más particulares que ningún otro príncipe de su siglo. Concluiré su retrato diciendo que supo hacerse obedecer de sus tres hermanos, y aunque en edad todos ellos de acometer empresas por su cuenta, le fueron siempre sumisos, ayudándole a defender el reino. Difícil es encontrar igual ejemplo de autoridad fraternal.

CAPÍTULO XV

Attalo, hermano de Eumeno.

La primera prueba que dio este príncipe de su grandeza de alma y de su generosidad fue restaurar a Ariarates en el trono de sus padres.

CAPÍTULO XVI

Fenice, ciudad de Epiro, despacha una embajada a Roma.

A los embajadores que Fenice y los desterrados enviaron a Roma, contestó el Senado, después de escucharles, que daría las órdenes oportunas a los comisarios que debían ir a Iliria con C. Marcio.

CAPÍTULO XVII

Prusias.

Derrotado Attalo, penetró Prusias en Pérgamo, y tras inmolar víctimas en el templo de Esculapio, regresó a su campamento. Al día siguiente llevó todas sus tropas al Niceforium, demolió todos los templos y despojó las estatuas e imágenes de los dioses. Hasta la del mismo Esculapio, obra maestra de Filomaco y a la que el día anterior había ofrecido sacrificios, como para tener este dios propicio, se la echó al hombro y la llevó consigo. Al hablar de Filippo, ya he dicho cuál es el furor y rabia en esta clase de hostilidades, y preciso es ser furioso e insensato para adorar una estatua, doblar como mujer las rodillas ante los altares y seguidamente insultar la divinidad profanando lo mismo que sirve a su culto. Así lo hizo Prusias; y al salir de Pérgamo, donde se distinguió por su loco arrebató contra los dioses y los hombres, llevó sus tropas a Cleo, intentando inútilmente ponerle sitio, pues a los primeros trabajos de asedio vio que Sosander, que se había educado con el rey y que penetró en esta ciudad con refuerzo de tropas inutilizaba sus esfuerzos, y se encaminó a Tiatira. En el camino de la costa por donde iba halló el templo de Diana en Hieracoma y lo saqueó, maltratando mucho más el de Apolo próximo a Temnos, pues lo redujo a cenizas. Este enemigo de los dioses y de los hombres tomó desde allí la ruta de Bitinia, mas no regresó a su reino sin sufrir el castigo de sus crímenes. Los dioses se vengaron haciéndole perder en el camino, a causa de la disentería y la miseria, la mayor parte del ejército.

CAPÍTULO XVIII

Va a Roma Ateneo para acusar a Prusias.

Vencido Attalo por Prusias, envió a Roma a su hermano Ateneo con Publio Léntulo, para dar a conocer al Senado lo que le había sucedido. A decir verdad, ya Andrónico refirió la primera irrupción del rey de Bitinia, pero no le creyó el Senado, sospechando que Attalo quiso atacar a Prusias, acechando las ocasiones de hacerle guerra y propagando noticias ofensivas a este príncipe para buscar cuestiones y que fuera el primero en acudir a las armas. Por otra parte, a pesar de que Nicomedes y Antifilo, representantes de Prusias, atestiguasen que cuanto se decía contra su señor era falso, tampoco quiso creerles el Senado, y careciendo de fidedignos informes sobre lo que había ocurrido, envió a Lucio Apuleio y C. Petronio para examinar el estado de los asuntos en los reinos de Bitinia y Pérgamo.

CAPÍTULO XIX

Sobre Artaxias y otros temas.

Artaxias deseaba hacer morir a Ara..... th.....; mas por consejo de Ariarates no lo hizo, y por el contrario estrechó más su amistad con él. Un carácter generoso puede mucho, y la opinión y consejo de un hombre de bien son muy eficaces, pues no sólo salvan a los amigos, sino a los encarnizados enemigos, y les inclinan a obrar bien

La belleza es la mejor carta de recomendación. Existe en la juventud tal desvergüenza y tan

grande manía por los placeres censurables, que se ve dar un talento por un esclavo a quien se ama, y pagar trescientos dracmas por un plato de sardinas. Aludiendo a esto, manifestaba Marco al pueblo que los Estados marchaban a su decadencia y ruina, cuando un hermoso adolescente valía más que una finca rústica, y los peces enconfitados más que las yuntas de bueyes

Los rodios, cuyas instituciones tuvieron tanta vitalidad, parécenme ahora en decadencia. Recibieron de Eumeno veintiocho miriadas de trigo como préstamo usuario, cuyo interés debía aplicarse a pagar maestros y preceptores de sus hijos. Se comprende que un particular apurado de recursos acepte auxilio de sus amigos para no descuidar por miseria la educación de sus hijos; pero, ¿cuál es el rico que no consentirá en todo antes que mendigar de sus amigos el salario del maestro de su hijo? Cuantas más razones existan para economizar en privado, más se debe hacer en público lo necesario para conservar el decoro, y esto conviene aplicarlo en especial a los rodios, a causa de su prosperidad y representación.

CAPÍTULO XX

De la muerte de Licisco el Etolio, hombre terrible e indomable.

Muerto él, se pusieron los etolios de acuerdo y vivieron en paz. El carácter de un hombre tiene tal influencia, que en las ciudades o en los campos, en las cuestiones interiores como en las exteriores, en todo, en fin, la bondad o maldad de un solo hombre hace mucho beneficio o daño.

Este Licisco, tan perverso, murió con tanta gloria, que con razón se acusó a la fortuna de prodigar sin distinción al virtuoso y al culpable la recompensa de una muerte honrosa.

LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Embajada de los romanos a Prusias en favor de Attalo. Deliberación del Senado acerca de los aqueos relegados en Italia.

Al finalizar el invierno, tras conocer el informe de Publio Léntulo relativa a Prusias, llamó el Senado a Ateneo, hermano de Attalo, y sin perder tiempo en largas discusiones, le hizo partir con tres comisarios, C. Claudio Centón, Lucio Hortensio y C. Arunculeio, con orden de impedir la guerra de Prusias a Attalo.

Llegaron por entonces a Roma Jenón de Egium y Telecles de Tegea, embajadores de los aqueos, para solicitar que fuesen devueltos a su patria los griegos delegados por ser partidarios de Perseo en las ciudades de Italia. Reunióse el Senado para tratar del asunto, y a punto estuvo de concederles la libertad. El pretor Aulo Postumio fue causa de que así no ocurriera. Dividida la opinión, unos deseaban darles libertad y otros no; y un tercer partido opinaba en favor de la libertad, pero mas adelante Postumio convirtió las tres opiniones en dos, manifestando: «Los que opinen por levantar el destierro pasen a un lado, y los demás a otro.» De esta forma se unieron los contrarios a dar la libertad con quienes creían inoportuno concederla entonces, siendo más en número, y los relegados quedaron como estaban.

CAPÍTULO II

Embajada de los aqueos a Roma.

Cuando al regreso de los diputados se conoció en Acaia que había faltado poco para permitir a los desterrados que volvieran a su patria, concibieron los aqueos grandes esperanzas de que se les otorgaría esta gracia, y por eso enviaron a Roma a Telecles de Megalópolis y a Anaxidamas para hacer nuevas instancias.

CAPÍTULO III

Chipre.

...de ofrecerlo cincuenta talentos si iba a Chipre y de prometerle en su nombre otros emolumentos y honores si se ponía a su lado.

CAPÍTULO IV

Arquias.

Este desgraciado traidor proyectó entregar la isla de Chipre a Demetrio. Descubierta la intriga, se le condujo ante los jueces, y para evitar el suplicio se ahorcó con los cordones de un cortinaje. Ejemplo de que los hombres vanos se alimentan siempre de vanas esperanzas. Prometíase éste recibir quinientos talentos por su traición, y perdió con la vida cuantos bienes poseía ya.

CAPÍTULO V

Los marseleses piden auxilio a los romanos.

Los marseleses ya en otras ocasiones habían sido molestados por los ligurianos, mas en la época a que nos referimos, reducidos a la mayor extremidad y viendo dos de sus ciudades, Antípolis y Nicea, sitiadas, despacharon embajadores a Roma para manifestar al Senado sus sufrimientos y solicitarle ayuda. Estos representantes penetraron en el Senado, dijeron las órdenes que llevaban y se decidió enviar una comisión para enterarse sobre el terreno de lo que sucedía y procurar con negociaciones que cumplieran los bárbaros su deber.

CAPÍTULO VI

El menor de los Ptolomeos va a Roma y consigue socorros.

Cuando el Senado envió a Opimio contra los oxibianos llegó a Roma el menor de los Ptolomeos, que ante él quejóse amargamente de su hermano, acusándole de la crueldad de quererle asesinar. Las cicatrices y llagas que mostró, en unión de sus sentidas frases, excitaron tan viva compasión en la asamblea que en vano procuraron Neolaidas y Andrómaco justificar a su señor. No sólo negóse el Senado a oírles, sino que se les ordenó salir inmediatamente de Roma. Designáronse en seguida cinco comisarios, entre ellos Mérula y Lucio Termo, con orden de tomar cada uno una galera y conducir a Ptolomeo a Chipre, y se escribió a los aliados de Grecia y Asia permitiéndoles ayudar a Ptolomeo y recobrar su reino.

CAPÍTULO VII

Diez comisarios son despachados a Asia para reprimir la temeridad de Prusias.

Al regresar de Pérgamo, Hortensio y Arunculeio dijeron al Senado que Prusias se mofaba de sus órdenes y que, a pesar de los tratados, les encerró en Pérgamo con Attalo, tratándoles todo lo mal posible. Indignados los padres conscriptos por tan extraño proceder, despacharon diez comisarios, siendo los principales Lucio Anido, Cayo Fannio y Quinto Fabio Máximo, con orden de acabar la guerra y de obligar a Prusias a dar satisfacción a Attalo por los perjuicios que le causó.

CAPÍTULO VIII

Quejas de los marseleses ante el Senado.- Mandato de éste al cónsul Quinto Opimio.- La breve guerra de oxibianos y los deceatas.

A causa de las quejas de los marseleses contra los ligurianos, el Senado envió en seguida a Flaminio, Popilio Lenas y L. Puppio, que partieron con los embajadores de Marsella, yendo por mar al territorio de los oxibianos con el propósito de desembarcar frente a Egitna. Corrió entre los ligurianos la noticia de que iban los comisarios para mandarles levantar el sitio de esta plaza, y se opusieron al desembarco de los que aun se hallaban en el puerto, mas no llegaron a tiempo para impedir que Flaminio saltara a tierra, teniendo ya en la costa su equipaje. Ordenáronle primero abandonar el país, despreció la orden y le robaron el equipaje, rechazando e insultando a los criados cuando quisieron defenderlo. El mismo Flaminio acudió a auxiliarles y lo llenaron de heridas, arrojando a tierra dos de los que le acompañaban y persiguiendo a los demás hasta el barco, con tal empeño que al llegar Flaminio a bordo hubo que cortar las amarras y dejar las anclas. Se le transportó a Marsella, donde le curaron con todo esmero. Al conocer el Senado tan triste acontecimiento, mandó salir inmediatamente al cónsul Quinto Opimio con un ejército para que tomase venganza de oxibianos y deceatas. Las tropas dirigieronse a Placencia, y desde allí, a lo largo del Apenino, al país de los oxibianos, acampando a orillas del Aprón, donde esperó a los

enemigos, pues supo que se reunían muy decididos a combatirle. Llevó después el ejército frente a Egitna, donde con tanto descaro se había violado el derecho de gentes en su persona y en la de sus colegas, y tomó la ciudad por asalto, reduciendo a esclavitud a sus habitantes y enviando atados a Roma a los principales autores del insulto. Efectuado esto, acudió contra los oxibianos, que sin esperanzas de desvanecer el enojo de los romanos, venían a atacarles en número de unos cuatro mil hombres, con excesiva temeridad y sin esperar que se les unieran los deceatas. Era Opimio general hábil y de experiencia, y llamóle la atención aquel atrevimiento; mas al ver que no se fundaba en ningún principio militar, comprendió que tales enemigos no harían larga resistencia. Salió, pues, del campamento, formó su ejército, le estimuló a portarse bien, y marchó a paso corto contra los oxibianos. Tan fuerte fue el choque que en un momento quedaron vencidos y muchos sobre el campo de batalla, huyendo y dispersándose los demás. Presentáronse en seguida los deceatas en cuerpo de ejército para socorrer a los oxibianos, pero ya era tarde; recogiendo, no obstante, a los fugitivos, atacaron con este refuerzo a los romanos, luchando con mucho valor y energía; pero al fin cedieron, rindiéndose a los romanos y entregándoles la capital de su territorio. El vencedor distribuyó a los marselleses las tierras conquistadas; exigió rehenes a los ligurianos para que, enviados a Marsella, los renovasen de vez en cuando, desarmó a los enemigos y pasó en sus poblaciones el invierno el ejército. Así comenzó y acabó en breve tiempo la guerra contra oxibianos y deceatas.

CAPÍTULO IX

Aristócrates, pretor de odas.

Por su noble aspecto y aventajada estatura inspiraba este odio respeto y temor. No precisaron más los de Rodas para darle el mando de sus ejércitos; pero pronto se arrepintieron de no haberle estudiado bien, porque al llegar la ocasión de obrar fue otro hombre, desmintiendo con muchos de sus actos la opinión de él formada.

CAPÍTULO X

Enemistad de los romanos con Prusias.- Apréstanse a hacerle la guerra.

Antes de finalizar el invierno hallóse Attalo en Asia al frente de gran número de tropas, porque Ariarates y Mitrídates, en virtud de la alianza que habían llevado a cabo con el rey de Pérgamo, le enviaron caballería e infantería, al mando de Demetrio, hijo de Ariarates. Dispuesto ya todo para la campaña, se supo que los comisarios romanos habían llegado a Caudes. Reunióseles Attalo, y tras algunas conferencias sobre los asuntos pendientes, partieron para Bitinia, donde dijeron a Prusias las órdenes que para él les dio el Senado. Aceptó este príncipe algunas, pero negóse a cumplir la mayoría. Admirados los comisarios de esta resistencia, renunciaron a su amistad y alianza, regresando inmediatamente a Pérgamo. Arrepintiéndose Prusias de su falta y les siguió durante algún tiempo, procurando atraerles; mas fueron inútiles sus esfuerzos y volvió a su campo sin saber qué hacer. Los comisarios aconsejaron entonces a Attalo que permaneciera con su ejército en la frontera del reino, sin empezar las hostilidades y resguardando de todo insulto las ciudades y aldeas de su reino. Partieron en seguida, unos para Roma con objeto de informar al Senado de la rebelión de Prusias, otros para Jonia, y algunos en dirección al Helesponto y a las ciudades vecinas a Bizancio, laborando en todos estos lugares para apartar a los pueblos de la alianza con Prusias y reunir fuerzas en favor de Attalo, que era lo que se habían propuesto.

CAPÍTULO XI

Paz entre Prusias y Attalo.

Con la ayuda de tantos aliados reunió pronto Attalo numerosa flota. Dióle Rodas cinco galeras que habían sido enviadas para la guerra de Creta, Cisico veinte, y él mismo equipó veintisiete, de suerte que unidas todas a las que recibió de otros aliados, formó una flota de ochenta galeras, cuyo mando dio a su hermano Ateneo. Dirigióse éste hacia el Helesponto haciendo continuos desembarcos en la costa de Bitinia y saqueando la región. Por fortuna para Prusias, al escuchar el Senado el informe de los comisarios, designó inmediatamente otros tres, Apio Claudio, Lucio Oppio y Aulo Postumio, que al llegar a Asia pusieron término a la guerra, obligando a ambos reyes a suscribir este tratado: Prusias entregaría inmediatamente a Attalo veinte galeras de guerra, y le pagaría quinientos talentos en veinte años; los beligerantes mantendrían los límites de sus respectivos Estados como antes de la guerra en reparación de los daños que Prusias había causado en las tierras de Methymna, Egium y Heraclea, restituiría a estas ciudades cien talentos. Aceptadas las condiciones, concentró Attalo las tropas de mar y tierra en su reino, y así acabó la guerra promovida por las cuestiones de Attalo y Prusias.

CAPÍTULO XII

Embajada de los aqueos en favor de sus desterrados.

Por aquel tiempo llegó a Roma nueva embajada de los aqueos en favor de sus compatriotas desterrados en Italia. Solicitaron los diputados gracia al Senado para estos infelices, mas los padres conscriptos decidieron estar a lo acordado.

CAPÍTULO XIII

Demetrio, rey de Siria.

«Refiere Polibio en su libro XXXIII que Demetrio, rey de Siria, era gran bebedor y se hallaba ebrio casi todo el día.»

CAPÍTULO XIV

Heraclido, con los hijos de Antíoco, llega a Roma.- Embajada de los rodios en relación con la guerra contra los cretenses.

En el transcurso del verano llegó a Roma Heraclido, llevando consigo a los hijos de Antíoco, Laodice y Alejandro, y mientras permaneció en la ciudad no hubo artificio de que no se valiera para lograr del Senado lo que deseaba.

Al mismo tiempo se presentó en Roma el rodio Astidemo, embajador y almirante de su República, y habló en el Senado de la guerra entre rodios y cretenses. Tras escucharle con suma atención, los padres conscriptos encargaron a Quinto que fuera a poner término a esta guerra.

CAPÍTULO XV

Cretenses y rodios despachan representantes a los aqueos.- Alabanza de Antifates de Creta.

Reunido el Consejo de los aqueos en Corinto, llegaron allí dos embajadas: una de parte de los cretenses, cuyo jefe era el gortiniano Antifates, hijo de Telemnastos, y de otra parte de los rodios, al

frente de la cual iba Teofanos. Cada una de estas embajadas solicitó ayuda para su patria; mas la mayoría de la Asamblea era favorable a los rodios por la celebridad de esta República, su forma de gobierno y el carácter de sus ciudadanos. Advertido Antifates, quiso entrar en la Asamblea, y entró efectivamente, con permiso del pretor, hablando con un aplomo y dignidad impropios de un cretense. No tenía este joven ninguno de los defectos de sus compatriotas, y la libertad con que defendió la causa de su patria agradó a los aqueos; pero lo que más le ayudó a ganar voluntades fue el recuerdo de que, durante la guerra con Nabis, su padre Telemnastos fue en socorro de los aqueos con quinientos cretenses. A pesar de ello, se iba a conceder a los rodios las fuerzas que pedían, cuando Calícrato manifestó que sin permiso de Roma no convenía declarar la guerra a nadie, ni socorrer a unos contra otros; y esto fue suficiente para que no se tomara resolución.

CAPÍTULO XVI

Van a Roma Attalo, hijo de Eumeno, y Demetrio, hijo de Demetrio Soter:- Heraclido logra del Senado que los hijos de Antíoco regresan a Siria.

Entre los embajadores llegaron a Roma de distintos lugares, el primero recibido en audiencia fue Attalo, hijo de Eumeno, que, muy joven aun, hizo este viaje para darse a conocer al Senado y solicitar la amistad y el derecho de hospitalidad que siempre tuvo su padre en Roma. Recibió del Senado y de los amigos del rey su padre cuantas pruebas de amistad podía esperar. Concediósele lo que deseaba; le hicieron cuantos honores permitía su edad, y a los pocos días regresó a sus Estados, siendo recibido con grandes demostraciones de alegría en todas las ciudades griegas por donde pasó.

Al mismo tiempo llegó Demetrio a Roma, y como era niño, las ceremonias de su recepción fueron medianas. Cuando se fue, Hierocles, que desde hacía tiempo se hallaba en la ciudad, condujo consigo al Senado a Laodice y Alejandro. Recordó en pocas palabras el joven príncipe a los padres conscriptos lo que habían querido a Antíoco y la alianza que con él tuvieron, y rogó que le pusieran en el trono de su padre, o por lo menos que se le concediera libertad para volver a Siria, y no impedirle, ya que no se le ayudara, recobrar la corona de sus mayores. Usó en seguida de la palabra Heraclido, alabando mucho a Antíoco, censurando a Demetrio y solicitando se le concediera al príncipe y a su hermana Laodice la libertad de regresar a su patria, cosa justísima, puesto que eran hijos naturales de Antíoco. A los senadores sensatos chocó este discurso, pareciéndoles verdadera comedia y cobrando aversión al autor de la intriga; pero la mayoría, fascinada por el artificioso Heraclido, aprobó un decreto en estos términos: «Alejandro y Laodice, hijos de Antíoco, que fue nuestro amigo y aliado, piden al Senado que se les permita volver a su patria e implorar la ayuda de sus amigos para recobrar el trono de su padre, y el Senado les permita ambas cosas.» Conseguido el permiso, reclutó inmediatamente Heraclido tropas mercenarias, y atrajo a su partido a cuantos ilustres personajes pudo. De Roma se dirigió a Éfeso, y allí hizo los preparativos para la guerra proyectada.

CAPÍTULO XVII

Miscelánea de hechos y reflexiones.

Muchos hombres, por avaricia o ambición, se precipitan desde la mayor fortuna, como ocurrió al rey de Capadocia Holofernes que acabó por perder el trono. Pero abreviando en lo relativo al restablecimiento de Ariarates, proseguiremos la historia en el orden adoptado para toda la obra. Hasta ahora, prescindiendo de los asuntos de Grecia, hemos hablado de los de Capadocia, en Asia, porque razonablemente no se podían separar el viaje de Ariarates a Italia y su vuelta al trono; pero hecho esto, nos toca reseñar los negocios griegos en la época en que ocurrió el extraño suceso

relativo a la ciudad de Oropos. Deteniéndonos en unos puntos y prescindiendo de otros, compendiaremos la aventura por temor de que la oscuridad que envuelve algunos de estos hechos haga nuestra narración difusa y tenebrosa; que si el todo parece al lector poco digno de atención, menos satisfará una parte del todo a los que no tienen curiosidad de instruirse

Casi siempre en la fortuna se encuentran partidarios, mas en los reveses hay que acudir a los amigos. Esto ocurrió a Holofernes al verse arruinado, y esta es la historia de Teótimo y muchos otros.

Disgustados los rodios por estos acontecimientos, arrojáronse en el torbellino, llegando a la situación de los desalentados por larga dolencia, que después de tomar toda clase de medicinas y consultar a todos los médicos, cansados por la tardanza en recobrar la salud y casi desesperados, fíanse de oráculos y adivinos, y hasta acuden a charlatanes y curanderos. Esto hicieron los rodios. Burladas sus esperanzas, creyeron en palabras y dieron cuerpo a sombras e ilusiones, de suerte que su desdicha pareció merecida; porque no obrando con arreglo a cálculo prudente y dejándose arrastrar a la ventura, justo es llegar a sucesos imprevistos. En esta situación, los rodios tomaron por jefe a quien antes desechaban, y cometieron otras mil inconsecuencias.

Cuando se siente inclinación a amar u odiar grandemente a una persona el más insignificante pretexto convierte la inclinación en hecho. Me detengo por no divagar sin advertirlo, y procurando la exactitud y la precisión, incurrir en lo contrario. Me detengo, repito, porque no deseo escribir ni que se lean los ensueños de un hombre despierto.

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Descripciones complementarias a la Historia.

Ciertos escritores, como Eforo de Cimea, han comprendido en la historia general de los pueblos la descripción de sus respectivos países.

CAPÍTULO II

Alabanzas a Eforo.- Propósitos.

Tras alabar mucho a Eforo y manifestar que Eudoxio cuenta muy bien la historia griega, pero que Eforo da a conocer mejor las fundaciones de las ciudades, las familias, las transmigraciones, agrega: «Yo expondré el estado actual de las cosas en cuanto a determinación de lugares y distancias, porque esto es lo que más propiamente corresponde a la geografía».

CAPÍTULO III

Las columnas de Hércules.

Tal vez pregunten algunos por qué no he hablado con más detalles del estrecho de las columnas de Hércules, del mar exterior, de su naturaleza, de las islas Británicas, de la formación del estaño, de las minas de oro y plata que existen en Iberia, cosas de que otros autores han dicho tanto y a veces tan contradictorio. Las pasé en silencio, no por juzgarlas indignas de la historia, sino por no interrumpir la narración con cada cual de estos particulares asuntos, distrayendo la atención de los que estiman informes de esta clase. No quise mencionar de paso y en distintos lugares estas cosas, sino explicar en tiempo y lugar por mí elegido cuanto se sabe de cierto acerca de ellas.

CAPÍTULO IV

Realismo de Homero.

Jamás fue artificio de Homero lo maravilloso sin verosimilitud. Sabía muy bien que conviene, para ser creído, mezclar la invención con un poco de verdad. Esta observación la hace Polibio al tratar de los viajes de Ulises.

CAPÍTULO V

Descripción de viajes.- Fidelidad histórica de Polibio.

Polibio interpreta muy bien lo que a estos viajes concierne. «Eolo enseñaba a los navegantes la manera de maniobrar en el paso del estrecho, donde las costas son tortuosas y el flujo y reflujo hace la navegación difícil; por ello llamaron a Eolo dispensador y rey de los vientos. Danaüs por haber señalado manantiales en la Argólida, y Astreo por descubrir el movimiento retrógrado del sol, de adivinos y agoreros convirtiéronse en reyes. Así se debe comprender que los sacerdotes de los egipcios y de los caldeos y los magos, a causa de la superioridad de su instrucción, pasaran entre nuestros antecesores por príncipes o grandes. Por ello encontramos en cada dios al inventor de

alguna de las cosas más útiles.»

Esto sentado, no admite Polibio que se considere mito cuanto el poeta refiere de Eolo en particular, y en general de los viajes de Ulises. En el relato de estos viajes, en el de la guerra de Troya, y especialmente en lo que a Sicilia toca, está de acuerdo el poeta con los demás escritores que refieren las tradiciones locales de esta isla y de Italia. No elogia, pues, Polibio la frase de Eratóstenes: «Se encontrará el itinerario de los viajes de Ulises cuando se haya encontrado el curtidor de la odre de los vientos.» Agrega Polibio que «cuanto dice Homero de Scyla sobre los delfines y demás cetáceos que el azar lleva allí, está de acuerdo con lo que pasa en Scyleon y con lo que se ve en la pesca de cetáceos. Efectivamente, los atunes que van en bandadas por las costas de Italia, rechazados de Sicilia y arrastrados por las aguas del estrecho, encuentran peces más fuertes, como los delfines, unicornios, lobos marinos y otros cetáceos, a los que sirven de alimento. En este lugar, como en las márgenes del Nilo y de otros ríos sujetos a periódicas avenidas, ocurre lo mismo que en el incendio de los bosques, donde muchísimos animales, por escapar al fuego o al agua, son presa de otros más fuertes.» Relata después Polibio cómo se pescan los cetáceos junto a Scyleon. «Un vigía dirige a todos los pescadores, que van de dos en dos en diferentes barcas birremas, uno con los dos remos y otro a proa con un arpón puesto en una lanza. El vigía anuncia la aparición del cetáceo, que nadando saca la tercera parte del cuerpo fuera del agua, y cuando la barca se pone a la distancia conveniente, el pescador de proa le clava la lanza, dejándole dentro del cuerpo el arpón de hierro que aquella lleva a su extremidad. Este arpón, colocado de forma que se desprende fácilmente de la lanza, va sujeto a larga cuerda, que se deja correr mientras el animal herido se esfuerza por escapar. Fatigado al fin, se le arrastra por medio de la cuerda a la orilla, y si no es muy grande a una barca. Aunque la lanza caiga al mar, no se pierde, porque hecha en parte de encina y en parte de pino, la encina se hunde, pero el pino sobrenada indicando dónde está. Alguna vez el remero sale herido aun a través de la barca: tan larga suele ser la espada de los unicornios, cuya pesca parece mucho, por lo peligrosa, a la caza del jabalí.» Puede, pues, creerse que Homero hace errar a Ulises alrededor de Sicilia, puesto que atribuye a Scyla una pesca especial de Scyleon. Respecto de Caribdis recuerda lo que sucede en el estrecho, porque en los versos «Tres veces el día llega...», etc., el tres puesto en vez de dos es error del observador o del copista. Cuanto se ve en Mesina está de acuerdo con lo que Homero dice de los lotófagos, y si en alguna cosa difiere debe atribuirse al tiempo, a falta de noticias, y sobre todo a las licencias de la poesía, que se compone de histórica, dispositiva y mítica. Los poetas se proponen en la histórica expresar la verdad, como cuando en el libro de la enumeración (libro II) recuerda Homero los rasgos característicos de cada lugar, y califica las ciudades de poderosas, fronterizas, fecundas en palomas y marítimas; en la dispositiva, animar, como al describir los combates; y en la mítica, agradar y admirar. Inventarlo todo es renunciar a ser creído, y no es así cómo ha escrito Homero; pues todos consideran su poesía verdaderamente filosófica, y nadie la considera como Eratóstenes, enemigo de que se busque en los poemas la sana razón y la historia... Cuando Ulises nos dice: «Desde allí, y durante nueve días los vientos perniciosos me arrastraron a mi pesar», debemos creer que se hallaba en algún mar poco extenso (porque los vientos perniciosos no hacen caminar en línea recta), y no que fue arrastrado hacia el Océano, como si vientos constantemente favorables le llevaran allí. Efectivamente, agrega Polibio (después de contar los 22.500 estadios de distancia de los Maleos a las Columnas), «suponiendo que recorrió el trayecto a igual velocidad durante nueve días, hubiera andado 2.500 estadios diariamente; ahora bien, ¿quién ha oído decir que los cuatro mil estadios entre Alejandría, Rodas y la Licia han podido andarse en dos días? Y por lo que toca a los que preguntan cómo habiendo abordado tres veces Ulises a Sicilia, ninguna pasó el estrecho, se les puede contestar que muchos siglos después de él aún se evitaba este paso».

Así habla Polibio, y, en general, bien dice; pero cuando sostiene que Ulises no llegó hasta el Océano, y para probarlo combina exactamente los días de navegación con las distancias, incurre en excesiva inconsecuencia. Cita la frase del poeta «Vientos perniciosos a mi pesar me arrastraron», y no le cita cuando dice: «Pero siguiendo el curso del río Océano, el barco», etc., y asimismo «En la

isla de Orgiea, en medio del mar», etc., donde, según Homero, habitaba la hija de Atlas. Y a esto puede agregarse lo que hace decir a los foceos: «Lejos y en el seno del undoso mar, vivíamos apartados del resto de los humanos.» Todos estos pasajes indican evidentemente que se trata del Atlántico, y los omite Polibio para destruir el sentido de las expresiones más claras. Pero cuando sostiene que Ulises erraba alrededor de Sicilia y de Italia, tiene razón.

CAPÍTULO VI

Los antiguos geógrafos.- Alusiones y referencias.

En su descripción de las diversas regiones de Europa, anuncia Polibio que no hablará de los antiguos geógrafos, pero sí examinará las opiniones de quienes les han criticado, como Dicearco y Eratóstenes, el último de los autores que de geografía se han ocupado, como asimismo la de Piteas, que pretende haber recorrido todas las partes accesibles de Bretaña y calcula la circunferencia de esta isla en más de 40.000 estadios. Piteas es quien nos habla de Thulé y de las regiones donde no existe tierra propiamente dicha, ni mar, ni aire, sino una especie de concreción de estos elementos parecida a la materia de las medusas, «masa que, envolviendo a la tierra, al mar, a todas las partes del universo, es como lazo común al través del cual ni se puede navegar ni andar». «Esta masa, agrega, parecida a la substancia de la medusa, puedo asegurar que existe por haberla visto; en lo demás que refiero me atengo al testimonio de otros.» Tales son las relaciones de este viajero, que además asegura haber visitado, a su regreso de aquellas regiones, todas las costas de Europa en el Océano, desde Gades a Tanaïs. «Pero, manifiesta Polibio, un particular, y particular poco rico, cual era Piteas, ¿cómo ha podido emprender tan largos viajes por mar y tierra? ¿Cómo Eratóstenes, dudando si en general debía prestarse fe a lo que este navegante dice, acepta sus opiniones en lo que atañe a Bretaña, Gades e Iberia? Tanto valdría fiarse de Evemeris de Mesina, que por lo menos sólo pretende haber llegado por mar a una región desconocida, la Pancaia, mientras aquel asegura haber visitado toda la Europa septentrional hasta los límites del mundo. Si el mismo Hermes se vanagloriase de haber hecho otra tanto, nadie le creería, y no obstante, Eratóstenes, que trata a Evemeris de Bergea, da fe al relato de Piteas, que el mismo Dicearco no cree.» Esta idea indica que Eratóstenes se atuvo a lo dicho por Piteas, tan criticado por Polibio. Por lo demás, ya hemos manifestado que Eratóstenes hablaba con poca exactitud del Occidente y norte de Europa, y debe perdonársele, como también a Dicearco, porque ninguno de ellos visitó estos territorios; pero ¿merecen perdón Posidonio y Polibio, sobre todo el último, que califica de dichos populares lo que Eratóstenes y Dicearco relatan sobre distancias de los lugares en algunas regiones, y él mismo, no sólo en otros puntos, sino halla en aquellos respecto de los cuales censura a los citados autores, incurre en error?

Dicearco cuenta 10.000 estadios del Peloponeso a las columnas de Hércules, y más de 10.000 estadios desde el Peloponeso al fondo del golfo Adriático. De estos 10.000 estadios que, según él, hay de distancia entre el Peloponeso y las columnas de Hércules, asigna 3.000 a la parte entre el Peloponeso y el Estrecho de Sicilia, quedando 7.000 para el trayecto entre el Estrecho y las Columnas. «No examinaré, dice Polibio, si la distancia entre el Peloponeso y el Estrecho de Sicilia es efectivamente de 3.000 estadios, pero en cuanto a los otros 7.000, no son medida exacta desde el Estrecho a las Columnas, sea costeano las tierras o atravesando el mar, y lo probaré. La costa forma una especie de ángulo obtuso, cuyos lados parten, uno del Estrecho de Sicilia y otro de las Columnas, y cuyo vértice se halla en Narbona. Supongamos, pues, un triángulo cuya base es una línea recta a través del mar, y cuyos lados forman el ángulo antedicho. El lado desde el Estrecho de Sicilia a Narbona tiene más de 11.200 estadios, y el otro no menos de 8.000. Se conviene además en que el mayor trayecto de Europa a Libia, a través del mar Tirreno, no tiene más de 3.000 estadios, y que a través del mar de Cerdeña es más corto. Pero supongamos que este último sea asimismo de 3.000 estadios, y con estos datos tomemos como medida una perpendicular trazada desde el vértice

del ángulo obtuso del triángulo hasta la base de 2.000 estadios de profundidad, que el golfo Galático puede tener en Narbona, y son suficientes las nociones geométricas de un niño para reconocer que la longitud total de la costa desde el Estrecho de Sicilia hasta las Columnas de Hércules no aumenta en 500 estadios la línea recta a través del mar. Añadid a esta línea los 3.000 estadios que hay de distancia entre el Peloponeso y el Estrecho de Sicilia, y tendremos para la línea recta entre el Peloponeso y las Columnas más de doble número de estadios que Dicearco le asigna, y, dado su sistema, resultará también mayor para el trayecto del Peloponeso al fondo del golfo Adriático.» Efectivamente, puede contestarse a Polibio, el error de Dicearco es evidente por la prueba que daís al contar del Peloponeso a Leucades 700 estadios; de Leucades a Corcira, 700; de Corcira a los montes Ceráunicos, 700; desde éstos, siguiendo a la derecha la costa de Iliria hasta Yapigia, 6.150; pero en cuanto a la distancia desde el Estrecho de Sicilia a las Columnas de Hércules, tan falso es el cálculo de Dicearco, que la supone en 7.000 estadios, como el vuestro, pues la opinión generalmente admitida es que esta distancia en línea recta tiene 12.000 estadios, cálculo de acuerdo con la longitud que se atribuye a la tierra habitada. Supónese que esta longitud es de más de 70.000 estadios, de los que unos 30.000 corresponden a la parte que se extiende al Oeste desde el golfo de Issus hasta la extremidad más occidental de Iberia; y se cuenta de esta forma: del golfo de Issus a Rodas, 5.000 estadios; de Rodas al cabo Salmoneón, que forma el extremo oriental de Creta, 1.000; la extensión de Creta hasta Criu-Metopón, más de 2.000; desde allí al cabo Paquinum, en Sicilia, 4.500; desde el cabo Paquinum al Estrecho de Sicilia, más de 1.000; desde el Estrecho de Sicilia a las Columnas de Hércules, 13.000, y desde las Columnas a la extremidad del Promontorio Sagrado de Iberia (cabo de San Vicente), unos 3.000. Además, la medida de la perpendicular de que habla Polibio no es justa, suponiendo cierto que el paralelo de Narbona es casi el mismo de Marsella, y que Marsella, como afirma el mismo Hiparco, se encuentra en el paralelo de Bizancio. Efectivamente, la línea recta a través del mar sigue el paralelo de Rodas y del Estrecho de las Columnas. Ahora bien: entre Rodas y Bizancio, dado que ambas se encuentran bajo el mismo meridiano, hay unos 5.000 estadios, y la perpendicular de que se trata debería tener otros tantos; mas como se pretende asimismo que el mayor trayecto de Europa a Libia (África) a través del Mediterráneo, a partir del golfo Galático, es de 5.000 estadios, debe existir aquí algún error, a no ser que en esta parte las costas de Libia avancen mucho hacia el Norte y lleguen al paralelo de las Columnas de Hércules. También se equivoca Polibio al suponer que esta misma perpendicular debe pasar junto a la isla de Cerdeña, pues pasa muy al Oeste, dejando entre ella y la isla todo el mar de Cerdeña y casi todo el de Liguria.

Asimismo puede asegurarse que la longitud que asigna Polibio a las costas es exagerada, pero en este último punto su error es menos grave que en los dos anteriores.

Polibio procura corregir los errores de Eratóstenes, y unas veces lo hace con razón, pero otras se equivoca como éste; por ejemplo, Eratóstenes cuenta de Itaca a Corcira 300 estadios, y Polibio más de 900. De Epidamno a Tesalónica, aquel 900 estadios, y éste más de 2.000. En ambas medidas tiene razón Polibio. Pero se engaña más que Eratóstenes cuando al ver que éste había contado 7.000 estadios desde Marsella al Estrecho de las Columnas, y 6.000 desde los Pirineos hasta el mismo Estrecho, quiere que, a partir de los Pirineos, la distancia no sea menor de 8.000 estadios, y tomaba desde Marsella, de 9.000. Eratóstenes en este punto se aproxima más a la verdad. Efectivamente, conviénese hoy en que, salvo las revueltas del camino, la longitud total de Iberia, tomada desde los Pirineos a la costa occidental, no es menor de 6.000 estadios. Polibio da al Tajo, desde su nacimiento hasta la desembocadura, un trayecto de 8.000 estadios, no comprendiendo las sinuosidades del curso, que ningún geógrafo aprecia, sino en línea recta, y desde el nacimiento del Tajo a los Pirineos hay más de 1.000 estadios. Con razón acusa Polibio a Eratóstenes de conocer poco Iberia y de contradecirse a veces respecto a esta región; verdaderamente, como lo hace notar Polibio, después de anunciar en un lugar de su obra que las partes de esta región situadas sobre el mar exterior hasta Gades deben estar habitadas por los gálatas, lo cual confirma después diciendo que éstos ocupan toda la costa occidental de Europa hasta Gades, olvida después este punto en su

descripción de Iberia, y no menciona los gálatas.

Mas cuando Polibio quiere probar que la longitud de Europa no iguala a la de Libia (África) y Asia unidas, su comparación entre estas tres partes de la tierra habitada no es exacta. «La dirección del Estrecho de las Columnas, manifiesta, responde al Poniente equinoccial, y la del Tanaïs parte del Levante de verano. Europa, comparada con Libia y Asia en total, es menos larga que ellas todo el intervalo que separa el Levante de verano del equinoccial, porque esta porción del semicírculo septentrional la ocupa Asia.»

CAPÍTULO VII

Los grandes promontorios y penínsulas de Europa.

Varias partes de Europa forman como grandes promontorios que se adentran mucho en el mar. Polibio clasifica estos promontorios mejor que Eratóstenes, pero no suficientemente bien. Éste no cuenta más que tres: uno que llega a las Columnas de Hércules y contiene la Iberia; otro que se prolonga hacia el Estrecho de Sicilia y forma la Italia, y el tercero que termina en el cabo de los maleos y comprende todas las regiones situadas entre el mar Adriático, el Ponto Euxino y el Tanaïs. Está conforme Polibio con Eratóstenes respecto a los dos primeros promontorios, pero opina que el tercero, cuya extremidad forma el cabo Sunium, además del de los maleos, sólo comprende la Iliria, toda la Grecia y una parte de Tracia. Cuenta después un cuarto promontorio que, conteniendo con el Quersoneso de Tracia las regiones del Estrecho situado entre las ciudades de Sestos y Abidos, lo ocupan los tracios, y últimamente un quinto que termina hacia el Bósforo Cimmeriano en la desembocadura del Palus-Meótides.

CAPÍTULO VIII

Sobre la alimentación de los peces de los mares de Iberia y Lusitania.

Al hablar Polibio de Megalópolis en su libro XXXIV de Iberia y Lusitania, manifiesta que en las profundidades del mar existen encinas con bellotas con que se alimentan y engordan los atunes. No es alejarse mucho de la verdad decir que los atunes son una especie de cerdos de mar que, como los de tierra, se alimentan y engordan con bellotas.

CAPÍTULO IX

Continuación del anterior.

Polibio pretende que el mar arroja esas bellotas hasta en las orillas del Lacio; a no ser, agrega, que también haya idénticas encinas en Cerdeña y en las regiones próximas a esta isla.

CAPÍTULO X

Riquezas naturales de Iberia.

Describiendo Polibio en su libro XXXIV la felicidad de Lusitania, región de Iberia, que los romanos llaman la Hispania, cuenta que en este país es tan excelente el clima, que la raza humana y los demás animales son muy prolíficos y los frutos constantes. Las rosas, los lirios, los espárragos y otros productos sólo faltan tres meses al año. La pesca en aquellos mares es más abundante, mejor y más bella que la del nuestro. Cómprase por una dracma una fanega de cebada, y por nueve óbolos

de Alejandría una de trigo; el ánfora de vino vale una dracma; una cabra mediana, tres o cuatro óbolos, y otro tanto una liebre; un cordero, tres o cuatro óbolos; una vaca, cinco dracmas; un buey a propósito para el yugo, diez. La carne de los animales no tiene casi ningún valor: se la distribuye gratuitamente y se la cambia por otras mercancías.

CAPÍTULO XI

Más noticias sobre Hispania.

Del río Betis ha tomado la región el nombre de Bética, como se llama Turditania la habitada por los turditanos o túrdulos. Algunos creen que ambos nombres designan un solo pueblo; otros opinan que son dos diferentes, y Polibio es de esta última opinión, pues dice que los túrdulos están al norte de los turditanos.

A la ventaja de un país fértil une la Turditania las costumbres sencillas y civilizadas de sus habitantes, que, según Polibio, tienen asimismo los celtas, no sólo por la vecindad con aquel pueblo, sino por su unión a los turditanos con lazos de parentesco. Son, sin embargo, menos civilizados que éstos, porque viven dispersos en aldeas.

CAPÍTULO XII

Insistencia acerca de las Columnas de Hércules.

Dicearco, Eratóstenes, Polibio y muchos otros escritores griegos sitúan las Columnas de Hércules junto al Estrecho.

CAPÍTULO XIII

Más sobre Hispania.

Relata Polibio que en el templo de Hércules, construido en la isla de Gades, existe una fuente de agua potable, a la que se baja por algunos peldaños, manantial que aumenta o decrece en movimiento regular y contrario al flujo y reflujo del mar; de forma que cuando éste baja, la fuente está llena de agua, y seca cuando el mar sube. La causa de este fenómeno, según dice, es el aire que sale del interior de la tierra. Cubierta la superficie por el agua en la marea alta, y no puede el aire salir por sus conductos naturales, y al retroceder cierra los del manantial, secándole; pero al retirarse el mar toma el aire su camino acostumbrado, y dejando los conductos libres, brota el agua en abundancia.

CAPÍTULO XIV

Las minas de plata de Cartago Nova.- Otras riquezas de España.

«Al hablar Polibio de las importantísimas minas de plata que existen en Cartago Nova, manifiesta que se hallan a veinte estadios de la ciudad, y que son tan grandes que abarcan un terreno de 400 estadios de circunferencia, dando ocupación habitualmente a 40.000 trabajadores, cuya obra produce a Roma 25.000 dracmas diarios. No refiero el detalle de todas las operaciones de la explotación, por la brevedad, limitándome a lo que dice Polibio sobre la forma de tratar el mineral de plata que arrastran los ríos y torrentes. Metido en sacos se le tritura y tamiza cinco veces, poniendo los sacos en la corriente del agua; efectuado esto, se funde la materia pulverizada,

separando el plomo de la plata, que queda pura. Estas minas de plata existen hoy; pero allí y en otros lugares pertenecen a particulares y no al Estado. Las de oro son en su mayor parte del Estado».

CAPÍTULO XV

Los ríos Betis y Ana.

El Betis y el Ana tienen su origen en la Celtiberia, aunque a distancia de 900 estadios uno de otro.

CAPÍTULO XVI

Segesama e Intercaia.

«En la descripción que hace Polibio de los pueblos celtíberos y de su región cita entre sus ciudades Segesama e Intercaia».

CAPÍTULO XVII

Sobre un rey íbero.

«Describe Polibio edificios notables por su estructura y el brillo de sus ornamentos al hablar de un rey de Iberia, ambicioso de rivalizar con el hijo de Fenicia, en cuya casa había vasijas de oro y plata llenas de vino de cebada».

CAPÍTULO XVIII

El río Ilerbernis y el Roscinus.

Desde los Pirineos hasta Narbona existen valles por los que corre el Ilerbernis y el Roscinus junto a ciudades del mismo nombre habitadas por los celtas. En estas llanuras hay habitualmente peces, que los habitantes llaman fósiles. El suelo es muy movedizo y cubierto de fina hierba, y abriendo un agujero de dos o tres codos de profundidad, se encuentra una capa de arena, y debajo de ella manantiales que provienen de ríos en parte subterráneos; los peces entran con estas aguas por todos los puntos donde corren, y gustan mucho de las raíces de la hierba; de suerte que esta llanura está llena de peces subterráneos, que los hombres desentierran y comen.

CAPÍTULO XIX

Las bocas del Ródano.

«Por lo que toca a las bocas del Ródano, Polibio sostiene que sólo son dos, y censura a Timeo por haber dicho que eran cinco».

CAPÍTULO XX

El Loira

El Loira discurre entre los Pictones y los Namnetos, y en tiempos pasados existía a orillas de este río una plaza comercial llamada Corbilón, de la que habla Polibio con motivo de la fábula de Piteas sobre la isla de Bretaña. «En una conversación, manifiesta, que los marselleses tuvieron con Escipión Emiliano, hablaron de esta isla sin decirle nada notable, y lo mismo le ocurrió con los habitantes de Narbona y de Corbilón, tan ignorantes en este punto como los marselleses, a pesar de que ambas ciudades fueran las mayores de este cantón. Piteas sólo se atrevió a inventar noticias sobre la isla de Bretaña».

CAPÍTULO XXI

Fauna alpina.

«Refiere Polibio que se cría en los Alpes un animal de forma rara, muy parecido al ciervo, excepto en el cuello y pelo, que es de jabalí. Por debajo de la barba tiene una carúncula de forma cónica, velluda en la extremidad, de un palmo de larga y tan gruesa como una cola de caballo».

CAPÍTULO XXII

Minas de oro.

«Cuenta Polibio que en su época se descubrieron entre los Taurici Norici, en las proximidades de Aquilea, tan ricas minas de oro que a dos pies de profundidad se encontraba el mineral, y las excavaciones corrientes no pasaban de quince pies; que una parte era oro nativo en granos como habas o altramuces, los cuales, puestos al fuego, sólo disminuían en una octava parte, y aún depurado más, dejaba considerable producto. Agrega que los italianos se asociaron a los bárbaros para explotar estas minas, y en dos meses bajó el precio del oro una tercera parte en toda Italia, hasta que los Taurici advirtieron lo que ocurría, y expulsando a sus colaboradores extranjeros, vendieron solos este metal».

CAPÍTULO XXIII

Sobre los Alpes.

«Hablando Polibio de la extensión y altura de los Alpes, compara estas montañas con las más elevadas de Grecia, tales como el Taigeto, el Liceo, el Parnaso, el Olimpo, el Pelión, el Ossa, y las de Tracia, el Hemus, el Redopo y el Dunax. Agrega que un hombre sin bagaje puede ascender a la cumbre de estas montañas en un solo día, y darles vuelta en casi el mismo tiempo; pero sabido es que no son suficientes dos días para subir a lo alto de los Alpes. En cuanto a su extensión en la base, manifiesta que llega a 2.200 estadios, y sólo cita cuatro pasos en esta cordillera: uno en la Liguria, cerca del mar Tirreno; otro por donde pasó Aníbal, y que cruza la región de los taurici; el tercero, por el territorio de los salassi, y el cuarto por el de los rheti, los cuatro, agrega, llenos de precipicios.»

«Dice, en fin, que en estas montañas existen muchos lagos, tres muy grandes, que son: el Benacus, que tiene 800 estadios de largo y 50 de ancho, y del que sale el río Mincio; el Berbanus, de 400 estadios y menos ancho que el anterior, que sirve de nacimiento al Ticinus; y el lago Larius, de 300 estadios por 30 de ancho, donde nace el Adda, río importante. Todos ellos desaguan en el Po»..

CAPÍTULO XXIV

El vino de Capua.

«Manifiesta Polibio que se produce en Capua un vino excelente, incomparable, del anadendrón.»

CAPÍTULO XXV

Distancias.

Según se dice, desde el cabo Japigieno hasta el Estrecho de Sicilia hay por tierra, siguiendo la costa, 3.000 estadios, y el mar de Sicilia la baña toda; pero por mar hay 500 estadios menos.

CAPÍTULO XXVI

Más sobre distancias.

Se dice que la mayor extensión a lo largo del Tirreno por la costa desde Luna, hasta Ostia, es de 2.500 estadios, y a lo ancho desde el mar hasta las montañas la mitad menor. Hay desde Luna hasta Pisa más de 400 estadios; de Pisa a Volterra, 290; de Volterra a Poplonium, 270; de Poplonium hasta las proximidades de Cossa, 800, y según algunos autores sólo 600; lo cual arroja para la distancia entre Luna y Cossa 1.760, o por lo menos 1.560 estadios; pero esta distancia no es, según Polibio, más que de 1.460 estadios.

CAPÍTULO XXVII

La isla de Etalia.

La isla de Etalia posee un puerto llamado Argoüs, nombre tomado, según se dice, del buque Argo... La isla Etalia se llamaba Lemnos.

CAPÍTULO XXVIII

Más noticias geográficas.

Desde Sinuesse hasta Misenum forma la costa un golfo bastante grande, tras el cual aparece otro mayor que se llama Cráter, cerrado por los cabos Misenum y Ateneum. A lo largo de las costas de estos golfos se halla situada la Campania. Esta región de llanuras, la más feliz que se conoce, está rodeada por colinas fertilísimas y por las montañas de los samnitas y de los oscici. Pretende Antíoco, que la Campania fue antiguamente habitada por los oscici, y dice que también se llamaban amonos. Polibio distingue al parecer ambos pueblos, porque manifiesta que los oscici y los amonos habitan la comarca próxima al Cráter.

CAPÍTULO XXIX

Distancias.

«Manifiesta Polibio que las distancias a partir de Japigia se han medido en millas; que desde Japigia hasta la ciudad de Sila hay 562 millas y desde Sila a Acilina, 178».

CAPÍTULO XXX

El cabo Lacinium y el golfo de Tarento.

Parece que hay más de 2.300 estadios desde el Estrecho de Sicilia hasta el cabo Lacinium, lugar consagrado a Juno, antes riquísimo y lleno de multitud de ofrendas en el cabo Japigiano. Este último intervalo forma lo que se llama la abertura del golfo de Tarento.

CAPÍTULO XXXI

Los cráteres de Hiera.

«Nos dice Polibio: De los tres cráteres de Hiera, uno se halla en parte destruido, pero quedan dos, formando el mayor una abertura redonda de cinco estadios de circunferencia. Este orificio se estrecha en forma de embudo, hasta el punto de no tener más de cincuenta pies de diámetro, y se eleva un estadio sobre el nivel del mar, que se ve en el fondo del cráter cuando la atmósfera está tranquila.» «Si tales informes son dignos de crédito, acaso no convenga rechazar las tradiciones míticas relativas a Empédocles. «Siempre, agrega Polibio, que va a soplar viento sur, fórmase alrededor de la isla tenebrosa nube, que impide ver la Sicilia; mas si es viento norte, vense salir del referido cráter brillantes llamas, y el ruido que en él se produce es más violento. El efecto del aire de Oeste es un término medio entre los dos citados. Los otros cráteres son parecidos a éste en la forma, pero las erupciones no tan fuertes. Por la intensidad del ruido y por el lugar donde aparecen las llamas y el humo, puede predecirse tres días antes el viento que reinará. Algunas veces, tras una calma absoluta en Lipara, los habitantes han anunciado los terremotos, sin equivocarse jamás».

CAPÍTULO XXXII

El monte Hemus.- Un error del autor.

«Próximo al Ponto Euxino hallábase el monte Hemus, el más alto de aquella región. Divide la Tracia en dos partes casi iguales. Polibio se equivoca al afirmar que desde su cima se ven los dos mares, porque además de la distancia considerable que la separa del Adriático, existen en el intervalo demasiados obstáculos para que la vista alcance a este mar».

CAPÍTULO XXXIII

Sobre el Golfo Jónico.

Las primeras partes de las costas del golfo Jónico son los alrededores de Epidamno y de Apolonia. Desde esta última ciudad se va a Macedonia por la vía Egnatia, que se dirige al Este y tiene piedras miliarias hasta Cipsela y el río Hebrus, lo que comprende un espacio de 535 millas. Si, como de costumbre, se gradúa la milla en ocho estadios, sumará 4.280 estadios; mas, según el cálculo de Polibio, que añade dos pletros, es decir, un tercio de estadio a cada milla, debe añadirse a la suma citada 178 estadios. Los que parten de Epidamno y los que salen de Apolonia, tras recorrer igual distancia, hállanse en mitad de la vía. Toda ella lleva el nombre de Egnatia, pero a su primera parte llámase también camino de Candavia, que es una montaña de Iliria, a donde conduce este camino, entre la ciudad de Liquindos y un lugar llamado Pilón, que separa Iliria de Macedonia. Desde allí pasa próxima a Barenus y va por Heraclea, los Lincestro y los Eorli, a la ciudad de Edessa, a la de Pella y hasta Tesalónica.

CAPÍTULO XXXIV

El circuito del Peloponeso.

El circuito del Peloponeso, sin seguir los contornos de los golfos, es de 4.000 estadios.

CAPÍTULO XXXV

Otro error del autor.

«No sin razón observa Artemidoro el error de Polibio al contar 10.000 estadios desde el cabo Maleo hasta el Ister, al Norte. Artemidoro afirma que sólo hay 6.500. La causa de este error consiste en que Polibio no se refiere al camino más corto, sino al que seguiría tal vez un general con su ejército».

CAPÍTULO XXXVI

Más noticias geográficas.

«Por lo que toca a las regiones que se extienden en línea recta desde el Éufrates y la ciudad de Tomisa, fortaleza de la Sofena, hasta la India, las distancias que señala Artemidoro están conformes con las de Eratóstenes, y Polibio mismo manifiesta que, respecto a estos lugares, hay que dar fe a Eratóstenes. Comienza por Samosata de la Comagena, situada próxima al puente del Éufrates, y cuenta desde la frontera de la Capadocia, cerca de Tomisa hasta dicha ciudad, 450 estadios».

CAPÍTULO XXXVII

Visita a Alejandría.

«Polibio, que visitó la ciudad de Alejandría en tiempo de los reyes de Egipto, deplora amargamente la situación en que se la encontró después. «Existían, dice, tres clases de habitantes: los egipcios o indígenas, inteligentes y sumisos a las leyes; los mercenarios, muy numerosos e indisciplinados, por ser antigua costumbre allí mantener tropas extranjeras, pero la nulidad de los príncipes les enseñó más a mandar que a obedecer; y los alejandrinos, que por igual causa no se les gobernaba fácilmente. Valían, no obstante, más que los mercenarios, porque, aun siendo raza mezclada, su origen griego les hacía conservar algo del carácter propio de esta nación. La última clase fue casi aniquilada, principalmente por Evergetes Fiscón, en cuyo reinado fue Polibio a Alejandría. Irritado este príncipe por los motines de los alejandrinos, les entregó varias veces al furor de los soldados, que los degollaban. Visto el estado en que se halla esta ciudad, agrega el mismo autor, hay que decir con Homero:

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

La guerra del fuego.

Dióse el nombre de guerra de fuego a la que sostuvieron los romanos contra los celtíberos. La forma en que se condujo esta guerra y la continua serie de combates, son verdaderamente dignos de admiración. Las guerras germánicas y asiáticas acaban habitualmente con una sola batalla, rara vez con dos, y casi todas ellas se deciden al primer choque y por el ataque de todas las tropas. En la guerra a que nos referimos ocurrió de muy distinto modo. Regularmente, la noche ponía término al combate, pues los dos bandos resistían con valor, y por fatigados que estuvieran negábanse a dar descanso a sus fuerzas físicas. Como pesarosos de que la noche interrumpiera la lucha, al amanecer empezaban de nuevo a combatir. Apenas lograron los fríos del invierno poner fin a esta guerra y a los combates parciales.

CAPÍTULO II

Los belos y los tithos, aliados del pueblo romano, despachan embajadores a Roma.- Los aravacos, sus enemigos, envían asimismo otra.- Guerra contra estos últimos.- Valor de Escipión Emiliano.

Efectuada la tregua con Marco Claudio, despacharon los celtíberos embajadores a Roma y permanecieron tranquilos esperando la contestación. Aprovechó Marcelo este intervalo para marchar contra los lusitanos, tomando por asalto a Nergobrix, su capital, y pasando el invierno en Córdoba. Los representantes de los belos y de los tithos, como amigos del pueblo romano, fueron recibidos en Roma; mas a los aravacos, de quienes estaban descontentos, se les ordenó que esperasen en sus tiendas al lado opuesto del Tíber hasta que se examinara su asunto. Cuando llegó el momento de que el Senado celebrase audiencias, el cónsul los condujo ante él separadamente. Los belos y tithos, aunque bárbaros, explicaron con gran sensatez los diferentes bandos de su región, y demostraron que si no se castigaba cual merecían serlo a los que habían tomado las armas contra los romanos, tan pronto como el ejército consular saliera del país, atacarían a los amigos de Roma, tratándoles como a traidores a su patria; que si su primera falta quedaba impune, la renovarían; y si conseguían resistir al poder de Roma, no les sería difícil arrastrar toda España a su partido. Manifestado esto, solicitaron la permanencia de un ejército en España; que se enviara cada año un cónsul que protegiera a los aliados y les vengara de los insultos de los aravacos, y que antes de retirar las legiones se tomara de la sublevación de éstos venganza capaz de inspirar temor a los que desearan seguir su ejemplo.

Retiráronse los belos y los tithos y penetraron los aravacos, en quienes se advertía, a pesar de la afectada modestia de sus frases, que no se consideraban vencidos, y que sus pensamientos no respondían a sus palabras. Atribuyeron sus derrotas a la inconstancia de la fortuna; dijeron que las victorias de los romanos sobre ellos fueron largo tiempo disputadas, y hasta osaron insinuar que tuvieron ventaja en los combates con los romanos; y que si se les imponía algún castigo se someterían de buen grado, porque expiando así su falta se les restauraría bajo el pie de la antigua confederación ordenada por Tiberio Graco en España. Despedidos los aravacos, oyó el Senado a los comisionados de Marcelo, y advirtiéndole en su informe que se inclinaban a acabar la guerra y que el mismo cónsul era más favorable a los enemigos que a los aliados, contestó a los embajadores de unos y otros que Marcelo les daría a conocer en España las intenciones del Senado. Persuadido éste de que el consejo de los belos y tithos era ventajoso a la República, de que debía ser reprimido el orgullo de los aravacos y de que Marcelo no se atrevía por timidez a proseguir la guerra, ordenó

secretamente a los comisarios enviados a España seguir a todo trance las operaciones contra los aravacos y de una forma digna del nombre romano. Tomada esta resolución, porque no inspiraba gran confianza el valor de Marcelo, pensóse en seguida dar otro jefe al ejército de España, que debía ser uno de los dos cónsules, Aulo Postumio Albino o L. Licinio Lúculo, que entraron entonces en ejercicio. Comenzaron sin pérdida de tiempo grandes preparativos para resolver los asuntos de España, creyendo que, subyugados los enemigos, todos los pueblos de este continente se someterían a la ley de la República dominante; y si, por el contrario, se empleaban las contemplaciones, todos se contagiarían del orgullo de los aravacos.

A pesar del celo y actividad del Senado, en esta ocasión, al tratar del reclutamiento de tropas, tuvo gran sorpresa. Súpose en Roma por Quinto Fulvio y los soldados que a sus órdenes sirvieron en España el año anterior, que casi constantemente se vieron obligados a estar con las armas en la mano, siendo innumerables los combates, infinidad los romanos muertos y que los celtíberos eran invencibles, temblando Marcelo de que se le ordenara continuar la guerra. Tales noticias produjeron en la juventud consternación tan grande, que los más ancianos declaraban no haber visto jamás en Roma cosa semejante. En fin, la aversión por el viaje a España creció hasta el punto de que, mientras en otras ocasiones se encontraban más tribunos de los necesarios, ninguno pidió entonces este cargo. Los antiguos jefes designados por los cónsules para marchar con el general se negaron a seguirle, y lo más deplorable fue que la juventud romana, a pesar de citada, no quiso hacerse inscribir; y para evitar el alistamiento valiéndose de pretextos que ni el honor permite examinar ni la vergüenza explicar. La multitud de los culpados hacía imposible el castigo.

Inquietos esperaban el Senado y los cónsules dónde iría a parar la imprudencia de aquella juventud, porque así se calificaba entonces su despego a la guerra, cuando Publio Cornelio Escipión, joven aún, que había aconsejado la guerra, aprovechó el conflicto en que el Senado se hallaba para unir a su reputación de prudente y probó la de esforzado y animoso que le faltaba. Púsose en pie y manifestó que iría de buen grado a prestar sus servicios en España como tribuno o general; que se le había invitado a ir a Macedonia para asunto de menos riesgo (porque efectivamente los macedonios le solicitaron nominalmente para reprimir algunos desórdenes en aquel reino) mas que no podía abandonar la República en tan premiosas circunstancias, que obligaban a ir a España a cuantos tuvieran amor a la gloria. Sorprendió este discurso, admirando que, mientras tantos otros no osaban presentarse, un joven patricio ofreciera generosamente sus servicios. Acudieron a abrazarle, y al día siguiente redoblaron los aplausos, porque los que tuvieron miedo de alistarse, temerosos de que el valor de Escipión comparado con su cobardía les deshonrara, apresuráronse a solicitar los cargos militares y a inscribirse en los alistamientos. Vaciló al principio Escipión acerca de si convenía atacar inmediatamente a los bárbaros.

El caballo de Escipión recibió una herida muy grave, pero no cayó, y tuvo Escipión tiempo para saltar a tierra.

CAPÍTULO III

Frase de Catón a propósito de los aqueos.

Debatíase mucho en el Senado el asunto de los desterrados de Acaia, deseando unos que se les devolviera a su patria, y oponiéndose otros. Catón, a quien Escipión a ruegos de Polibio había recomendado este asunto, se puso en pie y dijo: «Parece que nada tenemos que hacer al vernos disputar todo un día para saber si algunos griegos decrépitos serán enterrados por nuestros sepultureros o por los de su patria.» El Senado decretó que se les pusiera en libertad. Pocos días después solicitó Polibio permiso para presentarse al Senado y pedir que se devolvieran a los desterrados las dignidades que gozaban en Acaia antes del destierro; mas quiso previamente sondear a Catón para averiguar lo que de esto pensaba. «Paréceme, Polibio, le respondió Catón riendo, que habiendo escapado como Ulises del antro de Cíclope, deseas volver a entrar por el sombrero y

cinturón que has olvidado.»

LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

Principio de la tercera guerra púnica.- Los cartagineses se rinden al fin a los romanos en forma de dedición.- Lo que significa esta palabra.- Leyes que se les impusieron.

Los cartagineses deliberaron largo tiempo sobre la satisfacción que Roma pedía. Ya les había ocurrido entregarse a ellos, pero Utica se les adelantó a hacerlo. No tenían, sin embargo, otro recurso para evitar la guerra, y hacían lo que los vencidos jamás hicieron aun en la mayor extremidad, y aun viendo a los enemigos al pie de sus murallas; siendo lo peor que lo efectuaban sin esperar nada de esta sumisión, porque el haberse entregado antes Utica debilitaba el mérito de este acto. Era necesario, no obstante, tomar un partido; y, en último caso, no era tan grande este mal como el de verse obligados a proseguir la guerra; por lo cual tras muchas conferencias secretas acerca de lo que convenía hacer, comisionaron a Giscón, Strutano, Amílcar, Misdes, Gillicas y Magón, dándoles plenos poderes para transigir con los romanos como juzgaran oportuno. Al llegar a Roma estos embajadores, supieron que estaba declarada la guerra y en marcha el ejército. Sin deliberar, se entregaron con cuanto les pertenecía a los romanos. Ya hemos explicado lo que significa entregarse a discreción de alguno o rendirse en forma de dedición; pero bueno es refrescar la memoria. Rendirse o entregarse a discreción de los romanos era hacerles dueños absolutos del país, de las ciudades, de los habitantes, de los ríos, de los puertos, de los templos, de las tumbas, en una palabra, de todo.

Efectuada esta rendición, penetraron los embajadores en el Senado, y el cónsul les declaró la voluntad de esta asamblea, manifestando que, puesto que habían tomado al fin el buen partido, el Senado les concedía libertad, el uso de sus leyes, todas sus tierras y demás bienes que poseyeran como particulares o del Estado. Hasta aquí los representantes sólo tenían motivos de regocijo, pues esperando únicamente desdichas, las creían soportables al concederles al menos los bienes más necesarios y preciosos. Mas al agregar el cónsul que era a condición de que en el término de treinta días enviarían en rehenes a Lilíbea trescientos jóvenes de los más notables de la ciudad, y de que hiciesen lo que los cónsules les ordenaran, esta última frase les produjo gran inquietud, porque ¿qué deberían ordenarles estos cónsules? Salieron sin replicar y dirigieronse a Cartago, donde comunicaron el resultado de su embajada. Mucho agradaron todos los artículos del tratado, pero el silencio sobre las ciudades, no mencionadas en lo que los romanos concedían, alarmó bastante a los cartagineses.

Advirtiendo esta duda Magón, apodado Breicio, tranquilizó los ánimos. «De las dos épocas que se os han concedido, dijo a los senadores, para deliberar sobre vuestros intereses y los de la patria, la primera pasó ya. No es ahora cuando debéis alarmaros por lo que los cónsules os ordenen, ni porque el Senado romano no haya hecho mención alguna de las ciudades, sino cuando os entregasteis a Roma. Efectuado esto, toda deliberación es superflua y únicamente corresponde obedecer las órdenes que se reciban, a menos que las pretensiones de los cónsules no sean intolerablemente excesivas. Siéndolo, tiempo queda para decidir si vale más sufrir todos los males de la guerra o someterse. » La marcha del enemigo acabó con la incertidumbre acerca de lo que debían temer. El Senado ordenó que enviaran los trescientos rehenes a Lilíbea. Se les escogió entre la juventud cartaginesa y les condujeron al puerto. No se puede explicar el dolor con que sus parientes y amigos les siguieron; tan sólo se oían gemidos y lamentos; las lágrimas corrían de todos los ojos, y las infelices madres aumentaban infinitamente este duelo universal con sus muestras de aflicción.

Cuando desembarcaron los rehenes en Lilíbea fueron entregados a Q. Fabio Máximo, pretor entonces de Sicilia, que los envió a Roma, donde los encerraron en un solo edificio. Mientras tanto

los ejércitos consulares llegaron a Utica, y la noticia produjo el mayor espanto en Cartago. No sabiendo qué mal amenazaba, temíanlos todos. Fueron comisionados al campamento romano para recibir las órdenes de los cónsules y para declarar que se estaba dispuesto a obedecerles en todo, y celebróse un Consejo en que el cónsul, tras elogiar sus buenas intenciones y su obediencia, les ordenó entregar sin fraude ni demora todas sus armas. Consintieron los comisionados, pero rogándole reflexionara a qué estado quedarían reducidos si los romanos se llevaban todas sus armas. Preciso les fue, no obstante, entregarlas.

Sin duda alguna esta ciudad era muy rica, pues entregó a los romanos más de doscientas mil armas y dos mil catapultas.

CAPÍTULO II

Cólera de los cartagineses al saber la contestación de los romanos.

No podían formar idea del infortunio que les amenazaba, mas la actitud de sus embajadores les hizo augurar todos los males, comenzando las quejas y lamentos

Tras estos generales clamores reinó profundo silencio, como cuando se aguarda algún acontecimiento que sorprende; pero pronto corrió la noticia, y el estupor dejó de ser silencioso. Unos se arrojaban furiosos contra los comisionados, como si fueran causa de sus males; otros hacían víctima de su ira a los italianos que encontraban; otros acudían a las puertas de la ciudad.

CAPÍTULO III

Sobre Escipión.

Al ver las avanzadas del enemigo, Fameas, que no era tímido, no osaba, sin embargo, entregarse a Escipión, mas se aproximó a aquellas resguardado por una altura del terreno, y permaneció allí largo tiempo...

Los manípulos de los romanos se habían refugiado sobre la colina, y cuando todos manifestaron su parecer, Escipión dijo: «Puesto que se trata de deliberar, antes de que comencemos opino que debéis cuidar más de no recibir daño, que de hacérselo al enemigo

A nadie debe admirar que relatemos con detenimiento cuanto a Escipión atañe, y recordemos una por una todas sus palabras

Cuando Marco Poncio Catón supo las grandes cosas realizadas por Escipión, dicese que dijo era el único sabio, y que los demás parecían sombras a su lado.

LIBRO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Museo.

Museo es un lugar de Macedonia, próximo a Olimpia

CAPÍTULO II

Los prienios.

Acaeció por entonces a los prienios una desgracia verdaderamente extraña. Mientras Holofernes era dueño de Capadocia, depositó en Priena una suma de cuatrocientos talentos, y al ser Ariarates restaurado en el trono, pidió esta cantidad. Los prienios se negaron a entregarla por un motivo que me parece justo, cual era que mientras viviese Holofernes no debían disponer del depósito que les había confiado. Efectivamente, muchas personas censuraban a Ariarates su decisión de exigir lo que no era suyo, porque limitándose a pedir la suma para ver si se la entregaban, pudiera excusar la petición manifestando que aquella cantidad pertenecía al reino; pero hizo muy mal en irritarse contra la ciudad depositaria y exigirla con violencia. A tal exceso llevó su arrebato, que hizo saquear el territorio de Priena, siguiendo el mal consejo que por algunas cuestiones que tuvo con esta ciudad le dio Attalo, quien además le ayudó a realizarlo. Hasta en las puertas de la ciudad fueron degollados en montón hombres y animales. Sin elementos para defenderse, los prienios pidieron primero ayuda a Rodas y después a Roma, pero no cedió Ariarates, y lejos de sacar Priena el provecho que esperaba de aquella gran suma, tras devolverla a Holofernes tuvo que sufrir las consecuencias de la injusta venganza de Ariarates, que llevó su cólera a mayor extremo que Antífanos de Bergea, no siendo fácil ver cosa igual a nuestros más remotos descendientes.

CAPÍTULO III

Prusias.

Ni por el cuerpo ni por el espíritu destacaba este príncipe. Como estatura parecía un medio hombre, y por el valor y corazón, una mujer. No sólo era tímido, sino endeble e incapaz del trabajo; en una palabra, afeminado de cuerpo y alma, defectos que en todas partes desagradan en los reyes, y mucho más en Bitinia. Las bellas letras, la filosofía y demás ciencias relacionadas con ellas, le eran perfectamente desconocidas, y no tenía idea alguna de lo bello y de lo honesto. Noche y día vivía como verdadero Sardanápalo, y por ello sus súbditos, al primer rayo de esperanza que vieron, lanzáronse impetuosos contra él para castigarle por la forma en que los había gobernado.

CAPÍTULO IV

Massinisa, rey de los númeridas.

Fue este príncipe en nuestro siglo el más cumplido y feliz. Su reinado pasó de sesenta años, y falleció a los noventa, conservando hasta el último momento perfecta salud y tanta robustez, que cuando precisaba permanecer de pie lo estaba todo un día sin cambiar de lugar, y una vez sentado, no se levantaba antes de la noche. Sin molestia pasaba, cuando era necesario, día y noche a caballo. Prueba manifiesta de su fuerza es que, muriendo nonagenario, dejó un hijo de cuatro años llamado

Stembalo, que fue adoptado por Micipsa. Tuvo además otros cuatro hijos tan estrechamente unidos a él y entre sí, que ningún disgusto doméstico turbó el reposo de su reino. Admirable es en este rey haber logrado que la Numidia, que antes nada producía, creyéndosela estéril, diera todos los frutos que cualquier otra comarca. No se pueden enumerar los árboles que hizo plantar, y que le proporcionaban toda clase de frutos, y nada más justo que alabar a este rey y honrar su memoria. Llegó Escipión a Cirta tres días después de la muerte de Massinisa, y ordenó los asuntos de la sucesión.

CAPÍTULO V

Fallecimiento de Massinisa.

«Refiere Polibio que Massinisa falleció a los noventa años, dejando un hijo de cuatro años de edad. Poco antes de su muerte, tras la batalla en que venció a los cartagineses, se le vio a la puerta de su tienda comiendo un pedazo de pan negro, y preguntándole alguno por qué hacía esto, contestó, que porque quería con ello

CAPÍTULO VI

Sobre los discursos de los hombres de Estado.

Tal vez nos preguntes por qué no hemos incluido en nuestra historia los discursos de los hombres de Estado, rica materia y cosa importante que no descuidaron otros historiadores, distribuyéndolos en sus obras. En varios lugares de mi historia he demostrado no desdeñar esta costumbre, incluyendo discursos de hombres políticos y arengas de generales; pero en tesis general prefiero sin empeño de imponerla, mi forma de escribir la historia. No existe sin duda materia más rica brillante y fácil de encontrar, ni que sea más familiar pero así como creo que los hombres políticos no deben dedicarse a hacer en todos casos pomposas disertaciones de igual modo no conviene a los historiadores reproducir cuantas frases oyen o recogen, ni hacer gala de recursos literarios, sino descubrir lo que verdaderamente se ha dicho y referido, escogiendo lo más oportuno e importante.

CAPÍTULO VII

Rumores sobre distintas cuestiones.

Infinitos rumores corrieron respecto a los cartagineses cuando los romanos les hicieron la guerra y relativos al falso Filipo y a los griegos en general. Los asuntos de Cartago sufrieron muchas variaciones: manifestaban unos, para justificar su inclinación a los romanos, que las ideas de éstos respecto al gobierno eran excelentes; vencer al fin el peligro que con frecuencia les había amenazado; destruir una ciudad que luchó varias veces por el imperio del mundo y que aun podía luchar, era el medio de asegurar la superioridad de su patria. Así opinaban los hombres sensatos y de alteza de miras. Respondían algunos que no era tal su intención al adquirir el imperio, mas que insensiblemente se inclinaban al sistema invasor de Atenas y Lacedemonia, marchando con paso lento pero seguro a la realización de su empresa. ¿No guerrearón mientras hubo enemigos que vencer para imponerles su voluntad, sus condiciones y sus órdenes? He aquí el prólogo de una política que condujo a la ruina de Perseo y usurpación del reino de Macedonia y que producía ahora la conquista de Cartago. Nadie se libró de su poder, lo cual prueba que tenían un plan severo e inflexible y que estaban resueltos a sufrirlo todo y emprenderlo todo por llevarlo a cabo.

Otros decían que Roma era una nación puramente guerrera y poseedora de una virtud que debía

granjearle el respeto de todos; es decir, que hacía la guerra francamente y no por emboscadas y sorpresas tenebrosas, desdeñando todo lo que era ardid y engaño, y no aliándose sino a los que, como ellos, miraban de frente el peligro, mientras los cartagineses todo lo hacen por engaños y estratagemas, presentándose u ocultándose según les conviene, hasta que pierden la esperanza de que los aliados les socorran: cosa más propia de una política monárquica que de la política romana, y que mejor merece el nombre de perfidia y de verdadera ruina. A esto se contestaba que si los cartagineses antes de efectuar el tratado obraron como se ha dicho, responsables eran de los cargos que se les hacían; que si después de entregarse a merced de los romanos (Aquí existe una laguna en el texto) cosa casi impía...Que se llamaba impiedad la ofensa hecha a los dioses, a los padres y a los muertos, y mala fe la no observancia de los tratados y convenios... (Nuevas lagunas en el texto.) Que los romanos no eran culpables, porque no faltaban al respeto a los dioses, a los antepasados o a los muertos, ni violan los tratados ni las palabras dadas; imputando, por el contrario, este crimen a los cartagineses, sin trasgresión por su parte de las leyes, los derechos y los deberes de la conciencia; que después de dictar condiciones de buen grado aceptadas, veíanse obligados por la mala fe a imponerlas tan duras como las necesidades exigían. He aquí lo que se decía de cartagineses y romanos.

Por lo que toca al falso Filipo, lo que en un principio se dijo no era admisible. Existía en Macedonia un falso Filipo que despreciaba por igual a romanos y macedonios, sin tener medios razonables de acción, porque se sabía que el verdadero Filipo murió en Alba (Italia) a los dieciocho años de edad, y dos después que Perseo. A los tres o cuatro meses llegó la noticia de que había derrotado a los macedonios cerca de Strimon en Odomántica, y unos la creyeron, pero la mayoría no le dio crédito, y cuando poco después se supo que los macedonios habían sido nuevamente vencidos, que Filipo ocupaba toda la Macedonia, y que los tesalios enviaron cartas y embajadores a los aqueos pidiéndoles ayuda y alianza contra este nuevo peligro, gritaron: «prodigio», porque tales rumores ni eran ciertos ni verosímiles.

CAPÍTULO VIII

Misivas de Manilio.- Misión de Polibio el Megalopolitano.

Recibieron los aqueos en el Peloponeso misivas de Manilio que les aconsejaba enviar inmediatamente a Lilibea a Polibio el Megalopolitano que era muy necesario para los asuntos públicos, y los aqueos atendieron el deseo del cónsul. Por mi parte, opinando que les convenía obedecer en todo a los romanos, dejé a un lado mis asuntos y me embarqué; pero al llegar a Corcira recibí nuevas cartas de los cónsules manifestando que los cartagineses habían entregado ya los rehenes y se hallaban dispuestos a la obediencia. Juzgué acabada la guerra, creí que ya no me necesitaban.

No debe sorprender que algunas veces me cite en mi historia, por haber intervenido personalmente en los muchos acaecimientos que relato. Alguien creará erróneamente que, en vez de serme penoso hablar sin cesar de mí, aprovecho las circunstancias para hacerlo y en verdad las evito, nombrándome cuando no se puede en otra forma referir los hechos.

CAPÍTULO IX

Manifestaciones populares contra el recuerdo de Calícratos.

Derribáronse las estatuas de Calícratos y restauráronse las de Licortas cuando éste subió al poder, por cuya mutación todo el mundo dijo que no conviene en días de prosperidad dañar a nadie, sabiendo que la fortuna se complace en derribar desde lo más alto de su ambición a los ambiciosos

La raza humana es grandemente aficionada a novedades y cambios.

CAPÍTULO X

Embajadores romanos.

Despacharon embajadores los romanos para censurar a Nicomedes su expedición, e impedir a Attalo que hiciese la guerra a Prusias, y los elegidos fueron Marco Licinio, gotoso que no podía moverse, Metelo Maucino, que desde que recibió el golpe de una teja en la cabeza se hallaba tan mal de salud que desesperaban de curarle, y Lucio Maleolo, el más insensible tal vez de los romanos. Como la misión exigía rapidez y audacia, los elegidos no parecieron a propósito, y por esto declaró Marco Porcio Catón, en pleno Senado, que necesariamente sería muerto Prusias, y que Nicomedes envejecería tranquilo en el trono; porque ¿qué se podía esperar de una embajada a la que faltaban pies, cabeza y corazón?

CAPÍTULO XI

Sobre la apelación a los dioses.

Por mi parte, diré lo que opino en cuanto lo permite el género de mi trabajo. Cuando es difícil o imposible a nosotros, débiles mortales, encontrar la causa de un acontecimiento, se puede recurrir a un dios o a la fortuna, como, por ejemplo, sucede con las lluvias o sequedad continua que destruyen los productos de la tierra, con las epidemias y otros fenómenos cuyas causas no se descubren fácilmente. En un conflicto de esta clase rogamos, sacrificamos, preguntamos a los dioses lo que es preciso decir o hacer para alivio de nuestros males; mas cuando es fácil conocer el origen de un acaecimiento, no creo útil la intervención de los dioses.

Refiérome a lo ocurrido últimamente en Grecia, donde, por ignorancia y falta de hombres, las ciudades quedaron despobladas y hambrientas sin epidemias ni largas guerras. Si alguno en esta ocasión hubiese aconsejado preguntar a los dioses lo que era necesario decir o hacer para mejorar nuestra situación y repoblar las ciudades, el consejo pareciera seguramente extraño, siendo conocida la causa del mal y el medio de repararla. Entregados los hombres a la pereza, la cobardía y el libertinaje, ni querían casarse ni criar a sus hijos nacidos fuera de matrimonio, guardando a lo más uno o dos para dejarles ricos y afortunados. Esta era la causa del mal. Si los dos hijos por guerra o enfermedad morían, aunque sólo fuera uno la casa quedaba desierta, y como las colmenas sin abejas las ciudades carecían de fuerza. No es preciso pedir a los dioses los medios necesarios para remediar el mal, pues cualquiera dirá: ¿Por qué vosotros que tenéis leyes obligatorias, no educáis a vuestros hijos? No a magos o adivinos, a la razón hay que consultar en tales casos. Respecto a las cosas cuya causa ni se ve ni se comprende puede referirse lo que aconteció a los macedonios. Recibieron éstos de los romanos grandes beneficios Primeramente, en asuntos públicos les libraron de sus magistraturas y en los privados de la crueldad... de la ruina... y de las empresas del falso Filipo... Los macedonios, primero a las órdenes de Demetrio y después a las de Perseo, combatieron a los romanos y fueron derrotados, y con un hombre sin medios, por cuyo trono peleaban, resultaron vencedores. ¿Cómo puede esto explicarse? La causa es impenetrable, y cabe achacarla al destino y a la cólera de los dioses irritados contra Macedonia. Evidentemente se puede decir esto...

LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

Origen del odio de los romanos contra los aqueos.

Al regresar del Peloponeso, relataron Aurelio y sus colegas lo que les había ocurrido, asegurando que el peligro a que se vieron expuestos no fue por repentina emoción pública, sino por complot premeditado y pintando con los más negros colores el pretendido insulto que los aqueos les hicieron. Al escucharles, apenas era posible venganza apropiada a la ofensa. Grande fue, efectivamente, la indignación del Senado, y envió inmediatamente a Julio a Acaia con encargo de quejarse, aunque moderadamente, y de exhortar a los aqueos a que no dieran oídos a malos consejos para no incurrir por imprudencia en el enojo de Roma, peligro que podían evitar castigando ellos mismos a los que les exponían a arrostrarlo. Estas órdenes prueban evidentemente que el Senado no pensaba en modo alguno destruir la Liga aquea, sino castigar la orgullosa aversión de la misma a Roma. Imaginaron algunos que el tono de los romanos hubiera sido más imperioso de haber acabado la guerra contra Cartago; pero esta idea carece de fundamento, porque amaban de largo tiempo atrás la nación aquea, siendo la que más confianza les inspiraba en Grecia. La amenaza de guerra tuvo por único objeto humillar el orgullo de los aqueos que les molestaba, pero jamás pensaron en romper relaciones con ellos y acudir a las armas.

CAPÍTULO II

Arriba a Acaia Sexto, comisario romano.- Obstinación de los aqueos en procurarse la propia ruina.

Yendo de Roma al Peloponeso, encontraron en el camino Sexto Julio y sus colegas a un representante de la facción llamada Thearidas, que los sediciosos enviaban a Roma para dar cuenta de sus procedimientos contra Aurelio, y le aconsejaron que regresara a su tierra, donde escucharía las órdenes del Senado para los aqueos. Al llegar a Egia, donde la dieta nacional había sido convocada, hablaron con mucha moderación y dulzura, no aludiendo a los malos tratos de que fue objeto Aurelio, excusando a los aqueos mejor que ellos pudieran hacerlo, y exhortando al Concejo a no aumentar con otras la primera falta, a no irritar a los romanos y a dejar en paz a los lacedemonios. La moderación de estas advertencias complació mucho a todas las personas sensatas, recordando su pasado comportamiento y el rigor de Roma con los pueblos que se atrevían a medirse con ella. La mayoría, sin tener que replicar nada a las razones de Julio, se mantuvo tranquila, pero existía oculto en el fondo un fuego de descontento y rebelión que no apagaron los discursos de los representantes de Roma y que alentaban Dico Critolao y los individuos de su facción escogida en cada ciudad entre los más perversos, impíos y perniciosos. En cuanto al Consejo de la nación, no sólo recibió mal los testimonios de amistad de los embajadores romanos, sino que cometió la insensatez de creer que se expresaron con tanta benevolencia porque su república, ocupada ya en dos grandes guerras, en África y España, temía que los aqueos se sublevaran contra ella, y que por tanto el momento era propicio para sacudir el yugo. Trató, no obstante, a los embajadores con mucha atención manifestándoles que enviaría a Thearidas a Roma y que fueran ellos a Tegea, para gestionar allí con los lacedemonios y persuadirles a la paz. Con este engaño entretuvieron al desdichado pueblo, asociándole al temerario proyecto en que tiempo atrás meditaban. Esto es lo que debía esperarse de la inhabilidad y depravación de los jefes, que acabaron de perder la nación del modo que vamos a decir. Los comisarios romanos fueron efectivamente a Tegea e indujeron a los lacedemonios a reconciliarse con los aqueos y a suspender toda hostilidad hasta que llegaran a Roma los encargados de transigir todas las cuestiones; pero la cábala de Critolao dio por resultado que nadie, a excepción de este pretor, acudiera al Congreso, y aún llegó cuando ya casi no se le

esperaba. Conferenció con los lacedemonios, pero no quiso avenirse a nada, diciendo que nada podía decidir sin el consentimiento de la nación, a la que sometería el asunto en la Dieta general que podría ser convocada dentro de seis meses. Esta superchería desagradó mucho a Julio, que tras despedir a los lacedemonios fue a Roma y describió a Critolao como hombre extravagante y furioso. Apenas salieron los comisarios del Peloponeso, corrió Critolao de ciudad en ciudad durante todo el invierno, y convocó asambleas como para dar a conocer lo que manifestó a los lacedemonios en las conferencias de Tegea, y en realidad para excitar los ánimos contra Roma, interpretando de la forma más odiosa cuanto los romanos dijeron a fin de inspirar la aversión que les tenía y logrando su objeto. Prohibió a los jueces perseguir o aprisionar por deudas a ningún aqueo hasta que acabaran las cuestiones entre la Dieta y Lacedemonia, con lo cual dispuso a la multitud a recibir sumisa las órdenes que quisiera darle. Incapaz el pueblo de reflexionar en el futuro, tragó el anzuelo de la primera ventaja concedida.

Supo Metelo en Macedonia la agitación que reinaba en el Peloponeso, y envió a C. Papirio, al joven Escipión el Africano, a Aulo Gabinio y C. Faunio, que al llegar, por casualidad, a Corinto en la época en que el Consejo se reunía allí, hablaron con igual moderación que Julio. Nada omitieron para impedir que los aqueos perdieran por completo la amistad de los romanos por sus cuestiones con los lacedemonios o por su aversión a Roma. A pesar de ello, el populacho no se contuvo; mofáronse de los comisarios; se les arrojó ignominiosamente de la asamblea, y se reunieron multitud de obreros y artesanos a su alrededor para insultarles. Las ciudades de Acaia se hallaban entonces como en delirio, pero Corinto más que todas. A muy pocos agradaron los discursos de los embajadores, y la tumultuosa asamblea transpuso con su furor todos sus límites.

Viendo el pretor con complacencia que todo resultaba a su gusto, arengó a la multitud, siendo los magistrados principal objeto de sus invectivas, y censurando acremente a los amigos que Roma tenía entre los aqueos. Ni siquiera los embajadores viéronse libres de sus ataques. Dijo que no le disgustaba tener a los romanos por amigos pero que no les sufriría como amos; que por poco valor que mostraran los aqueos, no les faltarían aliados, ni amos si no tenían corazón para defender su libertad. Con tales razones y otras parecidas, el artificioso pretor sublevó al pueblo, y agregó que no sin haber tomado antes las oportunas medidas se atrevía a hacer frente a los romanos, pues contaba para ello con reyes y repúblicas. Estas últimas frases asustaron a los prudentes ancianos que había en la asamblea, quienes rodeando al pretor, quisieron imponerle silencio. Critolao llamó su guardia y amenazó a los respetables senadores con los peores tratamientos si se atrevían a tocarle el vestido. Manifestó en seguida que no podía contenerse más, debiendo declarar que no merecían inspirar tanto temor lacedemonios y romanos, como los que entre los aqueos favorecían a unos y otros, pues conocidos eran quiénes les ayudaban más que a su propia patria; que Evagoras de Egia y Stratogio de Tritea referían a los embajadores romanos cuanto ocurría en el Consejo de la nación. Stratogio desmintió al pretor. «Cierto es, dijo, que he visto a los embajadores y que estoy decidido a verles, porque son nuestros amigos y aliados; pero pongo por testigos a los dioses de que jamás les descubrí los secretos de nuestras asambleas.» Algunos le creyeron bajo su palabra, pero la multitud prefirió creer a su pretor, que con tales calumnias logró se declarara la guerra a los lacedemonios, y con ellos a los romanos. A este decreto siguió otro no menos injusto, por el cual, quien en la expedición se apoderase de alguna tierra o plaza, quedaría dueño de ella. Desde entonces, casi monarca en su país, sólo pensó el pretor en malquistar y sublevar los aqueos contra los romanos, no sólo sin razón, sino por los medios más irregulares o injustos. Declarada la guerra, los embajadores se separaron. Papirio fue primero a Atenas, y regresó en seguida a Lacedemonia para observar de lejos las operaciones del enemigo; otro partió para Neupacta, y dos quedaron en Atenas hasta que llegó allí Metelo. Tal era el estado de los asuntos en el Peloponeso.

CAPÍTULO III

Desventuras de los griegos.

Por lo que toca a Grecia, tan frecuentemente abatida en general y en sus diferentes partes, en ninguna época como en la actual le convendría este nombre y pensamiento de desdicha

Al referir estos infortunios, todo el mundo compadecerá a los griegos, y más aún al conocer la verdad con detalles

Dícese que los mayores desastres los sufrieron los cartagineses...; se verá que los de los griegos los superan. Aquellos, como último recurso, dejaron una justificación de sí mismos a sus descendientes; éstos no dejaron ni una frase a los que quisieran ayudarles en sus desastres. Heridos en el corazón los cartagineses, desaparecen para siempre sin esperanza de resucitar; los griegos prolongan su propia agonía, dejando a sus hijos una herencia de lágrimas, hasta el punto de merecer más compasión los que sobreviven para ser desgraciados, que los que mueren en el momento del infortunio. Por ello creemos que la desdicha de los griegos es más digna de piedad que la de Cartago, a menos que no se quiera confundir lo bello y lo útil, comparando ambas historias. Lo que mejor prueba la exactitud de nuestra apreciación es que nadie, acudiendo a sus recuerdos, puede decir que los griegos hayan sufrido más crueles desgracias que las referidas

El destino infundió a los griegos un terror espantoso a la llegada de Jerjes a Europa. Todos corrieron el mayor peligro, pero pocos se perdieron por completo, especialmente los atenienses, que previendo con acierto el futuro, abandonaron con mujeres e hijos la patria. Esto les perjudicó en el sentido de que los bárbaros, dueños de Atenas, la saquearon, pero en vez de vergüenza y oprobio lograron gloria y honor al sacrificar valerosamente sus propios intereses, prefiriendo combatir por toda Grecia. Tan gloriosa elección no sólo les hizo adquirir una patria y un territorio, sino el imperio de Grecia, que algún tiempo después les disputaron los lacedemonios. Batidos más tarde por los espartanos, sufrieron el dolor de ver arrasarse sus murallas, mas esto no fue glorioso para Lacedemonia, porque usó tiránicamente de su victoria.

CAPÍTULO IV

Consideraciones en torno a Alejandro de Feres.

Alejandro de Feres, que fue poco tiempo feliz es decir, que estuvo poco tiempo seguro, cosa poco frecuente cuando se tienen enemigos exteriores... A veces se ve mudar a la fortuna por la fuerza de muchas voluntades opuestas, y los que eran poderosos quedar subyugados por inesperada buena suerte de las víctimas del infortunio. Calcis, Corinto y otras muchas ciudades, por su excelente posición, tenían guarniciones de macedonios. Los que servían fueron puestos en libertad; los opresores... tratados como enemigos... últimamente disputaban en la ciudad: unos, por el mando y los asuntos públicos; otros, por la monarquía y los reyes. Por ello, con la desgracia tuvieron la vergüenza de sucumbir por sus locuras. Entonces fue general el infortunio para beocios, peloponesios y focios con muchos otros de los que habitan el golfo...

CAPÍTULO V

Más sobre los griegos.

En tal materia no debe sorprender que, franqueando los límites corrientes de la historia, manifieste con calor y decisión mis ideas. Me censurarán acaso de complacencia en referir las faltas de los griegos, siendo como soy el más interesado en disimularlas. No creo que las personas sensatas llamen amigo al que teme la franqueza de las palabras, como no se puede llamar buen ciudadano al que viola la verdad por miedo a desagradar a sus contemporáneos. Además, conviene al historiador acreditar que para él no existe nada superior a la verdad. Cuanto más tiempo ha

transcurrido entre los hechos que relata y el momento en que escribe, más divulgados están aquellos y mayor obstinación precisa el historiador para encontrar la verdad y que el lector comprenda los esfuerzos de su trabajo. En época de cuestiones interiores convenía a un griego socorrer a los griegos de todos modos, ayudándoles, defendiéndoles, apaciguando el rencor de los poderosos, y es lo que he hecho en tales circunstancias; pero los acontecimientos, los hechos reales los refiero tal y como quedaron impresos en mi memoria, sin pasión alguna personal, no por halagar el oído de mis lectores, sino para encauzar sus ideas e impedir que se equivoquen con demasiada frecuencia. Creo haber dicho lo suficiente sobre esta materia.

LIBRO TRIGÉSIMONONO

CAPÍTULO PRIMERO

Asdrúbal, general cartaginés.

Tan limitadas eran en este cartaginés las dotes que distinguen un buen general, como grande su vanidad para hacer alarde de poseerlas. Veamos, entre otros ejemplos, un rasgo de ella. Cuando acudió a la cita dada a Galussa, rey de Numidia, presentóse cubierto con manto de púrpura y seguido de doce guardias bien armados. A veinte pasos del lugar de la cita dejó los guardias, y desde la orilla del foso que tenía enfrente hizo señal al rey para que se le aproximase; señal que debió esperar y no dar. Llegó Galussa sin escolta, vestido sencillamente y sin armas, y al acercarse a Asdrúbal preguntóle por qué llevaba coraza y a quién temía. «Temo a los romanos, contestó Asdrúbal.- Si tanto les temes, replicó Galussa, ¿por qué sin necesidad te encierras en una plaza sitiada? Pero, en fin, ¿qué deseas de mí?- Te ruego, respondió Asdrúbal, que intercedas en nuestro favor con el general romano para que perdone a Cartago y la deje subsistir, pues a todo nos someteremos. » Burlóse Galussa de este encargo. «¡Qué! exclamó al gobernador de Cartago, ¿en el estado en que te hallas, envuelto por todos lados, casi sin recurso ni esperanza, no tienes otra proposición que ofrecer sino la misma rechazada a Utica antes del sitio?- No están las cosas tan desesperadas como crees, contestó Asdrúbal. Nuestros aliados acuden a socorrernos (no sabía lo sucedido en Mauritania); nuestras tropas se encuentran aún en estado de defensa, y tenemos en nuestro favor a los dioses, demasiado justos para abandonarnos, conocen la injusticia de que somos víctimas, y nos darán los medios para vengarnos. Haz entender al cónsul que los dioses tienen en su mano el rayo, que la fortuna cambia, y que en último caso estamos decididos a no sobrevivir a

Cartago y a morir antes que rendirnos.» Así acabó la entrevista, separándose con promesa de verse de nuevo a los tres días.

De regreso al campamento, dio cuenta Galussa a Escipión de lo acaecido, y el cónsul, riendo, dijo: «¡Vaya una ocurrencia la de ese hombre! Después de la cruel matanza de nuestros cautivos, cuenta con la protección de los dioses: no es mala manera de tenerlos propicios violar todas las leyes divinas y humanas.» Advirtió en seguida el rey a Escipión que le convenía cuanto antes acabar la guerra; que sin hablar de casos imprevistos aproximábase la elección de los nuevos cónsules, y pudiera ser que al iniciarse el invierno viniera otro a arrebatarle, sin mérito, el honor de la expedición. Reflexionó Emiliano acerca de este consejo de Galussa y le dijo prometiera de su parte al gobernador la vida y la libertad para él, su esposa, hijos y diez familias de parientes o amigos, permitiéndole sacar de Cartago diez talentos de su fortuna y llevarse seis domésticos, a su elección. Con esta promesa, que, al parecer, debía complacer a Asdrúbal, volvió Galussa a conferenciar con él. Acudió el gobernador a la cita como verdadero rey de teatro, y al ver su traje de púrpura y su andar lento y grave, cualquiera creería que desempeñaba el principal papel en una tragedia. Era Asdrúbal grueso y rechoncho, pero aquel día la hinchazón del abdomen y rubicundez del rostro demostraban que iba repleto, pareciendo hombre que vive en mercado, como buey, para que le engorden, mejor que gobernador de una ciudad cuyos males eran indecibles. Al conocer por Galussa los ofrecimientos del cónsul exclamó, dándose redoblados golpes en la coraza: «Pongo a los dioses y a la fortuna por testigos de que el sol no verá a Cartago destruida y a Asdrúbal vivo. Para un hombre de corazón no existe más noble sepultura que las cenizas de su patria.» Decisión generosa, nobles frases dignas de admiración; pero al llegar el momento de cumplirlas, vióse con sorpresa que este fanfarrón era el más débil y cobarde de los hombres. Mientras los ciudadanos morían de hambre, se regalaba con sus amigos, dándoles suntuosos festines y llenándose el abdomen como para servir de contraste a la miseria de los demás, porque eran innumerables los que perecían de hambre o huían para evitarla. Mofábase de unos, insultaba a otros, y a fuerza de derramar sangre,

intimidó de tal modo a la multitud, que ejercía poder tan absoluto como un tirano en ciudad próspera y patria infortunada. Todo esto confirma lo que he manifestado acerca de la dificultad de encontrar gentes parecidas a las que entonces dirigían los negocios públicos en Grecia y Cartago, y la comparación que de ellas haremos más adelante demostrará esta verdad... El soberbio Asdrúbal, olvidando su fanfarronería, cayó a los pies de Escipión... Al llegar Asdrúbal junto al cónsul, éste le acogió bien, ordenándole que fuera a extranjera tierra.

CAPÍTULO II

Piedad de Escipión.

Refiérese que Escipión, al ver a Cartago totalmente destrozada y en ruinas, derramó abundantes lágrimas, deplorando en voz alta las desdichas de sus enemigos. Reflexionando profundamente que la suerte de las ciudades, pueblos e imperios tan sujeta está a los reveses de la fortuna como la de los simples particulares, y recordando al lado de Cartago la antigua Ilión, tan floreciente, el imperio de los asirios, el de los medas, el de los persas después, el de Macedonia, mayor que todos y tan poderosos, hasta época reciente, fuera que el curso de sus ideas trajera a su memoria los versos del gran poeta, o que la lengua se adelantara al pensamiento, dícese que pronunció en alta voz estas frases de Homero: «Acércase el día de rendirse la gran Ilión, el día en que Príamo y su guerrero pueblo van a caer.»

Preguntóle entonces Polibio, que tenía gran familiaridad con él por haber sido su preceptor, qué sentido daba a estas palabras, y confesó ingenuamente que pensaba en su querida patria, temiendo el porvenir que tendría por la inconstancia de las cosas humanas

CAPÍTULO III

Justificación del autor.

Sé que censurarán mi obra por relatar los hechos sin ilación. Se dirá, por ejemplo, que tras referir la toma de Cartago llevo de pronto al lector a los asuntos de Macedonia, de Siria o de otras partes; que los hombres científicos aprecian la estructura y buscan siempre la proposición principal, siendo necesario unir en la obra la conveniencia a la utilidad. Mi opinión es contraria a este sistema, y la apoyo en la misma naturaleza, que no sigue tal orden en ninguna de sus obras, sino que cambia sin cesar y reproduce las cosas con gran variedad. Puede asimismo citarse el oído, quo en conciertos y declamaciones nunca conserva la misma impresión, si así puede decirse, sino que le conmueven los cambios de sonoridad, las interrupciones, los gritos. Lo mismo ocurre al gusto: los más deliciosos manjares, repetidos, llegan a ser insípidos y apenas puede sufrirse la monotonía, prefiriéndose un alimento vil con tal que varíe. ¿Y acaso no sucede igual cosa con la vista? Los ojos se cansan de la misma contemplación: la variedad, lo abigarrado de los objetos visibles le recrea. Esto se aplica también al alma. Los cambios, las novedades, son como el reposo del hombre activo. Los escritores más ilustres de la antigüedad descansan unos haciendo relatos fabulosos, y otros digresiones sobre asuntos serios, y si, por decirlo así, viajan por Grecia también hacen al mismo tiempo excursiones fuera de ella. Después de describir la Tesalia y las acciones de Alejandro de Feres, pasan a las invasiones de los lacedemonios en el Peloponeso, y a las de los atenienses, y a los asuntos de Macedonia y de Iliria. Hablan en seguida de Ificrates en Egipto y de los grandes hechos de Clearco en el reino del Ponto. En vista de esto, se dirá que faltan a la ordenación de los asuntos, y que yo la observo, porque si tratan esta cuestión: «cómo Bardilos, rey de Iliria, y Quersobleptes, de Tracia, se apoderaron del poder», ni agregan lo que sigue, ni recurren a lo que acompaña a estos acaecimientos, sino que, como en un poema, vuelven siempre a su asunto. Nosotros, por el contrario, describimos los más célebres lugares del universo y los sucesos más dignos de quedar en

la memoria, trazando un solo y largo camino a través de nuestra historia con un orden anunciado, examinando año por año las principales acontecimientos, y dejando a los aficionados a la ciencia el cuidado de mayores investigaciones y de recoger los hechos que quedaron en el camino, siempre que no resulte nada incompleto para quienes nos siguieron paso a paso.

CAPÍTULO IV

Actitud de Escipión ante Asdrúbal.

Cuando el general de los cartagineses, Asdrúbal abrazó suplicando las rodillas de Escipión, dirigiéndose éste a los circundantes dijo: «Ved cómo castiga la fortuna a los hombres imprevisores. Este es Asdrúbal, que rodeado antes de amigos y poderosos auxiliares, cuando le propuse condiciones humanitarias y honrosas, contestó que la más bella sepultura era las cenizas de la patria, y vedle ahora besando mi manto de general para obtener la vida y cifrando en mí todas sus esperanzas. » Este espectáculo prueba que nadie debe decir ni hacer cosa que no sea conforme a su posición social. Algunos tráfugas le siguieron hasta la tienda de Escipión, y éste ordenó echarles fuera; pero llenaron de injurias a Asdrúbal, mofándose unos de su juramento sagrado de no abandonarles, y llamándole otros cobarde y canalla., y muchos más sarcasmos y sangrientos insultos.

En aquel momento, viendo una mujer a Asdrúbal sentado junto al general, salió de entre los tráfugas. Llevaba traje de mujer libre y honrada y dos niños suspendidos por delante de las rodillas de los pliegues de su vestidura. Comenzó llamando a Asdrúbal por su nombre, y como éste, encorvado hacia tierra, no contestaba, púsose a dar gracias a los dioses y al general de lo que... Porque en los más brillantes éxitos, ante la ruina de sus enemigos, pensar en sus propios intereses sin olvidar las mudanzas posibles de la fortuna; recordar en el seno de la felicidad cuán fugitiva es ésta, es cosa de un hombre grande, perfecto y digno de fama

CAPÍTULO V

A propósito de Dico.

Quería, al regresar a su patria, hacer lo que un hombre que sin saber nadar se arroja al mar, y ya en el agua se preocupa de llegar a tierra. ¿Le era imposible a este Dico, pretor de los aqueos, cesar en sus impiedades y escandalosas injusticias?

CAPÍTULO VI

Reflexión moral.

La benevolencia que inspiraba Filopemen impidió que en algunas ciudades destruyeran las estatuas de este general. De aquí deduzco que todo gran servicio engendra reconocimiento en el corazón de quienes lo aprovechan.

LIBRO CUADRAGÉSIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Piteas.

Era Piteas hermano de Acates e hijo de Cleomenes. De costumbres muy desordenadas en un principio, hacía la ilusión de que se le perdonaría más tarde este vicio de la juventud. Cuando tuvo a su cargo los cuidados del gobierno no mudó de conducta, notándose siempre en él la misma avidez e igual deseo por enriquecerse. Estos vicios aumentaron mucho por el favor de Eumeno y de Fileretes.

CAPÍTULO II

Dieo.

Muerto Critolao, pretor de los aqueos, disponía la ley que lo reemplazase su predecesor hasta que la Dieta de la nación designase otro. Tomó, pues, Dieo la dirección de los negocios de la Liga aquea. Revestido de esta dignidad, y tras de enviar socorro a Megara, se dirigió a Argos y desde allí escribió a todas las ciudades del Estado para que dejasen en libertad a los esclavos capaces de manejar las armas, y formaran con ellos un ejército de doce mil hombres, armándolo y enviándolo a Corinto. Cometió entonces una falta que le era habitual. Esta carga fue impuesta sin prudencia y sin equidad. Además, cuando en una casa no había bastantes esclavos para completar el número que debía dar, suplía la falta con esclavos extranjeros. Hizo más: debilitada la nación por la guerra sostenida contra los lacedemonios, para soportar esta nueva carga obligó a las personas ricas de ambos sexos a comprometerse a pagarla. Finalmente, mandó que la juventud se reuniera armada en Corinto. Estas órdenes promovieron tumultos en todas las ciudades: la dolorosa excitación fue universal, y unos felicitaban a los muertos en las guerras precedentes, otros compadecían a los que marchaban, despidiéndoles con lágrimas cual si tuvieran el presentimiento de lo que les había de ocurrir. Condolía la suerte de los esclavos. Unos acababan de ser emancipados, otros esperaban pronto esta gracia. Los ciudadanos ricos quedaron obligados, a pesar suyo, a contribuir con sus bienes a todos los gastos de esta guerra. Se privaba a las mujeres de sus alhajas y de las de sus hijos para emplearlas en su ruina. Y lo más triste era que la alarma y pena causadas por las distintas órdenes que sin cesar se sucedían, apartaban la atención de los asuntos generales e impedían a los aqueos prever el peligro inminente en que se hallaban ellos, sus mujeres y sus hijos. Como arrastrados por impetuoso torrente, todos cedían a la imprudencia y furor de su jefe. Los helenos y messenios permanecieron en sus tierras aguardando con temor la flota romana, y, efectivamente, nada en el mundo les hubiera salvado, de seguir la nube que les amenazaba el rumbo que al principio tomó. Los habitantes de Patras y de los pueblos de este distrito fueron poco antes derrotados en la Fócida, y su suerte fue tristísima. Nada más deplorable había sucedido en el Peloponeso: unos se suicidaban; aterrados otros por lo que en las ciudades ocurría, escapaban huyendo sin saber dónde iban. Mutuamente se entregaban a los romanos, acusándose de haber sido sus enemigos. Algunos acudían espontáneamente, sin que nadie les obligara, a denunciar a sus compatriotas, y otros en humilde postura, confesaban, sin que nadie les interrogase, que habían violado los tratados, preguntando con qué castigo expiarían su crimen. Por todas partes se veían furiosos arrojándose en los pozos o precipitándose desde lo alto de las rocas, y tal era, en una palabra, el estado de Grecia, que hasta sus enemigos la compadecían. Antes de esta desgracia experimentaron otras los griegos, y hasta se vieron completamente abatidos, o por intestinas guerras, o por perfidia de los reyes; pero ahora sólo podían culpar a la imprudencia de sus jefes y a su propia imbecilidad. Los tebanos abandonaron su ciudad, dejándola desierta. Piteas se retiró al

Peloponeso con su esposa e hijos, y anduvo errante sin saber dónde fijar su residencia.

CAPÍTULO III

Sobre lo mismo.

Mientras Dieo, elegido pretor, se hallaba en Corinto, fue a verle Andrónidas de parte de Q. Cecilio Metelo y le recibió mal. Había cuidado ya el pretor de desprestigiarle como persona que se entendía con los romanos y obraba en su favor, y entregó a Andrónidas y a los que le acompañaban a la muchedumbre, que los ultrajó y encadenó. También fue el tesaliano Filón a hacer ofrecimientos ventajosos a los aqueos. Algunos, y entre ellos el anciano Stracio, le oyeron con agrado. El buen viejo abrazó a Dieo, rogándole que aceptara las ofertas que hacía; pero el Consejo los rechazó, pretextando que Filón había tomado este encargo, no por la salud común, sino por propio interés. Nada se hacía como debía hacerse, porque si el comportamiento seguido no permitía esperar gracia alguna de los romanos, al menos convenía exponerse a todo para salvar el Estado. Y así se debía esperar de las gentes que Grecia se había dado por jefes; pero ni siquiera pensaron tomar tal resolución, y ¿cómo habían de tomarla? Los principales del Consejo eran Dieo y Damócrito, ambos venidos del destierro, gracias a la perturbación que reinaba. Sus asesores, Alcamenos, Teodectes y Arquicratos, personas cuyo carácter, genio y costumbres ya hemos descrito. De tal Consejo no podían salir otras resoluciones que las que era capaz de dictar. Prendieron a Andrónidas, Lagio y el subpretor Sosicrato. Se culpó a este último haber consentido, mientras presidió el Consejo que enviaran una diputación a Cecilio, y ser por ello autor y causa de todos los males que se iban a sufrir. Reunidos los jueces al día siguiente, le condenaron a muerte, encadenándole en el acto y haciéndole sufrir tales torturas que expiró en ellas, sin decir nada de lo que se quería saber de él. Lagio, Andrónidas y Arquipo fueron puestos en libertad, tanto porque la multitud advirtió la injusticia cometida con Sosicrato, cuanto porque Andrónidas y Arquipo regalaron a Dieo el primero un talento y el segundo cuarenta minas, pues tan grande era la despreocupación del pretor en este punto, que en medio de un espectáculo, hubiera recibido los regalos. Filino de Corinto fue tratado poco tiempo antes de igual modo que Sosicrato. Le acusó Dieo de ser del partido de los romanos, hizo que le prendieran y también a sus hijos, y les atormentó a todos hasta hacerles morir en los suplicios. Me preguntarán cómo ha sido posible que una confusión tan universal y un gobierno más desordenado que el de los bárbaros no acabara por completo con Grecia. Imagino, por mi parte, que la fortuna, siempre atinada e ingeniosa, tomó a su cargo oponerse a las locuras y extravagancias de los jefes, y aunque rechazada de todas partes, quiso de cualquier modo salvar a los aqueos, valiéndose del único recurso que le quedaba, cual era que los griegos fueran fácilmente vencidos, no resistiendo largo tiempo a los romanos. Así logró contener la cólera de éstos, que no llamaran a las legiones de África y que los jefes de los griegos no ejercieran crueldades con las ciudades; lo que de seguro hubiesen hecho, dado su carácter, caso de conseguir alguna ventaja. Nadie lo dudará, a poco que reflexione acerca de lo que de ellos hemos dicho. Por lo demás, la frase que circuló entonces confirma nuestra conjetura: «de no perdernos tan pronto, se decía en todas partes, no hubiéramos podido salvarnos.»

CAPÍTULO IV

Aulo Postumio Albino.

Descendía de una de las más ilustres familias de Roma, y era muy hablador y excesivamente vano. Aficionado desde niño a la erudición y a la lengua griega, entregóse a este estudio con tan desmesurado ardimiento, que consiguió inspirar disgusto y aversión a los más antiguos y distinguidos romanos. Compuso hasta un poema, y escribió una historia en esta lengua. Al principio

de ella pide a los lectores perdón por las faltas de lenguaje que encuentren, por no ser extraño que un romano no domine la lengua griega. Cuéntase, a propósito de esto, una buena ocurrencia de Marco Porcio Catón. «¿A qué pedir perdón? dijo. Si el Consejo de los amficiones le hubiese ordenado escribir esta historia, la excusa estaría en su punto; pero emprendido el trabajo voluntariamente y sin necesidad, nada hay tan ridículo como rogar que le perdonen las faltas que haya podido cometer.» Catón decía bien. Supongamos que un atleta, después de apuntar su nombre para los combates gimnásticos, dijera en el estadio, al entrar en la liza: «Señores, os pido perdón si no puedo sufrir la fatiga ni las contusiones.» ¿Dejarían de silbar y castigar inmediatamente a este atleta? Así debían ser tratados ciertos historiadores, para enseñarles a no formar proyectos superiores a sus fuerzas. Postumio adquirió asimismo de los griegos lo peor de sus costumbres, y toda su vida amó el placer y detestó el trabajo. En la ocasión presente dio prueba de ello. Durante la batalla que se libró en la Fócida, para no tomar parte en la lucha pretextó no sé qué molestia y se retiró a Tebas; mas después del combate fue el primero en dar cuenta a Roma de la victoria, con amplios detalles de cuanto aconteció, como si hubiera tomado parte en la batalla.

CAPÍTULO V

Desprecio de las artes que demuestran los romanos al destruir a Corinto.

Deplorando Polibio lo sucedido cuando la destrucción de Corinto, recuerda, entre otras cosas, el desprecio puramente militar de los romanos a todas las obras de arte y a los monumentos públicos. Como testigo presencial de la toma de esta plaza, refiere haber visto los cuadros arrojados en el suelo y a los soldados tendidos sobre ellos jugando a los dados, y menciona especialmente el Baco pintado por Arístides, cuadro que dio origen el proverbio «Nada hay comparable a Baco», y el Hércules presa del veneno de la túnica que le envió Deyanira. No he visto este último, pero sí el Baco, colocado en el templo de Coros en Roma, obra de gran belleza, que quedó destruido en el incendio de dicho templo.

CAPÍTULO VI

Mas sobre las estatuas de Filopemen.

Todas las ciudades habían erigido por decreto público estatuas a Filopemen, tributándole los mayores honores; mas andando el tiempo, cuando llegaron las desdichas para Grecia, y Corinto fue destruida, un romano ordenó derribar las estatuas, y hasta persiguió a Filopemen ante los tribunales como si viviera. Acusábale de haber sido enemigo de Roma y de mostrarse mal intencionado con ella. Polibio respondió al acusador que si era cierto que Filopemen se opuso con energía a Tito Flaminio y a Manio, ni el cónsul Mummio ni los que se hallaban a sus órdenes quisieron sufrir la destrucción de los monumentos elevados a la gloria de tan célebre guerrero.

CAPÍTULO VII

Justificación de Filopemen.

Conforme a lo que antes he manifestado de este pretor, hice de su conducta larga apología, diciendo que si era verdad que Filopemen se había negado varias veces a obedecer las órdenes de los romanos, sólo lo hizo para averiguar si eran justas, y jamás se opuso sin razón; que no podía dudarse de su adhesión a los romanos tras las pruebas dadas en el transcurso de las guerras contra Filipo y Antíoco; que a pesar de lo poderoso que era, tanto por sí como por las fuerzas de la Liga, jamás se apartó de la alianza con los romanos; que, finalmente, había contribuido al decreto por el

cual antes que los romanos pasaran a Grecia, se comprometieran los aqueos a declarar por sí la guerra a Antíoco, no obstante de que entonces casi todos los pueblos de Grecia eran poco amigos de Roma. Este discurso impresionó a los diez comisarios y confundió al acusador. Decidióse no tocar a las estatuas de Filopemen, cualesquiera que fuesen las ciudades donde estuvieran. Aprovechando la buena voluntad de Mummio, le pedí asimismo las estatuas de Arato, de Aqueo y de Filopemen, que habían sido ya llevadas del Peloponeso a la Acarnania, y me las concedió. Tanto satisfizo a los aqueos el celo que en esta ocasión demostré por el honor de los grandes hombres de mi patria, que me erigieron una estatua de mármol.

CAPÍTULO VIII

Sobre el propio autor.

Ordenados los asuntos de Acaia, los diez comisarios mandaron al cuestor que vendiese los bienes de Dieo, dejando antes elegir a Polibio lo que quisiera, sin exigir ni recibir nada en pago. Mas no sólo no quiso aceptar cosa alguna, sino que aconsejó a sus amigos que no adquiriesen nada de lo que el cuestor vendiese porque este funcionario recorría las ciudades de Grecia poniendo a subasta los bienes de los que ayudaron a Dieo, y de los que, condenados por los comisarios, no tenían padre, madre ni hijos. Algunos amigos de Polibio no siguieron su consejo; pero a los que lo aceptaron tributóseles grandes alabanzas. A los diez meses, al iniciarse la primavera, embarcáronse los comisarios de regreso a Italia, ordenando a Polibio recorrer todas las ciudades conquistadas y arreglar sus cuestiones hasta que se acomodaran al nuevo gobierno establecido y a las nuevas leyes. Polibio desempeñó esta comisión con tanta habilidad, que la nueva forma de gobierno fue aceptada, y ni en general ni en particular hubo en Acaia ninguna reclamación. Por ello, el grande aprecio que inspiró siempre este historiador, fue en aumento en los últimos tiempos y con ocasión de lo que acabamos de relatar. Colmósele de honores en todas las ciudades en el transcurso de su vida, y después de muerto; reconocimiento justo, porque sin el código de leyes que formó para dirimir las cuestiones, todo hubiera sido confusión y desorden. Preciso es convenir en que este fue el más bello período de la vida de Polibio.

CAPÍTULO IX

Mummio.

Cuando salieron de Acaia los comisarios, este procónsul tras levantar en el istmo el templo que había sido destruido y de decorar los de Olimpia y Delfos, visitó las ciudades de Grecia, siendo recibido y honrado en todas partes cual merecía serlo. Se admiró su tacto, su desinterés y su amabilidad, con tanto mayor motivo, cuanto que, dueño de Grecia, fácil le era enriquecerse. Si alguna vez se apartó de su acostumbrada moderación, como cuando hizo acuchillar la caballería de Calcis, creo que la falta debe imputarse más que a él a los amigos que le acompañaban.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, rey de Siria.

Falleció este príncipe a causa de una herida que recibió en un combate. Era, según unos, digno de grandes alabanzas, según otros, de ninguna. No cabe duda, sin embargo, de que fue el rey de carácter más dulce y humano. He aquí las pruebas. Jamás ordenó matar a ninguno de sus amigos, cualquiera que fuese el delito que les imputaran, y no sé que persona alguna muriese por mandato suyo en Alejandría. Casi arrojado del reino por su hermano, aun cuando le fue fácil vengarse en

Alejandro, le perdonó su falta, tratándole con igual cariño después de su empresa contra la isla de Chipre. Al tenerle en su poder en Lapitho, en vez de castigarle como enemigo, aumentó lo que se había convenido darle y le prometió su hija en matrimonio. La buena suerte en sus asuntos amortiguó su valor, y la molición y los placeres, vicios comunes en los egipcios, se apoderaron de su corazón, ocasionándole grandes desgracias.

CAPÍTULO XI

Epílogo.

Véase lo que he escrito acerca de los asuntos de Roma cuidadosamente investigados. Son como cimientos de un edificio político por edificar. Acometí la empresa por amistad y gratitud al pueblo romano, y suplico a todos los dioses que me concedan pasar el resto de mis días en Roma, viendo crecer esta fortuna, objeto de la envidia de los hombres, y desarrollarse esta República del modo más apropiado a su dicha y florecimiento. Este es el voto que hago diariamente. Al llegar al término de mi trabajo, quiero recordar los principios expuestos en el preámbulo de mi historia y recapitular toda esta obra, adaptando el principio al fin, y entre sí todas sus partes. Manifesté al principio que tomaba las cosas donde las dejó Timeo. Recorriendo rápidamente los asuntos de Italia, de Sicilia, de Libia, únicos puntos que abraza la historia de Timeo, al llegar a la época en que Aníbal guió las fuerzas de Cartago, Filipo recogió en Macedonia la herencia de Demetrio, el espartano Cleomenes huyó de Grecia, Antíoco subió al trono de Siria, y Ptolomeo Filopator al de Egipto anuncié que, a partir de la 139 Olimpiada, relataría los acontecimientos en general, citando por olimpiadas, subdividiendo por años y comparando entre sí todos los hechos, hasta la toma de Cartago y la batalla entre romanos y aqueos cerca del istmo; es decir, hasta el completo cambio que tal suceso produjo en Grecia. Anuncié que esta empresa sería bella y útil para los que aman la ciencia, siendo importante conocer cómo y gracias a qué formas de gobierno todos los Estados de la tierra fueron vencidos y cayeron en poder de los romanos, de lo cual jamás hubo ejemplo. Realizado todo ello, réstame únicamente determinar las épocas que abarca esta historia y completar así los libros de mi obra...

POLIBIO DE MEGALÓPOLIS

HISTORIA UNIVERSAL

BAJO LA REPÚBLICA ROMANA

Polibio de Megalópolis compone una Historia universal para explicar, con rigor crítico, cómo Roma pasó de potencia regional a árbitro del orbe mediterráneo en cincuenta y tres años. Arranca en la olimpiada ciento cuarenta y entrelaza, por primera vez, los destinos de Italia, Grecia, Asia y África, mostrando que los hechos forman un solo cuerpo histórico cuya comprensión exige causas, conexiones y comparación. Su propósito es doble: instruir a gobernantes y ciudadanos y fijar un método que privilegia la verdad sobre la complacencia patriótica.

Los libros iniciales reconstruyen la Primera Guerra Púnica: la alianza con Hierón de Siracusa, el cerco de Agrigento, la invención del “cuervo” y las primeras victorias navales; el audaz salto a África, el revés de Régulo ante Jantipo, y los asedios de Lilibea y Drepana que clausuran un conflicto largo y oscilante. Polibio discute a sus fuentes —Filino y Fabio—, denuncia sus sesgos y establece un estándar de imparcialidad historiográfica. A través de campañas, tratados y equilibrios de poder, la obra sigue el proceso por el cual Roma, tejiendo alianzas y aprendiendo de sus derrotas, integra el Mediterráneo en una misma órbita política y militar. El resultado es una síntesis instructiva sobre mecanismos del poder romano.



Ediciones
Clío